biblioteca de
traductores

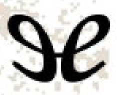




Victor Hugo

Los miserables

Traducción de
María Teresa Gallego Urrutia



Jean Valjean ha cumplido una condena de casi veinte años por robar comida para su familia. Fuera de la cárcel, marginado por la sociedad, no le queda más remedio que seguir robando. Un inesperado encuentro con el obispo Myriel le hará cambiar de actitud y redimirse. Tras adoptar una nueva identidad, logra hacerse con una posición acomodada que le permite ayudar a los vecinos de Montreuil y a Cosette, la hija de Fantine, una mujer obligada a prostituirse para subsistir. Pero la justicia le sigue los pasos por haber reincidido tras salir de la cárcel. La implacable persecución del policía Javert, un hombre de estricta moral, le obliga a emprender una huida permanente que le llevará a esconderse en conventos y cloacas, y a pasar por los campos de batalla de Waterloo y por las barricadas del París revolucionario de 1832. Siempre buscando para sí y para los demás una justicia que le es negada.

Los miserables es una de las obras clásicas de la literatura universal. Fue escrita en cinco volúmenes, en 1862, por Victor Hugo, uno de los autores más importantes de la historia de la literatura francesa. Es una obra fundamental, no sólo por sus valores literarios, sino también por su denuncia de la miseria, la pobreza y la explotación; su reflexión sobre el bien y el mal; y su defensa de la justicia, la ética y la solidaridad humana en momentos adversos. Ha sido llevada al cine en numerosas ocasiones y es la base del mundialmente conocido musical homónimo. La presente traducción de *Los miserables*, a cargo de María Teresa Gallego Urrutia, es la primera totalmente íntegra y fidedigna que se pone a disposición del lector en lengua castellana de esta obra maestra de Victor Hugo.



Victor Hugo

Los miserables

ePub r1.1
orhi 08.06.16

Título original: *Les misérables*
Victor Hugo, 1862
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: orhi
Corrección de errata: hofmiller
ePub base r1.2



Nota preliminar

No es ésta la primera vez que se traduce la novela de Victor Hugo, pero sí es la primera —puesto que todas las demás traducciones se llevaron a cabo hace ya bastantes años (algunas hace bastante más de un siglo)— que se ha podido traducir investigando en fondos bibliotecarios que la digitalización de los libros y el acceso a esos formatos digitalizados a través de Internet ponen a disposición del traductor.

El enciclopedismo de Victor Hugo, sus incursiones, en el transcurso de sus novelas, en todo tipo de temas: lingüísticos, históricos, arquitectónicos, sociales, agrícolas (por no mencionar sino unos cuantos), se plasman en el uso riquísimo de términos especializados y algunos de ellos regionales y de uso infrecuente ya en su época en determinados casos. No es menor su uso de dichos, frases hechas, refranes y expresiones de jerga también locales en buen número de ocasiones. Abundan también las alusiones a acontecimientos contemporáneos de algunos de los cuales no puede hallarse rastro y razón sino en prensa de la época. Acometer, pues, la traducción de *Los miserables* exige no sólo un conocimiento muy en profundidad de la lengua francesa y, muy especialmente, de la lengua francesa del siglo XIX, sino también de los hábitos de la época y de la historia de la vida cotidiana en Francia en esos años. Y exige en no menor grado la posibilidad de indagar a fondo en los campos ya citados: jergas, agricultura, arquitectura, arte de la guerra, etc. Esta posibilidad se ha vuelto prácticamente ilimitada para quien traduce en la actualidad. La digitalización de las obras de dominio público mediante la cual las bibliotecas del mundo ponen a disposición del traductor, de forma inmediata, ediciones originales, diccionarios de épocas pasadas, libros de crítica y estudios literarios y también colecciones de prensa, proporciona unas fuentes de información e indagación inconcebibles hasta hace

poco y que, desde luego, tienen algo de milagroso. Es laboriosa, por más que apasionante, pero no imposible ya, la investigación minuciosa que requiere toda traducción, pero quizá en especial novelas como las de Hugo, el gigante prácticamente omnisciente en cuyas páginas suenan todos los registros de un órgano de titanes. A esa investigación hemos dedicado buena parte de los largos meses —que han llegado a sumar años— que ha durado la presente traducción de *Los miserables.*

Creemos, pues, que en lo referido a la terminología y el rigor del vocabulario y al rastreo de los objetos, costumbres y sucesos de la vida cotidiana, la presente traducción es la primera totalmente íntegra y fidedigna que se pone a disposición del lector en lengua castellana.

Debemos mencionar ahora un asunto de tanta importancia, si no mayor, que los anteriormente expuestos. Nos referimos a la censura que padeció a finales del siglo XIX la traducción más publicada y vuelta a publicar de *Los miserables* y que esas sucesivas publicaciones, que han llegado hasta el siglo XXI, no han subsanado, que nosotros sepamos, con ningún tipo de nota, prólogo, epílogo o comentario. No entraremos a mencionar los diversos cortes que padeció (y sigue padeciendo en sus reediciones) esa versión castellana de la obra en las ocasiones en que al censor le pareció que en algo faltaba el autor a la religión católica. Porque hay algo más grave, que no es corte o censura sino, lisa y llanamente, supresión de algunos episodios que se sustituyeron por otros de índole totalmente opuesta que modificaban en profundidad tanto la personalidad de los personajes cuanto las intenciones del novelista.

Citemos, a título de ejemplo, la transformación del episodio de la muerte del convencional, en la primera parte de la obra, en que el obispo, monseñor Bienvenu, abrumado y contrito ante el alegato del moribundo sobre las injusticias y tropelías de la Iglesia y de la monarquía de derecho divino y la necesidad de la Revolución francesa, se arrodilla ante el revolucionario para pedirle su bendición, episodio que los lectores españoles llevan más de cien años leyendo convertido en todo lo contrario: el arrepentido es el convencional y el que le imparte su bendición y su perdón es el obispo. En un mismo orden de cosas, ya al final de la novela, Jean Valjean, que ha rechazado, en el umbral de la muerte, el

ofrecimiento de la portera de ir a buscar un sacerdote, muere, en castellano, con un sacerdote a su cabecera, que la portera sí ha ido a buscar, como está mandado, en la versión española a la que nos estamos refiriendo.

No tienen estas líneas intención alguna de realizar una recensión de las anteriores traducciones de *Los miserables* y, menos aún, de poner en entredicho ninguna de ellas ni la ingente labor de sus autores. Pero sí podemos afirmar que, por haberse realizado la presente versión en mejores, por no decir óptimas, condiciones para la investigación y con una libertad que no existió en algunas épocas del pasado, es realmente una traducción que endereza unos cuantos entuertos y aporta algo nuevo que permitirá al lector en castellano una lectura más fiel y completa de la obra de Victor Hugo.

MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA
En Madrid, a 25 de junio de 2013

NOTA: La traductora quiere agradecer a buen número de colegas, que no citará uno por uno por temor a no citar a todos, las consultas a traducciones de *Les misérables* en lenguas para ella desconocidas, las opiniones que aportaron para la resolución de algunas dudas y la paciencia con que se prestaron, en el foro virtual de ACE Traductores, a servir de conejillos de Indias en la experimentación de arduos juegos de palabras a la que los sometió esta traductora durante meses sin compasión.

Mientras permitan las leyes y las costumbres la existencia de una condena social que cree infiernos de forma artificial, en plena civilización, y añada la complicación de una fatalidad humana al destino, que es divino; mientras los tres problemas de este siglo, el proletariado que degrada al hombre, el hambre que pierde a la mujer, la oscuridad que atrofia al niño, no se resuelvan; mientras en algunas comarcas pueda existir la asfixia social; dicho de otra forma, y desde un punto de vista aún más amplio, mientras haya en la tierra ignorancia y miseria, no podrán carecer de utilidad libros como éste.

Hauteville-House, primero de enero de 1862

Primera Parte

Fantine

Libro primero

Un justo

I

Monseñor Myriel

En 1815, Charles-François-Bienvenu Myriel era obispo de Digne. Era un anciano que rondaba los setenta y cinco años; llevaba al cargo de la diócesis de Digne desde 1806.

Por más que se trate de un detalle sin relación alguna con el fondo propiamente dicho de lo que queremos relatar, no será quizá ocioso, aunque no fuera más que para no faltar en nada a la exactitud, que dejemos constancia aquí de los rumores y los dichos que acerca de él corrieron cuando llegó a la mencionada diócesis. Bien sea cierto, bien sea falso, lo que de los hombres se dice ocupa con frecuencia tanto espacio en sus vidas, y sobre todo en sus destinos, como aquello que hacen. Monseñor Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix: nobleza de toga. Contaban de él que su padre, que lo destinaba a heredar su cargo, lo había casado a edad muy temprana, a los dieciocho o los veinte años, ateniéndose a una costumbre muy usual entre las familias de parlamentarios. Pese a dicho matrimonio, Charles Myriel había dado, a lo que decían, mucho que hablar. Era apuesto, aunque de corta estatura; elegante, encantador e ingenioso; consagró por completo la primera parte de su existencia a la vida en sociedad y al galanteo.

Llegó la Revolución, los acontecimientos se aceleraron, las familias de parlamentarios, diezmadas, expulsadas, acosadas, se dispersaron. Charles Myriel emigró a Italia nada más empezar la Revolución. Allí murió su mujer de una enfermedad del pecho que padecía hacía mucho. No tenían hijos. ¿Qué aconteció luego en el destino de monseñor Myriel? ¿Acaso el desplome de la anterior sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos de 1893, más aterradores aún, posiblemente, para los

emigrados, que los presenciaban desde lejos con el aumento que les prestaba el pavor, hicieron germinar en él ideas de renuncia y soledad? ¿Acaso lo alcanzó de súbito, en medio de algunas de aquellas distracciones y afectos que le llenaban la vida, uno de esos golpes misteriosos y terribles que a veces derriban, alcanzándolo en el corazón, al hombre a quien las catástrofes públicas no inmutarían al afectarlo en su vida o su fortuna? Nadie habría podido decirlo; todo cuanto se sabía era que, al regresar de Italia, era sacerdote.

En 1804, el padre Myriel era párroco de Brignoles. Era ya viejo y vivía en completo retiro.

Por la época de la coronación, un asuntillo de su parroquia, del que nadie se acuerda ya, lo llevó a París. Fue a abogar por sus parroquianos, además de ante otras personas poderosas, ante el cardenal Fesch. Un día en que el emperador había ido a visitar a su tío, el digno párroco, que estaba esperando en la antecámara, se halló en el camino de paso de Su Majestad. Napoleón, al ver que aquel anciano lo miraba con cierta curiosidad, se volvió y dijo con brusquedad:

—¿Quién es ese hombrecillo que me está mirando?

—Su Majestad está mirando a un hombrecillo —dijo monseñor Myriel—, y yo, a un gran hombre. Ambos podemos sacar provecho.

Esa misma noche el emperador le preguntó al cardenal cómo se llamaba aquel párroco y, poco tiempo después, el sacerdote se quedó sorprendidísimo al enterarse de que lo habían nombrado obispo de Digne.

¿Qué había de cierto, por lo demás, en lo que se contaba acerca de la primera parte de la vida de monseñor Myriel? Nadie lo sabía. Pocas familias habían conocido a la familia Myriel antes de la Revolución.

Monseñor Myriel tuvo que padecer la suerte de todo recién llegado a una ciudad pequeña en donde hay muchas bocas que hablan y poquísimas cabezas que piensan. Tuvo que padecerlo aunque fuera obispo y porque era obispo. Pero, bien pensado, los dimes y diretes en los que aparecía su nombre no eran quizá sino eso, dimes y diretes; rumores, dichos, palabras; y no tanto palabras cuanto palabreos, como dice la enérgica lengua de las provincias del sur.

Fuere como fuere, tras nueve años de obispo y de residir en

Digne, todos esos comadreos, esos temas de conversación que tienen entretenidas al principio a las ciudades pequeñas y a las personas de a pie, habían caído ya en un profundo olvido. Nadie se habría atrevido a mencionarlos; nadie se habría atrevido ni tan siquiera a recordarlos.

Monseñor Myriel llegó a Digne en compañía de una solterona, la señorita Baptistine, que era hermana suya y a quien le llevaba diez años.

No tenían más servicio que una criada de la misma edad que la señorita Baptistine, que se llamaba señora Magloire, quien, tras haber sido el ama del señor cura, adoptaba ahora la doble apelación de doncella de la señorita y ama de llaves de Su Ilustrísima.

La señorita Baptistine era alta, pálida, delgada y dulce; cumplía con el ideal que se expresa mediante la palabra «respetable», pues, por lo visto, una mujer debe ser madre para ser venerable. Nunca había sido guapa; su vida entera, que no había consistido sino en una secuencia de obras piadosas, había acabado por envolverla en una suerte de blancura y claridad; y, al envejecer, había adquirido eso que podría llamarse la hermosura de la bondad. Si de joven fue flaca, en la madurez se convirtió en transparente; y entre aquella diafanidad se intuía al ángel. Era, más aún que una virgen, un alma. Parecía hecha de sombra; apenas si tenía cuerpo bastante para que hubiera en él un sexo; era una cantidad mínima de materia que contenía un resplandor; unos ojos grandes siempre bajos; un pretexto para que un alma se quedara en la tierra.

La señora Magloire era una viejecita pálida, gruesa, rechoncha, azacanada, siempre jadeante, en primer lugar por aquella actividad suya y, en segundo, por el asma.

Cuando llegó monseñor Myriel, lo acomodaron en su palacio episcopal con los honores que requerían los decretos imperiales, que sitúan al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita y él, por su parte, hizo la primera visita al general y al prefecto.

Una vez acomodado, la ciudad esperó para ver a su obispo manos a la obra.

II

Monseñor Myriel se convierte en monseñor Bienvenu

El palacio episcopal de Digne era un edificio contiguo al hospital.

El palacio episcopal era amplio y hermoso; lo había construido en piedra a principios del siglo anterior monseñor Henri Puget, doctor en Teología por la Facultad de París y abad de Simore, que fue obispo de Digne en 1712. Aquel palacio era una auténtica mansión señorial. Todo era de aspecto grandioso: los aposentos del obispo; los salones; las estancias; el patio principal, anchuroso y con paseos porticados como era antaño uso en Florencia, y los jardines donde crecían árboles espléndidos. En el comedor, una galería larga y soberbia, sita en la planta baja y que daba a los jardines, monseñor Henri Puget dio un almuerzo de gala el 29 de julio de 1714 a Sus Ilustrísimas Charles Brûlart de Genlis, obispo-príncipe de Embrun; Antoine de Mesgrigny, capuchino y obispo de Grasse; Philippe de Vendôme, prior mayor de Francia y abad de Saint-Honoré de Lérins; François de Berton de Crillon, obispo-barón de Vence; César de Sabran de Forcalquier, obispo-señor de Glandève, y Jean Soanen, sacerdote del oratorio, predicador ordinario del rey y obispo-señor de Senez. Los retratos de aquellos siete reverendos personajes decoraban esa estancia; y aquella fecha memorable: 29 de julio de 1714, estaba grabada en letras de oro en una mesa de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de una sola planta, y con un jardincillo.

Tres días después de haber llegado, el obispo visitó el hospital. Al concluir la visita, pidió al director que tuviera a bien ir a verlo a

palacio.

—Señor director del hospital —le dijo—, ¿cuántos enfermos tiene en este momento?

—Veintiséis, Ilustrísima.

—Sí, ésa es la cuenta que me salía a mí —dijo el obispo.

—Las camas —siguió diciendo el director— están muy juntas.

—Eso había notado.

—Las salas no son sino cuartos, y cuesta ventilarlos.

—Eso me parece.

—Y además, cuando sale un rayo de sol, el jardín se queda muy pequeño para los convalecientes.

—Es lo que me estaba diciendo.

—En las epidemias, este año hubo una de tifus y hace dos años una de fiebre miliaria, a veces tenemos cien enfermos; y no sabemos qué hacer.

—Eso había pensado.

—Qué le vamos a hacer, Ilustrísima —dijo el director—. Hay que tomárselo con resignación.

Aquella conversación transcurría en el comedor-galería de la planta baja. El obispo calló un momento; luego, se volvió de pronto hacia el director del hospital.

—Señor director —dijo—, ¿cuántas camas cree que cabrían sólo en esta estancia?

—¿El comedor de Su Ilustrísima? —exclamó el director, estupefacto.

El obispo recorría la sala con la mirada y parecía estar tomando medidas y calculando a ojo.

—¡Por lo menos cabrían veinte camas! —dijo, como si hablase consigo mismo; luego, alzando la voz—: Mire, señor director del hospital, voy a decirle algo. Está claro que hay una equivocación. Son ustedes veintiséis personas en cinco o seis cuartos pequeños. Nosotros, aquí, somos tres y tenemos sitio para sesenta. Le digo que hay un error. Está usted en mi vivienda y yo en la suya. Devuélvame mi casa. La suya es ésta.

Al día siguiente, los veintiséis pobres estaban acomodados en el palacio del obispo y el obispo estaba en el hospital.

Monseñor Myriel no tenía bienes de fortuna porque su familia había quedado en la ruina durante la Revolución. Su hermana

cobraba una renta vitalicia de quinientos francos que, en el presbiterio, bastaba para cubrir sus gastos personales. Monseñor Myriel recibía del Estado, como obispo, unos honorarios de quince mil francos. El mismo día en que fue a alojarse al edificio del hospital, monseñor Myriel dispuso el empleo, perpetuo, de esa cantidad de la siguiente forma. Reproducimos aquí una anotación de su puño y letra.

NOTA PARA ORGANIZAR LOS GASTOS DE MI CASA

Para el seminario menor	mil quinientas libras.
Congregación de la misión	cien libras.
Para los lazaristas de Montdidier	cien libras.
Seminario de las misiones extranjeras en París ..	doscientas libras.
Congregación del Espíritu Santo	ciento cincuenta libras.
Conventos de Tierra Santa	cien libras.
Asociaciones caritativas para la maternidad	trescientas libras.
Cantidad adicional para la de Arles	cincuenta libras.
Obra para la mejora de las cárceles	cuatrocientas libras.
Obra para la mejoría y la liberación de los presos	quinientas libras.
Para sacar de la cárcel a los padres de familia presos por deudas	mil libras.
Para una bonificación del sueldo de los pobres maestros de escuela de la diócesis	dos mil libras.
Pósito de Hautes-Alpes	cien libras.
Congregación de damas de Digne, de Manosque y de Sisteron para la enseñanza gratuita de las jóvenes indigentes	mil quinientas libras.
Para los pobres	seis mil libras.
Para mis gastos personales	mil libras.
TOTAL	quince mil libras.

Durante todo el tiempo que ocupó la diócesis de Digne, monseñor Myriel no cambió casi nada en estas disposiciones. Las

llamaba, como hemos podido ver: *organizar los gastos de su casa*.

Aquel arreglo lo aceptó con sumisión absoluta la señorita Baptistine. Para aquella santa mujer, el prelado de Digne era a un tiempo hermano suyo y obispo suyo, amigo suyo según la naturaleza y superior suyo según la Iglesia. Lo quería y lo veneraba sin más. Cuando él hablaba, aceptaba; cuando él actuaba, se adhería. Sólo la criada, la señora Magloire, rezongó algo. El señor obispo, como hemos podido ver, sólo había reservado para sí mil libras, que, sumadas a la pensión de la señorita Baptistine, daban mil quinientos francos anuales. Con esos mil quinientos francos vivían las dos ancianas y el anciano.

Y cuando algún párroco de pueblo venía a Digne, el señor obispo se las apañaba pese a todo para agasajarlo merced al estricto ahorro de la señora Magloire y la inteligente administración de la señorita Baptistine.

Un día —cuando llevaba en Digne alrededor de tres meses—, dijo el obispo:

—¡Con esto y con todo ando bastante apurado!

—¡Ya lo creo! —exclamó la señora Magloire—. Monseñor ni siquiera ha reclamado la renta que le debe el distrito para sus gastos de carroza en la ciudad y de giras por la diócesis. Antes era lo que se hacía con los obispos.

—¡Caramba! —dijo el obispo—. Tiene razón, señora Magloire.

E hizo la reclamación.

Poco tiempo después, el consejo general tomó en consideración la petición aquella y le atribuyó una cantidad anual de tres mil francos por el siguiente concepto: *Prestación al señor obispo para gastos de carroza, gastos de posta y gastos de giras pastorales*.

Dio esto mucho que protestar a la burguesía local y, con tal motivo, un senador del Imperio, ex miembro del Consejo de los Quinientos, que estaba a favor del dieciocho brumario y disfrutaba de la espléndida dotación económica de su cargo en la ciudad de Digne, le escribió al ministro de Cultos, el señor Bigot de Préameneu, una notita irritada y confidencial de la que tomamos estas líneas, auténticas:

«¿Gastos de carroza? ¿Y para qué en una ciudad de menos de cuatro mil habitantes? ¿Gastos de posta y giras? De entrada, ¿por qué esas giras? Y, a continuación, ¿cómo usar la posta en una

comarca montañosa? No hay carreteras. Sólo se circula a caballo. El mismísimo puente del Durance, en Château-Arnoux, apenas si aguanta las carretas de bueyes. Esos sacerdotes son todos iguales. Ávidos y avaros. Éste se las dio de hombre de bien cuando llegó. Ahora hace lo mismo que los demás. Necesita carroza y silla de posta. Necesita lujo, como los obispos de antes. ¡Ah, qué clerigalla esta! Señor conde, las cosas no irán bien hasta que el emperador nos libre de los meapilas. ¡Abajo el papa! (los asuntos con Roma se estaban enredando). En lo que a mí se refiere, sólo estoy a favor de César. Etc., etc.».

En cambio, la señora Magloire se alegró mucho.

—Bueno —le dijo a la señorita Baptistine—, monseñor ha empezado por los demás, pero no le ha quedado más remedio que acabar por su propia persona. Ya ha cumplido con todas sus obras de caridad. Aquí llegan tres mil libras para nosotros. ¡Ya era hora!

Esa misma noche, el obispo puso por escrito y entregó a su hermana una nota que decía lo siguiente:

GASTOS DE CARROZA

Para caldo de carne a los enfermos del hospital ...	mil quinientas libras.
Para la Sociedad caritativa de Aix para la maternidad	doscientas cincuenta libras.
Para la Sociedad caritativa de Draguignan para la maternidad	doscientas cincuenta libras.
Para los niños expósitos	quinientas libras.
Para los huérfanos	quinientas libras.
TOTAL	tres mil libras.

Tales eran los presupuestos que hacía monseñor Myriel.

En cuanto a los ingresos eventuales del obispado: traslado de amonestaciones, dispensas, agua de socorro, predicaciones, bendiciones de iglesias o capillas, bodas, etc., el obispo se los cobraba a los ricos con tanto más rigor cuanto que se los regalaba a los pobres.

Al cabo de poco tiempo empezaron a llegar los donativos. Los que tenían y los que carecían llamaban a la puerta de monseñor

Myriel: unos venían a buscar una limosna que los otros venían a depositar. El obispo se convirtió en menos de un año en el tesorero de todas las buenas obras y en el cajero de todos los desvalidos. Pasaban por sus manos cantidades considerables; pero nada consiguió que cambiase ni un ápice su forma de vivir ni que añadiera el menor gasto superfluo a sus gastos indispensables.

Antes bien, como siempre hay más miseria abajo que fraternidad arriba, todo lo daba, como quien dice, antes de recibirlo; era como agua en una tierra reseca; por más dinero que recibiera, nunca tenía dinero. Y entonces se quedaba él sin nada.

Como era costumbre que los obispos citasen sus nombres de pila al principio de sus exhortaciones y sus cartas pastorales, las personas humildes de la comarca habían escogido, con algo así como un instinto afectuoso, de entre los apelativos del obispo, el que para ellos quería decir algo, y sólo lo llamaban monseñor Bienvenu. Haremos como ellas y así lo nombraremos llegado el caso. Por lo demás, era un nombre que le agradaba.

—Me gusta ese nombre —decía—. Bienvenu enmienda monseñor.

No afirmamos que este retrato que aquí aportamos sea verosímil; nos limitamos a decir que es verídico.

III

A obispo bueno, obispado arduo

No dejaba de hacer giras el señor obispo por el hecho de haber convertido su carroza en limosnas. La diócesis de Digne resulta cansada. Cuenta con muy pocas llanuras, con muchas montañas y con casi ninguna carretera, como hemos visto hace poco; treinta y dos parroquias, cuarenta y un vicariatos y doscientas veinticinco sucursales. Visitarlo todo no es cosa de poco. El señor obispo lo conseguía. Iba a pie cuando le caía cerca, en carreta por la llanura y en artolas por la montaña. Lo acompañaban las dos ancianas. Cuando el trayecto era demasiado penoso, iba solo.

Llegó un día a Senez, que es una antigua ciudad episcopal, a lomos de un burro. Su bolsa, muy vacía por entonces, no le permitía otra forma de viajar. El alcalde de la ciudad fue a recibirlo a la puerta del obispado y lo miraba apearse del burro con ojos escandalizados. Unos cuantos vecinos acomodados se reían en torno.

—Señor alcalde —dijo el obispo— y señores vecinos, ya veo qué los escandaliza; les parece que peca de orgulloso un pobre cura que va subido en la misma montura que Jesucristo. Puedo asegurarles que si lo he hecho ha sido por necesidad, no por vanidad.

En aquellas giras era indulgente y dulce; y, más que predicar, charlaba. No colocaba nunca virtud alguna en una meseta inaccesible. Nunca eran rebuscados ni sus razonamientos ni sus modelos. A los vecinos de una comarca les ponía de ejemplo a los de la comarca de al lado. En los cantones donde eran duros de corazón con los necesitados, decía: «Fijaos en los de Briançon. Les han concedido a los indigentes, las viudas y los huérfanos el derecho de segar sus prados tres días antes que los demás. Les

vuelven a construir gratis las casas cuando se caen en ruinas. Y por eso es una comarca bendita de Dios. En todo un siglo de cien años no ha habido ni un asesino».

En los pueblos avariciosos para las ganancias y la siega, decía:

«Fijaos en los de Embrun. Si un padre de familia, en tiempos de siega, tiene a los hijos sirviendo al ejército y a las hijas sirviendo en la ciudad y se halla enfermo e impedido, el párroco encarece su caso en el sermón; y el domingo, a la salida de misa, todas las personas de la aldea, hombres, mujeres y niños, van al campo del pobre hombre a segar y le llevan la paja y el grano al granero». A las familias enemistadas por cuestiones de dinero y herencias, les decía: «Fijaos en los montañeses de Dévoluy, una comarca tan agreste que en cincuenta años no se oye ni una vez un ruiseñor. Pues cuando muere un padre de familia, los hijos se van a buscar fortuna y les dejan los bienes a las hijas para que puedan encontrar marido». En los cantones donde gustan de los pleitos y los granjeros se dejan el dinero en papel sellado, decía: «Fijaos en esos buenos labriegos del valle de Queyras. Viven allí tres mil almas. ¡Dios mío, si es como una república en pequeño! Y no saben qué es ni un juez ni un alguacil. Todo lo hace el alcalde. Reparte los impuestos, grava a todos y a cada uno en conciencia, ejerce de juez gratis en las discrepancias, reparte los patrimonios sin pedir honorarios, dicta sentencia sin gastos; y lo obedecen porque es un hombre justo entre hombres sencillos». En los pueblos en que se encontraba con que no había maestro de escuela, volvía a citar a los vecinos de Queyras: «¿Sabéis lo que hacen? —decía—. Como una zona pequeña, de doce o quince hogares, no siempre puede dar de comer a un magíster, tienen maestros que cobran de todo el valle y van de pueblo en pueblo; pasan ocho días acá y diez allá y dan clase. Esos magísteres van a las ferias, y allí los he visto. Se los reconoce por las plumas de escribir que llevan en la cinta del sombrero. Los que enseñan nada más a leer llevan sólo una pluma; los que enseñan a escribir y a hacer cuentas llevan dos; los que enseñan a leer, a hacer cuentas y latín llevan tres. Ésos son grandes sabios. ¡Pero qué vergüenza ser ignorantes! Haced como la gente de Queyras».

Y así hablaba, serio y paternal, y, a falta de ejemplos, se inventaba parábolas; iba derecho al grano con pocas frases y muchas imágenes, es decir, con la mismísima elocuencia de

Jesucristo, convencido y persuasivo.

IV

Las obras acordes con las palabras

Era de conversación afable y jovial. Se ponía a la altura de las dos ancianas que se pasaban la vida a su lado; cuando reía, era con la risa de un colegial.

La señora Magloire gustaba de llamarlo Su Grandeza. Un día, se levantó del sillón y fue a las estanterías a buscar un libro. El libro estaba en una de las baldas de arriba. Como el obispo era bastante bajo, no llegaba:

—Señora Magloire —dijo—, tráigame una silla. Mi Grandeza no alcanza esa balda.

Una de sus parientes lejanas, la señora condesa de Lô, dejaba escapar pocas veces la oportunidad de enumerar en presencia suya lo que ella llamaba «las esperanzas» de sus tres hijos varones. Tenía varios ascendientes muy viejos que se acercaban ya a la hora de la muerte y cuyos herederos naturales eran sus hijos. Al más joven de los tres le iba a tocar recoger de una tía abuela cien mil buenas libras de renta; el segundo iba a heredar el título de duque de su tío; el mayor sucedería en la Cámara Alta a su abuelo. El obispo solía escuchar sin decir nada esas inocentes y disculpables exhibiciones maternas. En una ocasión, no obstante, parecía más pensativo que de costumbre mientras la señora de Lô repetía los detalles de todas aquellas sucesiones y de todas aquellas «esperanzas». Se interrumpió con cierta impaciencia:

—¡Por Dios, primo! Pero ¿en qué está pensando?

—Pienso —dijo el obispo— en algo muy singular, que dice, a lo que me parece, san Agustín: «Poned vuestra esperanza en aquel que no tiene sucesores».

En otra ocasión, al recibir una participación de defunción de un

noble de la comarca, en la que ocupaban una página muy larga no sólo las dignidades del difunto sino todos los cargos feudales y los títulos nobiliarios de todos sus parientes, exclamó:

—¡Qué socorrido es eso de morirse! ¡Qué admirable carga de títulos le echamos a las espaldas tan alegremente a la muerte y qué ingeniosos tienen que ser los hombres para poner de esta forma la tumba al servicio de la vanidad!

Cuando venía a cuento, se burlaba con una benignidad en la que casi siempre había un fondo serio. En una temporada de cuaresma, vino a Digne un vicario joven y predicó en la catedral. Fue bastante elocuente. El tema de su sermón era la caridad. Animó a los ricos a que dieran a los indigentes para no ir al infierno, que describió de forma tan espantosa cuanto le fue dado, y para ganarse el cielo, que pintó deseable y delicioso. Había entre los oyentes un comerciante rico y ya retirado, un tanto usurero, que se llamaba Géborand y había ganado dos millones fabricando paños bastos, sargas y quinetes. El señor Géborand no había dado limosna en la vida a ningún pobre. A partir de ese sermón, todos notaron que les daba todos los domingos cinco céntimos a las mendigas ancianas del pórtico de la catedral. Se los repartían entre seis. Un día el obispo lo vio entregado a esa obra de caridad y le dijo a su hermana, sonriendo:

—Ahí está el señor Géborand comprándose cinco céntimos de paraíso.

Cuando de caridad se trataba, ni siquiera una negativa lo echaba para atrás; y se le ocurrían en esos casos frases que hacían pensar. Una vez en que estaba pidiendo para los pobres en un salón de la ciudad, estaba presente el marqués de Champtercier, viejo, rico y avaro y que, además, se las apañaba para ser al tiempo ultramonárquico y ultravolteriano. Es una modalidad que se ha dado. Cuando el obispo llegó a él, le tocó el brazo:

—Señor marqués, tiene que darme algo.

El marqués se volvió y contestó, muy seco:

—Ilustrísima, yo tengo mis pobres.

—Démelos —dijo el obispo.

Un día, en la catedral, pronunció el sermón siguiente:

«Queridísimos hermanos, amigos míos, hay en Francia un millón trescientas veinte mil casas de campesinos con tres huecos nada

más; un millón ochocientas mil casas que sólo tienen dos, la puerta y una ventana; y, finalmente, trescientas cuarenta y seis mil cabañas sin más abertura que la puerta. Y eso porque existe algo que se llama el impuesto de puertas y ventanas. ¡Metedme a infelices familias, a ancianas, a niños en esas viviendas e imaginaos qué fiebres y qué enfermedades! Por desgracia, Dios les da el aire a los hombres, pero la ley se lo vende. No acuso a la ley, pero bendigo a Dios. En Isère, en Var, en las dos provincias de los Alpes, los Bajos y los Altos, los labriegos no tienen ni carretillas, acarrean a la espalda el estiércol; no tienen velas de sebo, y encienden palos resinosos y trozos de cuerda empapados de trementina. Y eso mismo sucede en toda la zona alta de Le Dauphiné. Hacen pan para seis meses y lo cuecen con estiércol seco de vaca. En invierno parten ese pan a hachazos y lo tienen a remojo veinticuatro horas para poder comerlo. ¡Hermanos, tened compasión! ¡Ved cómo sufre la gente a vuestro alrededor!».

Nacido en Provenza, no le había costado familiarizarse con todos los dialectos del sur, la parte baja de Languedoc, la parte baja de los Alpes, la parte alta de Le Dauphiné. Eso le gustaba mucho al pueblo y había contribuido no poco a que se le abrieran todas las mentes. Estaba en las chozas y en las montañas igual que en su casa. Sabía decir las cosas más grandes en las lenguas más vulgares. Como hablaba todas las lenguas, entraba en todas las almas.

Por lo demás, se portaba igual con la gente de mundo que con la gente del pueblo.

No condenaba nada a la ligera ni sin tener en cuenta las circunstancias. Decía: «Veamos qué camino ha recorrido el pecado».

Por ser, como decía, sonriendo, de sí mismo, un *ex pecador,* no se daba en él ninguno de los accidentes abruptos del rigorismo y profesaba sin tapujos y ante el ceño fruncido de los virtuosos feroces una doctrina que se podía resumir más o menos de la siguiente forma:

«El hombre lleva a cuestas el lastre de la carne, que es a la vez carga y tentación. La va arrastrando y cede a ella.

»Tiene que vigilarla, que sofrenarla, que reprimirla y no debe obedecerla sino en último extremo; en esa obediencia todavía puede haber culpa, pero la culpa que se comete así es venial. Es una caída, pero una caída de rodillas, que puede acabar en oración.

»Ser un santo es la excepción; ser un justo es la regla. Equivocaos, desfalleced, pecad, pero sed justos.

»Cometer la menor cantidad de pecados posibles es la ley del hombre. No cometer ninguno es el sueño del ángel. Todo lo terrenal está sometido al pecado. El pecado es una gravitación».

Cuando veía que la gente alzaba la voz y se indignaba enseguida, decía, sonriendo: «Yo diría que estamos ante un grandísima falta que todo el mundo comete. Ya estamos con las hipocresías escandalizadas a las que les falta tiempo para protestar y ponerse a buen recaudo».

Era indulgente con las mujeres y con los pobres, que cargan con el peso de la sociedad humana. Decía: «De las culpas de las mujeres, de los niños, de los criados, de los débiles y de los ignorantes tienen la culpa los maridos, los padres, los amos, los fuertes, los ricos y los sabios».

Decía también: «A los ignorantes, enseñadles todo cuanto podáis; la sociedad es culpable por no dar instrucción gratuita; carga con la responsabilidad de la oscuridad que causa. Si hay un alma llena de sombra, allí ocurre el pecado. El culpable no es quien comete el pecado, sino el que causa la oscuridad».

Tenía, como vemos, una forma rara y personal de opinar. Sospecho que la había sacado del Evangelio.

Oyó hablar un día, en un salón, de un juicio por lo criminal que estaban instruyendo e iba a celebrarse. Un hombre mísero, por amor a una mujer y al hijo que le había dado, fabricó moneda falsa al verse sin más recursos. A la sazón, falsificar moneda se castigaba aún con la pena de muerte. Detuvieron a la mujer cuando intentaba pasar la primera moneda falsa que había hecho el hombre. La habían cogido, pero sólo tenían pruebas contra ella. Sólo ella podía culpar a su amante y, al confesar, acarrear su pérdida. Se negó. Insistieron. Se empecinó en la negativa. En ésas estaban cuando al fiscal del reino se le ocurrió una idea. Inventó una infidelidad del amante y consiguió, con fragmentos de cartas hábilmente presentados, convencer a la desdichada de que tenía una rival y de que aquel hombre la engañaba. Entonces, fuera de sí por los celos, denunció a su amante, lo confesó todo, aportó pruebas de todo. El hombre estaba perdido. Iban a juzgarlo poco después en Aix junto con su cómplice. Se comentaba el suceso y todo el mundo se hacía

lenguas de la habilidad del magistrado. Al meter en la liza los celos, había sacado justicia de la venganza. El obispo lo escuchaba todo en silencio. Al acabar, preguntó:

—¿Dónde van a juzgar a ese hombre y a esa mujer?

—En el tribunal de lo criminal.

—¿Y dónde van a juzgar al señor fiscal del reino? —siguió preguntando.

Sucedió en Digne un caso trágico. Condenaron a un hombre a muerte por asesinato. Era un desventurado, ni muy instruido ni muy ignorante, que había sido titiritero en las ferias y escribano. El juicio dio mucho que hablar en la ciudad. La víspera del día fijado para la ejecución, el capellán de la cárcel cayó enfermo. Hacía falta un sacerdote para acompañar al reo en sus últimos momentos. Fueron a buscar al párroco. Parece ser que se negó, diciendo: «La cosa no va conmigo. No me corresponde cargar con esa desagradable tarea ni con ese saltimbanqui; yo también estoy enfermo; además, ése no es mi lugar». Pusieron al tanto de esa respuesta al obispo, quien dijo: «El señor párroco tiene razón. No es lugar suyo, sino mío».

Fue en el acto a la cárcel y al calabozo del «saltimbanqui», lo llamó por su nombre, le cogió la mano y le habló. Pasó todo el día con él, olvidándose de comer y de dormir, suplicando a Dios por el alma del condenado y suplicándole al condenado por la suya propia. Le dijo las verdades mejores, que son las más sencillas. Fue padre, hermano, amigo; y obispo sólo para las bendiciones. Aquel hombre iba a morir desesperado. La muerte le parecía un abismo. De pie y trémulo ante aquel umbral tétrico, retrocedía con espanto. No era lo suficientemente ignorante para sentir total indiferencia. La condena, una honda sacudida, había derribado, como quien dice, por algunas zonas ese tabique que nos separa del misterio de las cosas y que llamamos vida. Miraba continuamente más allá de este mundo por esas brechas fatídicas, y sólo veía tinieblas. El obispo le hizo ver una luz.

Al día siguiente, cuando vinieron a buscar al desventurado, allí estaba el obispo. Fue con él y apareció ante la muchedumbre con muceta morada y con la cruz episcopal al cuello, junto a aquel pobre hombre amarrado con cuerdas.

Subió con él a la carreta, subió con él al patíbulo. El reo, tan

sombrío y acongojado la víspera, estaba radiante. Notaba que había reconciliado el alma con Dios y que éste lo estaba esperando. El obispo lo abrazó en el momento en que la cuchilla iba a caer, y le dijo: «A quien matan los hombres, lo resucita Dios; aquel a quien expulsan los hombres encuentra al Padre. ¡Rece, crea, entre en la vida! El Padre lo espera». Cuando bajó del patíbulo, había en su mirada algo que hizo que el pueblo le abriera paso. No podía saberse qué era más admirable, si su palidez o su serenidad. Al regresar a la humilde morada que él llamaba, sonriendo, *su palacio,* le dijo a su hermana: «Acabo de oficiar pontificalmente».

Como las cosas más sublimes suelen ser también las que peor se entienden, hubo en la ciudad quien dijo, al comentar ese comportamiento del obispo, *que era afectación*. Aunque no fue sino charla de salón. El pueblo, que no ve malicia en las acciones santas, quedó enternecido y admirado.

En cuanto al obispo, ver la guillotina fue un choque para él, y tardó mucho en reponerse.

Efectivamente, hay en el patíbulo, cuando lo tenemos delante, irguiéndose, algo alucinatorio. Podemos ser indiferentes, hasta cierto punto, en cuanto a la pena de muerte, no pronunciarnos, decir que sí y que no, mientras no hayamos visto una guillotina con nuestros propios ojos; pero si nos topamos con una, la sacudida es tan violenta que hay que decidirse y tomar partido a favor o en contra. Hay quienes la admiran, como De Maistre; hay quienes la aborrecen, como Beccaria. La guillotina es la solidificación de la ley; su nombre es *vindicta;* no es neutral ni nos permite seguir siendo neutrales. Quien la ve se estremece con el más misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales yerguen en torno a esa cuchilla su punto de interrogación. El patíbulo es visión. El patíbulo no es una armazón; el patíbulo no es una máquina; el patíbulo no es una maquinaria inerte de madera, hierro y cuerdas. Parece algo así como un ser que cuenta con no sé qué iniciativa sombría; diríase que esa armazón ve; que ese máquina oye; que esa maquinaria entiende; que esa madera, que ese hierro y que esas cuerdas quieren. En la ensoñación espantosa cuya presencia impone al alma, el patíbulo parece terrible y con arte y parte en lo que hace. El patíbulo es cómplice del verdugo; devora; se alimenta de carne, bebe sangre. El patíbulo es como un monstruo que fabrican

el juez y el carpintero, un espectro que parece vivir con algo parecido a una vida espantosa fruto de toda la muerte que dio.

El obispo quedó, pues, impresionado de forma horrorosa y honda; al día siguiente de la ejecución, y muchos días después, el obispo pareció abrumado. La serenidad casi violenta del momento fúnebre se había esfumado; lo obsesionaba el fantasma de la justicia social. Parecía como si, aunque solía regresar de todo cuanto hacía con satisfacción radiante, se estuviera reprochando algo. A ratos hablaba consigo mismo, y tartamudeaba a media voz monólogos lúgubres. He aquí uno de ellos, que su hermana oyó una noche y recogió: «No creía que fuera algo tan monstruoso. Es un error quedarse uno tan absorto en la ley divina que deja de ver la ley humana. La muerte sólo pertenece a Dios. ¿Con qué derecho ponen la mano los hombres en esa cosa desconocida?».

Con el tiempo, se fueron atenuando esas impresiones, y es probable que se disipasen. No obstante, llamó la atención que el obispo evitase a partir de entonces pasar por la plaza de las ejecuciones.

Podía recurrirse a monseñor Myriel a cualquier hora para que acudiera junto al lecho de los enfermos y los agonizantes. No ignoraba que ése era su máximo deber y su tarea más importante. Las familias con viudos o huérfanos no necesitaban llamarlo; acudía espontáneamente. Sabía sentarse y quedarse callado muchas horas junto al hombre que había perdido a la mujer a quien amaba, a la madre que había perdido al hijo. De la misma forma que sabía cuándo debía callar, sabía también cuándo debía hablar. ¡Qué admirablemente consolaba! No intentaba que el olvido borrase el dolor, sino que lo incrementaba y lo dignificaba con la esperanza. Decía: «Tened cuidado con la forma en que os volvéis hacia los muertos. No os acordéis de lo que se está pudriendo. Mirad fijamente. Y divisaréis la luz viva de vuestro muerto bien amado en lo hondo del cielo». Sabía que creer es sano. Intentaba aconsejar y calmar al hombre desesperado señalándole con el dedo al hombre resignado y convertir el dolor que mira una fosa indicándole el dolor que mira una estrella.

V

De que a monseñor Bienvenu le duraban demasiado las sotanas

La vida interior de monseñor Myriel la colmaban los mismos pensamientos de su vida pública. Para quien hubiera podido verla de cerca, esa pobreza voluntaria en que vivía el obispo de Digne habría sido un espectáculo solemne y delicioso.

Como todos los ancianos y como la mayoría de los pensadores, dormía poco. Aquel breve sueño era profundo. Por la mañana, tras una hora de recogimiento, decía misa, o en la catedral o en su casa. Tras decir misa, almorzaba pan de centeno mojado en leche de sus vacas. Después, trabajaba.

Un obispo es un hombre muy ocupado; tiene que recibir a diario al secretario del obispado, que suele ser un canónigo; y casi a diario a los vicarios episcopales. Tiene que supervisar congregaciones, que conceder privilegios, que pasar revista a toda una librería eclesiástica, misales, catecismos diocesanos, libros de horas, etc.; que escribir pastorales, autorizar sermones, poner de acuerdo a párrocos y alcaldes, llevar una correspondencia clerical, llevar una correspondencia administrativa, por acá el Estado, por allá la Santa Sede, miles de asuntos.

El tiempo que le dejaban libre esos miles de asuntos y los oficios y el breviario lo dedicaba, en primer lugar, a los necesitados, a los enfermos y los afligidos; y el tiempo que le dejaban libre los necesitados, los enfermos y los afligidos lo dedicaba al trabajo. Ora cavaba el jardín, ora leía y escribía. No tenía sino una única palabra para esos dos tipos de trabajo: lo llamaba *dedicarse a la jardinería*. «La mente es un jardín», decía.

A eso del mediodía, cuando hacía bueno, salía y paseaba a pie

por el campo o por la ciudad, entrando a menudo en las casuchas. Lo veían ir andando, solo, absorto en sus pensamientos, con la mirada baja, apoyado en el largo bastón, vistiendo el abrigado gabán guateado y de color morado, calzando medias moradas y zapatos recios, tocado con el bonete por cuyos tres picos asomaban tres borlas de oro con flecos.

Nacía una alegría festiva por donde pasaba. Hubiérase dicho que en aquella presencia había algo cálido y luminoso. Los niños y los ancianos salían al umbral de las puertas cuando llegaba el obispo como cuando salía el sol. Bendecía y lo bendecían. Le indicaban la casa de quien anduviera necesitado de algo.

Se detenía acá y allá, hablaba a los chiquillos y a las niñas y sonreía a las madres. Iba a visitar a los pobres cuando tenía dinero; cuando se le acababa, iba a visitar a los ricos.

Como las sotanas le duraban demasiado y no quería que nadie se diera cuenta, nunca salía sin el gabán morado, lo que le resultaba algo molesto en verano.

Al volver, comía. La comida era como el almuerzo.

Por la noche, a las ocho, cenaba con su hermana; la señora Magloire se quedaba de pie detrás de ellos y los atendía. Era una cena frugalísima. Pero si el obispo había invitado a cenar a uno de sus párrocos, la señora Magloire aprovechaba para servirle a Su Ilustrísima algún pescado excelente de los lagos o alguna pieza de caza exquisita de la montaña. Todos los párrocos valían de pretexto para servir buenas cenas; el obispo se lo consentía. Pero, fuera de esas ocasiones, a diario no comía sino verdura cocida y sopa con aceite. Así que en la ciudad decían: «Cuando el obispo no come como un cura, come como un trapense».

Después de cenar, charlaba media hora con la señorita Baptistine y la señora Magloire; luego, se volvía a su cuarto y seguía escribiendo, a veces en hojas sueltas y a veces en los márgenes de algún tomo infolio. Era letrado y algo erudito. Dejó cinco o seis manuscritos bastante curiosos, entre otros una disertación acerca del versículo del Génesis: *En el principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.* Compara en ella ese versículo con tres textos: con el versículo árabe que dice: *Dios es quien envía los vientos;* con Flavio Josefo, que dice: *Al tiempo que soplaba en la tierra desde arriba el viento*, y, finalmente, con la paráfrasis caldea de Onkelos, donde

pone: *Un viento venido de Dios soplaba en la superficie de las aguas*. En otra disertación examina las obras teológicas de Hugo, obispo de Ptolemaida, tío tatarabuelo de quien escribe este libro, y deja establecido que hay que atribuir a ese obispo los opúsculos varios publicados el siglo pasado con el pseudónimo de Barleycourt.

A veces, en plena lectura, fuere cual fuere el libro que tuviera en las manos, caía de pronto en un hondo ensimismamiento del que no salía sino para escribir unas cuantas líneas en las propias páginas del volumen. Esas líneas no guardan relación con frecuencia con el libro en que se hallan. Tenemos ante la vista una nota que escribió en uno de los márgenes de un tomo en cuarto llamado: *Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton y Cornwallis y los almirantes del fondeadero de América. Versalles, librería Poinçot, y París, librería Pissot, muelle de Les Augustins*.

Y he aquí la nota:

«¡Oh, vos, que sois!

»El Eclesiastés os llama Todopoderoso; el Libro de los Macabeos os llama Creador; la Epístola a los Efesios os llama Libertad; el libro de Baruch os llama Inmensidad; los Salmos os llaman Sabiduría y Verdad; Juan os llama Luz; el Libro de los Reyes os llama Señor; el Éxodo os llama Providencia, y el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la creación os llama Dios; el hombre os llama Padre; pero Salomón os llama Misericordia, y ése es el más hermoso de todos vuestros nombres».

A eso de las nueve de la noche, las dos mujeres se retiraban y subían a sus cuartos del primer piso, dejándolo solo en la planta baja hasta por la mañana.

Y llegados aquí es menester dar un idea exacta del domicilio del señor obispo de Digne.

VI

De quién le guardaba la casa

La casa en que vivía se componía, como ya hemos dicho, de una planta baja y un único piso: tres habitaciones en la planta baja, tres dormitorios en el primer piso; encima, un desván. Detrás de la casa, un jardín de un cuarto de área. Las dos mujeres ocupaban el primer piso. El obispo vivía abajo. La primera habitación, que daba a la calle, la usaba de comedor; la segunda, de dormitorio, y la tercera, de oratorio. No se podía salir del oratorio sin pasar por el dormitorio ni salir del dormitorio sin pasar por el comedor. En el oratorio, al fondo, había una alcoba cerrada y con una cama, para los casos de hospitalidad. El señor obispo ofrecía esa cama a los párrocos rurales que venían a Digne por asuntos o necesidades de sus parroquias.

La farmacia del hospital, un edificio pequeño añadido a la casa a expensas del jardín, lo habían convertido en cocina y bodega.

Había además en el jardín un establo, que era la antigua cocina del hospicio, donde el obispo tenía dos vacas. Diesen la cantidad de leche que diesen, les mandaba invariablemente todas las mañanas la mitad a los enfermos del hospital. «Pago el diezmo que me corresponde», decía.

Su cuarto era bastante grande y bastante difícil de calentar en la estación fría. Como la leña está cara en Digne, se le había ocurrido que le hicieran en el establo de las vacas un compartimento que cerraba un tabique de tablones. Allí se pasaba las veladas cuando apretaba el frío. Lo llamaba *el salón de invierno*.

No había en aquel salón de invierno, lo mismo que en el comedor, más muebles que una mesa cuadrada de madera de pino y cuatro sillas de enea. El comedor contaba además con un aparador

viejo pintado de rosa al temple. El otro aparador a juego, convenientemente vestido con sabanillas blancas y encajes de imitación, lo había convertido el obispo en el altar que ornaba el oratorio.

Sus penitentes ricas y las mujeres piadosas de Digne habían aportado contribuciones con frecuencia para costear un buen altar nuevo para el oratorio de Su Ilustrísima; en todas y cada una de las ocasiones, el obispo cogió el dinero y se lo dio a los pobres.

—El altar más hermoso —decía— es el alma de un desdichado que ha hallado consuelo y se lo agradece a Dios.

Había en el oratorio dos reclinatorios de enea y un sillón también de enea en el dormitorio. Cuando, por casualidad, recibía a siete u ocho personas a la vez, al prefecto, o al general, o al estado mayor del regimiento de la guarnición, o a unos cuantos alumnos del seminario menor, no quedaba más remedio que ir al establo por las sillas del salón de invierno, al oratorio por los reclinatorios y al dormitorio por el sillón; así era posible reunir hasta once asientos para las visitas. Cada vez que llegaba una visita, había que dejar sin muebles una habitación.

Podía suceder a veces que fueran doce; en esos casos, el obispo disimulaba el apuro de la situación quedándose de pie delante de la chimenea, si era invierno, o paseándose por el jardín si era verano.

Había además en la alcoba cerrada otra silla, pero tenía la enea del asiento rota y sólo se apoyaba en tres patas, por lo que únicamente se la podía usar si estaba contra la pared. Y cierto es que la señorita Baptistine tenía en su cuarto una butaca muy grande de madera, dorada antaño, y tapizada con pequín de flores, pero esa butaca hubo que subirla al primer piso por la ventana, porque las escaleras eran demasiado estrechas: no se podía, pues, contar con ella en las eventuales necesidades de mobiliario.

La ambición de la señorita Baptistine habría sido poder comprar para el salón una sillería de caoba y respaldos de cuello de cisne, tapizada de terciopelo de Utrecht con rosetones, y con sofá incluido. Pero habría costado quinientos francos por lo menos y, en vista de que no había podido ahorrar para esa compra más que cuarenta y dos francos con cincuenta céntimos en cinco años, había acabado por renunciar a ella. Por lo demás, ¿quién consigue sus ideales?

No podría imaginarse nada más sencillo que el cuarto del

obispo. Una puerta vidriera daba al jardín; enfrente, la cama, una cama de hospital, de hierro, con dosel de sarga verde; en la zona de sombra de la cama, detrás de una cortina, los útiles de aseo, que dejaban traslucir aún los antiguos hábitos elegantes de un hombre de mundo; dos puertas, una junto a la chimenea, que daba al oratorio; la otra, junto a la librería, que daba al comedor. La librería era un armario grande acristalado repleto de libros; la chimenea, de madera pintada imitando mármol, habitualmente apagada; en la chimenea, un par de morillos de hierro adornados con dos jarrones con guirnaldas y acanaladuras, plateadas antaño con plata embutida, lo que era algo así como un detalle de lujo episcopal; encima de la chimenea, un crucifijo de cobre que había perdido el baño de plata, clavado en un terciopelo negro raído dentro de un marco de madera antes dorada; junto a la puerta vidriera, una mesa grande con un tintero, cargada de papeles revueltos y de libros gruesos. Delante, la mesa y el sillón de enea. Delante de la cama, un reclinatorio, sacado del oratorio.

Dos retratos en marcos ovalados estaban colgados en la pared a ambos lados de la cama. Unos rótulos en letra pequeña y dorada sobre el fondo neutro de la tela informaban de que uno de los retratos era del padre De Chaliot, obispo de Saint-Claude, y el otro del padre Tourteau, vicario general de Agde, abad de Grand-Champs, de la orden del Císter, en la diócesis de Chartres. El obispo, al convertirse, en aquella habitación, en sucesor de los enfermos del hospital, se encontró con aquellos retratos y allí los dejó. Eran sacerdotes y, seguramente, benefactores: dos motivos que le granjeaban su respeto. Todo cuanto sabía de esos dos personajes era que los había nombrado el rey, a uno obispo y al otro beneficiado, el mismo día, el 27 de abril de 1785. Al descolgar la señora Magloire los cuadros para quitarles el polvo, el obispo se encontró con esa particularidad escrita con tinta blanquecina en un cuadradito de papel, que el tiempo había puesto amarillo, pegado con cuatro obleas detrás del retrato del abad de Grand-Champs.

Tenía en la ventana una cortina antigua de lana gruesa que acabó por estar tan vieja que, para no gastar en una nueva, a la señora Magloire no le quedó más remedio que hacerle una costura en el medio. Esta costura tenía forma de cruz. El obispo lo comentaba con frecuencia: «¡Qué bien queda!», decía.

Todas las habitaciones, sin excepción, desde la planta baja hasta el primer piso, estaban encaladas, que es lo que se lleva en cuarteles y hospitales.

Sin embargo, en los últimos años, la señora Magloire encontró, como veremos luego, debajo del papel enlucido, unas pinturas que sirvieron de adorno en las habitaciones de la señorita Baptistine. Antes de ser hospital, aquel edificio había sido la casa de la villa. Y de ahí le venía esa decoración. Las habitaciones estaban enlosadas con ladrillos rojos que fregaban todas las semanas y había esteras de esparto delante de todas las camas. Por lo demás, aquella casa, que llevaban dos mujeres, estaba limpia como una patena de arriba abajo. Era el único lujo que permitía el obispo. Decía: «No les quita nada a los pobres».

Hay que admitir, no obstante, que, de lo poseído antaño, le quedaban seis cubiertos de plata y un cucharón que la señora Magloire, encantada, miraba a diario brillar encima del mantel basto de lienzo blanco. Y, como estamos describiendo aquí al obispo de Digne tal y como era, debemos añadir que éste más de una vez había dicho: «Me costaría mucho dejar de comer con cubiertos de plata».

Hay que añadir a esos cubiertos dos candeleros grandes de plata maciza que había heredado de una tía abuela. Había en esos candeleros dos velas de cera y solían estar encima de la chimenea del obispo. Cuando había invitados a cenar, la señora Magloire encendía las dos velas y ponía los dos candeleros encima de la mesa.

En el propio cuarto del obispo, a la cabecera de la cama, había una alacena en la que la señora Magloire guardaba todas las noches los seis cubiertos de plata y el cucharón. Debemos decir que la llave estaba siempre en la cerradura.

El jardín, que estropeaban un tanto las edificaciones bastante feas que hemos nombrado, lo componían cuatro paseos en cruz que partían de un pozo ciego que había en el centro; otro paseo circunvalaba el jardín y corría a lo largo de la tapia blanca que lo cerraba. Dichos paseos enmarcaban cuatro arriates rodeados de boj. En tres de ellos cultivaba verduras la señora Magloire; en el cuarto, el obispo tenía flores; había, acá y allá, unos cuantos frutales. Una vez, la señora Magloire le dijo al obispo con algo así como una

ironía suave:

—Monseñor le saca partido a todo; pero ése es un arriate inútil. Más valdría tener en él lechugas, en vez de ramos.

—Señora Magloire —contestó el obispo—, se equivoca. Lo hermoso es tan útil como lo útil.

Y añadió, tras un silencio:

—Más quizá.

Ese arriate, que se componía de tres o cuatro platabandas, tenía al obispo casi tan ocupado como sus libros. Pasaba allí de buen grado una hora o dos, podando, escardando y abriendo acá y allá hoyos para meter las semillas. No era tan enemigo de los insectos como le habría gustado a un jardinero. Por lo demás, no tenía pretensiones botánicas; nada sabía ni de los grupos ni del solidismo; no pretendía ni por asomo decantarse por Tournefort o por el método natural; no tomaba partido ni por los utrículos ni por los cotiledones, ni por Jussieu en contra de Linneo. No estudiaba las plantas; le gustaban las flores. Respetaba mucho a los sabios, respetaba aún más a los ignorantes, y, sin faltar a ninguno de esos respetos, regaba todas las tardes de verano las platabandas con una regadera de hojalata pintada de verde.

No había en la casa ni una puerta que cerrase con llave. La puerta del comedor, que, como ya hemos dicho, daba directamente a la plaza de la catedral, tenía en tiempos pasados cerraduras y cerrojos, como la puerta de una cárcel. El obispo mandó quitar todos esos herrajes y aquella puerta no cerraba, ni de día ni de noche, sino con una falleba. A cualquiera que pasara por allí, a cualquier hora, le bastaba con abrirla. Al principio, a las dos mujeres las trastornó mucho aquella puerta que nunca estaba cerrada; pero el obispo de Digne les dijo: «Mandad poner cerrojos en vuestras puertas, si queréis». Acabaron por compartir la confianza del obispo o por hacer como si la compartiesen. Sólo la señora Magloire pasaba sustos de vez en cuando. En lo referido al obispo, podemos hallar una explicación de su punto de vista, o al menos un atisbo, en estas tres líneas escritas en el margen de una biblia: «El matiz es el siguiente: la puerta del médico no debe estar nunca cerrada, la puerta del sacerdote debe estar siempre abierta».

En otro libro, llamado *Filosofía de la ciencia médica,* escribió esta otra nota: «¿No soy acaso tan médico como éstos? Yo también tengo

mis enfermos; de entrada, tengo los suyos, a quienes llaman enfermos; y además tengo los míos, a quienes llamo los desdichados».

También escribió en otro lugar: «No le pidas el nombre a quien te pide un techo. Es sobre todo aquel a quien apura dar el nombre el que necesita asilo».

Un buen día, a un respetable párroco, no sé ya si el de Couloubroux o el de Pompierry, se le ocurrió preguntar, probablemente por instigación de la señora Magloire, si monseñor estaba seguro de no estar pecando hasta cierto punto de imprudencia al dejar abierta la puerta de día y de noche, a disposición de quien quisiera entrar, y si no temía, en última instancia, que sucediera una desgracia en una casa tan poco guardada. El obispo le dio un golpecito en el hombro con benigna seriedad y le dijo: *Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodiunt eam*.

Y luego habló de otra cosa.

Solía decir: «Existe el coraje del sacerdote, de la misma forma que existe el coraje del coronel de dragones. Pero —añadía— el nuestro tiene que ser sosegado».

VII

Cravatte

Aquí viene a cuento un hecho que no debemos omitir, pues es de esos que permiten ver mejor qué hombre era el señor obispo de Digne.

Tras la desintegración de la partida de Gaspard Bès, que infestó las gargantas de Ollioules, uno de sus lugartenientes, Cravatte, buscó refugio en la montaña. Estuvo escondido una temporada con sus bandidos, lo que quedaba de la banda de Gaspard Bès, en el condado de Niza; se fue luego al Piamonte y volvió a aparecer de repente en Francia, por la zona de Barcelonnette. Se escondió en las cuevas de Le Joug-de-l'Aigle y desde allí bajaba a las aldeas y los pueblos por los barrancos de Ubaye y Ubayette. Llegó incluso hasta Embrun, entró de noche en la catedral y desvalijó la sacristía. Sus bandidos asolaban la comarca. Mandaron a la gendarmería a perseguirlo, pero en vano. Siempre se escabullía; a veces resistía por la fuerza. Era un miserable muy atrevido. El obispo llegó en pleno terror. Estaba de gira por Chastelar. El alcalde fue a verlo y lo animó a volverse por donde había venido. Cravatte era el amo de la montaña hasta Arche y más allá; había peligro, incluso con escolta. Era exponer inútilmente a tres o cuatro pobres gendarmes.

—Por eso mismo —dijo el obispo— tengo intención de ir sin escolta.

—Pero ¡cómo se le ocurre a Su Ilustrísima!

—Tanto se me ocurre que me niego tajantemente a que vengan conmigo unos gendarmes y me marcho dentro de una hora.

—¿Que se va?

—Me voy.

—¿Solo?

—Solo.

—¡Monseñor! ¡No puede hacer semejante cosa!

—Hay en la montaña —siguió diciendo el obispo— un municipio muy humilde y muy pequeño por que el que llevo tres años sin aparecer. Tengo muy buenos amigos, son pastores mansos y honrados; de cada treinta cabras que cuidan, una es suya. Hacen unos cordones de lana muy bonitos de varios colores y tocan melodías de las montañas en unos flautines de seis agujeros. Necesitan que alguien les hable de Dios de vez en cuando. ¿Qué dirían de un obispo miedoso? ¿Qué dirían si no fuera?

—¡Pero, Ilustrísima, los bandidos!

—Caramba —dijo el obispo—, ahora que caigo, tiene razón. Es posible que me encuentre con ellos. Ellos también deben de estar necesitados de que alguien les hable de Dios.

—Pero, Ilustrísima, ¡si es una partida! ¡Un rebaño de lobos!

—Señor alcalde, a lo mejor es precisamente de ese rebaño del que Dios me hizo pastor. ¿Quién conoce los caminos de la Providencia?

—¡Desvalijarán a Su Ilustrísima!

—No tengo nada.

—Matarán a monseñor.

—¿Un cura viejo que pasa mascullando sandeces? ¡Bah! ¿Para qué?

—¡Ay, Dios mío! ¡Mira que si se los encuentra Su Ilustrísima!

—Les pediré una limosna para mis pobres.

—¡No vaya, monseñor, en nombre del cielo! Pone en peligro su vida.

—Señor alcalde —dijo el obispo—, ¿así que sólo se trata de eso? No estoy en el mundo para cuidar de mi vida, sino para cuidar de las almas.

Hubo que dejarlo por imposible. Se fue, sin más compañía que un niño, que se ofreció a servirle de guía. Su cabezonería dio mucho que hablar en la comarca y asustó mucho.

No quiso llevarse ni a su hermana ni a la señora Magloire. Cruzó la montaña a lomo de mula, no se encontró con nadie y llegó sano y salvo a la aldea de sus «buenos amigos» los pastores. Se quedó con ellos quince días, predicando, administrando, enseñando, moralizando. Cuando ya le faltaba poco para irse, decidió celebrar

una misa pontifical con tedeum cantado. Se lo comentó al párroco. Pero ¿era posible? No había ornamentos episcopales. Sólo podían poner a su disposición una insignificante sacristía de pueblo con unas cuantas casullas de damasco, raídas y sin más adorno que unos galones de pacotilla.

—¡Bah! —dijo el obispo—. Señor párroco, anunciemos de todas formas el tedeum en el sermón. Ya se arreglarán las cosas.

Buscaron en las iglesias de los alrededores. Ni reuniendo todas las magnificencias de aquellas parroquias humildes se habría podido vestir como es debido al chantre de una catedral.

Cuando andaban con aquel apuro, trajeron un cajón grande y lo dejaron en el presbiterio, para el señor obispo, dos jinetes desconocidos que se fueron en el acto. Abrieron el cajón: había en él una capa pluvial de paño de oro, una mitra adornada con diamantes, un cruz arzobispal, un báculo espléndido, todos los ornamentos pontificales que habían robado hacía un mes del tesoro de la catedral de Embrun. En el cajón, había un papel en que estaban escritas las siguientes palabras: *De Cravatte para monseñor Bienvenu*.

—¡Ya decía yo que todo acabaría por tener arreglo! —dijo el obispo. Luego añadió, sonriente—: A quien se conforma con una sobrepelliz de párroco, Dios le envía una capa de arzobispo.

—Dios… o el Diablo, Ilustrísima —susurró el párroco cabeceando con una sonrisa.

El obispo miró fijamente al párroco y repitió con tono de autoridad:

—¡Dios!

Cuando regresó a Chastelar, y por todo el camino, acudían para mirarlo con curiosidad. Lo estaban esperando en el presbiterio de Chastelar la señorita Baptistine y la señora Magloire; y le dijo a su hermana:

—¿Qué? ¿No tenía yo razón? Este pobre cura fue a ver a esos pobres montañeses con las manos vacías y vuelve con las manos llenas. Al irme sólo me llevé mi confianza en Dios, y traigo el tesoro de una catedral.

Por la noche, antes de acostarse, añadió:

—No hay que tenerles nunca miedo ni a los ladrones ni a los asesinos. No son sino los peligros externos, los peligros pequeños.

Tengámonos miedo a nosotros mismos. Los prejuicios, ésos son los ladrones; los vicios, ésos son los asesinos. Los peligros grandes los llevamos dentro. ¿Qué importan las cosas que amenazan a nuestras personas o nuestras bolsas? No pensemos sino en lo que nos amenaza el alma.

Luego dijo, volviéndose hacia su hermana:

—Hermana mía, por parte del sacerdote nunca debe haber precauciones contra el prójimo. Lo que hace el prójimo es lo que Dios permite. Limitémonos a rezarle a Dios cuando creamos que se nos viene encima un peligro. Pidámosle no por nosotros, sino para que nuestro hermano no peque por causa nuestra.

Por lo demás, pocos acontecimientos había en su vida. Estamos contando al lector los que sabemos; pero lo normal era que se pasase la vida haciendo siempre lo mismo a la misma hora. Un mes de un año suyo parecía una hora de uno de sus días.

En cuanto a saber qué se hizo del «tesoro» de la catedral de Embrun, si alguien nos lo preguntara nos pondría en un aprieto. Eran cosas muy hermosas y muy tentadoras, y muy adecuadas para robarlas en provecho de los desdichados. Por lo demás, ya las habían robado. La mitad de la aventura estaba concluida; sólo quedaba modificar la dirección del robo y encaminarlo un trecho hacia los pobres. No afirmamos nada al respecto, desde luego; pero encontraron entre los papeles del obispo una nota bastante poco clara que es posible que se refiera a este asunto y que dice lo siguiente: *La cuestión está en saber si debe volver a la catedral o al hospital.*

VIII

Primero beber y luego filosofar

El senador ya mencionado era hombre entendido, que había caminado recto sin atender a todos esos encuentros que son un estorbo y se llaman conciencia, juramentos, justicia y deber; había ido en derechura a su meta y sin titubear ni una vez en el camino de su progreso y sus intereses. Había sido fiscal, con mucha blandura para el éxito; y muy buena persona, haciendo cuantos menudos favores podía a sus hijos, a sus yernos, e incluso a los amigos; de la vida había tomado, sensatamente, el lado bueno, las buenas ocasiones y las gangas. Todo lo demás le parecía bastante necio. Era ingenioso, y, aunque no muy erudito, sí lo suficiente para creerse un discípulo de Epicuro, siendo así que no era quizá sino una consecuencia de Pigault-Lebrun. Gustaba de burlarse, y con gran amabilidad, de las cosas infinitas y eternas y de las «monsergas del buenazo del obispo». A veces se burlaba, con campechana autoridad, delante del propio monseñor Myriel, que lo escuchaba.

Con motivo de no sé ya qué ceremonia, oficial a medias, el conde *** (el senador en cuestión) y monseñor Myriel tuvieron que cenar en casa del prefecto. A los postres, el senador, un tanto achispado, aunque sin perder la dignidad, exclamó:

—Caramba, señor obispo, hablemos. Es difícil que un senador y un obispo se miren sin hacerse un guiño. Somos dos augures. Voy a confesarle algo. Tengo mi propia filosofía.

—Hace usted muy bien —contestó el obispo—. Dime con quién andas y te diré cómo filosofas. Y usted anda por una alfombra de púrpura, señor senador.

El senador, al verse así animado, siguió diciendo:

—Vamos a ser buenos chicos.

—E incluso buenos demonios —dijo el obispo.

—Pongo en su conocimiento —repuso el senador— que el marqués de Argens, Pirrón, Hobbes y el señor Naigeon no son ningunos granujas. Tengo en mis estanterías a todos mis filósofos en encuadernación con mucho lujo.

—Igualito que usted, señor conde —interrumpió el obispo.

El senador siguió diciendo:

—Aborrezco a Diderot; es un ideólogo, un orador de poca monta y un revolucionario que en el fondo creía en Dios y era más beato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham y se equivocó, porque las anguilas de Needham son la prueba de que Dios no es preciso. Una gota de vinagre en una cucharada de masa de harina hace las veces del *fiat lux*. Suponga que la gota es más gruesa y la cucharada mayor, y ahí tiene el mundo. El hombre es la anguila. Así que ¿qué necesidad tenemos del Padre Eterno? Señor obispo, la hipótesis de Jehová me resulta muy cansada. Sólo vale para crear seres flacos con la cabeza hueca. ¡Abajo ese gran Todo tan fastidioso! ¡Viva el Cero, que me deja en paz! Dicho sea entre nosotros, y por aligerar la conciencia y confesarme con mi pastor, como está mandado, debo decirle que tengo sentido común. No me vuelve loco ese Jesús suyo que se pasa la vida predicando la renuncia y el sacrificio. Es un consejo de avaro para pelagatos. Renunciar: ¿por qué? Sacrificarse: ¿a qué? Yo no veo que ningún lobo se inmole para hacer feliz a otro lobo. Así que no nos salgamos de la naturaleza. Estamos en la cumbre: adoptemos la filosofía superior. ¿De qué vale estar en lo más alto si no vemos más allá de las narices de los demás? Vamos a vivir con alegría. La vida lo es todo. No me creo ni poco ni mucho que el hombre tenga otro porvenir, en otra parte, arriba, abajo, donde sea. ¡Vaya, me recomiendan el sacrificio y la renuncia! He de tener cuidado con todo lo que hago, he de quebrarme la cabeza con qué está bien y qué está mal, con lo justo y lo injusto, con el *fas* y el *nefas*. ¿Por qué? ¿Porque tendré que dar cuenta de mis acciones? ¿Cuándo? Después de muerto. ¡Bonito sueño! Cuando me muera, muy listo tendrá que ser el que me eche el guante. A ver si una mano de sombra puede agarrar un puñado de ceniza. Digamos lo que es cierto, nosotros que somos unos iniciados y que le hemos levantado las faldas a Isis: no existe ni el bien ni el mal; existe la vegetación. Busquemos lo real. Ahondemos

del todo. ¡Lleguemos hasta al fondo, qué demonios! Hay que olerse la verdad, rebuscar en la tierra y atraparla. Y entonces le proporciona a uno alegrías exquisitas. Entonces se vuelve uno fuerte y se ríe. Yo soy más claro que el agua, señor obispo, la inmortalidad del hombre es una tomadura de pelo. ¡Ay, qué bonita promesa! ¡Fíense ustedes! ¡Vaya número para el sorteo que tiene Adán! Somos almas, seremos ángeles, nos saldrán alas azules en las paletillas. Corríjame si me equivoco: ¿no fue Tertuliano quien dijo que los bienaventurados irán de astro en astro? Bien está. Seremos los saltamontes de las estrellas. Y además veremos a Dios. Bah, bah, bah. Menudas ñoñerías todos esos paraísos. Dios es una sandez monstruosa. No es que vaya yo a decir algo así en *Le Moniteur,* caramba, pero lo digo cuchicheando con los amigos. *Inter pocula*. Sacrificar la tierra por el paraíso es soltar la presa por la sombra. ¡Caer en el engaño de lo infinito! No soy tan tonto. Nada soy. Me llamo el señor conde Nada, senador. ¿Existía antes de nacer? No. ¿Existiré cuando me haya muerto? No. ¿Qué soy? Un poco de polvo que un organismo ha aglomerado. ¿Qué tengo que hacer en la tierra? Puedo elegir. Padecer o disfrutar. ¿Dónde me llevará el padecimiento? A la nada. Pero habré padecido. ¿Donde me llevará el disfrute? A la nada. Pero habré disfrutado. Ya he elegido. Hay que comer o que te coman. Pues como. Más vale ser el diente que la hierba. Ésa es mi sabiduría. Y luego, que te quiten lo bailado, ahí está esperando el enterrador, y a nosotros nos esté esperando el Panteón… todo va a caer al gran agujero. Fin. *Finis*. Liquidación total. Ahí es donde nos esfumamos. La muerte está muerta, hágame caso. Me entra la risa si pienso que haya por ahí alguien que tenga algo que decirme. Inventos de amas de cría. El ogro, para los niños. Jehová para los hombres. No, nuestro mañana es oscuridad. Pasada la tumba, ya sólo quedan nadas iguales. Has sido Sardanápalo, has sido Vicente de Paúl, todo es la misma nada. Ésa es la verdad. Así que vivamos, por encima de todo. Usemos nuestro propio yo mientras lo tengamos. Le digo de verdad, señor obispo, que tengo mi filosofía y mis filósofos. No dejo que me líen con pamplinas. Dicho esto, sí que hay que darles algo a los de abajo, a los pobres diablos, a los ganapanes, a los miserables. Les damos, para que se las traguen, las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraíso, las estrellas. Lo mastican y lo untan encima del pan solo.

Quien nada tiene tiene a Dios. Qué menos. Yo no me opongo, pero me quedo con el señor Naigeon. Dios está bien para el pueblo.

El obispo aplaudió.

—¡Así se habla! —exclamó—. ¡Qué excelente, qué estupendo es ese materialismo! No está al alcance de cualquiera. ¡Ay, a quien lo tiene, nadie lo engaña! ¡No se deja desterrar tontamente como Catón, ni lapidar como Esteban, ni quemar vivo como Juana de Arco! Quienes han conseguido hacerse con ese materialismo admirable tienen la alegría de sentirse libres de responsabilidades y de pensar que pueden zampárselo todo sin preocupaciones: los cargos, las sinecuras, las dignidades, el poder bien o mal adquirido, las palinodias lucrativas, las traiciones útiles, las capitulaciones de conciencia suculentas; y que bajarán a la tumba con la digestión hecha. ¡Qué agradable! No lo digo por usted, señor senador. Pero, no obstante, me resulta imposible no darle la enhorabuena. Ustedes, los grandes señores, tienen, ya lo dice usted, una filosofía propia y exclusiva, exquisita, refinada, que sólo está al alcance de los ricos, que resulta buena en cualquier guiso, que es aliño admirable de todas las voluptuosidades de la vida. Esa filosofía hay buscadores especializados que la hallan en las profundidades y la desentierran. Pero ustedes son generosos y no les parece mal que creer en Dios sea la filosofía del pueblo, más o menos como el ganso relleno de castañas es el pavo trufado de los pobres.

IX

De lo que la hermana cuenta del hermano

Para dar una idea del funcionamiento doméstico del señor obispo de Digne y de la forma en que aquellas dos santas mujeres subordinaban sus hechos, sus pensamientos e incluso sus instintos de mujeres fácilmente asustadizas a las costumbres y a las intenciones del obispo, sin qué éste tuviera siquiera que molestarse en hablar para darlas a conocer, no podemos hacer nada mejor que transcribir aquí una carta de la señorita Baptistine a la señora vizcondesa de Boischevron, amiga de la infancia. Estamos en posesión de esa carta.

Digne, a 16 de diciembre de 18…

«Mi buena amiga:

»No pasa día en que no hablemos de usted. Es una costumbre que tenemos, pero ahora hay una razón más. Ha de saber que, al lavar y quitar el polvo a los techos y las paredes, la señora Magloire ha hecho unos cuantos descubrimientos: ahora nuestros dos cuartos, que tenían en las paredes un papel viejo y enlucido con cal, no desentonarían en un palacio como el suyo. La señora Magloire ha arrancado todo el papel. Y había algo debajo. Mi salón, que está sin amueblar y que usamos para tender la ropa después de la colada, tiene quince pies de alto y dieciocho pies cuadrados de ancho y un techo antiguo pintado con dorados y vigas, como los que hay en casa de usted. Estaba tapado con una tela de los tiempos en que esta casa era el hospital. Y, además, revestimientos de madera de tiempos de nuestras abuelas. Pero lo que es digno de verse es mi cuarto. La señora Magloire ha encontrado, debajo de por lo menos diez

papeles que habían ido pegando encima, unas pinturas que, sin ser buenas, son tolerables. Minerva armando caballero a Telémaco, y otra vez Telémaco en unos jardines de cuyo nombre no me acuerdo. Un sitio donde iban sólo una noche las damas romanas, vamos. ¿Qué más le podría contar? Tengo romanos, romanas *(aquí una palabra ilegible)* y toda la pesca. La señora Magloire le ha lavado la cara a todo; este verano va a arreglar unos cuantos deterioros, le dará a todo una mano de barniz y mi cuarto será un auténtico museo. También ha encontrado en un rincón del desván dos consolas de madera, a la antigua. Nos pedían dos escudos de seis libras por volver a dorar la madera, pero vale más darles ese dinero a los pobres; además, son muy feas, y preferiría una mesa redonda de caoba.

»Sigo siendo muy dichosa. Mi hermano es tan bueno. Les da todo cuanto tiene a los indigentes y a los enfermos. Andamos muy apurados de dinero. La comarca es fría en invierno y no queda más remedio que hacer algo por los que carecen de todo. Nosotros calentamos la casa y nos alumbramos más o menos. Ya ve que disfrutamos de cosas buenas.

»Mi hermano tiene sus costumbres. Cuando habla, dice que así es como tiene que ser un obispo. Fíjese, nunca cerramos la puerta de casa. Entra quien quiere, y entra, en derechura, en las habitaciones de mi hermano. No le tiene miedo a nada, ni siquiera de noche. Es su coraje personal, como dice él.

»No quiere que tenga miedo por él, ni que lo tenga la señora Magloire. Se expone a todos los peligros, y ni siquiera quiere que se nos note que nos damos cuenta. Hay que saber entenderlo.

»Sale a la calle cuando llueve, va pisando los charcos, se va de viaje en invierno; no le dan miedo la oscuridad de la noche, ni los caminos sospechosos ni las personas que pudieran salirle al paso.

»El año pasado se fue solo a una tierra de ladrones. No quiso que lo acompañásemos. Estuvo quince días fuera. Cuando volvió, no le había pasado nada; lo dábamos por muerto y estaba bien: y dijo: “¡Así es como me han robado!”, y abrió un baúl que estaba lleno de todos los tesoros de la catedral de Embrun, que le habían dado los ladrones.

»En esta ocasión, según volvíamos, no pude por menos de

reñirlo un poco, con cuidado de no hablar más que cuando hacía ruido el coche, para que nadie pudiera oírlo.

»En los primeros tiempos, me decía: no hay peligro que lo detenga, es tremendo. Ahora he acabado por acostumbrarme. Le hago señas a la señora Magloire para que no le lleve la contraria. Corre los riesgos que quiere correr. Yo me llevo a la señora Magloire, me voy a mi cuarto, rezo por él y me duermo. Estoy tranquila porque sé perfectamente que, si le sucediera algo, sería también mi fin. Me iría con Dios al mismo tiempo que mi hermano y mi obispo. A la señora Magloire le ha costado más acostumbrarse a lo que llamaba sus imprudencias. Pero ahora ya está hecha a la idea. Rezamos las dos, pasamos miedo juntas y nos dormimos. Si entrase en casa el Diablo, nadie le diría nada. Bien pensado, ¿qué podemos temer en esta casa? Siempre está con nosotros el más fuerte. El Diablo podrá pasar por aquí, pero quien vive aquí es Dios.

»Con eso me basta. Mi hermano no tiene ya ni que decirme una palabra. Lo entiendo sin que me hable; estamos en manos de la Providencia y que sea lo que ella quiera.

»Así es como hay que ser con un hombre que lleva algo grande en el alma.

»Le he preguntado a mi hermano por esa información que me pide usted sobre la familia Faux. Ya sabe que él lo sabe todo y que tiene muchos recuerdos, porque sigue siendo muy buen monárquico. Es desde luego una familia normanda muy antigua de la circunscripción de Caen. Hace quinientos años hubo un Raoul de Faux, un Jean de Faux y un Thomas de Faux, todos ellos nobles, y de entre ellos uno era señor de Rochefort. El último fue Guy-Étienne-Alexandre, maestre de campo y con algún cargo en la caballería ligera de Bretaña. Su hija, Marie-Louise, se casó con Adrien-Charles de Gramont, hijo del duque Louis de Gramont, senador, coronel de la guardia francesa y teniente general del ejército. Puede escribirse: Faux, Fauq y Faoucq.

»Mi buena amiga, recomiéndenos a las oraciones de su santo pariente el señor cardenal. En cuanto a su querida Sylvanie, ha hecho bien en no desperdiciar para escribirme los breves instantes que pasa con usted. Está bien de salud, estudia a gusto

de usted y me sigue queriendo. No necesito nada más. Por usted he sabido que se acuerda de mí, y eso me satisface mucho. Yo no ando demasiado mal de salud, aunque cada día estoy más delgada. Adiós, me estoy quedando sin papel por lo que no me queda más remedio que despedirme. Con mis deseos de todo lo mejor,

»BAPTISTINE.

»P.D. Su cuñada sigue aquí con su gente menuda. Su sobrinito es un encanto. ¿Sabe que está a punto de cumplir cinco años? Ayer vio pasar un caballo al que habían puesto rodilleras y preguntaba: "¿Qué le pasa en las rodillas?". ¡Es un niño tan rico! Su hermanito va tirando por toda la casa de una escoba vieja, como si fuera un coche, y dice "¡arre!".»

Como vemos por esta carta, las dos mujeres sabían plegarse a la forma de ser del obispo con ese arte propio de la mujer que entiende al hombre mejor de lo que el hombre se entiende a sí mismo. El obispo de Digne, tras la pantalla de su aire dulce y cándido, del que no se apartaba nunca, hacía a veces cosas grandes, atrevidas, espléndidas, sin que pareciera darse cuenta. Las mujeres se amedrentaban, pero lo dejaban. A veces la señora Magloire intentaba reprenderlo antes; pero nunca al tiempo ni después. Nunca lo distraían, cuando estaba haciendo algo, ni siquiera con una palabra, ni siquiera con una seña. Había momentos en que, sin que tuviera él que decirlo, cuando quizá ni él era consciente de ello, pues así de perfecta era su sencillez, ellas notaban de forma confusa que estaba comportándose como un obispo; entonces no eran ya sino dos sombras en la casa. Lo servían pasivamente y, si esfumarse era prueba de obediencia, se esfumaban. Sabían, con instinto admirablemente exquisito, que hay atenciones que pueden resultar molestas. En consecuencia, incluso aunque lo creyesen en peligro, entendían no diré que su pensamiento, pero sí el carácter de éste, y tanto que ya no velaban por él. Lo dejaban en manos de Dios.

Por lo demás, Baptistine decía, como acabamos de leer, que el fin de su hermano sería también el suyo. La señora Magloire no lo decía, pero sabía que era así.

X

El obispo ante una luz desconocida

En una época algo posterior a la fecha de la carta citada en páginas anteriores, hizo el obispo algo que, si atendemos a lo que opinaron todos en la ciudad, entrañaba aún mayor riesgo que su paseo por las montañas de los bandidos.

Había cerca de Digne, en el campo, un hombre que vivía aislado. Aquel hombre, digamos cuanto antes la palabra malsonante, había sido miembro de la Convención. Se llamaba G.

En el ambiente corto de miras de Digne, hablaban del convencional G. con algo así como horror. Un convencional, ¡se dice pronto! Tenía que ver con aquellos tiempos en que todo el mundo se tuteaba y se llamaba «ciudadano». Ese hombre era casi un monstruo. No había votado la ejecución del rey, pero le había faltado poco. Era un regicida a medias. Qué espanto. ¿Cómo no habían llevado a aquel hombre, al regresar la casa reinante legítima, ante el tribunal de más alta instancia? No para cortarle la cabeza, de acuerdo, hay que ser clemente; pero sí un buen destierro para toda la vida. ¡Que sirviera de ejemplo, vamos! Etc., etc. Por lo demás, era un ateo, como toda la gente aquella. Comadreos de gansos sobre un buitre.

¿Era, por cierto, G. un buitre? Sí, ateniéndose a la huraña soledad en que vivía. Como no votó la ejecución del rey, no lo incluyeron en los decretos de destierro y pudo quedarse en Francia.

Vivía a tres cuartos de hora de la ciudad, lejos de cualquier caserío, lejos de cualquier camino, a saber en qué hondonada perdida de un valle muy agreste. Tenía allí, a lo que decían, algo así como una casa en el campo, un agujero, un cubil. No había vecinos, ni siquiera transeúntes. Desde que vivía en aquel valle, el sendero

que llevaba a él había desaparecido bajo la hierba. Se mencionaba aquel sitio como se menciona la casa del verdugo.

Pero el obispo reflexionaba y, de vez en cuando, miraba el punto del horizonte en que un grupito de árboles señalaba el valle del convencional ya anciano; y se decía: Hay ahí un alma que está sola.

Y, en lo hondo del pensamiento, añadía: «Debo ir a verlo».

Pero hemos de confesar que aquella idea, natural a primera vista, le parecía, tras pensarlo un momento, rara e imposible; e incluso repugnante. Pues, en el fondo, compartía la impresión general y el convencional le inspiraba, sin darse cuenta con claridad, ese sentimiento que es como la frontera del odio y que también queda expresado en la palabra distanciamiento.

No obstante, ¿debe retroceder el pastor ante el cordero sarnoso? No. ¡Pero menudo cordero…!

El buen obispo estaba perplejo. A veces echaba a andar hacia allá, y luego se volvía.

Un día, por fin, corrió el rumor por la ciudad de que algo así como un pastorcillo que atendía al convencional G. en su tugurio había ido a buscar un médico; aquel viejo sinvergüenza se estaba muriendo, la parálisis se estaba adueñando de él y no pasaría de la noche. «A Dios gracias», añadían algunos.

El obispo cogió el bastón, se puso el gabán porque tenía la sotana algo raída, como ya hemos comentado, y también porque no tardaría en levantarse el viento de la tarde, y echó a andar.

Ya iba bajo el sol, casi tocando el horizonte, cuando llegó el obispo al lugar excomulgado. Se dio cuenta, y el corazón se le aceleró un tanto, de que estaba cerca del cubil. Salvó una cuneta de una zancada, cruzó un seto, alzó un portillo, entró en un jardincito muy desaliñado, dio con atrevimiento unos cuantos pasos y, de pronto, al fondo del baldío, detrás de unos matorrales altos, divisó la cueva.

Era una cabaña muy baja, indigente, pequeña y limpia con una parra en la fachada.

Ante la puerta, en una silla de ruedas vieja, un sillón de campesino, estaba sentado un hombre de pelo blanco que le sonreía al sol.

Junto al anciano sentado había un muchachito de pie, el pastorcillo. Le estaba alargando al anciano un cuenco de leche.

Mientras el obispo los miraba, el anciano habló.

—Gracias —dijo—. No necesito nada más. Y apartó la sonrisa del sol para detenerla en el niño.

El obispo se acercó. Al ruido de sus pasos, el anciano volvió la cabeza y le asomó al rostro toda la sorpresa de que puede uno disponer tras una vida prolongada.

—Desde que estoy aquí —dijo—, es la primera vez que entra alguien en mi casa. ¿Quién es usted, caballero?

El obispo contestó:

—Me llamo Bienvenu Myriel.

—Bienvenu Myriel. He oído ese nombre. ¿Es a usted a quien llama el pueblo monseñor Bienvenu?

—Yo soy.

El anciano siguió diciendo, sonriendo a medias:

—En tal caso, ¿es usted mi obispo?

—Algo así.

—Entre, caballero.

El convencional le alargó la mano al obispo, pero el obispo no la cogió. El obispo se limitó a decir:

—Me alegro de ver que me habían informado mal. Desde luego que no me parece que esté usted enfermo.

—Caballero —contestó el anciano—, voy a curarme.

Hizo una pausa y dijo:

—Moriré dentro de tres horas.

Luego añadió:

—Tengo algo de médico; sé cómo llega la última hora. Ayer sólo tenía los pies fríos; hoy ya me ha llegado el frío a las rodillas; ahora estoy notando cómo me sube hasta la cintura; cuando llegué al corazón, me pararé. Está hermoso el sol, ¿verdad? He pedido que me sacasen para echarles a las cosas la última ojeada. Puede hablarme, no me cansa. Ha hecho bien en venir a mirar a un hombre que se muere. Es bueno que un momento así tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; a mí me habría gustado llegar hasta las claras del alba. Pero sé que apenas si me quedan tres horas. Será de noche. ¡En realidad, qué más da! Acabar es asunto sencillo. No se necesita la luz de la mañana. Bien está. Me moriré al sereno, a la luz de las estrellas.

El anciano se volvió hacia el pastor:

—Tú, a la cama. Ya te quedaste en vela anoche. Estás cansado.

El niño se metió en la cabaña.

El anciano lo siguió con la vista y añadió, como si hablase consigo mismo:

—Me moriré mientras duerme. Los dos sueños pueden ser buenos vecinos.

El obispo no estaba tan emocionado como debía haberlo estado en realidad. No le parecía notar a Dios en aquella forma de morirse; no ocultemos nada, porque las contradicciones menudas de los corazones grandes no quieren que se las tenga en cuenta menos que a las demás: a él, que, cuando se daba el caso, tanto lo divertía oír aquello de Su Ilustrísima, lo escandalizaba un poco que no lo llamasen monseñor, y estaba a punto de caer en la tentación de replicar con un «ciudadano». Le entró una veleidad de campechanía ruda, bastante usual en los médicos y en los sacerdotes, pero que en él no era habitual. En última instancia, aquel hombre, aquel convencional, aquel representante del pueblo, había sido uno de los poderosos de la tierra; quizá por primera vez en la vida el obispo se notó de humor severo.

El convencional, no obstante, lo miraba con una cordialidad modesta en la que quizá podría haberse desentrañado la humildad oportuna cuando está uno tan cerca de volver al polvo.

El obispo, por su parte, aunque solía estar precavido contra la curiosidad, que, según él, ocupaba un lugar contiguo a la ofensa, no podía por menos de pasarle revista al convencional con una atención que, al no proceder de la simpatía, su conciencia le habría reprochado seguramente de haberse tratado de cualquier otro hombre. Un convencional le parecía en cierto modo algo así como un forajido, al margen del ámbito de la ley, incluso de la ley de la caridad.

G., sosegado, con el busto casi erguido del todo, de voz vibrante, era uno de esos octogenarios robustos que asombran a los fisiólogos. Hubo en la Revolución muchos hombres así, proporcionados con la época. Se notaba en aquel anciano al hombre probado. Tan cerca del final, no había perdido los ademanes de la salud. La mirada clara, el acento firme, el recio movimiento de los hombros eran como para desconcertar a la muerte. Azrael, el ángel mahometano del sepulcro, se habría ido por donde había venido y

habría pensado que se había equivocado de puerta. Daba la impresión de que G. se moría porque le parecía bien morirse. En aquella agonía había libertad. Sólo las piernas estaban inmóviles. Por ahí lo tenían sujeto las tinieblas. Los pies estaban muertos y fríos, y la cabeza vivía con toda la fuerza de la vida y parecía hallarse a plena luz. G., en aquel momento trascendental, se asemejaba al rey del cuento oriental, carne por arriba, mármol por abajo.

Había una piedra cerca. El obispo se sentó. El exordio llegó *ex abrupto.*

—Enhorabuena —dijo con tono de reprimenda—. En cualquier caso, no votó la ejecución del rey.

El convencional no pareció fijarse en el amargo sobreentendido que había en esas palabras: en cualquier caso. Respondió, y se le había borrado la sonrisa de la cara:

—No tenga tanta prisa en darme la enhorabuena, señor mío; voté el fin del tirano.

El acento austero se enfrentaba al acento severo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el obispo.

—Quiero decir que el hombre tiene un tirano: la ignorancia. Voté el fin de ese tirano. Ese tirano engendró la monarquía, que es la autoridad sacada de la falsedad, mientras que la ciencia es la autoridad sacada de la verdad. Sólo la ciencia debe gobernar al hombre.

—La conciencia —añadió el obispo.

—Son la misma cosa. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que llevamos dentro.

Monseñor Bienvenu escuchaba, algo asombrado, ese lenguaje que tan nuevo le resultaba.

El convencional prosiguió:

—En cuanto a Luis XVI, dije que no. No me creo con derecho a matar a un hombre; pero tengo el deber de exterminar el mal. Voté el fin del tirano. Es decir, el fin de la prostitución para la mujer, el fin de la esclavitud para el hombre, el fin de las tinieblas para el niño. Eso fue lo que voté al votar a favor de la república. ¡Voté la fraternidad, la concordia, la aurora! Colaboré en la caída de los prejuicios y los errores. El hundimiento de los errores y de los prejuicios trae consigo la luz. Nosotros derribamos el mundo viejo;

y el mundo viejo, receptáculo de miserias, al volcarse sobre el género humano, se convirtió en urna de alegría.

—Bonito zafarrancho —dijo el obispo.

—Podría llamarlo alegría conturbada y, en la actualidad, tras ese fatídico regreso al pasado que se llama 1814, alegría desaparecida. La obra, por desgracia, quedó incompleta, lo reconozco; echamos abajo los hechos del antiguo régimen, pero no pudimos acabar del todo con sus ideas. No basta con destruir los abusos: hay que cambiar las costumbres. Ya no hay molino, pero ahí sigue el viento.

—Echaron abajo… Echar abajo puede ser útil; pero no me fío de una demolición en la que participa la ira.

—El derecho tiene su propia ira, señor obispo, y la ira del derecho es un elemento de progreso. En cualquier caso, digan lo que digan, la Revolución Francesa es el mayor paso del género humano desde la llegada de Cristo. Incompleto, sí; pero sublime. Despejó todas las incógnitas sociales. Suavizó las mentes; calmó, sosegó, iluminó; hizo fluir por la tierra oleadas de civilización. Fue buena. La Revolución Francesa es la consagración de la humanidad.

El obispo no pudo por menos de cuchichear:

—Sí. ¡El año 1793!

El convencional se enderezó en la silla con una solemnidad casi lúgubre; y exclamó, dentro de los límites en que un moribundo puede exclamar:

—¡Ah, ya salió aquello! El año 1793. Lo estaba esperando. La nube se estuvo formando mil quinientos años. Al cabo de quince siglos, reventó. Y usted le pone pleito al trueno.

El obispo notó, quizá sin admitirlo, que algo le había hecho mella. No obstante, no mostró desconcierto. Contestó:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote habla en nombre de la compasión, que no es sino una justicia más alta. Un trueno no debe equivocarse.

Y añadió, mirando fijamente al convencional:

—¿Y Luis XVII?

El convencional alargó la mano y le asió el brazo al obispo:

—¡Luis XVII! ¡Vamos a ver! ¿A quién llora? ¿Al niño inocente? Entonces bien está, lloro con usted. ¿Al niño de la familia real? Pues entonces me lo tengo que pensar. A mí, el hermano de Cartouche, un niño inocente, al que colgaron por debajo de los sobacos en la

plaza de Grève hasta morir, sin más crimen que ser el hermano de Cartouche, no me duele menos que el nieto de Luis XV, niño inocente martirizado en la torre de Le Temple sin más crimen que ser el nieto de Luis XV.

—Caballero —dijo el obispo—, no me agrada que se comparen esos nombres.

—¿Cartouche y Luis XV? ¿Por cuál de los dos protesta?

Hubo un momento de silencio. El obispo estaba casi arrepentido de haber ido allí y, no obstante, se notaba vaga y curiosamente inmutado.

El convencional siguió diciendo:

—¡Ay, señor cura, no le gustan las crudezas de la verdad! A Cristo sí le gustaban. Cogía unas vergas y le sacudía el polvo al templo. Su látigo repleto de relámpagos era un decidor sin empacho de verdades. Cuando exclamaba: *Sinite parvulos,* no hacía diferencias entre los niños. No se habría andado con paños calientes al comparar al delfín de Barrabás y al delfín de Herodes. Señor obispo, la inocencia es una corona en sí. La inocencia no tiene nada que ver con las altezas. Es tan augusta vestida de andrajos como de flores de lis.

—Es cierto —dijo el obispo en voz baja.

—Insisto —siguió diciendo el convencional G.—. Ha nombrado a Luis XVII. A ver si nos ponemos de acuerdo. ¿Vamos a llorar por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños, por los de arriba y por los de abajo? Cuente conmigo. Pero entonces, ya se lo he dicho, hay que remontarse a tiempos anteriores al año 1793, y hay que empezar a verter lágrimas antes de llegar a Luis XVII. Lloraré con usted por los niños de los reyes con tal de que usted llore conmigo por los chiquillos del pueblo.

—Lloro por todos —dijo el obispo.

—¡Por igual! —exclamó G.—. Y, si tiene que inclinarse la balanza, que se incline del lado del pueblo. Lleva más tiempo sufriendo.

Hubo otro silencio. Fue el convencional quien lo interrumpió. Se incorporó apoyándose en un codo, dobló el pulgar y el índice para pellizcarse un poco la mejilla, como suele hacer maquinalmente quien interroga y juzga, e interpeló al obispo con una mirada colmada de todas las energías de la agonía. Fue casi una explosión.

—Sí, señor obispo, hace mucho que el pueblo sufre. Y además, la verdad, la cosa no se queda ahí. ¿Por qué viene usted a hacerme preguntas y a hablarme de Luis XVII? Yo no lo conozco de nada. Desde que estoy en esta comarca he vivido aquí encerrado, solo, sin salir, sin ver a nadie más que a este niño que me ayuda. Cierto es que me ha llegado algún eco del nombre de usted, y debo decir que se lo mienta sin desagrado; pero eso no significa nada; las personas hábiles tienen muchas formas de engañar a este pueblo de infelices. Por cierto, no he oído el ruido de su coche, ha debido de dejarlo detrás de los matorrales, en el ramal del camino. Yo no lo conozco, ya se lo repito. Me ha dicho que es obispo, pero eso no me informa sobre su personalidad ética. Así que vuelvo a preguntarle: ¿Quién es usted? ¡Un obispo, es decir, un príncipe de la Iglesia, uno de esos hombres con dorados, escudos de armas y rentas, con grandes prebendas —el obispado de Digne—, quince mil francos fijos, diez mil eventuales, veinticinco mil francos en total, con cocineros, con libreas, que comen bien, que los viernes comen gallina de río, que se pavonean con un lacayo delante y otro detrás en berlina de gala, que tienen palacios y van en carroza en nombre de Jesucristo, que iba a pie y descalzo! Es un prelado: rentas, palacios, caballos, sirvientes, buena mesa, todas las sensualidades de la vida; eso tiene, como lo tienen los demás, y, como los demás, disfruta con ello, bien está, pero a mí eso me dice demasiado o no me dice lo suficiente; no me informa del valor intrínseco y esencial de alguien que viene con la pretensión probable de traerme el conocimiento. ¿Con quién estoy hablando? ¿Quién es usted?

El obispo bajó la cabeza y contestó:

—*Vermis sum.*

—¡Una lombriz en carroza! —refunfuñó el convencional.

Ahora le tocaba al convencional ser altanero, y al obispo, humilde.

El obispo añadió con suavidad:

—Bien está, caballero. Pero explíqueme en qué mi carroza, que está ahí, a dos pasos, detrás de los árboles, en qué mi buena mesa y las gallinas de río que como los viernes, en qué mis veinticinco mil libras de rentas, en qué mi palacio y mis lacayos demuestran que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber y que 1793 no fue inexorable.

El convencional se pasó la mano por la frente, como para apartar una nube.

—Antes de contestarle —dijo—, le ruego que me perdone. Acabo de hacer algo mal, señor obispo. Está usted en mi casa, es mi huésped y le debo cortesía. Usted discute mis ideas y lo que procede es que yo me limite a combatir sus razonamientos. Sus riquezas y las cosas de que disfruta me dan ventaja en la discusión, pero no es de buen tono recurrir a ello. Le prometo no volver a hacerlo.

—Se lo agradezco —dijo el obispo.

G. siguió diciendo:

—Volvamos a la explicación que me pedía. ¿Dónde estábamos? ¿Qué estábamos diciendo? ¿Que 1793 fue inexorable?

—Inexorable, sí —dijo el obispo—. ¿Qué le parece Marat aplaudiendo la guillotina?

—¿Qué le parece a usted Bossuet cantado un tedeum para celebrar las dragonadas?

La respuesta era dura, pero dio en el blanco con la rigidez de una punta de acero. El obispo se sobresaltó y no dio con ninguna respuesta; pero lo hería aquella forma de sacar a colación a Bossuet. Las mentes mejores tienen sus fetiches, y a veces las magullan un tanto las faltas de respeto de la lógica.

El convencional empezaba ya a jadear; el asma de la agonía, que se mezcla con el último aliento, le entrecortaba la voz; pero en la mirada se le veía aún un alma completamente lúcida. Añadió:

—Digamos aún unas cuantas palabras sueltas, me parece bien. Dejando aparte la Revolución, que, tomada en conjunto, es una gigantesca afirmación humana, 1793 es, por desgracia no puede negarse, una réplica. A usted le parece inexorable; pero ¿y toda la monarquía, señor obispo? Carrier es un bandido, pero ¿cómo llamar a Montrevel? Fouquier-Tinville es un truhán, pero ¿qué opina de Lamoignon-Bâville? Maillard es espantoso, pero ¿qué me dice de Saulx-Tavannes? El padre Duchêne es feroz, pero ¿qué calificativo me sugiere para el padre Letellier? Jourdan, el cortador de cabezas, es un monstruo, pero no tanto como el marqués de Louvois. Señor obispo, señor obispo, compadezco a María Antonieta, archiduquesa y reina, pero también compadezco a aquella pobre hugonote que estaba criando a un niño y a quien, en 1685, durante el reinado de Luis el Grande, señor obispo, ataron desnuda hasta la cintura a un

poste, poniéndole el niño a distancia; la leche le henchía el seno y la angustia le henchía el corazón; la criatura, hambrienta y pálida, veía el pecho, agonizaba y chillaba; y el verdugo le decía a la mujer, madre y nodriza: ¡Abjura! y le daba a elegir entre la muerte del hijo y la muerte de la conciencia. ¿Qué me dice de ese suplicio de Tántalo adaptado a una madre? Señor obispo, que no se le olvide esto: la Revolución Francesa tuvo sus motivos. El futuro la absolverá de su ira. Su resultado es un mundo mejor. De sus golpes más terribles nace una caricia para el género humano. Abrevio. Lo dejo. Juego con demasiada ventaja. Y además me estoy muriendo.

Y, dejando de mirar al obispo, el convencional remató su opinión con estas pocas y sosegadas palabras:

—Sí, las brutalidades del progreso se llaman revoluciones. Cuando concluyen, hay que admitir que han zarandeado al género humano, pero que el género humano ha progresado.

El convencional no sospechaba que acababa de llevarse por delante, una tras otra, todas las defensas interiores del obispo. Pero quedaba una, y de esa defensa, recurso supremo de la resistencia de monseñor Bienvenu, salió esta frase en la que casi volvió a aparecer la rudeza del principio:

—El progreso tiene que creer en Dios. El bien no puede tener sirvientes impíos. El ateo es un mal conductor del género humano.

El anciano representante del pueblo no contestó. Se estremeció. Miró al cielo y le brotó despacio de esa mirada una lágrima. Cuando rebosó del párpado, la lágrima le corrió por la mejilla lívida; y dijo, tartamudeando casi, en voz baja y hablándose a sí mismo, con los ojos perdidos en las profundidades:

—¡Ay, tú! ¡Ay, ideal! ¡Sólo tú existes!

Tras un silencio, el anciano alzó un dedo para señalar el cielo y dijo:

—El infinito existe. Está ahí. Si el infinito no tuviera un yo, yo sería su límite; y no sería infinito; dicho de otro modo, no sería. Pero es. Por consiguiente, tiene un yo. Ese yo del infinito es Dios.

El moribundo había dicho esas últimas palabras en un tono de voz alto y con el temblor del éxtasis, como si estuviera viendo a alguien. Cuando acabó de hablar, se le cerraron los ojos. El esfuerzo lo había agotado. Estaba claro que acababa de vivir en un minuto las pocas horas que le quedaban. Lo que acababa de decir lo había

aproximado al de la muerte. Llegaba el instante supremo.

El obispo se dio cuenta, el tiempo apremiaba, había venido como sacerdote y de la mayor frialdad había ido llegando gradualmente a la mayor emoción; miró aquellos ojos cerrados, cogió aquella mano vieja, arrugada y helada y se inclinó hacia el moribundo:

—Ésta es la hora de Dios. ¿No le parece que sería lamentable que nos hubiésemos conocido en vano?

El convencional abrió los ojos. Una seriedad ya teñida de sombra se le pintó en el rostro.

—Señor obispo —dijo con una calma que posiblemente le venía aún más de la dignidad del alma que del desfallecimiento de las fuerzas—, he pasado la vida en la meditación, el estudio y la contemplación. Tenía sesenta años cuando me llamó mi país y me ordenó que me metiera en sus asuntos. Obedecí. Había abusos y los combatí; había tiranías y las destruí; había derechos y principios y los proclamé y los confesé. Habían invadido el territorio y lo defendí; amenazaban a Francia y yo interpuse mi pecho. No era rico y soy pobre. Fui uno de los amos del Estado, los sótanos del Banco estaban atestados de dinero en metálico, tanto que hubo que apuntalar las paredes a punto de abrirse con el peso del oro y la plata, y yo cenaba en la calle de L'Arbre-Sec un cubierto de un franco con diez céntimos. Socorrí a los oprimidos, alivié a los que sufrían. Hice tiras la sabanilla del altar, es cierto; pero fue para vendar las heridas de la patria. Apoyé siempre el avance del género humano hacia la luz y a veces me opuse al progreso inclemente. Llegado el caso, los protegí a ustedes, que eran adversarios míos. Y en Peteghem, en Flandes, en el lugar preciso donde los reyes merovingios tenían el palacio de verano, hay un convento de clarisas urbanistas, la abadía de Santa Clara de Beaulieu, que salvé en 1793. Cumplí con mi deber en la medida de mis fuerzas e hice el bien que pude. Y luego me expulsaron, me acosaron, me persiguieron, me calumniaron, se rieron de mí, me abroncaron, me maldijeron y me desterraron. Desde hace ya bastantes años, y aunque peino canas, noto que mucha gente se cree con derecho a despreciarme y que la pobre plebe ignorante me ve cara de réprobo; y acepto, sin odiar a nadie, el aislamiento y el odio. Ahora tengo ochenta y seis años; voy a morirme. ¿Qué ha venido usted a

pedirme?

—Que me bendiga —dijo el obispo.

Y se arrodilló.

Cuando alzó la cabeza, en el rostro del convencional había una expresión augusta. Acababa de expirar.

El obispo regresó a su casa muy ensimismado a saber en qué pensamientos. Se pasó la noche rezando. A la mañana siguiente, cuando algunas buenas personas preguntaron con curiosidad por el convencional G. se limitó a indicar el cielo. A partir de ese momento tuvo mucha más ternura y más fraternidad con los humildes y los que sufrían.

Cualquier alusión a «aquel sinvergüenza de G.» lo sumía en una preocupación singular. Nadie podría asegurar que aquella mente, al ponerse ante la suya, y el reflejo de aquella conciencia tan grande en la de él no hubieran tenido algo que ver en su camino hacia la perfección.

Aquella «visita pastoral» dio pie, lógicamente, a ciertos rumores en los grupitos locales.

«¿Qué pintaba un obispo junto al lecho de un agonizante como ése? Estaba claro que no podía esperarse una conversión. Todos esos revolucionarios son unos relapsos. ¿Para qué ir, pues? ¿Qué fue a ver? ¿Tanta curiosidad tenía por ver cómo se llevaba el Diablo un alma?»

Un día, una viuda acomodada, que pertenecía a la variedad de las impertinentes que se creen ingeniosas, le vino con esta salida:

—Monseñor, hay quien pregunta cuándo le darán a Su Ilustrísima el gorro rojo.

—¡Ah, vaya, sí que es un color de mucho peso! —contestó el obispo—. Menos mal que quienes lo desprecian en un gorro lo veneran en un sombrero.

XI

Una restricción

Se equivocaría muy mucho quien llegase a la conclusión de que monseñor Bienvenu era «un obispo filósofo» o «un cura patriota». Aquel encuentro, que casi podría llamarse una conjunción, con el convencional G. le dejó cierto desconcierto que lo hizo aún más dulce. Y nada más.

Aunque monseñor Bienvenu no fuera ni mucho menos un hombre político, es quizá éste el lugar de indicar muy brevemente cuál fue su actitud ante los sucesos de su época, dando por hecho que a monseñor Bienvenu nunca se le ocurrió tener una actitud.

Remontémonos, pues, unos cuantos años.

Poco tiempo después de la llegada de monseñor Myriel al episcopado, el emperador lo nombró barón del Imperio al tiempo que a unos cuantos obispos más. Como es bien sabido, la detención del papa ocurrió en la noche del 5 al 6 de julio de 1809; con tal motivo Napoleón convocó a monseñor Myriel al sínodo de los obispos de Francia y de Italia que se celebró en París. La sede de aquel sínodo fue Notre-Dame; y la primera reunión, el 15 de junio de 1811, estuvo bajo la presidencia de Su Eminencia el cardenal Fesch. Monseñor Myriel fue uno de los noventa y cinco obispos que acudieron. Pero sólo asistió a una sesión y a tres o cuatro deliberaciones privadas. Por ser obispo de una diócesis montañesa y por vivir tan cerca de la naturaleza, con rusticidad y penuria, introducía, al parecer, entre aquellos personajes eminentes, unas ideas que alteraban la temperatura de la reunión. Regresó enseguida a Digne. Le preguntaron cómo había vuelto tan pronto y contestó: «Los estorbaba. Por mí les llegaba el aire de fuera. Y les causaba la misma impresión que una puerta abierta».

En otra ocasión dijo: «¿Qué quieren? Esos monseñores son unos príncipes. Y yo sólo soy un pobre obispo campesino».

El hecho es que desagradó. Entre otras cosas peculiares, se le escaparon, por lo visto, una noche, cuando estaba en la residencia de uno de sus colegas más cualificados: «¡Qué preciosidad de relojes! ¡Qué preciosidad de alfombras! ¡Qué preciosidad de libreas! ¡Qué molesto debe de resultar! ¡Ay, no querría yo tener todas estas cosas superfluas chillándome continuamente: hay gente que pasa hambre, hay gente que pasa frío, hay pobres, hay pobres!».

Dicho sea de paso, odiar el lujo no sería un odio sensato. Ese odio llevaría consigo el odio por las artes. No obstante, en la gente de iglesia, dejando aparte la representación y las ceremonias, el lujo es un error. Da la impresión de que revela costumbres en verdad muy poco caritativas. Un sacerdote opulento es un contrasentido. El sacerdote tiene que estar cerca de los pobres. Ahora bien, ¿es acaso posible estar continuamente, de día y de noche, en contacto con todos los desamparos, con todos los infortunios, con todas las indigencias sin llevar encima algo de esta santa miseria, como se lleva encima el polvo del trabajo? ¿Es concebible que un hombre que esté junto a una hoguera no tenga calor? ¿Es concebible que un obrero trabaje continuamente en un horno y no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor ni una mota de ceniza en la cara? En el sacerdote, y en el obispo sobre todo, la primera prueba de la caridad es la pobreza.

Eso era, sin lugar a dudas, lo que opinaba el señor obispo de Digne.

No debemos pensar por ello que compartía, en unos cuantos puntos delicados, eso que podríamos llamar «las ideas del siglo». No se metía en las disputas teológicas del momento y callaba en las cuestiones en que andan comprometidos la Iglesia y el Estado; pero si lo hubieran puesto entre la espada y la pared, lo habrían hallado más bien ultramontano que galicano. Como estamos haciendo un retrato y no queremos ocultar nada, no nos queda más remedio que añadir que se mostró muy frío con Napoleón en su declive. A partir de 1813, se adhirió a cuantas muestras de hostilidad hubo o las aplaudió. Se negó a verlo cuando pasó, al regresar de la isla de Elba, y se abstuvo de disponer en su diócesis rezos públicos por el emperador durante los Cien Días.

Además de una hermana, la señorita Baptistine, tenía dos hermanos, uno general y el otro prefecto. Escribía a ambos con bastante frecuencia. Durante una temporada anduvo enfadado con aquél, porque el general, que en la época del desembarco en Cannes tenía una comandancia en la zona de Provenza, se puso a la cabeza de mil doscientos hombres y persiguió al emperador como se persigue a quien desea uno que se escape. Su correspondencia era más afectuosa con el otro hermano, el prefecto retirado, buen hombre muy digno que vivía en París, en la calle de Cassette.

Así pues, monseñor Bienvenu tuvo también su momento de mentalidad partidista, su momento de amargura, su nube. La sombra de las pasiones de la época cruzó por esa mente dulce y grande pendiente de las cosas eternas. Un hombre así, desde luego, habría merecido no tener opiniones políticas. Que no se nos interprete mal, no confundimos eso que llaman «opiniones políticas» con la noble aspiración al progreso, con la sublime fe patriótica, democrática y humana que, en nuestros días, debe hallarse en el mismísimo fondo de toda inteligencia generosa. Sin ahondar en cuestiones que no tienen que ver sino indirectamente en el asunto de este libro, nos limitamos a decir lo siguiente: habría sido algo espléndido que monseñor Bienvenu no hubiera sido monárquico y que no hubiera apartado la vista ni por un instante de esa contemplación serena donde vemos resplandecer, por encima de los fingimientos y los odios de este mundo, por encima de los vaivenes tormentosos de los asuntos humanos, estas tres luces puras: la Verdad, la Justicia y la Caridad.

Sin dejar de admitir que Dios no llamaba a monseñor Bienvenu por el camino de los cometidos políticos, habríamos entendido y admirado la protesta en nombre del derecho y de la libertad, la oposición orgullosa, la resistencia arriesgada y justa a un Napoleón todopoderoso. Pero lo que nos agrada para los que están en ascenso nos agrada menos para los que caen. No nos gusta el combate sino cuando entraña peligro; y, en todos los casos, sólo los combatientes del primer momento tienen derecho a ser los exterminadores del último. Quien no haya sido acusador empecinado en tiempos de prosperidad debe callar en tiempo de hundimiento. Únicamente quien denunció el éxito es el legítimo justiciero de la caída. En lo que a nosotros se refiere, cuando la Providencia toma cartas en el

asunto y golpea, la dejamos a su aire. El año 1812 empezó a desarmarnos. En 1813, cuando rompió su silencio aquel cuerpo legislativo taciturno, al que envalentonó la catástrofe, no había motivo sino para la indignación, y aplaudir era un error; en 1814, ante la traición de los mariscales, ante aquel Senado que iba de un enfangamiento a otro, insultando tras haber divinizado, ante aquella idolatría que daba marcha atrás y escupía al ídolo, era un deber volver la cabeza; en 1815, como ya se veían venir los desastres supremos, como Francia se estremecía con aquella tétrica proximidad, como ya podía divisarse borrosamente que Waterloo se abría ante Napoleón, en la dolorosa aclamación del ejército y del pueblo al condenado del destino nada había que pudiera mover a risa, y, con todas las reservas en lo referido al déspota, cabe pensar que un corazón como el del obispo de Digne no habría debido quizá dejar de percatarse de cuán augusto y conmovedor era, al filo del abismo, el estrecho abrazo de una gran nación y de un gran hombre.

Al margen de esto, el obispo era y fue justo en todo, sincero, equitativo, inteligente, humilde y digno; benefactor y benevolente, que es otra forma de beneficencia. Era un sacerdote, un sabio y un hombre. E incluso, hay que decirlo, en esa opinión política que acabamos de reprocharle, y que estamos dispuestos a juzgar casi con severidad, era tolerante y asequible, quizá más que nosotros, que estamos hablando aquí. Al portero de la Casa de la Villa lo había colocado en ese puesto el emperador. Había sido suboficial de la vieja guardia, lo habían condecorado en Austerlitz y era más bonapartista que el águila. A ese pobre diablo se le escapaban a veces palabras dichas al buen tuntún que la ley de aquel momento tildaba de *manifestaciones sediciosas.* Desde que habían suprimido de la Legión de Honor el perfil del emperador, ya no se vestía nunca *según las ordenanzas,* como él decía, para no verse obligado a ponerse la condecoración. Le había quitado en persona, con mucha devoción, la efigie imperial que le había impuesto Napoleón; quedaba un agujero donde no había consentido en poner nada a cambio. «¡Antes muerto —decía— que llevar encima del corazón los tres sapos!» Se reía de buen grado y en voz alta de Luis XVIII. «El viejo gotoso ese —decía—, con sus polainas de inglés, que se vaya a Prusia con esa coletilla que le cuelga de la peluca.» Estaba

encantado de poder unir en la misma imprecación las dos cosas que más aborrecía: Prusia e Inglaterra. Tanto dijo que perdió el puesto. Se quedó en la calle con su mujer y sus hijos. El obispo lo mandó venir, lo riñó con blandura y lo hizo pertiguero de la catedral.

En nueve años, a fuerza de acciones santas y de modales afectuosos, monseñor Bienvenu colmó la ciudad de Digne de algo parecido a una veneración tierna y filial. Incluso su comportamiento con Napoleón se lo aceptó y se lo perdonó tácitamente, por decirlo así, el pueblo, rebaño bueno y débil, que adoraba a su emperador pero que quería a su obispo.

XII

Soledad de monseñor Bienvenu

A un obispo lo rodea siempre una cuadrilla de sacerdotes jóvenes, de la misma forma que a un general lo rodea una bandada de oficiales jóvenes. Es lo que aquel delicioso san Francisco de Sales llama en algún sitio «los sacerdotes zangones». En toda carrera hay aspirantes que forman el cortejo de los que ya han llegado a la meta. No hay poder que no tenga séquito ni fortuna que no tenga cortesanos. Quienes buscan el porvenir revolotean en torno al presente espléndido. En toda metrópoli hay un estado mayor. Todo obispo con algo de influencia tiene cerca una patrulla de querubines seminaristas que hace la ronda y mantiene el orden en el palacio episcopal y monta guardia en torno a la sonrisa de monseñor. Agradar a un obispo es tener el pie en el estribo de un subdiaconado. No queda más remedio que hacer camino; el apostolado no le hace ascos a la canonjía.

En todas partes hay peces gordos, también en la Iglesia hay peces gordos mitrados. Son los obispos bien situados, ricos, con buenas rentas, habilidosos, que cuentan con reconocimiento social, que saben rezar, desde luego, pero que también saben pedir, que no sienten escrúpulos en ser la antesala de toda la diócesis, vínculo entre la sacristía y la diplomacia, antes abades que sacerdotes, antes prelados que obispos. ¡Dichoso quien se acerque a ellos! Son personas influyentes que reparten a manos llenas, entre los asiduos y los recomendados y entre toda esa juventud que sabe agradar las buenas parroquias, las prebendas, los archidiaconados, las capellanías y los cargos catedralicios, en lo que llegan las dignidades episcopales. Según van avanzando ellos, progresan sus satélites; es un sistema solar completo en marcha. Sus rayos tiñen

de púrpura a su séquito. Su prosperidad va echando miguitas en forma de ascensos pequeños, pero golosos. Cuanto mayor es la diócesis del jefe, más suculenta es la parroquia del favorito. Y además ahí está Roma. Un obispo que sabe llegar a arzobispo, un arzobispo que sabe llegar a cardenal, se lo lleva a uno de acompañante al cónclave, y así te metes en el tribunal de la Rota, así tienes derecho a palio, así acabas de auditor, de camarlengo, de *monsignore*; y de Su Ilustrísima a Su Eminencia no hay más que un paso, y de Su Eminencia a Su Santidad no hay más que el humo de una votación. Todo casquete puede soñar con la tiara. Y en nuestros días el sacerdote es el único hombre que puede llegar a rey con arreglo a las normas. ¡Y qué rey! El rey supremo. ¡Qué semillero de aspiraciones es, pues, un seminario! ¡Cuántos monaguillos ruborosos, cuántos curas jóvenes llevan en la cabeza el cántaro de la lechera! ¿Sabe alguien cómo la ambición puede pasar con facilidad a llamarse vocación? ¡Quizá de buena fe, y engañándose a sí misma, la muy inocente!

Monseñor Bienvenu, humilde, pobre, peculiar, no figuraba en la lista de los peces gordos mitrados. Se notaba en que no lo rondaba ningún sacerdote joven. Ya vimos que en París «no cuajó». A ningún porvenir se le ocurría injertarse en aquel anciano solitario. Ninguna ambición en agraz cometía la locura de madurar a su sombra. Sus canónigos y sus vicarios episcopales eran honrados y viejos, hombres del pueblo hasta cierto punto, como él, y enclaustrados como él en aquella diócesis sin salida hacia el cardenalato, y se parecían a su obispo con la diferencia de que ellos estaban acabados pero él era una obra acabada. Era tan patente la imposibilidad de ir a más quedándose junto a monseñor Bienvenu que, nada más salir del seminario, los jóvenes a quienes había ordenado conseguían que los recomendasen en los arzobispados de Aix o de Auch y se iban a todo correr. Porque, en fin de cuentas, y como ya hemos dicho, todo el mundo quiere que le echen una mano para prosperar. Un santo que vive en un arrebato de abnegación es un vecino peligroso, y entra dentro de lo posible que nos contagie una pobreza incurable, el anquilosamiento de las articulaciones necesarias para progresar y, en última instancia, más capacidad de renuncia de la que deseamos; y la gente huye como de la sarna de esas prendas. Por eso estaba aislado monseñor Bienvenu. Vivimos en una sociedad

sombría. Medrar: tal es la enseñanza que destila gota a gota la corrupción que se cierne sobre nosotros.

Dicho sea de paso, el éxito es algo bastante repulsivo. El falso parecido que tiene con el mérito engaña a los hombres. Para el gentío, el éxito tiene casi el mismo rostro que la supremacía. El éxito, ese menecmo del talento, tiene embaucada a la historia. Los únicos que refunfuñan son Juvenal y Tácito. En nuestros días, ha entrado a servir al éxito una filosofía casi oficial, lleva su librea y atiende en su antesala. Medrad, tal es la teoría. La prosperidad implica capacidad. Quien gane a la lotería será un hombre capaz. Veneran a quien triunfa. ¡Naced con buena estrella! En eso consiste todo. Tened suerte y lo demás se os dará por añadidura; sed afortunados y os creerán grandes. Si dejamos aparte las cinco o seis excepciones gigantescas que dan lustre a un siglo, la admiración contemporánea no es sino miopía. Lo dorado es de oro. Da igual ser cualquiera siempre y cuando seas un nuevo rico cualquiera. La vulgaridad es un Narciso viejo que se adora a sí mismo y a quien aplaude el vulgo. Esa capacidad enorme que convierte a un hombre en Moisés, en Esquilo, en Dante, en Miguel Ángel o en Napoleón, el gentío se la concede de entrada por aclamación a cualquiera que llegue a la meta en lo que sea. Si un notario llega a diputado, si un Corneille de pega escribe *Tirídates,* si un eunuco consigue tener un harén, si un Prudhomme militar gana por casualidad la batalla decisiva de una época, si un boticario inventa las suelas de cartón para el ejército de Sambre-et-Meuse y saca, de ese cartón vendido por cuero, cuatrocientas mil libras de renta, si un buhonero se desposa con la usura y la preña de siete u ocho millones cuyo padre es él y cuya madre es la ya citada usura, si un predicador llega a obispo porque tiene habla gangosa, si un intendente de una buena casa es tan rico al dejar ese empleo que lo hacen ministro de finanzas, los hombres llaman a eso Genialidad, de la misma forma que llaman Hermosura a la cara de Mousqueton y Majestad a la envergadura de Claudio. Confunden con las constelaciones del abismo esas estrellas que las patas de las aves palmípedas dejan en el cieno blando del lodazal.

XIII

Qué creía

Desde el punto de vista de la ortodoxia, no es menester que sondeemos al señor obispo de Digne. Ante un alma así, sólo nos apetece el respeto. Basta con la palabra de la conciencia del justo para que la creamos. Por lo demás, hay caracteres en los que admitimos que pueden prosperar todas las bellezas de la virtud humana dentro del marco de unas creencias que no coincidan con las nuestras.

¿Qué opinaba de este dogma o de aquel misterio? De esos secretos del fuero interno de cada cual sólo sabe la intimidad del sepulcro, donde las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros es de que nunca resolvía las dificultades de la fe con hipocresías. En el diamante no puede darse podredumbre alguna. Creía lo más que podía creer. *Credo in Patrem,* exclamaba con frecuencia. Y, por lo demás, sacaba de las buenas obras la cantidad necesaria de satisfacción que le basta a la conciencia y le dice a uno en voz baja: ¡estás con Dios!

De lo que creemos que debemos dejar constancia es de que, fuera de su fe, por decirlo de alguna manera, más allá de esa fe, al obispo le sobraba amor. Y por eso mismo, *quia multum amavit,* es por lo que les parecía vulnerable a «los hombres serios» y «las personas circunspectas», apelativos favoritos de este mundo nuestro tan triste donde la pedantería da consignas al egoísmo. ¿En que qué consistía ese exceso de amor? En una sonrisa bondadosa, que iba más allá de los hombres y, como ya indicamos anteriormente, llegaba a abarcar a las cosas. Vivía sin desdén, era indulgente con la creación de Dios. Todo hombre, incluso el mejor, alberga una dureza irreflexiva que se les reserva a los animales. En el obispo de

Digne no había esa dureza, que es peculiar no obstante de muchos sacerdotes. No llegaba a ser un brahmán, pero parecía haber meditado en este dicho del Eclesiastés: «¿quién sabe dónde va el alma de los animales?». La fealdad en el aspecto y la deformidad en el instinto no lo alteraban ni lo indignaban. Lo emocionaban y casi lo enternecían. Daba la impresión de que, pensativo, iba a buscar causas, explicaciones o disculpas más allá de la vida aparente. A veces, parecía estar pidiéndole a Dios indultos. Examinaba sin ira y con la mirada del lingüista que descifra un palimpsesto todo el caos que aún se halla en la naturaleza. Esta ensoñación le arrancaba a veces frases extrañas. Una mañana estaba en su jardín y convencido de estar a solas, pero su hermana iba andando detrás de él sin que la viera; de pronto se detuvo y miró algo que había en el suelo; era una araña muy grande, negra, peluda, horrorosa. Su hermana oyó que decía:

—¡Pobre bicho! ¿Qué culpa tiene él?

¿Por qué no íbamos a contar estas niñerías casi divinas de la bondad? Puerilidades, sí; pero esas puerilidades sublimes fueron las de san Francisco de Asís y de Marco Aurelio. Un día se torció un tobillo por no querer pisar a una hormiga.

Así vivía aquel hombre justo. A veces se quedaba dormido en su jardín y entonces no podía darse nada más venerable.

Monseñor Bienvenu había sido antaño, si nos fiamos de los relatos referidos a su juventud e incluso a su edad viril, un hombre apasionado y quizá violento. Aquella mansedumbre universal suya es, más que un instinto natural, el resultado de una gran convicción que la vida le había ido destilando en el corazón y había caído en él despacio, pensamiento a pensamiento; porque tanto en una forma de ser cuanto en una roca puede haber agujeros de gotas de agua. Esas excavaciones no se pueden borrar; esas formaciones no se pueden destruir.

Creemos haber dicho ya en que en 1815 cumplió los setenta y cinco años; pero no aparentaba más de sesenta. No era alto, estaba algo grueso y, para combatirlo, gustaba de dar largas caminatas; tenía el paso firme y no estaba casi encorvado, detalle del que no pretendemos sacar conclusión alguna; Gregorio XVI, a los ochenta años, iba muy tieso y sonriente, lo que no le impedía ser un mal papa. Monseñor Bienvenu tenía eso que la gente llama «una cabeza

hermosa», pero tan afable que se olvidaba uno de que era hermosa.

Cuando charlaba con ese buen humor infantil, que era uno de sus encantos y que ya hemos mencionado, quienes tenía al lado se sentían a gusto; era como si de toda su persona brotase el júbilo. La tez de buen color y lozana y los dientes muy blancos, de los que no le faltaba ni uno y que se le veían al reírse, le daban esa expresión abierta y llana que hace que se diga de un hombre: es muy buena persona, y de un anciano: es muy campechano. Tal fue, recordémoslo, el efecto que le causó a Napoleón. De entrada, y a quien lo veía por primera vez, no le parecía, efectivamente, sino un buen hombre campechano. Pero para quien pasase con él unas cuantas horas, y a poco que lo viera pensativo, aquel buen hombre se iba transfigurando poco a poco y adquiría un no sé qué que imponía; la frente ancha y formal, que tornaba augusta el pelo blanco, también era augusta por la meditación; de aquella bondad se desprendía majestad sin que dejase, por ello, de resplandecer la bondad; se notaba ante ella algo de esa emoción que causaría ver a un ángel sonriente abrir despacio las alas sin dejar de sonreír. A quien lo mirase lo iba invadiendo gradualmente el respeto, un respeto indecible que le subía hasta el corazón, y notaba que tenía ante sí a una de esas almas fuertes, probadas e indulgentes en que el pensamiento es tan grande que sólo puede serlo tanto porque es dulce.

Como ya hemos visto, la oración, la celebración de los oficios religiosos, la limosna, el consuelo a los afligidos, el cultivo de un trocito de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitalidad, la renuncia, la confianza, el estudio y el trabajo colmaban todos y cada uno de los días de su vida. *Colmaban* es la palabra exacta, y, desde luego, los días del obispo estaban llenos a rebosar de buenos pensamientos, de buenas palabras y de buenas obras. No obstante, le faltaba algo si el tiempo frío o lluvioso le impedía pasar, por las noches, cuando ya se habían retirado las dos mujeres, una hora o dos en su jardín antes de irse a dormir. Parecía que algo así fuera para él como un rito para prepararse al sueño con la meditación en presencia de los majestuosos espectáculos del cielo nocturno. A veces, a horas bastante avanzadas de la noche incluso, si las dos solteronas no dormían, lo oían andar despacio por los paseos. Estaba allí a solas consigo mismo, sumido en el recogimiento,

sosegado, en adoración, comparando la serenidad de su corazón con la serenidad del éter, emocionándose entre las tinieblas con los esplendores visibles de las constelaciones y los esplendores invisibles de Dios, abriendo el alma a esos pensamientos que bajan desde lo Desconocido. En aquellos momentos, brindándole el corazón a esa hora en que las flores nocturnas brindan su aroma, encendido como una lámpara en el centro de la noche estrellada, expandiéndose en éxtasis en medio del resplandor universal de la creación, quizá no habría podido siquiera decir qué le pasaba por la mente; notaba que algo le salía volando de dentro y que algo se le metía dentro. ¡Misteriosos intercambios del alma con los abismos del universo!

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios; en la eternidad futura, ese extraño misterio; en la eternidad pasada, misterio más extraño aún; en todos los infinitos que, ante su mirada, se hundían por doquier; y, sin intentar entender lo incomprensible, lo miraba. No estudiaba a Dios; dejaba que lo deslumbrase. Miraba esos esplendorosos encuentros de los átomos que proporcionan apariencias a la materia, revelan fuerzas al dejar constancia de ellas, crean las individualidades dentro de la unidad, las proporciones dentro de la extensión, lo indecible dentro de lo infinito y, mediante la luz, producen la belleza. Esos encuentros se anudan y se desanudan continuamente; de ahí la vida y la muerte.

Se sentaba en un banco de madera adosado a un emparrado decrépito; miraba los astros a través de las siluetas raquíticas de sus árboles frutales. Le tenía cariño a aquel cuarto de área, tan pobremente plantado, tan atestado de cuchitriles y cobertizos, y le bastaba.

¿Qué más necesitaba aquel anciano que repartía los ocios de su vida, en la que tan poco ocio había, entre la jardinería de día y la contemplación de noche? Aquel cercado modesto, al tener por techo el cielo, ¿no era acaso suficiente para poder adorar a Dios, por turnos, en sus obras más deliciosas y en sus obras más sublimes? ¿No reside todo en eso, efectivamente, y en la que se puede querer más allá de ello? Un jardincillo para pasear y la inmensidad para soñar. A los pies, lo que puede cultivarse y recolectarse; por encima de la cabeza, lo que puede estudiarse y sobre lo que es posible meditar; unas pocas flores en la tierra y todas las estrellas en el

cielo.

XIV

Qué pensaba

Una última palabra.

Como este tipo de detalles podría, sobre todo en la época en que vivimos, y por recurrir a una expresión que está ahora de moda, dar al obispo de Digne cierta fisonomía «panteísta» y dar a creer, bien para censurarlo, bien para alabarlo, que tenía una de esas filosofías personales, propias de nuestro siglo, que germinan a veces en las mentes solitarias y en ellas se edifican y crecen hasta ocupar el lugar de las religiones, insistimos en el hecho de que ni uno solo de quienes conocieron a monseñor Bienvenu se habría creído autorizado a pensar nada por el estilo. Lo que iluminaba a aquel hombre era el corazón. Su sabiduría consistía en la luz que de ahí procede.

Ningún sistema y muchas obras. En las especulaciones abstrusas hay vértigo; nada indica que el obispo se aventurase por los apocalipsis. El apóstol puede ser atrevido, pero el obispo debe ser tímido. Probablemente le habría supuesto escrúpulos de conciencia ahondar demasiado en algunos problemas reservados, como quien dice, a las mentes preclaras y excelsas. Hay terror sagrado bajo los soportales de los enigmas; esos huecos sombríos están ahí, abiertos, pero hay algo que nos dice a los transeúntes de la vida que no entremos. ¡Ay de quien penetre en ellos! Los genios, en las honduras inauditas de la abstracción y de la especulación pura, colocándose como quien dice por encima de los dogmas, le proponen sus ideas a Dios. Su oración brinda audazmente la discusión. Su adoración interroga. Así es la religión directa, colmada de ansiedad y de responsabilidad para quien intenta escalar sus escarpadas pendientes.

La meditación humana es ilimitada. Por su cuenta y riesgo analiza su propio deslumbramiento y ahonda en él. Podríamos casi decir que, por algo así como una reacción espléndida, deslumbra a su vez a la naturaleza; el misterioso mundo que nos rodea devuelve lo que recibe; es probable que a los contempladores los contemplen. Fuere como fuere, existen en la tierra hombres —¿son acaso hombres?— que divisan con claridad, al fondo de los horizontes del sueño, la cima de lo absoluto y que tienen la visión terrible de la montaña infinita. Monseñor Bienvenu no era de ésos; monseñor Bienvenu no era un genio. Lo habrían amedrentado esas cosas tan sublimes desde las que algunos, incluso los de mucha envergadura, como Swedenborg y Pascal, fueron cayendo en la demencia. Cierto es que esas poderosas ensoñaciones tienen su utilidad moral y por esos caminos arduos nos acercamos a la perfección ideal. Él tiraba por el camino más corto, el Evangelio.

No intentaba hacer en su casulla las jaretas del manto de Elías; no proyectaba ningún rayo de luz de futuro en el oleaje tenebroso de los acontecimientos; no intentaba condensar en llamas el resplandor de las cosas; no había en él nada del profeta ni nada del mago. Aquella alma humilde amaba; eso es todo.

Es harto probable que dilatase la oración hasta una aspiración sobrehumana; pero, de la misma forma que es imposible amar demasiado, no es posible orar demasiado; y si fuera una herejía orar más allá de los textos, santa Teresa y san Jerónimo serían unos heréticos.

Monseñor Bienvenu se inclinaba sobre cuanto gime y sobre cuanto expía. Veía el universo como una enfermedad gigantesca; sentía doquier la fiebre, auscultaba doquier el sufrimiento y, sin intentar intuir el enigma, procuraba vendar la llaga. El temible espectáculo de las cosas creadas desarrollaba en él la ternura; se entregaba por completo a hallar para sí y a inspirar a los demás la mejor forma de compadecer y aliviar; cuanto existe era para ese sacerdote bueno y fuera de lo común motivo permanente de tristeza que intentaba consolar.

Hay hombres que trabajan extrayendo oro; él se dedicaba a extraer compasión. La miseria universal era su mina. El dolor por doquier no era sino una ocasión para la bondad a todas horas. *Amaos los unos a los otros;* lo decía tal cual, no deseaba nada más y

no tenía más doctrina que ésa. Un día, aquel hombre que se creía «filósofo», aquel senador de quien ya hemos hablado, le dijo al obispo:

—Pero mire Su Ilustrísima el espectáculo del mundo; todos en guerra contra todos; el más fuerte es el más listo. Ese *amaos los unos a los otros* es una necedad.

—Pues si es una necedad —contestó monseñor Bienvenu sin discutir—, el alma debe encerrarse en ella como la perla en la ostra.

Y se encerraba, vivía encerrado en ello, le bastaba por completo y daba de lado las preguntas prodigiosas que atraen y espantan, las perspectivas insondables de la abstracción, los precipicios de la metafísica, todas esas honduras que, para el apóstol, convergen en Dios, y, para el ateo, en la nada: el destino, el bien y el mal, la guerra del ser contra el ser, la conciencia del hombre, el sonambulismo meditabundo del animal, la transformación que llega con la muerte, la recapitulación de existencias que cabe en el sepulcro, el injerto incomprensible de los amores sucesivos en el yo persistente, la esencia, la sustancia, Nil y Ens, el alma, la naturaleza, la libertad, la necesidad; problemas como barrancos a pico; densidades lúgubres, a las que se asoman los arcángeles desmesurados de la inteligencia humana; abismos formidables que Lucrecio, Manu, san Pablo y Dante contemplan con esa mirada fulgurante que, cuando se clava en el infinito, hace que en él se abran estrellas.

Monseñor Bienvenu era sencillamente un hombre que tomaba constancia desde fuera de las cuestiones misteriosas sin escrutarlas, sin darles vueltas y sin alterar con ellas su mente; y llevaba en el alma el solemne respeto de la sombra.

Libro segundo

La caída

I

Por la noche tras un día de caminata

En los primeros días del mes de octubre de 1815, alrededor de una hora antes de que se pusiera el sol, entrababa en la población de Digne un hombre que viajaba a pie. Los pocos vecinos que estaban en ese momento asomados a la ventana o en el umbral de la puerta de su casa miraban a aquel viajero con algo parecido a la inquietud. Habría sido difícil dar con un transeúnte de aspecto más mísero. Era un hombre de estatura media, achaparrado y robusto, en la flor de la vida. Podía tener cuarenta y seis o cuarenta y ocho años. Una gorra con la visera de cuero doblada hacia abajo le tapaba a medias la cara atezada, tostada por el sol, que chorreaba sudor. Por la camisa de lienzo basto y amarillo, cuyo cuello cerraba un ancla de plata pequeña, le asomaba el pecho velludo; llevaba una corbata retorcida como una cuerda; un pantalón de dril azul, gastado y raído, blanco en una rodilla y con un agujero en la otra; un blusón viejo, gris y andrajoso, remendado en uno de los codos con un trozo de paño verde cosido con bramante; a la espalda un macuto de soldado, muy lleno, bien cerrado y nuevecito; en la mano un bastón enorme y nudoso; no llevaba medias y calzaba zapatos con clavos; tenía la cabeza afeitada y la barba crecida.

El sudor, el calor, el viaje a pie, el polvo añadían un toque sórdido a aquel conjunto tan deteriorado.

Llevaba el pelo al rape, pero también tieso, porque estaba empezando a crecerle un poco y parecía como si llevase cierto tiempo sin cortárselo.

Nadie lo conocía. Estaba claro que no era sólo alguien que fuera de paso. ¿De dónde venía? Del sur. Quizá de orillas del mar. Porque entraba en Digne por la misma carretera que había visto pasar, siete

meses antes, al emperador Napoleón camino de París desde Cannes. Aquel hombre debía de llevar todo el día andando. Parecía muy cansado. Unas mujeres de la parte antigua, que queda al pie de la colina, lo vieron pararse bajo los árboles del bulevar de Gassendi y beber en la fuente que está al final del paseo. Debía de tener mucha sed porque unos niños que lo iban siguiendo vieron que se volvía a parar para beber doscientos pasos más allá, en la fuente de la plaza del mercado.

Al llegar a la esquina de la calle de Poichevert, giró a la izquierda y se encaminó al ayuntamiento. Entró y salió pasado un cuarto de hora. Un gendarme estaba sentado junto a la puerta, en el banco de piedra al que se subió el general Drouot el 4 de marzo para leer al gentío pasmado de Digne la proclamación de la playa de Golfo Juan. El hombre se quitó la gorra y saludó al gendarme con humildad.

El gendarme, sin responder al saludo, lo miró atentamente, lo siguió un rato con la vista y luego se metió en el ayuntamiento.

Había a la sazón en Digne una buena posada en cuyo rótulo ponía *La Croix-de-Colbas*. El posadero se llamaba Jacquin Labarre y era hombre considerado en la ciudad porque era pariente de otro Labarre, que regentaba en Grenoble la posada de *Les Trois Dauphins* y había servido en un regimiento de guías. En la época del desembarco del emperador, corrieron muchos rumores en la comarca acerca de esa posada de *Les Trois Dauphins*. Contaban que el general Bertrand, disfrazado de carretero, la había visitado con frecuencia en el mes de enero y había repartido allí cruces de honor a los soldados y puñados de napoleones a los vecinos. Lo cierto es que el emperador, tras entrar en Grenoble, no quiso alojarse en el edificio de la prefectura; le dio las gracias al alcalde y dijo: «Voy a casa de un buen hombre que es conocido mío». Y fue a *Les Trois Dauphins*. Esa gloria del Labarre de *Les Trois Dauphins* repercutía en el Labarre de *La Croix-de-Colbas*. Decían de él en la ciudad: «Es el primo del de Grenoble».

El hombre tomó el camino de esa posada, que era la mejor de la comarca. Entró en la cocina, que daba directamente a la calle. Todos los fogones estaban encendidos; un buen fuego ardía alegremente en la chimenea. El posadero, que era además el jefe de cocina, iba del hogar a las cacerolas, muy ocupado vigilando una

cena excelente para unos carreteros a quienes se oía reír y charlar a voces en la sala vecina. Quien haya viajado sabe que no hay quien coma mejor que los carreteros. Una marmota rolliza, rodeada de perdices nivales y de urogallos daba vueltas ante el fuego, ensartada en un largo espetón, en los fogones cocían dos carpas de buen tamaño del lago de Lauzet y una trucha del lago de Alloz.

El posadero, al oír abrirse la puerta y entrar a un recién llegado, dijo sin alzar la vista de los fogones:

—¿Qué quiere el señor?

—Comer y dormir —dijo el hombre.

—Nada más fácil —respondió el posadero. En ese momento volvió la cabeza, abarcó de una ojeada al viajero en conjunto y añadió—: pagando.

El hombre sacó una bolsa grande de cuero del bolsillo del blusón y contestó:

—Tengo dinero.

—En ese caso, a su disposición.

El hombre volvió a meterse la bolsa en el bolsillo, soltó el macuto, lo dejó en el suelo, cerca de la puerta, no soltó el bastón y fue a sentarse en un escabel junto al fuego. Digne está en la montaña. Los atardeceres de octubre son fríos.

Entretanto, mientras iba y venía, el posadero le pasaba revista al viajero.

—¿Se cena pronto? —dijo el hombre.

—Dentro de un rato —dijo el posadero.

Mientras el recién llegado se calentaba, de espaldas a la sala, el digno posadero Jacquin Labarre se sacó un lapicero del bolsillo; luego, rasgó un pico de un periódico viejo que andaba rodando encima de una mesita, cerca de la ventana. En el margen en blanco escribió una línea o dos, dobló el jirón de papel sin sellarlo y se lo dio a un niño que aparentemente le hacía las veces al tiempo de marmitón y de lacayo. El posadero le dijo unas palabras al oído al marmitón y el niño salió corriendo en dirección al ayuntamiento.

El viajero no había visto nada de todo aquello.

Volvió a preguntar:

—¿Se cena pronto?

—Dentro de un rato —dijo el posadero.

El niño regresó. Volvía con el papel. El posadero se apresuró a

abrirlo, como quien está esperando una respuesta. Pareció leer atentamente, luego movió la cabeza y se quedó pensativo un momento. Por fin, dio un paso en dirección al viajero, que parecía sumido en reflexiones poco serenas.

—Señor —dijo—, no puedo darle posada.

El hombre se incorporó a medias.

—¿Cómo es eso? ¿Teme que no pague? ¿Quiere que pague por adelantado? Le digo que tengo dinero.

—No es eso.

—Pues ¿qué es?

—Usted tiene dinero…

—Sí —dijo el hombre.

—Y yo —dijo el posadero— no tengo cuarto.

El hombre dijo tranquilamente:

—Póngame a dormir en la cuadra.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Los caballos la tienen ocupada del todo.

—Bien está —dijo el hombre—, pues un rincón en el desván. Un haz de paja. Ya lo veremos después de cenar.

—No puedo darle de cenar.

Aquella declaración, hecha en tono comedido, pero firme, le pareció de mucha gravedad al forastero. Se puso de pie.

—Pero, hombre, si me estoy muriendo de hambre. Llevo andando desde que salió el sol. He recorrido doce leguas. Pago y quiero comer.

—No tengo nada —dijo el posadero.

El hombre se echó a reír y se volvió hacia la chimenea y los fogones:

—¡Nada! ¿Y todo eso?

—Lo tengo todo apalabrado.

—¿Por quién?

—Por esos señores, los carreteros.

—¿Cuántos son?

—Doce.

—Hay ahí comida para veinte.

—Lo han apalabrado todo y han pagado por adelantado.

El hombre volvió a sentarse y dijo, sin alzar la voz:

—Estoy en la posada, tengo hambre y me quedo.

El posadero se le arrimó entonces al oído y le dijo con un tono que lo sobresaltó:

—Váyase.

El viajero estaba agachado en aquel momento y empujaba unas cuantas brasas en la chimenea con la punta herrada del bastón; se dio la vuelta muy deprisa y, cuando iba a abrir la boca para replicar, el posadero lo miró fijamente y añadió, sin subir el tono de voz:

—Mire, vamos a dejarlo estar. ¿Quiere que le diga cómo se llama? Se llama Jean Valjean. Y ahora, ¿quiere que le diga quién es? Al verlo entrar, me he maliciado algo y he mandado a alguien al ayuntamiento; y esto me han contestado. ¿Sabe leer?

Mientras así hablaba, le alargaba al forastero, desdoblado, el papel que acababa de viajar de la posada al ayuntamiento y del ayuntamiento a la posada. El hombre le echó una ojeada. El posadero añadió, tras un silencio:

—Acostumbro a ser educado con todo el mundo. Váyase.

El hombre agachó la cabeza, recogió el macuto que había dejado en el suelo y se fue.

Tiró por la calle mayor. Iba recto, al azar, pegado a las paredes de las casas como un hombre humillado y triste. No se volvió ni una vez. Si lo hubiera hecho, habría visto al posadero de *La Croix-de-Colbas* en el umbral de la puerta, rodeado de todos los viajeros de la posada y de todos los que pasaban por la calle, hablando animadamente y señalándolo con el dedo; y, por las miradas de desconfianza y de susto del grupo, habría intuido que su llegada no tardaría mucho en ser un acontecimiento en toda la ciudad.

No vio nada de todo eso. Las personas agobiadas no miran atrás. Saben de sobra que la mala suerte las va siguiendo.

Siguió andando así un rato, sin pararse, caminando al azar por calles que no conocía, olvidándose del cansancio, como ocurre cuando se está triste. De pronto, notó con fuerza el hambre. Se acercaba la noche. Miró en torno para ver si encontraba algún cobijo.

La posada cómoda le había cerrado las puertas; buscaba una taberna muy humilde, algún cuchitril muy pobre.

Precisamente, había una luz encendida al cabo de la calle; una

rama de pino colgada de una escuadra de hierro se dibujaba contra el cielo blanco del crepúsculo. Se encaminó hacia allí.

Era efectivamente una taberna. La taberna de la calle de Chaffaut.

El viajero se detuvo un momento y miró por la luna de la fachada el interior de la sala de techo bajo de la taberna, que iluminaba una lamparita encima de una mesa y un buen fuego en la chimenea. Unos cuantos hombres bebían. El tabernero se calentaba junto al fuego. Al calor de las llamas hervía con un borboteo un caldero colgado de unas llares.

Se entra en esa taberna, que es también una especie de posada, por dos puertas. Una da a la calle, la otra abre a un patinillo lleno de estiércol.

El viajero no se atrevió a entrar por la puerta de la calle. Se escurrió dentro del patio, volvió a pararse y, luego, alzó tímidamente la falleba y empujó la puerta.

—¿Quién va? —dijo el dueño.

—Alguien que querría cenar y dormir.

—Muy bien. Aquí se cena y se duerme.

Entró. Todos los que bebían se volvieron. La lámpara lo iluminaba por un lado y el fuego por el otro. Lo estuvieron mirando un rato mientras soltaba el macuto.

El tabernero le dijo:

—Ahí está el fuego. La cena se está haciendo en el caldero. Venga a calentarse, compañero.

Fue a sentarse junto al hogar. Estiró hacia el fuego los pies doloridos por el cansancio; salía del caldero un grato olor. Todo cuanto se le podía ver de la cara bajo la gorra echada hacia los ojos adquirió una vaga apariencia de bienestar entremezclado con esa otra expresión tan dolorosa que da el hábito de sufrir.

Era, por lo demás, un perfil recio, enérgico y triste. Aquella fisonomía tenía una curiosa constitución: al principio parecía humilde y acababa por parecer severa. La mirada brillaba bajo las cejas como un fuego entre matorrales.

Pero uno de los hombres sentados a una de las mesas era un pescadero que, antes de entrar en la taberna de la calle de Chaffaut, había ido a dejar el caballo en la cuadra de Labarre. Quiso la casualidad que aquella misma mañana se hubiera encontrado con

aquel forastero con mala pinta que iba a pie entre Bras d'Asse y… (se me ha olvidado el nombre, creo que es Escoublon). Ahora bien, el hombre, que parecía ya muy cansado, le pidió que lo llevase en la grupa, a lo que el pescadero no contestó sino doblando el paso de la caballería. Ese pescadero formaba parte, media hora antes, del grupo que rodeaba a Jacquin Labarre y había referido su desagradable encuentro de por la mañana a los de *La Croix-de-Colbas.* Le hizo desde el sitio en que estaba una seña discreta al tabernero. Éste se le acercó. Cruzaron unas cuantas palabras en voz baja. El hombre estaba absorto en sus pensamientos.

El tabernero volvió junto a la chimenea, le puso bruscamente la mano en el hombro al hombre y le dijo:

—Márchate de aquí.

El forastero se volvió y contestó con mansedumbre:

—Ah, está enterado…

—Sí.

—Me han echado de la otra posada.

—Y te echamos de ésta.

—¿Dónde quiere que vaya?

—A otra parte.

El hombre cogió el bastón y el macuto y se fue.

Según salía, unos cuantos niños, que lo habían seguido desde *La Croix-de-Colbas* y que parecían estar esperándolo, le tiraron piedras. Retrocedió iracundo y los amenazó con el bastón; los niños se dispersaron como una bandada de pájaros.

Pasó delante de la cárcel. En la puerta colgaba una cadena de hierro unida a una campana. Llamó.

Se abrió una mirilla.

—Señor portero —dijo, quitándose respetuosamente la gorra—, ¿tendría a bien abrirme y darme cobijo por esta noche?

Una voz contestó:

—Una cárcel no es una posada. Haga algo para que lo detengan y le abriremos.

La mirilla se cerró.

Entró en una callejuela donde hay muchos jardines. Algunos sólo están cerrados con setos, lo que alegra la calle. Entre esos jardines y esos setos vio una casita de una sola planta en cuya ventana había luz. Miró por el cristal, como había hecho en la

taberna. Era una habitación grande y encalada con una cama con cortinas de indiana estampada y una cuna en un rincón, unas cuantas sillas de madera y una escopeta de dos tiros colgada de la pared. En el centro de la habitación había una mesa servida. Una lámpara de cobre iluminaba el mantel, de lienzo basto y blanco, el jarro de estaño que relucía como plata y estaba lleno de vino y la sopera parda que humeaba. A aquella mesa estaba sentado un hombre de alrededor de cuarenta años, de cara alegre y expresión abierta, que jugaba a caballito con un niño pequeño subido a las rodillas. A su lado, una mujer muy joven daba de mamar a otro niño. El padre reía, el niño reía, la madre sonreía.

El forastero se quedó un momento pensativo ante aquel espectáculo dulce y sosegador. ¿Qué le pasaba por dentro? Sólo él habría podido decirlo. Es probable que pensara que aquella casa alegre sería hospitalaria y que en un lugar donde veía tanta dicha a lo mejor hallaba algo de compasión.

Dio en el cristal un golpecito muy flojo.

No lo oyeron.

Dio otro.

Oyó que la mujer decía:

—Marido, me parece que están llamando.

—No —contestó el hombre.

Dio un tercer golpe.

El marido se levantó, cogió la lámpara, fue a la puerta y la abrió.

Era un hombre de estatura elevada, a medias campesino y a medias artesano. Llevaba un delantal grande de cuero que le subía hasta el hombro izquierdo y en que le abultaban el vientre un martillo, un pañuelo rojo, un cebador de pólvora, objetos varios que el cinturón sujetaba como en un bolsillo. Echaba la cabeza hacia atrás; la camisa desabrochada y el cuello doblado le dejaban al aire el pescuezo de toro, de piel muy blanca. Tenía las cejas tupidas, unas patillas negras enormes, los ojos saltones y la parte de abajo de la cara parecida a un hocico, y todo ello envuelto en esa expresión de estar en casa propia que no se puede describir.

—Caballero, disculpe —dijo el viajero—. Pagando, ¿podría darme un plato de sopa y un rincón para dormir en ese cobertizo que tiene ahí, en el jardín? ¿Podría, diga? Pagando.

—¿Quién es usted? —preguntó el dueño de la casa.

El hombre contestó:

—Vengo de Puy-Moisson. Llevo todo el día andando. Una jornada de doce horas. ¿Podría usted? Pagando.

—No diría yo que no a alojar a una persona de bien que pagase —repuso el campesino—. Pero ¿por qué no va a la posada?

—No hay sitio.

—¡Vaya, no puede ser! No es día de feria ni de mercado. ¿Ha ido a la posada de Labarre?

—Sí.

—¿Y qué?

El viajero contestó, apurado:

—No sé. No me han dejado quedarme.

—¿Y ha ido al sitio ese de la calle de Chaffaut?

El forastero estaba cada vez más apurado; balbució:

—Tampoco me han dejado quedarme.

Al campesino se le puso cara de desconfianza; volvió a mirar al recién llegado de arriba abajo y, de repente, exclamó con algo así como un escalofrío:

—¿No será usted el hombre ese?

Le echó otra mirada al forastero, retrocedió tres pasos, dejó la lámpara encima de la mesa y descolgó de la pared la escopeta.

Al tiempo, al oír las palabras del campesino: «¿No será usted el hombre ese?», la mujer se levantó, cogió en brazos a los dos niños y buscó apresuradamente refugio detrás de su marido, mirando al forastero con espanto, con el pecho al aire y ojos de susto, susurrando: *Tso-maraude*[1].

Todo lo anterior ocurrió en menos tiempo del que se necesita para imaginarlo. Tras quedarse unos momentos mirando fijamente al hombre igual que si viese una víbora, el dueño de la casa volvió a la puerta y dijo:

—¡Vete!

—Un vaso de agua, por compasión.

—¡Un tiro de escopeta! —dijo el campesino.

Luego cerró la puerta con violencia y el hombre oyó cómo corría dos cerrojos grandes. Un momento después cerraron los postigos de la ventana y se oyó desde fuera el ruido que hacían al colocar una barra de hierro.

Seguía acercándose la noche. Soplaba el viento frío de los Alpes.

A las últimas luces del día, el forastero divisó en uno de los jardines que bordean la carretera algo así como una choza que le pareció construida con pellas de hierba. Cruzó resueltamente una cerca de madera y entró en el jardín. Se acercó a la choza; la puerta era una abertura estrecha y muy baja, y parecía una de esas construcciones que levantan al filo de la carretera los peones camineros. Seguramente pensó que era efectivamente una choza de cantonero; el frío y el hambre lo hacían padecer; se había resignado al hambre, pero al menos se resguardaría del frío. Los alojamientos como ése no suelen estar ocupados de noche. Se tendió de bruces en el suelo y se metió a rastras en la choza. Era abrigada, y encontró una cama de paja decente. Se quedó tendido en aquella cama un momento, sin poder moverse de puro cansancio. Luego, como le molestaba el macuto que llevaba a la espalda y que, además, era la almohada perfecta, empezó a desatar una de las correas. En ese instante, oyó un gruñido feroz. Alzó los ojos. La cabeza de un dogo se perfilaba en la sombra de la abertura de la choza.

Era la caseta de un perro.

El forastero también era fuerte y temible; se armó con el bastón, hizo del macuto un escudo y salió como pudo de la caseta, no sin destrozarse aún más los harapos.

Salió también del jardín, pero andando de espaldas, pues, para mantener apartado al dogo, no le quedó más remedio que recurrir a esa maniobra del bastón que los maestros en ese tipo de esgrima llaman *la rosa cubierta*.

Cuando volvió a cruzar, no sin trabajo, la cerca y se vio en la calle, solo, sin alojamiento, sin techo, sin refugio, expulsado incluso de aquella cama de paja y de aquella caseta mísera, se desplomó, más que sentó, en una piedra y parece ser que un transeúnte que pasaba por allí lo oyó exclamar: «¡No soy ni siquiera un perro!».

No tardó en incorporarse y en echar a andar otra vez. Salió de la ciudad con la esperanza de dar con algún árbol o algún almiar, en un campo, y refugiarse allí.

Anduvo así durante un rato, aún con la cabeza gacha. Cuando notó que estaba lejos de toda vivienda humana, alzó los ojos y miró en torno. Estaba en un campo; de frente tenía una de esas colinas bajas cubiertas de rastrojo cortado a ras de tierra que, pasada la siega, parecen cabezas afeitadas.

El horizonte estaba negrísimo; no era sólo la oscuridad de la noche; eran también unas nubes muy bajas que parecían apoyarse en la propia colina y seguían hacia arriba, llenando por completo el cielo. No obstante, como iba a salir la luna y aún flotaba en el cenit un resto de luz crepuscular, esas nubes formaban, en lo más alto del cielo, algo semejante a una bóveda blanquecina de la que bajaba a la tierra un fulgor.

Estaba, pues, la tierra más iluminada que el cielo, lo que resulta de un efecto singularmente tétrico; y la colina, de perfil pobre y encanijado, destacaba vaga y blanquecina contra el horizonte tenebroso. El conjunto era repugnante, estrecho, lúgubre y limitado. Nada había en el campo y en la colina sino un árbol deforme que se retorcía, escalofriado, a pocos pasos del viajero.

Estaba claro que aquel hombre distaba mucho de poseer esos exquisitos hábitos de inteligencia e ingenio que vuelven a las personas sensibles a los aspectos misteriosos de las cosas; no obstante, había en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura y en aquel árbol algo tan hondamente desolado que, tras quedarse quieto y pensativo por un momento, dio media vuelta de pronto. Hay instantes en que la naturaleza parece hostil.

Desanduvo lo andado. Las puertas de Digne estaban cerradas. En 1815, aún rodeaban Digne —que sostuvo sitios durante las guerras de religión— unas murallas viejas que flanqueaban unas torres cuadradas que más adelante derribaron. Entró por una brecha y regresó a la ciudad.

Podían ser las ocho de la tarde. Como no conocía las calles, reinició el paseo al azar.

Llegó así a la prefectura y, luego, al seminario. Al pasar por la plaza de la catedral, le enseñó el puño a la iglesia.

En una esquina de esa plaza hay una imprenta. En ella imprimieron por primera vez las proclamas del emperador y de la guardia imperial al ejército, que el propio Napoleón trajo de la isla de Elba tras redactarlas personalmente.

Exhausto, y no esperando ya nada, se tendió en el banco de piedra que hay a la puerta de esa imprenta.

Una anciana salió de la iglesia en ese momento. Vio al hombre tendido en la oscuridad.

—¿Qué hace ahí, amigo mío? —dijo.

Respondió airado y con tono duro:

—Ya lo ve, buena mujer, me estoy acostando.

La buena mujer, muy merecedora de ese apelativo efectivamente, era la marquesa de R.

—¿En ese banco? —preguntó.

—Tuve un colchón de madera durante diecinueve años —dijo el hombre—; hoy tengo un colchón de piedra.

—¿Ha sido soldado?

—Sí, buena mujer. Soldado.

—¿Por qué no va a la posada?

—Porque no tengo dinero.

—Por desgracia —dijo la señora de R.—, sólo llevo encima veinte céntimos.

—Menos es nada.

El hombre cogió los veinte céntimos. La señora de R. siguió diciendo:

—No puede ir a la posada con tan poco dinero. Pero, sin embargo, ¿ha probado? No puede pasar la noche así. Seguramente tiene frío y hambre. Podrían haberle dado posada por caridad.

—He llamado a todas las puertas.

—¿Y qué?

—Me han echado de todas partes.

La «buena mujer» le dio al hombre un golpecito en el brazo y le indicó, al otro lado de la plaza, una casita baja que estaba junto al obispado.

—¿Ha llamado a todas las puertas? —repitió.

—Sí.

—¿Ha llamado a ésa?

—No.

—Llame.

II

La prudencia que debe tener la sensatez

Esa noche, el señor obispo de Digne se había quedado bastante rato metido en su cuarto después del habitual paseo por la ciudad. Estaba escribiendo un voluminoso trabajo acerca de los *Deberes,* que, por desgracia, dejó sin concluir. Estaba entresacando todo cuanto dijeron los Padres y los Doctores acerca de este tema transcendente. Su libro se dividía en dos partes; primero, los deberes de todos; y, luego, los deberes de cada cual, según la categoría a la que pertenecieran. Los deberes de todos son los deberes grandes. Existen cuatro. San Mateo los enumera: deberes para con Dios *(Mat.,* VI); deberes para con uno mismo *(Mat.,* V, 29, 30); deberes para con el prójimo *(Mat.,* VII, 12); deberes para con las criaturas *(Mat.,* VI, 20, 25). En cuanto a los demás deberes, el obispo los había hallado indicados y prescritos en otros lugares: para con los soberanos y los súbditos, en la Epístola a los romanos; para con los magistrados, las esposas, las madres y los jóvenes, en san Pedro; para con los maridos, los padres, los hijos y los sirvientes, en la Epístola a los efesios; para con los fieles, en la Epístola a los hebreos; para con las vírgenes, en la Epístola a los corintios. Realizaba laboriosamente con todas esas prescripciones un conjunto armonioso que quería brindar a las almas.

A las ocho, todavía estaba entregado al trabajo, escribiendo de forma bastante incómoda en unos trocitos cuadrados de papel y con un libro grueso abierto en las rodillas, cuando entró la señora Magloire, como solía, para coger los cubiertos de plata en la alacena que estaba junto a la cama. Un momento después, el obispo, al caer en la cuenta de que estaba la mesa puesta y de que su hermana quizá lo estaba esperando, cerró el libro, se levantó de su mesa y

entró en el comedor.

El comedor era una habitación alargada, con chimenea, puerta a la calle (ya lo hemos dicho) y puerta al jardín.

La señora Magloire estaba acabando, efectivamente, de poner la mesa.

Mientras lo hacía, charlaba con la señorita Baptistine.

Había una lámpara encima de la mesa; la mesa estaba junto a la chimenea. Había un fuego bastante bueno.

Es fácil imaginar a ambas mujeres, ninguna de las dos cumplía ya los sesenta: la señora Magloire, baja, gruesa, vivaracha; la señorita Baptistine, dulce, delgada, frágil, algo más alta que su hermano, con un vestido de seda del color marrón rojizo que estaba de moda allá por 1806, que había comprado a la sazón en París y que todavía le duraba. Recurriendo a expresiones vulgares que tienen el mérito de decir en dos palabras una idea que una página bastaría apenas para expresar, la señora Magloire parecía *de pueblo,* y la señorita Baptistine, *una señora*. La señora Magloire llevaba un gorro blanco encañonado; al cuello, una cruz de oro con una cinta de terciopelo, la única alhaja femenina que había en la casa; una pañoleta muy blanca que le asomaba de un vestido de estameña negra con mangas anchas y cortas; un delantal de algodón de cuadros rojos y verdes, atado a la cintura con un lazo verde, y con peto a juego, sujeto con dos imperdibles; y calzaba zapatos gruesos y medias amarillas, como las mujeres de Marsella. El corte del vestido de la señorita Baptistine correspondía a patrones de 1806: talle alto, falda estrecha; en las mangas, hombreras abotonadas. Ocultaba el pelo gris con una peluca rizada conocida por *a lo niño*. La señora Magloire parecía inteligente, avispada y buena; las comisuras de la boca, a diferente altura, y el labio superior, más abultado que el labio inferior, le daban cierta expresión ruda y mandona. Mientras monseñor estaba callado, le hablaba resueltamente con una mezcla de respeto y confianza; pero en cuanto monseñor hablaba, como ya hemos visto, lo obedecía tan pasivamente como su señorita. La señorita Baptistine ni siquiera hablaba. Se limitaba a obedecer y a complacer. No había sido bonita ni de joven; tenía ojos azules y saltones y la nariz larga y aguileña; pero una bondad inefable le impregnaba todo el rostro y toda su persona, como ya dijimos al principio. Estuvo siempre

predestinada a la mansedumbre, pero la fe, la caridad y la esperanza, esas tres virtudes que caldean suavemente el alma, habían elevado poco a poco esa mansedumbre hasta convertirla en santidad. La naturaleza sólo hizo de ella una oveja, la religión la convirtió en un ángel. ¡Pobre y santa mujer! ¡Dulce recuerdo desaparecido!

La señorita Baptistine contó después tantas veces lo que pasó aquella noche en el obispado que varias personas que aún viven recuerdan los mínimos detalles.

Cuando entró el señor obispo, la señora Magloire estaba hablando con cierta vehemencia. Le comentaba a la *señorita* un tema que le era habitual y al que estaba acostumbrado el obispo. Se trataba de la falleba de la puerta de entrada.

Al parecer, según iba a comprar unas cuantas cosas para la cena, la señora Magloire había oído ciertos rumores en varios sitios. Se hablaba de un merodeador con mala pinta; de que había llegado un vagabundo sospechoso; de que debía de andar por algún punto de la ciudad y que entraba dentro de lo posible que quienes tuvieron la ocurrencia de volver tarde a casa aquella noche tuvieran algún mal encuentro. Decían también, por lo demás, que la policía funcionaba muy mal porque el señor prefecto y el señor alcalde no se llevaban bien e intentaban perjudicarse mutuamente propiciando sucesos. Que, por lo tanto, eran las personas sensatas las que tenían que ejercer de policías y guardarse bien; y todo el mundo debería tener cuidado por su cuenta de cerrar y atrancar la casa como es debido y echar los cerrojos y *cerrar bien las puertas*.

La señora Magloire recalcó esta última frase, pero el obispo venía de su cuarto, donde había pasado bastante frío, se había sentado ante la chimenea y se estaba calentando y, además, pensando en otra cosa. No se dio por aludido con aquella frase intencionada que acababa de soltar la señora Magloire. Ésta la repitió. Entonces, la señorita Baptistine, deseosa de complacer a la señora Magloire sin disgustar a su hermano, se atrevió a decir tímidamente:

—Hermano mío, ¿está oyendo lo que dice la señora Magloire?

—Algo he oído —respondió el obispo.

Luego, volviendo a medias la silla, poniéndose ambas manos en las rodillas y alzando hacia la anciana sirvienta el rostro cordial y

fácilmente regocijado, que el fuego iluminaba desde abajo, dijo:

—Vamos a ver. ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? ¿Así que corremos un gran peligro?

Entonces, la señora Magloire volvió a contar la historia desde el principio, exagerándola un poco sin darse cuenta. Por lo visto, un gitano, un vagabundo desharrapado, algo así como un mendigo peligroso andaba en aquellos momentos por la ciudad. Había ido a pedirle posada a Jacquin Labarre, que no había querido hospedarlo. Lo habían visto llegar por el bulevar Gassendi y andar rondando por las calles a la caída de la noche. Carne de horca; y con una cara espantosa.

—¿En serio? —dijo el obispo.

Que el obispo tuviera a bien hacerle una pregunta animó a la señora Magloire; parecía indicio de que estaba a punto de alarmarse; y siguió diciendo, triunfal:

—Sí, monseñor. Como se lo cuento. Esta noche pasará alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Y además la policía funciona tan mal (repetición inútil). ¡Mira que vivir en una zona de montañas y no tener siquiera faroles de noche por la calle! ¡Sale una y como la boca de un horno, vamos! Y digo yo, monseñor, y la señorita aquí presente dice, igual que yo…

—Yo no digo nada —interrumpió la hermana—. Lo que haga mi hermano bien hecho está.

La señora Magloire siguió, como si nadie hubiera protestado:

—Decimos que esta casa no es nada segura y que, si monseñor lo permite, voy a ir a decirle a Paulin Musebois, el cerrajero, que venga y que vuelva a colocar los cerrojos que había antes en la puerta; los tenemos ahí guardados, es cosa de un minuto; y digo que hacen falta cerrojos, monseñor, aunque no fuera más que para esta noche, porque digo yo que no hay nada más terrible que una puerta con una falleba que puede abrir desde fuera el primero que pase; y encima monseñor tiene la costumbre de mandar siempre que pasen, y además, en plena noche, ay, Dios mío, no hace falta ni pedir permiso…

En ese momento llamaron a la puerta con un golpe bastante violento.

—Pase —dijo el obispo.

III

Heroísmo de la obediencia pasiva

Se abrió la puerta.

Se abrió deprisa, de par en par, como si alguien la empujase de forma enérgica y resuelta.

Entró un hombre.

Ya conocemos a ese hombre. Es el viajero que vimos antes vagar de un lado a otro buscando cobijo.

Entró, dio un paso y se detuvo, dejando la puerta abierta a su espalda. Llevaba el macuto al hombro, el bastón en la mano y una expresión ruda, atrevida, cansada y violenta en los ojos. El fuego de la chimenea lo iluminaba. Era repulsivo. Era una aparición siniestra.

La señora Magloire no tuvo ni fuerzas para gritar. Dio un respingo y se quedó con la boca abierta.

La señorita Baptistine se volvió, vio al hombre que entraba y, del susto, se incorporó a medias; luego, volviendo poco a poco otra vez la cabeza hacia la chimenea, empezó a mirar a su hermano y otra vez tuvo en el rostro una expresión sosegada y serena.

El obispo tenía clavada en el hombre una mirada tranquila.

Cuando estaba abriendo la boca para preguntarle al recién llegado qué deseaba, el hombre apoyó las dos manos a un tiempo en el bastón, paseó los ojos, por turnos, por el anciano y por las mujeres y, sin esperar a que hablase el obispo, dijo con voz fuerte:

—Esto es lo que hay. Me llamo Jean Valjean. Soy un presidiario. He pasado diecinueve años en presidio. Me soltaron hace cuatro días y voy de camino para Pontarlier, que es mi punto de destino. Llevo cuatro días andando desde Tolón. Hoy he hecho doce leguas a pie. Esta noche, al llegar a esta comarca, fui a una posada de donde

me echaron porque había enseñado el pasaporte amarillo en el ayuntamiento. No me quedaba más remedio. Fui a otra posada. Me dijeron: «¡Vete!». Fui de casa en casa. Nadie me quiso. Fui a la cárcel y el portero no me abrió. Me metí en la caseta de un perro. El perro me mordió y me echó, igual que si fuera un hombre. Me fui al campo, a dormir al raso. El cielo no estaba raso. Pensé que iba a llover y que no había un Dios que impidiese que lloviera y me volví a la ciudad para buscar el hueco de una puerta. Ahí, en la plaza, iba a dormir encima de una piedra; una buena mujer me indicó su casa y me dijo: llama ahí. He llamado. ¿Dónde estoy? ¿Es una posada? Llevo dinero, la masita. Ciento nueve francos con setenta y cinco céntimos que me gané en presidio con mi trabajo de diecinueve años. Pagaré. No me importa. Tengo dinero. Estoy muy cansado, doce leguas a pie, tengo mucha hambre. ¿Me deja que me quede?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, ponga otro cubierto.

El hombre dio tres pasos y se acercó a la lámpara que estaba encima de la mesa:

—Mire —siguió diciendo, como si no hubiese entendido bien—, no es eso. ¿Me ha oído? Soy un presidiario. Un forzado. Vengo de presidio —se sacó del bolsillo una hoja grande de papel amarillo y la desdobló—. Aquí tiene mi pasaporte. Amarillo, ya lo ve. Sirve para que me echen de todos los sitios adonde voy. ¿Quiere leerlo? Yo sé leer. Aprendí en presidio. Hay una escuela para los que quieran. Mire, esto han puesto en el pasaporte: «Jean Valjean, presidiario con la pena cumplida, nacido en…», eso a usted le da lo mismo… «ha estado diecinueve años en presidio. Cinco años por robo con fractura. Catorce años por haber intentado escaparse cuatro veces. Es un hombre muy peligroso». Ahí lo tiene. Todo el mundo me ha echado. ¿Usted quiere aceptarme? ¿Esto es una posada? ¿Quiere darme de comer y un sitio para dormir? ¿Tiene una cuadra?

—Señora Magloire —dijo el obispo—, ponga sábanas blancas en la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado como era la obediencia de aquellas dos mujeres.

La señora Magloire salió para cumplir las órdenes.

El obispo se volvió hacia el hombre:

—Siéntese, señor, y caliéntese. Cenaremos dentro de un

momento y, mientras cena, le harán la cama.

Ahora el hombre lo entendió del todo. La expresión del rostro, hasta entonces sombría y dura, se tiñó de asombro, de duda, de alegría, y se volvió extraordinaria. Empezó a balbucir como un hombre loco:

—¿De verdad? ¿Cómo? ¿Me deja que me quede? ¿No me echa? ¡Un presidiario! ¡Me llama *señor!* ¡No me tutea! ¡Vete, perro!, eso es lo que me dicen siempre. Estaba convencido de que me iba a echar. Así que dije de entrada quién soy. ¡Ay, qué buena mujer la que me mandó aquí! ¡Voy a cenar! ¡Una cama con colchón y sábanas! ¡Como todo el mundo! ¡Una cama! ¡Hace diecinueve años que no duermo en una cama! Le parece bien que me quede. Son ustedes personas cabales. Además, tengo dinero. Pagaré. Perdone, señor posadero, ¿cómo se llama? Pagaré lo que me pida. Es usted un buen hombre. Es usted posadero, ¿verdad?

—Soy —dijo el obispo— un sacerdote que vive aquí.

—¡Un sacerdote! —siguió diciendo el hombre—. ¡Ah, un sacerdote muy bueno! ¿Así que no me pide dinero? Es el párroco, ¿verdad? ¿El párroco de esa iglesia grande? ¡Anda, es verdad, qué tonto soy! No le había visto el casquete.

Sin parar de hablar, había dejado el macuto y el bastón en un rincón, se había vuelto a meter el pasaporte en el bolsillo y se había sentado. La señorita Baptistine lo miraba con dulzura. El hombre siguió diciendo:

—Usted es humano, señor cura, no me desprecia. Qué cosa tan buena es un buen sacerdote. ¿Así que no hace falta que pague?

—No —dijo el obispo—, guárdese el dinero. ¿Cuánto tiene? ¿Me ha dicho que ciento nueve francos?

—Con setenta y cinco céntimos —añadió el hombre.

—Ciento nueve francos con setenta y cinco céntimos. ¿Y cuánto tiempo tardó en ganarlos?

—Diecinueve años.

—¡Diecinueve años!

El obispo lanzó un hondo suspiro.

El hombre siguió diciendo:

—Tengo todavía todo el dinero. En cuatro días no me he gastado más que un franco con veinticinco céntimos que me gané ayudando a descargar coches en Grasse. Como es usted cura, le voy a contar

una cosa: teníamos un capellán en presidio. Y además un día vi a un obispo. Lo llaman monseñor. Era el obispo de La Major, la catedral de Marsella. Es el cura que manda en los curas. Ya me entiende, disculpe, lo digo mal, pero ¡es que a mí me pilla tan lejos! Dese cuenta… nosotros… Dijo misa en medio del presidio, en un altar, llevaba una cosa puntiaguda, de oro, en la cabeza. Brillaba con el sol del mediodía. Estábamos en fila, en tres de los lados, y enfrente teníamos los cañones, con la mecha encendida. No se veía bien. Habló, pero estaba muy al fondo y no se oía. Eso es un obispo.

Mientras hablaba, el obispo fue a cerrar la puerta, que se había quedado de par en par.

Volvió la señora Magloire. Traía un cubierto, que puso encima de la mesa.

—Señora Magloire —dijo el obispo—, ponga ese cubierto lo más cerca posible del fuego.

Y, volviéndose hacia su huésped, añadió:

—Cuesta soportar el viento nocturno de los Alpes. Debe de tener frío, señor.

Cada vez que decía esa palabra, *señor,* con aquella voz tan dulcemente seria y tan amistosa, se le iluminaba la cara al hombre. Decirle *señor* a un presidiario es un vaso de agua a un náufrago de *La Méduse.* La ignominia está sedienta de consideración.

—Qué poca luz da esta lámpara —siguió diciendo el obispo.

La señora Magloire entendió la intención y fue a buscar a la chimenea del cuarto de monseñor los dos candeleros de plata, que puso en la mesa ya encendidos.

—Señor cura —dijo el hombre—, usted es bueno y no me desprecia. Me recibe en su casa. Enciende para mí sus velas. Y eso que no le he ocultado de dónde vengo y que soy un hombre desgraciado.

El obispo, sentado a su lado, le dio un golpecito suave en la mano.

—No hacía falta que me dijese quién era. Ésta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esa puerta no le pregunta a quien entra si tiene nombre, sino si tiene algún padecimiento. Usted tiene padecimientos; tiene hambre y frío; sea bienvenido. Y no me dé las gracias, no me diga que lo recibo en mi casa. Nadie está aquí en su casa salvo quien precisa asilo. Y a usted, que está de paso, le digo

que ésta es su casa más que la mía. Cuanto hay aquí es suyo. ¿Qué falta me hace saber su nombre? Además, antes de que me lo dijera, yo sabía ya un nombre que usted tiene.

El hombre abrió unos ojos asombrados.

—¿En serio? ¿Sabía cómo me llamo?

—Sí —contestó el obispo—, se llama hermano mío.

—Mire, señor cura —exclamó el hombre—, tenía mucha hambre al entrar, pero es usted tan bueno que ahora no sé ya qué tengo; se me ha pasado el hambre.

El obispo lo miró y le dijo:

—¿Lo ha pasado muy mal?

—Ay, sí, la chaqueta roja, la bola de presidiario en el tobillo, una tabla para dormir, el calor, el frío, el trabajo, la chusma, los bastonazos, la cadena doble al menor pretexto, el calabozo por una palabra, incluso aunque estuvieras enfermo en cama, y la cadena. ¡Los perros, los perros lo pasan mejor! ¡Diecinueve años! Tengo cuarenta y seis. Y ahora el pasaporte amarillo. Eso es lo que hay.

—Sí —dijo el obispo—, sale de un lugar de tristeza. Escuche, habrá más alegría en el cielo por las lágrimas de un pecador arrepentido que por la túnica blanca de cien justos. Si sale de ese lugar doloroso con pensamientos de odio e ira contra los hombres, es digno de compasión; si sale con pensamientos de benevolencia, dulzura y paz, vale más que cualquiera de nosotros.

Entretanto, la señora Magloire había servido la sopa; una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; algo de tocino; un trozo de cordero; higos; queso fresco y una hogaza de pan de centeno. Y había añadido por iniciativa propia a la dieta habitual del señor obispo una botella de vino añejo de Mauves.

Al obispo se le pintó de pronto en la cara esa expresión regocijada propia de los caracteres hospitalarios.

—A cenar —dijo con mucha animación, como acostumbraba cuando cenaba con él algún forastero. Sentó al hombre a su derecha. La señorita Baptistine se sentó a su izquierda tranquilamente y con total naturalidad.

El obispo bendijo la mesa y, luego, sirvió personalmente la sopa, como solía hacer. El hombre empezó a comer con avidez.

De repente, dijo el obispo:

—Me parece que en esta mesa falta algo.

Efectivamente, la señora Magloire sólo había puesto los tres cubiertos indispensables. Ahora bien, era costumbre de la casa que cuando el señor obispo tuviera algún invitado a cenar se colocasen en la mesa los seis cubiertos de plata, una exhibición inocente. Aquella amable apariencia de lujo era algo así como una puerilidad encantadora en aquella casa dulce y severa que exaltaba la pobreza hasta convertirla en dignidad.

La señora Magloire entendió el comentario, salió sin decir palabra y enseguida relucieron encima del mantel los tres cubiertos que había reclamado el obispo, simétricamente colocados delante de los tres comensales.

IV

Pormenores de las queserías de Pontarlier

Ahora, para dar una idea de qué ocurrió en esa mesa, no podríamos hacer nada mejor que transcribir aquí parte de una carta de la señorita Baptistine a la señora de Boischevron, que refiere con candorosa minuciosidad la conversación del presidiario y del obispo.

> «… Aquel hombre no se fijaba en mí en absoluto. Comía con voracidad de hambriento. El caso es que, después de cenar, dijo:
>
> »—Señor cura, bendito de Dios, todo esto no deja de ser demasiado para mí, pero debo decir que los carreteros que no quisieron dejarme cenar con ellos comen mejor que usted.
>
> »Dicho sea entre nosotras, el comentario me escandalizó un poco.
>
> »Mi hermano contestó:
>
> »—Se cansan más que yo.
>
> »—No —contestó el hombre—, tienen más dinero que usted. Usted es pobre, bien lo veo. A lo mejor ni siquiera es cura. ¿Es usted cura? Ah, desde luego, si Dios fuera justo, sí que debería ser cura.
>
> »—Dios es más que justo —dijo mi hermano.
>
> »Añadió, inmediatamente después:
>
> »—Señor Jean Valjean, ¿a Pontarlier es adonde va?
>
> »—Con itinerario forzoso.
>
> »Creo que eso fue lo que dijo el hombre. Luego, siguió diciendo:
>
> »—Tengo que estar ya de camino mañana al amanecer. Es duro el viaje. Las noches son frías, pero de día hace calor.

»—Va usted —añadió mi hermano— a una comarca buena. Mi familia se arruinó con la Revolución y me refugié, al principio, en Franche-Comté, donde viví cierto tiempo de la fuerza de mis brazos. Tenía buena voluntad. Encontré quehacer. Se puede elegir. Hay fábricas de papel, tenerías, destilerías, almazaras, fábricas de acero, fábricas de cobre, veinte fábricas de hierro por lo menos, cuatro de las cuales están en Lods, Châtillon, Audincourt y Beure y son muy importantes…

»Creo que no me confundo y que ésos fueron los nombres que citó mi hermano; luego se interrumpió y se dirigió a mí:

»—Mi querida hermana, ¿no tenemos parientes en esa zona?

»Contesté:

»—Teníamos, entre otros, al señor de Lucenet, que era capitán de las puertas de Pontarlier en el antiguo régimen.

»—Sí —dijo mi hermano—, pero en 1793 nadie tenía ya parientes, teníamos sólo brazos para trabajar. Trabajé. Tienen, en la zona de Pontarlier, ahí donde va usted, señor Valjean, una industria completamente patriarcal; y deliciosa, querida hermana. Son las queserías de la región, a las que llaman por allí *fruteras*.

»Entones, mi hermano, al tiempo que animaba a comer a ese hombre, le explicó con mucho detalle qué eran las *fruteras* de Pontarlier y que había que diferenciar dos clases: las *granjas grandes,* que son de los ricos y donde hay cuarenta o cincuenta vacas y que producen entre siete y ocho mil quesos todos los veranos, y las *fruteras asociadas,* que son de los pobres; los campesinos de la zona mediana de la montaña juntan las vacas y comparten los productos. Toman a sueldo a un quesero, al que llaman *grurin;* los socios le entregan la leche tres veces al día y él marca la cantidad en una talla doble; las queserías empiezan a trabajar a finales de abril y los queseros llevan a las vacas a la montaña a mediados de junio.

»El hombre se reanimaba a medida que comía. Mi hermano le ponía en el vaso ese vino tan bueno de Mauves que él no bebe porque dice que es un vino caro. Mi hermano le contaba todos esos detalles con esa jovialidad llana que ya le conoce usted, intercalando en sus palabras detalles amables destinados a mí. Insistió mucho en esa profesión tan provechosa del *grurin,* como

si desease que aquel hombre entendiera, sin aconsejárselo él directa y bruscamente, que sería un asilo que podría convenirle. Me llamó la atención una cosa. Aquel hombre era quien ya le he dicho. Pues bien, ni en toda la cena ni en toda la velada, salvo las pocas palabras cuando entró, mi hermano nada dijo que pudiera recordarle a ese hombre quién era ni informar al hombre de quién era mi hermano. Aparentemente era una buena ocasión para echar un breve sermón y para que el obispo presionara algo al presidiario para dejarle la marca de haber pasado por aquí. A lo mejor a otro le habría parecido que venía a cuento, al tener a mano a aquel desventurado, alimentarle el alma al mismo tiempo que el cuerpo y hacerle algún reproche aderezado con consideraciones morales y consejos, o compadecerlo un poco y exhortarlo a que se portase mejor en el futuro. Mi hermano ni siquiera le preguntó de dónde era, ni por su historia. Porque en su historia estaba su culpa, y mi hermano, al parecer, estaba evitando todo cuanto pudiera recordársela. Hasta tal punto que hubo un momento en que, al hablar mi hermano de los montañeses de Pontarlier, *que tienen un trabajo grato cerca del cielo y que,* añadió, *son felices porque son inocentes,* se detuvo en seco temeroso de que en aquella palabra que se le había escapado hubiera algo que pudiera herir al hombre. A fuerza de darle vueltas, creo haber entendido lo que sucedía en el corazón de mi hermano. Pensaba seguramente que aquel hombre llamado Jean Valjean ya tenía presente de sobra su desgracia y que lo mejor era distraerlo y hacerle creer, aunque no fuera más que por unos momentos, que era una persona como las demás comportándose con él de forma completamente normal. ¿No es acaso una caridad bien entendida? ¿No hay, mi buena amiga, algo realmente evangélico en esa delicadeza que se abstiene de echar sermones, de consideraciones morales y de alusiones, y la compasión mejor no es acaso, cuando a un hombre le duele algo, no tocar donde le duele? Me pareció que eso era lo que podía estar pensando mi hermano en su fuero interno. En cualquier caso, lo que sí puedo decir es que, si se le ocurrieron todas esas cosas, no lo hizo notar, ni siquiera me lo hizo notar a mí; fue de principio a fin el mismo hombre de todas las noches y cenó con Jean Valjean con la misma cara y de la

misma forma que habría cenado con el señor Gédéon, el magistrado, o con el señor cura párroco.

»Ya al final de la cena, cuando estábamos tomando los higos, llamaron a la puerta. Era la pobre Gerbaud, con su niño en brazos. Mi hermano le dio al niño un beso en la frente y me pidió prestados setenta y cinco céntimos que llevaba yo encima para dárselos. El hombre, mientras tanto, no hacía mucho caso. Ya no hablaba y parecía muy cansado. Cuando se fue la pobre Gerbaud mi hermano dio las gracias por los alimentos recibidos y luego se volvió hacia el hombre y le dijo: "Debe de estar muy necesitado de meterse en la cama". La señora Magloire recogió enseguida la mesa. Me di cuenta de que debíamos retirarnos para dejar dormir al viajero y subimos las dos. Pero mandé poco después a la señora Magloire que llevase a la cama de aquel hombre una piel de corzo de la Selva Negra que está en mi cuarto. Las noches son gélidas, y es una piel muy abrigada. Es una pena que esté tan vieja; se le está cayendo todo el pelo. Mi hermano la compró cuando estaba en Alemania, en Tottlingen, junto a las fuentes del Danubio, y también el cuchillito con mango de marfil que uso en la mesa.

»La señora Magloire volvió a subir casi enseguida, estuvimos rezando en el salón donde tendemos la ropa y luego nos fuimos cada una a nuestro cuarto sin decirnos nada.»

V

Tranquilidad

Después de dar las buenas noches a su hermana, monseñor Bienvenu cogió de la mesa uno de los candeleros de plata, le dio el otro al huésped y le dijo:

—Voy a llevarlo a su cuarto, señor.

El hombre lo siguió.

Como ya hemos podido observar por lo anteriormente dicho, la distribución de la vivienda era tal que para ir al oratorio donde estaba la alcoba, o para salir de él, había que pasar por el dormitorio del obispo.

Cuando cruzó por el dormitorio, la señora Magloire estaba guardando la plata en la alacena que había a la cabecera de la cama. Era lo último que hacía todas las noches antes de irse a acostar.

El obispo acomodó a su huésped en la alcoba. Estaba preparada una cama blanca y recién hecha. El hombre puso el candelero en una mesita.

—Que pase una buena noche —dijo el obispo—. Mañana por la mañana, antes de irse, tomará una taza de leche calentita de nuestras vacas.

—Gracias, señor cura —dijo el hombre.

Nada más decir esas palabras rebosantes de paz, de repente y sin transición, hizo algo raro que habría dejado heladas de espanto a las dos benditas solteronas si lo hubieran presenciado. Incluso ahora nos resulta difícil entender qué lo movía en aquel momento. ¿Quería avisar o amenazar? ¿Obedecía sencillamente a algo parecido a un impulso instintivo y confuso incluso para él? Se volvió bruscamente hacia el anciano, se cruzó de brazos y, mirando

a su anfitrión con mirada salvaje, exclamó con voz ronca:

—¡Pero bueno! ¿Me da un cuarto dentro de la casa, al lado de usted, así, sin más?

Se interrumpió y añadió, con una risa en la que había algo monstruoso:

—¿Lo ha pensado bien? ¿Quién le dice a usted que no soy un asesino?

El obispo contestó:

—Eso es de la competencia de Dios.

Luego, muy serio y moviendo los labios como alguien que reza o habla para sí, alzó dos dedos de la mano derecha y bendijo al hombre, que no se inclinó, y, sin volver la cabeza ni mirar atrás, se fue a su cuarto.

Cuando dormía alguien en la alcoba, en el oratorio corrían una cortina grande de sarga, que tapaba el altar. El obispo se arrodilló al pasar ante la cortina y rezó brevemente.

Un instante después estaba en el jardín, caminando, soñando, contemplando, con toda el alma y todo el pensamiento puestos en esas cosas magnas y misteriosas que Dios muestra de noche a los ojos que se quedan abiertos.

En cuanto al hombre, estaba realmente tan cansado que ni siquiera disfrutó de aquellas acogedoras sábanas blancas. Apagó la vela soplando por la nariz, como hacen los presidiarios, y se desplomó vestido encima de la cama, donde se quedó en el acto profundamente dormido.

Daban las doce cuando entró el obispo en su cuarto, viniendo del jardín.

Pocos minutos después, todo dormía en la casita.

VI

Jean Valjean

Jean Valjean se despertó mediada la noche.

Jean Valjean era de una familia de campesinos pobres de Brie. De niño, no aprendió a leer. Al llegar a la edad adulta, era podador en Faverolles. Su madre se llamaba Jeanne Mathieu; su padre se llamaba Jean Valjean o Vlajean, un mote probablemente, una contracción de *voilà Jean*[2].

Jean Valjean era de carácter ensimismado, sin llegar a triste, lo que es propio de los caracteres afectuosos. Pero, en resumidas cuentas, aquel Jean Valjean era alguien no poco apático y no poco insignificante, al menos en apariencia. Perdió a muy tierna edad a sus padres. La madre se murió de unas fiebres puerperales mal curadas. El padre, podador como él, se mató al caer de un árbol. A Jean Valjean sólo le quedó una hermana mayor, viuda y con siete hijos, entre chicos y chicas. Esa hermana crió a Jean Valjean y, mientras vivió su marido, tuvo en su casa y alimentó al hermano menor. El marido falleció. El mayor de los siete niños tenía ocho años; el más pequeño, uno. Jean Valjean acababa de cumplir veinticinco. Sustituyó al padre y, a su vez, proveyó a las necesidades de la hermana que lo había criado. Fue algo evidente, como un deber, e incluso con cierta hosquedad por parte de Jean Valjean. Se le iba la juventud en un trabajo duro y mal pagado. Nunca le habían visto en la comarca festejar a ninguna chica. No le daba tiempo a enamorarse.

Por la noche llegaba cansado y se comía la sopa sin decir palabra. Su hermana, la señora Jeanne, le quitaba con frecuencia de la escudilla, mientras comía, lo mejor de la cena, el trozo de carne, la loncha de tocino, el cogollo de la col, para dárselo a alguno de

sus hijos; él seguía comiendo, inclinado sobre la mesa, metiendo casi la cabeza en la sopa, y el pelo largo le caía en torno a la escudilla y le tapaba los ojos; era como si no se diera cuenta de nada y lo consentía todo. Había en Faverolles, no lejos de la cabaña de los Valjean, del otro lado de la calleja, una granjera llamada Marie-Claude; los niños Valjean, hambrientos casi siempre, iban a veces a pedirle fiada a Marie-Claude una pinta de leche de parte de su madre y se la bebían detrás de un seto o en la revuelta de cualquier camino, quitándose de las manos la lechera y con tantas prisas que las niñas se tiraban la leche por el delantal y por el pecho; si la madre se hubiera enterado de ese hurto, habría castigado con severidad a los jóvenes delincuentes. Jean Valjean, brusco y gruñón, le pagaba a Marie-Claude, a espaldas de la madre, la pinta de leche y así los niños se ahorraban un castigo.

En la estación de la poda ganaba noventa céntimos diarios; luego, se colocaba de segador, de peón, de mozo de granja y de boyero, de jornalero para todo. Hacía lo que podía. Su hermana trabajaba también. Pero ¿qué hacer con siete niños pequeños? Era un grupo desdichado al que la miseria fue rodeando y oprimiendo poco a poco. Llegó un invierno muy duro. Jean no encontró trabajo. La familia se quedó sin pan. Sin pan. Literalmente. Siete niños.

Un domingo por la noche, Maubert Isabeau, panadero de la plaza de L'Église de Faverolles, estaba a punto de acostarse cuando oyó un fuerte golpe en la luna, protegida con una verja, de la tienda. Llegó a tiempo de ver un brazo metido por el agujero abierto de un puñetazo en la verja y en la luna. El brazo cogió un pan y se lo llevó. Isabeau salió a toda prisa; el ladrón escapaba a carrera tendida. Isabeau corrió detrás y lo detuvo. El ladrón había tirado el pan, pero aún tenía el brazo ensangrentado. Era Jean Valjean.

Ocurría esto en 1795. Llevaron a Jean Valjean ante los tribunales de la época «por robo con fractura, con nocturnidad y en poblado». Tenía una escopeta, era tirador de primera y, a veces, cazador furtivo; eso lo perjudicó. Existe un prejuicio legítimo contra los cazadores furtivos. El furtivo, igual que el contrabandista, no le anda lejos al bandido. No obstante, dicho sea de paso, hay un abismo entre esas razas de hombres y el repulsivo asesino de las ciudades. El furtivo vive en el bosque; el contrabandista, en la

montaña o en mar. Las ciudades convierten a los hombres en feroces porque los convierten en corruptos. La montaña, el mar, el bosque crían hombres asilvestrados, desarrollan la faceta arisca, pero con gran frecuencia no destruyen la faceta humana.

Declararon culpable a Jean Valjean. Lo que decía el Código era irrebatible. Hay en nuestra civilización horas temibles; son esos momentos en que el derecho penal sentencia un naufragio. ¡Qué fúnebre es ese minuto en que la sociedad se aleja y consuma el abandono irreparable de un ser pensante! Condenaron a Jean Valjean a cinco años de presidio.

El 22 de abril de 1796 vocearon por París la victoria de Montenotte, que había conseguido el general en jefe del ejército de Italia, a quien el mensaje del Directorio a los Quinientos, fechado el 2 de floreal del año IV, llama Buonaparte; ese mismo día aherrojaron a una larga cadena de presos en Bicêtre. Jean Valjean iba en esa cadena. Un antiguo carcelero, que tiene ahora casi noventa años, recuerda aún a la perfección al desdichado al que aherrojaron al final de la cuarta cuerda, en la esquina norte del patio. Estaba sentado en el suelo, como todos los demás. Parecía no entender nada de la situación en que estaba, salvo que era espantosa. Es posible que desentrañase también, a través de las ideas inconcretas de un pobre hombre de la mayor ignorancia, que había allí algo excesivo. Mientras le remachaban a martillazos el perno del collar de hierro por detrás de la cabeza, lloraba y lo ahogaban las lágrimas y le impedían hablar; sólo conseguía decir de tanto en tanto: *Yo era podador en Faverolles*. Luego, sin dejar de sollozar, levantaba la mano derecha y la iba bajando gradualmente siete veces, como si tocase una tras otra siete cabezas de altura desigual; y quien veía ese ademán intuía que lo que hubiera hecho, fuere lo que fuere, había sido para vestir y alimentar a siete niños pequeños.

Salió para Tolón. Llegó tras un viaje de veintisiete días, en una carreta y con la cadena al cuello. En Tolón le pusieron el blusón rojo. Quedó borrado cuanto había sido su vida, incluso el nombre; ni siquiera siguió siendo Jean Valjean; fue el número 24601. ¿Qué fue de su hermana? ¿Qué fue de los siete niños? ¿A quién le importa eso? ¿Qué es del puñado de hojas del árbol joven al que sierran por el pie?

La historia es siempre la misma. Esos pobres seres vivos, esas criaturas de Dios, sin tener en adelante dónde apoyarse, sin guía, sin asilo, caminaron al azar, quién sabe incluso si cada cual por su cuenta, y se fueron hundiendo poco a poco en esa fría bruma que se traga los destinos solitarios, esas tinieblas taciturnas en las que van desapareciendo sucesivamente tantas cabezas infortunadas en el sombrío avance del género humano. Se marcharon de su comarca. El campanario del que había sido su pueblo los olvidó; el mojón de lo que había sido su campo los olvidó; tras unos años de estancia en el presidio, el propio Jean Valjean los olvidó. En ese corazón donde había habido una llaga hubo una cicatriz. Eso es todo. Durante todo el tiempo que pasó en Tolón apenas si supo algo de su hermana en una ocasión. Fue, creo, a finales del cuarto año de cautiverio. No sé ya por qué vía le llegó esa información. Alguien, que los conocía del pueblo, había visto a la hermana. Estaba en París. Vivía en una calle mísera cerca de Saint-Sulpice, la calle de Le Geindre. No tenía ya consigo más que a uno de sus hijos, un niño, el más pequeño. ¿Dónde estaban los otros seis? Quizá no lo sabía ni ella. Iba todas las mañanas a una imprenta que estaba en el número 3 de la calle de Le Sabot, donde era dobladora y encuadernadora. Tenía que llegar antes de las seis de la mañana, mucho antes de que se hiciera de día en invierno. En el edificio de la imprenta había una escuela; llevaba a esa escuela a su niño, que tenía siete años. Pero, como ella entraba en la imprenta a las seis y la escuela no abría hasta las siete, el niño tenía que esperar una hora en el patio a que abriera la escuela: en invierno, una hora en que era de noche, al aire libre. No dejaban entrar al niño en la imprenta porque decían que molestaba. Los obreros veían por la mañana, al pasar, a aquel pobre ser menudo sentado en los adoquines, cayéndose de sueño y, muchas veces, dormido en la sombra, hecho un ovillo y echado encima de la cesta. Cuando llovía, una anciana, la portera, se compadecía de él y le daba acogida en su chiscón, donde no había más que un jergón, una rueca y dos sillas de madera; y allí dormía el niño, en un rincón, apretujándose contra el gato para tener menos frío. A las siete, abría la escuela y el niño entraba. Eso fue lo que le dijeron a Jean Valjean. Se lo contaron un día y fue un momento, un relámpago, algo así como una ventana que se abriera de repente y mostrara el destino de aquellos seres a los que había querido; luego

todo volvió a cerrarse; no volvió a oír hablar de ellos nunca más. Nada de ellos volvió a llegar hasta él; nunca volvió a verlos, nunca se los encontró, y en la continuación de esta dolorosa historia nunca nos volveremos a topar con ellos.

A finales de ese cuarto año, le tocó el turno de evadirse a Jean Valjean. Sus compañeros lo ayudaron, como se hace en ese triste sitio. Se escapó. Anduvo dos días vagando por el campo en libertad, en el supuesto de que sea estar libre estar acorralado, volver la cabeza a cada instante, sobresaltarse al mínimo ruido, sentir miedo de todo: del tejado que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que da, del día porque se ve y de la noche porque no se ve, de la carretera, del sendero, del matorral, del sueño. Al atardecer del segundo día lo cogieron. Llevaba treinta y seis horas sin comer ni dormir. El tribunal marítimo lo condenó por ese delito a tres años más de condena, con lo que se le puso en ocho años. El sexto año le volvió a tocar el turno de evadirse; hizo uso de él, pero no pudo consumar la fuga. Faltaba cuando pasaron lista. Dispararon el cañón y, por la noche, la ronda lo encontró escondido debajo de la quilla de un barco en construcción; opuso resistencia a los guardias que lo detuvieron. Evasión y rebelión. Castigaron tales hechos, contemplados en el código especial, con cinco años más, de los cuales dos de cadena doble. Trece años. Le volvió a tocar el turno al décimo año y lo aprovechó otra vez. No tuvo mayor éxito. Tres años por ese nuevo intento. Dieciséis años. Creo que fue, por fin, en el año decimotercero cuando lo intentó por última vez y sólo consiguió que lo atrapasen después de haber pasado fuera cuatro horas. Tres años por esas cuatro horas. Diecinueve años. Lo pusieron en libertad en 1815; había llegado en 1796 por haber roto un cristal y cogido un pan.

Dejemos sitio para un breve paréntesis. Es la segunda vez que, en sus estudios acerca de la cuestión penal y la condena a las penas del infierno mediante la ley, el autor de este libro se encuentra con el robo de un pan como punto de partida de un destino desastroso. Claude Gueux[3] robó un pan; Jean Valjean robó un pan; una estadística inglesa deja constancia de que en Londres, de cada cinco robos, la causa inmediata de cuatro de ellos es el hambre.

Jean Valjean entró en presidio sollozando y tembloroso; salió

impasible. Entró desesperado; salió taciturno.

¿Qué había sucedido en aquella alma?

VII

La desesperación por dentro

Intentemos explicarlo.

La sociedad tiene que ver estas cosas, no queda más remedio, ya que es ella la causante.

Jean Valjean era, ya lo hemos dicho, ignorante, pero no era un estúpido. Brillaba en él la luz natural. La desdicha, que tiene sus propias luces, incrementó la poca claridad que había en aquella inteligencia. Sometido al bastón, sometido a la cadena, al calabozo, al cansancio, bajo el sol abrasador del presidio, en la cama de tablones de los presidiarios, se ensimismó en su conciencia y pensó.

Se erigió en tribunal.

Empezó por juzgarse a sí mismo.

Reconoció que no era un inocente que padecía un castigo injusto. Se confesó que había cometido una acción extremosa y censurable; que, a lo mejor, si hubiera pedido ese pan, no se lo habrían negado; que, en cualquier caso, habría valido más esperarlo bien de la compasión, bien del trabajo; que no sirve por completo de justificación sin posible réplica el decir: ¿puede uno esperar cuando tiene hambre? Que, para empezar, muy pocas veces muere nadie literalmente de hambre; que, además, por desdicha o por suerte, el hombre es de tal naturaleza que puede sufrir mucho y por mucho tiempo moral y físicamente sin morirse; que, por lo tanto, era necesario tener paciencia; que habría valido más tenerla, incluso pensando en aquellos niños; que era una locura suya que él, un hombre pobre y débil, agarrase violentamente por el cuello a la sociedad entera y supusiera que de la miseria se sale robando; que no era, fuere como fuere, la puerta por la que se entra en la infamia la adecuada para salir de la miseria; en resumidas cuentas, que no

tenía razón.

Luego se preguntó:

Si era el único que no había tenido razón en aquella fatídica historia. Si no era, para empezar, un hecho grave que a él, un obrero, le hubiera faltado trabajo; si a él, que era trabajador, le hubiera faltado el pan. Si, a continuación, ya cometida y confesada la culpa, no había sido el castigo feroz y desmedido. Si no había por parte de la ley abuso mayor en la pena que el abuso del culpable al cometer la culpa. Si no pesaba de más uno de los platillos de la balanza, ese en que está la expiación. Si la demasía en la culpa no borraba el delito y no desembocaba en el resultado de darle la vuelta a la situación, de sustituir la culpa del delincuente por la culpa de la represión, de convertir al culpable en víctima y al deudor en acreedor, de colocar definitivamente el derecho de parte de ese mismo que lo había violado. Si esa pena, que complicaron ampliaciones sucesivas debidas a los intentos de evasión, no se convertía a la postre en algo así como un atentado del más fuerte sobre el más débil, un crimen de la sociedad contra el individuo, un crimen que volvía a empezar a diario, un crimen que llevaba durando diecinueve años.

Se preguntó si la sociedad humana ponía tener derecho a imponer a sus miembros, de idéntica forma, en un caso su imprevisión irrazonable y en otro su previsión despiadada y a atrapar para siempre a un pobre hombre entre una carencia y un exceso, carencia de trabajo y exceso de castigo.

Si no era desorbitado que la sociedad diera precisamente ese trato a sus miembros peor provistos en ese reparto de los bienes que lleva a cabo el azar y, por consiguiente, a los más dignos de miramientos.

Tras hacerse esas preguntas y contestarlas, juzgó a la sociedad y la condenó.

La condenó a su odio.

La hizo responsable de la suerte que padecía y se dijo que no titubearía quizá en pedirle cuentas un día. Se dijo a sí mismo que no había equilibrio entre el daño que había causado él y el daño que le causaban; llegó, finalmente, a la conclusión de que su castigo no era, a decir verdad, una injusticia, pero que no cabía duda de que era una iniquidad.

La ira puede ser demente y absurda; uno puede sentirse irritado sin tener razón; pero sólo se indigna cuando tiene razón en el fondo en algunos aspectos. Jean Valjean estaba indignado.

Y, además, la sociedad humana sólo le había causado daño; nunca le había visto más que ese rostro enojado al que llama su Justicia y que les muestra a los que ésta castiga. Los hombres no lo habían tocado sino para magullarlo. Cualquier contacto con ellos había sido un golpe. Nunca, desde la infancia, desde su madre, desde su hermana, nunca se había encontrado con una palabra amiga y una mirada benévola. De sufrimiento en sufrimiento, llegó poco a poco a la convicción de que la vida era una guerra; y que, en esa guerra, el vencido era él. No tenía más arma que su odio. Decidió afilarlo en presidio y llevárselo consigo cuando se fuera.

Había en Tolón una escuela para los presidiarios a cargo de los hermanos de san Juan de Dios donde enseñaban lo más necesario a quienes, de entre aquellos desdichados, tenían buena voluntad. Jean Valjean fue uno de esos hombres de buena voluntad, asistió a la escuela a los cuarenta años y aprendió a leer, a escribir y a hacer cuentas. Notó que fortificar la inteligencia era fortificar el odio. Hay casos en que la instrucción y la luz pueden hacerle de alargadera al mal.

Es triste decirlo: tras haber juzgado a la sociedad, autora de su desdicha, juzgó a la Providencia, autora de la sociedad, y la condenó también.

Así fue como, durante esos diecinueve años de tortura y esclavitud, aquella alma subió y bajó al tiempo. Entraron en ella luz, por un lado, y tinieblas por otro.

Ya hemos visto que Jean Valjean no era malo de natural. Aún era bueno al llegar a presidio. Allí condenó a la sociedad y notó que se volvía malo; allí condenó a la Providencia y notó que se volvía impío.

Llegados a este punto, es difícil no quedarse meditando un instante.

¿La naturaleza humana se transforma así de arriba abajo y por completo? ¿Al hombre, a quien Dios creó bueno, puede volverlo malo el hombre? ¿Puede el destino volver a darle nueva forma por completo al alma y volverla mala cuando el destino es malo? ¿Puede el corazón volverse deforme y contraer fealdades e

invalideces incurables bajo la presión de una desgracia desproporcionada, de la misma forma que la columna vertebral bajo una bóveda baja en exceso? ¿No hay acaso en toda alma humana, y no había en el alma de Jean Valjean en particular, una chispa primera, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, atizar, encender y hacer que lance espléndidos rayos de luz y que el mal nunca puede apagar del todo?

Preguntas serias y oscuras, a la última de las cuales cualquier fisiólogo habría respondido que no probablemente, y sin vacilar, si hubiera visto en Tolón, en las horas de descanso, que eran para Jean Valjean horas de ensimismamiento, sentado, con los brazos cruzados, en la barra de un cabrestante con el extremo de la cadena metido en el bolsillo para que no arrastrara, a aquel presidiario taciturno, serio, silencioso y pensativo, paria de las leyes que miraba al hombre con ira, a aquel condenado de la civilización que miraba al cielo con severidad.

No cabe duda, y no vamos a disimularlo, de que el fisiólogo observador habría visto en ese espectáculo una miseria irremediable; es posible que hubiera compadecido a ese enfermo desde el punto de vista de la ley, pero ni tan siquiera habría probado un tratamiento; habría apartado la mirada de las cavernas entrevistas en aquella alma; y, como Dante a la puerta de los infiernos, habría borrado de esa existencia la palabra que el dedo de Dios escribió empero en la frente de todos los hombres: ¡Esperanza!

¿Aquel estado de su alma que hemos probado a analizar le resultaba a Jean Valjean de una claridad tan meridiana como la que hemos intentado hacerles patente a quienes nos lean? ¿Veía Jean Valjean, a medida que se iban instruyendo, todos los elementos de que se componía su miseria espiritual? ¿Se había dado cuenta con nitidez aquel hombre rudo e iletrado de la sucesión de ideas que, peldaño a peldaño, lo habían hecho subir y bajar hasta los lúgubres aspectos que eran, desde hacía tantos años ya, el horizonte interior de su mente? ¿Tenía conciencia en realidad de todo cuanto había sucedido en su fuero interno y de todo lo que en él bullía? Eso es lo que no nos atreveríamos a decir; es incluso lo que no creemos. Había demasiada ignorancia en Jean Valjean para que, incluso después de tantas desdichas, no quedara en él mucha imprecisión. A

ratos, ni siquiera sabía con exactitud qué sentía. Jean Valjean estaba en tinieblas; sufría en tibieblas; aborrecía en tinieblas; habría podido decirse que aborrecía cuanto tuviera por delante. Solía vivir en esa oscuridad, yendo a tientas como un ciego o como un soñador. Pero, de tanto en tanto, le llegaba de pronto, desde sí mismo y desde el exterior, un sobresalto de ira, una ampliación del sufrimiento, un relámpago pálido y veloz que le iluminaba el alma entera y con el que aparecían de repente, rodeándolo por todas partes, delante y detrás, en el resplandor de una luz espantosa, los repulsivos precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Cuando ya había pasado el relámpago, la oscuridad volvía; y ¿dónde estaba? Ya no lo sabía.

Lo propio de las penas de esta clase, en las que predomina lo despiadado, es decir, lo que embrutece, es que convierte poco a poco, con algo así como una transfiguración estúpida, a un hombre en una fiera, y, a veces, en un fiera sanguinaria. Los intentos de evasión de Jean Valjean, sucesivos y obstinados, bastarían para demostrar esa peculiar labor de la ley en el alma humana. Jean Valjean habría repetido esos intentos, tan absolutamente inútiles y dementes, tantas veces cuantas se le hubiera presentado la ocasión, sin pensar ni por un momento ni en el resultado ni en las experiencias anteriores. Se evadía impetuosamente, de la misma forma que el lobo que se encuentra con la jaula abierta. El instinto le decía: ¡Escapa! La razón le habría dicho: ¡Quédate! Pero, ante una tentación tan violenta, la razón desaparecía; sólo quedaba ya el instinto. Sólo obraba el animal. Cuando lo volvían a coger, los nuevos rigores que le imponían sólo servían para aturdirlo más.

Un detalle que no debemos omitir es que tenía una fuerza física a la que no llegaba ni de lejos ninguno de los ocupantes del presidio. En las tareas fatigosas, para desenrollar un cable, para tirar de un cabrestante, Jean Valjean valía por cuatro. Levantaba a veces pesos enormes y se los echaba a la espalda; y, llegado el caso, hacía las veces de esa herramienta llamada *gato* y que antaño se llamaba *orgullo,* y que, dicho sea de paso, dio su nombre a la calle de Montorgueil, cerca del mercado de abastos de París. Sus compañeros lo habían apodado Jean el Gato. Una vez, cuando estaban reparando el balcón del ayuntamiento de la ciudad de Tolón, una de las admirables cariátides de Puget, que sustentan ese

balcón, se desprendió de la pared y estuvo a punto de caer. Jean Valjean, que estaba allí, sujetó con el hombro la cariátide y dio tiempo a que llegaran los obreros.

Era aún más flexible que vigoroso. Algunos presidiarios, que sueñan perpetuamente con evasiones, acaban por convertir la combinación de fuerza y habilidad en una auténtica ciencia. Es la ciencia de los músculos. Los presos, que están siempre envidiando a las moscas y a las aves, practican a diario toda una estática misteriosa. Trepar en vertical y hallar puntos de apoyo donde apenas se ve un saliente era un juego para Jean Valjean. Desde una esquina de un muro, con la tensión de la espalda y de las pantorrillas, encajando los codos y las rodillas en las asperezas de la piedra, se izaba como por arte de magia hasta un tercer piso. A veces subía así hasta el tejado del presidio.

Hablaba poco. No se reía. Era menester una emoción extremada para arrancarle, una o dos veces al año, esa risa lúgubre del presidiario que es como un eco de la risa del demonio. Al mirarlo, parecía concentrado continuamente en la visión de algo terrible.

Estaba absorto, efectivamente.

A través de las percepciones enfermizas de un carácter incompleto y de una inteligencia agobiada, notaba confusamente que pesaba sobre él algo monstruoso. En aquella penumbra oscura y descolorida por la que reptaba, siempre que giraba el cuello e intentaba alzar la vista, veía, con terror entremezclado con rabia, cómo se edificaba, crecía de planta en planta y se elevaba hasta perderse de vista por encima de su cabeza, con tremendas escarpaduras, algo así como un apilamiento aterrador de cosas, de leyes, de prejuicios, de hombres y de hechos cuyos contornos no alcanzaba a ver, cuya mole lo espantaba y que no era sino esa prodigiosa pirámide que llamamos la civilización. Divisaba acá y allá, en aquel conjunto pululante y deforme, ora a su lado, ora lejos y en mesetas inaccesibles, algún grupo, algún detalle iluminado con vivo resplandor, aquí el carcelero y su bastón, allí el gendarme y su sable, allá el arzobispo mitrado, arriba del todo, en algo parecido a un sol, el emperador coronado y deslumbrante. Le parecía que esos esplendores lejanos no sólo no disipaban la oscuridad suya sino que, antes bien, la tornaban más fúnebre y más negra. Todo aquello, leyes, prejuicios, hechos, hombres, cosas, iba y venía por encima de

su persona, siguiendo el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime a la civilización, pisándolo y aplastándolo con un no sé qué reposado dentro de la crueldad e inexorable dentro de la indiferencia. Almas caídas a lo hondo del infortunio posible, hombres desdichados perdidos en lo más bajo de ese limbo donde nadie vuelve a mirar, los réprobos de la ley notan cómo les agobia la cabeza con todo su peso esa sociedad humana tan tremenda para quien se halla fuera de ella, tan aterradora para quien se halla debajo.

En tal situación, Jean Valjean reflexionaba; ¿y de qué tipo podía ser esa reflexión?

Si el grano de mijo bajo la muela tuviera pensamientos, seguramente pensaría lo que pensaba Jean Valjean.

Todo aquello, aquellas realidades colmadas de espectros, aquellas fantasmagorías colmadas de realidades, había acabado por crearle algo semejante a un estado interior casi indecible.

A ratos, en pleno trabajo del presidio, se detenía. Se ponía a pensar. La razón, a la vez más madura y más turbada que antes, se rebelaba. Todo cuanto le había sucedido le parecía absurdo; todo cuanto lo rodeaba le parecía imposible. Se decía: es un sueño. Miraba al carcelero a pocos pasos de él; el carcelero le parecía un fantasma; de repente, el fantasma le daba un bastonazo.

Apenas si existía para él la naturaleza que está a la vista. Acertaríamos casi del todo si dijéramos que no había para Jean Valjean ni sol, ni días hermosos de verano, ni cielo radiante, ni frescos amaneceres de abril. No sé qué claridad de tragaluz le iluminaba normalmente el alma.

Resumiendo, para concluir, todo cuanto, de entre lo que acabamos de explicar, puede resumirse y traducirse en resultados positivos, nos limitaremos a dejar constancia de que, en diecinueve años, Jean Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el temible galeote de Tolón, se había vuelto capaz, merced a la forma en que lo había moldeado el presidio, de dos categorías de malas acciones: la primera, una mala acción rápida, irreflexiva, muy atolondrada, completamente instintiva, algo así como unas represalias por el daño sufrido; la segunda, una mala acción grave, seria, concienzudamente preparada y meditada con las ideas erróneas que puede aportar una desdicha como la suya. Lo que premeditaba

pasaba por las tres fases sucesivas que sólo los caracteres de cierto temple pueden recorrer: razonamiento, voluntad, obstinación. Lo movían la acostumbrada indignación, la amargura del alma, la honda sensación de las iniquidades padecidas, la reacción incluso contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hubiere. El odio a la ley humana era tanto el punto de partida cuanto el punto de llegada de todos sus pensamientos; ese odio que, a menos que algún incidente providencial detenga su desarrollo, se convierte, pasado un tiempo, en odio a la sociedad, luego en odio al género humano, luego en odio a la creación, y se manifiesta en un inconcreto, incesante y brutal deseo de hacer daño a quien sea, a cualquier ser vivo.

Como puede verse, no le faltaba razón al pasaporte al tildar a Jean Valjean de *hombre muy peligroso*.

De año en año, aquella alma se había secado cada vez más, despacio, pero fatalmente. Al corazón seco corresponden unos ojos secos. Cuando salió de presidio, llevaba diecinueve años sin verter una lágrima.

VIII

El mar y la sombra

¡Hombre al agua!

¡Qué más da! El barco no se detiene. El viento sopla, ese barco sombrío tiene un derrotero al que no le queda más remedio que atenerse. Pasa de largo.

El hombre desaparece, vuelve luego a aparecer, se sumerge y regresa a la superficie, llama, tiende los brazos, no lo oyen; el barco, vibrando en el huracán, no atiende sino a su maniobra; los marineros y los pasajeros no ven ya siquiera al hombre hundido en el agua; la pobre cabeza no es ya sino un punto entre la enormidad de las olas.

Lanza en las profundidades gritos desesperados. ¡Esa vela que se aleja es un espectro terrible! La mira, la mira con frenesí. Se aleja, palidece, mengua. Hace un momento él estaba allí, formaba parte de la tripulación, iba y venía por el puente con los demás, le correspondía su ración de aire para respirar y de sol, era un ser vivo. Ahora, ¿qué ha sucedido? Resbaló, cayó, y ya está.

Se halla en el agua monstruosa. Sólo tiene ya bajo los pies algo que huye y se desploma. Las olas, que el viento rasga y hace jirones, lo rodean horrorosamente; los cabeceos del abismo lo arrastran; todos los harapos del agua se mueven en torno a su cabeza; un populacho de olas le escupe; confusas cavidades se lo tragan a medias; cada vez que se hunde, vislumbra precipicios repletos de noche; espantosas vegetaciones desconocidas lo aferran, le anudan los pies, tiran de él; nota que se vuelve abismo; forma parte de la espuma; las oleadas se lo lanzan, de una a otra; bebe amargura; el océano se obstina en ahogarlo; la enormidad juega con su agonía. Es como si toda esa agua fuera odio.

No obstante, lucha.

Intenta defenderse, intenta mantenerse a flote, se esfuerza, nada. Él, esa pobre fuerza que se agota enseguida, combate contra lo inagotable.

¿Dónde estará el barco? Allá lejos. Casi no se lo ve entre las pálidas tinieblas del horizonte.

Soplan las ráfagas; todas las espumas lo agobian. Alza los ojos y no ve sino las livideces de las nubes. Presencia, agonizante, la gigantesca demencia del mar. Esa locura es un suplicio. Oye ruidos ajenos al hombre que parecen venir de más allá de la tierra y no se sabe de qué exterior espantoso.

Hay aves en las nubes, de la misma forma que hay ángeles por encima de los desvalimientos humanos, pero ¿qué podrían hacer por él? Vuelan, cantan y planean; y él suelta un estertor.

Siente que lo sepultan a la vez esos dos infinitos, el océano y el cielo; uno es tumba y el otro es sudario.

Cae la noche, lleva horas nadando, ya no le quedan fuerzas; aquel barco, aquel objeto lejano en el que había hombres, se ha esfumado, está solo en el formidable abismo crepuscular, se hunde, se resiste, se retuerce, nota por debajo de él los inconcretos monstruos de lo invisible; llama.

Ya no hay hombres. ¿Dónde está Dios?

Llama. ¡Que conteste alguien! ¡Alguien! Sigue llamando.

Nada en el horizonte. Nada en el cielo.

Implora a la extensión, a las olas, a las algas, al arrecife; están sordos. Suplica a la tempestad; la tempestad, imperturbable, sólo obedece al infinito.

En torno, la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso e inconsciente, los pliegues infinitos de las aguas hoscas. En él, el espanto y el cansancio. Bajo él, la caída. No hay punto de apoyo. Piensa en las aventuras tenebrosas del cadáver en la sombra ilimitada. El frío sin fondo lo paraliza. Se le crispan las manos, y se cierran y aferran la nada. ¡Vientos, nubes, torbellinos, ráfagas, estrellas inútiles! ¿Qué hacer? El desesperado cede; quien está cansado toma la decisión de morir; deja que suceda lo que sea, se deja ir, rinde las armas; y cae para siempre en las profundidades lúgubres del que se ahoga.

¡Ay, caminar implacable de las sociedades humanas! ¡Con

hombres y almas quedándose por el camino! ¡Océano donde cae todo cuanto deja caer la ley! ¡Desaparición siniestra del socorro! ¡Ay, muerte moral!

El mar es la inexorable noche social a la que arrojan los penales a sus condenados. El mar es la miseria inmensa.

El alma, cayendo a pique en ese abismo, puede convertirse en un cadáver. ¿Quién la resucitará?

IX

Nuevos agravios

Llegada la hora de salir del presidio, cuando le sonó en los oídos a Jean Valjean esa frase tan rara: *¡estás libre!,* fue aquél un momento inverosímil e inaudito; un rayo de brillante luz, un rayo de la luz verdadera de los vivos se le metió dentro de repente. Pero ese rayo de luz no tardó en palidecer. A Jean Valjean lo había deslumbrado la idea de la libertad. Creyó en una vida nueva. No tardó en caer en la cuenta de que era una libertad con pasaporte amarillo.

Y, además de ésa, otras muchas amarguras. Había calculado que la masita, mientras estuvo en presidio, tenía que haber llegado a ciento setenta y un francos. Hay que decir que se le había olvidado, al echar la cuenta, el descanso forzoso de los domingos y los días festivos, que, en diecinueve años, suponía una merma de alrededor de veinticuatro francos. Fuere como fuere, la masita se había quedado, debido a diversas retenciones locales, en ciento nueve francos con setenta y cinco céntimos, que le entregaron al salir.

No lo entendió y se creyó perjudicado. No nos andemos con rodeos: robado.

Al día siguiente de la liberación, en Grasse, vio ante la puerta de una destilería de flor de azahar a unos hombres que estaban descargando unos fardos. Ofreció sus servicios. El trabajo apremiaba, lo cogieron. Puso manos a la obra. Era inteligente, robusto y hábil; ponía cuanto podía de su parte; el amo parecía satisfecho. Mientras estaba trabajando, pasó un gendarme, se fijó en él y le pidió los papeles. Tuvo que enseñar el pasaporte amarillo. Luego, Jean Valjean siguió trabajando. Un poco antes, les había preguntado a unos obreros de cuánto era el jornal en aquel trabajo; le contestaron: *un franco y medio*. Al caer la tarde, como tenía que

irse a la mañana siguiente, fue a ver al dueño de la destilería y le pidió que le pagara. El dueño no dijo ni palabra y le dio un franco con veinticinco céntimos. Reclamó. Le contestaron: *Para ti, de sobra*. Insistió. El dueño le miró a la cara y le dijo: *¡A ver si acabas en el trullo!*

También en esta ocasión consideró que le habían robado.

La sociedad y el Estado, al mermarle la masita, le habían robado a lo grande. Ahora le tocaba la vez al individuo, que le robaba a pequeña escala.

Que lo pongan a uno en libertad no quiere decir que lo liberen. Del presidio se sale; de la condena, no.

Esto fue lo que le sucedió en Grasse. Ya hemos visto qué acogida le dieron en Digne.

X

El hombre que se despierta

Estaban dando, pues, las dos en el reloj de la catedral cuando Jean Valjean se despertó.

Lo que lo despertó fue que la cama era excesivamente buena. Llevaba casi veinte años sin acostarse en una cama y, aunque no se había desnudado, era una sensación demasiado nueva para no alterarle el sueño.

Había dormido más de cuatro horas. Se le había pasado el cansancio. Estaba acostumbrado a no dedicar muchas horas al descanso.

Abrió los ojos y se quedó un momento mirando, en la oscuridad, lo que tenía en torno; luego los volvió a cerrar para volver a dormirse.

Cuando han alborotado el día muchas sensaciones diversas, cuando hay cosas que tienen preocupada la mente, nos quedamos dormidos, pero no podemos volver a dormirnos. Al sueño le cuesta menos llegar que volver. Eso fue lo que le pasó a Jean Valjean. No pudo volver a dormirse y se puso a pensar.

Se hallaba en uno de esos momentos en que las ideas que tenemos en el pensamiento están turbias. Jean Valjean tenía en la cabeza algo así como un vaivén confuso. Los recuerdos antiguos y los recuerdos inmediatos flotaban, revueltos, y se cruzaban nebulosamente, perdiendo la forma, creciendo de forma desmedida y esfumándose luego de pronto como en unas aguas fangosas y turbulentas. Le acudían muchos pensamientos, pero había uno que regresaba sin cesar y que apartaba a todos los demás. Vamos a decir cuál era ese pensamiento: le habían llamado la atención los seis cubiertos de plata y el cucharón que la señora Magloire había

colocado en la mesa.

Esos seis cubiertos de plata lo obsesionaban. Estaban ahí. A pocos pasos. Al cruzar el cuarto contiguo para entrar en el que estaba ahora, la anciana criada los estaba metiendo en una alacenita que había a la cabecera de la cama. Se había fijado muy bien en esa alacena. A la derecha, según se entraba desde el comedor. Eran de plata maciza. Y antigua. Por el cucharón se podían pedir por lo menos doscientos francos. El doble de lo que había ganado él en diecinueve años. Cierto es que habría ganado más si *la administración* no le hubiera *robado*.

Le anduvo oscilando el pensamiento una hora entera en fluctuaciones con las que se mezclaba, desde luego, cierta resistencia. Dieron las tres. Volvió a abrir los ojos, se incorporó bruscamente, estiró los brazos, palpó el macuto que había arrojado en el rincón de la alcoba; luego sacó las piernas, las dejó colgando, puso los pies en el suelo y, casi sin saber cómo, se encontró sentado en la cama.

Se quedó un rato, pensativo, en esa postura, que le habría parecido un tanto siniestra a quien hubiera divisado así, en la sombra, a la única persona despierta en la casa dormida. De pronto se agachó, se quitó los zapatos y los colocó despacio en la alfombrilla que había a los pies de la cama; luego tornó a la postura pensativa y se quedó inmóvil otra vez.

En esta meditación horrorosa, las ideas que acabamos de mencionar le daban vueltas sin cesar por la cabeza, entraban, salían, volvían a entrar, ejercían sobre él algo así como una presión; y, además, pensaba también, sin saber por qué, y con esa obstinación maquinal propia de la ensoñación, en un condenado llamado Brevet a quien había conocido en presidio y que llevaba sujetos los pantalones con un único tirante, de punto de algodón. El dibujo en damero de ese tirante se le venía sin parar a las mientes.

Aquella situación duraba, y quizá habría seguido de forma indefinida hasta el amanecer, si el reloj no hubiera dado una campanada, el cuarto o la media. Fue como si esa campanada le hubiese dicho: ¡Adelante!

Se puso de pie, titubeó un momento aún y prestó oído; todo callaba en la casa; entonces se fue derecho y a pasitos hasta la ventana, que veía a medias. La noche no era demasiado oscura; la

luna estaba llena y corrían por encima de ella nubes anchas que empujaba el viento, con lo que en el exterior había alternancias de luz y de sombra, eclipses y, luego, claros; y dentro, algo semejante a un crepúsculo. Aquel crepúsculo, suficiente para poder orientarse, intermitente por causa de las nubes, se parecía a esa especie de lividez que entra por el tragaluz de un sótano por delante del cual van y vienen transeúntes. Al llegar a la ventana, Jean Valjean le pasó revista. No tenía rejas, daba al jardín y sólo se cerraba, como sucedía en la comarca, con una clavijita. La abrió, pero, al entrar de repente en la habitación un aire frío y cortante, volvió a cerrarla enseguida. Miró el jardín con esa mirada atenta que más que mirar estudia. Rodeaba el jardín una tapia blanca bastante baja, fácil de escalar. Al fondo, más allá, divisó las cimas, espaciadas regularmente, de unos árboles, lo que indicaba que aquella tapia separaba el jardín de una avenida o de una calleja arbolada.

Tras esa ojeada, hizo el ademán de un hombre que ha tomado una decisión, fue hacia la alcoba, cogió el macuto, lo abrió, hurgó en él, sacó algo que dejó encima de la cama, se metió los zapatos en un bolsillo, se puso en la cabeza la gorra, cuya visera se echó hacia los ojos, buscó el bastón a tientas y fue a dejarlo en la esquina de la ventana, volvió luego hacia la cama y agarró resueltamente lo que había dejado encima de ella. Parecía una barra de hierro corta con uno de los extremos afilado como una estaca.

Habría costado distinguir en las tinieblas para qué uso se había fabricado aquel trozo de hierro. ¿Sería una palanca? ¿Sería una maza?

De día habría sido fácil percatarse de que no se trataba sino de un pistolete de minero. Ponían por entonces a veces a los presidiarios a sacar rocas de las colinas elevadas que rodean Tolón, y no era raro que dispusieran de herramientas de minero. Los pistoletes de los mineros son de hierro macizo y terminan en la extremidad inferior con una punta que permite clavarlos en la roca.

Jean Valjean cogió el pistolete con la mano derecha y, conteniendo el aliento y ahogando el ruido de los pasos, se encaminó hacia la puerta de la habitación contigua, la del obispo, como ya sabemos. Al llegar a esta puerta, se la encontró entornada. El obispo no ha había cerrado.

XI

Lo que hace

Jean Valjean escuchó. Ningún ruido.

Empujó la puerta.

La empujó con la punta del dedo, levemente, con esa suavidad furtiva e inquieta de un gato que quiere entrar.

La puerta cedió a esa presión y se movió de una forma imperceptible y callada que agrandó un tanto la rendija.

Esperó un momento, luego empujó la puerta otra vez, con mayor atrevimiento.

Siguió cediendo en silencio. La abertura era ahora suficientemente grande para permitirle el paso. Pero había cerca de la puerta una mesita que formaba con ella un ángulo molesto y tapaba la entrada.

Jean Valjean se percató de esa dificultad. La abertura tenía que ser mayor, no quedaba más remedio.

Se decidió y empujó la puerta por tercera vez con más energía que las dos anteriores. En esta ocasión, una bisagra mal engrasada soltó de pronto en la oscuridad un grito ronco y prolongado.

Jean Valjean se sobresaltó. El ruido de aquella bisagra le sonó en los oídos como algo tan estridente y tremendo como la trompeta del juicio final.

En las exageraciones fantásticas del primer minuto, llegó casi a imaginarse que aquella bisagra acababa de cobrar vida, una vida terrible, y ladraba como un perro para avisar a todo el mundo y despertar a quienes estuvieran durmiendo.

Se detuvo, trémulo, espantado; iba de puntillas, bajó de golpe los pies y apoyó los talones. Oyó cómo le palpitaban las arterias en las sienes como dos martillos de herrero y le dio la impresión de

que le salía el aliento del pecho con el ruido del viento que sale de una cueva. Le parecía imposible que el tremendo clamor de aquella bisagra airada no hubiera inmutado a todos los de la casa igual que la sacudida de un terremoto; había empujado la puerta y ésta se había alarmado y había llamado; el anciano iba a levantarse, las dos ancianas chillarían, acudiría gente a socorrerlas; antes de un cuarto de hora, la ciudad estaría sobre aviso, y los gendarmes, alertados. Por un momento se creyó perdido.

Se quedó en el sitio, petrificado como la estatua de sal, sin atreverse a hacer ni un movimiento.

Pasaron unos minutos. La puerta se había abierto de par en par. Se arriesgó a echarle una ojeada a la habitación. Nada se había movido. Prestó oído. Nada rebullía en la casa. El ruido de la bisagra no había despertado a nadie.

Había pasado el primer peligro, pero aún le quedaba por dentro un horrible tumulto. Sin embargo, no retrocedió. Ni siquiera al creerse perdido había retrocedido. No pensó ya más que en acabar cuanto antes. Dio un paso adelante y entró en la habitación.

La habitación estaba completamente tranquila. Se divisaban acá y allá formas confusas e inconcretas que, de día, eran papeles dispersos encima de una mesa, libros infolio abiertos, tomos apilados encima de un taburete, un sillón cargado de ropa, un reclinatorio, y que, a aquellas horas, no eran ya sino rincones tenebrosos y lugares blanquecinos. Jean Valjean anduvo sigilosamente, con cuidado de no tropezar en los muebles. Oía, al fondo de la habitación, la respiración regular y sosegada del obispo dormido.

Se detuvo de pronto. Estaba junto a la cama. Había llegado más deprisa de lo que se esperaba.

La naturaleza entremezcla a veces sus impresiones y sus espectáculos con nuestros actos en algo semejante a un sentido de la oportunidad brumoso e inteligente, como si quisiera hacernos reflexionar. Una nube grande llevaba casi media hora tapando el cielo. En el preciso instante en que Jean Valjean se paró junto a la cama, la nube se abrió, como si lo hubiera hecho aposta, y un rayo de luna, cruzando por la ventana alargada, le iluminó de pronto la cara pálida al obispo. Dormía tranquilamente. Se había acostado casi vestido porque en los Bajos Alpes las noches son frías y llevaba

una prenda de lana parda que le cubría los brazos hasta las muñecas. Tenía la cabeza echada hacia atrás en la almohada en la postura confiada del descanso; le colgaba fuera de la cama la mano ornada con el anillo pastoral y de la que habían salido tantas buenas obras y tantas acciones santas. Le iluminaba la cara entera el esbozo de una expresión de contento, de esperanza y de beatitud. Era más que una sonrisa y casi un resplandor. Llevaba en la frente la indecible reverberación de una luz invisible. El alma de los justos contempla durante el sueño un cielo misterioso.

Un reflejo de ese cielo caía sobre el obispo.

Era, al tiempo, una transparencia luminosa, porque aquel cielo lo llevaba dentro. Aquel cielo era su conciencia.

Cuando el rayo de luna se superpuso, por así decirlo, a aquella claridad interior, el obispo dormido apareció como en un nimbo. Y, no obstante, todo siguió siendo dulce y velado con una media luz inefable. Aquella luna en el cielo, aquella naturaleza dormida, aquel jardín sin un temblor, aquella casa tan tranquila, la hora, el momento, el silencio añadían un no se sabe qué solemne e indecible al venerable reposo de aquel hombre y envolvían en una especie de aureola majestuosa y serena ese pelo blanco y esos ojos cerrados, ese rostro en que todo era confianza, esa cabeza de anciano y ese sueño de niño.

Había casi algo divino en aquel hombre, augusto sin saberlo.

Jean Valjean estaba en la sombra, con el pistolete de hierro en la mano, de pie, quieto, estupefacto ante aquel anciano luminoso. Nunca había visto nada igual. Aquella confianza lo espantaba. El mundo de lo moral no cuenta con espectáculo de mayor magnitud que éste: una conciencia alterada e intranquila, al filo de una mala acción, contemplando el sueño de un justo.

En ese sueño, en ese aislamiento que tenía por vecino a alguien como él, había algo sublime que Jean Valjean notaba de forma imprecisa, pero imperiosa.

Nadie habría podido decir qué estaba ocurriendo en su fuero interno, ni siquiera él. Para intentar darse cuenta, hay que imaginar lo más violento que existir pueda en presencia de lo más suave. Ni siquiera en la cara se le habría podido notar nada de forma cierta. Había en ella algo así como un pasmo despavorido. Jean Valjean miraba. Y nada más. Pero ¿qué pensaba? Habría sido imposible

adivinarlo. Lo que resultaba evidente es que estaba emocionado y trastornado. Pero ¿de qué clase era la emoción aquella?

No apartaba la vista del anciano. Lo único que se le desprendía con claridad de la actitud y de la fisonomía era una indecisión extraña. Hubiérase dicho que titubeaba entre estos dos abismos: ese en que el hombre se pierde y ese otro en que se salva. Parecía a punto de romper aquella cabeza o de besar aquella mano.

Al cabo de unos instantes, alzó despacio hacia la frente el brazo izquierdo, se quitó la gorra y, luego, el brazo volvió a caer con igual lentitud; y Jean Valjean volvió a sumirse en aquella contemplación, con la gorra en la mano izquierda, la maza en la mano derecha y el pelo erizado en la hosca cabeza.

El obispo seguía durmiendo en una paz profunda bajo aquella mirada aterradora.

Un reflejo de luna permitía ver confusamente encima de la chimenea el crucifijo, que parecía abrirles los brazos a ambos con una bendición para uno y un perdón para otro.

De pronto, Jean Valjean se volvió a poner la gorra, echada hacia la frente, y fue rápidamente y en derechura, bordeando la cama y sin mirar al obispo, hasta la alacena que veía a medias junto a la cabecera; alzó el pistolete de hierro, como para forzar la cerradura; estaba la llave puesta; abrió la alacena; lo primero que vio fue la cesta con la cubertería de plata; la cogió, cruzó la habitación a zancadas sin tomar precauciones y sin cuidarse del ruido, llegó a la puerta, entró en el oratorio, abrió la ventana, cogió el bastón, pasó por encima del alféizar de la planta baja, metió los cubiertos de plata en el macuto, tiró la cesta, cruzó el jardín, saltó la tapia como un tigre y salió huyendo.

XII

El obispo trabaja

Al día siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenu paseaba por el jardín. La señora Magloire fue a su encuentro completamente trastornada.

—¡Monseñor, monseñor! —exclamó—. ¿Sabe Su Ilustrísima dónde está la cesta de los cubiertos de plata?

—Sí —dijo el obispo.

—¡Alabado sea Dios! —contestó ella—. No sabía qué había sido de ella.

El obispo acababa de recoger la cesta en una platabanda. Se la tendió a la señora Magloire.

—Aquí está.

—Pero ¿y esto? —dijo ella—. ¡No hay nada dentro! ¿Y los cubiertos?

—¡Ah! —respondió el obispo—. ¿Eran los cubiertos lo que andaba buscando? No sé dónde están.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Los han robado! ¡Los ha robado el hombre de ayer por la noche!

En un abrir y cerrar de ojos, y con todos sus bríos de anciana vivaracha, la señora Magloire fue corriendo al oratorio, entró en la alcoba y regresó donde estaba el obispo. Éste acababa de agacharse y miraba con un suspiro un plantón de coclearia que la cesta había roto al caer en medio de la platabanda. Se enderezó al oír el grito de la señora Magloire.

—¡Monseñor, el hombre se ha ido! ¡Han robado los cubiertos de plata!

Según soltaba esa exclamación, le cayó la mirada en una esquina del jardín donde se veían trazas de la escalada. Estaba arrancada la

albardilla de la tapia.

—¡Mire! Por ahí se fue. Saltó a la calleja de Cochefilet. ¡Ay, qué abominación! ¡Nos ha robado nuestros cubiertos de plata!

El obispo se quedó callado un momento; luego alzó unos ojos muy serios y le dijo suavemente a la señora Magloire:

—Como primera providencia, ¿eran nuestros esos cubiertos de plata?

La señora Magloire se quedó cortada. Hubo otro silencio y, luego, el obispo siguió diciendo:

—Señora Magloire, tenía en mi poder y desde hace mucho esos cubiertos. Eran de los pobres. ¿Quién era ese hombre? Un pobre, está claro.

—¡Señor, Dios mío! —respondió la señora Magloire—. No lo digo por mí, ni por la señorita. Nos da completamente igual. Lo digo por monseñor. ¿Con qué va a comer monseñor ahora?

El obispo la miró con expresión de extrañeza.

—¡Cómo! ¿Es que no hay cubiertos de estaño?

La señora Magloire se encogió de hombros.

—El estaño tiene olor.

—Pues cubiertos de hierro, entonces.

La señora Magloire hizo una mueca expresiva.

—El hierro tiene sabor.

—Bueno —dijo el obispo—, pues cubiertos de palo.

Pocos momentos después estaba desayunando en esa misma mesa a la que Jean Valjean se había sentado la víspera. Al tiempo que desayunaba, monseñor Bienvenu hacía notar a su hermana, que no decía nada, y a la señora Magloire, que refunfuñaba en sordina, que no se necesita ni poco ni mucho ni cuchara ni tenedor, ni tan siquiera de palo, para mojar un trozo de pan en una taza de leche.

—¡Es que a quién se le ocurre! —decía la señora Magloire para su capote según iba y venía—. ¡Mira que recibir a un hombre así! ¡Y acomodarlo al lado de uno! ¡Y agradecidos tenemos que estar de que sólo nos haya robado! ¡Ay, Dios mío, si es que dan escalofríos cuando se piensa!

Iban a levantarse de la mesa ambos hermanos cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el obispo.

Se abrió la puerta. Un grupo raro y violento apareció en el

umbral. Tres hombres que llevaban a otro agarrado por el cuello del blusón. Tres de esos hombres eran gendarmes; el cuarto era Jean Valjean.

Un brigadier de la gendarmería, que parecía al mando del grupo, estaba junto a la puerta. Entró y se acercó al obispo con un saludo militar.

—Monseñor… —dijo.

Al oír esta palabra, Jean Valjean, que estaba muy hosco y parecía abatido, alzó la cabeza con expresión estupefacta.

—¡Monseñor! —susurró—. Entonces no es el párroco…

—Silencio —dijo un gendarme—. Es el señor obispo.

En tanto, monseñor Bienvenu se había acercado tan deprisa como se lo permitía su avanzada edad.

—¡Ah, está usted aquí! —exclamó mirando a Jean Valjean—. Me alegro mucho de verlo. ¡Pero bueno! Si le había dado también los candeleros, que son de plata como lo demás y a los que les puede sacar muy bien doscientos francos. ¿Por qué no se los llevó con sus cubiertos?

Jean Valjean abrió mucho los ojos y miró al venerable obispo con una expresión que ninguna lengua humana podría expresar.

—Monseñor —dijo el brigadier de gendarmería—, ¿así que este hombre decía la verdad? Nos hemos encontrado con él. Iba como alguien que escapa. Lo hemos detenido por si acaso. Llevaba estos cubiertos de plata…

—¿Y les ha dicho —interrumpió el obispo, sonriendo— que se los había dado un cura viejo en cuya casa había pasado la noche? Ya veo. Y lo han vuelto a traer. Es un malentendido.

—¿Así que podemos dejar que se vaya? —preguntó el brigadier.

—Desde luego —contestó el obispo.

Los gendarmes soltaron a Jean Valjean, que retrocedió.

—¿Me sueltan de verdad? —dijo con voz casi inarticulada y como si hablase en sueños.

—Sí, te soltamos, ¿no lo estás oyendo? —dijo un gendarme.

—Amigo mío —añadió el obispo—, antes de que se vaya, aquí tiene sus candeleros. Cójalos.

Fue a la chimenea, cogió los dos candeleros de plata y se los llevó a Jean Valjean. Las dos mujeres lo miraban sin decir palabra, sin un ademán, sin una mirada que pudiera estorbar al obispo.

A Jean Valjean le temblaba todo el cuerpo. Cogió los dos candeleros maquinalmente y con expresión extraviada.

—Ahora —dijo el obispo— vaya en paz. Por cierto, cuando vuelva, amigo mío, no se moleste en entrar por el jardín. Por la puerta de la calle puede entrar y salir siempre. Está cerrada sólo con falleba de día y de noche.

Luego, volviéndose hacia los gendarmes.

—Señores, pueden retirarse.

Los gendarmes se fueron,

Jean Valjean estaba como un hombre que fuera a desmayarse.

El obispo se le acercó y le dijo en voz baja:

—Que no se le olvide, que no se le olvide nunca que me ha prometido utilizar ese dinero en convertirse en un hombre honrado.

Jean Valjean, que no recordaba haber prometido nada, se quedó cortado. El obispo había usado un tono insistente al decirlo. Añadió solemnemente:

—Jean Valjean, hermano mío, ya no pertenece al mal, sino al bien. Le compro el alma; se la quito a las ideas negras y al espíritu de perdición y se la doy a Dios.

XIII

Petit-Gervais

Jean Valjean salió de la ciudad como quien huye. Echó a andar a toda prisa a campo traviesa, metiéndose por los caminos y los senderos que se le ponían delante sin darse cuenta de que desandaba lo andado a cada paso. Anduvo así toda la mañana, sin comer y sin notar hambre. Era presa de una multitud de sensaciones nuevas. Notaba algo así como ira; no sabía contra quién. No habría podido decir si estaba conmovido o humillado. A ratos sentía una ternura extraña que combatía y a la que hacía frente con el endurecimiento de los últimos veinte años. Aquel estado lo cansaba. Veía con preocupación que se le desplomaba en su fuero interno aquella especie de calma espantosa que le aportaba la injusticia de su desventura. Se preguntaba qué iba a sustituirla. A veces habría preferido en serio estar en la cárcel con los gendarmes y que las cosas no hubieran sucedido como lo habían hecho; habría sido menos intranquilizador. Aunque la estación estaba ya bastante entrada, había aún, acá y allá, en los setos, algunas flores tardías cuyo aroma, entre el que cruzaba al andar, le traía recuerdos de infancia. Esos recuerdos le resultaban casi insoportables, de tanto como hacía que los tenía olvidados.

Así se le fueron acumulando durante todo el día unos pensamientos indecibles.

Cuando el sol iba ya hacia poniente, alargando por el suelo la sombra de la mínima piedra, Jean Valjean estaba sentado detrás de un matorral en una llanura ancha, rojiza, completamente desierta. En el horizonte sólo se veían los Alpes. Ni tan siquiera el campanario de un pueblo lejano. Jean Valjean podía hallarse a unas tres leguas de Digne. Un sendero, que cruzaba el llano, corría a

pocos pasos del matorral.

Sumido en esa meditación que, si alguien se hubiera topado con él, habría contribuido no poco a dar a sus andrajos un aspecto temible, oyó un ruido jubiloso.

Volvió la cabeza y vio que venía por el sendero un niño, un deshollinador de unos diez años que iba cantando, con la zanfona pegada al costado y la caja con la marmota echada a la espalda; uno de esos niños dulces y alegres que van de comarca en comarca enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Sin dejar de cantar, el niño se paraba de vez en cuando y jugaba a las tabas con unas cuantas monedas que llevaba en la nano, toda su fortuna probablemente. Entre ellas, había una de dos francos.

El niño se detuvo junto al matorral sin ver a Jean Valjean y tiró al aire el puñado de calderilla que hasta el momento había recogido entero con bastante maña en el dorso de la mano.

En esta ocasión se le escapó la moneda de dos francos, que rodó hacia el matorral y llegó donde estaba Jean Valjean.

Jean Valjean puso encima el pie.

Pero el niño había seguido la moneda con la mirada y lo vio.

No mostró extrañeza y se dirigió en derechura al hombre.

Era un lugar completamente solitario. Hasta donde abarcaba la vista, no había nadie ni en la llanura ni en el sendero. Sólo se oían los grititos débiles de una bandada de aves que iban de paso y cruzaban por el cielo a gran altura. El niño estaba de espaldas al sol, que le ponía hebras de oro en el pelo y ponía también la púrpura de un resplandor sanguinolento en la cara feroz de Jean Valjean.

—Señor —dijo el niño deshollinador con esa confianza de la infancia que se compone de ignorancia y de inocencia—. ¿Me da mi moneda?

—¿Cómo te llamas? —dijo Jean Valjean.

—Petit-Gervais, señor.

—Vete —dijo Jean Valjean.

—Señor —volvió a decir el niño—, devuélvame la moneda.

Jean Valjean agachó la cabeza y no contestó.

El niño repitió:

—¡Mi moneda, señor!

Jean Valjean siguió con los ojos clavados en el suelo.

—¡Mi moneda! —gritó el niño—. ¡Mi dinero!

Era como si Jean Valjean no oyera. El niño lo agarró por el cuello del blusón y lo zarandeó. Y, al tiempo, se esforzaba por mover el zapatón con clavos que estaba pisando su tesoro.

—¡Quiero mi moneda! ¡Mi moneda de dos francos!

El niño lloraba. Jean Valjean alzó la cabeza. Seguía sentado. Tenía los ojos turbios. Miró al niño con algo parecido al asombro; estiró luego la mano hacia el bastón y gritó con voz terrible:

—¿Quién anda ahí?

—Yo, señor —respondió el niño—. ¡Petit-Gervais! ¡Yo! ¡Yo! ¡Devuélvame mis dos francos, se lo ruego! ¡Quiete el pie, señor, se lo ruego!

Luego, airado pese a ser tan niño, y poniéndose casi amenazador:

—¡Ya está bien! ¿Va a quitar el pie? ¡Quite el pie, caray!

—¡Anda! ¿Otra vez tú? —dijo Jean Valjean.

Y poniéndose de pie de pronto, sin levantar el zapatón de la moneda, añadió:

—¿Quieres largarte de una vez?

El niño lo miró; luego empezó a temblar de pies a cabeza; y, tras unos segundos de estupor, emprendió la huida corriendo tan deprisa como podía sin atreverse a mirar atrás ni a soltar ni un grito.

No obstante, a cierta distancia, tuvo que detenerse porque estaba sin resuello; y Jean Valjean, a través de su ensimismamiento, lo oyó sollozar.

Al cabo de unos instantes, el niño se había esfumado.

El sol se había puesto.

Iba creciendo la sombra en torno a Jean Valjean. No había comido nada en todo el día; probablemente tenía fiebre.

Seguía de pie y no había cambiado de postura desde que el niño había salido huyendo. La respiración le hinchaba el pecho a intervalos espaciados e irregulares. Los ojos, clavados a diez o doce pasos ante sí, parecían estar examinando con honda atención la forma de un cascote viejo de loza azul caído en la hierba. Se sobresaltó de pronto: acababa de notar el frío del atardecer.

Se echó más la gorra hacia las cejas, intentó automáticamente cruzarse y abotonarse la chaqueta y se agachó para recoger el

bastón del suelo.

En ese momento vio la moneda de dos francos que casi había hundido con el pie en la tierra y brillaba entre dos guijarros. Notó una especie de conmoción galvánica:

—¿Qué es eso? —se dijo entre dientes.

Retrocedió tres pasos; luego, se detuvo sin poder apartar la mirada de ese punto que hollaba con el pie hacía unos momentos, como si eso que relucía en la oscuridad hubiera sido un ojo abierto que se clavara en él.

Al cabo de unos minutos, se abalanzó convulsivamente hacia la moneda, la cogió y, enderezándose, empezó a mirar a lo lejos, por la llanura, lanzando a la vez la mirada hacia todos los puntos del horizonte, de pie y tiritando como una fiera que busca un asilo.

No vio nada. Caía la noche, la llanura estaba fría y borrosa, anchos retazos de niebla violeta se alzaban en la claridad crepuscular.

Dijo: «¡Ah!». Y echó a andar deprisa en la dirección en que había desaparecido el niño. Tras dar unos treinta pasos, se detuvo, miró y no vio nada.

Gritó entonces con todas sus fuerzas:

—¡Petit-Gervais! ¡Petit-Gervais!

Calló y esperó.

Ninguna respuesta.

El campo estaba desierto y desabrido. Y él en medio de aquella amplia extensión. Sólo tenía alrededor una sombra donde se perdía la mirada y un silencio donde se perdía la voz.

Soplaba un viento del norte gélido que prestaba una vida lúgubre a las cosas que lo rodeaban. Unos arbolitos sacudían los brazos cortos y flacos con furia increíble. Era como si amenazasen y persiguiesen a alguien.

Echó a andar otra vez; luego, echó a correr y, de vez en cuando, se detenía y gritaba en aquellas soledades, con una voz que era lo más tremendo y desconsolado que oírse pueda: «¡Petit-Gervais! ¡Petit-Gervais!».

Es indudable que, si el niño lo hubiera oído, se habría guardado muy mucho se dejarse ver. Pero el niño estaba muy lejos ya, seguramente.

Se encontró con un sacerdote que iba a caballo. Se le acercó y le

dijo:

—Señor cura, ¿no habrá visto usted pasar a un niño?

—No —dijo el sacerdote.

—Uno que se llama Petit-Gervais.

—No he visto a nadie.

Jean Valjean se sacó del bolsillo dos monedas de cinco francos y se las entregó al sacerdote.

—Para sus pobres, señor cura. Es un niño de unos diez años que lleva una marmota, me parece, y una zanfona. Iba de camino. Uno de esos deshollinadores, ¿sabe?

—No lo he visto.

—Petit-Gervais. ¿No será de algún pueblo de por aquí? ¿No sabría decirme?

—Por lo que dice, amigo mío, es un niño forastero. Pasan por la zona y no los conocemos.

Jean Valjean cogió con violencia otras dos monedas de cinco francos y se las dio al sacerdote.

—Para sus pobres —dijo.

Añadió, luego, extraviado:

—Señor cura, mande que me detengan. Soy un ladrón.

El sacerdote espoleó la cabalgadura y salió huyendo, despavorido.

Jean Valjean echó a correr en la dirección que había tomado al principio.

Recorrió así un buen trecho, mirando, llamando y gritando, pero no volvió a encontrarse con nadie. Dos o tres veces corrió llanura adelante hacia algo que le dio la impresión de ser una persona echada o sentada en el suelo; sólo era maleza, o rocas a flor del suelo. Por fin se detuvo en la encrucijada de tres caminos. Había salido la luna. Paseó la vista por la lejanía y llamó por última vez: «¡Petit-Gervais! ¡Petit-Gervais! ¡Petit-Gervais!». La niebla ahogó el grito, que no despertó siquiera un eco. Volvió a susurrar: «¡Petit-Gervais!», pero con voz débil y casi inarticulada. No hizo más esfuerzos; se le doblaron de golpe las pantorrillas, como si una fuerza invisible lo agobiase de pronto con el peso de la mala conciencia; se desplomó agotado en una piedra grande, con los puños en el pelo y el rostro pegado a las rodillas, y gritó: «¡Soy un miserable!».

Entonces le estalló el corazón y se echó a llorar. Era la primera vez que lloraba en diecinueve años.

Al salir Jean Valjean de casa del obispo, como ya hemos visto, se hallaba fuera de todo cuanto había sido su forma de pensar hasta entonces. No podía percatarse de qué le estaba pasando por dentro. Se resistía a la acción angélica y a las dulces palabras del anciano. «Me ha prometido convertirse en un hombre honrado. Le compro el alma; se la quito al espíritu de perversidad y se la doy a Dios.» Le volvían continuamente a la cabeza. Oponía a aquella indulgencia celestial el orgullo, que es en los hombres como la fortaleza del mal. Notaba confusamente que el perdón de aquel sacerdote era el mayor asalto y el ataque más formidable que hubieran intentado quebrantarlo hasta entonces; que se endurecería de forma definitiva si se resistía a esa clemencia; que, si cedía, tendría que renunciar a aquel odio con que le habían colmado el alma durante tantos años las acciones de los demás hombres y que le agradaba; que en esta ocasión tenía que vencer o dejar que lo vencieran, y que había comenzado la lucha, una lucha colosal y definitiva, entre su maldad y la bondad de aquel hombre.

En presencia de todos aquellos fulgores, avanzaba como un hombre borracho. Mientras caminaba de esa manera, con mirada extraviada, ¿tenía acaso una percepción clara de los resultados que podría tener para él la aventura de Digne? ¿Oía todos esos zumbidos misteriosos que avisan a la mente o la importunan en algunos momentos de la vida? ¿Le decía al oído una voz que acababa de cruzar la hora solemne de su destino; que ya no había para él término medio; que, si no era en adelante el mejor de los hombres, sería el peor; que, por así decirlo, ahora tenía que subir más alto que el obispo o caer más bajo que el galeote; que, si quería volverse bueno, tenía que volverse ángel; que, si quería seguir siendo malo, tenía que convertirse en monstruo?

Una vez más tenemos que hacernos ahora las preguntas que ya nos hemos hecho en otros puntos: ¿Captaba confusamente el pensamiento de Jean Valjean alguna sombra de todo esto? Cierto es que, como ya hemos dicho, la desventura le había educado la inteligencia; es dudoso, no obstante, que Jean Valjean estuviera en condiciones de desentrañar cuanto exponemos aquí. Si es que esas ideas le daban alcance, más que verlas las entreveía, y todo cuanto

conseguían era ponerlo en un estado de alteración indecible y casi doloroso. Al salir de aquel sitio deforme y negro que se llama presidio, el obispo le había herido el alma de la misma forma que una luz demasiado violenta le habría hecho daño a la vista al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible que se le brindaba a partir de ahora, tan pura y radiante, lo colmaba de temblores y ansiedades. No sabía ya en verdad en qué punto estaba. Como si fuera una lechuza que ve salir el sol de repente, al presidiario lo había deslumbrado, y como cegado, la virtud.

Lo indudable, aunque él no lo sospechaba, era que había dejado de ser el hombre de antes; era que todo había cambiado en él; era que no estaba ya en su mano conseguir que el obispo no le hubiera hablado y no lo hubiera impresionado.

En aquel estado de ánimo, se encontró con Petit-Gervais y le robó sus dos francos. ¿Por qué? Seguramente no habría sido capaz de explicarlo; ¿se trataba de un efecto postrero y de algo así como un esfuerzo supremo de los malos pensamientos que se había traído del presidio, un resto de impulso, un resultado de eso que se llama en estática *la fuerza adquirida?* De eso se trataba, y quizá se trataba incluso de algo más sencillo. Digámoslo sin rodeos: no era él quien había robado, no era el hombre: era la bestia la que, por costumbre y por instinto, había puesto neciamente el pie encima de ese dinero, mientras la inteligencia se debatía entre tantas obsesiones inauditas y nuevas. Cuando la inteligencia despertó y vio esa acción de la bestia, Jean Valjean, angustiado, dio un paso atrás y soltó un grito de espanto.

Y es que, extraño fenómeno y que no era posible sino en la situación en que se hallaba, al robar ese dinero a aquel niño había hecho algo de lo que ya no era capaz.

Fuere como fuere, aquella mala acción postrera tuvo en él un efecto decisivo; cruzó bruscamente por aquel caos que tenía en la inteligencia y lo disipó, apartó a un lado las sombras densas y al otro la luz y obró en su alma, en el estado en que ésta estaba, como lo hacen algunos reactivos químicos en una mezcla turbia, al precipitar un elemento y clarificar otro.

De entrada, antes incluso de mirarse a sí mismo y de reflexionar, desatinadamente, como alguien que prueba a salvarse, intentó dar con el niño para devolverle el dinero; luego, cuando admitió que

era inútil e imposible, se paró, desesperado. Cuando gritó: «¡Soy un miserable!», acababa de verse tal y como era, y estaba ya hasta tal punto distanciado de sí mismo que le parecía que no era ya sino un fantasma y que tenía ante sí, en carne y hueso, con el bastón en la mano y el blusón ceñido a la cintura, con el saco lleno de objetos robados a la espalda, con aquel rostro resuelto y taciturno, con el pensamiento colmado de proyectos abominables, al repulsivo presidiario Jean Valjean.

Ya hemos comentado que el exceso de desdichas lo había convertido hasta cierto punto en un visionario. Lo que acabamos de explicar fue, pues, como una visión. Vio de verdad a ese Jean Valjean, a ese rostro siniestro, ante sí. Casi llegó a preguntarse quién era aquel hombre, y le inspiró espanto.

Le pasaba el ánimo por uno de esos instantes violentos y, no obstante, espantosamente tranquilos en que el ensimismamiento es tan hondo que absorbe la realidad. No vemos ya lo que tenemos delante y las figuras que tenemos en la mente las vemos como si estuviesen fuera de nosotros.

Se contempló, pues, cara a cara, por así decirlo; y, al tiempo, a través de aquella alucinación, veía en una hondura misteriosa algo parecido a una luz, que tomó al principio por una antorcha. Al mirar más atentamente aquella luz que se le aparecía a la conciencia, reconoció que tenía forma humana y que esa antorcha era el obispo.

Examinó con la conciencia a aquellos dos hombres que tenía así delante: el obispo y Jean Valjean. Para destemplar a éste había sido necesario nada menos que aquél. Por uno de esos efectos singulares propios de ese tipo de éxtasis, a medida que se prolongaba el ensimismamiento veía al obispo crecer y resplandecer y a Jean Valjean menguar y esfumarse. Llegó un momento en que no fue ya más que una sombra. De repente, desapareció. Sólo quedaba el obispo.

Le colmaba a aquel ser miserable toda el alma con un resplandor magnífico.

Jean Valjean estuvo llorando mucho rato. Lloró a lágrima viva, sollozó, más débil que una mujer, más asustado que un niño.

Mientras lloraba, cada vez era mayor el albor en la mente, un albor extraordinario, un albor arrebatador y terrible a la vez. Su

vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su endurecimiento externo, su liberación, que se alegró con tantos planes de venganza, lo sucedido en casa del obispo, su última acción, aquel robo de dos francos a un niño, crimen tanto más cobarde y monstruoso por venir tras el perdón del obispo, todo lo recordó y todo se le apareció con claridad, pero con una claridad que nunca había visto hasta entonces. Miró su vida y le pareció horrible; se miró el alma y le pareció espantosa. No obstante, caía sobre aquella vida y sobre aquella alma una claridad suave. Le parecía estar viendo a Satanás a la luz del paraíso.

¿Cuántas horas pasó llorando así? ¿Qué hizo tras aquel llanto? ¿Dónde fue? No se ha sabido nunca. Sólo parece probado que, esa misma noche, el trajinante que cubría a la sazón el servicio de Grenoble y llegaba a Digne a eso de las dos de la madrugada vio, al cruzar la calle del obispado, a un hombre en actitud de orar, de rodillas en los adoquines, delante de la puerta de monseñor Bienvenu.

Libro tercero

En el año 1817

I

El año 1817

1817 es el año que Luis XVIII, con cierto aplomo regio que no carecía de ufanía, llamaba el vigésimo segundo de su reinado. Es el año en que el señor Bruguière de Sorsum era famoso. Todos los establecimientos de los peluqueros, que contaban con el empolvado y el regreso del ave regia, estaban pintados de azul y decorados con flores de lis. Era la época cándida en que el conde Lynch se sentaba todos los domingos, como mayordomo de fábrica, en el banco de Saint-Germain-des-Près reservado para los de su cargo, vestido de senador, con su cordón rojo y su nariz larga y esa majestad en el perfil propia de un hombre que ha llevado a cabo una proeza sonada. La proeza sonada que había llevado a cabo el señor Lynch consistía en lo siguiente: haber entregado la ciudad con prisa excesiva, cuando era alcalde de Burdeos, el 12 de marzo de 1814, al señor duque de Angoulême. De ahí el cargo de senador. En 1817, la moda metía a los niños de entre cuatro y seis años debajo de unas gorras enormes, de tafilete de imitación y con orejeras, bastante parecidas a gorros esquimales. El ejército francés iba vestido de blanco, a la austriaca; los regimientos se llamaban legiones; en vez de número tenían nombre de departamentos. Napoleón estaba en Santa Elena y, como Inglaterra le negaba paño de color verde, mandaba que les dieran la vuelta a sus levitas. En 1817, Pellegrini cantaba y la señorita Bigottini bailaba; Potier reinaba; Odry aún no existía. La señora Saqui se hacía cargo de la sucesión de Forioso. Todavía quedaban prusianos en Francia. El señor Delatot era un personaje. La legitimidad acababa de consolidarse cortándoles el puño y, luego, la cabeza a Pleignier, a Carbonneau y a Tolleron. El príncipe de Talleyrand, gran chambelán, y el padre Louis, ministro

de Hacienda por designación, se miraban riendo con la risa de dos augures; ambos habían celebrado, el 14 de julio de 1790, la misa de la federación en Le Champ-de-Mars; Talleyrand la dijo como obispo y Louis la sirvió como diácono. En 1817, en los paseos laterales de ese mismo Champ-de-Mars, se vislumbraban, caídos bajo la lluvia, pudriéndose en la hierba, unos cilindros gruesos de madera pintados de azul con rastros de águilas y abejas que habían perdido el dorado. Eran las columnas que, dos años antes, habían sujetado el estrado del emperador en la asamblea del Campo de Mayo. En algunas zonas las ennegrecía la chamusquina de los vivaques de los austriacos que habían acampado cerca de Le Gros-Caillou. Dos o tres de esas columnas habían desaparecido en las hogueras de aquellos vivaques y les habían calentado las manazas a los *kaiserlicks*. Lo notable de la asamblea del Campo de Mayo era que se había celebrado en junio en Le Champ-de-Mars. En aquel año de 1817 había dos cosas populares: el Voltaire-Touquet y las tabaqueras con la Carta Constitucional. La emoción parisina más reciente era el crimen de Dautun, que arrojó la cabeza de su hermano en la represa de Le Marché-aux-Fleurs. En el ministerio de Marina estaban empezando a preocuparse porque seguían sin noticias de *La Méduse,* esa fragata fatídica que iba a ser el bochorno de Chaumareix y la gloria de Géricault. El coronel Selves iba a Egipto a convertirse en Suleimán Bajá. El palacio de Les Thermes, en la calle de La Harpe, lo usaba de tienda un tonelero. Se veía aún en la plataforma de la torre octogonal del palacio de Cluny la garita de tablas que le hizo las veces de observatorio a Messier, astrónomo de la marina en tiempos de Luis XVI. La duquesa de Duras les leía a tres o cuatro amigos, en su tocador amueblado con silletines tapizados de satén azul celeste, el texto inédito de *Ourika*. En el Louvre estaban raspando las N. El puente de Austerlitz capitulaba y pasaba a llamarse puente de Le Jardin du Roi, doble enigma que disfrazaba a la vez el puente de Austerlitz y el Jardín Botánico. A Luis XVIII, a quien, al tiempo que anotaba al margen a Horacio, tenían intranquilo los héroes que se convierten en emperadores y los zapateros que se convierten en delfines, lo preocupaban dos personas: Napoleón y Mathurin Bruneau. La Academia Francesa proponía como tema para un premio: *La dicha que aporta el estudio*. El señor Bellart era oficialmente elocuente. Podía verse crecer a su

sombra a De Broë, ese futuro fiscal del reino, destinado a soportar los sarcasmos de Paul-Louis Courier. Había un Chateaubriand falso que se llamaba Marchangy a la espera de que hubiera un Marchangy falso llamado D'Arlincourt; *Claire d'Albe* y *Malek-Adel* eran obras maestras; consideraban a la señora Cottin la mejor escritora de la época. El Instituto consentía en que quitasen de su lista al académico Napoleón Bonaparte. Una real ordenanza convertía a Angulema en Escuela Naval porque, como el duque de Angoulême era almirante mayor, resultaba evidente que la ciudad de Angulema tenía por derecho todas las características de un puerto de mar, so pena de que sufriera menoscabo el principio monárquico. Se debatía en el consejo de ministros la cuestión de saber si debían tolerarse esas viñetas en que aparecían volatines y eran el aderezo de los carteles de Franconi porque traían consigo aglomeraciones de los arrapiezos callejeros. El señor Paër, autor de *Agnese,* un individuo de cara cuadrada y con una verruga en la mejilla, dirigía los conciertos caseros de la marquesa de Sassenaye en la calle de La Ville-l'Évêque. Todas las jóvenes cantaban *L'Ermite de Saint-Avelle,* con letra de Edmond Géraud. *Le Nain jaune* pasó a llamarse *Le Miroir*. El café Lemblin era partidario del emperador y se enfrentaba con el café Valois, que lo era de los Borbones. Acababan de casar con una princesa de Sicilia al duque de Berry, a quien Louvel miraba ya desde lo hondo de la sombra. La señora de Staël llevaba un año muerta. Los guardias de corps silbaban a la señorita Mars. Los grandes diarios eran pequeñísimos. Tenían un formato limitado, pero la libertad era grande. *Le Constitutionnel* era constitucional. *La Minerve* llamaba *Chateaubriant* a Chateaubriand. Y esa *t* le valía a la clase media para reírse del gran escritor. En los periódicos vendidos unos periodistas prostituidos insultaban a los proscritos de 1815; David había dejado de tener talento, Arnault ya no tenía ingenio y Carnot ya no era probo; Soult no había ganado batalla alguna; cierto es que Napoleón ya no era un genio. Todo el mundo sabe que es muy poco frecuente que las cartas enviadas por correo a un exiliado le lleguen; las policías se tomaban como un deber interceptarlas religiosamente. No es nada nuevo; ya se quejaba de ello Descartes proscrito. Ahora bien, que David manifestase cierto descontento en un diario belga por no recibir las cartas que le escribían les hacía mucha gracia a las familias

monárquicas, que aprovechaban la ocasión para hacer mofa y befa del proscrito. Decir *los regicidas* o decir *los votantes de la Convención,* decir *los enemigos* o decir *los aliados,* decir *Napoleón* o decir *Buonaparte* eran cosas que separaban a dos hombres más que un abismo. Todas las personas de sentido común coincidían en que Luis XVIII, apodado «el autor inmortal de la Carta», había clausurado para siempre la era de las revoluciones. En el terraplén del Pont-Neuf esculpían la palabra *Redivivus* en el pedestal que estaba esperando la estatua de Enrique IV. El señor Piet esbozaba en el número 4 de la calle de Thérèse su conciliábulo para consolidar la monarquía. Los dirigentes de la derecha decían en circunstancias graves: «hay que escribir a Bacot». Los señores Canuel O'Mahony y De Chappedelaine bosquejaban, con la aprobación tácita de *Monsieur,* el hermano del rey, lo que fue más adelante «la conspiración de la terraza de Le Bord-de-l'Eau»; la sociedad secreta *L'Épingle noire* conspiraba por su cuenta. Delaverderie se abocaba con Trogoff. El señor Decazes, de mente liberal hasta cierto punto, prevalecía. Chateaubriand, de pie todas las mañanas ante su ventana del número 27 de la calle de Saint-Dominique, con pantalones con trabillas, en pantuflas y cubriendo el pelo gris con un pañuelo de madrás, clavaba los ojos en un espejo teniendo abierto ante sí un neceser completo de cirujano dentista y se hurgaba en los dientes, que tenía muy bonitos, mientras le dictaba *La Monarchie selon la Charte* al señor Pilorge, su secretario. Los críticos de mayor autoridad preferían Lafon a Talma. El señor de Féletz firmaba A.; el señor Hoffmann firmaba Z. Charles Nodier escribía *Thérèse Aubert.* Abolían el divorcio. Llamaban colegios a los liceos. Los colegiales, cuyos cuellos llevaban de adorno una flor de lis dorada, se peleaban a cuenta del rey de Roma. La policía secreta de palacio le iba a Su Alteza, la mujer de *Monsieur,* con la denuncia de que el retrato del señor duque de Orleans estaba en todas partes y éste tenía mejor fachada con uniforme de coronel general de húsares que el señor duque de Berry de uniforme de coronel general de dragones: grave inconveniente. La villa de París encargaba que volvieran a dorar de nuevo a expensas suyas la cúpula de Les Invalides. Los hombres sensatos se preguntaban qué haría, en tal o cual circunstancia, el señor de Trinquelague; el señor Clausel de Montals se distanciaba, en varias cuestiones, del señor Clausel de

Coussergues; el señor de Salaberry estaba contrariado. El cómico Picard, que pertenecía a esa misma Academia a la que no había podido pertenecer el cómico Molière, montaba la representación de *Les deux Philibert* en L'Odéon, en cuyo frontón, aunque hubieran arrancado las letras, podía aún leerse claramente: TEATRO DE LA EMPERATRIZ. La gente estaba a favor o en contra de Cugnet de Montarlot. Fabvier era un faccioso; Bavoux era revolucionario. El librero Pélicier publicaba una edición de Voltaire con el siguiente título: *Obras de Voltaire,* de la Academia francesa. «Estas cosas animan a los compradores», decía ese editor ingenuo. La opinión generalizada era que el señor Charles Loyson iba a ser el genio del siglo; la envidia empezaba a hincarle el diente, síntoma de gloria; y le aplicaban el siguiente verso:

A Loyson, aunque vuele, se le notan las patas[4].

Como el cardenal Fesch se negaba a dimitir, monseñor de Pins, arzobispo de Amasia, administraba la diócesis de Lyon. Comenzaba el contencioso del valle de Les Dappes entre Suiza y Francia con un memorial del capitán Dufour, que luego ascendió a general. Saint-Simon, de quien nadie hacía caso, bosquejaba su sueño sublime. Había en la Academia de Ciencias un Fourier famoso que la posteridad ha olvidado y en no sé qué sotabanco un Fourier desconocido que los tiempos por venir recordarán. Lord Byron empezaba a despuntar; una nota de un poema de Millevoye lo anunciaba en Francia con estas palabras: *un tal lord Baron.* David d'Angers probaba a amasar el mármol. El padre Caron elogiaba ante un reducido auditorio de seminaristas, en el callejón de Les Feuillantines, a un sacerdote desconocido, llamado Félicité Robert, que más adelante fue Lamennais. Un objeto que humeaba y chapoteaba por el Sena con el mismo ruido que un perro cuando nada iba y venía bajo las ventanas de Les Tuileries, desde el Pont-Royal hasta el puente Louis XV; era una maquinaria que no valía para nada, una especie de juguete, un sueño de inventor con cabeza a pájaros, una utopía: un barco de vapor. Los parisinos miraban aquel trasto inútil con indiferencia. El señor de Vaublanc, reformador del Instituto a base de golpes de Estado, ordenanzas y hornadas, creador distinguido de varios académicos, tras haber

metido a otros, no podía entrar él. El barrio de Saint-Germain y el pabellón Marsan deseaban que fuera prefecto de policía el señor Delaveau porque era devoto. Dupuytren y Récamier se enzarzaban en el anfiteatro de la facultad de Medicina y se amenazaban con el puño a cuenta de la divinidad de Jesucristo. Cuvier, con un ojo puesto en el Génesis y el otro en la naturaleza, se esforzaba por agradar a los reaccionarios beatos cohonestando los fósiles con los textos y obligando a los mastodontes a bailarle el agua a Moisés. El señor François de Neufchâteau, loable cultivador de la memoria de Parmentier, hacía esfuerzos mil para que *pomme de terre*[5] se pronunciara *parmentière* y no lo conseguía. El padre Grégoire, antes obispo, antes miembro de la Convención, antes senador, había pasado ahora, en la polémica monárquica, al estado de «infame Grégoire». Esta expresión que acabamos de utilizar: *pasar al estado de,* la denunciaba, por ser neologismo, el señor Royer-Collard. Aún llamaba la atención, por el color blanco, bajo el tercer arco del puente de Iéna, la piedra nueva con la que, dos años antes, taparon el agujero de mina que hizo Blücher para volar el puente. La justicia hacía comparecer a un hombre que, al ver entrar al conde de Artois en Notre-Dame, dijo en voz alta: *¡Caramba! Echo de menos los tiempos en que veía a Bonaparte y a Talma entrar del brazo en Le Bal-Sauvage*. Palabras sediciosas. Seis meses de cárcel. Había traidores que no se recataban; hombres que se habían pasado al enemigo en vísperas de una batalla no ocultaban en absoluto la recompensa recibida y caminaban impúdicamente a pleno sol entre el cinismo de las riquezas y las dignidades; desertores de Ligny y de Les Quatre-Bras, con el desaliño de su ignominia remunerada, hacían gala al desnudo de su devoción para con la monarquía, olvidando lo que ponen en Inglaterra en la pared interior de los váteres públicos: *Please adjust your dress before leaving*.

He aquí, junto y revuelto, cuanto sale a flote confusamente en la superficie del año 1817, hoy olvidado. La historia descuida casi todas estas particularidades, y no puede hacer otra cosa; el infinito la invadiría. No obstante, esos detalles, que es un error llamar pequeños —no hay ni hechos pequeños en la humanidad ni hojas pequeñas en la vegetación—, son de utilidad. De la fisonomía de los años se compone el rostro de los siglos.

En aquel año de 1817, cuatro parisinos jóvenes gastaron una

«broma divertidísima».

II

Doble cuarteto

Esos parisinos eran uno de Toulouse, otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban; pero eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisino; estudiar en París es nacer en París.

Esos jóvenes eran insignificantes; todo el mundo ha visto caras como ésas; cuatro ejemplares del primero que pase por la calle; ni buenos ni malos, ni eruditos ni ignorantes, ni genios ni imbéciles; con la hermosura de ese abril adorable que llamamos los veinte años. Eran cuatro Oscars cualesquiera; porque por entonces aún no existían los Arthurs. *Que para él se quemen los perfumes de Arabia*, exclamaba la romanza, *¡Se acerca Oscar! ¡Oscar, ya voy a verte!* Todo nacía de Ossian; la elegancia era escandinava y caledonia, el estilo inglés puro sólo se impuso más adelante, y el primero de los Arthurs, Wellington, apenas si acababa de ganar la batalla de Waterloo.

Estos Oscars se llamaban, uno de ellos Félix Tholomyès, de Toulouse; otro, Listolier, de Cahors; otro, Fameuil, de Limoges, y el último, Blachevelle, de Montauban. Y cada uno tenía, por descontado, a su amante. Blachevelle quería a Favourite, así llamada porque había ido a Inglaterra; Listolier adoraba a Dahlia, que había escogido como nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba a Zéphine, diminutivo de Joséphine; Tholomyès tenía a Fantine, llamada la Rubia por sus hermosos cabellos del color del sol.

Favourite, Dahlia, Zéphine y Fantine eran cuatro muchachas preciosas, perfumadas y radiantes, en las que algo quedaba de la operaria, pues no habían dejado del todo la aguja; los amoríos las tenían distraídas, pero conservaban en el rostro restos de la

serenidad del trabajo y en el alma esa flor de honestidad que, en la mujer, sobrevive a la primera caída. A una de las cuatro la llamaban la joven, porque era la menor; la vieja tenía veintitrés años. Para no ocultar nada, las tres primeras tenían más experiencia, más despreocupación y más incursiones por el barullo de la vida que Fantine la Rubia, que vivía la primera ilusión.

Ni Dahlia, ni Zéphine ni, sobre todo, Favourite podrían haber dicho lo mismo. Había ya más de un episodio en la novela apenas empezada de sus existencias, y el enamorado que se llamaba Adolphe en el primer capítulo resultaba que era Alphonse en el segundo y Gustave en el tercero. Pobreza y coquetería son dos consejeras nefastas: una reniega y la otra halaga; y ambas les hablan al oído, cada una por su lado, a las muchachas del pueblo que son guapas. Y esas almas mal custodiadas las atienden. De ahí las caídas que padecen y las piedras que les arrojan. Las condenan citando el esplendor de lo inmaculado y lo inaccesible. ¡Ay de la Jungfrau si pasara hambre!

Zéphine y Dahlia eran admiradoras de Favourite porque había estado en Inglaterra. Tuvo muy pronto casa propia. Su padre era un profesor anciano de matemáticas, brutal y fanfarrón; no estaba casado y daba clases particulares a domicilio pese a la edad que tenía. Aquel profesor, de joven, vio un día que a la doncella de una casa se le enganchaba el vestido en un protector de cenizas de la chimenea; se había enamorado de ese accidente. El resultado había sido Favourite. Coincidía de tanto en tanto con su padre, que la saludaba. Una mañana, una anciana de aspecto monjil se le metió en casa y le dijo:

—¿No me conoce, señorita?

—No.

—Soy tu madre.

Luego la vieja abrió el aparador, bebió, comió, mandó que trajeran un colchón que tenía y se acomodó en la casa. Aquella madre, gruñona y devota, no le hablaba nunca a Favourite, se pasaba horas sin despegar los labios, almorzaba, comía y cenaba por cuatro y bajaba de tertulia a casa del portero, donde hablaba mal de su hija.

Lo que había llevado a Dahlia hacia Listolier, hacia otros a lo mejor y hacia la ociosidad era que tenía unas uñas sonrosadas

demasiado bonitas. ¿Cómo iba a poner a trabajar a unas uñas así? Quien pretenda seguir siendo virtuosa no debe compadecerse de sus manos. En cuanto a Zéphine, había conquistado a Fameuil por aquella manera suya, traviesa y mimosa, de decir: Sí, caballero.

Como los jóvenes eran compañeros, las muchachas eran amigas. A los amores así los acompañan siempre amistades como ésas.

Recato y filosofía son cosas diferentes; y la prueba es que, sin querer meternos a opinar acerca de esos juveniles emparejamientos irregulares, Favourite, Zéphine y Dahlia eran muchachas filosóficas, y Fantine, una muchacha recatada.

¿Recatada?, se nos dirá. ¿Y Tholomyès? Salomón contestaría que el amor forma parte del sabio recato. Nosotros nos limitamos a decir que el amor de Fantine era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Era la única de las cuatro a la que tuteaba un único hombre.

Fantine era una de esas criaturas que brotan, por así decirlo, en lo más hondo del pueblo. Salida de las insondables densidades de la sombra social, llevaba en la frente la señal de lo anónimo y lo desconocido. Había nacido en Montreuil-sur-Mer. ¿De qué padres? ¿Quién podría decirlo? Nunca le conoció nadie ni padre ni madre. Se llamaba Fantine. ¿Por qué Fantine? Nunca supo nadie que tuviera otro nombre. Nació cuando todavía existía el Directorio. No tenía un apellido familiar, no tenía familia; ni tampoco nombre de pila, no había ya Iglesia. Se llamó como quiso llamarla el primer transeúnte que se la encontró, de muy chiquitina, descalza por la calle. Le cayó un nombre como le caía el agua de las nubes en la cabeza cuando llovía. La llamaron Fantine. Nadie sabía nada más. Aquel ser humano había aparecido en la vida como espontáneamente. A los diez años, Fantine se marchó de la ciudad a servir con unos granjeros de los alrededores. A los quince años fue a París a «buscar fortuna». Fantine era guapa y siguió siendo pura todo el tiempo que pudo. Era una rubia preciosa y con dientes bonitos. Su dote consistía en perlas y oro, pero el oro lo llevaba en la cabeza, y las perlas, en la boca.

Trabajó para vivir; y luego, también para vivir, porque el corazón también tiene un hambre propia, se enamoró.

Se enamoró de Tholomyès.

Amorío para él, pasión para ella. Las calles del Barrio Latino,

que rebosan del hormigueo de los estudiantes y las grisetas, presenciaron el inicio de ese sueño. Fantine, en esos dédalos de la colina del Panthéon, donde tantas aventuras comienzan y concluyen, había pasado mucho tiempo esquivando a Tholomyès, pero de forma tal que siempre se lo encontraba. Hay una manera de esquivar que se parece a la de buscar. En pocas palabras, hubo égloga.

Blachevelle, Listolier y Fameuil formaban algo parecido a un grupo cuya cabeza era Tholomyès. Él era el ingenioso.

Tholomyès era el clásico estudiante entrado en años, como los de antes; era rico; tenía cuatro mil francos de renta; cuatro mil francos de renta, un escándalo por todo lo alto en la colina de Sainte-Geneviève. Tholomyès era un vividor de treinta años que se conservaba mal. Tenía arrugas y le faltaban dientes; y le estaba empezando una calvicie de la que él mismo decía sin tristeza alguna: *cabeza a los treinta, rodilla a los cuarenta*. Le costaba digerir y le lagrimeaba un ojo. Pero a medida que se le extinguía la juventud, él encendía el buen humor; sustituyó los dientes por bufonadas; el pelo, por alegría; la salud, por ironía; y el ojo lloroso se reía continuamente. Estaba deteriorado, pero floreciente. Su juventud, que se despedía mucho antes de tiempo, se retiraba en buen orden, soltaba la carcajada y nadie se daba cuenta. Le habían rechazado una obra de teatro en *Le Vaudeville*. Hacía por acá y por allá versos mediocres. Además dudaba supinamente de todo, que es una gran fuerza desde el punto de vista de los débiles. Por lo tanto, como era irónico y calvo, era el jefe. *Iron* es una palabra inglesa que quiere decir hierro. ¿Será de ahí de donde viene ironía?

Un día, Tholomyès se llevó aparte a los otros tres, adoptó una actitud de oráculo y les dijo:

—Hace casi un año que Fantine, Dahlia, Zéphine y Favourite nos están pidiendo que les demos una sorpresa. Se lo hemos prometido solemnemente. Siempre nos lo están recordando, sobre todo a mí. Igual que en Nápoles las viejas le gritan a san Genaro: *Faccia gialluta, fa o miracolo,* cara amarilla, haz el milagro, nuestras bellezas no dejan de decirme: Tholomyès, ¿cuándo vas a traer al mundo la sorpresa? Y al mismo tiempo nuestros padres nos escriben. Una lata por las dos partes. Me parece que ha llegado el momento. Vamos a hablarlo.

Llegado a ese punto, Tholomyès bajó la voz y pronunció misteriosamente algo tan gracioso que de las cuatro bocas brotó a la vez una risotada entusiasta y Blacheville exclamó: «¡Ésa sí que es una buena idea!».

Les salió al paso una taberna llena de humo; entraron y el resto de aquella conferencia se perdió en la sombra.

El resultado de esas tinieblas fue una salida festiva deslumbradora al domingo siguiente. Los cuatro jóvenes invitaron a las cuatro muchachas.

III

De cuatro en cuatro

Resulta difícil concebir hoy en día lo que era hace cuarenta y cinco años una salida al campo de estudiantes y de grisetas. Los alrededores de París no son ya los mismos; el aspecto de eso que podríamos llamar la vida circumparisina ha cambiado por completo en el último medio siglo; donde antes había un *coucou* de dos ruedas ahora hay un vagón; donde había un patache ahora hay un barco de vapor; hoy decimos Fécamp como antes decían Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad cuyo suburbio es Francia.

Las cuatro parejas cumplieron concienzudamente con todas las fantasías campestres a su alcance a la sazón. Empezaba la temporada de las vacaciones y era un día de verano cálido y despejado. La víspera, Favourite, la única que sabía escribir, le había escrito lo siguiente a Tholomyès en nombre de las cuatro: «Al que madruga dos lo ayudan». En vista de lo cual se levantaron a las cinco de la mañana. Fueron luego a Saint-Cloud en diligencia, vieron la cascada seca y exclamaron: «¡Qué bonita debe de ser cuando tiene agua!», almorzaron en *La Tête-Noire,* por donde aún no había pasado Castaing, se permitieron el lujo de una partida de juego de anillas en el quincunce del estanque grande, subieron a la linterna de Diógenes, jugaron a la ruleta del puente de Sèvres para ganar mostachones, cortaron ramos de flores en Puteaux, compraron espantasuegras en Neuilly, comieron empanadillas dulces de manzana por todas partes y fueron completamente felices.

Las muchachas estaban rumorosas y parlanchinas como un vuelo de currucas. Aquello era un delirio. De tanto en tanto les daban cachetitos a los jóvenes. ¡Embriaguez matutina de la vida! ¡Años adorables! ¡Se estremecen las alas de las libélulas! ¡Ay! Quienquiera

que seas y leas esto, ¿lo recuerdas? ¿Has caminado por entre la maleza apartando las ramas porque detrás viene una cara encantadora? ¿Has resbalado entre risas por un talud húmedo de lluvia con una mujer amada que te sujeta de la mano y exclama: «¡Ay, cómo se me están poniendo los borceguíes recién estrenados!»?

Digamos sin más tardanza que a esta concurrencia bien humorada le faltó esa jubilosa contrariedad que consiste en un chaparrón, aunque Favourite había dicho, al salir, con tono entendido y maternal: *Las babosas salen de paseo por los caminos. Señal de lluvia, hijos míos.*

Las cuatro estaban terriblemente bonitas. Un campechano poeta clásico que estaba entonces de moda, un buen hombre que tenía una Éléonore, el caballero de Labouïsse, vagabundeaba ese día bajo los castaños de Saint-Cloud; las vio pasar a eso de las diez de la mañana y exclamó: *¡Sobra una!*, acordándose de las Gracias. Favourite, la amiga de Blachevelle, la de veintitrés años, la vieja, iba corriendo delante bajo las grandes ramas verdes, se saltaba las cunetas, salvaba de una zancada, como loca, los matorrales y presidía todo aquel júbilo con elocuencia de faunesa joven. Zéphine y Dahlia, a las que el azar había hecho hermosas de forma tal que, al estar cerca, se realzaban y se completaban, no se separaban, más por instinto de coquetería que por amistad, y, recostándose una en otra, adoptaban poses inglesas; los primeros álbumes de recuerdos acababan de ponerse de moda, estaba apuntando la melancolía en las mujeres, de la misma forma que apuntó más adelante el byronismo en los hombres, y las melenas del sexo débil empezaban a tener apariencia afligida. Zéphine y Dahlia se peinaban con rizos. Listolier y Fameuil, enzarzados en una charla acerca de sus profesores, le explicaban a Fantine qué diferencia había entre el señor Delvincourt y el señor Blondeau.

A Blacheville parecía que lo habían creado ex profeso para llevar al brazo los domingos el chal con pretensiones de casimir de Favourite.

Detrás iba Tholomyès, dominando el grupo. Estaba muy alegre, pero se le notaba el mando; había algo de dictadura en su jovialidad; su principal ornato eran unos pantalones de pata de elefante, de nanquín, con trabillas de cobre trenzado; empuñaba un

junquillo recio de doscientos francos; y, como se lo consentía todo, una cosa extraña, llamada puro, en la boca. Dado que para él no existía nada sagrado, iba fumando.

—Este Tholomyès es un fenómeno —decían los otros con veneración—. ¡Qué pantalones! ¡Qué energía!

En cuanto a Fantine, era la alegría personificada. Estaba claro que a sus dientes esplendorosos les había dado Dios un cometido: la risa. Llevaba, de preferencia en la mano y no en la cabeza, un sombrerito de paja cosida con largos lazos blancos. La abundante cabellera rubia, propensa a ir flotando y que se le soltaba con tanta facilidad que tenía que recogérsela continuamente, parecía hecha para la huida de Galatea bajo los sauces. Los labios sonrosados parloteaban de forma encantadora. Las comisuras de los labios, que miraban voluptuosamente hacia arriba como sucede en los mascarones antiguos de Erígone, parecían dar alas a los atrevimientos, pero las largas pestañas umbrosas caían discretamente sobre la algazara de la parte baja del rostro como para darle el alto. Había en todo su atavío un no sé qué cantarín y resplandeciente. Llevaba un vestido de barés malva, unos zapatitos cobrizos en forma de coturno cuyas cintas dibujaban unas X sobre las medias finas, blancas y caladas, y esa especie de chaqueta corta de muselina, invento marsellés, cuyo nombre, canesú, corrupción de las palabras *quinze août*[6] pronunciadas con el acento propio de La Canebière, significa buen tiempo, calor y tierras del sur. Las otras tres, menos tímidas como ya hemos dicho, iban escotadas sin más, cosa que, en verano y con sombreros cubiertos de flores, tiene mucho encanto y resulta muy insinuante; pero, comparado con esos arreglos atrevidos, el canesú de la rubia Fantine, con sus transparencias, sus indiscreciones y sus reticencias, ocultando y enseñando a la vez, parecía un hallazgo que provocaba a la decencia, y la célebre corte de amor que presidía la vizcondesa de Cette, la de los ojos verde mar, quizá habría otorgado el premio a la coquetería a ese canesú que competía en pro de la castidad. Lo más ingenuo es a veces lo más elaborado. Son cosas que pasan.

Esplendorosa de frente, delicada de perfil, con ojos de un azul profundo, párpados carnosos, pies arqueados y menudos, muñecas y tobillos de admirable encajadura, piel blanca que mostraba a trechos las arborescencia azuladas de las venas, mejillas pueriles y

lozanas, cuello robusto como las Junos eginéticas, la nuca fuerte y flexible, los hombros dignos de que los hubiera modelado Coustou y con un voluptuoso hoyuelo en medio que podía verse a través de la muselina; una alegría con un barniz de ensoñación, escultural y exquisita: así era Fantine; y podía intuirse bajo aquellos trapos y aquellas cintas una escultura; y, en esa escultura, un alma.

Fantine era guapa sin saberlo del todo. Los escasos soñadores, sacerdotes misteriosos de la hermosura, que comparan todo en silencio con la perfección, habrían vislumbrado en esa joven operaria, a través de la transparencia del encanto parisino, la antigua eufonía sacra. En aquella hija de la sombra había raza. Era hermosa con las dos especies, a saber, el estilo y el ritmo. El estilo es la forma de lo ideal; el ritmo es la forma en que se mueve.

Hemos dicho que Fantine era la alegría; Fantine era el pudor también.

Para un observador que la hubiera estudiado atentamente, lo que de ella se desprendía a través de toda aquella embriaguez de la edad, de la estación y del amorío era una expresión invencible de reserva y de modestia. Seguía estando algo extrañada. Aquel casto asombro es el matiz que separa a Psique de Venus. Fantine tenía los dedos largos, blancos y finos de la vestal que revuelve en las cenizas del fuego sagrado con un alfiler de oro. Aunque no le hubiera negado nada, demasiado pronto vamos a verlo, a Tholomyès, era su rostro, en estado de reposo, soberanamente virginal; algo parecido a una dignidad seria y casi austera se adueñaba de él en algunas circunstancias; y nada había más singular y turbador que ver cómo se apagaba en ese rostro el júbilo tan deprisa y el recogimiento ocupaba sin transición el lugar de la plenitud. Aquella seriedad súbita, muy acentuada a veces, semejaba el desdén de una diosa. Tenía en la frente, la nariz y la barbilla ese equilibrio de líneas, muy diferente del equilibrio de la proporción, cuyo resultado es la armonía del rostro; en ese intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior había ese pliegue imperceptible y adorable, señal misteriosa de la castidad, que hizo que Barbarroja se enamorase de una Diana aparecida en las excavaciones de Icona.

El amor es una culpa, admitámoslo. Fantine era la inocencia que salía a flote en la superficie de la culpa.

IV

Tholomyès está tan alegre que canta una canción española

Aquel día estaba hecho de aurora de punta a cabo. La naturaleza toda parecía entregada al asueto y risueña. Los parterres de Saint-Cloud aromatizaban el aire; el aliento del Sena movía blandamente las hojas; las ramas gesticulaban al viento; las abejas saqueaban los jazmines; todo un mundo bohemio de mariposas revoloteaba encima de las aquileas, los tréboles y las avenas fatuas; había en el augusto parque del rey de Francia un montón de vagabundos: los pájaros.

Las cuatro alegres parejas, mezclándose con el sol, los campos, las flores y los árboles, resplandecían.

Y todas, en esa comunidad paradisíaca, que hablaba, cantaba, corría, bailaba, perseguía a las mariposas, cortaba campanillas, y se mojaba las medias caladas de color de rosa en las hierbas altas, lozanas, alocadas y sin ápice de maldad, recibían donde cayeran los besos de todos, menos Fantine, encerrada en su inconcreta resistencia, soñadora y esquiva, y que estaba enamorada.

—Tú —le decía Favourite— eres siempre un poco rara.

En eso consisten las alegrías. Cuando pasan parejas felices es como una llamada honda a la vida y a la naturaleza, y de todo hacen brotar caricias y luz. Había una vez un hada que hizo los prados y los árboles ex profeso para los enamorados. De ahí viene ese eterno escaparse los amantes como se escapan los escolares de las aulas, que vuelve a empezar una y otra vez y durará mientras haya aulas y escolares. De ahí que la primavera sea tan popular entre los pensadores. El patricio y el ganapán, y el par y el duque y el humilde, los de corte y los de ciudad, como se decía antes, todos

ellos son súbditos de esa hada. Ríen, se buscan, hay en el aire una luz de apoteosis. ¡Cómo transfigura amar! Los pasantes de notario son dioses. Y los chilliditos, las persecuciones por la hierba, las cinturas abrazadas al vuelo, esas jergas que son melodías, esas adoraciones que estallan en la forma de decir una sílaba, esas cerezas que una boca le quita a otra, todo resplandece y transita en nimbos celestiales. Las muchachas hermosas se despilfarran tiernamente. Y es creencia común que nada de esto concluirá nunca. Los filósofos, los poetas y los pintores miran esos éxtasis y no saben qué hacer con ellos, de tan deslumbrados como los dejan. ¡Embarquemos hacia Citerea!, exclama Watteau; Lancret, el pintor del pueblo llano, contempla a esa clase media suya que alza el vuelo por el cielo azul; Diderot les tiende los brazos a todos esos amoríos, y D'Urfé les añade druidas.

Tras el almuerzo, las cuatro parejas fueron a ver, en el lugar que se llamaba a la sazón la glorieta del rey, una planta recién llegada de la India, cuyo nombre no conseguimos recordar ahora mismo y que, por entonces, movía a todo París a ir a Saint-Cloud; era un arbolillo raro y delicioso, de copa alta, cuyas incontables ramitas, delgadas como hilos, despeinadas y sin hojas, estaban cubiertas de un millón de rositas blancas, con lo que el arbusto parecía una melena con piojos que eran flores. Siempre había una muchedumbre admirándolo.

Tras ver el arbusto, Tholomyès exclamó: ¡Invito a un paseo en burro! Y, tras ajustar el precio con el burrero, volvieron por Vanves e Issy. En Issy, un incidente. El parque, un bien nacional que en aquella época pertenecía al proveedor del ejército Bourguin, estaba por casualidad abierto de par en par. Cruzaron la verja, fueron a visitar al muñeco anacoreta a su gruta, probaron los artificios misteriosos del famoso cuarto de los espejos, una artimaña lasciva digna de un sátiro convertido en millonario o de Turcaret metamorfoseado en Príapo. Sacudieron vigorosamente la amplia red que hacía de columpio atada a los dos castaños que ponderó el padre De Bernis. Al tiempo que columpiaban por turno a las bellas, con lo que, entre risas generalizadas, volaban pliegues de falda que no hubieran dejado descontento a Greuze, Tholomyès, algo español por ser de Toulouse, que es prima de Tolosa, cantaba con una melopea melancólica la antigua canción gallega cuya fuente de

inspiración fue seguramente alguna muchacha hermosa que volaba por las alturas en una cuerda entre dos árboles:

Soy de Badajoz.
Amor me llama.
Toda mi alma
es en mis ojos
porque enseñas
a tus piernas[7].

La única que no quiso columpiarse fue Fantine.

—No me gustan esos melindres —dijo por lo bajo Favourite en un tono bastante agrio.

Tras dejar los burros, nueva alegría; cruzaron el Sena en barco y, desde Passy, a pie, llegaron al portillo de L'Étoile. Recordemos que llevaban levantados desde las cinco de la mañana; pero ¡bah!, *los domingos no se cansa uno*, decía Favourite; *los domingos el cansancio libra*. A eso de las tres, las cuatro parejas, aturdidas de dicha, bajaban a toda velocidad por la montaña rusa, edificación singular que ocupaba entonces los altos de la Quinta Beaujon y cuya línea serpenteante se divisaba por encima de los árboles de Les Champs-Élysées.

De vez en cuando, Favourite exclamaba:

—¿Y la sorpresa? Quiero la sorpresa.

—Paciencia —contestaba Tholomyès.

V

En el café Bombarda

Tras sacarle todo el jugo a la montaña rusa, pensaron en cenar; y el radiante octeto, algo cansado por fin, fue a encallar en el café Bombarda, sucursal que había abierto en Les Champs-Élysées el famoso Bombarda, el cartel de cuyo restaurante podía verse por entonces en la calle de Rivoli junto al pasaje Delorme.

Una habitación grande, pero fea, con alcoba y cama al fondo (en vista de lo lleno que estaba el café los domingos tuvieron que aceptar aquel hospedaje); dos ventanas desde las que se podía contemplar, a través de los olmos, el muelle y el río; un espléndido rayo de luz de agosto rozando las ventanas; dos mesas; en una, una montaña triunfal de ramos revueltos con sombreros de hombre y de mujer; en la otra, las cuatro parejas sentadas alrededor de un alegre atascamiento de fuentes, platos, copas y botellas; jarros de cerveza revueltos con frascas de vino; poco orden en la mesa y unos cuantos desórdenes por debajo:

> Hacían bajo la mesa
> un ruido, un triquitraque de pies insoportable,

dice Molière.

Y en ésas estaba alrededor de las cuatro y media de la tarde la égloga que había empezado a las cinco de la mañana. El sol iba bajando, y el apetito, agotándose.

Les Champs-Élysées, llenos de sol y de gente, no eran sino luz y polvo, las dos cosas de que se compone la gloria. Los caballos de Marly, esos mármoles relinchantes, se encabritaban en una nube de

oro. Las carrozas iban y venían. Un escuadrón de apuestos guardias de corps, con el clarín en cabeza, bajaba por la avenida de Neuilly; la bandera blanca, algo sonrosada bajo el sol poniente, flotaba en la cúpula de Les Tuileries: La plaza de La Concorde, que había vuelto a ser plaza de Luis XV, rebosaba de paseantes satisfechos. Muchos llevaban la flor de lis de plata colgando de la cinta blanca de moaré que, en 1817, no había desaparecido aún de los ojales. Acá y allá, entre los transeúntes que hacían círculo y aplaudían, corros de niñas lanzaban al viento una *bourrée* borbónica muy conocida a la sazón, que pretendía fulminar el recuerdo de los Cien Días y cuyo estribillo era:

A nuestro padre de Gante devolvednos.
A nuestro padre devolvednos[8].

Muchísimos vecinos de los arrabales con la ropa de los domingos, luciendo a veces incluso la flor de lis como las personas acomodadas, dispersos entre la glorieta grande y la glorieta de Marigny, jugaban a las anillas o daban vueltas en los caballitos de madera; otros bebían; algunos, aprendices de imprenta, llevaban gorros de papel; se los oía reír. Todo estaba radiante. Era innegablemente un tiempo de paz y de honda seguridad monárquica, era la época en que un informe privado y especial del prefecto de policía Anglès dirigido al rey y referido a los arrabales de París concluía con estas líneas: «Bien pensado, Majestad, no hay nada que temer de esas gentes. Son despreocupadas e indolentes como gatos. El pueblo llano de las provincias se mueve; el de París, no. Todos son hombrecillos, Majestad, harían falta dos subidos uno encima de otro para llegarle a uno de vuestros granaderos. No hay nada que temer del populacho de la capital. Es de notar que la estatura de ese vecindario ha menguado aún más en los últimos cincuenta años; y el pueblo de los arrabales de París es más bajo que antes de la Revolución. No es peligroso. Es resumidas cuentas, es chusma, pero buena».

Que un gato pueda convertirse en león es algo que los prefectos de policía no creen que pueda ser posible; y, no obstante, ocurre, y tal es el milagro del pueblo de París. Por lo demás, a ese gato al que tanto despreciaba el conde Anglès lo estimaban las repúblicas de la

Antigüedad; encarnaba para ellas la libertad y, como para hacer juego con la Minerva áptera del Pireo, había en la plaza pública de Corinto el coloso en bronce de un gato. La ingenua policía de la Restauración veía al pueblo de París demasiado «de color de rosa». No es, por mucho que alguien lo crea, «chusma buena». El parisino es al francés lo que el ateniense al griego; nadie duerme mejor que él, nadie es frívolo y perezoso más a las claras, nadie parece tan olvidadizo; pero no hay que fiarse; tiende a todo tipo de indolencias, pero cuando al final del camino está la gloria, es admirable en toda clase de furias. Dadle una pica, y saldrá el 10 de agosto; dadle un fusil, y saldrá Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleón y el recurso de Danton. ¿Que se trata de la patria? Se alista. ¿Que se trata de la libertad? Arranca los adoquines. ¡Cuidado! Su cabello airado es épico; su blusón lo cubre con pliegues de clámide. Andad con cuidado. Convertirá la primera calle de Greneta que se le ponga a mano en unas horcas caudinas. Llegada la hora, ese hombre de los arrabales crecerá, ese hombrecillo se pondrá en pie y mirará de un modo terrible, y el aliento se le volverá tempestad y de ese pobre pecho encanijado saldrá viento suficiente para mover los plegamientos de los Alpes. Al hombre de los arrabales de París le debe la Revolución, unida a los ejércitos, el haber conquistado Europa. Canta, eso lo alegra. ¡Dadle una canción acorde con su forma de ser y ya veréis! Mientras no tiene más estribillo que la Carmañola, sólo derroca a Luis XVI; dadle a cantar *La Marsellesa* y liberará el mundo.

Y tras escribir esta nota en el margen del informe Anglès, volvamos a nuestras cuatro parejas. Como ya hemos dicho, la cena estaba acabando.

VI

Capítulo en que todos se adoran

Charlas en la mesa y charlas de amor: son aquéllas tan inaprensibles como éstas; las charlas de amor son nubes, las charlas en la mesa son humo.

Fameuil y Dahlia tarareaban; Tholomyès bebía, Zéphine reía, Fantine sonreía, Listolier tocaba una trompeta de madera que había comprado en Saint-Cloud, Favourite miraba tiernamente a Blachevelle y decía:

—Blachevelle, te adoro.

Con lo que a Blachevelle se le ocurrió una pregunta:

—¿Qué harías, Favourite, si dejase de quererte?

—¿Yo? —exclamó Favourite—. ¡Ay, no me digas eso ni siquiera en broma! Si dejases de quererme te saltaría encima, te arañaría, te clavaría las uñas, te tiraría al agua, te mandaría detener.

Blachevelle sonrió con la fatuidad voluptuosa de un hombre a quien le están halagando el amor propio. Favourite siguió diciendo:

—¡Sí, llamaría a la guardia! ¡Desde luego que no me pararía en barras! ¡Canalla!

Blachevelle, extasiado, se recostó en la silla y cerró orgullosamente ambos ojos.

Dahlia, sin dejar de comer, le dijo por lo bajo a Favourite entre el barullo.

—¿Así que a ese Blachevelle tuyo lo idolatras?

—¿Yo? Lo aborrezco —contestó Favourite en el mismo tono de voz volviendo a coger el tenedor—. Es un tacaño. Al que quiero es al muchacho que vive enfrente de mí. Está muy bien el joven ese, ¿lo conoces? Se nota que vale para actor. Me gustan los actores. En cuanto vuelve a casa, su madre dice: «¡Ay, Dios mío! Se acabó la

tranquilidad. Ya se va a poner a chillar. ¡Pero, querido, que me das dolor de cabeza!». Porque va por la casa, por los desvanes con ratas, por unos agujeros negros, tan arriba como puede subir, ¡y canta y declama y no sé qué más!, y se lo oye desde abajo. Gana ya un franco diario con un procurador escribiendo cosas de pleitos. Es hijo de un antiguo chantre de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. ¡Ay, qué bien está! Lo tengo tan loco que un día, cuando me vio haciendo la masa de las crepes, me dijo: «Señorita, haga buñuelos con sus guantes y me los comeré». Sólo a los artistas se les ocurren cosas así. ¡Ay, qué bien está! Estoy siendo muy insensata con ese chico. Pero a Blachevelle le digo que lo adoro. ¡Cómo miento, eh, cómo miento!

Favourite hizo una pausa y prosiguió:

—Dahlia, estoy muy triste. No ha dejado de llover en todo el verano, el viento me irrita, y el viento sigue como una fiera, Blachevelle es muy rácano, casi no hay guisantes en el mercado, no sabe una qué comer, tengo *spleen*, como dicen los ingleses. ¡La mantequilla está tan cara! Y además mira qué espanto, estamos cenando en un sitio en que hay una cama. ¡Es para cogerle asco a la vida!

VII

La sabiduría de Tholomyès

Entretanto, mientras unos cantaban, otros charlaban bulliciosamente, todos al tiempo; ya no era todo sino un barullo. Tholomyès intervino.

—No hablemos al azar ni demasiado deprisa —exclamó—. Meditemos si es que queremos ser deslumbrantes. Demasiada improvisación vacía neciamente el ingenio. A cervezas necias, ingenios romos… Señores, sin prisas. Mezclemos la majestad con la francachela; comamos con recogimiento; banqueteemos despacio. No nos apresuremos. Fíjense en la primavera; si se adelanta, está jugando con fuego, porque se hiela. Con el exceso de celo se pierden los melocotoneros y los alberchigueros. El exceso de celo mata el encanto y la alegría de las buenas cenas. ¡Nada de celo, señores! Grimod de la Reynière está de acuerdo con Talleyrand.

Una sorda rebelión rugió en el grupo.

—Tholomyès, déjanos de paz —dijo Blachevelle.

—¡Abajo el tirano! —dijo Fameuil.

—¡Bombarda, zalagarda y pularda! —gritó Listolier.

—Los domingos existen —añadió Fameuil.

—Estamos sobrios —apostilló Listolier.

—Tholomyès —dijo Blachevelle—, no me alteras, soy como el marqués[9].

—Qué va, mucho mejor —contestó Tholomyès.

Aquel juego de palabras tan malo cayó como una piedra en una charca. El marqués de Montcalm era por entonces un monárquico famoso. Todas las ranas se callaron.

—Amigos míos —exclamó Tholomyès con el tono de un hombre que recupera el imperio—, recobraos. Este retruécano caído del

cielo no hay que recibirlo con excesivo estupor. No todo lo que cae así es necesariamente digno de entusiasmo y respeto. El retruécano es la cagada del ingenio que vuela. Las bufonadas caen en cualquier parte; y el ingenio, tras poner una necedad como quien pone un huevo, se pierde en el azul del cielo. Una mancha blancuzca que se aplasta contra una roca no le impide volar al cóndor. ¡Lejos de mí la intención de meterme con el retruécano! Lo honro cuanto se merece; y nada más. La parte más augusta, sublime y adorable de la humanidad ha hecho juegos de palabras. Jesucristo hizo un retruécano acerca de san Pedro; Moisés, de Isaac; Esquilo, de Polínice; Cleopatra, de Octavio. Y fijaos bien en que ese retruécano de Cleopatra fue anterior a la batalla de Actium y que, sin él, nadie se acordaría de la ciudad de Toryne, nombre griego que quiere decir cucharón. Admitido lo cual, vuelvo a mi alegato. Lo repito, hermanos, nada de celo, nada de barullo, nada de excesos, ni tan siquiera en las guasas, las gracias, las juergas y los juegos de palabras. Hacedme caso, que tengo la prudencia de Anfiarao y la calvicie de César. Todo tiene un límite, incluso lo rebuscado, como se insinúa en *Est modus in rebus*. Todo tiene un límite, incluso las cenas. Les gustan las empanadillas dulces de manzana, señoras mías, no abusen de ellas. Incluso para los empanados se precisa sentido común y arte. La glotonería castiga al glotón. Gula castiga a Gulax. A la indigestión le tiene encargado Dios que les lea la cartilla a los estómagos. Y que no se les olvide a ustedes: todas nuestras pasiones, incluso el amor, tienen un estómago que no hay que llenar en exceso. En todo hay que escribir a tiempo la palabra *finis,* hay que contenerse; cuando el asunto se vuelve urgente, hay que cerrarle la puerta con cerrojo al apetito, meter en la trena la fantasía y llevarse uno personalmente al cuartelillo. El sabio es quien, en determinado momento, se detiene a sí mismo. Fiaos un poco de mí. Porque haya estudiado algo de derecho, si no mienten mis exámenes, porque sepa la diferencia entre la cuestión presentada y la cuestión pendiente, porque haya defendido una tesis en latín sobre la manera en que torturaban en Roma en los tiempos en que Munacio Demens era el cuestor encargado de los asuntos criminales, porque vaya a ser doctor a lo que parece, no se desprende obligatoriamente de todo eso que sea un imbécil. Os recomiendo la moderación en los deseos. ¡Hay que ver lo bien que

hablo! Es tan cierto como que me llamo Félix Tholomyès. ¡Dichoso quien, cuando llega la hora, toma un partido heroico y abdica como Silas, u Orígenes!

Favourite escuchaba con honda atención.

—¡Félix! —dijo—. ¡Qué palabra tan bonita! Me gusta ese nombre. Es latín. Quiere decir Próspero.

Tholomyès siguió diciendo:

—¡Quirites, gentlemen, *caballeros*[10], amigos míos! ¿Desean no sentir aguijón alguno y prescindir del lecho nupcial y desafiar al amor? Nada más sencillo. He aquí la receta: la limonada, el ejercicio exagerado, el trabajo forzado, cansaos hasta el agotamiento, arrastrad bloques, no durmáis, velad; atiborraos de bebidas nitrosas y de tisanas de ninfeas, paladead emulsiones de adormideras y de añocasto, aliñadme todo lo dicho con una dieta severa, moríos de hambre, sumad los baños fríos, los cinturones de hierbas, la aplicación de una chapa de plomo, las lociones con licor de Saturno y los fomentos de oxicrato.

—Prefiero una mujer —dijo Listolier.

—¡La mujer! —repuso Tholomyès—. Desconfiad de ella. ¡Desdichado el que se entrega al corazón cambiante de la mujer! La mujer es pérfida y tortuosa. Aborrece a la serpiente por celos del oficio. La serpiente es la tienda de enfrente.

—¡Tholomyès! —exclamó Blachevelle—. ¡Estás borracho!

—¡Ya lo creo! —dijo Tholomyès.

—Pues entonces sé alegre —añadió Blachevelle.

—Consiento en ello —contestó Tholomyès.

Y, llenando la copa, se puso de pie:

—¡Gloria al vino! *Nunc te, Bacche, canam!* Perdón, señoritas, hablaba en español. Y la prueba, *señoras*[11], hela aquí: como es el pueblo es el tonel. En la arroba de Castilla entran dieciséis litros; en el cántaro de Alicante, doce; en el almud de las Canarias, veinticinco; en el cuartillo de las Baleares, veintiséis; en la bota del zar Pedro, treinta. ¡Viva ese zar que era grande y viva su bota, que era aún mayor! Señoras, un consejo de amigo: yerren al elegir al vecino, si bien les parece. Lo propio del amor es equivocarse. El amorío no está hecho para tirarse al suelo y embrutecerse como una criada inglesa que padezca el callo de la fregona en las rodillas. ¡No es ésa su razón de ser, anda vagando alegremente, el dulce amorío!

Se ha dicho: errar es humano; y yo digo: errar es amoroso. Señoras, las idolatro a todas. ¡Ay, Zéphine, ay, Joséphine, de rostro más que engurruñado, sería encantadora si no tuviera la cara al bies! Es como si alguien se hubiera sentado por descuido encima de una cara bonita. En cuanto a Favourite, ¡oh, ninfas, oh musas!, un día en que Blachevelle saltaba el arroyo de la calle de Guérin-Boisseau, vio a una joven hermosa con medias blancas y bien tirantes que enseñaba las piernas. Le gustó aquel preámbulo, y Blachevelle se enamoró. Era de Favourite de quien se enamoró. Ay, Favourite, tienes labios jónicos. Existió un pintor griego, llamado Euforión, a quien apodaron el pintor de los labios. Sólo ese griego habría sido digno de pintar esta boca tuya. ¡Escucha! Antes de ti, no hubo criatura alguna digna de ese nombre. Estás hecha para recibir la manzana, igual que Venus, o para cometértela, como Eva. La belleza empieza en ti. Acabo de nombrar a Eva, tú fuiste quien la creó. Te mereces la patente de invención de la mujer bonita. ¡Ay, Favourite!, dejo de tutearla porque paso de la poesía a la prosa. Se refirió a mi nombre hace un rato, y eso me enterneció; pero, seamos quienes seamos, desconfiemos de los nombres. Pueden equivocarse. Me llamo Félix y no soy feliz. Las palabras son mentirosas. No aceptemos ciegamente las indicaciones que nos proporcionan. Sería un error escribir a Lieja para comprar tapones y a Pau para comprar guantes[12]. Miss Dahlia, si yo estuviera en su lugar, me llamaría Rosa. La flor tiene que oler bien y la mujer tiene que ser sutil. No digo nada de Fantine, es una soñadora, una ensoñadora, una pensativa, una sensitiva; ¡es un fantasma con forma de ninfa y pudor de monja, que anda extraviada por la vida de griseta, pero que busca refugio en las ilusiones, y que canta, y que reza, y que mira el azul del cielo sin saber muy bien qué ve ni qué hace y que, con los ojos alzados al firmamento, va errante por un jardín donde hay más aves de las que existen! ¡Ay, Fantine, debes saber lo siguiente: yo, Tholomyès, soy una ilusión! ¡Pero esa hija rubia de las quimeras ni me oye! Por lo demás, todo en ella es lozanía, suavidad, juventud, dulce luz matutina. ¡Ay, Fantine, muchacha digna de llamarse Marguerite o Perle, es usted una mujer del más bello oriente! Señoras, otro consejo: no se casen; el matrimonio es un injerto; prende bien o prende mal: huyan de ese riesgo. Pero ¡bah!, ¿qué demonios ando diciendo? Es un despilfarro de palabras.

Las muchachas son incurables en lo referido al casorio; y todo cuanto podamos decir nosotros, los sabios, no les impedirá a las chalequeras y a las ojeteras de botinas soñar con maridos ricos en diamantes. En fin, bien está; pero, hermosas muchachas, que no se os olvide esto: coméis demasiado azúcar. Sólo cometéis un error en una cosa, ¡oh, mujeres!, y es en andar comiscando azúcar. ¡Ay, sexo roedor de azúcar, tus bonitos dientecillos blancos se pirran por el azúcar! Pero atended bien: el azúcar es una sal. Toda sal seca. El azúcar es la sal que más seca. Chupa a través de las venas los líquidos de la sangre; de ahí se deriva la coagulación y, luego, la solidificación de la sangre; de ahí los tubérculos en el pulmón; de ahí la muerte. Y por eso la diabetes es vecina de la tisis. ¡Así que no toméis azúcar y viviréis! Ahora voy con los hombres: señores, hagan conquistas. Arrebataos unos a otros a vuestras bien amadas sin remordimiento. Paso cruzado. En amor, no hay amistades. En cualquier sitio donde haya una mujer bonita, están abiertas las hostilidades. ¡Guerra a discreción y sin cuartel! Una mujer guapa es un *casus belli:* una mujer guapa es un flagrante delito. Todas las invasiones de la historia las decidieron unas enaguas. La mujer es el derecho del hombre. Rómulo raptó a las sabinas; Guillermo raptó a las sajonas; César raptó a las romanas. El hombre a quien nadie ama planea como un buitre por encima de las amantes ajenas; y, en lo que a mí se refiere, les lanzo a esos desventurados que están viudos la proclama sublime de Bonaparte al ejército de Italia: «Soldados, os falta de todo. Al enemigo, no…».

Tholomyès se interrumpió.

—Descansa un poco, Tholomyès —dijo Blachevelle.

Al tiempo, Blachevelle, con la colaboración de Listolier y de Fameuil, empezó a cantar, con música lastimera, una de esas canciones de taller cuya letra se compone de las primeras palabras que se le pasan a uno por la cabeza, rimadas profusamente pero sin rima, vacías de sentido como el gesto del árbol y el ruido del viento, que nacen del vapor de las pipas y se disipan y alzan el vuelo con él. Ésta es la estrofa con que el grupo respondió a la arenga de Tholomyès:

Unos pazguatos le dieron
un dinero a un recadero

para hacer papa en San Juan
a Clermont-Tonnerre sin más,
y papa no pudo ser
porque cura nunca fue.
Y el rabioso recadero
se volvió con el dinero.

No era lo más adecuado para aplacar la improvisación de Tholomyès; vació el vaso, lo volvió a llenar y prosiguió.

—¡Abajo la sensatez! Olvidados de todo lo que he dicho. No seamos ni prudentes ni prusianos ni con prurito. Brindo por el júbilo; ¡seamos jubilosos! Completemos nuestra clase de derecho con la insensatez y la alimentación. Indigestión y digesto. ¡Que Justiniano sea el macho y Comilona sea la hembra! ¡Alegría en las profundidades! ¡Vive, oh, creación! El mundo es un diamante enorme. Soy feliz. Los pájaros son asombrosos. ¡Qué fiesta por doquier! El ruiseñor es un Jean Elleviou que canta gratis! ¡Te saludo, verano! ¡Oh, Luxembourg! ¡Oh, Geórgicas de la calle de Madame y de la avenida de L'Observatoire! ¡Ay, militronches soñadores! ¡Ay, todas esas niñeras adorables que, al tiempo que vigilan a los niños, se entretienen bosquejando otros! Me agradarían las pampas de América si no tuviera los soportales de L'Odéon. Me alza el vuelo el alma por las selvas vírgenes y las sabanas. Todo es hermoso. Las moscas zumban en los rayos de sol. El sol ha estornudado un colibrí. ¡Bésame, Fantine!

Se equivocó y besó a Favourite.

VIII

La muerte de un caballo

—Se cena mejor en Édon que en Bombarda —exclamó Zéphine.

—Me gusta más Bombarda que Édon —declaró Blachevelle—. Hay más lujo. Resulta más asiático. Fijaos en la sala de abajo. Está llena de espejos.

—Yo lo que quiero que estén llenos son los platos —dijo Favourite.

Blachevelle insistió:

—Fijaos en los cuchillos. Los mangos son de plata en Bombarda y de hueso en Édon. Ahora bien, la plata es más valiosa que el hueso.

—Menos para quienes tienen la barbilla de plata —comentó Tholomyès.

Estaba mirando en aquel instante la cúpula de los Inválidos, que se veía desde las ventanas del café Bombarda.

Hubo una pausa.

—Tholomyès —voceó Fameuil—, hace un rato teníamos una discusión Listolier y yo.

—Una discusión es buena —contestó Tholomyès—; una pelea es mejor.

—Discutíamos de filosofía.

—Bien está.

—Entre Descartes y Spinoza, ¿con quién te quedas?

—Con Désaugiers —dijo Tholomyès.

Y tras dictar sentencia tal, bebió y siguió diciendo:

—Consiento en vivir. No todo está acabado en este mundo, puesto que todavía podemos desbarrar. Doy gracias a los dioses inmortales. Mentimos, pero nos reímos. Afirmamos, pero dudamos.

Lo inesperado brota del silogismo. Es algo hermoso. Todavía existen aquí abajo humanos que saben abrir y cerrar alegremente la caja de sorpresas de la paradoja. ¡Esto, señoras mías, que están bebiendo tan tranquilas es vino de Madeira, para que lo sepan, de los viñedos de Coural das Freiras, que está a trescientas diecisiete toesas por encima del nivel del mar! ¡Ojito al beberlo! ¡Trescientas diecisiete toesas por encima del nivel del mar! ¡Y el señor Bombarda, ese espléndido miembro del negocio de los restaurantes, les da a ustedes estas trescientas diecisiete toesas por cuatro francos y medio!

Fameuil volvió a interrumpir:

—Tholomyès, tus opiniones tienen fuerza de ley. ¿Cuál es tu autor favorito?

—Ber…

—¿Berquin?

—No. Berchoux.

Y Tholomyès siguió diciendo:

—¡Honor a Bombarda! Igualaría a Munofis de Elefanta si pudiera sacar de algún sitio una almea; y a Tigelión de Queronea si pudiera traerme una hetaira, pues, oh, señoras mías, había Bombardas en Grecia y en Egipto. Nos lo dice Apuleyo. Siempre lo mismo, por desgracia, y nada nuevo. ¡Ya no queda nada inédito en la creación del creador! *Nil sub sole novum*, dice Salomón; *amor omnibus idem*, dice Virgilio; y Carabina embarca con Carabin en la galeota de Saint-Cloud, igual que Aspasia se embarcaba con Pericles en la flota de Samos. Una cosa más, la última. ¿Saben quién era Aspasia, señoras mías? Aunque vivió en una época en que las mujeres no tenían alma todavía, era un alma; un alma de una tonalidad rosa y púrpura, más llameante que el fuego, más lozana que la aurora; era la prostituta diosa. Manon Lescaut sumada a Sócrates. A Aspasia la crearon por si Prometeo precisaba de una puta.

Habría costado hacer callar a Tholomyès, que estaba lanzado, si no se hubiera desplomado un caballo en el muelle en aquel preciso instante. Con el choque, la carreta y el orador se pararon en seco. Se trataba de una yegua de Beauce, vieja, flaca y que estaba ya para el matadero, que iba tirando de una carreta muy pesada. Al llegar delante de Bombarda, el animal, agotado y agobiado, se había

negado a seguir andando. Apenas le dio tiempo al carretero, que maldecía indignado, a pronunciar con la energía oportuna una blasfemia ritual: *¡Virgen!*, reforzada con un latigazo implacable, cuando el penco cayó para no volver a levantarse más. Al barullo de los transeúntes, los alegres oyentes de Tholomyès volvieron la cabeza y Tholomyès aprovechó para poner punto final a la alocución con estos versos melancólicos:

> El lucero del alba la vio nacer potranca.
> La vio morir jamelgo la noche que llegaba.
> Corta, virgen, las rosas en su primera flor.

—¡Pobre caballo! —suspiró Fantine.

Y Dahlia exclamó:

—Resulta que ahora a Fantine le van a dar pena los caballos. ¡Pero cómo se puede ser tan tonta!

Precisamente entonces, Favourite, cruzándose de brazos y echando la cabeza hacia atrás, miró resueltamente a Tholomyès y dijo:

—¡Por cierto! ¿Y la sorpresa?

—Ha llegado el momento, efectivamente —contestó Tholomyès —.

—Caballeros, ha llegado el momento de sorprender a las señoras. Señoras, espérennos un momento.

—La sorpresa empieza con un beso —dijo Blachevelle.

—En la frente —añadió Tholomyès.

Todos les dieron, muy serios, un beso en la frente a sus respectivas amantes; luego, se encaminaron los cuatro, en fila, hacia la puerta, llevándose el dedo a los labios.

Favourite batió palmas cuando salieron:

—Qué divertido está resultando ya —dijo.

—No tardéis mucho —susurró Fantine—. Os esperamos.

IX

Alegre final de la alegría

Tras quedarse solas, las muchachas se acodaron de dos en dos en el antepecho de las ventanas, charloteando, asomando la cabeza y hablándose de un hueco a otro.

Vieron a los jóvenes salir del café Bombarda cogidos del brazo; se volvieron, les hicieron, riéndose, señas con la mano y se esfumaron entre ese polvoriento gentío de los domingos que invade cada siete días Les Champs-Élysées.

—¡No tardéis mucho! —gritó Fantine.

—¿Qué nos traerán? —dijo Zéphine.

—Seguro que será algo bonito —dijo Dahlia.

—Yo —añadió Favourite— quiero que sea de oro.

No tardó en distraerlas el barullo que había a la orilla del agua, que divisaban entre las ramas de los árboles altos y que las divertía mucho. Era la hora en que salían las sillas de posta y las diligencias. Casi todas las mensajerías del sur y del oeste pasaban a la sazón por Les Champs-Élysées. La mayoría iba siguiendo el muelle y salía por el portillo de Passy. A cada minuto, algún carruaje grande, pintado de amarillo y de negro, cargadísimo, con un tiro estruendoso, deformado a fuerza de baúles, de lonas y de maletas, repleto de cabezas que desaparecían en el acto, machacando la calzada, convirtiendo los adoquines en piedras de mechero, hendía la muchedumbre soltando todas las chispas de una fragua, el polvo haciéndole las veces de humo y con aspecto desatinado. Tanto escándalo divertía a las muchachas. Favourite exclamaba:

—¡Qué jaleo! Es como si saliera volando un montón de cadenas.

Hubo un momento en que uno de aquellos carruajes, que se divisaban con dificultad entre las frondas tupidas de los olmos, se

detuvo un instante para arrancar luego otra vez al galope. Fantine se quedó extrañada.

—¡Qué curioso! —dijo—. Creía que las diligencias no se paraban nunca.

Favourite se encogió de hombros:

—Esta Fantine es un caso. La trato por curiosidad. La deslumbran las cosas más tontas. Vamos a suponer que soy un viajero y le digo a la diligencia: «Me adelanto, recójame en el muelle, al pasar». La diligencia pasa, me ve, se detiene y me subo. Son cosas que ocurren a diario. No sabes nada de la vida, mi querida amiga.

Transcurrió así un rato. De repente, Favourite hizo un gesto como de alguien que se despierta.

—¡Bueno! —dijo—. ¿Y la sorpresa?

—Hombre, sí —añadió Dahlia—. ¿Y la famosa sorpresa?

—¡Están tardando mucho! —dijo Fantine.

No bien había soltado ese suspiro, entró el camarero que había servido la cena. Llevaba en la mano algo que parecía una carta.

—¿Y eso qué es? —preguntó Favourite.

El camarero contestó:

—Es un papel que han dejado los caballeros para las señoras.

—¿Y por qué no lo subió enseguida?

—Porque los caballeros —contestó el camarero— me mandaron que no se lo diera a las señoras hasta pasada una hora.

Favourite le arrebató el papel de las manos al camarero. Era una carta, efectivamente.

—¡Anda! —dijo—. No hay señas. Pero mirad lo que pone:

ÉSTA ES LA SORPRESA.

Se apresuró a quitarle las obleas a la carta, la abrió y leyó (sabía leer):

«¡Oh, amantes nuestras!

»Sabed que tenemos padres. Vosotras de padres no sabéis mucho. En el código civil, pueril y honrado, los llaman padres y madres. Esos padres se lamentan, esos ancianos nos llaman, esos buenazos y esas buenazas nos llaman hijos pródigos, desean que regresemos y nos ofrecen matar becerros. Obedecemos, pues

somos virtuosos. Cuando leáis esto, cinco caballos fogosos nos estarán llevando junto a nuestros papás y nuestras mamás. Nos largamos, como diría Bossuet. Nos vamos, ya nos hemos ido. Huimos en brazos de Laffitte y en alas de Caillard. La diligencia de Toulouse nos saca del abismo; y el abismo sois vosotras, ¡hermosas niñas nuestras! Volvemos a la buena sociedad, al deber y al orden. Le importa mucho a la patria que seamos, como todo el mundo, prefectos, padres de familia, guardas forestales y consejeros de Estado. Veneradnos. Os sacrificamos. Lloradnos deprisa y reemplazadnos sin tardar. Si esta carta os destroza, devolvedle el agravio. Adiós.

»Os hemos hecho felices casi dos años. No nos lo tengáis en cuenta.

»Firmado: BLACHEVELLE
»FAMEUIL
»LISTOLIER
»FÉLIX THOLOMYÈS

»POSTDATA. La cena está pagada».

Las cuatro jóvenes se miraron.

Favourite fue la primera en romper el silencio.

—Pues no deja de ser una broma estupenda.

—Tiene mucha gracia —dijo Zéphine.

—Se le debe de haber ocurrido a Blachevelle —siguió diciendo Favourite—. Y me enamora. En cuanto se va, lo quiero. Así son las cosas.

—No —dijo Dahlia—, ha sido idea de Tholomyès. Se nota.

—Pues en tal caso —saltó Favourite—, ¡abajo Blachevelle y viva Tholomyès!

—¡Viva Tholomyès! —gritaron Dahlia y Zéphine.

Y se echaron a reír.

Fantine se rió, como las otras.

Una hora después, tras regresar a su habitación, lloró. Era, como ya hemos dicho, su primer amor; se había entregado a Tholomyès como a un marido; y la pobre muchacha tenía una hija.

Libro cuarto

A veces encomendar es entregar

I

Una madre se encuentra con otra

Había, en el primer cuarto de este siglo, en Montfermeil, cerca de París, un a modo de figón que ya no existe en la actualidad. El figón aquel lo llevaban unas personas apellidadas Thénardier, que eran marido y mujer. Estaba en la callejuela de Le Boulanger. Podía verse encima de la puerta una tabla clavada en la pared, bien pegada a ella. En aquella tabla habían pintado algo que parecía un hombre que llevase a otro hombre cargado a las espaldas; y éste lucía abultadas charreteras de general, doradas y con estrellas plateadas muy anchas; unas manchas rojas remedaban la sangre; el resto del cuadro consistía en humo y representaba probablemente una batalla. Debajo se leía la inscripción siguiente: El sargento de Waterloo.

Nada más habitual que un carro con volquete o una carreta a la puerta de una posada. No obstante, el vehículo o, más bien, el trozo de vehículo que empantanaba la calle, delante de El sargento de Waterloo, una tarde de primavera de 1818, no cabe duda que abultaba tanto que le habría llamado la atención a cualquier pintor que hubiera pasado por allí.

Era el tren delantero de uno de esos remolques que usan en las comarcas con bosques y sirven para transportar tablones y troncos de árboles. Aquel tren delantero se componía de un eje macizo de hierro con pivote donde encajaba un pesado brazo y se apoyaba en dos ruedas de tamaño exagerado. El conjunto era achaparrado, apabullante y deforme. Hubiérase dicho la cureña de un cañón gigante. Los baches de las rodadas habían dejado en las ruedas, las llantas, los cubos, el eje y el brazo una capa de cieno, una enjalbegadura repulsiva y amarillenta bastante parecida a esa con la

que gustan muchas veces de adornar las catedrales. El barro tapaba la madera; y el orín, el hierro. Bajo el eje, colgaba, como si de un paño se tratara, una cadena de hierro muy gruesa digna de Goliat preso. Aquella cadena traía a la mente no las vigas que le correspondía trasportar, sino los mastodontes y los mammóns que habrían podido engancharse al carro; recordaba al presidio, pero a un presidio ciclópeo y sobrehumano; era como si se la hubieran quitado a algún monstruo. Homero habría atado con ella a Polifemo, y Shakespeare, a Calibán.

¿Por qué aquel tren delantero de un remolque estaba en aquel punto de la calle? De entrada, para tenerla empantanada; luego, para acabar de oxidarse. Hay en el antiguo orden social gran cantidad de instituciones con las que nos topamos de esa misma forma, al pasar, a cielo abierto, y que no tienen ninguna otra razón de ser para estar donde están.

El centro de la cadena colgaba debajo del eje casi rozando el suelo; y en la curva, como en la cuerda de un columpio, estaban sentadas y juntas, aquella tarde, deliciosamente enlazadas, dos niñas, una de unos dos años y medio y la otra de dieciocho meses, la menor en brazos de la mayor. Un pañuelo diestramente atado impedía que se cayeran. Una madre había visto aquella cadena espantosa y había dicho: «¡Anda! Un juguete para mis niñas».

Por lo demás, las dos niñas, arregladas con gracia y cierto rebuscamiento, estaban radiantes. Parecían dos rosas entre la chatarra; los ojos eran un triunfo; las mejillas lozanas reían. Una tenía el pelo de color castaño y la otra era morena. Los rostros ingenuos eran dos asombros extasiados; un matorral en flor que había cerca enviaba a los transeúntes aromas que parecían proceder de ellas; la de dieciocho meses llevaba al aire la barriguita con esa casta indecencia de los niños pequeños. Por encima y alrededor de esas dos cabezas delicadas, amasadas en dicha e inundadas de luz, el tren delantero gigantesco, negro de orín, casi terrible, de curvas enredadas y ángulos feroces, era como el arco de la entrada de una cueva. A pocos pasos, sentada en el umbral de la posada, la madre, una mujer de aspecto, por lo demás, poco grato, pero enternecedora en aquellos momentos, columpiaba a las dos niñas con un cordel largo, sin quitarles ojo por temor a un accidente, con esa expresión animal y celestial propia de la maternidad; en todos los vaivenes,

los repulsivos eslabones soltaban un ruido estridente que parecía un grito de ira; las niñas estaban extasiadas, el sol poniente participaba en aquel júbilo y nada podía concebirse tan encantador como aquel capricho del azar que había convertido una cadena de titanes en un balancín de serafines.

Mientras columpiaba a las dos niñas, la madre canturreaba, con voz desafinada, una romanza muy conocida por entonces:

Es preciso, decía un guerrero…

La canción y la contemplación de sus hijas le impedían oír y ver lo que sucedía en la calle.

Pero entretanto alguien se le había acercado mientras empezaba la primera estrofa de la romanza y, de pronto, oyó una voz que le decía junto al oído:

—Qué niñas tan bonitas tiene usted, señora.

—A la hermosa y tierna Imogina

respondió la madre, siguiendo con la romanza; luego, volvió la cabeza.

Tenía delante, a pocos pasos, a una mujer. Y también esa mujer tenía una niña, a la que llevaba en brazos.

Llevaba, además, un bolso de viaje bastante grande que parecía pesar mucho.

La niña de aquella mujer era uno de los seres más divinos que darse puedan. Tenía entre dos y tres años. Habría podido rivalizar con las otras dos en la coquetería del atuendo; llevaba una capota de tela fina, cintas en la camisita y puntillas de Valenciennes en el gorro. Por un pliegue levantado de la falda le asomaba el muslo blanco, regordete y firme. Era admirablemente sonrosada y sana. Daban ganas de hincarles el diente a las manzanas de las mejillas de aquella niña tan guapa. Nada podía decirse de los ojos, sino que debían de ser muy grandes y tenían unas pestañas espléndidas. Iba dormida.

Dormía con ese sueño de confianza absoluta propio de su edad. Los brazos de la madre están hechos de ternura; los niños duermen profundamente en ellos.

En cuanto a la madre, tenía una apariencia pobre y triste. Iba vestida como una operaria que tiende a ser de nuevo campesina. ¿Era joven? ¿Era guapa? A lo mejor; pero así vestida no se le notaba. El pelo, del que asomaba un mechón rubio, parecía muy abundante, pero lo cubría severamente una cofia de beguina, fea, pegada, estrecha y anudada debajo de la barbilla. Cuando una tiene dientes bonitos, se le pueden ver al reírse; pero esta mujer no se reía. Los ojos no parecían llevar mucho rato secos. Estaba pálida; parecía muy cansada y un tanto enferma; miraba a su hija, dormida en sus brazos, con esa expresión propia de las madres que han amamantado a sus hijos. Un pañuelo azul ancho, como esos que usan los inválidos para sonarse, doblado en forma de pañoleta, le tapaba toscamente la cintura. Tenía las manos tostadas y salpicadas de pecas, la aguja le había encallecido y destrozado el índice; llevaba un mantón de lana tosca, un vestido de retor y unos zapatones. Era Fantine.

Era Fantine. Resultaba difícil reconocerla. Sin embargo, mirándola atentamente, no había perdido la belleza. Un pliegue triste, que parecía un principio de ironía, le arrugaba la mejilla derecha. En cuanto al atuendo, aquel vestido aéreo de muselina y lazos, que parecía hecho de alegría, locura y música, lleno de cascabeles y oliendo a lilas, se había desvanecido como esas escarchas hermosas y resplandecientes que, al sol, parecen diamantes; se derriten y la rama se queda negra.

Habían pasado diez meses desde la «broma tan graciosa».

¿Qué había ocurrido en esos diez meses? Podemos adivinarlo.

Tras el abandono, los apuros económicos. Fantine perdió enseguida de vista a Favourite, Zéphine y Dahlia; al quebrarse el vínculo por la parte de los hombres, se desanudó por la parte de las mujeres; pasados quince días, se habrían quedado muy extrañadas si alguien les hubiera dicho que eran amigas; ya no tenía razón de ser que lo fueran. Fantine se quedó sola. Cuando se marchó el padre de su hija —esas rupturas son, por desdicha, irrevocables— se vio completamente aislada, tras haber perdido el hábito del trabajo y haber ganado la afición a pasarlo bien. La relación con Tholomyès la había llevado a desdeñar el oficio modesto que sabía desempeñar; había dado de lado las salidas que podía tener y éstas se habían cerrado. Ningún recurso. Fantine apenas si sabía leer y no

sabía escribir; de pequeña sólo le enseñaron a firmar con el nombre; fue al amanuense para que le escribiera una carta a Tholomyès; y, luego, otra, y otra más. Tholomyès no contestó a ninguna. Un día, Fantine oyó decir a unas comadres que miraban a su hija: «¿Se toma alguien en serio a estos niños? ¡Estos niños no le importan a nadie!». Se acordó entonces de Tholomyès, a quien no le importaba nada su hija y no se tomaba en serio a aquel ser inocente; y se le ensombreció el corazón en cuanto tuviera que ver con aquel hombre. Pero ¿qué partido tomar? Ya no sabía a quién dirigirse. Había cometido una falta, pero recordemos que tenía, en el fondo, una forma de ser recatada y virtuosa. Notó de forma inconcreta que estaba en vísperas de caer en la desesperación y resbalar hacia lo peor. Debía tener valor; lo tuvo y sacó fuerzas. Se le ocurrió que podría volver a su ciudad natal, Montreuil-sur-Mer. Allí, a lo mejor la conocía alguien y le daba trabajo. Sí, pero tendría que ocultar su falta. E intuía confusamente la posible necesidad de una separación aún más dolorosa que la primera. Se le oprimió el corazón, pero se decidió. Fantine, como ya veremos, tenía el indómito coraje de la vida. Ya había renunciado valientemente a arreglarse, y se vistió de retor, y todas las sedas, todos los trapitos, todos los lazos y todos los encajes se los puso a su hija, la única vanidad que le quedaba y que, en este caso, era una vanidad santa. Vendió todo lo que tenía y sacó doscientos francos; tras pagar unas cuantas deudas menudas, sólo le quedaron unos ochenta. A los veintidós años, una hermosa mañana de primavera, salió de París con la niña echada a la espalda. Quien las hubiera visto pasar a las dos habría sentido lástima. Aquella mujer no tenía en el mundo más que a aquella niña, y aquella niña no tenía en el mundo más que a aquella mujer. Fantine había amamantado a su hija; se había quedado débil del pecho y tosía un poco.

No volveremos a tener ocasión de mencionar de nuevo al señor Félix Tholomyès. Nos limitaremos a decir que, veinte años después, durante el reinado de Luis Felipe, era un importante procurador de provincias, influyente y rico, elector sensato y jurado muy severo; y que seguía siendo juerguista.

Mediado el día, tras haber cogido a ratos, para descansar, previo pago de quince o veinte céntimos por legua, lo que a la sazón se llamaban los Cochecitos Suburbanos de París, llegó Fantine a

Montfermeil y a la callejuela de Le Boulanger.

Según pasaba delante de la posada Thénardier, las dos niñas, encantadas con su balancín gigante, la deslumbraron por decirlo de alguna manera y se quedó parada ante esa visión alegre.

Existen hechizos. Aquellas dos niñas fueron un hechizo para esa madre.

Las miraba, muy conmovida. La presencia de los ángeles anuncia el paraíso. Le pareció ver encima de esa posada el misterioso AQUÍ de la providencia. ¡Estaba claro que aquellas dos niñas eran felices! Las miraba y las admiraba, tan enternecida que, cuando la madre se interrumpió entre dos versos de la canción para tomar aliento, no pudo por menos de decirle esa frase que acabamos de leer:

—Qué niñas tan bonitas tiene usted, señora.

A las fieras más ariscas las deja inermes que acaricien a sus crías. La madre alzó la cabeza, dio las gracias e invitó a sentarse a la transeúnte en el banco de la puerta mientras ella seguía sentada en el umbral. Las dos mujeres charlaron.

—Soy la señora Thénardier —dijo la madre de las dos niñas—. Llevamos esta posada.

No se le iba la romanza de la cabeza y siguió con ella entre dientes

> Es preciso, soy caballero
> y me marcho a Palestina.

La señora Thénardier era una mujer pelirroja, metida en carnes, angulosa: el tipo mismo de la soldadera en su peor apariencia. Y, cosa rara, melindrosa, hecho que le debía a su afición a leer novelas. Era una remilgada hombruna. Las novelas viejas que se van deshilachando en la imaginación de las taberneras producen efectos así. Todavía era joven; apenas si tendría treinta años. Si esa mujer, que estaba sentada en el suelo, hubiese estado erguida, a lo mejor la estatura elevada y la anchura de espalda de un coloso de feria habrían espantado de entrada a la viajera y enturbiado su confianza y se habría esfumado lo que vamos a referir. Una persona sentada, y no de pie: de cosas así dependen los destinos.

La viajera contó su historia, con ciertos cambios.

Que era una operaria; que su marido había muerto; que no tenía

trabajo en París y que iba a ver si lo encontraba en otra parte; en su tierra chica; que había salido de París esa misma mañana a pie; que, como llevaba a la niña en brazos, al notar el cansancio y toparse con el coche de Villemomble, lo había tomado; que desde Villemomble había llegado a pie a Montfermeil; que la niña había andado un rato, pero no mucho, era tan pequeña, y que había tenido que cogerla; y que el tesorito se había quedado dormido.

Y, al decir esto, le dio a su hija un beso apasionado que la despertó. La niña abrió los ojos, unos ojos grandes y azules como los de su madre, y miró, ¿qué?, nada, todo, con esa expresión seria y, a veces, severa de los niños pequeños, que es un misterio de su luminosa inocencia ante nuestras virtudes crepusculares. Diríase que notan que son ángeles y que saben que somos hombres. Luego la niña se echó a reír y, aunque la madre la sujetaba, se escurrió hasta el suelo con la indomable energía de un ser pequeño que quiere correr. De pronto, divisó a las otras dos niñas en el columpio, se detuvo en seco y sacó la lengua, lo cual era síntoma de admiración.

La Thénardier desató a sus hijas, las bajó del balancín y dijo:

—Jugad las tres juntas.

En esas edades la confianza nace deprisa; y, pasado un minuto, las niñas Thénardier estaban jugando con la recién llegada a hacer hoyos en el suelo, placer inmenso.

Aquella recién llegada era muy alegre; la bondad de la madre puede leerse en el carácter alegre del niño; había cogido una astillita, que le hacía las veces de pala, y excavaba con energía una fosa del tamaño de una mosca. La obra del enterrador se vuelve risueña cuando la hace un niño.

Las dos mujeres seguían charlando.

—¿Cómo se llama su cría?

—Cosette.

Cosette, léase Euphrasie. La niña se llamaba Euphrasie. Pero la madre había convertido Euphrasie en Cosette por ese dulce y encantador instinto de las madres y del pueblo, que cambian Josefa por Pepita y Françoise por Sillette. Es éste un tipo de derivados que da al traste con toda la ciencia de los etimólogos y la desconcierta. Conocimos a una abuela que había conseguido convertir en Gnon el nombre de Théodore.

—¿Qué edad tiene?
—Va a cumplir tres años.
—Como la mía mayor.
Entretanto las tres niñas se habían agrupado en una postura de honda ansiedad y beatitud: había ocurrido un acontecimiento; una lombriz muy grande acababa de salir del suelo; tenían miedo y estaban extasiadas.
Las frentes radiantes se tocaban; hubiérase dicho que eran tres cabezas dentro de una aureola.
—¡Hay que ver cómo se hacen amigos enseguida los niños! —exclamó la Thénardier—. Ahí donde las ve, parecen tres hermanas.
Ésa fue la chispa que estaba esperando probablemente la otra madre. Le cogió la mano a la Thénardier, la miró fijamente y le dijo:
—¿Quiere cuidarme a mi niña?
La Thénardier hizo uno de esos ademanes de sorpresa que ni consienten ni rechazan.
La madre de Cosette siguió diciendo:
—Ya ve, no puedo llevarme a mi hija a mi tierra. No es posible por el trabajo. Con un niño, no hay quien encuentre colocación. Son tan ridículos en la zona esa. Ha sido Dios el que me ha hecho pasar por delante de su posada. Cuando he visto a sus hijitas, tan guapas y tan arregladas y tan felices, me ha dado un vuelco el corazón. He dicho: ahí está una buena madre. Eso es: serán tres hermanas. Y yo además no tardaré mucho en volver. ¿Quiere cuidarme a mi niña?
—Sería cosa de pensarlo —dijo la Thénardier.
—Pagaría seis francos al mes.
Al llegar a ese punto, una voz de hombre gritó desde el fondo del figón:
—Menos de siete francos ni hablar. Y seis meses por adelantado.
—Seis por siete, cuarenta y dos —dijo la Thénardier.
—Los pagaré —dijo la madre.
—Y, aparte, quince francos para los primeros gastos —añadió la voz de hombre.
—Cincuenta y siete francos en total —dijo la señora Thénardier.
Y, entre esas cantidades, canturreaba distraídamente:

Es preciso, decía un guerrero.

—Los pagaré —dijo la madre—. Tengo ochenta francos. Me quedará bastante para llegar a mi tierra, si voy a pie. Allí ganaré dinero y en cuanto tenga un poco volveré a buscar a mi joyita.

La voz de hombre siguió diciendo:

—¿La criatura tiene ajuar?

—Es mi marido —dijo la Thénardier.

—Pues claro que tiene ajuar, pobrecita mía. Ya me he dado cuenta de que era su marido. ¡Y hay que ver qué ajuar! Un ajuar de primera. Todo por docenas; y vestidos de seda, como una señora. Aquí lo llevo, en el bolso de viaje.

—Tendrá que dejarlo —añadió la voz de hombre.

—¡Pues claro que lo dejaré! —dijo la madre—. ¡Tendría gracia que dejase a mi hija en cueros!

Apareció la cara del dueño.

—Está bien —dijo.

Llegaron a un arreglo. La madre pasó la noche en la posada, pagó el dinero y dejó a su hija, volvió a cerrar el saco de viaje, sin el bulto del ajuar y de poco peso a partir de ese momento, y se fue a la mañana siguiente, contando con volver pronto. Esas separaciones se organizan con calma, pero desesperan.

Una vecina de los Thénardier se cruzó con aquella madre según se iba y volvió diciendo:

—Acabo de ver a una mujer llorando por la calle que partía el alma.

Cuando se hubo marchado la madre de Cosette, el hombre le dijo a su mujer:

—Con eso voy a poder cubrir el pagaré de ciento diez francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta francos. ¿Sabes que me habrían mandado al agente judicial y me lo habrían protestado? Menuda trampa cebaste con tus niñas.

—Sin querer —dijo la mujer.

II

Primer esbozo de dos caras que no son trigo limpio

El ratón que había caído en la trampa era muy poca cosa, pero el gato se alegra incluso cuando el ratón es flaco.

¿Quiénes eran los Thénardier?

Digamos algo ahora mismo, sin esperar más. Ya completaremos el croquis más adelante.

Eran seres que pertenecían a esa especie bastarda que se compone de gente zafia que ha ido a más y de gente inteligente que ha ido a menos, que se halla entre la llamada clase media y la llamada clase inferior y que combina algunos de los fallos de ésta con casi todos los vicios de aquélla, careciendo del generoso impulso del obrero y del orden honrado del burgués.

Eran de esos caracteres enanos que, si por casualidad los calienta algún fuego oscuro, se vuelven con facilidad monstruosos. La mujer tenía un fondo bestial; y el hombre, calaña de granuja. Ambos eran harto probablemente capaces de esa especie de progreso repulsivo que se encamina hacia el mal. Existen almas de cangrejo, que retroceden continuamente hacia las tinieblas, que van marcha atrás por la vida, y no hacia adelante, y utilizan la experiencia para incrementar la deformidad, empeorando continuamente e impregnándose cada vez más de una perversidad en ascenso. Aquel hombre y aquella mujer tenían un alma de ésas.

Thénardier, sobre todo, pondría en apuros a un fisonomista. Basta con mirar a ciertos hombres para desconfiar de ellos, porque se los nota tenebrosos se los mire por donde se los mire. Vistos por detrás, son inquietos; vistos por delante, amenazadores. Lo desconocido mora en ellos. Ni es posible responder de lo que hicieron ni de lo que harán. La sombra que llevan en la mirada los

delata. En cuanto se los oye decir una palabra o se los ve hacer un gesto, se intuyen sombríos secretos en su pasado y sombríos misterios en su futuro.

El Thénardier que nos ocupa, si nos fiamos de lo que contaba, había sido soldado: sargento, a lo que decía; era probable que hubiera participado en la campaña de 1815, e incluso se había portado con bastante valor, por lo visto. Ya veremos más adelante qué sucedió en realidad. El rótulo de su taberna hacía alusión a uno de sus hechos de armas. Lo había pintado personalmente porque sabía hacer un poco de todo, pero mal.

Eran los años en que la antigua novela clásica, que tras haber sido *Clelia* no era ya más que *Lodoiska,* siempre noble, aunque cada vez más vulgar, degradada de la señorita de Scudéri a la señora de Bournon-Malarme y de la señora de Lafayette a la señora Barthélemy-Hadot, incendiaba las almas amantes de las porteras de París y causaba incluso ciertos estragos en el extrarradio. A la señora Thénardier le llegaba la inteligencia al punto justo para leer esa clase de libros. Se nutría de ellos. Ahogaba en ellos los pocos sesos que tenía; de ello sacó, mientras fue muy joven, e incluso algo más adelante, algo así como una actitud reflexiva ante su marido, granuja con cierto fondo, golfo letrado a no ser por la ausencia de gramática, zafio y agudo al tiempo, pero, en lo tocante a lo sentimental, lector de Pigault-Lebrun, y, «en todo lo referido al bello sexo», como decía en su jerga, palurdo correcto y sin mezcla alguna. Le llevaba a su mujer doce o quince años. Más adelante, cuando la melena novelescamente lacia como un sauce llorón se le empezó a poner gris, cuando la personalidad de la Harpía se separó del personaje de Pamela, la Thénardier no fue ya sino una mujer muy mala que se había deleitado con novelas estúpidas. No se leen sandeces con impunidad. La consecuencia fue que su hija mayor se llamaba Éponine. En cuanto a la pequeña, la pobre niña estuvo a punto de llamarse Gulnare; le debió a no sé qué feliz diversión, obra de una novela de Ducray-Duminil, llamarse nada más Azelma.

Por lo demás, y dicho sea de paso, no todo fue ridículo y superficial en esa peculiar época a la que estamos aludiendo y que podríamos llamar de la anarquía de los nombres de pila. Junto al elemento novelesco que acabamos de reseñar, está el síntoma social. Sucede con cierta frecuencia hoy en día que el mozo yuntero

se llame Arthur, Alfred o Alphonse y el vizconde —si es que aún quedan vizcondes— se llame Thomas, Pierre o Jacques. Ese desplazamiento que le pone el nombre «elegante» al plebeyo y el nombre campesino al aristócrata no es sino una corriente de igualdad. La irresistible penetración del aire nuevo está en eso como en todo lo demás. Tras esa discordancia aparente, hay algo grande y hondo, la Revolución Francesa.

III

La alondra

Para prosperar no basta con ser mala persona. El figón iba mal.

Gracias a los cincuenta y siete francos de la viajera, Thénardier pudo librarse de un protesto y cumplir con su firma. Al mes siguiente volvieron a necesitar dinero; la mujer se llegó a París y empeñó en el monte de piedad el ajuar de Cosette por sesenta francos. En cuanto se gastaron esa cantidad, los Thénardier se acostumbraron a no ver en la niña más que a una criatura que tenían en casa por caridad y la trataron a tenor de ello. Como ya no tenía ropa, la vistieron con las faldas viejas y las camisas viejas de las niñas Thénardier, es decir, con harapos. Le dieron de comer los restos de todo el mundo, algo mejor que al perro y algo peor que al gato. Por lo demás, el gato y el perro eran sus compañeros de mesa habituales; Cosette comía con ellos debajo de la mesa en un cuenco de madera igual que el suyo.

La madre, que se había afincado, como veremos más adelante, en Montreuil-sur-Mer, escribía, o mejor dicho, mandaba que escribieran todos los meses para saber de su hija. Los Thénardier contestaban invariablemente: «Cosette está de maravilla».

Cuando transcurrieron los seis primeros meses, la madre mandó siete francos para el mes siguiente y siguió con los envíos todos los meses con bastante puntualidad. Aún no había concluido al año cuando dijo Thénardier: «¡Se creerá que nos está haciendo un favor! ¿Qué quiere que hagamos con siete francos?». Y escribió para exigir doce. La madre, a la que tenían convencida de que la niña era feliz y «se criaba bien», cedió y envió los doce francos.

Hay caracteres que no pueden querer por un lado si no odian por el otro. La Thénardier quería con pasión a sus hijas y, por eso,

aborreció a la forastera. Es triste pensar que el amor de una madre pueda tener lados feos. Por muy poco lugar que ocupara en su casa Cosette, le parecía que se lo quitaba a su familia y que por culpa de esa criatura sus hijas tenían menos aire para respirar. Aquella mujer, como muchas mujeres de su categoría, tenía que gastar a diario cierta cantidad de caricias y cierta cantidad de golpes y de insultos. Si no hubiera estado Cosette, no cabe duda de que, por mucho que idolatrase a sus hijas, les habría tocado de todo; pero la forastera les sirvió para desviar los golpes. Sus hijas sólo recibieron caricias. Con cualquier gesto que hiciera, a Cosette le llovía una granizada de castigos violentos e inmerecidos. ¡Criatura débil y dulce que seguramente no entendía nada ni de este mundo ni de Dios; a quien continuamente castigaban, reñían, maltrataban, pegaban; y que veía a su lado a dos niñas como ella que vivían en un rayo de aurora!

La Thénardier era mala con Cosette; Éponine y Azelma fueron malas con ella. Los niños, a esa edad, no son sino ediciones de su madre. Sólo que en un formato más pequeño.

Pasó un año; luego, otro.

Decían en el pueblo:

—Qué buenas personas son los Thénardier. ¡Tienen poco dinero y crían a una pobre niña que dejaron abandonada en su casa!

Creían que a Cosette la había abandonado su madre.

Pero Thénardier, al enterarse por a saber qué vías turbias de que probablemente la niña era una bastarda y que la madre no podía confesarlo, exigió quince francos mensuales, diciendo que «la criatura» crecía y *comía,* y amenazando con mandársela. «¡A mí que no me fastidie —exclamaba— o le planto a su mocosa en medio de sus tapujos! Quiero un aumento.» La madre pagó los quince francos.

De año en año, la niña fue creciendo, y su miseria también.

Mientras era pequeñita, fue la víctima de las otras dos niñas; en cuanto creció un poco, es decir, antes incluso de cumplir cinco años, se convirtió en la criada de la casa.

Habrá quien diga: cinco años, qué inverosímil. Por desgracia, es cierto. El sufrimiento social empieza a cualquier edad. ¿No hemos visto acaso, hace poco, el juicio de un tal Dumolard, un huérfano convertido en bandido que ya desde los cinco años, dicen los documentos oficiales, como estaba solo en el mundo, «trabajaba

para vivir y robaba»?

A Cosette la mandaban a los recados, barría las habitaciones, el patio y la calle, fregaba los platos e incluso llevaba bultos pesados. Los Thénardier se sentían con tanto más derecho a comportarse así cuanto que la madre, que seguía en Montreuil-sur-Mer, empezó a pagar mal. Les debía unos cuantos meses.

Si aquella madre hubiera regresado a Montfermeil al cabo de aquellos tres años, no habría reconocido a su hija. Cosette, tan bonita y tan lozana al llegar a aquella casa, estaba ahora flaca y pálida. Tenía un indefinible aspecto de intranquilidad. «¡Es muy falsa!», decían los Thénardier.

La injusticia la había vuelto hosca y la miseria la había vuelto fea. Ya sólo le quedaban los hermosos ojos, que daban pena porque, al ser tan grandes, parecía que se le viera en ellos una cantidad mayor de tristeza.

Partía el corazón ver en invierno a aquella pobre niña, que no había cumplido aún los seis años, tiritando con unos pingos viejos y llenos de agujeros, barrer la calle antes de que fuera de día con una escoba grandísima en las manitas rojas y una lágrima en aquellos ojos tan grandes.

En la comarca la llamaban la Alondra. El pueblo, a quien le gustan las imágenes, había dado en ponerle ese nombre a aquella criatura menuda que no abultaba más que un pájaro, trémula, asustada y estremecida de frío, que se despertaba antes que nadie de la casa y del pueblo todas las mañanas y que siempre estaba en la calle o en el campo antes de amanecer.

Sólo que la pobre alondra no cantaba nunca.

Libro quinto

Hacia abajo

I

Historia de un progreso en los abalorios de cristal negro

Pero, en tanto, esa madre que, según la gente de Montfermeil, había abandonado a su hija, ¿qué era de ella?, ¿qué estaba haciendo?

Tras dejarles a los Thénardier a su Cosette, siguió adelante y llegó a Montreuil-sur-Mer.

Recordemos que estábamos en 1818.

Fantine se había ido de su ciudad de provincias hacía alrededor de diez años. Montreuil-sur-Mer había cambiado de aspecto. Mientras Fantine iba hacia abajo, despacio, de miseria en miseria, su ciudad natal había prosperado.

Hacía más o menos dos años había ocurrido allí uno de esos sucesos industriales que son los grandes acontecimientos de las comarcas pequeñas.

Se trata de un detalle importante y nos parece que debemos tratarlo in extenso; e incluso destacarlo, diríamos.

Desde tiempos inmemoriales, la industria de Montreuil-sur-Mer era la imitación de los azabaches ingleses y de los abalorios de cristal negro de Alemania. Aquella industria había vegetado siempre por el elevado precio de las materias primas, que repercutía en la mano de obra. Cuando llegó Fantine a Montreuil-sur-Mer, había ocurrido una transformación inaudita en la referida producción de los «artículos negros». A finales de 1815, un hombre, un desconocido, se afincó en la ciudad; y se le ocurrió usar en esa fabricación goma laca en vez de resina y, para las pulseras en particular, eslabones de chapa ajustada en vez de eslabones de chapa soldada. Ese cambio tan insignificante fue toda una

revolución.

Ese cambio tan insignificante, efectivamente, redujo extraordinariamente el precio de la materia prima, lo que permitió, en primer lugar, subirle el sueldo a la mano de obra, lo que benefició a la comarca; a continuación, mejorar la fabricación, lo que supuso una ventaja para el consumidor, y, en tercer lugar, vender más barato al tiempo que se triplicaban los beneficios, en provecho del industrial.

Una idea conseguía así tres resultados.

En menos de tres años, el autor de ese procedimiento se hizo rico, cosa que está bien, y enriqueció todo cuanto lo rodeaba, cosa que está aún mejor. Era forastero en la provincia. Nada se sabía de su origen; de sus comienzos, poca cosa.

Contaban que había llegado de la ciudad con muy poco dinero, unos pocos cientos de francos como mucho.

De ese magro capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa y fecundado mediante el orden y la inteligencia, había conseguido su fortuna y la fortuna de toda la comarca.

Al llegar a Montreuil-sur-Mer sólo tenía lo puesto, y el aspecto y la forma de hablar de un obrero.

Al parecer, el mismo día que hizo su entrada sin mayor ostentación en la población modesta de Montreuil-sur-Mer, cayendo la tarde de un día de diciembre, con el petate a la espalda y el bastón de espino en la mano, acababa de declararse un incendio tremendo en la casa consistorial. Aquel hombre se había metido arrojadamente entre el fuego y había salvado, poniendo en peligro su propia vida, a dos niños que habían resultado ser hijos del capitán de los gendarmes, en vista de lo cual, a nadie se le ocurrió pedirle el pasaporte. Más adelante se supo cómo se llamaba. Se apellidaba Madeleine.

II

Madeleine

Era un hombre de unos cincuenta años, que tenía expresión preocupada y era bueno. Eso era cuanto podía decirse de él.

Merced a los rápidos progresos de aquella industria que había renovado de forma tan admirable, Montreuil-sur-Mer se había convertido en un centro de negocios de envergadura. España, donde se usa mucho el azabache artificial, hacía anualmente pedidos enormes. En aquel ramo del comercio, Montreuil-sur-Mer le hacía casi la competencia a Londres y a Berlín. Los beneficios de Madeleine eran tales que ya en el segundo año pudo edificar una fábrica grande en la que había dos talleres muy amplios, uno para los hombres y otro para las mujeres. Todo el que pasara hambre podía presentarse con la seguridad de hallar trabajo y pan. Madeleine pedía a los hombres que fueran de buena voluntad; a las mujeres, que fueran de costumbres honestas; y a todos les pedía probidad. Había dividido los talleres para que ambos sexos estuvieran separados y que las mujeres pudieran seguir siendo virtuosas. En ese punto era inflexible. Era el único en que era hasta cierto punto intolerante. Tenía tanto más motivo para esa severidad cuanto que Montreuil-sur-Mer era una ciudad de guarnición y abundaban las ocasiones para corromperse. Por lo demás, su llegada había sido una bendición, y su presencia era providencial. Antes de que llegase Madeleine, todo languidecía en la comarca: ahora todo estaba vivo con la vida sana del trabajo. Una circulación vigorosa lo caldeaba todo y penetraba por doquier. El paro y la miseria eran algo desconocido. No había bolsillo tan sombrío que no hubiera en él algo de dinero, ni hogar tan pobre que no hubiera en él algo de alegría.

Madeleine daba trabajo a todo el mundo. Sólo exigía una cosa: hombres honrados y mujeres honestas.

Como ya hemos dicho, con aquella actividad de la que era causa y eje, Madeleine se había enriquecido, pero, hecho bastante singular en un simple comerciante, no parecía ser ésa su principal preocupación. Daba la impresión de que pensaba mucho en los demás y muy poco en sí mismo. En 1820, se sabía que tenía seiscientos treinta mil francos a su nombre en la banca Laffitte; pero, antes de reservar para sí esos seiscientos treinta mil francos, se había gastado más de un millón en la ciudad y en los pobres.

El hospital tenía muy poca dotación; él dotó diez camas. Montreuil-sur-Mer se dividía en Montreuil de arriba y Montreuil de abajo. En Montreuil de abajo, que era donde vivía, no había más que una escuela, una casucha de mala muerte que se estaba viniendo abajo; construyó dos, una de chicas y otra de chicos. Pagaba de su bolsillo a ambos maestros una indemnización que era el doble de los parcos emolumentos oficiales, y un día le dijo a alguien que manifestó extrañeza: «Los dos funcionarios más importantes del Estado son el ama de cría y el maestro de escuela». Dotó una sala de asilo, cosa a la sazón casi desconocida en Francia, y una caja de ayuda para los obreros viejos e inválidos. Como su manufactura era un foco, a su alrededor creció enseguida un barrio nuevo donde había no pocas familias indigentes; abrió una farmacia gratuita.

Al principio, cuando lo vieron empezar, unas cuantas personas de pro dijeron: «Es un barbián que quiere hacerse rico». Cuando vieron que enriquecía la comarca, esas mismas personas de pro dijeron: «Es un ambicioso». Y parecía tanto más probable cuanto que era hombre piadoso, e incluso practicante hasta cierto punto, cosa muy bien vista por entonces. Iba todos los domingos, con regularidad, a misa, aunque no a la misa mayor. Al diputado local, que se olía competidores por todos lados, no tardó en preocuparlo tanta devoción. Aquel diputado, que había sido miembro del cuerpo legislativo del Imperio, coincidía en ideas religiosas con un padre del oratorio conocido con el nombre de Fouché, duque de Otranto, cuyo protegido y amigo había sido. En la intimidad, Dios le importaba un bledo. Pero cuando vio a Madeleine, el acaudalado dueño de las manufacturas, ir a misa de siete, intuyó un posible

candidato y decidió tomarle la delantera; empezó a confesarse con un jesuita y fue a misa mayor y a vísperas. En aquellos tiempos, había que desposarse con la ambición llevándola al altar. Los pobres se beneficiaron de aquel temor tanto como Dios, porque el honorable diputado dotó también dos camas de hospital, con lo cual sumaron doce.

En ésas estaban cuando, en 1819, corrió una mañana el rumor por la ciudad de que, a propuesta del prefecto, y en consideración a los servicios prestados a la región, el rey iba a nombrar a Madeleine alcalde de Montreuil-sur-Mer. Quienes habían tildado al recién llegado de «ambicioso» cazaron al vuelo con entusiasmo esa ocasión que todos los hombres desean de poder exclamar: «¡Si ya lo decía yo!». Montreuil entero fue un runrún. El rumor era fundado. Pocos días después *Le Moniteur* publicó el nombramiento. Al día siguiente, Madeleine lo rechazó.

En ese mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento que había inventado Madeleine figuraron en la exposición de industria; tras el informe del jurado, el rey nombró al inventor caballero de la Legión de Honor. Nuevo runrún en la ciudad de provincias. ¡Claro! ¡Si eso era que lo que quería: la condecoración! Madeleine rechazó la condecoración.

Definitivamente, aquel hombre era un enigma. Las personas de pro salieron del paso diciendo: «Bien pensado, es algo así como un aventurero».

Ya hemos visto que la región le debía mucho y los pobres se lo debían todo; era de tanta utilidad que, al final, no había quedado más remedio que honrarlo; y era tan manso que al final no había quedado más remedio que quererlo; sus obreros, sobre todo, lo adoraban; y él vivía con esa adoración echándole algo parecido a una seriedad melancólica. Cuando ya lo dieron por rico, «las fuerzas vivas» lo saludaron y en la ciudad lo llamaron señor Madeleine; sus obreros y los niños siguieron sin llamarlo señor, y con eso era con lo que sonreía de mejor gana. Según iba ascendiendo, le llovían las invitaciones. «La buena sociedad» lo reclamaba. Los salones de quiero y no puedo de Montreuil-sur-Mer, tan estirados, que, por descontado, habían estado cerrados al principio para el artesano, se le abrieron de par en par al millonario. Se le insinuaron miles de veces. No se dio por enterado.

Tampoco ahora se quedaron sin nada que decir las personas de pro. «Es un hombre ignorante y sin educación. A saber de dónde habrá salido. No sabría comportarse en sociedad. No está nada claro que sepa leer.»

Cuando lo vieron ganar dinero, dijeron: es un comerciante. Cuando lo vieron repartir el dinero, dijeron: es un ambicioso. Cuando lo vieron rechazar los honores, dijeron: es un aventurero. Cuando lo vieron rechazar el trato social, dijeron: es un borrico.

En 1820, cinco años después de su llegada a Montreuil-sur-Mer, los servicios que había prestado a la región eran tan notorios y los deseos de la comarca fueron tan unánimes que el rey volvió a nombrarlo alcalde de la ciudad. Tampoco ahora lo aceptó, pero el prefecto se resistió a aceptar la negativa, todos los notables acudieron a rogárselo, el pueblo se lo suplicaba por la calle, tanta fue la insistencia que acabó por aceptar. Todo el mundo se fijó en que lo que más pareció decidirlo fue una anciana del pueblo que lo increpó a voces desde el umbral de su puerta con mal humor: *Un buen alcalde tiene su utilidad. ¿Puede uno quedarse atrás si está en su mano hacer un bien?*

Fue la tercera fase de su ascensión. Madeleine se había convertido en el señor Madeleine, y el señor Madeleine se convirtió en el señor alcalde.

III

Cantidades depositadas en la banca Laffitte

Por lo demás, seguía tan sencillo como el primer día. Tenía el pelo gris, la mirada seria, la piel curtida del obrero, la cara pensativa de un filósofo. Solía llevar un sombrero de ala ancha y una levita larga de paño grueso, abotonada hasta la barbilla. Cumplía con su cometido de alcalde, pero, aparte de eso, vivía aislado. Hablaba con poca gente. Evitaba tener que andarse con cumplidos, saludaba de refilón, se escabullía enseguida, sonreía para no tener que charlar. Las mujeres decían de él: «Es un lobo solitario, pero un buenazo». Lo que más le gustaba era pasear por el campo.

Comía siempre solo, con un libro abierto ante sí y leyendo. Tenía una biblioteca pequeña y bien escogida. Le gustaban los libros; los libros son amigos seguros con la cabeza fría. A medida que iba teniendo más dinero y, por lo tanto, más ratos de ocio, daba la impresión de que aprovechaba para cultivar la inteligencia. Desde que vivía en Montreuil-sur-Mer, se iba notando que, de año en año, hablaba con mayor educación y con palabras más escogidas y más mansas.

Le agradaba llevarse una escopeta cuando salía a pasear, pero pocas veces la usaba. Cuando lo hacía, por casualidad, tenía una puntería infalible que daba miedo. Nunca mataba un animal inofensivo. Nunca le disparaba a un pajarillo.

Aunque ya no era joven, decían que tenía una fuerza prodigiosa. Le echaba una mano a quien lo necesitara, ponía en pie un caballo, empujaba una rueda atascada en el barro, paraba un toro escapado agarrándolo por los cuernos. Llevaba siempre los bolsillos llenos de calderilla cuando salía, y vacíos al regreso. Cuando pasaba por un

pueblo, los arrapiezos harapientos corrían alegremente en pos de él y lo rodeaban como una nube de mosquitas.

Podía intuirse que había debido de vivir antes en el campo, porque tenía muchísimos secretos útiles que les contaba a los campesinos. Les enseñaba a acabar con la polilla del trigo rociando el granero e inundando las rendijas del suelo con una disolución de sal común; y a ahuyentar a los gorgojos colgando por todos lados, en las paredes y del tejado, en los pastos y en las casas, esclarea en flor. Sabía «recetas» para erradicar de un sembrado la vicia, el añublo, la ervilla, la rabaniza, la cola de zorra y todas esas plantas parásitas que se comen el trigo. Defendía una conejera contra las ratas sólo con el olor de un conejillo de Indias que metía dentro.

Un día, viendo a gente de por allí muy afanosa arrancando ortigas, miró el montón de plantas, arrancadas de raíz y ya secas, y dijo: «Están muertas. Y, sin embargo, serían algo bueno sabiéndolo aprovechar. Cuando la ortiga es joven, las hojas son una verdura excelente; cuando envejece, tiene filamentos y fibras, como el cáñamo y el lino. Los tejidos de ortiga no desmerecen de los de cáñamo. Picadas, las ortigas son buenas para las aves de corral; machacadas, para las reses. Las semillas de la ortiga, mezcladas con el forraje, le dan brillo al pelo de los animales; la raíz, mezclada con sal, proporciona un bonito color amarillo. Es, por lo demás, un heno excelente que se puede segar en dos veces. Y ¿qué necesita la ortiga? Poca tierra, ninguna atención y ningún cultivo. Sólo que la semilla va cayendo según madura y cuesta recogerla. Y eso es todo. Tomándose algún trabajo, la ortiga sería útil. No le hacemos caso, y se vuelve nociva. Y entonces la matamos. ¡Cuántos hombres se parecen a las ortigas!». Añadió, tras un silencio: «Amigos míos, que no se os olvide esto: no hay ni malas hierbas ni hombres malos. Sólo hay malos labriegos».

Los niños lo querían, además, porque sabía hacer objetos deliciosos con paja y cocos.

Cuando veía colgaduras negras en la puerta de una iglesia, entraba; buscaba los entierros igual que otros buscan los bautizos. Era de carácter tan dulce que sentía atracción por la viudedad y las penas de los demás; se unía a los amigos de luto, a las familias vestidas de negro, a los sacerdotes que gemían junto a un ataúd. Daba la impresión de que gustaba, para sus reflexiones, de esas

salmodias fúnebres colmadas de la visión de otro mundo. Con la mirada vuelta al cielo, escuchaba, con algo parecido a una aspiración hacia todos los misterios del infinito, esas voces tristes que cantan al filo del abismo sombrío de la muerte.

Hacía a escondidas muchísimas buenas obras, igual que se hacen a escondidas las malas. Entraba a hurtadillas por la noche en las casas; subía furtivamente las escaleras. Algún pobre diablo, al volver a su sotabanco, se encontraba con que le habían abierto la puerta, e incluso la habían forzado, mientras no estaba en casa. El pobre hombre ponía el grito en el cielo: «¡Ha estado aquí un malhechor!». Entraba y lo primero que veía era una moneda de oro olvidada encima de un mueble. «El malhechor» que había estado allí era Madeleine.

Era persona afable y triste. La gente del pueblo decía: «Mira, un hombre rico que no se lo tiene creído. Mira, un hombre feliz que no parece contento».

Había quien aseguraba que era un personaje misterioso y afirmaba que nadie entraba nunca en su cuarto, que era una auténtica celda de anacoreta amueblada con relojes de arena con alas y decorada con tibias cruzadas y calaveras. Y se hablaba mucho del asunto, de forma tal que algunas mujeres jóvenes, elegantes y maliciosas de Montreuil-sur-Mer fueron un día a su casa y le pidieron: «Señor alcalde, enséñenos su cuarto. Dicen que es una cueva». Él sonrió y las llevó en el acto a la «cueva». Y ellas quedaron escarmentadas de su curiosidad. Era un dormitorio que tenía, sin más, unos muebles de caoba bastante feos, como todos los muebles de esa clase, y, en las paredes, un papel de sesenta céntimos. Nada les llamó la atención, a no ser dos candeleros de factura antigua que estaban encima de la chimenea y parecían de plata, porque «llevaban control», que es detalle en que se fijan las ciudades pequeñas.

No por ello dejaron de decir que nadie entraba nunca en aquella habitación y que era una cueva de ermitaño, un soñadero, un agujero, un sepulcro.

También cuchicheaban que tenía cantidades «inmensas» en la banca Laffitte, con la peculiaridad de que estaban siempre y en el acto a su disposición, de forma tal, añadían, que entraba dentro de lo posible que el señor Madeleine llegase un día a las oficinas de

Laffitte, firmase un recibo y retirase sus dos o tres millones en diez minutos. De hecho, esos «dos o tres millones», como ya hemos dicho, se reducían a seiscientos treinta o seiscientos cuarenta mil francos.

IV

Luto del señor Madeleine

A principios de 1821, la prensa anunció el fallecimiento de monseñor Myriel, obispo de Digne, «conocido como *monseñor Bienvenu»,* que había muerto en olor de santidad a la edad de ochenta y dos años.

El obispo de Digne, dicho sea por añadir aquí un detalle que se omitió en los periódicos, llevaba, cuando murió, varios años ciego; y contento con su ceguera porque tenía a su hermana consigo.

Digamos de paso que ser ciego y que lo quieran a uno es, efectivamente, en este mundo en que nada es completo, una de las formas más curiosamente exquisitas de la felicidad. Tener continuamente al lado a una mujer, una hija, una hermana, una criatura adorable, que está ahí porque la necesitas y porque ella no puede vivir sin ti, saberse indispensable para quien nos es necesario, poder medir incesantemente su afecto por la cantidad de presencia que nos entrega y decirte: «si me da su tiempo por entero es porque tengo su corazón por entero»; ver el pensamiento ya que no se puede ver el rostro, comprobar la fidelidad de un ser en el eclipse del mundo, notar el roce de un vestido como si fuera un ruido de alas, oírla ir y venir, salir, volver, hablar, cantar, y saber que eres el centro de esos pasos, de esas palabras, de esa canción, demostrar a cada minuto la propia atracción, sentirse tanto más poderoso cuanto más inválido, volverse en la oscuridad y por la oscuridad el astro alrededor del que gravita el ángel, pocas dichas pueden igualarse a ésa. La felicidad suprema en la vida es el convencimiento de que nos quieren; de que nos quieren por nosotros mismos o, mejor dicho, pese a nosotros mismos; el ciego cuenta con ese convencimiento. En tamaño desvalimiento, que nos

sirvan es como si nos acariciaran. ¿Carece acaso el ciego de algo? No. Porque no se pierde la luz si se tiene el amor. ¡Y qué amor! Un amor virtuoso de pies a cabeza. No hay ceguera donde hay certidumbre. El alma busca a tientas al alma y la encuentra. Y esa alma hallada y probada es una mujer. Te sujeta una mano, es la de ella; una boca te roza la frente, es su boca; oyes muy cerca una respiración, es ella. Recibirlo todo de ella, desde su culto hasta su compasión; que nunca te deje; recibir socorro de esa dulce debilidad; apoyarte en ese junco inquebrantable; tocar a la Providencia con las manos y poder estrecharla entre los brazos, poder palpar a Dios. ¡Qué arrobo! El corazón, esa flor celestial y oscura, accede a un florecimiento misterioso. ¿Quién iba a cambiar una sombra así por la claridad toda? Ahí está el alma ángel, siempre ahí; si se aleja, es para regresar; se disipa como un sueño y aparece de nuevo como la realidad. Notas la calidez que se acerca, aquí está. Rebosas serenidad, buen humor y éxtasis; eres un resplandor radiante en la oscuridad. Y cuántas atenciones menudas. Naderías que son enormes en un vacío así. Los acentos más inefables de la voz femenina empleados para acunarte y que te hacen las veces del universo desvanecido. Te acarician con el alma. No ves nada, pero sientes que te adoran. Es un paraíso de tinieblas.

De ese paraíso pasó monseñor Bienvenu al otro.

La comunicación de su fallecimiento la reprodujo el periódico local de Montreuil-sur-Mer. El señor Madeleine apareció al día siguiente de luto riguroso y con un crespón en el sombrero.

En la ciudad llamó la atención ese duelo y hubo chismorreos. Se tomó como una luz referida a los orígenes del señor Madeleine. Llegaron a la conclusión de que en algo estaba relacionado con el venerable obispo. *Va de luto por el obispo de Digne*, dijeron los salones; y eso le dio mucho realce al señor Madeleine y le proporcionó de pronto y de golpe cierta consideración en los ambientes nobiliarios de Montreuil-sur-Mer. El microscópico barrio de Saint-Germain del lugar se planteó concluir con la cuarentena del señor Madeleine, probable pariente de un obispo. El señor Madeleine se percató del ascenso al ver que las señoras de edad le hacían más inclinaciones y las jóvenes le sonreían más. Una noche, una de las decanas de aquel gran mundo tan pequeño, curiosa por privilegios de la edad, se atrevió a decirle:

—El señor alcalde era seguramente primo del difunto obispo de Digne.

—No, señora —contestó.

—Pero si va usted de luto por él —siguió diciendo la matrona.

—Es que de joven fui lacayo de su familia —le respondió.

Otra cosa que se comentaba es que, siempre que pasaba por la ciudad un niño deshollinador, que recorría la comarca buscando chimeneas que deshollinar, el señor alcalde lo mandaba llamar, le preguntaba cómo se llamaba y le daba dinero. Los niños se lo contaban unos a otros, y pasaban muchos.

V

Relámpagos inconcretos en el horizonte

Poco a poco, andando el tiempo, desaparecieron todas las oposiciones. Primero hubo contra el señor Madeleine, pues es algo así como una ley que padecen siempre quienes ascienden, perfidias y calumnias; luego sólo hubo ya malicias; luego todo se desvaneció por completo; el respeto se volvió absoluto, unánime, cordial, y momento llegó, allá por 1821, en que las siguientes palabras: «el señor alcalde», se dijeron en Montreuil-sur-Mer casi con el mismo tono con que estas otras: «el señor obispo», se decían en Digne en 1815. Acudían de diez leguas a la redonda a consultar al señor Madeleine. Zanjaba las diferencias de opinión, impedía los pleitos, reconciliaba a los enemigos. Todos lo tomaban por juez para sus derechos. Era como si tuviera por alma el libro de la ley natural. Fue como una veneración contagiosa que, en seis o siete años, y de conocido en conocido, se extendió por toda la comarca.

Sólo hubo un hombre en la ciudad y en el municipio que se libró de ese contagio por completo y, por mucho que hiciera Madeleine, siguió rebelándose contra él, como si una especie de instinto, incorruptible e imperturbable, lo mantuviera alerta y lo intranquilizara. Existe, por lo visto, en algunos hombres un auténtico instinto animal, puro e íntegro, como todos los instintos, que crea las antipatías y las simpatías, que separa fatalmente unas formas de ser de otras, que nunca titubea, ni se altera, ni calla, ni se desdice nunca, meridiano en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario a cualesquiera consejos de la inteligencia y a todos los disolventes de la razón y que, sean como sean los destinos, avisa secretamente al hombre-perro de la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro de la presencia del hombre-león.

Con frecuencia, cuando el señor Madeleine pasaba por una calle, sosegado, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecía que un hombre de elevada estatura que vestía una levita gris del color del hierro, armado con un bastón grueso y tocado con un sombrero echado hacia los ojos, se volvía de pronto tras cruzarse con él y lo seguía con la vista hasta que desaparecía, moviendo despacio la cabeza y empujando con el labio inferior el labio superior hasta que le llegaba a la nariz; una mueca significativa que quería decir: «Pero ¿quién demonios es ese hombre? Estoy seguro de haberlo visto en alguna parte. Fuere como fuere, a mí no me engaña».

Aquel personaje, serio con una seriedad casi amenazadora, era de esos que, incluso vistos de refilón, preocupan al observador.

Se llamaba Javert y era de la policía.

Cumplía en Montreuil-sur-Mer el cometido penoso, pero útil, de inspector. No había visto los comienzos de Madeleine. Javert debía el puesto que ocupaba a la protección del señor Chabouillet, el secretario del conde Anglès, ministro de Estado, que era a la sazón el prefecto de policía de París. Cuando llegó Javert a Montreuil-sur-Mer, el importante dueño de las manufacturas ya era rico y Madeleine se había convertido en el señor Madeleine.

Algunos oficiales de policía tienen una apariencia física peculiar y que se complica con una expresión de bajeza entremezclada con otra expresión de autoridad. Javert tenía esa apariencia, pero sin bajeza.

Tenemos el convencimiento de que, si las almas fueran algo visible, se vería con claridad esa rareza de que a todos y cada uno de los individuos de la especie humana les corresponde una de las especies de la creación animal; y es una verdad, que el pensador apenas vislumbra, pero que podría comprobarse fácilmente, que desde la ostra hasta el águila, desde el cerdo hasta el tigre, el hombre tiene cabida para todos los animales y todos ellos están cada uno en un hombre. Y, a veces, varios a la vez.

Los animales no son sino los rostros de nuestras virtudes y de nuestros vicios, que nos deambulan ante los ojos, los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los muestra para que reflexionemos. Salvo que, como los animales no son sino sombras, Dios no los hizo educables en el sentido completo de la palabra;

¿para qué? Por el contrario, como nuestras almas son realidades y tienen una finalidad propia, Dios les dio inteligencia, es decir, posibilidad de educación. La educación social bien llevada puede siempre sacar de un alma, fuere cual fuere, la utilidad que reside en ella.

Dicho sea todo esto, por descontado, desde el punto de vista restringido de la vida terrestre aparente, y sin prejuzgar acerca de la honda cuestión de la personalidad anterior o posterior de los seres que no son el hombre. El yo que está a la vista no autoriza en forma alguna al pensador a negar el yo latente. Tras hacer constar esa reserva, sigamos adelante.

Y ahora, si ha quedado admitido por un momento, a tenor de la opinión que hemos expuesto, que en todo hombre está una de las especies animales de la creación, nos resultará fácil decir qué era el oficial de paz Javert.

Los campesinos asturianos creen firmemente que en cualquier camada de una loba hay un perro y que la madre lo mata porque, si no, al crecer, se comería a las demás crías.

Pongámosle rostro humano a ese perro hijo de una loba; y será Javert.

Javert había nacido en la cárcel y era el hijo de una echadora de cartas cuyo marido estaba en presidio. Al crecer, pensó que se hallaba fuera de la sociedad y no creyó que pudiera encontrar nunca un lugar en ella. Se fijó en que la sociedad deja irremisiblemente fuera a dos categorías de hombres: los que la atacan y los que la custodian; no tenía elección sino entre esas dos categorías; al tiempo, notaba en sí a saber qué fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, al que se sumaba un odio indecible hacia esa raza de gitanos a la que pertenecía. Ingresó en la policía. Le fue bien. A los cuarenta años ya era inspector.

De joven estuvo destinado en los presidios del sur de Francia.

Antes de seguir adelante, pongámonos de acuerdo acerca de qué entendemos por la expresión «rostro humano» que hace un momento le aplicábamos a Javert.

El rostro humano de Javert consistía en una nariz chata de ventanas muy profundas hacia las que subían dos patillas enormes. Quien veía por primera vez esos dos bosques y esas dos cavernas se sentía incómodo. Cuando Javert se reía, lo que era infrecuente y

terrible, los labios delgados se apartaban y asomaban no sólo los dientes, sino también las encías y alrededor de la nariz aparecían unas arrugas aplastadas y feroces, como en el hocico de una fiera. Cuando estaba serio, Javert era un dogo; cuando se reía, era un tigre. Por lo demás, era de cabeza pequeña y mandíbula enorme; el pelo le tapaba la frente y le caía sobre las cejas; entre ambos ojos, en el centro, un fruncimiento permanente, como una estrella de ira; la mirada, sombría; los labios, apretados, y temibles; la expresión, de mando despiadado.

Se componía aquel hombre de dos sentimientos muy simples y muy buenos dentro de un orden, pero que convertía casi en malos a fuerza de exagerarlos: el respeto por la autoridad y el aborrecimiento por la rebelión; y, desde su punto de vista, el robo, el asesinato, todos los crímenes no eran sino formas de rebelión. Arropaba en algo parecido a una fe ciega y profunda todo cuanto desempeña una función en el Estado, desde el primer ministro hasta el guarda forestal. Cubría de desprecio, de aversión y de asco todo cuanto hubiera cruzado una vez el umbral legal del mal. Era de opiniones absolutas y no admitía excepciones. Por un lado, decía: «El funcionario no puede equivocarse; el magistrado siempre tiene razón». Por otra: «Ésos están perdidos irremediablemente. Nada bueno puede salir de ellos». Participaba por completo de la opinión de esas mentes extremosas que le atribuyen a la ley humana no se sabe qué poder de fabricar demonios o, si se prefiere, de dejar constancia de ellos y que ponen una Estigia en la parte baja de la sociedad. Era estoico, serio, austero; tristemente ensimismado; humilde y altanero como los fanáticos. Tenía una mirada como una barrena, fría y taladradora. Cabía toda su vida entre estas dos palabras: la vigilia y la vigilancia. Había introducido la línea recta en lo más tortuoso; era consciente de que era útil, de que sus funciones eran una religión, de que era espía como otros son sacerdotes. ¡Pobre del que cayera en sus manos! Habría detenido a su padre si se hubiera escapado del penal y denunciado a su madre si hubiera quebrantado el destierro. Y lo habría hecho con esa especie de satisfacción interior que proporciona la virtud. A eso sumaba una vida de privaciones: aislamiento, abnegación, castidad, ningún entretenimiento nunca. Era el deber implacable, la policía entendida de la misma forma que entendían Esparta los espartanos,

una guardia inflexible, una honradez implacable, un *miembro de la pasma* de mármol. Bruto encarnado en Vidocq.

Toda la persona de Javert era la expresión del hombre que espía y hurta el bulto. La escuela mística de Joseph de Maistre, que, por entonces, eso que recibía el nombre de prensa ultra aliñaba con elevada cosmogonía, no habría perdido oportunidad de decir que Javert era un símbolo. No se le veía la frente, que se ocultaba bajo el sombrero; no se le veían los ojos, que se perdían bajo las cejas; no se le veía la barbilla, que se sumía en la corbata; no se le veían las manos, que se le metían en las mangas; no se le veía el bastón, que llevaba debajo de la levita. Pero, si llegaba la ocasión, de pronto se veían salir de toda aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada funesta, una barbilla amenazadora, unas manos enormes y una tranca monstruosa.

En los ratos de ocio, que eran poco frecuentes, aunque aborrecía los libros, leía, razón por la cual no era del todo iletrado. Se le notaba en cierto énfasis que tenía al hablar.

No tenía vicio alguno, como ya hemos dicho. Cuando estaba satisfecho de sí mismo, se permitía una pulgarada de rapé. Sólo eso lo entroncaba a la humanidad.

No costará entender que Javert era el espanto de toda esa clase que las estadísticas anuales del ministerio de Justicia incluye en la rúbrica: *Nómadas y vagabundos*. Al oír nombrar a Javert, salían huyendo; al ver la cara de Javert, se quedaban petrificadas.

Tal era aquel hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre clavado en el señor Madeleine. Ojo repleto de sospechas y de conjeturas. El señor Madeleine había acabado por darse cuenta, pero dio la impresión de que le parecía algo insignificante. Ni le hizo pregunta alguna a Javert, ni lo buscaba ni lo evitaba; soportaba, como si no la notara, aquella mirada molesta y casi agobiante. Trataba a Javert como a todo el mundo, con desenvoltura y bondad.

Por unas cuantas palabras que se le habían escapado a Javert, se intuía que había investigado en secreto, con esa curiosidad que depende de la raza y en la que entra tanto instinto como voluntad, todos los rastros anteriores que Madeleine hubiera podido dejar en otros lugares. Parecía saber, y lo decía a veces con palabras encubiertas, que alguien había dado con ciertas informaciones en

cierta región acerca de cierta familia que había desaparecido. Una vez llegó a decir, hablando consigo mismo: «¡Creo que ya lo he pillado!». Luego estuvo tres días pensativo, sin decir ni palabra. Por lo visto el hilo que creía tener cogido se había roto.

Por lo demás, y en esto reside el enderezamiento necesario para el sentido demasiado absoluto que podrían tener algunas palabras, en criatura humana alguna puede haber nada verdaderamente infalible, y lo propio del instinto es precisamente que puede alterarse, despistarse y desconcertarse. Pues, en caso contrario, sería superior a la inteligencia, y el animal tendría entonces mayores luces que el hombre.

Estaba claro que a Javert lo desconcertaban un tanto la absoluta naturalidad y la calma del señor Madeleine.

Hubo un día, no obstante, en que su peculiar forma de ser pareció impresionar al señor Madeleine. He aquí en qué circunstancias.

VI

Fauchelevent

Pasaba el señor Madeleine una mañana por una callejuela sin pavimentar de Montreuil-sur-Mer. Oyó ruido y vio un grupo a cierta distancia. Se acercó. Un viejo, que se llamaba Fauchelevent, acaba de caerse debajo del carro cuyo caballo se había desplomado.

El tal Fauchelevent era de los pocos enemigos que le quedaban aún al señor Madeleine por entonces. Cuando llegó Madeleine a la comarca, Fauchelevent, antiguo escribano y campesino casi instruido, tenía un comercio al que empezaba a irle mal. Fauchelevent vio cómo hacía dinero aquel simple obrero, mientras que él, un propietario, se arruinaba. Aquello lo llenó de envidia y en cualesquiera ocasiones hizo cuanto pudo para perjudicar a Madeleine. Luego llegó la quiebra, y el viejo, que no tenía ya sino un carro y un caballo, ni tenía tampoco familia ni hijos por lo demás, se hizo carretero para ganarse la vida.

Al caballo se le habían roto los dos muslos y no podía levantarse. El anciano se había quedado atrapado entre las ruedas. La caída había sido tan desafortunada que todo el peso del vehículo le oprimía el pecho. El carro llevaba una carga bastante pesada. Fauchelevent soltaba estertores angustiosos. Habían intentado sacarlo, pero en vano. Un esfuerzo descontrolado, una ayuda torpe, una sacudida en falso podían rematarlo. Era imposible liberarlo más que levantando el carruaje por debajo. Javert, que había llegado en el momento del accidente, había enviado a buscar un gato.

Llegó el señor Madeleine. Se apartaron todos respetuosamente.

—¡Socorro! —gritaba Fauchelevent—. ¿Quién será la buena persona que salve a este viejo?

El señor Madeleine se volvió hacia los presentes.

—¿Tenemos un gato?

—Han ido a buscar uno —contestó un labriego.

—¿Cuánto tardará en llegar?

—Han ido al sitio que caía más cerca, al caserío de Flachot, donde hay una buena herrería; pero el caso es que hará falta un cuarto de hora largo.

—¡Un cuarto de hora! —exclamó el señor Madeleine.

Había llovido la víspera, el suelo estaba empapado, el carro se iba hundiendo en la tierra por momentos y le oprimía cada vez más el pecho al carretero. Estaba claro que antes de que pasaran cinco minutos le rompería las costillas.

—No podemos esperar un cuarto de hora —les dijo Madeleine a los labriegos que estaban mirando.

—¡No queda más remedio!

—¡Pero ya será tarde! ¿No os dais cuenta de que el carro se está hundiendo?

—¡Ya!

—¡A ver! —siguió diciendo Madeleine—. Todavía queda sitio suficiente debajo del carruaje para que se meta un hombre y lo levante con la espalda. Bastará con medio minuto para sacar a este pobre hombre. ¿Hay aquí alguien con fuerza y con coraje? ¡Puede ganarse cinco luises de oro!

Nadie se movió en el grupo.

—¡Diez luises! —dijo el señor Madeleine.

Los presentes bajaban la vista. Uno de ellos susurró: «Habría que ser endemoniadamente fuerte. ¡Y además se arriesga uno a que lo aplaste!».

—¡Venga! —insistió el señor Madeleine—. ¡Veinte luises!

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta.

El señor Madeleine se volvió y reconoció a Javert. No lo había visto al llegar.

Javert siguió diciendo:

—Lo que les falta es fuerza. Menudo hombretón habría que ser para levantar un carruaje así con la espalda.

Luego, mirando fijamente al señor Madeleine, prosiguió, recalcando todas las palabras que iba diciendo:

—Señor Madeleine, no he conocido nunca más que a un hombre

capaz de hacer lo que está usted pidiendo.

Madeleine se sobresaltó.

Javert añadió con expresión indiferente, pero sin quitarle ojo a Madeleine:

—Era un presidiario.

—¡Ah! —dijo Madeleine.

—Del penal de Tolón.

Madeleine se puso pálido.

Entretanto, la carreta seguía hundiéndose despacio. Fauchelevent vociferaba entre estertores:

—¡Me asfixio! ¡Se me rompen las costillas! ¡Un gato! ¡Algo! ¡Ay!

Madeleine miró en torno:

—¿Así que no hay nadie que quiera ganarse veinte luises y salvarle la vida a este pobre viejo?

Ninguno de los presentes se movió. Javert añadió:

—Sólo he conocido a un hombre que pudiera hacer lo que un gato, y era ese presidiario.

—¡Ay, que ya me aplasta! —gritó el anciano.

Madeleine alzó la cabeza, se topó con la mirada de halcón de Javert, que seguía clavada en él; miró luego a los labriegos inmóviles y sonrió con tristeza. Luego, sin decir palabra, se puso de rodillas y, antes incluso de que el gentío hubiera podido soltar un grito, ya estaba debajo del coche.

Hubo un espantoso momento de expectación y de silencio.

Vieron cómo Madeleine, casi de bruces bajo aquel peso espantoso, intentaba en vano por dos veces acercar los codos a las rodillas. Le gritaron: «¡Madeleine! ¡Quítese de ahí!». El propio Fauchelevent dijo: «¡Señor Madeleine! ¡Váyase! ¡Será que me toca morirme, ya ve! ¡Déjeme! ¡Lo va a aplastar a usted también!». Madeleine no contestó.

Los presentes jadeaban. Las ruedas se habían seguido hundiendo y ya era casi imposible que Madeleine saliera de debajo del coche.

De repente vieron que aquella mole enorme se movía; el carro se elevaba despacio, las ruedas salían a medias del surco de las rodadas. Se oyó una voz ahogada que decía: «¡Daos prisa! ¡Echad una mano!». Era Madeleine, que acababa de hacer un último esfuerzo.

Todos se abalanzaron. La abnegación de uno les había dado a

todos fuerza y coraje. Veinte brazos retiraron el carro. Fauchelevent se había salvado.

Madeleine se incorporó. Estaba lívido, aunque el sudor le chorreaba. Tenía la ropa rota y cubierta de barro. Todos lloraban. El anciano le besaba las rodillas y decía que era Dios. Y él tenía en el rostro una indefinible expresión de sufrimiento dichoso y celestial y clavaba la mirada tranquila en Javert, que seguía mirándolo.

VII

Fauchelevent entra de jardinero en París

Fauchelevent se había dislocado la rodilla en la caída. Madeleine mandó que lo llevasen a una enfermería que había creado para los obreros en el propio edificio de la fábrica y que atendían dos hermanas de la caridad. A la mañana siguiente, el anciano halló un billete de mil francos en la mesilla de noche con la siguiente nota de puño y letra de Madeleine: *Le compro el carro y el caballo*. El carro estaba roto y el caballo se había muerto. Fauchelevent sanó, pero se le quedó la rodilla anquilosada. El señor Madeleine, por recomendación de las hermanas y del párroco, consiguió que el buen hombre entrase de jardinero en un convento de monjas del barrio de Saint-Antoine de París.

Poco tiempo después, al señor Madeleine lo hicieron alcalde. La primera vez que Javert vio al señor Madeleine llevando la banda que le daba autoridad total en la ciudad notó esa especie de estremecimiento que notaría un dogo que olfatease a un lobo dentro de la ropa de su amo. A partir de ese momento lo evitó cuanto pudo. Cuando las necesidades del servicio se lo exigían imperiosamente y no le quedaba más remedio que reunirse con el señor alcalde, le hablaba con un profundo respeto.

Aquella prosperidad de Montreuil-sur-Mer, obra del señor Madeleine, tenía, además de las señas visibles que hemos indicado, otro síntoma que, no por invisible, era menos significativo. Es algo que nunca engaña. Cuando la población padece, cuando el trabajo falta, cuando no hay comercio, el contribuyente se resiste a pagar los impuestos por penuria, agota los plazos y los rebasa, y al Estado le salen muy caros los gastos de apremio y cobro. Cuando el trabajo abunda, cuando la comarca es feliz y rica, los impuestos se pagan

de buen grado y le cuestan poco al Estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas cuentan con un termómetro infalible: los gastos de cobro de los impuestos. En siete años, los gastos de cobro de los impuestos se habían quedado en la cuarta parte en el distrito de Montreuil-sur-Mer, con lo que aquel distrito lo citaba con frecuencia, destacándolo de todos los demás, el señor de Villèle, a la sazón ministro de Hacienda.

Tal era la situación de la comarca cuando regresó Fantine. Nadie se acordaba ya de ella. Por fortuna, la puerta de la fábrica del señor Madeleine era como un rostro amigo. Allí se presentó y la cogieron en el taller de mujeres. El oficio le resultaba completamente nuevo a Fantine, no podía darse mucha maña y, por lo tanto, sacaba poca cosa de la jornada de trabajo, pero le bastaba; a fin de cuentas, el problema estaba resuelto, se ganaba la vida.

VIII

La señora Victurnien se gasta treinta y cinco francos en aras de las buenas costumbres

Cuando Fantine vio que podía vivir, tuvo un arrebato de alegría. ¡Vivir honradamente del trabajo, qué merced del cielo! Recobró en serio el gusto por el trabajo. Se compró un espejo, se alegró de ver en él su juventud, su bonito pelo y sus bonitos dientes, se le olvidaron muchas cosas, no pensó ya sino en su Cosette y en el porvenir posible y fue casi feliz. Alquiló una habitacioncita y la amuebló a crédito a cuenta del trabajo futuro, un resto de sus hábitos de desorden.

Como no podía decir que estaba casada, tuvo buen cuidado, como hemos insinuado ya, de no mencionar a su niña.

En esos comienzos, ya lo hemos visto, pagaba con regularidad a los Thénardier. Como no sabía más que firmar, no le quedaba más remedio que recurrir al escribano para escribirles.

Escribía con frecuencia. Y llamó la atención. Empezaron a decir por lo bajo en el taller de mujeres que Fantine «escribía cartas» y que «hacía cosas raras».

No hay nadie que más espíe lo que hace la gente que aquellos a quienes ni les va ni les viene. «¿Por qué no vuelve nunca ese señor hasta que ya es casi de noche? ¿Por qué Fulanito de Tal no deja nunca la llave colgada del clavo los jueves? ¿Por qué va siempre por las calles estrechas? ¿Por qué esa señora se baja siempre del coche de punto antes de llegar a su puerta? ¿Por qué manda a comprar un bloc de papel de cartas si "tiene hojas a porrillo en la caja de papel de cartas"?», etc., etc. Hay personas que, para enterarse de la clave de esos enigmas, que, por lo demás, no van con ellos en absoluto, gastan más dinero, le echan más tiempo y se toman más trabajo de

los que necesitarían para llevar a cabo diez buenas obras; y todo ello gratuitamente, por gusto, sin que nada los compense de esa curiosidad sino la curiosidad misma. Se pasarán días enteros siguiendo a éste o a aquélla, se quedarán horas de plantón en las esquinas, debajo de portones de verjas, de noche, con frío y con lluvia, corromperán a recaderos, emborracharán a cocheros de punto y a lacayos, pagarán a una doncella, comprarán a un portero. ¿Para qué? Para nada. Pura cabezonería de ver, de saber, de enterarse. Pura comezón por contarlo. Y, con frecuencia, cuando se saben esos secretos, cuando se publican esos misterios, cuando salen a la luz del día esos enigmas, suceden catástrofes, duelos, quiebras; hay familias que se arruinan, existencias destrozadas para mayor regocijo de quienes «lo han descubierto todo» sin interés alguno y sólo por puro instinto. ¡Qué cosa más triste!

Algunas personas son malas sólo por necesidad de hablar. Su conversación, charla de salón, cotorreo de antecámara, es como esas chimeneas que queman deprisa la leña; necesitan mucho combustible; y el combustible es el prójimo.

Así que hubo quien observó a Fantine.

De propina, más de una le tenía envidia por aquel pelo rubio y aquellos dientes blancos.

Se percataron de que en el taller, mezclada con las otras, volvía la cara con frecuencia para secarse una lágrima. Le sucedía cuando se acordaba de su niña; quizá también del hombre al que había querido.

Cortar con las sombrías ataduras del pasado era una tarea dolorosa.

Comprobaron que escribía por lo menos dos veces al mes, siempre a las mismas señas, y que franqueaba la carta. Consiguieron esas señas: *Señor Thénardier, posadero. Montfermeil*. Le tiraron de la lengua en la taberna al escribano, un viejo que no podía llenarse el estómago de vino tinto sin vaciarse de secretos los bolsillos. En resumidas cuentas, se enteraron de que Fantine tenía una hija. «Debía de ser una cualquiera.» Y hubo una comadre que fue a Montfermeil, habló con los Thénardier y dijo al volver: «Me habrá costado treinta y cinco francos, pero ya está todo claro. ¡He visto a la niña!».

La comadre que hizo tal cosa era una Gorgona que se llamaba

señora Victurnien y era la guardiana y la portera de la decencia de todo el mundo. La señora Victurnien tenía cincuenta y seis años y a la careta de la fealdad sumaba la careta de la vejez. Hablaba como si balase y era de mente capricante. Cosa asombrosa: aquella vieja había sido joven. En su juventud, en 1793 sin ir más lejos, se casó con un monje que había huido del claustro calándose un gorro rojo y se había pasado de los bernardos a los jacobinos. Era reseca, rasposa, ríspida, punzante y pinchuda, casi venenosa, sin haber echado al olvido a aquel monje del que era viuda y que la había domado y doblegado no poco. Era una ortiga a la que se le notaba el roce del hábito. Tras la Restauración se había vuelto beata, y con tantos bríos que los curas le habían perdonado la boda con el monje. Tenía una finquita y se le llenaba la boca diciendo que se la legaría a una comunidad religiosa. Estaba muy bien vista en el obispado de Arras. Así que aquella señora Victurnien fue a Montfermeil y volvió diciendo: «He visto a la niña».

Todo lo dicho llevó tiempo. Fantine llevaba más de un año en la fábrica cuando una mañana la vigilante del taller le dio, de parte del alcalde, cincuenta francos y le dijo que ya no formaba parte de las operarias del taller, al tiempo que la animaba, de parte del alcalde, a irse de la comarca.

Sucedió precisamente en el mismo mes en que los Thénardier, tras haber pedido doce francos en vez de seis, acababan de exigir quince francos en vez de doce.

Fantine se quedó aterrada. No podía irse de la comarca, debía el alquiler y los muebles. Cincuenta francos no bastaban para pagar la deuda. Balbució unas cuantas palabras suplicantes. La vigilante le comunicó que tenía que irse en el acto del taller. Por lo demás, Fantine era una operaria mediocre. Agobiada más aún de vergüenza que de desesperación, se fue del taller y volvió a su habitación. ¡Así que ahora todo el mundo estaba al tanto de su pecado!

No se sintió con fuerzas para añadir ni una palabra. Le aconsejaron que fuera a ver al señor alcalde; no se atrevió. El señor alcalde le daba cincuenta francos porque era bueno y la despedía porque era justo. Se resignó a esa sentencia.

IX

Triunfo de la señora victurnien

La viuda del monje había valido, pues, para algo.

Por lo demás, el señor Madeleine no se había enterado de nada. Fue una de esas combinaciones de circunstancias que tanto abundan en la vida. El señor Madeleine tenía por costumbre no entrar casi nunca en el taller de las mujeres. Había puesto al frente de ese taller a una solterona que le había recomendado el párroco; y tenía plena confianza en aquella vigilante, una persona de lo más respetable, de carácter firme, equitativa, íntegra, rebosante de esa caridad que consiste en dar, pero que no contaba, en igual grado, con la caridad que consiste en entender y perdonar. El señor Madeleine le tenía encomendado todo. A los mejores hombres no les queda con frecuencia más remedio que delegar su autoridad. Fue con esos plenos poderes y con el convencimiento de que estaba obrando bien como instruyó el juicio la vigilante, juzgó a Fantine, la condenó y la ejecutó.

En cuanto a los cincuenta francos, los cogió, para dárselos, de una cantidad que ponía a su disposición el señor Madeleine para limosnas y socorros a sus obreras y de la que no tenía que rendir cuentas.

Fantine intentó colocarse de sirvienta en la comarca; fue de casa en casa. Nadie la quiso. No había podido irse de la ciudad. El prendero a quien le debía los muebles, ¡y qué muebles!, le había dicho: «Si se marcha, hago que la detengan por ladrona». El casero, al que le debía el alquiler, le dijo: «Es usted joven y bonita; puede pagar». Repartió los cincuenta francos entre el casero y el prendero, devolvió al tendero las tres cuartas partes de los muebles, se quedó sólo con lo indispensable y se encontró sin trabajo, sin oficio, sin

más posesión que la cama y con una deuda, todavía, de alrededor de cien francos.

Se puso a hacer camisas bastas para los soldados de la guarnición y ganaba sesenta céntimos diarios. Su hija le constaba cincuenta. Fue entonces cuando empezó a pagar con irregularidad a los Thénardier.

Hubo una anciana, que le encendía su vela cuando Fantine volvía por las noches y que le enseñó el arte de vivir en la miseria. Más allá de vivir con poco está vivir con nada. Son dos habitaciones; la primera es oscura, la segunda es negra.

Fantine aprendió cómo prescindir por completo de fuego todo el invierno; cómo se renuncia a un pájaro que se come cada dos días un céntimo de mijo; cómo se usa la enagua de manta y la manta de enagua, cómo se gasta menos en velas cenando con la luz de la ventana de enfrente. Ignoramos todo lo que algunos seres débiles, que envejecieron míseros y honrados, saben sacarles a cinco céntimos. Acaba por convertirse en un talento. Fantine adquirió ese sublime talento y recobró cierto coraje.

Por aquella época, le decía a una vecina: «Bueno, me digo que si duermo nada más cinco horas y me paso todo el resto del tiempo cosiendo, podré ganar más o menos para pan. Y, además, cuando una está triste, come menos, Así que con los sufrimientos y las preocupaciones, un poco de pan por acá y unas penas por allá, ya me iré alimentando».

En aquel estado de desvalimiento, tener consigo a la niña habría sido una felicidad excepcional. Pensó en traérsela. Pero ¡cómo iba a hacer que compartiera su indigencia! ¡Y, además, les debía dinero a los Thénardier! ¿Cómo saldar la deuda? ¡Y el viaje! ¿Cómo lo iba a pagar?

La vieja que le había dado lo que podríamos llamar clases de vida menesterosa era una solterona, toda una santa, que se llamaba Marguerite, piadosa con piedad verdadera, pobre y caritativa con los pobres e incluso con los ricos, que apenas si sabía escribir para poder firmar *Margeritte*, y que creía en Dios, que es en lo que consiste la ciencia.

Abajo hay muchas virtudes así; algún día estarán arriba. Esa vida tiene un mañana.

Al principio, Fantine estaba tan avergonzada que no se atrevía a

salir.

En cuanto pisaba la calle, intuía que la gente se volvía y que la señalaba con el dedo; todo el mundo la miraba y nadie la saludaba; el desprecio agrio y helado de los transeúntes se le metía en la carne y en el alma como un cierzo.

En las ciudades pequeñas, es como si una desventurada estuviera en cueros ante el sarcasmo y la curiosidad de todos. En París, por lo menos, nadie conoce a nadie, y esa oscuridad es una prenda de ropa. ¡Ay, cuánto le habría gustado irse a París! Imposible.

No le quedó más remedio que acostumbrarse a la falta de consideración, de la misma forma que se había acostumbrado a la indigencia. Poco a poco se fue haciendo a la idea. Pasados dos o tres meses, se quitó la vergüenza de encima y empezó a salir como si tal cosa. «Me da lo mismo», dijo. Fue y volvió con la cabeza alta, con una sonrisa amarga, y notó que se estaba convirtiendo en una descarada.

La señora Victurnien la veía pasar, a veces, por la ventana, y se fijaba en el desvalimiento de «aquella cualquiera», a quien «habían puesto en su sitio» gracias a ella; y se congratulaba. La felicidad de los malos es negra.

El exceso de trabajo cansaba a Fantine, y la tosecilla seca que solía tener fue a más. A veces, le decía a la vecina: «Toque, mire qué calientes tengo las manos».

Pero por las mañanas, cuando se peinaba con un peine viejo y roto la cascada de la hermosa melena, que caía como una seda lasa, por un momento era presumida y feliz.

X

Prosigue el éxito

La habían despedido a finales de invierno; pasó el verano, pero volvió el invierno. Días cortos, menos trabajo. En invierno, ni calor, ni luz, ni mediodía; se junta el anochecer con la mañana: niebla, crepúsculo, la ventana está gris, no se ve. El cielo es un tragaluz. El día entero es un sótano. El sol parece un mendigo. ¡Qué estación tan espantosa! El invierno convierte en piedra el agua del cielo y el corazón del hombre. Sus acreedores la acosaban.

Lo que Fantine ganaba era poco. Habían crecido las deudas. Los Thénardier, a los que pagaba mal, le escribían cada dos por tres cartas cuyo contenido la dejaba desconsolada y cuyos portes eran ruinosos. Un día le escribieron que su Cosette iba en cueros con el frío que hacía, que necesitaba una falda de lana y que la madre tenía que mandar por lo menos diez francos para comprarla. Fantine recibió la carta y se pasó el día sobándola. A última hora de la tarde, entró en una barbería que estaba en la esquina y se quitó el peinecillo. La preciosa melena rubia le cayó hasta las caderas.

—¡Qué pelo tan bonito! —exclamó el barbero.

—¿Cuánto me daría? —preguntó ella.

—Diez francos.

—Córtemelo.

Compró una falda de lana y se la mandó a los Thénardier.

La falda enfureció a los Thénardier. Lo que querían era dinero. Le dieron la falda a Éponine. La pobre Alondra siguió tiritando.

Fantine pensó: «Mi niña ya no tiene frío. La he vestido con mi pelo». Se ponía unos gorritos redondos que le tapaban la cabeza esquilada y con los que seguía estando guapa.

Un proceso tenebroso iba ocurriendo en el corazón de Fantine.

Cuando vio que ya no podía peinarse, empezó a odiar todo cuanto la rodeaba. Durante mucho tiempo había venerado, como todo el mundo, a Madeleine; no obstante, a fuerza de repetirse que era él quien la había despedido y que era el culpable de sus desdichas, acabó por odiarlo también. Cuando pasaba delante de la fábrica a la hora en que los obreros estaban en la puerta, hacía gala de reír y cantar.

Una operaria vieja, que la vio una vez cantar y reírse así, dijo: «Esta muchacha va a acabar mal».

Se echó un amante, el primero que pasó, un hombre a quien no quería, por desafío, con el corazón rebosante de rabia. Era un miserable, algo así como un músico mendigo, un vago y un pordiosero que le pegaba y que la dejó de la misma forma que lo había aceptado ella, con asco.

Adoraba a su hija.

Cuanto más bajaba y más se ensombrecía todo a su alrededor, más le resplandecía dentro del alma el dulce angelito. Decía: «Cuando sea rica, mi Cosette estará conmigo; y se reía». La tos no se le iba y le corría el sudor por la espalda.

Un día recibió de los Thénardier una carta que decía lo siguiente: «Cosette tiene una enfermedad que anda por la zona. Fiebre miliar le dicen. Hacen falta medicinas caras. Es una ruina, ya no podemos gastar más. Si no nos manda cuarenta francos antes de ocho días, dé a la niña por muerta».

Fantine soltó la carcajada y le dijo a la vieja que era vecina suya: «¡Ay, qué gracia tienen! ¡Cuarenta francos! ¡Nada menos! ¡Eso son dos napoleones! ¿De dónde quieren que los saque? ¡Cuidado que son tontos esos paletos!».

Pero se fue a las escaleras, junto a un tragaluz, y volvió a leer la carta.

Luego bajó las escaleras y salió corriendo y dando brincos, sin dejar de reírse.

Alguien que se cruzó con ella le dijo: «¿Cómo es que está tan alegre?».

Fantine contestó: «Una tontería muy grande que me acaban de escribir unos del campo. Me piden cuarenta francos. ¡Serán paletos!».

Según pasaba por la plaza, vio a mucha gente alrededor de un

coche de forma rara, en cuya imperial peroraba de pie un hombre vestido de rojo. Era un sacamuelas que andaba de gira y ofrecía al público dentaduras postizas completas, opiatos, polvos y elixires.

Fantine se metió en el grupo y se rió como los demás con aquella arenga donde había una jerga para el populacho y otra para las personas como es debido. El sacamuelas vio reírse a aquella guapa chica y exclamó de repente: «Oiga, usted, la chica que se está riendo, qué dientes tan bonitos. Si me quiere vender las dos paletas, le doy un napoleón de oro por cada una».

—¿Y qué es eso de las paletas? —preguntó Fantine.

—Las paletas —contestó el maestro dentista— son los dientes de delante, los dos de arriba.

—¡Qué horror! —exclamó Fantine.

—¡Dos napoleones! —refunfuñó una vieja desdentada que andaba por allí—. ¡Menuda suerte que tiene!

Fantine salió huyendo y se tapó los oídos para no oír la voz ronca del hombre, que le gritaba:

—¡Piénselo, guapa! Dos napoleones pueden venir bien. Si le apetece, venga esta noche a la posada *Le tillac d'argent* y allí me encontrará.

Fantine se volvió a casa; estaba furiosa y le contó el asunto a su bondadosa vecina Marguerite: «Pero, ¿se da cuenta? ¿No es un hombre abominable? ¿Cómo dejan a personas así andar por la comarca? ¡Sacarme los dos dientes de delante! ¡Estaría horrorosa! ¡El pelo vuelve a crecer, pero los dientes! ¡Ay, qué monstruo de hombre! ¡Preferiría tirarme de cabeza desde un quinto piso! Me ha dicho que estaría esta noche en *Le tillac d'argent*».

—¿Y cuánto pagaba? —preguntó Marguerite.

—Dos napoleones.

—Eso son cuarenta francos.

—Sí —dijo Fantine—, eso son cuarenta francos.

Se quedó pensativa y se puso con la labor. Al cabo de un cuarto de hora, dejó la costura y se fue otra vez a las escaleras, para volver a leer la carta de los Thénardier.

Al volver, le dijo a Marguerite, que cosía a su lado:

—¿Qué es eso de una fiebre miliar? ¿Usted lo sabe?

—Sí —contestó la solterona—. Es una enfermedad.

—¿Y hacen falta muchas medicinas?

—¡Huy, unas medicinas tremendas!
—¿Y cómo se coge?
—Es una enfermedad que viene cuando viene.
—¿Y la cogen los niños?
—Sobre todo los niños.
—¿Y se puede uno morir de ella?
—Ya lo creo.
Fantine salió y se fue una vez más a leer la carta en las escaleras.
Por la noche, bajó y la vieron ir hacia la calle de Paris, donde están las posadas.
A la mañana siguiente, cuando entró Marguerite en la habitación de Fantine antes de que fuera de día, porque siempre cosían juntas y así sólo encendían una vela para dos, se encontró a Fantine sentada en la cama, pálida y helada. No se había acostado. Tenía el gorro caído en las rodillas. La vela había estado encendida toda la noche y se había consumido casi por completo.
Marguerite se quedó en el umbral, petrificada ante aquel desorden, y exclamó:
—¡Señor! ¡La vela toda consumida! ¡Pues sí que han debido de pasar cosas!
Luego miró a Fantine, que volvía hacia ella la cabeza sin pelo.
Fantine había envejecido diez años desde la víspera.
—¡Jesús! —dijo Marguerite—. Pero ¿qué le pasa, Fantine?
—No me pasa nada —contestó Fantine—. Al contrario. Mi niña no se morirá de esa enfermedad horrible porque le falte ayuda. Estoy contenta.
Mientras lo decía, le enseñaba a la solterona dos napoleones que relucían encima de la mesa.
—¡Ay, Jesús Dios mío! —dijo Marguerite—. Pero si es una fortuna. ¿De dónde ha sacado esos luises de oro?
—Los he ganado —contestó Fantine.
Según lo decía, sonrió. La vela le iluminaba la cara. Era una sonrisa ensangrentada. Una saliva rojiza le ensuciaba la comisura de los labios y tenía un agujero negro en la boca.
Le habían sacado los dos dientes.
Mandó los cuarenta francos a Montfermeil.
Por lo demás, era una treta de los Thénardier para conseguir dinero. Cosette no estaba enferma.

Fantine tiró el espejo por la ventana. Había dejado desde hacía mucho la celda del segundo piso y vivía en un sotabanco, que cerraba con una falleba, debajo del tejado; uno de esos desvanes cuyo techo está en ángulo con el suelo y con el que se pega uno siempre en la cabeza. Los pobres no pueden ir hasta el fondo de su cuarto más que como al fondo de su destino, agachándose cada vez más. Ya no tenía cama, le quedaba un andrajo, al que llamaba colcha, un colchón en el suelo y una silla con el asiento de paja roto. Un rosalito que tenía se había secado en un rincón, olvidado. En la otra esquina, había un tarro de mantequilla para poner el agua, que se helaba en invierno, y donde unos círculos de hielo indicaban durante mucho tiempo los diferentes niveles del agua. Había perdido la vergüenza y ahora perdió la coquetería. El último síntoma. Salía con los gorros sucios. Bien por falta de tiempo, bien por indiferencia, ya no se cosía la ropa. Según se le iban gastando los talones de las medias, se las iba metiendo más en los zapatos. Se notaba en algunas arrugas perpendiculares. Le echaba remiendos al corsé, viejo y gastado, con trozos de calicó que se rasgaban al menor movimiento. Las personas a quienes debía dinero le «montaban escenas» en la calle y no la dejaban nunca en paz. Se las encontraba por la calle, se las encontraba en las escaleras. Se pasaba las noches llorando y pensando. Le brillaban mucho los ojos y notaba un dolor fijo en el hombro, por la parte de arriba del omóplato derecho. Tosía mucho. Odiaba profundamente a Madeleine y no se quejaba. Cosía diecisiete horas diarias; pero un asentador del trabajo en las cárceles que ponía a trabajar a las presas por menos dinero, de pronto hizo bajar los precios, con lo que el día de trabajo de las operarias libres se quedó en cuarenta y cinco céntimos. ¡Diecisiete horas de trabajo diarios por cuarenta y cinco céntimos! Sus acreedores estaban más despiadados que nunca. El prendero, que se había vuelto a llevar casi todos los muebles, le decía continuamente: «¿Cuándo vas a pagarme, bribona?». Pero ¿qué demonios querían de ella? Se sentía acosada e iba adquiriendo un aspecto de animal feroz. También por entonces, Thénardier le escribió que estaba claro que se había portado demasiado bien esperando tanto y que necesitaba cien francos inmediatamente porque, si no, pondría de patitas en la calle a Cosette, en plena convalecencia de su grave enfermedad, con tiempo frío, por los

caminos, y que sería de ella lo que tuviera que ser, que por él podía reventar. «Cien francos —pensó Fantine—. Pero ¿dónde hay un oficio en que se gane cinco francos diarios?»

—¡Vamos! —dijo—. Vendamos lo que queda.

La infortunada se hizo ramera.

XI

Christus nos liberavit

¿En qué consiste la historia de Fantine? Es la sociedad comprando a una esclava.

¿A quién? A la miseria.

Al hambre, al frío, al aislamiento, al abandono, a la indigencia. Mercado doloroso. Un alma por un trozo de pan. La miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Cristo gobierna nuestra civilización, pero la civilización aún no se ha impregnado de ella. Dicen que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea. Es una equivocación. Sigue existiendo, pero ya sólo la soporta la mujer, y se llama prostitución.

La soporta la mujer, o sea el encanto, la debilidad, la belleza, la maternidad. No es ésta una de las menores vergüenzas del hombre.

En el punto de este doloroso drama al que hemos llegado, ya no le queda nada a Fantine de lo que antes fue. Se ha vuelto mármol al hacerse barro. Quien la toca nota frío. Sigue hacia adelante, nos soporta y hace caso omiso de nosotros; es la figura deshonrada y adusta. La vida y el orden social han dicho la última palabra. Le ha sucedido ya todo cuanto le va a suceder. Lo ha experimentado todo, lo ha soportado todo, lo ha padecido todo, lo ha perdido todo, lo ha llorado todo. Está resignada, con esa resignación que se parece a la indiferencia como la muerte se parece al sueño. Ya no elude nada. Ya no teme nada. ¡Que le caiga encima todo el nubarrón, que le pase por encima todo el océano! ¡Qué más le da! Es una esponja empapada.

O, al menos, lo cree, pero es un error imaginarse que podemos agotar todos los acasos y tocar fondo en algo.

¿Qué son, ay, todos esos destinos que van así a empellones, todos revueltos? ¿Dónde van? ¿Por qué son así?

Quien lo sabe ve toda la sombra.

Está solo. Se llama Dios.

XII

La ociosidad del señor Bamatabois

Hay en todas las ciudades pequeñas, y había en Montreuil-sur-Mer en particular, una categoría de jóvenes que se van comiendo como roedores en provincias mil quinientas libras de renta con el mismo talante con que sus pares engullen doscientos mil francos al año en París. Son seres de esa dilata especie neutra: eunucos, parásitos, nulidades, que tienen algunas tierras, algo de necedad y algo de ingenio, que serían unos patanes en un salón y se creen caballeros en la taberna, que dicen: mis prados, mis bosques, mis campesinos, silban a las actrices en el teatro para demostrar que son personas de buen gusto, buscan pelea con los oficiales de la guarnición para demostrar que son guerreros, cazan, fuman, bostezan, beben, huelen a tabaco, juegan al billar, miran cómo se bajan los viajeros de la diligencia, viven en el café, cenan en la posada, tienen un perro que se come los huesos debajo de la mesa y una amante que pone las fuentes encima, escatiman cinco céntimos, exageran las modas, admiran la tragedia, desprecian a las mujeres, apuran las botas viejas, copian a Londres pasado por París y a París pasado por Pont-à-Mousson, envejecen alelados, no trabajan, no sirven para nada y no perjudican demasiado.

Félix Tholomyès, si se hubiera quedado en su ciudad de provincias y no hubiera estado nunca en París, habría sido uno de esos hombres.

Si fueran más ricos, se diría de ellos: son personas elegantes; si fueran más pobres, se diría: son unos vagos. Son sencillamente personas ociosas. Entre esos ociosos hay fastidiosos, fastidiados, fantasiosos y algunos pícaros.

En aquella época un elegante se componía de un cuello ancho,

una corbata ancha, un reloj con dijes, tres chalecos de colores diferentes, unos encima de otros con el azul y el rojo por dentro, un frac verde oliva alto de talle y de cola cerrada y doble fila de botones de plata muy juntos que suben hasta el hombro; y de un pantalón de un verde oliva más claro, adornado en ambas costuras con un número indeterminado de filetes, pero siempre impares y que puede variar de uno a once, límite que nunca se traspasaba. Sumemos a lo antedicho zapato abotinado con hierrecitos en el tacón, una chistera de ala estrecha, un tupé, un bastón enorme y una conversación aliñada con retruécanos. De remate, espuelas y bigotes. En aquella época, los bigotes querían decir persona acomodada; y las espuelas, peatón.

El elegante de provincias llevaba las espuelas más grandes y los bigotes más feroces.

Eran los tiempos de la lucha de las repúblicas de la América meridional contra el rey de España, de Bolívar contra Morillo. Los sombreros de ala estrecha era monárquicos y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de ala ancha, que se llamaban bolívares.

Así pues, pasados ocho o diez meses de lo referido en las páginas anteriores, allá por los primeros días de enero de 1823, un atardecer en que había nevado, uno de esos elegantes, uno de esos ociosos, un hombre «bien pensante», ya que llevaba morillo, que iba además bien arropado en uno de esos gabanes anchos que, por tiempo frío, completaban el atuendo de moda, se entretenía metiéndose con una mujerzuela que andaba rondando, con vestido de baile, muy escotada y con flores en la cabeza, por delante de la cristalera del café de los oficiales. El elegante fumaba, porque estaba muy de moda también, desde luego.

Cada vez que la mujer le pasaba por delante, le soltaba, junto con una bocanada de humo del puro, algunos comentarios que le parecían ingeniosos y alegres, tales como: «¡Eres muy fea! ¡Lárgate, que eres una ofensa para la vista! ¡No tienes dientes!», etc., etc. Aquel caballero se apellidaba Bamatabois. La mujer, un espectro triste y emperifollado, que iba y venía por la nieve, no le contestaba, no lo miraba siquiera, y seguía, pese a todo, en silencio y con regularidad sombría, el paseo que la volvía a poner cada cinco minutos al alcance de los sarcasmos, igual que el soldado

condenado que vuelve al azote. Con tan menguado éxito debió de picarse el ocioso, quien, aprovechando un momento en que la mujer se dio la vuelta, se le acercó por detrás con paso quedo y, ahogando la risa, se agachó, cogió del suelo un puñado de nieve y se lo metió de pronto por la espalda, entre los hombros, que llevaba al aire. La mujer soltó un alarido, se volvió, dio un salto de pantera y se abalanzó sobre el hombre, clavándole las uñas en la cara y profiriendo las palabras más tremendas que pueda un cuerpo de guardia soltar en el arroyo. Aquellos insultos, que vomitaba una voz que enronquecía el aguardiente, salían, repugnantes, de una boca en que faltaban, efectivamente, los dos dientes delanteros. Era la Fantine.

Al oír el escándalo, salieron en tropel del café los oficiales, se arremolinaron los transeúntes y se formó un corro ancho que reía, abucheaba y aplaudía alrededor de aquel torbellino que se componía de dos personas a las que costaba identificar, un hombre y una mujer: el hombre forcejeaba y se le había caído el sombrero, la mujer le daba patadas y puñetazos, desgreñada, chillando, desdentada y pelona, lívida de ira, espantosa.

De repente, un hombre de elevada estatura salió deprisa de entre el gentío, agarró a la mujer por el cuerpo del vestido de satén cubierto de barro y le dijo: «¡Ven conmigo!».

La mujer alzó la cabeza; cesaron de pronto los gritos furiosos. Tenía la mirada vidriosa; de lívida había pasado a pálida y la estremecía un temblor aterrado. Había reconocido a Javert.

El elegante aprovechó este incidente para esfumarse.

XIII

Se ventilan unas cuantas cuestiones de política municipal

Javert apartó a los mirones, abrió el corro y echó a andar a zancadas hacia el puesto de policía que está al final de la plaza, llevando a rastras a la infeliz. Ella se dejaba conducir, mecánicamente. Ninguno de los dos decía palabra. La bandada de espectadores, en un paroxismo de júbilo, iba detrás, soltando pullas. El colmo de la miseria da pie a las obscenidades.

Al llegar al puesto de policía, que era una planta baja que caldeaba una estufa y custodiaba un cuerpo de guardia, y daba a la calle por una puerta acristalada y con rejas, abrió Javert esa puerta, entró con la Fantine y la volvió a cerrar para mayor chasco de los curiosos, que se pusieron de puntillas y estiraron el pescuezo apostados frente al cristal turbio, intentando ver qué pasaba dentro. La curiosidad es una golosina. Ver es como comer con avidez.

Al entrar, la Fantine fue a caer en un rincón, inmóvil y callada, acurrucada como una perra medrosa.

El sargento del puesto trajo una vela encendida y la puso encima de una mesa. Javert se sentó, se sacó del bolsillo una hoja de papel timbrado y empezó a escribir.

Nuestras leyes dejan por completo a discreción de la policía a esa clase de mujeres. Ésta hace con ellas lo que quiere, las castiga como le parece y se incauta a placer de esas dos tristes cosas que ellas llaman su negocio y su libertad. Javert estaba impasible; no le asomaba emoción alguna al rostro serio. No obstante, estaba grave y hondamente preocupado. Era uno de esos momentos en que ejercía sin cortapisas pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa su temible poder discrecional. Notaba en aquel

momento que su taburete de agente de la policía era un tribunal. Juzgaba. Juzgaba y condenaba. Reunía cuantas ideas podían venírsele a la cabeza relativas a aquello tan importante que estaba haciendo. Cuanto más examinaba el caso de aquella buscona, más indignado se sentía. Estaba claro que acababa de presenciar un crimen. Acababa de presenciar en plena calle cómo una mujerzuela de lo más bajo insultaba y atacaba a un propietario y elector. Una prostituta había atentado contra un vecino de buena familia. Y él, Javert, lo había visto. Escribía en silencio.

Cuando acabó, firmó, dobló la hoja y le dijo al sargento del puesto, según se la daba: «¡Coja a tres hombres y lleve a esta mujer a la cárcel». Luego, volviéndose hacia la Fantine: «Te han caído seis meses».

La desdichada se sobresaltó.

—¡Seis meses, seis meses de cárcel! —exclamó—. ¡Seis meses ganando treinta y cinco céntimos diarios! Pero ¿qué va a ser de Cosette? ¡Mi hija, mi hija! Pero si todavía les debo más de cien francos a los Thénardier, señor inspector. ¿Estaba usted enterado de eso?

Se arrastró por las baldosas que habían humedecido las botas enfangadas de todos aquellos hombres, sin ponerse de pie, juntando las manos, avanzando de rodillas como a zancadas.

—Señor Javert —dijo—, tenga compasión de mí. Le aseguro que tenía razón. ¡Si hubiera visto cómo empezó todo, le juro por Dios que habría visto que he tenido razón! Fue ese señor al que no conozco el que me metió nieve por la espalda. ¿Hay derecho a meterle a una nieve por la espalda cuando pasa tan tranquila sin meterse con nadie? Me pilló de sorpresa. Estoy un poco enferma, ¿sabe? Y además él llevaba ya un rato diciéndome cosas. ¡Eres muy fea! ¡No tienes dientes! Ya lo sé yo que no tengo dientes. Yo no estaba haciendo nada; me decía: es un señor que está de guasa. Yo me portaba como es debido y no le decía nada. Pero fue entonces cuando me metió la nieve. ¡Mi buen señor Javert, señor inspector! ¿No hay nadie que lo haya visto y le pueda decir que es verdad? A lo mejor hice mal en enfadarme. Ya sabe, de entrada, una no se controla. Una tiene su genio. Y además que te metan por la espalda algo tan frío cuando no te lo esperas… Hice mal en estropearle el sombrero al señor. ¿Por qué se ha ido? Le pediría perdón. ¡Ay, Dios

mío, no me costaría nada pedirle perdón! Tenga compasión por esta vez, señor Javert. Mire, usted no sabe que en la cárcel sólo se ganan treinta y cinco céntimos; no es que tenga la culpa el gobierno, pero se ganan treinta y cinco céntimos y, fíjese, y yo tengo que pagar cien francos, porque si no me echan a la calle a mi niña. ¡Ay, Dios mío, y no me la puedo traer! ¡Me dedico a algo tan feo! ¡Ay, mi Cosette, mi angelito de la Santísima Virgen! ¿Qué va a ser de ella, pobrecita mía? Mire lo que le digo, los Thénardier son unos posaderos, gentes del campo, ¡no razonan! Quieren dinero. ¡No me meta en la cárcel! Oiga, pondrían a una niña en el camino real, para que se las apañase como pudiera, en pleno invierno; hay que compadecerse de casos así, señor Javert. Si fuera mayor, se ganaría la vida, pero con la edad que tiene no puede ser. Yo no soy mala en el fondo. No soy lo que soy ni por cobardía ni por glotonería. Si bebo aguardiente es por la miseria. No me gusta, pero me aturde. Cuando me iba mejor, cualquiera podría haberme mirado el armario y habría visto que no era una presumida que viviera de cualquier manera. Tenía ropa blanca, mucha ropa blanca. ¡Compadézcase de mí, señor Javert!

Así hablaba, doblada en dos, sacudida de sollozos, cegada de lágrimas, con el pecho al aire, retorciéndose las manos, tosiendo con tos seca y breve, balbuciendo mansamente con voz de agonía. Las penas grandes son un rayo divino y terrible que transfigura a los miserables. En esos momentos, la Fantine volvía a ser guapa. A ratos dejaba de hablar y le besaba con ternura los faldones de la levita al *de la pasma*. Hubiera enternecido a un corazón de granito; pero a un corazón de madera no hay quien lo enternezca.

—¡Bien está —dijo Javert—; ya te he escuchado! ¿Has terminado? ¡Pues ahora andando! Te han caído seis meses y ni el mismísimo Padre Eterno podría remediarlo.

Al oír esa frase solemne: *ni el mismísimo Padre Eterno podría remediarlo,* ella se dio cuenta de que ya estaba sentenciada. Se encogió susurrando:

—¡Por compasión!

Javert le dio la espalda.

Los soldados la agarraron del brazo.

Había entrado un hombre hacía unos minutos sin que nadie hubiera reparado en él. Tras cerrar la puerta, se había apoyado en

ella y había oído los ruegos desesperados de la Fantine.

En el preciso instante en que los soldados le pusieron la mano encima a la desdichada, que no quería incorporarse, dio un paso, salió de la sombra y dijo:

—¡Un momento, por favor!

Javert alzó la vista y reconoció al señor Madeleine. Se descubrió y, saludando con algo así como una desmaña molesta, dijo:

—Disculpe, señor alcalde…

Esas palabras, «señor alcalde», surtieron un curioso efecto en la Fantine. Se puso de pie, muy erguida, como un espectro que brota del suelo, apartó a los soldados con ambos brazos y se fue derecha al señor Madeleine antes de que nadie pudiera sujetarla; y, mirándolo fijamente con expresión extraviada, exclamó:

—¡Ah, así que tú eres el señor alcalde!

Luego se echó a reír y le escupió a la cara.

El señor Madeleine se limpió la cara y dijo:

—Inspector Javert, deje en libertad a esta mujer.

A Javert le pareció que estaba a punto de volverse loco. Notaba en aquel momento, una tras otra y muy seguidas, las emociones más violentas que hubiera sentido en la vida. Ver a una mujer pública escupirle a la cara al alcalde era algo tan monstruoso que, en sus hipótesis más espantosas, habría considerado sacrílego creerlo posible. Por otra parte, en lo hondo de la mente, establecía confusamente una relación repugnante entre lo que era esa mujer y lo que podía ser ese alcalde y vislumbraba entonces con espanto un no sé qué muy sencillo en aquel atentado increíble. Pero cuando vio al alcalde aquel, al magistrado aquel, limpiarse tranquilamente la cara y decir: *deje en libertad a esta mujer,* le dio como un vahído de estupor; le faltaron por igual las ideas y las palabras; estaba más allá del súmmum del asombro posible. Se quedó mudo.

Aquella frase no había afectado menos ni de forma menos extraordinaria a la Fantine. Alzó el brazo desnudo y se aferró al tiro de la estufa, como una persona que se tambalea. En tanto, miraba a su alrededor y empezó a hablar en voz baja, como para sus adentros.

—¡En libertad! ¡Que dejan que me vaya! ¡Que no voy seis meses a la cárcel! ¿Quién ha dicho eso? No puede ser que nadie haya dicho eso. He oído mal. ¡No puede ser el monstruo ese del alcalde!

¿Ha sido usted, mi buen señor Javert, el que ha dicho que me dejen en libertad? ¡Ay, mire, se lo voy a contar y usted dejará que me vaya! Ese monstruo de alcalde, ese sinvergüenza de alcalde, es quien tiene la culpa de todo. ¡Fíjese, señor Javert, me despidió! Por culpa de un montón de guarras que cotillean en el taller. ¡A ver si no es espantoso! ¡Despedir a una pobre mujer que trabaja como es debido! Así que dejé de ganar lo suficiente y vinieron todas las desgracias. Para empezar, hay una mejora de la que los señores de la policía deberían ocuparse, y que sería impedir a los asentadores del trabajo en las cárceles que perjudicasen a los pobres. Mire, se lo voy a explicar. Si una está ganando sesenta céntimos con las camisas y se le quedan en cuarenta y cinco, ya no hay forma de vivir. Así que tienes que recurrir a lo que sea. Yo tenía a mi niña, a Cosette, y no me quedó más remedio que hacerme una mala mujer. Ahora entenderá que toda la culpa la tiene ese granuja de alcalde. Luego le pisé el sombrero al caballero ese, delante del café de los oficiales. Pero él me había estropeado el vestido con la nieve. Nosotras sólo tenemos un vestido de seda para por las noches. Mire usted, yo nunca he hecho daño a nadie aposta, señor Javert, se lo aseguro, y veo por todas partes a mujeres mucho peores que yo que tienen mucha más suerte. Ay, señor Javert, es usted quien ha dicho que me suelten, ¿verdad? Infórmese, hable con mi casero, ahora pago el alquiler con puntualidad, y le dirá que soy honrada. ¡Ay, Dios mío, discúlpeme, he tocado sin querer el tiro de la estufa y está echando humo!

El señor Madeleine la escuchaba con profunda atención. Mientras ella hablaba, había rebuscado en el chaleco, había sacado una bolsa y la había abierto. Estaba vacía y se la volvió a meter en el bolsillo. Le dijo a la Fantine:

—¿Cuánto ha dicho que debía?

La Fantine, que sólo estaba pendiente de Javert, se volvió hacia él:

—¿Es que estoy hablando contigo?

Luego, dirigiéndose a los soldados:

—¡Eh, vosotros! ¿Habéis visto cómo le he escupido a la cara? Alcalde granuja, vienes a meterme miedo, pero yo no te tengo miedo. Tengo miedo del señor Javert. ¡Le tengo miedo a mi buen señor Javert.

Mientras lo decía, se volvía hacia el inspector:

—Y además, mire, señor inspector, seamos justos. Yo comprendo que es usted justo, señor inspector. En realidad la cosa es muy sencilla, un hombre que se entretiene metiéndole un poco de nieve por la espalda a una mujer les hacía gracia a los oficiales, algo tienen que hacer para divertirse, ¡y para eso estamos nosotras, vaya, para que se lo pasen bien! Y, claro, usted llega y no le queda más remedio que poner orden, y detiene a la mujer que se porta mal, pero luego se lo piensa, y como es bueno, dice que me dejen en libertad, por lo de la niña, porque con seis meses de cárcel, yo no podría dar de comer a mi hija. ¡Pero no vuelvas a hacerlo, bribona! ¡No, no lo haré más, señor Javert! Ahora ya pueden hacerme lo que sea que ni me moveré. Es que hoy, mire, grité porque me dolió, no me esperaba la nieve de ese caballero, y además ya le he dicho que no ando muy bien de salud, toso, y tengo aquí en el estómago como una bola que me quema; si hasta el médico me ha dicho: cuídese. Mire, toque, deme la mano, no tenga miedo, es aquí.

Había dejado de llorar y la voz era acariciadora; se apoyaba en el pecho blanco y fino la manaza ruda de Javert y lo miraba, sonriente.

De repente, se puso orden con presteza en la ropa, se bajó los vuelos de la falda, que, al ir arrastrándose, se le había subido casi hasta las rodillas, y se encaminó a la puerta, diciendo a media voz a los soldados con una inclinación amistosa de cabeza:

—Muchachos, el señor inspector ha dicho que me suelten; me marcho.

Puso la mano en el picaporte. Un paso más y estaba en la calle.

Javert había seguido hasta entonces de pie, quieto, con la vista clavada en el suelo, en medio de esa escena, como una estatua que han movido de sitio y espera que la coloquen en alguna parte.

El ruido del picaporte lo espabiló. Alzó la cabeza con expresión de autoridad soberana, expresión tanto más amedrentadora cuanto más bajo se sitúe el poder, carnicera en la fiera, atroz en el hombre de poca monta.

—¡Sargento! —gritó—. ¿No ve que se marcha esa bribona? ¿Quién le ha mandado soltarla?

—Yo —dijo Madeleine.

La Fantine se había estremecido con la voz de Javert y había

soltado el picaporte, como un ladrón suelta el objeto robado cuando lo pillan. Al oír la voz de Madeleine, se volvió; y, a partir de ese momento, sin decir palabra, sin atreverse siquiera a soltar con libertad el aliento, miró alternativamente a Madeleine y a Javert, y a Javert y a Madeleine, según hablase uno u otro.

Quedaba claro que Javert tenía que estar «fuera de sus casillas», como suele decirse, para que se permitiera increpar al agente como lo había hecho tras la intimación del alcalde de dejar libre a Fantine. ¿Se le había olvidado acaso la presencia del señor alcalde? ¿Había acabado por decirse a sí mismo que era imposible que una «autoridad» hubiera dado semejante orden y que no cabía duda de que el señor alcalde había dicho, sin querer, una cosa por otra? ¿O bien, ante las monstruosidades que llevaba dos horas presenciando, se decía que era preciso regresar a las resoluciones supremas, que era menester que el pequeño se creciera, que *uno de la pasma* se convirtiera en magistrado, que el policía se volviera hombre de leyes y que, en aquella extremidad asombrosa, el orden, la ley, la decencia, el gobierno, la sociedad entera se personificasen en él, en Javert?

Fuere como fuere, cuando el señor Madeleine dijo ese *yo* que acabamos de oír, pudo verse cómo el inspector de policía Javert se volvía hacia el señor alcalde, pálido, frío, con los labios azules y la mirada desesperada, con todo el cuerpo temblándole imperceptiblemente y, cosa inaudita, le decía, con la mirada baja, pero con la voz firme:

—Señor alcalde, no puede ser.

—¿Cómo? —dijo el señor Madeleine.

—Esta desgraciada ha insultado a un caballero de la burguesía.

—Inspector Javert —contestó el señor Madeleine con acento conciliador y reposado—, óigame. Es usted un hombre honrado y no tengo inconveniente alguno en darle mis razones. Esto es lo que sucedió. Pasaba yo por la plaza cuando estaba usted llevándose a esta mujer y todavía quedaban algunos grupos. Pedí información, me enteré de todo y el que actúo mal y a quien, en justicia, habría que haber detenido fue el caballero.

Javert siguió diciendo:

—Esta miserable acaba de insultar al señor alcalde.

—Eso es cosa mía —dijo el señor Madeleine—. Mi insulto es

mío, supongo. Puedo hacer con él lo que quiera.

—Ruego al señor alcalde que me disculpe. Su insulto no es suyo, es de la justicia.

—Inspector Javert —replicó el señor Madeleine—, la primera justicia es la conciencia. He oído lo que decía esta mujer. Sé lo que hago.

—Y yo, señor alcalde, no sé lo que estoy viendo.

—Entonces limítese a obedecer.

—Obedezco a mi deber. Mi deber exige que esta mujer pase seis meses en la cárcel.

El señor Madeleine respondió con voz suave:

—Óigame bien. No pasará en la cárcel ni un día.

Ante esa frase decisiva, Javert se atrevió a mirar fijamente al alcalde y le dijo, aunque con un tono de voz que seguía siendo hondamente respetuoso:

—Me consterna resistirme al señor alcalde; es la primera vez en la vida, pero se dignará permitirme que le haga notar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Me limito, puesto que así lo quiere el señor alcalde, a lo referido al caballero. Yo estaba presente. Fue esta mujer la que se abalanzó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de esa hermosa casa con balcón que hace esquina a la explanada, de tres pisos y toda ella de piedra de talla. ¡Es que, vamos, hay cosas que…! En cualquier caso, señor alcalde, es un suceso de policía en la vía urbana que me compete, y detengo a la llamada Fantine.

Entonces el señor Madeleine se cruzó de brazos y dijo con una voz severa que nadie en la ciudad había oído aún:

—El suceso al que se refiere entra dentro del ámbito de la policía municipal. Según los artículos nueve, once, quince y sesenta y seis del código de instrucción criminal, soy yo quien decide. Y ordeno que pongan en libertad a esta mujer.

Javert quiso hacer un último esfuerzo.

—Pero, señor alcalde…

—Le recuerdo el artículo ochenta y uno de la ley de 13 de diciembre de 1799 que se refiere a la detención arbitraria.

—Señor alcalde, permita…

—Ni una palabra más.

—No obstante…

—Salga —dijo el señor Madeleine.

Javert recibió el golpe a pie firme, de cara y en todo el pecho, como un soldado ruso. Le hizo una profunda inclinación al señor alcalde y salió.

Fantine se apartó de la puerta y miró estupefacta cómo pasaba ante ella.

Pero ella también padecía un trastorno extraño. Acababa de ver, en cierto modo, cómo se la disputaban dos poderes enfrentados. Había presenciado cómo luchaban ante ella dos hombres que tenían en las manos su libertad, su vida, su alma, a su hija; uno de esos hombres tiraba de ella hacia la sombra; el otro la devolvía a la luz. En aquella lucha que había intuido a través de la lente de aumento del espanto, aquellos dos hombres le habían parecido dos gigantes; uno hablaba como su demonio y el otro como su ángel bueno. El ángel había vencido al demonio, y lo que la estremecía de la cabeza a los pies era que el ángel, el liberador, era precisamente el hombre a quien aborrecía, aquel alcalde al que había tenido tanto tiempo por causante de todos sus males, ¡el Madeleine aquel! ¡Y la salvaba precisamente cuando ella acababa de insultarlo de forma atroz! ¿Se había equivocado? ¿Tenía que cambiar todos los sentimientos de su alma? No sabía qué hacer y temblaba. Escuchaba, fuera de sí; miraba, estupefacta. Y con cada palabra que decía el señor Madeleine notaba que se le derretían y se le venían abajo por dentro las espantosas tinieblas del odio y que le nacía en el corazón algo reconfortante e inefable que era alegría, confianza y amor.

Cuando se hubo ido Javert, el señor Madeleine se volvió hacia ella y le dijo con voz despaciosa y costándole hablar, como le sucede a un hombre serio que no quiere llorar:

—He oído lo que decía. No estaba al tanto de nada de lo que ha contado. Creo que es verdad y siento que es verdad. Ni siquiera sabía que no trabajase ya usted en mis talleres. ¿Por qué no vino a verme? Esto es lo que vamos a hacer: pagaré sus deudas y mandaré a buscar a su hija, o irá usted a buscarla. Vivirá aquí, en París o donde quiera. Me hago cargo de la niña y de usted. No tendrá que volver a trabajar, si no quiere. Le daré todo el dinero que precise. Cuando vuelva a ser feliz volverá a ser una mujer honesta. ¡E incluso, atienda bien, le digo desde ahora mismo que, si todo es como usted cuenta, y no dudo de que lo sea, nunca, ay, pobre

mujer, dejó de ser santa y virtuosa a los ojos de Dios!

Aquello era más de lo que podía soportar la pobre Fantine. ¡Tener consigo a Cosette! ¡Salir de aquella vida infame! ¡Vivir libre, rica, feliz, honesta, con Cosette! ¡Ver de repente cómo florecían, en medio de la miseria, todas aquellas realidades paradisíacas! Miró, como atontada, a aquel hombre que le hablaba y sólo pudo soltar dos o tres sollozos: ¡ah, ah, ah! Se le doblaron las pantorrillas, se arrodilló delante del señor Madeleine y él notó, antes de que pudiera impedirlo, que le agarraba la mano y ponía los labios en ella.

Luego, Fantine se desmayó.

Libro sexto

Javert

I

Comienza el descanso

El señor Madeleine mandó llevar a la Fantine a la enfermería que tenía en su propia casa. Se la confió a las monjas, que la metieron en la cama. Se le había declarado una fiebre alta. Pasó parte de la noche delirando y hablando en voz alta. Pero acabó por quedarse dormida.

A la mañana siguiente, Fantine se despertó a eso de las doce; oyó una respiración muy cerca de su cama, corrió la cortina y vio al señor Madeleine de pie, mirando algo que estaba más arriba de su cabeza. Era una mirada llena de compasión y de angustia, suplicante. Fantine miró en la misma dirección y vio que esa mirada iba a un crucifijo clavado en la pared.

Ahora Fantine veía al señor Madeleine transfigurado. Le parecía rodeado de luz. Estaba absorto en algo que parecía una plegaria. Ella lo estuvo mirando mucho rato sin atreverse a interrumpirlo. Por fin, le dijo con timidez:

—¿Qué hace aquí?

El señor Madeleine llevaba allí una hora. Estaba esperando a que Fantine se despertase. Le cogió la mano, le tomó el pulso y contestó:

—¿Cómo se encuentra?

—Bien; he dormido —dijo ella—; creo que estoy mejor. No será nada.

Él siguió diciendo, respondiendo, como si la acabase de oír, a la pregunta que le había hecho Fantine de entrada:

—Le estaba rezando a ese mártir de ahí arriba.

Y añadió con el pensamiento: «Por la mártir que está aquí abajo».

El señor Madeleine se había pasado la noche y la mañana

informándose. Ahora estaba al tanto de todo. Sabía la historia de Fantine, con todos sus desgarradores detalles. Siguió diciendo:

—Ha sufrido mucho, pobre madre. ¡Ay, no se queje, ahora cuenta con la dote de los elegidos! Así es como los hombres se vuelven ángeles. No tienen ellos la culpa; es que no saben apañárselas de otro modo. Ese infierno del que ha salido es la primera forma del cielo, ¿sabe? Tenía que empezar por ahí.

Dio un hondo suspiro. Pero ella le sonreía con esa sonrisa sublime a la que le faltaban dos dientes.

Esa misma noche Javert había escrito una carta. La llevó personalmente al día siguiente por la mañana a la oficina de correos de Montreuil-sur-Mer. Iba a París y en el sobre ponía: *A la atención del señor Chabouillet, secretario del señor prefecto de policía*. Como había corrido la voz de lo sucedido en el cuerpo de guardia, la jefa de la oficina de correos y unas cuantas personas más que vieron la carta antes de que saliera y reconocieron en las señas la letra de Javert pensaron que enviaba su dimisión.

Al señor Madeleine le faltó tiempo para escribir a los Thénardier. Fantine les debía ciento veinte francos. Les mandó trescientos, diciéndoles que se cobrasen de esa cantidad y que llevasen a la niña en el acto a Montreuil-sur-Mer, donde su madre, enferma, la reclamaba.

Thénardier se quedó deslumbrado.

—¡Demonios! —le dijo a su mujer—. No hay que soltar a la niña. Resulta que esa simple va a convertirse en una vaca lechera. Adivino qué ha sucedido. Algún bobo se habrá encaprichado de la madre.

Respondió con unas cuentas muy bien hechas de quinientos francos y pico. En esas cuentas figuraban dos facturas irrebatibles de más de trescientos francos, una de un médico y otra de un boticario, quienes habían atendido en dos largas enfermedades a Éponine y Azelma y proporcionado los medicamentos. Ya hemos dicho que Cosette no había estado enferma. Bastó con un sencillo cambio de nombres. Thénardier puso al final de la memoria: *recibidos a cuenta trescientos francos.*

El señor Madeleine envió en el acto otros trescientos francos y escribió: Dense prisa en traer a Cosette.

—¡Por Cristo! —dijo Thénardier—. No hay que soltar a la niña.

Entretanto, Fantine no mejoraba. Seguía en la enfermería.

Las monjas, al principio, recibieron y atendieron a «aquella perdida» con repugnancia. Quienes hayan visto los bajorrelieves de Reims recordarán cómo sacan el labio las vírgenes prudentes cuando miran a las vírgenes necias. Ese antiguo desprecio de las vestales por las sambucistrias es uno de los instintos más afincados de la dignidad femenina; las monjas lo experimentaron y la religión lo reforzó. Pero en pocos días Fantine ya las había desarmado. Decía todo tipo de cosas humildes y dulces y la madre que había en ella enternecía. Un día, las monjas la oyeron decir, presa de la fiebre: «He sido una pecadora, pero cuando tenga a mi niña conmigo eso querrá decir que Dios me ha perdonado. Mientras me estaba portando mal, no habría querido tener conmigo a mi Cosette, no habría podido soportar sus ojos asombrados y tristes. Aunque era por ella por quien me portaba mal y por eso me perdona Dios. Notaré la bendición de Dios cuando Cosette esté aquí. La miraré y me sentará bien ver a esa inocente. No está enterada de nada. Es un ángel, ¿saben, hermanas? A esa edad todavía no se han caído las alas».

El señor Madeleine iba a verla dos veces al día; y ella le preguntaba siempre:

—¿Veré pronto a mi Cosette?

Él le contestaba:

—Mañana por la mañana a lo mejor. Llegará de un momento a otro, la estoy esperando.

Y a la madre se le ponía radiante el rostro pálido:

—¡Ay —decía—, qué feliz voy a ser!

Acabamos de decir que no mejoraba. Antes bien, su estado parecía empeorar de semana en semana. Aquel puñado de nieve directamente encima de la piel, entre los dos omóplatos, trajo consigo un corte repentino de la transpiración tras la que se manifestó por fin con violencia la enfermedad que llevaba años incubando. Se estaba empezando por entonces a seguir, en el estudio y el tratamiento de las enfermedades del pecho, las estupendas indicaciones de Laënnec. El médico auscultó a Fantine y movió la cabeza.

El señor Madeleine le dijo al médico:

—¿Qué hay?

—¿No tiene una hija a la que quiere ver? —dijo el médico.

—Sí.

—Pues dese prisa en hacer que la traigan.

El señor Madeleine se sobresaltó.

Fantine le preguntó:

—¿Qué ha dicho el médico?

El señor Madeleine se esforzó en sonreír.

—Ha dicho que traigamos enseguida a la niña. Que eso le devolverá la salud.

—¡Ay, qué razón tiene! —contestó ella—. Pero ¿qué hacen los Thénardier esos que no sueltan a mi Cosette? ¡Ay, va a venir! ¡Por fin veo la felicidad muy cerca!

Pero Thénardier «no soltaba a la niña» y daba cien malas razones. Cosette estaba un poco delicada para emprender un viaje en invierno. Y además quedaban unas cuantas deudas menudas, pero llamativas, por la comarca y estaba reuniendo las facturas, etc., etc.

—Mandaré a alguien a buscar a Cosette —dijo Madeleine—. Si es menester, iré yo mismo.

Escribió esta carta que le dictó Fantine y que él le dio a firmar:

> «Señor Thénardier:
>
> »Entregue a Cosette a esta persona.
>
> »Se le pagarán todas las cosas menudas.
>
> »Reciba un atento saludo.
>
> »FANTINE».

En éstas, ocurrió un grave incidente. Por mucho que labremos lo mejor que podamos el bloque misterioso de que está hecha nuestra vida, la veta negra del destino vuelve a aparecer siempre.

II

De cómo Jean puede convertirse en Champ

Una mañana, el señor Madeleine estaba en su gabinete de trabajo, ocupado en dejar zanjados de antemano unos cuantos asuntos urgentes del ayuntamiento por si se decidía a hacer el viaje a Montfermeil, cuando le dijeron que el inspector de policía Javert quería hablar con él. Al oír ese nombre, el señor Madeleine no pudo evitar una impresión desagradable. Desde la aventura en el puesto de policía, Javert había evitado más que de costumbre coincidir con él, y el señor Madeleine no había vuelto a verlo.

—Hágalo pasar —dijo.

Javert entró.

El señor Madeleine se había quedado sentado junto a la chimenea, con una pluma en la mano y la mirada puesta en una carpeta que estaba hojeando y anotando y en la que había atestados de multas de la policía de la red viaria. No lo dejó para atender a Javert. No podía impedir acordarse de la pobre Fantine y le convenía comportarse de forma muy fría.

Javert saludó respetuosamente al señor alcalde, que le daba la espalda. El señor alcalde no lo miró y siguió poniendo notas en los papeles de la carpeta.

Javert avanzó dos o tres pasos por el gabinete y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisonomista familiarizado con el carácter de Javert que llevase tiempo estudiando a ese salvaje puesto al servicio de la civilización, a ese compuesto peculiar de romano, de espartano, de monje y de cabo, a ese espía incapaz de decir una mentira, a ese *hombre de la pasma* virginal, un fisonomista que hubiera estado al tanto de la secreta y antigua aversión que le inspiraba el señor

Madeleine, de su conflicto con el alcalde en el caso de la Fantine, y que hubiera mirado en ese momento a Javert, se había preguntado: ¿qué ha sucedido? Era evidente para quien conociera esa conciencia recta, clara, sincera, proba, austera y feroz que Javert se había encarado con algún importante suceso interior. Javert no tenía nada en el alma que no tuviera también en la cara. Era, como todas las personas de carácter violento, propenso a los cambios de rumbo bruscos. Nunca había mostrado una fisonomía más extraña e inesperada. Al entrar, le hizo una inclinación al señor Madeleine con una mirada en que no había ni rencor, ni ira ni desconfianza, y se detuvo a pocos pasos del sillón del alcalde; y ahora estaba ahí, de pie, en actitud casi disciplinaria, con la rudeza ingenua y fría de un hombre que nunca fue manso y siempre fue paciente; esperaba, sin decir palabra, sin hacer ni un movimiento, con una humildad auténtica y una resignación tranquila, a que el señor alcalde tuviera a bien darse la vuelta; esperaba sereno, serio, con el sombrero en la mano, con los ojos bajos y una expresión que estaba entre el soldado ante su oficial y el culpable ante su juez. Todos los sentimientos y todos los recuerdos que se le habrían podido suponer habían desaparecido. No quedaba ya nada en aquel rostro impenetrable y sencillo como el granito sino una tristeza adusta. Toda su persona respiraba sumisión y firmeza y algo así como un agobio llevado con coraje.

Por fin soltó la pluma el señor alcalde y se volvió a medias:

—¿Y bien? ¿Qué hay? ¿Qué sucede, Javert?

Javert se quedó callado un instante, como si buscara el recogimiento; alzó luego la voz con una especie de solemnidad triste que, sin embargo, no excluía la sencillez.

—Lo que sucede, señor alcalde, es que se ha cometido una acción culpable.

—¿Qué acción?

—Un agente de la autoridad de rango inferior le ha faltado al respeto a un magistrado de la forma más grave. Vengo, como es mi deber, a poner el hecho en su conocimiento.

—¿Quién es ese agente? —preguntó el señor Madeleine.

—Yo —dijo Javert.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Y qué magistrado podría tener queja de ese agente?

—Usted, señor alcalde.

El señor Madeleine se incorporó en el sillón. Javert siguió diciendo, con expresión severa y sin levantar la vista:

—Señor alcalde, vengo a rogarle que tenga a bien pedirle a la autoridad mi destitución.

El señor Madeleine, atónito, abrió la boca. Javert lo interrumpió.

—Me dirá que podría presentar mi dimisión, pero con eso no basta. Presentar la dimisión es algo honroso. Yo he cometido una falta y hay que castigarme. Hay que expulsarme.

Y, tras una pausa, añadió:

—Señor alcalde, el otro día fue severo conmigo injustamente. Séalo hoy de forma justa.

—Pero ¿por qué, vamos a ver? —exclamó el señor Madeleine—. ¿Qué galimatías es ése? ¿A qué viene todo esto? ¿Dónde está esa acción culpable que ha cometido usted contra mí? ¿Qué me ha hecho? ¿En qué me ha perjudicado? Se acusa, quiere que lo sustituyan…

—Que me expulsen —dijo Javert.

—De acuerdo, que lo expulsen. Bien está. Pero no lo entiendo.

—Va a entenderlo, señor alcalde.

Javert lanzó un suspiro desde lo más hondo del pecho y siguió diciendo, sin perder ni la frialdad ni la tristeza:

—Señor alcalde, hace seis semanas, tras la escena por causa de aquella mujer, estaba furioso y lo denuncié a usted.

—¿Denunciado?

—A la prefectura de la policía de París.

El señor Madeleine, que no solía reírse mucho más que Javert, se echó a reír.

—¿Por meterme como alcalde en el terreno de la policía?

—Por ex presidiario.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no había alzado la vista, siguió diciendo:

—Eso era lo que yo creía. Tenía unas cuantas ideas desde hacía mucho. El parecido, unos informes que pidió usted en Faverolles, su fuerza, el caso de Fauchelevent, su habilidad como tirador, esa leve cojera que tiene. ¿Yo qué sé? ¡Naderías! Pero el caso es que lo tomaba por un tal Jean Valjean.

—¿Un tal qué…? ¿Qué nombre ha dicho?

—Jean Valjean. Es un presidiario a quien vi hace veinte años cuando era ayudante del cómitre en Tolón. Al salir de presidio, el Jean Valjean ese, por lo visto, cometió un robo en casa de un obispo y luego robó a mano armada y en descampado a un niño deshollinador. Llevaba zafándose ocho años, nadie sabía cómo, pero lo andaban buscando. Yo me había imaginado… ¡En fin, eso fue lo que hice! La ira me decidió y lo denuncié en la prefectura.

El señor Madeleine, que había vuelto a coger la carpeta desde hacía unos momentos, siguió preguntando con tono de perfecta indiferencia:

—¿Y qué le han contestado?

—Que estaba loco.

—¿Y qué?

—Que tenían razón.

—¡Menos mal que lo reconoce!

—No me queda más remedio, ya que ha aparecido el auténtico Jean Valjean.

Al señor Madeleine se le escapó de las manos la hoja que tenía en ellas; alzó la cabeza, miró fijamente a Javert y le dijo en tono indescriptible:

—¡Ah!

Javert siguió diciendo:

—Esto es lo que hay, señor alcalde. Por lo visto había por la comarca, por la zona de Ailly-le-Haut-Clocher, un individuo al que llamaban Champmathieu. Muy mísero; nadie se fijaba en él. La gente así nadie sabe de qué vive. Hace poco, este otoño, detuvieron a Champmathieu por robar unas manzanas de sidra en… bueno, da lo mismo. Hubo robo con escalo y ramas rotas. Detuvieron al tal Champmathieu. Todavía tenía en la mano la rama del manzano. Lo encierran. Hasta aquí todo se queda en un caso de pena correccional. Pero hay que ver cómo son las cosas de la Providencia. Como el calabozo estaba en mal estado, al señor juez de instrucción le parece oportuno disponer que trasladen a Champmathieu a Arras, donde está la prisión provincial. Y en esa prisión de Arras hay un antiguo presidiario, llamado Brevet, al que han detenido por no sé qué y al que han puesto de responsable de galería por buen comportamiento. Nada más caer por allí

Champmathieu, señor alcalde, exclama Brevet: «¡Anda! Pero si yo conozco a ese hombre. Éste ha llevado bola. ¡Míreme, buen hombre! ¡Usted es Jean Valjean!». «¿Jean Valjean? ¿Qué Jean Valjean?» El Champmathieu se hacía de nuevas. «No te hagas el lila —dice Brevet—. Tú eres Jean Valjean y has estado en el presidio de Tolón. Hace veinte años. Estuvimos juntos.» El Champmathieu lo niega. ¡Lógico, ya se hará cargo! Empiezan a averiguar y a rebuscar en el asunto. Y encuentran lo siguiente. El tal Champmathieu fue podador hace alrededor de treinta años en varios sitios, y en particular en Faverolles. Allí se le pierde el rastro. Mucho después, aparece en Auvernia; luego, en París, donde dice que fue carpintero de carros y que tenía una hija lavandera, pero la cosa no está probada; y, por fin, en esta comarca. Ahora bien, antes de ir a presidio, ¿qué era Jean Valjean? Podador. ¿Dónde? En Faverolles. Otro hecho. El Valjean aquel se llamaba de nombre de pila Jean y su madre se apellidaba Mathieu. ¿Qué más natural que pensar que al salir de presidio adoptó el apellido de la madre para ocultarse y se hizo llamar Jean Mathieu? Se va a Auvernia. La forma de pronunciar de la zona convierte *Jean* en *Chan*. Nuestro hombre lo deja correr y hete aquí que se convierte en Champmathieu. Me sigue, ¿verdad? Piden informes en Faverolles. La familia de Jean Valjean no vive ya allí. No se sabe dónde anda. Hágase cargo, en personas de esa clase con frecuencia se esfuma así una familia. Se la busca y ya no se da con nada. Esa gente, cuando no es barro, es polvo. Y además, todas estas historias empezaron hace más de treinta años, ya no queda nadie en Faverolles que haya conocido a Jean Valjean. Buscaron informaciones en Tolón. Además de Brevet, sólo quedan otros dos presidiarios que hayan visto a Jean Valjean. Cochepaille y Chenildieu, que tienen condena perpetua. Los sacan del presidio y los traen. Les hacen un careo con el supuesto Champmathieu. No titubean. Para ellos, igual que para Brevet, es Jean Valjean. La misma edad, tiene cincuenta y cuatro años; la misma estatura; el mismo aspecto; el mismo hombre, vamos, es él. Entonces fue cuando envié la denuncia a la prefectura de París. Me contestan que no sé lo que me digo y que Jean Valjean está en Arras en manos de la justicia. ¡Ya se dará cuenta de mi asombro, yo que creía que tenía aquí mismo a ese mismo Jean Valjean! Escribo al señor juez de instrucción. Me hace ir y me ponen delante al

Champmathieu…

—¿Y qué? —interrumpió el señor Madeleine.

Javert respondió, con su cara incorruptible y triste:

—Señor alcalde, la verdad es la verdad. Me contraría, pero ese hombre es Jean Valjean. Yo también lo he reconocido.

El señor Madeleine respondió en voz muy baja:

—¿Está seguro?

Javert se echó a reír con esa risa dolorosa que nace de un convencimiento profundo:

—¡Ya lo creo que estoy seguro!

Se quedó pensativo un momento, pellizcando maquinalmente el serrín del platillo de secar la tinta, que estaba encima de la mesa, y añadió:

—Y ahora que he visto al verdadero Jean Valjean, ni siquiera entiendo cómo pude pensar otra cosa. Le pido perdón, señor alcalde.

Al dirigirle esa frase suplicante y tan seria a quien lo había humillado seis semanas antes en pleno cuerpo de guardia y le había dicho: «¡Salga!», Javert, aquel hombre altanero, rebosaba sin saberlo sencillez y dignidad. El señor Madeleine no respondió a ese ruego sino con esta pregunta brusca:

—¿Y ese hombre qué dice?

—Pues la verdad, señor alcalde, es que el asunto está feo. Si es Jean Valjean, es reincidente. Saltar una tapia, romper una rama, hurtar unas manzanas es una travesura si se trata de un niño; cuando se trata de un presidiario, es un crimen. Escalo y robo, no falta de nada. Ya no es cosa de la policía correccional, sino de la sala de lo criminal. No son ya unos cuantos días de cárcel, sino el presidio a perpetuidad. Y además está el caso del deshollinador, que espero que vuelva a salir. ¡Demonios! La cosa está como para no resignarse, ¿verdad? Sí, si fuera otro y no Jean Valjean. Pero Jean Valjean es muy ladino. También en esto lo reconozco. Otro notaría que la cosa está que arde; se pondría como una fiera, chillaría, el hervidor canta cuando lo arriman al fuego, no querría ser Jean Valjean, etc. Éste hace como que no entiende. Dice: ¡Soy Champmathieu y de ahí no habrá quien me saque! Se hace el asombrado, el borrico; vale más. ¡Ah, es muy hábil el bribón! Pero da igual, ahí están las pruebas. Lo han reconocido cuatro personas;

condenarán al muy sinvergüenza. Se va a ver el caso en el tribunal de lo criminal de Arras. Iré de testigo. Me han citado.

El señor Madeleine se había vuelto a su escritorio, había cogido otra vez la carpeta y la hojeaba tranquilamente, leyendo y escribiendo por turno, como un hombre atareado. Se volvió hacia Javert.

—¡Ya está bien, Javert! La verdad es que todos esos detalles me interesan muy poco. Estamos perdiendo el tiempo y tenemos asuntos urgentes. Javert, vaya ahora mismo a ver a esa buena mujer que se llama Buseaupied y vende hierbas en la esquina de la calle de Saint-Saulve. Dígale que denuncie al carretero Pierre Chesnelong. Ese hombre es un animal que estuvo a punto de arrollar a esa mujer y a su hijo. No puede quedar sin castigo. Vaya luego a casa del señor Charcellay, que vive en la calle Montre-de-Champigny. Se queja de que hay un canalón en la casa de al lado que le echa a él el agua de lluvia y le socava los cimientos de la casa. Compruebe luego unas multas de la policía que me indican en la calle de Guibourg, en casa de la viuda Doris, y en la calle de Le Garraud-Blanc, en casa de la señora Renée Bossé, y redacte un atestado. Pero le estoy dando mucho trabajo. ¿No iba a estar de viaje? ¿No me ha dicho que iba a Arras para ese caso dentro de ocho o diez días?

—Antes, señor alcalde.

—¿Qué día entonces?

—Creía haberle dicho al señor alcalde que el caso se juzgaba mañana y que me iba en la diligencia de esta noche.

El señor Madeleine hizo un ademán imperceptible.

—¿Y cuánto tiempo durará el juicio?

—Un día como mucho. Dictarán sentencia como muy tarde mañana por la noche. Pero no me quedaré hasta la sentencia, que no puede ser más que una. En cuanto actúe, volveré.

—Muy bien —dijo el señor Madeleine.

Y despidió a Javert con un ademán de la mano.

Javert no se marchó.

—Con su permiso, señor alcalde.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó el señor Madeleine.

—Señor alcalde, me queda una cosa por recordarle.

—¿Cuál es?

—Que tiene que destituirme.

El señor Madeleine se puso de pie.

—Javert, es usted un hombre de bien y le tengo aprecio. Está exagerando su culpa. Por lo demás, esa ofensa es cosa mía. Javert, usted se merece ascender y no degradarse. Quiero que conserve su puesto.

Javert miró al señor Madeleine con aquellas pupilas cándidas en cuyo fondo parecía vérsele la conciencia, de pocas luces, pero rígida y casta, y dijo con voz serena:

—Señor alcalde, eso no se lo puedo conceder.

—Le repito —replicó el señor Madeleine— que ese asunto es cosa mía.

Pero Javert, que sólo atendía a lo que tenía él en la cabeza, siguió diciendo:

—En lo de exagerar, no exagero. Éste es mi razonamiento. He sospechado de usted injustamente. Eso no tiene importancia. Nosotros estamos en nuestro derecho cuando sospechamos, aunque, sin embargo, haya abuso en sospechar a los que tenemos por encima. Pero, sin pruebas, en un acceso de ira, para vengarme, le denuncié como presidiario, ¡a usted, un hombre respetable, un alcalde, un magistrado! Eso es algo grave, muy grave. ¡Ofendí a la autoridad en su persona, yo, un agente de la autoridad! Si uno de mis subordinados hubiera hecho algo así, lo habría considerado indigno de estar en activo y lo habría echado. ¿Se da cuenta? Mire, señor alcalde, sólo una cosa más. He sido severo en la vida muchas veces. Con los demás. Y era justo. Hacía bien. Si ahora no fuese severo conmigo, todas las cosas justas que he hecho se volverían injustas. ¿Debo ser más indulgente conmigo que con los demás? No. ¡Cómo! ¿Sólo habría valido para castigar al prójimo y a mí no? Pero ¡entonces sería un miserable! ¡Entonces los que dicen de mí: ese bellaco de Javert, tendrían razón! Señor alcalde, no quiero que me trate bondadosamente, bastantes disgustos me ha dado su bondad cuando era para los demás, no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar la razón a la mujer pública contra el vecino de buena familia, al agente de policía contra el alcalde, a quien está abajo contra quien está arriba, eso es lo que yo llamo una bondad mala. Con esa clase de bondad es como se desorganiza la sociedad. ¡Dios mío, ser bueno es muy fácil; lo difícil es ser justo! Mire, si

hubiera sido usted lo que yo pensaba, ¡yo no habría sido bueno con usted! ¡Ya lo habría visto, señor alcalde! Señor alcalde, tengo que darme el trato que le daría a cualquier otro. Cuando reprimía a los malhechores, cuando castigaba a pillos, me dije muchas veces a mí mismo: tú, como falles, como te pille en falta alguna vez, ¡ya verás! He fallado, me he pillado en falta, ¡qué le vamos a hacer! ¡Adelante: despedido, degradado, expulsado! ¡Como tiene que ser! Tengo brazos, labraré la tierra, no me importa. Señor alcalde, el bien del servicio exige un ejemplo. Sólo pido que destituya al inspector Javert.

Dijo todo lo anterior con un tono humilde, orgulloso, desesperado y convencido que infundía no se sabe qué extraña grandeza a aquel hombre honrado tan peculiar.

—Ya veremos —dijo el señor Madeleine.

Y le alargó la mano.

Javert retrocedió y dijo con tono hosco:

—Perdone, señor alcalde, pero eso no debe ser. Un alcalde no le da la mano a *uno de la pasma*.

Añadió, entre dientes:

—*Uno de la pasma*, sí; desde el momento de que he usado mal el cargo de policía ya soy sólo *uno de la pasma*.

Hizo luego una marcada inclinación y se encaminó hacia la puerta.

Al llegar a ella, se volvió y, sin alzar la vista:

—Señor alcalde —dijo—, seguiré en el servicio hasta que me sustituyan.

Y se fue. El señor Madeleine se quedó pensativo, mientras oía cómo se alejaba por las baldosas del corredor aquel paso firme y seguro.

Libro séptimo

El caso Champmathieu

I

Sor Simplice

No todos los incidentes que van de leerse a continuación se supieron en Montreuil-sur-Mer, pero lo poco que traslució dejó en esa ciudad un recuerdo tal que supondría para este libro una grave laguna que no los refiriésemos en sus mínimos detalles.

En dichos detalles, el lector hallará dos o tres circunstancias inverosímiles que no suprimimos por respeto a la verdad.

En la tarde que siguió a la visita de Javert, el señor Madeleine fue a ver a Fantine como solía.

Antes de llegar donde ella estaba, pidió que avisaran a sor Simplice.

Las dos monjas que se ocupaban de la enfermería, lazaristas de la congregación de san Vicente de Paúl, como todas las hermanas de la caridad, se llamaban sor Perpétue y sor Simplice.

Sor Perpétue era una aldeana cualquiera, una hermana de la caridad tosca, que había entrado al servicio de Dios como quien entra a servir de criada. Era monja como otras son cocineras. Es una categoría que no escasea en exceso. Las órdenes monásticas no ponen dificultades en aceptar esa loza labriega tan basta, que puede moldearse con facilidad para convertirla en capuchino y en ursulina. Esos caracteres rústicos hallan empleo en las tareas toscas de la devoción. La transición de un boyero a un carmelita no es accidentada; aquél se convierte en éste sin mayor esfuerzo; la común ignorancia básica de la aldea y del claustro es una preparación idónea que pone en el acto al campesino al mismo nivel que el monje. En cuanto se le da algo más de holgura al blusón, ya se convierte en hábito. Sor Perpétue era una monja recia, de Marines, cerca de Pontoise, cuyo dialecto hablaba, salmodiadora,

refunfuñona, que le ponía azúcar a las tisanas a tenor de la beatería o la hipocresía del paciente, brusca con los enfermos, ruda con los moribundos, a quienes casi les refregaba a Dios por las narices, que lapidaba las agonías con oraciones airadas, atrevida, honrada y coloradota.

Sor Simplice era pálida, de una blancura de cera. Al lado de sor Perpétue, era el cirio junto a la vela de sebo. Vicente de Paúl definió divinamente la figura de la hermana de la caridad con estas palabras admirables donde aúna tanta libertad a tanta servidumbre: «No tendrán más monasterio que la casa de los enfermos, ni más celda que un cuarto de alquiler, ni más capilla que la iglesia de su parroquia, ni más claustro que las calles de la ciudad o las salas de los hospitales, ni más clausura que la obediencia, ni más reja que el temor de Dios, ni más velo que la modestia». Aquel ideal estaba vivo en sor Simplice. Nadie podría decir qué edad tenía sor Simplice; nunca fue joven y parecía que nunca sería vieja. Era una persona —no nos atrevemos a decir una mujer— dulce, austera, de trato agradable, fría, que no había mentido nunca. Era tan dulce que parecía frágil, pero, no obstante, más resistente que el granito. Tocaba a los desdichados con dedos adorables, finos y puros. Había, por decirlo de alguna forma, silencio en sus palabras; decía sólo lo necesario y tenía una voz que, al tiempo, habría edificado en un confesionario y deleitado en un salón. Tanta exquisitez se acomodaba bien con el hábito de estameña, y hallaba en aquel rudo contacto un recuerdo continuo del cielo y de Dios. Insistamos en un detalle. No haber mentido nunca, no haber dicho nunca, fuere por el interés que fuere, ni siquiera en cosas sin importancia, nada que no fuera cierto, que no fuera santamente cierto, tal era el rasgo distintivo de sor Simplice; tal era el acento de su virtud. Esa veracidad imperturbable la hacía casi célebre en la congregación. El padre Sicard habla de sor Simplice en una carta al sordomudo Massieu. Por muy sinceros y puros que seamos, todos llevamos en nuestro candor la grieta de la mentirilla inocente. Ella no. Mentirilla, mentira inocente, ¿es que acaso existe algo así? Mentir es el mal absoluto. Es imposible mentir un poco; quien miente miente la mentira entera; mentir es el mismísimo rostro del demonio; Satanás tiene dos nombres, se llama Satanás y se llama Mentira. Así es como pensaba sor Simplice. Y ponía en práctica lo

que pensaba. El resultado era esa blancura que ya hemos mencionado, una blancura cuya irradiación incluía incluso los labios y los ojos. Tenía una sonrisa blanca, tenía una mirada blanca. No había ni una telaraña, no había ni una mota de polvo en el cristal de aquella conciencia. Al profesar en la obediencia de la congregación de san Vicente de Paúl eligió cuidadosamente el nombre de Simplice. Simplicia de Sicilia fue, sabido es, aquella santa que prefirió que le cortasen los pechos antes que decir, habiendo nacido en Siracusa, que había nacido en Segesta, mentira que la habría salvado. Patrona tal era la adecuada para aquella alma.

Al profesar, sor Simplice tenía dos defectos, de los que se había enmendado un poco; antes le gustaban los dulces y le gustaba recibir cartas. No leía nunca sino un devocionario de letra grande y en latín. No entendía el latín, pero entendía el devocionario.

La piadosa hermana le había cobrado afecto a Fantine y, como era harto probable que intuyera la virtud latente, se había dedicado casi en exclusiva a atenderla.

El señor Madeleine se llevó aparte a sor Simplice y le recomendó a Fantine con un tono singular que recordó más adelante la monja.

Al dejar a la monja, se acercó a Fantine.

Fantine esperaba a diario la aparición del señor Madeleine como quien espera un rayo de calor y de alegría. Les decía a las monjas: «No vivo más que cuando está aquí el señor alcalde».

Aquel día tenía una fiebre muy alta. En cuanto vio al señor Madeleine, le preguntó:

—¿Y Cosette?

Él contestó, sonriente:

—Pronto.

El señor Madeleine se comportó con Fantine como siempre. Pero se quedó una hora en vez de media, para mayor contento de Fantine. Hizo mil recomendaciones a todo el mundo para que no le faltase de nada a la enferma. No pasó inadvertido que hubo un momento en que se le ensombreció mucho la expresión. Pero quedó aclarado cuando se supo que el médico se había inclinado para decirle al oído:

—Está bajando mucho.

Luego regresó al ayuntamiento y el escribiente vio que miraba

atentamente un mapa de las carreteras de Francia que estaba colgado en su gabinete de trabajo. Anotó a lápiz unos cuantos números en un papel.

II

Perspicacia de maese Scaufflaire

Desde el ayuntamiento, se fue a la salida de la ciudad, a ver a un flamenco, maese Scaufflaer, a cuyo apellido le habían dado la forma afrancesada de Scaufflaire, que alquilaba caballos y «cabriolés a discreción».

Para ir a casa del tal Scaufflaire, lo más rápido era tomar por una calle poco frecuentada donde estaba la rectoral de la parroquia a que pertenecía el señor Madeleine. Se decía del párroco que era hombre digno, respetable y de buen consejo. Cuando el señor Madeleine llegó ante la rectoral, sólo había en la calle un transeúnte, y el transeúnte se fijó en lo siguiente: el señor alcalde, tras pasar de largo ante la casa parroquial, se detuvo, se quedó quieto, dio luego marcha atrás y desanduvo el camino hasta la puerta de la rectoral, que era una puerta ni principal ni de servicio y con llamador de hierro. Llevó la mano con vehemencia al llamador y lo alzó; volvió a detenerse y se quedó quieto y como pensativo; tras unos segundos, en vez de soltar el llamador de golpe, lo bajó despacio y siguió andando con una especie de prisa que no llevaba antes.

El señor Madeleine encontró a maese Scaufflaire en su casa y recosiendo unos arneses.

—Maese Scaufflaire —preguntó—, ¿tiene un caballo bueno?

—Señor alcalde —dijo el flamenco—, todos mis caballos son buenos. ¿Qué entiende por un caballo bueno?

—Entiendo un caballo que pueda hacer veinte leguas en un día.

—¡Demonios! —dijo el flamenco—. ¡Veinte leguas!

—Sí.

—¿Tirando de un cabriolé?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo podrá descansar después de la carrera?

—Tiene que volver a salir al día siguiente, si menester fuere.

—¿Para hacer el mismo trayecto?

—Sí.

—¡Demonios, demonios! ¿Y son veinte leguas?

El señor Madeleine se sacó del bolsillo el papel donde había anotado los números. Se los enseñó al flamenco. Eran: 5, 6, 8 ½.

—Mire —dijo—. En total, diecinueve y media, que es como decir veinte leguas.

—Señor alcalde —contestó el flamenco—, tengo lo que necesita. Mi caballito blanco. Ha debido de verlo pasar de vez en cuando. Es un animal pequeño, de Le Bas-Boulonnais. Muy fogoso. Primero quisieron hacer de él un caballo de montar. ¡Bah! Se encabritaba y tiraba al suelo a todo el mundo. Decían que era repropio y no sabían qué hacer con él. Lo compré y lo puse a tirar del cabriolé. Eso era lo que quería, señor alcalde. Es dócil como una niña, va como el viento. ¡Eso sí, que a nadie se le ocurra subírsele encima! Eso de que lo monten no va con él. Cada cual tiene sus propias ambiciones. Tirar, sí; llevar, no; se conoce que eso fue lo que se dijo a sí mismo.

—¿Y hará esa carrera?

—Las veinte leguas que usted quiere. Siempre al trote, y en menos de ocho horas. Pero voy a decirle en qué condiciones.

—Diga.

—Primero, tiene que dejarlo descansar una hora a medio camino; que coma, y que haya alguien delante mientras come para que el mozo de la posada no le robe la avena; porque he notado que en las posadas la avena más que comérsela los caballos se la beben los mozos de cuadra.

—Habrá alguien delante.

—Segundo… ¿El cabriolé es para el señor alcalde?

—Sí.

—¿El señor alcalde sabe conducir?

—Sí.

—Pues el señor alcalde tiene que viajar solo y sin equipaje para no cargar demasiado al caballo.

—De acuerdo.

—Pero como el señor alcalde no llevará a nadie consigo, tendrá que tomarse la molestia de vigilar personalmente la avena.

—Dicho queda.

—Le costará treinta francos diarios. Los días de descanso también se cobran. Ni un céntimo menos, y la manutención del caballo corre con ella el señor alcalde.

El señor Madeleine sacó tres napoleones de la bolsa y los puso encima de la mesa.

—Aquí tiene dos días pagados por adelantado.

—En cuarto lugar, para una carrera así, un cabriolé sería demasiado pesado y cansaría al caballo. El señor alcalde tendría que acceder a viajar en un tílburi pequeño que tengo.

—Accedo a ello.

—Pesa poco, pero no tiene capota.

—Me da igual.

—¿El señor alcalde se ha dado cuenta de que estamos en invierno?…

El señor Madeleine no contestó. El flamenco siguió diciendo:

—¿Y de que hace mucho frío?

El señor Madeleine siguió callado. Maese Scaufflaire prosiguió:

—¿Y de que puede llover?

El señor Madeleine alzó la cabeza y dijo:

—El tílburi y el caballo tienen que estar delante de la puerta de mi casa mañana a las cuatro y media de la madrugada.

—Muy bien, señor alcalde —contestó Scaufflaire. Luego, rascando con la uña del pulgar una mancha que había en la madera de la mesa, añadió, con esa expresión despreocupada que los flamencos suelen compaginar tan bien con su agudeza:

—Pero ¡ahora que caigo! El señor alcalde no me ha dicho dónde va. ¿Dónde va el señor alcalde?

No pensaba en otra cosa desde el principio de la conversación, pero, sin saber por qué, no se había atrevido a preguntarlo.

—¿Su caballo tiene buenas patas delanteras? —dijo el señor Madeleine.

—Sí, señor alcalde. Sujételo un poco en las cuestas abajo. ¿Hay muchas cuestas abajo desde aquí hasta el sitio donde va?

—No se le olvide estar delante de mi puerta a las cuatro y media en punto de la madrugada —contestó el señor Madeleine. Y se fue.

El flamenco se quedó «como tonto», según decía él mismo algún tiempo después.

Había salido el señor alcalde hacía dos o tres minutos cuando volvió a abrirse la puerta; era el señor alcalde.

Seguía con la misma expresión impasible y preocupada.

—Señor Scaufflaire —dijo—, ¿en cuánto calcula usted, los dos juntos, el valor del caballo y el del tílburi que me va a alquilar para que lo lleve el caballo?

—Los dos juntos, no; uno delante y otro detrás —dijo el flamenco con una risotada.

—Bien está. ¿Cuánto?

—¿Me los quiere comprar el señor alcalde?

—No, pero quiero cubrir esa cantidad por lo que pueda pasar. Cuando regrese, me la devuelve. ¿En cuánto valora el cabriolé y el caballo?

—En quinientos francos, señor alcalde.

—Aquí los tiene.

El señor Madeleine dejó un billete de banco encima de la mesa, se fue y esta vez ya no volvió.

Maese Scaufflaire lamentó muchísimo no haber dicho mil francos. Por lo demás, el caballo y el tílburi, los dos juntos, valían cien escudos.

El flamenco llamó a su mujer y le contó el asunto. ¿Dónde demonios irá el señor alcalde? Deliberaron. «Va a París», dijo la mujer. «No creo», dijo el marido. Al señor Madeleine se le había olvidado encima de la chimenea el papel donde había apuntado los números. El flamenco lo cogió y lo estudió. «¿Cinco, seis y ocho y medio? Debe de ser la distancia entre las casas de posta.» Se volvió a su mujer: «Ya lo tengo». «¿Y cómo?» «Hay cinco leguas de aquí a Hesdin, seis de Hesdin a Saint-Pol y ocho y media de Saint-Pol a Arras. Va a Arras.»

En tanto, el señor Madeleine había regresado a su casa.

Para volver desde casa del señor Scaufflaire, había ido por el camino más largo, como si la puerta de la rectoral fuera para él una tentación que quería evitar. Subió a su cuarto y se encerró en él, lo que no tenía nada de particular porque era amigo de acostarse temprano. Pero a la portera de la fábrica, que era también la única criada del señor Madeleine, le llamó la atención que apagó la luz a

las ocho y media, y se lo dijo al cajero, que volvía a casa, añadiendo luego:

—¿Estará enfermo el señor alcalde? Le he notado una cara un poco peculiar.

Dicho cajero vivía en una habitación que estaba precisamente debajo de la del señor Madeleine. No prestó atención a las palabras de la portera, se acostó y se durmió. A eso de las doce de la noche, se despertó de repente; había oído, entre sueños, un ruido en el techo. Atendió. Eran unos pasos que iban y venían, como si alguien paseara por la habitación de arriba. Prestó más atención y reconoció el paso del señor Madeleine. Se quedó extrañado; no solía haber ruido alguno en la habitación del señor Madeleine antes de la hora en que se levantaba. Luego movieron un mueble, hubo un silencio y volvieron a oírse los pasos. El cajero se sentó en la cama, se espabiló del todo, miró y, por los cristales de la ventana, vio, en la pared de enfrente, la reverberación rojiza de una ventana encendida. Por la dirección de los rayos de luz, no podía ser sino la ventana del señor Madeleine. La reverberación temblaba, como si viniera más bien de un fuego encendido que de una luz. No se veía el dibujo de los bastidores de los cristales, lo que indicaba que la ventana estaba abierta de par en par. Resultaba sorprendente aquella ventana abierta con el frío que hacía. El cajero se volvió a quedar dormido. Volvió a despertarse una hora o dos después. Los mismos pasos, lentos y regulares, seguían yendo y viniendo por encima de su cabeza.

No había desaparecido la reverberación en la pared, pero ahora era pálida y tranquila, como el reflejo de una lámpara o de una vela. La ventana seguía abierta.

Esto es lo que estaba sucediendo en la habitación del señor Madeleine.

III

Una tempestad en una cabeza

El lector ha adivinado sin duda que el señor Madeleine no es otro que Jean Valjean.

Ya escudriñamos antes las honduras de esa conciencia; ha llegado el momento de volver a escudriñarlas. No lo hacemos sin que nos emocione y nos estremezca. No hay nada más terrible que esa especie de contemplación. Los ojos de la mente no pueden hallar en parte alguna ni resplandores más cegadores ni tinieblas mayores de las que halla en el hombre; no pueden quedarse clavados en cosa alguna que resulte más temible, más complicada, más misteriosa y mas infinita. Hay un espectáculo mayor que el mar, y es el cielo; hay un espectáculo mayor que el cielo, y es el alma por dentro.

Escribir el poema de la conciencia humana, aunque no fuera sino en lo referido a un único hombre y aunque no fuera éste más que el más ínfimo de los hombres, sería fundir todas las epopeyas en una epopeya superior y definitiva. La conciencia es el caos de las quimeras, de las ansias y de los intentos, el horno de los sueños, el antro de las ideas de las que nos avergonzamos; es el pandemónium de los sofismas, es el campo de batalla de las pasiones. Penetrad en algunos momentos, a través del rostro lívido de un ser humano que piensa, y mirad lo que hay detrás, mirad en esa alma, mirad en esa oscuridad. Hay ahí, bajo el silencio externo, combates de gigantes igual que en Homero, refriegas de dragones y de hidras y bandadas de fantasmas como en Milton, espirales visionarias como en Dante. ¡Es sombrío ese infinito que todo hombre lleva en sí y al que enfrenta con desesperación las voluntades del cerebro y los hechos de la vida!

Alighieri se topó un día con una puerta lóbrega ante la que titubeó. Y ahora nos hemos topado con una también nosotros, en cuyo umbral titubeamos. Entremos no obstante.

Poco podemos añadir a lo que el lector ya sabe en lo tocante a lo que le había sucedido a Jean Valjean desde la aventura con Petit-Gervais. Como ya hemos visto, a partir de ese momento fue otro hombre. Lo que había querido hacer el obispo, lo ejecutó él. Fue más que una transformación, fue una transfiguración.

Consiguió esfumarse, vendió los cubiertos de plata del obispo, no quedándose más que con los candeleros, como recuerdo, fue escurriéndose de ciudad en ciudad, cruzó Francia, llegó a Montreuil-sur-Mer, se le ocurrió la idea que ya hemos referido, llevó a cabo lo que hemos contado, consiguió volverse inaprensible e inaccesible y, a partir de ese momento, afincado en Montreuil-sur-Mer, dichoso por sentir que su pasado le entristecía la conciencia y que la última parte de su vida negaba la primera, vivió sereno, tranquilizado y esperanzado, sin pensar ya más que en dos cosas: ocultar su nombre y santificar su vida; escapar de los hombres y volver a Dios.

Esos dos pensamientos iban tan unidos en su mente que sólo eran uno; ambos eran igual de absorbentes e imperiosos y regían sus mínimos actos. Solían estar de acuerdo para ordenar la forma de conducir su vida; lo orientaban hacia la sombra; hacían que fuera bondadoso y sencillo; le aconsejaban las mismas cosas. A veces, no obstante, entraban en conflicto. En semejante circunstancia, hemos de recordarlo, el hombre a quien toda la comarca de Montreuil-sur-Mer llamaba señor Madeleine no dudaba en sacrificar el disimulo del nombre a la santificación de la vida, la seguridad a la virtud. Así, pese a toda reserva y toda prudencia, se había quedado con los candeleros del obispo, se había puesto de luto al morir éste, llamaba y hacía preguntas a todos los niños deshollinadores que pasaban, había pedido informes de las familias de Faverolles y le había salvado la vida al anciano Fauchelevent pese a las inquietantes insinuaciones de Javert. Parecía opinar, como ya hemos comentado, que, siguiendo el ejemplo de todos los sabios, santos y justos, la primera de sus obligaciones no era para consigo.

Debemos decir, no obstante, que nunca había surgido aún nada como lo de ahora. Nunca las dos ideas que gobernaban al pobre

hombre cuyos sufrimientos estamos narrando habían reñido un combate de tanta enjundia. Se dio cuenta de ello, de forma confusa, pero muy honda, en cuanto oyó las primeras palabras que dijo Javert al entrar en su gabinete. En el momento en que éste pronunció de forma tan peculiar aquel nombre que él había enterrado bajo tantas capas, se adueñó de él un estupor; la siniestra rareza de su destino fue casi como una borrachera y, a través de ese estupor, notó el sobresalto que precede a las grandes conmociones; se inclinó como un roble cuando se acerca la tormenta, como un soldado cuando se acerca un ataque. Notó que se le venían encima sombras llenas de rayos y relámpagos. Mientras oía hablar a Javert, lo primero que se le ocurrió fue salir corriendo a denunciarse, sacar al tal Champmathieu de la cárcel y meterse dentro él; fue doloroso y punzante como una incisión en carne viva; luego, se le pasó y se dijo: «¡Vamos a ver, vamos a ver!». Reprimió ese primer impulso generoso y retrocedió ante el heroísmo.

Sería muy hermoso, seguramente, que, tras las santas palabras del obispo, tras tantos años de arrepentimiento y de abnegación, en plena penitencia admirablemente iniciada, aquel hombre, incluso en presencia de una coyuntura tan tremenda, no se hubiera inmutado ni por un instante y hubiera seguido caminando sin que se le alterase el paso hacia aquel precipicio abierto en cuyo fondo estaba el cielo; sería hermoso, pero no sucedió así. No nos queda más remedio que dejar constancia de lo que ocurría en aquella alma y sólo podemos decir lo que había en ella. Lo que predominó ante todo fue el instinto de conservación; reunió deprisa todas las ideas, ahogó las emociones, tuvo en cuenta que estaba presente Javert, que suponía un peligro tan grande, pospuso cualquier resolución con la firmeza del espanto, no quiso pensar en lo que habría que hacer y recuperó la calma como un luchador recoge el escudo.

Pasó el resto del día en ese mismo estado, un torbellino por dentro, una honda calma por fuera; sólo adoptó lo que podríamos llamar «medidas de conservación». Todo estaba aún confuso y los pensamientos chocaban entre sí dentro del cerebro; era tal la turbación que no le veía la forma claramente a ninguna idea; y de sí mismo no habría sabido decirse gran cosa a no ser que acababa de recibir un golpe tremendo. Acudió como siempre junto al lecho de dolor de Fantine y alargó la visita por un instinto bondadoso,

diciéndose que tenía que portarse así y encomendársela mucho a las monjas por si se daba el caso de que tuviera que ausentarse. Notaba de forma inconcreta que a lo mejor tenía que ir a Arras; y, aunque no estaba ni poco ni mucho decidido a hacer ese viaje, se dijo que, ya que estaba libre de toda sospecha, no había inconveniente en que presenciara lo que iba a suceder; y reservó el tílburi de Scaufflaire para estar preparado para cualquier acontecimiento.

Cenó con bastante buen apetito.

Cuando hubo vuelto a su habitación, empezó a meditar.

Examinó la situación y le pareció inaudita; tan inaudita que, en medio de aquel recogimiento, por a saber qué arrebato de ansiedad casi inexplicable, se levantó de la silla y corrió el cerrojo de la puerta. Temía que entrase algo más. Alzaba una barricada contra lo posible.

Un momento después sopló la luz. Lo molestaba.

Le parecía que podían verlo.

¿Quiénes podían verlo?

Por desgracia lo que quería dejar fuera ya había entrado; lo que quería cegar, lo estaba mirando. Su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

No obstante, al principio, se hizo ilusiones; notó una sensación de seguridad y de soledad; tras correr el cerrojo, pensó que nadie podría atraparlo; tras apagar la vela, se sintió invisible. Entonces tomó posesión de sí mismo; puso los codos en la mesa, apoyó la cabeza en la mano y se puso a pensar, en tinieblas.

«¿En qué punto estoy? ¿No estaré soñando? ¿Qué me han dicho? ¿Es verdad que he visto a Javert y que me ha hablado como me ha hablado? ¿Quién será ese Champmathieu? ¿Así que se me parece? ¿Será posible? ¡Cuando pienso que ayer estaba tan tranquilo y tan lejos de sospechar nada! ¿Qué estaba haciendo ayer a estas horas? ¿Qué hay en este incidente? ¿Cómo será el desenlace? ¿Qué hacer?»

En esta tormenta andaba. El cerebro se le había quedado sin fuerzas para retener las ideas, pasaban como olas y él se agarraba la frente con ambas manos para detenerlas.

De aquel tumulto que le desbarataba la voluntad y la razón y del que intentaba sacar una evidencia y una decisión sólo se desprendía angustia.

Le ardía la cabeza. Fue a la ventana y la abrió de par en par. No

había estrellas en el cielo. Volvió a sentarse junto a la mesa.

Así trascurrió la primera hora.

Poco a poco, no obstante, empezaban a surgir líneas imprecisas y se le quedaban fijas en la meditación; y pudo intuir con la precisión de la realidad no la situación en conjunto, pero sí algunos detalles.

Empezó por reconocer que, por muy extraordinaria y crítica que fuera aquella situación, no por ello dejaba él de tener el control absoluto.

Y con aquello su estupor fue a más.

Dejando aparte el objetivo severo y religioso al que tendían sus acciones, todo cuanto había hecho hasta la fecha no había sido sino un agujero que cavaba para enterrar su nombre. Lo que más había temido siempre, en las horas en que se había replegado en sí mismo, en las noches de insomnio, era volver a oír pronunciar aquel nombre; se decía que para él sería el fin de todo; que el día en que ese nombre volviera a aparecer, se le desvanecería en torno la vida nueva, e incluso, ¿quién sabe?, el alma nueva en su interior. Temblaba sólo con pensar que pudiera ser posible. Desde luego, si alguien le hubiera dicho en aquellos momentos que hora llegaría en que ese nombre le retumbara en los oídos; en que esas palabras repulsivas, Jean Valjean, surgieran de pronto de la oscuridad y se irguieran ante él y aquella luz formidable, prendida para disipar el misterio en que se envolvía, le luciera de pronto encima de la cabeza y el nombre aquel no fuera una amenaza que aquella luz no produjera sino una oscuridad más densa; que el velo desgarrado incrementara el misterio; que aquel terremoto consolidara su edificio; que aquel incidente prodigioso no tuviera más resultado, si así lo quería él, que volverle la existencia a la vez más clara y más impenetrable y que de la confrontación con el fantasma de Jean Valjean el señor Madeleine, vecino bondadoso y digno, saliera más tranquilo y más respetado que nunca; si alguien le hubiera dicho algo así, habría movido la cabeza y considerado que se trababa de palabras insensatas. Pues bien, ¡todo aquello acababa de suceder precisamente; toda aquella acumulación de lo imposible era un hecho, y Dios había permitido que aquellas locuras se convirtieran en realidades!

El pensamiento se le iba aclarando. Cada vez se daba más cuenta

de la posición en que estaba.

Le parecía que acababa de despertarse de a saber qué sueño y que resbalaba por una pendiente, en la oscuridad, de pie, tiritando, retrocediendo en vano al filo del abismo. Veía a medias, claramente, en la sombra, a un desconocido, un extraño, a quien el destino tomaba por él y empujaba a la sima en lugar suyo. Para que la sima se cerrase tenía que caer alguien en ella, o él o el otro.

Bastaba con que dejase correr las cosas.

La claridad se hizo total y se confesó a sí mismo lo siguiente: que su lugar en el presidio estaba vacante; que, por mucho que hiciera, lo seguía esperando; que el robo de Petit-Gervais volvía a conducirlo allí; que aquel sitio vacío lo esperaba y tiraría de él hasta que lo ocupara, que era inevitable y fatídico. Y, luego, se dijo: que en aquel momento tenía un sustituto; que, por lo visto, un tal Champmathieu tenía aquella mala suerte y que él, por su parte, presente a partir de ahora en presidio en la persona de ese Champmathieu, presente en la sociedad apellidándose señor Madeleine, no tenía ya nada que temer con tal de que no impidiese a los hombres que le sellasen sobre la cabeza al Champmathieu aquel la piedra de la infamia que, igual que la piedra del sepulcro, cae una vez y no vuelve a alzarse nunca.

Todo aquello era tan violento y tan extraño que se dio en él de pronto esa especie de conmoción indescriptible que ningún hombre nota más de dos o tres veces en la vida, algo así como una convulsión de la conciencia que remueve cuantas cosas poco firmes hay en el corazón, que se compone de ironía, de alegría y de desesperación y que podríamos llamar una carcajada interior.

Volvió a encender la vela.

—¿Qué ocurre? —se dijo—. ¿De qué tengo miedo? ¿Por qué ando dándole tantas vueltas? Estoy salvado. Ya acabó todo. No me quedaba ya más que una puerta entornada por la que podía irrumpir el pasado en mi vida; ¡y esa puerta ya está tapiada! ¡Para siempre! Ese Javert que hace tanto que me altera, ese instinto temible que parecía haberme intuido, ¡que me había intuido, vive el Cielo!, y que me seguía a todas partes, ese perro de caza espantoso, siempre como un perro de muestra que me perseguía, ¡ahora se ha despistado, está pendiente de otra cosa, ha perdido el rumbo por completo! ¡Ya está satisfecho, me dejará en paz, ya ha pescado a su

Jean Valjean! ¿Quién sabe? ¡Es probable que quiera incluso irse de la ciudad! ¡Y todo eso ha ocurrido sin intervención mía! ¡Y no tengo ni arte ni parte! Pero ¡vamos a ver! ¿Dónde está la desgracia en todo esto? ¡Palabra de honor que quien me viera pensaría que me ha sucedido una catástrofe! En última instancia, si algo malo hay en todo esto para alguien, yo no tengo culpa de nada. Todo ha sido cosa de la Providencia. ¡Al parecer es ella quien lo quiere! ¿Soy yo quién para desarreglar lo que ella arregla? ¿Y ahora qué quiero? ¿En qué me meto? No va conmigo. ¡Cómo! ¿No estoy contento? Pues ¿qué más quiero? La meta a la que llevo pretendiendo llegar tantos años, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones al cielo, la seguridad, ¡ya la he conseguido! Es Dios quien así lo quiere. Yo no pinto nada llevándole la contraria a la voluntad de Dios. ¿Y por qué lo quiere Dios? ¡Para que siga lo que he empezado, para que haga el bien, para que sea algún día un ejemplo grande y alentador, para que pueda decirse que hubo al fin un poco de dicha en esta penitencia que he soportado y en esta virtud a la que he regresado! La verdad, no entiendo por qué me ha dado tanto miedo entrar en casa de nuestro buen párroco y contarle todo como a un confesor y pedirle consejo; todo esto es, claro está, lo que me habría dicho. ¡Decidido, dejemos correr las cosas! ¡Dejemos que haga Dios su voluntad!

Se hablaba así en las profundidades de la conciencia, inclinado sobre lo que podríamos llamar su propio abismo. Se levantó de la silla y empezó a andar por la habitación. «¡Vamos! —dijo—, no le des más vueltas. ¡Ya está tomada la decisión!» Pero no notaba alegría alguna.

Al contrario.

No podemos impedir al pensamiento que vuelva a una idea como no se puede impedir al mar que vuelva a una orilla. Para el marinero, eso se llama la marea; para el culpable se llama el remordimiento. Dios hace crecer el alma como el océano.

Al cabo de pocos instantes, por más que hizo, el señor Madeleine volvió a aquel diálogo sombrío en el que hablaba y escuchaba, diciendo lo que habría querido callar, escuchando lo que no habría querido oír, cediendo a ese poder misterioso que le decía: ¡piensa!, igual que le decía hace dos mil años a otro condenado: ¡camina!

Antes de seguir adelante, y para que se nos entienda del todo,

insistamos en una observación necesaria.

Es cierto que hablamos con nosotros mismos; no hay ser pensante que no haya pasado por ello. Podemos decir incluso que el verbo no es nunca un misterio más espléndido que cuando discurre, por dentro de un hombre, del pensamiento a la conciencia y vuelve de la conciencia al pensamiento. Es sólo en ese sentido como hay que entender estas palabras que con tanta frecuencia aparecen en el presente capítulo: *dijo, exclamó*. Nos decimos, nos hablamos, exclamamos en nuestro fuero interno sin que se quiebre el silencio exterior. Hay un gran tumulto; todo habla en nosotros menos la boca. No por no ser visibles ni palpables son menos realidad las realidades del alma.

El señor Madeleine se preguntó, pues, en qué punto estaba. Se preguntó por esa «decisión tomada». Se confesó a sí mismo que todo cuanto acababa de organizar en su mente era monstruoso, que «dejar correr las cosas, dejar que hiciera Dios su voluntad» era algo sencillamente espantoso. ¡Dejar que se consumara aquel error del destino y de los hombres, no impedirlo, plegarse a él callando, o sea, no hacer nada, era hacerlo todo! ¡Era el colmo de la indignidad hipócrita! ¡Era un crimen ruin, cobarde, solapado, abyecto, repulsivo!

Por primera vez desde hacía ocho años, el pobre hombre acababa de notar el sabor amargo de un mal pensamiento y de una mala acción.

Lo escupió con asco.

Siguió haciéndose preguntas. Se preguntó severamente qué había querido decir con esto: «¡Ya he llegado a la meta!». Se dijo que tenía efectivamente una meta en la vida. Pero ¿qué meta? ¿Ocultar cómo se llamaba? ¿Engañar a la policía? ¿Para algo tan pequeño había hecho cuanto había hecho? ¿No tenía acaso otra meta que era la importante, que era la verdadera? Salvar no su persona, sino su alma. Volver a ser honrado y bueno. ¡Ser un justo! ¿Es que no era eso ante todo, no era eso sólo lo que siempre había querido, lo que le había ordenado el obispo. ¿Cerrarle la puerta al pasado? ¡Pero si no la estaba cerrando, por Dios! ¡Volvía a abrirla al cometer una acción infame! ¡Volvía a ser un ladrón, y el más odioso de los ladrones! ¡Le robaba a otro la existencia, la vida, la paz, el lugar al sol! ¡Se convertía en asesino! ¡Mataba, mataba moralmente

a un pobre hombre, le infligía esa muerte espantosa en vida, esa muerte a cielo abierto a la que llaman presidio! ¡Y, por el contrario, entregarse, salvar a ese hombre que padecía aquel error lúgubre, volver a llamarse como se llamaba, ser otra vez por sentido del deber el presidiario Jean Valjean, eso sí era en verdad culminar su resurrección y clausurar para siempre el infierno del que había salido! ¡Volver en apariencia a él era, en realidad, salir! ¡Tenía que hacerlo! ¡Si no lo hacía, era como si no hubiera hecho nada! Toda su vida era inútil, toda su penitencia era cosa perdida y sólo le quedaba ya por decir: ¿para qué? Notaba que estaba allí el obispo, que el obispo estaba tanto más presente cuanto que había muerto, que el obispo lo miraba fijamente, que a partir de ahora el alcalde Madeleine, con todas sus virtudes, le resultaría abominable y que el presidiario Jean Valjean sería ante él admirable y puro. Que los hombres le veían la máscara, pero que el obispo le veía la cara. Que los hombres veían su vida, pero que el obispo le veía la conciencia. ¡Así que tenía que ir a Arras, liberar al Jean Valjean falso y denunciar al auténtico! Era, ¡ay!, el mayor de los sacrificios, la victoria más dolorosa, el último paso por dar; pero era necesario. ¡Qué doloroso destino! ¡Sólo entraría en la santidad a ojos de Dios si entraba de nuevo en la infamia a ojos de los hombres!

—¡Pues tomemos ese partido! —dijo—. ¡Cumplamos con nuestro deber! ¡Salvemos a ese hombre!

Dijo estas palabras en voz alta sin darse cuenta de que lo hacía.

Cogió sus libros, los repasó, los puso en orden. Echó al fuego un fajo de recibos de cantidades prestadas a pequeños comerciantes en apuros. Escribió una carta que lacró y en cuyo sobre habría podido leer quien hubiera estado en la habitación en ese momento: *Al señor Laffitte, banquero, calle de Artois, París*.

Sacó de un secreter una cartera en que había varios billetes de banco y el pasaporte que había usado ese mismo año para las elecciones.

Quien lo hubiera visto mientras llevaba a cabo esas tareas, que iban unidas a una meditación tan adusta, no habría podido sospechar qué le sucedía por dentro. Sólo se le movían a ratos los labios; en otros momentos alzaba la cabeza y clavaba la mirada en un punto cualquiera de la pared como si precisamente en él hubiera algo que quisiera aclarar o a lo que quisiera hacer alguna pregunta.

Tras acabar la carta para el señor Laffitte, se la metió en el bolsillo, y también la cartera, y empezó otra vez a dar paseos.

Su ensimismamiento no había cambiado de rumbo. Seguía viendo claramente cuál era su deber, escrito en letras luminosas cuyas llamas le ardían ante los ojos y se movían cuando movía las pupilas: *¡Adelante! ¡Di cómo te llamas! ¡Denúnciate!*

También veía, y como si se le movieran delante con formas sensibles, las dos ideas que habían sido hasta entonces la doble norma de su vida: ocultar el nombre y santificar el alma. Por primera vez le parecía que eran dos cosas distintas y veía la diferencia que las separaba. Reconocía que una de aquellas ideas era buena necesariamente, mientras que la otra podía llegar a ser mala; que una era abnegada y la otra era personal; que una decía *el prójimo* y la otra decía *yo,* que una nacía de la luz y la otra de la oscuridad.

Luchaban entre sí, y él las veía luchar. Según pensaba más y más en ellas, le crecían ante los ojos de la mente; ahora tenían una estatura colosal; le parecía ver cómo reñían en su fuero interno, en ese infinito al que nos referíamos antes, entre oscuridades y luces, una diosa y una gigante.

Estaba colmado de espanto, pero le daba la impresión de que el pensamiento bueno llevaba ventaja.

Notaba que estaba llegando a otro momento decisivo de su conciencia y su destino; que el obispo había determinado la primera fase de su vida nueva y que el Champmathieu aquel determinaba la segunda. Tras la gran crisis, la gran prueba.

En tanto, la fiebre, que se le había calmado por unos instantes, volvía poco a poco. Cruzaban por él mil pensamientos, pero lo seguían fortificando en la resolución que había tomado.

Hubo un momento en que se dijo que a lo mejor se estaba tomando el asunto demasiado a pecho; que, bien pensado, el tal Champmathieu no merecía la pena; que, a fin de cuentas, había robado.

Se contestó: «Si bien es cierto que ese hombre ha robado unas cuantas manzanas, eso es un mes de cárcel. De ahí al presidio hay un buen trecho. Pero, incluso, ¿quién sabe? ¿Ha robado? ¿Es algo probado? El nombre de Jean Valjean lo condena y parece excusar las pruebas. ¿No es así como suelen comportarse los fiscales del

rey? Lo toman por ladrón porque saben que es presidiario».

Hubo otro momento en que se le ocurrió que, cuando se denunciase, a lo mejor tenían en cuenta el heroísmo de aquella acción, de la vida honrada que llevaba desde hacía siete años y de lo que había hecho por la comarca y lo perdonaban.

Pero no tardó en desvanecerse esa suposición y sonrió con amargura al pensar en que haberle robado aquellos dos francos a Petit-Gervais lo convertía en reincidente, que aquel caso era seguro que saldría a relucir y que, en aplicación estricta de la ley, le correspondía pena de trabajos forzados a perpetuidad.

Dio de lado cualquier ilusión, la tierra le fue cada vez más ajena y buscó consuelo y fuerza en otra parte. Se dijo que tenía que cumplir con su obligación; que era posible incluso que no fuera más desdichado tras haber cumplido con ella que tras haberla eludido; que si *dejaba correr las cosas,* que si se quedaba en Montreuil-sur-Mer, sería un crimen lo que serviría de aliño a la consideración de la que gozaba, la buena reputación que tenía, sus buenas obras, la deferencia, la veneración, la caridad que ejercía, las riquezas que tenía, su popularidad y virtud. ¡Y qué sabor iban a tener todas aquellas cosas santas unidas a aquella otra cosa repulsiva! ¡Mientras que, si llevaba a cabo aquel sacrificio, iría unida una idea celestial al presidio, a la picota y la argolla, al gorro verde, al trabajo sin descanso, a la vergüenza sin compasión!

Se dijo por fin que era necesario, que su destino era así, que él no era quién para estorbar las disposiciones de más arriba, que siempre había que elegir: o la virtud por fuera y la abominación por dentro o la santidad por dentro y la infamia por fuera.

No le desfallecía el valor por andar dando vueltas a tantas ideas lúgubres, pero se le cansaba la mente. Empezaba a pensar, sin pretenderlo, en otras cosas, en cosas indiferentes.

La latían con violencia las arterias en las sienes. Seguía paseando arriba y abajo. Dieron las doce, primero en la iglesia parroquial y luego en la casa consistorial. Contó las doce campanadas de ambos relojes y comparó el sonido de ambas campanas. Recordó entonces que pocos días antes había visto en un chatarrero una campana vieja en venta en la que estaba grabado el siguiente nombre: *Antoine Albin de Romainville*.

Tenía frío. Encendió un fuego pequeño. No se le ocurrió cerrar la

ventana.

Había vuelto, en tanto, al estupor. Tenía que hacer un esfuerzo bastante intenso para acordarse de qué estaba pensando antes de que dieran las doce. Por fin lo consiguió.

—¡Ah, sí! —se dijo—. Había tomado la decisión de denunciarme.

Luego, de pronto, se acordó de la Fantine.

—¡Anda! —dijo—. ¿Y esa pobre mujer?

Y se presentó una nueva crisis.

Cuando Fantine surgió de pronto en su ensimismamiento hizo las veces de un rayo de luz inesperado. Le pareció que todo cambiaba de aspecto en torno; exclamó:

—¡Pero si es que hasta ahora sólo he pensado en mí! ¡Sólo he tenido en cuenta lo que me convenía a mí! Me conviene callarme o denunciarme, ocultar mi personalidad o salvar mi alma, ser un magistrado despreciable y respetado o un presidiario infame y digno de veneración; ¡yo, siempre yo, sólo yo! ¡Pero, Dios mío, todo eso no es sino egoísmo! ¡Diversas formas de egoísmo, pero egoísmo! ¿Y si pensara un poco en los demás? Lo primero de la santidad es pensar en el prójimo. A ver, vamos a examinar las cosas. Me pongo al margen, me olvido de mí, ¿que pasará con todo lo demás? ¿Qué pasa si me denuncio? Me detienen, sueltan al tal Champmathieu, me mandan a presidio, bien está. ¿Y después? ¿Aquí qué ocurre? ¡Ah, pues que aquí hay una comarca, una ciudad, unas fábricas, una industria, unos obreros, unos hombres, unas mujeres, unos abuelos ancianos, unos niños, pobre gente! He creado todo esto y lo mantengo vivo: en todas las chimeneas que humean yo he puesto el tizón en el fuego y la carne en el puchero; he creado la holgura, la circulación del dinero, el crédito; antes de mí no había nada; he levantado, vivificado, infundido actividad, fecundado, estimulado, enriquecido a toda la comarca; si yo falto, faltará el alma. Yo me quito de en medio y todo se muere. ¡Y esa mujer que ha sufrido tanto, que tiene tantas prendas pese a su caída, todas cuyas desdichas he causado yo sin querer! ¡Y esa niña a la que quería ir a buscar; se lo he prometido a su madre! ¿No le debo acaso también algo a esa mujer, como reparación por el mal que le hice? Si yo desaparezco, ¿qué sucede? La madre se muere. A la niña le pasa lo que le tenga que pasar. Eso es lo que sucede si me denuncio. ¿Y si

no me denuncio? A ver, ¿y si no me denuncio?

Tras hacerse esa pregunta, dejó de pensar; tuvo algo así como un momento de titubeo, trémulo; pero ese momento duró poco y se respondió, con calma:

—Pues entonces ese hombre va a presidio, es cierto, pero ¡qué demonios! ¡Ha robado! Por mucho que me diga yo que no ha robado, ¡sí ha robado! Yo me quedo aquí y sigo adelante. Dentro de diez años habré ganado diez millones, los reparto por la comarca, no tengo nada mío, ¿a mí que más me da? ¡No lo hago por mí! Va a más la prosperidad de todos, las industrias se despiertan y se animan, las manufacturas y las fábricas se multiplican, las familias, ¡cien familias, mil familias!, son felices; se puebla la región; nacen pueblos donde sólo hay casas de labor; nacen casas de labor donde no hay nada; desaparece la miseria ¡y, con la miseria, desaparecen la depravación, la prostitución, el robo, el asesinato, todos los vicios, todos los crímenes! ¡Y esa pobre madre cría a su hija! ¡Y toda la comarca será rica y honrada! ¡Ay, estaba loco, estaba siendo absurdo! Pero ¿qué estaba diciendo de denunciarme? Hay que tener cuidado, la verdad, y no precipitarse en nada. ¡Cómo! Me da por hacerme el magnánimo y el generoso —que no deja de ser ponerse melodramático, bien pensado—, me da por no pensar sino en mí, en mí solamente, vamos, para salvar de un castigo, un tanto exagerado, quizá, pero justo en el fondo, a saber a quién, a un ladrón, a un bribón desde luego, ¡y, en vista de eso, tiene que perecer toda una comarca, tiene que reventar en el hospital una pobre mujer, tiene que reventar en la calle una pobre niña, como perros! Pero ¡eso es algo abominable! ¡Sin que la madre haya vuelto siquiera a ver a la hija! ¡Sin que la hija haya conocido apenas a la madre! ¡Y todo por ese pillo, ese ladrón de manzanas que seguro que, si no ha sido por eso, se tendrá merecido el presidio por cualquier otra cosa! ¡Bonitos escrúpulos que salvan a un culpable y sacrifican a unos inocentes, que salvan a un vagabundo viejo, a quien sólo le quedan unos años de vida, bien pensado, y no será más desdichado en presidido que en su chamizo, y sacrifican a toda una población, madres, mujeres, niños! ¡Esa pobrecita Cosette que sólo me tiene a mí en el mundo y que seguramente está ahora azul de frío en el cuchitril de los Thénardier! ¡Otros canallas! ¿Y voy yo a fallar en mis obligaciones para con todos esos infelices? ¿Y me voy a ir a denunciarme? ¿Esa

estupidez tan absurda iba a cometer? Pongámonos en lo peor. Supongamos que cometo una mala acción y que llega un día en que me lo reprocha la conciencia; aceptar, por el bien del prójimo, esos reproches que sólo me afectan a mí, esa mala acción que sólo compromete mi alma, eso es lo abnegado, eso es lo virtuoso.

Se levantó y volvió a pasear. Ahora sí le parecía que estaba contento.

Sólo se hallan los diamantes en las tinieblas de la tierra; sólo se hallan las verdades en las honduras del pensamiento. Le parecía que, tras haber descendido a esas profundidades, tras haber andado a tientas mucho rato en lo más negro de esas tinieblas, acababa por fin de dar con uno de esos diamantes, con una de esas verdades, y que la tenía en la mano; y lo deslumbraba mirarla.

—Sí —pensó—, eso es. Estoy en lo cierto. Tengo la solución. A algo hay que atenerse al final. He tomado una decisión. ¡Lo dejaremos correr! No vacilemos más, no retrocedamos más. Ése es el interés de todos, no el mío. Soy Madeleine y seguiré siendo Madeleine. ¡Lo siento por el que sea Jean Valjean! Yo he dejado ya de serlo. No conozco a ese hombre, ya no sé quién es. ¡Si resulta que ahora alguien es Jean Valjean, que se las apañe! No es cosa mía. Es un nombre fatídico que flota en la oscuridad; ¡si se detiene y cae sobre una cabeza, peor para esa cabeza!

Se miró en el espejito que tenía encima de la chimenea y dijo:

—¡Mira! Me ha aliviado tomar una decisión. Ya tengo otra cara bien diferente.

Dio unos cuantos pasos más y se detuvo en seco:

—¡Vamos allá! —dijo—. No hay que titubear ante ninguna de las consecuencias de la decisión, una vez tomada. Quedan todavía hilos que me vinculan con ese Jean Valjean. ¡Es menester quebrarlos! En esta misma habitación hay objetos que me acusarían, cosas mudas que serían testigos; o sea, que todo tiene que desaparecer.

Rebuscó en el bolsillo, sacó la bolsa, la abrió y cogió una llavecita.

Metió esa llave en una cerradura cuyo hueco se veía apenas, pues se perdía entre los matices más oscuros del dibujo del papel pintado de la pared. Se abrió un escondrijo, algo así como un armario disimulado dispuesto entre la esquina de la pared y la

campana de la chimenea. No había en ese escondrijo sino unos cuantos harapos, un blusón de lienzo azul, un pantalón viejo, un macuto viejo y un bastón grueso de espino, herrado en los dos extremos. A quienes vieron a Jean Valjean por la época en que pasó por Digne, en octubre de 1815, no les habría costado reconocer todas las piezas de aquel atuendo mísero.

Las había conservado como había conservado los candeleros de plata, para acordarse siempre del punto de partida. Sólo que aquello, que procedía del presidio, lo tenía oculto; y dejaba a la vista los candeleros, que procedían del obispo.

Lanzó una mirada furtiva a la puerta, como si hubiera temido que se abriera pese al cerrojo que la bloqueaba; luego, con un ademán vehemente y brusco y de una sola brazada, sin echar una ojeada siquiera a aquellas cosas que tantos años había conservado tan religiosa y arriesgadamente, lo cogió todo, harapos, bastón, macuto, y lo arrojó al fuego.

Cerró el armario disimulado y, extremando las precauciones, inútiles ya, puesto que estaba vacío, corrió un mueble grande para tapar la puerta.

Al cabo de unos segundos, una gran reverberación, roja y temblona, iluminó la habitación y la pared de enfrente. Todo se estaba quemando. El bastón de espino crepitaba y soltaba chispas hasta el centro de la habitación.

El macuto, al consumirse junto con los espantosos trapos que contenía, había dejado al aire algo que brillaba entre la ceniza. Quien se hubiera inclinado habría reconocido fácilmente una moneda. Seguramente los dos francos que Jean Valjean le había robado al niño deshollinador.

Él no miraba el fuego e iba de un lado para otro, con el mismo paso.

De pronto, se le posó la vista en los dos candeleros de plata que, con la reverberación, brillaban débilmente encima de la chimenea.

—¡Anda! —pensó—. También en eso está Jean Valjean entero, y también habrá que destruirlo.

Cogió los dos candeleros.

Había fuego bastante para poder deformarlos con rapidez y convertirlos en algo así como un lingote imposible de reconocer.

Se inclinó sobre el fuego y se calentó unos instantes. Notó un

auténtico bienestar. «¡Qué calor tan bueno», dijo.

Removió las brasas con uno de los dos candeleros.

Un minuto más y habrían acabado los dos en el fuego.

En ese momento, le pareció que oía una voz que le gritaba por dentro:

—¡Jean Valjean! ¡Jean Valjean!

Se le pusieron los pelos de punta y se convirtió en un hombre que oye algo espantoso.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Concluye la tarea! —decía la voz—. ¡Remata lo que estás haciendo! ¡Destruye esos candeleros! ¡Reduce a la nada ese recuerdo! ¡Olvida al obispo! ¡Olvídalo todo! ¡Sé la perdición de ese Champmathieu! ¡Venga, bien está! ¡Congratúlate! Así ya queda todo acordado, resuelto, dicho; ¡hay un hombre, un anciano que no sabe qué pretenden de él, que a lo mejor no ha hecho nada, un inocente que no tiene más desgracia que tu nombre, al que agobia tu nombre como un crimen, al que van a detener por ti, a quien van a condenar, que acabará sus días en la abyección y el espanto! Bien está. Tú sé un hombre honrado. ¡Sigue siendo el señor alcalde, sigue siendo honorable; sigue siendo a quien honran, enriquece la ciudad, da de comer a los indigentes, cría a los huérfanos, vive feliz, virtuoso y admirado; y, mientras tanto, mientras tú estás aquí en la alegría y la luz, habrá alguien con tu chaqueta roja puesta, que llevará tu nombre en la ignominia y que irá arrastrando tu cadena por el presidio! ¡Sí, qué bien arreglado queda todo así! ¡Ah, miserable!

Le corría el sudor por la frente. Clavaba en los candeleros unos ojos extraviados. Pero quien hablaba no había acabado. La voz seguía:

—¡Jean Valjean! Te rodearán muchas voces que harán mucho ruido, que hablarán muy alto y te bendecirán; y sólo una que nadie oirá y que te maldecirá en las tinieblas. ¡Pues atiende, infame! ¡Todas esas bendiciones volverán a bajar antes de alcanzar el cielo, y sólo la maldición subirá hasta Dios!

Aquella voz, muy débil primero, y que se había alzado desde lo más oscuro de su conciencia, se había ido volviendo gradualmente atronadora y formidable, y ahora la tenía en los oídos. Le parecía que había salido de su cuerpo y ahora le hablaba desde fuera. Creyó oír las últimas palabras con tal claridad que miró por la habitación

con algo parecido al terror.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó en voz alta y como loco.

Añadió luego, con una risa que parecía la risa de un idiota:

—¡Seré tonto ¡Si no puede haber nadie!

Sí que había alguien; pero era de esos que la mirada humana no puede ver.

Dejó los candeleros encima de la chimenea.

Reanudó entonces ese paseo monótono y lúgubre que le alteraba el sueño y despertaba sobresaltado al hombre que dormía abajo.

Andar así lo aliviaba y, al tiempo, lo emborrachaba. Parece a veces que en las circunstancias supremas nos movemos para pedir consejo a todo cuanto podamos hallar en nuestro camino según cambiamos de sitio. Al cabo de unos instantes, ya no sabía dónde estaba.

Ahora lo echaban para atrás, causándole igual espanto, las dos decisiones que había adoptado sucesivamente. Los dos pensamientos que lo aconsejaban le parecían nefastos por igual. ¡Qué fatalidad! ¡Mira que haberse topado con ese Champmathieu, a quien tomaban por él! ¡Que precisamente lo despeñase aquel medio que la Providencia parecía, de entrada, haber elegido para darle una posición más firme!

Hubo un momento en que miró detalladamente el porvenir. ¡Denunciarse, por Dios santo! ¡Entregarse! Consideró con inmensa desesperación todo cuanto tendría que dejar, todo aquello con lo que tendría que volver a cargar. ¡Debería, pues, despedirse de aquella existencia tan grata, tan pura, tan radiante, de aquel respeto que todos le tenían, del honor, de la libertad! ¡Ya no iría a pasear por el campo, ya no oiría cantar a los pájaros en el mes de mayo, ya no daría limosna a los niños! ¡No notaría ya la dulzura de las miradas de agradecimiento y de amor que clavaban en él! ¡Dejaría aquella casa que había construido, aquel cuartito! Todo le parecía encantador en aquel momento. Ya no leería esos libros, ya no escribiría en aquella mesita de madera de pino. Esa anciana que era su portera y su única criada ya no le subiría el café por las mañanas. ¡Santo cielo! ¡En vez de todo eso, la chusma, la argolla, la chaqueta roja, la cadena en el tobillo, el cansancio, el calabozo, el camastro, todos esos horrores que ya conocía! ¡A su edad y después de haber sido lo que era! ¡Si al menos fuera joven! ¡Pero, siendo

viejo, que lo tutease a uno el primero que pasara, que lo registrara el cómitre, que le diera palos el sotacómitre! ¡Llevar los pies descalzos dentro de los zapatones con clavos! ¡Alargarle por las mañanas y por las noches, durante las rondas de vigilancia, la pierna al martillo del guardia que inspecciona la manilla! ¡Soportar la curiosidad de los extraños a quienes les dirían: *Ése es el famoso Jean Valjean, que fue alcalde de Montreuil-sur-Mer!* ¡Por las noches, chorreando sudor, agobiado de cansancio, con el gorro verde caído encima de los ojos, subir de dos en dos, bajo el látigo del sargento, la escala del presidio flotante! ¡Ay, qué miseria! ¿Así que el destino puede ser perverso como un ser inteligente y volverse monstruoso como un corazón humano?

E, hiciera lo que hiciera, siempre volvía a aquel doloroso dilema, que era el fondo de sus pensamientos: ¡quedarse en el paraíso y allí volverse demonio o regresar al infierno y allí volverse un ángel!

¿Qué hacer, santo cielo, qué hacer?

La tormenta de la que tanto le había costado salir volvió a arreciar. Otra vez se le entremezclaban las ideas. Cayeron en ese estado estupefacto y maquinal que es propio de la desesperación. Le volvía sin cesar a la mente el nombre de Romainville con dos versos de una canción que había oído hacía mucho. Pensaba que Romainville es un bosquecillo próximo a París donde los enamorados van a cortar lilas en el mes de abril.

Trastabillaba tanto por fuera como por dentro. Caminaba como un niño pequeño al que dejan que ande solo.

Había momentos en que, luchando contra el cansancio, se esforzaba por recuperar el control de la inteligencia. Intentaba plantearse por última vez y de forma definitiva aquel problema en que había ido a caer, como quien dice, por agotamiento. ¿Denunciarse? ¿Callar? No conseguía ver nada con claridad. Los aspectos inconcretos de todos los razonamientos que había ido esbozando en su ensimismamiento se estremecían y se desvanecían en humo uno tras otro. De lo único de lo que se percataba era de que, adoptase el partido que adoptase, algo en él moriría necesariamente y sin que le fuera posible evitarlo; de que, tanto si iba a la derecha como a la izquierda, entraba en un sepulcro; de que estaba viviendo una agonía, la de su dicha o la de su virtud.

Todas sus irresoluciones habían vuelto, desgraciadamente, a

adueñarse de él. No estaba más adelantado que al principio.

Así se debatía en la angustia aquella pobre alma. Mil ochocientos años antes de aquel hombre infortunado, el ser misterioso que resume todas las santidades y todos los sufrimientos de la humanidad también había estado mucho rato apartando, mientras el viento feroz del infinito estremecía los olivos, el espantoso cáliz que divisaba, chorreando sombra y desbordante de tinieblas, en unas profundidades repletas de estrellas.

IV

Formas que adopta el sufrimiento durante el sueño

Acababan de dar las tres de la mañana y llevaba cinco horas paseando así, casi sin interrupción, cuando se desplomó en la silla.

En ella se quedó dormido y tuvo un sueño.

Ese sueño, como la mayoría de los sueños, no tenía que ver con la situación más que por un toque funesto y doloroso, pero lo dejó impresionado. Aquella pesadilla le causó tanto efecto que, andando el tiempo, la escribió. Es uno de los papeles de su puño y letra que quedan de él. Nos parece que debemos transcribirlo aquí textualmente.

Fuere cual fuere ese sueño, la historia de aquella noche quedaría incompleta si lo omitiéramos. Es la sombría aventura de un alma enferma.

Helo aquí. En el sobre vemos escrita esta línea: *El sueño que tuve aquella noche.*

> «Estaba en el campo. Un campo triste y grande en que no había hierba. No me parecía que fuera ni de día ni de noche.
>
> »Paseaba con mi hermano, el hermano de mis años de infancia, ese hermano del que debo decir que nunca pienso en él y del que casi no me acuerdo.
>
> »Íbamos charlando y nos cruzábamos con transeúntes. Hablábamos de una vecina que habíamos tenido hace años y que, desde que vivía en una casa que daba a la calle, trabajaba siempre con la ventana abierta. Según charlábamos, notábamos frío por culpa de esa ventana abierta.
>
> »No había árboles en el campo.
>
> »Vimos pasar a un hombre por nuestro lado. Era un hombre

que iba completamente desnudo, era de color ceniza y montaba un caballo de color tierra. El hombre no tenía pelo; se le veían la cabeza y las venas de la cabeza. Llevaba en la mano una varita que era flexible como un sarmiento y pesada como el hierro. El jinete pasó y no nos dijo nada.

»Mi hermano me dijo: “Vamos por el camino encajonado”.

»Había un camino encajonado donde no se veía ni un matorral ni una brizna de musgo. Todo era color tierra, incluso el cielo. Dimos unos pasos y nadie me respondía ya cuando hablaba. Caí en la cuenta de que mi hermano no iba conmigo.

»Vi un pueblo y entré en él. Pensé que debía de ser Romainville (¿por qué Romainville?)[13].

»La primera calle en la que me metí estaba desierta. Me metí por otra. Pasado el cruce de las dos calles, había un hombre de pie, pegado a la pared. Le dije a ese hombre: “¿Qué comarca es ésta? ¿Dónde estoy?”. El hombre no contestó. Vi que la puerta de una casa estaba abierta y entré.

»La primera habitación estaba desierta. Entré en la segunda. Detrás de la puerta de esa habitación, había un hombre de pie, pegado a la pared. Le pregunté a ese hombre: “¿De quién es esta casa? ¿Dónde estoy?”. El hombre no contestó.

»La casa tenía un jardín. Salí de la casa y me metí en el jardín. El jardín estaba desierto. Detrás del primer árbol, encontré a un hombre que estaba de pie. Le dije a ese hombre: “¿Qué jardín es éste? ¿Dónde estoy?”. El hombre no contestó.

»Anduve errante por el pueblo y me di cuenta de que era una ciudad. Todas las calles estaban desiertas, todas las puertas estaban abiertas. No pasaba alma viviente por las calles, ni andaba por las habitaciones ni paseaba por los jardines. Pero detrás de todas las esquinas, detrás de todas las puertas, detrás de todos los árboles había un hombre de pie que callaba. Sólo se veía a la vez. Esos hombres me miraban pasar.

»Salí de la ciudad y fui andando por el campo.

»Al cabo de un rato, me volví y vi que me seguía una muchedumbre. Reconocí a todos los hombres a quienes había visto en la ciudad. Tenían unas caras muy raras. No parecían apretar el paso, pero sin embargo andaban más deprisa que yo. En un instante, aquella muchedumbre me alcanzó y me rodeó.

Las caras de esos hombres eran de color tierra.

»Entonces, el primero a quien había visto y había hecho una pregunta al entrar en la ciudad me dijo: “¿Dónde va? ¿Es que no sabe que lleva mucho tiempo muerto?”.

»Abrí la boca para contestar y me di cuenta de que a mi alrededor no había nadie.»

Se despertó. Estaba helado. Un viento que era frío como el viento del amanecer hacía girar en los goznes las hojas de la ventana, que se había quedado abierta. El fuego se había apagado. La vela se estaba consumiendo. Todavía era noche cerrada.

Se levantó y fue a la ventana. Seguía sin haber estrellas en el cielo.

Desde su ventana se veían el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro que retumbó de pronto contra el suelo le hizo bajar los ojos.

Vio debajo de la ventana dos estrellas rojas cuyos rayos de luz crecían y menguaban de una forma muy curiosa en la oscuridad.

Como tenía el pensamiento sumido aún a medias en la bruma de los sueños, pensó: «¡Anda! No hay estrellas en el cielo. Ahora están en la tierra».

Pero aquella confusión se disipó, otro ruido semejante al primero acabó de espabilarlo, miró y cayó en la cuenta de que aquellas dos estrellas eran los faroles de un carruaje. A la luz que despedían, pudo distinguir la forma del carruaje. Era un tílburi del que tiraba un caballito blanco. El ruido que había oído era el de las patas del caballo en los adoquines.

«¿Qué coche es ése? —se dijo—. ¿Quién viene tan temprano?»

En ese momento dieron un golpecito en la puerta de su cuarto.

Se estremeció de pies a cabeza y gritó con voz terrible:

—¿Quién está ahí?

Alguien respondió:

—Yo, señor alcalde.

Reconoció la voz de la anciana que era su portera.

—¿Qué pasa? —añadió.

—Señor alcalde, van a ser las cinco.

—¿Y a mí qué me importa?

—Señor alcalde, es el cabriolé.

—¿Qué cabriolé?
—El tílburi.
—¿Qué tílburi?
—¿El señor alcalde no pidió un tílburi?
—No.
—El cochero dice que viene a buscar al señor alcalde.
—¿Qué cochero?
—El cochero del señor Scaufflaire.
—¿El señor Scaufflaire?

Ese nombre lo sobresaltó como si le hubiera pasado un relámpago por delante de la cara.

—¡Ah, sí! —añadió—. El señor Scaufflaire.

Si la anciana hubiera podido verle el rostro en ese momento, se habría quedado espantada.

Hubo un silencio bastante prolongado. El señor Madeleine miraba con expresión alelada la vela, cogía cera ardiendo de alrededor de la mecha y hacía bolitas con los dedos. La vieja esperaba. No obstante, se atrevió a volver a alzar la voz:

—¿Qué le digo, señor alcalde?
—Dígale que está bien, que ahora bajo.

V

Un viaje que no va sobre ruedas

El servicio de silla de posta de Arras a Montreuil-sur-Mer lo atendían a la sazón unos vehículos pequeños de tiempos del Imperio. Eran tales vehículos unos cabriolés de dos ruedas, tapizados por dentro de cuero leonado, con amortiguadores telescópicos y que sólo tenían dos plazas, una para el correo y otra para el pasajero. Las ruedas llevaban el arma ofensiva de esos cubos largos que mantienen a distancia a los demás carruajes y todavía se ven por las carreteras de Alemania. El baúl para la correspondencia, una caja alargada gigantesca, iba colocado detrás del cabriolé y formaba parte de la carrocería. Ese baúl iba pintando de negro, y el cabriolé de amarillo.

Esos coches, a los que no se parece en la actualidad ningún otro, tenían un no sé qué deforme y jorobado y, al verlos pasar de lejos y reptar por alguna carretera allá en el horizonte, se parecían a esos insectos a los que creo que llaman termitas y que tienen el tórax pequeño y una parte trasera muy grande. Por lo demás, corrían mucho. La silla de posta que salía de Arras todas las noches a la una, después de que pasara el correo de París, llegaba a Montreuil-sur-Mer poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche, el carruaje que iba hacia Montreuil-sur-Mer por la carretera de Hesdin tuvo un enganchón, al girar en una esquina, cuando estaba entrando en la ciudad, con un tílburi pequeño del que tiraba un caballo blanco, que venía en sentido contrario y en el que no iba más que una persona, un hombre envuelto en un gabán. La rueda del tílburi recibió un impacto bastante grande. El correo le dijo a voces al hombre aquel que se parase, pero el viajero no le hizo caso y siguió su camino a trote largo.

—¡Menuda prisa del demonio lleva ese hombre! —dijo el correo.

El hombre que se apresuraba así era el mismo que acabamos de ver debatiéndose en convulsiones que movían sin lugar a dudas a compasión.

¿Dónde iba? No habría sabido decirlo. ¿Por qué corría? No lo sabía. Iba al azar, hacia delante. ¿Adónde? A Arras, seguramente; pero a lo mejor iba también a otro sitio. Caía en la cuenta de ello a ratos y se sobresaltaba. Se hundía en aquella oscuridad como en un abismo. Había algo que lo perseguía y algo que lo atraía. Lo que le pasaba por dentro, nadie podría decirlo y todo el mundo lo entenderá. ¿Qué hombre no ha penetrado al menos una vez en la vida en esa oscura caverna de lo desconocido?

Por lo demás, no había resuelto nada, no había decidido nada, no había determinado nada, no había hecho nada. Ninguna de las diligencias de su conciencia había sido definitiva. Estaba, más que nunca, como al principio.

¿Por qué iba a Arras?

Se repetía lo que ya se había dicho al reservar el cabriolé de Scaufflaire, que, fuere cual fuere el resultado, no había inconveniente alguno en ver las cosas con sus propios ojos, en valorar las cosas personalmente; que sería incluso prudente, que había que saber lo que ocurría; que era imposible decidir nada sin ver ni observar; que, visto de lejos, de todo hacía uno una montaña; que, en resumidas cuentas, cuando hubiera visto al tal Champmathieu, un infame seguramente, su conciencia sentiría gran alivio al consentir en que fuera a presidio en su lugar; que la verdad era que estarían allí Javert, y Brevet, Chenildieu y Cochepaille, aquellos antiguos presidiarios que lo habían conocido, pero que, seguramente, no lo reconocerían, ¡bah, cómo lo iban a reconocer!; que Javert distaba mucho de figurárselo; que todas las conjeturas y todas las suposiciones estaban centradas en el tal Champmathieu, y que no hay nada más empecinado que las suposiciones y las conjeturas, y que, por lo tanto, no había peligro alguno.

Que, seguramente, era un momento tenebroso, pero que saldría adelante; que, bien pensado, tenía su destino, por malo que pudiera ser, en la mano; que mandaba él. Se aferraba a aquel pensamiento.

En el fondo, si hay que decirlo todo, habría preferido no ir a Arras.

Pero iba.

Mientras cavilaba, fustigaba al caballo, que trotaba con ese buen trote regular y seguro que cubre dos leguas y media en una hora.

A medida que el cabriolé avanzaba, notaba que algo retrocedía en sí.

Al apuntar el día estaba en pleno campo; la ciudad de Montreuil-sur-Mer quedaba ya bastante lejos a su espalda. Miró cómo se ponía blanco el horizonte; miró, sin verlas, cómo le pasaban por delante todas las imágenes frías de un amanecer de invierno. La mañana, igual que le sucede a la noche, tiene sus espectros. No los veía, pero, sin que se diera cuenta, y por algo semejante a una penetración casi física, esas siluetas negras de árboles y de colinas le añadían al estado violento del alma un toque taciturno y lúgubre.

Cada vez que pasaba ante una de esas casas aisladas que están a veces junto a las carreteras, se decía: «¡Y resulta que ahí dentro hay gente dormida!».

El trote del caballo, los cascabeles del arnés, las ruedas en los adoquines, todo formaba un ruido suave y monótono. Son cosas deliciosas para quien está alegre, y sombrías para quien está triste.

Era ya completamente de día cuando llegó a Hesdin. Se detuvo ante una posada para que descansara el caballo y que le dieran de comer.

Era ese caballo, como había dicho Scaufflaire, de esa raza de animales pequeños de Le Boulonnais que tiene demasiada cabeza, demasiado vientre, y en cambio le falta cuello, pero que es de pecho ancho, de ancas grandes, de pierna enjuta y de pie seguro; raza fea, pero robusta y sana. El animalito había hecho cinco leguas en dos horas y no tenía ni una gota de sudor en la grupa.

Jean Valjean no había bajado del tílburi. El mozo de cuadra que traía la avena se agachó de pronto para examinar la rueda izquierda.

—¿Va lejos? —dijo el hombre.

El señor Madeleine contestó, casi sin salir del ensimismamiento:

—¿Por qué?

—¿Viene de lejos? —preguntó el mozo.

—Llevo recorridas cinco leguas.

—¡Ah!

—¿Por qué dice: ah?

El mozo volvió a agacharse, se quedó callado un ratito con la vista clavada en la rueda y, luego, se enderezó, diciendo:

—Es que esta rueda acabará de hacer cinco leguas, es posible, pero seguro que ahora no hace ya ni un cuarto de legua.

El señor Madeleine se bajó del tílburi de un salto.

—¿Qué me dice, amigo mío?

—Digo que es un milagro que haya hecho cinco leguas sin que el caballo y usted no hayan ido a parar a una cuneta del camino real. Mire.

La rueda estaba efectivamente muy dañada. El choque con la silla de posta le había partido dos radios y socavado el cubo, cuya tuerca no aguantaba ya.

—Amigo mío —le dijo el señor Madeleine al mozo de cuadra—, ¿hay aquí un carpintero de carros?

—Por supuesto, caballero.

—Hágame el favor de ir a buscarlo.

—Está a dos pasos. ¡Eh, maese Bourgaillard!

Maese Bourgaillard, el carpintero de carros, estaba en el umbral de su casa. Acudió a examinar la rueda e hizo la misma mueca que un cirujano mirando una pierna rota.

—¿Puede reparar esta rueda ahora mismo?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo podré seguir camino?

—Mañana.

—¡Mañana!

—Tiene para un día entero de trabajo. ¿El señor lleva prisa?

—Mucha. Tengo que volver a salir dentro de una hora como mucho.

—Imposible, caballero.

—Le pagaré lo que me pida.

—Imposible.

—Está bien, pues dentro de dos horas.

—Hoy, imposible. Hay que hacer dos radios y un cubo nuevos. El señor no podrá irse antes de mañana.

—El caso es que no puedo esperar hasta mañana. ¿Y si, en vez de reparar la rueda, la cambiásemos?

—Y eso ¿cómo?

—¿Es usted carpintero de carros?

—Por supuesto, caballero.
—¿Y no me puede vender una rueda? Podría irme ahora mismo.
—¿Una rueda de recambio?
—Sí.
—No tengo una rueda ya hecha para su cabriolé. Las ruedas van de dos en dos. Dos ruedas no van juntas por casualidad.
—Pues en tal caso véndame un par de ruedas.
—Caballero, no todas las ruedas encajan en todos los ejes.
—Mire a ver.
—Es inútil, señor. Sólo tengo a la venta ruedas de carro. Éste es un sitio pequeño.
—¿Y me puede alquilar un cabriolé?
El maestro carpintero se había dado cuenta a la primera ojeada de que el tílburi era un coche de alquiler. Se encogió de hombros.
—¡Menudo trato les da usted a los cabriolés que le alquilan! No le alquilaría uno ni aunque lo tuviera.
—Bueno, pues ¿tiene uno que me pueda vender?
—No, no tengo.
—¿Cómo? ¿Ni un calesín? Ya ve que no soy exigente.
—Éste es un sitio pequeño. Sí que tengo en esa cochera —añadió el carpintero— una calesa vieja, que es de un caballero de la ciudad que me la deja aquí para que se la guarde y que la usa de higos a brevas. Se la alquilaría, ¿qué más me da a mí?, pero habría que tener cuidado de que no lo viera pasar el caballero ese. Y, además, es una calesa, le harían falta dos caballos.
—Usaré dos caballos de posta.
—¿Dónde va el señor?
—A Arras.
—¿Y el señor quiere llegar hoy?
—Pues sí.
—¿Usando caballos de posta?
—¿Por qué no?
—¿Al señor le da igual llegar esta noche a las cuatro de la mañana?
—Desde luego que no.
—Es que, mire, hay que saber una cosa, si toma caballos de posta… ¿El señor lleva su pasaporte?
—Sí.

—Bueno, pues usando caballos de posta el señor no llegará a Arras antes de mañana. No estamos en el camino real. Las postas están mal atendidas, los caballos están en el campo. Empieza la temporada de los arados grandes, hacen falta tiros fuertes y se cogen los caballos donde los haya, incluidas las postas. El señor tendrá que esperar tres o cuatro horas en cada parada. Y además irán al paso. Hay muchas cuestas arriba.

—Entonces, iré a caballo. Desenganche el cabriolé. Espero que me vendan una silla por aquí, en alguna parte.

—Eso desde luego. Pero ¿el caballo este soporta la silla?

—Es verdad, ahora que me lo dice. No la soporta.

—Pues entonces…

—Pero podré encontrar en el pueblo un caballo de alquiler.

—¿Para ir a Arras de un tirón?

—Sí.

—Haría falta un caballo como no los tenemos por aquí. Para empezar, tendría que comprarlo, porque no es usted persona conocida. Pero ¡no lo encontraría, ni en alquiler ni en venta, ni por quinientos francos, ni por mil!

—¿Y qué se puede hacer?

—Lo mejor, se lo digo honradamente, es que yo le arregle la rueda y aplace usted el viaje hasta mañana.

—Mañana ya será tarde.

—¡Qué quiere el señor que le diga!

—¿No hay una silla de posta que vaya a Arras? ¿Cuándo pasa?

—Esta noche. Las dos hacen el servicio por la noche, la que sube y la que baja.

—¿Y cómo es que le hace falta un día para arreglar esta rueda?

—¡Hace falta un día, y enterito!

—¿Poniendo a ello a dos obreros?

—¡Como si se ponen diez!

—¿Y atando los radios con unas cuerdas?

—Los radios, sí. Pero el cubo, no. Y además también está en mal estado la llanta.

—¿Hay alguien que alquile coches en la ciudad?

—No.

—¿Hay otro carpintero de carros?

El mozo de cuadra y el maestro carpintero respondieron al

tiempo, negando con la cabeza.

—No.

El señor Madeleine sintió una alegría inmensa.

Estaba claro que la Providencia tomaba cartas en el asunto. Ella le había roto la rueda al tílburi y no lo dejaba seguir camino. No se había rendido ante esa especie de primera intimación; acababa de hacer todos los esfuerzos posibles para seguir viaje; había agotado todos los medios leal y escrupulosamente; no había retrocedido ni ante el invierno ni ante el cansancio ni ante el gasto; no tenía nada que reprocharse. Si no podía seguir, ya no era cosa suya. Ya no era culpa suya, no era responsabilidad de su conciencia, sino responsabilidad de la Providencia.

Respiró. Respiró libremente y hondo por primera vez desde la visita de Javert. La parecía que el puño de hierro que llevaba veinte horas oprimiéndole el corazón acababa de soltarlo.

Ahora le parecía que Dios estaba de su parte y lo manifestaba.

Se dijo que había hecho cuanto estaba en su mano y que ahora lo que le quedaba era desandar lo andado tranquilamente.

Si su conversación con el carpintero hubiera transcurrido en una habitación de la posada, no habría sido ante testigos, nadie la habría oído, las cosas se habrían quedado así y es probable que no hubiéramos tenido que contar ninguno de los sucesos que vamos a leer; pero la conversación había ocurrido en la calle. Alrededor de cualquier plática callejera se forma inevitablemente un corro. Siempre hay personas que están deseando hacer de espectadoras. Mientras le hacía preguntas al carpintero, unos cuantos viandantes se habían detenido junto a ellos. Tras escuchar unos minutos, un muchacho en el que no se había fijado nadie se apartó corriendo el grupo.

Cuando el viajero, tras la deliberación interna que acabamos de referir, estaba tomando la decisión de volverse por donde había venido, se presentó el muchachito. Lo acompañaba una anciana.

—Caballero —dijo la mujer—, me dice mi chico que quiere usted alquilar un cabriolé.

Aquella sencilla frase que decía una vieja a la que guiaba un niño hizo que al señor Madeleine le corriera el sudor por la parte baja de la espalda. Creyó notar que la mano que lo había soltado volvía a hacer acto de presencia, en la sombra, por detrás, dispuesto

a volver a agarrarlo.

Contestó:

—Sí, buena mujer, busco un cabriolé de alquiler.

Y se apresuró a añadir:

—Pero no hay ninguno por la zona.

—Sí que lo hay —dijo la vieja.

—¿Dónde? —preguntó el carpintero.

—En mi casa —replicó la vieja.

El señor Madeleine tuvo un sobresalto. La mano fatídica había vuelto a agarrarlo.

La vieja tenía, efectivamente, en un cobertizo algo así como una tartana de mimbre. El carpintero de carros y el mozo de la posada, desconsolados porque se les escapaba el cliente, intervinieron:

«Era un trasto asqueroso.» «Iba directamente encima del eje.» «Aunque era cierto que los asientos iban colgados por dentro con tiras de cuero.» «Entraba la lluvia.» «Las ruedas estaban oxidadas y comidas de humedad.» «No iba a llegar mucho más allá que el tílburi.» «¡Menudo coche de mala muerte.» «El señor no andaría muy acertado si se subía en eso, etc., etc.».

Todo aquello era cierto, pero aquel trasto, aquel coche de mala muerte, aquel objeto, fuera como fuera, tenía dos ruedas que rodaban y podía ir a Arras.

Pagó lo que le pidieron, le dejó el tílburi al carpintero para que lo arreglase y recogerlo a la vuelta, mandó enganchar el caballo blanco a la tartana, se subió y volvió a la carretera que iba siguiendo desde por la mañana.

En el momento en que el coche arrancaba, se confesó a sí mismo que pocos momentos antes había sentido cierta alegría al pensar en que no iba a ir adonde iba. Examinó esa alegría con algo parecido a la ira y le pareció absurda. ¿Por qué iba a alegrarlo dar marcha atrás? A fin de cuentas, aquel viaje lo hacía libremente. Nadie lo forzaba a hacerlo.

Y, desde luego, no iba a pasar nada que él no quisiera que pasara.

Según salía de Heslin, oyó una voz que le gritaba: «¡Pare, párese!». Detuvo la tartana con un gesto vehemente donde había todavía un algo febril y convulso que tenía un parecido con la esperanza.

Era el niño de la anciana.

—Señor —dijo—, la tartana se la he conseguido yo.

—¿Y qué?

—Que no me ha dado nada.

Al señor Madeleine, que daba a todo el mundo con tanta facilidad, le pareció una pretensión desorbitada y casi odiosa.

—¡Ah! ¿Has sido tú, bribón? —dijo—. ¡Ni te lo voy a dar!

Dio un latigazo al caballo y volvió a arrancar a trote largo.

Había perdido mucho tiempo en Hesdin y le habría gustado recuperarlo. El caballito era valiente y tiraba por dos; pero estaban en febrero, había llovido y los caminos estaban en mal estado. Y además aquello no era ya el tílburi. La tartana era dura y pesaba mucho. Y había muchas cuestas.

Tardó casi cuatro horas en ir de Hesdin a Saint-Pol. Cuatro horas para cinco leguas.

En Saint-Pol, en la primera posada con que se topó, mandó que desengancharan al caballo y que lo llevasen a la cuadra. Como se había comprometido con Scaufflaire, se quedó junto al pesebre mientras el caballo comía. Pensaba en cosas tristes y confusas.

La mujer del posadero entró en la cuadra.

—¿No quiere almorzar el señor?

—¡Anda, pues es verdad! —dijo—. Si además tengo mucho apetito.

Fue en pos de la mujer, que era de cara lozana y regocijada. Lo llevó a una sala de la planta baja donde había mesas con hules en vez de manteles.

—Rápido —añadió—, que tengo que seguir camino. Llevo prisa.

Una gruesa criada flamenca puso la mesa a toda velocidad. El señor Madeleine miraba a la sirvienta con una sensación de bienestar.

«Eso es lo que me pasaba —pensó—. Estaba sin almorzar.»

Le sirvieron. Se abalanzó sobre el pan, le dio un mordisco y, luego, lo dejó despacio encima de la mesa y no lo volvió a tocar.

Un carretero comía en otra mesa. Le dijo a aquel hombre:

—¿Por qué tienen un pan tan amargo aquí?

El carretero era alemán y no lo entendió.

Volvió a la cuadra, junto al caballo.

Una hora después ya había salido de Saint-Pol y se dirigía a

Tinques, que está solo a cinco leguas de Arras.

¿Qué iba haciendo durante el trayecto? ¿En qué pensaba? Como por la mañana, miraba pasar los árboles, los tejados de bálago, los sembrados y cómo se desvanecía el paisaje, que se disloca en cada revuelta del camino. Es ésta una contemplación que, a veces, le basta al alma y casi la dispensa de pensar. ¡Qué puede resultar más melancólico y de más hondura que ver miles de objetos por primera y última vez! Viajar es nacer y morir a cada instante. Quizá, en la zona más imprecisa de la mente, relacionaba esos horizontes cambiantes con la existencia humana. Todas las cosas de la vida huyen perpetuamente ante nosotros. Se entremezclan los oscurecimientos y las claridades. Tras un deslumbramiento, un eclipse; miramos, apretamos el paso, tendemos las manos para asir lo que pasa; todos los acontecimientos son una revuelta de la carretera; y, de repente, uno se ha hecho viejo. Notamos algo así como una sacudida, todo está negro, divisamos una puerta oscura, el sombrío caballo de la vida que tiraba de nosotros se detiene y vemos que alguien desconocido y cubierto con un velo lo está desenganchando entre las tinieblas.

Anochecía cuando unos niños que salían del colegio vieron entrar en Tinques a ese viajero. Cierto es que estaban todavía en los días cortos del año. No se detuvo en Tinques. Según dejaba atrás el pueblo, un peón caminero que estaba empedrando la carretera alzó la cabeza y dijo:

—¡Qué caballo tan cansado!

El pobre animal sólo iba ya al paso efectivamente.

—¿Va usted a Arras? —añadió el peón caminero.

—Sí.

—Pues a ese paso, no va a llegar muy pronto que digamos.

El señor Madeleine detuvo el caballo y le preguntó al peón:

—¿Cuánto queda todavía para Arras?

—Casi siete leguas bien hermosas.

—¿Cómo que siete leguas? En el libro de posta sólo constan cinco leguas y cuarto.

—¡Ah! —contestó el peón—. ¿Es que no sabe que la carretera está en obras? A un cuarto de hora de aquí se la va a encontrar cortada. No se puede pasar.

—¿Qué me dice?

—Tome a la izquierda el camino que va a Carency y cruce el río; y, al llegar a Camblin, tuerza a la derecha; es la carretera de Mont-Saint-Éloy, que va a Arras.

—Pero se está haciendo de noche y me perderé.

—¿No es usted de la zona?

—No.

—Y encima todas son trochas. Mire, caballero —siguió diciendo el peón—, ¿quiere que le dé un consejo? Su caballo está cansado, vuelva a Tinques. Hay una buena posada. Quédese a dormir y vaya mañana a Arras.

—Tengo que estar allí esta noche.

—Eso es diferente. Pues entonces vuélvase de todas formas a la posada y coja un caballo de refuerzo. El mozo de cuadra le hará de guía por la trocha.

Siguió el consejo del peón caminero, desanduvo lo andado y media hora después pasaba por el mismo sitio, pero al trote, con un buen caballo de refuerzo. Un mozo de cuadra, que se llamaba a sí mismo postillón, iba sentado en la vara de la tartana.

Pero el señor Madeleine notaba que se le iba el tiempo.

Ya era completamente de noche.

Se metieron por la trocha. El camino estaba en un estado espantoso. La tartana iba dando tumbos de una rodada a otra. Le dijo al postillón:

—Siga al trote y le doblo la propina.

En un bache se rompió el balancín.

—Señor —dijo el postillón—, se ha roto el balancín y no sé cómo atar mi caballo; esta carretera está muy mala de noche; si no le importase volver a Tinques, podríamos salir mañana temprano para Arras.

El señor Madeleine contestó:

—¿Tienes un trozo de cuerda y una navaja?

—Sí, señor.

Cortó una rama de árbol e hizo un balancín.

En eso se les fueron otros veinte minutos; pero siguieron luego camino al galope.

La llanura estaba tenebrosa. Unas brumas bajas, breves y negras reptaban por las colinas y se soltaban de ellas como humo. Había fulgores blanquecinos en las nubes. Un viento fuerte que venía del

mar hacía por todas las esquinas del horizonte el mismo ruido que alguien que moviera muebles. Todo cuanto podía divisarse tenía posturas de terror. ¡Cuántas cosas se estremecen en esos anchos alientos de la noche!

El frío se le metía dentro. Llevaba sin comer desde la víspera. Recordaba vagamente aquel otro recorrido nocturno por la extensa llanura de las inmediaciones de Digne. Hacía ocho años de eso, y le parecía que había sido ayer.

Dio una hora en un campanario lejano y le preguntó al mozo:

—¿Qué hora ha dado?

—Las siete, señor. Estaremos en Arras a las ocho. Sólo nos faltan ya tres leguas.

Fue entonces cuando se le ocurrió por primera vez la siguiente reflexión, y le pareció raro que no se le hubiera ocurrido antes: que a lo mejor era inútil todo el trabajo que se estaba tomando; que ni siquiera sabía la hora del juicio; que, por lo menos, debería haberlo preguntado; que era extravagante ir así, hacia adelante, sin saber si valdría para algo. Luego echó unas cuantas cuentas: que las sesiones del tribunal de lo criminal solían empezar a las nueve de la mañana; que el caso aquel no debía de ser largo; que el robo de las manzanas duraría muy poco rato; que ya sólo quedaría una cuestión de identidad, cuatro o cinco testimonios, y los abogados tendrían poco que decir; ¡que iba a llegar cuando hubiera concluido todo!

El postillón fustigaba los caballos. Ya habían cruzado el río y dejado atrás Mont-Saint-Éloy.

La noche era cada vez más oscura.

VI

Sor Simplice puesta a prueba

Entretanto, en aquel preciso momento, Fantine estaba alegre.

Había pasado muy mala noche. Tos espantosa, subida de la fiebre; tuvo sueños. Por la mañana, cuando pasó el médico, deliraba. Éste pareció alarmado y pidió que lo avisaran en cuanto llegase el señor Madeleine.

Fantine estuvo taciturna toda la mañana y les hizo dobleces a las sábanas susurrando en voz baja cuentas que parecían ser cálculos de distancias. Tenía la mirada fija y los ojos hundidos. Parecían casi apagados y, luego, a ratos, se encendían y resplandecían como estrellas. Por lo visto, cuando está próxima cierta hora sombría, a quienes está abandonando la claridad de la tierra los colma la claridad del cielo.

Siempre que le preguntaba sor Simplice cómo estaba, respondía: «Bien. Querría ver al señor Madeleine».

Pocos meses antes, cuando Fantine acababa de perder el último pudor, la última vergüenza y la última alegría, era la sombra de sí misma; ahora era el espectro. El daño físico había completado la obra del daño moral. Aquella criatura de veinticinco años tenía la frente arrugada, las mejillas fláccidas, las ventanas de la nariz apretadas, los dientes desencarnados, el cutis plomizo, el cuello huesudo, las clavículas salientes, los miembros encanijados, la piel terrosa y entre el pelo rubio le crecían canas grises. ¡Ay, cómo se las apaña la enfermedad para improvisar la vejez!

A mediodía, volvió el médico, recetó unas cuantas cosas, preguntó si el señor alcalde había aparecido por la enfermería y movió la cabeza.

El señor Madeleine solía ir a las tres a ver a la enferma. Como la

puntualidad era bondad, era puntual.

A eso de las dos y media, Fantine empezó a ponerse nerviosa. En veinte minutos le preguntó más de diez veces a la monja: «¿Qué hora es, hermana?».

Dieron las tres. Con la tercera campanada, Fantine se incorporó y se sentó, ella que normalmente apenas si podía moverse en la cama; unió con algo parecido a un apretón convulso las manos descarnadas y amarillas, y la monja oyó que le salía del pecho uno de esos hondos suspiros que parecen sacudirse un agobio. Luego Fantine se volvió y miró hacia la puerta.

No entró nadie; la puerta no se abrió.

Se quedó así un cuarto de hora, con la vista clavada en la puerta, quieta y como conteniendo al aliento. La monja no se atrevía a hablarle. Dio el cuarto de las tres en la iglesia. Fantine volvió a desplomarse en la almohada.

No dijo nada y volvió a hacerles dobleces a las sábanas.

Dio la media; luego la hora. No vino nadie. Cada vez que sonaba el reloj, Fantine se enderezaba y miraba hacia la puerta; luego, volvía a echarse.

Se veía claramente lo que estaba pensando, pero no decía nombre alguno, no se quejaba, no acusaba a nadie. Se limitaba a toser de forma lúgubre. Hubiérase dicho que se le iba viniendo encima algo oscuro. Estaba lívida y tenía los labios azules. A ratos, sonreía.

Dieron las cinco. Entonces la monja oyó que decía muy bajito: «¡Pues si me voy a ir mañana, hace mal en no venir hoy!».

A la propia sor Simplice la extrañaba el retraso del señor Madeleine.

Pero Fantine estaba mirando el cielo de la cama. Parecía que intentaba recordar algo. De repente se puso a cantar con una voz débil como un soplo. La monja atendió. Esto era lo que cantaba Fantine:

> Vamos a comprar cosas muy bonitas
> cuando de paseo vayamos las dos.
> Azules son los azulejos
> y rosa las rosas son.
> Azules son los azulejos,

a mis amores quiero yo.

La Virgen María con manto bordado
cerca de la estufa se apareció ayer.
Me dijo: en el velo mira lo que guardo:
el niño que un día quisiste tener.
Hasta la ciudad habrá que ir volando.
Dedal, tela e hilo habrá que traer.

Vamos a comprar cosas muy bonitas
cuando de paseo vayamos las dos.

Pegada a la estufa, Virgencita buena,
le he puesto una cuna; de lazos mil,
que aunque Dios me diera la mejor estrella
prefiero yo al niño que me traes por fin.
—Señora, ¿qué hago con la tela esta?
—Una canastilla para el chiquitín.

Azules son los azulejos
y rosa las rosas son.
Azules son los azulejos,
a mis amores quiero yo.

—Lave usted la tela. —¿Y dónde? —En el río.
Y haga con cuidado, con mucho primor,
para que los borde con flores sin tino,
una camisita y un lindo faldón.
—Ya se nos fue el niño. ¿La tela la tiro?
Haga una mortaja, también me voy yo.

Vamos a comprar cosas muy bonitas
cuando de paseo vayamos las dos.
Azules son los azulejos
y rosa las rosas son.
Azules son los azulejos,
a mis amores quiero yo.

Aquella canción era una nana antigua con la que dormía antes a

su Cosette y de la que llevaba sin acordarse en los cinco años que había pasado sin su niña. La cantaba con una voz tan triste y con una tonada tan dulce que le entraban ganas de llorar a cualquiera, incluso a una monja. La hermana, acostumbrada a las cosas austeras, notó que le asomaba una lágrima.

El reloj dio las seis. Fue como si Fantine no lo oyera. Parecía no fijarse ya en nada de lo que la rodeaba.

Sor Simplice envió a una sirvienta para preguntarle a la portera de la fábrica si había regresado el señor alcalde y si iba a tardar mucho en pasarse por la enfermería. La sirvienta volvió al cabo de pocos minutos.

Fantine seguía inmóvil y parecía pendiente de algunas ideas que le rondaban por la cabeza.

La sirvienta la contó muy bajo a sor Simplice que el señor alcalde se había ido esa misma mañana antes de las seis en un tílburi pequeño del que tiraba un caballo blanco, con el frío que hacía; que se había ido solo, ni siquiera llevaba un cochero, que nadie sabía por qué camino había tirado, que había gente que decía que lo había visto girar por la carretera de Arras y que otras personas aseguraban que se lo habían encontrado por la carretera de París. Que, al irse, estaba como solía, muy tranquilo, y que sólo le había dicho a la portera que no lo esperasen aquella noche.

Mientras las dos mujeres, dando la espalda a la cama de la Fantine, cuchicheaban, la monja preguntando y la sirvienta haciendo conjeturas, la Fantine, con esa vivacidad febril de algunas enfermedades orgánicas que mezcla movimientos libres de la salud con la espantosa flaqueza de la muerte, se había puesto de rodillas en la cama, apoyando los dos puños crispados en el travesero, y asomaba la cabeza por la rendija de las cortinas. De repente, exclamó:

—¡Están hablando del señor Madeleine! ¿Por qué hablan tan bajo? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene?

Tenía una voz tan brusca y tan ronca que a las dos mujeres les pareció oír una voz de hombre; se dieron la vuelta, asustadas.

—¡Contesten! —gritó Fantine.

La sirvienta balbució:

—Me ha dicho la portera que hoy no iba a poder venir.

—Hija mía —dijo la monja—, no se altere, vuelva a acostarse.

Fantine, sin cambiar de postura, siguió diciendo en voz alta y con un tono al tiempo imperioso y desgarrador:

—¿No va a poder venir? ¿Y por qué? Saben el motivo. Lo andaban cuchicheando entre las dos. Quiero saberlo.

La sirvienta se apresuró a decirle al oído a la monja: «Dígale que está ocupado en la reunión del consejo municipal».

Sor Simplice se ruborizó levemente; la sirvienta le estaba proponiendo que mintiera. Por una parte, le parecía, efectivamente, que decirle la verdad a la enferma sería seguramente darle un disgusto terrible y que eso era algo grave en el estado en que se hallaba Fantine. El rubor duró poco. La monja alzó hacia Fantine la mirada sosegada y triste y dijo:

—El señor alcalde se ha ido.

Fantine se incorporó y se sentó en los talones. Le brillaron los ojos. Una alegría inaudita iluminó aquella fisonomía doliente.

—¡Se ha ido! —exclamó—. ¡Ha ido a buscar a Cosette!

Alzó luego ambas manos hacia el cielo y el rostro le adquirió una expresión inefable. Movía los labios; estaba rezando en voz baja.

Cuando acabó de rezar, dijo: «Hermana, está bien, me volveré a meter en la cama, voy a hacer todo lo que me manden; hace un rato me he portado mal, le pido perdón por haber hablado tan alto, está muy mal eso de hablar alto, ya lo sé, hermanita, pero es que estoy muy contenta, ¿sabe? Dios es bueno y el señor Madeleine es bueno, fíjese, ha ido a buscar a mi Cosette a Montfermeil».

Volvió a meterse en la cama, ayudó a la monja a colocar bien la almohada y besó una crucecita de plata que llevaba al cuello y que le había dado sor Simplice.

—Hija mía —dijo la monja—, ahora intente descansar y no hable más.

Fantine tomó en las manos madorosas la mano de la monja, que sufría al notar ese sudor.

—Se ha marchado esta mañana para ir a París. En realidad no tiene ni que pasar por París. Montfermeil está un poco a la izquierda, según se viene. ¿Se acuerda de cómo me decía ayer cuando le hablaba de Cosette: *pronto, pronto?* Es que me quiere dar una sorpresa. ¿Sabe? Me hizo firmar una carta para sacarla de casa de los Thénardier. No podrán decir nada, ¿verdad? Devolverán a

Cosette. Si ya han cobrado. Las autoridades no dejarían que se quedase con un niño alguien que ya ha cobrado. Hermana, no me haga señas para que no hable. Soy muy feliz, y estoy muy bien, ya no me duele nada, voy a volver a ver a Cosette; si hasta tengo mucha hambre. Hace casi cinco años que no la veo. ¡No se figura lo que tiran los niños! Y además estará tan guapa, ¡ya verá! ¡Si supiera qué deditos color de rosa tan bonitos tiene! Para empezar, tendrá unas manos preciosas. Con un año tenía unas manos ridículas. ¡Así! Ahora ya debe de estar muy alta. Siete años ya. Es una señorita. La llamo Cosette, pero se llama Euphrasie. Fíjese, esta mañana estaba mirando el polvo de encima de la chimenea y tenía como una impresión de que iba a volver a ver pronto a Cosette. ¡Dios mío, qué equivocación eso de estar años sin ver a los hijos de uno! Habría que pararse a pensar que la vida no es eterna. ¡Ay, qué bueno es el señor alcalde por haberse ido! ¿Es verdad que hace mucho frío? Llevaría el gabán, por lo menos. Estará aquí mañana, ¿verdad? Mañana será fiesta. Mañana por la mañana, hermana, recuérdeme que me ponga ese gorrito que tengo que lleva encaje. Montfermeil es una comarca. Hace tiempo hice el camino a pie. Qué lejos estaba para mí. ¡Pero las diligencias corren mucho! Estará aquí mañana con Cosette. ¿Cuánto hay de aquí a Montfermeil?

La monja, que no sabía nada de las distancias, contestó: «Sí, yo creo que podrá estar aquí mañana».

—¡Mañana! ¡Mañana! —dijo Fantine—. ¡Veré a Cosette mañana! Mire, hermanita de Dios, ya no estoy mala. Estoy loca. Bailaría si alguien me lo pidiera.

Quien la hubiera visto un cuarto de hora antes no habría entendido nada. Ahora estaba sonrosada, hablaba con voz vivaracha y natural, el rostro entero era una sonrisa. A veces se reía, hablando en voz baja consigo misma. La alegría de una madre es casi como la alegría de un niño.

—Bueno —siguió diciendo la monja—, ahora que es feliz, obedézcame y no hable más.

Fantine apoyó la cabeza en la almohada y dijo a media voz: «Sí, vuelve a meterte en la cama, pórtate bien que vas a tener a tu niña. Tiene razón, sor Simplice. Todos los que están aquí tienen razón».

Luego, sin moverse, sin girar la cabeza, empezó a mirar para todos lados con los ojos abiertos de par en par y expresión jubilosa

y no dijo nada más.

La monja cerró las cortinas con la esperanza de que se quedase dormida.

Entre las siete y a las ocho vino el médico. Al no oír ruido alguno, pensó que Fantine estaría durmiendo; entró despacio y se acercó a la cama de puntillas. Entreabrió las cortinas y, a la luz de la lamparilla, vio que lo miraban los ojos grandes y tranquilos de Fantine.

Le dijo: «Doctor, ¿verdad que la dejarán que duerma en una camita a mi lado?».

El médico creyó que estaba delirando. Ella añadió:

—Mire, hay el sitio justo.

El médico se llevó aparte a sor Simplice, quien le explicó lo que pasaba: que el señor Madeleine estaba fuera por uno o dos días y que, en la duda, a nadie le había parecido oportuno desengañar a la enferma, que creía que el señor alcalde había ido a Montfermeil; que, por lo demás, era posible que hubiera acertado. Al médico le pareció bien.

Se acercó a la cama de Fantine, que añadió:

—Es que mire, así por las mañanas, cuando se despierte, le daré los buenos días a la pobrecita mía, y por la noche, como yo no duermo, la oiré dormir. Me sentará bien esa respiración suya, floja y tan dulce.

—Deme la mano —dijo el médico.

Fantine le alargó el brazo y exclamó, riéndose:

—¡Ay! ¡Por cierto, es verdad que no está usted enterado! Ya estoy curada. Cosette llega mañana.

El médico se quedó sorprendido. Había mejorado. La opresión era menor. El pulso había recobrado fuerza. Una especie de vida, surgida de pronto, reanimaba a aquella pobre criatura exhausta.

—Doctor —siguió diciendo Fantine—, ¿le ha dicho la hermana que el señor alcalde había ido a buscar a mi muñeca?

El médico recomendó silencio y que se evitase cualquier emoción desagradable. Recetó una infusión de quinina pura si volvía la fiebre por la noche y una poción calmante. Al irse, le dijo a la monja: «Está mejor. Si por fortuna volviera mañana el señor alcalde con la niña, ¿quién sabe? Se dan crisis tan asombrosas; se han visto grandes alegrías que acababan con algunas enfermedades;

ya sé que ésta es una enfermedad orgánica y en estado muy avanzado, pero ¡todas estas cosas son tan misteriosas! A lo mejor la salvábamos».

VII

El viajero, tras llegar, toma precauciones para marcharse

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando la tartana que hemos dejado en camino entró por la puerta cochera del Hôtel de la Poste de Arras. El hombre a quien hemos ido siguiendo hasta ahora respondió, al apearse, con expresión distraída a las atenciones del personal de la posada, mandó de vuelta al caballo de refuerzo y llevó personalmente al caballito blanco a la cuadra; abrió luego la puerta de un salón de billar que había en la planta baja, se sentó y se puso de codos en una mesa. Había tardado catorce horas en aquel trayecto que contaba hacer en seis. Reconocía que él no había tenido la culpa; pero en el fondo no estaba contrariado.

Entró la dueña de la fonda.

—¿El señor va a querer una habitación? ¿El señor va a querer cenar?

Él negó con la cabeza.

—¡El mozo de cuadra dice que el caballo del señor está muy cansado!

El viajero rompió entonces el silencio:

—¿Podrá volver a viajar el caballo mañana por la mañana?

—¡Huy, caballero, va a necesitar lo menos dos días de descanso!

El viajero preguntó:

—¿No está aquí la oficina de correos?

—Sí, señor.

La dueña lo llevó a la oficina; él enseñó el pasaporte y pidió información acerca de si podría volver esa misma noche a Montreuil-sur-Mer en la silla de posta; precisamente estaba vacante el asiento contiguo al del correo; lo reservó y lo pagó.

—Caballero —dijo el empleado de la oficina—, no deje de estar aquí a la una en punto de la mañana, que es la hora de salida.

Tras dejar aquello zanjado, salió del hotel y echó a andar por la ciudad.

No conocía Arras, las calles estaban oscuras e iba al azar. No obstante, parecía tener empeño en no preguntar a los viandantes. Cruzó el Crinchon, un río pequeño, y se vio en un dédalo de callejuelas estrechas donde se perdió. Pasaba por allí un vecino con un farol. Tras pensárselo un poco, tomó la decisión de preguntarle a ese vecino, no sin haber mirado primero hacia adelante y hacia detrás, como si temiera que alguien oyera la pregunta que iba a hacer.

—Caballero —dijo—, ¿el Palacio de Justicia, por favor?

—¿No es usted de aquí, caballero? —respondió el vecino, que era un hombre de bastante edad—. Pues venga conmigo. Precisamente voy a la zona del Palacio de Justicia, es decir, por la zona del edificio de la prefectura, porque ahora mismo el palacio está en obras y, de forma provisional, se celebran las audiencias de los tribunales en la prefectura.

—¿Actúa allí el tribunal de lo criminal?

—Desde luego, caballero. Mire, lo que es ahora la prefectura fue el obispado antes de la Revolución. Monseñor Conzié, que era el obispo en 1782, mandó construir una sala grande. Y en esa sala se celebran los juicios.

De camino, el vecino le comentó:

—Si lo que pretende el señor es asistir a un juicio, es un poco tarde. Normalmente, las sesiones concluyen a las seis.

Llegaron en éstas a la plaza mayor y el vecino le indicó cuatro ventanas altas encendidas en la fachada de un amplio edificio a oscuras.

—Pues debo decir, caballero, que llega usted a tiempo, ha tenido suerte. ¿Ve esas cuatro ventanas? Es el tribunal de lo criminal. Hay luz. Así que no han terminado. El caso se habrá alargado y estarán celebrando una audiencia nocturna. ¿Le interesa ese caso? ¿Es un juicio criminal? ¿Es usted testigo?

El viajero respondió:

—No vengo por ningún caso. Sólo tengo que hablar con un abogado.

—Eso es diferente —dijo el vecino—. Mire, señor, ésa es la puerta. Donde está el plantón. Basta con que suba por la escalinata.

El viajero se atuvo a las indicaciones del vecino y, pocos minutos después, estaba en una sala donde había mucha gente y grupos varios de abogados vestidos con togas cuchicheaban acá y allá.

Siempre es algo que oprime el corazón ver esos corrillos de hombres vestidos de negro que susurran entre sí, en voz baja, en el umbral de las salas de los juicios. Raras veces dan esas palabras un fruto de caridad y compasión. Las más de las veces, el resultado son condenas decididas ya de antemano. Todos esos grupos le parecen al observador que pasa por allí y reflexiona oscuras colmenas donde zumban unas mentes que construyen de consuno toda clase de edificios tenebrosos.

Aquella sala, espaciosa y a la que daba luz una única lámpara, era una antigua estancia del obispado y hacía las veces de salón de pasos perdidos. Una puerta de dos hojas, cerrada en aquellos momentos, la separaba de la sala de buen tamaño donde actuaba el tribunal de lo criminal.

Estaba todo tan oscuro que el viajero no tuvo reparo en dirigirse al primer abogado con el que se topó.

—¿En qué punto está la cosa, caballero? —dijo.

—Ya ha concluido —dijo el abogado.

—¡Concluido!

Repitió la palabra en tono tal que el abogado se volvió.

—Usted perdone, caballero; ¿es quizá un pariente?

—No. No conozco a nadie aquí. Y ¿se ha dictado condena?

—Desde luego. No había otra posibilidad.

—¿A trabajos forzados?

—A perpetuidad.

El viajero siguió preguntando con voz tan débil que apenas se lo oía:

—¿Y ha quedado establecida la identidad?

—¿Qué identidad? —respondió el abogado—. No había que establecer ninguna identidad. El caso era sencillo. Esa mujer había matado a su hijo, ha quedado probado el infanticidio, el jurado descartó la premeditación y la han condenado a la perpetua.

—¿Así que era una mujer? —dijo el viajero.

—Pues claro. La Limosin. Pero, ¿de qué me habla entonces?

—De nada. Pero, si ya ha concluido, ¿cómo es que todavía hay luz en la sala?

—Es por el otro caso, que ha empezado hace más o menos dos horas.

—¿Qué otro caso?

—¡Ah, ése también está muy claro! Es un granuja, o algo parecido, un reincidente, un presidiario, que ha cometido un robo. No me acuerdo ya de cómo se llama. Menuda cara de bandido tiene. Sólo con verle la cara esa lo mandaría yo a presidio.

—Caballero, ¿hay posibilidad de entrar en la sala?

—No lo creo, la verdad. Hay mucha gente. Pero ahora está suspendida la audiencia. Hay personas que han salido y, cuando se reanude, puede usted probar.

—¿Por dónde se entra?

—Por esa puerta grande.

El abogado se fue. En un breve espacio de tiempo había sentido el viajero a un tiempo, casi mezcladas, todas las emociones posibles. Las palabras de aquel indiferente le habían atravesado por turno el corazón como agujas de hielo y como espadas de fuego. Cuando vio que nada había concluido, respiró; pero no hubiera podido decir si lo que sentía era contento o dolor.

Se acercó a varios grupos y estuvo escuchando lo que decían. Como el registro de la sesión estaba muy cargado, el presidente había fijado para ese mismo día dos casos sencillos y breves. Habían empezado con el infanticidio y ahora estaban con el presidiario, el reincidente, el que «volvía a las andadas». El hombre aquel había robado unas manzanas, pero no estaba demostrado del todo; lo que sí estaba demostrado es que ya había estado en presidio en Tolón. Eso era lo que complicaba su caso. Por lo demás, ya habían concluido el interrogatorio del hombre y las declaraciones de los testigos; pero todavía quedaban el alegato del abogado y la exposición del ministerio público; era probable que no acabasen antes de las doce de la noche. Condenarían al hombre seguramente; el fiscal era muy bueno, y no *erraba el tiro* con sus acusados; era un hombre ingenioso que escribía versos.

Un ujier estaba de pie junto a la puerta que daba paso a la sala del tribunal. Le preguntó a ese ujier:

—¿Abrirán pronto la puerta?

—No se va a abrir —dijo el ujier.

—¿Cómo? ¿No van a abrirla cuando se reanude la audiencia? ¿No está interrumpida la audiencia?

—La audiencia acaba de reanudarse —contestó el ujier—, pero no se va a abrir la puerta.

—¿Por qué?

—Porque la sala está llena.

—¿Cómo? ¿No queda ningún sitio?

—Ni uno. La puerta está cerrada. Nadie puede entrar ya.

El ujier añadió, tras un silencio:

—La verdad es que quedan todavía dos o tres sitios detrás del señor presidente, pero el señor presidente sólo admite que los ocupen funcionarios públicos.

Dicho esto, el ujier le dio la espalda.

El viajero se retiró con la cabeza gacha, cruzo el vestíbulo y volvió a bajar las escaleras despacio, como si titubease en todos y cada uno de los peldaños. Es probable que estuviera deliberando consigo mismo. El violento combate que estaba entablado desde la víspera no había acabado; y, a cada instante, pasaba por una peripecia nueva. Al llegar al rellano de las escaleras, apoyó la espalda en la barandilla y se cruzó de brazos. De pronto, se abrió la levita, sacó la cartera, tomó en ella un lápiz, arrancó una hoja y escribió deprisa en esa hoja, a la luz del farol, la siguiente línea: *Señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer*. Volvió luego a subir las escaleras a zancadas, hendió el gentío, se fue derecho al ujier, le entregó el papel y le dijo en tono autoritario: «Llévele esto al señor presidente».

El ujier cogió el papel, le echó una ojeada y obedeció.

VIII

Pase de favor

El alcalde de Montreuil-sur-Mer era, sin sospecharlo, algo así como una celebridad. Hacía siete años que su reputación de hombre virtuoso corría por toda la comarca de Le Bas-Boulonnais y había acabado por cruzar las fronteras de una zona tan pequeña y por extenderse por las dos o tres provincias vecinas. Además del servicio considerable que le había hecho a la capital de la provincia al volver a poner en marcha la industria de los abalorios de cristal negro, no había ni uno de los ciento cuarenta y un municipios del distrito de Montreuil-sur-Mer que no le debiera algún beneficio. Había sabido incluso, llegado el caso, ayudar a las industrias de los demás distritos y fecundarlas. Por ejemplo apoyó, cuando fue menester, con su crédito y sus fondos, la fábrica de tul de Boulogne, las hilaturas de lino mecánicas de Frévent y la manufactura hidráulica de tejidos de Boubers-sur-Canche. Por todas partes se decía con veneración el nombre del señor Madeleine. Arras y Douai le envidiaban el alcalde a la venturosa población de Montreuil-sur-Mer.

El consejero del tribunal de la corona de Douai, que presidía en Arras aquella sesión del tribunal de lo criminal, conocía, como todo el mundo, aquel nombre que todos honraban profunda y universalmente. Cuando el ujier, abriendo discretamente la puerta de comunicación entre la sala del consejo y la audiencia, se inclinó, por detrás del sillón del presidente, y le entregó el papel donde estaba escrita la línea que acabamos de leer, añadiendo: «Este caballero desea asistir a la audiencia», el presidente, con un ademán vehemente de deferencia, cogió una pluma, escribió unas cuantas palabras en la parte de abajo del papel y se lo devolvió al ujier

diciendo: «Hágalo pasar».

El desventurado cuya historia estamos contando se había quedado cerca de la puerta de la sala, en el mismo sitio y en la misma postura con que lo había dejado el ujier. Oyó, en su ensimismamiento, que alguien le decía: «¿Tiene el señor la bondad de seguirme?». Era ese mismo ujier que le había dado la espalda poco antes y que, ahora, le hacía una reverencia hasta el suelo. Al tiempo, el ujier le entregó el papel. Lo desdobló y, como estaba cerca de la lámpara, pudo leer:

«El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Madeleine».

Arrugó el papel entre las manos como si aquellas pocas palabras tuvieran para él un regusto raro y amargo.

Fue en pos del ujier.

Pocos minutos después estaba solo en algo así como un gabinete con las paredes forradas de madera, de aspecto severo, que alumbraban dos velas colocadas encima de una mesa con tapete verde. Aún le sonaban en los oídos las últimas palabras del ujier que acababa de irse: «Caballero, está usted en la sala del consejo; bastará con que gire el picaporte de cobre de aquella puerta y estará en la audiencia, detrás del sillón del señor presidente». Aquellas palabras se le mezclaban en la cabeza con un recuerdo vago de unos corredores estrechos y unas escaleras oscuras que acababa de recorrer.

El ujier lo había dejado solo. Había llegado el momento supremo. Intentaba concentrarse y no lo conseguía. Es sobre todo en las horas en que necesitaríamos más unirlos a las realidades dolorosas de la vida cuando se rompen en el cerebro los hilos del pensamiento. Estaba en el sitio preciso donde los jueces deliberan y condenan. Miraba con una calma rayana en el pasmo aquella sala tranquila y temible donde habían quedado destrozadas tantas existencias, donde retumbaría su nombre dentro de un rato y por donde cruzaba en aquellos momentos su destino. Miraba la pared, y luego se miraba a sí mismo, asombrándose de que aquella sala fuera aquella sala y de que él fuera él.

Llevaba más de veinticuatro horas sin comer, lo había dejado rendido el traqueteo de la tartana, pero no se daba cuenta; le parecía que no sentía nada.

Se acercó a un marco negro que estaba colgado en la pared y donde había, tras un cristal, una carta antigua y autógrafa de Jean Nicolas Pache, alcalde de París y ministro, fechada, seguramente por equivocación, el *9 de junio* del año II, y en la que Pache mandaba al municipio la lista de los ministros y diputados que tenían detenidos. Un testigo que hubiera podido verlo y lo hubiese estado observando en ese instante habría pensado, seguramente, que aquella carta le parecía curiosísima, porque no apartaba la vista de ella y la leyó dos o tres veces. La leía sin enterarse y sin darse cuenta. Estaba pensando en Fantine y en Cosette.

Mientras estaba ensimismado, se volvió y los ojos se le toparon con el picaporte de cobre de la puerta que lo separaba de la sala del juicio. Casi se le había olvidado aquella puerta. La mirada, sosegada al principio, se detuvo en ese picaporte de cobre y se quedó clavada en él; se le puso luego asustada y fija y, poco a poco, la fue invadiendo el espanto. Le nacían entre el pelo gotas de sudor y le chorreaban por las sienes.

Hubo un momento en que, con una especie de autoridad mezclada con rebelión, hizo ese ademán indescriptible que quiere decir y dice tan claramente: «¡Demontres! ¿Quién me obliga a hacerlo?». Luego se dio la vuelta con brío, vio ante sí la puerta por la que había entrado, fue hacia ella, la abrió y salió. Ya no estaba en la sala aquella, estaba fuera, en un corredor, un corredor largo, estrecho, que interrumpían peldaños y pasadizos abovedados, con vueltas y revueltas, que alumbraban acá y allá unos faroles semejantes a lamparillas de enfermos, el corredor por el que había venido. Respiró, aguzó el oído, no oyó ningún ruido a su espalda ni ningún ruido por delante; emprendió la huida como si lo persiguieran.

Tras doblar varias de las revueltas de aquel corredor, volvió a escuchar. Seguían reinando en torno el mismo silencio y la misma oscuridad. Estaba sin resuello y se tambaleaba; se apoyó en la pared. La piedra estaba fría; el sudor se le helaba en la frente, se enderezó tiritando.

Entonces, allí, a solas, de pie en aquella oscuridad, temblando de frío y quizá de algo más, pensó.

Llevaba pensando toda la noche, llevaba pensando todo el día; ya sólo oía por dentro una voz que le decía: ¡ay!

Transcurrió así un cuarto de hora. Por fin, agachó la cabeza, suspiró angustiado, dejó caer los brazos y desanduvo lo andado. Caminaba despacio y como agobiado. Parecía alguien a quien hubieran detenido huyendo y a quien llevasen al punto de partida.

Entró otra vez en la sala del consejo. Lo primero que vio fue el picaporte de la puerta. Aquel picaporte, redondo y de cobre bruñido, lo veía relucir como una estrella espantosa. Lo miraba como un cordero miraría los ojos de un tigre.

No podía apartar la vista de él.

De vez en cuando, daba un paso y se acercaba a la puerta.

Si hubiera escuchado, habría oído, como un rumor confuso, el ruido de la sala contigua; pero no escuchaba y no oía.

De repente, y sin saber cómo, se vio junto a la puerta. Asió con mano convulsa el picaporte; la puerta se abrió.

Estaba en la sala de audiencia.

IX

Un lugar en que están naciendo unos convencimientos

Dio un paso, cerró automáticamente la puerta tras entrar y se quedó de pie, contemplando lo que veía.

Era un recinto bastante amplio y poco iluminado, ora colmado de rumores, ora colmado de silencio, donde todo el aparato de un juicio criminal transcurría con su seriedad mezquina y lúgubre, entre el gentío.

En un extremo de la sala, aquel en que él estaba, había jueces con expresión distraída y toga raída, que se comían las uñas o entornaban los párpados; en el otro extremo, una muchedumbre andrajosa; abogados en todas las posturas, soldados de rostro honrado y duro; paneles de madera vieja y manchada, un techo sucio, unas meses cubiertas de una sarga más amarilla que verde, puertas que las manos habían ennegrecido; en unos clavos hincados en las paredes forradas de madera, unos quinqués de taberna que daban más humo que luz; encima de la mesa, velas de sebo en candeleros de cobre; oscuridad, fealdad, tristeza; y de todo eso se desprendía una impresión austera y augusta, porque se notaba esa trascendental cosa humana que llamamos la ley y esa trascendental cosa divina que llamamos la justicia.

Nadie de todo aquel gentío se fijó en él. Todas las miradas convergían en un punto único, un banco de madera pegado a una puertecita, siguiendo la línea de la pared, a la izquierda del presidente. En ese banco, que alumbraban varias velas de sebo, había un hombre entre dos gendarmes.

Aquel hombre era el hombre.

No lo buscó, lo vio. Se le fueron los ojos hacia él

espontáneamente, como si hubieran sabido de antemano dónde estaba esa cara.

Creyó verse a sí mismo avejentado; no de rostro absolutamente semejante, desde luego, pero igual en la postura y el aspecto, con el pelo tieso, las pupilas fieras e inquietas, el blusón, tal y como era él el día en que entró en Digne, rebosante de rabia y escondiendo en el alma aquel repulsivo tesoro de pensamientos espantosos que había tardado diecinueve años en recoger del empedrado del presidio. Se dijo, con un escalofrío:

—¡Dios mío! ¿Volveré a ser así?

Aquel ser parecía tener al menos sesenta años. Había en él un no sé qué rudo, estúpido y amedrentado.

Al oír el ruido de la puerta, hubo quienes se apartaron para hacerle sitio y el presidente volvió la cabeza y, dándose cuenta de que el personaje que acababa de entrar era el señor alcalde de Montreuil-sur-Mer, lo saludó. El fiscal, que había visto al señor Madeleine en Montreuil-sur-Mer, donde había tenido que ir más de una vez por motivos de su ministerio, lo reconoció y lo saludó también. Él apenas si se dio cuenta. Era presa de una suerte de alucinación; miraba.

Jueces, un secretario del tribunal, gendarmes, una muchedumbre de caras cruelmente curiosas, ya había visto todo aquello una vez, tiempo atrás, hacía veintisiete años. Volvía a encontrarse con aquellas cosas nefastas; allí estaban, se movían, existían. No se trataba ya de un esfuerzo de su memoria, de un espejismo de sus pensamientos, eran gendarmes de verdad y jueces de verdad, una auténtica muchedumbre de hombres de verdad, de carne y hueso. Ya era un hecho, veía aparecer de nuevo y resucitar a su alrededor, con toda la fuerza temible de la realidad, los aspectos monstruosos de su pasado.

Todo aquello se abría ante él.

Le causó espanto, cerró los ojos y exclamó en lo más hondo del alma: ¡nunca!

¡Y, por un juego trágico del destino, que le conmocionaba todas las ideas y casi lo volvía loco, el que estaba allí era otro él en persona! ¡A aquel hombre a quien estaban juzgando todos lo llamaban Jean Valjean!

Tenía ante los ojos, visión inaudita, algo así como una

representación del momento más horroroso de su vida que interpretaba su fantasma.

No faltaba nada: el mismo ceremonial, la misma hora de la noche, casi las mismas caras de los jueces, de los soldados y de los espectadores. La única diferencia era que encima de la cabeza del presidente estaba colgado un crucifijo, cosa de que carecían los tribunales cuando lo condenaron a él. Cuando lo juzgaron, Dios estaba ausente.

Tenía una silla detrás; se desplomó en ella, aterrado al pensar que podían verlo. Tras sentarse, aprovechó un montón de carpetas que había encima de la mesa de los jueces para ocultar la cara a toda la sala. Ahora podía ver sin que lo vieran. Poco a poco se fue recobrando. Se impuso en él por completo la sensación de la realidad; llegó a esa etapa de tranquilidad en que es posible escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó a Javert, pero no lo vio. La mesa del secretario tapaba el banco de los testigos. Y además, como acabamos de decir, la sala estaba casi a oscuras.

Cuando entró, el abogado del acusado estaba concluyendo el alegato. La atención de todo el mundo estaba en su punto máximo; hacía tres horas que había empezado el juicio. Aquel gentío llevaba tres horas viendo cómo se doblegaba poco a poco bajo el peso de unas apariencias terriblemente verosímiles un hombre, un desconocido, una especie de criatura mísera, tremendamente estúpida o tremendamente hábil. Sabido es ya que aquel hombre era un vagabundo que habían encontrado en un sembrado llevándose una rama cargada de manzanas maduras que había arrancado de un manzano en un cercado vecino, que llamaban Le Clos Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Hubo una investigación; acababan de oír a unos testigos y habían sido unánimes; el juicio oral, en conjunto, había aclarado mucho las cosas. La acusación decía: «No sólo hemos cogido a un ladrón de fruta, a un merodeador; hemos echado el guante a un bandido, un reincidente que ha quebrantado el destierro, un ex presidiario, un facineroso peligrosísimo, un malhechor que se llama Jean Valjean a quien la justicia lleva buscando mucho tiempo y que, hace ocho años, al salir del presidio de Tolón, cometió un robo en descampado y a

mano armada cuya víctima fue un niño deshollinador llamado Petit-Gervais, delito que contempla el artículo 383 del código penal y para el que nos reservamos un proceso posterior, cuando la identidad quede jurídicamente establecida. Acaba de cometer otro robo. Es un caso de reincidencia. Condénenlo por el nuevo hecho; más adelante lo juzgarán por el hecho pasado». Ante esta acusación, ante la unanimidad de los testigos, el acusado parecía asombrado más que nada. Hacía ademanes y gestos que querían decir que no, o miraba al techo. Le costaba hablar, contestaba con torpeza, pero toda su persona era una negación, de la cabeza a los pies. Era como un idiota en presencia de todas aquellas inteligencias dispuestas en orden de batalla a su alrededor, y como un extraño en medio de aquella sociedad que lo prendía. Pero, entre tanto, se estaba jugando el porvenir más ominoso; la verosimilitud iba a más por momentos; y todo aquel gentío miraba con ansiedad mayor que la suya aquella sentencia colmada de calamidades que cada vez se le acercaba más. Había una eventualidad incluso que permitía vislumbrar, además del presidio, una posible pena de muerte si quedaba determinada la identidad y si el caso Petit-Gervais concluía más tarde con una condena. ¿Quién era aquel hombre? ¿De qué clase era aquella apatía suya? ¿Era estupidez o astucia? ¿Entendía demasiado o no entendía nada en absoluto? Preguntas que tenían divido al gentío y parecían dividir al jurado. Había en aquel proceso lo que asusta y lo que intriga; el drama no era solamente sombrío, era oscuro.

El abogado había pronunciado un alegato bastante bueno, en esa lengua provinciana en que consistió durante bastante tiempo la elocuencia en el foro y a la que recurrían antes todos los abogados, tanto los de París cuanto los de Romorantin o de Montbrison, y que ahora, como se ha convertido en clásica, no hablan ya sino los oradores oficiales de los tribunales, a quienes les viene bien porque es sonora, circunspecta y de porte majestuoso; una lengua en que un marido es *un esposo;* una mujer, *una esposa;* París, *el centro de las artes y de la civilización*; el rey, *el monarca;* el obispo, *un santo pontífice;* el fiscal, *el elocuente intérprete de la vindicta;* el alegato, *los acentos que acabamos de oír;* el siglo de Luis XIV, *el gran siglo;* un teatro, *el templo de Melpómene;* la familia reinante, *la augusta sangre de nuestros reyes;* un concierto, *un solemne acontecimiento músico;* el

general a cuyo mando está la provincia, *el ilustre guerrero que…,* etc.; los alumnos del seminario, *esos tiernos levitas;* los errores imputados a los periódicos, *la impostura que destila su veneno en las columnas de esos órganos,* etc. Así que el abogado había empezado por referirse al robo de las manzanas, cosa dificultosa en estilo elevado; pero el mismísimo Bénigne Bossuet se vio en la obligación de aludir a una gallina en plena oración fúnebre y salió del paso con pompa y boato. El abogado había dejado establecido que no había pruebas materiales del robo de las manzanas. A su cliente, a quien, en su calidad de defensor, se obstinaba en llamar Champmathieu, no lo había visto nadie escalar la tapia o quebrar la rama. Lo habían detenido provisto de esa rama (que el abogado prefería llamar *ramo);* pero decía que la había encontrado en el suelo y la había recogido. ¿Dónde estaban las pruebas de lo contrario? Seguramente aquella rama la había quebrado y robado, tras un escalo, un merodeador, quien, alarmado, la había dejado tirada; había un ladrón, desde luego. Pero ¿cuál era la prueba de que aquel ladrón fuera Champmathieu? Sólo una cosa. Su condición de ex presidiario. El abogado no negaba que aquella cualidad no pareciera bien probada por desgracia; el acusado había residido en Faverolles; el nombre de Champmathieu podía efectivamente venir de Jean Mathieu; todo ello era cierto; y, finalmente, cuatro testigos reconocían sin vacilar y positivamente en Champmathieu al presidiario Jean Valjean; a esas indicaciones, a esos testimonios, el abogado no podía oponer más que la negación de su cliente, negación interesada; pero, suponiendo que fuera el presidiario Jean Valjean, ¿probaba eso que hubiera robado las manzanas? Era como mucho una presunción, no una prueba; cierto era que el acusado —y el defensor, «con su buena fe», tenía que admitirlo— había adoptado «un sistema malo de defensa». Se obstinaba en negarlo todo, el robo y que fuera un presidiario. Confesar ese último punto habría sido preferible, desde luego, y le habría valido la indulgencia de sus jueces; el abogado se lo había aconsejado; pero el acusado se había negado con obstinación, por creer, seguramente, que lo salvaba todo si no confesaba nada. Era un error; pero ¿no había que tener acaso en cuenta lo corto que era de inteligencia? Aquel hombre estaba claro que era estúpido. Una prolongada desdicha en presidio y una prolongada miseria fuera del presidio lo habían

embrutecido, etc., etc. Se defendía mal; ¿era ésa una razón para condenarlo? En cuanto al caso Petit-Gervais, el abogado no tenía por qué referirse a él porque no entraba en aquel juicio. El abogado terminaba rogando al jurado y al tribunal, si la identidad de Jean Valjean les parecía evidente, que le aplicasen las penas policiales que tienen que ver con la ruptura de destierro y no el espantoso castigo que cae sobre el presidiario reincidente.

El fiscal respondió al defensor. Fue violento y florido, como suelen serlo los fiscales.

Le dio al defensor la enhorabuena por su «lealtad» y le sacó partido hábilmente a esa lealtad. Hirió al acusado mediante todas las concesiones que había hecho el abogado. El abogado parecía aceptar que el acusado era Jean Valjean. Tomó buena nota de ello. Así que aquel hombre era Jean Valjean. Eso lo tenía claro la acusación y no podía ya ponerse en duda. Al llegar aquí, mediante una hábil antonomasia, remontándose a las fuentes y a las causas de la criminalidad, el fiscal soltó rayos y centellas contra la inmoralidad de la escuela romántica, en sus albores entonces, recurriendo al nombre de *escuela satánica* que le habían concedido los críticos de *La Quotidienne* y de *L'Oriflamme;* atribuyó, no sin verosimilitud, a la influencia de esa literatura perversa el delito de Champmathieu o, mejor dicho, de Jean Valjean. Pasó a hablar de Jean Valjean propiamente dicho. ¿Quién era el tal Jean Valjean? Describió a Jean Valjean. Un monstruo a quien había vomitado, etc. El modelo de ese tipo de descripciones está en el relato de Terámenes, que no le resulta de utilidad a la tragedia pero presta a diario grandes servicios a la elocuencia judicial. El auditorio y los jurados «se estremecieron». Tras concluir esa descripción, el fiscal siguió diciendo, en un arrebato de oratoria pensado para llevar a la cima a la mañana siguiente el entusiasmo de *Le Journal de la Préfecture:* «Y es un hombre así, etc., etc, etc., vagabundo, mendigo, sin medios de subsistencia, etc., etc., a quien su vida pasada tiene acostumbrado a las acciones culpables, y al que enmendó poco su estancia en el presidio, como demuestra el delito del que fue víctima Petit-Gervais, etc., etc., ¡es un hombre así quien, hallado en la vía pública en flagrante delito de robo, a pocos pasos de la tapia que había escalado, llevando aún en la mano el objeto robado, niega el flagrante delito, el robo, el escalo, lo niega todo, niega

hasta cómo se llama, niega hasta su identidad! Además de otras cien pruebas que no repetiremos, cuatro testigos lo reconocen, Javert, el íntegro inspector de policía Javert, y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille. ¿Y qué es lo que opone a esa unanimidad fulminante? Niega. ¡Qué hombre tan endurecido! Señores del jurado, hagan ustedes justicia, etc., etc.». Mientras hablaba el fiscal, el acusado escuchaba con la boca abierta, con algo parecido a un asombro donde entraba incluso cierta admiración. Estaba claro que lo sorprendía que un hombre pudiera hablar así. De vez en cuando, en los momentos más «enérgicos» de la alegación, en esos momentos en que la elocuencia, que no consigue refrenarse, se desborda en un flujo de epítetos mancilladores y envuelve al acusado en algo semejante a una tormenta, movía despacio la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, una especie de protesta triste y muda con la que llevaba contentándose desde el principio del juicio oral. En dos o tres ocasiones, los espectadores que estaban sentados más cerca de él lo oyeron decir a media voz: «¡Éstas son las cosas que pasan por no haberle preguntado al señor Baloup!». El fiscal llamó la atención al jurado acerca de aquel comportamiento alelado, fruto evidente de un cálculo, que indicaba no imbecilidad, sino habilidad, astucia y el hábito de engañar a la justicia, y que dejaba completamente al descubierto «la honda perversidad» de aquel hombre. Concluyó haciendo las correspondientes reservas en lo referido al caso Petit-Gervais y pidiendo una condena severa.

Esa condena era, de momento, como se recordará, la de trabajos forzados a perpetuidad.

El defensor se puso de pie, empezó por elogiarle al «señor fiscal» su «admirable don de la palabra» y, luego, contestó como pudo, pero se iba debilitando; estaba claro que estaba perdiendo pie.

X

El sistema de negativas

Había llegado el momento de cerrar el juicio oral. El presidente mandó al acusado que se pusiera en pie y le hizo la pregunta habitual:

—¿Tiene algo que alegar en su defensa?

El hombre, de pie, dando vueltas entre las manos a un gorro feísimo que tenía, pareció no haberlo oído.

El presidente repitió la pregunta.

En esta ocasión, el hombre lo oyó. Pareció entender, hizo el ademán de un hombre que se despierta, paseó la mirada en torno, miró al público, a los gendarmes, a su abogado, a los jurados, al tribunal, apoyó un puño monstruoso en el filo de la moldura de madera que había delante de su banco, volvió a mirar y, de pronto, clavando los ojos en el fiscal, rompió a hablar. Fue como una erupción. Parecía, por la forma en que le salían las palabras de la boca, incoherentes, impetuosas, atropelladas, manga por hombro, que se le agolpaban todas a la vez para salir a un tiempo. Dijo:

—Esto tengo que decir. Que fui carpintero de carros en París, y hasta puedo decir que estaba con el señor Baloup. Es un oficio duro. En esto de ser carpintero de carros se trabaja siempre al aire libre, en patios, en cobertizos si el amo es bueno, pero nunca en talleres cerrados, porque, miren ustedes, tiene que haber sitio. En invierno tiene uno tanto frío que se pega golpes con los brazos para entrar en calor; pero a los amos no les gusta, dicen que se pierde el tiempo. Andar manejando hierro cuando hay hielo entre los adoquines es duro. Un hombre se desgasta corriendo. Uno es viejo desde muy joven en ese oficio. A los cuarenta años ya está acabado un hombre. Yo tenía cincuenta y tres y se me hacía muy cuesta arriba. ¡Y

además, qué malos son los obreros! ¡Cuando un pobre hombre deja de ser joven, lo llaman a todas horas carcamal y vejestorio! Ya no ganaba más que franco y medio diario, me pagaban lo menos que podían, los amos se aprovechaban de mi edad. Además, tenía una hija lavandera en el río. Algo ganaba. Entre los dos nos apañábamos. También lo pasaba mal. Todo el día metida hasta medio cuerpo en el cajón, con lluvia, con nieve, con ese viento que te corta la cara; tanto si hiela como si no, hay que lavar; hay personas que no tienen mucha ropa blanca y no se las puede hacer esperar; si no vas a lavar, se te marcha la parroquia. Los tablones no encajan bien y te caen gotas de agua por todos lados. Tienes las faldas mojadas, las de arriba y las de abajo. Y va haciendo mella. Trabajó también en el lavadero de Les Enfants-Rouges, donde llega el agua por unos grifos. No hay que meterse en el cajón. Lavas delante del grifo y aclaras detrás, en el pilón. Como es un sitio cerrado, pasas menos frío. Pero hay un vapor de agua caliente que es malísimo para los ojos. Volvía a las siete de la tarde y se metía en la cama enseguida de cansada que estaba. Su marido le pegaba. Se murió. No hemos tenido mucha suerte que digamos. Era una buena chica que no iba al baile ni se metía en nada. Me acuerdo de un martes de carnaval en que ya estaba acostada a las ocho. Y así son las cosas. Digo la verdad. Lo que tienen que hacer es preguntar. ¡Ah, sí, claro, preguntar! Qué tonto soy. París es un pozo sin fondo. ¿Quién conoce al Champmathieu? Pero ya les tengo dicho que me conoce el señor Baloup. Pregunten donde el señor Baloup. Y, además, yo no sé por qué andan ustedes conmigo a vueltas.

El hombre calló y se quedó de pie. Había dicho todo aquello con voz alta, apresurada, ronca, dura y afónica, con algo así como una ingenuidad irritada y arisca. Se interrumpió una vez para saludar a alguien de entre el gentío. Esas especies de afirmaciones que parecía soltar al azar, abruptamente, le salían como hipidos, y les añadía a todas el ademán del leñador cortando leña. Cuando hubo acabado, el auditorio se echó a reír. Miró al público y, al ver que la gente se reía, él también se rió.

Aquello era lúgubre.

El presidente, hombre atento y benévolo, intervino.

Recordó a los «señores del jurado» que «habían citado en vano al señor Baloup, el ex maestro carpintero con el que el acusado decía

haber trabajado. Había quebrado y no habían podido localizarlo». Luego, volviéndose hacia el acusado, lo instó a atender a lo que iba a decirse y añadió:

—Está en una situación en que hay que reflexionar. Pesan sobre usted las presunciones más serias y que pueden acarrearle consecuencias capitales. Acusado, por su propio interés me dirijo a usted por última vez, explíquese claramente acerca de estos dos hechos: el primero, ¿escaló usted sí o no la tapia de Le Clos Pierron, arrancó la rama y robó las manzanas, es decir, cometió el delito de robo con escalo? Y el segundo, ¿es usted sí o no el presidiario en libertad Jean Valjean?

El acusado asintió con la cabeza, con expresión competente, como un hombre que ha entendido bien y que sabe lo que va a contestar. Abrió la boca, se volvió hacia el presidente y dijo:

—Para empezar…

Luego miró el gorro, miró al techo y se calló.

—Acusado —añadió el fiscal con voz severa—, tenga cuidado. No está contestando a nada de lo que le preguntan. Su turbación lo condena. Está claro que no se llama Champmathieu, que es el presidiario Jean Valjean, que se ocultó primero con el nombre de Jean Mathieu, que era el apellido de su madre, que estuvo en Auvernia y que nació en Faverolles, donde era podador. Está claro que robó con escalo unas manzanas maduras en Le Clos Pierron. Los señores del jurado opinarán.

El acusado había acabado por volver a sentarse; se puso de pie de repente, cuando acabó de hablar el fiscal, y exclamó:

—¡Es usted un hombre muy malo! Eso es lo que quería decir. Hace un rato no me venían las ideas. No he robado nada. Soy un hombre que no come a diario. Venía de Ailly, iba por la zona aquella después de un chaparrón que había dejado el campo amarillo del todo, que hasta las charcas se desbordaban y que de la arena no asomaban ya más que briznas de hierba al filo de la carretera; me encontré en el suelo con una rama arrancada donde había manzanas, recogí la rama sin saber que me iba a traer un disgusto. Llevo tres meses preso y me llevan de acá para allá. Y a ver qué más voy a decir; se meten conmigo, me dicen: ¡responda! El gendarme, que es muy buena persona, me da con el codo y me dice por lo bajo: «Venga, responde». Y yo no sé explicar las cosas, no

tengo estudios, soy un pobre hombre. No darse cuenta de eso es lo que hacen ustedes mal. No robé, recogí cosas que había en el suelo. ¡Dicen Jean Valjean y Jean Mathieu! Yo no conozco a esas personas. Serán de algún pueblo. Yo trabajé con el señor Baloup, en el bulevar de L'Hôpital. Me llamo Champmathieu. Son muy listos cuando me dicen dónde nací. Yo no lo sé. No todo el mundo tiene casa para venir al mundo. Sería muy fácil. Creo que mis padres eran gente que iba por los caminos. No estoy enterado de nada más. Cuando era pequeño, me llamaban Niño; ahora me llaman Viejo. Ésos son mis nombres de pila. Lo pueden tomar como les parezca. ¡Estuve en Auvernia, estuve en Faverolles, qué demonios! ¿Y eso qué? ¿No puede uno haber estado en Auvernia y haber estado en Faverolles sin haber estado en presidio? Les digo que no he robado y que soy el Champmathieu. Trabajé con el señor Baloup, y allí estaba domiciliado. ¡Ya estoy harto de tanta tontería! ¿Por qué se mete conmigo todo el mundo con esa saña?

El fiscal se había quedado de pie; se dirigió al presidente:

—Señor presidente, en vista de las negativas confusas, pero habilísimas, del acusado, que tiene mucho empeño en que lo tomemos por idiota, pero que no lo va a conseguir —avisado queda —, solicitamos de usted que tenga a bien volver a llamar a este recinto a los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu y al inspector de policía Javert para preguntarles por última vez si la identidad del acusado es la del presidiario Jean Valjean.

—Hago notar al señor fiscal —dijo el presidente— que el inspector de policía Javert, cuya presencia requerían sus obligaciones en una vecina capital de provincia, se ausentó de la audiencia e incluso de la ciudad nada más testificar. Lo autorizamos a ello con el beneplácito del señor fiscal y del defensor del acusado.

—Efectivamente, señor presidente —respondió el fiscal—. En ausencia del señor Javert, me creo en la obligación de recordar a los señores del jurado lo que dijo aquí en persona hace pocas horas. Javert goza de consideración y honra con su probidad rigurosa y estricta su cometido, inferior pero importante. Éstas son las palabras con que testificó: «No preciso siquiera las presunciones morales ni las pruebas materiales que desmienten las negativas del acusado. Lo reconozco sin lugar a dudas. Ese hombre no se llama Champmathieu, es un ex presidiario, muy mala persona y muy

temido, que se llama Jean Valjean. Lamentaron mucho tener que dejarlo en libertad cuando cumplió la condena. Estuvo diecinueve años cumpliendo trabajos forzados por robo con agravantes. Intentó evadirse cinco o seis veces. Además del robo Petit-Gervais y del robo Pierron, sospecho que cometió un robo también en casa de Su Ilustrísima, el difunto obispo de Digne. Lo vi con frecuencia cuando era ayudante del cómitre en el presidio de Tolón. Repito que lo reconozco sin lugar a dudas».

Aquella declaración tan específica pareció impresionar mucho al público y al jurado. El fiscal concluyó insistiendo en que, a falta de Javert, volvieran a oír a los tres testigos Brevet, Chenildieu y Cochepaille y se les preguntase solemnemente.

El presidente le dio una orden a un ujier y, poco después, se abrió la puerta de la sala de los testigos. El ujier, a quien acompañaba un gendarme listo para auxiliarlo, hizo pasar al condenado Brevet. El auditorio estaba en vilo y todos los pechos latían como si tuvieran un alma única.

El antiguo presidiario Brevet vestía la chaqueta negra y gris de los penales. Brevet era un hombre de unos sesenta años que tenía la cara de un hombre de negocios y la expresión de un sinvergüenza. Son cosas que van a veces juntas. Había llegado, en la cárcel adonde había vuelto por nuevos delitos, a algo así como carcelero. Decían de él sus jefes: Intenta resultar de utilidad. Los capellanes daban buenos informes acerca de sus hábitos piadosos. No debemos olvidar que todo esto sucedía en tiempos de la Restauración.

—Brevet —dijo el presidente— es reo de una pena infamante y, por lo tanto, no puede prestar juramento.

Brevet bajó la vista.

—No obstante —añadió el presidente—, incluso en el hombre a quien la ley ha degradado puede seguir habiendo, cuando así lo permite la compasión divina, un sentimiento de honor y de equidad. A ese sentimiento apelo en esta hora decisiva. Si todavía lo posee en usted, y eso espero, reflexione antes de contestarme; tenga en cuenta, por una parte, a este hombre, a quien puede perder una palabra suya; y tenga en cuenta, por otra, a la justicia, a la que puede aportar luz una palabra suya. Es un instante solemne y está usted a tiempo de retractarse si cree haberse equivocado. Póngase en pie, acusado. Brevet, mire bien al acusado, reúna los recuerdos y

díganos, en conciencia, si persiste en reconocer en este hombre a su antiguo compañero de presidio Jean Valjean.

Brevet miró al acusado y, luego, se dirigió al tribunal.

—Sí, señor presidente. Fui el primero en reconocerlo y persisto. Ese hombre es Jean Valjean, que llegó a Tolón en 1796 y salió en 1815. Yo salí el año siguiente. Ahora parece un animal, así que será la edad la que lo ha embrutecido. En presidio era solapado. Lo reconozco positivamente.

—Vaya a sentarse —dijo el presidente—. Acusado, siga de pie.

Hicieron pasar a Chenildieu, condenado a perpetuidad al presidio, como lo indicaban la chaqueta roja y el gorro verde. Cumplía condena en el presidio de Tolón, de donde lo habían sacado para el caso aquel. Era un hombrecillo de alrededor de cincuenta años, vivaracho, arrugado, enteco, amarillo, descarado y febril, que tenía en todos los miembros y en toda su persona una especie de debilidad enfermiza y, en la mirada, una fuerza inmensa. Sus compañeros de presidio le habían puesto de mote De-Dios-reniego.

El presidente le dijo más o menos lo mismo que a Brevet. Cuando le recordó aquella condición infamante suya que le impedía prestar juramento, Chenildieu alzó la cabeza y miró cara a cara al público. El presidente lo instó a que se concentrara y le preguntó, como a Brevet, si persistía en reconocer al acusado.

Chenildieu soltó la carcajada.

—¡Anda, ya lo creo que lo reconozco! Estuvimos cinco años sujetos a la misma cadena. ¿No me ajuntas ya, amigo?

—Vaya a sentarse —dijo el presidente.

El ujier trajo a Cochepaille. Aquel otro condenado a perpetuidad, que venía del presidio e iba vestido de rojo como Chenildieu, era un campesino de Lourdes y oso de los Pirineos a medias. Había sido pastor en la montaña y de pastor había pasado a bandido. Cochepaille no estaba menos asilvestrado que el acusado y parecía aún más estúpido. Era uno de esos desdichados que son, por obra y gracia de la naturaleza, esbozos de fiera y a quienes la sociedad remata haciéndolos presidiarios.

El presidente intentó inmutarlo con unas cuantas palabras patéticas y serias y le preguntó, como a los otros, si persistía, sin turbación ni titubeo, en reconocer al hombre que tenía delante.

—Es Jean Valjean —dijo Cochepaille—. Y además lo llamaban Jean el Gato por lo fuerte que era.

Todas las afirmaciones de aquellos tres hombres, evidentemente sinceras y de buena fe, habían conseguido del auditorio un murmullo de muy mal augurio para el acusado, un murmullo que crecía y duraba más cada vez que una nueva declaración se sumaba a la anterior. El acusado, por su parte, las había oído con aquella cara de asombro que, según la acusación, era su principal medio de defensa. Con la primera, los gendarmes lo oyeron refunfuñar entre dientes: «¡Ah, muy bien! ¡Ya tenemos uno!». Después de la segunda, dijo algo más alto y casi con cara de satisfacción: «¡Vaya!». Y, tras la tercera, exclamó: «¡Estupendo!».

El presidente se dirigió a él:

—Acusado, ya lo ha oído. ¿Qué tiene que decir?

Éste contestó:

—¡Digo que estupendo!

Brotó un murmullo del público en el que casi participó el jurado. Resultaba evidente que el hombre estaba perdido.

—Ujieres —dijo el presidente—. Impongan silencio. Voy a cerrar el juicio oral.

En ese momento, hubo una alteración muy cerca del presidente. Se oyó una voz que gritaba:

—¡Brevet, Chenildieu, Cochepaille! Mirad hacia acá.

Todos cuantos oyeron esa voz se quedaron helados, de tan lamentable y terrible como era. Se volvieron las miradas hacia el punto del que procedía. Un hombre que se hallaba entre los espectadores privilegiados que se sentaban detrás del tribunal había empujado la puerta de la barandilla que separaba el tribunal de la sala de audiencias y estaba de pie, en medio de la sala. El presidente, el fiscal, el señor Bamatabois, veinte personas, lo reconocieron y exclamaron a un tiempo:

—¡El señor Madeleine!

XI

Champmathieu cada vez más asombrado

Efectivamente era él. La lámpara del secretario le iluminaba el rostro. Tenía el sombrero en la mano y ningún desorden en la ropa; llevaba la levita primorosamente abrochada. Estaba muy pálido y temblaba un poco. Tenía ahora el pelo, gris aún al llegar a Arras, blanco del todo. Había encanecido en la hora que llevaba allí.

Todas las cabezas se enderezaron. La sensación fue indescriptible. Hubo en el auditorio un breve titubeo. La voz había sido tan dolorosa y el hombre que estaba allí parecía tan sereno que, de entrada, nadie entendió nada. Todo el mundo se preguntaba quién había gritado. No podía nadie creer que fuera aquel hombre tan tranquilo quien había soltado ese grito aterrador.

Aquella indecisión sólo duró unos segundos. Antes incluso de que el presidente y el fiscal hubiesen podido decir palabra, antes de que los gendarmes y los ujieres hubieran podido hacer un gesto, el hombre a quien todos llamaban aún en aquel momento señor Madeleine se había acercado a los testigos Cochepaille, Brevet y Chenildieu.

—¿No me reconocéis? —preguntó.

Los tres se quedaron desconcertados e indicaron moviendo la cabeza que no lo conocían. Cochepaille, intimidado, hizo un saludo militar. El señor Madeleine se volvió hacia los miembros del jurado y hacia el tribunal y dijo con voz suave:

—Señores del jurado, pidan que pongan en libertad al acusado. Señor presidente, mande que me detengan. El hombre que buscan no es él, soy yo. Soy Jean Valjean.

Ni una boca respiraba. Tras la primera conmoción de asombro vino un silencio sepulcral. Se notaba en la sala esa especie de terror

religioso que se adueña de la muchedumbre cuando sucede algo grande.

No obstante, el rostro del presidente mostraba simpatía y tristeza; cruzó una seña rápida con el fiscal y unas cuantas palabras en voz baja con los consejeros asesores. Dirigiéndose al público, preguntó con una entonación que todos entendieron:

—¿Hay un médico en la sala?

El fiscal tomó la palabra:

—Señores del jurado, este incidente tan extraño e inesperado que interfiere en la audiencia no nos inspira, como también les sucederá a ustedes, sino un sentimiento que no necesitamos expresar. Todos conocen, al menos de reputación, al honorable señor Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer. Si hay un médico entre el auditorio, nos sumamos al señor presidente para rogarle que tenga a bien auxiliar al señor Madeleine y llevarlo a su domicilio.

El señor Madeleine no dejó que el fiscal general terminase de hablar. Lo interrumpió con una entonación rebosante de mansedumbre y de autoridad. Éstas son las palabras que pronunció, tal y como las escribió después de la audiencia uno de los testigos de la escena, tal y como les retumban aún en los oídos a quienes las oyeron hace, en la actualidad, casi cuarenta años.

—Le estoy muy agradecido, señor fiscal, pero no estoy loco. Ya verá. Estaban ustedes a punto de cometer una gran equivocación, suelten a ese hombre; cumplo con un deber, yo soy ese desventurado condenado. Soy el único aquí que ve las cosas como son y les digo la verdad. Lo que estoy haciendo en este momento lo está mirando Dios, que está allá arriba, y con eso basta. Pueden detenerme, ya que estoy aquí. Y eso que lo hice todo lo mejor que supe. Me oculté con otro nombre; me hice rico, llegué a alcalde; quise volver a las filas de la gente honrada. Por lo visto, no es posible. En fin, hay muchas cosas que no puedo decir, no voy a contarles mi vida, ya se sabrá algún día. Robé al señor obispo, es cierto; robé a Petit-Gervais, es cierto. Tenía razón quien ha dicho que Jean Valjean era un desgraciado y muy mala persona. Quizá no sea todo culpa suya. Atiendan, señores jueces, un hombre que ha caído tan bajo como yo no puede reprocharle nada a la Providencia ni darle consejo alguno a la sociedad; pero, miren ustedes, la

infamia de la que intenté salir es muy dañina. El presidio hace al presidiario. Que les quede claro esto, si les parece. Antes del presidio, yo era un pobre campesino con muy poca inteligencia, algo así como un idiota; el presidio me cambió. Era tonto y me volví malo; era tronco y me volví tizón. Andando el tiempo, me salvaron la indulgencia y la bondad, igual que me había perdido la severidad. Pero les pido perdón, no pueden entender qué les estoy diciendo. Encontrarán en mi casa, entre las cenizas de la chimenea, la moneda de dos francos que le robé hace siete años a Petit-Gervais. No tengo nada que añadir. Deténganme. Ya veo, ya, que el señor fiscal general mueve la cabeza. Se está diciendo: el señor Madeleine se ha vuelto loco. ¡Y no me cree! ¡Me disgusta mucho. Pero al menos no condenen a este hombre! ¡Cómo! ¡Éstos no me reconocen! Me gustaría que estuviera aquí Javert. ¡Él sí que me reconocería!

Nada podría expresar cuánta melancolía bondadosa y taciturna había en el tono que acompañaba a aquellas palabras.

Se volvió hacia los tres presidiarios:

—¡Pues yo sí que os reconozco! ¡Brevet! ¿Se acuerda…?

Se interrumpió, titubeó un momento y dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes a cuadros de punto que tenías en presidio?

Brevet tuvo un sobresalto de sorpresa y lo miró de pies a cabeza con expresión asustada. El señor Madeleine siguió diciendo:

—Chenildieu, te pusiste tú mismo el apodo De-Dios-reniego; tienes una quemadura tremenda en todo el hombro derecho porque te tiraste un día encima de un infiernillo lleno de brasas para borrar las letras T.F.P.[14] que, pese a todo, se siguen viendo. ¿Es cierto? Contesta.

—Es cierto —dice Chenildieu.

Se dirigió a Cochepaille:

—Cochepaille, junto a la sangría del brazo izquierdo llevas una fecha grabada en letras azules con pólvora quemada. Es la fecha del desembarco del emperador en Cannes, *1º de marzo de 1815*. Súbete la manga.

Cochepaille se subió la manga y todas las miradas de los de alrededor fueron a clavarse en el brazo al aire. Un gendarme acercó una lámpara; allí estaba la fecha.

El pobre hombre se volvió hacia el auditorio y hacia los jueces con una sonrisa que consterna aún a cuantos la vieron cuando la recuerdan. Era la sonrisa de la victoria, pero también era la sonrisa de la desesperación.

—Ya ven que soy Jean Valjean.

No había ya en el recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; sólo había miradas fijas y corazones enternecidos. Nadie se acordaba ya del papel que tenía que desempeñar; al fiscal se le olvidaba que estaba allí para acusar, al presidente que estaba para presidir, y al abogado que estaba para defender. Cosa extraordinaria, nadie hizo pregunta alguna, no intervino ninguna autoridad. Lo propio de los espectáculos sublimes es que se adueñan de todas las almas y convierten a todos los testigos en espectadores. Es posible que nadie se diera cuenta de lo que notaba; seguramente ninguno se decía que estaba viendo brillar una luz muy grande; todos se sentían deslumbrados por dentro.

Era evidente que tenían delante a Jean Valjean. Y era una aparición radiante que había bastado para colmar de claridad aquella aventura tan oscura pocos momentos antes. Sin que fueran ya necesarias más explicaciones, toda aquella muchedumbre, como por una revelación eléctrica, entendió en el acto y de una simple ojeada aquella historia sencilla y espléndida de un hombre que se entregaba para que no condenasen a otro hombre en su lugar. Los detalles, las vacilaciones, las menudas resistencias posibles se perdieron en aquel desmedido acontecimiento luminoso.

Fue una impresión que se disipó pronto, pero que, sobre la marcha, fue irresistible.

—No quiero entorpecer por más tiempo la audiencia —añadió Jean Valjean—. Me marcho, ya que no me detienen. Tengo que hacer varias cosas. El señor fiscal sabe quién soy, sabe dónde voy y me mandará detener cuando le parezca.

Se encaminó hacia la puerta de salida. No se alzó ni una voz, ni se tendió brazo alguno para impedírselo. Todo el mundo se apartó. Había en aquel momento ese toque divino que hace que las muchedumbres retrocedan y se pongan en fila para dejar pasar a un hombre. Cruzó entre el gentío con andares reposados. Nunca se supo quién abrió la puerta, pero el caso es que la puerta estaba abierta cuando llegó a ella. Una vez allí, se volvió y dijo:

—Señor fiscal, quedo a su disposición.

Luego, se dirigió al auditorio:

—A todos cuantos están aquí les parezco digno de compasión, ¿verdad? ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que estuve a punto de hacer, me considero digno de envidia. Aunque habría preferido que no ocurriera nada de esto.

Salió y la puerta se cerró de la misma forma que se había abierto, porque quienes hacen ciertas cosas soberanas tienen siempre la seguridad de que alguien de entre el gentío se pondrá a su servicio.

Había transcurrido menos de una hora cuando el veredicto del jurado desestimó toda acusación contra el llamado Champmathieu; y Champmathieu, a quien pusieron en libertad en el acto, se fue, estupefacto, pensando que todos los hombres estaban locos y sin entender nada de la visión que había presenciado.

Libro octavo

Repercusiones

I

En qué espejo se miró el pelo el señor Madeleine

Empezaba a apuntar el día. Fantine había pasado una noche de fiebre e insomnio, aunque, por otra parte, repleta de imágenes hermosas: se quedó dormida al amanecer. Sor Simplice, que la había estado velando, aprovechó ese sueño para ir a preparar otra poción de quinina. La buena hermana llevaba unos momentos en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre las drogas y los frasquitos, y mirándolo todo de muy cerca debido a esa bruma con que el crepúsculo matutino cubre los objetos. Volvió de repente la cabeza y dio un leve grito. Tenía ante sí al señor Madeleine. Acababa de entrar sin hacer ruido.

—¡Es usted, señor alcalde! —exclamó.

Él contestó en voz baja:

—¿Cómo está esa pobre mujer?

—No está mal ahora mismo. Pero ¡le aseguro que nos ha tenido muy preocupados!

Le explicó lo que había ocurrido, que Fantine estaba muy mal la víspera y que ahora estaba mejor porque creía que el señor alcalde había ido a buscar a su hija a Montfermeil. La monja no se atrevió a hacerle preguntas al señor alcalde, pero le notó perfectamente por el aspecto que no venía de ese sitio.

—Todo eso está muy bien —dijo—; ha acertado no desengañándola.

—Sí —respondió la monja—, pero ahora, señor alcalde, cuando lo vea a usted y no vea a la niña, ¿qué vamos a decirle?

Él se quedó pensativo un ratito.

—Dios nos inspirará —dijo.

—Pero no podremos mentirle pese a todo —susurró la monja a

media voz.

Ya era completamente de día en la habitación. La luz le dio de lleno al señor Madeleine. Quiso la casualidad que la monja alzase la vista.

—¡Dios mío, señor alcalde! —exclamó—. ¿Qué le ha sucedido? ¡Se le ha puesto todo el pelo blanco!

—¿Blanco? —dijo él.

Sor Simplice no tenía espejo; rebuscó en un botiquín y sacó un espejito que usaba el médico de la enfermería para comprobar que un enfermo había fallecido y ya no respiraba. El señor Madeleine cogió el espejo, se miró el pelo y dijo: «¡Anda!».

Lo dijo con indiferencia y como si estuviera pensando en otra cosa.

La monja sintió que la dejaba helada algo desconocido que vislumbraba.

Él preguntó:

—¿Puedo verla?

—¿El señor alcalde no le va a traer a su niña? —dijo la hermana, atreviéndose apenas a hacer una pregunta.

—Desde luego que sí, pero harán falta por lo menos dos o tres días.

—Si hasta entonces no viera al señor alcalde —siguió diciendo tímidamente la monja—, no sabría que el señor alcalde ha vuelto, sería fácil conseguir que tuviera paciencia y, cuando llegase la niña, pensaría lógicamente que el señor alcalde ha vuelto con ella. Y no tendríamos que decir una mentira.

El señor Madeleine pareció que se quedaba pensando por unos momentos; luego dijo con su tranquila seriedad:

—No, hermana, he de verla. A lo mejor tengo prisa.

La monja no pareció fijarse en aquel «a lo mejor» que daba un sentido misterioso y singular a las palabras del señor alcalde. Contestó, bajando respetuosamente los ojos y la voz:

—En tal caso, está descansando, pero el señor alcalde puede pasar.

Él hizo unos cuantos comentarios acerca de una puerta que cerraba mal y cuyo ruido podía despertar a la enferma, luego entró en la habitación de Fantine, se acercó a la cama y entreabrió las cortinas. Estaba dormida. Le brotaba la respiración del pecho con

ese ruido trágico propio de enfermedades como aquélla y que consterna a las pobres madres cuando velan de noche a su hijo condenado y dormido. Pero aquella respiración penosa apenas si alteraba algo que tenía en la cara, semejante a una serenidad inefable, que la transfiguraba durante el sueño. La palidez se había vuelto blancura: tenía las mejillas sonrojadas. Las largas pestañas rubias, la única hermosura que aún conservaba de los tiempos de virginidad y juventud, palpitaban, aunque sin alzarse. Se estremecía toda ella con a saber qué despliegue de alas a punto de abrirse a medias y llevársela, cuyo estremecimiento se notaba, aunque no fuera aparente. Al verla así, nadie habría podido creer que era una enferma en estado casi desesperado. Parecía más un ser que va a echar a volar que un ser que va a morir.

La rama, cuando se acerca una mano para cortar la flor, siente un escalofrío y parece que al tiempo se hurta y se brinda. En el cuerpo humano hay algo de ese estremecimiento cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van a cortar el alma.

El señor Madeleine se quedó un rato inmóvil junto a aquella cama, mirando por turnos a la enferma y el crucifijo, como había hecho dos meses antes cuando fue por primera vez a verla a aquel asilo. Otra vez estaban allí ambos en la misma postura: ella dormía y él rezaba; pero ahora, tras aquellos dos meses, ella tenía canas grises, y él, el pelo blanco.

La monja no había entrado con él. Y él estaba junto a la cama, de pie, con un dedo en los labios, como si hubiera habido en la habitación alguien a quien mandar callar.

Fantine abrió los ojos y lo vio; y dijo tranquilamente, con una sonrisa:

—¿Y Cosette?

II

Fantine feliz

No tuvo ni un ademán de sorpresa ni un ademán de alegría; la alegría en persona era ella. Aquella sencilla pregunta: «¿Y Cosette?», la hizo con una fe tan profunda, con tanta certidumbre, con una ausencia tan completa de preocupación y de duda, que él no supo qué decir. Ella añadió:

—Sabía que estaba usted aquí. Estaba dormida, pero lo veía. Hace mucho que lo veo. Lo he seguido con la vista toda la noche. Estaba en un nimbo y tenía alrededor muchas figuras celestiales de todas clases.

Él alzó la mirada hacia el crucifijo.

—Pero —siguió diciendo Fantine—, dígame dónde está Cosette. ¿Por qué no me la ha puesto encima de la cama para cuando me despertara?

El señor Madeleine contestó automáticamente algo que nunca pudo recordar más adelante.

Afortunadamente entró el médico, a quien habían avisado. Acudió en ayuda del señor Madeleine.

—Hija mía —dijo el médico—, tranquilícese. Ha llegado su hija.

A Fantine se le iluminaron los ojos, que le inundaron de claridad todo el rostro. Unió las manos con una expresión en que estaba toda la violencia y toda la dulzura que pueden darse a un tiempo en la oración:

—¡Ay! —exclamó—. ¡Que la traigan!

¡Conmovedora ilusión de madre! Cosette seguía siendo para ella la niña pequeña a la que hay que traer.

—Todavía no —dijo el médico—. Ahora mismo, no. Tiene usted todavía un resto de fiebre. Ver a su hija la alteraría y le sentaría

mal. Primero tiene que curarse.

Ella lo interrumpió impetuosamente:

—¡Pero si ya estoy curada! ¡Le digo que estoy curada! ¡Será borrico este médico! ¡Ea, quiero ver a mi niña!

—Ya ve —dijo el médico— cómo se pone. Mientras esté así, me opondré a que vea a su hija. No basta con verla, hay que vivir para ella. Cuando se porte usted bien, se la traeré yo mismo.

La pobre madre agachó la cabeza.

—Le pido perdón, doctor. Le pido perdón de verdad. Antes no habría hablado como acabo de hacerlo; me han ocurrido tantas desgracias que a veces no sé ya ni lo que digo. Le da a usted miedo la emoción, lo entiendo; esperaré todo lo que usted quiera, pero le juro que no me habría sentado mal ver a mi hija. La estoy viendo, no le quito la vista de encima desde ayer por la noche. ¿Sabe? Si me la trajeran ahora me pondría a hablarle despacito. Y nada más. ¿No es de lo más natural que tenga ganas de ver a mi niña, a la que han ido a buscarme expresamente a Montfermeil? No estoy enfadada. Sé que voy a ser feliz. Me he pasado la noche viendo cosas blancas y personas que me sonreían. Cuando al doctor le parezca, me traerá a mi Cosette. Ya no tengo fiebre, porque estoy curada; noto perfectamente que ya no me pasa nada; pero voy a hacer como si estuviera enferma y a no moverme para darles gusto a las hermanas de aquí. Cuando todo el mundo vea que estoy muy tranquila, dirán: hay que darle a su niña.

El señor Madeleine se había sentado en una silla que había junto a la cama. Fantine se volvió hacia él; hacía esfuerzos visibles para parecer tranquila y «portarse muy bien», como decía ella en esa debilidad de la enfermedad que se parece a la infancia, para que, al verla tan sosegada, no pusieran pegas para traerle a Cosette. Pero, al tiempo que se contenía, no podía por menos de hacerle mil preguntas al señor Madeleine.

—¿Ha tenido buen viaje, señor alcalde? ¡Ay, qué bueno ha sido de haber ido a buscármela! Dígame nada más cómo está. ¿Aguantó bien el viaje? ¡Ay, no me va a reconocer! ¡Ha pasado tanto tiempo!, ¡se habrá olvidado de mí, la chiquitina! Los niños no tienen memoria. Son como pájaros. Hoy ven una cosa y mañana otra y no se acuerdan de nada. ¿Tendría ropa blanca, no? ¿Los Thénardier esos la tenían como es debido? ¿Qué le daban de comer? ¡Ay, si

supiera cuánto he sufrido cuando estaba en la miseria y me hacía todas esas preguntas! Ahora ya pasó. Estoy alegre. ¡Ay, cuánto me gustaría verla! Señor alcalde, ¿le ha parecido guapa? ¿Verdad que es guapa mi hija? ¡Ha debido usted de pasar mucho frío en la diligencia! ¿No podrían traérmela sólo un momentito? Y, luego, que se la llevaran enseguida. ¡Ande, dígalo usted, que es el que manda! ¡Si usted quisiera!

El señor Madeleine le cogió la mano:

—Cosette es guapa —dijo—, Cosette está bien, pronto la verá, pero tranquilícese. Habla con demasiada vehemencia y, además, se destapa los brazos y le da tos.

Efectivamente, a Fantine le cortaban la palabra cada dos por tres los accesos de tos.

Fantine no protestó; temió que aquellas quejas suyas, demasiado apasionadas, hubieran puesto en entredicho la confianza que quería inspirar; y se puso a hablar de cosas indiferentes.

—No está mal Montfermeil, ¿verdad? En verano la gente va allí de jira. ¿Les va bien el negocio a los Thénardier? No pasa mucha gente por la zona en que están ellos. Es algo así como un figón la posada esa.

El señor Madeleine le seguía teniendo la mano cogida y la miraba ansiosamente; estaba claro que había ido para decirle algunas cosas y ahora no acababa de decidirse. El médico, tras pasar consulta, se había marchado. Sólo sor Simplice se había quedado con ellos.

En éstas, en medio del silencio, Fantine exclamó:

—¡La oigo, Dios mío, la oigo!

Alargó el brazo para mandar callar a quienes la rodeaban, contuvo el aliento y se puso a atender con arrobo.

Había un niño jugando en el patio; el niño de la portera o de cualquiera de las operarias. Se trataba de una de esas casualidades que siempre ocurren y que parecen pertenecer a la misteriosa escenificación de los acontecimientos lúgubres. Era una niña, que iba, venía, corría para entrar en calor, se reía y cantaba alto. ¡Ay, con qué no se mezclan los juegos de los niños! Era a esa niña a quien oía cantar Fantine.

—¡Ah! —siguió diciendo—. ¡Es mi Cosette! ¡Le reconozco la voz!

La niña se alejó como había venido y la voz dejó de oírse.

Fantine estuvo atendiendo otro rato y luego se le ensombreció la cara y el señor Madeleine oyó que decía en voz baja:

—¡Qué malo es ese médico que no me deja ver a mi hija! ¡Qué cara tan antipática tiene ese hombre!

Pero le volvieron las ideas risueñas. Siguió hablando consigo misma, con la cabeza en la almohada: «¡Qué felices vamos a ser! ¡Para empezar, tendremos un jardincito! El señor Madeleine me lo ha prometido. Mi hija jugará en el jardín. A estas alturas debe de saberse el alfabeto. La haré deletrear. Correrá por la hierba con las mariposas. La miraré. Y además hará la primera comunión. A ver, ¿cuándo hará la primera comunión?».

Se puso a contar con los dedos.

—… Uno, dos, tres, cuatro… tiene siete años. Dentro de cinco años. Llevará un velo blanco y medias caladas, parecerá una mujercita. ¡Ay, hermanita, no sabe qué tonta estoy! ¿Pues no estoy pensando en la primera comunión de mi hija?

Y se echó a reír.

El señor Madeleine le había soltado la mano a Fantine. Escuchaba aquellas palabras como quien escucha cómo sopla el viento, con los ojos clavados en el suelo y la mente sumida en reflexiones insondables. Fantine, de repente, dejó de hablar; y el señor Madeleine alzó automáticamente la cabeza. Daba miedo ver a Fantine.

Ya no hablaba, ya no respiraba; se había incorporado y estaba sentada a medias; un hombro flaco le asomaba del camisón; el rostro, radiante hacía un momento, se le había puesto lívido y parecía mirar fijamente algo tremendo que tuviera delante, en la otra punta de la habitación, con pupilas que dilataba el terror.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Madeleine—. ¿Qué le pasa, Fantine?

Ella no contestó ni apartó la vista de lo que estuviera mirando; le dio en el brazo con una mano y con la otra le hizo una seña para quemirase a su espalda.

El señor Madeleine se volvió y vio a Javert.

III

Javert contento

Había sucedido lo siguiente.

Acababan de dar las doce y media cuando el señor Madeleine salió de la sala de audiencias de Arras. Volvió a la posada con el tiempo justo para marcharse en la silla de posta donde recordaremos que había reservado un asiento. Poco antes de las seis de la mañana, llegó a Montreuil-sur-Mer y lo primero que hizo fue enviar por correo la carta al señor Laffitte y entrar, luego, en la enfermería a ver a Fantine.

Entre tanto, en cuanto hubo salido él de la sala de audiencias del tribunal de lo criminal, el fiscal, recuperado del primer sobresalto, tomó la palabra para lamentar el arrebato de locura del honorable alcalde de Montreuil-sur-Mer, declarar que aquel peculiar incidente, que se aclararía más adelante, no modificaba en absoluto sus convencimientos y requerir, por el momento, la condena de Champmathieu, que no podía por menos de ser el auténtico Jean Valjean. La persistencia del fiscal estaba claro que no se compadecía con el sentimiento de los demás, del público, del tribunal y del jurado. Al defensor le costó poco refutar esa arenga y dejar demostrado que, tras las revelaciones del señor Madeleine, es decir, del auténtico Jean Valjean, el caso había dado un vuelco completo. Lo que tenía ante los ojos el jurado era un inocente. El abogado sacó de ahí unos cuantos epifonemas, bastante manidos por desgracia, acerca de los errores judiciales, etc., etc.; el presidente, en el resumen que llevó a cabo, se sumó al defensor y el jurado tardó pocos minutos en excluir del proceso a Champmathieu.

Pero el fiscal necesitaba un Jean Valjean y, como se había quedado sin Champmathieu, echó mano de Madeleine.

No bien estuvo en libertad Champmathieu, el fiscal se encerró con el presidente. Deliberaron «acerca de la necesidad de llevar a cabo la detención de la persona del señor alcalde de Montreuil-sur-Mer». Esa frase, en que había muchos *de,* es del fiscal, escrita de punta a cabo y de su puño y letra en la minuta de su informe al procurador general del reino. Pasada la primera conmoción, el presidente no puso objeciones. La justicia tenía que seguir adelante, no quedaba más remedio. Y, además, por no callarnos nada, aunque el presidente fuera un hombre bueno y bastante inteligente, era también muy monárquico, casi fervorosamente monárquico, y le había molestado que el alcalde de Montreuil-sur-Mer, al hablar del desembarco en Cannes, hubiera dicho *el emperador* y no *Buonaparte.*

Se expidió, pues, la orden de detención. El fiscal la envió a Montreuil-sur-Mer a cargo de un mensajero que galopó a rienda suelta para encomendar la detención al inspector de policía Javert.

Sabemos que Javert habría regresado a Montreuil-sur-Mer inmediatamente después de prestar testimonio.

Javert estaba recién levantado cuando el mensajero le entregó la orden de prender a Jean Valjean para que compareciera ante el juez.

El mensajero era también policía y muy entendido y, en dos palabras, puso a Javert al tanto de lo que había sucedido en Arras. La orden de detención, que llevaba la firma del fiscal, decía lo siguiente: «El inspector Javert ha de detener al hombre conocido por Madeleine, alcalde de Montreuil-sur-Mer, cuya identidad ha quedado establecida en la audiencia del día de hoy y es la de Jean Valjean, liberado en su día del presidio».

Quien no conociera a Javert y lo hubiera visto en el momento en que entró en el vestíbulo de la enfermería no habría podido intuir nada de lo que estaba sucediendo y le habría parecido que tenía un aspecto de lo más normal. Estaba frío, tranquilo, serio, llevaba el pelo gris atusado a la perfección en las sienes y acababa de subir la escalera de la forma pausada en que solía. Quien lo conociera a fondo y lo examinase atentamente se habría estremecido. En vez de llevar el pasador de cuello de cuero en la nuca, lo llevaba debajo de la oreja izquierda. Y eso revelaba una agitación insólita.

Javert era íntegro a más no poder; era impecable en el cumplimiento del deber y el respeto al uniforme; metódico con los

granujas, rígido con los botones de la levita.

Para que se hubiera puesto mal el pasador de cuello tenía que haber padecido una de esas emociones que podríamos llamar terremotos internos.

Había acudido, sin más; había solicitado un cabo y cuatro soldados en el cuartel vecino, había dejado a los soldados en el patio y había preguntado por la habitación de Fantine a la portera, que no se malició nada, pues estaba acostumbrada a ver que personas armadas preguntaban por el señor alcalde.

Al llegar a la habitación de Fantine, Javert giró la llave, empujó la puerta con suavidad de enfermero o de policía y entró.

Hablando con propiedad, no entró. Se quedó de pie en la puerta entornada, con el sombrero en la cabeza y la mano izquierda en la levita abrochada hasta la barbilla. En el doblez del codo podía verse el pomo de plomo del gigantesco bastón, que ocultaba tras de sí.

Se quedó en esa postura casi un minuto sin que nadie se percatase de su presencia. De repente, Fantine alzó los ojos, lo vio e hizo que el señor Madeleine se diese la vuelta.

En el preciso instante en que la mirada de Madeleine se cruzó con la de Javert, Javert, sin moverse del sitio, sin hacer un movimiento, sin acercarse, se volvió horroroso. Ningún sentimiento humano consigue ser tan espantoso como la alegría.

Fue la cara de un demonio que acaba de echarle la vista encima a su réprobo.

La certidumbre de tener por fin atrapado a Jean Valjean le sacó a la cara cuanto tenía en el alma. El fondo subió hasta la superficie. La humillación de haber perdido la pista un tanto y de haberse confundido por unos minutos con el tal Champmathieu desaparecía con el orgullo de haberlo adivinado con tanto tino al principio y de haber conservado tanto tiempo un instinto acertado. El contento de Javert estalló en su actitud soberana. La deformidad del triunfo floreció en esa frente estrecha. Fue un despliegue de todo el espanto que puede causar una cara de satisfacción.

Javert en esos momentos estaba en los cielos. Sin darse cuenta con claridad, pero, no obstante, con una intuición confusa de su necesidad y de su éxito, él, Javert, era la personificación de la justicia, de la luz y de la verdad en su cometido celestial de aplastar el mal. Tenía tras de sí y a su alrededor, hasta un horizonte infinito,

la autoridad, la razón, la autoridad de la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todas las estrellas; protegía el orden, del rayo hacía nacer la ley, vengaba la sociedad, acudía en ayuda de lo absoluto; se erguía en el centro de una aureola; había en su triunfo un resto de desafío y de combate; a pie firme, altanero, relumbrante, exhibía en pleno azur la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra temible de lo que estaba llevando a cabo convertía en visible, en su puño crispado, la llama intuida de la espada social; feliz e indignado, hollaba bajo su planta el crimen, el vicio, la rebeldía, la perdición, el infierno; estaba radiante, exterminaba, sonreía, y en aquel san Miguel monstruoso había una grandeza innegable.

En Javert, espantoso, no había nada innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, el convencimiento, la idea del deber son cosas que, cuando yerran el camino, pueden volverse repulsivas pero que, incluso repulsivas, siguen siendo grandes; su majestad, propia a la conciencia humana, persiste en lo espantoso. Son virtudes que adolecen de un vicio: el error. La despiadada alegría honrada de un fanático en plena comisión de una atrocidad conserva a saber qué irradiación lúgubremente respetable. Sin sospecharlo, Javert, sumido en aquella dicha tremenda, era digno de compasión, como todo ignorante que triunfa. Nada tan doloroso y tan terrible como aquel rostro donde aparecía lo que podríamos llamar todo lo malo de lo bueno.

IV

La autoridad vuelve por sus fueros

La Fantine no había visto a Javert desde el día en que el alcalde se la había arrancado de las manos a ese mismo Javert. Su cerebro enfermo no se percató de nada, se atuvo a la certidumbre de que volvía a buscarla. No pudo soportar aquel rostro espantoso, se sintió morir, se tapó la cara con ambas mano y gritó, angustiada:

—¡Señor Madeleine, sálveme!

Jean Valjean —así lo llamaremos ya siempre a partir de ahora— se había puesto de pie. Le dijo a Fantine, con su voz más suave y más serena:

—No se preocupe. No viene por usted.

Se dirigió luego a Javert y le dijo:

—Ya sé lo que quiere.

Javert contestó:

—¡Vamos, rápido!

Hubo, en la inflexión que acompañó a esas dos palabras, un no sé qué frenético y propio de una fiera. Javert no dijo: «¡Vamos, rápido!». Dijo: «¡Amosápido!». No hay ortografía que pueda reflejar el tono con que lo pronunció; no era una voz humana, era un rugido.

No hizo como solía; no entró en materia; no enseñó la orden de comparecer ante el juez. Para él Jean Valjean era algo así como un combatiente misterioso e inaprensible, un luchador tenebroso al que llevaba abrazado cinco años sin poder derribarlo. Aquella detención no era un comienzo, sino un final. Se limitó a decir: «¡Vamos, rápido!».

Al decirlo, no dio un paso; le lanzó a Jean Valjean aquella mirada que lanzaba como un garfio y con la que tenía costumbre de

tirar hacia sí de los miserables.

Era aquella mirada la que notó Fantine dos meses atrás cómo le llegaba hasta la médula de los huesos.

Al oír el grito de Javert, Fantine volvió a abrir los ojos. Pero el señor alcalde estaba allí. ¿Qué podía temer?

Javert avanzó hasta el centro de la habitación y gritó:

—¿Vienes o no?

La desdichada miró a su alrededor. Allí no había nadie más que la monja y el señor alcalde. ¿A quién podía dirigirse aquel tuteo abyecto? Sólo a ella. Se estremeció.

Entonces vio algo inaudito, tan inaudito que nunca había visto nada igual en los más negros delirios de la fiebre.

Vio al *de la pasma* Javert agarrar del cuello de la levita al señor alcalde; vio al señor alcalde agachar la cabeza. Le pareció que el mundo se esfumaba.

Efectivamente, Javert había agarrado a Jean Valjean por el cuello de la levita.

—¡Señor alcalde! —gritó Fantine.

Javert se echó a reír con aquella risa espantosa que le dejaba al aire todos los dientes.

—¡Aquí no hay ya ningún señor alcalde!

Jean Valjean no intentó apartar la mano que le tenía cogido el cuello de la levita. Dijo:

—Javert…

Javert lo interrumpió:

—A mí me llamas señor inspector.

—Señor —siguió diciendo Jean Valjean—, me gustaría decirle unas palabras en privado.

—¡En voz alta! ¡Habla en voz alta! —contestó Javert—. A mí se me habla en voz alta.

Jean Valjean prosiguió, bajando la voz:

—Es un ruego que tengo que hacerle…

—Te digo que hables alto.

—Pero es que sólo tiene que oírlo usted.

—¿Y a mí qué me importa? ¡No te oigo!

Jean Valjean se volvió hacia él y le dijo deprisa y muy por lo bajo:

—¡Concédame tres días! ¡Tres días para ir a buscar a la hija de

esta pobre mujer! Pagaré lo que sea. Acompáñeme si quiere.

—¡Estás de guasa! —exclamó Javert—. ¡Desde luego, no te tenía por tan tonto! ¿Dices que es para ir a buscar a la hija de esa perdida? ¡Qué gracia, pero qué gracia tiene!

Fantine se estremeció.

—¡Mi niña! —exclamó—. ¡Ir a buscar a mi niña! Pero ¿es que no está aquí? Hermana, contésteme, ¿dónde está Cosette? ¡Quiero a mi niña! ¡Señor Madeleine! ¡Señor alcalde!

Javert dio una patada en el suelo.

—¡Y ahora empieza la otra! ¡A callar, bribona! ¡Vaya país este en que los presidiarios son magistrados y a las rameras las tratan como a condesas! Pero todo esto va a cambiar. ¡Ya iba siendo hora!

Miró fijamente a Fantine y añadió, agarrando otra vez a puñados la corbata, la levita y el cuello de la levita de Jean Valjean:

—Te digo que aquí no hay ni más señor Madeleine ni más señor alcalde. ¡Lo que hay es un ladrón, lo que hay es un bandido, un presidiario que se llama Jean Valjean! ¡Este al que tengo cogido! ¡Eso es lo que hay!

Fantine se irguió, sobresaltada, apoyada en los brazos tiesos y en ambas manos; miró a Jean Valjean, miró a Javert, miró a la monja, abrió la boca como si fuera a hablar, le salió un estertor de lo hondo de la garganta, le castañetearon los dientes, estiró los brazos, angustiada, abriendo las manos convulsivamente; buscó en torno, como alguien que se ahoga, y luego se desplomó de golpe encima de la almohada. La cabeza golpeó contra la cabecera de la cama y le cayó, luego, sobre el pecho, con la boca abierta, con los ojos de par en par y apagados.

Estaba muerta.

Jean Valjean puso la mano encima de la de Javert, que lo tenía agarrado, y se la abrió, como se la habría abierto a un niño; luego, le dijo a Javert:

—Ha matado usted a esa mujer.

—¡Acabemos de una vez! —gritó Javert, furioso—. No estoy aquí para atender a razonamientos. Vamos a ahorrarnos cosas de éstas. La guardia está abajo. ¡Andando! ¡Y ahora mismo, o te llevo esposado por los pulgares!

Había en un rincón de la habitación una cama vieja de hierro, en bastante mal estado, que les servía a las monjas de catre cuando

se quedaban velando a un enfermo. Jean Valjean se acercó a esa cama, desencajó en un abrir y cerrar de ojos la cabecera, ya muy deteriorada, cosa fácil para unos músculos como los suyos, aferró el larguero mayor y miró a Javert. Javert retrocedió hacia la puerta.

Jean Valjean, con la barra de hierro en la mano, se acercó despacio a la cama de Fantine. Al llegar, se volvió y le dijo a Javert con una voz casi inaudible:

—Le aconsejo que no me moleste ahora.

Lo cierto es que Javert estaba temblando.

Se le ocurrió ir a buscar a la guardia, pero Jean Valjean podía aprovechar ese minuto para escapar. Así que se quedó, asió el bastón por la punta y apoyó la espalda en la jamba de la puerta sin apartar la vista de Jean Valjean.

Jean Valjean puso el codo en el boliche de la cabecera de la cama y, apoyando la frente en la mano, se puso a mirar a Fantine, inmóvil y echada. Se quedó así, absorto, mudo; y estaba claro que no pensaba en ninguna otra cosa en el mundo. No tenía ya en la cara y en el ademán sino una compasión indecible. Tras unos instantes de ensimismamiento, se inclinó hacia Fantine y le habló en voz baja.

¿Qué le dijo? ¿Qué podía decir aquel réprobo a aquella mujer muerta? ¿Qué palabras fueron ésas? Nadie en la tierra las oyó. ¿Las oyó la muerta? Hay ilusiones enternecedoras que son quizá realidades sublimes. De lo que no cabe duda es de que sor Simplice, único testigo de lo que estaba sucediendo, refirió muchas veces que, en el momento en que Jean Valjean le habló al oído a Fantine, vio con toda claridad que apuntaba una sonrisa inefable en esos labios pálidos y en esas pupilas vagas, colmadas del estupor de la tumba.

Jean Valjean le cogió con ambas manos la cabeza a Fantine y se la colocó en la almohada como habría hecho una madre con su hijo, le ató el cordón del camisón y le metió el pelo en el gorro. Y, después, le cerró los ojos.

Parecía como si la cara de Fantine la iluminase en aquellos momentos un extraño resplandor.

La muerte es la entrada en la luz suprema.

Le colgaba la mano fuera de la cama. Jean Valjean se arrodilló junto a esa mano, la alzó con dulzura y la besó.

Luego, se enderezó y dijo, volviéndose hacia Javert:

—Ahora puede disponer de mí.

V

Sepultura decente

Javert dejó a Jean Valjean en la cárcel municipal.

La detención del señor Madeleine causó en Montreuil-sur-Mer una sensación o, mejor dicho, una conmoción extraordinaria. Nos entristece no poder ocultar que bastó con esta frase: *era un presidiario,* para que casi todo el mundo lo dejase abandonado. En menos de dos horas quedó olvidado todo el bien que había hecho y no fue ya sino «un presidiario». Es de justicia decir que aún no se sabían los detalles del acontecimiento de Arras. Se oían todo el día y por todas partes en la ciudad conversaciones como la siguiente: «¿No se ha enterado? Había salido de presidio». «¿Quién?» «El alcalde.» «Pero ¿qué me dice? ¿El señor Madeleine?» «Sí.» «¿En serio?» «No se llamaba Madeleine. Tiene un apellido horroroso, Béjean, Bojean, Boujean.» «¡Ay, Dios mío!» «Lo han detenido.» «¿Detenido?» «Está en la cárcel municipal, esperando que lo trasladen.» «¡Que lo trasladen! ¡Lo van a trasladar! ¿Y adónde lo van a trasladar?» «Lo van a juzgar por lo criminal por un robo en descampado que había cometido hace tiempo» «Bueno, pues yo tenía mis sospechas. Ese hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado devoto. No quería que lo condecorasen, les daba dinero a todos los pillastres con los que se cruzaba. Siempre pensé que detrás de todo eso había alguna historia que no estaba clara».

«Los salones» sobre todo abundaron en esa opinión.

Una señora anciana suscrita a *Le drapeau blanc* hizo este comentario, demasiado hondo para poder llegar al fondo de él:

—Me alegro. ¡Así escarmentarán los buonapartistas!

Y de esa forma se esfumó en Montreuil-sur-Mer aquel fantasma

que se había llamado señor Madeleine. Sólo tres o cuatro personas en toda la ciudad siguieron fieles a su recuerdo. La anciana portera que había sido además su sirvienta fue una de ellas.

La noche de ese mismo día, esa digna anciana estaba sentada en la portería, sumida aún en medroso desconcierto y tristes pensamientos. La fábrica había cerrado todo el día, la puerta cochera tenía el cerrojo echado, la calle estaba desierta. No había en el edificio sino las dos monjas, sor Perpétue y sor Simplice, que velaban el cuerpo de Fantine.

Más o menos a la hora en que el señor Madeleine solía volver a casa, la buena mujer se puso de pie automáticamente, sacó la llave del cuarto del señor Madeleine de un cajón y cogió la palmatoria que usaba todas las noches para subir a su cuarto; colgó luego la llave del clavo donde tenía él por costumbre cogerla y puso la palmatoria al lado, como si lo estuviera esperando. Volvió a sentarse luego en la silla y siguió pensando. La pobre anciana lo hizo todo sin darse cuenta.

Hasta que no hubieron pasado más de dos horas no salió de su ensimismamiento y exclamó: «¡Anda! ¡Dulce Jesús mío, pues no he puesto su llave en el clavo!».

En ese momento se abrió el cristal de la portería y asomó por el hueco una mano que cogió la llave y la palmatoria y encendió la vela en otra vela, que estaba encendida.

La portera alzó la vista y se quedó con la boca abierta y, en la garganta, se le quedó un grito que reprimió.

Conocía esa mano, ese brazo, la manga de esa levita.

Era el señor Madeleine.

La portera tardó unos segundos en poder articular palabra, *sobrecogida,* como decía ella más adelante al contar la aventura.

—Dios mío, señor alcalde —exclamó por fin—, si creía que estaba usted…

Se detuvo porque el final de la frase le habría faltado al respeto a la primera parte. Jean Valjean seguía siendo para ella el señor alcalde.

Él remató lo que estaba pensando ella.

—En la cárcel. Allí estaba. He roto un barrote de una ventana, he saltado desde un tejado y aquí estoy. Voy a mi habitación, vaya usted a buscarme a la hermana Simplice. Debe de estar con esa

pobre mujer.

La anciana obedeció a toda prisa.

Jean Valjean no le hizo recomendación alguna; estaba completamente seguro de que lo guardaría mejor de lo que podría guardarse él mismo.

Nunca se supo cómo consiguió entrar en el patio sin pedir que le abrieran la puerta cochera. Poseía, y llevaba siempre encima, una llave maestra que abría una puertecita lateral; pero tenían que haberlo registrado y haberle quitado la llave maestra. Ese punto no se ha aclarado.

Subió las escaleras que conducían a su habitación. Al llegar arriba, dejó la palmatoria en los últimos peldaños de las escaleras, abrió su puerta haciendo muy poco ruido y fue, a tientas, a cerrar la ventana y el postigo; luego volvió por la vela y entró en la habitación.

La precaución era inútil; recordemos que esa ventana se veía desde la calle.

Echó una ojeada alrededor, a la mesa, a la silla, a la cama que llevaba tres días sin deshacerse. No quedaba ningún desorden de la noche antepasada. La portera había «aviado el cuarto». Pero había recogido de entre las cenizas y colocado primorosamente encima de la mesa las dos conteras de hierro del bastón y la moneda de dos francos que había ennegrecido el fuego.

Cogió una hoja de papel en la que escribió: *Éstas son las dos conteras de mi bastón y la moneda de dos francos que le robé a Petit-Gervais y que mencioné ante el tribunal.* Y colocó encima de esa hoja la moneda y los dos pedazos de hierro, de forma tal que fuese lo primero que se viera al entrar en la habitación. Sacó del armario una camisa vieja y la rompió. Se hizo así con unos trozos de tela en los que envolvió los dos candeleros de plata. Por lo demás, ni se daba prisa ni estaba nervioso y, según embalaba los candeleros del obispo, mordía un zoquete de pan negro. Es probable que fuera el pan de la cárcel, que se había llevado al escapar.

De ello tenemos constancia por las migas de pan que encontraron en las baldosas de su cuarto, cuando la justicia, más adelante, hizo un registro.

Dieron dos golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo.

Era sor Simplice.

Estaba pálida, tenía los ojos encarnados y la vela que llevaba le temblaba en la mano. Las violencias del destino tienen esa particularidad: que, por muy duchos o muy fríos que nos hayamos vuelto, nos sacan del fondo de las entrañas nuestra naturaleza humana y la obligan a mostrarse en superficie. Con las emociones de ese día, la monja había vuelto a ser mujer. Había llorado y estaba temblorosa.

Jean Valjean acababa de escribir unas pocas líneas en un papel que le alargó a la monja, diciendo:

—Hermana, dele esto al señor párroco.

El papel estaba desdoblado. Ella lo miró.

—Puede leerlo —dijo él.

La monja leyó: «Ruego al señor párroco que se haga cargo de cuanto dejo aquí. Que tenga la bondad de pagar con ello los gastos de mi juicio y el entierro de la mujer que falleció hoy. Lo demás que sea para los pobres».

La monja quiso hablar, pero apenas si pudo balbucir unos cuantos sonidos inarticulados. Consiguió decir, no obstante:

—¿No quiere el señor alcalde ver por última vez a esa pobre desdichada?

—No —dijo él—. Me persiguen; podrían detenerme en su cuarto y eso la perturbaría.

Apenas había acabado de decir esto cuando hubo un escándalo en las escaleras. Oyeron un tumulto de pasos que subían y a la anciana portera que decía con la voz más chillona y penetrante que tenía:

—Pero, mi buen caballero, ¡le juro por Dios que no ha entrado nadie aquí ni en todo el día ni en todo lo que va de noche y que yo no me he separado de la puerta!

Un hombre contestó:

—Pues pese a todo hay luz en esa habitación.

Reconocieron la voz de Javert.

La habitación tenía una disposición tal que la puerta, al abrirse, tapaba el rincón de la derecha. Jean Valjean apagó la vela de un soplo y se metió en ese rincón.

Sor Simplice cayó de rodillas junto a la mesa.

Se abrió la puerta.

Entró Javert.

Se oían en el pasillo el cuchicheo de varios hombres y las protestas de la portera.

La monja no alzó la vista. Estaba rezando.

La vela estaba encima de la chimenea y daba muy poca luz.

Javert vio a la monja y de detuvo, cortado.

Ya sabemos que el mismísimo fundamento de Javert, su elemento, el medio en que podía respirar, era el respeto por cualquier autoridad. Era monolítico y no admitía ni objeciones ni restricciones. Para él, por supuesto, la autoridad eclesiástica era la primera y principal; él era, en esos asuntos, persona religiosa, superficial y correcta, como en todo. Desde su punto de vista, un sacerdote era una mente que no se engaña y una monja era un ser que no peca. Eran almas emparedadas en este mundo y con una puerta única que no se abría nunca más que para dejar que saliera la verdad.

Al ver a la monja, su primer impulso fue retirarse.

No obstante, se debía a otra obligación que lo empujaba imperiosamente en sentido contrario. Su segundo impulso fue el de quedarse y atreverse a hacer al menos una pregunta.

Quien estaba allí era la mismísima sor Simplice, quien no había mentido en la vida. Javert lo sabía y sentía por ella una veneración muy particular.

—Hermana —dijo—, ¿está usted sola en esta habitación?

Hubo un momento espantoso durante el que la pobre portera se sintió desfallecer.

La monja alzó la mirada y contestó:

—Sí.

—O sea que, y disculpe si insisto —añadió Javert—, es que es mi deber: ¿no ha visto esta noche a una persona, a un hombre? Se ha escapado y lo estamos buscando, es ese que se llama Jean Valjean. ¿No lo ha visto?

La monja contestó:

—No.

Mintió. Mintió dos veces seguidas, una tras otra, sin titubear, deprisa, como un acto de abnegación.

—Disculpe —dijo Javert; y se retiró tras una profunda inclinación.

¡Ah, santa mujer! Dejaste de pertenecer a este mundo ya hace mucho; fuiste a reunirse en la luz con tus hermanas las vírgenes y tus hermanos los ángeles. ¡Que en el paraíso sumen a tus méritos esa mentira!

La afirmación de la monja fue para Javert algo tan decisivo que ni siquiera se fijó en lo curioso que era que humease encima de la mesa una vela como si acabasen de apagarla de un soplo.

Una hora después, un hombre, cruzando por entre los árboles y las brumas, se alejaba rápidamente de Montreuil-sur-Mer en dirección a París. Aquel hombre era Jean Valjean. El testimonio de dos o tres carreteros que se lo encontraron dejó probado que llevaba un paquete y vestía un blusón. ¿De dónde había sacado ese blusón? Nunca se supo. Pero un obrero viejo de la fábrica había muerto pocos días antes en la enfermería de la fábrica sin dejar más que el blusón. A lo mejor era ése.

Una última cosa acerca de Fantine.

Todos tenemos una madre: la tierra. Devolvieron a Fantine a esa madre.

Al párroco le pareció que hacía bien, y quizá hizo bien efectivamente, apartando, de lo que había dejado Jean Valjean, la mayor cantidad posible de dinero para los pobres. A fin de cuentas, ¿quiénes eran aquellos dos? Un presidiario y una ramera. Por eso simplificó el entierro de Fantine y lo dejó en lo estrictamente necesario, es decir, la fosa común.

Así que enterraron a Fantine en el rincón gratuito del cementerio que es de todos y de nadie. Menos mal que Dios sabe dónde localizar las almas. Tendieron a Fantine en las tinieblas, entre los primeros huesos que había rodando por allí; padeció la promiscuidad de las cenizas. La arrojaron a la fosa común. Su sepultura fue a imagen y semejanza de su cama.

Segunda Parte

Cosette

Libro primero

Waterloo

I

Lo que nos encontramos viniendo de Nivelles

El año pasado (1861), una hermosa mañana de mayo, un viandante, el que refiere esta historia, llegaba de Nivelles y se dirigía a La Hulpe. Iba a pie. Transitaba, entre dos hileras de árboles, por una calzada ancha que ondulaba entre colinas que se van sucediendo, elevan la carretera, la dejan caer y forman por esa zona algo así como unas olas enormes. Había dejado atrás Lillois y Bois-Seigneur-Isaac. Divisaba, al oeste, el campanario de pizarra de Braine-l'Alleud que tiene la forma de un jarrón puesto bocabajo. Acababa de dejar atrás un bosque, en una elevación, y en la revuelta de una trocha, junto a una especie de poste carcomido en que ponía: *Antiguo portillo n.º 4*, una taberna que llevaba este letrero en la fachada: *Aux quatre vents. Échabeau, café particular.*

Medio cuarto de legua después de haber pasado la taberna, llegó al fondo de un valle pequeño donde hay agua que corre por debajo de un arco abierto en el terraplén de la carretera. El grupo de árboles, ralo pero muy verde, que ocupa todo el valle a un lado de la calzada, se dispersa por unos prados en el otro y se va, grácil y desordenado, hacia Braine-l'Alleud.

Había allí, a la derecha, a la orilla de la carretera, una posada, un carro de cuatro ruedas delante de la puerta, un haz grande de varas para el lúpulo, un arado, un montón de maleza seca junto a un seto verde, cal humeante en un hoyo cuadrado y una escalera cruzada en un cobertizo viejo de tabiques de paja. Una joven escardaba un campo donde ondeaba al viento un cartel grande, amarillo, seguramente el anuncio de un espectáculo de alguna feria. En la esquina de la posada, junto a una charca donde navegaba una flotilla de patos, un sendero mal pavimentado se internaba entre los

matorrales. El viandante se metió por él.

Al cabo de un centenar de pasos, tras haber caminado a lo largo de una tapia del siglo XV que coronaba un gablete puntiagudo de ladrillos alternados, se halló ante el arco cimbrado de una puerta de piedra grande, de imposta rectilínea, construida en el solemne estilo Luis XIV y con dos medallones planos a los lados. Una fachada severa se erguía a ambos lados de la puerta; una pared perpendicular a la fachada llegaba casi hasta esa puerta y la flanqueaba con un repentino ángulo recto. En el prado, delante de la puerta, había, caídos, tres rastrillos a través de cuyas rejas florecían, entremezcladas, todas las flores de mayo. La puerta estaba cerrada. La clausuraban dos hojas decrépitas que adornaba un llamador viejo y oxidado.

El sol era delicioso; había en las ramas ese suave temblor de mayo que parece fruto más de los nidos que del viento. Un animoso pajarillo, enamorado sin duda, trinaba como loco en un árbol alto.

El viandante se inclinó y examinó, en la piedra de la izquierda, en la parte de abajo del pie derecho de la puerta, una excavación bastante honda, circular, que parecía el alveolo de una esfera. En ese momento se abrieron las hojas de esta puerta y salió una campesina.

Reparó en el viandante y se dio cuenta de lo que estaba mirando.

—Eso lo hizo una bala de cañón francesa —le dijo.

Y añadió:

—Lo que ve ahí, más arriba, en la puerta, junto a un clavo, es el agujero de una bala grande de un vizcaíno, que no atravesó la madera.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó el viandante.

—Hougomont —dijo la campesina.

El viandante se enderezó. Dio unos pasos y fue a mirar por encima de los setos. Vio en el horizonte, a través de las ramas, algo parecido a un montículo y, en ese montículo, algo que, de lejos, parecía un león.

Estaba en el campo de batalla de Warterloo.

II

Hougomont

Hougomont fue un lugar fúnebre, el comienzo del obstáculo, la primera resistencia con que se topó en Waterloo ese gran leñador de Europa a quien llamaron Napoleón; fue el primer nudo en que tropezó el hacha.

Era un castillo y ya no es más que una casa de labor. Hougomont, para un anticuario, es *Hugomons*. Esa casa señorial la construyó Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellanía de la abadía de Villiers.

El viandante empujó las hojas de la puerta, pasó, bajo un porche, junto a una calesa vieja y entró en el patio.

Lo primero que le llamó la atención en aquel patio con soportales fue una puerta del siglo XVI que finge estar cumpliendo un cometido de arcada, pues todo lo de alrededor se ha desplomado. El aspecto monumental nace con frecuencia del hecho de estar en ruinas. Cerca de la arcada se abre en la pared otra puerta, cuyos sillares de clave son de tiempos de Enrique IV y por la que pueden verse los árboles de un huerto de frutales. Junto a esa puerta, un foso de estiércol, picos y palas, unas cuantas carretas, un pozo viejo con su tablero y su polea, un potro saltarín, un pavo haciendo la rueda, una capilla que remata un campanario pequeño, un peral en flor apoyado en una espaldera en la pared de la capilla: tal es el patio con cuya conquista soñó Napoleón. Si hubiera podido apoderarse de él, ese trozo de tierra quizá le habría dado el mundo. Unas gallinas esparcen el polvo con el pico. Se oye un gruñido: es un perro grande que enseña los dientes, el sustituto de los ingleses.

Aquí los ingleses se comportaron de forma admirable. Las cuatro compañías de la guardia de Cooke resistieron siete horas con el

encarnizamiento de un ejército.

Hougomont, visto en el mapa, en plano geométrico, incluyendo las edificaciones y el cercado, es una especie de triángulo irregular uno de cuyos ángulos hubieran rebajado. En ese ángulo está la puerta meridional, que protege ese muro que la fusila a quemarropa. Hougomont tiene dos puertas: la puerta meridional, la del castillo, y la puerta septentrional, la de la granja. Napoleón envió contra Hougomont a su hermano Jérôme; las divisiones Guilleminot, Foy y Bacheu se tropezaron allí; echó mano al cuerpo entero de Reille y éste fracasó, las balas de cañón de Kellermann se agotaron contra ese lienzo de pared heroico. No bastó con la brigada Bauduin para forzar a Hougomont por el norte; y la brigada Soye sólo pudo conseguir que se tambaleara por el sur, sin tomarlo.

Los edificios de la granja rodean el patio por el sur. Un trozo de la puerta norte, que rompieron los franceses, cuelga de la pared. Son cuatro tablones clavados en dos traveseros y en los que se ven las cuchilladas del ataque.

La puerta septentrional, que los franceses derribaron, y a la que le han puesto un remiendo para sustituir al entrepaño que cuelga de la muralla, se entorna, al fondo, para dar a un patio porticado; se abre sin más ceremonias en una pared que es de piedra por abajo y de ladrillo por arriba y cierra el patio por el norte. Es una simple puerta de carros como las hay en todas las casas de labranza, dos hojas grandes de tablas rústicas; más allá, prados. La pelea en aquella entrada fue cruenta. Durante mucho tiempo se vieron en los largueros de la puerta toda clase de huellas de manos ensangrentadas. Allí fue donde mataron a Bauduin.

Todavía perdura este patio la tormenta del combate; es visible el espanto; las convulsiones de la refriega se han quedado petrificadas en ese lugar; los seres están vivos, y luego muertos; fue ayer. Las paredes agonizan, las piedras se caen, las brechas vocean; los agujeros son llagas; los árboles inclinados y estremecidos parecen esforzarse por escapar.

En aquel patio, en 1815, había más edificaciones que ahora. Construcciones que posteriormente derribaron trazaban entrantes y salientes, ángulos y codos en escuadra.

Los ingleses se habían encerrado en él; los franceses entraron pero no pudieron sostener la posición. Junto a la capilla, un ala del

castillo, el último resto que queda de la mansión de Hougomont, se yergue destrozada, reventada podríamos decir. El castillo hizo las veces de torreón y la capilla hizo las veces de fortín. Allí se exterminaron entre sí los combatientes. Los franceses, acribillados por todos lados, desde detrás de las murallas, desde la parte alta de los graneros, desde lo hondo de los sótanos, por todas las ventanas, por todas las lumbreras, por todas las rendijas de las piedras, trajeron fajinas y prendieron fuego a las paredes y a los hombres; el incendio fue la respuesta a la metralla.

Se vislumbran, en el ala en ruinas, a través de las ventanas con rejas de hierro, las habitaciones desmanteladas del cuerpo principal, de ladrillo; la guardia inglesa se había emboscado en esas habitaciones; la espiral de las escaleras, hendida desde la planta baja hasta el tejado, tiene la apariencia del interior de una concha rota. Son unas escaleras de dos pisos; los ingleses, asediados en las escaleras y agolpados en los peldaños superiores, habían cortado los peldaños inferiores. Son losas anchas de piedra azul que están amontonadas entre las ortigas. Quedan alrededor de diez peldaños sujetos aún a la pared; en el primero tallaron la imagen de un tridente. Esos escalones inaccesibles siguen sólidos en sus alveolos. Todo el resto parece una mandíbula desdentada. Hay dos árboles viejos; uno está muerto; el otro, herido en la parte de abajo, reverdece en abril. Desde 1815, crece a través de la escalera.

Hubo una matanza en la capilla. Ahora que ha vuelto la calma, todo resulta muy raro allí dentro. No han vuelto a decir misa desde aquella carnicería. Pero allí sigue el altar, un altar basto de madera, adosado a un respaldo de piedra en bruto. Cuatro paredes encaladas, una puerta enfrente del altar, dos ventanitas cimbradas; encima de la puerta, un crucifijo grande de madera; encima del crucifijo, un respiradero cuadrado que tapona un manojo de heno; en un rincón, en el suelo, un bastidor con cristales y destrozado: ésa es la capilla. Cerca del altar está clavada una imagen de madera de santa Ana del siglo XV. Un disparo de vizcaíno se llevó por delante la cabeza del Niño Jesús. Los franceses tomaron primero la capilla y, cuando los desalojaron de ella, la incendiaron. Aquel zaquizamí se llenó de llamas y se convirtió en un horno; la puerta se quemó, la tarima del suelo se quemó, el Cristo de madera no se quemó. El fuego le carcomió los pies, de los que sólo quedan los muñones, y

luego se detuvo. Un milagro, según dicen los lugareños. El Niño Jesús decapitado tuvo menos suerte que el Cristo.

Las paredes están cubiertas de inscripciones. Junto a los pies del Cristo se lee este apellido: *Henquínez*. Y luego esto otro: *Conde de Río Mayor. Marqués y marquesa de Almagro (La Habana)*. Hay apellidos franceses con puntos de admiración, señales de ira. Enjalbegaron la pared en 1849. Las naciones se insultaban en ella.

A la puerta de esta capilla recogieron un cadáver que llevaba un hacha en la mano. Ese cadáver era el subteniente Legros.

Al salir de la capilla, se ve un pozo a la izquierda. Hay dos en ese patio. Uno se pregunta: ¿por qué en éste no hay ni cubo ni polea? Es porque ya no sacan agua de él. ¿Y por qué no sacan ya agua? Porque está lleno de esqueletos.

El último en sacar agua de este pozo se llamaba Guillaume van Kylsom. Era un campesino que vivía en Hougomont, donde era jardinero. El 18 de junio de 1815, su familia salió huyendo y fue a esconderse en los bosques.

El bosque que rodea la abadía de Villiers dio abrigo durante varios días con sus noches a todos esos desdichados vecindarios desperdigados. Todavía hoy restos antiguos y reconocibles, tales como troncos viejos de árboles quemados, indican el lugar de esos humildes vivaques temblorosos en lo hondo de los matorrales.

Guillaume van Kylsom se quedó en Hougomont «para velar por el castillo» y se acurrucó en un sótano. Los ingleses lo descubrieron. Lo sacaron de mala manera del escondrijo y, pegándole con el sable de plano, obligaron a servirlos a aquel hombre asustado. Tenían sed y el tal Guillaume les traía de beber. Sacaba el agua de ese pozo. Muchos bebieron ahí su último sorbo. Ese pozo, del que bebieron tantos muertos, tenía que morir también.

Al concluir la acción les entró la prisa por enterrar los cadáveres. La muerte tiene una forma muy suya de acosar a la victoria y, tras la gloria, trae la peste. El tifus es un anexo del triunfo. Aquel pozo era profundo y lo convirtieron en sepultura. Arrojaron a él a trescientos muertos. Quizá se dieron demasiada prisa. ¿Estaban todos muertos? La leyenda dice que no. Al parecer, la noche siguiente al enterramiento, se oyeron salir del pozo voces débiles que llamaban.

Ese pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes, a medias

de piedra y a medias de ladrillo, plegadas como las hojas de un biombo y que simulan una torre cuadrada, lo rodean por tres lados. El cuarto está abierto. Por ahí se iba a buscar agua. En la pared del fondo hay algo así como un ojo de buey informe, un agujero de un proyectil de obús, quizá. Esta torrecilla tenía un techo del que sólo quedan las vigas. Los herrajes que sujetan la pared de la derecha trazan una cruz. Si uno se asoma, la mirada se pierde en un profundo cilindro de ladrillo que colma un apiñamiento de tinieblas. Alrededor del pozo, las ortigas tapan la parte de abajo de las paredes.

Ese pozo no tiene delante la ancha losa azul que hace de tablero en todos los pozos de Bélgica. En vez de la losa azul hay un travesero en que se apoyan cinco o seis trozos deformes de madera, nudosos y anquilosados, que parecen osamentas de gran tamaño. No hay ya cubo, ni cadena ni polea; pero está todavía la cubeta de piedra que servía de desaguadero. Allí se junta el agua de lluvia y, de vez en cuando, un ave de los bosques vecinos viene a beber y luego alza el vuelo.

En una casa de esas ruinas, la casa de la granja, todavía vive gente. La puerta de esa casa da al patio. Junto a una bonita plancha de cerradura gótica hay en esa puerta un picaporte de hierro con tréboles, colocado al bies. Cuando el teniente hannoveriano Wilda estaba asiendo ese picaporte para refugiarse en la granja, un zapador francés le cortó la mano de un hachazo.

El abuelo de la familia que vive en la casa es el antiguo jardinero Van Kylsom, que murió hace mucho. Una mujer de pelo gris nos dice: «Yo estaba aquí. Tenía tres años. Mi hermana mayor tenía miedo y lloraba. Nos llevaron al bosque. Mi madre me llevaba en brazos. Pegábamos el oído al suelo para escuchar. Yo imitaba a los cañones y decía *bum, bum*».

Ya hemos dicho que una puerta del patio, a la izquierda, da al huerto de frutales.

Ese huerto es tremendo.

Tiene tres zonas y casi podríamos decir que tiene tres actos. La primera zona es un jardín; la segunda, el huerto; la tercera es un bosque. Esas partes tienen una cerca común; por la parte de la entrada, los edificios del castillo y de la granja; a la izquierda, un seto; a la derecha una tapia, y al fondo otra tapia. La tapia de la

derecha es de ladrillo; la tapia del fondo es de piedra. Se entra primero en el jardín. Está a un nivel más bajo, plantado de groselleros; lo empantanan plantas silvestres y lo cierra un terraplén monumental de piedra de talla con balaustres de doble barril. Era un jardín señorial de ese primitivo estilo francés inmediatamente anterior a Lenôtre; hoy es ruinas y zarzas. Rematan las columnas unos globos que parecen balas de cañón de piedra. Todavía pueden contarse cuarenta y tres balaustres sobre sus pedestales cúbicos; los demás están caídos en la hierba. Casi todos tienen arañazos de mosquetería. Un balaustre partido está colocado encima del remate como una pierna rota.

Es en este jardín, que está a un nivel más bajo que el huerto, donde seis infantes del 1.º de infantería ligera que se habían metido allí y no podían volver a salir, atrapados y acosados como osos en el foso, aceptaron el combate con dos compañías hannoverianas, una de las cuales iba armada con carabinas. Los hannoverianos se hallaban a lo largo de la balaustrada y disparaban desde arriba. Los infantes que contestaban desde abajo, seis contra doscientos, intrépidos, sin más amparo que los groselleros, tardaron un cuarto de hora en morir.

Subiendo unos pocos peldaños, se pasa del jardín al huerto de frutales propiamente dicho. Allí, en esos pocos metros cuadrados, cayeron mil quinientos hombres en menos de una hora. El muro parece dispuesto a reanudar el combate. Las treinta y ocho aspilleras que abrieron los ingleses a alturas irregulares todavía siguen ahí. Delante de la decimosexta hay dos tumbas inglesas de granito. Sólo hay aspilleras en el muro oriental porque de ahí venía el ataque principal. Ese muro lo tapa por fuera un seto verde muy alto; los franceses llegaron, pensando que sólo tenían que habérselas con el seto, lo cruzaron y se dieron de bruces con el muro, obstáculo y emboscada, con la guardia inglesa detrás y las treinta y ocho aspilleras disparando a la vez, una tormenta de metralla y de balas; y allí se estrelló la brigada Soye. Así empezó Waterloo.

Tomaron el huerto, no obstante. No tenían escalas, y los franceses treparon con las uñas. Combatieron cuerpo a cuerpo bajo los árboles. Toda esta hierba estuvo en su día empapada de sangre. Aquí cayó fulminado un batallón de Nassau: setecientos hombres. Por fuera, el muro, al que apuntaron las dos baterías de Kellermann,

está carcomido de metralla.

Este huerto es tan sensible como otro cualquiera a la llegada del mes de mayo. Tiene sus ranúnculos y sus margaritas, la hierba es alta y la pacen los caballos que tiran de los carros, los intervalos entre los árboles los cruzan unas cuerdas de esparto donde está puesta a secar la ropa y que obligan a los que pasan a agachar la cabeza; hay que pisar por ese baldío y los pies se hunden en los agujeros de los topos. En medio de la hierba, llama la atención un tronco desenraizado, caído, verde de musgo. En él apoyó la espalda el mayor Blackmann para expirar. Bajo un árbol alto próximo cayó el general alemán Duplat, que descendía de una familia francesa que buscó refugio en ese país tras la revocación del edicto de Nantes. Muy cerca se inclina un manzano viejo y enfermo que lleva una venda de paja y arcilla. Casi todos los manzanos se están cayendo de viejos. No hay uno que no tenga la correspondiente bala o el correspondiente disparo de vizcaíno. Abundan en este huerto los esqueletos de árboles muertos. Los cuervos vuelan de rama en rama; al fondo hay un bosque lleno de violetas.

Bauduin, muerto; Foy, herido; el incendio, la matanza, la carnicería, un riachuelo compuesto de sangre inglesa, de sangre alemana y de sangre francesa íntimamente entremezcladas; un pozo atestado de cadáveres; el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick, destruidos; Duplat, muerto; Blackmann, muerto; la guardia inglesa, mutilada; veinte batallones franceses, de los cuarenta del cuerpo de Reille, diezmados; tres mil hombres muertos a sablazos, destripados, degollados, fusilados, quemados; y todo para que ahora un campesino le diga a un viajero: *Caballero, deme tres francos; ¡si le apetece, le cuento lo de Waterloo!*

III

El 18 de junio de 1815

Retrocedamos, es uno de los derechos del narrador, y volvamos a situarnos en el año 1815, e incluso algo antes de la época en que comienza la acción referida en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de junio de 1815, el porvenir de Europa habría cambiado. Unas cuantas gotas de agua de más o de menos doblegaron a Napoleón. Para que Waterloo fuera el final de Austerlitz, la Providencia sólo necesitó un poco de lluvia y una nube que cruzó por el cielo a contrapelo de la estación y bastó para que se derrumbase un mundo.

La batalla de Waterloo, y esto es lo que le dio a Blücher el tiempo necesario para llegar, no pudo empezar hasta las once y media. ¿Por qué? Porque el suelo estaba mojado. Hubo que esperar a que se endureciese un poco para que pudiera maniobrar la artillería.

Napoleón era oficial de artillería y se resentía de ello. Lo que llevaba en el fondo aquel capitán prodigioso era al hombre que, en el informe al Directorio acerca de Abukir, decía: *Esta o aquella de nuestras balas de cañón mató a seis hombres.* Todos sus planes de batalla estaban pensados para los proyectiles. Que la artillería convergiera en un punto determinado: tal era la clave de su victoria. Le daba a la estrategia del general enemigo el trato que le habría dado a una ciudadela y la atacaba hasta hacerla tambalear. Agobiaba a metralla el punto débil; el enlace y el desenlace de las batallas era el cañón. Su genialidad residía en los disparos. Desbaratar los cuadros, pulverizar los regimientos, romper las líneas, destrozar y dispersar a las masas, para él todo consistía en eso, golpear, golpear, golpear continuamente, y esa tarea se la

encomendaba a la bala de cañón. Sistema temible y que, unido a la genialidad, convirtió en invencible durante quince años a ese sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de junio de 1815 contaba tanto más con la artillería cuanto que el número estaba a su favor. Wellington sólo disponía de ciento cincuenta y nueve bocas de fuego; Napoleón tenía doscientas cuarenta.

Imaginemos el suelo seco para que pudiera rodar la artillería: la acción habría comenzado a las seis de la mañana. A las dos la batalla habría estado acabada y ganada, tres horas antes de la peripecia prusiana.

¿Cuánta culpa tuvo Napoleón de que se perdiera esa batalla? ¿Se le puede imputar el naufragio al piloto?

¿Al declive físico evidente de Napoleón se sumaba a la sazón la complicación de cierta mengua interna? ¿En aquellos veinte años de guerra habían tenido igual desgaste la espada y la vaina, el alma y el cuerpo? ¿Influía desafortunadamente el veterano en el capitán? En pocas palabras, ¿aquel genio, como han opinado muchos historiadores de envergadura, se estaba eclipsando? ¿Iba cayendo en el frenesí para ocultarse a sí mismo que se debilitaba? ¿Empezaba a tremolar bajo el extravío de un viento de aventura? ¿Estaba perdiendo, cosa grave en un general, la conciencia del peligro? En esta categoría de grandes hombres de lo material a quienes se puede llamar gigantes de la acción, ¿hay una edad para la miopía del genio? La vejez no hace presa en los genios de lo ideal; para los Dante y los Miguel Ángel, envejecer es crecer; para los Aníbal y los Bonaparte, ¿es menguar? ¿Había perdido Napoleón el sentido directo de la victoria? ¿Había llegado a ese punto en que no se reconoce ya el escollo, no se intuye la trampa, no se distingue el filo a punto de derrumbarse de los abismos? ¿Le fallaba el olfato de las catástrofes? Él, que conocía antaño todos los caminos del triunfo y, subido a su carro de relámpagos, los señalaba con dedo soberano, ¿padecía ahora un pasmo siniestro con que conducía a los precipicios a su tumultuoso tiro de legiones? ¿Había caído a los cuarenta y seis años en una locura suprema? ¿Aquel cochero titánico del destino no era ya sino un temerario?

Creemos que no.

Todo el mundo está de acuerdo en que tenía un plan de batalla

que era una obra de arte. Ir en derechura al centro de la línea de los aliados, abrir un agujero en el enemigo, dividirlo en dos, empujar a la mitad británica hacia Hal y a la mitad prusiana hacia Tongres, hacer de Wellington y Blücher dos fragmentos, tomar Mont-Saint-Jean, apoderarse de Bruselas, arrojar al alemán al Rin y al inglés al mar. Todo eso era lo que para Napoleón cabía en esa batalla. Luego, ya se vería.

Huelga decir que no pretendemos escribir aquí la historia de Waterloo; una de las escenas generadoras del drama que estamos refiriendo tiene que ver con esta batalla, pero nuestro tema no es esa historia; por lo demás, la historia esa ya la han escrito, y magistralmente, Napoleón desde un punto de vista y, desde otro punto de vista, una pléyade de historiadores[15]. En lo que a nosotros se refiere, dejamos la liza para los historiadores; no somos sino un testigo a distancia, alguien que pasa por la llanura, alguien que para buscar se inclina sobre esta tierra amasada con carne humana y confunde quizá las apariencias con las realidades; no somos quiénes para oponernos, en nombre de la ciencia, a un conjunto de hechos en los que hay sin duda parte de espejismo; no tenemos ni la experiencia militar ni la competencia estratégica que dan validez a un sistema; en nuestra opinión, en Waterloo se impuso a los dos capitanes un encadenamiento de casualidades; y, cuando se trata del destino, de ese misterioso acusado, juzgamos como el pueblo, ese juez ingenuo.

IV

A

A quienes quieran hacerse una idea clara de la batalla de Waterloo les bastará con colocar en el suelo con el pensamiento una A mayúscula. La pierna izquierda de la A es la carretera de Nivelles; la pierna derecha es la carretera de Genappe; la barra es el camino encajonado que va de Ohain a Braine-l'Alleud. El pico de la A es Mont-Saint-Jean; ahí está Wellington; el extremo inferior izquierdo es Hougomont; ahí está Reille con Jérôme Bonaparte; el extremo inferior derecho es La Belle-Alliance, ahí está Napoleón. Un poco más abajo del punto en que la barra de la A se encuentra con la pata derecha y la divide está La Haie-Sainte. En el centro de la barra se halla el punto exacto en que se dijo la última palabra de la batalla. Ahí es donde se colocó el león, símbolo involuntario del heroísmo supremo de la guardia imperial.

El triángulo de la parte de arriba de la A, entre las dos piernas y la barra, es la llanura de Mont-Saint-Jean. En la pelea por esa meseta consistió toda la batalla.

Las alas de los dos ejércitos se extienden a derecha e izquierda de las dos carreteras, la de Genappe y la de Nivelles; D'Erlon la daba la cara a Picton; y Reille, a Hill.

Detrás del pico de la A, detrás de la meseta de Mont-Saint-Jean, está el bosque de Soignes.

En cuanto a la llanura en sí, imaginemos un terreno extenso y ondulado; cada plegamiento es algo más alto que el plegamiento siguiente, y todas las ondulaciones suben hacia Mont-Saint-Jean y van a dar al bosque.

Dos ejércitos enemigos en un campo de batalla son dos luchadores. Es una lucha a brazo partido. Cada cual intenta que

resbale el otro. Se aferran a lo que sea; un matorral es un punto de apoyo; la esquina de una pared es un espaldón; si le falta una casucha a la que adosarse, un regimiento cede terreno; una depresión en la llanura, un movimiento del terreno, un camino transversal oportuno, un bosque, un barranco pueden sujetar el talón de ese coloso al que llamamos ejército e impedir que retroceda. Quien se salga del campo está derrotado. Por eso el jefe que corre con la responsabilidad está en la necesidad de examinar el mínimo bosquecillo e investigar a fondo el mínimo relieve.

Los dos generales habían estudiado atentamente la llanura de Mont-Saint-Jean, que recibe hoy el nombre de llanura de Waterloo. Ya el año anterior, Wellington, con previsora sagacidad, la había examinado como posibilidad para una gran batalla. En aquel terreno y para ese duelo, el 18 de junio a Wellington le había tocado el lado bueno y a Napoleón el malo. El ejército inglés estaba arriba, y el ejército francés, abajo.

Esbozar aquí el aspecto de Napoleón a caballo, con el catalejo en la mano, en la colina de Rossomme, en la madrugada del 18 de junio de 1815, está casi de más. Antes de que alguien lo muestre, todo el mundo lo ha visto ya. Ese perfil sereno bajo el sombrero pequeño de la Escuela de Brienne, ese uniforme verde, la vuelta blanca que tapa la medalla, el gabán que tapa las charreteras, el pico del cordón rojo bajo el chaleco, el pantalón de montar de cuero, el caballo blanco con la gualdrapa de terciopelo púrpura que lleva en las esquinas la letra N con una corona y unas águilas, las botas altas y flexibles y, debajo, las medias de seda, las espuelas de plata, la espada de Marengo, la figura completa del último césar se yergue en las imaginaciones, y unos la aclaman y otros la miran con severidad.

Esta figura estuvo mucho tiempo toda ella a plena luz; era debido a cierto oscurecimiento legendario que se desprende de la mayoría de los héroes y oculta en mayor o menor grado la verdad; pero hoy en día hay historia y luz.

Esta claridad, la historia, es despiadada; hay en ella esa condición extraña y divina: que, por muy luz que sea, y precisamente porque es luz, pone muchas veces sombras donde veíamos rayos luminosos; convierte al mismo hombre en dos fantasmas diferentes y uno ataca al otro y hace justicia, y las

tinieblas del déspota luchan con el deslumbramiento del capitán. De ahí se deriva una dimensión más certera en la valoración definitiva de los pueblos. Babilonia violada empequeñece a Alejandro; Roma encadenada empequeñece a César; Jerusalén asesinada empequeñece a Tito. La tiranía va en pos del tirano. Para un hombre es una desdicha dejar tras de sí una oscuridad que tenga su forma.

V

El *quid obscurum* de las batallas

Todo el mundo está al tanto de la primera fase de esta batalla; inicio confuso, titubeante, ominoso para ambos ejércitos, pero más aún para los ingleses que para los franceses.

Había llovido toda la noche; el aguacero había llenado el suelo de baches; el agua se había acumulado acá y allá en los hoyos de la llanura como en palanganas; en algunas zonas a los trenes de artillería les llegaba el agua a los ejes; de las cinchas de los tiros goteaba el barro líquido; si aquella aglomeración de transporte rodado en marcha no hubiera acamado el trigo y el centeno, cuyas espigas rellenaron las rodadas que hizo las veces de pajaza para las ruedas, habría sido imposible moverse, sobre todo en los valles que caían por Papelotte.

La cosa empezó tarde; era costumbre de Napoleón, como ya hemos explicado, tener toda la artillería en la mano como si fuera una pistola, apuntando ora a ese punto de la batalla, ora a aquél; y quiso esperar a que las baterías que ya tenían enganchado el tiro pudieran rodar y galopar libremente; para eso tenía que salir el sol y secar el suelo. Pero el sol no salió. Ya no era la cita de Austerlitz. Cuando dispararon el primer cañón, el general inglés Colville miró el reloj y comprobó que eran las doce menos veinticinco.

La acción la entabló con furia, más furia quizá de la que habría querido el emperador, el ala izquierda francesa, en Hougomont. Al tiempo, Napoleón atacó el centro lanzando la brigada Quiot sobre La Haie-Sainte y Ney movió el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa que se apoyaba en Papelotte.

El ataque a Hougomont tenía algo de simulación; atraer hacia allí a Wellington, conseguir que se escorase a la izquierda: tal era el

plan. Ese plan habría tenido éxito si las cuatro compañías de la guardia inglesa y los arrojados belgas de la división Perponcher no hubieran mantenido firmemente la posición; y Wellington, en vez de agolpar tropas en ella, pudo limitarse a no enviar más refuerzos que otras cuatro compañías de la guardia y un batallón de Brunswick.

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era un ataque a fondo: dar al traste con el ala izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, impedir el paso a los posibles prusianos, forzar Mont-Saint-Jean, hacer retroceder a Wellington hacia Hougomont y, desde ahí, hasta Braine-l'Alleud y luego hasta Hal, nada podía haber más claro. Dejando aparte algunos incidentes, ese ataque tuvo éxito: tomaron Papelotte y se hicieron con La Haie-Sainte.

Un detalle que hay que tener en cuenta: había en la infantería inglesa, sobre todo en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Esos soldados jóvenes se portaron con gran valor ante nuestra temible infantería; su inexperiencia salió del paso con intrepidez; hicieron ante todo una excepcional labor de tiradores; el soldado cuando hace de tirador depende hasta cierto punto sólo de sí mismo, se convierte por así decirlo en su propio general; aquellos reclutas mostraron en parte la inventiva y la furia francesas. Aquella infantería novicia estuvo inspirada. Y eso desagradó a Wellington.

Tras la toma de La Haie-Sainte, se notó un titubeo en la batalla.

Hay en aquel día, entre el mediodía y las cuatro de la tarde, un intervalo oscuro; el centro de esa batalla se distingue muy mal y participa de la oscuridad de la refriega. Transcurre en un crepúsculo. Se intuyen entre esa bruma amplias fluctuaciones, un espejismo vertiginoso, los atuendos bélicos de entonces, casi desconocidos hoy, los colbacs con flama, los portapliegos al viento, los arreos de cuero cruzados, las cartucheras de granadas, los dormanes de los húsares, las botas rojas de mil arrugas, los pesados chacós con sus guirnaldas de cordones trenzados, la infantería casi negra de Brunswick revuelta con la infantería escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses que llevaban, en vez de charreteras, unas abultadas almohadillas blancas circulares en las sisas, la caballería ligera hannoveriana con su casco de cuero oblongo con tiras de cobre y plumeros de crines rojas, los escoceses con las rodillas al aire y los *plaids* de cuadros, las altas polainas blancas de

nuestros granaderos; cuadros, no líneas estratégicas; lo que precisa Salvator Rosa y no lo que precisa Gribeauval.

En una batalla siempre hay una parte de tempestad. *Quid obscurum, quid divinum*. Cada historiador traza hasta cierto punto las líneas que le agradan en esas mescolanzas. Fuere cual fuere la combinación de los generales, las masas armadas, al chocar, tienen reflujos incalculables; en la acción, los dos planes de los dos jefes se embuten uno en otro y se deforman entre sí. Hay zonas del campo de batalla que se tragan más combatientes que otras, como esos suelos más o menos esponjosos que beben más o menos deprisa el agua que se vierte en ellos. No queda más remedio que volver a verter allí más soldados de los deseados. Gastos que son imprevistos. La línea de combate fluctúa y serpentea como un hilo; los rastros de sangre chorrean sin lógica; los frentes de los ejércitos ondulan; los regimientos, yendo hacia adelante y hacia atrás, forman cabos o golfos; todos esos escollos se mueven continuamente, unos ante otros; donde estaba la infantería, llega la artillería; donde estaba la artillería, acude la caballería; los batallones son humaredas. Allí había algo, buscadlo, ha desaparecido; se desplazan los claros; los repliegues oscuros avanzan y retroceden; algo parecido al viento del sepulcro empuja, repele, hinche y dispersa a esas muchedumbres trágicas. ¿Qué es una refriega? Una oscilación. La inmovilidad de un plan matemático equivale a un minuto y no a un día. Para pintar una batalla se necesitan esos pintores poderosos que llevan el caos en el pincel; vale más Rembrandt que Vandermeulen. Vandermeulen, exacto a mediodía, miente a las tres. La geometría induce a error; sólo es cierto el huracán. De ahí toma Folard autorización para contradecir a Polibio. Añadamos que siempre llega un instante en que la batalla degenera en combate, se particulariza, se dispersa en incontables hechos detallados que, por utilizar la expresión del propio Napoleón, «pertenecen más bien a la biografía de los regimientos que a la historia del ejército». En casos así, el historiador tiene el evidente derecho de resumir. Sólo puede captar los perfiles principales de la lucha, y a ningún narrador le es dado, por muy concienzudo que sea, dejar establecida de manera absoluta la forma de esa espantosa nube que recibe el nombre de batalla.

Lo dicho, que es cierto para todos los grandes enfrentamientos

armados, es particularmente aplicable al caso de Waterloo.

No obstante, por la tarde, hubo determinado momento en que la batalla se concretó.

VI

Las cuatro de la tarde

A eso de las cuatro, la situación del ejército inglés era muy grave. El príncipe de Orange estaba al mando del centro; Hill, del ala derecha; Picton, del ala izquierda. El príncipe de Orange, desesperado e intrépido, gritaba a belgas y holandeses: *¡Nassau! ¡Brunswick! ¡Retroceder, nunca!* Hill, debilitado, acudía para adosarse a Wellington; Picton había muerto. En el preciso instante en que los ingleses arrebataban a los franceses la bandera del 105.º regimiento de infantería de línea, los franceses dejaban a los ingleses sin el general Picton de un balazo que le atravesó la cabeza. La batalla tenía para Wellington dos puntos de apoyo Hougomont y La Haie-Sainte; Hougomont todavía aguantaba, pero estaba en llamas; La Haie-Sainte había caído. Del batallón alemán que la defendía sólo quedaban vivos cuarenta y dos hombres; todos los oficiales menos cinco habían muerto o habían caído prisioneros. Tres mil combatientes se habían matado entre sí en aquel pajar. Con un sargento de la guardia inglesa, el mejor boxeador de Inglaterra, que gozaba de la reputación de invulnerable entre sus compañeros, acabó allí un tamborcillo francés. Desalojan a Baring, Alten muere a sablazos. Se habían perdido varias banderas, entre ellas una de la división Alten y otra del batallón de Luneburgo que llevaba un príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises habían dejado de existir; los tremendos dragones de Ponsonby estaban hechos picadillo. Esa valiente caballería había cedido ante los lanceros de Bro y los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos quedaban seiscientos; de los tres tenientes coroneles, dos yacían en el suelo: Hamilton, herido y Mater, muerto; Ponsonby había caído atravesado de siete lanzadas. Gordon había muerto,

Marsh había muerto. Dos divisiones, la quinta y la sexta, habían quedado destruidas.

Con Hougomont en la cuerda floja y La Haie-Sainte tomada, no quedaba ya sino un nudo, el centro. Ese nudo seguía resistiéndose. Wellington lo reforzó. Mandó llamar a Hill, que estaba en Merbe-Braine; mandó llamar a Chassé, que estaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo cóncavo, muy denso y muy compacto, tenía una situación firme. Ocupaba la meseta de Mont-Saint-Jean y tenía a la espalda el pueblo y ante sí la cuesta, bastante empinada a la sazón. Le guardaba la espalda esa robusta casa de piedra que era por entonces una finca de dominio público de Nivelles y que señala el cruce de las dos carreteras, una mole del siglo dieciséis tan robusta que las balas de cañón rebotaban sin causarle daños. Alrededor de toda la meseta, los ingleses habían podado acá y allá los setos, abierto huecos en los espinos albares, puesto una boca de cañón entre dos ramas, almenado los matorrales. Tenían la artillería emboscada bajo la maleza. Aquella obra púnica, lícita sin duda en la guerra, que admite las trampas, estaba tan bien hecha que Haxo, a quien el emperador había enviado a las nueve de la mañana a reconocer las baterías enemigas, no vio nada y regresó a decirle a Napoleón que no había obstáculos, salvo las dos barricadas que cortaban las carreteras de Nivelles y de Genappe. Era la época en que las cosechas están bien crecidas; en las lindes de la meseta, un batallón de la brigada Kempt, el 95.º, armado de carabinas, estaba cuerpo a tierra en los trigales altos.

Así asegurado y apoyado, el centro del ejército anglo-holandés estaba en posición ventajosa.

El peligro de aquella posición era el bosque de Soignes, contiguo en ese momento al campo de batalla y que cortaban en dos los estanques de Groenendael y de Boitsfort. Allí un ejército no habría podido retroceder sin deshacerse; los regimientos se habrían disgregado enseguida. La artillería se habría perdido en los pantanos. La retirada, en opinión de varios hombres del oficio, que hay que decir que otros ponían en entredicho, habría sido un sálvese quien pueda.

Wellington añadió a ese centro una brigada de Chassé, que retiró del ala derecha, y una brigada de Wincke, retirada del ala

izquierda, más la división Clinton. A sus ingleses, a los regimientos de Halkett, a la brigada de Mitchell y a la guardia de Maitland les dio como espaldones y contrafuertes a la infantería de Brunswick, al contingente de Nassau, a los hannoverianos de Kielmansegge y a los alemanes de Ompteda. Con eso tenía a mano veintiséis batallones. *El ala derecha,* como dice Charras, *se desplazó al centro.* Unos sacos terreros camuflaban una batería de gran tamaño en ese lugar que ahora llaman «el museo de Waterloo». Wellington tenía además en un plegamiento del terreno a la guardia de dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era la otra mitad de esa caballería inglesa tan merecidamente famosa. Destruido Ponsonby, quedaba Somerset.

La batería, que, si hubiera estado concluida, habría sido casi un reducto, estaba situada detrás de la tapia muy baja de un jardín, forrado deprisa y corriendo con sacos de arena y un terraplén muy ancho. La obra no estaba rematada; ni siquiera habían tenido tiempo de hacer una empalizada.

Wellington, preocupado pero impasible, estaba a caballo y así siguió todo el día en la misma postura, un poco adelantado respecto al molino viejo de Mont-Saint-Jean, que todavía existe, debajo de un olmo, que, posteriormente, un inglés, vandálico pero entusiasta, compró por doscientos francos, cortó y se llevó. Wellington se comportó de forma fríamente heroica. Llovían las balas de cañón. Gordon, el ayuda de campo, acababa de caer a su lado. Lord Hill, señalándole el estallido de un proyectil de obús, le dijo: «Milord, qué instrucciones y órdenes nos deja si consigue que lo maten». *Que hagáis lo mismo que yo,* contestó Wellington. A Clinton le dijo lacónicamente: *Aguantar aquí hasta el último hombre*. Estaba claro que la cosa se estaba poniendo fea. Wellington gritaba a sus antiguos compañeros de Talavera, de Vitoria y de Salamanca: *Boys (muchachos), ¿a quién le cabe en la cabeza que podamos retroceder? ¡Acordaos de nuestra Inglaterra!*

A eso de las cuatro, la línea inglesa echó a andar hacia atrás. De repente no se vio ya en la cresta de la meseta más que la artillería y a los tiradores, lo demás desapareció; los regimientos, a los que expulsaban los proyectiles de obús y las balas de cañón franceses, se replegaron hacia el fondo, por el que pasa todavía hoy el camino de servicio de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un movimiento de

retroceso, el frente de batalla inglés hurtó el cuerpo, Wellington retrocedió. «Comienzo de retirada», gritó Napoleón.

VII

Napoleón de buen humor

El emperador, aunque enfermo y molesto a caballo por una dolencia local, no había estado nunca de tan buen humor como aquel día. Desde por la mañana su impenetrabilidad era sonriente. El 18 de junio de 1815, de aquella alma honda, enmascarada de mármol, brotaba una irradiación ciega. El hombre que estuvo adusto en Austerlitz estuvo alegre en Waterloo. Los predestinados más excelsos cometen contrasentidos así. Nuestras alegrías son oscuridad. La sonrisa suprema pertenece a Dios.

Ridet Caesar, Pompeius flebit, decían los legionarios de la Legio Fulminatrix. En esta ocasión, Pompeyo no iba a llorar, pero lo cierto es que César reía.

Ya la víspera, a la una de la madrugada, recorriendo a caballo, entre la tormenta y la lluvia, con Bertrand, las colinas del vecindario de Rossomme, satisfecho al ver la prolongada línea de las hogueras inglesas que iluminaba todo el horizonte, desde Frischemont hasta Braine-l'Alleud, le había parecido que el destino, al que había citado con fecha fija en los campos de Waterloo, había sido puntual; detuvo el caballo y se quedó unos momentos quieto, mirando los relámpagos, escuchando el trueno; y oyeron a aquel fatalista soltar entre las sombras esta frase misteriosa: «Estamos de acuerdo». Napoleón se equivocaba. Ya no estaban de acuerdo.

No se permitió ni un minuto de sueño, todos los instantes de aquella noche llevaron para él la marca de una alegría. Recorrió toda la línea de los cuerpos de la guardia mayor deteniéndose acá y allá para decirles algo a los más destacados. A las dos y media, cerca del bosque de Hougomont, oyó el paso de una columna en marcha; por un momento, creyó que Wellington retrocedía. Dijo: *Es*

la retaguardia inglesa que se pone en marcha para largarse. Haré prisioneros a los seis mil ingleses que acaban de llegar a Ostende. Estaba expansivo; había recuperado la elocuencia inspirada del 1 de marzo, cuando le señalaba al gran mariscal al campesino entusiasta del golfo Juan al tiempo que exclamaba: *¡Mira, Bertrand, ya nos llegan refuerzos!* La noche del 17 al 18 se reía de Wellington: *Ese inglesito necesita que le den una lección,* decía Napoleón. Llovía cada vez más; tronaba mientras hablaba el emperador.

A las tres y media de la mañana se había quedado sin una ilusión; unos oficiales enviados para llevar a cabo un reconocimiento le comunicaron que el enemigo no estaba haciendo movimiento alguno. Nada se movía; no estaba apagada ni una sola hoguera de los vivaques. El ejército inglés dormía. Reinaba un silencio profundo en la tierra; sólo había ruido en el cielo. A las cuatro, los batidores le trajeron a un campesino; ese campesino había hecho de guía a una brigada de caballería inglesa, probablemente la brigada Vivian, que iba a tomar posición en el pueblo de Ohain, en la zona más a la izquierda. A las cinco, dos desertores belgas le contaron que acababan de irse de su regimiento y que el ejército inglés estaba a la espera de la batalla. *¡Mejor!* —exclamó Napoleón—. *Prefiero darles un revolcón que repelerlos.*

Por la mañana, en el talud de la revuelta del camino de Plancenoit, se apeó del caballo en pleno barrizal, mandó que le trajeran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla de labriego, se sentó, con un manojo de paja a modo de alfombra, y desplegó encima la mesa el mapa del campo de batalla, diciéndole a Soult: *¡Bonito tablero de ajedrez!*

Por culpa de las lluvias de la noche, los convoyes de víveres, empantanados en las carreteras llenas de baches, no pudieron llegar por la mañana y los soldados no habían dormido y estaban mojados y en ayunas; ello no impidió a Napoleón gritarle alegremente a Ney: *Tenemos noventa posibilidades sobre cien.* A las ocho, trajeron el almuerzo del emperador. Había invitado a varios generales. Mientras almorzaban, se comentó que Wellington estaba la antevíspera en un baile en Bruselas, en casa de la duquesa de Richmond; y Soult, guerrero rudo con cara de arzobispo, dijo: *El baile es hoy*. El emperador le gastó bromas a Ney, que decía: *Wellington no será tan simple como para esperar a su majestad.* Ésa era

su forma de ser, por lo demás: *Era amigo de bromear*, dice Fleury de Chaboulon. *En el fondo era de carácter jovial*, dice Gourgaud. *Decía muchas cosas chistosas, más peculiares que ingeniosas*, dice Benjamin Constant. Esa jovialidad de gigante merece que insistamos en ella. Fue él quien puso de nombre a sus granaderos «los gruñones»; les pellizcaba la oreja y les tiraba del bigote. *El emperador siempre andaba haciéndonos travesuras*: es una frase de uno de ellos. Durante el misterioso trayecto desde la isla de Elba a Francia, el 27 de febrero, en alta mar, un bric de guerra francés, el *Zéphir*, se cruzó con el bric *L'Inconstant,* donde iba escondido Napoleón; y, cuando le preguntó a *L'Inconstant* qué sabían de Napoleón, el emperador, que todavía llevaba en el sombrero la escarapela blanca y amaranto sembrada de abejas, que usaba en la isla de Elba, cogió riéndose la bocina y le contestó en persona: *El emperador está bien de salud*. Quien ríe así tiene un trato familiar con los acontecimientos. A Napoleón le dieron varios ataques de risa durante el almuerzo de Waterloo. Después de almorzar, se ensimismó un cuarto de hora y luego dos generales se sentaron en el haz de paja con una pluma en la mano y una hoja apoyada en la rodilla y el emperador les dictó el orden de batalla.

A las nueve, en el instante en que el ejército francés, escalonado y desplazándose en cinco columnas, se desplegó, con las divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, la música en cabeza tocando la marcha de honor, el redoble de los tambores y los toques de las trompetas, poderoso, grande, alegre, un mar de cascos, de sables y de bayonetas sobre el fondo del horizonte, el emperador, emocionado, exclamó por dos veces: «¡Espléndido, espléndido!».

Entre las nueve y las diez y media, todo el ejército, cosa que parece imposible, había tomado posición y había formado en seis líneas, trazando, según la expresión del emperador, «la figura de seis uves». Pocos segundos después de que estuviera formado el frente de batalla, entre ese hondo silencio de comienzo de tormenta que precede las refriegas, al ver desfilar las tres baterías de doce, sacadas por orden suya de los tres cuerpos de Erlon, de Reille y de Lobau y destinadas a iniciar la acción cañoneando Mont-Saint-Jean, donde está la intersección de las carreteras de Nivelles y de Genappe, el emperador le dio una palmada en la espalda a Haxo al tiempo que le decía: *Aquí tenemos veinticuatro mozas muy guapas,*

general.

Seguro del desenlace, animó con una sonrisa, cuando pasó ante él, a la compañía de zapadores del primer cuerpo, que había designado personalmente para que se hiciera fuerte en Mont-Saint-Jean en cuanto se tomara el pueblo. Por toda esa serenidad sólo cruzó una frase de compasión altanera; al ver a su izquierda, en un lugar en que hay ahora una tumba muy grande, la concentración, junto con sus espléndidos caballos, de esos admirables escoceses grises, dijo: *¡Qué lástima!*

Subió luego a caballo, fue más allá de Rossomme y eligió para observatorio una loma estrecha de césped a la derecha de la carretera de Genappe a Bruselas, que fue su segundo estacionamiento durante la batalla. El tercero, el de las siete de la tarde entre La Belle-Alliance y La Haie-Sainte, es temible; un otero bastante elevado que todavía existe y tras el que estaba reunida la guardia en un declive de la llanura. Alrededor de ese otero, las balas de cañón rebotaban en los adoquines de la calzada hasta el emplazamiento de Napoleón. Como en Brienne, le pasaban por encima de la cabeza el silbido de las balas y de los vizcaínos. Se recogieron casi en el mismo lugar en que posaba los cascos su caballo balas de cañón mohosas, hojas viejas de sable y proyectiles informes comidos de orín. *Scabra rubigine*. Hace unos años desenterraron un proyectil de obús del sesenta, cargado aún, cuyo cohete se había roto al ras de la bomba. Fue en este último emplazamiento donde el emperador la decía a su guía, Lacoste, un campesino hostil, sobresaltado, atado a la silla de un húsar, que se daba la vuelta con cada descarga de metralla e intentaba esconderse detrás de él: *¡Imbécil! Qué vergüenza. Vas a conseguir que te maten por la espalda.* Quien escribe estas líneas encontró personalmente en el suelo poco consistente del talud de ese otero, excavando en la arena, los restos del cuello de una bomba que había descompuesto el óxido de cuarenta y seis años y unos fragmentos viejos de hierro que se quebraban con los dedos como ramitas de saúco.

Nadie ignora que las ondulaciones, de inclinación variada, de las llanuras donde se encontraron Napoleón y Wellington no son ya como eran el 18 de junio de 1815. Al tomar de ese campo fúnebre lo necesario para hacer un monumento, le quitaron su relieve real, y la historia, desconcertada, no sabe ya por dónde se anda. Lo

desfiguraron para glorificarlo. Wellington, dos años después, al volver a ver Waterloo, exclamó: *Me han cambiado mi campo de batalla*. Donde está hoy la gran pirámide de tierra que corona el león había una cresta que, en dirección a la carretera de Nivelles, bajaba formando una rampa transitable, pero, del lado de la calzada de Genappe, era casi una escarpa. La elevación de esa escarpa puede aún calcularse hoy por la altura de los dos túmulos de las dos sepulturas grandes que encajonan la carretera de Genappe a Bruselas; una es la tumba inglesa, a la izquierda; la otra, la tumba alemana, a la derecha. No hay tumba francesa. Para Francia toda la llanura es un sepulcro. Gracias a los miles de carretadas de tierra usadas para ese túmulo de ciento cincuenta pies de altura y media milla de contorno, a la meseta de Mont-Saint-Jean se puede llegar hoy en día por una cuesta poco empinada; el día de la batalla, sobre todo por la parte de La Haie-Sainte, el acceso era áspero y abrupto. La pendiente era tan pina allí que los cañones ingleses no veían, en la parte de arriba, la casa de labor que estaba al fondo del valle y era el punto central del combate. El 18 de junio de 1815, las lluvias, además, habían excavado torrenteras en aquel tramo tan escarpado y el barro complicaba la subida; no sólo había que trepar sino que se hundía uno en el fango. A lo largo de la cresta de la meseta corría algo así como un foso que un espectador alejado no podía intuir.

¿Qué era ese foso? Vamos a explicarlo. Braine-l'Alleud es un pueblo de Bélgica, y Ohain, otro. A esos pueblos, ocultos ambos en unas revueltas del terreno, los une un camino de legua y media más o menos que cruza por una llanura ondulada y, frecuentemente, se interna y se hunde entre colinas como si fuera un surco, con lo cual en varios puntos ese camino es un barranco. En 1815, igual que hoy en día, esa carretera cortaba la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean entre ambas calzadas, la de Genappe y la de Nivelles; sólo que en la actualidad está a la misma altura que la llanura; a la sazón era un camino encajonado. Para construir el túmulo monumental le quitaron los dos taludes. La mayor parte del recorrido de esa carretera era, y es aún, una zanja; una zanja de una docena de pies a veces, y cuyos taludes, escarpados en demasía, se venían abajo acá y allá, sobre todo en invierno, con los aguaceros. Ocurrían accidentes. La carretera era tan estrecha a la entrada de Braine-

l’Alleud que un carro despedazó a un transeúnte, de lo que da fe una cruz de piedra que se yergue junto al cementerio e informa del nombre del muerto, *Bernard Debrye, comerciante de Bruselas*, y la fecha del accidente, *febrero de 1637*[16]. Corría tan hondo en la meseta de Mont-Saint-Jean que a un campesino, Mathieu Nicaise, lo aplastó en 1783 un desprendimiento del talud, de lo que dejaba constancia otra cruz de piedra cuya parte de arriba desapareció durante las obras de desmonte pero cuyo pedestal puede verse aún hoy en la cuesta de césped que está a la izquierda de la calzada que va de La Haie-Sainte a la granja de Mont-Saint-Jean.

En un día de batalla, ese camino encajonado del que nada daba aviso, al filo de la cresta de Mont-Saint-Jean, en la cima de la escarpa, ese surco oculto en el terreno, era invisible, es decir, terrible.

VIII

El emperador hace una pregunta al guía Lacoste

Así que aquella mañana el emperador estaba contento.

Hacía bien; el plan de batalla que había concebido, como ya hemos podido verlo, era, efectivamente, admirable.

Ya entablada la batalla, sus peripecias, muy diversas; la resistencia de Hougomont; la tenacidad de La Haie-Sainte; Bauduin, muerto; Foy, fuera de combate; el muro inesperado contra el que se estrelló la brigada Soye; el despiste fatídico de Guilleminot, que no tenía ni petardos ni sacos de pólvora; las baterías hundidas en el barro; las quince piezas sin escolta que arrojó Uxbridge por un camino encajonado; el escaso efecto de las bombas al caer en las líneas inglesas y hundirse en el suelo empapado de lluvia sin conseguir sino volcanes de barro, de forma tal que la metralla no era sino salpicaduras; la inutilidad de la maniobra de Piré en Braine-l'Alleud; toda aquella caballería, quince escuadrones, casi anulada; el ala derecha inglesa mal hostigada; el ala izquierda mal abordada; el extraño malentendido de Ney, que concentró, en vez de escalonarlas, las cuatro divisiones del primer cuerpo, veintisiete filas de ancho por frentes de doscientos hombres expuestos así a la metralla; el espantoso boquete de las balas de cañón en aquellas masas; las columnas de ataque desunidas; la repentina aparición por el flanco, desembocada, de la batería lateral; Bourgeois, Donzelot y Durutte en situación comprometida; Quiot repelido; el teniente Vieux, ese hércules que venía de la Escuela Politécnica, herido en el momento en que derribaba a hachazos la puerta de La Haie-Sainte mientras la barricada inglesa que cortaba el recodo de la carretera de Genappe a Bruselas disparaba desde más arriba; la división Marcognet, atrapada entre la infantería y la caballería, a la que

tiroteaban a quemarropa Best y Pack en los trigales y atacaba con arma blanca Ponsonby; su batería de siete piezas, clavada; el príncipe de Sajonia-Weymar apoderándose de la bandera del 105.º regimiento y de la bandera del 45.º y conservándolas, pese al conde de Erlon, Frischemont y Smohain; aquel húsar negro prusiano que detuvieron los batidores de la columna volante de trescientos cazadores que iban a la descubierta entre Wavre y Plancenoit y las cosas intranquilizadoras que contó aquel prisionero; el retraso de Grouchy; los mil quinientos hombres muertos en menos de una hora en el huerto de frutales de Hougomont; los mil ochocientos hombres abatidos en menos tiempo aún alrededor de La Haie-Sainte, todos esos incidentes tormentosos, que pasaron como las nubes de la batalla por delante de Napoleón, apenas si le turbaron la mirada y no ensombrecieron aquel rostro imperial de la certidumbre. Napoleón estaba acostumbrado a mirar con fijeza la guerra; no hacía nunca, cantidad a cantidad, la suma dolorosa de los detalles; las cantidades le importaban poco con tal de que arrojasen el siguiente total: la victoria; no lo alarmaba que los principios se descarriasen porque se creía amo y dueño del final; sabía esperar, pues daba por hecho que él no estaba en juego, y trataba al destino de igual a igual. Era como si le dijera a la suerte: no te atreverás.

Luz a medias y sombra a medias, Napoleón se sentía protegido en el bien y tolerado en el mal. Podía contar, o creía que podía contar, con una avenencia con los acontecimientos, con una complicidad de éstos, podríamos decir casi, que equivalía a la invulnerabilidad que se daba en la Antigüedad.

No obstante, quien tenía a la espalda el Beresina, Leipsick y Fontainebleau tenía razones para pensar que había motivos de desconfianza en Waterloo. Un misterioso fruncimiento de entrecejo iba apareciendo en lo hondo del cielo.

En el momento en que Wellington retrocedió, Napoleón se sobresaltó. Vio de pronto que la meseta de Mont-Saint-Jean se vaciaba y que el frente del ejército inglés desaparecía. Se estaba reuniendo, pero hurtaba el bulto. El emperador se enderezó a medias en los estribos. Le pasó por los ojos el relámpago de la victoria.

Wellington, acorralado contra el bosque de Soignes y destruido, era Francia derribando definitivamente a Inglaterra; era vengar

Crécy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies. El hombre de Marengo borraba Azincourt.

El emperador entonces, meditando sobre la terrible peripecia, paseó por última vez el catalejo por todos los puntos del campo de batalla. Su guardia, detrás de él, con el arma en posición de descanso, lo observaba desde abajo con algo parecido a una creencia religiosa. Él meditaba: examinaba las vertientes, tomaba nota de las cuestas, escudriñaba el bosquecillo, el sembrado de centeno, el sendero; parecía estar contando todos y cada uno de los matorrales. Miró con cierta intensidad las barricadas inglesas de las dos calzadas, dos montones altos de árboles cortados: la de la calzada de Genappe, por encima de La Haie-Sainte, armada con dos cañones, los únicos de toda la artillería inglesa que tuvieran a la vista la parte del fondo del campo de batalla; y la de la calzada de Nivelles, donde relucían las bayonetas holandesas de la brigada Chassé. Se fijó, cerca de esa barricada, en la antigua capilla de Saint-Nicolas, pintada de blanco, que está en el recodo de la trocha que va hacia Braine-l'Alleud. Se inclinó y le habló a media voz al guía Lacoste. El guía hizo con la cabeza una seña negativa, pérfida seguramente.

El emperador se enderezó y se ensimismó.

Wellington había retrocedido. Bastaba con rematar ese retroceso para aplastarlo.

Napoleón se dio la vuelta de forma brusca y envió a una estafeta a París, a rienda suelta, para que anunciase que la batalla estaba ganada.

Napoleón era uno de esos genios de los que nace el trueno.

Acababa de dar con su rayo.

Ordenó a los coraceros de Milhaud que tomasen la meseta de Mont-Saint-Jean.

IX

Lo inesperado

Eran tres mil quinientos. Formaban un frente de un cuarto de legua. Eran hombres gigantescos subidos en caballos colosales. Eran veintiséis escuadrones; tenían detrás, para apoyarlos, a la división de Lefebvre-Desnouettes, los ciento seis gendarmes de elite, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientas ochenta lanzas. Llevaban casco sin penacho y coraza de hierro forjado, con pistolas de arzón en sus fundas y el largo sable-espada. Todos los habían admirado por la mañana cuando, a las nueve, a toque de clarín, y con todas las bandas entonando *velemos por el bienestar del Imperio,* se presentaron, columna prieta, con una de sus baterías en un flanco y la otra en el centro, se desplegaron en dos filas entre la calzada de Genappe y la de Frischemont y ocuparon su puesto en la batalla en esa segunda línea tan potente, que tan sabiamente había compuesto Napoleón, y que, con los coraceros de Kellermann en el extremo izquierdo y, en el extremo derecho, los coraceros de Milhaud, tenía, por así decir, dos alas de hierro.

El ayudante de campo Bernard les llevó la orden del emperador. Ney sacó la espada y se colocó en cabeza. Los enormes escuadrones se pusieron en marcha.

Se vio entonces un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, con los sables en alto y los estandartes y las trompetas al viento, formada en una columna por división, bajó con el mismo impulso y como un solo hombre, con la precisión de un ariete de bronce que abre una brecha, la colina de La Belle-Alliance, se hundió en aquel fondo ominoso donde habían caído ya tantos hombres y desapareció entre el humo; luego, saliendo de

aquella sombra, volvió a aparecer del otro lado del valle, siempre compacta y prieta, subiendo a galope tendido, a través de una nube de metralla que se le venía encima, la espantosa cuesta de la meseta de Mont-Saint-Jean. Subían serios, amenazadores, imperturbables; en los intervalos de la mosquetería y de la artillería se oía ese ruido de cascos colosal. Como eran dos divisiones, iban en dos columnas; la división Wathier iba a la derecha; la división Delord, a la izquierda. De lejos, era como ver dos inmensas culebras de acero que se estiraban hacia la cresta de la meseta. Cruzaron por la batalla como un prodigio.

No se había visto nada semejante desde que la caballería pesada tomó el reducto del Moscova; faltaba Murat, pero allí estaba Ney otra vez. Era como si aquella mole se hubiera convertido en un monstruo y no tuviera sino una sola alma. Todos los escuadrones ondulaban y se henchían como un anillo del pólipo. Se los divisaba entre una humareda dilatada que se desgarraba acá y allá. Una mescolanza de cascos, gritos, sables, brincos tormentosos de las grupas de los caballos entre los cañones y las fanfarrias, tumulto disciplinado y terrible; y, por encima, las corazas, como las escamas que cubren la hidra.

Estos relatos parecen de edades pasadas. Seguramente algo semejante a esta visión salía en las remotas epopeyas órficas que hablaban de los hombres-caballo, los antiguos hipantropos, esos titanes de rostro humano y pecho ecuestre cuyo galope escaló el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Curiosa coincidencia numérica, veintiséis batallones iban a recibir a esos veintiséis escuadrones. Detrás de la cresta de la meseta, a la sombra de la batería emboscada, la infantería inglesa, formada en trece cuadros, dos batallones por cuadro, y en dos líneas, siete en la primera y seis en la segunda, con la culata echada al hombro, apuntando a cuanto iba a llegar, serena, muda, quieta, esperaba. No veía a los coraceros y los coraceros no la veían. Oía cómo subía esa marea de hombres. Oía cómo crecía el ruido de los tres mil caballos, el golpeteo alterno y simétrico de los cascos a galope tendido, el roce de las corazas, el entrechocar de los sables, y una especie de ráfaga fuerte y feroz. Hubo un silencio ominoso; luego, de repente, una fila larga de brazos en alto que blandían sables apareció por encima de la cresta, y los cascos, y las

trompetas, y los estandartes, y tres mil caras con bigotes grises que gritaban: ¡viva el emperador! Aquella caballería irrumpió toda ella en la meseta y fue como si apareciera un terremoto.

De repente, acontecimiento trágico, a la izquierda de los ingleses, a nuestra derecha, la cabeza de la columna de coraceros se encabritó con un clamor espantoso. Al llegar al punto culminante de la cresta, desenfrenados, entregados a su furia y a su carrera exterminadora hacia los cuadros y los cañones, los coraceros acababan de vislumbrar entre ellos y los ingleses un foso, una fosa. Era el camino encajonado de Ohain.

El momento fue espantoso. Allí estaba el barranco, inesperado, abierto, cortado a pico bajo las patas de los caballos, de cuatro metros de profundidad entre los dos taludes; la segunda fila empujó a la primera, y la tercera empujó a la segunda; los caballos se encabritaban, se echaban hacia atrás, caían sobre la grupa, resbalaban con las cuatro patas en el aire, machacando y desbaratando a los jinetes; no había forma de retroceder, toda la columna no era ya sino un proyectil, la fuerza adquirida para aplastar a los ingleses aplastó a los franceses; el barranco inexorable no podía rendirse hasta que estuviera lleno hasta arriba; los jinetes y los caballos cayeron por él revueltos, destrozándose mutuamente, convirtiéndose en una sola carne en ese abismo; y cuando la fosa estuvo llena de hombres vivos, los demás los pisotearon y pasaron. Casi una tercera parte de la brigada Dubois se desplomó en ese abismo.

Aquí empezó a perderse la batalla.

Una tradición local, exagerada, por descontado, cuenta que dos mil caballos y mil quinientos hombres quedaron sepultados en el camino encajonado de Ohain. Esta cifra incluye seguramente todos los demás cadáveres que arrojaron a ese barranco al día siguiente del combate.

Dejemos constancia de paso de que la brigada Dubois, tan funestamente castigada, fue la que, una hora antes, cargando por su cuenta, se había apoderado de la bandera del batallón de Luneburgo.

Napoleón, antes de ordenar aquella carga de los coraceros de Milhaud, había examinado el terreno, pero no había podido ver ese camino encajonado que no hacía ni una arruga en la superficie de la

meseta. No obstante, le había llamado la atención y puesto sobre aviso la capillita blanca que marca el recodo en la calzada de Nivelles y probablemente preguntó al guía Lacoste por la eventualidad de un obstáculo. El guía le contestó que no. Casi podría decirse que de aquel movimiento de la cabeza de un campesino salió la catástrofe de Napoleón.

Iban a surgir otras fatalidades.

¿Era posible que Napoleón ganase aquella batalla? Contestamos que no. ¿Por qué? ¿Debido a Wellington? ¿Debido a Blücher? No. Debido a Dios.

Bonaparte vencedor en Waterloo no entraba ya en las reglas del siglo XIX. Se estaba preparando otra serie de hechos en que ya no había sitio para Napoleón. La mala voluntad de los acontecimientos llevaba mucho tiempo anunciándose.

Ya era hora de que cayera hombre tan dilatado.

La fuerza de gravedad excesiva de ese hombre en el destino humano alteraba el equilibrio. Aquel individuo tenía más importancia él solo que el grupo universal. Esas plétoras de toda la vitalidad humana concentrada en una única cabeza, el mundo subiéndosele al cerebro a un hombre: si tal cosa duraba, sería mortal para la civilización. A la incorruptible equidad suprema le había llegado el momento de tomar medidas. Posiblemente los principios y los elementos de los que dependen las gravitaciones regulares, tanto en el orden moral cuanto en el material, estaban quejosas. La sangre que humea, la falta de espacio en los cementerios, las madres deshechas en llanto son alegatos temibles. Cuando la tierra padece una sobrecarga, hay misteriosos gemidos de la sombra que el abismo oye.

A Napoleón lo habían denunciado en el infinito y había quedado decidido que caería.

Era una molestia para Dios.

Waterloo no es una batalla; es el cambio de frente del universo.

X

La meseta de Mont-Saint-Jean

Al mismo tiempo que aparecía el barranco, salió a la luz la batería.

Sesenta cañones y los trece cuadros fulminaron a los coraceros a quemarropa. El intrépido general Delord le hizo el saludo militar a la batería inglesa.

Toda la artillería volante inglesa había regresado al galope a los cuadros. A los coraceros no les dio tiempo ni a hacer una pausa. El desastre del camino encajonado los había diezmado, pero no desanimado. Eran de esa clase de hombres que cuando menguan en número crecen en valor.

Sólo la columna Wathier había padecido el desastre; la columna Delord, a la que Ney había hecho desviarse a la izquierda, como si presintiera el escollo, había llegado entera.

Los coraceros se arrojaron sobre los cuadros ingleses.

Como una exhalación, a rienda suelta, con el sable entre los dientes y empuñando las pistolas, así fue el ataque.

Hay momentos en las batallas en que el alma endurece al hombre hasta convertir al soldado en estatua y en que toda carne se vuelve granito. Los batallones ingleses, ante aquel asalto ciego, no se movieron.

Lo que pasó entonces fue espantoso.

Atacaron a la vez todas las caras de los cuadros ingleses. Los envolvió un movimiento giratorio frenético. Aquella gélida infantería siguió impasible. La primera fila, rodilla en tierra, recibía a los coraceros con las bayonetas; la segunda fila los tiroteaba; detrás de la segunda fila los artilleros cargaban las piezas, la parte frontal del cuadro se abría, dejaba pasar una erupción de metralla y

se volvía a cerrar. Los coraceros respondían aplastándolos. Sus caballos enormes se encabritaban, franqueaban las filas, saltaban por encima de las bayonetas y caían, gigantescos, entre aquellas cuatro paredes vivas. Las balas de cañón abrían claros en los coraceros. Los coraceros abrían brechas en los cuadros. Desaparecían filas de hombres, triturados bajo los caballos. Las bayonetas se hundían en los vientres de aquellos centauros. Y el resultado era una deformidad de las heridas que quizá no se vio nunca en parte alguna. Los cuadros, que carcomía aquella caballería frenética, menguaban sin inmutarse. Con reservas inagotables de metralla, estallaban entre los asaltantes. El aspecto de aquel combate era monstruoso. Aquellos cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; aquellos coraceros no eran ya una caballería, eran una tormenta. Cada cuadro era un volcán al que atacaba una nube; la lava luchaba contra el rayo.

Los primeros encontronazos aniquilaron casi por completo el cuadro que estaba más a la derecha, el más expuesto porque estaba desguarnecido. Lo componía el 75.º regimiento de *highlanders*. El gaitero que estaba en el centro, mientras los demás se exterminaban en torno, bajando al suelo con hondo ensimismamiento la mirada melancólica colmada del reflejo de los bosques y los lagos, sentado en un tambor, con la gaita escocesa bajo del brazo, interpretaba tonadas de las montañas. Aquellos escoceses morían pensando en el monte Lothian de la misma forma que los griegos recordando Argos. El sable de un coracero, al cortar la gaita y el brazo que la sujetaba, acabó con el canto al matar al cantor.

Los coraceros, que eran poco numerosos relativamente por haberlos menguado la catástrofe del barranco, se enfrentaban con casi todo el ejército inglés, pero se multiplicaban y cada hombre valía por diez. En éstas, varios batallones hannoverianos cedieron. Wellington lo vio y pensó en su caballería. Si en ese preciso momento Napoleón hubiera pensado en su infantería, habría ganado la batalla. Ese olvido fue su falta mayor y fatídica.

De pronto, los coraceros asaltantes notaron que los asaltaban. Se les venía encima, por la espalda, la caballería inglesa. Delante, los cuadros; detrás, Somerset; Somerset era los mil cuatrocientos hombres de la guardia de dragones. A la derecha de Somerset estaba Dornberg con la caballería ligera alemana; y, a la izquierda,

Trip con los carabineros belgas; los coraceros, a quienes la infantería y la caballería atacaban por el flanco y por la cabeza, por delante y por detrás, tuvieron que atender a todo. ¿Qué les importaba? Su esencia era el torbellino. Su valentía se volvió indecible.

Tenían detrás, a mayor abundamiento, la batería, que no dejaba de tronar. Sólo algo así podría haber herido a esos hombres por la espalda. Una de sus corazas, con el agujero de un vizcaíno en el omóplato izquierdo, está en la colección del museo de Waterloo.

Para franceses como aquéllos, qué menos que ingleses como aquéllos.

Aquello no era ya una refriega, sino una oscuridad, una furia, un arrebato vertiginoso de almas y valentías, un huracán de espadas claras. En un abrir y cerrar de ojos, los mil cuatrocientos dragones de la guardia se habían quedado en ochocientos; Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió con los lanceros y los cazadores de Lefebvre-Desnouettes. Los coraceros se apartaban de la caballería para volver a la infantería, o, mejor dicho, toda aquella turba formidable luchaba entre sí sin excluir a nadie. Los cuadros seguían resistiendo. Hubo doce asaltos. A Ney le mataron en cuatro ocasiones a los caballos en que cabalgaba. La mitad de los coraceros se quedó en la meseta. Aquel combate duró dos horas.

El ejército inglés quedó muy dañado. No cabe duda de que, si no los hubiera debilitado en el primer impacto el desastre del camino encajonado, los coraceros habrían dado al traste con el centro y decidido la victoria. Aquella caballería extraordinaria dejó petrificado a Clinton, que había estado en Talavera y Badajoz. Wellington, vencido mucho más que a medias, mostraba una admiración heroica. Decía por lo bajo: «¡sublime!»[17].

Los coraceros aniquilaron, de trece cuadros, siete; se apoderaron de sesenta cañones o los clavaron, y arrebataron a los regimientos ingleses seis banderas, que tres coraceros y tres cazadores de la guardia le llevaron al emperador, que estaba delante de la granja de La Belle-Alliance.

La situación de Wellington había empeorado. Aquella extraña batalla era como un duelo entre dos heridos encarnizados que, cada uno por su lado, sin dejar de combatir y resistiendo aún, se están desangrando. ¿Cuál de los dos caerá primero?

En la meseta seguía el combate.

¿Hasta dónde llegaron los coraceros? Nadie podría decirlo. Lo que sí es seguro es que, al día siguiente de la batalla, un coracero y su caballo aparecieron muertos en el armazón de la báscula de pesaje de carruajes de Mont-Saint-Jean, en el punto preciso en que se cortan y coinciden las cuatro carreteras de Nivelles, de Genappe, de La Hulpe y de Bruselas. Aquel jinete había cruzado las líneas inglesas. Uno de los hombres que hallaron el cadáver vive todavía en Mont-Saint-Jean. Se llama Dehaze. Tenía a la sazón dieciocho años.

Wellington notaba el declive. Se acercaba la crisis.

Los coraceros no habían tenido éxito en el sentido de que no habían hundido el centro. Todo el mundo era dueño de la meseta, pero por eso mismo no era de nadie y, en última instancia, seguía siendo en su mayor parte de los ingleses. De Wellington eran el pueblo y la llanura culminante; de Ney, sólo la cresta y la cuesta. Por ambas partes, era como si hubieran echado raíces en aquel suelo fúnebre.

Pero el debilitamiento de los ingleses parecía irremediable. La hemorragia de ese ejército era espantosa. Kempt, en el ala izquierda, pedía refuerzos. *No los hay* —respondía Wellington—. *Que luche hasta que lo maten*. Casi en ese mismo momento, coincidencia singular que retrata el agotamiento de ambos ejércitos, Ney le pedía infantería a Napoleón y Napoleón exclamaba: *¡Infantería! ¿Y de dónde quiere que la saque? ¿Qué quiere, que la fabrique?*

No obstante, el más enfermo era el ejército inglés. Las acometidas furiosas de aquellos grandes escuadrones de corazas de hierro y corazones de acero habían hecho trizas a la infantería. Algunos hombres, alrededor de una bandera, indicaban la posición de un regimiento; batallones había que no tenían ya al mando sino a un capitán o un teniente; habían destruido casi la división Alten, tan maltratada ya en La Haie-Sainte; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrían los sembrados de centeno a lo largo de la carretera de Nivelles; no quedaba casi nada de aquellos granaderos holandeses que, en 1811, incluidos en España en las filas francesas, combatieron contra Wellington y, en 1815, unidos a los ingleses, combatían contra Napoleón. La pérdida de oficiales era

considerable. Lord Uxbridge, quien, al día siguiente, dispuso el entierro de su pierna, tenía la rodilla destrozada. Por el lado francés, en la lucha de los coraceros, habían quedado fuera de combate Delord, Lhéritier, Colbert, Dnop, Travers y Blancard, pero, por el lado inglés, Alten estaba herido, Barne estaba herido, Delancey estaba muerto, Van Meeren estaba muerto, Ompteda estaba muerto, todo el estado mayor de Wellington estaba diezmado e Inglaterra llevaba la peor parte en aquel sangriento equilibrio. El 2.º regimiento de la guardia de a pie había perdido cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres banderas; el primer batallón del 30.º de infantería había perdido veinticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79.º de montaña tenía veinticuatro oficiales heridos, dieciocho oficiales muertos, cuatrocientos cincuenta soldados muertos. Los húsares hannoverianos de Cumberland, un regimiento entero a cuya cabeza iba su coronel, Hacke, al que más adelante juzgaron y depusieron, habían dado media vuelta ante la refriega y huían por el bosque de Soignes, sembrando el desbarajuste hasta Bruselas. Los carros, los transportes de municiones, el bagaje y los furgones repletos de heridos, al ver que los franceses ganaban terreno y se acercaban al bosque, se metían en él a toda prisa; los holandeses, a quienes herían los sables de la caballería francesa, gritaban: ¡alarma! Desde Vert-Coucou hasta Groenendael, abarcando casi dos leguas en dirección a Bruselas, se agolpaban, según cuentan testigos que aún viven, los fugitivos. Fue tal el pánico que llegó la noticia hasta el príncipe de Condé en Malinas y hasta Luis XVIII en Gante. Dejando aparte la escasa reserva escalonada detrás de la ambulancia establecida en la granja de Mont-Saint-Jean y de las brigadas Vivian y Vandeleur, que flanqueaban el ala derecha, a Wellington no le quedaba ya caballería. Muchas baterías estaban en el suelo, desmontadas. Estos hechos los reconoce Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, llega a decir que del ejército anglo-holandés no quedaban ya sino treinta y cuatro mil hombres. El duque de hierro conservaba la serenidad, pero tenía los labios blancos. El comisario austriaco, Vincent, y el comisario español, Álava, que presenciaban la batalla desde el estado mayor inglés, opinaban que el duque estaba perdido. A las cinco, Wellington sacó el reloj y lo oyeron susurrar esta frase misteriosa: *¡Blücher o la noche!*

En ese mismo momento fue cuando una línea lejana de bayonetas brilló por las elevaciones de la zona de Frischemont.

Aquí llega la peripecia de este drama gigantesco.

XI

Mal guía para Napoleón, buen guía para Bülow

Es conocida la dolorosa confusión de Napoleón; espera a Grouchy y aparece Blücher; la muerte en vez de la vida.

Hay en el destino giros así; te esperabas el trono del mundo y divisas Santa Elena.

Si el pastorcillo que le hacía de guía a Bülow, teniente de Blücher, le hubiese aconsejado salir del bosque más arriba de Frischemont en vez de más abajo de Plancenoit, es posible que la forma del siglo XIX hubiera sido diferente. Napoleón habría ganado la batalla de Waterloo. Por cualquier otro camino que no hubiera sido el que caía más abajo de Plancenoit, el ejército prusiano habría llegado a un barranco que la artillería no habría podido cruzar y Bülow no habría llegado.

Ahora bien, una hora de retraso, lo dice el general prusiano Muffling, y Blücher ya no habría encontrado a Wellington en pie; «la batalla estaba perdida».

Vemos, pues, que ya era hora de que llegase Bülow. Por lo demás, lo habían retrasado muchas cosas. Había vivaqueado en Dion-le-Mont y había salido al alba. Pero los caminos estaban intransitables y las divisiones se empantanaron en el barro. Las ruedas de los cañones se hundían en los baches hasta el cubo. Además hubo que cruzar el Dyle por el puente, tan estrecho, de Wavre; los franceses habían incendiado la calle que llevaba al puente y, como los carros y los furgones de la artillería no podían pasar entre dos filas de casas ardiendo, tuvieron que esperar a que se apagase el incendio. Eran ya las doce del mediodía y la vanguardia de Bülow no había podido llegar aún a Chapelle-Saint-Lambert.

Si la acción hubiera empezado dos horas antes, habría acabado a las cuatro y Blücher se había encontrado con que Napoleón había ganado la batalla. Tales son esas inmensas casualidades, del tamaño de un infinito que se nos escapa.

Ya a mediodía había sido el emperador el primero en divisar con el catalejo, muy lejos, en el horizonte, algo que le había llamado la atención. Dijo: «Veo allá lejos una nube que me parece que son tropas». Le preguntó luego al duque de Dalmacia: «Soult, ¿qué ve por Chapelle-Saint-Lambert?». El mariscal encaró el catalejo y contestó: «Cuatro o cinco mil hombres, majestad. Grouchy, por supuesto». Pero lo que fuera seguía sin moverse entre la bruma. Todos los catalejos del estado mayor estudiaron «la nube» que indicaba el emperador. Hubo quien dijo: «Son unas columnas que han hecho un alto». La mayoría dijo: «Son árboles». Bien es cierto que la nube no se movía. El emperador envió a la división de caballería ligera de Domon para que hiciera un reconocimiento en dirección a aquel punto oscuro.

Bülow no se movía, efectivamente. La vanguardia era muy escasa y no valía para nada. Debía esperar al grueso del ejército y tenía orden de concentrarse antes de entrar en combate; pero, a las cinco, al ver el peligro que corría Wellington, Blücher ordenó a Bülow que atacase y dijo esta frase admirable: «Hay que darle aire al ejército inglés para que respire».

Poco después, las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Ryssel se desplegaban ante el cuerpo de Lobau; la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salía del bosque de París, Plancenoit estaba en llamas y las balas de cañón prusianas empezaban a llover incluso en las filas de la guardia que estaba en reserva detrás de Napoleón.

XII

La guardia

El resto es sabido; la irrupción de un tercer ejército; la batalla dislocada; ochenta y seis bocas de fuego que empezaron a atronar de repente; Pirch I.o que llega con Bülow; la caballería de Zieten al mando de Blücher en persona; los franceses repelidos; Marcognet barrido de la meseta de Ohain; Durutte expulsado de Papelotte; Donzelot y Quiot retrocediendo; Lobau atacado por el flanco; una batalla nueva viniéndoles encima, al caer la tarde, a nuestros regimientos desmantelados; toda la línea inglesa recuperando la ofensiva y avanzando; el claro gigantesco que la ayuda mutua de la metralla inglesa y la metralla prusiana abrió en el ejército francés; el exterminio; el desastre al frente, el desastre por el flanco; la guardia entrando en combate bajo aquel espantoso desplome.

Como la guardia se daba cuenta de que iba a morir, gritó: ¡viva el emperador! No hay nada más conmovedor en la historia que aquella agonía estallando en aclamaciones.

El cielo había estado nublado todo el día. De repente, en ese preciso instante, eran las ocho de la tarde, se abrieron las nubes y dejaron pasar a través de los olmos de la carretera de Nivelles el dilatado rubor siniestro del sol poniente. Lo habíamos visto amanecer en Austerlitz.

Para este desenlace, todos los batallones de la guardia estaban al mando de un general. Allí estaban Friant, Michel, Roguet, Harlet, Mallet, Poret de Morvan. Cuando los gorros altos de los granaderos de la guardia, con la ancha chapa del águila, aparecieron, simétricos, en fila, tranquilos, espléndidos, en la bruma de aquella refriega, el enemigo sintió respeto por Francia; fue como ver veinte victorias entrar en el campo de batalla, con las alas desplegadas; y

los que ya eran vencedores, considerándose vencidos, retrocedieron; pero Wellington gritó: *¡En pie, guardias, y apuntad bien!,* y el regimiento rojo de la guardia inglesa, cuerpo a tierra tras los setos, se levantó; una nube de metralla agujereó la bandera tricolor que tremolaba en torno a nuestras águilas; todos se abalanzaron y comenzó la carnicería suprema. La guardia imperial notó, entre las sombras, que el ejército retrocedía a su alrededor y también la enorme conmoción de la desbandada, oyó el ¡sálvese quien pueda! que había sustituido al ¡viva el emperador! y, con la huida a sus espaldas, siguió avanzando, cada vez más fulminada y muriendo cada vez más con cada paso que daba. No hubo ni titubeantes ni tímidos. En aquella tropa el soldado era tan héroe como el general. Ni un hombre faltó a la cita con el suicidio.

Ney, desesperado, grande con toda la grandeza de la muerte aceptada, se brindaba a todos los golpes en aquella tormenta. Fue entonces cuando le mataron el quinto caballo que montaba. Sudoroso, con los ojos en llamas y espuma en los labios, con el uniforme desabrochado, una de las charreteras cortada a medias por el sablazo de un *horse-guard,* con la chapa del águila abollada por una bala, ensangrentado, cubierto de barro, espléndido, con una espada rota en la mano, decía: *¡Venid a ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!* Pero en vano, no murió. Estaba desencajado e indignado. Le preguntaba a voces a Drouet d'Erlon: *Pero, ¿qué haces que no te matan?* Gritaba, entre toda aquella artillería, pisoteando a un puñado de hombres: *¿Es que no hay nada para mí? ¡Ah, querría que todas esas balas de cañón inglesas me entrasen en el vientre!* ¡Estabas reservado para unas balas francesas, desventurado!

XIII

La catástrofe

La desbandada a espaldas de la guardia fue lúgubre.

El ejército cedió de pronto por todas partes a la vez, desde Hougomont, desde La Haie-Sainte, desde Papelotte, desde Plancenoit. Tras el grito ¡traición! vino el grito ¡sálvese quien pueda! Un ejército en desbandada es un deshielo. Todo se doblega, se agrieta, se quiebra, flota, rueda, cae, tropieza, se apresura, se precipita. Desagregación inaudita. Ney toma prestado un caballo, se sube a él de un brinco y, sin sombrero, sin corbata, sin espada, se atraviesa en la carretera de Bruselas, deteniendo a la vez a los ingleses y a los franceses. Intenta contener al ejército, lo llama, lo insulta, se aferra a la desbandada. Lo desbordan. Los soldados huyen de él gritando: *¡Viva el mariscal Ney!* Dos regimientos de Durutte van y vienen, espantados, como traídos y llevados de los sables de los ulanos a los disparos de las brigadas de Kempt, de Best, de Pack y de Rylandt; la desbandada es la peor de las refriegas; los amigos se matan entre sí para huir; los escuadrones y los batallones se rompen y se dispersan, chocan unos con otros, espuma gigantesca de la batalla. A Lobau en un extremo y a Reille en otro los arrolla la oleada. En vano alza Napoleón murallas con lo que le queda de la guardia; en vano dilapida en un último esfuerzo a sus escuadrones de servicio. Quiot retrocede ante Vivian; Kellermann ante Vandeleur; Lobau ante Bülow; Morand ante Pirch; Domon y Subervic ante el príncipe Guillermo de Prusia. Guyot, que condujo a la carga a los escuadrones del emperador, cae a los pies de los dragones ingleses. Napoleón galopa a lo largo de las filas de los que huyen, los arenga, los intima, los amenaza, los suplica. Todas las bocas que gritaban por la mañana «viva el emperador»

ahora se quedan abiertas; apenas si lo reconocen. La caballería prusiana, recién llegada, se abalanza, vuela, hiere con el sable, hiende, corta, mata y extermina. Los tiros de caballos corren a toda prisa, los cañones huyen; los soldados del tren de artillería desenganchan los carros de municiones y cogen los caballos para escapar; hay furgones volcados, con las cuatro ruedas al aire, que cortan la carretera y dan lugar a matanzas. Todos se atropellan, se pisotean; pisan a los muertos y a los vivos. Los brazos no saben qué hacer. Una muchedumbre vertiginosa llena las carreteras, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles y los bosques, que quedan obstruidos con aquella huida de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperación, macutos y fusiles arrojados a los sembrados de centeno, caminos abiertos a golpe de espada; ya no hay ni compañeros, ni oficiales ni generales; un terror indecible. Los sablazos de Zieten hieren a Francia a placer. Los leones se vuelven corzos. Así fue aquella huida.

En Genappe, intentaron revolverse, hacer frente, poner coto. Lobau reunió a trescientos hombres. Alzaron una barricada a la entrada del pueblo; pero, con la primera descarga de metralla prusiana, todos reanudaron la huida y Lobau cayó prisionero. Todavía puede verse esa descarga estampada en el gablete de una casucha vieja de ladrillo, a la derecha de la carretera, pocos minutos antes de llegar a la entrada de Genappe. Los prusianos irrumpieron en Genappe, furiosos seguramente por ser tan escasamente vencedores. La persecución fue monstruosa. Blücher ordenó el exterminio. Roguet había dado ese lúgubre ejemplo: amenazar con la muerte a cualquier granadero francés que le trajese a un prisionero prusiano. Blücher llegó más allá que Roguet. El general de la guardia joven, Duhesme, acorralado en la puerta de una posada en Genappe, entregó la espada a un soldado que cogió la espada y mató al prisionero. La victoria culminó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, ya que somos la historia: el veterano Blücher se deshonró. Aquella ferocidad fue el colmo del desastre. La desbandada desesperada cruzó por Genappe, cruzó por Les Quatre-Bras, cruzó por Gosselies, cruzó por Frasnes, cruzó por Charleroi, cruzó por Thuin y no se detuvo hasta llegar a la frontera. ¿Y quién, ay, huía así? El Gran Ejército.

Aquel vértigo, aquel terror, aquella caída en la ruina de la

valentía más excelsa que dejara nunca asombrada a la historia, ¿carece acaso de causa? No. La sombra de una diestra enorme se proyecta sobre Waterloo. Es el día del destino. La fuerza que está por encima del hombre ejerció ese día. De ahí viene la mueca espantada de las caras; de ahí todos esos hombres de bien entregando la espada. Los que habían vencido a Europa se hundieron, sin nada ya que decir o que hacer, sintiendo en la sombra una presencia terrible. *Hoc erat in fatis*. Aquel día cambió la perspectiva del género humano. Waterloo es la bisagra del siglo XIX. La desaparición del gran hombre era necesaria para el advenimiento de ese gran siglo. Alguien a quien no se le replica lo tomó a su cargo. Se explica el pánico de los héroes. En la batalla de Waterloo hay algo más que nubes, hay un meteoro. Dios pasó por allí.

Al caer la noche, en un sembrado cerca de Genappe, Bernard y Bertrand detuvieron, agarrándolo por el faldón del gabán, a un hombre que iba andando, desencajado, ensimismado, lúgubre, a quien había arrastrado hasta allí la corriente de la desbandada; acababa de desmontar, se había pasado al brazo las bridas del caballo y, con la mirada extraviada, se volvía solo a Waterloo. Era Napoleón, que intentaba aún seguir adelante, sonámbulo gigantesco de aquel sueño que se había venido abajo.

XIV

El último cuadro

Algunos cuadros de la guardia, inmóviles en medio de la corriente de la derrota como rocas en el agua que fluye, aguantaron hasta la noche. Llegaba la noche y la muerte también; esperaron en aquella doble oscuridad e, inquebrantables, dejaron que los envolviera. Todos y cada uno de los regimientos, aislados entre sí y sin nexo alguno ya con el ejército, deshecho por todos lados, morían por su cuenta. Estaban en aquellas posiciones para llevar a cabo esa postrera acción, unos en las alturas de Rossomme, otros en la llanura de Mont-Saint-Jean. Allí, abandonados, vencidos, tremendos, agonizaban de forma extraordinaria. Ulm, Wagram, Jena, Friedland perecían en ellos.

Al crepúsculo, a eso de las nueve de la noche, más abajo de la meseta de Mont-Saint-Jean, quedaba un cuadro. Combatía en aquel valle funesto, al pie de aquella cuesta por la que habían subido los coraceros y que inundaban ahora las muchedumbres inglesas, bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa, bajo una densidad espantosa de proyectiles. Lo mandaba un oficial insignificante llamado Cambronne. Con cada descarga el cuadro menguaba y respondía. Replicaba a la metralla con disparos de fusil, y se aproximaban continuamente entre sí sus cuatro costados. Desde lejos, los fugitivos se detenían un momento, jadeantes, y oían entre las tinieblas aquel sombrío trueno que iba a menos.

Cuando aquella legión no fue ya sino un puñado, cuando su bandera no fue ya sino un andrajo, cuando sus fusiles, tras agotarse las balas, no fueron ya sino palos, cuando el montón de cadáveres fue mayor que el grupo que aún estaba vivo, invadió a los vencedores algo así como un terror sagrado conforme rodeaban a

aquellos moribundos sublimes, y la artillería inglesa calló para recuperar el resuello. Fue una especie de tregua. Aquellos combatientes tenían en torno algo parecido a un pulular de espectros, siluetas de hombres a caballo, el perfil negro de los cañones, el cielo blanco entrevisto entre las ruedas y las cureñas; esa calavera colosal que los héroes vislumbran siempre entre el humo, en el horizonte de la batalla, se les iba acercando y los miraba. Pudieron oír en la sombra crepuscular que estaban cargando las piezas; las mechas encendidas, como ojos de tigre en la oscuridad, les rodearon de un nimbo las cabezas; todos los botafuegos de las baterías inglesas se acercaron a los cañones y, entonces, conmovido, dejando en suspenso sobre aquellos hombres el minuto supremo, un general inglés, hay quien dice que Colville y quien dice que Maitland, les gritó: «¡Rendíos, valientes franceses!». Cambronne contestó: «¡A la mierda!».

XV

Cambronne

Como el lector francés exige respeto, no se le puede referir la palabra más hermosa quizá que haya dicho nunca un francés. Prohibido deponer el tono sublime en la historia.

Bajo nuestra responsabilidad, vamos a transgredir esa prohibición.

Así pues, entre aquellos gigantes, hubo un titán: Cambronne.

Decir esa palabra y morir acto seguido, ¿hay algo más sublime? Porque querer morir es morir, y si ese hombre, herido de metralla, sobrevivió, no fue culpa suya.

El hombre que ganó la batalla de Waterloo no fue Napoleón con su ejército en desbandada, no fue Wellington, retrocediendo a las cuatro y desesperado a las cinco, no fue Blücher, quien no llegó a combatir; el hombre que ganó la batalla de Waterloo fue Cambronne.

Fulminar con una palabra así ese trueno que te mata, eso es vencer.

Darle esa respuesta a la catástrofe; decirle algo así al destino; proporcionarle ese pedestal al futuro león; espetarles esa respuesta a la lluvia, a la oscuridad, al muro traicionero de Hougomont, al camino encajonado de Ohain, al retraso de Grouchy, a la llegada de Blücher; ser ironía en el sepulcro; apañarse para seguir de pie después de haber caído; ahogar en tan pocas sílabas la coalición europea; brindarles a los reyes esas letrinas ya conocidas de los césares; convertir la palabra más baja en la más alta poniendo en ella el relámpago de Francia; ponerle insolentemente a Waterloo el punto final de un martes de carnaval; rematar a Leónidas con Rabelais; resumir esa victoria en una palabra suprema que está feo

decir; perder el terreno y quedarse con la historia; después de carnicería tal, poner de parte de uno a los risueños: eso es algo inmenso.

Es el insulto al rayo. Es del orden de la grandeza de Esquilo.

La palabra de Cambronne es una fractura. Es el desdén fracturando un pecho; es la explosión de un exceso de agonía. ¿Quién venció? ¿Wellington? No. Sin Blücher, estaba perdido. ¿Blücher? No. Si Wellington no hubiera empezado, Blücher no habría podido concluir. Ese Cambronne, ese transeúnte de última hora, ese soldado de quien nadie sabía nada, ese infinitamente pequeño de la guerra, nota que hay en esto una mentira, una mentira dentro de una catástrofe, una duplicación dolorosa, y, en el momento en que va a reventar de rabia, le hacen esa oferta irrisoria: ¡la vida! ¿Cómo no iba a saltar? Ahí están, todos los reyes de Europa, los generales afortunados, los Júpiter tonantes; tienen cien mil soldados victoriosos y, detrás de esos cien mil, un millón; sus cañones están con la mecha encendida y la boca abierta; tienen bajo el talón a la guardia imperial y al Gran Ejército; acaban de aplastar a Napoleón; y ya sólo queda Cambronne; sólo queda esa lombriz para protestar. Pues protestará. Entonces busca una palabra como quien busca una espada. Le sube por dentro una espuma, y esa espuma es la palabra. Ante esa victoria prodigiosa y mediocre, ante esa victoria sin victoriosos, aquel desesperado se yergue; padece aquella enormidad, pero comprueba que es la nada; y hace algo más que escupirle; y, agobiándolo el número, la fuerza y la materia, encuentra una forma de expresar el alma: el excremento. Repetimos que decir eso, hacer eso, dar con eso, eso es ser el vencedor.

El espíritu de los días grandes entró en aquel hombre desconocido en aquel minuto fatídico. Cambronne da con la palabra de Waterloo como Rouget de l’Isle dio con *La Marsellesa:* lo visitó el aliento de allá arriba. Un efluvio del huracán divino se desprende y pasa por entre esos hombres; y ellos se sobresaltan; y uno de ellos canta el canto supremo y el otro lanza el grito tremendo. Esa palabra del desdén titánico, Cambronne no se la espeta sólo a Europa en nombre del Imperio, eso sería poca cosa; se la espeta al pasado en nombre de la Revolución. Al oírla, reconocemos en Cambronne el alma antigua de los gigantes. Es como si hablase

Danton o rugiera Kléber.

A la palabra de Cambronne, la voz inglesa respondió: ¡fuego! Las baterías llamearon, la colina se estremeció, de todas aquellas bocas de bronce salió un último vómito de metralla, espantoso; pasó una humareda dilatada, que la luna, al salir, blanqueaba levemente; y, cuando se disipó el humo, ya no quedaba nada. Ya estaba aniquilado aquel resto formidable; la guardia había muerto. Las cuatro paredes del reducto de carne y hueso estaban caídas; apenas si se vislumbraba aún, acá y allá, entre los cadáveres, un estremecimiento; y así fue como las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, expiraron en Mont-Saint-Jean sobre la tierra húmeda de lluvia y sangre, entre los trigos oscuros, en ese sitio por el que pasa ahora, a las cuatro de la mañana, silbando y fustigando alegremente el caballo, Joseph, que tiene a su cargo el servicio de la silla de posta de Nivelles.

XVI

Quot libras in duce?

La batalla de Waterloo es un enigma. Tan poco clara para quienes la ganaron como para quien la perdió. Para Napoleón, se debió al pánico[18]; Blücher no ve nada; Wellington no entiende nada. Véanse los informes. Los boletines son confusos y los comentarios, liosos. Unos balbucean; otros tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro momentos; Muffling la parte en tres peripecias; Charras, aunque en algunos puntos no coincidamos con él, es el único que captó, con su perspicacia tan capaz, las líneas básicas que caracterizan esa catástrofe de la genialidad humana enfrentada al azar divino. Todos los demás historiadores están deslumbrados hasta cierto punto y, en ese deslumbramiento, van a tientas. Día fulgurante, desde luego; se desploma la monarquía militar que, para mayor asombro de todos los soberanos, arrastró a todos los reinos; desplome de la fuerza; desbandada de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva la impronta de una necesidad sobrehumana, poco tienen que ver los hombres.

¿Quitarles Waterloo a Wellington o a Blücher es quitarles algo a Inglaterra y Alemania? No. Ni esa ilustre Inglaterra ni esa augusta Alemania quedan en entredicho en el problema de Waterloo. Gracias al cielo, los países son grandes más allá de las lúgubres aventuras de la espada. Ni Alemania, ni Inglaterra ni Francia caben en una vaina. En estos tiempos en que Waterloo no es ya sino un entrechocar de sables, por encima de Blücher, Alemania tiene a Goœthe, y por encima de Wellington, Inglaterra tiene a Byron. Un anchuroso amanecer de ideas es lo propio de nuestro siglo y, en esa aurora, la luz de Inglaterra y Alemania es esplendorosa. Son

majestuosas porque piensan. El altísimo nivel que aportan a la civilización les es intrínseco; emana de ellas y no de un accidente. No es Waterloo el manantial de su creciente grandeza en el siglo XIX. Sólo los pueblos bárbaros tienen crecidas súbitas después de una victoria. Es la vanidad pasajera de los torrentes crecidos tras la tormenta. Los pueblos civilizados, sobre todo en los tiempos que corren, ni van a más ni van a menos por la buena o la mala fortuna de un capitán. Su peso específico en el género humano es fruto de algo más que un combate. Su honor, a Dios gracias, su dignidad, su luz, su genio no son números que los héroes y los conquistadores puedan jugarse en la lotería de las batallas. Con frecuencia una batalla perdida es un progreso conquistado. Menos gloria, más libertad. El tambor calla y la razón toma la palabra. Es el juego de quien pierde gana. Hablemos, pues, fríamente de Waterloo por ambos lados. Demos al azar lo que es del azar y a Dios lo que es de Dios. ¿Qué es Waterloo? ¿Una victoria? No. Una quina.

Quina que ganó Europa y pagó Francia.

No puede decirse que mereciera la pena poner ahí un león.

Waterloo es, por lo demás, el más extraño encuentro que darse pueda en la historia. Napoleón y Wellington. No son enemigos, son contrarios. Nunca Dios, que gusta de las antítesis, creó un contraste más sobrecogedor ni una confrontación más extraordinaria. Por una parte, la precisión, la previsión, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas atendidas, una sangre fría obstinada, un método imperturbable, la estrategia que le saca partido al terreno, la táctica que equilibra los batallones, la carnicería a cordel, la guerra regulada reloj en mano, nada dejado al azar de forma deliberada, el antiguo valor clásico, la corrección absoluta; y, por otra, la intuición, la adivinación, la peculiaridad militar, el instinto sobrehumano, la ojeada luminosa, un algo que mira como el águila y golpea como el rayo, un arte prodigioso dentro de una impetuosidad desdeñosa, todos los misterios de un alma con hondura, la alianza con el destino, la intimación al río, a la llanura, al bosque, a la colina, a quienes no les queda, como quien dice, más remedio que obedecer, el déspota que llega hasta a tiranizar al campo de batalla, la fe en la buena estrella mezclada con la ciencia estratégica, incrementándola, pero alterándola. Wellington era el Barême de la guerra; Napoleón era el Miguel

Ángel; y, en esta ocasión, a la genialidad la venció el cálculo.

Por ambas partes estaban esperando a alguien. El que triunfó fue el que atinó en el cálculo. Napoleón esperaba a Grouchy; y no vino. Wellington esperaba a Blücher; y vino.

Wellington es la guerra clásica, que se toma la revancha. Bonaparte, en sus albores, se había encontrado con esa guerra en Italia y la había derrotado espléndidamente. La lechuza vieja huyó ante el buitre joven. La táctica antigua quedó no sólo fulminada, sino escandalizada. ¿Quién demonios era aquel corso de veintiséis años? ¿Qué sentido tenía aquel ignorante espléndido que, teniéndolo todo en contra y nada a favor, sin víveres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres para enfrentarse a muchedumbres, se abalanzaba sobre Europa coaligada y conseguía absurdamente victorias en un ámbito imposible? ¿De dónde salía aquel loco fulgurante que, casi sin recobrar el resuello y con la misma baraja de combatientes en la mano, pulverizaba uno tras otro a los cinco ejércitos del emperador de Alemania, arrollando a Beaulieu tras Alvinzi, a Wurmser tras Beaulieu, a Mélas tras Wurmser, a Mack tras Mélas? ¿De dónde salía aquel recién llegado a la guerra que tenía el desparpajo de un astro? La Escuela Militar lo excomulgaba al tiempo que daba un paso atrás. La consecuencia fue un rencor implacable del cesarismo viejo contra el nuevo, del sable académico contra la espada flamígera y del tablero de ajedrez contra el genio. El 18 de junio de 1815 aquel rencor dijo la última palabra y debajo de Lodi, de Montebello, de Montenotte, de Mantua, de Marengo, de Arcole, escribió: Waterloo. Triunfo de los mediocres que les resulta grato a las mayorías. El destino accedió a esa ironía. En su declive, Napoleón tuvo otra vez enfrente a Wurmser joven.

Efectivamente, para conseguir un Wurmser basta con ponerle canas a Wellington.

Waterloo es una batalla de esa primera categoría que ganó un capitán de la segunda.

Lo que hay que admirar en la batalla de Waterloo es a Inglaterra, es la firmeza inglesa, es la decisión inglesa, es la sangre inglesa; lo soberbio del comportamiento de Inglaterra fue, lo quiera o no, que fue Inglaterra, tal cual. No fue cosa de su capitán, fue cosa de su ejército.

Wellington, curiosamente ingrato, le dice en una carta a lord Bathurst que su ejército, el ejército que luchó el 18 de junio de 1815, era un «ejército detestable». ¿Qué opinará de eso esa oscura mescolanza de esqueletos enterrados bajo los surcos de Waterloo?

Inglaterra fue demasiado modesta en lo referido a Wellington. Darle tanta estatura a Wellington es rebajar la de Inglaterra. Wellington no es sino un héroe como tantos otros. Esos escoceses grises, esos *horse-guards,* esos regimientos de Maitland y de Mitchell, esa infantería de Pack y de Kempt, esa caballería de Ponsonby y de Somerset, esos *highlanders* que tocaban la gaita escocesa, esos batallones de Rylandt, esos reclutas recién llegados que apenas si sabían manejar el mosquete y les plantaban cara a los veteranos de Essling y de Rivoli, eso es lo grande. Wellington fue tenaz, en eso consistió su mérito, y no se lo regateamos, pero el más humilde de sus soldados de infantería y caballería fue tan resistente como él. El *iron-soldier* vale tanto como el *iron-duke*. Por lo que a nosotros se refiere, glorificamos por completo al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hubiera que otorgar un trofeo, a Inglaterra le corresponde. La columna de Waterloo sería más justa si, en vez de la figura de un hombre, encumbrara hasta las nubes la estatua de un pueblo.

Pero a esa gran Inglaterra la irritará lo que estamos diciendo aquí. Aún persiste en ella, tras su 1688 y nuestro 1789, la ilusión feudal. Cree en la herencia y en la jerarquía. Ese pueblo al que ningún otro sobrepasa en potencia y gloria, se tiene estima como nación, no como pueblo. Y, como pueblo, se subordina de buen grado y confunde a un lord con un dirigente. Cuando es *workman,* deja que lo desdeñen; cuando es soldado, deja que le den de palos. Recordemos que en la batalla de Inkermann a un sargento que, por lo visto, había salvado al ejército no lo pudo mencionar lord Raglan porque la jerarquía militar inglesa no permite citar en un parte a ningún héroe que esté por debajo del grado de oficial.

Lo que admiramos por encima de todo en un enfrentamiento como el de Waterloo es la prodigiosa habilidad del azar. Lluvia nocturna, tapia de Hougomont, camino encajonado de Ohain, Grouchy que no oye el cañón, guía de Napoleón que lo engaña, guía de Bülow que lo informa bien: todo ese cataclismo maravilloso es fruto de una conducción estupenda.

En resumidas cuentas, hay que decirlo, Waterloo fue más una matanza que una batalla.

Waterloo es, de todas las batallas campales, la de frente más reducido para tal cantidad de combatientes. Napoleón, tres cuartos de legua; Wellington, media lengua; setenta y dos mil combatientes por cada lado. De esa densidad vino la carnicería.

Se ha hecho el siguiente cálculo y se ha establecido la siguiente proporción. Pérdida de hombres: en Austerlitz, el catorce por ciento de los franceses; el treinta y cinco por ciento de los rusos; el cuarenta y cuatro por ciento de los austriacos. En Wagram, el trece por ciento de los franceses; el catorce por cieno de los austriacos. En el Moscova, el treinta y siete por ciento de los franceses y el cuarenta y cuatro por ciento de los rusos. En Bautzen, el trece por ciento de los franceses y el catorce por ciento de los rusos y prusianos. En Waterloo, el cincuenta y seis por ciento de los franceses y el treinta y uno por ciento de los aliados. Total para Waterloo: el cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes y sesenta mil muertos.

En el campo de Waterloo reina en la actualidad la tranquilidad propia de la tierra, soporte impasible del hombre, y se parece a todas las llanuras.

No obstante, por las noches se desprende de él algo parecido a una bruma visionaria, y si algún viajero pasea por allí, si mira, si escucha, si sueña como Virgilio en las funestas llanuras de Filipos, se adueña de él la alucinación de la catástrofe. El espantoso 18 de junio renace; se esfuma la falsa colina monumental, ese león tan vulgar desaparece, el campo de batalla recobra la realidad; unas líneas de infantería ondulan en la llanura, unas galopadas frenéticas cruzan por el horizonte; el espectador pensativo, con asustado asombro, ve el relámpago de los sables, la chispa de las bayonetas, el llamear de las bombas, el cruce monstruoso de truenos; oye, igual que un estertor en lo hondo de una tumba, el clamor inconcreto de la batalla fantasmal; esas sombras son los granaderos; esos resplandores son los coraceros; ese esqueleto es Napoleón; ese esqueleto es Wellington; todo eso dejó ya de existir pero sigue chocando y combatiendo; y los barrancos se tiñen de rojo, y los árboles tiritan, y hay furia hasta en las nubes, y, en las tinieblas, todas esas elevaciones hoscas, Mont-Saint-Jean, Hougomont,

Frischemont, Papelotte, Plancenoit, parece que las coronan unos confusos torbellinos de espectros que se exterminan mutuamente.

XVII

¿Tiene que parecernos bueno Waterloo?

Existe una escuela liberal muy respetable a la que no le causa enfado Waterloo. No pertenecemos a ella. Para nosotros Waterloo no es sino la fecha estupefacta de la libertad. Que semejante águila salga de semejante huevo es, desde luego, lo inesperado.

Waterloo, si nos situamos en la perspectiva culminante de la cuestión, es, por las intenciones, una victoria contrarrevolucionaria. Es Europa contra Francia; es Petersburgo, Berlín y Viena contra París; es el *statu quo* contra la iniciativa; es aprovechar el 20 de marzo de 1815 para atacar el 14 de julio de 1789; es el zafarrancho de combate de las monarquías contra el indomeñable motín francés. Apagar a este inmenso pueblo que llevaba veintiséis años en erupción: con eso soñaban. Solidaridad con los Borbones de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanov, de los Hohenzollern, de los Habsburgo. Waterloo lleva subido a la grupa el derecho divino. Cierto es que, por haber sido despótico el Imperio, la monarquía, por reacción natural de las cosas, tenía forzosamente que ser liberal, y que un orden constitucional nació de mala gana de Waterloo, para mayor disgusto de los vencedores. Es que a la Revolución no se la puede vencer de verdad y que, por ser providencial y completamente fatídica, vuelve siempre: antes de Waterloo, con Bonaparte derribando los tronos viejos; después de Waterloo, con Luis XVIII que otorga y tolera la Carta. Bonaparte puso a un postillón en el trono de Nápoles y a un sargento en el trono de Suecia, utilizando la desigualdad para demostrar la igualdad; Luis XVIII en Saint-Ouen refrenda la declaración de los derechos del hombre. Quien quiera darse cuenta de qué es la Revolución, que la llame el Progreso; y quien quiera darse cuenta de lo que es el

progreso, que lo llame el Mañana. El Mañana lleva a cabo su obra de forma irresistible, y lo hace desde hoy mismo. Siempre alcanza la meta de forma peculiar. Utiliza a Wellington para convertir a Foy, que sólo era un soldado, en un orador. Foy cae en Hougomont y vuelve a levantarse en la tribuna. Así obra el progreso. No hay herramientas malas para ese obrero. Encaja su trabajo divino sin desconcertarse: el hombre que cruzó los Alpes de una zancada y el anciano campechano y enfermo que no se tenía de pie y a quien atendía el padre Élysée. Recurre tanto al gotoso cuanto al conquistador; al conquistador, fuera; al gotoso, dentro. Waterloo, al acabar con la demolición por la espada de los tronos europeos, tuvo, ni más ni menos, el efecto de proseguir con el trabajo revolucionario por otro camino. Se acabaron los que manejaban el sable; ahora les toca a los pensadores. Ese siglo que Waterloo pretendía detener le pasó por encima y siguió adelante. A aquella victoria siniestra la venció la libertad.

En resumidas cuentas, es innegable que lo que triunfaba en Waterloo, lo que sonreía detrás de Wellington, lo que le traía todos los bastones de mariscal de Europa, incluido, a lo que dicen, el bastón de mariscal de Francia, lo que rodaba jubilosamente en las carretillas de tierra repleta de huesos para alzar el túmulo del león, lo que escribió triunfalmente en el pedestal la siguiente fecha: *18 de junio de 1815*, lo que daba ánimos a Blücher cuando perseguía a sablazos la desbandada, lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se inclinaba hacia Francia como si fuera una presa, era la contrarrevolución. La contrarrevolución era la que susurraba esta palabra infame: desmembramiento. Al llegar a París, vio el cráter de cerca, notó que aquella ceniza le quemaba los pies y rectificó. Regresó al tartamudeo de una Carta.

No veamos en Waterloo sino lo que hay en Waterloo. Intenciones de libertad, ninguna. La contrarrevolución era liberal involuntariamente, de la misma forma que, por un fenómeno equivalente, Napoleón era revolucionario involuntariamente. El 18 de junio de 1815 tiraron del caballo al jinete Robespierre.

XVIII

Recrudescencia del derecho divino

Fin de la dictadura. Se vino abajo todo un sistema europeo.

El Imperio se desplomó entre unas sombras que se parecen a las del Imperio romano moribundo. Volvieron a vislumbrarse abismos, como en tiempos de los bárbaros. Pero la barbarie de 1815, a la que hay que llamar con su nombre de andar por casa, la contrarrevolución, era corta de aliento, perdió fuelle enseguida y se quedó a medias. Reconozcamos que hubo ojos que lloraron el Imperio, ojos heroicos. Si la gloria reside en la espada que se convierte en cetro, entones el Imperio fue la mismísima gloria. Expandió por la tierra toda la luz que la tiranía puede emitir: luz sombría. Digamos más aún: luz oscura. Comparada con la luz auténtica, es oscuridad. Esa desaparición de la oscuridad fue como un eclipse.

Luis XVIII regresó a París. Los bailes en corro del 8 de julio borraron los entusiasmos del 20 de marzo. El corso se convirtió en la antítesis del bearnés. La bandera de la cúpula de Les Tuileries fue blanca. Ahora mandaban los exiliados. Colocaron la mesa de madera de abeto de Hartwell delante del sillón con flores de lis de Luis XVIII. Se habló de Bouvines y de Fontenoy como si hubieran sucedido ayer; en cambio Austerlitz estaba pasado de moda. El altar y el trono confraternizaron majestuosamente. Una de las formas menos discutidas para la salvación de la sociedad en el siglo XIX imperó en Francia y en el continente. Europa adoptó la escarapela blanca. Trestaillon se hizo famoso. El lema *non pluribus impar* volvió a aparecer entre unos rayos de piedra que imitaban el sol en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde había una guardia imperial hubo una casa roja. El arco de triunfo de Le Carrousel,

cargado hasta arriba de victorias inapropiadas, sintiéndose ajeno entre aquellas novedades, un poco avergonzado quizá de Marengo y de Arcole, salió del paso con la estatua del duque de Angulema. El cementerio de La Madeleine, temible fosa común de 1793, se cubrió de mármol y jaspe pues las osamentas de Luis XVI y de María Antonieta estaban entre aquel polvo. En el foso de Vincennes, un cipo funerario surgió del suelo para recordar que el duque de Enghien murió el mismo mes en que coronaron a Napoleón. El papa Pío VII, que lo había coronado a pocos días de aquella muerte, bendijo la caída con la misma tranquilidad con la que había bendecido el ascenso. Hubo en Schœnbrunn una sombra menuda de cuatro años a la que se consideró sedicioso llamar rey de Roma. Y esas cosas sucedieron, y esos reyes volvieron a sus tronos, y al dueño de Europa lo metieron en una jaula, y el antiguo régimen se convirtió en el nuevo, y toda la sombra y toda la luz de la tierra cambiaron de lugar porque una tarde de un día de verano un pastor le dijo a un prusiano en un bosque: «¡Vaya por aquel sitio, no por éste!».

Aquel 1815 fue una especie de abril lúgubre. Las antiguas realidades malsanas y venenosas se cubrieron de apariencias nuevas. La mentira moldeó 1789; el derecho divino lo disimularon con una Carta; las ficciones se volvieron constitucionales; a los prejuicios, las supersticiones y las segundas intenciones, con el artículo 14 en pleno centro, les dieron una mano de barniz liberal. Las serpientes cambiaron de piel.

Napoleón había hecho a un tiempo crecer y menguar al hombre. El ideal, en aquel reino de material espléndido, recibió el curioso nombre de ideología. Grave imprudencia de un gran hombre eso de no tomarse en serio el porvenir. Los pueblos, no obstante, aquella carne de cañón enamorada del artillero, lo buscaban con la vista. ¿Dónde está? ¿Qué hace? Napoleón ha muerto, le decía un viandante a un mutilado de Marengo y Waterloo. «¿Que se ha muerto? ¡Bien mal lo conoce!», exclamó aquel soldado. Las imaginaciones deificaban a aquel hombre hundido. El fondo de Europa fue tenebroso después de Waterloo. Algo muy grande se quedó vacío mucho tiempo cuando se desvaneció Napoleón.

Los reyes se colaron en ese vacío. La antigua Europa aprovechó para reformarse. Hubo una Santa Alianza. Belle-Alliance había

dicho de antemano el campo fatídico de Waterloo.

En presencia de aquella Europa antigua, y encaradas con ella, se esbozaron las líneas maestras de una Francia nueva. El porvenir, del que se había burlado el emperador, se presentó. Llevaba en la frente esta estrella: Libertad. Los ojos ardientes de las generaciones jóvenes se volvieron hacia él. Cosa singular, la gente se enamoró a un tiempo de aquel porvenir, Libertad, y de aquel pasado, Napoleón. La derrota había dado una talla mayor al vencido. Bonaparte caído parecía más alto que Napoleón de pie. Los triunfadores se asustaron. Inglaterra encargó su custodia a Hudson Lowe y Francia mandó a Montchenu que lo espiara. Aquellos brazos cruzados se convirtieron en la intranquilidad de los tronos. Alejandro lo llamaba «mi insomnio». Aquel espanto nacía de la tasa de revolución que llevaba en sí. Eso es lo que explica y disculpa el liberalismo bonapartista. Aquel fantasma hacía temblar al viejo mundo. A los reyes se les hizo incómodo reinar con la roca de Santa Elena en el horizonte.

Mientras Napoleón agonizaba en Longwood, los sesenta mil hombres caídos en el campo de Waterloo se pudrieron tranquilamente y algo de su paz se extendió por el mundo. El congreso de Viena la usó para hacer los tratados de 1815, y a eso Europa lo llamó restauración.

Y esto es Waterloo.

Pero ¿qué le importa al infinito? Toda aquella tormenta, toda aquella nube, toda aquella guerra, y luego aquella paz, toda aquella sombra, no alteró ni por un momento el resplandor del ojo inmenso para el que un pulgón saltando de brizna en brizna de hierba es igual que el águila que vuela de campanario en campanario hasta las torres de Notre-Dame.

XIX

El campo de batalla por la noche

Regresemos, porque este libro lo precisa, a aquel campo de batalla fatídico.

El 18 de junio de 1815 había luna llena. Aquella claridad le facilitó a Blücher la persecución encarnizada, delató las huellas de los fugitivos, entregó a aquella muchedumbre desventurada a la caballería prusiana y colaboró en la matanza. Se dan a veces en las catástrofes complacencias de la oscuridad así de trágicas.

Tras el último cañonazo, la llanura de Mont-Saint-Jean quedó desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses; tal es la comprobación usual de la victoria: dormir en la cama del vencido. Vivaquearon más allá de Rossomme. Los prusianos, lanzados en pos de la desbandada, llegaron más allá aún. Wellington fue al pueblo de Waterloo para redactar el parte para lord Bathurst.

Si alguna vez fue de aplicación el *sic vos non vobis,* fue desde luego en ese pueblo de Waterloo. Waterloo no hizo nada y se quedó a media legua de la acción. Cañonearon Mont-Saint-Jean, quemaron Hougomont, quemaron Papelotte, quemaron Plancenoit, tomaron por asalto La Haie-Sainte, La Belle-Alliance presenció el abrazo de los dos vencedores; apenas si sabe alguien esos nombres; y Waterloo, que no tuvo ni arte ni parte en la batalla, se lleva todos los honores.

No somos de esos que andan con halagos con la guerra; cuando se presenta la ocasión, le decimos las verdades que se merece. La guerra tiene hermosuras espantosas que no hemos disimulado; también tiene, hemos de reconocerlo, algunas fealdades. Una de las más sorprendentes es la rapidez con que despojan a los muertos

después de la victoria. El alba que viene tras una batalla siempre se alza sobre cadáveres desnudos.

¿Quién hace tal cosa? ¿Quién mancilla el triunfo? ¿Cuál es esa repugnante mano furtiva que se cuela en el bolsillo de la victoria? ¿Quiénes son esos rateros que se dedican a sus malas artes a espaldas de la gloria? Hay filósofos, entre ellos Voltaire, que afirman que son precisamente aquellos que posibilitaron la gloria. Son los mismos, dicen, no hay recambio, los que siguen en pie desvalijan a los que cayeron. El héroe de día es vampiro de noche. Bien pensando, uno está en su derecho cuando saquea más o menos un cadáver del que es autor. Nosotros creemos que no. Cosechar laureles y robarle los zapatos a un muerto nos parece imposible que sea obra de la misma mano.

De lo que no cabe duda es de que detrás de los vencedores suelen llegar los ladrones. Pero no pongamos en entredicho al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo.

Todo ejército lleva una cola, y ahí es donde hay que buscar a quien acusar. Seres murciélago, entre bandidos y lacayos; todas las categorías de vespertilio que engendra ese crepúsculo al que llaman la guerra, que llevan uniforme, pero no combaten; enfermos fingidos, baldados ominosos, cantineros turbios que van al trote, a veces con sus mujeres, en carritos y roban lo que luego revenden, pordioseros que se ofrecen como guías a los oficiales, mozos de campaña, merodeadores: los ejércitos de antaño —no estamos hablando de los tiempos presentes— llevaban todo eso en pos, de forma tal que, en la lengua propia, los llamaban «los zagueros». Ningún ejército, ninguna nación era responsable de esos seres; hablaban italiano e iban siguiendo a los alemanes; hablaban francés e iban siguiendo a los ingleses. Fue uno de esos miserables, un zaguero español que hablaba francés, el que mató a traición y robó al marqués de Fervacques, quien, al engañarlo su jerga picarda, lo tomó por uno de los nuestros, en el mismísimo campo de batalla la noche siguiente a la batalla de Cerisoles. Del merodeo nacía el merodeador. El fruto del abominable precepto *vivir del enemigo* era esa lepra que sólo una disciplina severa podía curar. Hay reputaciones engañosas; no siempre sabemos por qué algunos generales, grandes generales por lo demás, fueron tan populares. A Turenne lo adoraban sus soldados porque toleraba el saqueo;

permitir el mal es parte de la bondad; Turenne era tan bueno que les permitió que pasaran a sangre y fuego por el Palatinado. Detrás de los ejércitos iban más o menos merodeadores según lo rígido que fuera el jefe. Hoche y Marceau no llevaban zagueros; Wellington, no tenemos inconveniente en reconocérselo, llevaba muy pocos.

No obstante, en la noche del 18 al 19 de junio saquearon a los muertos. Wellington fue estricto y ordenó que pasaran por las armas a todo el que sorprendieran en delito flagrante; pero la rapiña es tenaz. Los merodeadores robaban en un extremo del campo de batalla mientras los fusilaban en el opuesto.

La luna, sobre aquella llanura, tenía una apariencia siniestra.

A eso de la medianoche, un hombre rondaba, o más bien reptaba por la zona del camino encajonado de Ohain. Era, según todas las apariencias, uno de esos a los que acabamos de describir, ni inglés, ni francés, ni campesino, ni soldado, menos hombre que vampiro, a quien atraía el olor de los muertos, cuya victoria era el robo y que acudía a desvalijar Waterloo. Llevaba un blusón que tenía algo de capote, era nervioso y audaz, caminaba de frente y miraba hacia atrás. ¿Quién era ese hombre? La noche sabía más de él seguramente que el día. No llevaba ninguna bolsa, pero sí, estaba claro, unos bolsillos amplios por dentro del capote. De vez en cuando se detenía, examinaba la llanura que tenía alrededor como para ver si no lo estaba observando nadie, se agachaba de golpe, movía en el suelo algo silencioso y quieto y, luego, se enderezaba y se apartaba. La forma de escurrirse, las posturas, el ademán rápido y misterioso le daban un parecido con esas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas y a las que las antiguas leyendas normandas dan el nombre de los Ambulantes.

Hay algunas aves zancudas nocturnas que muestran siluetas así en los pantanos.

Si alguien hubiera aguzado la mirada por entre aquella bruma se habría fijado, a poca distancia, detenido y como oculto detrás de la casucha que está al borde de la calzada de Nivelles, en el recodo de la carretera entre Mont-Saint-Jean y Braine-l’Alleud, un a modo de furgón pequeño de vivandero techado con mimbres embreados que llevaba enganchado un caballejo hambriento que pacía las ortigas a través del bocado; y, en el furgón, una mujer sentada encima de unos baúles y unos paquetes. Era posible que existiera una relación

entre aquel furgón y aquel merodeador.

Había una oscuridad serena. Ni una nube en el cénit. Poco importa que la tierra esté roja, la luna sigue siendo blanca. Tal es la indiferencia del cielo. En los prados, ramas de árbol que había tronchado la metralla, pero que no se habían caído y aún sujetaba la corteza, se balanceaban despacio al viento de la noche. Un soplo, una respiración casi, movía los matorrales. Había en la hierba estremecimientos que parecían de almas que se marchaban.

A lo lejos, se oía confusamente cómo iban y venían las patrullas y los oficiales de ronda del campamento inglés.

Hougomont y La Haie-Sainte seguían ardiendo y, un pueblo al este y otro al oeste, eran dos llamaradas altas a las que se unían, como un collar de rubíes extendido y con dos carbunclos, uno en cada punta, el cordón de hogueras del vivac inglés que se estiraba, formando un semicírculo gigantesco, por las colinas del horizonte.

Ya hemos referido la catástrofe del camino encajonado de Ohain. Lo que fue aquella forma de morir para aquellos valientes espanta al corazón cuando se piensa.

Si hay algo horroroso, si existe una realidad que va más allá del sueño, es ésta: vivir, ver el sol, hallarse en plena posesión de la fuerza viril, tener salud y alegría, reír valientemente, correr hacia una gloria que tienes por delante, deslumbradora, notarse en el pecho unos pulmones que respiran, un corazón que late, una voluntad que razona, hablar, pensar, tener esperanza, amar, tener una madre, tener una mujer, tener hijos, tener la luz y, de repente, en lo que dura un grito, en menos de un minuto, desplomarse en un abismo, caer, rodar, estrellarse, que te aplasten, ver espigas de trigo, flores, hojas, ramas, no poder agarrarse a nada, sentir que no te sirve el sable para nada, tener hombres debajo, caballos encima, revolverse en vano, que te quiebre los huesos una coz en las tinieblas, notar que un talón te está sacando los ojos, morder con rabia cascos de caballos, asfixiarse, vociferar, retorcerse, estar debajo de todo eso y decirse: ¡hace un momento estaba vivo!

Donde habían retumbado los estertores de aquel desastre deplorable ahora todo era silencio. El espacio del camino encajonado estaba repleto de caballos y de jinetes en un apilamiento intrincado. Maraña tremenda. Ya no había talud, los cadáveres ponían el camino al nivel de la carretera y llegaban hasta

el borde igual que una medida de cebada bien colmada. Un montón de muertos en la parte de arriba, un río de sangre en la parte de abajo; así era aquel camino en la noche del 18 de junio de 1815. La sangre corría hasta la calzada de Nivelles y extravasaba en una charca grande delante de la barricada de árboles que cortaba la calzada, en un lugar que todavía se enseña. Está, como recordaremos, en el extremo opuesto, por la zona de la carretera de Genappe, donde se habían desplomado los coraceros. El grosor del montón de cadáveres era proporcional a la profundidad del camino encajonado. En el centro, donde se volvía plana, por donde había pasado la división Delord, la capa de muertos era más delgada.

El merodeador nocturno que acabamos de hacer que el lector vislumbre se encaminaba hacia ese lugar. Husmeaba en aquella tumba inmensa. Miraba. Les pasaba a saber qué repulsiva revista a los muertos. Andaba pisando sangre.

De pronto de detuvo.

A pocos pasos, en el camino encajonado, en el punto en que terminaba el montón de muertos, de debajo de aquella acumulación de hombres y caballos salía una mano abierta que iluminaba la luna.

Esa mano tenía algo brillante en el dedo, un anillo de oro.

El hombre se agachó, estuvo un ratito en cuclillas y, al levantarse, ya no había en aquella mano anillo alguno.

En realidad, no se levantó; se quedó en una postura forzada y medrosa, dando la espalda al montón de muertos, escrutando el horizonte, de rodillas, apoyando la parte delantera del cuerpo en los dos dedos índices que apoyaba en el suelo y asomando la cabeza acechante por encima del filo del camino encajonado. En algunas acciones encajan bien las cuatro patas del chacal.

Se decidió, luego, a ponerse de pie.

En ese momento se sobresaltó. Notó que alguien lo agarraba por detrás.

Se volvió; era la mano abierta, que se había cerrado y le había agarrado el faldón del capote.

Un hombre honrado habría sentido miedo. Éste se echó a reír.

—Vaya —dijo—, sólo es el muerto. Prefiero un fantasma a un gendarme.

En éstas, la mano se aflojó y lo soltó. El esfuerzo se agota pronto

en la tumba.

—¡Bueno! —siguió diciendo el merodeador—. ¿Será que este muerto está vivo? Vamos a verlo.

Volvió a inclinarse, hurgó en el montón, apartó los obstáculos, agarró la mano, aferró el brazo, liberó la cabeza, sacó el cuerpo y, pocos momentos después, arrastraba en la oscuridad del camino encajonado a un hombre inanimado o, al menos, desvanecido. Era un coracero, un oficial, e incluso un oficial de bastante graduación; por debajo de la coraza asomaba una charretera dorada de buen tamaño; aquel oficial no llevaba ya casco. Le cruzaba la cara, donde sólo se veía sangre, un sablazo tremendo. Por lo demás, no parecía tener ningún miembro roto y, por alguna feliz casualidad, si es que esa palabra es de recibo aquí, los muertos habían formado por encima de él como un arbotante que había evitado que quedase aplastado. Tenía los ojos cerrados.

Llevaba sobre la coraza la cruz de plata de la Legión de Honor.

El merodeador le quitó de un tirón esa cruz, que desapareció en uno de los abismos que llevaba debajo del capote.

Palpó luego el bolsillo del chaleco del oficial, notó que había un reloj dentro y lo cogió. Le registró luego el chaleco, encontró una bolsa y se la metió en el bolsillo.

Cuando estaba en ese punto de la ayuda que estaba prestando a aquel moribundo, el oficial abrió los ojos.

—Gracias —dijo con voz débil.

Los movimientos bruscos del hombre que lo zarandeaba, el relente de la noche, el aire que respiraba libremente lo habían sacado del letargo.

El merodeador no respondió. Alzó la cabeza. Se oía ruido de pasos en la llanura; probablemente se acercaba una patrulla.

El oficial susurró, pues le quedaba aún agonía en la voz.

—¿Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses —contestó el merodeador.

El oficial añadió:

—Mire en mis bolsillos. Encontrará una bolsa y un reloj. Cójalos.

Era cosa hecha.

El merodeador fingió hacer lo que le pedía y dijo:

—No hay nada.

—Me han robado —siguió diciendo el oficial—. Qué

contrariedad. Habría sido para usted.

Los pasos de la patrulla se oían cada vez con mayor claridad.

—Alguien viene —dijo el merodeador, haciendo ademán de irse.

El oficial alzó trabajosamente el brazo y lo sujetó:

—Me ha salvado la vida. ¿Quién es usted?

El merodeador respondió deprisa y en voz baja:

—Estaba en el ejército francés como usted. Tengo que marcharme. Si me cogen, me fusilarán. Le he salvado la vida. Ahora apáñeselas.

—¿Qué graduación tiene?

—Sargento.

—¿Cómo se llama?

—Thénardier.

—No olvidaré ese apellido —dijo el oficial—. Y usted no olvide el mío. Me llamo Pontmercy.

Libro segundo

El navío *L'Orion*

I

El número 24.601 se convierte en el número 9.430

Habían apresado de nuevo a Jean Valjean.

El lector nos agradecerá que no entremos en detalles dolorosos. Nos limitaremos a reproducir dos sueltos que aparecieron en la prensa de la época pocos meses después de los acontecimientos sorprendentes sucedidos en Montreuil-sur-Mer.

Se trata de unos artículos un tanto sumarios. Recordemos que por entonces no existía aún la *Gazette des Tribunaux*.

Tomamos el primero de *Le Drapeau blanc*. Lleva fecha del 25 de julio de 1823:

«Un distrito de Le Pas-de-Calais acaba de ser el escenario de un acontecimiento poco usual. Un forastero en esta provincia, apellidado señor Madeleine, había vuelto a poner en marcha desde hacía unos años, merced a sistemas recientes, una antigua industria local: la fabricación de azabache y abalorios negros. Se enriqueció y, fuerza es decirlo, enriqueció al distrito. En agradecimiento a sus servicios, recibió el nombramiento de alcalde. La policía ha descubierto que el señor Madeleine no era sino un ex presidiario que había quebrantado el destierro, condenado por robo en 1796, y de nombre Jean Valjean. Han devuelto a Jean Valjean a presidio. Parece ser que, antes de que lo detuvieran, consiguió retirar de la banca Laffitte más de medido millón que tenía depositado en ella y, por lo demás, había ganado muy legítimamente, por lo que dicen, en su actividad de comerciante. No se ha podido averiguar, desde que volvió a ingresar en el presidio de Tolón, dónde ha ocultado Jean Valjean dicha cantidad».

El segundo artículo, algo más detallado, está tomado de *Le Journal de Paris* y es de la misma fecha.

«Acaba de comparecer ante el tribunal de lo criminal de Le Var, y en circunstancias que llaman la atención, un ex presidiario liberado llamado Jean Valjean. Este granuja había conseguido burlar la celosa vigilancia de la policía; cambió de nombre y se las ingenió para que lo nombrasen alcalde de una de nuestras poblaciones del norte. Creó en dicha población una industria de bastante envergadura. La infatigable diligencia del ministerio público lo ha desenmascarado y detenido por fin. Tenía por concubina a una mujer de la vida que murió del susto en el momento de la detención. Ese miserable, que cuenta con una fuerza hercúlea, consiguió evadirse; pero tres o cuatro días después de la evasión la policía volvió a echarle el guante en el propio París, en el momento en que se estaba subiendo a uno de esos cochecitos que hacen el trayecto de la capital al pueblo de Montfermeil (Seine-et-Oise). Dicen que aprovechó el intervalo de esos tres o cuatro días de libertad para retirar una cantidad considerable que tenía colocada en una de nuestras principales bancas. Se calcula que esa cantidad es de entre seiscientos y setecientos mil francos. Por lo que dice la acusación, ha debido de enterrarla en un lugar que sólo él sabe y no se ha podido incautar. Fuere como fuere, el llamado Jean Valjean acaba de comparecer ante el tribunal de lo criminal de la provincia de Le Var, acusado de un robo en descampado cometido a mano armada hace unos ocho años y del que fue víctima uno de esos honrados chiquillos que, como refiere el patriarca de Ferney en versos inmortales,

> “… de Saboya nos llegan cada año
> y limpian con su mano diligente
> los canalones, del hollín cegados”.

»Este bandido renunció a defenderse. El habilidoso y elocuente representante del ministerio público dejó probado que el robo se había cometido con cómplices y que Jean Valjean pertenecía a una partida de ladrones del sur de Francia. En consecuencia, contra Jean Valjean, declarado culpable, se dictó la sentencia de pena de

muerte. El criminal rechazó recurrir en casación. El rey, con su inagotable clemencia, se ha dignado conmutarle esa pena por la de trabajos forzados a perpetuidad. Se ha enviado en el acto a Jean Valjean al presidio de Tolón.»

Recordemos que Jean Valjean tenía en Montreuil-sur-Mer costumbres piadosas. Algunos periódicos, entre otros *Le Constitutionnel,* presentaron esta conmutación como un logro del partido de los curas.

Jean Valjean cambió de número en presidio. Se llamó 9.430.

Por lo demás, digámoslo ahora mismo y demos carpetazo al asunto, al desaparecer el señor Madeleine, desapareció la prosperidad de Montreuil-sur-Mer; cuanto previó éste durante su noche de fiebre y titubeos ocurrió; cuando él faltó, *faltó el alma* efectivamente. Cuando él desapareció, hubo en Montreuil-sur-Mer ese reparto egoísta de las magnas existencias caídas, ese despedazamiento fatídico de los asuntos florecientes que ocurre a diario, sin que se note, en la comunidad humana y en que la historia sólo se fijó una vez porque ocurrió tras la muerte de Alejandro. Los lugartenientes se coronan reyes; los contramaestres se convirtieron en fabricantes improvisados. Surgieron las rivalidades envidiosas.Los grandes talleres del señor Madeleine cerraron, los edificios se convirtieron en ruinas, los obreros se dispersaron. Unos dejaron la comarca, otros dejaron el oficio. Todo a partir de entonces se hizo a lo pequeño en vez de a lo grande; por el lucro, en vez de hacerse para el bien. No había ya centro; competidores por todas partes, y competidores encarnizados. El señor Madeleine mandaba en todo y dirigía. Cuando él cayó, cada cual fue a lo suyo; tras el espíritu de organización, llegó el espíritu de lucha; tras la cordialidad llegó la codicia y tras la benevolencia del fundador para con todos, los odios mutuos. Las hebras que había anudado el señor Madeleine se enredaron y se rompieron; falsificaron los procedimientos, envilecieron los productos, mataron la confianza; disminuyeron las salidas, hubo menos encargos; bajaron los salarios, los talleres pararon, llegó la quiebra. Y, después, los pobres se quedaron sin nada. Todo se desvaneció.

El propio Estado notó que en alguna parte habían aplastado a alguien. Menos de cuatro años después de la sentencia del tribunal de lo criminal que dejaba sentado, en beneficio del presidio, que el

señor Madeleine y Jean Valjean eran la misma persona, los gastos de recaudación de los impuestos se habían duplicado en el distrito de Montreuil-sur-Mer y el señor de Villèle lo comentaba en el Parlamento en el mes de febrero de 1827.

II

Donde podrán leerse dos versos que son quizá de mano del Diablo

Antes de seguir adelante, conviene contar con cierto detalle un hecho singular que ocurrió por esa misma época en Montfermeil y que quizá no deja de tener ciertas coincidencias con algunas conjeturas del ministerio público.

Existe en la comarca de Montfermeil una superstición muy antigua, tanto más curiosa y tanto más valiosa cuanto que una superstición popular en las proximidades de París es como un áloe en Siberia. Somos de los que respetan todo cuanto se halle en estado de planta exótica. Ésta es la superstición de Montfermeil: se cree que el Diablo escogió el bosque desde tiempos inmemoriales para esconder en él sus tesoros. Las mujerucas afirman que es frecuente encontrarse, al caer el día, en los lugares recoletos del bosque, a un hombre negro, con aspecto de carretero o de leñador, calzado con zuecos, vistiendo unos pantalones y un blusón de retor, y al que es posible reconocer porque, en vez de gorra o sombrero, lleva en la cabeza dos cuernos gigantescos. Eso es algo que no puede por menos de facilitar que lo reconozcan. Ese hombre suele estar abriendo un hoyo. Hay tres formas de sacarle partido a ese encuentro. La primera es acercarse al hombre y dirigirle la palabra. Entonces te das cuenta de que ese hombre es, sin más, un labriego, que parece negro porque está anocheciendo, que no está abriendo un hoyo sino segando hierba para las vacas y que lo que se ha tomado por unos cuernos no es sino una horca para el estiércol, que lleva a la espalda y cuyas puntas, merced a la perspectiva de esa hora de la tarde, parece que le salen de la cabeza. Te vuelves a casa y te mueres esa misma semana. La segunda es quedarse

observándolo, esperar a que termine de abrir el hoyo, a que lo cierre y a que se vaya; y, luego, ir corriendo hasta el agujero, volver a abrirlo y sacar el «tesoro» que el hombre negro no ha podido por menos de meter en él. En ese caso, te mueres dentro del mes. Por último, la tercera forma es no hablar con el hombre negro, no mirarlo y salir a todo correr. Te mueres dentro del año.

Como las tres formas tienen sus inconvenientes, la segunda, que, al menos, brinda ciertas ventajas, entre otras la de tener un tesoro, aunque no sea más que un mes, es la que con más frecuencia suele adoptarse. Los hombres osados, a quienes tientan todas las oportunidades, han vuelto a abrir, pues, en bastantes ocasiones, por lo que se dice, los hoyos que cava el hombre negro y han intentado robar al Diablo. Por lo visto los resultados no dan para mucho. Al menos si hemos de creer lo que cuenta la tradición y, en particular, los dos versos enigmáticos en latín bárbaro que dejó al respecto un mal monje normando, un tanto brujo, llamado Tryphon. El tal Tryphon está enterrado en la abadía de Saint-Georges de Bocherville, cerca de Ruan, y de su tumba nacen sapos.

Así que, por lo visto, uno hace esfuerzos tremendos porque esos agujeros son extraordinariamente hondos; uno suda, rebusca, se pasa la noche manos a la obra, porque esas cosas se hacen de noche, se le queda a uno empapada la camisa, se gasta toda la vela, mella el pico y, cuando por fin llega al fondo del agujero, cuando le echa el guante al «tesoro», ¿con qué se encuentra? ¿Cuál es el tesoro del Diablo? Una moneda de cinco céntimos, un escudo a veces, una piedra, un esqueleto, un cadáver ensangrentado, en ocasiones un espectro doblado en cuatro como una hoja de papel en una cartera, a veces nada. Eso es lo que parecen anunciar a los curiosos indiscretos los versos de Tryphon:

> Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,
> as, nummos, lapides, cadaver, simulacra, nihilque.

Parece ser que, en nuestros días, también se encuentran ora un cebador con pólvora y unas balas, ora una baraja vieja, grasienta y chamuscada que es indudable que ha usado el Diablo. Tryphon no deja constancia de esos dos hallazgos, dado que Tryphon vivió en el siglo XII y no parece verosímil que el Diablo inventara la pólvora

antes de Roger Bacon ni los naipes antes de Carlos VI.

Por lo demás, quien juegue con esos naipes puede tener la seguridad de que perderá cuanto posea; y en cuanto a la pólvora del cebador, tiene la propiedad de hacer que la escopeta te reviente en plena cara.

Ahora bien, muy poco tiempo después de la época en que opinó el ministerio público que el presidiario liberado Jean Valjean, durante su breve evasión de unos días, había andado rondando por las inmediaciones de Montfermeil, notaron que, en ese mismo pueblo, un peón caminero viejo, de nombre Boulatruelle, hacía «cosas raras» en el bosque. Se decía en la comarca que el tal Boulatruelle había estado en presidio; la policía lo vigilaba hasta cierto punto y, como no encontraba trabajo en parte alguna, la administración lo empleaba como peón, a precio de saldo, en la trocha que va de Gagny a Lagny.

A Boulatruelle lo miraban mal las personas del lugar: demasiado respetuoso, demasiado humilde, muy dispuesto a quitarse el gorro ante cualquiera, tembloroso y sonriente con los gendarmes, afiliado a una banda seguramente, a lo que decían, sospechoso de emboscadas en un recodo de los bosquecillos al caer la noche. Sólo tenía a su favor que era un borracho.

Esto es lo que a la gente le parecía que había notado:

Desde hacía una temporada, Boulatruelle dejaba muy temprano la tarea de empedrar la carretera y de su mantenimiento y se iba al bosque con el pico. Se lo encontraban por la noche en los claros más desiertos, entre las malezas más silvestres; parecía buscar algo y, a veces, cavaba hoyos. Las mujerucas que pasaban lo tomaban, de entrada, por Belcebú; luego, reconocían a Boulatruelle, cosa que no las dejaba mucho más tranquilas. Aquellos encuentros parecían contrariar mucho a Boulatruelle. Era patente que intentaba ocultarse y que en lo que hacía había algún misterio.

En el pueblo decían: «Está claro que ha debido de aparecerse el Diablo. Boulatruelle lo ha visto y anda buscando. Por cierto, que es capaz de echarle mano a la talega de Lucifer». Los discípulos de Voltaire añadían: «¿Pillará Boulatruelle al Diablo o será el Diablo el que pille a Boulatruelle?». Las viejas se santiguaban mucho.

En éstas, Boulatruelle dejó de andar enredando por el bosque y volvió con regularidad a su labor de peón caminero. La gente

empezó a hablar de otra cosa.

No obstante, a algunas personas no se les había pasado la curiosidad y pensaban que todo aquello tenía que ver probablemente no con los fabulosos tesoros de la leyenda, sino con algún provecho más serio y más palpable que los billetes de banco del Diablo y cuyo secreto debía de haber sorprendido a medias el peón caminero. Los más «intrigados» eran el maestro de escuela y el tabernero Thénardier, que se llevaba bien con todo el mundo y no le había hecho ascos a trabar amistad con Boulatruelle.

—Estuvo en presidio —decía Thénardier—. ¡Son cosas que pasan! Nunca se sabe ni quién está ni quién estará.

Una noche, el maestro de escuela afirmaba que en otros tiempos la justicia habría indagado qué iba a hacer Boulatruelle al bosque, que no le habría quedado a éste más remedio que contarlo y que, si hubiese sido menester, le habrían dado tormento y Boulatruelle no habría aguantado, por ejemplo, el tormento del agua.

—Vamos a darle el tormento del vino —dijo Thénardier.

Entre cuatro hicieron beber al anciano peón caminero. Boulatruelle bebió muchísimo y habló poco. Combinó con arte admirable y en unas proporciones magistrales la sed de un goliardo y la discreción de un juez. No obstante, a fuerza de volver a la carga, y de relacionar y exprimir las pocas palabras oscuras que se le escaparon, esto es lo que creyeron entender Thénardier y el maestro de escuela.

Una mañana, cuando Boulatruelle iba a trabajar con las claras del alba, le sorprendió ver en un rincón del bosque, debajo de un matorral, una pala y un pico, *como quien dice escondidos.* Pero, por lo visto, pensó que debían de ser la pala y el pico de Six-Fours, el aguador, y no se volvió a acordar del asunto. Pero, al atardecer de ese mismo día, vio, al parecer sin que lo pudieran ver a él porque lo tapaba un árbol muy grande, que iba desde la carretera hacia lo más intrincado del bosque «un individuo que no era ni poco ni mucho de la zona y a quien él, Boulatruelle, conocía muy bien». Lo que Thénardier tradujo por: *un compañero de presidio*. Boulatruelle se negó obstinadamente a decir cómo se llamaba. El tal individuo llevaba un paquete, un objeto cuadrado, que parecía una caja grande o una arqueta pequeña. Boulatruelle se quedó muy sorprendido. Aunque hasta que no hubieron transcurrido siete u

ocho minutos, no se le ocurrió, a lo que decía, seguir al «individuo». Pero ya era demasiado tarde, el individuo ya se había internado entre los matorrales, se había hecho de noche y Boulatruelle no pudo darle alcance. Tomó entonces la decisión de vigilar las lindes del bosque. «Había luna.» Transcurridas dos o tres horas, Boulatruelle vio al individuo de marras salir de entre los árboles, y ahora ya no llevaba la arqueta o el maletín, sino un pico y una pala. Boulatruelle dejó que pasara el individuo y no se le ocurrió dirigirle la palabra, porque se dijo que el otro era tres veces más fuerte que él e iba armado con un pico, y que lo más seguro era que se lo cargase en cuanto lo reconociera y viera que él también lo había reconocido. Conmovedoras efusiones de dos viejos compañeros que se vuelven a encontrar. Pero la pala y el pico fueron como una iluminación para Boulatruelle; fue corriendo a los matorrales de por la mañana y ya no había ni pala ni pico. Sacó de ello la conclusión de que el individuo se había internado en el bosque, había cavado un hoyo con el pico, había enterrado la arqueta y había vuelto a cerrar el hoyo con la pala. Ahora bien, la arqueta era demasiado pequeña para que cupiera un cadáver, así que tenía que haber en ella dinero. De ahí todas aquellas investigaciones suyas. Boulatruelle había explorado, escudriñado y registrado en todos los lugares en que le pareció que habían removido la tierra hacía poco. En vano.

No había «pescado nada». Nadie volvió a acordarse del asunto en Montfermeil. Sólo unas cuantas comadres dijeron: «Que no le quepa duda a nadie de que el peón caminero de Gagny no organizó todo aquel barullo por nada; seguro que vino el Diablo».

III

De que forzosamente la cadena de la argolla tenía que haber pasado por cierta labor preparatoria para que se la pudiera romper así de un martillazo

A finales de octubre de ese mismo año de 1823, los vecinos de Tolón vieron entrar en el puerto, tras un temporal y para reparar varias averías, el navío *L'Orion,* que más adelante utilizaron en Brest como barco-escuela y pertenecía a la sazón a la escuadra del Mediterráneo.

El barco, por muy tocado que estuviera, porque el mar lo había maltratado, causó un gran efecto al entrar en la rada. Llevaba no recuerdo ya qué pabellón que le valió el saludo reglamentario de once cañonazos, que él devolvió puntualmente: veintidós en total. Se ha calculado que en salvas, tratamientos regios y militares, intercambios de escandaleras corteses, señales de etiqueta, requisitos de radas y ciudadelas, amaneceres y puestas de sol que saludan a diario todas las fortalezas y todos los barcos de guerra, puertas abiertas y cerradas, etc., el mundo civilizado gastaba la pólvora en toda la tierra, cada veinticuatro horas, con ciento cincuenta mil cañonazos inútiles. A seis francos cada cañonazo, son novecientos mil francos diarios, trescientos millones al año, que se van en humo. Esto no es sino un detalle. Mientras tanto los pobres se mueren de hambre.

El año 1823 era lo que la Restauración llamó «la época de la guerra de España».

En aquella guerra se daban muchos acontecimientos en uno solo y sucedían muchas cosas peculiares. Un asunto de familia de gran envergadura para la casa de Borbón; la rama francesa socorría y

protegía a la rama de Madrid, es decir, ejercía de primogénita; era un retorno aparente a nuestras tradiciones nacionales, que complicaba la servidumbre y la sujeción a los gobiernos del norte: el duque de Angulema, a quien los periódicos liberales llamaban *el héroe de Andújar*, encajaba con gran esfuerzo en una actitud triunfal, que desentonaba un tanto con su aspecto apacible; el terrorismo viejo y muy real del Santo Oficio entraba en liza con el terrorismo quimérico de los liberales; los *sans-culottes* resucitaban, para mayor susto de las ancianas de buena sociedad, con el nombre de *descamisados*[19]; la monarquía obstaculizaba el progreso, al que tildaban de anarquía; las teorías de 1789 se atascaban de pronto en la zapa; realizaba su viaje de aprendizaje, dándole la vuelta al mundo, una intimación europea a darle el alto a la idea de Francia; codo con codo con el príncipe de la casa real y generalísimo, el príncipe de Carignano, más adelante Carlos Alberto, se enroló en esa cruzada de los reyes contra los pueblos como voluntario luciendo charreteras de granadero de lana roja; los soldados del Imperio entraron otra vez en campaña, pero tras ocho años de descanso, envejecidos, tristes y con la escarapela blanca; la bandera tricolor la enarboló en el extranjero un puñado heroico de franceses, de la misma forma que se enarboló la bandera blanca en Coblenza treinta años antes; los monjes se mezclaron con nuestra clase de tropa; las bayonetas volvieron a ajustarle las cuentas al espíritu de la libertad y de la novedad; se reprimieron los principios a cañonazos; Francia deshizo por las armas lo que había hecho con la inteligencia; por lo demás, los jefes enemigos vendidos, los soldados titubeantes, millones asediando las ciudades, ningún peligro militar y no obstante estallidos posibles como en cualquier mina tomada por sorpresa e invadida, poca sangre vertida, poco honor conquistado, vergüenza para unos cuantos y gloria para nadie. Tal fue esa guerra que hicieron unos príncipes que descendían de Luis XIV y dirigieron unos generales que procedían de Napoleón. Tuvo la triste suerte de no tener parecido alguno ni con la guerra de altura ni con la política de altura.

Algunos hechos de armas tuvieron su importancia; la toma del Trocadero, entre otros, fue una acción militar hermosa; pero, en resumidas cuentas, volvemos a decirlo, las trompetas de esa guerra desafinan, el conjunto fue sospechoso, la historia le da la razón a

Francia cuando a ésta le cuesta aceptar ese triunfo falso. Pareció evidente que algunos oficiales españoles a cuyo cargo corría la resistencia se doblegaban con excesiva facilidad, y la idea de la corrupción se desprendió de la victoria; dio la impresión de que, más que ganar las batallas, alguien se había ganado a los generales; y los soldados vencedores regresaron humillados. Guerra amenguadora, efectivamente, donde pudo leerse *Banco de Francia* en los pliegues de la bandera.

Los soldados de la guerra de 1808, a quienes se les había venido encima con fuerza formidable Zaragoza, fruncían el ceño en 1823 al ver con qué facilidad se abrían las puertas de las ciudadelas, y empezaban a echar de menos a Palafox. Así es el carácter francés: prefiere enfrentarse a Rostopchine que a Ballesteros.

Desde un punto de vista aún más grave, y en el que conviene insistir también, esta guerra, que en Francia ofendía al espíritu militar, indignaba al espíritu democrático. Era una empresa de sojuzgamiento. En aquella campaña, el objetivo del soldado francés, hijo de la democracia, era conquistar un yugo para otros. Contrasentido repugnante. Lo propio de Francia es despertar el alma de los pueblos, no asfixiarla. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la Revolución Francesa: Francia irradia libertad. Es un hecho solar. ¡Quien no lo vea es ciego! Lo dijo Bonaparte.

La guerra de 1823, un atentado contra la generosa nación española, era pues al mismo tiempo un atentado a la Revolución Francesa. Ese abuso de autoridad monstruoso era obra de Francia, obra realizada a la fuerza, pues, si descartamos las guerras liberadoras, todo cuanto hacen los ejércitos lo hacen a la fuerza. Lo indica la expresión *obediencia pasiva.* Un ejército es una peculiar obra maestra que consiste en una combinación en que la fuerza es la consecuencia de una gigantesca cantidad de impotencia. Tal es la explicación de la guerra, que es algo que lleva a cabo la humanidad contra la humanidad pese a la humanidad.

En cuanto a los Borbones, la guerra de 1823 les fue fatídica. La tomaron por un éxito. No vieron el peligro de matar una idea con una consigna. Se confundieron, en su ingenuidad, hasta el punto de introducir en su asentamiento, a modo de elemento de fuerza, el factor debilitante de un crimen. La mentalidad de asechanza alevosa

entró en su política. 1830 fue la germinación de 1823. La campaña de España pasó a ser en sus consejos un argumento a favor de la imposición por la fuerza y de las aventuras de derecho divino. Puesto que Francia había devuelto el poder en España al *rey neto*[20], bien podía volver a implantar la monarquía absoluta en casa propia. Cayeron en ese temible error de confundir la obediencia del soldado con el consentimiento de la nación. Confianzas así llevan a los tronos a la perdición. No hay que quedarse dormido ni a la sombra de un manzanillo ni a la sombra de un ejército.

Volvamos al navío *L'Orion*.

Durante las operaciones del ejército al mando del príncipe-generalísimo, una escuadra navegaba por el Mediterráneo. Acabamos de decir que *L'Orion* pertenecía a esa escuadra y que los avatares del mar lo devolvieron al puerto de Tolón.

Hay en la presencia de un barco de guerra en un puerto un no sé qué que atrae al gentío y lo tiene pendiente de ella. Es que es algo grande, y al gentío le gusta lo que es grande.

Un barco de crucero es uno de los encuentros más espléndidos que pueda tener la genialidad del hombre con el poderío de la naturaleza.

Un barco de crucero lo componen a la vez lo más pesado y lo más liviano, porque tiene que vérselas al tiempo con las tres formas de la sustancia, lo sólido, lo líquido y lo gaseoso, y tiene que luchar contra las tres. Tiene once garfios de hierro para aferrar el granito del fondo del mar, y más alas y más antenas que los insectos voladores para hacerse con el viento de las nubes. Le sale el aliento por los ciento veinte cañones como por unos clarines enormes y responde con altanería al rayo. El océano intenta extraviarlo con la ominosa semejanza de sus olas, pero el navío tiene su alma, la brújula, que lo controla y siempre le señala el norte. En las noches oscuras sus fanales suplen a las estrellas. Así es como contra el viento tiene la cuerda y el trapo; contra el agua, la madera; contra la roca, el hierro, el cobre y el plomo; contra la sombra, la luz; contra al inmensidad, una aguja.

Si queremos hacernos una idea de todas esas proporciones gigantescas cuyo conjunto constituye el barco de crucero, basta con entrar en una de las atarazanas cubiertas y de seis pisos de los

puertos de Brest o de Tolón. Los barcos en construcción están allí, por así decirlo, metidos en una campana. Esa viga colosal es una verga; esa gruesa columna de madera que hay en el suelo y se alarga hasta perderse de vista es el palo mayor. Medido desde la raíz, desde la cala, hasta la cumbre, entre las nubes, llega a las sesenta toesas y tiene tres pies de diámetro en la base. El palo mayor inglés se alza doscientos diecisiete pies por encima de la línea de flotación. La marina de nuestros padres usaba cables; la nuestra, cadenas. El simple montón de cadenas de un navío de cien cañones tiene cuatro pies de alto, veinte pies de ancho y ocho pies de grueso. ¿Y cuánta madera se precisa para construir un barco? Tres mil estéreos. Es un bosque flotante.

Y eso que, dejémoslo claro, sólo estamos hablando aquí de un buque militar de hace cuarenta años, del simple barco de vela; el vapor, aún en sus albores, ha añadido a partir de entonces nuevos milagros a ese prodigio al que llaman barco de guerra. En la actualidad, por ejemplo, el navío mixto de hélice es una máquina sorprendente que mueve un velamen de tres mil metros cuadrados de superficie y lleva una caldera con una fuerza de dos mil quinientos caballos.

Por no hablar de esas maravillas nuevas, el barco antiguo de Cristóbal Colón y de Ruyter es una de las obras maestras del hombre. De fuerza inagotable y de infinitos alientos, almacena el viento en las velas, posee precisión entre la inmensa expansión de las olas, flota e impera.

Llega una hora, sin embargo, en que la borrasca quiebra como una paja esa verga de sesenta pies de largo, en que el viento dobla como un junco ese mástil de cuatrocientos pies de alto, en que esa ancla que pesa diez mil libras se retuerce en las fauces de las olas como el anzuelo de un pescador en la boca de un sollo, en que esos cañones monstruosos sueltan rugidos lastimeros e inútiles que el huracán arrastra hacia el vacío y la oscuridad, en que toda esa fuerza y esa majestad se abisman dentro de un fuerza y una majestad superiores.

Siempre da que pensar a los hombres ver que se desencadena una fuerza inmensa para desembocar en una debilidad inmensa. Por eso, en los puertos, abundan tanto los curiosos, sin entender a veces por completo el porqué, alrededor de esas maravillosas máquinas de

guerra y navegación.

Todos los días, pues, de la mañana a la noche, los muelles, el extremo de los espigones y las escolleras rebosaban de gran número de ociosos y de mirones, como se los llama en París, cuyas ocupaciones consistían en contemplar *L'Orion*.

L'Orion llevaba mucho siendo un barco enfermo. En sus anteriores navegaciones, gruesas capas de conchas se le habían ido acumulando en la obra viva, tantas que iba a media velocidad; lo habían puesto en dique seco el año anterior para raspar esas conchas y volvió luego a navegar. Pero el raspado causó daños en el empernado de la carena. A la altura de las Baleares, el forro de cubierta se resintió y se abrió y, como las vagras no eran a la sazón de chapa, el barco hizo agua. Llegó un fuerte chubasco de equinoccio que hundió a babor el beque y una porta y dañó la mesa de guarnición de mesana. Tras esas averías, *L'Orion* volvió a Tolón.

Estaba anclado cerca del arsenal. Lo estaban avituallando y reparando. El casco no había sufrido daños a estribor, pero habían desclavado en varios sitios algunas tablonerías, como solía hacerse, para que se ventilase la carcasa.

Una mañana, el gentío que estaba mirando presenció un accidente.

La tripulación estaba envergando las velas. El gaviero que debía agarrar la empuñidura de la gavia del mastelero mayor de estribor perdió el equilibrio. Lo vieron trastabillar; la muchedumbre que se agolpaba en el muelle del arsenal soltó un grito; el hombre cayó de cabeza y giró alrededor de la verga, alargando las manos hacia el abismo; agarró, al pasar, el marchapié, primero con una mano y, después, con las dos, y se quedó colgando. Abajo estaba el mar, a una profundidad vertiginosa. Con la sacudida que dio al caer, el marchapié empezó a oscilar violentamente como un columpio. El vaivén del hombre colgado del cabo era el de la piedra de una honda.

Acudir a socorrerlo era exponerse a un peligro espantoso. No se atrevía ninguno de los marineros, todos ellos pescadores de la costa que procedían de una leva reciente. Entretanto el desventurado gaviero iba acusando el cansancio; no se le podía ver la angustia en la cara, pero sí se le intuía el agotamiento en todos los miembros. Los brazos, espantosamente tensos, se le retorcían. Ninguno de los

esfuerzos que hacía para volver a encaramarse servía sino para que fueran a más las oscilaciones del marchapié. No gritaba por temor a malgastar las fuerzas. Nadie esperaba ya sino el minuto en que soltara la cuerda; y, a ratos, todas las caras se desviaban para no ver la caída. Hay momentos en que un trozo de cuerda, una pértiga, una rama de árbol son la mismísima vida; y es espantoso ver cómo un ser vivo se suelta y cae como una fruta madura.

De repente, todos vieron a un hombre que trepaba por el aparejo con la agilidad de un gato salvaje. El hombre iba vestido de rojo, era un presidiario; llevaba un gorro verde: era un presidiario con condena perpetua. Al llegar a la altura de la cofa, una ráfaga de viento se llevó el gorro y dejó al aire una cabeza completamente cana; no era un hombre joven.

Efectivamente, un presidiario de los que el presidio enviaba para trabajar a bordo se había acercado apresuradamente en los primeros momentos al oficial de guardia y, entre la alteración y los titubeos de la tripulación, mientras todos los marineros temblaban y retrocedían, le pidió permiso al oficial para arriesgar la vida intentando salvar al gaviero. El oficial asintió con la cabeza y entonces él rompió de un martillazo la cadena soldada a la argolla que llevaba en el pie y, luego, cogió una cuerda y se abalanzó hacia los obenques. A nadie le llamó la atención en aquellos momentos la facilidad con que se había roto la cadena. No lo recordaron hasta más adelante.

En un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la verga. Se detuvo unos segundos y pareció medirla con la mirada. Aquellos segundos durante los que el viento columpiaba al gaviero en la punta del cabo les parecieron siglos a los que estaban mirando. Por fin el presidiario alzó la vista al cielo y dio un paso. El gentío respiró. Lo vieron correr por la verga. Al llegar a la punta, ató un trozo de cuerda que llevaba consigo y dejó colgar el otro extremo; empezó luego a bajar con las manos por esa cuerda y la angustia se volvió de pronto indecible: en vez de un hombre colgando sobre el abismo, había dos.

Hubiérase dicho una araña que se disponía a cazar una mosca; pero en este caso la araña llevaba consigo la vida y no la muerte. Diez mil miradas estaban clavadas en el grupo aquel. Ni un grito, ni una palabra; el mismo estremecimiento fruncía todos los entrecejos.

Todas las bocas contenían al aliento como si hubieran temido sumar el mínimo hálito al viento que sacudía a aquellos dos pobres hombres.

Entretanto, el presidiario había conseguido arrimarse al marinero. Ya era hora; un minuto más y el hombre, agotado y desesperado, se habría dejado caer el abismo; el presidiario lo ató sólidamente con la cuerda a la que se sujetaba con una mano mientras usaba la otra. Lo vieron por fin subir a la verga y tirar del marinero; lo mantuvo allí un momento para que recobrase las fuerzas y, luego, lo cogió en brazos y lo llevó, andando por la verga, hasta el tamborete y, de allí, a la cofa, donde lo dejó en manos de sus compañeros.

En ese instante el gentío aplaudió; hubo cómitres viejos que lloraron; las mujeres se besaban en el muelle; y se oyó que todas las voces gritaban con algo así como una violencia enternecida: «¡Que indulten a ese hombre!».

En tanto, él había empezado a bajar sin demora para volver al trabajo. Para llegar antes, se fue deslizando por el aparejo y corrió por una verga baja. Todas las miradas lo seguían. Hubo un momento en que todo el mundo temió por él; o estaba cansado o le daba vueltas la cabeza; vieron que titubeaba y trastabillaba. De pronto el gentío soltó un grito tremendo: el presidiario acababa de caerse al mar.

La caída era peligrosa. La fragata *Algeciras* estaba anclada junto a *L'Orion*, y el pobre presidiario había caído entre ambos navíos. Era de temer que fuera a parar debajo de uno de los dos. Cuatro hombres se metieron a toda prisa en una barca. El gentío los animaba; otra vez había regresado la ansiedad a todas las almas. El hombre no había vuelto a aparecer en la superficie. Había desaparecido en el mar sin levantar ni una salpicadura, como si hubiese caído en un tonel de aceite. Echaron sondas, bucearon. Fue en vano. Estuvieron buscándolo hasta la noche; ni tan siquiera encontraron el cuerpo.

Al día siguiente, el diario de Tolón publicaba estas pocas líneas: «17 de noviembre de 1823. — En el día de ayer, un presidiario que estaba trabajando a bordo de *L'Orion* cayó al mar y se ahogó cuando acababa de socorrer a un marinero. No ha sido posible localizar el cadáver. Es de suponer que se quedó metido debajo de los pilotes

del extremo del arsenal. Dicho hombre llevaba el número de registro carcelario 9.430 y se llamaba Jean Valjean».

Libro tercero

Queda cumplida la promesa hecha a la muerta

I

La cuestión del agua en Montfermeil

Montfermeil está entre Livry y Chelles, en las lindes meridionales de esta meseta elevada que separa el Ourcq del Marne. En la actualidad es una población bastante grande que cuenta todo el año con el ornato de villas de escayola y, los domingos, con el de una clase media radiante. En 1823, no había en Montfermeil ni tantas casas blancas ni tantos miembros satisfechos de la clase media. No era sino un pueblo entre bosques. Cierto es que había acá y allá algunas mansiones de recreo del siglo pasado, que era posible identificar por el aspecto señorial, los balcones de hierro forjado y esas ventanas altas cuya multitud de vidrios tiñen la blancura de las contraventanas cerradas con todo tipo de verdes diferentes. Mas no por ello dejaba Montfermeil de ser un pueblo. Los comerciantes de paños retirados y los procuradores mercantiles que iban a pasar temporadas de descanso no lo habían descubierto aún. Era un lugar tranquilo y encantador, que no estaba camino de parte alguna; se podía vivir por poco dinero con ese tipo de vida campesina tan abundante y fácil. Lo único que escaseaba era el agua por la elevación de la meseta.

Había que ir a buscarla bastante lejos. El extremo del pueblo que cae del lado de Gagny tomaba el agua de los estanques espléndidos que hay en esos bosques; el extremo opuesto, que está en las inmediaciones de la iglesia y cae del lado de Chelles, no tenía agua potable sino en un manantial pequeño, a mitad de la cuesta, cerca de la carretera de Chelles, más o menos a un cuarto de hora de Montfermeil.

Hacerse con provisiones de agua era, pues, en todos los hogares una tarea bastante penosa. Las casas ricas, la aristocracia, y también

el figón de los Thénardier, pagaban un céntimo por cada cubo de agua a un buen hombre que a eso se dedicaba y ganaba con aquel negocio del agua en Montfermeil unos cuarenta céntimos diarios; pero el mencionado buen hombre sólo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano y hasta las cinco en invierno, y, cuando caía la noche y estaban ya cerrados los postigos de las plantas bajas, quien no tuviera agua para beber o iba a buscarla o se las apañaba sin ella.

Eso era lo que tenía aterrorizada a esa pobre criaturita de quien el lector no puede haberse olvidado: Cosette. Recordemos que Cosette les era útil a los Thénardier de dos formas: le cobraban a la madre y tenían a su servicio a la niña. En consecuencia, cuando la madre dejó de pagar del todo, ya hemos leído el porqué en los capítulos anteriores, los Thénardier no echaron a Cosette. Les ahorraba el gasto de una criada. Y, como criada, ella era la que iba corriendo por agua cuando hacía falta. Y la niña, a la que espantaba el pensamiento de ir al manantial de noche, se cuidaba muy mucho de que nunca faltase el agua en la casa.

Las Navidades del año 1823 fueron especialmente sonadas en Montfermeil. El comienzo del invierno había sido de temperatura clemente; no había helado ni nevado. Habían llegado de París unos titiriteros y el señor alcalde les dio permiso para colocar sus casetas en la calle mayor; y un grupo de vendedores ambulantes, disfrutando de igual permiso, levantaron sus tenderetes en la plaza de la iglesia, e incluso en la callejuela de Le Boulanger, donde estaba, como el lector recordará seguramente, el figón de los Thénardier. Con todo aquello se llenaron las posadas y las tabernas y esa comarca pequeña y tranquila cobró una animación ruidosa y alegre. Debemos decir incluso, para cumplir fielmente con el papel de historiador, que, entre las curiosidades que se exhibían en la plaza, había una casa de fieras donde unos feriantes horrorosos, cubiertos de andrajos y que procedían a saber de dónde, les enseñaban en 1823 a los campesinos de Montfermeil uno de esos espantosos buitres del Brasil de los que nuestro real museo no cuenta con un ejemplar sino desde 1845 y que tienen por ojos unas escarapelas tricolores. Los naturalistas llaman, creo, a esa ave *Caracara Polyburus;* es del orden los pícidos y de la familia de los falcónidos. Unos cuantos antiguos soldados bonapartistas, personas

sencillas, iban a ver el animal aquel con devoción. Los feriantes presentaban lo de la escarapela tricolor como un fenómeno único, obra exclusiva de Dios, en su bondad, para aquella casa de fieras.

Aquella Nochebuena, varios hombres, carreteros y buhoneros, estaban sentados y bebiendo alrededor de cuatro o cinco velas de sebo en la sala de la planta baja de la posada Thénardier. Esa sala se parecía a la de todas las tabernas; mesa, jarros de estaño, botellas, bebedores, fumadores; poca luz, mucho ruido. Pese a todo, la fecha en que estaban, 1823, la indicaban los dos objetos de moda a la sazón entre la clase media, que estaban encima de una mesa, a saber, un caleidoscopio y una lámpara de hojalata tornasolada. La Thénardier atendía a la cena, que se estaba asando en una buena lumbre; Thénardier, el marido, bebía con sus huéspedes y hablaba de política.

Además de las conversaciones políticas que trataban sobre todo de la guerra de España y del señor duque de Angulema, podían oírse, entre el barullo, paréntesis locales como el siguiente:

—Por la zona de Nanterre y de Suresnes se ha dado bien el vino. Contaban con 2.200 litros y salieron 2.600. Rindió mucho el lagar.

—Pero ¿estaba la uva madura?

—En esa zona no tiene que estar la uva madura para vendimiar. Si vendimias la uva madura, el vino tiene grasa en cuanto llega la primavera.

—¿Así que es un vino muy local?

—Más todavía que los de aquí. Hay que vendimiar la uva verde.

Etcétera.

Otras veces era un molinero quien exclamaba:

—¿Somos nosotros responsables de lo que hay en los sacos? Nos encontramos con un montón de grano menudo que no nos podemos poner a escoger y que no queda más remedio que dejar que pase por la muela; hablo de cizaña, de vicia, de añublo, de ervilla, de rabaniza, de cáñamo, de cola de zorra, y otras muchas cosas de mala calidad, por no mencionar las piedras, que abundan en algunos trigos, sobre todo en los trigos bretones. No tengo ninguna afición a moler trigo bretón, igual que los aserradores de armazones no se la tienen a aserrar vigas donde haya clavos. Piensen en cuánto rendimiento de polvo malo. Y luego se nos quejan de la harina. Y hacen mal. Nosotros no tenemos la culpa de la harina.

En un hueco entre dos ventanas, un segador, sentado a una mesa con el dueño de unas tierras que quería asentar el precio para la siega de un prado en primavera, decía:

—No pasa nada si está húmeda la hierba. Se corta mejor. El rocío es bueno. De todas formas, esa hierba suya es joven y tiene todavía mucha dificultad. Que si está muy tierna… que si el hierro la dobla…

Etcétera.

Cosette estaba en el lugar donde solía, sentada en el travesaño de la mesa de cocina, cerca de la chimenea. Iba vestida de andrajos, calzada con zuecos y sin medias, y estaba tejiendo a la luz de la lumbre unas medias de lana para las niñas Thénardier. Un gatito muy joven jugaba por debajo de las sillas. En una habitación continua se oía la risa y la charla de dos frescas voces infantiles; eran Éponine y Azelma.

Junto a la chimenea había un zurriago, colgado de un clavo.

De vez en cuando, el llanto de un niño muy pequeño, que estaba en algún lugar de la casa, se imponía al ruido de la taberna. Era un niño que la Thénardier había tenido uno de los inviernos anteriores —«sin saber a santo de qué —decía ella—; cosas del frío»— y tenía algo más de tres años. La madre le había dado de mamar, pero no lo quería. Cuando los gritos tenaces del chiquillo resultaban excesivamente molestos, Thénardier decía: «Tu hijo anda piando. Ve a ver qué quiere». «Bah —respondía la madre—. Es un latoso.» Y el niño abandonado seguía llorando en las tinieblas.

II

Donde se completan dos retratos

Aún no hemos visto en este libro a los Thénardier más que de perfil; ha llegado el momento de dar vueltas alrededor de esa pareja y mirarla por todas las caras.

Thénardier acababa de cumplir los cincuenta años; la señora Thénardier rondaba los cuarenta, que son, en la mujer, como los cincuenta; de forma que la edad de la mujer y la del marido estaban equilibradas.

Es posible que a los lectores se les haya quedado, desde la primera vez que apareció, algún recuerdo de la Thénardier, alta, rubia, colorada, gruesa, de buenas carnes, de espaldas cuadradas, enorme y ágil; ya hemos dicho que había en ella algo de esa raza de mujeres colosales y salvajes que se doblan para atrás en las ferias con adoquines colgando de la melena. Se hacía cargo de todo en la casa: las camas, la limpieza de las habitaciones, la colada, la comida y lo que se terciara y llevaba en todo la voz cantante. No tenía más sirvienta que Cosette: un ratón al servicio de un elefante. Cuando ella alzaba la voz, todo temblaba, los cristales, los muebles y las personas. La cara ancha, cuajada de pecas, parecía una espumadera. Tenía barba. Era la imagen ideal de un descargador del mercado de abastos disfrazado de mujer. Blasfemaba estupendamente; se jactaba de cascar una nuez de un simple puñetazo. De no ser por las novelas que había leído y que, a ratos, permitían intuir a la relamida tras la ogresa, nunca se le habría ocurrido a nadie decir de ella: es una mujer. La tal Thénardier era algo así como el fruto del injerto de una cursi en una verdulera. Cuando la oían hablar, decían: «Es un gendarme»; cuando la veían beber, decían: «Es un carretero»; cuando la veían tratar a Cosette, decían: «Es el verdugo».

Cuando se estaba quieta, le asomaba de la boca un diente.

El Thénardier era un hombre bajo, flaco, pálido, anguloso, huesudo, encanijado, que parecía enfermo y estaba como una rosa: ahí empezaban sus embaucos. Solía sonreír por precaución y era educado con casi todo el mundo, incluso con el pordiosero a quien negaba un céntimo. Tenía mirada de garduña y aspecto de hombre de letras. Se parecía mucho a los retratos del padre Delille. Tenía la coquetería de beber con los carreteros. Nunca había conseguido nadie emborracharlo. Fumaba una pipa muy grande. Llevaba blusón y, debajo del blusón, un frac negro viejo. Tenía pretensiones de literato y de materialista. Pronunciaba con frecuencia unos cuantos nombres para fundamentar en ellos las cosas inanes que decía: Voltaire, Raynal, Parny y, cosa curiosa, san Agustín. Aseguraba que tenía un «sistema». Por lo demás, era muy fullero. Un fullósofo. Es una variedad que existe. Recordemos que aseguraba que había servido en el ejército; narraba Waterloo con cierto lujo de detalles; era sargento en un 6.º regimiento de infantería ligera, o un 9.º, vaya usted a saber; él solo, enfrentado con un escuadrón de húsares de la muerte, había protegido con su propio cuerpo y salvado, cruzando entre la metralla, a «un general peligrosamente herido». De ahí el flamante cartel de la fachada y, para la posada, el nombre, en la comarca, de «taberna del sargento de Waterloo». Era liberal, clásico y bonapartista. Había aportado fondos para el Campamento de Asilo. Decían en el pueblo que había estudiado para cura.

Nosotros creemos que había estudiado en Holanda, sencillamente, para posadero. Este pillo, de orden compuesto, era probablemente un flamenco de Lille en Flandes, un francés en París, un belga en Bruselas, muy cómodo a caballo entre dos fronteras. Su proeza en Waterloo ya sabemos cuál fue. Y ya vemos que exageraba un tanto. Su existencia consistía en flujo y reflujo, meandros y aventura. De una conciencia desgarrada viene una vida deshilvanada; y es muy probable que, en aquella época tormentosa del 18 de junio de 1815, Thénardier perteneciera a esa variedad de cantineros merodeadores de la que ya hemos hablado, que iban a la descubierta, vendiendo a éstos, robando a aquéllos y viajando en familia, el marido, la mujer y los niños, en una tartana coja, en pos del avance de las tropas, con el instinto de sumarse siempre al ejército victorioso. Tras finalizar esa campaña, y al contar, como

decía él, con «cumquibus», se fue a Montfermeil y abrió el figón.

Dicho cumquibus, que se componía de las bolsas, los relojes, las sortijas de oro y las cruces de plata cosechadas en los tiempos de siega de los surcos sembrados de cadáveres, no era gran cosa y no llevó muy lejos al vivandero convertido en dueño de figón.

Thénardier tenía ese toque rectilíneo en el ademán que, si blasfema, recuerda al cuartel, y si se santigua, al seminario. Hablaba bien. Insinuaba que era erudito. Pero el maestro de escuela se había fijado en que no siempre pronunciaba bien. Redactaba la nota de los viajeros con pretensiones de superioridad, pero unos ojos duchos en la materia daban a veces con faltas de ortografía. Thénardier era solapado, glotón, perezoso y hábil. No les hacía ascos a las sirvientas, y por eso su mujer había prescindido de ellas. Aquella giganta era celosa. Opinaba que ese hombrecillo flaco y amarillento no podía por menos de inspirar unas ansias universales.

Thénardier, hombre ante todo astuto y equilibrado, era un granuja del género morigerado. Es la especie peor, porque a lo anterior se suma la hipocresía.

No es que Thénardier no fuera, llegado el caso, capaz de ira, tanto al menos como su mujer; pero sucedía muy pocas veces, y, en esos momentos, como la emprendía con todo el género humano; como llevaba dentro un profundo horno de odio; como era de esas personas que se vengan a perpetuidad, que acusan a cuanto se les pone por delante de todo cuanto les ha sucedido y están siempre dispuestas a pagar con el primero que se presente, igual que si de un agravio legítimo se tratara, cuantas decepciones, bancarrotas y calamidades hayan padecido en la vida; como toda aquella levadura leudaba en él y se le salía a borbotones por la boca y por los ojos, en esas ocasiones se volvía espantoso. ¡Pobre del que pasase en momentos así al alcance de su rabia!

Además de todas estas prendas, Thénardier era atento y agudo, callado o charlatán según el momento y siempre con muchísimo tino. Tenía en la mirada algo de los marinos acostumbrados a guiñar los ojos para mirar por los catalejos. Thénardier era un hombre de Estado.

Cuando un recién llegado entraba en el figón, decía, al ver a la Thénardier: es la que manda en casa. Error. Ni siquiera era el ama de casa. El marido era el amo y el ama. Ella hacía y él creaba. Lo

dirigía todo con una especie de acción magnética invisible y continua. Le bastaba con una palabra, y a veces con una seña, y el mastodonte obedecía. El Thénardier era para la Thénardier, sin que ella se diera cuenta del todo, un ser peculiar y soberano. Ella tenía las virtudes de su carácter; nunca se le habría ocurrido disentir, en detalle alguno, del «señor Thénardier», hipótesis inadmisible, por lo demás; nunca le habría quitado la razón en público a su marido en ningún asunto. Nunca habría cometido «delante de forasteros» esa falta que tantas veces cometen las mujeres y que, en lenguaje parlamentario, se llama dejar en descubierto a la corona. Aunque ese buen acuerdo entre ambos no tuviera más resultado que el mal, había contemplación en la sumisión de la Thénardier a su marido. Aquella montaña de ruido y carne se movía sometida al dedo meñique de ese déspota enteco. Era, en su vertiente enana y grotesca, esa cosa universal tan grande: la materia adorando al espíritu puro; porque hay algunas fealdades cuya razón de ser nace de las mismísimas profundidades de la belleza eterna. En Thénardier tenía cabida lo desconocido; de ahí el imperio absoluto de aquel hombre sobre su mujer. Había ocasiones en que ella lo veía como una vela encendida; en otras, lo sentía como una garra.

Aquella mujer era un ser tremendo que sólo quería a sus hijos y sólo temía a su marido. Era madre porque era mamífero. Por lo demás, su maternidad se limitaba a las hijas y, como veremos, no llegaba hasta los hijos varones. Él, el hombre, sólo pensaba en una cosa: hacerse rico.

No lo conseguía. A aquel gran talento le faltaba un escenario digno. Thénardier se arruinaba en Montfermeil, en el caso de que sea posible arruinarse cuando nada se tiene; en Suiza o en los Pirineos, aquel pelagatos habría llegado a millonario. Pero el posadero tiene que pastar donde lo ate el destino.

Quede claro que la palabra *posadero* se utiliza aquí con un sentido limitado y no abarca una categoría entera.

Ese mismo año de 1823, Thénardier tenía alrededor de mil quinientos francos de deudas acuciantes, cosa que lo tenía preocupado.

Por muy tozudamente injusto que fuera el destino con él, el Thénardier era uno de los hombres que mejor entendían, con mayor profundidad y de la forma más moderna, eso que es una virtud en

los pueblos bárbaros y una mercancía entre los pueblos civilizados: la hospitalidad. Era, por lo demás, un cazador furtivo admirable, y su puntería tenía fama. Se reía de cierta forma fría y tranquila que era especialmente peligrosa.

Sus teorías de posadero le brotaban a veces como relámpagos. Tenía aforismos profesionales que le metía en la cabeza a su mujer. «¡El deber del posadero —le decía un día con violencia y en voz baja— es venderle al primero que llegue pitanza, descanso, luz, fuego, sábanas sucias, pulgas, sonrisas y a la criada; es detener a los viandantes, vaciar las bolsas pequeñas y aliviar como es debido las grandes; dar albergue respetuoso a las familias que van de camino; dejar raspado al hombre, desplumar a la mujer, mondar al niño; cobrar por la ventana abierta, por la ventana cerrada, por un sitio junto a la lumbre, por el sillón, por la silla, por el taburete, por el escabel, por el lecho de plumas, por el colchón y por el brazado de paja; saber cuánto desgasta la sombra el espejo y ponerle un precio al desgaste; y, por cien mil demonios, hacerle al viajero pagar por todo, incluso por las moscas que se come su perro.»

Aquel hombre y aquella mujer eran el matrimonio de la astucia y la rabia, las dos caballerías de un tiro repulsivo y terrible.

Mientras el marido rumiaba las cosas y urdía apaños, la Thénardier no pensaba en los acreedores ausentes, no se preocupaba ni del ayer ni del mañana, y vivía arrebatada y entregada por completo al minuto.

Así eran aquellas dos personas. Cosette estaba entre ambas, soportaba la doble presión, como un ser a quien, al tiempo, triturase una muela e hicieran trizas unas tenazas. El hombre y la mujer tenían modales diferentes. A Cosette la molían a palos, eso era cosa de la mujer; iba descalza en invierno, eso era cosa del hombre.

Cosette subía, bajaba, lavaba, cepillaba, frotaba, barría, corría, se afanaba, jadeaba, movía bultos pesados y, aunque endeble, hacía todas las tareas más duras. No había compasión para ella: un ama feroz, un amo venenoso. El figón de los Thénardier era como una telaraña donde Cosette estaba atrapada y temblorosa. Aquella domesticidad siniestra cumplía con los ideales de la opresión. Era algo así como la mosca sirviendo a las arañas.

La pobre niña, pasiva, no decía nada.

Cuando se hallan así, desde el alba misma, tan pequeñas, tan

desnudas entre los hombres, ¿qué sucede en esas almas que acaban de separarse de Dios?

III

Los hombres necesitan vino y los caballos, agua

Habían llegado otros cuatro viajeros.

Cosette reflexionaba tristemente; porque, aunque sólo tuviera ocho años, había padecido tanto ya que se quedaba pensativa con la expresión lúgubre de una anciana.

Tenía un ojo negro, porque la Thénardier le había dado un puñetazo; con lo cual, la Thénardier decía de cuando en cuando: «Lo fea que está con ese ojo pocho».

Así que Cosette estaba pensando que era de noche, muy de noche, que había sido menester llenar de improviso el jarro del lavabo y la jarra de la mesilla en las habitaciones de los viajeros recién llegados y que ya no quedaba agua en la fuente de la cocina.

Lo que la tranquilizaba un poco era que en casa de los Thénardier no se bebía mucha agua. No es que faltasen allí personas sedientas; pero tenían ese tipo de sed que tiene que ver más con la jarra de vino que con la de agua. Aquellos hombres habrían tomado por un salvaje a quien pidiera un vaso de agua entre aquellos vasos de vino. Hubo un momento, no obstante, en que la niña se estremeció; la Thénardier alzó la tapa de una cazuela que hervía en el fogón, cogió luego un vaso y se fue con presteza hacia la fuente. Abrió el grifo; la niña había levantado la cabeza y estaba pendiente de todos sus movimientos. «¡Anda! ¡Si ya no queda agua!», dijo la Thénardier. Luego se quedó callada un rato. La niña no respiraba.

—¡Bah! —añadió la Thénardier, mirando el vaso a medio llenar —. Tendré bastante con esto.

Cosette volvió a su labor, pero estuvo más de un cuarto de hora notando cómo le daba brincos el corazón en el pecho, igual que un copo grande.

Contaba los minutos que iban pasando, y le habría gustado mucho que fuera ya la mañana siguiente.

De vez en cuando, alguno de los bebedores miraba la calle y exclamaba: «¡Está más oscuro que la boca de un horno!». O: «¡Habría que ser gato para salir a estas horas sin un farol!». Y Cosette se sobresaltaba.

De pronto, uno de los buhoneros que paraban en la posada entró y dijo con voz dura:

—No le han dado de beber a mi caballo.

—Claro que sí —dijo la Thénardier.

—Le digo que no, comadre —contestó el vendedor.

Cosette había salido de debajo de la mesa.

—¡Que sí, señor, que sí! —dijo—. El caballo ha bebido. Bebió del cubo. Si hasta se bebió el cubo entero. Le llevé de beber yo, y le hablé.

No era cierto. Cosette mentía.

—Mira ésta, abulta lo que un comino y dice mentiras como una casa —exclamó el vendedor—. ¡Te digo que no ha bebido, bribonzuela! Sabré yo cómo resopla cuando no ha bebido.

Cosette no se desdijo y añadió, con voz ronca de angustia, que apenas se oía:

—¡Y muy bien que bebió!

—Vamos a dejarnos de tonterías —dijo el vendedor, enfadado—. ¡Que le den de beber a mi caballo y acabemos con esto!

Cosette se volvió a meter debajo de la mesa.

—Pues es verdad —dijo la Thénardier—. Si el animal no ha bebido, tendrá que beber.

Luego, mirando alrededor:

—¿Dónde se ha metido ésta ahora?

Se agachó y descubrió a Cosette acurrucada en la otra punta de la mesa, casi entre los pies de los bebedores.

—¿Vienes o no? —gritó la Thénardier.

Cosette salió de aquella especie de agujero donde se había escondido. La Thénardier siguió diciendo:

—Tú, chucho-sin-nombre, ve a dar de beber a ese caballo.

—Pero, señora —dijo Cosette muy bajito—, es que no queda agua.

La Thénardier abrió de par en par la puerta de la calle.

—¡Bueno, pues ve a buscarla!

Cosette agachó la cabeza y fue a buscar un cubo vacío que estaba junto a la chimenea.

El cubo aquel era más grande que ella y la niña podría haberse sentado dentro y caber de sobra.

La Thénardier se volvió a los fogones y probó el guiso de la cazuela con una cuchara de palo mientras refunfuñaba:

—En el manantial sí que queda agua. Así de sencillo. Creo que me habría valido más sofreír las cebollas.

Rebuscó luego en un cajón donde había calderilla, pimienta y escalonias.

—Toma, señorita Sapo —añadió—, según vuelves, te traes un pan grande de la panadería. Aquí tienes una moneda de setenta y cinco céntimos.

Cosette tenía un bolsillito a un lado del delantal; cogió la moneda sin decir palabra y se la metió en ese bolsillo.

Se quedó luego quieta, con el cubo en la mano delante de la puerta abierta. Parecía estar esperando que alguien viniera a socorrerla.

—¡Vete de una vez! —voceó la Thénardier.

Cosette salió. La puerta volvió a cerrarse.

IV

Entra en escena una muñeca

Recordemos que la fila de tenderetes al aire libre que empezaba en la iglesia llegaba hasta la posada. Como los vecinos acomodados pasarían dentro de un rato para ir a misa del gallo, esos comercios estaban muy iluminados con velas que ardían dentro de unos embudos de papel, lo que, como decía el maestro de escuela de Montfermeil, que estaba en aquellos momentos sentado en el figón de los Thénardier, era de un «efecto mágico». En cambio, en el cielo no se veía ni una estrella.

El último tenderete, que estaba precisamente delante de la puerta de los Thénardier, era un comercio de juguetes y baratijas, que resplandecía todo él de oropeles, abalorios y objetos espléndidos de hojalata. En primera fila, y muy a la vista, el vendedor había colocado, sobre un fondo de servilletas blancas, una muñeca grandísima, de casi dos pies, que llevaba un vestido de crespón rosa y espigas de oro en la cabeza y tenía pelo de verdad y ojos de esmalte. Aquella maravilla llevaba todo el día expuesta al pasmo de los transeúntes de menos de diez años sin que hubiera aparecido en Montfermeil una madre con dinero bastante o suficiente prodigalidad para regalársela a su hija. Éponine y Azelma se habían pasado horas contemplándola y la propia Cosette, también es cierto que a hurtadillas, se había atrevido a mirarla.

En el momento en que salió Cosette con el cubo en la mano, por muy apagada y agobiada que estuviera, no pudo impedir alzar la vista hacia aquella muñeca prodigiosa, hacia *la señora,* como la llamaba. La pobre niña se detuvo petrificada, Aún no había visto la muñeca de cerca. Toda la caseta parecía un palacio; aquella muñeca no era una muñeca, era una visión. Era la alegría, el esplendor, la

riqueza, la felicidad que se le aparecían entre algo parecido a un resplandor quimérico a aquella pobre criaturita tan profundamente hundida en una miseria fúnebre y fría. Cosette calibraba con esa sagacidad candorosa y triste de la infancia el abismo que la separaba de aquella muñeca. Se decía que había que ser reina o, al menos, princesa para tener «una cosa» así. Miraba fijamente el precioso vestido rosa, el precioso pelo liso, y pensaba: «¡Qué feliz debe de ser esa muñeca!». No podía apartar los ojos de aquel comercio fantástico. Cuanto más lo miraba, más deslumbrada estaba. Le parecía que estaba viendo el paraíso. Había otras muñecas detrás de la muñeca grande que le parecían hadas y genios. Le daba la impresión de que el comerciante, que andaba de acá para allá al fondo de su caseta, era, en cierto modo, Dios Padre.

Sumida en esa adoración se olvidaba de todo, incluso del recado que tenía que hacer. De repente, la voz ruda de la Thénardier la devolvió a la realidad: «¡Cómo, pánfila! ¿Todavía no te has ido? ¡Espera que voy para allá! ¿Qué demonios estará haciendo ahí? ¡So bicho raro!».

La Thénardier había echado una ojeada a la calle y había visto a Cosette en pleno éxtasis.

Cosette salió corriendo con el cubo, dando las zancadas mayores que podía.

V

Pobre niña solita

Como la posada de los Thénardier estaba en esa parte del pueblo que cae junto a la iglesia, al manantial que estaba en el bosque, de camino a Chelles, era donde tenía que ir Cosette a coger agua.

No miró ni un puesto más. Mientras estuvo en la callejuela de Le Boulanger y en las inmediaciones de la iglesia, los comercios encendidos iluminaban el camino, pero no tardó en desaparecer la luz del último tenderete. La pobre niña se vio a oscuras. Se hundió en esa oscuridad. Pero, como se iba sintiendo cada vez más impresionada, según andaba movía cuanto podía el asa del cubo. Hacía un ruido que la acompañaba.

Cuanto más avanzaba, más densas se volvían las tinieblas. Ya no había nadie por las calles. No obstante, se cruzó con una mujer que se volvió al verla pasar y se quedó quieta mascullando: «Pero ¿adónde irá esta niña? ¿Será una niña lobisona?». Luego, la mujer reconoció a Cosette y dijo: «¡Anda! ¡Si es la Alondra!».

Cosette cruzó así por aquel laberinto de calles tortuosas y desiertas por las que se sale del pueblo de Montfermeil camino de Chelles. Mientras hubo casas, o incluso sólo tapias, a ambos lados del camino fue andando con bastante determinación. De vez en cuando, veía el resplandor de una vela a través de la rendija de un postigo: era luz y era vida, había gente por allí cerca y eso la tranquilizaba. Pero, según avanzaba, iba andando más despacio sin hacerlo aposta. Cuando hubo dejado atrás la esquina de la última casa, Cosette se detuvo. Ir más allá del último comercio había sido difícil; ir más allá de la última casa era imposible. Dejó el cubo en el suelo, se hundió la mano en el pelo y empezó a rascarse la cabeza despacio, un gesto que hacen los niños aterrados e indecisos.

Aquello no era ya Montfermeil, era el campo. Tenía delante una extensión negra y desierta. Miró con desesperación aquella oscuridad donde ya no había nadie, donde había animales, donde a lo mejor había fantasmas. Miró bien y oyó a los animales andar por la hierba y vio claramente a los fantasmas que se movían en los árboles. Entonces volvió a agarrar el cubo; el miedo la volvía atrevida. Se dijo: «¡Bah! ¡Le diré que no quedaba agua!». Y volvió a entrar muy decidida en Montfermeil.

No había dado cien pasos cuando volvió a pararse y a rascarse la cabeza. Quien se le aparecía ahora era la Thénardier; la Thénardier, repulsiva con aquella boca de hiena y la ira ardiéndole en los ojos. La niña lanzó una ojeada lastimera hacia adelante y hacia atrás. ¿Qué hacer? ¿Qué iba a ser de ella? ¿Dónde ir? Por delante, el espectro de la Thénardier; por detrás, todos los fantasmas de la noche y del bosque. Fue ante la Thénardier ante quien retrocedió. Volvió a tomar el camino de la fuente y echó a correr. Salió del pueblo corriendo, se metió en el bosque corriendo, sin mirar nada, sin escuchar nada. No dejó de correr hasta que se quedó sin aliento; pero no dejó de andar. Iba de frente, descompuesta.

Mientras corría tenía ganar de llorar.

El temblor nocturno del bosque la rodeaba por completo. Ya no pensaba, ya no veía. La noche inmensa enfrentada a aquel ser tan pequeño. De un lado, toda la sombra; del otro, un átomo.

Sólo había siete u ocho minutos desde la linde del bosque hasta el manantial. Cosette se sabía el camino porque lo había hecho más de una vez de día. Cosa rara, no se perdió. Un resto de instinto la guiaba más o menos. Pero no miraba ni a derecha ni a izquierda por temor a ver cosas en las ramas y en los matorrales. Así llegó al manantial.

Era una estrecha cubeta natural que había excavado el agua en un suelo arcilloso, con una profundidad de unos dos pies, rodeada de musgo y de esas hierbas grandes y gofradas a las que llaman gorgueras de Enrique IV; unas cuantas piedras grandes hacían de pavimento. Salía de allí un arroyo que hacía un ruidito apacible.

Cosette no se detuvo a respirar. Estaba muy oscuro, pero estaba acostumbrada a ir a ese manantial. Buscó con la mano izquierda, en la oscuridad, un roble joven que se inclinaba hacia el manantial y solía servirle de punto de apoyo, dio con una rama, se colgó de ella,

se agachó y metió el cubo en el agua. Era presa de tal tensión en aquellos momentos que se le triplicaban las fuerzas. Mientras estaba así inclinada, no se dio cuenta de que se le vaciaba el bolsillo del delantal en el manantial. La moneda de setenta y cinco céntimos cayó al agua. Cosette ni la vio ni la oyó caer. Sacó el cubo casi lleno y lo dejó en la hierba.

Entonces se dio cuenta de que estaba exhausta. Le habría gustado irse enseguida; pero el esfuerzo de llenar el cubo había sido tan grande que no pudo dar ni un paso. No le quedó más remedio que sentarse. Se desplomó en la hierba y allí se quedó, acurrucada.

Cerró los ojos y luego los volvió a abrir, sin saber por qué, pero no podía evitarlo.

Junto a ella, el agua que se movía en el cubo hacía redondeles que parecían serpientes de fuego blanco.

Más arriba de su cabeza, cubrían el cielo grandes nubes negras que eran como lienzos de humo. La máscara trágica de la sombra parecía inclinarse de forma inconcreta sobre aquella niña.

Júpiter se estaba poniendo, allá arriba. La niña miraba con ojos extraviados aquella estrella grande que no conocía y que le daba miedo. Efectivamente, el planeta estaba en aquellos momentos muy cerca del horizonte y se transparentaba entre una densa capa de bruma que le daba un tono rojo espantoso. Esa bruma, lúgubremente purpúrea, aumentaba el tamaño del astro. Parecía una llaga luminosa.

Llegaba un viento frío desde la llanura. El bosque era tenebroso, no había roce alguno de hojas, no había ninguno de esos inconcretos y frescos resplandores del verano. Ramajes altos se erguían espantosamente. Matorrales encanijados y deformes silbaban en los claros. Las hierbas altas bullían con el viento helado, como anguilas. Las zarzas se retorcían como brazos largos armados de garras que intentaban aferrar alguna presa. Unos cuantos brezos secos, que empujaba el viento, pasaban deprisa y parecían huir atemorizados de algo que venía detrás. Por todos lados había extensiones lúgubres.

La oscuridad da vértigo. El hombre necesita claridad. Quien se hunde en lo contrario de la luz nota el corazón oprimido. Cuando los ojos ven la negrura, la mente ve turbio. En el eclipse de la noche, en la opacidad fuliginosa hay ansiedad incluso para los más

fuertes. Nadie camina solo y de noche por el bosque sin estremecerse. Sombras y árboles, dos densidades ominosas. Surge una realidad quimérica en la hondura imprecisa. Lo inconcebible se esboza a pocos pasos por delante con una nitidez espectral. Vemos flotar, por el espacio o en nuestras propias mentes, a saber qué cosas inconcretas e inaprensibles como los sueños de las flores dormidas. Sobre el telón de fondo del horizonte hay posturas fieras. Respiramos los efluvios del gran vacío negro. Sentimos miedo y ganas de mirar lo que tenemos a la espalda. Las cavidades de la noche, las cosas que se han vuelto desencajadas: perfiles taciturnos que se disipan cuanto nos acercamos, desmelenamientos oscuros, matas irritadas, charcos lívidos, lo lúgubre reflejado en lo fúnebre, la inmensidad sepulcral del silencio, los posibles seres desconocidos, inclinaciones de ramas misteriosas, espantosos torsos de árboles, largos puñados de hierbas trémulas: estamos indefensos ante todo eso. No hay coraje que no se sobresalte y no note la proximidad de la angustia. Notamos algo repulsivo, como si el alma se amalgamase con la sombra. Esa forma en que se nos meten dentro las tinieblas es tan siniestra en un niño que no se puede ni expresar.

Los bosques son apocalipsis, y el batir de alas de un alma niña hace un ruido agónico bajo su bóveda monstruosa.

Sin darse cuenta de qué sentía, Cosette notaba que se adueñaba de ella esa enormidad negra de la naturaleza. No era ya sólo el terror lo que la invadía, era algo más terrible incluso que el terror. Tiritaba. Faltan las palabras para decir por qué era tan extraño aquel escalofrío que le helaba hasta el fondo del corazón. Se le había vuelto la mirada hosca. Le parecía notar que a lo mejor no iba a poder impedirse regresar allí al día siguiente a la misma hora.

Entonces, por una suerte de instinto, para salir de aquel estado singular que no entendía, pero que la atemorizaba, empezó a contar en voz alta, uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y, al acabar, empezó otra vez. Recuperó así la percepción auténtica de las cosas que la rodeaban. Notó el frío en las manos, que se había mojado al coger agua. Se puso de pie. Le había vuelto un miedo natural e irreprimible. Sólo pensó ya en salir huyendo; en salir huyendo a todo correr bosque a través, campo a través, hasta las casas, hasta las ventanas, hasta las velas encendidas. Puso los ojos en el cubo que tenía delante. Le inspiraba tal miedo la Thénardier que no se

atrevió a escapar sin llevarse el cubo de agua. Cogió el asa con ambas manos. Le costó levantar el cubo.

Dio una docena de pasos, pero el cubo estaba lleno, pesaba, no le quedó más remedio que volver a dejarlo en el suelo. Tomó aire un instante, luego volvió a tirar del asa y echó a andar; esta vez tardó algo más en pararse. Pero tuvo que hacerlo otra vez. Tras descansar unos segundos, siguió adelante. Andaba encorvada y con la cabeza gacha, como una vieja; el peso del cubo le tensaba y le endurecía los brazos flacos, el asa de hierro acababa de entumecerle y helarle las manitas mojadas; de vez en cuando, no le quedaba más remedio que detenerse; y siempre que lo hacía, el agua fría que salpicaba fuera del cubo le caía en las piernas, que llevaba al aire. Todo esto sucedía en lo hondo de un bosque, de noche, en invierno, lejos de toda mirada humana; era una niña de ocho años. Sólo Dios en aquellos momentos veía aquello tan triste.

¡Y su madre seguramente, por desdicha!

Porque hay cosas que hacen que los muertos abran los ojos en la tumba.

Jadeaba con una especie de estertor doloroso; los sollozos le oprimían la garganta, pero no se atrevía a llorar, de tanto como temía a la Thénardier, incluso a distancia. Tenía por costumbre pensar que estaba siempre en presencia de la Thénardier.

Pero no podía adelantar mucho en aquellas condiciones, y avanzaba muy despacio, por mucho que acortase las paradas y caminase cada vez el mayor trecho posible. Pensaba angustiada que iba a necesitar más de una hora para volver así a Montfermeil y que la Thénardier le iba a dar una paliza. Se le mezclaba aquella angustia con el espanto de estar sola y de noche en el bosque. Estaba exhausta y aún no había salido de él. Al llegar a un castaño viejo que le era familiar, hizo una última parada, más larga que las otras, para estar muy descansada; hizo luego acopio de todas sus fuerzas, volvió a coger el cubo y echó a andar de nuevo valientemente. Pero, no obstante, la pobre criaturita desesperada no pudo por menos de exclamar: «¡Ay, Dios mío, Dios mío!».

En ese momento, notó de repente que ya no le pesaba el cubo. Una mano que le pareció gigantesca acababa de coger el asa y la alzaba vigorosamente. La niña levantó la cabeza. Una forma grande y negra, tiesa y erguida, caminaba junto a ella en la oscuridad. Era

un hombre que había llegado por detrás y a quien no había oído acercarse. Aquel hombre, sin decir palabra, había agarrado por el asa el cubo que ella llevaba.

Existen instintos para todos los encuentros de la vida. La niña no tuvo miedo.

VI

Algo que quizá demuestre la inteligencia de Boulatruelle

En la tarde de aquel mismo día de Nochebuena, un hombre anduvo paseando bastante rato por la parte menos concurrida del bulevar de L'Hôpital de París. Aquel hombre tenía aspecto de andar buscando alojamiento y parecía fijarse de preferencia en las casas más modestas de esas lindes destartaladas del arrabal de Saint-Marceau.

Veremos más adelante que, efectivamente, aquel hombre había alquilado una habitación en ese barrio aislado.

El hombre, tanto en la indumentaria cuanto en el aspecto personal, se ajustaba al tipo de eso que podría llamarse el mendigo de confianza: la miseria extremada unida a la más escrupulosa pulcritud. Se trata de una mezcla bastante infrecuente que inspira a las personas inteligentes ese doble respeto que sentimos por quien es muy pobre y por quien es muy digno. Llevaba un sombrero de media copa, viejísimo y cepilladísimo; una levita tazada de grueso paño de tono ocre, color que no resultaba raro por entonces; un chaleco holgado y con bolsillos de corte anticuado; un calzón negro que se había vuelto gris en las rodillas; medias de lana negra y zapatones con hebillas de cobre. Hubiérase dicho un antiguo preceptor de buena familia regresado de la emigración. Por el pelo, blanco del todo, por la frente arrugada, por los labios lívidos, por el rostro del que no trascendía sino agobio y cansancio de la vida, se le habrían podido echar mucho más de sesenta años. Por el paso firme, aunque despacioso, por el vigor singular que impregnaba todos sus movimientos apenas se le habrían echado cincuenta. Las arrugas de la frente eran armoniosas, y a cualquiera que lo mirase

atentamente le hablarían a su favor. Le contraía los labios una mueca curiosa, que parecía severa y era humilde. Tenía en lo hondo de los ojos a saber qué serenidad adusta. Llevaba en la mano izquierda un paquetito dentro de un pañuelo anudado; con la mano derecha se apoyaba en una especie de palo cortado de un seto. Estaba tallado aquel palo con cierto esmero y tenía bastante buen aspecto; se les había sacado partido a los nudos y con cera roja se había simulado una empuñadura de coral; era un garrote y parecía un bastón.

Pasa poca gente por ese bulevar, sobre todo en invierno. Aquel hombre parecía, aunque sin aspavientos, más bien evitarla que encontrarse con ella.

Por aquella época, el rey Luis XVIII iba casi a diario a Choisy-le-Roi. Era uno de sus paseos favoritos. A eso de las dos, de forma casi invariable, se veían pasar a galope tendido el coche y el real séquito por el bulevar de L'Hôpital.

A las mujeres pobres del barrio les hacía las veces de saboneta y de reloj de pared; decían: «Son las dos; ya se vuelve a Les Tuileries».

Y había quienes acudían y había quienes se apartaban; porque un rey que pasa es siempre un barullo. Por lo demás, la aparición y la desaparición de Luis XVIII siempre causaban cierta impresión en las calles de París. Eran veloces, pero majestuosas. A aquel rey tullido le gustaban los caballos al galope; como no podía andar, quería correr; a aquel baldado sin piernas le habría gustado que tirase de él el relámpago. Pasaba, pacífico y serio, entre sables desenvainados. La mole de su berlina, dorada de arriba abajo, con ramas de lirio muy grandes pintadas en los entrepaños, rodaba ruidosamente. Apenas si daba tiempo a echarle una ojeada. Se veía en la esquina de la derecha, al fondo, sobre unos almohadones acolchados de raso blanco, una cara ancha, recia y encarnada; una peluca «a lo pájaro real» recién empolvada; una mirada altanera, dura y aguda; una sonrisa de letrado; dos charreteras abultadas y con flecos en un frac burgués; el toisón de oro; la cruz de san Luis; la cruz de la Legión de Honor; la placa de plata del Espíritu Santo; una tripa grande y un cordón azul ancho: era el rey. Fuera de París, llevaba el sombrero de plumas blancas en las rodillas, metidas en altas polainas inglesas; cuando entraba en la ciudad, se ponía el sombrero y saludaba poco. Miraba al pueblo con frialdad y el

pueblo se comportaba a la recíproca. Cuando apareció por primera vez en el barrio de Saint-Marceau, no tuvo más reconocimiento que esta frase que le dijo un vecino del barrio a otro vecino: «Ese gordo es el gobierno».

Aquel paso infalible del rey a la misma hora era, pues, el acontecimiento cotidiano del bulevar de L'Hôpital.

Estaba claro que el paseante de la levita amarilla no era del barrio y, seguramente, tampoco era de París, porque no estaba al tanto de ese detalle. Cuando, a las dos, el coche regio, rodeado de un escuadrón de guardias de corps con galones de plata, irrumpió en el bulevar tras haber girado en La Salpêtrière, pareció sorprendido y casi asustado. Sólo estaba él en el paseo lateral; se amparó deprisa tras una esquina de la muralla, lo que no impidió que el duque de Havré lo divisara. El duque de Havré, que estaba ese día de servicio como capitán de la guardia, iba sentado en el coche enfrente del rey. Le dijo a Su Majestad: «Qué mala pinta tiene ese hombre». Unos policías que despejaban el camino por el que pasaba el rey se fijaron en él también y le dieron la orden a uno de ellos de que lo siguiera. Pero el hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal y, como empezaba a bajar la luz, el agente le perdió el rastro, de lo que queda constancia en un informe que esa misma noche recibió el conde Anglès, ministro de Estado y prefecto de policía.

Cuando el hombre de la levita amarilla hubo despistado al agente, apretó el paso, no sin volverse en muchas ocasiones para asegurarse de que no lo seguían. A las cuatro y cuarto, es decir, ya de noche cerrada, pasó delante del teatro de la Porte de Saint-Martin, donde ponían ese día *Los dos presidiarios*. El cartel, que iluminaban los faroles del teatro, le llamó la atención porque, aunque caminaba deprisa, se detuvo para leerlo. Poco después estaba en el callejón sin salida de La Planchette y entraba en *Le Plat d'Étain,* donde estaban a la sazón las oficinas del coche de Lagny. El coche salía a las cuatro y media. Los caballos ya estaban enganchados y los viajeros, a quienes había llamado el cochero, subían presurosos por la escalerilla de hierro del carruaje.

El hombre preguntó:

—¿Le queda un asiento?

—Uno solo, a mi lado, en el pescante —dijo el cochero.

—Lo cojo.

—Suba.

No obstante, antes de salir, el cochero le echó una ojeada al atuendo no muy lucido del viajero y al tamaño tan pequeño del paquete que llevaba y le pidió que le pagara el viaje.

—¿Va hasta Lagny? —preguntó el cochero.

—Sí —dijo el hombre.

El viajero pagó hasta Lagny.

Arrancaron. Tras cruzar el portillo, el cochero intentó pegar la hebra, pero el viajero sólo contestaba con monosílabos. El cochero resolvió silbar e insultar a los caballos.

El cochero se arrebujó en el gabán. Hacía frío. El hombre no parecía darse cuenta de ello. Cruzaron así Gournay y Neuilly-sur-Marne.

A eso de las seis estaban en Chelles. El cochero se detuvo, para que descansaran los caballos, ante la posada de carreteros que hay en los edificios viejos de la abadía real.

—Me quedo aquí —dijo el hombre.

Cogió el paquete y el palo y se bajó de un salto del coche.

Un segundo después ya había desaparecido.

No había entrado en la posada.

Cuando, al cabo de unos minutos, el coche volvió a arrancar camino de Lagny, no se lo encontraron por la calle mayor de Chelles.

El cochero se volvió hacia los viajeros que iban en el coche.

—Ese hombre no es de por aquí —dijo—, porque no lo conozco. Da la impresión de no tener ni cinco, aunque no escatima el dinero; paga la plaza hasta Lagny y se queda en Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada y no nos lo volvemos a encontrar. Así que se lo ha tragado la tierra.

Al hombre no se lo había tragado la tierra, sino que había recorrido a toda prisa, en la oscuridad, la calle mayor de Chelles; luego, había tirado a la izquierda, antes de llegar a la iglesia, por el camino vecinal que va a Montfermeil, como persona que conoce la zona y ha estado ya otras veces en ella.

Iba deprisa por aquel camino. En el punto en que lo cruza la antigua carretera flanqueada de árboles que va de Gagny a Lagny, oyó acercarse a unos transeúntes. Se escondió a toda prisa en la

cuneta y esperó a que aquellas personas pasaran y se alejasen. En cualquier caso, la precaución casi estaba de más porque, como ya hemos dicho, era una noche de diciembre muy oscura. Apenas si se veían una o dos estrellas en el cielo.

En ese punto es donde empieza la cuesta que sube a la colina. El hombre no se metió por el camino de Montfermeil; tiró a la derecha, a campo traviesa, y llegó a zancadas al bosque.

Cuando estuvo en el bosque, aminoró el paso y empezó a mirar cuidadosamente todos los árboles, avanzando paso a paso, como si buscase y siguiera un camino misterioso que sólo conociese él. Hubo un momento en que pareció que estaba perdido y se detuvo, indeciso. Por fin llegó, titubeando una y otra vez, a un claro donde había un montón de voluminosas piedras blancas. Se acercó deprisa a esas piedras y las examinó atentamente por entre la bruma de la noche, como si les pasara revista. Había a pocos pasos del montón de piedras un árbol grande, cubierto de esos bultos que son las verrugas de la vegetación. Se dirigió hacia ese árbol y paseó la mano por la corteza del tronco, como si intentase encontrar y contar todas las verrugas.

Enfrente de aquel árbol, que era un fresno, había un castaño, enfermo tras perder la corteza, al que habían vendado con una tira de cinc clavada. Se puso de puntillas y tocó la tira de cinc.

Estuvo un rato pisoteando el suelo en el espacio entre el árbol y las piedras, como si quisiera comprobar que no habían removido la tierra hacía poco.

Hecho esto, se orientó y siguió andando por el bosque.

Era con ese hombre con quien acababa de encontrarse Cosette.

Mientras iba, entre los árboles, hacia Montfermeil, divisó aquella sombra menuda que se movía con un gemido, que dejaba un bulto en el suelo y, luego, volvía a cogerlo y echaba a andar otra vez. Se acercó y cayó en la cuenta de que era una niña muy pequeña cargada con un cubo de agua enorme. Entonces se acercó a la niña y cogió, sin decir nada, el asa del cubo.

VII

Cosette y el desconocido juntos en la oscuridad

Ya hemos dicho que Cosette no se asustó.

El hombre le habló. Hablaba con voz profunda y casi en voz baja.

—Hijita, esto pesa mucho.

Cosette alzó la cabeza y contestó:

—Sí, señor.

—Suelta —dijo el hombre—. Ya lo llevo yo.

Cosette soltó el cubo. El hombre echó a andar a su lado.

—Pesa mucho, desde luego —dijo entre dientes. Luego añadió:

»¿Cuántos años tienes, pequeña?

—Ocho, señor.

—¿Y vienes de lejos con esto?

—Del manantial que está en el bosque.

—¿Y vas lejos?

—A un cuarto de hora largo de aquí.

El hombre se quedó callado un rato; luego dijo de golpe:

—¿No tienes madre?

—No lo sé, señor —contestó la niña.

Antes de que al hombre le diera tiempo de volver a hablar, añadió:

—Me parece que no. Las demás sí tienen. Pero yo no.

Y, tras un silencio, siguió diciendo:

—Me parece que nunca he tenido.

El hombre se paró, dejó el cubo en el suelo, se agachó y le puso ambas manos en los hombros a la niña, esforzándose por mirarla y verle la cara en la oscuridad.

La cara flaca y desmejorada de Cosette se dibujaba vagamente a

la luz lívida del cielo.

—¿Cómo te llamas? —dijo el hombre.

—Cosette.

Fue como si al hombre le diera una descarga eléctrica. La miró otra vez; luego le quitó las manos de los hombros a Cosette, cogió el cubo y echó a andar otra vez.

Al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Dónde vives, pequeña?

—En Montfermeil, que no sé si lo conocerá usted.

—¿Ahí es donde vamos?

—Sí, señor.

Él hizo otra pausa y, después, siguió preguntando:

—¿Y quién te ha mandado a estas horas a buscar agua al bosque?

—La señora Thénardier.

El hombre siguió preguntando con un tono de voz que pretendía que fuera indiferente, pero en el que había, no obstante, un temblor singular.

—¿Y a qué se dedica la tal señora Thénardier?

—Es mi ama —dijo la niña—. Es la dueña de la posada.

—¿De la posada? —dijo el hombre—. Bueno, pues me voy a quedar en la posada esta noche. Llévame.

—Allí vamos —dijo la niña.

El hombre andaba bastante deprisa. Cosette lo seguía sin esfuerzo. Ya no notaba el cansancio. De vez en cuando, alzaba la vista hacia aquel hombre con una especie de tranquilidad y una confianza indecible. Nunca le habían enseñado a pedir nada a la Providencia ni a rezar. Pero, sin embargo, sentía por dentro algo que se parecía a la esperanza y a la alegría y que se elevaba hacia el cielo.

Pasaron unos minutos. El hombre siguió preguntando:

—¿Y no hay criada en casa de la señora Thénardier?

—No, señor.

—¿Estás tú sola?

—Sí, señor.

Hubo otra interrupción. Se alzó la voz de Cosette:

—Bueno, están las dos niñas.

—¿Qué niñas?

—Ponine y Zelma.

Así simplificaba la niña los nombres novelescos que tanto le gustaban a la Thénardier.

—¿Y quiénes son Ponine y Zelma?

—Son las señoritas de la señora Thénardier. Sus hijas, vamos.

—¿Y a ésas qué les pasa?

—¡Ah —dijo la niña—, pues tienen muñecas muy bonitas, y cosas con oro, y muchísimo de todo! Juegan y se lo pasan bien.

—¿Todo el día?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Yo trabajo.

—¿Todo el día?

La niña alzó los ojos grandes donde había unas lágrimas que no se veían porque era de noche. Y contestó bajito:

—Sí, señor.

Tras un intervalo en silencio, añadió:

—A veces, cuando he terminado el trabajo y me dejan, también me lo paso bien.

—¿Y cómo te lo pasas bien?

—Como puedo. Me dejan, pero no tengo muchos juguetes. Ponine y Zelma no quieren que juegue con sus muñecas. Nada más tengo un sable pequeñito de plomo, que sólo es así de largo.

Y la niña enseñaba el meñique.

—¿Y que no corta?

—Sí que corta, señor —dijo la niña—. Corta la ensalada y les corta la cabeza a las moscas.

Llegaron al pueblo; Cosette guió al forastero por las calles. Pasaron delante de la panadería, pero Cosette no se acordó del pan que tenía que llevar. El hombre había dejado de hacerle preguntas y ahora estaba callado, con un silencio taciturno. Cuando dejaron atrás la iglesia, el hombre, al ver todos aquellos tenderetes al aire libre, le preguntó a Cosette:

—¿Hay una feria?

—No, señor. Es Navidad.

Cuando ya estaban llegando a la posada, Cosette le tocó el brazo con timidez.

—Señor…

—¿Qué, hijita?

—Ya estamos muy cerca de casa.

—¿Y qué?

—¿Me devuelve el cubo?

—¿Por qué?

—Es que si la señora ve que me lo ha llevado alguien, me pegará.

El hombre le dio el cubo. Un momento después, estaban delante de la puerta del figón.

VIII

De los inconvenientes de recibir a un pobre que a lo mejor es un rico

Cosette no pudo por menos de mirar de reojo la muñeca grande que seguía expuesta en la juguetería; luego llamó. Se abrió la puerta. Apareció la Thénardier con una vela de sebo en la mano.

—¡Ah, eres tú, so golfa! ¡Anda y que no te lo has tomado con calma! ¡Se habrá entretenido jugando la muy bribona!

—Señora —dijo Cosette, temblando—, este señor busca habitación.

La Thénardier trocó en el acto la cara hosca por una mueca amable, un cambio a la vista del público muy propio de los posaderos, y buscó ávidamente con la mirada al recién llegado.

—¿Es este señor?

—Sí, señora —contestó el hombre, llevándose la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan educados. Aquel gesto y la inspección de la indumentaria y el equipaje del forastero, a quien pasó revista la Thénardier de una ojeada, consiguieron que se desvaneciera la mueca amable y volviera a aparecer la expresión hosca. Dijo, muy seca:

—Entre, buen hombre.

El «buen hombre» entró. La Thénardier le echó otra ojeada, se fijó en especial en la levita, que estaba de lo más tazado, y en el sombrero, algo abollado, y consultó con una inclinación de cabeza, arrugando la nariz y guiñando los ojos, a su marido, que seguía bebiendo con los carreteros. El marido contestó con ese imperceptible movimiento del dedo índice que, remachado con la mueca de sacar los labios hacia fuera, quiere decir en casos así: más

pobre que las ratas. En vista de ello, la Thénardier exclamó:

—Vaya, buen hombre, ¡no sabe cuánto lo siento! Pero no me queda sitio.

—Póngame donde quiera —dijo el hombre—, en el desván o en la cuadra. Pagaré como si me diera una habitación.

—Dos francos.

—Dos francos, de acuerdo.

—Pues muy bien.

—¡Dos francos! —le dijo por lo bajo un carretero a la Thénardier —. Pero ¡si es un franco nada más!

—Son dos francos para él —contestó la Thénardier con el mismo tono de voz—. No doy posada a los pobres por menos.

—Es que —añadió el marido con todo suave— tener a gente así desprestigia el negocio.

Entretanto, el hombre, tras haber dejado en un banco el paquete y el bastón, se había sentado a una mesa encima de la cual Cosette se había apresurado a dejar una botella de vino y un vaso. El comerciante que había pedido el cubo de agua había ido personalmente a dar de beber a su caballo. Cosette había vuelto a su lugar debajo de la mesa de la cocina y a su labor de punto.

El hombre, que apenas si había humedecido los labios en el vaso de vino que se había puesto, miraba a la niña con una atención muy peculiar.

Cosette era fea. Si hubiera sido feliz, a lo mejor habría sido bonita. Ya hemos esbozado esa silueta menuda y sombría. Cosette era flaca y pálida; tenía casi ocho años y apenas si aparentaba seis. Los ojos grandes, hundidos en algo así como una sombra, estaban casi apagados a fuerza de llorar. Las comisuras de la boca tenían esa curva de la angustia habitual que suele verse en los condenados y en los enfermos desahuciados. Tenía las manos, como había intuido su madre, «perdidas de sabañones». El fuego, que la iluminaba en ese momento, resaltaba los picos salientes de los huesos y tornaba aquella delgadez espantosamente aparente. Como siempre estaba tiritando, había cogido la costumbre de apretar las rodillas. Cuanto llevaba encima eran andrajos que habrían movido a compasión en verano y causaban espanto en invierno. Todo cuanto la cubría era de lienzo y lleno de agujeros; ni un trapo de lana. Se le veía la piel a trozos y, por todas partes, se vislumbraban manchas azules o negras

que indicaban los sitios en que la Thénardier le había puesto la mano encima. Tenía las piernas, que llevaba al aire, rojas y canijas. El hueco entre ambas clavículas daba ganas de llorar. Toda su persona, el aspecto, la actitud, el tono de voz, los intervalos entre una palabra y otra, la mirada, los silencios, los mínimos gestos, expresaban y traducían una única idea: el temor.

Llevaba el temor derramado por encima; la cubría, por así decirlo; el temor le pegaba los codos a las caderas, le metía los talones bajo la falda, la impulsaba a ocupar el menor espacio posible, no le dejaba más aliento que el indispensable y se había convertido en lo que podríamos llamar su actitud habitual, sin más cambio posible que el de ir a más. Tenía en lo hondo de las pupilas un rincón asombrado donde residía el terror.

Era tal aquel temor que Cosette, al llegar, aunque estuviera empapada, no se había atrevido a acercarse al fuego para secarse y había vuelto en silencio a su labor.

La expresión de la mirada de aquella niña de ocho años solía ser tan taciturna y, a veces, tan trágica que, por momentos, parecía que se estuviera idiotizando o convirtiendo en demonio.

Nunca, ya lo hemos dicho, había sabido qué era rezar, nunca había pisado una iglesia. «¡Como si no tuviera yo nada más que hacer!», decía la Thénardier.

El hombre de la levita amarilla no apartaba la vista de Cosette.

De repente, la Thénardier exclamó:

—¡Por cierto! ¿Y el pan?

Cosette, como solía hacer siempre que la Thénardier subía el tono de voz, salió a toda prisa de debajo de la mesa.

Se le había olvidado por completo el pan. Recurrió al expediente de los niños que siempre están atemorizados. Mintió.

—Estaba cerrada la panadería, señora.

—Pues haber llamado.

—Ya llamé, señora.

—¿Y qué?

—No me abrieron.

—Ya me enteraré mañana de si eso es verdad —dijo la Thénardier—, y como hayas mentido, te vas a llevar una buena tunda. De momento, devuélveme los setenta y cinco céntimos.

Cosette se metió la mano en el bolsillo del delantal y se puso

verde. No estaba ya la moneda de setenta y cinco céntimos.

—¿Qué pasa? —dijo la Thénardier—. ¿No me has oído?

Cosette le dio la vuelta al bolsillo. Estaba vacío. ¿Qué habría sido del dinero? La pobre niña no daba con las palabras. Estaba petrificada.

—¿Has perdido la moneda? —gruñó la Thénardier—. ¿O es que pretendes robármela?

Mientras lo decía, alargó el brazo hacia el zurriago que estaba colgado junto a la chimenea.

Aquel ademán temible le devolvió a Cosette fuerzas para gritar:

—¡Perdón, señora! ¡Señora, no lo haré más!

Entretanto el hombre de la levita amarilla había rebuscado en el bolsillo del chaleco sin que nadie se fijara en el gesto. Por lo demás, los otros viajeros estaban bebiendo o jugando a las cartas y no se enteraban de nada.

Cosette se había hecho un ovillo, angustiada, junto a la chimenea, intentando encoger y hurtar sus pobres miembros medio desnudos. La Thénardier alzó el brazo.

—Disculpe, señora —dijo el hombre—, pero hace un rato vi que se le caía algo a la niña del bolsillo y salía rodando. A lo mejor es esto.

Y, mientras lo decía, se agachó e hizo como que buscaba un momento por el suelo.

—Aquí está precisamente —añadió, incorporándose.

Y le alargó una moneda a la Thénardier.

—Sí, ésta es —respondió ella.

No era ésa, porque era una moneda de un franco, pero a la Thénardier le salía a cuenta. Se metió la moneda en el bolsillo y se limitó a echarle una mirada feroz a la niña, diciéndole: «¡Y que no te vuelva a pasar nunca más!».

Cosette se volvió a meter en lo que la Thénardier llamaba «su caseta» y en los ojos grandes, clavados en el viajero desconocido, empezó a aparecerle una expresión que nunca habían tenido. No era aún sino un asombro candoroso, pero se mezclaba con él algo semejante a una confianza estupefacta.

—Por cierto, ¿quiere cenar? —le preguntó la Thénardier al viajero.

Éste no contestó. Parecía sumido en profundos pensamientos.

—Pero ¿de dónde sale este hombre? —dijo la Thénardier entre dientes—. Es un pobre asqueroso. No tiene ni para cenar. A ver si no me paga el hospedaje. Y menos mal que no se le ha ocurrido robar el dinero que estaba en el suelo.

En éstas, se abrió una puerta y entraron Éponine y Azelma.

Eran en verdad dos niñas muy guapas, más de clase media que campesinas, encantadoras, una con trenzas de color castaño y lustrosas, la otra con largas trenzas negras que le caían por la espalda; las dos eran vivarachas, aseadas, rellenitas, lozanas y tan sanas que daba gusto verlas. Llevaban ropa abrigada, pero la madre las vestía con tal arte que el grosor de las telas no menguaba en absoluto la coquetería del atuendo, que tenía en cuenta el invierno sin prescindir de la primavera. Brotaba luz de ambas niñas. Y, además, eran como reinas. En la forma de vestir, en su buen humor, en el ruido que hacían había un toque soberano. Cuando entraron, la Thénardier les dijo con un tono gruñón rebosante de adoración:

—¡Anda, mira por dónde vienen éstas!

Luego, sentándoselas en las rodillas por turnos, atusándoles el pelo, volviendo a anudarles los lazos y soltándolas luego con esa forma de zarandear tan dulce que tienen las madres, exclamó: «Pero ¡qué pintas me traen!».

Se sentaron las dos junto al fuego. Tenían una muñeca, a la que daban vueltas y más vueltas encima de las rodillas con toda clase de gorjeos alegres. De vez en cuando, Cosette alzaba la vista de la labor de punto y las miraba jugar con expresión lúgubre.

Éponine y Azelma no miraban a Cosette. Para ellas era como el perro. Aquellas tres niñas no sumaban veinticuatro años entre las tres y ya representaban la sociedad humana entera; la envidia por un lado y el desdén por otro.

La muñeca de las hermanas Thénardier estaba muy sobada, muy vieja y muy rota, pero no por ello le parecía menos admirable a Cosette, que no había tenido en la vida una muñeca, *una muñeca de verdad,* por recurrir a una expresión que todos los niños entenderán.

De repente, la Thénardier, que seguía yendo y viniendo por el local, se fijó en que Cosette se distraía y, en vez de hacer punto, estaba pendiente de los juegos de las niñas.

—¡Ah, muy bonito! —exclamó—. ¡Así es como trabajas! ¡Ya te voy a hacer trabajar yo a zurriagazos!

El forastero, sin levantarse de la silla, se volvió hacia la Thénardier.

—Señora —dijo, sonriendo con expresión casi medrosa—, ¡bah, mujer, déjela que juegue!

Viniendo de cualquier viajero que se hubiera tomado una tajada de pierna de cordero y bebido dos botellas de vino para cenar y no tuviera pinta de ser un *pobre asqueroso,* un deseo así habría sido una orden. Pero que un hombre con un sombrero como aquél se permitiera desear algo y que un hombre con una levita como aquélla se permitiera querer algo, eso era lo que la Thénardier no estaba dispuesta a tolerar. Contestó con acritud:

—Si come, tendrá que trabajar. No la mantengo para que haga el vago.

—¿Y qué está haciendo? —preguntó el forastero, con aquella voz suave que contrastaba de forma tan curiosa con la ropa de pedigüeño y los hombros de mozo de cuerda.

La Thénardier se dignó contestar:

—Pues unas medias, para que lo sepa. Unas medias para mis niñas, que no tienen medias que ponerse, como quien dice, y dentro de poco van a tener que ir descalzas.

El hombre miró los pobres pies enrojecidos de Cosette y siguió diciendo:

—¿Y cuando acabe ese par de medias?

—Todavía tiene tarea para tres o cuatro días largos por lo menos, la muy zángana.

—¿Y cuánto puede valer ese par de medias cuando esté acabado?

La Thénardier le lanzó una ojeada despectiva.

—Franco y medio por lo menos.

—¿Lo vendería usted por cinco francos? —preguntó el hombre.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó con una risotada un carretero que estaba atendiendo—. ¿Cinco francos? ¡Ya lo creo! ¡Cinco francos, caramba!

Al Thénardier le pareció oportuno intervenir.

—Sí, caballero, si tiene ese capricho, le venderemos este par de medias por cinco francos. No somos capaces de negarles nada a los viajeros.

—Tendría que pagarme ahora mismo —dijo la Thénardier, con

sus modales bruscos y perentorios.

—Compro ese par de medias —contestó el hombre. Y —añadió, sacándose del bolsillo una moneda de cinco francos que puso encima de la mesa— lo pago.

Luego se volvió hacia Cosette.

—Ahora tu trabajo es mío. Juega, hijita.

El carretero se quedó tan emocionado con la moneda de cinco francos que soltó el vaso y se acercó.

—¡Pues es verdad! —exclamó, examinándola—. ¡Una rueda trasera auténtica! ¡Y que no es falsa!

El Thénardier se acercó y se metió en silencio la moneda en el bolsillo del chaleco.

La Thénardier no pudo protestar. Se mordió los labios y se le puso en la cara una expresión de odio.

Pero Cosette estaba temblando. Se atrevió a preguntar:

—¿De verdad, señora? ¿Puedo jugar?

—¡Juega! —dijo la Thénardier con una voz terrible.

—Gracias, señora —dijo Cosette.

Y mientras le daba las gracias con los labios a la Thénardier, se las daba con toda su alma de niña al viajero.

El Thénardier estaba otra vez bebiendo. Su mujer le dijo al oído:

—¿Quién será ese hombre amarillo?

—Tengo vistos —respondió el Thénardier con tono soberano— a millonarios que llevaban levitas así.

Cosette había dejado de hacer punto de media, pero no se había movido del sitio. Cosette se movía siempre lo menos posible. Había sacado de una caja que tenía detrás unos cuantos trapos viejos y su sable de juguete de plomo.

Éponine y Azelma no estaban atentas a nada de lo que sucedía. Acababan de llevar a cabo una operación de envergadura: se habían adueñado del gato. Habían tirado la muñeca al suelo y Éponine, que era la mayor, estaba fajando al gatito, pese a que maullaba y se retorcía, con diversas ropas y andrajos rojos y azules. Mientras se entregaba a esa importante y ardua tarea, le decía a su hermana en esa lengua dulce y adorable de los niños cuyo encanto, que se asemeja al esplendor de las alas de las mariposas, se evapora cuando queremos fijarlo:

—Mira, hermana, esta muñeca es más divertida que la otra. Se

mueve, grita, no está fría. Mira, hermana, vamos a jugar con ella. Era mi hijita. Yo era una señora. Venía a hacerte una visita y tú la mirabas. Poco a poco le veías los bigotes y te parecía raro. Y luego le veías las orejas y, luego, la cola, y te parecía raro. Y tú me decías: «¡Ay, Dios mío!». Y yo te decía: «Sí, señora, es una niña que me ha salido así. Las niñas de ahora son así».

Azelma escuchaba a Éponine con admiración.

Entretanto, los bebedores se habían puesto a cantar una canción obscena y se reían tanto que vibraba el techo. El Thénardier los animaba y los acompañaba.

De la misma forma que los pájaros hacen un nido con cualquier cosa, las niñas hacen una muñeca con lo que sea. Mientras Éponine y Azelma fajaban al gato, Cosette, por su parte, había fajado el sable. Después, lo había cogido en brazos y le cantaba con dulzura para dormirlo.

La muñeca es una de las necesidades más imperiosas y, al tiempo, uno de los instintos más deliciosos de la infancia femenina. Cuidar, ataviar, engalanar, vestir, desnudar, volver a vestir, enseñar, reñir un poquito, acunar, mimar, dormir, imaginarse que algo es alguien, ahí está todo el porvenir de la mujer. Mientras sueña y charla, mientras prepara diminutas canastillas y diminutos ajuares, mientras cose vestiditos, corpiños y camisitas, la niña llega a muchachita, la muchachita llega a joven, la joven llega a mujer. El primer hijo es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desdichada y tan enteramente imposible como una mujer sin hijos.

Así que Cosette se había hecho una muñeca con el sable.

La Thénardier se había acercado al *hombre amarillo*.

«Tiene razón mi marido —pensaba—, a lo mejor es el señor Laffitte. ¡Hay ricos tan guasones!»

Fue a ponerse de codos en su mesa.

—Señor… —dijo.

Al oír la palabra *señor,* el hombre se volvió. La Thénardier no lo había llamado hasta entonces sino *buen hombre*.

—Mire, señor —siguió diciendo, poniendo su expresión melosa, que era aún más desagradable que la expresión feroz—, a mí no me parece mal que la niña juegue este ratito, no me opongo, pero vale por una vez, porque es usted generoso. Mire usted, no tiene nada y

tiene que trabajar.

—¿Así que esa niña no es suya? —preguntó el hombre.

—¡Huy, no, señor, por Dios! Es una pobre que recogimos por caridad. Algo así como una niña imbécil. Debe de tener agua en la cabeza. Ya ve que tiene la cabeza muy grande. Hacemos por ella lo que podemos, porque no somos ricos. Por mucho que escribimos a su pueblo, hace seis meses que ya no nos contestan. Se debe de haber muerto la madre.

—¡Ah! —dijo el hombre. Y volvió a su ensimismamiento.

—Su madre era una cualquiera —añadió la Thénardier—. Tenía abandonada a su hija.

Mientras duró aquella conversación, Cosette, como si la hubiera avisado un instinto de que estaban hablando de ella, no le había quitado ojo a la Thénardier. Atendía más o menos. Oía palabras sueltas.

Pero los bebedores, casi borrachos del todo, repetían el mismo estribillo repugnante cada vez más regocijados. Era una procacidad de exquisito gusto en que salían la Virgen y el Niño Jesús. La Thénardier se había ido para participar en las carcajadas. Cosette, debajo de la mesa, miraba el fuego, que le reverberaba en las pupilas quietas; acunaba otra vez el rebujo que había hecho y, al tiempo que lo mecía, cantaba en voz baja: «¡Mi madre está muerta! ¡Mi madre está muerta! ¡Mi madre está muerta!».

Al insistirle la posadera, el hombre amarillo, «el millonario», accedió por fin a cenar.

—¿Qué quiere el señor?

—Pan y queso —dijo el hombre.

«Está claro que es un pordiosero», pensó la Thénardier.

Los borrachos seguían con su canción y la niña, debajo de la mesa, con la suya.

De repente, Cosette se interrumpió. Acababa de darse la vuelta y de divisar la muñeca de las niñas Thénardier, que éstas habían dejado por el gato y estaba en el suelo, a pocos pasos de la mesa de la cocina.

Soltó entonces el sable envuelto en pañales, que no le bastaba sino a medias; luego, paseó la vista despacio por la taberna. La Thénardier hablaba en voz baja con su marido y contaba el dinero. Ponine y Zelma jugaban con el gato; los viajeros comían, o bebían,

o cantaban; nadie la miraba. No podía perder ni un segundo. Salió de debajo de la mesa arrastrándose a cuatro patas, volvió a asegurarse de que nadie la acechaba y, luego, se escurrió deprisa hasta la muñeca y la cogió. Un momento después ya estaba en su sitio, sentada, quieta, pero vuelta de forma tal que le hacía sombra a la muñeca que tenía en brazos. Aquella dicha de jugar con una muñeca era tan infrecuente que para ella tenía toda la violencia de una voluptuosidad.

Nadie la había visto, excepto el viajero, que comía despacio la parca cena.

Aquella alegría duró casi un cuarto de hora.

Pero, por muchas precauciones que tomara Cosette, no se dio cuenta de que uno de los pies de la muñeca asomaba y que el fuego de la chimenea lo iluminaba con fuerza. Aquel pie sonrosado y luminoso que salía de entre las sombras le llamó de repente la atención a Azelma, que le dijo a Éponine: «Anda, mira, hermana».

Las dos niñas se quedaron quietas y estupefactas. ¡Cosette se había atrevido a coger la muñeca!

Éponine se levantó y, sin soltar al gato, fue hacia su madre y empezó a tirarle de las faldas.

—Pero ¡déjame ya! —dijo la madre—. ¿Qué quieres?

—Madre —dijo la niña—. ¡Mira!

Y señalaba a Cosette con el dedo.

Cosette, completamente sumida en el éxtasis de la posesión, ni veía ni oía nada.

En el rostro de la Thénardier apareció esa expresión concreta que se compone de una mezcla de lo tremendo con las naderías de la vida y por la que se les da el nombre de arpías a las mujeres que la tienen.

En esta ocasión el orgullo herido exacerbaba la ira. Cosette había traspasado todos los límites; Cosette había atentado contra la muñeca de «las señoritas».

Una zarina que viera a un mujik probarse el cordón azul de la Orden del Espíritu Santo de su hijo el emperador no habría puesto una cara diferente.

Gritó con voz ronca de indignación:

—¡Cosette!

Cosette se sobresaltó como si la tierra le hubiera temblado bajo

los pies. Se dio la vuelta.

—¡Cosette! —repitió la Thénardier.

Cosette cogió la muñeca y la puso despacio en el suelo con algo así como una veneración entremezclada con desesperación. Entonces, sin apartar la vista de ella, juntó las manos y, hecho espantoso si se cuenta de una niña de esa edad, se las retorció; luego, cosa que no había conseguido ninguna de las emociones del día, ni el recorrido por el bosque, ni el peso del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la amenaza del zurriago, ni tan siquiera la sombría frase que le había oído decir a la Thénardier, se echó a llorar. Rompió en sollozos.

En éstas, el viajero se puso de pie.

—¿Qué pasa? —le dijo a la Thénardier.

—¿No lo ve? —dijo la Thénardier, señalando con el dedo el cuerpo del delito, caído a los pies de Cosette.

—¿Y qué? —volvió a preguntar el hombre.

—¡La golfa esta —contestó la Thénardier— se ha permitido tocar la muñeca de las niñas!

—¡Tanto escándalo por tan poca cosa! —dijo el hombre—. ¿Y qué pasa porque juegue con esa muñeca?

—¡La ha tocado con esas sucias manos suyas! —siguió diciendo la Thénardier—. ¡Con esas asquerosas manos suyas!

Al oírla, Cosette lloró más.

—¡A callar! —gritó la Thénardier.

El hombre se fue derecho hacia la puerta, la abrió y salió.

En cuanto salió, la Thénardier aprovechó aquella ausencia para darle a Cosette por debajo de la mesa una patada tremenda, que hizo chillar a la niña.

Volvió a abrirse la puerta y entró otra vez el hombre; llevaba, agarrada con las dos manos, la muñeca fabulosa que ya hemos mencionado y que todos los chiquillos del pueblo llevaban contemplando desde por la mañana y la puso de pie ante Cosette diciendo:

—Toma, es para ti.

Es de suponer que, como llevaba allí más de una hora, sumido en sus pensamientos, se había fijado más o menos en aquel tenderete de juguetería, tan estupendamente iluminado con farolillos y velas que se lo veía a través de los cristales de la taberna

como un resplandor.

Cosette alzó la mirada. Había visto que se le acercaba el hombre con aquella muñeca como si hubiera visto acercarse el sol; oyó esas palabras inauditas: *es para ti;* lo miró, miró la muñeca, luego retrocedió despacio y fue a esconderse al fondo del todo, debajo de la mesa, en el rincón de la pared.

Ya no lloraba, ya no chillaba, parecía como si ya no se atreviera a respirar.

La Thénardier, Éponine y Azelma eran otras tantas estatuas. Incluso los bebedores se habían quedado quietos. Se había hecho un silencio solemne en la taberna.

La Thénardier, petrificada y muda, volvía a sus conjeturas.

«Pero ¿quién es este viejo? ¿Es un pobre? ¿Es un millonario? A lo mejor es las dos cosas, o sea, un ladrón.»

Se le veía en la cara al Thénardier ese rictus expresivo que acentúa el rostro humano cuando asoma a él el instinto dominante con todo su poder bestial. El dueño del figón miraba por turnos la muñeca y al viajero; parecía estar olfateando al hombre como si hubiera olfateado una bolsa de dinero. Le duró sólo lo que dura un relámpago. Se acercó a su mujer y le dijo por lo bajo:

—Ese trasto vale por lo menos treinta francos. Déjate de tonterías. ¡A ese hombre hay que lamerle el trasero!

Las formas de ser plebeyas tienen en común con las formas de ser ingenuas lo siguiente: no hay en ellas transiciones.

—Bueno, Cosette —dijo la Thénardier con voz que quería ser dulce y consistía toda ella en esa miel agria de las mujeres malvadas —, ¿no coges tu muñeca?

Cosette se arriesgó a salir del agujero.

—Mi querida niña —añadió el Thénardier con expresión cariñosa—, este señor te regala una muñeca. Cógela. Es tuya.

Cosette miraba la muñeca maravillosa con algo parecido al terror. Tenía aún la cara cubierta de lágrimas, pero se le estaban empezando a llenar los ojos, como el cielo en el crepúsculo matutino, de los extraños rayos de luz de la alegría. Lo que sentía en aquellos momentos era parecido hasta cierto punto a lo que habría sentido si le hubieran dicho de pronto: «Pequeña, sois la reina de Francia».

Le parecía que si tocaba aquella muñeca, de ella saldría el

trueno.

Lo que era cierto dentro de un orden, porque se decía que la Thénardier la reñiría y le pegaría.

No obstante, pudo más la atracción. Acabó por acercarse y susurró tímidamente, volviéndose hacia la Thénardier:

—¿Me deja, señora?

No hay expresión que pueda dar cuenta de aquella cara a un tiempo desesperada, espantada y embelesada.

—¡Toma ya, pues claro! —dijo la Thénardier—. Es tuya. Si este señor te la regala…

—¿De verdad, señor? —volvió a preguntar Cosette—. ¿De verdad? ¿La señora es mía?

Daba la impresión de que el forastero tenía los ojos llenos de lágrimas. Parecía hallarse en esa fase de la emoción en que no hablamos para no echarnos a llorar. Asintió con la cabeza y puso en la manita de Cosette la mano de «la señora».

Cosette apartó la mano a toda prisa como si se la quemase la mano de *la señora* y empezó a mirar al suelo. No nos queda más remedio que añadir que, en aquellos momentos, sacaba la lengua de forma desmedida. De pronto, se dio la vuelta y cogió la muñeca con arrebato.

—La voy a llamar Catherine —dijo.

Fue un instante raro ese en que los andrajos de Cosette tropezaron con los lazos y las rozagantes muselinas de color de rosa de la muñeca y los abrazaron.

—Señora —añadió—, ¿puedo ponerla en una silla?

—Sí, hijita —respondió la Thénardier.

Ahora eran Éponine y Azelma las que miraban con envidia a Cosette.

Cosette puso a Catherine en una silla y, luego, se sentó en el suelo, delante, y se quedó quieta, sin decir palabra, en actitud contempladora.

—Juega, Cosette —dijo el forastero.

—¡Si ya estoy jugando! —contestó la niña.

Aquel forastero, aquel desconocido que le parecía a Cosette una visita de la Providencia, era, en ese momento, lo que más aborrecía en el mundo la Thénardier. Pero tenía que forzarse. Eran más emociones de las que podía soportar, por más acostumbrada que

estuviera a disimular al tratar de copiar todos los comportamientos de su marido en cuanto éste hacía. Se apresuró a mandar a sus hijas a la cama y, luego, le *pidió permiso* al hombre amarillo para mandar también a la cama a Cosette, *que ha tenido hoy un día muy cansado,* añadió con cara maternal. Cosette fue a acostarse llevándose a Catherine en brazos.

La Thénardier iba de vez en cuando a la otra punta del local, donde estaba su marido, para *aliviarse el alma,* como decía ella. Cruzaba con el marido unas cuantas palabras tanto más rabiosas cuanto que no se atrevía a decirlas en alto:

—¡Menudo borrico! Pero ¡qué cosas se le ocurren! ¡Venir a molestar! ¡Querer que ese monstruo de niña juegue! ¡Darle muñecas! ¡Darle muñecas de cuarenta francos a una perra que yo se la daría por dos francos a quien la quisiera! ¡Un poco más y sería capaz de llamarla majestad, como a la duquesa de Berry! ¿Es de sentido común algo así? ¿Está loco perdido el viejo misterioso ese?

—¿Por qué? Si es muy sencillo —replicaba Thénardier—. ¡Si a él le gusta! A ti te gusta que la niña trabaje, y a él le gusta que juegue. Está en su derecho. Un viajero, cuando paga, puede hacer lo que le dé la gana. Si ese viejo es un filántropo, ¿a ti qué más te da? Y si es un imbécil, a ti no te importa. ¿En qué te metes, si tiene dinero?

Leguaje de amo y razonamiento de posadero: ninguna de los dos admitían réplica.

El hombre se había acodado en la mesa y otra vez parecía ensimismado. Todos los demás viajeros, comerciantes y carreteros, se habían apartado un poco y habían dejado de cantar. Lo miraban de lejos con algo así como un temor respetuoso. Aquel individuo tan pobremente vestido que se sacaba del bolsillo con tanta facilidad las ruedas traseras y regalaba muñecas gigantescas a merdellonas calzadas con zuecos era, por descontado, un hombre extraordinario y temible.

Transcurrieron varias horas. Ya estaba dicha la misa del gallo y concluida la cena de Nochebuena; los bebedores se habían ido; la taberna estaba cerrada; la sala de abajo, desierta; el fuego, apagado; el forastero seguía en el mismo sitio y en la misma postura. De vez en cuando cambiaba de codo y se apoyaba en el otro. Y nada más. Pero no había dicho ni palabra desde que se había ido Cosette.

Los Thénardier eran los únicos que se habían quedado en la sala

de la taberna, por educación y por curiosidad.

—¿Se irá a pasar la noche así? —refunfuñaba la Thénardier.

Cuando dieron las dos de la mañana, se rindió y le dijo a su marido:

—Yo me voy a la cama. Tú haz con él lo que quieras.

El marido se sentó a una mesa de un rincón, encendió una vela y se puso a leer *Le Courrier français*.

Transcurrió así una hora larga. El digno posadero se había leído ya *Le Courrier français* por lo menos tres veces desde la fecha hasta el pie de imprenta. El forastero no se movía.

El Thénardier rebulló, tosió, escupió, se sonó, hizo crujir la silla. El hombre siguió sin hacer movimiento alguno.

«¿Estará dormido?», pensó el Thénardier.

El hombre no dormía, pero nada podía despertarlo.

Por fin Thénardier se quitó el gorro, se acercó despacio y se aventuró a decir:

—¿El señor no va a retirarse a descansar?

No va a acostarse le habría parecido exagerado y un exceso de confianza. *Descansar* sonaba a lujo y a respeto. Palabras así tienen la propiedad misteriosa y admirable de hinchar el montante de la factura. Una habitación para *acostarse* cuesta un franco; una habitación para *descansar* cuesta veinte francos.

—¡Vaya! —dijo el forastero—. Tiene usted razón. ¿Dónde está la cuadra?

—Señor —dijo Thénardier sonriente—, voy a acompañar al señor.

Cogió la vela; el hombre cogió el paquete y el bastón y Thénardier lo llevó a una habitación del primer piso que era de inusual boato, amueblada toda ella con muebles de caoba, cama barco y cortinas de calicó rojo.

—¿Y esto qué es? —dijo el viajero.

—Es nuestra propia habitación nupcial —dijo el posadero—. Mi esposa y yo ocupamos otra. No entra nadie aquí salvo tres o cuatro veces al año.

—Me habría dado lo mismo dormir en la cuadra —dijo el hombre con tono brusco.

El Thénardier hizo como que no había oído esa respuesta, tan poco cortés.

Encendió dos velas de cera nuevecitas que estaban encima de la chimenea. Ardía en el hogar un fuego bastante grande.

Había encima de la chimenea, debajo de un fanal, un tocado femenino hecho de hilos de plata y flores de azahar.

—¿Y esto qué es? —volvió a preguntar el forastero.

—Es el sombrero de novia de mi esposa, señor —dijo el Thénardier.

El viajero miró aquel objeto con unos ojos que parecían decir: ¿hubo, pues, una época en que ese monstruo era una virgen?

Por lo demás, el Thénardier estaba mintiendo. Al arrendar aquellas cuatro paredes para convertirlas en figón, se había encontrado con esta habitación y había comprado esos muebles y había encontrado aquellas flores de azahar en un chamarilero pensando que así proyectaría una sombra encantadora sobre «su esposa» y ello redundaría en bien del negocio, dándole eso que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el viajero se dio media vuelta, el hostelero ya no estaba. El Thénardier se había esfumado discretamente, sin atreverse a dar las buenas noches, pues no quería tratar con cordialidad carente de respeto a un hombre al que se disponía a desplumar por todo lo alto a la mañana siguiente.

El posadero se retiró a su cuarto. Su mujer estaba en la cama, pero no dormía. Cuando oyó los pasos de su marido, se volvió y le dijo:

—Que sepas que mañana pongo a Cosette de patitas en la calle.

El Thénardier contestó fríamente:

—¡Vaya forma de tomarte las cosas!

No cruzaron más palabras y pocos momentos después ya habían apagado la vela.

Por su parte, el viajero dejó en un rincón el bastón y el paquete. Cuando se fue el hospedero, se sentó en un sillón y se quedó pensativo un rato. Luego, se quitó los zapatos, cogió una de las velas, apagó la otra de un soplido, empujó la puerta y salió de la habitación, mirando a su alrededor como quien busca algo. Cruzó un corredor y llegó a las escaleras. Allí oyó un ruidito muy suave que parecía una respiración infantil. Dejó que lo guiara ese ruido y llegó a una especie de recoveco triangular que había debajo de las escaleras o, mejor dicho, que formaban las propias escaleras. Aquel

recoveco no era sino la parte de debajo de los peldaños. Allí, entre todo tipo de cestos viejos y de cristales rotos viejos, entre el polvo y las telarañas, había una cama, si es que se puede llamar cama a un jergón lleno de agujeros por los que asomaba la paja y una manta llena de agujeros por los que se veía el jergón. Sábanas no había. Estaba tirado en el suelo, encima de las baldosas. En esa cama dormía Cosette.

El hombre se acercó y la miró.

Cosette estaba profundamente dormida y vestida del todo. En invierno no se desnudaba para pasar menos frío.

Apretaba entre los brazos la muñeca, cuyos ojazos, abiertos, relucían en la oscuridad. De vez en cuando daba un hondo suspiro, como si fuera a despertarse, y estrechaba la muñeca casi convulsivamente. Junto a la cama, sólo había un zueco.

Por una puerta abierta junto al cuchitril de Cosette podía verse una habitación bastante grande y a oscuras. El forastero entró en ella. Al fondo, a través de una puerta acristalada, se divisaban dos camitas gemelas muy blancas. Eran las de Azelma y Éponine. Las camas ocultaban a medias una cuna de mimbre sin dosel donde dormía el niño que se había pasado la velada llorando.

El forastero supuso que aquella habitación comunicaba con la del matrimonio Thénardier. Iba a retirarse cuando le tropezó la vista con la chimenea; una de esas enormes chimeneas de las posadas donde hay siempre un fuego tan parco en las ocasiones en que hay fuego y que dan tanto frío cuando se las mira. En ésta no había fuego, ni siquiera había cenizas; pero lo que sí había en cambio le llamó la atención al viajero. Eran dos zapatitos de niña de forma coquetona y tamaño desigual; el viajero recordó la deliciosa e inmemorial costumbre de los niños, que ponen un zapato la noche de Navidad con la esperanza de que, entre las tinieblas, su hada buena les deje un regalo deslumbrador. A Éponine y Azelma no se les había olvidado ni por asomo y las dos habían puesto los zapatos en la chimenea.

El viajero se inclinó.

El hada, es decir, la madre, ya había pasado por allí y en cada zapato relucía una estupenda moneda nuevecita de medio franco.

Se incorporó el hombre, y ya iba a marcharse cuando divisó otro objeto al fondo, apartado, en el rincón más oscuro del hogar. Se fijó

y vio que era un zueco, un zueco feísimo de la madera más basta, medio roto y todo lleno de ceniza y de barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con esa enternecedora confianza de los niños que puede quedar chasqueada siempre pero que nunca se desanima, había puesto también en la chimenea su zueco.

La esperanza de un niño que nunca ha sabido más que de desesperación es sublime y dulce.

En ese zueco no había nada.

El forastero rebuscó en el chaleco, se agachó y puso dentro del zueco de Cosette un luis de oro.

Luego se volvió a su cuarto con pasos quedos.

IX

Thénardier con las manos en la masa

A la mañana siguiente, dos horas por lo menos antes de que se hiciera de día, Thénardier, sentado junto a una vela de sebo en el local de la taberna y con una pluma en la mano, estaba redactando la nota del viajero de la levita amarilla.

La mujer, de pie, medio inclinada sobre él, lo seguía con la vista. No cruzaban ni una palabra. Uno meditaba hondamente, la otra le profesaba esa admiración religiosa con la que miramos nacer y florecer una maravilla de la mente humana. Se oía un ruido en la casa; era la Alondra, que estaba barriendo las escaleras.

Tras un cuarto de hora largo y unas cuantas tachaduras, el Thénardier dio a luz esta obra maestra:

Nota del señor del N.º 1

Cena	fr.	3
Habitación	»	10
Vela	»	5
Lumbre	»	4
Servicio	»	1
Total	fr.	23

En vez de servicio, ponía *servizio*.

—¡Veintitrés francos! —exclamó la mujer con tono en que se mezclaban el entusiasmo y cierta vacilación.

Como todos los grandes artistas, el Thénardier no estaba satisfecho.

—¡Bah! —dijo.

Era el mismo tono de Castlereagh redactando en el congreso de Viena la factura que había que pasarle a Francia,

—Señor Thénardier, tienes razón, nos lo debe —susurró la mujer acordándose de la muñeca que le había dado el hombre a Cosette en presencia de sus hijas—. Es justo, pero es demasiado. No querrá pagar.

El Thénardier soltó su risa fría y dijo:

—Pagará.

Aquella risa era el colmo de la seguridad y de la autoridad. Lo dicho así tenía que suceder. La mujer no insistió. Empezó a colocar las mesas en su sitio; el marido paseaba arriba y abajo por el local. Poco después, añadió:

—¿Es que no debo yo mil quinientos francos?

Fue a sentarse junto la chimenea y se puso a pensar con los pies en las cenizas tibias.

—¡Por cierto! —dijo la mujer—. ¿No se te habrá olvidado que

hoy pongo a Cosette de patitas en la calle? ¡Menudo monstruo! ¡Me reconcome el corazón con la muñeca esa! ¡Preferiría casarme con Luis XVIII que tenerla un día más en casa!

El Thénardier encendió la pipa y contestó entre dos bocanadas:

—Dale la nota al hombre ese.

Luego se fue.

Apenas había salido de la sala de la taberna, entró el viajero.

El Thénardier volvió a aparecer en el acto, detrás de él, y se quedó quieto tras la puerta entornada; sólo podía verlo su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano el bastón y el paquete.

—¡Cuánto ha madrugado! —dijo la Thénardier—. ¿Ya nos deja el señor?

Mientras lo decía, le daba vueltas a la nota entre las manos, con cara apurada, y le hacía dobleces con las uñas. Tenía en el rostro, de expresión dura, un matiz que no solía tener: timidez y escrúpulos.

Presentarle aquella nota a un hombre que tenía tanta pinta de «pobre» le resultaba violento.

El viajero parecía preocupado y distraído. Contestó:

—Sí, señora, me marcho.

—¿Así que el señor no tenía asuntos que tratar en Montfermeil?

—No. Estoy de paso y nada más. Señora —añadió—, ¿qué le debo?

La Thénardier, sin contestar, le alargó la nota doblada.

El hombre desdobló el papel y lo miró, pero estaba claro que tenía la atención en otra parte.

—Señora —siguió diciendo—, ¿les va bien el negocio en Montfermeil?

—Regular, señor —contestó la Thénardier, estupefacta al no presenciar ningún estallido.

Siguió diciendo, con tono elegiaco y lastimero:

—¡Ay, señor, son unos tiempos muy malos! ¡Y además en sitios como éste hay tan pocas personas acomodadas! Por aquí sólo hay gentecilla, ¿sabe? ¡Si no vinieran de vez en cuando viajeros generosos y ricos como el señor! Tenemos tantas cargas. Mire, la niña esa nos sale por un ojo de la cara.

—¿Qué niña?

—¡Pues la niña, ya sabe! ¡Cosette! ¡La Alondra, como la llaman

por aquí!

—¡Ah! —dijo el hombre.

Ella siguió diciendo:

—¡Serán tontos los campesinos con esos motes que ponen! ¡Si más parece un murciélago que una alondra! Ya ve, señor, nosotros no pedimos limosna, pero tampoco podemos darla. No ganamos nada y tenemos muchos gastos. ¡La licencia, los impuestos, la tasa por puertas y ventanas, la contribución! Ya sabe el señor todo el dinero que pide el gobierno. Y además, tengo a mis hijas. Lo que me faltaba era dar de comer a los hijos ajenos.

El hombre dijo, con aquella voz que hacía esfuerzos para que sonase indiferente y en la que había un temblor:

—¿Y si alguien la librase a usted de ella?

—¿De quién? ¿De la Cosette?

—Sí.

A la dueña del figón le iluminó la cara roja y violenta una alegría repulsiva.

—¡Ay, señor! ¡Mi buen señor! ¡Quédese con ella, quédese con ella, llévesela, váyase con ella, póngala en almíbar, póngale trufas, bébasela, cómasela y que la Santa Virgen y todos los santos del paraíso lo bendigan!

—Dicho queda.

—¿De verdad? ¿Se la lleva?

—Me la llevo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Llame a la niña.

—¡Cosette! —voceó la Thénardier.

—Mientras tanto, le voy a ir pagando el gasto que he hecho — siguió diciendo el hombre—. ¿Cuánto es?

Le echó una ojeada a la nota y no pudo contener un ademán de sorpresa:

—¡Veintitrés francos!

Miró a la dueña del figón y repitió:

—¿Veintitrés francos?

Había en aquellas palabras, así repetidas, el tono que separa el punto de admiración del punto de interrogación.

A la Thénardier le había dado tiempo a prepararse para el envite. Contestó, muy segura de sí misma:

—¡Pues sí, señor! ¡Veintitrés francos!

El forastero dejó cinco monedas de cinco francos encima de la mesa.

—Vaya a buscar a la niña —dijo.

En ese momento, el Thénardier entró, llegó hasta la mitad de la sala y dijo:

—El señor debe franco y medio.

—¡Franco y medio! —exclamó la mujer.

—Un franco por la habitación —siguió diciendo el Thénardier— y lo demás por la cena. Y en lo de la niña, necesito hablarlo un poco con el señor. Déjanos solos, mujer.

La Thénardier notó uno de esos pasmos que dan los relámpagos inesperados del talento. Sintió que entraba en escena el gran actor, no replicó ni palabra y se fue.

En cuanto se quedaron a solas, el Thénardier le ofreció una silla al viajero. Le viajero se sentó; el Thénardier se quedó de pie y se le puso en la cara una singular expresión de campechanía y sencillez.

—Mire lo que le voy a decir, señor —dijo—: es que yo a esa niña la quiero muchísimo.

El forastero lo miró fijamente.

—¿A qué niña?

Thénardier siguió diciendo:

—¡Resulta tan curiosa esta ley que se les coge a los niños! ¿Qué pinta aquí todo este dinero? Guárdese sus monedas de cinco francos. A esa niña la quiero muchísimo.

—¿A quién? —preguntó el forastero.

—¡Pues a nuestra Cosette! ¿No dice usted que se la quiere llevar? Bueno, pues, sinceramente, tan cierto como que es usted un hombre honrado, no puedo consentirlo. Echaría de menos a esa niña. Uno la ha visto tan pequeñita. ¡Es verdad que nos cuesta dinero, es verdad que tiene defectos, es verdad que no somos ricos, es verdad que me he gastado más de cuatrocientos francos sólo en medicinas una de las veces que estuvo mala! Pero algo hay que hacer para agradar a Dios. No tiene ni padre ni madre, y la he criado yo. Tengo pan para ella y para mí. El caso es que le tengo apego a esa niña. Ya me entiende, le he cogido cariño; yo soy un buenazo; no me paro a razonar; quiero a esa niña; mi mujer tiene un genio muy vivo, pero también la quiere. Ya ve usted, es como si

fuera hija nuestra. Necesito oírla parlotear por la casa.

El forastero continuaba mirándolo fijamente. Thénardier siguió diciendo:

—Usted perdone, señor, pero nadie le da un niño suyo al primero que pasa. ¿A que tengo razón? Dicho lo cual, pues vaya usted a saber, usted es rico, parece muy buena persona. ¿Y si fuera por el bien de la niña? Pero habría que mirarlo, ¿me entiende? Vamos a suponer que dejo que se vaya y que me sacrifico. Pues querría saber dónde va, no me gustaría perderla de vista, querría saber en casa de quién está para ir a verla de vez en cuando y que sepa que su protector que la crió está ahí y vela por ella. Hay cosas que no pueden ser, vamos. No sé ni como se llama usted. Si se la llevara, me diría: ¿Y la Alondra? ¿Qué ha sido de ella? Por lo menos necesitaría algún papelucho, algo así como un pasaporte. ¡Algo!

El forastero, sin dejar de mirar a Thénardier con esa mirada que, como quien dice, llega al fondo de la conciencia, le contestó con tono serio y firme:

—Señor Thénardier, nadie lleva un pasaporte para viajar a cinco leguas de París. Si me llevo a Cosette, me la llevaré, y se acabó. Ni sabrá usted cómo me llamo, ni sabrá dónde vivo ni sabrá donde va a estar, y mi intención es que no vuelva a verlo a usted en la vida. Corto el hilo que lleva atado al pie y se marcha. ¿Le conviene a usted, sí o no?

De la misma forma que los demonios y los genios reconocen por determinadas señales la presencia de un dios superior, el Thénardier se dio cuenta de que se las tenía que ver con alguien muy listo. Fue como una intuición; lo entendió con su presteza clara y sagaz. La víspera, mientras bebía con los carreteros, mientras fumaba y cantaba procacidades, se había pasado la velada observando al forastero, acechándolo como un gato y estudiándolo como un matemático. Lo había espiado, al tiempo, por cuenta propia, por gusto y por instinto, y lo había espiado como si lo hubieran pagado para hacerlo. Ni un ademán, ni un movimiento del hombre del capote amarillo se le había pasado por alto. Antes incluso de que el desconocido manifestase de forma tan clara el interés que le inspiraba Cosette, el Thénardier ya lo había intuido. Había sorprendido las miradas hondas de aquel viejo, que volvían siempre a la niña. ¿Por qué aquel interés? ¿Quién era aquel hombre? ¿Por

qué aquel atuendo tan mísero si tanto dinero llevaba en la bolsa? Se hacía esas preguntas, no podía darles respuesta y lo irritaban. Se había pasado la noche cavilando. No podía ser el padre de Cosette. ¿Un abuelo? Entonces ¿por qué no se daba a conocer de entrada? Cuando uno tiene derecho a algo, lo dice. Estaba claro que aquel hombre no tenía derecho alguno sobre Cosette. ¿Quién era entonces? El Thénardier se perdía en suposiciones. Veía todo a medias, pero no veía nada. Fuere como fuere, al empezar a hablar con aquel hombre, seguro de que en todo aquello había algún secreto, seguro de que al hombre le interesaba quedarse en la sombra, se sentía fuerte; tras la respuesta clara y firme del forastero, cuando vio con qué naturalidad era misterioso aquel personaje misterioso, se sintió débil. No contaba con nada semejante. Fue una desbandada de todas sus conjeturas. Recapacitó. Lo sopesó todo en un segundo. El Thénardier era de esos hombres que calibran una situación de una ojeada. Le pareció que era el momento de avanzar recto y deprisa. Hizo como los grandes capitanes en ese instante decisivo que sólo ellos saben reconocer; dejó al aire de pronto su batería.

—Señor —dijo—, necesito mil quinientos francos.

El forastero se sacó del bolsillo lateral una cartera vieja de cuero negro y cogió de ella tres billetes de banco que puso encima de la mesa. Luego, apoyó el ancho pulgar encima de los billetes y le dijo al dueño del figón:

—Que venga Cosette.

Mientras sucedía todo esto, ¿qué estaba haciendo Cosette?

Cosette, al despertarse, había ido corriendo a buscar el zueco. Había encontrado la moneda de oro. No era un Napoleón, era una de esas monedas de veinte francos recién acuñadas, de la Restauración, en cuya efigie la coleta prusiana había sustituido a la corona de laurel. Cosette se quedó deslumbrada. Su destino estaba empezando a embriagarla. No sabía qué era una moneda de oro, nunca había visto ninguna; la escondió corriendo en el bolsillo, como si la hubiera robado. Pero notaba que era suya efectivamente, intuía de dónde le venía aquel regalo, sentía algo parecido a una alegría colmada de temor. Estaba contenta; estaba sobre todo estupefacta. Aquellas cosas tan espléndidas y tan bonitas no le parecían reales. La muñeca la daba miedo; la moneda de oro le

daba miedo. Se estremecía vagamente ante aquellas magnificencias. El único que no le daba miedo era el forastero. Antes bien, le daba seguridad. Llevaba desde el día anterior, por entre tantos asombros, por entre el sueño, pensando con su cabecita de niña en aquel hombre que parecía viejo y pobre y triste y que era tan rico y tan bueno. Desde que se había encontrado a aquel hombre en el bosque, todo había cambiado para ella. Cosette, con menos suerte que la más humilde golondrina del cielo, nunca había sabido qué era buscar refugio a la sombra de su madre y bajo el cobijo de un ala. La pobre niña llevaba cinco años, es decir, hasta donde podía recordar, temblando y tiritando. Siempre había estado desnuda bajo el cierzo agrio de la desdicha y ahora le parecía que estaba vestida. Antes tenía frío en el alma, ahora tenía calor. Ya no le tenía tanto miedo a la Thénardier. Ya no estaba sola; ahora tenía a alguien.

Se había puesto enseguida a hacer las tareas de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba encima, en ese mismo bolsillito del que se le había caído la víspera la moneda de setenta y cinco céntimos, la distraía. No se atrevía a tocarla, pero se pasaba cinco minutos largos mirándola; y sacando la lengua, que todo hay que decirlo. Mientras barría la escalera, se paraba y se quedaba en el sitio, quieta, olvidada de la escoba y del mundo entero, ocupada en mirar cómo le brillaba aquella estrella en el fondo del bolsillo.

En una de esas contemplaciones estaba cuando llegó la Thénardier.

Había ido a buscarla por orden de su marido. Cosa inaudita, ni le dio un cachete ni la insultó.

—Cosette —dijo casi con suavidad—, ven ahora mismo.

Momentos después, Cosette entraba en la sala de la taberna.

El forastero cogió el paquete que había traído y deshizo el nudo del pañuelo. En aquel paquete había un vestidito de lana, un delantal, una camisa de franela, unas enaguas, una pañoleta, unas medias de lana, unos zapatos, un equipo completo para una niña de ocho años. Todo negro.

—Hijita —dijo el hombre—, coge esto y ve a vestirte deprisa.

Estaba empezando a hacerse de día cuando los vecinos de Montfermeil, que comenzaban a abrir las puertas, vieron pasar por la calle de París a un individuo pobremente vestido que llevaba de la mano a una niña de luto riguroso con una muñeca rosa en brazos.

Iban hacia Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre; como Cosette no iba ya vestida de harapos, muchos no la reconocieron.

Cosette se marchaba. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿Dónde? No lo sabía. De lo único de lo que se daba cuenta era de que dejaba atrás el figón de los Thénardier. A nadie se le ocurrió decirle adiós, ni ella le había dicho adiós a nadie. Salía de aquella casa odiada y odiando.

¡Pobre y dulce criatura cuyo corazón había estado oprimido hasta entonces!

Cosette caminaba muy seria, abriendo de par en par los ojos y mirando el cielo. Se había metido el luis de oro en el bolsillo del delantal nuevo. De vez en cuando agachaba la cabeza y le echaba una ojeada; luego, miraba al hombre. Notaba algo así como si llevase a su lado a Dios.

X

Quien busca lo mejor puede toparse con lo peor

La Thénardier había dejado las cosas en manos de su marido, como solía. Esperaba grandes acontecimientos. Cuando se hubieron marchado el hombre y Cosette, el Thénardier esperó un cuarto de hora largo y, luego, se la llevó aparte y se enseñó los mil quinientos francos.

—¿Nada más? —dijo ella.

Era la primera vez, desde el principio de su matrimonio, que se atrevía a criticar una acción del dueño y señor.

El tiro dio en el blanco.

—Pues tienes razón —dijo él—. Soy un imbécil. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, se los metió en el bolsillo y salió a toda prisa, pero se equivocó y, de entrada, tiró a la derecha. Unos cuantos vecinos, a quienes preguntó, lo pusieron sobre la pista; habían visto a la Alondra y al hombre camino de Livry. Siguió esas indicaciones andando a zancadas y monologando:

«Está claro que ese hombre es un millón vestido de amarillo, y yo, un borrico. Primero soltó un franco; luego, cinco; luego, cincuenta; luego, mil quinientos; y siempre con la misma facilidad. Habría soltado quince mil francos. Pero lo voy a alcanzar».

Además estaba aquel paquete de ropa que traía ya preparado para la niña; todo aquello era muy raro; había muchos misterios. Y cuando uno ha pescado un misterio, no debe soltarlo. Los secretos de los ricos son esponjas empapadas de oro, hay que saber estrujarlas. Todas esas ideas le daban vueltas en la cabeza como un torbellino. «Soy un borrico», decía.

Al salir de Montfermeil, y tras llegar al recodo de la carretera

que va a Livry, el viajero la tiene ante sí y la ve, en lontananza, estirarse por la meseta. Al llegar a ese recodo, Thénardier calculó que debería avistar al hombre y a la niña. Miró hasta tan lejos como le alcanzó la vista y no vio nada. Volvió a preguntar. Pero estaba perdiendo tiempo. Unas transeúntes le dijeron que el hombre y la niña que buscaba se habían encaminado hacia el bosque por la parte de Gagny. Apretó el paso en esa dirección.

Le llevaban adelanto, pero una niña anda despacio, y él iba deprisa. Y además, conocía bien la comarca.

De pronto se detuvo y se dio una palmada en la frente como hombre a quien se le ha olvidado lo esencial y está dispuesto a desandar lo andado.

—¡Debería haber cogido la escopeta!

Thénardier tenía una de esas formas de ser con dos vertientes con las que a veces nos cruzamos sin darnos cuenta y que se esfuman sin que hayamos llegado a conocerlas porque el destino sólo desveló uno de sus aspectos. Tal es el destino de muchos hombres: vivir así, enterrado a medias. En una situación tranquila y sin altibajos, Thénardier contaba con todo lo necesario para hacer como que era —no decimos que para ser— eso que se da en llamar un comerciante honrado y un buen ciudadano de la clase media. Al tiempo, si se daban determinadas circunstancias y algunas sacudidas le hacían aflorar la forma de ser que había debajo, contaba con todo lo necesario para ser un granuja. Era un tendero en cuyo interior había un monstruo. Satanás debía de sentarse a ratos en algún rincón del cuchitril en que vivía Thénardier y sumirse en una ensoñación ante aquella obra maestra repulsiva.

Tras titubear un momento, pensó: «¡Bah! Les daría tiempo a escaparse».

Y siguió adelante, caminando con rapidez y casi con expresión de ir sobre seguro, con la sagacidad del zorro que olfatea una bandada de perdices.

Efectivamente, tras dejar atrás los estanques y cruzar al bies el ancho claro que cae a la derecha de la avenida de Bellevue, al llegar a ese paseo de césped que da casi la vuelta a la colina y cubre la bóveda del antiguo canal de desagüe de la abadía de Chelles, divisó por encima de unos matorrales un sombrero acerca del que ya había lucubrado mucho. Era el sombrero del hombre. Los matorrales eran

bajos. Thénardier cayó en la cuenta de que el hombre y Cosette estaban sentados allí. No se veía a la niña porque era bajita, pero se divisaba la cabeza de la muñeca.

El Thénardier no se equivocaba. El hombre se había sentado para que Cosette pudiera descansar un poco. El dueño del figón dio la vuelta a los matorrales y se presentó de pronto ante la vista de aquellos a los que habían andado buscando.

—Disculpe, señor —dijo sin aliento—, pero aquí tiene sus mil quinientos francos.

Y, según lo decía, le alargaba al forastero los tres billetes de banco.

El hombre alzó la mirada.

—¿Y eso qué significa?

El Thénardier contestó respetuosamente:

—Señor, eso significa que me llevo otra vez a Cosette.

Cosette se estremeció y se arrimó al hombre.

Éste respondió, mirando a Thénardier a los ojos y silabeando:

—¿Que-se-lle-va-o-tra-vez a Cosette?

—Sí, señor, me la llevo otra vez. Se lo voy a explicar, lo he estado pensando. En realidad, no tengo derecho a dársela. Yo soy un hombre honrado, ¿sabe? Esta niña no es mía, es de su madre. Su madre la dejó a mi cargo y sólo se la puedo dar a su madre. Usted me dirá que la madre ha muerto. Bien está. En tal caso, sólo puedo devolverle la niña a una persona que me traiga un escrito con la firma de la madre que diga que le tengo que entregar a la niña a esa persona. Está muy claro.

El hombre, sin contestar, rebuscó en el bolsillo y Thénardier volvió a ver la cartera de los billetes de banco.

El dueño del figón se estremeció de júbilo.

«¡Vaya! —pensó—. Comportémonos. Va a sobornarme.»

Antes de abrir la cartera, el viajero echó una ojeada en torno. El lugar estaba completamente desierto. No había un alma ni en el bosque ni en el valle. El hombre abrió la cartera y sacó no el puñado de billetes de banco que se esperaba Thénardier sino un simple papelito que desdobló y le entregó, abierto, al posadero, diciendo:

—Tiene usted razón. Lea.

El Thénardier cogió el papel y leyó:

Montreuil-sur-Mer, 25 de marzo de 1823

«Señor Thénardier:

»Entregue a Cosette al portador. Se le pagarán todas las cosas menudas.

»Reciba un atento saludo.

»FANTINE».

—¿Reconoce la firma? —añadió el hombre.

Era efectivamente la firma de Fantine. El Thénardier la reconoció.

No podía replicar nada. Notó dos despechos violentos, el despecho de renunciar al soborno que esperaba y el despecho de verse derrotado. El hombre añadió:

—Puede quedarse con el papel para cubrir su responsabilidad.

El Thénardier se replegó en buen orden.

—No está mal imitada la firma esta —masculló entre dientes—. ¡En fin, bien está!

Probó luego con un intento a la desesperada.

—De acuerdo, caballero —dijo—. Ya que es usted esa persona, el portador… Pero tendrá que pagarme «todas las cosas menudas». Se me debe mucho dinero.

El hombre se puso de pie y dijo, sacudiéndose con unas tobas la manga rozada donde había algo de polvo:

—Señor Thénardier, en enero la madre calculaba que le debía ciento veinte francos; usted le mandó en febrero una nota de quinientos francos; recibió usted trescientos a finales de febrero y otros trescientos a primeros de marzo. Desde entonces han pasado nueve meses, a quince francos, que fue la cantidad acordada, son ciento treinta y cinco francos. Se le habían pagado cien francos de más. Faltaban treinta y cinco. Acabo de darle mil quinientos.

El Thénardier notó lo que nota el lobo cuando siente que lo muerde y lo agarra la mandíbula de acero de la trampa.

«¿Quién es este demonio de hombre?», pensó.

E hizo lo que hace el lobo, pegó un tirón. La audacia ya le había dado resultado una vez.

—Señor-que-no-sé-cómo-se-llama —dijo con tono resuelto y descartando esta vez los buenos modales—, me llevo a Cosette si no me da mil escudos.

El forastero dijo, tan tranquilo:

—Ven, Cosette.

Cogió a Cosette con la mano izquierda y, con la derecha, recogió el bastón, que estaba en el suelo.

El Thénardier se fijó en que el garrote era enorme y el lugar estaba desierto.

El hombre se internó en el bosque con la niña, dejando al dueño del figón inmóvil y desconcertado.

Mientras se alejaba, el Thénardier miraba aquellos hombros anchos y algo encorvados y aquellos puños tan recios.

Luego se miraba a sí mismo y se veía los brazos endebles y las manos flacas.

«La verdad es que soy de lo más borrico —pensaba—. ¡Mira que no haber cogido la escopeta, yendo como iba de caza!»

Pero el posadero no se resignaba a perder la presa.

«Quiero saber adónde va», dijo.

Y se puso a seguirlos a distancia. Le quedaban dos cosas en las manos: una ironía, el papelucho con la firma de Fantine; y un consuelo, los mil quinientos francos.

El hombre iba con Cosette en dirección a Livry y Bondy. Andaba despacio, con la cabeza gacha, en actitud reflexiva y triste. Como era invierno, el bosque estaba ralo, y Thénardier no los perdía de vista aunque los siguiera a bastante distancia. De vez en cuando, el hombre se volvía a ver si lo seguían. De pronto vio a Thénardier. Se metió con Cosette entre un grupo de árboles que los tapaban a los dos.

—¡Diantre! —dijo Thénardier.

Y apretó el paso.

La maleza era tan prieta que no le quedó más remedio que acercarse más. Cuando el hombre llegó a la zona de más espesura, se volvió. Por mucho que Thénardier quiso esconderse entre las ramas, no pudo impedir que el hombre lo viera. El hombre le echó una ojeada intranquila; luego movió la cabeza y siguió andando. El posadero volvió a seguirlo. Dieron así doscientos o trescientos pasos. De pronto, el hombre se volvió otra vez. Divisó al posadero. Esta vez lo miró con una expresión tan amenazadora que al Thénardier le pareció «inútil» seguir adelante. Thénardier dio media vuelta.

XI

Vuelve a aparecer el número 9.430 y a Cosette le toca con ese número la lotería

Jean Valjean no había muerto.

Cuando cayó al mar, o, mejor dicho, cuando se tiró al mar, iba, como ya hemos dicho, sin grilletes. Nadó entre dos aguas hasta llegar debajo de un barco anclado al que estaba amarrado un bote. Se las apañó para esconderse en ese bote hasta que cayó la tarde. Cuando se hizo de noche, volvió a echarse al agua y llegó a nado hasta la costa, a poca distancia del cabo Brun. Allí, como no era de dinero de lo que carecía, pudo conseguir ropa. Un merendero de las inmediaciones de Balaguier era por entonces el guardarropa de los presidiarios evadidos, especialidad muy lucrativa. Luego, Jean Valjean, como todos esos desdichados fugitivos que intentan no dar pistas al acecho de la ley y la fatalidad social, fue siguiendo un itinerario oscuro y ondulante. Dio con un primer refugio en Les Pradeaux, cerca de Beausset. Se encaminó luego hacia Le Grand-Villard, cerca de Briançon, en Les Hautes-Alpes. Huida a tientas y desasosegada, camino de topo cuyas ramificaciones nadie sabe. Pudo, más adelante, hallarse alguna traza de su paso por la provincia de Ain, en la comarca de Civrieux; y en los Pirineos, en Accons, en un lugar llamado La Grange-de-Doumecq, cerca de la aldea de Chavailles; y en las inmediaciones de Périgueux, en Brunies, en el cantón de La Chapelle-Gonaguet. Llegó a París. Y acabamos de verlo en Montfermeil.

Lo primero que hizo al llegar a París fue comprar ropa de luto para una niña de entre siete y ocho años y, luego, hacerse con un sitio donde vivir. Después, fue a Montfermeil.

Recordaremos que ya durante su evasión anterior había hecho a

aquellos alrededores un viaje misterioso del que algún eco había llegado a las autoridades.

Por lo demás, lo daban por muerto, con lo cual las sombras que lo rodeaban se habían vuelto aún más densas. En París, le cayó en las manos uno de los periódicos que daban constancia del suceso. Y eso lo tranquilizó, se notó casi en paz, como si se hubiera muerto de verdad.

La misma noche del día en que Jean Valjean sacó a Cosette de las garras de los Thénardier estaba entrando en París. Llegaba al caer la noche, con la niña, por el portillo de Monceaux. Allí tomó un cabriolé que lo llevó a la explanada del Observatorio. Bajó, pagó al cochero, cogió a Cosette de la mano y los dos, ya de noche cerrada, por las calles desiertas que caen cerca de L'Ourcine y de La Glacière, se encaminaron hacia el bulevar de L'Hôpital.

Había sido para Cosette un día raro y repleto de emociones; habían comido detrás de unos setos pan y queso comprados en figones aislados, habían cambiado de coche muchas veces, habían hecho a pie parte del camino; la niña no se quejaba, pero estaba cansada, y Jean Valjean lo notó porque cada vez le tiraba más de la mano al andar. Se la echó a la espalda; Cosette, sin soltar a Catherine, le apoyó la cabeza en el hombro a Jean Valjean y se quedó dormida.

Libro cuarto

El caserón Gorbeau

I

El procurador Gorbeau

Hace cuarenta años, el paseante solitario que se aventuraba por ese barrio remoto de La Salpêtrière y subía por el bulevar hasta el portillo de Italie llegaba a sitios donde habría podido decirse que París desaparecía. No era un lugar solitario, porque pasaba gente; no era el campo, porque había casas y calles; no era una ciudad, porque en las calles había rodadas y baches como en los caminos reales y crecía la hierba; no era un pueblo porque las casas tenían demasiados pisos. ¿Qué era? Era un lugar habitado donde no había nadie; era un lugar desierto donde había alguien; era un bulevar de la gran ciudad, una calle de París, más hosca por la noche que un bosque, más taciturna de día que un cementerio.

Era el barrio viejo de Le Marché-aux-Chevaux.

Si dicho paseante se arriesgaba a ir más allá de las cuatro paredes caducas de Le Marché-aux-Chevaux, si accedía incluso a dejar atrás la calle de Le Petit-Banquier, tras haber dejado a la derecha un jardincillo al resguardo de unas tapias altas, y luego un prado donde se alzaban unos almiares de cortezas de roble semejantes a chozas de castores gigantes, y luego un terreno tapiado repleto de vigas de madera y de muchos tocones, serrín y virutas, en lo alto de cuyos montones ladraba un perro grande, y luego una pared baja y ruinosa, con una puertecita negra y enlutada, cubierta de musgo que se cuajaba de flores en primavera, y luego, en la parte más desierta, un edificio espantoso y decrépito en el que se leía en letras grandes: PROIVIDO PEGAR CARTELES, aquel paseante aventurero llegaba a la esquina de la calle de Les Vignes-Saint-Marcel, que era una latitud poco conocida. Allí, cerca de una fábrica y entre las tapias de dos jardines, se veía en aquellos

tiempos una casa que, a primera vista, parecía tan pequeña como una choza y, en realidad, era tan grande como una catedral. Desde la vía pública sólo se la podía ver de lado, por la parte del gablete; de ahí aquella exigüidad aparente. Casi toda la casa estaba oculta. Sólo estaban a la vista la puerta y una ventana.

Aquel caserón era de un solo piso.

Al examinarlo, el primer detalle que llamaba la atención era que aquella puerta no había podido ser nunca sino la puerta de un tabuco, mientras que aquella ventana, si se hubiera abierto en un muro de piedra de talla y no en mampuesto, podría haber sido la ventana de un palacete.

La puerta era sólo una unión de tablones carcomidos que juntaban groseramente unas traviesas que parecían leños mal desbastados. Daba directamente a unas escaleras muy empinadas de peldaños altos, llenos de barro, de yeso y de polvo, tan anchos como la puerta, y, desde la calle, se los veía subir como una escala y desaparecer entre la sombra de las dos paredes. La parte de arriba de la extraña abertura que tapaba esa puerta la cubría un chilla estrecha en cuyo centro habían serrado un ventano triangular, que, cuando la puerta estaba cerrada, era al tiempo tragaluz y montante. Por la parte de dentro de la puerta, un pincel mojado en tinta había trazado de dos puñetazos el número 52; y, encima de la chilla, ese mismo pincel había garabateado el número 50; de forma tal que entraba la duda. ¿Dónde estamos? En la parte de arriba de la puerta pone que es el número 50; la parte interior replica: no, es el 52. Unos indefinibles trapos de color polvo colgaban a modo de repostero en el tragaluz triangular.

La ventana era amplia, bastante alta, provista de celosías y de hojas con cristales grandes; aunque esos cristales tenían heridas varias, que ocultaba y revelaba a un tiempo un ingenioso vendaje de papel; y las celosías, dislocadas y despegadas, eran más bien una amenaza para los viandantes que una protección para los moradores de la casa. Las tablillas horizontales faltaban en varias partes y las habían sustituido ingenuamente por tablas clavadas perpendicularmente, de forma tal que la contraventana empezaba como celosía y acababa como postigo.

Aquella puerta, que tenía un aspecto inmundo, y aquella ventana, que tenía un aspecto decente aunque destartalado, vistas

en la misma casa parecían dos mendigos que no entonaban entre sí; iban juntos y caminaban codo con codo con dos apariencias diferentes bajo los mismos harapos, pero uno había sido siempre un pelagatos y el otro había sido un caballero.

La escalera conducía a un edificio muy amplio que parecía un cobertizo que hubieran transformado en vivienda. El tubo intestinal de aquel edificio era un corredor largo al que daban, a derecha e izquierda, algo así como compartimentos de tamaños diversos, donde se podía vivir si no quedaba más remedio y que más parecían tendejones que celdas. Esas habitaciones tomaban la luz de los solares de los alrededores. Todo era oscuro, desagradable, descolorido, melancólico, sepulcral; cruzaban por allí, según que las rendijas estuvieran en el tejado o en la puerta, rayos de luz fríos o vientos helados. Una particularidad interesante y pintoresca de ese tipo de vivienda es la tremenda cantidad de arañas.

A la izquierda de la puerta de entrada, en el bulevar, a la altura de un hombre, un tragaluz, que habían tapiado hacía poco, formaba una hornacina cuadrada llena de piedras que los niños arrojaban allí al pasar.

Han derribado recientemente parte de ese edificio. Lo que queda ahora permite aún hacerse una idea de lo que fue. En conjunto no tiene más de cien años. Cien años es la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Da la impresión de que los alojamientos de los hombres participan de su brevedad, y el de Dios, de su eternidad.

Los carteros llamaban a ese caserón el número 50-52; pero en el barrio lo conocían con el nombre de la casa Gorbeau.

Vamos a referir de dónde le venía ese nombre.

Los cosechadores de acontecimientos nimios, que confeccionan herbarios de anécdotas y pinchan en su memoria las fechas fugaces con un alfiler, saben que había en París el siglo pasado, allá por 1770, en Le Châtelet, dos procuradores de la corona que se apellidaban uno Corbeau, y el otro, Renard[21]. Dos apellidos que ya tenía previstos La Fontaine. La oportunidad era demasiado tentadora para que los servidores de la justicia no se rieran a mandíbula batiente. La parodia fue de boca en boca de inmediato, en versos un tanto cojos, por las galerías del Palacio de Justicia:

Maese Corbeau, posado en un legajo,

tenía en el pico un embargo;
maese Renard, al que el olor atrajo,
acudió a él con los siguientes cargos:
¡Hola, hola!, etc.

Los dos honrados legistas, a quienes molestaban las chanzas y cuyo porte menoscababan las carcajadas que los iban siguiendo, resolvieron librarse de sus apellidos y tomaron el partido de dirigirse al rey. La petición llegó hasta Luis XV el mismo día en que el nuncio del papa, por una parte, y el cardenal de La Roche-Aymon, por otra, devotamente arrodillados ambos, le pusieron cada uno una zapatilla en los pies descalzos, en presencia del rey, a la señora Du Barry según se levantaba de la cama. El rey, que estaba muerto de risa, se rió más, pasó regocijado de atender a los dos obispos a atender a los dos procuradores y les perdonó los apellidos a ambos leguleyos, o casi. A Corbeau le permitió el rey añadirle una rayita a la inicial y llamarse Gorbeau; Renard tuvo menos suerte, lo único que se le concedió fue que pusiera una P delante de la R y se apellidase Prenard; de forma tal que este segundo apellido no era mucho menos fidedigno que el primero[22].

Ahora bien, cuentan las tradiciones locales que el tal Gorbeau fue el propietario de la edificación que llevaba los números 50 y 52 del bulevar de L’Hôpital. Era incluso el autor de la ventana monumental.

Por eso se llamaba aquel caserón la casa Gorbeau.

Enfrente del número 50-52 se yergue, entre las plantaciones del bulevar, un olmo grande casi muerto del todo; un poco más allá empieza la calle donde está el portillo de Les Gobelins, calle sin casas a la sazón y sin adoquinar, plantada de árboles enfermizos, verde o embarrada según la estación, que iba a dar directamente a la muralla de circunvalación de París. De los tejados de una fábrica vecina sale a bocanadas un olor a sulfatos.

El portillo estaba allí mismo. En 1823 aún existía la muralla de circunvalación.

Ese portillo en sí traía a la mente imágenes funestas. Era el camino de Bicêtre. Por él entraban en París, en tiempos del Imperio y de la Restauración, los condenados a muerte el día de la ejecución. Allí se cometió, allá por 1829, ese misterioso asesinato

llamado «del portillo de Fontainebleau» cuyos autores no consiguió descubrir la justicia, cuestión fúnebre que no pudo aclararse, enigma espantoso que no fue posible despejar. Si damos unos cuantos pasos, nos encontramos con esa calle fatídica, la calle de Croulebarbe, donde Ulbach apuñaló a la cabrera de Ivry mientras tronaba, igual que en un melodrama. Unos pasos más y llegamos a los abominables olmos desmochados del portillo de Saint-Jacques, ese recurso de los filántropos que disimula el patíbulo, esa mezquina y vergonzosa plaza de Grève de una sociedad de tenderos y burgueses que retrocede al vérselas con la pena de muerte y no se atreve ni a abolirla con magnanimidad ni a mantenerla con autoridad.

Hace treinta y siete años, si dejamos aparte esa plaza de Saint-Jacques, que estaba predestinada, podríamos decir, y fue siempre espantosa, el punto más lóbrego quizá de todo ese bulevar tan lóbrego era el lugar, tan poco atractivo aún hoy en día, donde estaba el caserón con los números 50 y 52.

Las casas de clase media no comenzaron a aparecer por esa zona hasta pasados veinticinco años. El sitio era sombrío. Por las ideas fúnebres que se adueñaban de quien pasaba por allí, notaba éste que estaba entre La Salpêtrière, cuya cúpula se divisaba, y Bicêtre, cuyo portillo estaba allí mismo; es decir, entre la demencia de la mujer y la demencia del hombre. Hasta donde alcanzaba la vista, sólo se veían los mataderos, la muralla de circunvalación y unas pocas fachadas de fábricas, que parecían cuarteles o monasterios; por todas partes barracones y cascotes, paredes viejas, negras como mortajas, y paredes nuevas, blancas como sudarios; por todas partes filas paralelas de árboles, edificaciones trazadas a cordel, construcciones anodinas, líneas largas y frías y la tristeza lúgubre de los ángulos rectos. Ni un accidente del terreno, ni un capricho arquitectónico, ni una arruga. Era un conjunto glacial, regular, repulsivo. No hay nada que oprima tanto el corazón como la simetría. Y es que la simetría es el aburrimiento, y el aburrimiento es la propia esencia del duelo. La desesperación bosteza. Se puede concebir algo más terrible que un infierno donde suframos, y es un infierno donde nos aburramos. Si ese infierno existiera, ese trozo del bulevar de L'Hôpital podría haber sido su avenida.

No obstante, cuando cae la noche, en el momento en que se va

la luz, sobre todo en invierno, a la hora en que el frío viento crepuscular les arranca a los olmos las últimas hojas rojas, cuando la sombra es honda y sin estrellas, o cuando la luna y el viento horadan las nubes, ese bulevar se volvía de pronto aterrador. Las líneas negras se hundían y se perdían entre las tinieblas como un infinito a pedazos. El transeúnte no podía por menos de acordarse de las incontables tradiciones patibularias del lugar. En la soledad de aquel sitio donde se habían cometido tantos crímenes había algo espantoso. Parecían presentirse trampas en esa oscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecían sospechosas, y los largos huecos cuadrados que se divisaban entre los árboles parecían fosas. De día, era todo muy feo; al atardecer, era lúgubre; de noche, era siniestro.

En verano, al caer la tarde, podían verse acá y allá a algunas viejas, sentadas al pie de los olmos en bancos que había enmohecido la lluvia. Esas buenas ancianas solían pedir limosna.

Por lo demás, ese barrio, que más bien parecía anticuado que antiguo, tendía ya a transformarse. Ya por entonces quien quisiera verlo no podía perder tiempo. Todos los días desaparecía alguno de los detalles de ese conjunto. En la actualidad, y desde hace veinte años, está ahí la estación del ferrocarril de Orleans, junto al antiguo arrabal, y lo transforma. En cualquier sitio en que pongan, en las lindes de una capital, una estación de ferrocarril, muere un arrabal y nace una ciudad. Es como si alrededor de esos grandes núcleos del movimiento de las poblaciones, con el rodar de esas máquinas poderosas, con el hálito de esos monstruosos caballos de la civilización que comen carbón y vomitan fuego, la tierra repleta de gérmenes se estremeciera y se abriera para tragarse las antiguas moradas de los hombres y dejar que salgan las nuevas. Se hunden las casas viejas y se alzan las casas nuevas.

Desde que la estación de la vía férrea de Orleans invadió los terrenos de La Salpêtrière, se inmutan las antiguas calles estrechas, próximas a los fosos de Saint-Victor y al Jardín Botánico, cuando las cruzan tres o cuatro veces al día esos flujos de diligencias, coches de punto y ómnibus que, con el tiempo, hacen retroceder las casas a derecha e izquierda; porque hay cosas que resultan raras cuando se cuentan pero son rigurosamente ciertas, y, de la misma forma que es cierto que en las grandes ciudades el sol hace que prosperen y

crezcan las fachadas de las casas orientadas al sur, no cabe duda de que el paso frecuente de carruajes ensancha las calles. Son evidentes los síntomas de una nueva vida. En ese antiguo barrio provinciano con recovecos silvestres a más no poder aparece el adoquinado y las aceras empiezan a reptar y a alargarse incluso por donde aún no transita nadie. Una mañana, una mañana memorable de julio de 1845, se vieron de repente humear allí las marmitas negras del asfalto; ese día pudo decirse que la civilización había llegado a la calle de L'Ourcine y que París había entrado en el arrabal de Saint-Marceau.

II

Nido para búho y curruca

Delante de ese caserón Gorbeau fue donde se detuvo Jean Valjean. Lo mismo que las aves esquivas, había escogido aquel lugar desierto para anidar.

Rebuscó en el chaleco y sacó una especie de llave maestra, abrió la puerta, entró, volvió a cerrarla luego y subió la escalera sin soltar a Cosette.

Al llegar al final de la escalera, se sacó del bolsillo otra llave con la que abrió otra puerta. La habitación en que entró y volvió a cerrar en el acto era algo así como un sotabanco bastante espacioso que amueblaban un colchón puesto en el suelo, una mesa y unas pocas sillas. En un rincón había una estufa encendida donde relucían unas brasas. El farol del bulevar iluminaba apenas aquella vivienda pobre. Al fondo había un gabinete con una cama de tijera. Jean Valjean llevó a la niña a esa cama y la dejó en ella sin que ésta se despertara.

Prendió el chisquero y encendió una vela de sebo; todo estaba ya preparado encima de la mesa; y, como había hecho la víspera, se puso a mirar a Cosette con ojos colmados de éxtasis en que la expresión de bondad y ternura llegaba casi al extravío. La niña, con esa confianza serena que sólo es propia de la fuerza extremada y de la debilidad extremada, se había quedado dormida sin saber con quién estaba y seguía durmiendo sin saber dónde estaba.

Jean Valjean se inclinó y le besó la mano a la niña.

Nueve meses antes había besado la mano de la madre que también acababa de dormirse.

Idéntico sentimiento doloroso, religioso, agudo, le llenaba el corazón.

Se arrodilló junto a la cama de Cosette.

Ya entrada la mañana, la niña seguía durmiendo. Un rayo pálido del sol de diciembre entraba por la ventana del sotabanco y paseaba por el techo largas hebras de sombra y de luz. De pronto, un carro de cantero que llevaba una carga pesada sonó en el caserón como un trueno y lo hizo estremecerse de arriba abajo.

—¡Sí, señora! —gritó Cosette, que se despertó sobresaltada—. ¡Ya voy, ya voy!

Y se tiró de la cama; el profundo sueño le cerraba aún a medias los párpados y alargaba los brazos hacia el rincón.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y mi escoba? —dijo.

Abrió del todo los ojos y vio la cara sonriente de Jean Valjean.

—¡Anda, es verdad! —dijo la niña—. Buenos días, señor.

Los niños aceptan enseguida y con naturalidad la alegría y la felicidad, pues ellos son por naturaleza la felicidad y la alegría.

Cosette vio a Catherine a los pies de la cama y la cogió; y, mientras jugaba, le hacía mil preguntas a Jean Valjean: ¿dónde estaba?, ¿era muy grande París?, ¿estaba muy lejos la señora Thénardier?, ¿volvería con ella?, etc., etc. De repente, exclamó:

—¡Qué bonita es esta casa!

Era un cuchitril horroroso, pero se sentía libre.

—¿Tengo que barrer? —peguntó por fin.

—Juega —dijo Jean Valjean.

Y así transcurrió el día. Cosette, sin preocuparse por entender lo que pasaba, era indeciblemente feliz entre aquella muñeca y aquel hombre.

III

El resultado de juntar dos desdichas es la felicidad

Al despuntar el día siguiente, Jean Valjean estaba otra vez junto a la cama de Cosette. Esperaba, sin moverse, y la vio despertarse.

Algo nuevo se le metía en el alma.

Jean Valjean nunca había sentido cariño por nadie. Llevaba veinticinco años solo en el mundo. Nunca había sido padre, amante, marido, amigo. En presidio era malo, adusto, casto, ignorante y hosco. El corazón de aquel presidiario viejo estaba rebosante de virginidades. De su hermana y los hijos de su hermana no tenía sino un recuerdo inconcreto y lejano que, andando el tiempo, se había desvanecido casi por completo. Se había esforzado cuanto había podido para localizarlos, y, como no había podido, los había olvidado. Tal es la naturaleza humana. Las demás emociones tiernas de la juventud, si es que las había tenido, habían caído en un abismo.

Cuando vio a Cosette, cuando la cogió, se la llevó y la liberó, notó que se le removían las entrañas. Cuantos sentimientos de pasión y afecto llevaba dentro despertaron y se abalanzaron hacia esa niña. Se acercaba a la cama en que dormía y se estremecía de gozo; sentía dolores de parto como una madre y no sabía qué era aquello; pues esa vibración tan grande y extraña de un corazón que empieza amar es muy misteriosa y muy dulce.

¡Pobre corazón viejo y tan nuevo!

Pero, como tenía cincuenta y cinco años y Cosette, ocho, todo el amor que habría podido tener en la vida se juntó en algo así como un resplandor inefable.

Era la segunda aparición blanca con que topaba. El obispo hizo amanecer en su corazón la virtud; Cosette hacía que amaneciera el

amor.

Los primeros días transcurrieron en ese deslumbramiento.

¡También Cosette, la pobre criaturita, se iba volviendo otra sin darse cuenta! Era tan niña cuando la dejó su madre que ya no la recordaba. Como todos los niños, que son como los zarcillos de la parra que se enganchan en todo, intentó querer. No lo consiguió. Todos la rechazaron: los Thénardier, sus hijas, los demás niños. Quiso al perro y el perro se murió. Luego nada ni nadie quisieron saber nada de ella. Es lúgubre decirlo y ya lo habíamos indicado: a los ocho años tenía el corazón helado. No era culpa suya, no es que le faltase la facultad de amar, sino, ¡ay!, la posibilidad. Y en consecuencia desde el primer día todo cuanto en ella sentía y pensaba empezó a querer a aquel pobre hombre. Notaba lo que no había notado nunca: una sensación de plenitud.

Y el hombre no le parecía ya ni viejo ni pobre. Jean Valjean le parecía guapo, de la misma forma que el cuchitril aquel le parecía bonito.

Son impresiones de aurora, de infancia, de juventud, de alegría. La novedad de la tierra y de la vida tiene que ver con ellas. Nada hay tan delicioso como el reflejo de la dicha que colorea el desván. Todos tenemos en nuestro pasado un sotabanco azul.

La naturaleza había puesto la enorme separación de cincuenta años de intervalo entre Jean Valjean y Cosette; y el destino abolió esa separación. El destino unió repentinamente y emparejó con su poder irresistible esas dos existencias sin raíces, diferentes en la edad, semejantes en el duelo. Y, efectivamente, se completaban. El instinto de Cosette buscaba un padre de la misma forma que el instinto de Jean Valjean buscaba un hijo. Conocerse fue hallarse. En el momento misterioso en que las dos manos se tocaron, se quedaron soldadas. Cuando esas dos almas se vieron, se reconocieron, reconocieron que se necesitaban y se fundieron en un estrecho abrazo.

Si tomamos las palabras en su acepción más amplia y absoluta, podríamos decir que, al separarlos de los demás unos muros sepulcrales, Jean Valjean era el Viudo y Cosette, la Huérfana. Aquella situación convirtió, de forma celestial, a Jean Valjean en el padre de Cosette.

Y, en verdad, aquella impresión misteriosa que le hizo a Cosette,

en lo hondo del bosque de Chelles, la mano de Jean Valjean cuando cogió la suya en la oscuridad no era una ilusión, sino una realidad. La aparición de ese hombre en el destino de esa niña fue como la llegada de Dios.

Por lo demás, Jean Valjean había elegido bien el refugio. Tenía allí una seguridad que podía parecer completa.

La habitación con gabinete que ocupaba con Cosette era la que tenía ventana al bulevar. Como aquella ventana era única en la casa, no había que temer las miradas de los vecinos, ni de lado ni de frente.

La planta baja del número 50-52, una especie de cobertizo destartalado, la usaban de almacén unos hortelanos y no tenía comunicación con el primer piso, del que lo separaba el suelo, sin trampilla ni escaleras, que era como el diafragma del caserón. En el primer piso había, como ya hemos dicho, varias habitaciones y unos cuantos desvanes, de los cuales sólo estaba ocupado uno, donde vivía una anciana que le hacía la limpieza a Jean Valjean. En el resto del caserón no vivía nadie.

Era aquella anciana, que ostentaba el título de *inquilina principal* y, en realidad, desempeñaba el cometido de portera, la que le había alquilado aquella vivienda el día de Nochebuena. Se había presentado como un rentista que se había arruinado con los bonos españoles y se iba a ir a vivir ahí con su nieta. Pagó seis meses por adelantado y dejó encargada a la anciana de amueblarle la habitación y el gabinete, como ya hemos visto. Era esa buena mujer quien había encendido la estufa y preparado todo la noche en que llegaron.

Fueron pasando las semanas. Aquellos dos seres llevaban en aquel cuchitril mísero una vida dichosa.

Cosette reía desde que amanecía; parloteaba, cantaba. Los niños tienen sus cantos matutinos, como los pájaros.

A veces, Jean Valjean le cogía la manita encarnada y con las grietas de los sabañones y se la besaba. La pobre niña, acostumbrada a que le pegasen, no sabía a qué venía aquello y se iba, muy avergonzada.

De vez en cuando se ponía seria y miraba fijamente el vestidito negro. Cosette ya no iba hecha una andrajosa; iba de luto. Salía de la miseria y entraba en la vida.

Jean Valjean había empezado a enseñarle a leer. A veces, mientras la niña deletreaba, él pensaba que había aprendido a leer en presidio con la intención de hacer daño. Y aquella idea se había convertido en que ahora enseñaba a leer a una niña. Entonces el anciano presidiario sonreía con la sonrisa meditabunda de los ángeles.

Notaba que había en aquello una premeditación de más arriba, una voluntad de alguien que no era humano, y se perdía en ensoñaciones. Los pensamientos buenos también tienen abismos, igual que los malos.

Enseñar a leer a Cosette y dejarla jugar, en eso consistía casi toda la vida de Jean Valjean. Y además le hablaba de su madre y la hacía rezar.

Ella lo llamaba *padre* y no sabía que tuviera ningún otro nombre.

Él se pasaba las horas muertas mirando cómo vestía y desnudaba a la muñeca y oyéndola gorjear. La vida le parecía ya interesantísima; opinaba que los hombres eran buenos y justos; ya no le reprochaba in mente nada a nadie; no veía razón alguna para no vivir hasta muy viejo ahora que aquella niña lo quería. Veía por delante un porvenir que Cosette iluminaba con un fulgor delicioso. Los mejores hombres no están libres de algún pensamiento egoísta. De vez en cuando pensaba, con algo parecido a la alegría, que Cosette iba a ser fea.

Lo que sigue no es sino una opinión personal; pero, por no callarnos nada, diremos que, en el punto en que se hallaba Jean Valjean cuando empezó a querer a Cosette, no tenemos la seguridad de si no necesitaría aquel abastecimiento para perseverar en el bien. Acaba de ver desde perspectivas nuevas la maldad de los hombres y la miseria de la sociedad, perspectivas incompletas y que adolecían de la fatalidad de no mostrar sino uno de los aspectos de la verdad, la suerte de la mujer resumida en Fantine, la autoridad pública personificada en Javert; había vuelto a presidio, y en esta ocasión por haber hecho lo que debía; había probado nuevas amarguras; volvían a adueñarse de él el asco y el cansancio; incluso el recuerdo del obispo estaba quizá aproximándose a un eclipse, con la salvedad de que luego podría aparecer de nuevo luminoso y triunfante, pero el hecho era que aquel recuerdo santo se iba debilitando. ¿Quién

sabe si Jean Valjean no estaba en vísperas de desanimarse y recaer? Quiso y volvió a ser fuerte. Por desgracia, no era menos frágil que Cosette. Él la protegió y ella le dio firmeza. Gracias a ella pudo caminar por la vida; gracias a ella pudo perseverar en la virtud. Fue el sostén de aquella niña y aquella niña fue su punto de apoyo. ¡Ah, misterio insondable y divino del equilibrio del destino!

IV

Las observaciones de la inquilina principal

Jean Valjean tenía la prudencia de no salir nunca de día. Todas las tardes, cuando llegaba el crepúsculo, daba un paseo de una hora o dos, a veces solo y frecuentemente con Cosette, buscando los paseos laterales de los bulevares más solitarios y entrando en las iglesias a la caída de la tarde. Le gustaba ir a Saint-Médard, que es la iglesia más cercana. Cuando no se llevaba a Cosette, ésta se quedaba con la anciana, pero la alegría de la niña era salir con el hombre. Prefería incluso estar una hora con él que los ratos deliciosos que pasaba a solas con Catherine. Él andaba, llevándola de la mano y diciéndole cosas cariñosas.

Resultó que Cosette era una niña muy alegre.

La vieja hacía la limpieza y guisaba e iba a la compra.

Vivían sobriamente, sin prescindir de un poco de fuego, pero como personas con muchos apuros. Jean Valjean no había cambiado ninguno de los muebles del primer día; nada más había mandado poner una puerta maciza en el gabinete de Cosette en vez de la puerta acristalada.

Seguía usando la levita amarilla, el calzón negro y el sombrero viejo. En la calle, lo tomaban por un pobre. A veces algunas buenas mujeres se volvían y le daban cinco céntimos. Jean Valjean cogía los cinco céntimos y hacía una profunda inclinación. Otras veces ocurría que se cruzaba con algún pobre miserable que pedía limosna; entonces miraba hacia atrás, por si lo estaba viendo alguien, se acercaba furtivamente al desdichado y le ponía en la mano una moneda, una moneda de plata en muchas ocasiones, y se alejaba deprisa. Aquello tenía sus inconvenientes. Estaban empezando a llamarlo en el barrio *el mendigo que da limosna*.

La anciana *inquilina principal,* una persona malhumorada rebosante de atención envidiosa por el prójimo, se fijaba mucho en Jean Valjean sin que él lo sospechara. Estaba un poco sorda, lo que la hacía charlatana. Le quedaban, de tiempos pasados, dos dientes, uno arriba y otro abajo, y los chocaba siempre entre sí. Le había hecho preguntas a Cosette, que, como no sabía nada, no había podido decir nada, sólo que venía de Montfermeil. Una mañana, la acechadora aquella vio a Jean Valjean entrar, con una expresión que a la buena mujer le pareció peculiar, en una de las habitaciones vacías del caserón. Lo siguió con pisadas de gata vieja y pudo ver sin ser vista por la rendija de la puerta, que estaba encajada, pero no cerrada. Jean Valjean, para tomar más precauciones seguramente, estaba de espaldas a dicha puerta. La vieja vio que rebuscaba en el bolsillo y sacaba un neceser, tijeras e hilo; empezó luego a descoser el dobladillo de uno de los faldones de la levita y sacó de la abertura un trozo de papel amarillento que desdobló. La vieja, espantada, cayó en la cuenta de que se trataba de un billete de mil francos. Era el segundo o el tercero que veía desde que había venido al mundo. Escapó, muy asustada.

Un ratito después, Jean Valjean se le acercó y le rogó que fuera a cambiarle el billete de mil francos, añadiendo que era el semestre de sus rentas que había cobrado la víspera.

«¿Dónde? —pensó la vieja—. No ha salido hasta las seis de la tarde, y seguro que a esa hora la caja del gobierno no está abierta.»

La vieja fue a cambiar el billete e hizo sus conjeturas personales. Aquel billete de mil francos, comentado y multiplicado, dio pie a muchísimas conversaciones de las comadres estupefactas de la calle de Les Vignes-Saint-Marcel.

Pocos días después, Jean Valjean, que llevaba puesta la chaqueta solamente, aserraba leña en el corredor. La vieja estaba limpiando la habitación a solas, porque Cosette estaba admirando la operación de aserrar leña; la vieja vio la levita colgada de un clavo y la examinó. Habían vuelto a coser el dobladillo. La buena mujer la palpó atentamente y le pareció notar en los faldones y en las sisas bultos de papel. ¡Más billetes de mil francos seguramente!

Se fijó, además, en que en los bolsillos había multitud de cosas. No sólo las agujas, las tijeras y el hilo que había visto, sino una cartera muy abultada, una navaja muy grande y, detalle sospechoso,

varias pelucas de diferentes colores. Todos los bolsillos de aquella levita parecían dispuestos en previsión de acontecimientos inesperados.

Así llegaron los habitantes del caserón a los últimos días del invierno.

V

Una moneda de cinco francos que se cae al suelo mete mucho ruido

Había cerca de Saint-Médard un pobre que se sentaba en el brocal de un pozo comunal condenado y a quien Jean Valjean solía dar limosna. Nunca pasaba delante de ese hombre sin darle unos céntimos. A veces le dirigía la palabra. Quienes le tenían envidia a ese mendigo decían que era *de la policía*. Se trataba de un ex pertiguero de setenta y cinco años que siempre estaba mascullando oraciones.

Una tarde, a última hora, cuando pasaba por allí Jean Valjean sin Cosette, vio al mendigo en el lugar habitual, debajo del farol que acababan de encender. El hombre, como de costumbre, parecía rezar y estaba hecho un ovillo. Jean Valjean se le acercó y le puso en la mano la limosna habitual. El mendigo alzó de repente la vista, miró fijamente a Jean Valjean y, luego, agachó corriendo la cabeza. Aquel movimiento fue como el fogonazo de un relámpago; Jean Valjean se sobresaltó. Le pareció ver a medias, a la luz del farol, no la cara plácida y beatífica del anciano pertiguero, sino un rostro espantoso y conocido. Le dio la misma impresión que notaría quien se encontrase de pronto en la oscuridad ante un tigre. Retrocedió aterrado y petrificado, sin atreverse ni a respirar, ni a hablar, ni a quedarse ni a salir huyendo, mirando al mendigo, que había bajado la cabeza, cubierta con un andrajo, y parecía no darse cuenta ya de que Jean Valjean estaba allí. En aquel momento extraño, por instinto, quizá el misterioso instinto de la conservación, Jean Valjean no dijo ni palabra. El mendigo tenía la misma estatura, los mismos harapos, la misma apariencia que los demás días. «¡Bah! —dijo Jean Valjean—. ¡Estoy loco! ¡Estoy soñando! ¡Imposible!» Y se

volvió a casa, muy alterado.

Apenas si se atrevía a reconocer ante sí mismo que aquella cara que le había parecido ver era la cara de Javert.

Por la noche, dándole vueltas al asunto, lamentó no haberle preguntado algo al hombre para obligarlo a levantar otra vez la cabeza.

Al día siguiente, al caer la noche, volvió por allí. El mendigo seguía en el mismo sitio.

—¿Qué hay, buen hombre? —le dijo resueltamente Jean Valjean, dándole cinco céntimos.

El mendigo alzó la cabeza y contestó con voz lastimera:

—Gracias, mi buen señor.

Era, desde luego, el anciano pertiguero.

Jean Valjean se tranquilizó por completo. Se echó a reír. «¿Cómo demonios pudo parecerme que era Javert? —pensó—. ¿Será que ahora veo visiones?» Y lo echó al olvido.

Pocos días después, podían ser las ocho de la tarde y estaba en su cuarto haciendo deletrear en voz alta a Cosette cuando oyó que se abría y luego se volvía a cerrar la puerta del caserón. Le pareció raro. La vieja, que era la única que vivía en el caserón además de ellos, se acostaba siempre en cuanto se hacía de noche para no gastar en velas. Jean Valjean le hizo una seña a Cosette para que se callara. Oyó que alguien subía las escaleras. Bien pensado, podía ser la vieja, que a lo mejor se había sentido indispuesta y había ido a la botica. Jean Valjean se quedó escuchando. Eran pasos recios y sonaban como los pasos de un hombre; pero la vieja usaba zapatones, y no hay nada que se parezca más a los pasos de un hombre que los pasos de una mujer vieja. Sin embargo, Jean Valjean apagó la vela de un soplo.

Mandó a Cosette a la cama, diciéndole en voz baja:

—Acuéstate sin hacer ruido.

Y, mientras le daba un beso en la frente, los pasos se detuvieron. Jean Valjean se quedó callado, inmóvil, dándole la espalda a la puerta, sentado en la silla, de la que no se había movido, conteniendo el aliento en la oscuridad. Al cabo de un rato bastante largo, como ya no oía nada, se dio la vuelta sin hacer ruido y, al alzar la vista hacia la puerta de su cuarto, vio una luz por el agujero de la cerradura. Aquella luz era como una estrella siniestra en la

negrura de la puerta y de la pared. Estaba claro que allí había alguien que llevaba una vela en la mano y estaba escuchando.

Pasaron unos minutos y la luz se fue. Pero no oyó ruido alguno de pasos, lo que parecía indicar que quien había venido a escuchar en la puerta se había quitado los zapatos.

Jean Valjean se dejó caer vestido en la cama y no pudo pegar ojo en toda la noche.

Despuntaba el día cuando, según se estaba quedando amodorrado, rendido por el cansancio, lo espabiló el chirrido de una puerta que se abría en alguno de los desvanes que había al fondo del corredor; y oyó luego el mismo paso de hombre que había subido por las escaleras la víspera. Los pasos se acercaban. Se tiró de la cama y pegó el ojo al agujero de la cerradura, que era bastante grande, con la esperanza de ver, al pasar, al individuo, fuere quien fuere, que había entrado de noche en el caserón y había estado escuchando en su puerta. Quien pasó fue un hombre, efectivamente, que esta vez no se detuvo ante la habitación de Jean Valjean. El corredor estaba aún demasiado oscuro para que se le pudiera ver la cara; pero, cuando el hombre llegó a las escaleras, un rayo de la luz del exterior recortó su silueta y Jean Valjean lo vio de espaldas y por completo. El hombre era alto y llevaba una levita larga y un garrote debajo del brazo. Aquéllas eran las espaldas formidables de Javert.

Jean Valjean podría haber intentado verlo otra vez por la ventana que daba al bulevar. Pero tendría que haber abierto la ventana y no se atrevió.

Estaba claro que aquel hombre había entrado con una llave y como quien entra en su casa. ¿Quién le había dado la llave? ¿Qué quería decir todo aquello?

A las siete de la mañana, cuando la vieja vino a limpiar, Jean Valjean le echó una ojeada penetrante, pero no le preguntó nada. La buena mujer se portaba como de costumbre.

Mientras barría, le dijo:

—A lo mejor el señor ha oído a alguien entrar esta noche.

A la edad de esa mujer y en aquel bulevar, las ocho de la tarde eran noche cerrada a más no poder.

—Ah, pues sí —contestó él con el tono más natural—. ¿Quién era?

—Es un inquilino nuevo que tenemos en la casa —dijo la vieja.

—¿Y cómo se llama?

—No me acuerdo muy bien. Dumont o Daumont. Un apellido de ese estilo.

—¿Y quién es ese señor Dumont?

La vieja lo miró con sus ojillos de garduña y contestó:

—Un rentista como usted.

A lo mejor lo decía sin intención. Pero a Jean Valjean le pareció notar alguna.

Cuando se fue la vieja, hizo un canuto con unos cien francos que tenía en un armario y se lo metió en el bolsillo. Aunque lo hizo con mucho cuidado para que no lo oyesen manejar dinero, se le escapó de las manos una moneda de cinco francos, que rodó ruidosamente por las baldosas.

Cuando empezó a caer la tarde, bajó y miró con cuidado a ambos lados del bulevar. No vio a nadie. El bulevar parecía completamente desierto. Cierto es que es posible esconderse detrás de los árboles.

Volvió a subir.

—Ven —le dijo a Cosette.

La cogió de la mano y salieron los dos.

Libro quinto

A escopetas negras, rehala muda

I

Los zigzags de la estrategia

Es necesario aquí un comentario para las páginas que vamos a leer y para otras que vendrán a continuación.

Hace ya muchos años que el autor de este libro, que se ve forzado a hablar de sí mismo, falta de París. Desde que se fue, París ha cambiado. Ha nacido una ciudad nueva que, como quien dice, le es desconocida. No es menester que diga que le gusta París; París es la ciudad natal de su mente. Debido a los derribos y a las nuevas edificaciones, el París de su juventud, aquel París que se llevó religiosamente en la memoria, es, a estas alturas, un París de antaño. Que se le permita hablar de aquel París como si siguiera existiendo. Entra dentro de lo posible que allá adonde conduzca el autor a los lectores diciendo: «En tal calle hay tal casa», no queden ya ni la casa ni la calle. Los lectores podrán comprobarlo si quieren tomarse esa molestia. En lo que a él se refiere, nada sabe del París nuevo, y escribe con el París antiguo ante los ojos presa de una ilusión que le es muy cara. Le resulta muy dulce soñar que ha quedado, tras irse él, algo de lo que veía cuando estaba en su patria y que no todo se ha desvanecido. Mientras uno va y viene por la tierra natal, se imagina que le son indiferentes esas calles, que esas ventanas, esos tejados y esas puertas le dan lo mismo, que esas paredes le son ajenas, que esos árboles son unos árboles cualesquiera, que esas casas en que no entra no le valen para nada, que esos adoquines que pisa son sólo piedras. Más adelante, cuando ya no está allí, se da cuenta de que esas calles le son queridas, de que echa de menos esos tejados, esas ventanas y esas puertas, de que necesita esas paredes, de que esos árboles son dilectos para él, de que en esas casas donde no entraba sí entraba a diario y de que

en esos adoquines se ha dejado las entrañas, la sangre y el corazón. Todos esos sitios que ya no ve, que a lo mejor no volverá a ver ya, y cuya imagen conserva, adquieren un encanto doloroso, regresan a la memoria con la melancolía de una aparición, vuelven visible esa tierra santa y son, por así decirlo, la mismísima forma de Francia, y uno las quiere y las evoca tal y como son, tal y como eran, y se empecina, y no quiere cambiar nada, porque le tenemos el mismo apego al rostro de la patria que al rostro de nuestra madre.

Que se nos permita, pues, hablar en presente del pasado. Dicho esto, rogamos al lector que lo tenga en cuenta y proseguimos.

Jean Valjean dejó enseguida el bulevar y se internó por las calles, evitando la línea recta cuanto podía y desandando lo andado a veces para asegurarse de que no lo seguían.

Esa maniobra es propia del ciervo acosado. En los terrenos en que no puede quedar el rastro es una maniobra que tiene, entre otras ventajas, la de engañar a los cazadores y a los perros haciéndolos ir en dirección equivocada. Es lo que se llama en la caza del venado el *falso emboscamiento*.

Era una noche de luna llena. A Jean Valjean no lo contrarió. La luna, muy cerca aún del horizonte, dividía las calles en anchos lienzos de sombra y de luz. Jean Valjean podía escurrirse pegado a las casas y a las paredes por la zona de sombra y vigilar la zona iluminada. Es posible que no pensara lo suficiente en que la zona oscura no podía vigilarla. No obstante, en todas las callejuelas desiertas próximas a la calle de Poliveau creyó tener la seguridad de que nadie caminaba detrás de él.

Cosette andaba sin hacer preguntas. Los sufrimientos de los seis primeros años de su vida le habían dado un carácter pasivo hasta cierto punto. Por lo demás, y es ésta una observación que volverá a salir más de una vez, se había acostumbrado, sin darse demasiada cuenta, a las singularidades de aquel hombre y a las cosas raras del destino. Y, además, con él se sentía segura.

Jean Valjean no sabía dónde iba más de lo que lo sabía Cosette. Se ponía en manos de Dios como la niña se ponía en las suyas. Le daba la impresión de que a él también lo llevaba de la mano alguien mayor; le parecía sentir a un ser que lo guiaba, invisible. Por lo demás, no tenía nada determinado, ningún plan, ningún proyecto. Ni siquiera tenía la absoluta seguridad de que fuera Javert, y,

además, podía ser Javert sin que Javert supiera que él era Jean Valjean. ¿Acaso no iba disfrazado? ¿No lo habían dado por muerto? No obstante, desde hacía unos días pasaban cosas cada vez más singulares. Con eso le bastaba. Estaba decidido a no volver a la casa Gorbeau. Igual que animal expulsado de la madriguera, buscaba un rincón donde esconderse a la espera de dar con uno donde vivir.

Jean Valjean recorrió varios laberintos diversos en el barrio de Mouffetard, dormido ya como si estuviera aún sometido a la disciplina de la Edad Media y al yugo del toque de queda; combinó de formas varias, con hábiles estrategias, la calle de Censier y la calle de Copeau, la calle de Le Battoir-Saint-Victor y la calle de Le Puits-l'Ermite. Hay hospedaje por esa zona, pero ni siquiera entraba porque no veía nada que le conviniera. Aunque no dudaba de que si, por casualidad, anduvieran buscando su rastro, lo habrían perdido ya.

Daban las once en Saint-Étienne-du-Mont cuando cruzaba la calle de Pontoise, por delante de las oficinas del comisario de la policía que está en el número 14. Pocos instantes después, ese instinto, al que nos referíamos antes, lo hizo volverse. En aquel momento vio con toda claridad pasar sucesivamente debajo del farol por el lado oscuro de la calle, gracias al farol del comisario, que los traicionaba, a tres hombres, que lo iban siguiendo de bastante cerca. Uno de esos tres hombres se metió por la entrada de la casa del comisario. El que iba en cabeza le pareció, desde luego, muy sospechoso.

—Ven, hijita —le dijo a Cosette. Y se apresuró a salir de la calle de Pontoise.

Escogió un circuito, rodeó el pasaje de Les Patriarches, que estaba cerrado por la hora, recorrió la calle de L'Épée-de-Bois y la calle de L'Arbalète y se metió por en la calle de Les Postes.

Hay ahí un cruce donde está ahora el internado Rollin y de donde arranca la calle Neuve-Sainte-Geneviève.

(Ni que decir tiene que la calle Neuve-Sainte-Geneviève es una calle antigua, por más que se llame nueva, y que por la calle de Les Postes no pasa una silla de posta ni en diez años. En esa calle de Les Postes vivían en el siglo XIII unos alfareros, y su nombre auténtico es el de calle de Les Pots, de los jarros.)

La luna alumbraba con intenso resplandor la encrucijada

aquella. Jean Valjean se emboscó en un portal, echándose la cuenta de que, si esos hombres todavía lo venían siguiendo, no podría por menos de verlos perfectamente cuando cruzasen por esa claridad.

Efectivamente, no habían pasado tres minutos cuando aparecieron los hombres. Ahora eran cuatro: todos ellos altos, vistiendo levitas largas y pardas, con sombreros de media copa y bastones gruesos en la mano. No resultaban menos inquietantes por la elevada estatura y los anchos puños que por la forma de caminar, tan siniestra entre las tinieblas. Parecían cuatro espectros disfrazados de vecinos de la ciudad.

Se detuvieron en plena encrucijada y se agruparon como si estuvieran celebrando consulta. Parecían indecisos. El que aparentemente estaba al mando se volvió y señaló vehementemente con la mano derecha la dirección que había tomado Jean Valjean; otro parecía indicar con cierta obstinación la dirección opuesta. Cuando el primero se dio la vuelta, la luna le alumbró de lleno la cara. Jean Valjean reconoció a la perfección a Javert.

II

Hay que congratularse de que por el puente de Austerlitz pasen coches

A Jean Valjean se le habían acabado las dudas; afortunadamente, a esos hombres aún les duraban las suyas. Aprovechó aquel titubeo; era tiempo que ellos perdían y que ganaba él. Salió del portal donde se había agazapado y siguió por la calle de Les Postes hacia la zona del Jardín Botánico. Cosette empezaba a estar cansada; la cogió en brazos. No pasaba un alma y no habían encendido los faroles porque había luna llena.

Apretó el paso.

En pocas zancadas llegó a la alfarería Goblet, en cuya fachada la luz de la luna permitía leer con gran claridad la antigua inscripción:

Es Goblet hijo un probo comerciante.
Venid, llevaos cántaros y jarros,
tiestos, ladrillos y atanores varios.
De corazón: más duran que diamantes.

Dejó atrás la calle de La Clef, luego la fuente de Saint-Victor, fue siguiendo la tapia del Jardín Botánico por las calles de más abajo y llegó al muelle. Allí, se volvió. El muelle estaba desierto. Las calles estaban desiertas. No llevaba a nadie detrás. Respiró.

Llegó al puente de Austerlitz.

Todavía había que pagar peaje en aquellos años.

Se presentó en la oficina del peajero y le dio cinco céntimos.

—Son diez céntimos —dijo el inválido del puente—. Lleva en brazos a una niña que puede andar. Pague usted por dos.

Pagó, contrariado de que al pasar hubieran tenido que hacerle un comentario. Toda huida debe llevarse a cabo como escurriéndose.

Al tiempo que él, un carro grande, que iba también a la orilla derecha, cruzaba el Sena. Le sacó partido. Pudo cruzar el puente entero a la sombra de ese carro.

Cuando estaba más o menos a mitad del puente, a Cosette se le habían dormido los pies y quiso seguir andando. La dejó en el suelo y volvió a cogerla de la mano.

Tras cruzar el puente, divisó, de frente y un poco a la derecha, unos depósitos al aire libre y se dirigió hacia allí. Para llegar, tenía que aventurarse por un tramo bastante ancho, al descubierto e iluminado. No se lo pensó dos veces. Estaba claro que había despistado a los perseguidores, y Jean Valjean pensaba que estaba fuera de peligro. Lo buscaban, sí; pero no lo seguían.

Una callejuela, la calle de Le Chemin-Vert-Saint-Antoine, se abría entre dos zonas de depósitos que rodeaban unas tapias. Era una calle estrecha y oscura, como pensada ex profeso para él. Antes de internarse en ella miró hacia atrás.

Desde el lugar en que estaba veía entero el puente de Austerlitz.

Cuatro sombras acababan de meterse por el puente.

Esas sombras le daban la espalda al Jardín Botánico y se encaminaban hacia la orilla derecha.

Esas cuatro sombras eran los cuatro hombres.

Jean Valjean se estremeció como el animal que siente que lo han vuelto a atrapar.

Le quedaba una esperanza: que esos hombres a lo mejor no habían entrado aún en el puente y no lo habían visto cuando cruzó, con Cosette de la mano, la zona iluminada.

En tal caso, si se internaba en la callejuela que tenía delante y, si conseguía llegar a los depósitos, los huertos, los sembrados y los solares, podía librarse de ellos.

Le pareció que aquella callejuela silenciosa era de fiar. Se internó en ella.

III

Ver el plano de París de 1727

Al cabo de trescientos pasos llegó a un punto en que la calle se bifurcaba. Se dividía en dos calles: una torcía a la izquierda, y otra, a la derecha. Jean Valjean tenía delante algo así como las dos ramas de una Y. ¿Por cuál decidirse?

No se lo pensó y tiró a la derecha.

¿Por qué?

Porque el ramal izquierdo iba hacia los arrabales, es decir, hacia sitios habitados, y el ramal derecho hacia el campo, es decir, hacia sitios desiertos.

Pero ya no caminaban deprisa. El paso de Cosette acortaba el paso de Jean Valjean.

Volvió a cogerla en brazos. Cosette apoyaba la cabeza en el hombro del hombre y no decía ni palabra.

Él se volvía a mirar de vez en cuando. Tenía buen cuidado de estar siempre en el lado oscuro de la calle. La calle era recta. Las dos o tres primeras veces en que se volvió, no vio nada; reinaba un profundo silencio; siguió caminando, algo tranquilizado. De repente, en un momento dado, al volverse le pareció ver que, en la parte de la calle por la que acababa de pasar, allá en la oscuridad, se movía algo.

Más que andar se abalanzó hacia adelante, con la esperanza de dar con alguna callejuela lateral, escapar por ella y volver a borrar su rastro.

Llegó a una tapia.

Pero dicha tapia no le impedía seguir adelante; iba bordeando una callejuela transversal en la que desembocaba la calle por la que se había metido Jean Valjean.

También ahora había que tomar una decisión; tirar a la derecha o tirar a la izquierda.

Miró a la derecha. El tramo de callejuela seguía entre edificios que eran cobertizos o pajares y, luego, terminaba en un callejón sin salida. Se veía claramente el fondo: una elevada pared blanca.

Miró a la izquierda. Por aquel lado, la calleja estaba expedita y, al cabo de doscientos pasos más o menos, iba a dar a otra calle de la que era como un afluente. Por esa parte estaba la salvación.

En el preciso instante en que Jean Valjean estaba pensando en girar a la izquierda para intentar llegar a la calle que veía a medias al final de la callejuela, divisó, en la esquina de la callejuela y de esa otra calle hacia la que estaba a punto de encaminarse, algo así como una estatua negra e inmóvil.

Era una persona, un hombre a quien estaba claro que acababan de apostar allí y que, cortando el paso, esperaba.

Jean Valjean retrocedió.

El punto de París en que se encontraba Jean Valjean, sito entre el barrio de Saint-Antoine y La Râpée, es uno de esos que las obras recientes han transformado de arriba abajo, afeándolo según unos y transfigurándolo según otros. Han desaparecido los sembrados, los depósitos y las edificaciones viejas. Ahora hay calles anchas y nuevas, hemiciclos, circos, hipódromos, embarcaderos, ferrocarriles y la prisión de Mazas; el progreso, como puede verse, y su correctivo.

Hace medio siglo, en esa lengua que suele usar el pueblo, basada toda ella en tradiciones, que se obstina en llamar al Instituto de Francia *Les Quatre-Nations* y a la Ópera Cómica, *Feydeau*, el sitio concreto al que había llegado Jean Valjean se llamaba *Le Petit-Picpus*. La Porte de Saint-Jacques, la Porte de Paris, el portillo de Les Sergents, Les Porcherons, La Galiote, Les Célestins, Les Capucins, Le Mail, La Bourbe, L'Arbre-à-Cracovie, La Petite-Pologne, Le Petit-Picpus son los nombres del París antiguo que sobrenadan en el París nuevo. La memoria del pueblo flota en esos pecios del pasado.

Le Petit-Picpus, que, por lo demás, apenas si llegó a existir y nunca fue sino un proyecto de barrio, tenía casi el aspecto monástico de una ciudad española. Pocos caminos estaban adoquinados, y pocas calles tenían edificios. Si exceptuamos las dos

o tres calles que vamos a mencionar, todo lo demás eran tapias y soledad. Ni un comercio, ni un coche; apenas si se veía en las ventanas, acá o allá, una vela encendida; todas las luces estaban ya apagadas pasadas las diez. Jardines, conventos, depósitos, huertos; pocas casas, y bajas, y tapias tan altas como las casas.

Así era ese barrio el siglo pasado. La Revolución lo maltrató mucho. Los ediles republicanos lo derribaron, lo agujerearon, lo horadaron. Había escombros permanentes. Hace treinta años, a ese barrio lo estaban borrando las construcciones nuevas. En la actualidad ya está suprimido del todo. Le Petit-Picpus, del que no queda huella en ningún plano actual, puede verse con bastante claridad en el plano de 1727, publicado en París, en la imprenta de Denis Thierry de la calle de Saint-Jacques, frente a la calle de Le Plâtre; y en Lyon, en la imprenta de Jean Girin de la calle de Mercière, en La Prudence. En Le Petit-Picpus había eso que acabamos de llamar una Y que formaba la calle de Le Chemin-Vert-Saint-Antoine, que se dividía en dos ramales y tomaba, a la izquierda, el nombre de calleja de Picpus y, a la derecha, el nombre de calle de Polonceau. Las dos ramas de la Y las unía, en la parte de arriba, una especie de barrera. Dicha barrera se llamaba calle de Droit-Mur. Allí iba a parar la calle de Polonceau; la calleja de Picpus seguía y subía hacia el mercado Lenoir. Quien, viniendo desde el Sena, llegase al final de la calle de Polonceau tenía a la izquierda la calle de Droit-Mur, que giraba de repente formando un ángulo recto; delante, la tapia de esa calle; y, a la derecha, una prolongación truncada de la calle de Droit-Mur, sin salida, que se llamaba el callejón de Genrot.

En ese punto estaba Jean Valjean.

Como acabamos de decir, al divisar la silueta negra, que destacaba en la esquina de la calle de Droit-Mur y de la calleja de Picpus, retrocedió. No le cabía duda de que ese fantasma lo acechaba.

¿Qué hacer?

Ya no era posible dar marcha atrás. Lo que había visto moverse en la sombra a cierta distancia, detrás de él, poco antes, debía de ser Javert con su cuadrilla. Javert debía de estar ya a la entrada de la calle al final de la que estaba Jean Valjean. Según todas las apariencias, Javert conocía ese reducido dédalo y había tomado

todas las precauciones enviando a uno de sus hombres a que custodiase la salida. Tales conjeturas, que tanto se parecían a unas evidencias, no tardaron en girar, como los torbellinos de un puñado de polvo que sale volando con un viento repentino, en la dolorida mente de Jean Valjean. Pasó revista al callejón de Genrot: estaba cortado. Pasó revista a la calleja de Picpus: había un centinela. Veía la figura oscura, que resaltaba, en negro, sobre el fondo de los adoquines blancos que bañaba la luna. Seguir adelante era toparse con aquel hombre. Retroceder era caer en manos de Javert. Jean Valjean se sentía atrapado como en una red que se fuera cerrando despacio. Alzó la vista al cielo con desesperación.

IV

La evasión a tientas

Para entender lo que viene a continuación, hay que imaginarse con exactitud la calleja de Droit-Mur y, en particular, la esquina que quedaba a la izquierda al salir de la calle de Polonceau para meterse en esa calleja. La calleja de Droit-Mur la bordeaban casi entera a la derecha, hasta la calleja de Picpus, unas casas de aspecto humilde; a la izquierda, un único edificio, de línea severa, compuesto de varios cuerpos que ganaban gradualmente una planta o dos según se iban acercando a la calleja de Picpus, de forma tal que, aquel edificio, muy alto por el lado de la calleja de Picpus, era bastante bajo por el lado de la calle de Polonceau. En esa esquina que hemos mencionado, bajaba tanto que no constaba ya sino un muro. Ese muro no daba directamente a la calle; formaba un ángulo matado muy retranqueado, y sus dos esquinas lo ocultaban a dos observadores que hubieran estado uno en la calle de Polonceau, y el otro, en la calle de Droit-Mur.

Desde las dos esquinas de ese lienzo en ángulo matado, el muro seguía por la calle de Polonceau hasta una casa que era el número 49, y por la calle de Droit-Mur, cuyo tramo era mucho más corto, hasta el edificio oscuro del que ya hemos hablado y cuyo gablete cortaba, formando así en la calle otra esquina más, que miraba hacia dentro. La fachada del gablete era de aspecto triste; sólo se veía en ella una ventana, o, mejor dicho, dos postigos forrados con una hoja de cinc y siempre cerrados.

La descripción del lugar que damos aquí es rigurosamente exacta, y no cabe duda de que les traerá a la mente unos recuerdos muy concretos a los vecinos antiguos del barrio.

El lienzo del ángulo matado lo cubría por completo algo que

parecía una puerta colosal y mísera. Era un ensamblaje fenomenal e informe de tablas perpendiculares, las de arriba más anchas que las de abajo, que unían unas largas tiras de hierro transversales. Al lado había una puerta cochera de dimensiones normales, que estaba claro que no tenía más de cincuenta años.

Un tilo asomaba las ramas por encima del ángulo matado, y el muro estaba cubierto de hiedra por el lado de la calle de Polonceau.

En el inminente peligro en que se hallaba Jean Valjean, aquel edificio sombrío tenía un algo que lo hacía parecer deshabitado y solitario y le resultaba tentador. Lo recorrió deprisa con la mirada. Se decía que, si conseguía entrar, a lo mejor estaba salvado. Tuvo para empezar una idea y una esperanza.

En la parte central de la fachada de aquel edificio que daba a la calle de Droit-Mur había en las ventanas de todas las plantas unas cubetas viejas de plomo, en forma de embudo, cuyas ramificaciones, que partían de una tubería central para desembocar en todas esas cubetas, trazaban en la fachada algo así como un árbol. Esas ramificaciones de tuberías y sus cientos de codos se asemejaban a las cepas de parra viejas y sin hojas que se retuercen en la pared delantera de las granjas antiguas.

Aquella peculiar espaldera de ramas de chapa y hierro fue lo primero que le llamó la atención a Jean Valjean. Sentó a Cosette con la espalda apoyada en un mojón, recomendándole que se quedase callada, y corrió hacia el sitio en que la tubería llegaba a la altura del suelo. A lo mejor había una forma de trepar por ahí y entrar en la casa. Pero la tubería estaba en mal estado y fuera de servicio, y apenas si se sujetaba en el sitio. Además, en todas las ventanas de aquella casa silenciosa había gruesas rejas de hierro, incluso en las de los desvanes, en el tejado. Y, de propina, la luna daba de lleno en aquella fachada y el hombre que la estaba observando desde el extremo de la calle habría visto la escalada de Jean Valjean. Y, en último término, ¿qué iba a hacer con Cosette? ¿Cómo subirla hasta lo alto de una casa de tres plantas?

Renunció a trepar por la tubería y fue reptando, pegado al muro, para meterse en la calle de Polonceau.

Cuando llegó al ángulo matado donde había dejado a Cosette, cayó en la cuenta de que allí no podía verlo nadie. Estaba, como ya hemos explicado, fuera del alcance de todas las miradas, vinieran

de donde vinieran. Además, estaba en la sombra. Y, finalmente, había dos puertas. A lo mejor era posible forzarlas. El muro por encima del cual asomaba el tilo y la hiedra estaba claro que daba a un jardín donde, al menos, podría ocultarse, aunque los árboles estuvieran aún sin hojas, y pasar en él el resto de la noche.

Corría el tiempo. Tenía que darse prisa.

Palpó la puerta cochera y se dio cuenta enseguida de que estaba condenada por dentro y por fuera.

Se acercó a la otra puerta, a la grande, más esperanzado. Estaba espantosamente decrépita, su propio tamaño desorbitado la hacía menos sólida, las tablas estaban podridas y las tiras de hierro, que sólo eran tres, estaban oxidadas. Parecía posible hacer un agujero en aquella barrera carcomida.

Al examinarla, vio que aquella puerta no era una puerta. No tenía ni goznes, ni pernios, ni cerradura ni abertura en el centro. Las tiras de hierro la atravesaban de parte a parte sin solución de continuidad. Por las grietas de las tablas entrevió unos mampuestos y unas piedras unidas de mala manera con cemento que estaban aún a la vista de los transeúntes diez años antes. No le quedó más remedio que reconocer, consternado, que aquella puerta aparente era sencillamente el paramento de madera de una edificación, a la que estaba adosada. Era fácil arrancar una tabla, pero uno se daría de bruces con una pared.

V

Algo imposible con el alumbrado de gas

En ese momento empezó a oírse a cierta distancia un ruido sordo y cadencioso. Jean Valjean se arriesgó a echar una ojeada más allá de la esquina de la calle. Siete u ocho soldados en pelotón acababan de entrar en la calle de Polonceau. Veía brillar las bayonetas. Venían hacia él.

Esos soldados, al frente de los cuales divisaba la alta silueta de Javert, avanzaban despacio y con cuidado. Se detenían con frecuencia. Estaba claro que iban explorando todos los recovecos de las paredes y todos los huecos de las puertas y los paseos de entrada.

Se trataba, y aquí la conjetura no podía por menos de ser atinada, de alguna patrulla con la que se había cruzado Javert y cuya ayuda había pedido.

Los dos acólitos de Javert se habían incorporado a sus filas.

Visto el paso que llevaban y las paradas que hacían, necesitarían alrededor de un cuarto de hora para llegar al sitio en que estaba Jean Valjean. Fue un momento espantoso. Pocos minutos separaban a Jean Valjean de aquel precipicio horrible que se abría ante él por tercera vez. Y, ahora, el presidio no era ya sólo el presidio; era perder a Cosette para siempre, es decir, una vida igual que el interior de una tumba.

Sólo quedaba ya una posibilidad.

Jean Valjean tenía la peculiaridad siguiente: podría decirse que llevaba dos macutos; en uno guardaba los pensamientos de un santo; en el otro, los temibles talentos de un presidiario. Rebuscaba en uno o en otro, según las ocasiones.

Entre otros recursos, gracias a sus numerosas evasiones del

presidio de Tolón, era maestro, como recordaremos, en el arte increíble de trepar, sin escalas y sin ganchos, sólo con la fuerza muscular, apoyándose en la nuca, en los hombros, en las caderas y en las rodillas, ayudándose apenas con los escasos relieves de la piedra, por el ángulo recto de un muro, hasta un sexto piso si menester fuere; arte que dio tanta fama, volviéndolo tan espantoso, a ese rincón del patio de La Conciergerie de París por donde se escapó, hará alrededor de veinte años, el condenado Battemolle.

Jean Valjean midió con la vista la tapia por cuya cima asomaba el tilo. Tenía unos dieciocho pies de alto. El rincón que formaba con la fachada del gablete del edificio principal lo rellenaba, por la parte inferior, un saliente macizo, de obra y de forma triangular, destinado probablemente a proteger aquel rincón, demasiado propicio de las paradas de esos creadores de estercoleros a los que llamamos transeúntes. Esa forma preventiva de rellenar los rincones es muy usual en París.

El saliente macizo era de unos cinco pies de altura. Subido en él, lo que faltaba por salvar para llegar a la cima de la tapia no era sino de catorce pies.

La tapia la coronaba una piedra plana y sin caballete.

La dificultad residía en Cosette. Cosette no sabía trepar por una pared. ¿Abandonarla? A Jean Valjean ni se le pasaba por las mientes. Llevarla consigo era imposible. Un hombre precisa todas sus fuerzas para llevar a cabo con bien esas peculiares ascensiones. La mínima carga le alteraría el centro de gravedad y se caería.

Habría hecho falta una cuerda. Jean Valjean no la tenía. ¿Dónde hallar una cuerda a las doce de la noche en la calle de Polonceau? No cabe duda de que si en aquellos momentos Jean Valjean hubiera tenido un reino lo habría dado por una cuerda.

En todas las situaciones extremas hay relámpagos que o nos ciegan o nos iluminan.

Los ojos desesperados de Jean Valjean se toparon con la escuadra del farol del callejón de Genrot.

En aquella época, no había alumbrado de gas en las calles de París. Al caer la noche, encendían faroles, colocados a intervalos, que subían y bajaban con una cuerda que cruzaba la calle de parte a parte y se enganchaba en la ranura de una escuadra. El torniquete del que se desenroscaba esa cuerda iba sellado debajo del fanal, en

un armarito de hierro cuya llave tenía el farolero; la cuerda en sí la protegía una funda de metal.

Jean Valjean, con las energías de un combate supremo, cruzó la calle de un salto, entró en el callejón, hizo saltar el pestillo del armarito con la punta de la navaja y, un instante después, ya estaba otra vez junto a Cosette. Tenía una cuerda. Los adustos buscadores de recursos, a brazo partido con la fatalidad, trabajan deprisa.

Ya hemos dicho que esa noche no habían encendido los faroles. En consecuencia, el del callejón de Genrot estaba apagado, como los demás, y era posible pasar al lado sin darse cuenta siquiera de que el fanal no estaba ya en su sitio.

Entretanto la hora, el lugar, la oscuridad, la preocupación de Jean Valjean, sus gestos tan peculiares, sus idas y venidas, todo aquello estaba empezando a intranquilizar a Cosette. Cualquier otra niña se habría puesto a escandalizar mucho antes. Ella se limitó a tirarle a Jean Valjean del faldón de la levita. Se oía cada vez con mayor claridad el ruido de la patrulla que se acercaba.

—Padre —dijo bajito—, tengo miedo. ¿Quién viene?

—¡Chisssss! —contestó el pobre hombre—. Es la Thénardier.

Cosette dio un respingo. Él añadió:

—No digas nada. Déjame a mí. Si gritas, si lloras, la Thénardier está al acecho. Viene para cogerte otra vez.

Entonces, sin prisa pero sin tener que repetir ningún gesto, con una precisión firme y concisa, tanto más notable en semejante momento cuanto que la patrulla y Javert podían aparecer en cualquier instante, se quitó la corbata, se la pasó alrededor del cuerpo a Cosette por debajo de los sobacos, con cuidado de que no pudiera lastimar a la niña, ató la corbata al extremo de la cuerda con ese nudo que la gente de mar llama «nudo de golondrina», se puso la otra punta de la cuerda entre los dientes, se quitó los zapatos y las medias, que arrojó por encima de la tapia, se subió encima del saliente de obra y empezó a subir por el ángulo que formaba la tapia con la fachada del gablete con las misma firmeza y seguridad que si hubiera tenido peldaños para apoyar los talones y los codos. No había transcurrido ni medio minuto y ya estaba de rodillas encima de la tapia.

Cosette lo miraba pasmada, sin decir palabra. La recomendación de Jean Valjean y el nombre de la Thénardier la habían dejado

helada.

De repente, oyó la voz de Jean Valjean que le gritaba, aunque muy por lo bajo:

—Pégate de espaldas a la pared.

Obedeció.

—No digas nada y no tengas miedo —añadió Jean Valjean.

Cosette notó que se alzaba por los aires.

Antes de que hubiera podido darse cuenta, ya estaba en lo alto de la tapia.

Jean Valjean la agarró, se la echó a la espalda, le cogió ambas manitas con la mano izquierda, se tumbó bocabajo y reptó por la parte alta de la tapia hasta el ángulo matado. Como había supuesto, había allí una edificación cuyo techo arrancaba de la valla de madera y bajaba casi hasta el suelo, en pendiente muy suave, rozando el tilo.

Feliz circunstancia, porque la tapia era mucho más alta por aquel lado que por la parte de la calle. Jean Valjean veía el suelo, a sus pies, muy abajo.

Acaba de llegar al plano inclinado del tejado y todavía no había soltado la cresta de la tapia cuando un alboroto tremendo anunció la llegada de la patrulla. Se oyó la voz atronadora de Javert:

—¡Registrad el callejón! La calle de Droit-Mur está vigilada, la callejuela de Picpus también. ¡Respondo de que está en el callejón!

Los soldados se abalanzaron dentro del callejón.

Jean Valjean resbaló por el tejado, sin soltar a Cosette, llegó al tilo y saltó al suelo. Bien porque estuviera aterrada, bien porque fuera valiente, Colette no había dicho esta boca es mía. Tenía las manos un poco desolladas.

VI

Principio de un enigma

Jean Valjean estaba en algo así como un jardín muy grande y con una apariencia singular; uno de esos jardines tristes que parecen pensados para mirarlos en invierno y de noche. Aquel jardín era alargado, con un paseo de álamos altos al fondo, unos bosquecillos bastante elevados en las esquinas y un espacio sin sombra en el centro, donde se divisaba un árbol muy grande y aislado y, además, unos cuantos frutales retorcidos y erizados como matorrales espesos, unos cuadros de hortalizas, un melonar cuyas campanas brillaban a la luz de la luna y un pozo negro antiguo. Había acá y allá bancos de piedra que parecían negros de musgo. Los paseos tenían a ambos lados arbustos bajos, oscuros y muy rectos. La hierba cubría la mitad de los paseos, y un moho verde, el resto.

Al lado de Jean Valjean estaba la edificación cuyo tejado había usado para bajar, un montón de haces de leña y, detrás de los haces de leña, pegada a la pared, una estatua de piedra cuyo rostro mutilado no era ya sino una máscara informe que se veía vagamente en la oscuridad.

La edificación era algo así como una ruina donde se divisaban habitaciones desmanteladas, una de las cuales, atestada de objetos, debía de haber servido de almacén.

El edificio principal de la calle de Droit-Mur, que hacía esquina con la calleja de Picpus, tenía dos fachadas en escuadra que daban a ese jardín. Esas fachadas, vistas desde dentro, eran aún más dramáticas que las que daban a la calle. En todas las ventanas había rejas. No se veía luz alguna. En los pisos superiores había extractores como en las cárceles. Una de esas fachadas estaba a la

sombra de la otra, que caía sobre el jardín como un paño negro enorme.

No se veían más casas. El fondo del jardín se perdía en la bruma y la oscuridad. No obstante, se intuían de forma confusa paredes que se cortaban entre sí, como si hubiera otros cultivos más allá, y los tejados bajos de la calle de Polonceau.

No podía concebirse nada más arisco y solitario que aquel jardín. No había nadie, cosa que parecía lógica dada la hora; pero no parecía un lugar pensado para que alguien paseara por él, ni siquiera a las doce de la mañana.

De lo primero que se ocupó Jean Valjean fue de buscar los zapatos y volver a calzarse; luego entró en el almacén con Cosette. A quien anda huyendo nunca le parece que está bastante escondido. La niña, que seguía pensando en la Thénardier, compartía aquel instinto de ponerse lo más al resguardo posible.

Cosette temblaba y se arrimaba a Jean Valjean. Se oía el escándalo de la patrulla, que registraba el callejón y la calle, los culatazos contra las piedras, a Javert llamando a los de la pasma a quienes tenía apostados y sus maldiciones, revueltas con palabras que no se entendían.

Al cabo de un cuarto de hora, pareció que aquel rugido de tormenta empezaba a alejarse. Jean Valjean no respiraba.

Le había tapado suavemente a Cosette la boca con la mano.

Por lo demás, aquella soledad donde se hallaba era tan curiosamente serena que el barullo tremendo, tan rabioso y cercano, no parecía alterarla mínimamente. Era como si aquellos muros estuvieran construidos con esas piedras sordas de que hablan las Escrituras.

De repente, en medio de aquella honda calma, se alzó un ruido nuevo; un ruido celestial, divino, inefable, tan delicioso como horrible era el otro. Era un himno que nacía de las tinieblas, un deslumbramiento de oración y armonía en el oscuro y amedrentador silencio de la noche; voces femeninas, pero voces que se componían a un tiempo del acento puro de las vírgenes y del acento candoroso de los niños, voces de esas que no son terrenales y que se parecen a las que los recién nacidos oyen aún y los moribundos oyen ya. Aquel cántico venía del edificio adusto que se alzaba en el jardín. En el momento en que se alejaba el escándalo

de los demonios, hubiérase dicho que un coro de ángeles se acercaba en la oscuridad.

Cosette y Jean Valjean cayeron de rodillas.

No sabían qué era aquello, no sabían dónde estaban, pero notaban ambos, el hombre y la niña, el penitente y la inocente, que tenían que ponerse de rodillas.

Aquellas voces eran extrañas porque no impedían que el edificio pareciera desierto. Eran como un cántico sobrenatural en una morada vacía.

Mientras cantaban esas voces, Jean Valjean ya no pensaba en nada. Ya no veía la noche, veía un cielo azul. Le parecía notar que se le desplegaban esas alas que todos llevamos dentro.

Se apagó el canto. Quizá hubiera durado mucho. Jean Valjean no habría podido decirlo. Las horas de éxtasis duran siempre un minuto.

Todo había vuelto al silencio. Nada ya en la calle, nada ya en el jardín. Lo que amenazaba, lo que tranquilizaba, todo se había desvanecido. El viento rozaba en la cresta de la tapia unas cuantas hierbas secas, que hacían un ruidito suave y lúgubre.

VII

Prosigue el enigma

Se había levantado el viento frío de la noche, lo que quería decir que debía de ser entre la una y las dos de la mañana. La pobre Cosette no decía nada. Como estaba sentada a su lado y había reclinado la cabeza en él, Jean Valjean pensó que se había dormido. Se agachó y la miró. Cosette tenía los ojos abiertos de par en par y una expresión meditabunda que le resultó dolorosa a Jean Valjean.

Seguía temblando.

—¿Tienes sueño? —le dijo Jean Valjean.

—Tengo mucho frío —contestó ella.

Un momento después, añadió:

—¿Sigue ahí?

—¿Quién? —dijo Jean Valjean.

—La señora Thénardier.

Jean Valjean no se acordaba ya del sistema a que había recurrido para que Cosette estuviera callada.

—¡Ah! —dijo—. Ya se ha ido. Ya no tienes que tener miedo de nada.

La niña suspiró como si se le quitase un peso del pecho.

La tierra estaba húmeda; el almacén, abierto por todos lados; el viento era cada vez más frío. El hombre se quitó la levita y envolvió en ella a Cosette.

—¿Así tienes menos frío?

—¡Ya lo creo, padre!

—Bueno, pues espérame un momento, que ahora vuelvo.

Salió de las ruinas y caminó a lo largo del edificio principal, buscando algún refugio mejor. Encontró puertas, pero estaban cerradas. Había rejas en todas las ventanas de la planta baja.

Cuando acababa de dejar atrás la esquina interior del edificio, se fijó en que estaba llegando a unas ventanas abovedadas, y vio algo de claridad. Se puso de puntillas y miró por una de esas ventanas. Daban todas a una sala bastante amplia, pavimentada con grandes baldosas, que interrumpían arcos y columnas, y donde sólo se veía una lucecita y muchas sombras. La luz venía de una lamparilla encendida en un rincón. Aquella sala estaba desierta y nada se movía en ella. Pero, a fuerza de mirar, le pareció ver en el suelo, en las baldosas, algo que parecía tapado con un sudario y recordaba una forma humana. Estaba bocabajo, con la cara pegada a la piedra y los brazos en cruz, en la inmovilidad de la muerte. Hubiérase dicho, porque había una especie de serpiente tirada en el suelo, que aquella forma siniestra llevaba una cuerda al cuello.

Toda la sala estaba sumida en esa bruma de los lugares con poca luz que los torna aún más espantosos.

Muchas veces dijo luego Jean Valjean que, aunque en la vida se había cruzado con muchos espectáculos fúnebres, nunca había visto nada que helase más la sangre ni más terrible que aquella figura enigmática cumpliendo con a saber qué rito misterioso y desconocido en aquel lugar oscuro, vislumbrada así en la noche y la oscuridad. Espantaba pensar que, a lo mejor, estaba muerta; y espantaba más aún pensar que podía estar viva.

Tuvo el coraje de pegar la frente al cristal y de acechar, por si aquello se movía. Por mucho que se quedó allí un rato que le pareció muy largo, la forma tirada en el suelo no hacía movimiento alguno. De pronto, lo embargó un terror inexplicable y salió huyendo. Echó a correr hacia el almacén sin atreverse a mirar atrás. La parecía que, si volvía la cabeza, vería que la figura iba tras él a zancadas moviendo los brazos.

Llegó a las ruinas, jadeante. Se le doblaban las rodillas; le corría el sudor por los riñones.

¿Dónde estaba? ¿Quién habría podido suponer nunca que existía en pleno París algo semejante a aquella especie de sepulcro? ¿Qué era aquella casa extraña? ¡Un edificio rebosante de misterio nocturno, que llamaba a las almas desde la sombra con la voz de los ángeles y, cuando acudían, les brindaba de pronto esa visión espantosa, que les prometía abrirles la puerta del cielo y les abría la puerta horrible del sepulcro! ¡Y se trataba efectivamente de un

edificio, una casa que tenía número y estaba en una calle! ¡No era un sueño! Necesitaba tocar las piedras para creerlo.

Con el frío, la ansiedad, la preocupación y las emociones de la velada le había entrado fiebre de verdad, y todas las ideas le tropezaban unas con otras en la cabeza.

Se acercó a Cosette. Estaba dormida.

VIII

El enigma va a más

La niña había apoyado la cabeza en una piedra y se había quedado dormida.

Se sentó junto a ella y se puso a mirarla. Poco a poco, mientras lo hacía, se iba tranquilizando y recobraba la libertad de la mente.

Veía claramente la siguiente verdad, lo que a partir de ahora iba a ser lo esencial en su vida: que mientras la niña estuviera con él, mientras él la tuviese consigo, no necesitaría nada a menos que fuera para ella, ni temería nada más que lo que temiera por ella. Ni siquiera notaba que tenía mucho frío por haberse quitado la levita para arropar a la niña.

Entretanto, a través del ensimismamiento en que había caído, llevaba un rato oyendo un ruido curioso. Como si alguien tocase un cascabel. Era un ruido que estaba en el jardín. Se lo oía con claridad, aunque no muy fuerte. Se parecía a esa música inconcreta que hacen las esquilas de las reses de noche en los pastos.

Jean Valjean se volvió al oír ese ruido.

Miró y vio que había alguien en el jardín.

Un ser que parecía un hombre andaba entre las campanas de los melones, incorporándose y agachándose, deteniéndose con movimientos regulares, como si estuviera arrastrando algo o colocándolo por el suelo. Parecía que cojeaba.

Jean Valjean se sobresaltó con ese temblor permanente de los desdichados. Todo les resulta hostil y sospechoso. Desconfían de la luz del día, porque contribuye a que los vean, y de la oscuridad de la noche, porque contribuye a que los sorprendan. Un rato antes, temblaba porque el jardín estaba desierto; ahora, temblaba porque había alguien en el jardín.

Volvió de los temores quiméricos a los temores reales. Se dijo que Javert y los de la pasma a lo mejor no se habían ido, que seguramente habían dejado a gente apostada en la calle, que si aquel hombre lo descubría en el jardín gritaría: «¡Al ladrón!», y lo entregaría. Cogió con suavidad a Cosette dormida en brazos y la llevó detrás de un montón de muebles viejos, en el rincón más recoleto del almacén. Cosette no se movió.

Desde allí Jean Valjean estuvo observando a la persona que estaba en el melonar. Lo curioso era que el ruido de cascabel acompañaba todos los movimientos del hombre. Cuando aquel hombre se acercaba, se acercaba el ruido; cuando se alejaba, se alejaba el ruido; si hacía un ademán brusco, un repiqueteo acompañaba al ademán; cuando se detenía, el ruido se detenía. Parecía claro que el hombre llevaba un cascabel; pero, en tal caso, ¿qué quería decir aquello? ¿Quién era aquel hombre que llevaba colgada una campanilla como un carnero o un buey?

Mientras Jean Valjean se hacía esas preguntas, le tocó las manos a Cosette. Las tenía heladas.

—¡Ay, Dios mío! —dijo.

La llamó en voz baja:

—¡Cosette!

No abrió los ojos.

La sacudió con vehemencia.

No se despertó.

—¿Se habrá muerto? —dijo. Y se enderezó, temblando de pies a cabeza.

Las ideas más espantosas le cruzaron, revueltas, por la cabeza. Hay momentos en que las suposiciones horrorosas nos asedian como un tropel de furias y nos fuerzan con violencia los tabiques del cerebro. Cuando se trata de las personas a las que queremos, nuestra prudencia inventa todo tipo de locuras. Recordó que el sueño al aire libre en una noche fría puede resultar mortal.

Cosette, pálida, había vuelto a desplomarse, tendida en el suelo, a sus pies, sin hacer un movimiento.

Le acechó el aliento; respiraba, pero con una respiración que le parecía débil y a punto de apagarse.

¿Cómo hacerla entrar en calor? ¿Cómo despertarla? Cualquier otra cosa que no fuese ésa se le borró de la mente. Se abalanzó,

frenético, fuera de las ruinas.

Era de todo punto indispensable que antes de un cuarto de hora Cosette estuviera delante de un fuego y en una cama.

IX

El hombre del cascabel

Se fue derecho al hombre a quien divisaba en el jardín. Llevaba en la mano el canuto de dinero que se había metido en el bolsillo del chaleco.

El hombre tenía la cabeza gacha y no lo veía acercarse. Jean Valjean se plantó a su lado en pocas zancadas.

Le dijo gritando:

—¡Cien francos!

El hombre se sobresaltó y alzó la vista.

—¡Le pago cien francos si me da asilo por esta noche! —añadió Jean Valjean.

La luna le daba de lleno en la cara descompuesta a Jean Valjean.

—¡Anda, si es usted, compadre Madeleine! —dijo el hombre.

Aquel nombre, que un desconocido decía en aquella hora tan oscura en aquel lugar también desconocido, hizo retroceder a Jean Valjean.

Se esperaba cualquier cosa menos aquello. Quien le hablaba era un anciano encorvado y cojo, vestido más o menos como un campesino, que llevaba en la rodilla izquierda una rodillera de cuero de la que colgaba una campanilla de buen tamaño. No se le veía la cara, que estaba en la sombra.

Pero el hombre se había quitado el gorro y exclamaba, trémulo:

—¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué está usted haciendo aquí, compadre Madeleine? ¡Jesús, Jesús! ¿Por dónde ha entrado? ¿Ha caído del cielo? Que no es que sea de extrañar, porque si alguna vez cae usted de alguna parte, de ahí tendrá que ser. Pero ¿qué pintas lleva? ¡Sin corbata, sin sombrero, sin levita! ¿Sabe que le habría dado un buen susto a alguien que no lo conociera? ¡Sin levita! ¡Señor, Señor! ¿Es

que en estos tiempos se vuelven locos los santos? Pero ¿cómo ha entrado aquí?

Se le atropellaban las palabras. El viejo hablaba con locuacidad campesina donde nada había que pudiera resultar intranquilizador. Todo lo decía con una mezcla de asombro y de campechanía candorosa.

—¿Quién es usted? ¿Y qué casa es ésta? —preguntó Jean Valjean.

—¡Cuerpo de Cristo, ésta sí que es buena! —exclamó el anciano —. Soy la persona a la que usted encontró acomodo aquí y esta casa fue en la que me encontró ese acomodo. ¿Cómo? ¿No me reconoce?

—No —dijo Jean Valjean—. ¿Y cómo es que usted sí me conoce?

—Me salvó usted la vida —dijo el hombre.

Se dio la vuelta, le subrayó el perfil un rayo de luna y Jean Valjean reconoció a Fauchelevent.

—¡Ah! —dijo Jean Valjean—. ¿Es usted? Sí, lo reconozco.

—Vaya, menos mal —dijo el viejo, con tono de reproche.

—¿Y qué hace usted aquí? —siguió preguntando Jean Valjean.

—¡Anda! ¡Pues tapando los melones, claro!

Fauchelevent tenía efectivamente en la mano en el momento en que se le había acercado Jean Valjean la punta de una estera que estaba colocando por encima del melonar. Ya había puesto unas cuantas en la hora, más o menos, que llevaba en el jardín. Por esa operación era por lo que llevaba a cabo los peculiares ademanes que le habían llamado la atención a Jean Valjean desde el almacén.

Añadió:

—Me he dicho: la luna está clara, va a helar. ¿Y si les pusiera el gabán a mis melones?

Y añadió, mirando a Jean Valjean con una risotada:

—¡Usted habría hecho lo mismo, ya lo creo! Pero ¿cómo es que está usted aquí?

Jean Valjean, al ver que el hombre lo conocía, al menos con el apellido de Madeleine, iba ahora con pies de plomo. Hacía más y más preguntas. Cosa curiosa, los papeles estaban invertidos. Era él, el intruso, quien preguntaba.

—¿Y qué es la campanilla esa que lleva en la rodilla?

—¿Esto? —contestó Fauchelevent—. Es para que no se encuentren conmigo.

—¿Cómo que para que no se encuentren con usted?

Fauchelevent hizo un guiño con una expresión inefable.

—¡Ay, amigo, es que en esta casa hay mujeres! Muchas jovencitas. Y por lo visto encontrarse conmigo sería un peligro. La campanilla las avisa. Cuando yo llego, ellas se van.

—Pues ¿qué casa es ésta?

—Anda, si ya lo sabe usted.

—No, no lo sé.

—Pero ¡si fue por su mediación por lo que me dieron el puesto de jardinero!

—¡Contésteme como si no supiera nada!

—¡Bueno, pues es el convento de Le Petit-Picpus!

A Jean Valjean le volvían los recuerdos. El azar, es decir, la Providencia, lo había puesto precisamente en aquel convento del barrio de Saint-Antoine donde habían admitido a Fauchelevent, tras dejarlo inválido la caída del carro, por recomendación suya, hacía ya dos años. Repitió, como si hablase para sus adentros:

—¡El convento de Le Petit-Picpus!

—Pero bueno, por cierto —siguió diciendo Fauchelevent—, ¿cómo demonios se las ha apañado para entrar, compadre Madeleine? Porque, por muy santo que sea, es un hombre; y aquí no hay hombres.

—Usted sí que está.

—Sólo estoy yo.

—Pues se da el caso de que tengo que quedarme —dijo Jean Valjean.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Fauchelevent.

Jean Valjean se acercó al viejo y le dijo con voz muy seria:

—Fauchelevent, le salvé la vida.

—Yo lo dije primero —contestó Fauchelevent.

—Bueno, pues ahora puede usted hacer por mí lo que hice yo por usted hace tiempo.

Fauchelevent agarró con las manos viejas, arrugadas y temblonas las dos manos robustas de Jean Valjean y, por unos segundos, pareció que no podía hablar. Por fin, exclamó:

—¡Ay, sería una bendición de Dios si se lo pudiera devolver aunque fuera poco! ¡Yo! ¡Yo salvarle la vida! ¡Señor alcalde, disponga de este viejo!

Un gozo admirable había transfigurado al anciano. Parecía que del rostro le brotaban rayos de luz.

—¿Qué quiere que haga? —añadió.

—Ya se lo explicaré. ¿Tiene una habitación?

—Tengo una cabaña apartada, ahí, detrás de las ruinas del convento viejo, en un rincón que no ve nadie. Tiene tres habitaciones.

Las ruinas tapaban la cabaña tan bien, efectivamente, y estaba tan bien colocada para que no la viera nadie, que Jean Valjean no se había fijado en ella.

—Bien —dijo Jean Valjean—. Ahora le voy a pedir dos cosas.

—¿Cuáles, señor alcalde?

—La primera, que no le diga a nadie lo que sabe de mí. Y lo segundo, que no intente enterarse de nada más.

—Lo que usted diga. Bien sé que todo lo que haga usted tiene que ser honrado y que siempre ha sido un hombre de Dios. Y, además, fue usted el que me metió aquí. Todo esto es cosa suya. Disponga de mí.

—Dicho queda. Ahora, venga conmigo. Vamos a buscar a la niña.

—¡Ah! —dijo Fauchelevent—. ¿Hay una niña?

No añadió nada más y fue en pos de Jean Valjean como un perro que sigue al amo.

No había pasado ni media hora y ya dormía Cosette, que había recobrado los colores, junto a un buen fuego, en la cama del anciano jardinero. Jean Valjean se había vuelto a poner la corbata y la levita; habían encontrado y recogido el sombrero, que había tirado por encima de la tapia; mientras Jean Valjean se ponía la levita, Fauchelevent se había quitado la rodillera, que ahora, colgada de un clavo junto a un cuévano, decoraba la pared. Los dos hombres estaban entrando en calor acodados a una mesa en la que Fauchelevent había puesto un trozo de queso, un pan de centeno, una botella de vino y dos vasos; y el viejo le decía a Jean Valjean, poniéndole la mano en la rodilla:

—¡Ay, compadre Madeleine! ¡Mira que no reconocerme enseguida! ¡Le salva usted la vida a la gente y luego se olvida de ella! ¡Qué mal está eso! ¡La gente sí que se acuerda de usted! ¡Es usted un ingrato!

X

De cómo Javert no dio con la presa y se quedó con tres palmos de narices

Los acontecimientos cuyo envés, por así decirlo, hemos presenciado habían sucedido en condiciones sencillísimas.

Cuando Jean Valjean, la misma noche del día en que lo detuvo Javert junto al lecho de muerte de Fantine, se escapó de la cárcel municipal de Montreuil-sur-Mer, la policía dio por hecho que el presidiario evadido había ido a París. París es un *maelstrom* donde todo se pierde, y todo desaparece en ese ombligo del mundo igual que en el ombligo del mar. No hay bosque que oculte a un hombre como ese gentío. Lo saben los fugitivos de cualquier categoría. Van a París como si fueran a que se los tragase la tierra; y que la tierra te trague puede ser una forma de salvación. También la policía lo sabe, y lo que pierde en otros lugares lo busca en París. Buscó allí al ex alcalde de Montreuil-sur-Mer. Llamaron a Javert a París para que colaborase en las pesquisas. Javert, efectivamente, fue de gran ayuda en la captura de Jean Valjean. El celo y la inteligencia de Javert en ocasión tal no le pasaron inadvertidos al señor Chabouillet, secretario de la prefectura de policía a cuyo frente estaba el conde Anglès. El señor Chabouillet, que, por lo demás, había ejercido ya anteriormente de protector de Javert, destinó al inspector de Montreuil-sur-Mer al cuerpo de policía de París. En él Javert resultó, digámoslo así, aunque la palabra parezca inesperada referida a servicios tales, de honorable utilidad.

No pensaba ya en Jean Valjean —a esos perros que andan siempre detrás de la presa el lobo de hoy les hace olvidar al lobo de ayer— cuando, en diciembre de 1823, leyó un periódico, él que nunca leía periódicos; pero Javert, hombre monárquico, había

tenido interés en enterarse de los detalles de la entrada triunfal del «príncipe generalísimo» en Bayona. Según estaba acabando de leer el artículo que lo interesaba, un nombre, el nombre de Jean Valjean, le llamó la atención en la parte de abajo de una página. El periódico anunciaba que el presidiario Jean Valjean había muerto y publicaba el hecho de forma tan categórica que Javert no lo puso en duda. Se limitó a decir: *mucho mejor que un asiento en el registro del penal*. Luego tiró el periódico y no volvió a pensar en ello.

Poco tiempo después aconteció que la prefectura de Seine-et-Oise envió una nota de la policía a la prefectura de policía de París relacionada con el rapto de una niña que había sucedido, a lo que decían, en circunstancias peculiares, en el municipio de Montfermeil. Un desconocido, decía la nota, había robado una niña de siete u ocho años, cuya madre la había dejado bajo la tutela de un posadero de la zona; la niña respondía al nombre de Cosette y era hija de una prostituta llamada Fantine, que había muerto en un hospital no se sabía ni cuándo ni dónde. Aquella nota la leyó Javert y se quedó pensativo.

Le era muy conocido el nombre de Fantine. Recordaba que Jean Valjean le había hecho soltar la carcajada, a él, a Javert, al pedirle un aplazamiento de tres días para ir a buscar a la niña de aquella ramera. Recordó que a Jean Valjean lo habían detenido en París cuando estaba subiendo al coche de Montfermeil. Algunas indicaciones habían incluso destacado, por entonces, que era la segunda vez que subía a aquel coche y que la misma víspera de ese día había realizado una primera incursión por las inmediaciones de ese pueblo, porque no lo habían visto en el pueblo propiamente dicho. ¿Qué tenía que hacer en aquella comarca de Montfermeil? Nadie había sido capaz de intuirlo. Javert lo entendía ahora. Allí estaba la hija de Fantine. Jean Valjean iba a buscarla. Ahora bien, a aquella niña acababa de robarla un desconocido. ¿Quién podía ser aquel desconocido? ¿Sería Jean Valjean? Pero Jean Valjean había muerto. Javert, sin decirle nada a nadie, cogió el coche que salía de *Le Plat d'Étain*, en el callejón de La Planchette, y fue a Montfermeil.

Creía que iba encontrarse con muchas aclaraciones; se encontró con mucha oscuridad.

En los primeros días, los Thénardier, despechados, habían andado cotorreando. Se había comentado en el pueblo la

desaparición de la Alondra. Enseguida aparecieron varias versiones de la historia, que acabó por convertirse en el robo de una niña. De ahí la nota de la policía. Pero cuando se le pasó el primer ataque de malhumor, el Thénardier, con su admirable instinto, cayó en la cuenta de que nunca resulta práctico poner sobre aviso al señor procurador del reino y que el primer resultado de sus quejas relacionadas con el *rapto* de Cosette sería que se iban a fijar en él, Thénardier, y en muchos asuntos turbios que se traía entre manos, las deslumbrantes pupilas de la justicia. Lo que menos quieren los búhos es que les arrimen una vela. Y, además, ¿cómo iba a explicar los mil quinientos francos recibidos? Cortó el asunto en seco, le cerró la boca a su mujer y fingía quedarse atónito cuando le mencionaban *el robo de una niña*. No entendía qué le estaban diciendo; era probable que se hubiera quejado, sobre la marcha, de que le «arrebatasen» tan de repente a aquella niña querida; le habría gustado, porque sentía por ella gran afecto, tenerla consigo dos o tres días más; pero había venido su «abuelo» a buscarla, lo cual era lo más natural del mundo. Había añadido aquel detalle del abuelo, que quedaba muy bien. Con esa historia fue con la que se encontró Javert cuando llegó a Montfermeil. Aparecía el abuelo y desaparecía Jean Valjean.

Javert, no obstante, introdujo unas cuantas preguntas, como si fueran sondas, en la historia de Thénardier. ¿Quién era ese abuelo y cómo se llamaba?

Thénardier contestó con gran sencillez:

—Es un agricultor con mucho dinero. Vi su pasaporte. Creo que se llama Guillaume Lambert.

Lambert es un apellido campechano y muy tranquilizador. Javert se volvió a París.

—Jean Valjean está de lo más muerto —se dijo—, y yo soy un pánfilo.

Ya se le estaba olvidando otra vez toda aquella historia cuando, en el mes de marzo de 1824, oyó hablar de un individuo muy raro que vivía en la parroquia de Saint-Médard y a quien llamaban «el mendigo que da limosna». Decían que el individuo aquel era un rentista cuyo nombre no sabía nadie con exactitud y que vivía solo con una niña de ocho años que no sabía nada de sí misma salvo que venía de Montfermeil. ¡Montfermeil! Aquel nombre aparecía

continuamente y le puso a Javert la mosca detrás de la oreja. Un pordiosero viejo, que era un soplón y había sido pertiguero, a quien el personaje aquel daba limosna, añadía algunos detalles más: el rentista era una persona muy hosca; sólo salía de noche; no hablaba con nadie, únicamente con los pobres, a veces; y no dejaba que se le acercase nadie. Vestía una levita vieja y amarilla feísima que valía varios millones porque llevaba billetes de banco en todas las costuras. Todo aquello despertó la curiosidad de Javert. Para ver a aquel rentista legendario muy de cerca sin espantarlo le cogió prestados los harapos un día al pertiguero, así como el sitio en que el soplón se acurrucaba todas las noches, mascullando oraciones con voz gangosa y espiando mientras rezaba.

«El individuo sospechoso» se acercó efectivamente a Javert con aquella ropa y le dio una limosna. En ese momento Javert alzó la cabeza y la sacudida que sintió Jean Valjean cuando le pareció reconocer a Javert fue la misma que sintió Javert cuando le pareció reconocer a Jean Valjean.

No obstante, la oscuridad podía haberlo engañado; la muerte de Jean Valjean era oficial; Javert le quedaban dudas muy serias; y, cuando dudaba, Javert, hombre escrupuloso, no le echaba el guante a nadie.

Fue siguiendo a su hombre hasta el caserón Gorbeau y le tiró de la lengua a «la vieja», cosa que no resultaba difícil. La vieja le confirmó lo de la levita forrada de millones y le refirió el episodio del billete de mil francos. ¡Lo había visto! ¡Lo había tocado! Javert alquiló una habitación. Fue a instalarse en ella esa misma noche. Pegó el oído a la puerta del inquilino misterioso, con la esperanza de oírle la voz, pero Jean Valjean vio la vela por la cerradura y burló al espía al guardar silencio.

Al día siguiente, Jean Valjean levantó el campo. Pero a la vieja le llamó la tención el ruido de la moneda de cinco francos que se le cayó y, al oírlo andar con dinero, se dio cuenta de que se mudaba y se apresuró a avisar a Javert. Por la noche, cuando salió Jean Valjean, Javert lo estaba esperando detrás de los árboles del bulevar con dos hombres.

Javert había pedido refuerzos a la prefectura, pero sin decir el nombre del individuo al que pensaba capturar. Era un secreto suyo y como tal lo guardaba por tres motivos: primero, porque la mínima

indiscreción podía poner sobre aviso a Jean Valjean; después, porque echarle el guante a un ex presidiario al que consideraban muerto, a un condenado que los documentos de la justicia habían situado para siempre *entre los malhechores de la categoría más peligrosa* era una hazaña espléndida que los veteranos de la policía parisina no le dejarían desde luego a un recién llegado como Javert, y éste temía que le robasen a su presidiario; y, finalmente, porque Javert era un artista a quien le gustaba lo imprevisto. Aborrecía esos éxitos anunciados que, al comentarse con mucha antelación, quedan desflorados. Tenía empeño en llevar a cabo obras maestras en la sombra y desvelarlas luego de repente.

Javert siguió a Jean Valjean de árbol en árbol y, luego, de esquina en esquina, y no lo perdió de vista ni un momento. Incluso cuando Jean Valjean se creía más seguro, Javert no le quitaba ojo.

¿Por qué no detuvo Javert a Jean Valjean? Porque todavía le quedaban dudas.

Debemos recordar que, por entonces, la policía no puede decirse que se sintiera a gusto; la prensa libre era un estorbo. Algunas detenciones arbitrarias, que había denunciado la prensa, habían llegado hasta las cámaras parlamentarias y la prefectura se había vuelto tímida. Atentar contra la libertad individual era un hecho grave. Los agentes tenían miedo de equivocarse; el prefecto la pagaba con ellos; un error traía consigo una destitución. ¡Imagine el lector, efectivamente, qué efecto habría causado en París la publicación en veinte diarios del siguiente suelto: «Ayer detuvieron a un abuelo anciano de pelo blanco, a un rentista respetable que paseaba con su nieta, una niña de ocho años, y lo llevaron a la prisión preventiva de la prefectura tachándolo de ser un presidiario evadido»!

Repitamos, además, que Javert tenía sus propios escrúpulos; las recomendaciones de su conciencia se sumaban a las recomendaciones del prefecto. Tenía dudas de verdad.

Jean Valjean le daba la espalda y caminaba en la oscuridad.

La tristeza, la preocupación, la ansiedad, el agobio de esta nueva desdicha que lo obligaba a escapar de noche y buscar al azar un refugio en París para Cosette y para él, la necesidad de ajustar el paso al paso de una niña, todas estas cosas, incluso sin saberlo él, le habían cambiado la forma de andar a Jean Valjean y le prestaban

un porte tan senil que incluso la policía, encarnada en Javert, podía engañarse, y se engañó. La imposibilidad de acercarse mucho, el atuendo de preceptor viejo y emigrado, las palabras de Thénardier, que lo convertían en abuelo, y, en última instancia, la creencia de que había muerto en presidio se sumaban a las incertidumbres que le enturbiaban la mente a Javert.

Se le ocurrió, en un momento dado, pedirle de repente la documentación. Pero si ese hombre no era Jean Valjean y si ese hombre no era un honrado y anciano rentista, entonces sería probablemente alguna buena pieza profunda y diestramente relacionada con la trama oscura de las fechorías parisinas, el jefe de alguna banda, peligroso, que daba limosnas para ocultar otros talentos: un recurso clásico. Tendría hombres de confianza, cómplices, viviendas para un apuro, donde seguramente iba a buscar refugio. Todos aquellos rodeos que iba dando por las calles parecían indicar que no era un buen hombre cualquiera. Detenerlo demasiado pronto era «matar la gallina de los huevos de oro». ¿Qué inconveniente había en esperar? Javert estaba seguro de que no se le iba a escapar.

Iba caminando, pues, bastante perplejo, haciéndose cientos de preguntas acerca de aquel personaje enigmático.

Tardó bastante, ya en la calle de Pontoise, en reconocer definitivamente a Jean Valjean merced a la fuerte luz que salía de una taberna.

Hay en este mundo dos seres que notan la misma sacudida hondísima: la madre que vuelve a encontrar a su hijo y el tigre que vuelve a encontrar a su presa. Ésa fue la sacudida que notó Javert.

No bien hubo reconocido sin lugar a dudas a Jean Valjean, el temible presidiario, cayó en la cuenta de que eran sólo tres, y mandó a pedir refuerzos al comisario de policía de la calle de Pontoise. Hay que ponerse guantes antes de agarrar un garrote de espino.

Aquella demora y la parada en el cruce del internado Rollin para ponerse de acuerdo con sus agentes estuvieron a punto de hacerle perder la pista. No había tardado, sin embargo, en intuir que Jean Valjean quería interponer el río entre quienes le iban dando caza y él. Reflexionó, con la cabeza gacha, como un sabueso que pega el hocico al suelo para no salirse mínimamente del rastro. Movido por

el poderoso tino de su instinto, Javert fue en derechura hacia el puente de Austerlitz. Una frase del peajero lo puso al tanto: «¿Ha visto a un hombre con una niña?». «Le he cobrado diez céntimos», contestó el peajero. Javert llegó al puente a tiempo de ver, en la otra orilla del río, a Jean Valjean cruzando, con Cosette de la mano, la zona que iluminaba la luna. Lo vio meterse por la calle de Le Chemin-Vert-Saint-Antoine, se acordó del callejón de Genrot que estaba allí como una trampilla, y de la salida única de la calle de Droit-Mur a la calleja de Picpus. Se apostó por dónde pasaría la presa, como dicen los cazadores: envió a toda prisa, dando un rodeo, a uno de sus agentes para que guardara esa salida. Pasó una patrulla, que volvía al cuartel de L'Arsenal; solicitó su ayuda e hizo que lo acompañase. En partidas como ésa, los soldados son triunfos. Por lo demás, disponen los principios que para acabar con un jabalí se precisan la ciencia del montero y la fuerza de los perros. Tras conjugar estas disposiciones y viendo a Jean Valjean atrapado entre el callejón de Genrot a la derecha, el agente a la izquierda y él, Javert, a la espalda, tomó una pulgarada de tabaco.

Luego empezó con el juego. Tuvo un momento delicioso e infernal; dejó que su hombre siguiera adelante, sabedor de que lo tenía cogido pero deseoso de retrasar cuanto fuera posible el momento de la detención, dichoso al saberlo preso y verlo libre, arropándolo con la mirada con esa voluptuosidad de la araña que deja que revolotee la mosca y del gato que deja correr al ratón. Las zarpas y las garras proporcionan una sensualidad monstruosa: el rebullir invisible del animal que esa tenaza apresa. ¡Qué delicia asfixiarlo así!

Javert disfrutaba. Tenía bien atadas las mallas de la red. Estaba seguro del éxito; ya no le quedaba sino cerrar la mano.

Con el acompañamiento que llevaba, ni siquiera cabía la posibilidad de una resistencia, por muy enérgico y muy robusto que fuese Jean Valjean ni por muy desesperado que estuviera.

Javert avanzó despacio, sondeando y registrando, al pasar, todos los recovecos de la calle como si fueran los bolsillos de un ladrón.

Al llegar al centro de la telaraña, la mosca ya no estaba.

Hagámonos cargo de su exasperación.

Preguntó al centinela de las calles de Droit-Mur y de Picpus; aquel agente, que se había quedado, imperturbable, en su puesto,

no había visto pasar al hombre.

Sucede a veces que el ciervo se reembosca, es decir, se escapa aunque tenga ya a la jauría encima, y entonces los cazadores más veteranos no saben qué decir. Duvivier, Ligniville y Desprez se quedan sin palabras. Al llevarse un chasco así, Artonge exclamó: *No es un ciervo, es un hechicero.*

A Javert le habría gustado soltar esa misma exclamación.

En su decepción, hubo por unos momentos desesperación y furor.

Es cierto que Napoleón cometió errores en la guerra de Rusia, que Alejandro cometió errores en la guerra de la India, que César cometió errores en la guerra de África, que Ciro cometió errores en la guerra de Escitia y que Javert cometió errores en esta campaña contra Jean Valjean. Es muy probable que se equivocara en los titubeos para reconocer al ex presidiario. Habría debido bastarle con la primera ojeada. Se equivocó al no detenerlo sin más en el caserón. Se equivocó al no detenerlo cuando lo reconoció sin lugar a dudas en la calle de Pontoise. Se equivocó al ponerse de acuerdo con sus auxiliares en el cruce del internado Rollin, a la luz de la luna. Cierto es que las consultas son útiles y que es bueno conocer a los perros, que son merecedores de confianza, y preguntarles; pero el cazador no debe excederse en las precauciones cuando caza animales inquietos, tales como lobos y presidiarios. Javert, al poner sobre la pista a demasiados sabuesos, alarmó a la presa, dándole barruntos, y la espantó. Se equivocó, sobre todo, en cuanto dio con el rastro en el puente de Austerlitz, al jugar a ese juego tremendo y pueril de sujetar a un hombre así, en la punta de un hilo. Se creyó más listo de lo que era y supuso que podría jugar al ratón con un león. Al tiempo, se creyó más débil de lo que era cuando estimó que tenía que sumar refuerzos. Precaución fatídica que le hizo perder un tiempo precioso. Javert cometió todas esas faltas aunque era uno de los espías más duchos y atinados que hayan existido nunca. Era, con todas las de la ley, eso que en las monterías llaman un *perro sabio*. Pero ¿hay alguien perfecto?

Los grandes estrategas tienen eclipses.

Los deslices considerables se componen a veces, como las sogas gruesas, de muchas criznejas. Si tomamos un cabo brizna a brizna, si separamos todos los motivos mínimos determinantes, podemos

quebrarlos uno tras otro y decir: ¡Tampoco era para tanto! Si los trenzamos y los retorcemos juntos son tremendos; es Atila titubeando entre Marcio a Levante y Valentiniano a Occidente; es Aníbal demorándose en Capua; es Danton a quien se le va el santo al cielo en Arcis-sur-Aube.

Fuere como fuere, en el preciso instante en que Javert cayó en la cuenta de que se le escapaba Jean Valjean, no perdió la cabeza. Con la seguridad de que el presidiario fugado no podía andar muy lejos, puso centinelas, organizó ratoneras y emboscadas y pasó revista minuciosa al barrio durante toda la noche. Lo primero que vio fue el mal estado del farol, al que le habían cortado la cuerda. Indicio valiosísimo, pero que lo confundió, porque encarriló la búsqueda por el callejón de Genrot. Hay en ese callejón tapias bastante bajas que dan a jardines cuyos muros son colindantes con solares enormes. Estaba claro que Jean Valjean tenía que haber escapado por ahí. El caso es que, si se hubiera internado algo más en el callejón de Genrot, eso es lo que habría hecho seguramente, y en tal caso habría estado perdido. Javert exploró esos jardines y esos terrenos como si buscase una aguja.

Con las claras del alba, dejó apostados a dos hombres inteligentes y volvió a la prefectura de policía abochornado como *uno de la pasma* al que hubiera atrapado un ladrón.

Libro sexto

Le Petit-Picpus

I

El 62 de la calleja de Picpus

No había, hace medio siglo, nada que se pareciera más a una puerta cochera cualquiera que la puerta cochera del número 62 de la calleja de Picpus. Esa puerta, que solía estar entornada de la forma más incitante, permitía ver dos cosas en que no hay nada que se pueda tildar de fúnebre: un patio de muros cubiertos de parras y la cara de un portero ocioso. Por encima de la pared del fondo se divisaban árboles muy altos. Cuando un rayo de sol animaba el patio y cuando un vaso de vino le animaba la cara al portero, resultaba difícil pasar por delante de la puerta del número 62 de la calleja de Picpus sin llevarse de él una idea risueña. Y, no obstante, el lugar entrevisto era un lugar sombrío.

El umbral sonreía; la casa oraba y lloraba.

Si alguien conseguía, empresa nada fácil, ir más allá del portero —cosa que era imposible, incluso, para casi todo el mundo, porque había un *sésamo* que era preciso saber—, si alguien, pues, tras ir más allá del portero, entraba, a la derecha, en un recibidor pequeño al que daban unas escaleras encajonadas entre dos paredes y tan estrechas que no podía pasar de frente sino una persona, si ese alguien no dejaba que lo espantase el enlucido amarillo canario con zócalo de color chocolate que cubría las paredes de esas escaleras y si ese alguien se atrevía a subir, rebasaba entonces el primer rellano, luego otro más, y llegaba al primer piso, a un pasillo en que el temple amarillo y el plinto chocolate lo seguían acompañando con enseñamiento apacible. Dos ventanas muy hermosas daban luz a las escaleras y el pasillo. El pasillo hacía un recodo y se volvía oscuro. Quien doblase ese cabo llegaba, tras dar unos cuantos pasos, a una puerta tanto más misteriosa cuanto que no estaba cerrada. Si

la empujaba, entraba en una habitación pequeña, de unos seis pies cuadrados, con suelo de baldosas fregadas, limpias y frías y con las paredes empapeladas de papel imitación de tela de nanquín con florecillas verdes de a setenta y cinco céntimos el rollo. Una luz blanca y mate venía de una ventana grande de cristalitos pequeños que estaba a la izquierda y abarcaba todo el ancho de la habitación. Si miraba, no veía a nadie; si escuchaba, no oía ni un paso ni un susurro humano. Las paredes estaban desnudas; en la habitación no había muebles; ni una silla.

Quien siguiera mirando vería en la pared, de cara a la puerta, un agujero cuadrangular de alrededor de un pie cuadrado, con una reja de hierro de barrotes cruzados, negros, nudosos, recios, que formaban cuadros, diría casi que mallas, con una diagonal de menos de pulgada y media. Las florecillas verdes del papel de nanquín llegaban, tranquilas y ordenadas, hasta esos barrotes de hierro sin que aquel contacto fúnebre las amedrentase y las esparciera en torbellinos. En el supuesto de que un ser humano hubiera sido tan pasmosamente flaco como para intentar entrar o salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo habría impedido. No dejaba pasar los cuerpos, pero dejaba pasar la vista, es decir, la mente. Tal cosa parecía estar prevista, pues lo habían acompañado de una lámina de hojalata embutida en la pared algo más atrás y que horadaban mil agujeros más microscópicos que los agujeros de una espumadera. En la parte de abajo de esa chapa había una abertura igual que la boca de un buzón. Una cinta de lino que movía una campanilla colgaba a la derecha del agujero con la reja.

Si alguien tiraba de esa cinta, sonaba la campanilla y se oía una voz, muy cerca, tan cerca que sobresaltaba.

—¿Quién está ahí? —preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz tan dulce, tan dulce que resultaba lúgubre.

También aquí había una palabra mágica que había que saberse. Si no la sabías, la voz se callaba y la pared volvía al silencio, como si del otro lado se hallase la oscuridad medrosa del sepulcro.

Si sabías la palabra, la voz añadía:

—Pase por la derecha.

Veía uno entonces a la derecha, enfrente de la ventana, una puerta de cristales con un montante acristalado y pintada de gris.

Alzaba el pestillo, cruzaba la puerta y tenía exactamente la misma impresión que cuando entramos en un teatro, en un palco con celosía antes de que abran la celosía y enciendan la araña. Estaba, efectivamente, en algo así como el palco de un teatro, que apenas iluminaba la luz imprecisa de la puerta acristalada, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera medio deshecha, un auténtico palco con una parte delantera a la altura de los codos que constaba de una tablilla de madera negra. Era un palco con celosía, pero no era una celosía de madera dorada como en la Ópera; era una cuadrícula monstruosa de barras de hierro espantosamente trenzadas y selladas a la pared con unas soldaduras enormes que parecían puños cerrados.

Transcurridos los primeros minutos, cuando la mirada empezaba a hacerse a aquella penumbra de sótano, intentaba cruzar la verja, pero no podía llegar más allá de seis pulgadas. Allí se topaba con una barrera de postigos negros, afianzados y reforzados con travesaños de madera pintados de amarillo alfajor. Esos postigos eran articulados, hechos de tablas largas y delgadas, y tapaban toda la reja. Siempre estaban cerrados.

Al cabo de unos momentos, se oía una voz que lo llamaba a uno desde detrás de los postigos y decía:

—Estoy aquí. ¿Qué quiere de mí?

Era una voz querida, una voz adorada a veces. No se veía a nadie. Apenas si se oía el ruido de un hálito. Parecía que lo que hablaba a través del tabique de la tumba era una evocación.

Quien cumpliera con determinados requisitos, en muy pocas ocasiones, veía abrirse la estrecha tablilla de uno de los postigos y la evocación se convertía en aparición. Detrás de la verja, detrás del postigo, divisaba, tanto como se lo permitiera la reja, una cara de la que no se veía sino la boca y la barbilla; lo demás lo cubría un velo negro. Podía intuirse un griñón negro y una forma apenas definida cubierta con un sudario negro. La cabeza le hablaba a uno, pero no lo miraba y no le sonreía jamás.

La claridad que venía de detrás estaba dispuesta de forma tal que uno la veía blanca y ella lo veía a uno negro. Esa claridad era un símbolo.

En tanto, la mirada se colaba con avidez en aquella abertura que había surgido en aquel lugar cerrado a todas las miradas. Una falta

de concreción absoluta rodeaba aquella forma enlutada. Los ojos hurgaban en lo inconcreto e intentaban averiguar qué había en torno de la aparición. Al cabo de muy poco tiempo, podía verse que no se veía nada. Lo que se veía era oscuridad, vacío, tinieblas, una bruma invernal entremezclada con el vaho de una tumba, algo así como una paz espantosa; un silencio del que no podía sacarse nada, ni siquiera suspiros; una sombra en la que no se divisaba nada, ni siquiera fantasmas.

Aquello que se veía era el interior de una clausura.

Era el interior de aquella casa adusta y severa que recibía el nombre de convento de las bernardas de la Adoración Perpetua. El palco en que estaba uno era el locutorio, y aquella voz, la primera que había hablado, la de la hermana tornera, que siempre estaba sentada, quieta y callada, del otro lado de la pared, junto a la abertura cuadrada que defendían la reja de hierro y la chapa de mil agujeros, como una visera doble.

La oscuridad en que estaba sumido el palco enrejado venía de que el locutorio tenía una ventana del lado del siglo, pero ninguna del lado del convento. Los ojos profanos no tenían que ver nada de aquel lugar sacro.

Pero había algo más allá de aquella sombra, había una luz; había una vida en aquella muerte. Aunque ese convento fuera el más cerrado de todos, vamos a intentar entrar en él y contar, sin perder la mesura, cosas que los cronistas nunca vieron y, en consecuencia, no contaron nunca.

II

La regla de Martín Verga[23]

Este convento, que, en 1824, llevaba ya muchos años en la calleja de Picpus, era una comunidad de bernardas de la regla de Martín Verga.

Estas bernardas, por lo tanto, no pertenecían a Claraval, como los bernardos, sino al Císter, como los benedictinos. Dicho de otro modo, no eran de la obediencia de san Bernardo, sino de san Benito.

Cualquiera que haya revuelto en unos cuantos infolios sabe que Martín Verga fundó en 1425 una congregación de bernardas benedictinas cuyo convento principal estaba en Salamanca, con una sucursal en Alcalá.

Dicha congregación se ramificó por todos los países católicos de Europa.

Estos injertos de una orden en otra no son inusuales ni poco ni mucho en la iglesia latina. Por no mencionar sino la orden de san Benito, de la que hablamos aquí, a esa orden se suman, sin contar la regla de Martín Verga, cuatro congregaciones: dos en Italia, Montecasino y Santa Justina de Padua; dos en Francia, Cluny y Saint-Maur, y nueve órdenes: Valombrosa, Grammont, los celestinos, los camandulenses, los cartujos, los humillados, los olivetanos, los silvestrinos y, finalmente, el Císter; pues el propio Císter, tronco de otras órdenes, no es para san Benito sino un retoño. El Císter nace en tiempos de san Roberto, abad de Molesme, en la diócesis de Langres, en 1098. Ahora bien, fue en 529 cuando san Benito, con diecisiete años, expulsó del antiguo templo de Apolo, donde vivía, al Diablo, que se había retirado al desierto de Subiaco (era ya viejo. ¿Se había metido acaso a ermitaño?).

Después de la regla de las carmelitas, que van descalzas, llevan

en el pecho un zarzo de mimbre y no se sientan nunca, la regla más dura es la de las bernardas benedictinas de Martín Verga. Van vestidas de negro, con un griñón que, por disposición expresa de san Benito, llega hasta la barbilla. Una túnica de sarga de mangas anchas, un velo largo de lana, el griñón hasta la barbilla cortado en cuadro a la altura del pecho y la toca hasta los ojos: ése es el hábito. Todo negro, salvo la toca, que es blanca. Las novicias llevan el mismo hábito, pero van todas de blanco. Las que ya profesaron llevan además un rosario colgado a un costado.

Las bernardas benedictinas de Martín Verga son adoratrices perpetuas, igual que las benedictinas conocidas como monjas del Santísimo Sacramento, quienes, a principios de este siglo, tenían dos conventos en París, uno en Le Temple y el otro en la calle Neuve-Sainte-Geneviève. Por lo demás, las bernardas benedictinas de Le Petit-Picpus, a las que nos estamos refiriendo, eran una orden diferente por completo de las adoratrices del Santísimo Sacramento cuyos conventos estaban en la calle Neuve-Sainte-Geneviève y en Le Temple. Las reglas eran muy distintas; había diferencias en el hábito. El griñón de las bernardas benedictinas de Le Petit-Picpus era negro, y el de las benedictinas del Santísimo Sacramento y de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, blanco; y, además, llevaban en el pecho un santísimo sacramento de unas tres pulgadas de alto de plata sobredorada o de cobre dorado. Las monjas de Le Petit-Picpus no llevaban ese santísimo sacramento. Aunque la adoración perpetua sea común al convento de Le Petit-Picpus y al convento de Le Temple, las dos órdenes se diferencian perfectamente. Sólo existe parecido entre las adoratrices del Santísimo Sacramento y las bernardas de Martín Verga en esa práctica, de la misma forma que había semejanza, en lo tocante al estudio y la glorificación de todos los misterios relacionados con la infancia, la vida y la muerte de Jesucristo y la Virgen, entre dos órdenes, muy distantes empero y enemigas llegado el caso: el Oratorio de Italia, que fundó en Florencia Felipe Neri, y el Oratorio de Francia, que fundó en París Pierre de Bérulle. El Oratorio de París aspiraba a la primacía porque Felipe Neri sólo era santo y Bérulle era cardenal.

Regresemos a la dura regla española de Martín Verga.

Las bernardas benedictinas de esa regla practican la abstinencia todo el año, ayunan en cuaresma y otros muchos días propios de su

orden, se levantan del primer sueño después de la una de la madrugada y hasta las tres para leer el breviario y cantar maitines, duermen en sábanas de sarga en todas las estaciones y en jergones de paja, no usan el baño, no encienden nunca fuego, se azotan con disciplinas todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan sino en los recreos, que son muy breves, y llevan seis meses al año camisas de sayal, desde el 14 de septiembre, que es la exaltación de la Santa Cruz, hasta la Pascua de Resurrección. Esos seis meses son una merced, pues la regla dice que son para todo el año, pero esa camisa de sayal, insoportable con los calores del verano, les daba fiebre y espasmos nerviosos. Hubo que restringir el uso. Incluso con esa mitigación, cuando las monjas se ponen el 14 de septiembre la camisa, les entra fiebre tres o cuatro días. Obediencia, pobreza, castidad, clausura: esos son los votos que hacen y que la regla vuelve mucho más penosos.

A la superiora la eligen por tres años las madres, que se llaman madres vocales porque tienen voz en el capítulo. A una superiora no se la puede volver a elegir más de dos veces, lo que establece que el reinado más largo de una superiora es de nueve años.

Nunca ven al sacerdote oficiante, que les oculta siempre un paño de sarga colgado a nueve pies de altura. Durante el sermón, cuando el predicador está en la capilla, se echan el velo por la cara. Tienen que hablar siempre en voz baja, caminar con la vista clavada en el suelo y la cabeza gacha. Sólo un hombre puede entrar en el convento: el arzobispo diocesano.

Aunque hay otro, que es el jardinero; pero es siempre un anciano, y, para que esté siempre solo en el jardín y las monjas queden avisadas y eviten encontrarse con él, le atan una campanilla a la rodilla.

Están sometidas a la superiora con una sumisión absoluta y pasiva. Es la sujeción canónica en su plena abnegación. Como ante la voz de Cristo, *ut voci Christi,* ante el ademán, ante la primera seña, *ad nutum, ad primum signum,* en el acto, con alegría, con perseverancia, con obediencia cierta y ciega, *prompte, hilariter, perseveranter et cœca quadam obedientia,* como la lima en la mano del operario, *quasi limam in manibus fabri,* sin poder leer ni escribir nada sin permiso expreso, *legere vel scribere non addiscerit sine expressa superioris licentia*.

Cumplen por turno con lo que llaman *el desagravio*. El desagravio es la oración por todos los pecados, por todas las culpas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en el mundo. Durante doce horas consecutivas, de cuatro de la tarde a cuatro de la mañana o de cuatro de la mañana a cuatro de la tarde, la hermana que hace *el desagravio* está arrodillada en el suelo de piedra, ante el Santísimo Sacramento, con las manos juntas y la soga al cuello. Cuando el cansancio se vuelve insoportable, se prosterna bocabajo, con la cara pegada al suelo y los brazos en cruz; ése es todo el alivio que se le permite. En esa postura, reza por todos los culpables del universo. Tiene esto una grandeza que raya en lo sublime.

Como ese acto se lleva a cabo ante un poste encima del que arde un cirio, se dice a veces *hacer el desagravio* y a veces *estar en el poste*. Las monjas prefieren incluso por humildad esta expresión, que recuerda la ejecución y la humillación.

Hacer el desagravio es un cometido en que el alma se absorbe. La hermana que está en el poste no se daría la vuelta aunque cayese un rayo detrás de ella.

Hay siempre, además, una monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Esa estación dura una hora. Se relevan igual que los soldados de guardia. En eso consiste la adoración perpetua.

Las superioras y las madres llevan casi siempre nombres impregnados de una solemnidad particular y que recuerdan no a santas ni a mártires, sino momentos de la vida de Jesucristo, tales como madre Natividad, madre Concepción, madre Presentación, madre Pasión. No obstante, no están prohibidos los nombres de santas.

Quien las ve no les ve nunca más que la boca. Todas tienen los dientes amarillos. Nunca ha entrado un cepillo de dientes en el convento. Lavarse los dientes está en la parte de arriba de una escala en cuya parte de abajo está: perder el alma.

Nunca dicen *mi*. No tienen nada y no tienen que tener nada. De todo dicen *nuestro;* por ejemplo: nuestro velo, nuestro rosario; si hablaran de su camisa, dirían *nuestra camisa*. A veces le cogen apego a algún objeto menudo, a un libro de horas, a una reliquia, a una medalla bendecida. En cuanto se percatan de que empiezan a

aficionarse a ese objeto, tienen que regalarlo. Recuerdan la frase de santa Teresa, a quien dijo una dama principal en el momento de entrar en su orden: «Permitid, madre, que mande a buscar una santa biblia con la que estoy muy encariñada». *¿Ah, estáis encariñada con algo? Pues en tal caso no vengáis a esta casa.*

Tienen prohibido todas *encerrarse,* tener un *lugar propio,* una *habitación.* Viven en celdas abiertas. Al empezar a hablarse, una dice: *¡Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar!* Y la otra contesta: *¡Por siempre!* Y la misma ceremonia cuando una llama a la puerta de otra. No bien roza alguna la puerta, se oye del otro lado una voz suave que dice a toda prisa: «¡Por siempre!». Como pasa con todas las cosas habituales, se convierte en algo automático; y a veces alguna dice: *¡Por siempre!* antes de que a la otra le haya dado tiempo a decir: *¡Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar!,* frase bastante larga por cierto. Entre las visitandinas, la monja que entra dice: *Ave Maria,* y la otra monja, en cuya celda entra, dice: *Gratia plena*. Es su forma de saludo, que, efectivamente está «lleno de gracia».

En todas las horas del día, la campana de la iglesia del convento da tres campanadas de más. Al oír ese señal, la superiora, las madres vocales, las profesas, las legas, las novicias y las postulantes interrumpen lo que estén diciendo, lo que estén haciendo o lo que estén pensando y dicen todas a un tiempo si, por ejemplo, son las cinco: *¡A las cinco y a todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!* Si son las ocho: *¡A las ocho y a todas horas,* etc., y así consecutivamente, según la hora que sea.

Esta costumbre, cuya finalidad es interrumpir los pensamientos y volver a dirigirlos continuamente hacia Dios, existe en muchas comunidades: lo único que cambia es la frase. Por ejemplo, en la congregación del Niño Jesús dicen: *¡Que a esta hora y a todas horas el amor de Jesús me inflame el corazón!*

Las benedictinas bernardas de Martín Vergas que viven en clausura hace cincuenta años en Le Petit-Picpus cantan los oficios con una salmodia grave, canto llano puro, y a voz en cuello durante todo el oficio. Siempre que hay un asterisco en el misal, hacen una pausa y dicen en voz baja: *Jesús, María y José*. En el oficio de difuntos, cantan en un tono tan grave que unas voces de mujer apenas si pueden bajar tanto. El efecto es sobrecogedor y trágico.

Las monjas de Le Petit-Picpus habían mandado hacer una cripta debajo del altar mayor para enterrar a las de su comunidad. El *gobierno*, como decían ellas, no permitió que bajasen ataúdes a esa cripta. Salían, pues, del convento cuando estaban muertas. Era algo que las afligía y las consternaba, como si cometieran una infracción.

Habían conseguido el mediocre consuelo de que las enterrasen a una hora determinada y en un rincón aparte en el antiguo cementerio de Vaugirard, que estaba en unos terrenos que habían pertenecido antes a la comunidad.

Los jueves esas monjas asisten a misa mayor, a vísperas y a todos los oficios como si fuera domingo. Además observan escrupulosamente todas las fiestas menores, que la gente no conoce en el siglo y de las que la iglesia era pródiga antes en Francia y lo es aún en España y en Italia. El tiempo que pasan en la capilla es interminable. En cuanto a la cantidad y la duración de sus oraciones, no podemos dar mejor idea de ello que citar esta frase ingenua de una de esas monjas: *Las oraciones de las postulantes dan miedo; las oraciones de las novicias son peores aún, y las oraciones de las profesas, peores.*

Una vez por semana se reúne el capítulo: la superiora preside, las madres vocales asisten. Todas las hermanas se arrodillan cuando les llega la vez en el suelo de piedra y confiesan en voz alta delante de todas las faltas y los pecados que han cometido durante la semana. Las madres vocales se consultan después de cada confesión y ponen las penitencias en voz alta.

Además de la confesión en alta voz, para la que se dejan las faltas algo más graves, para las faltas veniales está lo que llaman *el arrepentimiento*. Arrepentirse es prosternarse boca abajo durante el oficio delante de la superiora hasta que ésta, a la que no se le da más nombre que *nuestra madre,* avise a la paciente, con un golpecito en la madera de la silla del coro, de que se puede levantar. Los arrepentimientos son por muy poca cosa: un vaso roto; un velo con un siete; un retraso involuntario, a veces de pocos segundos, a un oficio; una nota desafinada en la iglesia, etc., ya son motivos suficientes para un arrepentimiento. El arrepentimiento es una manifestación espontánea; es la propia arrepentida la que se juzga y se lo inflige. Los días de fiesta y los domingos hay cuatro madres del coro que salmodian los oficios ante un facistol con cuatro pupitres.

Un día, una madre del coro entonó un salmo que empezaba por *Ecce*, y, en vez de *Ecce,* dijo en voz alta estas tres notas: *do, si, sol.* Por esa distracción pasó por un arrepentimiento que duró todo el oficio. Lo que convertía aquella falta en tremenda es que el capítulo se había reído.

Cuando llaman a una monja al locutorio, aunque sea la superiora, se baja el velo de forma tal que, como ya hemos dicho, no se le vea más que la boca.

Sólo la superiora puede hablar con extraños. Las demás sólo pueden ver a sus familiares más próximos y muy de vez en cuando. Si, por casualidad, una persona de fuera se presenta para visitar a una monja a quien conoció o a quien quiso en el siglo, se precisa una negociación con todas las de la ley. Si es una mujer, a veces puede autorizarse la visita; la monja acude y le hablan a través de los postigos, que no se abren más que para una madre o una hermana. Ni que decir tiene que a los hombres siempre se les niega ese permiso.

Tal es la regla de san Benito, que hizo más rigurosa Martín Verga.

Estas monjas nunca son alegres, sonrosadas y lozanas, como lo son con frecuencia las de las demás órdenes. Son pálidas y serias. Entre 1825 y 1830 tres se volvieron locas.

III

Rigores

Son postulantes dos años y, con frecuencia, cuatro; cuatro años, novicias. Es raro que los votos definitivos puedan pronunciarse antes de los veintitrés o los veinticuatro años. Las bernardas benedictinas de Martín Verga no admiten viudas en su orden.

En sus celdas llevan a cabo muchas maceraciones desconocidas que no deben mencionar nunca.

El día en que profesa una novicia, la visten con sus mejores galas, la coronan de rosas blancas, le cepillan el pelo y se lo peinan con ondas; luego, se prosterna; le ponen por encima un velo grande y negro y cantan el oficio de difuntos. Entonces, las mojas se separan en dos filas; una fila pasa por su lado, diciendo con tono lastimero: *nuestra hermana ha muerto;* y la otra fila responde con voz triunfal: *¡Vive en Jesucristo!*

En la época en que transcurre esta historia, existía un internado que dependía del convento. Un internado de muchachas de la nobleza, acaudaladas la mayoría, entre las que destacaban las señoritas de Sainte-Aulaire y de Bélissen y una inglesa que llevaba el ilustre apellido católico Talbot. Esas jóvenes, a las que educaban aquellas monjas entre cuatro paredes, crecían en el horror del siglo y del mundo. Una de ellas nos decía un día: *Cuando veía los adoquines de la calle, temblaba de pies a cabeza*. Vestían de azul con un gorro blanco y un Espíritu Santo de plata sobredorada o de cobre prendido en el pecho. En algunos días de fiesta mayor, sobre todo el día de santa Marta, les permitían como favor extremado y dicha suprema que se vistiesen de monjas y participasen un día entero en los oficios y las normas de san Benito. En los primeros tiempos, las monjas les prestaban sus ropajes negros. Pareció profano, y la

superiora lo prohibió. Sólo se les permitió un préstamo así a las novicias. Es algo que llama la atención que aquellas representaciones, toleradas y fomentadas sin duda en el convento con un ánimo secreto de proselitismo y para dar a esas niñas cierto regusto anticipado del hábito santo, eran para las internas una alegría real y un auténtico recreo. Se divertían con toda naturalidad. *Era algo nuevo, era un cambio*. Candorosas razones de la infancia que, por lo demás, no consiguen que nuestras mundanas personas entiendan esa felicidad que consiste en tener un hisopo en la mano y pasarse de pie horas enteras cantando entre cuatro delante de un facistol.

Las alumnas, si exceptuamos las austeridades, cumplían con todas las prácticas del convento. Hubo jóvenes que, tras incorporarse al mundo y después de varios años de matrimonio, aún no habían conseguido quitarse la costumbre de decir a toda prisa cada vez que llamaban a su puerta: *¡Por siempre!* Igual que las monjas, las internas no veían a sus padres sino en el locutorio. Ni siquiera sus madres conseguían que les permitieran darles un beso, tanta era la severidad en aquel aspecto. Un día una joven recibió la visita de su madre, a quien acompañaba una hermanita de tres años. La joven lloraba porque habría querido darle un beso a su hermana. Imposible. Rogó que al menos se le permitiese a la niña meter la manita por los barrotes para que ella pudiera besársela. Se lo negaron casi como si fuera un escándalo.

IV

Donaires

No por ello dejaban aquellas muchachas de llenar esa casa adusta de recuerdos encantadores.

Había horas en que la infancia resplandecía en aquella clausura. Tocaban la campana del recreo. Una puerta giraba sobre los goznes. Los pájaros decían: «¡Ah, ya vienen las niñas!». Una irrupción de juventud inundaba aquel jardín que dividía una cruz, como si fuera un sudario. Rostros radiantes, cutis blancos, ojos ingenuos colmados de un resplandor alegre, toda clase de auroras se desperdigaban por aquellas tinieblas. Tras las salmodias, las campanadas, los repiques, los toques de difuntos, los oficios, de pronto estallaba el ruido aquel de niñas, más suave que un ruido de abejas. Se abría la colmena de la alegría y todas traían su miel. Jugaban, se llamaban, se juntaban en grupos o corrían; dientecillos blancos parloteaban en los rincones; los velos vigilaban de lejos las risas; las sombras acechaban los rayos de luz. Pero ¡qué más da! Había rayos de luz y risas. Aquellas cuatro paredes lúgubres tenían su minuto deslumbrador. Presenciaban, levemente teñidas de la blancura del reflejo de tanta alegría, ese dulce revoloteo de enjambres. Era como una lluvia de rosas que cruzase por aquel luto. Las muchachas retozaban ante la mirada de las monjas; la mirada de la impecabilidad no estorba a la inocencia. Gracias a aquellas niñas, entre tantas horas austeras había una hora ingenua. Las más pequeñas brincaban, las mayores bailaban. En aquel claustro, el juego participaba del cielo. Nada tan delicioso y augusto como aquellas almas lozanas y en flor. Homero habría acudido a reír con Perrault, y había en aquel jardín negro juventud, salud, ruido, gritos, atolondramiento, placer y felicidad suficientes para que

sonrieran todas las abuelas, las de las epopeyas y las de los cuentos, las de los tronos y las de las cabañas, desde Hécuba hasta la abuela de Caperucita.

Se dijeron en aquella casa, más que en cualquier otra parte quizá, *gracias de niños* de esas que tienen tanto encanto y nos hacen reír con risa colmada de ensueño. Entre esas cuatro paredes fúnebres exclamó un día una niña de cinco años: *¡Madre! Me acaba de decir una mayor que ya sólo me quedan por estar aquí nueve años y diez meses. ¡Qué bien!*

También en esta casa ocurrió este diálogo memorable:

UNA MADRE VOCAL: ¿Por qué llora, hija mía?

LA NIÑA (seis años), sollozando: Le he dicho a Alix que me sabía la lección de Historia de Francia. Y dice que no me la sé. Y sí que me la sé.

ALIX (la mayor, nueve años): No, no se la sabe.

LA MADRE: ¿Por qué dice eso, hija mía?

ALIX: Me ha dicho que abriera el libro por donde quisiera y que le hiciera cualquier pregunta del libro y que contestaría.

—¿Y qué ha pasado?

—Que no ha contestado.

—Vamos a ver, ¿qué le preguntó?

—Abrí el libro por donde quise como me dijo y le hice la primera pregunta que vi.

—¿Y qué pregunta era ésa?

—Era: *¿Y qué sucedió después?*

En esta casa se hizo este comentario tan profundo acerca de una cotorra un tanto golosa que era de una señora de piso que vivía en el convento: *¡Qué mona es! ¡Se come lo que hay untado en la rebanada de pan como una persona!*

De una de las baldosas de ese claustro recogieron esta confesión, que había escrito de antemano, para que no se le olvidase nada, una pecadora de siete años:

«Acúsome, padre, de haber sido avara.

»Acúsome, padre, de haber sido adúltera.

»Acúsome, padre, de haber mirado a los señores».

En uno de los bancos de césped de aquel jardín improvisó una boca sonrosada de seis años este cuento, que escucharon unos ojos azules de entre cuatro y cinco años:

«Había una vez tres gallitos que tenían un país donde había muchas flores. Cortaron las flores y se las metieron en el bolsillo. Luego, cortaron las hojas, y las pusieron con sus juguetes. Había un lobo en el país, y había muchos bosques; y el lobo estaba en el bosque y se comió a los gallitos».

Y también este poema:

«Hubo un estacazo
que le dio Polichinela al gato.
No le gustó nada y le dolió.
Y a Polichinela una señora a la cárcel se lo llevó».

Y aquí dijo una niñita abandonada, una expósita a quien educaban en el convento por caridad, esta frase dulce y que atribula. Oía a las demás hablar de sus madres y susurró, metida en su rincón: *¡Es que cuando yo nací, mi madre no estaba!*

Había una tornera gruesa a quien se veía siempre corriendo por los pasillos con su manojo de llaves y que se llamaba sor Agathe. Las *mayores del todo* —las de más de diez años— la llamaban *Agatocles*[24].

El refectorio, una estancia cuadrangular y alargada, en que sólo entraba la luz por un claustro con arquivoltas, estaba al mismo nivel del jardín; era oscuro y húmedo y, como decían las niñas, lleno de bichos. Todos los lugares colindantes aportaban su cuota de insectos. Las cuatro esquinas las habían bautizado las internas con un nombre propio y expresivo. Estaba la esquina de las Arañas, la esquina de las Orugas, la esquina de las Cochinillas y la esquina de los Grillos. La esquina de los Grillos estaba cerca de la cocina y era muy valorada. Hacía menos frío que en otras partes. Del refectorio, los nombres habían pasado al internado y los usaban, como en el antiguo internado Mazarin, para nombrar a cuatro naciones. Todas las alumnas eran de una de esas cuatro naciones según en qué esquina se sentasen en las comidas. Un día, el señor arzobispo, en visita pastoral, vio entrar en el aula por la que pasaba a una niña preciosa, de muy buen color y con una melena rubia digna de admiración; le preguntó a otra interna, una morenita encantadora de mejillas lozanas, que estaba junto a él:

—¿Esa niña quién es?

—Es una araña, eminencia.
—¡Caramba! ¿Y aquella otra?
—Es un grillo.
—¿Y esa de ahí?
—Es una oruga.
—¿De verdad? ¿Y usted?
—Yo soy una cochinilla, eminencia.

Todos los conventos de esa clase tienen sus peculiaridades. A principios del presente siglo, Écouen era uno de esos lugares elegantes y severos donde crece, en una penumbra casi augusta, la infancia de las muchachas. En Écouen, para participar en la procesión del Corpus había dos divisiones, las vírgenes y las floristas. También estaban «los palios» y «los incensarios»: unas llevaban las cintas del palio y las otras incensaban el Santísimo Sacramento. Las flores eran cosa de las floristas. Cuatro «vírgenes» iban delante. En la mañana de aquel día grande no era infrecuente oír en el dormitorio:

—¿Quién es virgen?

La señora Campan citaba la frase de una «pequeña» de siete años a una «mayor» de dieciséis que encabezaba la procesión mientras que ella, la pequeña, iba a la cola: «Tú es que eres virgen. Yo no».

V

Distracciones

Encima de la puerta del refectorio estaba escrita en letras grandes y negras esta oración que llamaban *el padrenuestro blanco* y tenía la propiedad de llevar a las personas en derechura al paraíso:

«Padrenuestro blanco y bonito, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche al irme a acostar con tres ángeles me encontré, uno a los pies, dos al cabezal; y en medio la Virgen está, que me dijo: Vete a acostar y de nada has de dudar. Es Dios mi padre; y la Virgen, mi madre; los tres apóstoles son mis hermanos, y las tres vírgenes, hermanas mías; llevo la camisa de Dios soberano, en que él nació una mañana; la cruz de santa Margarita en el pecho la llevo escrita; la señora Virgen se va por el campo, a Dios llorando, se encuentra con un santo, se va a encontrar con el señor san Juan. ¿De dónde venís? Del *Ave Salus*. ¿A Dios no habéis visto? He visto a Cristo, en el árbol de la cruz, los pies que le colgaban y las manos clavadas, con un capuz de espina blanca. Quien tres veces lo repita cuando sea de noche, quien tres veces lo diga cuando sea de día, se irá al paraíso al final de sus días».

En 1827, esta oración característica había desaparecido de la pared; la tapaban tres manos de pintura. Y ya se está borrando de la memoria de algunas jóvenes de entonces que ahora son ya ancianas.

Un crucifijo de buen tamaño colgado de la pared completaba la decoración de aquel refectorio, cuya puerta única, como nos parece haber dicho ya, daba al jardín. Dos mesas estrechas, que flanqueaban dos bancos de madera, formaban dos largas líneas paralelas de un extremo a otro del refectorio. Las paredes eran blancas, las mesas eran negras: estos dos colores de luto son los

únicos que se alternan en los conventos. Las comidas eran desabridas, e incluso lo que tomaban las niñas era austero. Un plato único, de carne y verdura revueltas, o pescado en salazón: no había más lujos. Y ese régimen escueto, del que sólo disfrutaban las internas, era excepcional. Las niñas comían en silencio mientras las vigilaba la madre de semana, quien, de vez en cuando, si a una mosca se le ocurría volar o zumbar en contra de lo que disponía la regla, abría y volvía a cerrar estruendosamente un libro de madera. Aquel silencio lo aliñaban vidas de santos, que leían en voz alta en una tarima baja con un atril situado debajo del crucifijo. La lectora de semana era una alumna de las mayores. De trecho en trecho, había encima de la mesa sin mantel un lebrillo de barro donde las propias niñas lavaban la escudilla y los cubiertos y, a veces, tiraban algunos restos, carne dura o pescado en mal estado, cosa que se castigaba. Llamaban a esos lebrillos *corros de agua*.

La niña que rompía el silencio hacía una «cruz de lengua». ¿Dónde? En el suelo. Lamía el pavimento. Corría a cargo del polvo, ese final de todas las alegrías, el castigo de aquellos pobres pétalos de rosa culpables de haber gorjeado.

Había en el convento un libro que nunca se llegó a imprimir sino en un *único ejemplar* y que está prohibido leer. Es la regla de san Benito, Arcano en el que no debe entrar ninguna mirada profana. *Nemo regulas, seu constitutiones nostras, externis communicabit.*

Las internas consiguieron un día robar aquel libro y se pusieron a leerlo con avidez, lectura que interrumpió con frecuencia el temor de que las sorprendieran, por lo que cerraban el volumen a toda prisa. De aquel peligro que corrieron no sacaron ninguna satisfacción que mereciera la pena. Unas cuantas páginas ininteligibles acerca de los pecados de los muchachos, eso fue lo «más interesante».

Jugaban en un paseo del jardín que bordeaban unos cuantos árboles frutales raquíticos. Pese a la vigilancia extremosa y los castigos severos, cuando el viento movía las ramas a veces conseguían recoger furtivamente una manzana verde, un albaricoque pasado o una pera agusanada. Le cedo la palabra ahora a una carta que tengo ante la vista, una carta que escribió hace veinticinco años una antigua interna que es hoy en día la duquesa de ***, una de las mujeres más elegantes de París. Cito

textualmente: «Cada cual esconde la pera o la manzana como puede. Cuando sube a dejar el velo encima de la cama mientras llega la hora de la cena, la mete debajo de la almohada y, de noche, se la come en la cama, y, si no puede, se la come en el excusado». En eso consistía una de las voluptuosidades mayores de que podían disfrutar.

En una ocasión, también fue esta vez durante una visita al convento del señor arzobispo, una de las jóvenes, la señorita Bouchard, que estaba emparentada con los Montmorency, apostó a que le pediría un día de asueto, algo desaforado en una comunidad tan austera. Las demás aceptaron la apuesta, pero ninguna creía que fuera capaz. Llegado el momento, cuando el arzobispo pasaba delante de las internas, la señorita Bouchard, ante el espanto indecible de sus compañeras, salió de la fila y dijo: «Eminencia, un día de asueto». La señorita Bouchard era lozana y alta, con una carita sonrosada deliciosa. Su Eminencia, monseñor De Quélen, sonrió y dijo: *¡Cómo que un día de asueto, mi querida niña! Tres días, faltaría más. Les concedo tres días.* La superiora no podía protestar, el arzobispo había hablado. Escándalo en el convento y gran regocijo en el internado. Imagíneselo el lector.

Aquella clausura hosca no tenía, no obstante, tan altas las paredes como para que no entrasen la vida de las pasiones de fuera, el drama e, incluso, lo novelesco. Para demostrarlo, nos limitaremos a dejar constancia aquí, refiriéndolo brevemente, de un hecho real e innegable que, por lo demás, no tiene en sí mismo relación alguna ni nada que ver con la historia que estamos contando. Si mencionamos este hecho es para que le quede completa en la mente al lector la fisonomía del convento.

Por aquel entonces, pues, había en el convento una persona misteriosa que no era monja, a la que trataban con muchísimo respeto y a quien llamaban *señora Albertine*. No se sabía nada de ella sino que estaba loca y que, en el siglo, la tenían por muerta. Decían que detrás de aquella historia había arreglos de dinero necesarios para una boda muy importante.

Aquella mujer, que apenas si habría cumplido los treinta años, morena, bastante agraciada, tenía unos ojos grandes y negros de mirada perdida. ¿Veía? Podía dudarse de ello. Más que andar, resbalaba; no hablaba nunca; no parecía muy seguro que respirase.

Tenía las ventanas de la nariz apretadas y lívidas como tras exhalar el último suspiro. Tocarle la mano era tocar la nieve. Tenía una extraña elegancia espectral. Cuando entraba en algún sitio, quienes estaban allí notaban frío. Un día, una hermana, al verla pasar, le dijo a otra: «La dan por muerta». La otra respondió: «A lo mejor lo está».

Se contaban cientos de cosas de la señora Albertine. Despertaba continuamente la curiosidad de las internas. Había en la capilla una tribuna a la que llamaban *el ojo de buey*. Era desde aquella tribuna, que no tenía sino una ventana redonda, un *ojo de buey*, desde la que asistía la señora Albertine a los oficios. Solía estar sola en ella, porque en aquella tribuna, que estaba en el primer piso, podía verse al predicador o al oficiante, cosa que las monjas tenían prohibida. Un día, ocupaba el púlpito un sacerdote joven de alta cuna, el señor duque de Rohan, par de Francia, oficial de los mosqueteros rojos en 1815 cuando era príncipe de Léon y que murió después de 1830 siendo cardenal y arzobispo de Besançon. Era la primera vez que el señor de Rohan predicaba en el convento de Le Petit-Picpus. La señora Albertine solía asistir a los sermones y a los oficios en completa tranquilidad y absoluta inmovilidad. Aquel día, en cuanto vio al señor de Rohan, se levantó a medias y dijo en voz alta en el silencio de la capilla: «¡Anda! ¡Auguste!». Toda la comunidad, estupefacta, volvió la cabeza y el predicador alzó la vista, pero la señora Albertine estaba otra vez inmóvil. Un soplo del mundo exterior, un resplandor de vida había pasado brevemente por aquel rostro apagado y helado; luego todo se desvaneció y la loca volvió a ser un cadáver.

No obstante, esas dos palabras dieron mucho que hablar a todas las que podían hablar en el convento. Cuántas cosas había en aquellas palabras: *¡Anda! ¡Auguste!* ¡Cuántas revelaciones! El señor de Rohan se llamaba Auguste, efectivamente. Era evidente que la señora Albertine pertenecía a la sociedad más elevada, ya que conocía al señor de Rohan, e incluso que ocupaba en ella una posición preeminente puesto que hablaba de tan gran señor con tanta confianza y tenía con él una relación quizá de parentesco, pero, en cualquier caso, muy íntima, dado que sabía su nombre de pila.

Dos duquesas muy serias, las señoras de Choiseul y de Sérent,

iban de visita con frecuencia a la comunidad, donde entraban sin duda en virtud del privilegio *Magnates mulieres,* y las internas les tenían mucho miedo. Cuando pasaban las dos ancianas, todas las muchachas, pobrecitas, se estremecían y bajaban la vista.

Por lo demás, las internas estaban muy pendientes del señor de Rohan, sin que él lo sospechara. Acaban de nombrarlo, por entonces, mientras llegaba el momento de hacerlo obispo, vicario mayor del arzobispo de París. Solía ir frecuentemente a cantar a los oficios a la capilla de las monjas de Le Petit-Picpus. Ninguna de las jóvenes reclusas podía verlo, porque lo impedía la cortina de sarga, pero tenía una voz dulce y un tanto aflautada que habían llegado a conocer y a distinguir. Había sido mosquetero y, además, decían que era presumido, que iba muy bien peinado, que tenía un pelo castaño bonito que llevaba metido para dentro y que usaba un espléndido cinturón ancho de moaré y una sotana negra de un corte elegantísimo. Se había hecho el amo de todas aquellas imaginaciones de dieciséis años.

No entraba en el convento ningún ruido del exterior. Pero hubo un año en que entró el sonido de una flauta. Fue todo un acontecimiento, y las internas de entonces lo recuerdan aún.

Alguien del vecindario tocaba la flauta. Y esa flauta tocaba siempre la misma melodía, una melodía ya muy olvidada en la actualidad: *Mi Zétulbé, ven a reinar en mi alma;* se oía dos o tres veces al día. Las muchachas se pasaban las horas muertas escuchándola; las madres vocales estaba trastornadas; las cabezas no paraban de imaginar; los castigos llovían. La situación duró varios meses. Todas las internas estaban más o menos enamoradas del músico desconocido. Todas soñaban que eran su Zétulbé. El sonido de la flauta venía del lado de la calle de Droit-Mur; habrían dado lo que fuera, lo habrían puesto todo en juego, intentado todo para ver, aunque no fuera más que por un instante, para entrever al «joven» que tocaba de forma tan deliciosa aquella flauta y, sin sospecharlo, jugueteaba al tiempo con todas aquellas almas. Hubo algunas que se escaparon por una puerta de servicio y subieron al tercer piso, que daba a la calle de Droit-Mur, para intentar verlo por los respiraderos. Imposible. Una incluso llegó a sacar el brazo por la verja, levantándolo por encima de la cabeza, y agitó un pañuelo blanco. Dos fueron aún más atrevidas. Encontraron forma de trepar

hasta un tejado, se subieron a él y consiguieron, por fin, ver al «joven». Era un caballero emigrado, ciego y arruinado que tocaba la flauta en un sotabanco para hallar consuelo.

VI

El convento pequeño

Había en el recinto de Le Petit-Picpus tres construcciones totalmente separadas: el convento grande, donde vivían las monjas, el internado, donde vivían las alumnas, y, por último, lo que llamaban el convento pequeño. Era un edificio con jardín en el que vivían juntas todo tipo de monjas ancianas de diversas órdenes, lo que quedaba de conventos de clausura con que había acabado la Revolución; una reunión abigarrada de hábitos negros, grises y blancos, de todas las comunidades y de todas las variedades posibles; algo que podría llamarse, si fuera posible emparejar esas dos palabras, un convento arlequín.

En tiempos del Imperio concedieron a todas esas pobres mujeres desperdigadas y desorientadas que buscasen refugio bajo las alas de la benedictinas bernardas. El gobierno les pagaba una modesta pensión; las monjas de Le Petit-Picpus las recibieron de mil amores. Era una mescolanza extraña. Cada cual se atenía a su regla. A veces se permitía a las internas, como si fuera un recreo extraordinario, que fueran a verlas, con lo que en aquellas memorias jóvenes se quedó, entre otros, el recuerdo de la madre Sainte-Basile, de la madre Sainte-Scolastique y de la madre Jacob.

Una de aquellas refugiadas estaba casi en su propia casa. Era una monja de Sainte-Aure, la única superviviente de esa orden. El antiguo convento de las monjas de Sainte-Aure ocupaba, desde comienzos del siglo XVIII, ese mismo edificio de Le Petit-Picpus precisamente que fue más delante de las benedictinas de Martín Verga. Aquella santa mujer, demasiado pobre para llevar el espléndido hábito de su orden, que era una túnica blanca con el escapulario escarlata, se lo había puesto fervorosamente a un

maniquí pequeño que gustaba de enseñar y que legó al convento al morir. En 1824 no quedaba sino una monja de esa orden; hoy en día sólo queda una muñeca.

Además de esas dignas monjas, algunas ancianas de buena sociedad habían conseguido de la superiora, lo mismo que la señora Albertine, permiso para retirarse al convento pequeño. Estaban entre ellas las señora de Beaufort d'Hautpoul y la señora condesa Dufresne. Hubo otra de la que nunca se supo nada en el convento más que el ruido estruendoso que hacía al sonarse. Las alumnas la llamaban la señora Vacarmini[25].

Allá por 1820 o 1821, la señora de Genlis, que redactaba por aquel entonces una modesta publicación periódica llamada *L'Intrépide,* solicitó que la admitieran como señora de piso en el convento de Le Petit-Picpus. Traía la recomendación del señor duque de Orleans. Zumbidos en la colmena; a las madres vocales no les llegaba la camisa al cuerpo. La señora de Genlis había escrito novelas. Pero aseguró que quien más aborrecía aquellas novelas era ella; y además había entrado en una etapa de fiera devoción. Dios mediante, y también duque mediante, ingresó. Se fue al cabo de seis u ocho meses alegando que en el jardín no había sombra. Las monjas se quedaron encantadas de la vida. Aunque era viejísima, todavía tocaba el arpa, y muy bien.

Al irse, dejó su huella en la celda. La señora de Genlis era supersticiosa y latinista. Estas dos palabras la definen bastante bien. Hace pocos años, podían verse aún, pegados dentro de un armarito de su celda, donde guardaba el dinero y las joyas, estos cinco versos latinos, escritos de su puño y letra con tinta roja en un papel amarillo, que, en opinión suya, tenían la propiedad de ahuyentar a los ladrones:

> Imparibus meritis pendent tria corpora ramis:
> Dismas et Gesmas, media est divina potestas;
> Alta petit Dismas, infelix, infima, Gesmas.
> Nos et res nostras conservet summa potestas.
> Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.

Estos versos, en latín del siglo VI, plantean la cuestión de saber si los dos ladrones del calvario se llamaban, como suele creerse,

Dimas y Gestas o Dismas y Gesmas. Esta ortografía podría haber desbaratado las pretensiones que tenía en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del mal ladrón. Por lo demás, que estos versos son de gran utilidad es artículo de fe en la orden de los hospitalarios.

Como es natural, el internado, el convento grande y el convento pequeño compartían la iglesia, edificada de forma tal que separase, como un auténtico tajo, el convento grande del internado. Incluso se admitía en ella a personas de fuera, que entraban por algo parecido a una puerta de lazareto que daba a la calle. Pero la disposición era tal que ninguna de las que vivían en clausura podía ver ningún rostro de fuera. Imagine el lector una iglesia cuyo coro asiera una mano gigantesca y doblase para convertirlo no ya, como en las iglesias corrientes, en una prolongación detrás del altar, sino en una especie de sala o de cueva oscura a la derecha del oficiante; imagine que esa sala la cierra la cortina de siete pies de alto que ya hemos mencionado; agrupe prietamente en la sombra de esa cortina, en unos asientos de coro de madera, a las profesas a la izquierda; a las internas, a la derecha; a las legas y a las novicias, al fondo; y podrá hacerse una idea de cómo asistían a los oficios divinos las monjas de Le Petit-Picpus. Aquella cueva, a la que llamaban coro, daba al claustro por un corredor. La luz de la iglesia venía del jardín. Cuando las monjas asistían a oficios en que su regla les imponía el silencio, los asistentes de fuera sólo sabían de su presencia por el ruido de las misericordias al alzarse o al bajarse.

VII

Algunas siluetas de esa oscuridad

Durante los seis años que van de 1819 a 1825, la superiora de Le Petit-Picpus fue la señorita de Blemeur, cuyo nombre de religión era la madre Innocente. Pertenecía a la familia de Marguerite de Blemeur, autora de la *Vida de los santos de la orden de san Benito*. La habían elegido varias veces. Era una mujer de alrededor de sesenta años, baja, gruesa y que desafinaba «como un gato acatarrado», dice la carta anteriormente citada; por lo demás, excelente persona, la única alegre de todo el convento y, por eso mismo, muy querida por todas.

La madre Innocente había salido a su antepasada Marguerite, que había sido la Anne Dacier de la Orden. Era letrada, erudita, culta, competente, con peculiares prendas de historiadora, colmada de latín, atiborrada de griego, repleta de hebreo y más benedictino que benedictina.

La vicesuperiora era una monja española vieja y casi ciega, la madre Cineres.

Las principales de entre las *vocales* eran la madre Sainte-Honorine, la tesorera; la madre Sainte-Gertrude, la maestra mayor de novicias; la madre Saint-Ange, la maestra adjunta de novicias; la madre Annonciation, la sacristana; la madre Saint-Augustin, la enfermera y la única del convento que era mala persona; estaban también la madre Sainte-Mechtilde (la señorita Gauvain), jovencísima y con una voz admirable; la madre de Les Anges (la señorita Drouet), que había estado en el convento de Les Filles-Dieu y en el convento de Le Trésor, entre Gisors y Magny; la madre Saint-Joseph (la señorita de Cogolludo); la madre Sainte-Adélaïde (la señorita de Auverney); la madre Miséricorde (la señorita de

Cifuentes, que no pudo soportar todas aquellas austeridades); la madre Compassion (la señorita de La Miltière, que ingresó a los sesenta años, pese a lo que disponía la regla, y era muy rica); la madre Providence (la señorita de Laudinière); la madre Présentation (la señorita de Sigüenza), que fue superiora en 1847; y, para terminar, la madre Sainte-Céligne (la hermana del escultor Ceracchi), que se volvió loca, y la madre Sainte-Chantal (la señorita de Suzon), que se volvió loca.

Entre las más bonitas había una joven encantadora de veintitrés años, que era de la isla Bourbon y descendía del caballero Roze; habría sido en el siglo la señorita Roze y se llamaba madre Assomption.

La madre Sainte-Mechtilde tenía a su cargo el canto y el coro y le gustaba recurrir a las internas. Solía escoger de entre ellas una gama completa, es decir, siete, de entre diez años y dieciséis, ambas edades incluidas, con voces y estaturas armonizadas, a las que colocaba, al cantar, de pie en fila, una al lado de otra, por edades, de la más baja a la más alta. Al verlas, parecían un caramillo de muchachitas, algo así como una flauta de Pan de carne y hueso hecha con ángeles.

De entre las hermanas legas, las preferidas de las internas eran la hermana Sainte-Euphrasie, la hermana Sainte-Marguerite, la hermana Sainte-Marthe, que era de pocos alcances, y la hermana Saint-Michel, que tenía una nariz tan larga que les daba risa.

Todas aquellas mujeres eran cariñosas con las niñas. Las monjas no eran severas sino consigo mismas. Sólo se encendía fuego en el internado, y las comidas, comparadas con las del convento, eran exquisitas. Además, las cuidaban primorosamente. Únicamente, cuando una niña pasaba junto a una monja y le dirigía la palabra, la monja no le contestaba.

La consecuencia de aquella regla del silencio era que, en todo el convento, la palabra, de la que se privaba a las criaturas humanas, se les concedía a los objetos inanimados. Ora hablaba la campana de la iglesia, ora hablaba la campanilla del jardinero. Un timbre muy ruidoso, que tenía al lado la tornera, y se oía en todo el convento, indicaba, con toques varios, que eran una especie de telégrafo acústico, todas las acciones de la vida material que había que llevar a cabo, y llamaba al locutorio, si era menester, a esta o a

aquella moradora de la casa. Todas las personas y todas las cosas tenían un toque propio. El de la superiora era uno y uno; el de la vicesuperiora, uno y dos. Cinco-seis era la clase, de forma tal que las alumnas nunca decían ir a clase, sino ir a cinco-seis. Cuatro-cuatro era el toque de la señora de Genlis. Sonaba con mucha frecuencia. «Mete ruido por cuatro», decían las maliciosas. Diecinueve timbrazos anunciaban un acontecimiento importante. Era que abrían la *puerta de la clausura,* una tabla tremenda erizada de cerrojos que no giraba sobre sus goznes más que para dejar pasar al arzobispo.

Ya hemos dicho que, salvo él y el jardinero, no entraba hombre alguno en el convento. Las internas veían a otros dos; uno era el capellán, el padre Banès, viejo y feo, a quien podían contemplar en el coro a través de una reja; el otro era el profesor de dibujo, el señor Ansiaux, a quien esa carta, algunas de cuyas líneas hemos leído, llama señor *Anciot* y tilda de *jorobado viejo y espantoso*.

Nótese que todos los hombres estaban muy bien escogidos.

Tal era esta peculiar casa.

VIII

Post corda lapides

Tras haber esbozado el aspecto espiritual, no estará de más decir unas cuantas palabras de la disposición material. Algo de ella sabe ya el lector.

El convento de Le Petit-Picpus-Saint-Antoine ocupaba casi por completo el ancho trapecio que formaban, al cruzarse, la calle de Polonceau, la calle de Droit-Mur, la calleja de Picpus y la callecita condenada que, en los planos antiguos, se llama calle de Aumarais. Esas cuatro calles rodeaban el aludido trapecio como si fueran un foso. El convento lo componían varios edificios y un jardín. El edifico principal, tomado en conjunto, era una yuxtaposición de construcciones híbridas que, a vista de pájaro, reproducían con bastante exactitud la forma de una horca tumbada en el suelo. El brazo largo de la horca ocupaba todo el tramo de la calle de Droit-Mur incluido entre la calleja de Picpus y la calle de Polonceau; el brazo corto era una fachada con una verja, alta, gris y adusta, que daba a la calleja de Picpus; acababa en la puerta cochera que llevaba el número 62. En la parte central de esa fachada, el polvo y las cenizas pintaban de blanco una puerta vieja, baja y de arco donde las arañas tejían sus telas y que no se abría sino una hora o dos los domingos y en las pocas ocasiones en que salía del convento el ataúd de una monja. Era la entrada de la iglesia para el público. El codo de la horca era una sala cuadrada que hacía las veces de repostería y que las monjas llamaban *la despensa*. En el brazo largo estaban las celdas de las madres y de las hermanas y el noviciado. En el brazo corto, las cocinas, el refectorio con el claustro en paralelo y la iglesia. Entre la puerta que llevaba el número 62 y la esquina de la callecita condenada, la calle de Aumarais, estaba el

internado, que no se veía desde fuera. En el resto del trapecio estaba el jardín, a un nivel mucho más bajo que la calle de Polonceau, con lo que las tapias eran mucho más altas por la parte interior que por fuera. El jardín, levemente abombado, tenía en el centro, en lo alto de un cerrillo, un hermoso abeto puntiagudo y cónico, del que salían, como del redondel en relieve del centro de un escudo, cuatro paseos anchos y, dispuestos de dos en dos en los cruces de los paseos principales, otros ocho pequeños, de forma tal que, si el recinto hubiera sido circular, el plano geométrico de los paseos habría tenido parecido con una cruz colocada encima de una rueda. Los paseos, que acababan todos en las tapias, muy irregulares, del jardín, eran de longitud desigual. Los bordeaban unos groselleros. Al fondo, un paseo de elevados álamos iba de las ruinas del convento antiguo, que estaba en la esquina de la calle de Droit-Mur, hasta el convento pequeño, que estaba en la esquina de la calle de Aumarais. Delante del convento pequeño estaba lo que llamaban el jardín pequeño. Sumemos a este conjunto un patio, rincones varios de los cuerpos interiores de los edificios, unas paredes carcelarias y ninguna vista ni ningún vecindario que no fuera la larga línea negra de los tejados que había en la otra acera de la calle de Polonceau y podremos hacernos una idea completa de cómo era, hace cuarenta y cinco años, el convento de las bernardas de Le Petit-Picpus. Esta santa casa la habían edificado precisamente en el lugar en que estuvo un juego de pelota muy conocido entre los siglos XIV y XVI, llamado *el garito de los once mil diablos*.

Por lo demás, todas esas calles estaban entre las más antiguas de París. Esos nombres, Droit-Mur y Aumarais, son antiquísimos; y las calles que los llevan lo son mucho más. La callecita de Aumarais se llamó la calleja de Maugout; la calle de Droit-Mur se llamó la calle de Les Églantiers[26], porque Dios ya abría las flores antes de que el hombre tallase las piedras.

IX

Un siglo bajo un griñón

Ya que nos hemos metido en detalles en lo tocante a lo que fue antaño el convento de Le Petit-Picpus y nos hemos atrevido a abrir una ventana para mirar dentro de ese discreto asilo, que nos permita el lector otra breve digresión, ajena al verdadero tema de este libro, pero característica y útil porque contribuya a que se entienda que incluso en los claustros hay personajes originales.

Vivía en el convento pequeño una centenaria que procedía de la abadía de Fontevrault. Antes de la Revolución, había vivido incluso en el siglo. Citaba con frecuencia al señor de Miromesnil, guardián de los sellos en el reinado de Luis XVI, y a una tal presidenta Duplat a la que había conocido mucho. Le agradaba mucho sacar a relucir cada dos por tres esos nombres y se ufanaba de ello. Decía maravillas de la abadía de Fontevrault: que era como una ciudad y que en el monasterio había calles.

Hablaba en un dialecto picardo que divertía mucho a las internas. Todos los años hacía una renovación solemne de los votos y, en el momento de prometerlos, le decía al sacerdote: «El señor san Francisco lo allegó al señor san Julián; el señor san Julián lo allegó al señor san Eusebio; el señor san Eusebio lo allegó al señor san Procopio, etc., etc.; y así yo a vos os lo allego, padre». Y las internas se reían, no bajo cuerda, sino bajo el velo; unas risitas ahogadas y encantadoras con las que las madres vocales fruncían el ceño.

En otras ocasiones, la centenaria refería historias. Decía que *en su juventud los bernardos no tenían nada que envidiarles a los mosqueteros*. Por su boca hablaba un siglo, pero era el siglo XVIII. Contaba la costumbre de Champaña y Borgoña de los cuatro vinos,

anterior a la Revolución. Cuando un personaje importante, un mariscal de Francia, un príncipe, un duque y par, pasaba por una ciudad de Borgoña o de Champaña, las autoridades municipales acudían a saludarlo y le presentaban cuatro bernegales de plata en que había cuatro vinos diferentes. En el primero se leía la siguiente inscripción: *vino de mono;* en el segundo, *vino de león;* en el tercero, *vino de cordero,* y en el cuarto, *vino de cerdo*. Esos cuatro marbetes nombraban los cuatro peldaños por los que va bajando el borracho; el primer estado de embriaguez, el que alegra; el segundo, el que irrita; el tercero, el que atonta, y, finalmente, el cuarto, el que embrutece.

Guardaba bajo llave en un armario un objeto misterioso al que tenía mucho apego. La regla de Fontevrault no se lo prohibía. No quería enseñarle ese objeto a nadie. Se encerraba, cosa que permitía la regla, y a veces se escondía cuando quería mirarlo. Si oía a alguien andar por el corredor, cerraba el armario tan deprisa como se lo permitían las viejas manos. En cuanto se lo mencionaban, se callaba, ella, tan charlatana. Las más curiosas no pudieron con su silencio; y las más tenaces no pudieron con su obstinación. También esto daba pie a comentarios entre quienes estuvieran ociosas o aburridas en el convento. ¿Qué podía ser aquello tan valioso y tan secreto que era el tesoro da la centenaria? ¿Algún libro santo, probablemente? ¿Algún rosario único? ¿Alguna reliquia probada? Todo el mundo se perdía en conjeturas. Al morir la pobre anciana, corrieron hacia el armario, con más prisas quizá de las que aconsejaba el decoro, y lo abrieron. Hallaron el objeto envuelto en tres paños, como una patena bendita. Era una fuente de Faenza donde había pintados unos amorcillos que salían volando perseguidos por unos mancebos de botica armados con lavativas enormes. La persecución rebosaba de muecas y posturas cómicas. A uno de los deliciosos amorcillos lo tienen ya ensartado. Se defiende, mueve las alitas e intenta salir volando, pero el matachín ríe con risa satánica. Moraleja: la diarrea vencedora del amor. Esta fuente, muy curiosa por lo demás, y a la que quizá le cupo el honor de inspirar a Molière, existía aún en septiembre de 1845: estaba en venta en una chamarilería del bulevar de Beaumarchais.

Esta buena anciana no quería que viniese a visitarla nadie de fuera *porque,* decía, *el locutorio resulta muy triste*.

X

Origen de la Adoración Perpetua

Por lo demás, aquel locutorio casi sepulcral del que hemos intentado dar una idea al lector es completamente local, y no son así de adustos en los demás conventos. En el convento de la calle de Le Temple en particular, que, todo hay que decirlo, era de otra orden, en vez de postigos negros había unas cortinas pardas, y el locutorio en sí era un salón con suelo de tarima cuyas ventanas enmarcaban unos pabellones de muselina blanca y cuyas murallas toleraban todo tipo de marcos, el retrato de una benedictina con la cara destapada, ramos pintados e incluso una cabeza de turco.

Es en el jardín del convento de la calle de Le Temple donde estaba ese castaño de Indias que se consideraba el más hermoso y el mayor de Francia y tenía la reputación entre el pueblo llano del siglo XVIII de ser *el padre de todos los castaños del reino.*

Ya hemos dicho que en ese convento de Le Temple residían las benedictinas de la Adoración Perpetua, benedictinas que no tenían nada que ver con las que dependían de Císter. Esa orden de la Adoración Perpetua no es excesivamente antigua ni tiene más de doscientos años. En 1649 profanaron con pocos días de intervalo el Santísimo Sacramento en dos iglesias de París, en Saint-Sulpice y en Saint-Jean en Grève, sacrilegio espantoso e infrecuente que inmutó a toda la ciudad. El prior y vicario mayor de Saint-Germain-des-Prés ordenó una procesión solemne de todos sus sacerdotes en la que ofició el nuncio del papa. Pero aquella expiación no les pareció suficiente a dos dignas damas, la señora Courtin, marquesa de Boucs, y la condesa de Châteauvieux. Aquel ultraje al «santísimo sacramento del altar», aunque pasajero, no se les iba de la cabeza a esas dos almas piadosas, y les pareció que la única reparación

posible era una «adoración perpetua» en algún convento de monjas. Ambas, una en 1652 y la otra en 1653, donaron cantidades considerables a la madre Catherine de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, monja benedictina, para que fundase, con tan piadosa finalidad, un convento de la orden de san Benito; el primer permiso para esa fundación se lo dio a la madre Catherine de Bar el obispo de Metz y abad de Saint-Germain, «a condición de que no pueda ingresar ninguna doncella que no aporte trescientas libras de pensión, que son seis mil libras de capital». Tras el abad de Saint-Germain, otorgó el rey cartas patentes, y todo ello, la carta abacial y las cédulas reales, las homologaron el Tribunal de Cuentas y el Parlamento en 1654.

Tales son los orígenes y la acreditación legal de la fundación de las benedictinas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento en París. El primer convento se «levantó de obra nueva» en la calle de Cassette a costa de las señoras de Boucs y de Châteauvieux.

Como vemos, esta orden no era la misma de las benedictinas conocidas como del Císter. Dependía del abad de Saint-Germain-des-Prés de la misma forma que las monjas del Sagrado Corazón dependen del general de los jesuitas, y las hermanas de la caridad, del general de los lazaristas.

Era también diferente por completo de las bernardas de Le Petit-Picpus, cuyo convento acabamos de mostrar por dentro. En 1657, el papa Alejandro VII, mediante un breve especial, autorizó a las bernardas de Le Petit-Picpus a practicar la Adoración Perpetua igual que las benedictinas del Santísimo Sacramento. Pero ambas órdenes siguieron siendo distintas.

XI

Fin de Le Petit-Picpus

El convento de Le Petit-Picpus empezó a decaer nada más iniciarse la Restauración, lo que forma parte de la muerte general de la orden, que, transcurrido el siglo XVIII, va desapareciendo como todas las demás órdenes religiosas. La contemplación y también la oración son necesidades de la humanidad; pero, como todo aquello que ha pasado por la Revolución, se transforman, y, de hostiles al progreso social, se convierten en partidarias de él.

El convento de Le Petit-Picpus se iba quedando vacío a toda velocidad. En 1840 ya no existían el convento pequeño ni el internado. Ya no estaban ni las ancianas ni las muchachitas; aquéllas se habían muerto y éstas se habían ido. *Volaverunt.*

La regla de la Adoración Perpetua es tan rígida que espanta; las vocaciones disminuyen y no hay incorporaciones nuevas a la orden. En 1845 todavía llegaban algunas legas; pero ya no había profesiones. Hace cuarenta años, había casi cien monjas; hace quince años, eran sólo veintiocho. ¿Cuántas serán ahora? En 1847, la superiora era joven, síntoma de que el círculo se reduce cada vez más. A medida que va habiendo menos monjas, aumenta el cansancio y las obligaciones se hacen más penosas; ya se estaba viendo llegar el momento en que no serían más que una docena de hombros doloridos e inclinados para cargar con la pesada regla de san Benito. La carga es implacable, y no varía sean pocas o muchas. Agobiaba, aplastaba. Además, también se mueren. Cuando el autor de este libro vivía todavía en París, murieron dos. Una tenía veinticinco años; la otra, veintitrés. Ésta puede decir, como Julia Alpinula: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres*. Por esa decadencia es por lo que el convento ha renunciado a tener educandas.

No nos ha sido posible pasar por delante de esa casa extraordinaria, desconocida, ignota, sin entrar y sin que entrasen con nosotros las mentes que nos acompañan y que atienden a la narración, quizá para provecho de algunas, de la historia melancólica de Jean Valjean. Hemos entrado en esa comunidad llena de prácticas antiguas que, hoy en día, parecen tan nuevas. Es el jardín cerrado. *Hortum conclusus*. Hemos hablado de ese sitio singular con todo detalle, pero con respeto, al menos con todo el respeto que puede resultar conciliable con el detalle. No lo entendemos todo, pero no insultamos nada. Estamos a igual distancia del hosanna de Joseph de Maistre, que acaba por reivindicar al verdugo, que de la risa sarcástica de Voltaire, que llega incluso a mofarse del crucifijo.

Peca Voltaire de falta de lógica, dicho sea de paso; porque Voltaire habría defendido a Jesús igual que defendió a Calas; y para esos mismos que niegan las encarnaciones sobrehumanas, ¿qué representa el crucifijo? Al sabio asesinado.

En el siglo XIX, las ideas religiosas entran en crisis. Se desaprenden una serie de cosas, y muy bien desaprendidas están con tal de que, al desaprender aquello, se aprenda otra cosa. Que no haya vacíos en el corazón humano. Hay demoliciones, y es bueno que las haya, pero a condición de que luego se construya.

Entre tanto, examinemos lo que ya no existe. Es necesario saberlo, aunque no sea más que para evitarlo. Las imitaciones del pasado adoptan nombres fingidos y de buen grado toman el nombre de porvenir. Ese fantasma, el pasado, tiene tendencia a usar un pasaporte falso. Caigamos en la cuenta de la trampa. Desconfiemos. El pasado tiene un rostro: la superstición, y una máscara: la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

En cuanto a los conventos, son un tema complejo. Tema de civilización, que los condena; tema de libertad, que los ampara.

Libro séptimo

Paréntesis

I

El convento, idea abstracta

Este libro es un drama, cuyo primer personaje es lo infinito.

El segundo es el hombre.

En vista de eso, como se nos cruzó en el camino un convento, tuvimos que entrar. ¿Por qué? Es que el convento pertenece tanto a Oriente como a Occidente, tanto a la Antigüedad como a los tiempos modernos, tanto al paganismo, al budismo, al mahometismo como al cristianismo, es uno de los aparatos de óptica con el que el hombre observa lo infinito.

No es éste el lugar adecuado para desarrollar determinadas ideas más allá de ciertos límites; no obstante, sin prescindir en absoluto de nuestras reservas, nuestras restricciones e incluso nuestras indignaciones, no podemos por menos de decir que siempre que nos topamos en el hombre con lo infinito, bien o mal entendido, el respeto se adueña de nosotros. Hay en la sinagoga, en la mezquita, en la pagoda, en el wigwam un aspecto repugnante que aborrecemos y un aspecto sublime que veneramos. ¡Qué contemplación para la inteligencia y qué ensoñación sin fondo! La reverberación de Dios en el muro humano.

II

El convento, hecho histórico

Desde el punto de vista de la historia, de la razón y de la verdad, el monacato está condenado.

Los monasterios, cuando abundan en una nación, son nudos en la circulación, instituciones que estorban, centro de pereza en los lugares en que se precisan centros de trabajo. Las comunidades monásticas son a la gran comunidad social lo que el muérdago al roble, lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y su robustez son el empobrecimiento del país. El régimen monástico, provechoso cuando empiezan las civilizaciones, útil para que lo espiritual empiece a mermar la brutalidad, es malo para la virilidad de los pueblos. Además, cuando se relaja y entra en su etapa de desgobierno, como sigue sirviendo de ejemplo, se convierte en malo por las mismas razones que lo hacían salutífero en su período de pureza.

Ha pasado el tiempo de las clausuras. Los claustros, útiles para la primera educación de la civilización moderna, estorban su crecimiento y perjudican su desarrollo. En tanto en cuanto instituciones y herramienta de formación del hombre, los monasterios, buenos en el siglo X, discutibles en el siglo XV, son infames en el siglo XIX. La lepra monástica carcomió casi hasta el esqueleto a dos naciones admirables, Italia y España, aquélla la luz y ésta el esplendor de Europa durante siglos; y, en los tiempos que corren, esos dos ilustres pueblos no están empezando a mejorar más que gracias a la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de mujeres, sobre todo, tal y como lo vemos aún en los umbrales de este siglo en Italia, en Austria, en España, es una de las plasmaciones más sombrías de la

Edad Media. El claustro, ese claustro, es el punto de intersección de los espantos. El claustro católico propiamente dicho está repleto de la irradiación negra de la muerte.

El convento español, sobre todo, es fúnebre. Allí dentro se alzan en la oscuridad, bajo bóvedas colmadas de brumas, bajo cúpulas inconcretas de tan sombrías, macizos altares babélicos, elevados como catedrales; allí cuelgan de cadenas, entre las tinieblas inmensas, crucifijos blancos; allí se brindan, desnudos sobre el ébano, enormes Cristos de marfil, más que ensangrentados, sanguinolentos; son repulsivos y espléndidos, por los codos les asoman los huesos, por las rótulas les asoman los tegumentos, por las llagas asoma la carne; los coronan espinas de plata, los clavan clavos de oro, llevan gotas de sangre de rubíes en la frente y lágrimas de brillantes en los ojos. Los brillantes y los rubíes parecen húmedos y hacen llorar, abajo, en la sombra, a criaturas envueltas en velos, con los costados heridos por el cilicio y por el látigo de puntas de hierro, con pechos que aplastan unos zarzos de mimbre, con rodillas que la oración despelleja; unas mujeres que se creen esposas, unos espectros que se creen serafines. ¿Estas mujeres piensan? No. ¿Tienen voluntad? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No. Los nervios se les han vuelto huesos; los huesos se les han vuelto piedras. El velo que llevan es noche tejida. El hálito, bajo el velo, parece a saber qué respiración trágica de la muerte. La abadesa, una larva, las santifica y las aterroriza. Ahí está, montaraz, lo inmaculado. Así son los antiguos monasterios de España. Guaridas de la devoción terrible; antros de vírgenes; lugares feroces.

La España católica era más romana que la mismísima Roma. El convento español era el convento católico por excelencia. Se mascaba Oriente. El arzobispo, eunuco mayor del cielo, encerraba bajo llave y espiaba a ese harén de almas reservadas para Dios. La monja era la odalisca, el sacerdote era el eunuco. Elegían en sueños a las fervorosas y éstas poseían a Cristo. Por las noches, el apuesto joven desnudo bajaba de la cruz y se convertía en el éxtasis de la celda. Elevadas murallas guardaban de toda distracción que tuviera que ver con la vida a la sultana mística, cuyo sultán era el crucificado. Una mirada hacia el exterior era una infidelidad. El *in-pace* sustituía al saco de cuero. Lo que en Oriente echaban al mar en Occidente se lo echaban a la tierra. En ambos lugares, las mujeres

se retorcían los brazos; las olas, para aquéllas; la tierra, para éstas; allá las ahogadas, acá las enterradas. Paralelismo monstruoso.

Hoy en día, los valedores del pasado, como ya no pueden negar tales cosas, han tomado el partido de sonreír. Se ha puesto de moda una forma cómoda y peculiar de suprimir las revelaciones de la historia, de debilitar los comentarios de la filosofía y de eludir todos los hechos molestos y todas las cuestiones sombrías. *Cosas de charlatanes,* dicen los que son hábiles. Charlatanerías, repiten los pánfilos. Jean-Jacques, un charlatán; Diderot, un charlatán; Voltaire al referirse a Calas, La Barre y Sirven, un charlatán. A alguien, no sé a quién, se le ha ocurrido últimamente que Tácito era un charlatán, que Nerón era una víctima y que, desde luego, había que compadecer a «ese pobre Holofernes».

Los hechos, pese a todo, no se dejan intimidar y se empecinan. El autor de este libro vio con sus propios ojos, a ocho leguas de Bruselas, he aquí la Edad Media tal cual al alcance de quien lo desee, en la abadía de Villiers, el agujero de las mazmorras, en medio del prado que fue el patio del claustro; y, a orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, a medias enterrados y a medias debajo del agua. Eran unos *in-pace*. Todos esos calabozos tienen unos restos de puerta de hierro, una letrina y un tragaluz con barrotes que, por fuera, está a dos pies por encima del nivel del río y, por dentro, a seis pies por debajo del nivel del suelo. Cuatro pies de río corren por fuera a lo largo del muro. El suelo siempre está húmedo. La cama de quien viva en el *in-pace* es esa tierra húmeda. En uno de los calabozos hay un trozo de collar de hierro sellado en la pared; en otro puede verse algo así como un cajón cuadrado hecho con cuatro hojas de granito, demasiado corto para echarse, demasiado bajo para estar de pie. Ahí metían a un ser vivo y cerraban el cajón con una tapa de piedra. Así son las cosas. Se pueden ver. Se pueden tocar. Esos *in-pace,* esos calabozos, esos goznes de hierro, esos collares, ese tragaluz alto a ras del cual corre el río, ese cajón de piedra que cierra una tapa de granito como si fuera una tumba, con la diferencia de que en este caso el muerto estaba vivo, ese suelo que es barro, ese agujero de la letrina, esas paredes que rezuman humedad, ¡qué charlatanes!

III

A condición de qué podemos respetar el pasado

El monacato, tal y como existió en España y tal como existe en el Tíbet, es para la civilización una especie de tisis. Detiene la vida en seco. Por decirlo sin rodeos, despuebla. Claustrar, castrar. Fue una plaga en Europa. Sumemos a eso la frecuencia con que se violentaron las conciencias, las vocaciones forzadas, el feudalismo asentándose en el claustro, la primogenitura desaguando en el monacato el sobrante de las familias, las ferocidades que acabamos de mencionar, los *in-pace*, las bocas cerradas, las mentes emparedadas, tantas inteligencias desventuradas encerradas en el calabozo de los votos perpetuos, la toma de hábito, el entierro en vida de las almas. Añádanse los suplicios individuales a las degradaciones nacionales y nadie podrá por menos de estremecerse ante la cogulla y el velo, esos dos sudarios que inventó el hombre.

No obstante, en algunos aspectos y en algunos lugares, pese a la filosofía, pese al progreso, el espíritu monástico persiste en pleno siglo XIX y un extraño recrudecimiento del ascetismo asombra en este momento al mundo civilizado. El empecinamiento de las instituciones anticuadas por perpetuarse se parece a la obstinación del perfume rancio que reivindicase un derecho a que nos lo pongamos en el pelo, a la pretensión del pescado podrido que querría que nos lo comiéramos, a la persecución de un traje de niño que querría vestir al hombre y al tierno afecto de unos cadáveres que volvieran para besar a los vivos.

«¡Ingratos! —dice el traje—. Os protegí el cuerpo cuando hacía mal tiempo. ¿Por qué no me queréis ya?» «Vengo de alta mar», dice el pescado. «Fui una rosa», dice el perfume. «Os quise», dice el cadáver. «Os civilicé», dice el convento.

Sólo hay una respuesta para todos ellos: Antaño.

Soñar con prolongar indefinidamente, embalsamándolos, las cosas difuntas y el gobierno de los hombres, restaurar los dogmas en mal estado, volver a dorar las urnas, volver a enjalbegar los claustros, volver a bendecir los relicarios, actualizar las supersticiones, volver a abastecer los fanatismos, volver a poner mangos a los hisopos y empuñaduras a los sables, reconstruir el monacato y el militarismo, creer que salvar la sociedad es aumentar el número de parásitos, imponerle el pasado al presente resulta muy extraño. Y hay, sin embargo, teóricos para defender esas teorías. Esos teóricos, que no son tontos, por lo demás, cuentan con un procedimiento muy sencillo: le aplican al pasado un enlucido que llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto por los antepasados, autoridad de los antiguos, santa tradición, legitimidad, religión; y van pregonando: «Compren, compren, buenas gentes». Esa lógica ya se conocía en la Antigüedad. Los arúspices la usaban. Embadurnaban de greda una novilla negra y decían: Es blanca. *Bos cretatus.*

Nosotros respetamos algunas cosas y, sobre todo, indultamos al pasado con tal de que se avenga a estar muerto. Si quiere seguir vivo, lo atacamos e intentamos matarlo.

Supersticiones, beaterías, mojigaterías, prejuicios, todas esas larvas, por muy larvas que sean, son tenaces y se aferran a la vida; aunque envueltas en humo, tienen garras y dientes; y hay que luchar con ellas cuerpo a cuerpo y guerrear con ellas, y hacerlo sin tregua porque una de las fatalidades de la humanidad es que estamos condenados a pelear eternamente con fantasmas. Es difícil agarrar por el pescuezo a la sombra y dar con ella en tierra.

Un convento en Francia, en pleno mediodía del siglo XIX, es un colegio de búhos que se enfrenta a la luz. Un claustro en flagrante delito de ascetismo en pleno centro de la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848, Roma floreciendo en París, es un anacronismo. En épocas normales, para disolver un anacronismo y conseguir que se desvanezca basta con obligarle a decir en qué año estamos. Pero ésta no es una época normal.

Luchemos.

Luchemos, pero diferenciemos. Lo propio de la verdad es no ser nunca excesiva. ¿Qué necesidad tenemos de exagerar? Está lo que

hay que destruir y lo que basta sencillamente con iluminar y mirar. El examen benevolente y serio, ¡qué gran fuerza! No llevemos las llamas donde basta con la luz.

Así pues, y dado que el siglo XIX es un hecho, somos contrarios, en general y para todos los pueblos, tanto en Asia como en Europa, tanto en la India como en Turquía, a las clausuras ascéticas. Quien dice convento dice pantano. Es evidente que se pudren, que es un estancamiento malsano, que por esa fermentación suya los pueblos padecen fiebres y decaen; van a más y son como las plagas de Egipto. No podemos pensar sin espantarnos en esos países en que los faquires, los bonzos, los santones, los caloyeros, los morabitos, los talopoines y los derviches pululan hasta convertirse en un hervidero venenoso.

Dicho esto, sigue en pie el tema de la religión. Es un tema con ciertos aspectos misteriosos, casi temibles; permítasenos que lo miremos cara a cara.

IV

El convento desde el punto de vista de los principios

Unos hombres se reúnen y viven juntos. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociación.

Se encierran en el lugar en que viven. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre a abrir o cerrar su puerta.

No salen. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de ir y venir, que implica el derecho de quedarse en casa.

Y allí, en su casa, ¿qué hacen?

Hablan bajo; llevan la vista baja; trabajan. Renuncian al mundo, a las ciudades, a las sensualidades, a los placeres, a las vanidades, a los orgullos, a los intereses. Visten de lana basta o de lienzo basto. Ninguno tiene nada que sea de su propiedad. Cuando entra en ese lugar, el que era rico se vuelve pobre. Lo que tiene se lo da a todos los demás. El que era eso que llamamos noble, caballero, señor, es el igual del que era labriego. La celda es idéntica para todos. Todos se hacen la misma tonsura, llevan la misma cogulla, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza. La misma tela de saco en el cuerpo, el mismo cordel en la cintura. Si lo acordado es que vayan descalzos, van todos descalzos. Puede haber entre ellos un príncipe; ese príncipes una sombra igual a las demás. Ya no hay títulos. Han desaparecido los apellidos. Sólo tienen nombres. Todos se doblegan a la igualdad de los nombres de pila. Han disuelto la familia carnal y creado, dentro de su comunidad, la familia espiritual. No tienen ya más parientes que los hombres todos. Socorren a los pobres, cuidan a los enfermos. Eligen a aquellos a quienes obedecen. Se llaman entre sí hermanos.

El lector me interrumpirá para exclamar: ¡Pero eso es el

convento ideal!

Basta con que sea el convento posible para que deba tenerlo en cuenta.

De ahí que, en el libro anterior, haya hablado de un convento con tono respetuoso. Si damos de lado la Edad Media, si damos de lado Asia, si no entramos en las cuestiones histórica y política, desde el punto de vista puramente filosófico, dejando aparte las necesidades de la política militante, con la condición de que el monasterio sea absolutamente voluntario y no haya entre sus paredes sino consentimientos, siempre miraré la comunidad claustral con cierta ponderación atenta y, en algunos aspectos, deferente. Donde hay comunidad, hay comuna; donde hay comuna, está el derecho. El monasterio es fruto de la fórmula: Igualdad y Fraternidad. ¡Ah, qué grande es la Libertad! ¡Y qué transfiguración espléndida! Basta con la Libertad para convertir al monasterio en república.

Prosigamos.

Pero esos hombres, o esas mujeres, que están detrás de esas cuatro paredes se visten de sayal, son iguales, se llaman hermanos; bien está, pero ¿hacen algo más?

Sí.

¿Qué?

Miran la oscuridad, se arrodillan y juntan las manos.

¿Eso que significa?

V

La oración

Rezan.

¿A quién?

A Dios.

Rezar a Dios, ¿eso qué quiere decir?

¿Existe un infinito fuera de nosotros? ¿Ese infinito es uno, inmanente, permanente, necesariamente sustancial ya que es infinito, y que, si le faltase la materia, tendría esa limitación? ¿Necesariamente inteligente, ya que es infinito, y que, si le faltase la inteligencia, en eso sería finito? ¿Despierta ese infinito en nosotros la idea de esencia, mientras que no podemos atribuirnos a nosotros más idea que la de existencia? Dicho en otras palabras, ¿no es acaso ese absoluto del que nosotros somos lo relativo?

Al tiempo que hay un infinito fuera de nosotros, ¿es que no hay acaso un infinito en nosotros? Esos dos infinitos (¡qué plural terrible!) ¿no se superponen? ¿No subyace el segundo infinito en el primero, por así decirlo? ¿No es su espejo, su reflejo, su eco, abismo concéntrico de otro abismo? ¿Es también inteligente ese segundo infinito? ¿Piensa? ¿Ama? ¿Quiere? Si los dos infinitos son inteligentes, ambos poseen un principio volente, y hay un yo en el infinito de arriba de la misma forma que hay un yo en el infinito de abajo. El yo de abajo es el alma; el yo de arriba es Dios.

A poner en contacto mediante el pensamiento el infinito de abajo y el infinito de arriba lo llamamos rezar.

No le quitemos nada a la mente humana; suprimir es malo. Hay que reformar y transformar. El hombre tiene algunas facultades que se orientan hacia lo Desconocido; el pensamiento, la ensoñación, la oración. Lo Desconocido es un océano. ¿Qué es la conciencia? Es la

brújula de lo Desconocido. Pensamiento, ensoñación, oración: he aquí unas irradiaciones misteriosas. Respetémoslas. ¿Dónde van esas irradiaciones majestuosas del alma? A la oscuridad; es decir, a la luz.

La grandeza de la democracia reside en que ni niega nada ni reniega de nada que tenga que ver con la humanidad. Junto al derecho del Hombre, o, al menos, a su lado, está el derecho del Alma.

Aplastar los fanatismos y venerar lo infinito, tal es la ley. No nos limitemos a prosternarnos a los pies del árbol Creación y a contemplar sus ramas inmensas cargadas de astros. Tenemos un deber: trabajar en pro del alma humana; defender el misterio contra el milagro; adorar lo incomprensible y rechazar lo absurdo; no admitir sino lo indispensable en el ámbito de lo inexplicable; sanear la creencia; quitarle de encima las supersticiones a la religión; quitarle las orugas a Dios.

VI

Bondad absoluta de la oración

En cuanto a la forma de rezar, todas son buenas con tal de que sean sinceras. Poned el libro del revés e id a lo infinito.

Existe, sabido es, una filosofía que niega lo infinito. También existe una filosofía, clasificada como patología, que niega el sol; esa filosofía se llama ceguera.

Convertir un sentido que nos falta en fuente de verdad es un descaro de ciego.

Lo curioso es el aire altanero, superior y compasivo que esa filosofía a tientas adopta frente a la filosofía que ve a Dios. Es como si oyésemos exclamar a un topo: ¡Qué pena me dan esos que hablan del sol!

Existen, sabido es, ateos ilustres y fortísimos. En el fondo, como su propia fuerza los devuelve a la verdad, no están muy seguros de ser ateos, en lo que a ellos se refiere todo se queda en una cuestión de definiciones y, en cualquier caso, aunque no crean en Dios, son unas inteligencias tan grandes que son la demostración de Dios.

Honramos en ellos a los filósofos al tiempo que calificamos su filosofía inexorablemente.

Prosigamos.

Lo admirable también es la facilidad con que algunos se contentan con las palabras. Una escuela metafísica del norte, un tanto impregnada de niebla, creyó aportar una revolución al entendimiento humano sustituyendo la palabra Fuerza por la palabra Voluntad.

Decir «la planta quiere» en vez de «la planta crece» sería fecundo, en verdad, si añadiésemos «el universo quiere». ¿Por qué? Porque el resultado sería el siguiente: la planta quiere, por lo tanto

tiene un yo; el universo quiere, por lo tanto tiene un Dios.

En cuanto a nosotros, que, no obstante, al revés de lo que hace esa escuela, no descartamos nada a priori, una voluntad en la planta, que esa escuela acepta, nos parece más difícil de admitir que una voluntad en el universo, que esa escuela niega.

Negar la voluntad de infinito, es decir, a Dios, sólo es posible si negamos lo infinito. Lo hemos demostrado.

La negación de lo infinito conduce en derechura al nihilismo. Todo se convierte en «concepto de la mente».

Con el nihilismo no hay discusión posible. Porque el nihilista lógico duda de la existencia de su interlocutor y no tiene plena seguridad de la propia existencia.

Desde su punto de vista, es posible que él mismo no sea para sí mismo sino un «concepto de su mente».

Lo que sucede es que no cae en la cuenta de que todo cuanto niega lo admite en bloque en cuanto pronuncia la palabra «mente».

En resumidas cuentas, no existe ningún camino abierto al pensamiento para una filosofía que hace que todo conduzca al monosílabo: No.

Sólo una cosa puede responderse a No: Sí.

El nihilismo carece de alcance.

La nada no existe. Cero no existe. Todo es algo. Nada es nada.

El hombre vive de afirmaciones más aún que de pan.

Ver y mostrar, ni siquiera basta con eso. La filosofía tiene que ser una energía; su esfuerzo y su efecto tienen que ser volver mejor al hombre. Sócrates tiene que meterse en Adán y que el resultado sea Marco Aurelio; dicho de otro modo, tiene que sacar del hombre de la felicidad al hombre de la sabiduría. Cambiar el Edén en Liceo. La ciencia tiene que ser un cordial. Gozar: ¡qué pobre meta y qué ambición canija! El bruto goza. Pensar: tal es el auténtico triunfo del alma. Brindar el pensamiento a la sed de los hombres; darles a todos, a modo de elixir, la noción de Dios; conseguir que confraternicen en ellos la conciencia y la ciencia; volverlos justos mediante esa confrontación misteriosa: para eso vale la auténtica filosofía. La ética es un florecimiento de verdades. La contemplación conduce a la acción. Lo absoluto tiene que ser práctico. La mente humana tiene que poder respirar, beber y comer lo ideal. Lo ideal es lo que tiene derecho a decir: *Tomad y comed, ésta es mi carne, ésta es*

mi sangre. La sabiduría es una comunión sagrada. Con esa condición es como deja de ser un amor estéril por la ciencia para convertirse en la forma primera y soberana de unirse los hombres y como llegar de la categoría de filosofía a la categoría de religión.

La filosofía no debe ser un voladizo construido para descollar por encima del misterio y mirarlo a gusto, sin más resultado que redundar en comodidad de la curiosidad.

Nosotros, que dejaremos para mejor ocasión el desarrollo de lo que opinamos, nos limitamos a decir que no concebimos ni al hombre como punto de partida, ni el progreso como meta, sin esas dos fuerzas, que son los dos motores: creer y amar.

El progreso es la meta, el ideal es el tipo.

¿Qué es el ideal? Es Dios.

Ideal, absoluto, perfección, infinito: palabras idénticas.

VII

Precauciones que se deben tomar en la reprobación

La historia y la filosofía tienen obligaciones sempiternas que son, al mismo tiempo, obligaciones sencillas: combatir a Caifás, por ser obispo; a Dracón, por ser juez; a Trimalción, por ser legislador; a Tiberio, por ser emperador; ésas son cosas claras, directas y límpidas y no hay en ellas oscuridad alguna. Pero el derecho de vivir aparte, incluso con sus inconvenientes y sus abusos, requiere que dejemos constancia de él y tengamos miramientos. La vida cenobial es un problema humano.

Cuando hablamos de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia; de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de abnegación; de suplicio, pero de martirio, hay que decir casi siempre sí y no.

Un convento es una contradicción. La finalidad es la salvación; el medio es el sacrificio. El convento es el egoísmo supremo cuya resultante es la abnegación suprema.

Abdicar para reinar parece ser la divisa del monacato.

En el claustro, se sufre para gozar. Se emite una letra de cambio a cuenta de la muerte. Se descuenta en oscuridad terrenal la luz celestial. En el claustro se acepta el infierno como anticipo de herencia del paraíso.

Tomar los hábitos, el velo o la cogulla es un suicido que se cobra en moneda de eternidad.

No creemos que en un asunto como éste sea de recibo la mofa. Todo en él es serio, lo bueno y lo malo.

El hombre justo frunce el entrecejo, pero nunca sonríe con sonrisa maliciosa. Podemos entender la ira, pero no la malicia.

VIII

Fe, ley

Unas cuantas palabras más.

Censuramos a la Iglesia cuando se halla saturada de intrigas; despreciamos lo espiritual ávido de ganancias temporales; pero honramos, esté donde esté, al hombre ensimismado.

Nos inclinamos ante quien se arrodilla.

Una fe: eso es lo que el hombre necesita. ¡Desdichado quien no cree en nada!

La persona absorta no está ociosa. Existen la labor visible y la labor invisible.

Contemplar es labrar; pensar es actuar. Los brazos cruzados trabajan; las manos juntas hacen. La mirada alzada al cielo es una obra.

Tales estuvo cuatro años quieto. Fundó la filosofía.

Para nosotros, los cenobitas no son unos ociosos, y los solitarios no son unos vagos.

Pensar en la Oscuridad es una cosa muy seria.

Sin renunciar a nada de cuanto acabamos de decir, creemos que a los vivos les conviene un recuerdo constante de la tumba. En este punto coinciden el sacerdote y el filósofo. *Hemos de morir*. El prior de la Trapa dialoga con Horacio.

Poner en la vida cierta presencia del sepulcro es ley para el sabio; y es ley para el asceta. En este punto convergen el asceta y el sabio.

Está el crecimiento material; lo queremos. Está también la grandeza moral; no renunciamos a ella.

Las mentes irreflexivas y raudas dicen:

—¿Para qué esas figuras inmóviles por la zona del misterio? ¿De

qué sirven? ¿Qué hacen?

En presencia, ¡ay!, de la oscuridad que nos rodea y nos espera, no sabiendo que hará con nosotros la dispersión inmensa, contestamos: No existe quizá obra más sublime que la que llevan a cabo esas almas. Y añadimos: No existe quizá tarea más útil.

No queda más remedio: tienen que existir quienes rezan siempre por quienes no rezan nunca.

Para nosotros, todo reside en cuánto pensamiento se mezcla con la oración.

Leibniz rezando: eso es algo grande; Voltaire adorando: eso es algo hermoso. *Deo erexit Voltaire*.

Estamos a favor de la religión y en contra de las religiones.

Somos de quienes creen en la miseria de los rezos y en lo sublime de la oración.

Por lo demás, en estos momentos por los que estamos pasando, momentos que, por ventura, no configurarán el siglo XIX, en esta hora en que tantos hombres tienen la cabeza gacha y el alma poco elevada, entre tantos vivos cuya única moral es el goce y sólo prestan atención a las cosas chatas y deformes de la materia, cualquiera que elija el destierro nos parece digno de veneración. El monasterio es una renuncia. El sacrificio, aunque cojee, sigue siendo sacrificio. Tomar un grave error por un deber tiene su grandeza.

Tomado en sí mismo y en una dimensión ideal, y por darle a la verdad todas las vueltas posibles hasta agotar imparcialmente todas las perspectivas, el convento de mujeres sobre todo, porque en nuestra sociedad quien más sufre es la mujer, y en ese exilio del claustro hay protesta, el convento de mujeres tiene cierta majestad.

Esa existencia claustral, tan austera y tan taciturna, algunas de cuyas líneas acabamos de indicar, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud; es el extraño lugar desde el que se divisa, como desde la cima de una montaña elevada, a un lado el abismo en que nos hallamos y, al otro, el abismo en que nos hallaremos; es una frontera estrecha y brumosa que separa dos mundos y que ambos iluminan y oscurecen al tiempo, donde el rayo de luz debilitado de la vida se mezcla con el rayo de luz desvaído de la muerte; es la penumbra del sepulcro.

En cuanto a nosotros, que no creemos en lo que creen esas

mujeres, pero que, como ellas, vivimos mediante la fe, nunca hemos podido mirar sin algo así como un espanto religioso y tierno, sin algo así como una compasión colmada de envidia, a esas criaturas abnegadas, trémulas y confiadas, a esas almas humildes y augustas que se atreven a vivir a la orilla misma del misterio, esperando, entre el mundo cerrado y el cielo que no está abierto, vueltas hacia la claridad que no se ve, sin más dicha que el pensamiento de que saben dónde está, aspirando al abismo y a lo desconocido, con la vista clavada en la oscuridad quieta, arrodilladas, despavoridas, estupefactas, estremecidas, y a quienes arrebatan a ratos las ráfagas hondas de la eternidad.

Libro octavo

Los cementerios toman lo que les dan

I

Donde se trata de la forma de entrar en el convento

En ese convento es donde Jean Valjean, en palabras de Fauchelevent, había «caído del cielo».

Había saltado la tapia del jardín que hacía esquina a la calle de Polonceau. Aquel himno angélico que había oído en plena noche eran las monjas cantando maitines; aquella sala que había visto a medias en la oscuridad era la capilla; aquel fantasma que había visto tirado en el suelo era la hermana que estaba haciendo el desagravio; aquel cascabel cuyo ruido le había causado tanta extrañeza era el cascabel del jardinero atado a la rodilla de Fauchelevent.

Tras acostar a Cosette, Jean Valjean y Fauchelevent, como ya hemos visto, cenaron un vaso de vino y un trozo de queso delante de un buen fuego; pero la única cama de la cabaña la ocupaba Cosette, así que se echaron ambos en sendos haces de paja. Antes de cerrar los ojos, Jean Valjean había dicho: «Ahora tengo que quedarme aquí». Aquella frase le estuvo dando vueltas toda la noche por la cabeza a Fauchelevent.

A decir verdad, no durmieron ninguno de los dos.

Jean Valjean, al darse cuenta de que lo habían encontrado y de que Javert andaba tras su pista, sabía que tanto él como Cosette estaban perdidos si volvían a París. Ya que la nueva ráfaga de viento que acababa de empujarlo lo había hecho naufragar en aquel claustro, Jean Valjean en lo único que pensaba ya era en no moverse de él. Ahora bien, para un desventurado en sus circunstancias, aquel convento era al tiempo el lugar más peligroso y el más seguro; el más peligroso porque, ya que ningún hombre podía entrar en él, si lo encontraban lo cogían en flagrante delito, y

para Jean Valjean sólo habría un paso del convento a la cárcel; y el más seguro porque, si conseguía que lo admitieran y quedarse a vivir allí, ¿quién iba a ir a buscarlo a aquel lugar? La salvación consistía en vivir en un sitio imposible.

Por su parte, Fauchelevent se estaba devanando los sesos. Empezaba por decirse que no entendía nada. Con unas tapias como aquéllas, ¿cómo estaba allí el señor Madeleine? No se pueden sortear de una zancada las tapias de un claustro. ¿Y cómo es que estaba allí con una niña? No se puede escalar una pared cortada a pico con una niña en brazos. ¿Quién era esa niña? ¿De dónde venían los dos? Desde que Fauchelevent había llegado al convento, no había vuelto a oír hablar de Montreuil-sur-Mer y no sabía nada de cuanto había sucedido. El señor Madeleine tenía una expresión de esas que no animan a hacer preguntas; y, además, Fauchelevent se decía: «A un santo no se le hacen preguntas». El señor Madeleine seguía conservando íntegro su prestigio para él. Pero, por algunas palabras que se le habían escapado a Jean Valjean, al jardinero le pareció que podía llegar a la conclusión de que seguramente el señor Madeleine había quebrado, ya que corrían unos tiempos muy duros, y que lo perseguían sus acreedores; o que se había comprometido en algún asunto político y se andaba escondiendo, cosa que no disgustó a Fauchelevent, que, como muchos de nuestros campesinos del norte de Francia, conservaba simpatías bonapartistas. Al buscar un sitio donde esconderse, el señor Madeleine había elegido el asilo del convento, y era normal que quisiera quedarse. Pero lo inexplicable, el hecho al que Fauchelevent volvía una y otra vez y contra el que se daba de cabezazos, era que el señor Madeleine estuviera allí y que estuviera con aquella niña. Fauchelevent los veía, los tocaba, les hablaba y no se lo acababa de creer. Lo incompresible acababa de entrar en la cabaña de Fauchelevent. Fauchelevent conjeturaba a tientas y lo único que veía claro era lo siguiente: el señor Madeleine me salvó la vida. Sólo con aquella certidumbre ya le bastaba, y le hizo tomar una decisión. Se dijo para sus adentros: «Ahora me toca a mí». Y añadió, en conciencia: «El señor Madeleine no se lo pensó tanto cuando tuvo que meterse debajo del carro para sacarme». Decidió que salvaría al señor Madeleine.

Se hizo, no obstante, varias preguntas y se dio varias respuestas:

«Después de lo que hizo por mí, si fuera un ladrón, ¿lo salvaría? Pues sí. Si fuera un asesino, ¿lo salvaría? Pues sí. Y como es un santo, ¿lo salvaré? Pues sí».

Pero lo de conseguir que se quedase en el convento, ¡menudo problema! Ante aquel intento casi quimérico, Fauchelevent no se arredró; aquel humilde campesino picardo, sin más escala que su abnegación, su buena voluntad y algo de su vieja astucia campesina, puesta esta vez al servicio de una intención generosa, emprendió la escalada de las imposibilidades de la clausura y las abruptas escarpaduras de la regla de san Benito. Fauchelevent era un viejo que había sido egoísta toda la vida y a quien, al final de sus días, cojo, inválido, sin tener ya apego alguno al mundo, le pareció grato ser agradecido y, al ver que podía llevar a cabo un acto virtuoso, se aferró a él como un hombre que, en el instante de morir, encontrase a mano una copa de un vino bueno que nunca hubiera probado y lo bebiera con avidez. Podemos añadir que el aire que llevaba ya varios años respirando en aquel convento le había socavado la personalidad y había acabado por infundirle la necesidad de hacer una buena obra, fuera cual fuera.

Tomó, pues, una resolución: consagrarse en cuerpo y alma al señor Madeleine.

Acabamos de decir que era un *humilde campesino picardo*. Es una calificación acertada, pero incompleta. En el punto al que hemos llegado en esta historia, no nos vendrá mal hablar algo de la fisiología de Fauchelevent. Era campesino, pero había sido escribiente, lo que sumaba triquiñuelas a su astucia e intuición a su candidez. Tras haberle ido mal en los negocios por causas varias, de escribiente había ido bajando a carretero y peón. Pero, pese a las blasfemias y los latigazos que requieren los caballos, le había quedado, por lo visto, algo del escribiente. Tenía incluso cierta inteligencia natural; no hablaba mal; podía mantener una conversación, cosa infrecuente en el pueblo; y los demás campesinos decían de él: habla casi como un señor de sombrero. Fauchelevent pertenecía, efectivamente, a esa categoría a la que el vocabulario impertinente y superficial del siglo pasado tildaba de *a caballo entre la clase media y los paletos* y que las metáforas que el castillo aplicaba a la choza clasificaban en el casillero de los plebeyos: *medio de campo, medio de ciudad; entre dos aguas*.

Fauchelevent, aunque la suerte lo había tratado mal y lo tenía muy gastado, una pobre alma vieja a la que se le veía la trama, era, no obstante, hombre de reacciones espontáneas y se atenía a lo que le salía de dentro: virtud valiosa que impide la maldad. Los defectos y los vicios, y los había tenido, fueron superficiales; en pocas palabras, tenía una de esas fisonomías que le caen bien al observador. En aquel rostro anciano no había ninguna de esas enfadosas arrugas en la parte de arriba de la frente que indican maldad o necedad.

Con las claras del alba, tras mucho pensar, Fauchelevent abrió los ojos y vio al señor Madeleine, sentado en su haz de paja, mirando dormir a Cosette. Fauchelevent se incorporó, se sentó y dijo:

—Ahora que ya está aquí, ¿cómo se las va a apañar para entrar?

Aquella frase resumía la situación y sacó a Jean Valjean de su ensimismamiento.

Los dos hombres celebraron consejo.

—En primer lugar —dijo Fauchelevent—, tiene que empezar por no poner los pies fuera de este cuarto, ni la niña tampoco. Si da un paso por el jardín, estamos frescos.

—Tiene razón.

—Señor Madeleine —siguió diciendo Fauchelevent—, ha llegado en muy buen momento, o sea, malo, quiero decir; una de las madres está muy enferma. Así que no se fijarán mucho en lo que pasa por aquí. Por lo visto, se está muriendo. Le rezan las Cuarenta Horas. Toda la comunidad está en vilo. Así que están ocupadas. La que se está yendo es una santa. La verdad es que aquí todos somos unos santos. La única diferencia que hay entre ellas y yo es que ellas dicen: nuestra celda y yo digo: mi chiscón. Habrá oraciones por los agonizantes y, luego, oraciones de difuntos. Por hoy estaremos tranquilos aquí; pero no respondo de mañana.

—Pero, sin embargo —comentó Jean Valjean—, esta cabaña está en el entrante de la tapia, la tapan algo así como unas ruinas, hay árboles, no se la ve desde el convento.

—Y añadiré que las monjas no se acercan nunca por aquí.

—¿Y entonces? —dijo Jean Valjean.

El punto de interrogación que daba entonación a ese: ¿Y entonces? quería decir: Me parece que uno puede esconderse aquí.

A ese punto de interrogación fue al que respondió Fauchelevent al decir:

—Están las niñas.

—¿Qué niñas? —preguntó Jean Valjean.

Según estaba abriendo la boca Fauchelevent para explicar lo que acababa de decir, sonó de repente una campana.

—Ya se ha muerto la monja —dijo—. Están tocando a muerto.

Le hizo una seña a Jean Valjean para que atendiera.

La campana volvió a sonar.

—Está doblando la campana, señor Madeleine. Dará un toque cada minuto durante veinticuatro horas, hasta que salga el cuerpo de la iglesia. Es que las niñas juegan, ¿sabe? En los recreos, basta con que una pelota salga rodando para que se presenten aquí, aunque lo tienen prohibido, para buscar y revolver por todas partes. Son unos demonios esos querubines.

—¿Quiénes? —preguntó Jean Valjean.

—Las niñas. Seguro que lo descubrían enseguida. Gritarían: «¡Anda! ¡Un hombre!». Pero hoy no hay peligro. No habrá recreo. Todo el día se irá en rezos. Ya está oyendo la campana. Como le decía, un toque por minuto. Tocan a muerto.

—Ya me hago cargo, Fauchelevent. Hay internas.

Y Jean Valjean pensó para sus adentros:

—Sería la solución para la educación de Cosette.

Fauchelevent exclamó:

—¡Ya lo creo que hay internas! ¡Menudo guirigay formarían si lo vieran! ¡Y saldrían corriendo! En esta casa ser hombre es como ser un apestado. Ya ve que me atan un cascabel a la pata como si fuera un animal feroz.

Jean Valjean pensaba más y más.

—Este convento sería nuestra salvación —mascullaba. Luego, dijo en voz alta:

»Sí; lo difícil es quedarse aquí.

—No —dijo Fauchelevent—, lo difícil es salir.

Jean Valjean notó que se quedaba sin sangre en las venas.

—¡Salir!

—Sí, señor Madeleine, para entrar, primero tiene que salir.

Y, tras callar hasta que volvió a doblar la campana, Fauchelevent siguió diciendo:

—No puede aparecer usted aquí dentro así como así. ¿De dónde ha salido? Para mí, ha caído del cielo, porque lo conozco; pero las monjas quieren que la gente entre por la puerta.

De repente se oyó el toque, un tanto enrevesado, de otra campana.

—¡Ah! —dijo Fauchelevent—, llaman a capítulo a las madres vocales. Siempre se celebra capítulo cuando se muere alguien. La monja se ha muerto al despuntar el día. La gente suele morirse al despuntar el día. Pero ¿no podría usted salir por donde entró? Veamos, no es que quiera atosigarlo a preguntas, pero ¿por dónde entró?

Jean Valjean se puso pálido. Temblaba sólo con pensar en volver a aquella calle tremenda. Quien haya salido de una selva llena de tigres que suponga, cuando esté ya fuera, que un amigo le aconseja que vuelva. Jean Valjean se imaginaba a la policía en pleno pululando aún por el barrio, a agentes en puestos de observación, a centinelas por todas partes, puños espantosos que se alargaban para cogerlo por el cuello de la levita. A lo mejor Javert estaba en una esquina del cruce.

—¡Imposible! —dijo—. Pongamos que caí de las alturas, Fauchelevent.

—Ya, si eso es lo que creo yo —contestó Fauchelevent—. No tiene ni que decírmelo. Se lo habrá puesto Dios en la palma de la mano para mirarlo de cerca y luego lo habrá soltado. Sólo que quería dejarlo en un convento de hombres y se equivocó. Vaya, otro toque. Ése es para avisar al portero de que vaya a dar aviso a la tenencia de alcaldía para que llamen al médico de los muertos y que venga a comprobar que hay una muerta. Así es la ceremonia de morirse. A estas buenas monjas no les gusta mucho la visita esa. Los médicos no se fían. Levantan los velos. A veces, incluso, levantan otras cosas. ¡Qué pronto avisan al médico esta vez! ¿Qué pasará? Su pequeña sigue durmiendo. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—¿Es hija de usted? O sea, ¿es usted su abuelo?

—Sí.

—A ella será fácil sacarla. Cuento con la puerta de servicio que da al patio. Llamo. El portero me abre. Llevo el cuévano a la espalda y la niña va dentro. Salgo. Fauchelevent sale con el

cuévano, la cosa más natural. Le dirá usted a la niña que se esté quietecita. Irá tapada con la lona. La dejaré el tiempo que sea menester en la tienda de una frutera que es una buena amiga mía desde hace mucho, en la calle de Le Chemin-Vert; está sorda y en la frutería hay una camita. Le diré a gritos al oído a la frutera que es una sobrina mía y que me la cuide hasta mañana. Luego la niña volverá con usted. Porque haré que vuelva usted. No hay más remedio. Pero, usted, ¿cómo va a salir?

Jean Valjean movió la cabeza.

—Lo que hace falta es que nadie me vea, Fauchelevent. Dé con una forma de sacarme como a Cosette, dentro de un cuévano y debajo de una lona.

Fauchelevent se rascaba el lóbulo de la oreja con el dedo corazón de la mano izquierda, síntoma de grave apuro.

Vino a distraerlos un tercer toque.

—Ya se va el médico de los muertos —dijo Fauchelevent—. Ha mirado y ha dicho: está muerta, adelante. Cuando el médico le pone el visado al pasaporte para el paraíso, las pompas fúnebres mandan un ataúd. Si es una madre, las madres la meten dentro; si es una hermana, las hermanas la meten dentro. Luego llego yo a poner los clavos. Forma parte de mis tareas de jardinero. Un jardinero tiene algo de sepulturero. La ponen en una sala baja de la iglesia que da a la calle y donde no puede entrar más hombre que el médico de los muertos. Ni los enterradores ni yo contamos como hombres. En esa sala clavo el ataúd. Vienen a buscarla los enterradores y ¡arre, caballito! Así son los viajes al cielo. Traen una caja en que no hay nada y se la llevan con algo dentro. En eso consiste el entierro. *De profundis*.

Un rayo de sol le rozaba la cara a Cosette dormida, que tenía la boca algo abierta y parecía un ángel que bebiera luz. Jean Valjean la miraba. Había dejado de atender a lo que decía Fauchelevent.

Que no lo escuchen a uno no es razón para callarse. El buen jardinero seguía tranquilamente a lo suyo:

—Se cava la fosa en el cementerio de Vaugirard. Dicen que van a quitar el cementerio ese. Es un cementerio antiguo que no cumple con los reglamentos, que va a su aire y al que van a dar el retiro. Es una pena, porque resulta cómodo. Tengo un amigo allí, mi compadre Mestienne, el sepulturero. Las monjas de aquí tienen un

privilegio, y es que las llevan al cementerio al caer la noche. Hay una disposición de la prefectura sólo para ellas. Pero ¡cuántas cosas han pasado desde ayer! La madre Crucifixion está muerta y el señor Madeleine…

—Está enterrado —dijo Jean Valjean con una sonrisa triste.

Fauchelevent cogió la palabra al vuelo.

—Caramba, yo lo creo. Si estuviera usted ya fijo aquí sería un entierro de verdad.

Sonó un cuarto toque. Fauchelevent se apresuró a descolgar del clavo la rodillera con el cascabel y se la volvió a poner en la rodilla.

—Ése es para mí. Me llama la madre superiora. Vaya, ya me he pinchado con el hebijón. Señor Madeleine, no se mueva y espéreme. Hay novedades. Si tiene hambre, ahí están el vino, el pan y el queso.

Y salió de la cabaña diciendo: «¡Ya voy! ¡Ya voy!».

Jean Valjean lo vio cruzar por el jardín apretando el paso con toda la velocidad que le permitía la pierna deforme y mirando el melonar de reojo según pasaba.

No habían transcurrido diez minutos cuando Fauchelevent, cuyo cascabel iba causando desbandadas de monjas, ya estaba llamando con un golpecito en una puerta y una voz suave le contestaba: *Por siempre*, es decir: *Adelante.*

Esa puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio. El locutorio aquel estaba pared por medio con la sala del capítulo. La superiora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba a Fauchelevent.

II

Fauchelevent se enfrenta con ciertas dificultades

Estar nervioso y serio en las ocasiones críticas es algo característico de ciertos caracteres y profesiones, sobre todo en los sacerdotes y demás religiosos. Cuando entró Fauchelevent, esa doble apariencia de la preocupación se había adueñado de la fisonomía de la superiora, que era la ya citada señorita de Blemeur, tan encantadora y sabia, la madre Innocente, tan alegre habitualmente.

El jardinero la saludó medrosamente y se quedó en el umbral de la celda. La superiora, que estaba pasando las cuentas del rosario, alzó la vista y dijo:

—¡Ah, es usted, Fauvent!

Ésa era la abreviación que usaban en el convento.

Fauchelevent repitió el saludo.

—Lo he mandado llamar, Fauvent.

—Aquí me tiene, reverenda madre.

—Tengo que hablar con usted.

—Yo también tengo algo que decirle a la reverenda madre —respondió Fauchelevent con un atrevimiento que, en su fuero interno, lo tenía asustado.

La superiora lo miró:

—¡Ah! ¿Tiene algo que comunicarme?

—Algo que suplicarle.

—Pues dígalo.

El buen Fauchelevent, antiguo escribiente, pertenecía a la categoría de los campesinos con desparpajo. Hay cierta ignorancia mañosa que tiene fuerza: nadie desconfía y todo el mundo cae en el lazo. Fauchelevent llevaba algo más de dos años en la comunidad y

le había ido bien. Siempre solo, al tiempo que se dedicaba a sus tareas de jardinero no tenía nada más en que ocuparse que en ser curioso. Por hallarse a prudencial distancia de todas aquellas mujeres veladas que iban y venían, sólo tenía ante los ojos unas sombras en movimiento. A fuerza de atención y de intuición, había conseguido ponerles carne a todos aquellos fantasmas, y esas muertas para él estaban vivas. Era como un sordo cuya vista se desarrolla y como un ciego a quien se le aguza el oído. Había puesto mucho empeño en desentrañar lo que querían decir los diversos toques, y lo había conseguido, de forma tal que en aquella clausura enigmática y taciturna no había nada que él no supiera; aquella esfinge le contaba al oído todos sus secretos. Fauchelevent lo sabía todo y lo ocultaba todo. En eso residía su arte. Todo el convento lo tenía por un simple, lo cual es un gran mérito desde el punto de vista de la religión. Las madres vocales tenían en cuenta a Fauchelevent. Era un mudo peculiar. Inspiraba confianza. Además era de costumbres regulares y sólo salía para atender las necesidades probadas de los frutales y del huerto. Semejante discreción en el comportamiento hablaba mucho a su favor. Aunque ésta no le había impedido tirarles de la lengua a dos hombres: en el convento, al portero, y así sabía los entresijos del locutorio; y, en el cementerio, al sepulturero, y así sabía las singularidades de la sepultura; de forma tal que, en lo tocante a las monjas, contaba con dos iluminaciones, una referida a la vida, y otra referida a la muerte. Pero no abusaba de ninguna de ellas. La congregación le tenía aprecio. Viejo, cojo, cegato y, con seguridad, algo sordo, ¡cuántas prendas! Habría sido difícil dar con otro mejor.

El buen hombre, con el aplomo de quien sabe que lo aprecian, se engolfó con la reverenda madre superiora en una proclama campesina bastante inconcreta y de mucha enjundia. Habló largo y tendido de la edad que tenía, de los achaques que padecía, de la carga incrementada de los años, que, a su edad, valían por dos, de las exigencias del trabajo, que iban a más, del tamaño del jardín, de las noches en blanco, como, por ejemplo, la anterior, en que había tenido que ponerles esteras a los melones por culpa de la luna; y acabó por llegar a lo siguiente: tenía un hermano (gesto de la superiora), un hermano que ya no era joven (otro gesto de la superiora, pero esta vez de persona que se tranquiliza), que, si no

había inconveniente, ese hermano suyo podría irse a vivir con él y echarle una mano, que era muy buen jardinero, que a la comunidad le haría muy buenos servicios, mejores que los suyos; y que, de otro modo, si no admitían a su hermano, como él, el mayor, notaba que estaba muy cascado y no podía con el trabajo, pues, lamentándolo mucho, no le quedaría más remedio que irse; y que su hermano tenía una niña que traería consigo, que se criaría en el convento en el amor de Dios y que, a lo mejor, vaya usted a saber, llegaba algún día a hacerse monja.

Cuando acabó de hablar, la monja dejó de pasar las cuentas del rosario y le dijo:

—¿Podría, de aquí a la noche, hacerse con una barra fuerte de hierro?

—¿Para qué?

—Para usarla de palanca.

—Sí, reverenda madre —contestó Fauchelevent.

La superiora, sin decir nada más, se levantó y entró en la sala contigua, que era la sala del capítulo, y donde, probablemente, estaban reunidas las madres vocales. Fauchelevent se quedó solo.

III

La madre Innocente

Transcurrió más o menos un cuarto de hora. Regresó la superiora y volvió a sentarse en la silla.

Ambos interlocutores parecían preocupados. Levantamos acta de la mejor forma de que somos capaces del diálogo que vino a continuación.

—¿Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—¿Conoce la capilla?

—Tengo en ella un jaulón para oír misa y los oficios.

—¿Y su trabajo lo ha obligado a entrar en el coro alguna vez?

—Dos o tres veces…

—Hay que levantar una piedra.

—¿Pesada?

—La losa que hay en el suelo, junto al altar.

—¿La piedra que cierra la cripta?

—Sí.

—Ésa es una de las ocasiones en que sería bueno contar con dos hombres.

—La madre Ascension, que tiene la fuerza de un hombre, lo ayudará.

—Una mujer nunca será un hombre.

—Sólo tenemos una mujer para ayudarlo. Cada cual hace lo que puede. Si dom Mabillon recopila cuatrocientas diecisiete epístolas de san Bernardo y Merlo Horstius sólo recopila trescientas setenta y siete, no por eso desprecio a Merlo Horstius.

—Ni yo tampoco.

—El mérito reside en trabajar según las propias fuerzas. Un

convento de clausura no es un taller.

—Y una mujer no es un hombre. Mi hermano ¡ése sí que tiene fuerza!

—Y, además, tendrá usted una palanca.

—Ésa es la única clase de llave que sirve para esa clase de puertas.

—Hay una argolla de hierro.

—Pasaré por ahí la palanca.

—Y la piedra es pivotante.

—Bien está, reverenda madre. Abriré la cripta.

—Y las cuatro madres del coro lo ayudarán.

—¿Y cuando esté abierta la cripta?

—Habrá que volver a cerrarla.

—¿Algo más?

—Sí.

—Mándeme lo que me tenga que mandar su reverencia, reverenda madre.

—Fauvent, tenemos confianza en usted.

—Estoy aquí para hacer de todo.

—Y para callárselo todo.

—Sí, reverenda madre.

—Cuando esté abierta la cripta…

—La volveré a cerrar.

—Sí, pero antes…

—¿Qué, reverenda madre?

—Habrá que bajar algo.

Hubo un silencio. La superiora, tras hacer un gesto con el labio inferior que indicaba un titubeo, lo quebró:

—Fauvent.

—Reverenda madre.

—¿Sabe que esta mañana se ha muerto una madre?

—No.

—¿Es que no ha oído la campana?

—No se oye nada desde el fondo del jardín.

—¿De veras?

—Apenas si oigo mi toque cuando me llaman a mí.

—Murió al despuntar el día.

—Y además esta mañana el viento no soplaba de mi lado.

—Se trata de la madre Crucifixion. Una bienaventurada.

La superiora calló, movió por unos momentos los labios como si rezase mentalmente y siguió diciendo:

—Hace tres años, sólo por haber visto rezar a la madre Crucifixion, una jansenista, la señora de Béthune, volvió a la ortodoxia.

—Ah, sí, ahora oigo doblar la campana, reverenda madre.

—Las madres la han llevado al cuarto de las muertas, que da a la iglesia.

—Lo sé.

—Ningún hombre que no sea usted puede y debe entrar en ese cuarto. No se descuide. ¡Estaría bonito que entrase un hombre en el cuarto de las muertas!

—¡Hasta ahí podríamos llegar!

—¿Cómo?

—¡Hasta ahí podríamos llegar!

—¿Qué dice?

—Digo que hasta ahí podríamos llegar.

—¿Quiénes podrían llegar hasta ahí?

—Reverenda madre, no digo que vaya a llegar alguien, digo que hasta ahí podríamos llegar.

—No lo entiendo. ¿Por qué dice que podrían llegar hasta ahí?

—Para abundar en lo que ha dicho su reverencia, reverenda madre.

—Yo no he dicho que pudiera llegar nadie a ninguna parte.

—No lo ha dicho, pero yo lo he dicho para abundar en lo que decía su reverencia.

En ese momento, dieron las nueve.

—¡A las nueve de la mañana y a todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! —dijo la superiora.

—Amén —dijo Fauchelevent.

La hora dio muy oportunamente. Cortó en seco lo de que hasta ahí podríamos llegar. Es probable que sin eso la superiora y Fauchelevent no hubieran conseguido nunca desenredar aquella madeja.

Fauchelevent se enjugó la frente.

La superiora volvió a susurrar algo para sus adentros, algo santo seguramente, y alzó de nuevo la voz.

—En vida, la madre Crucifixion hacía conversiones; después de muerta, hará milagros.

—¡Los hará! —contestó Fauchelevent, poniéndose al mismo paso que la superiora y esforzándose para no volver a salirse de él ni rechistar.

—Fauvent, la madre Crucifixion bendijo a la comunidad. No cabe duda de que no a todo el mundo le es dado morir como al cardenal De Bérulle, mientras decía la santa misa, ni exhalar el alma hacia Dios diciendo estas palabras: *Hanc igitur oblationem*. Pero, sin aspirar a tan magna dicha, la madre Crucifixion ha tenido una muerte valiosísima. Estuvo consciente hasta el último momento. Nos hablaba y, luego, hablaba a los ángeles. Nos dejó sus últimos mandatos. Si tuviera usted algo más de fe y si hubiese podido estar en su celda, le habría curado la pierna tocándosela. Sonreía. Notábamos que estaba resucitando en Dios. En esa muerte ha habido algo del paraíso.

Fauchelevent creyó que era el final de una oración.

—Amén —dijo.

—Fauvent, hay que hacer lo que quieren los muertos.

La superiora pasó unas cuantas cuentas del rosario. Fauchelevent no decía nada. La superiora prosiguió:

—He consultado al respecto a varios eclesiásticos que laboran en Nuestro Señor y se dedican al ejercicio de la vida clerical con un fruto admirable.

—Reverenda madre, se oye mucho mejor doblar la campana desde aquí que desde el jardín.

—Además, ya no es una muerta, es una santa.

—Como su reverencia, reverenda madre.

—Llevaba veinte años durmiendo en su ataúd por permiso expreso de nuestro santo padre Pío VII.

—El que coronó al emper… a Buonaparte.

En un hombre tan hábil como Fauchelevent, había sido un recuerdo desafortunado. Afortunadamente, la superiora estaba sumida en sus pensamientos y no lo oyó. Siguió diciendo:

—Fauvent.

—Reverenda madre.

—San Diodoro, obispo de Capadocia, dispuso que se escribiera sobre su tumba sólo esta palabra: *Accarus,* que quiere decir lombriz.

Y lo hicieron, ¿verdad?

—Sí, reverenda madre.

—El beato Mezzocane, abad de Aquila, quiso que lo enterrasen debajo del patíbulo; y se hizo.

—Muy cierto.

—San Terencio, obispo de Porto, en la desembocadura del Tíber al mar, pidió que grabasen en su lápida la misma señal que ponían en la fosa de los parricidas, con la esperanza de que los viandantes escupieran en su tumba. Y se hizo. Hay que obedecer a los muertos.

—Así sea.

—El cuerpo de Bernard Guidonis, nacido en Francia, junto a Roche-Abeille, lo llevaron, como había dispuesto él y en contra de la voluntad del rey de Castilla, a la iglesia de los dominicos de Limoges, aunque Bernard Guidonis era obispo de Tuy, en España. ¿Hay quien diga lo contrario?

—Desde luego que no, reverenda madre.

—Lo atestigua Plantavit de la Fosse.

Pasó, en silencio, unas pocas cuentas más del rosario. Luego, siguió diciendo:

—Fauvent, a la madre Crucifixion la enterraremos en el ataúd en que durmió durante veinte años.

—Me parece muy justo.

—Es una continuación del sueño.

—¿Así que tendré que clavarla en ese ataúd?

—Sí.

—¿Y no usaremos la caja de las pompas fúnebres?

—Eso mismo.

—Estoy a las órdenes de su reverencia, reverenda madre.

—Las cuatro madres del coro lo ayudarán.

—¿A clavar el ataúd? No me hace falta.

—No. A bajarlo.

—¿Adónde?

—A la cripta.

—¿Qué cripta?

—La de debajo del altar.

Fauchelevent dio un respingo.

—¡La cripta de debajo del altar!

—La de debajo del altar.

—Pero…
—Tendrá usted una barra de hierro.
—Sí, pero…
—Levantará la piedra con la barra metiéndola por la argolla.
—Pero…
—Hay que obedecer a los muertos. Que la entierren en la cripta, debajo del altar de la capilla; que no la lleven a un suelo profano; seguir en la muerte en el mismo sitio en que rezó en vida: ése ha sido el deseo supremo de la madre Crucifixion. Nos lo pidió, lo que es como decir que nos lo ordenó.
—Pero si está prohibido.
—Los hombres lo prohíben y Dios lo manda.
—¿Y si llega a saberse?
—Nos fiamos de usted.
—Huy, yo soy como una piedra de la tapia del convento.
—Está reunido el capítulo. Las madres vocales, a las que acabo de consultar otra vez y que están deliberando, han decidido que enterremos a la madre Crucifixion como deseaba, en su ataúd y debajo de nuestro altar. Fíjese, Fauvent, ¿y si empezasen a suceder milagros aquí? ¡Qué gloria en el seno de Nuestro Señor para la comunidad! Los milagros salen de las tumbas.
—Pero, reverenda madre, ¿y si el agente de la comisión de sanidad…?
—San Benedicto II, en cuestiones de enterramientos, le plantó cara a Constantino Pogonato.
—Sí, pero el comisario de policía…
—Ghnodomero, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias durante el reinado del emperador Constancio, les reconoció expresamente a los religiosos el derecho a que los inhumasen como a tales, es decir, debajo del altar…
—Pero el inspector de la prefectura…
—El mundo no es nada en presencia de la cruz… Martín, undécimo general de los cartujos, le dio este lema a su orden: *Stat crux dum volvitur orbis*.
—Amén —dijo Fauchelevent, que siempre recurría a esa forma de salir del paso en cuanto oía hablar en latín.
Cualquier auditorio le basta a quien ha estado callado demasiado tiempo. El día en que el retórico Gymnástoras salió de la

cárcel, llevando entre pecho y espalda muchos dilemas y silogismos reprimidos, se paró delante del primer árbol con que se topó, le echó una arenga y se esforzó mucho por convencerlo. La superiora, que solía estar sometida al embalse del silencio y tenía el depósito a rebosar, se puso de pie y exclamó con una locuacidad de compuerta abierta:

—Tengo a Benito a la derecha y a Bernardo a la izquierda. ¿Quién es Bernardo? El primer abad de Claraval. Fontaine, en Borgoña, es una tierra bendita porque lo vio nacer. Su padre se llamaba Técélin, y su madre, Alèthe. Empezó en Císter y acabó en Claraval; lo ordenó abad el obispo de Châlons-sur-Saône, Guillermo de Champeaux; tuvo setecientos novicios y fundó ciento sesenta monasterios; venció a Abelardo en el sínodo de Sens en 1140, y a Pedro de Bruys y a Enrique, su discípulo, y a unos descarriados a quienes llamaban los Apostólicos; confundió a Arnaldo de Brescia, fulminó al monje Raúl, el matador de judíos, fue preponderante en 1148 en el concilio de Reims, consiguió que condenasen a Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, consiguió que condenasen a Eón de la Estrella, zanjó los conflictos de los príncipes, le aportó sus luces al rey Luis el Joven, aconsejó al papa Eugenio III, dio una regla a la Orden del Temple, predicó la cruzada, hizo doscientos cincuenta milagros en su vida y hasta treinta y nueve en un día. ¿Quién es Benito? Es el patriarca de Montecasino, es el segundo fundador de la santidad claustral, es el Basilio de Occidente. De su orden proceden cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados y ahí sigue desde hace mil cuatrocientos años. ¡De un lado, san Bernardo, y del otro, el agente de sanidad! ¡De un lado san Benito, y del otro, el inspector de los servicios de limpieza! El Estado, los servicios de limpieza, las pompas fúnebres, los reglamentos, la administración, ¿qué se nos da a nosotras de todo eso? Habría viandantes que se indignarían si vieran cómo nos tratan. ¡No tenemos ni el derecho de darle nuestros restos a Jesucristo! Esa sanidad suya es un invento de la Revolución. Dios subordinado al comisario de policía; así es este siglo. ¡Cállese, Fauvent!

Fauchelevent no estaba demasiado a gusto que digamos con

aquel chaparrón. La superiora siguió diciendo:

—Del derecho del monasterio para dar sepultura no duda nadie. Hay que ser un fanático o estar en el error para negarlo. Vivimos en unos tiempos de confusión terrible. La gente ignora lo que habría que saber y sabe lo que habría que ignorar. Es de una ignorancia crasa, e impía. Hay en esta época personas que no distinguen entre el magno san Bernardo y el Bernardo a quien llaman de los Pobres Católicos, un buen sacerdote que vivió en el siglo XIII. Otros blasfeman y llegan incluso a comparar el cadalso de Luis XVI con la cruz de Jesucristo. Luis XVI sólo era un rey. ¡Ojo con Dios! Ya no quedan ni justos ni injustos. Es conocido el nombre de Voltaire y ya nadie sabe el nombre de César de Bus. Y, sin embargo, César de Bus es un beato y Voltaire es un desdichado. El último arzobispo, el cardenal de Périgord, ni siquiera sabía que tras Bérulle vino Charles de Gondren; y tras Gondren, François Bourgoin; y tras Bourgoin, Jean-François Senault; y tras Jean-François Senault, el padre Sainte-Marthe. Es conocido el nombre del padre Coton no porque sea uno de los tres que impulsaron la fundación del oratorio, sino porque lo usó para blasfemar el rey hugonote Enrique IV. A las personas de buena sociedad les gusta san Francisco de Sales porque hacía trampas en el juego. Y además la gente se mete con la religión. ¿Por qué? Porque hubo malos sacerdotes, porque Sagitario, obispo de Gap, era hermano de Salon, obispo de Embrun, y ambos siguieron a Mummol. ¿Y eso qué más dará? ¿Impide eso que san Martín de Tours fuera un santo y le diera a un pobre la mitad de la capa? Persiguen a los santos. Se cierran los ojos ante la verdad. Lo que se lleva son las tinieblas. Los animales más feroces son los animales ciegos. Nadie piensa en serio en el infierno. ¡Ah, qué mal pueblo! Por el rey ahora quiere decir por la Revolución. Ya no se sabe ni qué se les debe a los vivos ni qué se les debe a los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es asunto civil. Causa espanto. San León II escribió dos cartas taxativas, una a Pierre Notaire y la otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar, en las cuestiones que tuvieran que ver con los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gualterio, obispo de Châlons, pasaba por delante, en este asunto, de Otón, duque de Borgoña. La magistratura antigua lo confirmaba. Antaño teníamos voz incluso en las cosas del siglo. El abad de Císter, general de la

orden, era consejero nato del Parlamento de Borgoña. Hacemos con nuestros muertos lo que nos parece. ¿No está acaso en Francia el cuerpo del propio san Benito, en la abadía de Fleury, llamada de Saint-Benoît-sur-Loire, aunque murió en Italia, en Montecasino, un sábado 21 del mes de marzo del año 543? Todo esto es indiscutible. Aborrezco a los salmodiantes, odio a los priores, abomino de los herejes, pero todavía odiaría más a quien me dijera lo contrario. Basta con leer a Arnoul Wion, Gabriel Bucelinus, Trithème, Maurolico y dom Luc d'Achery.

La superiora tomó aliento y, luego, se volvió hacia Fauchelevent.

—¿Está entendido, Fauvent?

—Entendido, reverenda madre.

—¿Podemos contar con usted?

—Obedeceré.

—Muy bien.

—Pertenezco al convento en cuerpo y alma.

—Bien está. Cerrará el ataúd. Las hermanas lo llevarán a la capilla. Rezaremos el oficio de difuntos. Luego volveremos a la clausura. Entre las once y las doce de la noche, vendrá usted con la barra de hierro. Todo transcurrirá en el mayor secreto. Sólo estarán en la capilla las cuatro madres del coro, la madre Ascension y usted.

—¿Y la hermana que esté en el poste?

—No se dará la vuelta.

—Pero oirá.

—No atenderá. Por lo demás, lo que sabe la clausura el siglo lo ignora.

Hubo otra pausa. La priora siguió diciendo.

—Se quitará el cascabel. No hace falta que la hermana que esté en el poste se entere de que está usted presente.

—Reverenda madre.

—¿Qué, Fauvent?

—¿Ya ha venido el médico de los muertos?

—Vendrá hoy a las cuatro. Dimos el toque para que viniese el médico de los muertos. Pero ¿es que no oye ningún toque?

—Sólo me fijo en el mío.

—Eso está muy bien, Fauvent.

—Reverenda madre, voy a necesitar una palanca de seis pies por lo menos.

—¿De dónde la va a sacar?

—Donde no faltan verjas no faltan barras de hierro. Tengo un montón de chatarra al fondo del jardín.

—Unos tres cuartos de hora antes de la medianoche, que no se le olvide.

—Reverenda madre.

—¿Qué?

—Si, por casualidad, tuviera su reverencia más tareas como ésta, el que tiene mucha fuerza es mi hermano. ¡Un turco!

—Lo hará usted tan deprisa como pueda.

—No es que vaya muy deprisa. Soy un tullido; por eso necesitaría una ayuda. Estoy cojo.

—Cojear no es nada malo, y puede ser una bendición. El emperador Enrique II, que se opuso al antipapa Gregorio y devolvió el papado a Benedicto VIII, tiene dos motes: el Santo y el Cojo.

—Eso de las dos dotes está muy bien —masculló Fauchelevent, que, en realidad, estaba un tanto sordo.

—Ahora que lo pienso, Fauvent, vamos a tomarnos una hora entera. No estará de más. Esté junto al altar mayor con la barra de hierro a las once. El oficio empieza a las doce. Tiene que estar todo acabado un cuarto de hora largo antes.

—Haré cuanto pueda para que la comunidad vea cuánto me importa. Ya está dicho. Clavaré el ataúd. A las once en punto estaré en la capilla. Allí estarán las hermanas del coro y estará la madre Ascension. Más valdrían dos hombres. ¡En fin, vamos a dejarlo! Llevaré la palanca. Abriremos la cripta, bajaremos el ataúd y volveremos a cerrar la cripta. Y no quedará ni rastro. El gobierno no se lo maliciará. Reverenda madre, ¿así queda todo en orden?

—No.

—Pues, ¿qué queda?

—Queda la caja vacía.

Se quedaron callados un rato. Fauchelevent pensaba. La superiora pensaba.

—Fauvent, ¿qué haremos con la caja?

—La enterraremos.

—¿Vacía?

Otro silencio. Fauchelevent hizo con la mano izquierda ese ademán que prescinde de una pregunta embarazosa.

—Reverenda madre, la caja la clavo yo en la habitación de debajo de la iglesia y sólo puedo entrar yo, y le pondré por encima a la caja el paño mortuorio.

—Sí, pero los que carguen con ella, cuando la pongan en el coche fúnebre y la bajen a la fosa, notarán que no hay nada dentro.

—¡Ah, diab…! —exclamó Fauchelevent.

La superiora empezó a santiguarse y miró fijamente al jardinero. El «blos» se le quedó atragantado.

Se apresuró a inventarse algo para que quedase olvidada la palabrota.

—Reverenda madre, llenaré la caja de tierra. Y así parecerá que hay alguien dentro.

—Tiene razón. La tierra y el hombre son una misma cosa. ¿Así que se encarga usted de la caja vacía?

—Es cosa mía.

A la superiora se le serenó el rostro, hasta aquel momento nublado y sombrío. Hizo el ademán del superior que despide al inferior. Fauchelevent se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, la superiora alzó la voz y dijo con tono suave:

—Fauvent, estoy satisfecha de usted; mañana, después del entierro, tráigame a su hermano, y dígale que me traiga a su hija.

IV

En el que da por completo la impresión de que Jean Valjean había leído a Austin Castillejo[27]

Las zancadas de un cojo son como las ojeadas de un tuerto; tardan en llegar a la meta. Además, Fauchelevent estaba perplejo. Tardó casi un cuarto de hora en volver a la cabaña del jardín. Cosette ya estaba despierta. Jean Valjean la había sentado junto al fuego. Cuando entró Fauchelevent, le estaba señalando el cuévano del jardinero, colgado en la pared, y le decía:

—Escúchame bien, queridita. Vamos a tener que irnos de esta casa, pero volveremos y estaremos muy bien en ella. El buen hombre que vive aquí te meterá ahí dentro y te llevará a la espalda. Me esperarás en casa de una señora. Iré a buscarte. ¡Y, sobre todo, si no quieres que la Thénardier se quede contigo otra vez, obedece y no digas nada!

Cosette asintió con expresión muy seria.

Al oír el ruido que hizo Fauchelevent al empujar la puerta, Jean Valjean se volvió.

—¿Qué hay?

—Todo está solucionado y nada está solucionado —dijo Fauchelevent—. Tengo permiso para que entre usted; pero antes de que entre, hay que sacarlo. Ahí está el intríngulis. ¡Con la niña no hay dificultad!

—¿Se la llevará usted?

—¿Se estará callada?

—Respondo de ello.

—Pero ¿y usted, señor Madeleine?

Y, tras un silencio en el que había ansiedad, Fauchelevent exclamó:

—Pero ¿por qué no sale por donde entró?

Igual que la primera vez, Jean Valjean se limitó a contestar:

—Imposible.

Fauchelevent, hablando más consigo mismo que con Jean Valjean, refunfuñó:

—Hay otra cosa que me preocupa. He dicho que metería tierra. Pero estoy pensando que ahí la tierra, en vez de un cuerpo, no se va a parecer, no va a hacer apaño, cambiará de sitio, se moverá. Los hombres se darán cuenta. Hágase cargo, señor Madeleine, el gobierno se enterará.

Jean Valjean lo miró a los ojos y pensó que estaba delirando.

Fauchelevent siguió diciendo:

—¿Cómo di… antres va a salir de aquí? ¡Es que todo tiene que estar listo mañana! Es mañana cuando lo traigo a usted. La superiora lo está esperando.

Entonces le explicó a Jean Valjean que era un premio porque él, Fauchelevent, le iba a hacer un favor a la comunidad. Que entraba en sus atribuciones participar en los entierros, que clavaba las cajas y ayudaba al sepulturero en el cementerio. Que la monja que se había muerto por la mañana había pedido que le dieran sepultura en el ataúd que le hacía las veces de cama y la enterrasen en la cripta, debajo del altar de la capilla. Que lo prohibían los reglamentos de la policía, pero que era una de esas muertas a quienes no se les niega nada. Que la superiora y las madres vocales estaban dispuestas a cumplir con el deseo de la difunta. Que el gobierno que se fastidiase. Que él, Fauchelevent, iba a clavar el ataúd en la celda, que levantaría la piedra en la capilla y bajaría a la muerta a la cripta. Y que, para agradecérselo, la superiora admitía en el convento a su hermano, de jardinero, y a su sobrina, de educanda. Que su hermano era el señor Madeleine y que su sobrina era Cosette. Que la superiora le había dicho que llevase a su hermano al día siguiente por la tarde, después del entierro fingido en el cementerio. Pero no podía llevar desde la calle al señor Madeleine si el señor Madeleine no estaba en la calle. Que ése era el primer problema. Y que además había otro problema: el de la caja vacía.

—¿Qué es eso de la caja vacía? —preguntó Jean Valjean.

Fauchelevent contestó:

—La caja de la administración.

—¿Qué caja? ¿Y qué administración?

—Se muere una monja. Viene el médico del ayuntamiento y dice: hay una monja muerta. El gobierno manda una caja. Al día siguiente, manda un coche fúnebre y a unos enterradores para que cojan la caja y la lleven al cementerio. Llegarán los enterradores y cargarán con la caja; y no habrá nada dentro.

—Meta algo.

—¿Un muerto? No tengo ninguno.

—No.

—¿Y qué meto?

—Un vivo.

—¿A qué vivo?

—A mí —dijo Jean Valjean.

Fauchelevent, que se había sentado, se levantó como si le hubiera estallado un petardo debajo de la silla.

—¿A usted?

—¿Y por qué no?

Jean Valjean sonrió con una de esas infrecuentes sonrisas suyas que aparecían a veces como una luz en un cielo invernal.

—Acuérdese, Fauchelevent, de que dijo usted: la madre Crucifixion está muerta. Y que yo añadí: y el señor Madeleine está enterrado. Pues así será.

—Ah, bueno, se está usted riendo. No habla en serio.

—Muy en serio. ¿Hay que salir de aquí?

—Desde luego.

—Le dije que buscase para mí también un cuévano y una lona.

—Sí. ¿Y qué?

—El cuévano será de madera de pino y la lona será un paño negro.

—Un paño blanco, eso para empezar. A las monjas se las entierra de blanco.

—Adelante con el paño blanco.

—No es usted un hombre como los demás, señor Madeleine.

Enterarse de aquellas ideas, que no son sino los salvajes y temerarios inventos del presidio, salirse de las cosas apacibles que lo rodeaban y mezclarse con lo que él llamaba «la rutina al aire del convento» era para Fauchelevent un asombro comparable al de un

transeúnte que viera una gaviota pescando en el arroyo de la calle de Saint-Denis.

Jean Valjean siguió diciendo:

—De lo que se trata es de salir sin que lo vean a uno. Ésa es una forma de hacerlo. Pero, antes, deme información. ¿Cómo está la cosa? ¿Dónde está esa caja?

—¿La vacía?

—Sí.

—Abajo, en un sitio al que llaman la sala de las muertas. Está en unos caballetes y tiene encima el paño mortuorio.

—¿Cómo es de larga?

—Seis pies.

—¿Qué es la sala de las muertas?

—Es un cuarto, en la planta baja, que tiene una ventana con reja que da al jardín y que se cierra desde fuera con un postigo y dos puertas; una por la que se entra al convento y otra por la que se entra a la iglesia.

—¿Qué iglesia?

—La iglesia de la calle, la de todo el mundo.

—¿Tiene las llaves de esas dos puertas?

—No. Tengo la llave de la puerta que da al convento; el portero tiene la llave de la puerta que da a la iglesia.

—¿Y cuándo abre el portero esa puerta?

—Sólo para que puedan entrar los enterradores que vienen a buscar la caja. Cuando sacan la caja, la vuelve a cerrar.

—¿Quién clava la caja?

—Yo.

—¿Quién le pone el paño encima?

—Yo.

—¿Lo hace a solas?

—Ningún otro hombre, salvo el médico de la policía, puede entrar en la sala de las muertas. Si hasta lo pone en la pared.

—¿Puede esconderme esta noche, cuando todo el mundo esté durmiendo en el convento, en esa sala?

—No. Pero puedo esconderle en un chiscón sin ventanas que da a la sala de las muertas, donde guardo las herramientas para los entierros; está a mi cargo y tengo la llave.

—¿A qué hora vendrá mañana el coche fúnebre a buscar la caja?

—A eso de las tres de la tarde. El entierro es en el cementerio de Vaugirard, poco antes de que anochezca. No pilla cerca.

—Me quedaré escondido en el chiscón de las herramientas toda la noche y toda la mañana. ¿Algo para comer? Tendré hambre.

—Ya le llevaré algo.

—Podría venir a clavar la caja conmigo dentro a las dos.

Fauchelevent retrocedió y se tiró de los dedos para que le crujieran.

—Pero ¡eso es imposible!

—¡Bah! ¡Coger un martillo y clavar unos clavos en una tabla!

Lo que a Fauchelevent le parecía inaudito era, repitámoslo, de lo más sencillo para Jean Valjean. Jean Valjean había cruzado por estrechos mucho más peligrosos. Cualquier que haya estado en presidio domina el arte de encogerse para adaptarse al diámetro de las evasiones. El preso pasa por la huida como el enfermo por la crisis, que lo salva o lo mata. Una evasión es una curación. ¿A qué no estaríamos dispuestos para curarnos? A que nos metan dentro de un cajón, lo claven y se nos lleven como un paquete; a vivir mucho rato dentro de una caja; a encontrar aire donde no lo haya; a pasar horas enteras aguantando la respiración; a saber asfixiarse sin morirse; ése era uno de los lóbregos talentos de Jean Valjean.

Por lo demás, un ataúd con un ser vivo dentro, ese recurso de presidiario, es también un recurso de emperador. Por lo que cuenta el monje Austin Castillejo, tal fue el medio al que recurrió Carlos V cuando quiso, tras su abdicación, ver otra vez a la Plombes[28], para que ésta entrase en el monasterio de Yuste y volviera a salir de él.

Fauchelevent, que se había recobrado un tanto, exclamó:

—Pero ¿cómo va a respirar?

—Respiraré.

—¡En esa caja! A mí, sólo de pensarlo, me entran ahogos.

—Supongo que tiene un berbiquí. Puede hacer unos cuantos agujeritos repartidos por la zona de la boca, y no clave mucho la tabla de arriba.

—¡Bien! ¿Y suele usted toser o estornudar?

—Los que se evaden ni tosen ni estornudan.

Y Jean Valjean añadió:

—Fauchelevent, tenemos que tomar una decisión: o me cogen aquí o aceptamos que hay que salir en el coche fúnebre.

¿Quién no se ha fijado en cuánto les gusta a los gatos detenerse y pasar el rato entre las dos hojas de una puerta entornada? ¿Quién no le habrá dicho a un gato: «Entra de una vez»? Hay hombres que, cuando tienen delante un incidente abierto a medias, tienen esa misma tendencia a dudar entre dos soluciones y se exponen a que el destino los aplaste al cerrar de golpe la aventura. Quienes se pasan de prudentes, por muy gatos que sean, y porque son gatos, corren a veces más peligro que los atrevidos. Fauchelevent tenía ese carácter indeciso. Pero la sangre fría de Jean Valjean se iba adueñando de él pese a todo. Refunfuñó:

—La verdad es que no hay otra forma.

Jean Valjean añadió:

—Lo único que me preocupa es qué ocurrirá en el cementerio.

—Eso es precisamente lo que no me apura a mí —exclamó Fauchelevent—. Si usted tiene la seguridad de salir vivo de la caja, yo tengo la seguridad de poder sacarlo de la fosa. El sepulturero es un borracho muy amigo mío. Se llama Mestienne. Un borracho veterano. El sepulturero mete a los muertos en la fosa y yo tengo al sepulturero en el bote. Le cuento lo que va a pasar. Llegaremos poco antes de que empiece a hacerse de noche, tres cuartos de hora antes de que cierren la verja del cementerio. El coche irá hasta la fosa. Yo iré detrás; para eso estoy. Llevaré un martillo, un cortafríos y unas tenazas en el bolsillo. El coche fúnebre se para, los enterradores le atan una cuerda a la caja y la bajan. El sacerdote reza, hace la señal de la cruz, echa agua bendita y se larga. Yo me quedo solo con Mestienne. Ya le digo que es amigo mío. Pueden pasar dar cosas: que esté borracho o que no esté borracho. Si no está borracho, le digo: «Vamos a echar un trago antes de que cierre *Le Bon Coing*». Me lo llevo y lo emborracho: no se tarda mucho en emborrachar a Mestienne porque siempre ha empezado él por su cuenta; lo tumbo debajo de la mesa, le cojo la tarjeta para volver a entrar en el cementerio y me vuelvo sin él. Y ya estamos solos usted y yo. Si está borracho, le digo: «Vete, que ya te hago yo el trabajo». Se va y yo lo saco a usted del agujero.

Jean Valjean la alargó la mano y Fauchelevent se apresuró a cogérsela con enternecedora efusividad campesina.

—Muy bien, Fauchelevent. Todo saldrá bien.

—Con tal de que no se tuerza nada —pensó Fauchelevent—.

¡Mira que si pasa algo horroroso!

V

De que no basta con ser borracho para ser inmortal

Al día siguiente, cuando ya estaba bajando el sol, los pocos que transitaban por el bulevar de Le Maine se descubrían al paso de un coche fúnebre de un modelo antiguo, adornado con calaveras, tibias y lágrimas. En aquel coche iba una caja tapada con un paño blanco que cubría una cruz grande y negra, como una muerta de gran tamaño con los brazos colgando. Una carroza enlutada, en la que podía verse a un sacerdote con sobrepelliz y a un monaguillo tocado de rojo, iba detrás. Dos enterradores con uniforme gris de vueltas negras caminaban a derecha e izquierda del coche. Detrás, un anciano con ropas de operario, que cojeaba. El acompañamiento se dirigía hacia el cementerio de Vaugirard.

Del bolsillo del hombre asomaba el mango de un martillo, la hoja de un cortafríos y la doble antena de unas tenazas.

El cementerio de Vaugirard era una excepción entre los cementerios de París. Tenía usos particulares, de la misma forma que tenía puerta cochera y puerta secundaria, que los viejos del barrio, que no renunciaban al uso tenaz de los giros antiguos, llamaban la puerta de a caballo y la puerta de a pie. Ya hemos dicho que a las bernardas benedictinas de Le Petit-Picpus les habían concedido que las enterrasen en un rincón aparte y de noche porque aquellos terrenos habían pertenecido antaño a la comunidad. Los enterradores realizaban, por tanto, un servicio vespertino en verano y nocturno en invierno, lo que les imponía una disciplina especial. Las puertas de los cementerios de París se cerraban por aquel entonces al ponerse el sol y, por tratarse de una disposición municipal, el cementerio de Vaugirard tenía que observarla como los demás. La puerta de a caballo y la puerta de a pie eran dos

verjas contiguas al lado de un pabellón del arquitecto Perronnet donde vivía el portero del cementerio. Esas verjas giraban, pues, inexorablemente, sobre los goznes en el preciso instante en que el sol desaparecía detrás de la cúpula de los Inválidos. Si, en aquellos momentos, se había demorado algún sepulturero dentro del cementerio, no tenía más recurso para salir que la tarjeta de sepulturero que facilitaba la administración de las pompas fúnebres. Había algo así como un buzón en el postigo de la ventana del portero. El sepulturero metía la tarjeta en ese buzón, el portero la oía caer, tiraba del cordón y se abría la puerta de a pie. Si el sepulturero no tenía la tarjeta, daba su nombre; el portero, que a veces estaba ya en la cama y dormido, se levantaba, iba a ver si conocía al sepulturero y abría la puerta con la llave; el sepulturero salía, pero le ponían una multa de quince francos.

Aquel cementerio, con esas originalidades propias que se salían de la norma, era un estorbo para la simetría administrativa. Lo suprimieron poco después, en 1830. Tomó el relevo el cementerio de Montparnasse, que heredó la famosa taberna colindante con el cementerio de Vaugirard, que coronaba una tabla con un membrillo pintado y que hacía esquina; en un lado estaban las mesas de los parroquianos; por el otro, daba a las tumbas. En el rótulo ponía: *Au Bon Coing*[29].

El cementerio de Vaugirard era lo que podríamos llamar un cementerio mustio. Entraba en la senectud. Lo invadía el moho y lo abandonaban las flores. La clase media no quería que la enterrasen en el cementerio de Vaugirard; era cosa de pobres. ¡En Le Père-Lachaise, eso sí! Que lo entierren a uno en Le Père-Lachaise es como tener muebles de caoba. En cosas así se nota la elegancia. El cementerio de Vaugirard era un recinto venerable organizado como un jardín francés antiguo. Paseos rectos, bojes, tuyas, acebos, sepulturas viejas bajo tejos viejos, la hierba muy alta. El crepúsculo resultaba trágico. Tenía un trazado muy lúgubre.

Aún no se había puesto el sol cuando el coche fúnebre del paño blanco y la cruz negra entró en la avenida del cementerio de Vaugirard. El hombre que iba detrás no era otro que Fauchelevent.

El entierro de la madre Crucifixion en la cripta, debajo del altar, la salida del convento de Cosette, el ingreso de Jean Valjean en la sala de las muertas, todo había transcurrido sin contratiempos y no

había habido incidentes.

Digamos de pasada que la inhumación de la madre Crucifixion debajo del altar del convento nos parece algo completamente venial. Es una de esas faltas que parecen un deber. Las monjas la habían llevado a cabo no sólo sin alterarse sino con el aplauso de sus conciencias. En las clausuras, eso que llamamos el «gobierno» no es sino una intromisión en la autoridad, una intromisión siempre discutible. Primero, la regla; y el código, ya veremos. Hombres, haced todas las leyes que os venga en gana, pero para aplicároslas a vosotros. El peaje al César no es nunca más que la calderilla del peaje a Dios. ¿Qué es un príncipe comparado con un principio?

Fauchelevent cojeaba en pos del coche fúnebre, más contento que unas pascuas. Sus dos conspiraciones gemelas, una con las monjas y otra con el señor Madeleine, una a favor del convento y la otra en contra, iban ambas viento en popa. La calma de Jean Valjean era una de esas serenidades poderosas que se contagian. A Fauchelevent ya no le quedaba duda de que todo iba a salir bien. Lo que faltaba ya por hacer no era nada. En dos años había emborrachado diez veces al sepulturero, el buenazo de Mestienne, un hombre carrilludo. Su compadre Mestienne era un juguete en sus manos, hacía de él lo que quería. Le encasquetaba su voluntad y sus caprichos. La cabeza de Mestienne pensaba dentro del gorro de Fauchelevent. Fauchelevent estaba tranquilísimo.

En el momento en que el acompañamiento entró en la avenida que conducía al cementerio, Fauchelevent, contento, miró el coche fúnebre y se frotó las manazas diciendo a media voz:

—¡Menuda broma!

De pronto, el coche fúnebre se detuvo; habían llegado a la verja. Había que enseñar el permiso de inhumación. El empleado de las pompas fúnebres parlamentó con el portero del cementerio. Durante esa plática, que se traduce siempre en una parada de uno o dos minutos, alguien, un desconocido, se colocó detrás del coche fúnebre y al lado de Fauchelevent. Era algo así como un operario que llevaba una chaqueta con los bolsillos muy grades y un azadón debajo del brazo.

Fauchelevent miró al desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El hombre contestó:

—El sepulturero.

Quien sobreviviera tras darle en pleno pecho una bala de cañón pondría la misma cara que puso Fauchelevent.

—¡El sepulturero!

—Sí.

—¡Usted!

—Yo.

—El sepulturero es Mestienne.

—Era.

—¿Cómo que era?

—Se ha muerto.

Fauchelevent se lo había esperado todo menos esto, que un sepulturero pudiera morirse. Pero es algo que sucede; también los sepultureros se mueren. De tanto cavar las fosas de los demás, van abriendo la suya.

Fauchelevent se quedó con la boca abierta. Apenas si tuvo fuerzas para tartamudear:

—Pero ¡si no es posible!

—Pero es así.

—Pero —siguió diciendo con voz desfallecida Fauchelevent— si el sepulturero es Mestienne.

—Después de Napoleón, Luis XVIII. Después de Mestienne, Gribier. Paleto, me llamo Gribier.

Fauchelevent, palidísimo, miraba al tal Gribier.

Era un hombre alto y flaco, lívido, de lo más fúnebre. Parecía un matasanos que se hubiera hecho sepulturero.

Fauchelevent se echó a reír.

—Pero ¡qué cosas pasan! Así que el compadre Mestienne se ha muerto. El pobre compadre Mestienne se ha muerto, pero ¡viva el compadre Lenoir! ¿Sabe quién es el compadre Lenoir? Es el jarro de tinto de 30 céntimos. ¡El jarro de Suresne, mecachis! ¡El auténtico Suresne de París! ¿Así que se ha muerto el amigo Mestienne? Pues lo siento, porque le gustaba la vida regalada. Pero también a usted le gustará la vida regalada, ¿no, compañero? Dentro de un rato nos vamos a echar un trago juntos.

El hombre contestó:

—Yo tengo estudios. Llegué a tercero. No bebo nunca.

El coche fúnebre había vuelto a ponerse en marcha y rodaba por

el paseo principal del cementerio.

Fauchelevent andaba más despacio. Cojeaba más aún por preocupado que por impedido.

El sepulturero iba delante de él.

Fauchelevent volvió a pasarle revista al inesperado Gribier.

Era uno de esos hombres que, aunque jóvenes, parecen viejos y, aunque flacos, tienen mucha fuerza.

—¡Compañero! —gritó Fauchelevent.

El hombre se volvió.

—Yo soy el sepulturero del convento.

—Colega mío —dijo el hombre.

Fauchelevent, aunque inculto, pero muy agudo, se dio cuenta de que estaba tratando con una categoría temible, un pedante.

Refunfuñó:

—Así que Mestienne se ha muerto.

El hombre contestó:

—Del todo. Dios Nuestro Señor fue a mirar la libreta de vencimientos. Le tocaba a Mestienne. Mestienne se ha muerto.

Fauchelevent repitió automáticamente:

—Dios Nuestro Señor…

—Dios Nuestro Señor —dijo el hombre con tono de ser una autoridad—. Para los filósofos, el Padre Eterno; para los jacobinos, el Ser Supremo.

—¿Y no vamos a conocernos mejor usted y yo? —balbució Fauchelevent.

—Ya nos hemos conocido. Usted es un paleto y yo soy parisino.

—La gente no se conoce hasta que no ha bebido junta. Quien vacía el vaso vacía el corazón. Tiene que venir usted a tomar un trago conmigo. A cosas así no se les dice que no.

—Primero la obligación.

Fauchelevent pensó: estoy perdido.

Ya faltaba muy poco para llegar al paseo pequeño que llevaba al rincón de las monjas.

El sepulturero siguió diciendo:

—Paleto, yo tengo siete mocosos que alimentar. Como ellos tienen que comer, yo no puedo beber.

Y añadió, con la satisfacción de una persona seria que dice una frase ingeniosa:

—Su hambre es la enemiga de mi sed.

El coche fúnebre dio la vuelta a un grupo de cipreses, salió del paseo principal, se metió por uno más pequeño, rodó por la tierra y se hundió en un matorral. Eso era seña de que la sepultura estaba allí mismo. Fauchelevent acortaba el paso, pero no podía hacer que lo acortase el coche fúnebre. Afortunadamente, la tierra estaba blanda y húmeda con las lluvias del invierno, las ruedas se llenaban de barro y el coche avanzaba más despacio.

Fauchelevent se arrimó al sepulturero.

—¡Hay un vinillo de Argenteuil más rico! —susurró.

—Lugareño —dijo el hombre—, yo no debería estar de sepulturero. Mi padre era portero en el colegio para hijos de militares y me destinaba a la literatura. Pero tuvo contratiempos. Perdió dinero en la Bolsa. Yo he tenido que renunciar al estado de autor. Aunque todavía soy amanuense.

—¿Así que no es sepulturero? —respondió Fauchelevent, agarrándose a esa rama, aunque fuera muy delgada.

—Una cosa no quita la otra. Cumulo.

Fauchelevent no entendió la última palabra.

—Vamos a beber —dijo.

Aquí se impone un comentario. Fauchelevent, por mucha que fuera su ansiedad, proponía un trago, pero no aclaraba un punto: quién iba a pagar. Habitualmente, Fauchelevent proponía y Mestienne pagaba. Una invitación era lógica en la nueva situación que había creado el sepulturero nuevo y se imponía, pero el anciano jardinero no mencionaba, intencionadamente, quién se haría cargo de «la dolorosa». Y él, Fauchelevent, por muy conmocionado que estuviera, no tenía intención de pagar.

El sepulturero siguió diciendo, con sonrisa de superioridad.

—Hay que comer. He aceptado el puesto de Mestienne. Cuando uno ha acabado casi los estudios, es un filósofo. Al trabajo de la mano he añadido el del brazo. Tengo mi puesto de amanuense en el mercado de la calle de Sèvres. Ya sabe, el mercado de Les Parapluies. Todas las cocineras de La Croix-Rouge recurren a mí. Les escribo unas declaraciones chapuceras a los sorches. Por la mañana escribo cartas de amor y por la tarde cavo fosas. Así es la vida, rústico.

El coche seguía adelante. Fauchelevent, loco de preocupación,

miraba a todos lados. Le corrían por la frente gruesas gotas de sudor.

—Sin embargo —siguió diciendo el sepulturero—, no se puede servir a dos amantes. Voy a tener que escoger entre la pluma y el azadón. El azadón me estropea la letra.

El coche fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche de luto; luego, bajó el sacerdote.

Una de las ruedas pequeñas del coche estaba algo más alta, encima de un montón de tierra detrás del que se veía una fosa abierta.

—¡Menuda broma! —repitió Fauchelevent consternado.

VI

Entre cuatro tablas

¿Quién iba en la caja? Ya lo sabemos. Jean Valjean.

Jean Valjean se las había apañado para seguir vivo ahí dentro y respiraba más o menos.

Es muy curioso hasta qué punto una conciencia tranquila da tranquilidad para lo demás. Toda la combinación que había premeditado Jean Valjean iba bien; e iba bien desde la víspera. Contaba, como Fauchelevent, con Mestienne. No le cabía duda de cómo iba a acabar aquello. Nunca una situación más crítica se vivió con tranquilidad más absoluta.

De las cuatro tablas del ataúd se desprende una especie de paz aterradora. Era como si parte del descanso de los muertos se sumase a la serenidad de Jean Valjean.

Desde lo hondo de aquella caja había podido seguir, y continuaba siguiendo, todas las fases del tremendo drama que estaba interpretando con la muerte.

Poco después de que Fauchelevent hubiera acabado de clavar la tabla de arriba, Jean Valjean notó que lo llevaban en vilo; luego, que iban rodando. Cuando disminuyeron las sacudidas, notó que pasaban de los adoquines a la tierra apisonada, es decir, que salían de las calles y llegaban a los bulevares. Por el ruido sordo, intuyó que estaban cruzando el puente de Austerlitz. Con la primera parada, cayó en la cuenta de que entraban en el cementerio; con la segunda, se dijo: hemos llegado a la fosa.

Sintió de pronto que unas manos agarraban la caja; luego, un frotamiento rudo contra las tablas; comprendió que estaban atando una cuerda alrededor del ataúd para bajarlo al agujero.

Tuvo luego algo así como un mareo.

Seguramente, el empleado de la empresa de pompas fúnebres y el sepulturero habían desnivelado el ataúd y lo habían bajado de cabeza. Volvió en sí por completo cuando se notó en posición horizontal y quieto. Acababa de llegar al fondo.

Notó algo de frío.

Se alzó una voz, por encima de él, gélida y solemne. Oyó pasar, tan despacio que podía captarlas una tras otra, unas palabras en latín que no entendía:

—*Qui dormiunt in terræ pulvere, evigilabunt; alii in vitam æternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.*

Una voz infantil contestó:

—*De profundis*.

La voz grave siguió diciendo:

—*Requiem æternum dona ei, Domine*.

La voz infantil contestó:

—*Et lux perpetua luceat ei*.

Oyó encima de la tabla que lo cubría algo así como el golpeteo suave de unas pocas gotas de lluvia. Debía de ser el agua bendita.

Pensó: «Ya falta poco. Algo más de paciencia. Ahora se irá el sacerdote. Fauchelevent se llevará a Mestienne para ir a echar un trago. Me dejarán solo. Luego, Fauchelevent volverá solo y yo podré salir. Será cosa de una hora larga».

La voz grave volvió a oírse:

—*Requiescat in pace*.

Y la voz infantil dijo:

—*Amen.*

Jean Valjean, aguzando el oído, oyó algo como pasos que se alejaban.

«Ya se van —pensó—. Estoy solo.»

De pronto, oyó por encima de sí un ruido que le pareció un trueno.

Era una paletada de tierra que había caído sobre el ataúd.

Cayó otra.

Uno de los agujeros por lo que respiraba se taponó.

Cayó la tercera paletada.

Luego, la cuarta.

Hay cosas que pueden con el hombre más fuerte. Jean Valjean se desmayó.

VII

Donde el lector hallará el origen de la expresión: no dejar que se le vaya a uno el santo al cielo

Esto es lo que estaba pasando en el nivel superior al de la caja en la que estaba Jean Valjean.

Cuando se hubo alejado el coche fúnebre, cuando el sacerdote y el monaguillo volvieron a subirse a su carruaje y se marcharon, Fauchelevent, que no le quitaba ojo al sepulturero, lo vio agacharse y agarrar la pala, que tenía clavada en el montón de tierra.

Entonces Fauchelevent tomó una decisión suprema.

Se interpuso entre la sepultura y el sepulturero, se cruzó de brazos y dijo:

—¡Yo convido!

El sepulturero lo miró asombrado y contestó:

—¿Qué dice, paleto?

Fauchelevent repitió:

—Yo convido.

—¿Qué?

—A vino.

—¿Qué vino?

—Argenteuil.

—¿Cómo que Argenteuil?

—En *Le Bon Coing*.

—¡Vete al infierno!

Y echó una paletada de tierra encima del ataúd.

Fue un sonido cavernoso. Fauchelevent notó que trastabillaba y estaba a punto de caer también él a la fosa. Gritó, con voz en que empezaba a asomar el ahogo del estertor:

—¡Compañero, antes de que cierren *Le Bon Coing!*

El sepulturero volvió a llenar de tierra la pala. Fauchelevent repitió:

—¡Yo convido!

Y le agarró el brazo al sepulturero.

—Atienda, compañero. Soy el sepulturero del convento y vengo a echarle una mano. Es una tarea que se puede hacer de noche. Vamos primero a echar un trago.

Y, mientras lo decía, al tiempo que se aferraba a esa insistencia desesperada, se le ocurría esta reflexión lúgubre:

«Y, suponiendo que eche el trago, ¿se emborrachará?».

—Provinciano —dijo el sepulturero—, si se empeña, accedo. Beberemos. Después de la obligación; antes, nunca.

Y movió la pala. Fauchelevent lo sujetó:

—¡Es un Argenteuil de treinta céntimos!

—Vamos a ver —dijo el sepulturero—, ¿es usted campanero o qué? Ding, dong, ding, dong. ¿Sólo sabe decir eso? ¡Váyase a paseo!

Y echó la segunda paletada.

Fauchelevent estaba llegando a ese estado en que ya no sabe uno lo que dice.

—Pero venga a echar un trago, caramba —gritó—. ¿No le digo que convido yo?

—Cuando acostemos a la criatura —dijo el sepulturero.

Y echó la tercera paletada.

Luego hundió la pala en la tierra y añadió:

—Mire, va a hacer frío esta noche y la muerta se enfadaría con nosotros si la dejásemos plantada sin arroparla.

En ese momento, al llenar la pala de tierra, el sepulturero se agachó y se le ahuecó el bolsillo de la chaqueta.

La mirada extraviada de Fauchelevent cayó automáticamente en ese bolsillo y se le quedó clavada en él.

Todavía no se había metido el sol tras el horizonte; había luz bastante para que pudiera verse algo blanco dentro de aquel bolsillo abierto.

El relámpago mayor que puede pasarle por la mirada a un picardo le iluminó las pupilas a Fauchelevent. Se le acababa de ocurrir una idea.

Sin que se percatase el sepulturero, pendiente de llenar la pala de tierra, le metió por detrás la mano en el bolsillo y sacó el objeto

blanco que había en el fondo.

El sepulturero soltó en la fosa la cuarta paletada.

En el preciso instante en que se volvía para coger la quinta, Fauchelevent lo miró con mucha tranquilidad y le dijo:

—Por cierto, novato, ¿lleva la tarjeta?

El sepulturero se quedó parado.

—¿Qué tarjeta?

—Se va a poner el sol.

—Pues muy bien; que se ponga el gorro de dormir.

—Van a cerrar la verja del cementerio.

—¿Y qué?

—¿Lleva la tarjeta?

—¡Ah, sí, la tarjeta! —dijo el sepulturero.

Y se hurgó en el bolsillo.

Tras hurgar en uno, hurgó en el otro. Pasó luego a los bolsillos del chaleco, registró uno y le dio la vuelta al otro.

—Pues no —dijo—, no llevo la tarjeta. Se me habrá olvidado.

—Quince francos de multa —dijo Fauchelevent.

El sepulturero se puso verde. El verde es la palidez de las personas lívidas.

—¡Me cisco en las zapatillas de la Virgen! —exclamó—. ¡Quince francos de multa!

—Tres monedas de cinco —dijo Fauchelevent.

Al sepulturero se le cayó la pala.

Ahora le tocaba mandar a Fauchelevent.

—Bueno, recluta —dijo—, no hay que desesperarse. No es cosa de suicidarse y aprovechar la fosa. Quince francos son quince francos, y además hay una posibilidad de que se los ahorre. Yo soy viejo y usted es un novato. Me sé los trucos, los truecos y los truques. Voy a darle un consejo de amigo. Hay una cosa clara, y es que el sol se pone, ya está llegando a la cúpula y el cementerio cierra dentro de cinco minutos.

—Es verdad —dijo el sepulturero.

—En cinco minutos no le da tiempo a llenar la fosa, que está más hueca que el demonio, y llegar a tiempo a la verja para salir antes de que la cierren.

—Cierto.

—Y, en ese caso, quince francos de multa.

—Quince francos.

—Pero sí le da tiempo a… ¿Dónde vive?

—A dos pasos del portillo. A un cuarto de hora de aquí. En el 87 de la calle de Vaugirard.

—Pues le da tiempo, si corre como un galgo, a salir ahora mismo.

—Efectivamente.

—En cuanto salga por la verja, se va al galope hasta su casa, coge la tarjeta, vuelve y el portero del cementerio le abre. Como lleva la tarjeta, no tiene que pagar. Y entierra a la muerta. Yo me quedo aquí a cuidársela para que no se escape.

—Le debo la vida, paleto.

—Lárguese de una vez —dijo Fauchelevent.

El sepulturero, agradecidísimo, le estrechó la mano con vehemencia y salió corriendo.

En cuanto se perdió de vista el sepulturero entre los matorrales, Fauchelevent aguzó el oído hasta que oyó que se desvanecía el ruido de los pasos; luego, se asomó a la fosa y dijo a media voz:

—¡Señor Madeleine!

No hubo respuesta.

Fauchelevent se estremeció. Rodó más que bajó hasta el fondo de la fosa, se abalanzó hacia la cabecera del ataúd y gritó:

—¿Está ahí?

Silencio en la caja.

Fauchelevent, temblando tanto que no podía ni respirar, cogió el cortafríos y el martillo e hizo saltar la tabla de arriba. Apareció en el crepúsculo la cara de Jean Valjean, con los ojos cerrados, pálida.

A Fauchelevent se le pusieron los pelos de punta; se enderezó y cayó luego, adosado a uno de los lados de la fosa, a punto de desplomarse sobre la caja. Miró a Jean Valjean.

Jean Valjean yacía lívido e inmóvil.

Fauchelevent susurró en voz baja que era como un soplo:

—¡Está muerto!

Y, enderezándose, cruzando los brazos con violencia tal que se dio un fuerte golpe con los puños cerrados en ambos hombros, gritó:

—¡Vaya una forma de salvarlo que he tenido!

Entonces el pobre hombre rompió en sollozos. Y monologaba,

pues es un error creer que el monólogo no es cosa espontánea. Quien padece un fuerte estado de agitación habla frecuentemente en voz alta.

—La culpa la tiene Mestienne. ¿Por qué se murió el imbécil ese? ¿Qué necesidad tenía de morirse sin avisar? Al señor Madeleine lo ha matado él. ¡Señor Madeleine! Ahí está, en la caja. Ya no hay que traerlo, ya está aquí. Se acabó. Pero ¿cómo pueden pasar cosas de éstas? ¡Ay, Dios mío, está muerto! ¿Y qué hago yo ahora con la niña? ¿Qué va a decir la frutera? ¿Será posible que se muera un hombre así? ¡Cuando pienso que se metió debajo de mi carro! ¡Señor Madeleine! ¡Señor Madeleine! Pardiez, se ha asfixiado, ya lo decía yo. No quiso hacerme caso. ¡Pues estamos apañados! Se ha muerto este hombre bueno, ¡el hombre mejor de entre todos los hombres buenos! ¿Y la niña? Pues yo no vuelvo, desde luego. Me quedo aquí. ¡Mira lo que hemos hecho! ¿Qué ventaja tiene ser dos viejos si resulta que hemos sido dos viejos chochos? Pero, de entrada, ¿cómo se las había apañado para entrar en el convento? ¡Por ahí empezó todo! Esas cosas no se hacen. ¡Señor Madeleine! ¡Señor Madeleine! ¡Madeleine! ¡Madeleine! ¡Señor Madeleine! ¡Señor alcalde! No me oye. ¿A ver qué hago yo ahora?

Y se tiraba de los pelos.

Se oyó a lo lejos, entre los árboles, un chirrido agudo. Estaban cerrando la verja del cementerio.

Fauchelevent se inclinó sobre Jean Valjean y, de repente, pegó un brinco y retrocedió todo cuanto se puede retroceder dentro de una fosa. Jean Valjean tenía los ojos abiertos y lo estaba mirando.

Ver una muerte asusta; ver una resurrección asusta casi lo mismo. Fauchelevent se quedó de piedra, pálido, desencajado, trastornado por tantas emociones, no sabiendo si se las tenía que ver con un vivo o con un muerto, mirando a Jean Valjean, que lo miraba.

—Me estaba quedando dormido —dijo Jean Valjean.

Y se sentó.

Fauchelevent cayó de rodillas.

—¡Santísima Virgen! ¡Qué susto me ha dado!

Luego se puso de pie y exclamó:

—¡Gracias, señor Madeleine!

Jean Valjean sólo estaba desmayado. El aire libre lo había

despertado.

La alegría es el reflujo del terror. Fauchelevent tenía tanto que hacer como Jean Valjean para recobrar el sentido.

—¡Así que no se ha muerto! ¡Ay, qué listo es usted! Lo he llamado tanto que ha vuelto. Cuando lo vi con los ojos cerrados, dije: ¡Hala, ya se ha asfixiado! Me habría vuelto loco, un loco de verdad, de camisa de fuerza. Me habían metido en Bicêtre. ¿Qué iba a hacer yo si usted se había muerto? ¿Y la niña? La frutera se habría quedado pasmada. ¡Le endilgamos a la niña y el abuelo se muere! ¡Menuda historia! ¡Ay, está vivo! ¡Menos mal!

—Tengo frío —dijo Jean Valjean.

Esta frase devolvió del todo a la apremiante realidad a Fauchelevent. Ambos hombres, aunque ya habían vuelto en sí, tenían, sin darse cuenta, la mente confusa y algo raro les rondaba por dentro: el siniestro extravío de estar en aquel lugar.

—Salgamos de aquí a toda prisa —exclamó Fauchelevent.

Se hurgó en el bolsillo y sacó una cantimplora que había llevado.

—¡Pero lo primero un traguito! —dijo.

La cantimplora remató lo que había iniciado el aire libre. Jean Valjean tomó un sorbo de aguardiente y volvió a ser dueño de su persona.

Salió de la caja y ayudó a Fauchelevent a volver a clavar la tapa.

Tres minutos después estaban fuera de la fosa.

Por lo demás, Fauchelevent estaba tranquilo. No se anduvo con prisas. El cementerio estaba cerrado. No era de temer que apareciera el sepulturero Gribier. El «recluta» estaba en su casa, buscando la tarjeta, y no había cuidado de que la encontrase allí puesto que la tenía Fauchelevent en el bolsillo. Sin tarjeta no podía volver a entrar en el cementerio.

Fauchelevent cogió la pala, y Jean Valjean, el azadón, y entre los dos enterraron la caja vacía.

Cuando estuvo llena de tierra la fosa, Fauchelevent le dijo a Jean Valjean:

—Vámonos. Me quedo con la pala; llévese el azadón.

Caía la noche.

A Jean Valjean le costó cierto trabajo moverse y andar. Dentro de aquella caja de muerto se había quedado tieso y se había

convertido en cadáver hasta cierto punto. Entre aquellas cuatro tablas se había adueñado de él el anquilosamiento de la muerte. Tuvo, por decirlo así, que quitarse el hielo del sepulcro.

—Está usted entumecido —dijo Fauchelevent—. Es una pena que yo sea cojo. Podríamos correr para quitarle el frío.

—¡Bah! —contestó Jean Valjean—. En cuatro dé cuatro pasos, me volverán a responder las piernas.

Fueron por los paseos por donde había pasado el coche fúnebre. Al llegar ante la verja cerrada y la garita del portero, Fauchelevent, que llevaba en la mano la tarjeta del sepulturero, la metió en el buzón, el portero tiró del cordel, se abrió la puerta y salieron.

—¡Qué bien está saliendo todo! —dijo Fauchelevent—. ¡Qué buena idea tuvo, señor Madeleine!

Cruzaron el portillo de Vaugirard con toda naturalidad. En las inmediaciones de un cementerio, una pala y un azadón son dos pasaportes.

La calle de Vaugirand estaba desierta.

—Señor Madeleine —dijo Fauchelevent según iba andando, alzando la mirada hacia las casas—, tiene mejor vista que yo. Dígame cuál es el número 87.

—Ahí está precisamente —dijo Jean Valjean.

—No hay nadie en la calle —siguió diciendo Fauchelevent—. Deme el azadón y espéreme dos minutos.

Fauchelevent entró en el número 87, subió hasta el último piso, guiado por ese instinto que lleva siempre al pobre al desván, y llamó, en la oscuridad, a la puerta de un sotabanco. Una voz respondió:

—Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevent empujó la puerta. La casa del sepulturero era, como todas esas viviendas infortunadas, una buhardilla sin muebles y llena de trastos. Un cajón de embalaje —una caja de muerto, quizá— hacía las veces de cómoda, una orza de mantequilla hacía las veces de tinaja, un jergón hacía las veces de cama, las baldosas del suelo hacían las veces de sillas y de mesa. Había en un rincón, encima de un harapo que era un jirón viejo de alfombra, una mujer flaca y muchos niños, todos amontonados. En aquella casa pobre andaba todo manga por hombro. Hubiérase dicho que había pasado

por allí un terremoto «individual». Las tapaderas estaban fuera de su sitio; los andrajos, dispersos; el jarro, roto; la madre había llorado; a los niños les habían pegado seguramente; había rastros de pesquisas encarnizadas y airadas. Estaba claro que el sepulturero había buscado la tarjeta como loco y echado la culpa de la pérdida a cuanto había en la buhardilla, desde el jarro hasta su mujer. Parecía desesperado.

Pero Fauchelevent se encaminaba a demasiada velocidad hacia el desenlace de la aventura para fijarse en aquella vertiente triste de su triunfo.

Entró y dijo:

—Le traigo la pala y el azadón.

Gribier lo miró, pasmado.

—¿Es usted, paleto?

—Y mañana por la mañana encontrará la tarjeta en la garita del portero del cementerio.

Y dejó en el suelo la pala y el azadón.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Gribier.

—Eso quiere decir que se le cayó la tarjeta del bolsillo, que me la encontré en el suelo después de irse usted, que enterré a la muerta, que llené de tierra la fosa, que le he hecho el trabajo, que el portero le devolverá la tarjeta y que no tendrá que pagar quince francos. Y nada más, recluta.

—¡Gracias, lugareño! —exclamó Gribier deslumbrado—. La próxima vez convido yo.

VIII

Un interrogatorio cumplido

Una hora después, ya entrada la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el número 62 de la calleja de Picpus. El más viejo de los hombres alzó el llamador y lo dejó caer.

Eran Fauchelevent, Jean Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido a buscar a Cosette a la frutería de la calle de Le Chemin-Vert donde la había dejado Fauchelevent el día anterior. Cosette se había pasado aquellas veinticuatro horas sin entender nada y temblando en silencio. Temblaba tanto que no había llorado. Tampoco había comido, ni dormido. La buena de la frutera le hizo mil preguntas sin conseguir más respuesta que una mirada taciturna, siempre la misma. Cosette no había dejado que se le escapase nada de lo que había oído y visto en los dos últimos días. Intuía que estaban pasando por una crisis. Notaba en lo más hondo que tenía que «portarse bien». Todos estamos al tanto del poder soberano de estas tres palabras cuando se le dicen con cierta entonación al oído a una criaturita asustada: *¡No digas nada!* El miedo es mudo. Por lo demás, nadie guarda un secreto tan bien como un niño.

Pero cuando, tras aquellas veinticuatro horas lúgubres, volvió a ver a Jean Valjean, soltó un grito tal de alegría que cualquiera dado a meditar que lo hubiera oído habría adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Fauchelevent era de la casa y sabía todas las contraseñas. Todas las puertas se abrieron.

Y así quedó resuelto el doble y tremendo problema: salir y entrar.

El portero, que había recibido instrucciones, abrió la puerta de

servicio pequeña que daba del patio al jardín y que, hace veinte años, podía verse aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera. El portero los hizo pasar a los tres por esa puerta y, desde allí, fueron al locutorio interior y reservado donde a Fauchelevent, la víspera, le había ordenado la superiora lo que tenía que hacer.

La superiora los estaba esperando con el rosario en la mano. Una madre vocal, con el velo echado por la cara, estaba de pie a su lado. Una vela discreta alumbraba, o podríamos decir casi que hacía como que alumbraba, el locutorio.

La superiora le pasó revista a Jean Valjean. No hay nada que examine mejor que la mirada baja.

Luego, le preguntó:

—¿Es usted el hermano?

—Sí, reverenda madre —contestó Fauchelevent.

—¿Cómo se llama?

—Fauchelevent contestó:

—Ultime Fauchelevent.

Había tenido, efectivamente, un hermano llamado Ultime que había muerto.

—¿De dónde es?

Fauchelevent contestó:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad tiene?

Fauchelevent contestó:

—Cincuenta años.

—¿Qué profesión tiene?

Fauchelevent contestó:

—Jardinero.

—¿Es buen cristiano?

Fauchelevent contestó:

—Todos lo somos en la familia.

—¿Esta niña es suya?

Fauchelevent contestó:

—Sí, reverenda madre.

—¿Es usted su padre?

Fauchelevent contestó:

—Su abuelo.

La madre vocal le dijo a media voz a la superiora:

—Contesta bien.

Jean Valjean no había dicho ni palabra.

La superiora miró atentamente a Cosette y le dijo a media voz a la madre vocal:

—Va a ser fea.

Las dos madres charlaron unos cuantos minutos en voz muy baja en una esquina del locutorio; luego, la superiora se volvió y dijo:

—Fauvent, le vamos a dar otra rodillera con un cascabel. Ahora hacen falta dos.

Al día siguiente, en efecto, se oían dos cascabeles por el jardín y las monjas caían irresistiblemente en la tentación de alzar una punta del velo. Veían al fondo, bajo los árboles, a dos hombres cavando uno junto a otro, Fauvent y otro más. Todo un acontecimiento. Hasta quebrantaron el silencio para decirse unas a otras: «Es un ayudante del jardinero».

Las madres vocales añadían: «Es un hermano de Fauvent».

Jean Valjean, efectivamente, ya estaba afincado allí con todas las de la ley; llevaba la rodillera de cuero y el cascabel; su presencia era ya oficial. Se llamaba Ultime Fauchelevent.

El motivo determinante de mayor peso para la admisión había sido el comentario de la superiora acerca de Cosette: *Va a ser fea*.

La superiora, en cuanto hizo ese pronóstico, se encariñó en el acto con Cosette y la admitió en el internado como educanda de caridad.

Nada más lógico. Por mucho que no hubiera espejos en el convento, las mujeres tienen conciencia de su cara; ahora bien, las muchachas que notan que son bonitas no suelen dejar que las metan monjas; como la vocación tiene mucha tendencia a darse en proporción inversa a la belleza, se ponen más esperanzas en las feas que en las guapas. De ahí esa vehemente afición a las poco agraciadas.

Toda esta aventura dio una dimensión nueva al buen Fauchelevent; quedó muy bien por partida triple: con Jean Valjean, a quien salvó y cobijó; con el sepulturero Gribier, que se decía: «Me libró de la multa»; con el convento, que, gracias a él, al quedarse con el ataúd de la madre Crucifixion enterrado bajo el altar, dio esquinazo al César y satisfizo a Dios. Hubo una caja de muerto con

cadáver en Le Petit-Picpus y una caja de muerto sin cadáver en el cementerio de Vaugirard; no cabe duda de que fue una tremenda alteración del orden público, pero nadie se enteró. En cuanto al convento, le estaba agradecidísimo a Fauchelevent. Fauchelevent se convirtió en el mejor de los servidores y en el más valioso de los jardineros. En la siguiente visita del arzobispo, la superiora se lo contó a Su Ilustrísima, en parte confesándolo y también jactándose de ello. El arzobispo, al salir del convento, se lo contó, congratulándose de ello y muy por lo bajo, al padre Latil, confesor de Monsieur, el hermano del rey, y, más adelante, al arzobispo de Reims, que también era cardenal. La admiración por Fauchelevent prosperó, pues llegó hasta Roma. Hemos tenido ocasión de ver una notita que le escribió el papa reinante a la sazón, León XII, a uno de sus familiares, prelado destinado en la nunciatura de París y apellidado como él Della Genga; pueden leerse en ella las siguientes líneas: «Al parecer, hay en un convento de París un jardinero excelente, llamado Fauvent, que es un santo». De nada de esta fama triunfal tuvo noticia Fauchelevent en su cabaña; siguió injertando, escardando y abrigando los melones sin estar al tanto ni de su excelencia ni de su santidad. No sospechó nada de su gloriosa fama como tampoco lo sospecha un buey de Durham o de Surrey cuyo retrato se publica en el *Illustrated London News* con el siguiente pie: *Buey premiado en el concurso de reses*.

IX

Clausura

En el convento, Cosette siguió callada.

Cosette creía con toda naturalidad que era hija de Jean Valjean. Por lo demás, como nada sabía, nada podía decir, y, fuere como fuere, no habría dicho nada. Acabamos de comentar que no hay nada que instruya tanto a los niños en el silencio como la desgracia. Cosette había sufrido tanto que le tenía miedo a todo, incluso a hablar, incluso a respirar. ¡Tantas veces se le había venido encima una avalancha por una única palabra! Sólo estaba empezando a sentirse algo segura desde que estaba con Jean Valjean. Se acostumbró bastante pronto al convento. Aunque echaba de menos a Catherine, pero no se atrevía a decirlo. Una vez, no obstante, le dijo a Jean Valjean: «Padre, si lo hubiera sabido, la habría cogido».

Cosette, al convertirse en alumna interna del convento, tuvo que vestir como las educandas de la casa. Jean Valjean consiguió que le entregasen la ropa que ya no iba a usar. Era esa misma ropa de luto que le puso cuando se la llevó del figón de los Thénardier. Todavía no estaba muy gastada. Jean Valjean guardó esas prendas y, además, las medias de lana y los zapatos, con mucho alcanfor y todas esas plantas aromáticas que abundan en los conventos, en una maletita con la que halló forma de hacerse. Puso esa maleta en una silla, junto a su cama, y siempre llevaba la llave consigo. Cosette le preguntó un día: «Padre, ¿qué hay en esa caja que huele tan bien?».

Fauchelevent, aparte de esa fama gloriosa que acabamos de referir y de la que no supo nada, vio recompensada su buena acción; para empezar, se sintió dichoso; y, además, tuvo mucho menos trabajo puesto que lo repartieron. Finalmente, como le gustaba mucho el tabaco, le encontraba a la presencia del señor

Madeleine la ventaja de que tomaba mucho más tabaco que antes, y con muchísima más voluptuosidad, porque el señor Madeleine se lo regalaba.

Las monjas no adoptaron el nombre de Ultime; llamaban a Jean Valjean *el otro Fauvent*.

Si esas santas mujeres hubieran tenido, mínimamente, los ojos de Javert, habrían acabado por notar que, cuando había que hacer un recado fuera del convento para el cuidado del jardín, era siempre el Fauchelevent de más edad, el viejo, el tullido, el cojo, quien salía; y el otro, nunca; pero bien porque la vista siempre clavada en Dios no sepa espiar, o bien porque prefirieran dedicarse a acecharse entre sí, no les llamó la atención.

Por lo demás, Jean Valjean hizo muy bien en no asomar y no moverse en absoluto. Javert estuvo más de un mes vigilando el barrio.

Aquel convento era para Jean Valjean como una isla rodeada de abismos. Aquellas cuatro paredes eran para él, en adelante, el mundo. Veía el cielo lo suficiente para sentirse sereno y a Cosette lo suficiente para sentirse dichoso.

Volvió a empezar una vida que le resultaba muy dulce.

Vivía con Fauchelevent en la cabaña del fondo del jardín. Esa casucha, hecha con escombros, que existía aún en 1845, constaba, como ya sabemos, de tres habitaciones completamente desguarnecidas y que sólo tenían las paredes. La principal se la había cedido a la fuerza Fauchelevent al señor Madeleine, aunque Jean Valjean se había resistido a ello en vano. La pared de esa habitación, además de los dos clavos destinados a colgar la rodillera y el cuévano, la adornaba un ejemplar de papel moneda de la monarquía, de 1793, pegado en la pared encima de la chimenea cuyo facsímil exacto es el siguiente:



Este asignado de Vendea lo había puesto en la pared el jardinero anterior, que había sido chuán; había fallecido en el convento y Fauchelevent había ocupado su puesto.

Jean Valjean trabajaba a diario en el jardín, donde era de gran utilidad. Había sido hacía tiempo podador y le gustaba verse convertido en jardinero. Recordemos que tenía toda clase de recetas y secretos para los cultivos. Les sacó provecho. Casi todos los árboles del huerto de frutales estaban asilvestrados; les hizo injertos de escudete y consiguió que dieran una fruta excelente.

A Cosette le permitían que fuera todos los días a pasar una hora con él. Como las hermanas eran tristes y él era bueno, la niña lo comparaba con ellas y lo adoraba. Cuando llegaba la hora, acudía a la cabaña. Cuando entraba en la casucha, la llenaba de paraíso. Jean Valjean se regocijaba y notaba que crecía su dicha con la dicha que le daba a Cosette. Ahí reside la magia de la alegría que damos: en vez de debilitarse, como hacen siempre los reflejos, vuelve más radiantes aún. Durante los recreos, Jean Valjean miraba desde lejos cómo Cosette jugaba y corría y distinguía su risa de la de las demás.

Porque Cosette ahora reía.

A Cosette le había cambiado incluso la cara hasta cierto punto. Había desaparecido de ella la expresión sombría. La risa es el sol; expulsa al invierno del rostro humano.

Cuando acababa el recreo, cuando Cosette se iba, Jean Valjean miraba las ventanas de su aula; y, de noche, se levantaba para mirar las ventanas de su dormitorio.

Por lo demás, Dios tiene sus caminos; el convento, y también Cosette, apuntalaron y completaron en Jean Valjean la obra del obispo. No cabe duda de que la virtud, por uno de sus extremos, desemboca en el orgullo. Existe ahí un puente que edificó el Diablo.

Jean Valjean estaba, quizá sin saberlo, bastante cerca de aquel extremo y de aquel puente cuando la Providencia lo puso en el convento de Le Petit-Picpus. Mientras sólo se comparó con el obispo, se vio indigno y fue humilde; pero llevaba una temporada comparándose con los hombres y el orgullo iba naciendo. ¿Quién sabe? A lo mejor habría acabado por regresar poco a poco al odio.

El convento lo detuvo en esa pendiente.

Era el segundo lugar de cautividad que veía. En la juventud, en lo que para él habían sido los inicios de la vida, y, otra vez más adelante, hacía muy poco, había visto otro, un lugar espantoso, un lugar terrible y cuyos rigores le habían parecido siempre la iniquidad de la justicia y el crimen de la ley. En la actualidad, tras el presidio, veía el claustro; y, pensando que había pertenecido al presidio y que ahora era, por así decirlo, un espectador del claustro, los comparaba ansiosamente con el pensamiento.

A veces se acodaba en la laya e iba bajando despacio por las espirales sin fondo de la ensoñación.

Se acordaba de sus antiguos compañeros; qué desdichados eran; se levantaban al amanecer y trabajaban hasta que se hacía de noche; apenas si les dejaban tiempo para el sueño; dormían en catres donde sólo estaban permitidos colchones de dos pulgadas de grueso, en salas sin calentar a no ser en los meses más duros del año; llevaban unos blusones rojos espantosos; les concedían, como una gracia, que cuando hacía mucho calor usasen pantalones de algodón y que se pusieran un tabardo de lana cuando hacía mucho frío; ni bebían vino ni comían carne salvo cuando iban «al fatigue». En la vida sólo se los conocía por un número, ya no tenían nombre; por decirlo así, los habían convertido en números que bajaban la vista, que bajaban la voz, con el pelo rapado, bajo la amenaza del palo, cubiertos de vergüenza.

Luego se fijaba en las personas que tenía ante los ojos.

Esas personas vivían también con el pelo rapado, la vista baja, bajando la voz; no cubiertas de vergüenza, pero entre las burlas de la gente; no con la espalda dolorida por el palo, pero con los hombros desollados por las disciplinas. También su nombre se había esfumado de la memoria de los hombres; ya no existían sino con denominaciones austeras. Nunca comían carne y nunca bebían vino; muchas veces no probaban alimento alguno hasta la noche; vestían

no un blusón rojo, sino un sudario negro, de lana, que agobiaba en verano, que no abrigaba en invierno, sin poder quitarle nada ni añadirle nada, sin contar siquiera, según la estación, con el recurso de la prenda de algodón o del chaquetón de lana; y seis meses al año llevaban unas camisas de sarga que les daban fiebre. Vivían no en salas donde sólo se encendía fuego cuando el frío era riguroso, sino en celdas donde no se encendía nunca; dormían no en colchones de dos pulgadas, sino encima de la paja. Y, por último, ni tan siquiera las dejaban dormir; todas las noches, tras un día de trabajo, en plena extenuación del primer descanso, en ese momento en que se estaban quedando dormidas y habían entrado apenas en calor, tenían que despertarse, levantarse e ir a rezar a una capilla helada y oscura, de rodillas en la piedra.

En determinados días todas estas personas, por turno, tenían que pasarse doce horas seguidas arrodilladas en el suelo o prosternadas boca abajo con los brazos en cruz.

Aquellas personas eran hombres; éstas eran mujeres.

¿Qué habían hecho aquellos hombres? Habían robado, violado, saqueado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsificadores, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas. ¿Qué habían hecho estas mujeres? No habían hecho nada.

Allá, bandidaje, fraude, dolo, violencia, lubricidad, homicidio, todas las formas del sacrilegio, todas las variedades del atentado; aquí, una única cosa, la inocencia.

La inocencia perfecta, levitando casi en una misteriosa asunción, participando aún en la tierra mediante la virtud, participando ya en el cielo mediante la santidad.

Allá, confidencias de crímenes hechas en voz baja. Aquí, confesión de los pecados hecha en voz alta. ¡Y qué crímenes! ¡Y qué pecados!

Allá, miasmas; aquí, un aroma inefable. Allá, una peste moral, detenida, apriscada bajo la vigilancia del cañón, devora despacio a sus apestados; aquí un casto arder de todas las almas en el mismo fóculo. Allá, las tinieblas; aquí, la sombra, pero una sombra repleta de claridades, y de claridades repletas de rayos de luz.

Dos lugares de esclavitud; pero en aquél la posibilidad de la liberación, unos límites legales siempre a la vista y, además, la evasión. En éste la perpetuidad; la única esperanza, en el extremo

remoto del porvenir: ese fulgor de libertad al que los hombres llaman muerte.

En aquél, sólo encadenan las cadenas; en éste, encadena la fe.

¿Qué se desprendía de aquél? Una maldición gigantesca, chirriar de dientes, odio, maldad desesperada, un grito de rabia contra la sociedad humana, un sarcasmo del cielo.

¿Qué surgía de éste? Bendición y amor.

Y en esos dos lugares, tan parecidos y tan diferentes, esas dos categorías de personas cumplían con la misma tarea: la expiación.

Jean Valjean entendía la expiación de aquéllas: expiación personal, expiación para sí. Pero no entendía la de éstas, la de estos seres sin reproche ni mancilla, y se preguntaba, trémulo: ¿Expiación de qué? ¿Qué expiación?

Una voz, en el interior de su conciencia, le respondía: la más divina de las generosidades humanas, la expiación del prójimo.

Llegados aquí, no entraremos en cualesquiera teorías personales; sólo narramos; nos ponemos en el punto de vista de Jean Valjean y reproducimos sus impresiones.

Tenía ante los ojos la cumbre sublime de la abnegación, la cima más alta a la que puede llegar la virtud; la inocencia que perdona a los hombres sus pecados y los expía en lugar suyo; la servidumbre asumida, la tortura aceptada, el suplicio que reclaman unas almas que no han pecado para ahorrárselo a las almas caídas; el amor a la humanidad abismándose en el amor a Dios pero sin confundirse con él, y suplicante; criaturas dulces y débiles, con las penas de los castigados y la sonrisa de los premiados.

¡Y se acordaba de que se había atrevido a quejarse!

Muchas veces, en plena noche, se levantaba para oír el canto de agradecimiento de aquellos seres inocentes que agobiaban los rigores y notaba que le corría un fuego por las venas al pensar en quienes padecían un castigo merecido y no alzaban la voz al cielo sino para blasfemar y al recordar que él, mísero, había amenazado con el puño a Dios.

Había algo sorprendente y que lo sumía en hondas meditaciones, como un aviso en voz baja de la mismísima Providencia: la escalada, las barreras que había cruzado, la aventura aceptada hasta la muerte, la ascensión dificultosa y dura, todos esos esfuerzos que había llevado a cabo para salir del otro lugar de expiación los había

llevado a cabo para entrar en éste. ¿Era acaso un símbolo de su destino?

Aquella morada era también una cárcel y tenía un parecido lúgubre con la otra de la que había escapado; y, no obstante, él no había pensado nunca que pudiera existir algo así.

Volvía a encontrarse con las rejas, los cerrojos, los barrotes de hierro. ¿Y a quién encerraban? A unos ángeles.

Aquellos muros altos que había visto rodeando a los tigres los volvía a ver rodeando a los corderos.

Era un lugar de expiación, no de castigo; y, sin embargo, era aún más austero, más taciturno y más despiadado que el otro. A aquellas vírgenes las doblegaba una carga mayor que la de los presidiarios. Un viento frío y áspero, ese viento que le había helado la juventud, cruzaba por el foso de los buitres, que cerraban rejas y candados; un cierzo aún más agrio y doloroso soplaba en la jaula de las palomas. ¿Por qué?

Cuando pensaba en aquellas cosas, todo cuando había en él se anonadaba en aquel misterio sublime.

El orgullo se esfumó entre todas aquellas meditaciones. Pensó en sí mismo una y otra vez; sintió que era muy poca cosa y lloró en muchas ocasiones. Cuanto había aparecido en su vida desde hacía seis meses lo volvía a conducir a las santas intimaciones del obispo: Cosette con el amor y el convento con la humildad.

A veces, por las tardes, a la hora del crepúsculo, cuando estaba desierto el jardín, se lo podía ver arrodillado en medio del paseo que corría a lo largo de la capilla, delante de la ventana por la que había mirado la noche en que llegó, vuelto hacia el sitio en que sabía que una hermana que hacía el desagravio rezaba, prosternada. Y él rezaba arrodillado ante aquella hermana.

Era como si no se atreviese a arrodillarse directamente delante de Dios.

Se empapaba despacio de cuanto lo rodeaba: aquel jardín tranquilo, aquellas flores perfumadas, aquellas niñas que gritaban alegremente, aquellas mujeres serias y sencillas, aquel claustro silencioso; y, poco a poco, el alma se le iba componiendo de silencio como el del claustro, de aroma como el de las flores, de paz como la del jardín, de sencillez como la de aquellas mujeres, de alegría como la de aquellas niñas. Y, además, pensaba que, en dos

momentos críticos de su vida, lo habían acogido, sucesivamente, dos moradas de Dios, la primera cuando se le cerraban todas las puertas y la sociedad humana lo rechazaba, la segunda cuando la sociedad humana volvía a perseguirlo y se le volvían a abrir las puertas del presidio; y pensaba que sin aquélla habría vuelto a caer en el crimen; y, sin ésta, en el suplicio.

Se le deshacía el corazón de agradecimiento y cada vez había más sitio para el amor.

Así transcurrieron varios años; Cosette crecía.

Tercera Parte

Marius

Libro primero

París estudiado en su átomo

I

Parvulus

París tiene un niño y el bosque tiene un pájaro; el nombre del pájaro es el gorrión; el nombre del niño es el golfillo.

Que el lector empareje estas dos ideas, en una de las cuales cabe toda la hoguera y en la otra toda la aurora; que golpee estas dos chispas: París y la infancia; lo que brota es una personita, *Homuncio,* diría Plauto.

Es una personita alegre. No come a diario, pero, si le apetece, va al teatro todas las noches. No le ampara el cuerpo una camisa, no calza zapatos ni tiene tejado alguno encima de la cabeza; es como las moscas del cielo, que no cuentan con nada de eso. Tiene entre los siete y los trece años, vive en bandadas, anda de acá para allá; reside al aire libre; lleva un pantalón viejo de su padre que le tapa los talones, un sombrero viejo del padre de cualquier otro que le tapa las orejas, un único tirante de orillo, de tono amarillento; corre, acecha, busca, pierde el tiempo, cura las pipas, blasfema como un maldito, frecuenta la taberna, conoce a ladrones, tutea a rameras, habla en jerga, canta canciones obscenas y no tiene maldad alguna en el corazón. Porque en el alma tiene una perla, la inocencia, y las perlas no se disuelven en el barro. Mientras el hombre es niño, Dios dispone que sea inocente.

Si le preguntásemos a la ciudad gigantesca: ¿Y éste quién es?, respondería: Mi cachorrito.

II

Algunas de sus señas particulares

El golfillo de París es el enano de la giganta.

No exageremos: ese querubín del arroyo a veces tiene camisa, pero, en tal caso, no tiene más que una; a veces tiene zapatos, pero entonces están sin suelas; a veces tiene casa y siente apego por ella y tiene allí a una madre, pero prefiere la calle, porque es donde encuentra libertad. Tiene sus propios juegos, su picardía propia que se fundamenta en el odio por los burgueses; y sus metáforas personales: morirse se dice *comerse los dientes de león por la raíz;* sus oficios son: llamar a los coches de punto; bajar los estribos de los carruajes; crear zonas de tránsito entre las dos aceras de una calle en días de mucha lluvia, a lo que llama *hacer un Pont-des-Arts*; vocear los discursos que pronuncian las autoridades para provecho del pueblo francés; rascar las separaciones de los adoquines; tiene su propia moneda, que consiste en todos los pedacitos de cobre labrado que puedan hallarse en la vía pública. Esa curiosa moneda, que recibe el nombre de *loque,* «andrajo», tiene un curso fijo y muy bien regulado entre los chiquillos de esa vida bohemia menuda.

Tiene, finalmente, su propia fauna, que observa con afán estudioso por los rincones: la mariquita; el pulgón de la calavera; el segador, «el diablo», un insecto negro que amenaza retorciendo la cola armada con dos cuernos. Tiene su monstruo fabuloso, con escamas en la tripa y no es un lagarto, con pústulas en el lomo y no es un sapo, que vive en los agujeros de los hornos de cal viejos y en los pozos negros secos: es negro, peludo, viscoso, reptante, a veces lento y a veces veloz; no chilla, pero mira, y es tan terrible que nadie lo ha visto nunca; a ese monstruo lo llama «el sordo». Buscar sordos entre las piedras es un placer que entra en la categoría de lo

temible. Otro placer: levantar repentinamente un adoquín y ver cochinillas. Conoce cada zona de París por los hallazgos interesantes que pueden hacerse en ella. En los tajos del convento de las Ursulinas hay tijeretas; en el Panthéon, hay escolopendras; hay renacuajos en las cunetas de Le Champ de Mars.

En lo tocante a los dichos, este niño se parece a Talleyrand. No es menos cínico, pero es más honrado. Posee algo así como una jovialidad inesperada. Se ríe de forma irreprimible y desconcierta a los comerciantes. Tiene un repertorio que abarca con desenfado desde la comedia de caracteres a la farsa.

Pasa un entierro. Entre las personas del acompañamiento va un médico.

—¡Anda! —exclama un golfillo—. ¿Desde cuándo los médicos se hacen cargo de entregar personalmente el trabajo?

Otro golfillo está metido en una aglomeración. Un hombre muy serio, con gafas y dijes, se vuelve, indignado:

—¡Fresco! Le acabas de coger «el talle» a mi mujer.

—¿Yo, caballero? Que me registren.

III

Es simpático

Por las noches, con unos céntimos que siempre consigue, el *homuncio* entra en un teatro. Al cruzar ese umbral mágico se transfigura: era un golfillo y se convierte en el titi parisino. Los teatros son algo así como barcos puestos del revés, con la sentina arriba. En esa sentina se agolpan los titis, que son al golfillo lo que la falena a la oruga; el mismo ser, pero que ha alzado el vuelo y planea. Basta con que estén ahí, irradiando dicha, potentes de entusiasmo y alegría, con ese batir de las manos que parece un batir de alas, para que esa sentina estrecha, fétida, oscura, sórdida, malsana, repulsiva, abominable, se llame el paraíso.

Dadle a alguien lo inútil y quitadle lo necesario y el resultado será el golfillo.

El golfillo no carece de cierta intuición literaria. No es que sea dado, y lo decimos lamentándolo cuanto sea preciso lamentarlo, al gusto clásico. Es, por naturaleza, poco académico. Por poner un ejemplo, la popularidad de la señorita Mars la aliñaba aquel público menudo de niños bulliciosos con cierta ironía. Los golfillos la llamaban la señorita *Más*.

El golfillo berrea, bromea, se pitorrea, pelea, va vestido de retales como un niño pequeño y de harapos como un filósofo, pesca en la alcantarilla, caza en la cloaca, saca buen humor de la inmundicia, flagela con sus dichos ingeniosos los cruces de calles, ríe con sarcasmo y muerde, silba y canta, aclama y abuchea, le quita hierro al aleluya con los estribillos de las óperas cómicas, canturrea todas las músicas desde el *De Profundis* hasta las chirigotas de carnaval, halla sin buscar, sabe lo que ignora; de tan espartano como es resulta ser un rata; de tan loco, un sabio; de tan

lírico, soez; se pondría en cuclillas en el Olimpo, se revuelca en el estiércol y se levanta cubierto de estrellas. El golfillo de París es un Rabelais en miniatura.

No le gustan los pantalones que no tienen bolsillo para el reloj.

Pocas cosas lo extrañan y menos aún lo asustan; ridiculiza las supersticiones, desinfla las exageraciones, se ríe de los misterios, les saca la lengua a los fantasmas, les quita la poseía a los zancos, caricaturiza los aspavientos épicos. No es que sea prosaico, ni mucho menos; pero pone en el lugar de la visión solemne la fantasmagoría humorística. Si se le apareciera Adamastor, el golfillo diría: «¡Anda! ¡El hombre del saco!».

IV

Puede resultar útil

París empieza en el papanatas y acaba en el golfillo, dos seres que no pueden darse en ninguna otra ciudad: la aceptación pasiva, que se contenta con mirar, y la iniciativa inagotable; Prudhomme y Fouillou. Sólo en la historia natural de París hay algo así. El papanatas es la quintaesencia de la monarquía. El golfillo es la quintaesencia de la anarquía.

Ese hijo pálido de los arrabales de París vive y crece, se urde y «se desurde» con dolor, en presencia de las realidades sociales y de los sucesos humanos, testigo meditabundo. Se toma por despreocupado, pero no lo es. Mira, dispuesto a echarse a reír; dispuesto también a otra cosa. Quienquiera, sea quien sea, a quien se lo conozca por el nombre de Prejuicio, Abuso, Ignominia, Opresión, Iniquidad, Despotismo, Injusticia, Fanatismo, Tiranía, que tenga cuidado con el golfillo decidido.

Ese niño crecerá.

¿Con qué arcilla lo amasaron? Con el primer fango que tuvieron a mano. Un puñado de barro, un hálito y ya tenemos a Adán. Basta con que pase un dios. Por un golfillo siempre ha pasado un dios. La fortuna moldea a ese ser menudo. Cuando decimos la fortuna queremos decir, hasta cierto punto, la aventura. Ese pigmeo, modelado con tierra basta y corriente, ignorante, iletrado, despistado, vulgar, populachero, ¿será jónico o beocio? No tengáis prisa, *currit rota,* el alma de París, ese demonio que crea del azar a los niños y a los hombres del destino, al revés de lo que hacía el alfarero latino, convierte el jarro en ánfora.

V

Sus fronteras

Al golfillo la gusta la ciudad; también le gusta estar solo, porque hay en él alguna de las características del sabio. *Urbis amator,* como Fusco; *ruris amator,* como Flaco.

Andar sin rumbo mientras piensa, es decir, pasear ociosamente, es para un filósofo una estupenda actividad; sobre todo en esa especie de campiña un tanto híbrida, bastante fea, pero curiosa y que se compone de dos tipos de naturaleza, que rodea algunas ciudades y París en particular. Mirar los arrabales es mirar lo anfibio. Acaban los árboles, empiezan los tejados; acaba la hierba, empiezan los adoquines; acaban los surcos, empiezan las tiendas; acaban las rodadas, empiezan las pasiones; acaba el susurro divino, empieza el rumor humano; por eso tienen un interés extraordinario.

De ahí que por esos lugares poco atractivos y a los que los viandantes han puesto para siempre ya la marca del epíteto *triste,* pasee, aparentemente sin meta, el hombre que cavila.

Quien escribe estas líneas ha rondado mucho por los portillos de París y es ello una fuente de recuerdos muy hondos. Esa hierba corta, esos senderos pedregosos, esa greda, esas margas, esos yesos; esas ásperas monotonías de los baldíos y los barbechos; los cultivos de hortalizas tempranas de los hortelanos, que se divisan de repente, al fondo; esa mezcla de lo silvestre y lo urbano; esos extensos esquinazos despoblados donde los tambores de la guarnición tienen puesta escuela y fingen el tartamudeo de una batalla; esas tebaidas de día, que son malos pasos de noche; el molino desgarbado cuyas aspas giran al viento; las ruedas de extracción de las canteras; los merenderos pared por medio con los cementerios; el encanto misterioso de las tapias altas y sombrías

que dividen gigantescos solares inundados de sol y llenos de mariposas: todo le resultaba atractivo.

Casi nadie en el mundo conoce esos sitios singulares, La Glacière, La Cunette, el espantoso muro de Grenelle atigrado de balas, Le Mont-Parnasse, La Fosse-aux-Loups, Les Aubiers a orillas del Marne, Mont-Souris, La Tombe-Issoire, La Pierre-Plate de Châlons donde hay una cantera vieja y agotada que no sirve ya más que para cultivar setas y cierra, a ras del suelo, una trampilla de tablas podridas. La campiña romana es un concepto; los arrabales parisinos, otro; no ver en lo que nos brinda un horizonte nada que no sean casas o árboles es no pasar de la superficie: todos los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios. El punto en que una llanura se junta con una ciudad lo impregna siempre a saber qué melancolía penetrante. Allí nos hablan a la vez la naturaleza y la humanidad. Se hacen patentes las originalidades locales.

Quien haya deambulado como nosotros por esas soledades contiguas a nuestros arrabales que podríamos llamar el limbo de París habrá vislumbrado acá y allá, en el sitio más dejado de la mano de Dios, detrás de un seto escuálido o en el entrante de una tapia lúgubre, grupos bulliciosos de niños, malolientes, embarrados, polvorientos, andrajosos, hirsutos, que juegan a la pulga, coronados de acianos. Son todos los niños fugados de las familias pobres. Los paseos de ronda son la atmósfera en que respiran; los arrabales les pertenecen. Viven allí un perpetuo asueto. Cantan ingenuamente su repertorio de canciones indecentes. Están ahí o, mejor dicho, existen ahí, apartados de todas las miradas, en la luz suave de mayo o de junio, arrodillados alrededor de un hoyo hecho en el suelo, golpeando las canicas con el pulgar, peleándose por una moneda, sin responsabilidades, evadidos, sueltos, dichosos; y, cuando te ven, se acuerdan de que tienen un negocio y necesitan ganarse la vida y acuden a ofrecerte una media de lana vieja llena de abejorros o un manojo de lilas. Esos encuentros con niños extraños son uno de los encantos deliciosos y, al mismo tiempo, dolorosos de los alrededores de París.

A veces, en esas aglomeraciones de niños, hay niñas —¿serán hermanas suyas?—, casi muchachitas, flacas, febriles, con manos en que la piel tostada remeda unos guantes, pecosas, tocadas con espigas de centeno y con amapolas, alegres, esquivas, descalzas.

Algunas comen cerezas en los trigales. Al caer la tarde se las oye reír. Esos grupos, que ilumina la luz cálida del mediodía o vemos a medias en el crepúsculo, tardan en írsele de la cabeza al meditabundo; y esas visiones se le entremezclan con los sueños.

París, el centro, los arrabales, su circunferencia; para esos niños son la tierra entera. Nunca se arriesgan a ir más allá. No pueden salir de la atmósfera parisina como los peces no pueden salir del agua. Para ellos, a dos leguas de los portillos, ya no hay nada. Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervilliers, Ménilmontant, Choisy-le-Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanvre, Sèvres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers, Colombes, Romainville, Chatou, Asnières, Bougival, Nanterre, Enghien, Noisy-le-Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse, tales son los límites donde acaba el universo.

VI

Algo de historia

En la época, casi contemporánea por lo demás, en que transcurre esta historia no había, como hoy en día, un guardia en todas las esquinas (ventaja que no es ahora el momento de discutir); abundaban en París los niños vagabundos. Las estadísticas hablan de doscientos sesenta niños sin domicilio que, a la sazón, recogían anualmente las rondas de la policía en los solares sin tapiar, las casas en construcción y bajo los puentes. De uno de esos nidos, que sigue siendo famoso, salieron las «golondrinas del puente de Arcole». Es éste, por lo demás, uno de los síntomas sociales más desastrosos. Todos los crímenes del hombre empiezan en los vagabundeos del niño.

Exceptuemos, no obstante, París. Dentro de un orden, y pese al recuerdo que acabamos de citar, es una excepción justificada. Mientras que en cualquier otra gran ciudad un niño vagabundo es un hombre perdido; mientras que en casi todas partes el niño que no tiene a quien recurrir está, como quien dice, abocado y entregado a algo así como una inmersión fatídica en los vicios públicos que le socava la honradez y la conciencia, el golfillo de París, debemos insistir en ello, por muy tosco que sea y muy mellada que tenga la superficie, por dentro está casi completamente intacto. Constancia espléndida y que se revela con toda claridad en nuestras revoluciones populares: si es cierta la idea de que con el aire de París pasa como con la sal que hay en el agua del océano, existe cierta imposibilidad de corromperse. Respirar en París conserva el alma.

Lo dicho no merma el encogimiento de corazón que notamos cada vez que nos topamos con uno de esos niños en torno a los que

parece que vemos flotar los hilos de la familia rota. En la civilización actual, tan incompleta todavía, no suelen ser demasiado anómalas esas fracturas de las familias, que se vacían en la sombra, sin llegar a saber qué ha sido de los niños, y sueltan las entrañas en la vía pública. De ahí proceden esos destinos ignotos. Es un fenómeno que se llama, porque esos sucesos tan tristes han acabado por convertirse en frase hecha, «quedarse en París en medio de la calle».

Dicho sea de paso, esa forma de abandonar a los niños no le parecía mal a la monarquía antigua. Un toque de Egipto y Bohemia en las clases bajas agradaba a las clases altas y les venía bien a los poderosos. El aborrecimiento a la idea de proporcionar enseñanza a los niños del pueblo era un dogma. ¿Para qué andarse con «instrucciones a medias»? Ésa era la consigna. Y el niño vagabundo es el corolario del niño ignorante.

Por lo demás, la monarquía necesitaba a veces niños. Y entonces salía a robarlos a la calle.

En el reinado de Luis XIV, por no remontarnos más en el tiempo, el rey quería, y con razón, crear una flota. La idea era buena. Pero veamos los medios. No hay flota si, junto al barco de vela, juguete del viento, y para remolcarlo si necesario fuere, no se pone el barco que decide dónde va, bien con remos, bien con vapor; las galeras eran a la sazón para la marina lo que son hoy los vapores. Era preciso, pues, tener galeras; pero la galera sólo la mueve el galeote; así que hacían falta galeotes. Colbert se encargaba de que los intendentes de las provincias y los parlamentos proveyesen de la mayor cantidad posible de forzados. La magistratura ponía mucho empeño. ¿Que un hombre no se quitaba el sombrero al pasar una procesión? Comportamiento de hugonote; lo mandaban a galeras. ¿Que encontraban a un niño por la calle? Con tal de que tuviese quince años y no tuviese donde dormir, lo mandaban a galeras. Un gran reinado y un gran siglo.

En tiempos de Luis XV, los niños desaparecían de París. La policía los raptaba y nadie sabía con qué fines misteriosos. Se cuchicheaban con espanto conjeturas monstruosas relacionadas con los baños de púrpura del rey. Barbier habla ingenuamente de esos temas. A veces ocurría que los exentos, si se les quedaba corto el cupo de niños, se llevaban a los que tenían padres. Los padres,

desesperados, se les echaban encima a los exentos. En esos casos el Parlamento intervenía y mandaba ahorcar ¿a quiénes?, ¿a los exentos? No, a los padres.

VII

El golfillo podría tener cabida en las clasificaciones de la India

Los golfillos parisinos son casi una casta. Podríamos decir que no es golfillo quien quiere.

Esa palabra, *gamin* —golfillo—, se imprimió por primera vez y llegó a la lengua popular desde la lengua literaria en 1834. Hizo su aparición en un opúsculo titulado *Claude Gueux*. Fue todo un escándalo. La palabra cuajó.

Los elementos de que se compone la consideración de los golfillos entre sí son muy diversos. Conocimos y tratamos a uno que gozaba de mucho respeto y gran admiración porque había visto caer a un hombre desde las torres de Notre-Dame; a otro le pasaba lo mismo porque había conseguido colarse en el patio trasero donde estaban momentáneamente depositadas las estatuas de la cúpula de Les Invalides y les había «aliviado» plomo; otro más había visto volcar una diligencia; y otro «conocía» a un soldado que había estado a punto de reventarle un ojo a un paisano.

Lo dicho explica esta exclamación de un golfillo parisino, un epifonema de gran calado con el que el vulgo se ríe sin entenderlo: *¡Rediós! ¡Si tendré mala pata que todavía no he visto a nadie caerse de un quinto piso!*

Es, desde luego, una espléndida frase la de ese campesino que contestó, cuando le dijeron: «Se le ha muerto la mujer de enfermedad, amigo. ¿Por qué no mandó llamar al médico?».

—Mire, caballero, nosotros los pobres *ya nos encargamos de morirnos solos*.

Pero, si toda la pasividad de los campesinos está en esa frase, toda la anarquía librepensadora del chiquillo de los arrabales está,

no cabe duda, en esta otra: un condenado a muerte, en la carreta, atiende a lo que le dice su confesor. El chiquillo parisino se indigna: *¡Pues no va hablando con el corona! ¡Será capón!*

Cierta dosis de atrevimiento en asuntos religiosos da prestigio al golfillo. Es importante ser descreído.

Asistir a las ejecuciones es una obligación. Señalan la guillotina y se ríen. Le ponen apodos chistosos: el final del rancho, la regañona, la comadre del viaje azul (del viaje al cielo), el último bocado, etc., etc. Para no perderse nada, trepan por las paredes, se suben a los balcones, gatean por los árboles, se cuelgan de las verjas, se agarran a las chimeneas. El golfillo nace trastejador, como también nace marinero. Ni un tejado ni un mástil le dan miedo. Ni hay fiesta mejor que la de la plaza de Grève. Sanson, el verdugo, y el padre Montés, el capellán de la cárcel, son los nombres más populares. Abuchean al reo para darle ánimos. A veces, lo admiran. Lacenaire, cuando era un golfillo, al ver al monstruoso Dautun morir con coraje, dijo la siguiente frase, que encerraba todo un porvenir: *Me dio envidia*. La casta de los golfillos no sabe quién es Voltaire, pero sabe quién es Papavoine. Aúna en la misma leyenda a los «políticos» y a los asesinos. Conoce las tradiciones de la última prenda que vistieron todos. Sabido es que Tolleron llevaba un gorro de ayudante de forja; Avril, una gorra de nutria; Louvel, un sombrero de copa redonda; que el anciano Delaporte era calvo y fue sin nada en la cabeza; que Castaing era sonrosado y muy guapito; que Bories tenía una perilla romántica; que Jean Martin no se quitó los tirantes; que Lecouffé y su madre iban riñendo. «No os peléis por el cesto», les gritó un golfillo. Otro, para ver pasar a Debacker, como era bajito y estaba entre el gentío, ve el farol del muelle y se sube. Un gendarme, que está de servicio, frunce el entrecejo. «Déjeme que me suba, señor gendarme», dice el chiquillo. Y para enternecer a la autoridad, añade: «De verdad que no me voy a caer». «¿Y a mí qué me importa que te caigas?», contesta el gendarme.

En la casta de los golfillos, un accidente memorable es muy apreciado. Quien se haga un corte profundo, «hasta el hueso», llegará al colmo de la consideración.

Los puños no son un elemento baladí a la hora de darse a respetar. Una de las cosas que el golfillo dice con más frecuencia es:

¡Anda y que no tengo yo fuerza! A los zurdos los envidian. Ser bizco está muy bien valorado.

I

Donde podrá leerse un dicho delicioso del último rey

En verano, se metamorfosea en rana y, por las tardes, al caer la noche, delante de los puentes de Austerlitz e Iéna, desde lo alto de los trenes carboneros y de los barcos de las lavanderas, se mete de cabeza en el Sena y en todas las infracciones habidas y por haber a las leyes del pudor y la policía. No obstante, los guardias están atentos y el resultado es una situación de gran dramatismo cuyo fruto fue, en una ocasión, un grito fraterno y memorable; ese grito, que se hizo famoso allá por 1830, es una advertencia estratégica de un golfillo a otro; se escande como un verso de Homero, con una notación casi tan indecible como la melopea eleusina de las Panateneas, y oímos en él el Evohé de la Antigüedad: *Eh, titi, eh, que hay madera, hay golondros; coge la farda y largo, ve por la alcantarilla.*

A veces esa mosquita —que así se llama a sí mismo— sabe leer; a veces sabe escribir; siempre sabe pintarrajear. No vacila en adquirir, por no se sabe qué misteriosa instrucción mutua, todas las artes que pueden resultar de utilidad en los asuntos públicos; entre 1815 y 1830, imitaba el grito del pavo; entre 1830 y 1848, garabateaba peras en las paredes. Una tarde de verano, Luis Felipe, que volvía a pie a palacio, vio a uno, un pequeñajo muy bajito, sudar tinta y ponerse de puntillas para dibujar con carbón una pera gigantesca en uno de los pilares de la verja de Neuilly; el rey, con esa bonachonería que había heredado de Enrique IV, le echó una mano al golfillo, acabó de dibujar la pera y le dio al niño una moneda de un luis, diciendo: *También aquí está la pera*. Al golfillo le gusta el jaleo. Le agrada cierta dosis de violencia. Aborrece a «los curas». Un día, en la calle de la Universidad, uno de esos golfillos le hacía morisquetas a la puerta cochera del número 69. «¿Por qué

haces eso delante de esa puerta?», le preguntó un transeúnte. El niño contestó: «Ahí vive un cura». Es ahí, efectivamente, donde reside el nuncio del papa. No obstante, por muy volteriano que sea el golfillo, si se le presenta ocasión de meterse a monaguillo es posible que acepte y, en tal caso, ayuda a misa con mucha formalidad. Hay dos situaciones en que es como Tántalo y siempre ansía llegar a ellas sin conseguirlo nunca: derribar al gobierno y que le remienden los pantalones.

El golfillo consumado se sabe de memoria a todos los guardias de París y, cuando se encuentra con uno, siempre es capaz de ponerle nombre. Los cuenta de corrido. Estudia sus costumbres y tiene notas especiales para cada uno. Lee como en un libro abierto en las almas de la policía. Puede decir con naturalidad y sin inmutarse: «Fulano es *un falso*; mengano es *muy malo;* zutano es *grande;* perengano es *ridículo»* (todas esas palabras, falso, malo, grande, ridículo, tienen en sus labios una acepción particular); «ése se cree que el Pont-Neuf es suyo y no deja al *personal* pasearse por la cornisa, por fuera de los antepechos»; «aquél tiene la manía de tirarle de las orejas al prójimo», etc., etc.

IX

El espíritu de la Galia antigua

Algo había de ese niño en Poquelin, hijo de mercaderes; y también en Beaumarchais. El golfillo es un matiz de la forma de ser gala. Cuando va mezclado ese matiz con el sentido común, a veces le añade fuerza, como el alcohol al vino. A veces es un defecto. Homero es machacón, bien está; podríamos decir que Voltaire es golfillo. Camille Desmoulins era arrabalero. Championnet, que no se andaba con miramientos con los milagros, procedía de los adoquines de París; de pequeño, *regó el porche* de Saint-Jean de Beauvais y de Saint-Étienne du Mont; se había tomado suficientes confianzas con la urna de los restos de santa Genoveva como para permitirse dar órdenes a la ampolla de san Genaro.

El golfillo de París es respetuoso, irónico e insolente. Tiene feos los dientes porque come mal y su estómago lo acusa, y ojos hermosos porque es ingenioso. Saltaría a la pata coja por las escaleras del paraíso en presencia de Jehová. Es campeón en el juego de *savate*. Puede medrar en lo que sea. Juega en el arroyo y se yergue para la algarada; conserva el descaro ante la metralla; era un golfillo y es un héroe; como el niño tebano, desuella al león; el tamborcillo Bara era un golfillo de París; grita: «¡Adelante!» como piafa de contento el caballo de las Escrituras; y le basta un minuto para pasar de chiquillo a general.

Este hijo del lodazal es también el hijo de los ideales. Calcule el lector esa envergadura que va de Molière a Bara.

En resumidas cuentas, y para concretarlo todo en una frase, el golfillo es alguien que se divierte porque no es feliz.

X

Ecce París, ecce homo

Por resumirlo más aún, el golfillo de París es hoy en día lo que fue antaño el *græculus* de Roma, es el pueblo niño que lleva en la frente la arruga del mundo viejo.

El golfillo es una gracia que se le concede a una nación y, al tiempo, es una enfermedad. Una enfermedad que hay que curar. ¿Cómo? Con la luz.

La luz sanea.

La luz enciende.

Todas las irradiaciones sociales generosas salen de la ciencia, de las letras, de las artes, de la enseñanza. Haced hombres, haced hombres. Iluminadlos para que os den calor. Antes o después, la espléndida cuestión de la instrucción universal se planteará con la irresistible autoridad de la verdad absoluta; y entonces quienes gobiernen bajo la vigilancia del pensamiento francés tendrán que hacer la siguiente elección: los hijos de Francia o los golfillos de París; llamas en la luz o fuegos fatuos en las tinieblas.

El golfillo es la expresión de París y París es la expresión del mundo.

Porque París es una totalidad. París es el techo del género humano. Toda esta ciudad prodigiosa es un compendio de las costumbres muertas y de las costumbres vivas. Quien ve París cree ver el envés de toda la historia, con cielo y constelaciones en los intervalos. París tiene un Capitolio, la Casa de la Villa; un Partenón, Notre-Dame; un monte Aventino, el barrio de Saint-Antoine; un Asinario, la Sorbona; un Panteón, el Panthéon; una Vía Sacra, el bulevar de Les Italiens; una Torre de los Vientos, la opinión: y, para sustituir a las Gemonias, tiene el ridículo. Su *majo* es el *faraud,* el

presumido; su *trasteverino* es el *faubourien,* el arrabalero; su *hammal* es el *fort de la halle,* el soguero del mercado de abastos; su *lazzarone* es el *pègre,* el haragán; su *cockney* es el *gandin,* el elegante de barrio. Todo lo que esté en otro lugar está en París. La verdulera de Dumarsais puede dialogar con la vendedora de hierbas de Eurípides; el discóbolo Veiano renace en el funámbulo Forioso; Therapontigonus, el soldado fanfarrón, podría ir del brazo del granadero Valdeboncœur; Damasipo, el coleccionista de antigüedades, se sentiría a gusto entre los prenderos; Vincennes detendría a Sócrates y también el Ágora encarcelaría a Diderot: Grimod de la Reynière inventó el rosbif al sebo como Curtilo inventó el erizo asado; vemos aparecer debajo del globo del arco de L'Étoile el trapecio de Plauto; el tragasables del Pecile a quien conocía Apuleyo es el tragasables del Pont-Neuf; el sobrino de Rameau y Curculio hacen buena pareja; Ergasilo le pediría a D'Aigrefeuille que lo presentase para que lo recibiera Cambacérès; los cuatro currutacos de Roma, Alcesimarco, Fedromo, Diábolo y Argiripo, vienen del desfile de carnaval de La Courtille en la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no le hacía más caso a Congrio que Charles Nodier a Polichinela; Marton no es una tigresa, pero Pardalisca no era un dragón; Pantolabo, el truhán, se burla en el Café Anglais de Nomentano, el vividor; Hermógenes es tenor en Les Champs-Élysées y, junto a él, Trasio, el pordiosero, disfrazado de Bobèche, pasa el platillo; el importuno que te detiene en Les Tuileries agarrándote por el botón del frac te obliga a repetir, dos mil años después de la increpación de Tesprión: *«quis properantem me prehendit pallio?».* El vino de Suresnes es una parodia del vino de Alba; la copa llena hasta arriba de Désaugiers hace juego con esa otra copa, grande, de Balatrón; del Père-Lachaise brotan cuando llueve de noche los mismos fulgores nocturnos que en las Esquilinas, y la fosa del pobre, comprada por cinco años, equivale al ataúd alquilado del esclavo.

Busque el lector algo de lo que París carezca. En la cubeta de Trofonio no hay nada que no esté en la bañera de Mesmer; Ergafilas resucita en Cagliostro; el brahmán Vasaphanta se reencarna en el conde de Saint-Germain; en el cementerio de Saint-Médard ocurren milagros tan buenos como en la mezquita de los Omeyas de Damasco.

París cuenta con un Esopo, que es Mayeux; y con una Canidia, que es la señorita Lenormand. Se espanta igual que Delfos ante las realidades fulgurantes de la visión; dan vueltas aquí los veladores como en Dodona los trípodes. Sienta en un trono a las modistillas igual que Roma sienta a las cortesanas; y, en resumidas cuentas, aunque Luis XV sea peor que Claudio, la señora Dubarry es preferible a Mesalina. París combina en un individuo inaudito que vivió y con el que nos codeamos la desnudez griega, la úlcera hebraica y los chistes gascones. Hace una mezcla de Diógenes, Job y el Payaso, viste un espectro con números atrasados de *Le Constitutionnel* y el resultado es Chodruc Duclos.

Aunque Plutarco dice: *el tirano no envejece,* Roma, tanto con Sila como con Domiciano, se resignaba y aguaba el vino con frecuencia. El Tíber era un Leteo si nos fiamos de la alabanza un tanto doctrinaria de Vario Vibisco: *Contra Gracchos, Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est seditionem oblivisci*. París bebe un millón de litros de agua diarios, pero no le impide, cuando se tercia, tocar a generala y a rebato.

Dicho esto, París es campechano. Lo acepta todo tan tranquilo; no es exigente en lo referido a Venus; su calipigia es hotentote; si ríe, concede una amnistía; la fealdad le hace gracia; con la deformidad se muere de risa, el vicio lo entretiene; si eres pícaro, podrás ser un pícaro; ni siquiera lo subleva la hipocresía, ese cinismo supremo; es tan literario que no se tapa la nariz ante Don Basilio, ni lo escandaliza Tartufo cuando reza ni tampoco lo disgusta el «hipo» de Príapo. No le falta al perfil de París rasgo alguno del rostro universal. El baile Mabille no es la danza polimniana del Janículo, pero la vendedora de artículos de tocador y adornos de segunda mano mira con tierno interés a la loreta exactamente igual que la alcahueta Esáfila acechaba a la virgen Planesio. El portillo de Le Combat no es un Coliseo, pero son allí tan feroces como si tuvieran a César de espectador. La tabernera siria tiene más encanto que la hostelera Saguet, pero, si bien Virgilio frecuentaba la taberna romana, David d'Angers, Balzac y Charlet se sentaron en el figón parisino. París reina. Los genios resplandecen, los cómicos prosperan. Adonai pasa en su carro de doce ruedas de trueno y relámpagos; Sileno entra en la ciudad subido en su borrico. En vez de Sileno, léase Ramponneau.

París es sinónimo de Cosmos. París es Atenas, Roma, Síbaris, Jerusalén, Pantin. Ahí están todas las civilizaciones compendiadas, todas las barbaries también. A París lo contrariaría mucho no tener una guillotina.

Es buena una dosis de plaza de Grève. ¿Qué sería de esa fiesta eterna sin tal aliño? Nuestras leyes han proveído sabiamente y, gracias a ellas, esa cuchilla gotea sobre este martes de carnaval.

XI

Reír, reinar

En París, nada de límites. Ninguna ciudad tuvo ese imperio que a veces escarnece lo que subyuga. *¡Agradaros, ay, atenienses!,* exclamaba Alejandro. París impone más que la ley, impone la moda; París impone más que la moda, impone la rutina. París puede ser necio, si le parece oportuno; a veces se permite ese lujo; entonces el universo es necio con él; luego, París se despierta, se frota los ojos, dice: «¡Seré estúpido!», y se echa a reír en las narices del género humano. ¡Qué maravilla una ciudad así! ¡Qué peculiar que tanta grandiosidad y tanta bufonería se lleven bien, que tanta parodia no estorbe a tanta majestad, y que los mismos labios puedan hoy soplar en la trompeta del juicio final y mañana en un mirlitón! París tiene una jovialidad soberana. Su buen humor es como el rayo, y su farsa lleva cetro. Su huracán nace a veces de una mueca. ¡Sus estallidos, sus batallas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas llegan hasta la otra punta del universo, y sus incoherencias también! Su risa es la boca de un volcán que salpica la tierra entera. Sus burlas son pavesas. Les impone a los pueblos sus caricaturas y también sus ideales; los mayores monumentos de la civilización humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad a travesuras, Es espléndido; tiene un 14 de julio prodigioso que libera el orbe; impone a todas las naciones el juramento del juego de pelota; su noche del 4 de agosto disuelve en tres horas mil años de feudalismo; convierte su lógica en el músculo de la voluntad unánime; se multiplica con todas las formas de lo sublime; inunda con su luz a Washington, Kosciusko, Bolívar, Botzaris, Riego, Bem, Manin, López, John Brown, Garibaldi; doquier esté, se enciende el porvenir: en Boston en 1779; en la isla de León en 1820; en Pesth

en 1848; en Palermo en 1860; les cuchichea al oído la poderosa consigna *Libertad* a los abolicionistas americanos reunidos en el transbordador de Harper's Ferry y a los patriotas de Ancona en asamblea en la sombra de los Archi, delante de la posada Gozzi, a orillas del mar; crea a Canaris; crea a Quiroga; crea a Pisacane; manda por la tierra los rayos de la grandeza; muere Byron en Missolonghi y Mazet muere en Barcelona yendo a donde los empuja su aliento; es tribuna bajo los pies de Mirabeau y cráter bajo los pies de Robespierre; sus libros, su teatro, su arte, su ciencia, su literatura, su filosofía son los manuales del género humano; tiene a Pascal, a Régnier, a Corneille, a Descartes, a Jean-Jacques, a Voltaire para todos los minutos; a Molière para todos los siglos; hace que la boca universal hable en su lengua, y esa lengua se vuelve verbo; edifica en todas las mentes la idea de progreso; los dogmas liberadores que forja son para las generaciones espadas de cabecera; y es con el alma de sus pensadores y de sus poetas con la que se amasaron desde 1789 todos los héroes de todos los pueblos; eso no le impide hacer chiquilladas; y ese genio enorme al que llaman París, al tiempo que transfigura el mundo con su luz, pinta con carbón la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo y escribe *Crédeville ladrón* en las pirámides.

París siempre enseña los dientes; cuando no ruge, ríe.

Así es París. Los humos de sus tejados son las ideas del universo. Montones de barro y de piedra, si se quiere, pero, por encima de todo, una entidad moral. Es más que grande, es inmenso. ¿Por qué? Porque se atreve.

Atreverse: tal es el precio del progreso.

Todas las conquistas sublimes son, en mayor o menor grado, premios a la osadía. Para que la revolución nazca, no basta con que la presienta Montesquieu, con que la anuncie Beaumarchais, con que la planee Condorcet, con que la prepare Arouet, con que la premedite Rousseau; tuvo que atreverse Danton.

El grito: *¡Audacia!* es un *Fiat lux*. Para que avance el género humano tiene que haber en las cumbres, permanentemente, orgullosas lecciones de valor. Las temeridades deslumbran a la historia y son una de las grandes lumbreras del hombre. La aurora, cuando asoma, se está atreviendo. Intentar, desafiar, persistir, perseverar, ser fiel a sí mismo, pelear a brazo partido con el destino,

dejar asombrada a la catástrofe cuando ve qué poco miedo nos da, ora enfrentarse al poder injusto y ora rebelarse contra la victoria ebria, resistir, plantar cara: ése es el ejemplo que necesitan los pueblos y la luz que los electriza. El mismo relámpago formidable va desde la antorcha de Prometeo a la cachimba de Cambronne.

XII

El porvenir latente en el pueblo

En cuanto al pueblo de París, incluso hombre hecho y derecho, sigue siendo el golfillo; retratar al niño es retratar la ciudad; y por eso hemos escogido el gorrión vulgar para estudiar el águila.

Es sobre todo en los arrabales, hay que insistir en ello, donde se muestra la raza parisina: ahí está el pura sangre; ahí está su auténtica fisonomía; ahí trabaja y sufre ese pueblo, y el sufrimiento y el trabajo son los dos rostros del hombre. Hay ahí capas profundas de seres desconocidos por donde pululan los tipos más peculiares, desde el soguero de La Râpée hasta el matarife de Montfaucon. *Fex urbis,* exclama Cicerón; *mob,* añade Burke, indignado; turbas, muchedumbres, populacho. Cuesta muy poco decir tales palabras. Pero admitámoslas. ¿Qué más da? ¿Qué más me da que vayan descalzos? No saben leer. ¡Qué le vamos a hacer! ¿Vamos a abandonarlos por eso? ¿Vamos a convertir su desamparo en una maldición? ¿No puede penetrar la luz en esas masas? Volvamos a este grito: ¡Luz! ¡Y obstinémonos en él! ¡Luz! ¡Luz! ¿Quién sabe si esas tinieblas opacas no se volverán transparentes? ¿Acaso las revoluciones no son transfiguraciones? Adelante, filósofos, enseñad, iluminad, encended, pensad en voz alta, hablad en voz alta, corred jubilosos al aire libre, confraternizad en las plazas públicas, anunciad las buenas nuevas, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad las *Marsellesas,* sembrad los entusiasmos, arrancad ramas verdes de los robles. Convertid la idea en un torbellino. Podemos sublimar a esa muchedumbre. Sepamos usar ese anchuroso incendio de los principios y las virtudes, que chisporrotea, se alza y se estremece en algunas ocasiones. Esos pies descalzos, esos brazos al aire, esos andrajos, esas ignorancias, esas

abyecciones pueden utilizarse para conquistar el ideal. Mirad a través del pueblo y veréis la verdad. Esa arena infame que holláis, que la arrojen al horno encendido para que allí se derrita y allí hierva; se convertirá en cristal esplendoroso y, merced a él, Galileo y Newton descubrirán los astros.

XIII

Un niño: Gavroche

Ocho o nueve años después de los acontecimientos referidos en la segunda parte de esta historia, llamaba la atención en el bulevar de Le Temple y las inmediaciones del Château-d'Eau un niño de entre once y doce años que habría cumplido bastante bien con ese ideal del golfillo que esbozamos más arriba si no fuera porque, aunque tenía en los labios la risa propia de su edad, tenía en el corazón únicamente oscuridad y vacío. Aquel niño llevaba, sí, un pantalón de hombre, pero no era de su padre; y una camisola de mujer, pero no era de su madre. Personas desconocidas lo habían vestido con trapos viejos por caridad. Tenía, no obstante, padre y madre. Pero su padre no le hacía caso y su madre no lo quería. Era uno de esos niños dignos de compasión donde los haya porque tienen padres pero son huérfanos.

Aquel niño no se sentía nunca en ninguna parte más a gusto que en la calle. Le resultaban menos duros los adoquines que el corazón de su madre.

Sus padres lo habían echado a la vida de una patada.

Y él, sencillamente, había alzado el vuelo.

Era un muchacho alborotador, pálido, desenvuelto, despierto, guasón, de aspecto vivaracho y enfermizo. Iba, venía, cantaba, jugaba al gua con monedas, limpiaba el arroyo, robaba algo, pero, como los gatos y los pardales, alegremente; se reía cuando lo llamaban galopín, se enfadaba cuando lo llamaban golfante. No tenía hogar, ni pan, ni fuego, ni cariño; pero estaba alegre porque era libre.

Cuando esas pobres criaturas son hombres, la muela del orden social los alcanza casi siempre y los destroza; pero mientras sean

niños, consiguen escapar porque son menudos. Cualquier hoyo los salva.

No obstante, por muy abandonado que estuviera aquel niño, a veces, cada dos o tres meses, decía: «¡Anda, voy a ir a ver a mamá!». Y entonces dejaba el bulevar, el Circo, la puerta Saint-Martin, bajaba por los muelles, pasaba los puentes, llegaba a los arrabales y hasta La Salpêtrière y ¿adónde llegaba? Pues precisamente a ese número doble, 50-52, que el lector conoce con el nombre de caserón Gorbeau.

En esa época, en el caserón número 50-52, que solía estar solitario y con el eterno adorno del cartel: «Se alquilan habitaciones», vivían, cosa rara, varios individuos que, por lo demás, como sucede siempre en París, no tenían relación alguna entre sí. Pertenecían todos a esa clase indigente que empieza en el último miembro en apuros de la clase media y se va prolongando, de miseria en miseria, por los bajos fondos de la sociedad, hasta llegar a esos dos seres a los que van a desembocar todas las cosas materiales de la civilización: el barrendero, que quita el barro, y el trapero, que recoge los andrajos.

La que había sido «inquilina principal» en tiempos de Jean Valjean había muerto, y en su lugar había otra idéntica. No sé qué filósofo dijo: «De viejas nunca anda uno corto».

Esa vieja nueva se llamaba señora Burgon y no tenía en la vida nada digno de mención a no ser una dinastía de tres loros, que habían reinado en su corazón sucesivamente.

Los más míseros de todos los que vivían en el caserón eran los cuatro miembros de una familia: los padres y dos hijas ya crecidas; se alojaban los cuatro en la misma buhardilla, en una de esas celdas de las que ya hemos hablado.

A aquella familia no se le veía nada de particular de entrada, salvo que estaba en la miseria más absoluta. El padre, al alquilar el cuarto, dijo llamarse Jondrette. Poco tiempo después de la mudanza, que se había parecido muchísimo, por recurrir a la frase memorable de la inquilina principal, a *llegar sin nada de nada,* el tal Jondrette le dijo a la mujer aquella, que, por haber sido la primera en llegar, era también la portera y barría las escaleras: «Señora, si por casualidad viene alguien preguntando por un polaco o un italiano, o, a lo mejor, un español, ése soy yo».

Esa familia era la familia del alegre desarrapado. Llegaba y se encontraba allí con la pobreza, el desamparo y, lo más triste, sin ninguna sonrisa: frío en la chimenea y frío en los corazones. Cuando entraba, le preguntaban: «¿De dónde vienes?». Él contestaba: «De la calle». Cuando se iba, le preguntaban: «¿Dónde vas?». Él contestaba: «A la calle». Su madre le decía: «¿A qué vienes?».

Aquel niño vivía con aquella carencia de cariño igual que esas hierbas pálidas que salen en los sótanos. No padecía por ello y no le guardaba rencor a nadie. No estaba muy enterado de cómo tenían que ser un padre y una madre.

Por lo demás, su madre quería a sus hermanas.

Se nos ha olvidado decir que en el bulevar de Le Temple llamaban al niño Gavroche. ¿Por qué se llamaba Gavroche? Probablemente porque el padre se llamaba Jondrette.

Cortar el hilo parece ser lo instintivo en algunas familias míseras.

El cuarto en que vivían los Jondrette en el caserón Gorbeau era el último al final del pasillo. La celda de al lado la ocupaba un joven muy pobre a quien llamaban señor Marius.

Digamos quién era el tal Marius.

Libro segundo

El gran burgués

I

Noventa años y treinta y dos dientes

En la calle de Boucherat, en la calle de Normandie y en la calle de Saintonge quedan todavía algunos vecinos antiguos que recuerdan a un buen señor que se llamaba señor Gillenormand y hablan de él con agrado. Aquel señor era viejo cuando ellos eran jóvenes. Para quienes contemplan con melancolía ese impreciso pulular de sombras que llamamos el pasado no se ha desvanecido aún del todo esa silueta del laberinto de las calles cercanas a Le Temple a las que pusieron, en tiempos de Luis XIV, los nombres de todas las provincias de Francia, exactamente de la misma forma que les han puesto en la actualidad a las calles del nuevo barrio de Tivoli los nombres de todas las capitales de Europa; es una progresión, dicho sea de paso, en donde se palpa el progreso.

El señor Gillenormand, que estaba vivo y bien vivo en 1831, era uno de esos hombres que llaman la atención a quienes los miran sólo porque han vivido muchos años y resultan raros pues antes se parecían a todo el mundo y ahora ya no se parecen a nadie. Era un anciano peculiar y, desde luego, un hombre de otra época, el auténtico burgués de pies a cabeza, y un tanto altanero, del siglo dieciocho, que se ufanaba de su burguesía de rancio abolengo con los mismos aires que los marqueses se ufanaban de su marquesado. Había cumplido ya los noventa, andaba muy tieso, hablaba alto, veía perfectamente, no le ponía agua al vino, comía, dormía y roncaba. No le faltaba ninguno de sus treinta y dos dientes. Sólo se ponía gafas para leer. Lo suyo era tener amores, pero decía que desde hacía alrededor de diez años había renunciado decididamente y del todo a las mujeres. Ya no podía gustar, aseguraba; y no añadía: «Soy demasiado viejo», sino: «Soy demasiado pobre». Decía:

«Si no estuviera arruinado… ejem, ejem…». Efectivamente, sólo le quedaban unas quince mil libras de renta. Soñaba con heredar de alguien y contar con cien mil francos de renta para tener amantes. Como podemos ver, no pertenecía a esa variedad enfermiza de octogenarios que, como el señor de Voltaire, se pasaron la vida moribundos; no era una longevidad cascada; ese anciano tan lozano había tenido siempre buena salud. Era superficial y precipitado; se encolerizaba con facilidad. Se subía a la parra a las primeras de cambio, la más de las veces sin razón. Cuando lo contradecían, enarbolaba el bastón; pegaba a la gente como en el siglo de Luis XIV. Tenía una hija de cincuenta años cumplidos, soltera, a la que no tenía empacho en dar una somanta cuando estaba airado; y, con gusto, la habría azotado. La trataba como a una niña de ocho años. Abofeteaba enérgicamente a los criados y les decía: «¡So carroña!» Una de sus maldiciones era: *¡Por la pantuflocha de la pantuflochada!* Tenía despreocupaciones curiosas: lo afeitaba a diario un barbero que había estado loco y lo aborrecía, porque tenía celos del señor Gillenormand por culpa de su mujer, que era una barbera guapa y coqueta. El señor Gillenormand admiraba su propio discernimiento en todo y aseguraba que era muy sagaz; he aquí uno de sus dichos: «Tengo, no cabe duda, no poca perspicacia; cuando una pulga me pica, soy capaz de decir de qué mujer me viene». Las palabras que con más frecuencia decía eran: *el hombre sensible* y *la naturaleza*. No le daba a esta última la trascendental acepción que le ha devuelto nuestra época, sino que la colocaba, a su aire, en sus satirillas domésticas: «La naturaleza —decía—, para que en la civilización haya un poco de todo, le proporciona incluso ejemplares de barbarie muy graciosos. Europa cuenta con muestras de Asia y de África en formato reducido. El gato es un tigre de salón; el lagarto es un cocodrilo de bolsillo. Las bailarinas de la Ópera son salvajes de color de rosa. No se comen a los hombres, los trituran. ¡Y las magas, otras que tal! Los convierten en ostras y se los tragan. Los caribes sólo dejan los huesos, y ellas sólo dejan la concha. Ésas son nuestras costumbres. No devoramos, roemos; no exterminamos, arañamos».

II

A tal dueño, tal domicilio

Vivía en el barrio de Le Marais, en el número 6 de la calle de Les Filles-du-Calvaire. La finca era suya. El edificio de entonces lo han derribado y vuelto a levantar, y es muy probable que haya cambiado de número en esas revoluciones de numeración que padecen las calles de París. Ocupaba, en la primera planta, un piso antiguo y amplio, que daba a la calle por un lado y a unos jardines por otro, amueblado hasta el techo con grandes tapices de gobelinos y de Beauvais que representaban escenas pastoriles; los motivos de los techos y de los entrepaños se repetían, en miniatura, en los sillones. Alrededor de la cama tenía un biombo ancho, de nueve paneles, de laca de Coromandel. Unos cortinones largos y sueltos colgaban delante de las ventanas y caían en pliegues grandes y bien marcados de muy buen efecto. El jardín, que estaba inmediatamente debajo de las ventanas, comunicaba con la de esquina por unas escaleras de doce o quince peldaños que el buen hombre subía y bajaba a buen paso. Además de una biblioteca, pared por medio con su dormitorio, había un tocador al que tenía muchísimo aprecio, un retiro licencioso cuyas paredes cubría una espléndida estera florida y blasonada con flores de lis, tejida en las cárceles de Luis XIV y que encargó el señor de Vivonne a sus presidiarios para su amante. El señor Gillenormand la había heredado de una tía abuela materna muy huraña que murió centenaria. Había tenido dos mujeres. Sus modales estaban a medio camino entre el cortesano que nunca fue y el magistrado que habría podido ser. Era alegre y mimoso cuando quería. De joven, había sido de esos hombres a quienes engaña siempre su mujer pero nunca su amante porque son, al tiempo, el marido más desabrido y el amante más delicioso que darse pueda.

Entendía de pintura. Tenía en su dormitorio un retrato maravilloso de a saber quién, obra de Jordaens, pintado a brochazos, con millones de detalles, hecho como con desorden y al azar. El señor Gillenormand no llevaba casaca Luis XV, ni tampoco casaca Luis XVI, sino que vestía como los petimetres del Directorio. Hasta entonces se había considerado muy joven y había ido siguiendo las modas. La levita era de paño fino, con vueltas anchas, de cola cerrada y con botones grandes de acero. La completaba con calzón y zapatos de hebilla. Siempre llevaba las manos metidas en los bolsillos del chaleco. Decía tajantemente: *La Revolución francesa es una pandilla de tunantes.*

III

Luc-Esprit

A los dieciséis años, una noche, en la Ópera, dos bellezas, maduras a la sazón y a quienes había celebrado y cantado Voltaire, la Camargo y la Sallé, le hicieron el honor de echarle el ojo con los prismáticos las dos al tiempo. Atrapado entre dos fuegos, llevó a cabo una retirada heroica hacia una bailarina del cuerpo de baile, una muchachita que se llamaba Nahenry y tenía dieciséis años como él, a quien no conocía nadie y de la que estaba enamorado. Le rebosaban recuerdos. Exclamaba: «¡Qué bonita estaba aquella Guimard-Guimardini-Guimardinilla la última vez que la vi en Longchamps, con esos rizos de sentimientos elevados, esas bagatelas de turquesas, ese vestido color de advenediza y ese manguito de revuelo!». Había llevado en la adolescencia una chaqueta de paño londrino de la que hablaba con frecuencia y efusivamente. «Iba vestido como un turco del Levante levantino», decía. La señora de Boufflers, quien lo vio por casualidad a los veinte años, lo llamó «loco encantador». Lo escandalizaban todos los apellidos que veía metidos en política y en el poder pues le parecían de baja estofa y de clase media. Leía los periódicos, *los noticieros, las gacetas,* como decía él, conteniendo las carcajadas. «¡Ay! —decía—. Pero ¿quiénes son ésos? ¡Corbière, Humann, Casimir Périer! ¡Y esas gentecillas son ministros! Me imagino que pusiera en un periódico: ¡Señor Gillenormand, ministro! ¡Menuda guasa! Bueno, pues son tan tontos que colaría». Les daba, sin empacho, a todas las cosas el nombre correspondiente, el conveniente o el inconveniente, y no le importaba que hubiera señoras delante. Decía groserías, obscenidades y cochinadas poniendo en ello un algo de despreocupación y falta de extrañeza que resultaba elegante. Era

desenfadado al estilo de su siglo. Hay que hacer constar que los tiempos de las perífrasis en verso fueron los tiempos de las crudezas en prosa. Su padrino predijo que sería hombre de ingenio y le puso estos dos nombres significativos: Luc-Esprit.

IV

Aspirante a centenario

Le habían dado premios de pequeño en el internado de Moulins, de donde era oriundo, y lo coronó de laurel la mano del duque de Nivernais, a quien él llamaba duque de Nevers. Ni la Convención, ni la muerte de Luis XVI, ni Napoleón, ni el regreso de los Borbones: nada pudo borrar el recuerdo de esa coronación. *El duque de Nevers* era para él la figura magna del siglo. «¡Qué gran señor tan encantador! —decía—. ¡Y qué bien le sentaba aquel cordón azul!» Desde el punto de vista del señor Gillenormand, Catalina II había reparado el crimen del reparto de Polonia al comprar por tres mil rublos el secreto del elixir de oro a Bestuchef. Cuando salía ese tema a relucir, se entusiasmaba mucho: «¡El elixir de oro! —exclamaba—. La tintura amarilla de Bestuchef, las gotas del general Lamotte, era, en el siglo XVIII, a un luis el frasco de media onza, el remedio supremo contra las catástrofes del amor, la panacea contra Venus. Luis XV le enviaba doscientos frascos al papa». Lo habrían irritado muchísimo y sacado de sus casillas si le hubieran dicho que el elixir de oro no era sino el percloruro de hierro. El señor Gillenormand adoraba a los Borbones y aborrecía 1789; contaba continuamente cómo se había salvado del Terror y cómo había precisado mucho buen humor y mucho ingenio para que no le cortasen la cabeza. Si a algún joven se le ocurría alabar delante de él a la República, se ponía de color azul y se enfadaba tanto que estaba a punto de perder el conocimiento. A veces aludía a sus noventa años y decía: *Espero no tener que pasar dos veces por otro noventa y tres.* En otras ocasiones, ponía en conocimiento de la gente que pensaba vivir cien años.

V

Basque y Nicolette

Tenía teorías. He aquí una de ellas: «Cuando un hombre quiere con pasión a las mujeres y tiene una mujer propia que le importa muy poco, fea, agria, legítima, colmada de derechos, aferrada al código y celosa si se tercia, no hay más que una forma de salir del paso y de conseguir que te deje en paz, y es dejarle a ella los cordones de la bolsa. Esa abdicación le concede la libertad. Su mujer, entonces, tiene de qué ocuparse; le entra pasión por el manejo del dinero contante y sonante, se mancha de cardenillo los dedos, se dedica a la crianza de aparceros y a meter en cintura a los labradores; convoca a los procuradores, dirige a los notarios, arenga a los escribanos, va a ver a los leguleyos, está pendiente de los pleitos, redacta los arrendamientos, dicta los contratos, se siente dueña y señora, vende, compra, paga, mangonea, promete y compromete, vincula y rescinde, cede, concede y retrocede, compone y descompone, ahorra y despilfarra; mete la pata, felicidad magistral y personal, lo cual es un gran consuelo. Mientras su marido la desdeña, ella se da el gusto de arruinar a su marido». Esta teoría se la había aplicado a sí mismo el señor Gillenormand y se había convertido en su propia historia. Su mujer, la segunda, había administrado su fortuna de forma tal que al señor Gillenormand le quedaba, cuando se quedó viudo, lo justo para vivir si lo colocaba todo en renta vitalicia: unos quince mil francos de renta, los tres cuartos de la cual desaparecerían con él. No se lo pensó dos veces, pues le daba igual no dejar herencia. Por lo demás, ya tenía visto que a los patrimonios les podían pasar muchas cosas peregrinas, por ejemplo convertirse en *bienes nacionales;* había presenciado las transformaciones del tercio consolidado y no creía

gran cosa en el libro mayor. *¡Cosas de la calle de Quincampoix!*[30], decía. Ya hemos dicho que la casa de la calle de Les Filles-du-Calvaire era suya. Tenía dos criados, «varón y hembra». Cuando entraba un criado a su servicio, el señor Gillenormand lo volvía a bautizar. Les ponía a los hombres el nombre de la provincia de que procedían: Nîmois, Comtois, Poitevin, Picard. Su último ayuda de cámara era un hombre grueso, de piernas hinchadas y corto de aliento; tenía cincuenta y cinco años y era incapaz de correr veinte pasos seguidos, pero, como había nacido en Bayona, el señor Gillenormand lo llamaba Basque. En cuanto a las sirvientas, todas las de su casa se llamaban Nicolette (incluso la Magnon, de la que hablaremos más adelante). Un día se presentó una estupenda cocinera, un *cordon bleu,* de noble estirpe de porteros. «¿Cuánto quiere ganar?», le preguntó el señor Gillenormand. «Treinta francos.» «¿Cómo se llama?» «Olympie.» «Te pagaré cincuenta francos y te llamarás Nicolette.»

VI

Donde el lector vislumbra a la Magnon y a sus dos hijos pequeños

En el señor Gillenormand el dolor se manifestaba en forma de ira; lo ponía furioso estar desesperado. Tenía todos los prejuicios posibles y se tomaba todas las licencias. Una de las cosas con que construía su apariencia exterior y su satisfacción íntima era, como acabamos de indicar, seguir siendo *un vert galant,* como decían de Enrique IV, un galán lozano, y que se lo tuviera rotundamente por tal. Decía que era una «reputación regia». Esa reputación regia le proporcionaba a veces singulares bicocas. Un día le trajeron a casa en una banasta, como un cesto de ostras, a un recién nacido robusto, que chillaba a pulmón herido, envuelto oportunamente en pañales, que una criada despedida seis meses antes le adjudicaba. El señor Gillenormand tenía por entonces ochenta y cuatro años, ni uno menos. Indignación y clamores entre las personas de su entorno. ¿Quién creía esa pícara descarada que se iba a tragar aquello? ¡Qué atrevimiento! ¡Qué calumnia abominable! El señor Gillenormand no se enfadó ni poco ni mucho. Miró al rorro con la beatífica sonrisa de un hombre a quien halaga la calumnia y dijo a nadie en particular y a todo el mundo en general: «A ver… ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Qué ocurre? Mucho os asombráis, y, a decir verdad, como personas ignorantes. El señor duque de Angulema, bastardo de su majestad Carlos X, se casó a los ochenta y cinco años con una redicha de quince años; el señor Virginal, marqués de Alluye, hermano del cardenal De Sourdis, arzobispo de Burdeos, tuvo a los ochenta y tres años, de una doncella de la señora presidenta Jacquin, un hijo, un verdadero hijo del amor, que fue caballero de Malta y consejero de Estado de espada; uno de los

grandes hombres de este siglo, el padre Tabaraud, es hijo de un hombre de ochenta y siete años. Cosas así no tienen nada de extraordinario. ¡Y qué me decís de la Biblia! Dicho esto, declaro que este hombrecito no es mío. Que lo atiendan. Él no tiene culpa de nada». Fue un proceder bondadoso. La pelandusca aquella, que se llamaba Magnon, le hizo un segundo envío al año siguiente. Otro niño. En vista de eso, el señor Gillenormand capituló. Le devolvió los arrapiezos a su madre y se comprometió a pagar, para mantenerlos, ochenta francos mensuales con la condición de que la ya citada madre no volviera a las andadas. Añadió: «Quiero que la madre los trate bien. Iré a verlos de vez de cuando». Cosa que hizo. Había tenido un hermano sacerdote que fue a los treinta y tres años rector de la academia de Poitiers y murió a los setenta y nueve. *Se me murió muy joven,* decía. Aquel hermano, del que no han quedado grandes recuerdos, era un avaro apacible que, por ser sacerdote, se creía en la obligación de dar limosna a los pobres con los que se cruzaba, pero nunca les daba más que monedas de cobre de tiempos de la Revolución o céntimos que estaban ya fuera de circulación, dando así con el sistema para ir al infierno por el camino del paraíso. Nuestro Gillenormand, el hermano mayor, no escatimaba las limosnas y las daba con frecuencia y como Dios manda. Era benévolo, brusco, caritativo y, si hubiera sido rico, habría tirado por la senda de la esplendidez. Quería que todo cuanto tuviera que ver con él se hiciera a lo grande, incluso las granujadas. Un día, en un asunto de herencia, tras robarle un hombre de negocios de una forma burda y evidente, soltó esta exclamación solemne: «¡Por vida de…! ¡Vaya forma torpe de hacerlo! ¡Me dan una vergüenza estas malas artes! Todo ha degenerado en este siglo, incluso los sinvergüenzas. ¡Pardiez! A un hombre como yo no es manera de robarle. Me ha robado como un salteador en pleno bosque, se ha dado muy mala maña. *Sylvæ sint consule dignæ!*». Ya hemos dicho que había tenido dos mujeres; y, de la primera, una hija, que se había quedado soltera; y, de la segunda, otra hija, muerta cuando andaba por los treinta años, que se había casado, por amor o por azar, o de otra forma cualquiera, con un militar, aunque no de carrera, que sirvió en los ejércitos de la República y del Imperio, a quien condecoraron en Austerlitz e hicieron coronel en Waterloo. «Es la vergüenza de mi familia», decía el anciano burgués. Tomaba

mucho rapé y tenía un arte peculiar para desordenar los encajes de la chorrera. Creía mucho en Dios.

VII

Norma: no recibir a nadie a no ser a última hora de la tarde

Tal era Luc-Esprit Gillenormand, a quien no se le había caído el pelo, que tenía más gris que blanco y llevaba siempre con tufos más abajo de las orejas, ese peinado que llamaban *orejas de perro*. En resumidas cuentas, y con todo lo dicho, hombre venerable.

Era como el siglo XVIII: frívolo y grande.

En los primeros años de la restauración, el señor Gillenormand, que todavía era joven —sólo tenía setenta y cuatro años en 1814—, vivía en el barrio de Saint-Germain, en la calle de Servandoni, cerca de Saint-Sulpice. No se retiró al barrio de Le Marais hasta que dejó la vida de sociedad, ya cumplidos de sobra los ochenta años.

Cuando dejó la vida social, se encerró en sus costumbres. La principal, y de la que no se apeaba nunca, era la de tener cerrada a cal y canto la puerta de día y no recibir a nadie, fuere para lo que fuere, hasta última hora de la tarde. Cenaba a las cinco y, luego, tenía la puerta franca. Ésa había sido la moda de su siglo y no pensaba desistir de ella. «El día es plebeyo —decía— y sólo se merece un postigo cerrado. Las personas como es debido encienden la inteligencia cuando el cenit enciende las estrellas.» Atrancaba la casa y no le habría abierto ni al rey. Antigua elegancia de sus tiempos.

VIII

Un par que no hacía juego

En lo tocante a las hijas del señor Gillenormand, acabamos de mencionarlas. Nacieron con diez años de intervalo. De jóvenes, se parecieron muy poco, y, tanto por la forma de ser cuanto por el rostro, fueron lo menos hermanas que se puede ser. La menor tenía un alma adorable vuelta hacia todo cuanto fuera luz; le importaban las flores, los versos, la música, y alzaba el vuelo por espacios gloriosos, entusiasta, etérea, prometida desde la infancia, en un ámbito ideal, a una imprecisa figura heroica. También la mayor tenía su quimera; veía en el azul del cielo a un proveedor del ejército, un intendente importante, vulgar y muy rico, un marido gloriosamente tonto, un millón hecho hombre; o un prefecto: recepciones en el palacio de la prefectura, un portero en el recibimiento, con una cadena colgando del cuello; los bailes oficiales, los discursos del ayuntamiento; ser «la señora prefecta», todo eso le daba vueltas en la imaginación. Así disparataban de jóvenes las dos hermanas, cada una extraviada en su sueño. Las dos tenían alas, una como un ángel y la otra como una oca.

No hay ambición que se cumpla del todo, al menos en este mundo. Ningún paraíso se vuelve terrestre en la época en que vivimos. La menor se casó con el hombre de sus sueños, pero se murió. La mayor no se casó.

En el momento en que aparece en la historia que estamos refiriendo, era una mujer vieja y virtuosa, una gazmoña irredenta, una de las narices más puntiagudas y una de las mentes más obtusas que darse puedan. Detalle significativo: más allá del círculo de familia más íntimo, nadie supo jamás el nombre de pila. La llamaban *la señorita Gillenormand, la mayor*.

En cuestiones de *cant,* que es la mojigatería inglesa, la señorita Gillenormand habría dejado corta a una *miss*. Era la personificación del pudor más extremoso. Tenía, en la vida, un recuerdo espantoso; un día, un hombre le había visto la liga.

Aquel pudor inmisericorde había ido a más con la edad. Nunca era la pechera del vestido lo bastante opaca ni lo bastante cerrada. Multiplicaba los corchetes y los alfileres en los sitios que a nadie se le ocurría mirar. Lo propio de la gazmoñería es colocar tantos más guardias cuanto menos amenazada está la fortaleza.

No obstante, y que explique quien pueda esos misterios de inocencia de vieja, no le hacía ascos a que la besase un oficial de lanceros que era sobrino nieto suyo y se llamaba Théodule.

Pese a aquel favoritismo por el lancero, la etiqueta de *gazmoña* con que la hemos clasificado le iba como anillo al dedo. La señorita Gillenormand era algo así como un alma crepuscular. La gazmoñería es medio virtud y medio vicio.

A la gazmoñería sumaba la beatería, que es la compañía más adecuada. Era de la cofradía de la Virgen, llevaba un velo blanco en algunas fiestas, mascullaba oraciones especiales, adoraba la «Sangre Preciosa», veneraba al «Sagrado Corazón», se quedaba horas en contemplación ante un altar rococó-jesuita de una capilla donde no podía entrar el común de los fieles y allí dejaba que alzara su alma el vuelo entre nubecillas de mármol y cruzando por entre anchos rayos de luz hechos de madera dorada.

Tenía una amiga de capilla, una virgen vieja como ella, que se llamaba la señorita Vaubois, atontada a más no poder y junto a la cual la señorita Gillenormand tenía la satisfacción de ser un águila. Dejando aparte los *agnus dei* y las avemarías, la señorita Vaubois no tenía luces más que en lo tocante a las diferentes formas de hacer mermelada. La señorita Vaubois, perfecta en su categoría, era el armiño de la estupidez, sin una sola mácula de inteligencia.

Todo hay que decirlo: al envejecer, la señorita Gillenormand más bien había ganado que perdido. Es lo que pasa con los caracteres pasivos. Nunca había sido mala, lo cual es una bondad relativa; y, luego, como los años dejan romas las esquinas, el paso del tiempo la fue suavizando. Era triste con una tristeza brumosa de cuyo secreto no estaba enterada ni siquiera ella. Había en toda su persona el estupor de una vida acabada que no había empezado.

Llevaba la casa de su padre. El señor Gillenormand tenía consigo a su hija como ya hemos visto que monseñor Bienvenu tenía consigo a su hermana. Esas parejas de un anciano y una solterona no son infrecuentes y tienen siempre el aspecto conmovedor de dos debilidades que se apoyan una en otra.

Había además en la casa, entre esa solterona y ese anciano, un niño, un muchachito siembre trémulo y callado en presencia del señor Gillenormand. El señor Gillenormand nunca le dirigía la palabra a aquel niño sino con voz severa y, a veces, con el bastón en alto. *¡Venga aquí, caballero! ¡Bellaco, bribón, acérquese! ¡Conteste, granuja! ¡Aquí quiero verlo, tunante!,* etc., etc. Lo idolatraba.

Era su nieto. Volveremos a ver a este niño.

Libro tercero

El abuelo y el nieto

I

Un salón a la antigua

Cuando el señor Gillenormand vivía en la calle de Servandoni, frecuentaba varios salones muy selectos y muy aristocráticos. Aunque fuera un burgués, recibían al señor Gillenormand. Como tenía ingenio por partida doble, primero el suyo propio y además el que le atribuían, era incluso persona buscada y agasajada. No iba a parte alguna salvo si no iba a llevar la voz cantante. Hay quienes quieren al precio que sea tener influencia y que les hagan caso; donde no pueden ser oráculos, se hacen bufones. No era ése el carácter del señor Gillenormand; el imperio que tenía en los salones monárquicos no le pasaba contribución al respeto que se tenía a sí mismo. Era oráculo por doquier. A veces le llevaba la contraria al señor de Bonald, e incluso al señor Bengy-Puy-Vallée.

Allá por 1817, pasaba invariablemente dos tardes por semana en una casa vecina, en la calle de Férou, en casa de la señora baronesa de T., mujer digna y respetable cuyo marido había sido, durante el reinado de Luis XVI, embajador de Francia en Berlín. El barón de T., quien en vida tenía una apasionada afición por los éxtasis y las visiones magnéticas, murió arruinado en la emigración y no dejó más fortuna que, en diez tomos manuscritos encuadernados en tafilete rojo y con los cantos dorados, una serie de escritos curiosísimos acerca de Mesmer y su bañera. La señora de T. no publicó esos escritos por dignidad, y vivía de una renta modesta que había quedado a flote sin que se supiera muy bien cómo. La señora de T. vivía alejada de la corte, *un ambiente muy revuelto,* según decía ella, en un aislamiento noble, orgulloso y pobre. Algunos amigos se reunían dos veces por semana alrededor del fuego de su chimenea de viuda y el resultado era una tertulia monárquica en estado puro.

Tomaban el té; soltaban, según soplase el viento a favor de la elegía o del ditirambo, lamentos o exclamaciones horrorizadas referidos al siglo en que vivían, a la Carta, a los buonapartistas, a la prostitución del cordón azul de la Orden del Espíritu Santo concedido a burgueses y al jacobinismo de Luis XVIII; hablaban en voz muy queda de las esperanzas puestas en Monsieur, el hermano del rey, que luego fue Carlos X.

Acogían con arrebatos de alegría canciones populacheras que llamaban *Nicolas* a Napoleón. Había duquesas, mujeres de mundo de lo más exquisito y encantador, que se deleitaban con estrofas como la siguiente, referidas a «los federados»:

¡Remeteos los faldones
de la camisa en los pantalones
que un patriota no se arranca
ondeando bandera blanca!

Se entretenían con retruécanos que les parecían atrevidísimos, con juegos de palabras inocentes que tenían por venenosos y con cuartetos, e incluso con pareados; por ejemplo, acerca de los ministros de Dessolles, jefe de un gobierno moderado, entre los que se encontraban los señores Decazes y Deserre:

Para afirmar el trono y que sea más capaz
hay que cambiar de sol y de ser y de caz.

O manipulaban la lista de la Cámara Alta, «una cámara abominablemente jacobina», y combinaban en ella alianzas de apellidos para que salieran, por ejemplo, frases como ésta: *Damas, Sabran, Gouvion Saint-Cyr*[31]; y todo ello con muy buen humor.

En aquellas reuniones se hacían parodias de la Revolución. Les entraban a saber qué veleidades de atizar las mismas iras, pero en sentido contrario. Cambiaban en el *Ça ira* a los aristócratas por los bonapartistas: *¡A los de Buonaparte los ahorcarán!*

Las canciones son como la guillotina; cortan lo que les ponen delante, hoy esta cabeza y mañana aquella otra. Son sólo variantes.

En el proceso Fualdès, que es de por entonces, de 1816, se ponían de parte de Bastide y Jausion porque Fualdès era

«bunoapartista». A los liberales los llamaban *los hermanos y amigos*. Era el mayor insulto.

Como en los campanarios de algunas iglesias, en el salón de la baronesa de T. había dos gallos. Uno era el señor Gillenormand, y el otro, el conde de Lamothe-Valois[32], del que se decían unos a otros por lo bajo: *¿No sabe? Es el Lamothe del asunto del collar*. Los partidos conceden a veces amnistías singulares.

Añadamos lo siguiente: en la burguesía, las situaciones honoríficas las hacen ir a menos las relaciones demasiado fáciles; hay que tener cuidado de con quién se trata uno; de la misma forma que hay una pérdida calórica en las inmediaciones de quienes tienen frío, hay una mengua de consideración al acercarse a personas despreciadas. La alta sociedad de antes estaba por encima de esa ley como también por encima de todas las demás. A Marigny, hermano de la Pompadour, lo reciben en casa del príncipe de Soubise. ¿Pese a que..? No; porque. A Du Barry, padrino de la Vaubernier, lo acogen de mil amores en casa del mariscal de Richelieu. Esa sociedad es el Olimpo. Mercurio y el príncipe de Guéménée están en su casa. Admiten a los ladrones con tal de que sean dioses.

El conde de Lamothe, que en 1815 era un anciano de setenta y cinco años, no tenía nada notable a no ser la expresión callada y sentenciosa y el rostro anguloso y frío, los modales exquisitamente corteses, el frac abrochado hasta la corbata y las piernas, larguísimas y siempre cruzadas, metidas en un pantalón largo y lacio color de siena tostada. Tenía la cara del mismo color que el pantalón.

El tal señor de Lamothe «contaba» en este salón porque era «famoso» y, cosa muy curiosa, pero cierta, por el apellido Valois.

En cuanto al señor Gillenormand, lo consideraban mucho, y por sus propios méritos. Era toda una autoridad. Por muy frívolo que fuera, tenía, y sin menoscabo para su buen humor, una forma de ser imponente, digna, honrada y de burguesa altanería; y su edad avanzada se sumaba a lo dicho. Nadie es impunemente la encarnación de todo un siglo. Los años acaban por rodearle a uno la cabeza de un desmelenamiento venerable.

Tenía además frases de esas que son hallazgos del más rancio abolengo. Por ejemplo, cuando el rey de Prusia, tras restaurar a Luis

XVIII, vino a verlo con el nombre de conde de Ruppin, el descendiente de Luis XIV lo recibió hasta cierto punto como marqués de Brandeburgo y con la impertinencia más sutil. El señor Gillenormand le dio la razón: *Todos los reyes que no son el rey de Francia* —dijo— *son reyes de provincias.* Un día hicieron, estando él delante, la siguiente pregunta y dio la siguiente respuesta: «¿A qué han condenado al redactor de *Le Courrier français?».* «Lo van a suspender.» «Sobra el *sus»,* comentó el señor Gillenormand. Frases así dejan bien asentada una situación.

En un tedeum universitario por el regreso de los Borbones, al ver pasar al señor de Talleyrand, dijo: *Ahí va Su Excelencia el Mal.*

Al señor Gillenormand solía acompañarlo su hija, esa señorita alta y flaca que tenía entonces los cuarenta cumplidos y aparentaba cincuenta, y un niño muy guapo de siete años, blanco, sonrosado y lozano, de mirada feliz y confiada, que no aparecía nunca en el salón sin que todas las voces empezasen a zumbar a su alrededor: ¡Qué niño tan precioso! ¡Qué pena! ¡Pobre niño! Era el niño a quien hemos mencionado hace poco. Lo llamaban pobre niño porque su padre era un «bandido del Loira».

Aquel bandido del Loira era el yerno del señor Gillenormand de quien ya hemos hablado y a quien el señor Gillenormand tildaba de *vergüenza de la familia*.

II

Uno de los espectros rojos de aquella época

A quien hubiera visitado en aquella época la población de Vernon y paseado por el hermoso puente monumental al que pronto sustituirá, no perdamos la esperanza, algún puente metálico espantoso, podría haberle llamado la atención, si miraba desde lo alto del parapeto, un hombre de unos cincuenta años tocado con una gorra de cuero, vestido con un pantalón y una chaqueta de grueso paño gris a la que iba cosido algo amarillo que había sido una cinta roja, calzado con zuecos, tostado por el sol, con la cara casi negra, el pelo casi blanco y una cicatriz ancha en la frente que seguía por la mejilla, doblado, encorvado, envejecido prematuramente, que paseaba a diario como quien dice, con una laya y una podadera en la mano, por una de esas divisiones rodeadas de tapias que están junto al puente y bordean, como una hilera de terrazas, la orilla izquierda del Sena: unos cercados deliciosos repletos de flores de los que podría decirse, si fueran más grandes, que son jardines, y, si fueran más pequeños, que son ramilletes. Todos esos cercados acaban por un lado en el río y, por el opuesto, en una casa. El hombre de chaqueta y zuecos del que acabamos de hablar vivía, allá por 1817, en el más estrecho de esos cercados y la más humilde de esas casas. Residía allí solo y solitario, callado y pobre, con una mujer ni joven ni vieja, ni fea ni guapa, ni campesina ni de ciudad, que le hacía las veces de sirvienta. El cuadro de tierra al que llamaba jardín era famoso en la ciudad por la belleza de las flores que en él cultivaba. Las flores eran la ocupación a que se dedicaba.

A fuerza de trabajo, de perseverancia, de cuidados y de cubos de agua, había conseguido crear a la zaga del creador; y había

inventado unos tulipanes y unas dalias de los que parecía que se había olvidado la naturaleza. Era ingenioso; se anticipó a Soulange Bodin en la constitución de macizos pequeños de tierra de brezo para el cultivo de los exóticos y valiosos arbustos de América y China. Con las claras del alba, en verano, ya estaba en los paseos, cavando, podando, escardando, regando, caminando entre las flores con expresión triste y bondadosa, soñador e inmóvil a veces durante horas, escuchando el canto de un pájaro en un árbol, el gorjeo de un niño en una casa, o con los ojos clavados en la punta de una brizna de hierba, en una gota de rocío que el sol convertía en un carbunclo. Era muy parco en el comer y bebía más leche que vino. Un chiquillo lo convencía, su criada lo reñía. Era tan tímido que parecía hosco, salía muy poco y no veía sino a los pobres que llamaban al cristal de la ventana y a su párroco, el padre Mabeuf, un buen hombre ya mayor. Sin embargo, si vecinos de la ciudad o forasteros o cualquiera que pasara por allí tenían curiosidad por ver sus tulipanes o sus rosas y llamaba a la puerta de la casita, les abría sonriente. Era el bandido del Loira.

A quien hubiera leído, por esa misma época, los memoriales militares, las biografías, *Le Moniteur* y los boletines del ejército napoleónico, le podría haber llamado la atención un nombre que aparece en ellos con bastante frecuencia, el nombre de Georges Pontmercy. De muy joven, ese Georges Pontmercy era soldado en el regimiento de Saintonge. Estalló la Revolución. El regimiento de Saintonge formó parte del ejército del Rin. Pues los antiguos regimientos de la monarquía conservaron los nombres de sus provincias incluso después de la caída de la monarquía y no se convirtieron en brigadas hasta 1794. Pontmercy luchó en Spire, en Worms, en Neustadt, en Turkheim, en Alzey, en Maguncia, donde estuvo entre los doscientos que formaban la retaguardia de Houchard. Resistió, estando en duodécimo lugar, al cuerpo del príncipe de Hesse, detrás de la muralla vieja de Andernach, y no se replegó al grueso del ejército hasta que el cañón enemigo no abrió la brecha desde el cordón del parapeto hasta la escarpa. Estuvo a las órdenes de Kléber en Marchiennes y en la batalla del Mont-Palissel, donde le rompió un brazo una bala de vizcaíno. Llegó luego a la frontera de Italia y fue uno de los treinta granaderos que defendieron el puente de Tende con Joubert. Nombraron a Joubert

ayudante mayor, y a Pontmercy, subteniente. Pontmercy estaba junto a Berthier entre la metralla en aquella batalla de Lodi que hizo decir a Bonaparte: *Berthier ha sido artillero, soldado de caballería y granadero.* Vio a quien había sido su general, Joubert, caer en Novi, en el preciso instante en que, con el sable en alto, gritaba: «¡Adelante!». Tras embarcar con su compañía, por necesidades de la campaña, en una gabarra que iba de Génova a no recuerdo ya qué puertecillo de la costa, cayó en un avispero de siete u ocho barcos de vela ingleses. El comandante genovés quería arrojar los cañones al mar, esconder a los soldados en el entrepuente y escurrirse entre las sombras, pasando por navío mercante. Pontmercy mandó izar los colores en la driza del asta y pasó altaneramente ante el cañón de las fragatas británicas. A veinte leguas de allí, cada vez más atrevido, atacó y capturó con la gabarra un transporte inglés de buen tamaño que llevaba tropas a Sicilia, tan cargado de hombres y de caballos que el navío iba atestado hasta las brazolas. En 1805 perteneció a esa división Malher que arrebató Gunzburgo al archiduque Fernando. En Weltingen recogió en sus brazos, bajo una granizada de balas, al coronel Maupetit, herido de muerte al frente del 9.º de dragones. Se distinguió en Austerlitz en ese admirable avance escalonado bajo el fuego enemigo. Cuando la caballería de la guardia imperial rusa aplastó a un batallón del 4.º de infantería de línea, Pontmercy fue de los que tomaron desquite y desbarataron esa guardia. El emperador lo nombró caballero de la Legión de Honor. Pontmercy vio caer prisioneros sucesivamente a Wurmser en Mantua, a Mélas en Alejandría, a Mack en Ulm. Perteneció al octavo cuerpo del Gran Ejército, al mando de Mortier, que se apoderó de Hamburgo. Pasó luego al 55.º de infantería de línea, que era el antiguo regimiento de Flandes. En Eylau, estaba en el cementerio en que el heroico capitán Louis Hugo, tío del autor de este libro, soportó solo con su compañía de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el empuje del ejército enemigo. Pontmercy fue uno de los tres que salieron vivos de ese cementerio. Estuvo en Friedland. Estuvo en Moscú luego; y luego en el Beresina; y luego en Lutzen, Bautzen, Dresde, Wachau, Leipzig, y en los desfiladeros de Gelenhausen; luego en Montmirail, Château-Thierry, Craon, las orillas del Marne, las orillas del Aisne y la temible posición de Laon. En Arnay-le-Duc, cuando era capitán, atravesó con el sable a diez

cosacos y salvó no a su general, sino a su cabo. En esta ocasión recibió muchos tajos y le sacaron veintisiete esquirlas sólo del brazo izquierdo. Ocho días antes de la capitulación de París acababa de hacer una permuta con un compañero y de pasar a caballería. Tenía eso que llamaban en el antiguo régimen *doble mano,* es decir, que servía igual para manejar, como soldado, el sable o el fusil; y, como oficial, un escuadrón o un batallón. De esa capacidad, perfeccionada con la educación militar, nacieron algunos cuerpos especiales, los dragones por ejemplo, que son al tiempo de caballería y de infantería. Acompañó a Napoleón a la isla de Elba. En Waterloo era jefe de escuadrón de coraceros en la brigada Dubois. Fue él quien le quitó la bandera al batallón de Luneburgo. Fue a arrojar esa bandera a los pies del emperador. Estaba cubierto de sangre. Al arrebatar la bandera le habían dado un sablazo en la cara. El emperador, contento, le gritó: *¡Eres coronel, eres barón, eres oficial de la Legión de Honor!* Pontmercy le contestó: *Majestad, os lo agradezco en nombre de mi viuda.* Una hora después, caía en el barranco de Ohain. Dicho esto, ¿quién era este George Pontmercy? Era el anteriormente citado bandido del Loira.

Algo hemos visto ya de su historia. Después de Waterloo, Pontmercy, que ya sabemos que se salvó del camino encajonado de Ohain, consiguió reunirse con el ejército e irse a rastras, de ambulancia en ambulancia, hasta los acantonamientos del Loira.

La Restauración lo dejó a media paga, y luego lo envió en residencia, es decir, bajo vigilancia, a Vernon. El rey Luis XVIII, que consideraba que cuanto había ocurrido durante las Cien Días no existía, no le reconoció ni el grado de oficial de la Legión de Honor, ni el de coronel, ni el título de barón. Él, por su parte, no desperdiciaba ocasión de firmar *coronel barón Pontmercy*. Sólo tenía un frac viejo de color azul y nunca salía sin prenderse en él la roseta de la Legión de Honor. El procurador de la corona mandó que lo avisaran de que el Ministerio Fiscal lo iba a procesar por «uso ilegal de esa condecoración». Cuando le dio ese aviso un intermediario oficioso, Pontmercy respondió con una sonrisa amarga: «No sé si será que ya no entiendo el francés o si es usted quien ya no lo habla; pero el hecho es que no comprendo lo que me está diciendo». Acto seguido, salió ocho días seguidos con la roseta. No se atrevieron a meterse con él. En dos o tres ocasiones, el

ministerio de la Guerra y el general que estaba al frente de la provincia le escribieron con este tratamiento: *Al comandante Pontmercy*. Devolvió las cartas sin abrir. En ese mismo momento, Napoleón, en Santa Helena, daba el mismo trato a las misivas de sir Hudson Lowe dirigidas al *general Bonaparte*. Pontmercy tenía ahora en la boca, y que se nos perdone la expresión, la misma saliva que su emperador.

Hubo de esa misma forma en Roma soldados cartagineses prisioneros que se negaban a saludar a Flaminio y en quienes había algo del alma de Aníbal.

Una mañana se encontró con el procurador de la corona en una calle de Vernon; se le acercó y le dijo: «Señor procurador de la corona, ¿se me permite llevar puesta la cuchillada de la cara?».

No contaba sino con su muy escasa media paga de jefe de escuadrón. Alquiló en Vernon la casa más pequeña que pudo encontrar. Vivía en ella solo, acabamos de ver en qué condiciones. En tiempos del Imperio, entre dos guerras, buscó tiempo para casarse con la señorita Gillenormand. El anciano burgués, indignado en el fondo, consintió en ello suspirando y diciendo: *Hasta las familias más grandes tienen que pasar por cosas de éstas.* En 1815, la señora Pontmercy, mujer, por cierto, totalmente admirable, de miras elevadas, poco corriente y digna de su marido, murió, dejando un niño. Aquel niño habría sido la alegría del coronel en su soledad; pero el abuelo reclamó imperiosamente a su nieto, declarando que, si no se lo entregaban, lo desheredaría. El padre cedió, en interés del niño, y, al quedarse sin su hijo, se encariñó con las flores.

Por lo demás, había renunciado a todo; ni andaba revolviendo en nada ni conspiraba. Repartía el pensamiento entre las cosas inocentes que hacía y las grandes cosas que había hecho. Pasaba el tiempo esperando que se abriera un clavel o recordando Austerlitz.

El señor Gillenormand no tenía relación alguna con su yerno. Para él, el coronel era «un bandido»; y él, para el coronel, era «un zote». El señor Gillenormand no mencionaba nunca al coronel a no ser, a veces, para hacer alusiones burlonas a «su baronía». Estaba acordado de forma expresa que Pontmercy no intentaría nunca ver a su hijo ni hablarle, so pena de que se lo devolviera tras expulsarlo de su casa y desheredarlo. Para los Gillenormand, Pontmercy era un

apestado. Querían educar al niño como les pareciera. Es posible que el coronel se equivocase al aceptar esas condiciones, pero las soportó, pensando que hacía lo mejor y que sólo se sacrificaba él. La herencia de Gillenormand era poca cosa, pero la herencia de la señorita Gillenormand, la hermana mayor, era considerable. Aquella tía que se había quedado soltera era muy rica por parte de madre, y el hijo de su hermana era su heredero natural.

El niño, que se llamaba Marius, sabía que tenía un padre, pero nada más. Nadie le habló nunca de él. No obstante, en la vida social a la que lo llevaba su abuelo, los cuchicheos, las palabras a medias y los guiños acabaron por llegar, a la larga, a la mente del niño y éste acabó por entender algunas cosas; y como adoptaba, por algo parecido a una infiltración y un embebecimiento despacioso, las ideas y las opiniones que eran, por decirlo así, el ambiente que respiraba, acabó, poco a poco, por no pensar en su padre sino avergonzado y con el corazón oprimido.

Mientras crecía así, cada dos o tres meses el coronel hacía una escapada, viajaba furtivamente a París, como un preso que quebranta el destierro e iba a apostarse en Saint-Sulpice a la hora en que la tía llevaba a misa a Marius. Allí, temblando al pensar que la tía podía volverse, escondido detrás de un pilar, inmóvil, sin atreverse a respirar, miraba a su hijo. Ese hombre de la cara acuchillada le tenía miedo a esa solterona.

De esa misma circunstancia había nacido su relación con el párroco de Vernon, el padre Mabeuf.

Aquel digno sacerdote tenía un hermano mayordomo en Saint-Sulpice, quien se fijó varias veces en aquel hombre que miraba a su hijo, en la cicatriz que tenía en la mejilla y las gruesas lágrimas que tenía en los ojos. Aquel hombre que era tan hombre y lloraba como una mujer le llamó la atención al mayordomo. Se le quedó grabada la cara. Un día, fue a Vernon a ver a su hermano, coincidió en el puente con el coronel Pontmercy y reconoció al hombre de Saint-Sulpice. El mayordomo se lo contó al párroco y ambos, con un pretexto cualquiera, fueron a hacerle una visita al coronel. Tras esa visita, vinieron otras. El coronel, muy reservado al principio, acabó por explayarse, y el párroco y el mayordomo se enteraron a la postre de toda la historia y de cómo Pontmercy sacrificaba su dicha al porvenir de su hijo. Ello inspiró al párroco mucha veneración y

mucho afecto; y el coronel, por su parte, le cobró afecto al párroco. Además, cuando quiere la casualidad que ambos sean sinceros y buenos, no hay nadie que se comprenda y se amalgame mejor que un sacerdote viejo y un soldado viejo. En el fondo, se trata del mismo hombre. Uno se ha entregado a la patria de abajo y el otro a la patria de arriba; es la única diferencia.

Dos veces al año, el 1 de enero y el día de san Jorge, Marius escribía a su padre cartas de compromiso que le dictaba su tía y que parecían sacadas de algún manual; era cuanto consentía el señor Gillenormand; y el padre contestaba con cartas rebosantes de cariño que el abuelo se metía en el bolsillo sin leerlas.

III

Requiescant

El salón de la señora de T. era cuanto conocía Marius Pontmercy de la vida en sociedad. Era la única abertura por la que podía mirar la existencia. Esa abertura era sombría y por ese tragaluz le llegaba más frío que calor y más oscuridad que claridad. Aquel niño, que no era sino alegría y luz cuando llegó a aquel mundo extraño, se volvió triste en poco tiempo y, lo que es aún más opuesto a esa edad, serio. Rodeado de todas aquellas personas que imponían tanto y eran tan singulares, miraba a su alrededor con un asombro circunspecto. Todo contribuía a que aquella estupefacción fuera a más. Había en el salón de la señora de T. damas nobles y ricas, muy venerables, que se llamaban Mathan, Noé y Lévis, que se pronunciaba Lévi, y Cambis, que se pronunciaba Cambyse. Esos rostros antiguos y esos apellidos bíblicos se le mezclaban al niño con el Antiguo Testamento que se aprendía de memoria, y, cuando estaban todas sentadas en corro alrededor de un fuego agonizante y las iluminaba apenas una lámpara velada de verde, con aquellos perfiles severos, aquel pelo gris o blanco, aquellos vestidos tan largos y de otra época, de los que sólo se veían los colores lúgubres, diciendo muy de vez en cuando palabras a un tiempo majestuosas y hoscas, Marius las miraba con ojos asustados y le parecía que estaba viendo no mujeres, sino patriarcas y magos, no seres reales, sino fantasmas.

Con esos fantasmas se mezclaban varios sacerdotes, visitantes habituales de aquel salón viejo, y unos cuantos caballeros nobles; el marqués de Sassenaye, secretario al servicio de la señora de Berry; el vizconde de Valory, que publicaba con el pseudónimo *Charles-Antoine* odas monorrimas; el príncipe de Beauffremont, que, aunque era bastante joven, tenía el pelo gris y una mujer bonita e ingeniosa

cuyos vestidos de terciopelo escarlata con bordados de oro espantaban aquellas tinieblas; el marqués de Coriolis d’Espinouse, el hombre que más sabía en Francia de «cortesía proporcional»; el conde de Amendre, de barbilla benévola, y el señor de Port-de-Guy, puntal de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor de Port-de-Guy, calvo y más envejecido que viejo, refería que, en 1793, a los dieciséis años, lo mandaron a presidio por insumiso; iba aherrojado con un octogenario, el obispo de Mirepoix, también insumiso, pero en su calidad de sacerdote, mientras que él lo era como soldado. Era en Tolón. Su cometido era ir por las noches a recoger al cadalso las cabezas y los cuerpos de los guillotinados del día anterior; se llevaban, cargados a la espalda, aquellos cuerpos ensangrentados y tenían en la nuca, en los blusones rojos de presidiarios, una costra de sangre que estaba seca por la mañana y húmeda por la noche. Esos relatos trágicos abundaban en el salón de la señora de T.; a fuerza de maldecir a Marat, acababan por aplaudir a Trestaillon. Unos cuantos diputados de la «cámara inencontrable» jugaban al whist: los señores Thibord du Chalard, Lemarchant de Gomicourt y el célebre burlón de la derecha, el señor Cornet-Dincourt. El juez ordinario de Ferrette, de calzón corto y pantorrillas flacas, pasaba a veces por aquel salón de camino hacia el del señor de Talleyrand. Había sido compañero de francachelas del señor conde de Artois y, a la inversa que Aristóteles haciendo de caballo para Campaspe, puso a cuatro patas a la Guimard y enseñó así a las edades cómo venga un juez a un filósofo.

En cuanto a los sacerdotes, estaban el padre Halma, ese mismo a quien decía el señor Larose, colaborador suyo en *La Foudre: ¡Bah! ¿Y quién no tiene cincuenta años? ¡Unos cuantos lechuguinos, si a mano viene!;* el padre Letourneur, predicador del rey; el padre Frayssinous, que no era todavía ni conde ni obispo, ni ministro, ni miembro de la Cámara Alta, y llevaba una sotana vieja a la que le faltaban botones, y el padre Keravenant, párroco de Saint-Germain-des-Près; y también el nuncio del papa, que, a la sazón, era monseñor Macchi, arzobispo de Nisibi, que fue, más adelante, cardenal y tenía una notable nariz, larga y meditabunda; y otro monseñor al que llamaban *abbate* Palmieri, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios apostólicos de la Santa Sede, canónigo de

la insigne basílica liberiana, postulador de la causa de los santos, *postulatore di santi,* cargo que tiene que ver con los asuntos de canonización y quiere decir, más o menos, letrado del Tribunal de Cuentas del Paraíso; y, finalmente, dos cardenales, De La Luzerne y De Clermont-Tonnerre. El cardenal de La Luzerne era escritor y tuvo el honor, pocos años después, de firmar artículos en *Le Conservateur* codo con codo con Chateaubriand; el cardenal de Clermont-Tonnerre era arzobispo de Toulouse y solía pasar temporadas en París en casa de su sobrino, el marqués de Tonnerre, que fue ministro de Marina y de la Guerra. El cardenal de Clermont-Tonnerre era un anciano menudo y alegre que se remangaba la sotana y enseñaba las medias rojas; su especialidad era aborrecer la Enciclopedia y jugar apasionadamente al billar, y quienes pasaban en las tardes de verano por la calle de Madame, donde estaba entonces el palacete de Clermont-Tonnerre, se paraban para oír entrechocarse las bolas y la voz chillona del cardenal que le decía a voces a su conclavista, monseñor Cottret, obispo *in partibus* de Caryste: *Carambola, cura; apunta*. Al cardenal de Clermont-Tonnerre lo presentó en casa de la señora de T. su amigo más íntimo, monseñor Roquelaure, que había sido obispo de Senlis y uno de los cuarenta. Monseñor Roquelaure destacaba por su elevada estatura y su asidua asistencia a la Academia. Por la puerta acristalada de la sala contigua a la biblioteca, donde celebraba las sesiones por entonces la Academia Francesa, los curiosos podían todos los jueves contemplar al antiguo obispo de Senlis, las más de las veces de pie, con el pelo recién empolvado y medias de color violeta, dándole la espalda a la puerta seguramente para que se le viera mejor el cuello de clérigo. Todos esos eclesiásticos, aunque fueran la mayoría tan cortesanos como hombres de iglesia, daban mayor seriedad aún al salón de T., cuyo aspecto señorial se incrementaba más todavía con la presencia de cinco pares de Francia: el marqués de Vibraye, el marqués de Talaru, el marqués de Herbouville, el vizconde Dambray y el duque de Valentinois. Dicho duque de Valentinois, aunque príncipe de Mónaco, es decir, príncipe soberano de un país extranjero, tenía una idea tan alta de Francia y de la condición de par que todo lo veía a través de ese prisma. Suya era esta frase: *Los cardenales son los pares de Francia de Roma; los lores son los pares de Francia de Inglaterra.* Por lo demás, puesto que en el presente siglo

la revolución no puede por menos de estar en todas partes, en ese salón feudal mandaba un burgués, el señor de Gillenormand, y en él reinaba.

En esto residía la esencia y la quintaesencia de la sociedad parisina de la facción blanca. Las reputaciones pasaban por una cuarentena, incluso las de los monárquicos. Siempre hay anarquía en las reputaciones. Si hubiera llegado Chateaubriand, habría causado la misma impresión que el padre Duchêne. No obstante, se toleraba en aquel ambiente ortodoxo la presencia de algunos que se habían sumado a la causa. Al conde Beugnot lo recibían vigilando que se hubiera enmendado.

Los salones «nobles» de hoy en día han dejado de parecerse a aquéllos. El barrio de Saint-Germain actual huele a herejía. Los monárquicos actuales son unos demagogos, y lo decimos como elogio.

En casa de la señora de T., como los asistentes eran de una categoría superior, la norma era un gusto exquisito y altanero y lo más selecto en cuestiones de urbanidad. Había en sus costumbres todo tipo de refinamientos involuntarios que eran del más puro estilo del antiguo régimen, enterrado, pero vivo. Algunas de esas costumbres, sobre todo en la forma de hablar, resultaban extrañas. Personas entendidas, pero de forma superficial, habrían tomado por provinciano lo que no era sino vetusto. A una de las señoras la llamaban *señora generala*. No era inusual que hubiera alguna *señora coronela*. La encantadora señora de Léon, en recuerdo seguramente de las señoras de Longueville y de Chevreuse, prefería ese apelativo a su título de princesa. La marquesa de Créquy también había sido *señora coronela*.

Fue ese reducido grupo de alta sociedad el que inventó, en Les Tuileries, el refinamiento de decir siempre, al hablarle al rey en la intimidad, *el rey* y usar la tercera persona; y nunca *Su Majestad,* porque el tratamiento *Su Majestad* lo había «mancillado el usurpador».

Se emitían allí juicios sobre los hechos y los hombres. Se burlaban de la época, lo cual dispensaba de entenderla. Colaboraban en el asombro. Se comunicaban las luces que tenían. Matusalén informaba a Epiménides. El sordo ponía al tanto al ciego. Decidían que no había existido el tiempo transcurrido a partir de

Coblenza. De la misma forma que Luis XVIII, por la gracia de Dios, estaba en el vigésimo quinto año de su reinado, los emigrados estaban, de derecho, en el vigésimo quinto año de su adolescencia.

Todo era armonioso; nada estaba excesivamente vivo; la palabra era apenas un soplo; el periódico, a juego con el salón, parecía un papiro. Había jóvenes, pero estaban un poco muertos. En el recibimiento, las libreas eran un tanto antañonas. A aquellas personas, tan del pasado, las servían unos criados por el mismo estilo. Daba la impresión de que todo había vivido hacía mucho y se empecinaba en no entrar en el sepulcro. Conservar, Conservación, Conservador: en eso consistía casi todo el diccionario. La buena reputación era como el olor a santidad, y de eso se trataba. Había, por supuesto, plantas aromáticas en las opiniones de aquellos grupos venerables, y las ideas les olían a vetiver. Era un mundo momificado. Los señores estaban embalsamados; y los criados, disecados.

Una marquesa vieja, emigrada y arruinada, que ya sólo tenía una criada, seguía diciendo: *El servicio*.

¿A qué se dedicaban en el salón de la señora de T.? A ser ultras.

Ser ultra: aunque lo que representa esa expresión es posible que no haya desaparecido, la palabra «ultra» no quiere hoy decir nada ya. Vamos a explicarla.

Ser ultra es ir más allá. Es atacar el cetro en nombre del trono y la mitra en nombre del altar; es maltratar además de denigrar; es protestar por todo; es mirar de cerca la hoguera no vaya a ser que se tuesten poco los herejes; es reprocharle al ídolo que sea poco idólatra; es insultar por exceso de respeto; es opinar que el papa es poco papista, el rey poco monárquico y la oscuridad demasiado luminosa; es criticar el alabastro, la nieve, el cisne y la azucena en nombre de la blancura; es ser tan partidario de las cosas que acabas por ser enemigo de ellas; es estar tan a favor de algo que, en realidad, estás en contra. Este espíritu ultra es lo más característico de la primera etapa de la Restauración.

Nunca hubo en la historia nada igual a ese cuarto de hora que empieza en 1814 y concluye allá por 1820, cuando llega el señor de Villèle, el hombre práctico de la derecha. Esos seis años fueron un momento extraordinario; a la vez brillante y apagado, risueño y sombrío, iluminado como por el resplandor del alba y al mismo

tiempo encapotado con las tinieblas de las grandes catástrofes, que aún colmaban el horizonte y se hundían despacio en el pasado. Hubo, en aquella luz y aquella sombra, personas que formaban un mundo nuevo y viejo, cómico y triste, juvenil y senil y que se restregaban los ojos; nada se parece tanto al despertar como el regreso; un grupo que miraba a Francia con enfado y al que Francia miraba con ironía; las calles llenas de marqueses como búhos viejos; los reaparecidos y los aparecidos; los «ex nobles» a los que todo asombra, nobles cándidos que sonríen por verse en Francia y lloran también, encantados de volver a ver su patria y desesperados de no ver en ella a su monarquía; la nobleza de las cruzadas escarneciendo a la nobleza del Imperio, es decir, a la nobleza de la espada; las razas históricas perdiendo el sentido de la historia; los hijos de los compañeros de Carlomagno desdeñando a los compañeros de Napoleón. Como acabamos de decir, las espadas se insultaban mutuamente; la espada de Fontenay daba risa y no era sino un montón de orín; la espada de Marengo era odiosa y no era sino un sable. El Antaño se negaba a saber del Hoy. Se había perdido el sentimiento de qué era grande y el sentimiento de qué era ridículo. Hubo quien llamó a Bonaparte Scapin. Ese mundo ha dejado de existir. Repitámoslo: ya no queda nada. Cuando sacamos de él por casualidad a algún personaje e intentamos hacerlo vivir de nuevo con el pensamiento, nos parece tan extraño como un mundo antediluviano. Y es que, efectivamente, también a él se lo tragó un diluvio. Desapareció, lo arrollaron dos revoluciones. ¡Qué olas tan altas son las ideas! ¡Con qué velocidad cubren todo cuanto tienen por misión destruir y sepultar y qué poco tardan en excavar profundidades espantosas!

Así eran los salones de aquellos tiempos lejanos y candorosos en que el señor de Martainville parecía más ingenioso que Voltaire.

Aquellos salones tenían una literatura y una política propias. Creían en Fiévée. Todos se inclinaban ante las opiniones del señor Agier. Hablaban del señor Colnet, el publicista y librero de viejo del muelle Malaquais. Napoleón era el Ogro de Córcega tajantemente. Pasado algún tiempo, la introducción en la historia del señor marqués de Buonaparté, teniente general de los ejércitos del rey, fue una concesión al espíritu de la época.

Aquellos salones no conservaron la pureza mucho tiempo. Ya

desde 1818 empezaron a aflorar en ellos unos cuantos doctrinarios: inquietante matiz. Su estilo consistía en ser monárquicos y disculparse por serlo. En esos puntos de que los ultras estaban muy orgullosos, estos otros se sentían un tanto avergonzados. Tenían ingenio; tenían silencio; su dogma político iba oportunamente almidonado de altanería: no podían por menos de triunfar. Usaban excesivamente, aunque con provecho, la corbata blanca y el frac abrochado. El error, o la mala suerte, del partido doctrinario fue que crió una juventud vieja. Adoptaban poses de sabios. Soñaban con injertar en los principios absolutos y excesivos un poder moderado. Oponían, y a veces con inteligencia infrecuente, el liberalismo conservador al liberalismo demoledor. Se los oía decir: «¡Tengamos consideración con las doctrinas monárquicas! Han prestado más de un servicio. Nos devolvieron la tradición, el culto, la religión, el respeto. Son fieles, valientes, caballerescas, afables, abnegadas. Suman, mal que les pese, a las nuevas grandezas de la nación las grandezas seculares de la monarquía. Cometen el error de no entender la Revolución, el Imperio, la gloria, la libertad, las ideas jóvenes, las generaciones jóvenes, este siglo. Pero ese agravio que nos hacen, ¿no se lo hacemos a veces nosotros? La Revolución, cuyos herederos somos, tiene que entenderlo todo. Ir en contra de las doctrinas monárquicas, ése es el contrasentido del liberalismo. ¡Qué error! ¡Y qué ceguera! La Francia revolucionaria le falta al respeto a la Francia histórica, es decir, a su madre, es decir, a sí misma. Después del 5 de septiembre, se está tratando a la nobleza de la monarquía igual que después del 8 de julio se trató a la nobleza del Imperio. Fueron injustos con el águila, y nosotros somos injustos con la flor de lis. ¿Es que siempre hay que andar proscribiendo algo? ¿Qué salimos ganando con quitarle el oro de la corona a Luis XIV y raspar el escudo de armas de Enrique IV? Nos burlamos del señor de Vaublanc, que borraba las N del puente de Iéna. ¿Qué hacía? Lo mismo que estamos haciendo nosotros. Bouvines es tan nuestra como Marengo. Las flores de lis son tan nuestras como las N. Es nuestro patrimonio. Para qué mermarlo. No hay que renegar ni de la patria pasada ni de la patria presente. ¿Por qué no aceptar la historia completa? ¿Por qué no querer a Francia completa?».

Así es como los doctrinarios criticaban y amparaban las teorías

monárquicas, a las que enfadaba que las criticasen y enrabietaba que las amparasen.

Los ultras marcaron la primera época de los monárquicos; la Congregación fue la característica de la segunda. Tras el ardor, vino la maña. Dejemos aquí este esbozo.

Mientras transcurría este relato, al autor del libro se le puso delante ese momento curioso de la historia contemporánea: no le ha quedado más remedio que echarle una ojeada al pasar y recordar algunas de las líneas singulares de aquella sociedad hoy desconocida. Pero lo hace deprisa y sin amargura o irrisión algunas. Recuerdos cariñosos y respetuosos le hacen sentir apego por ese pasado, pues tienen que ver con su madre. Por lo demás, hemos de decir que incluso aquel mundo tan limitado tenía su grandeza. Podemos sonreír al pensar en él, pero no despreciarlo ni aborrecerlo. Era la Francia de antaño.

Marius hizo unos estudios de lo más corriente, como todos los niños. Cuando salió de las manos de su tía, la señorita Gillenormand, su abuelo se lo entregó a un digno profesor de impoluta inocencia clásica. Aquella alma joven, que se estaba abriendo, pasó de una mojigata a un patán. Marius fue luego al preceptivo internado e ingresó después en la Facultad de Derecho. Era monárquico, fanático y austero. Quería muy poco a su abuelo, cuyo buen humor y cuyo cinismo lo herían; y pensaba en su padre con talante sombrío.

Era, por lo demás, un muchacho apasionado y frío, noble, generoso, orgulloso, religioso y exaltado; digno hasta la dureza; puro hasta la ferocidad.

IV

La muerte del bandido

Marius concluyó sus estudios clásicos al tiempo que el señor Gillenormand se retiraba de la vida social. El anciano se despidió del barrio de Saint-Germain y del salón de la señora de T. y se fue a vivir a Le Marais, a su casa de la calle de Les Filles-du-Calvaire. Tenía allí, a su servicio, además del conserje, a aquella doncella, Nicolette, que había ocupado el puesto de la Magnon, y a aquel Basque jadeante y asmático de los que hemos hablado antes.

En 1827 acababa Marius de cumplir los diecisiete años. Una noche, al volver a casa, vio a su abuelo con una carta en la mano.

—Marius —dijo el señor Gillenormand—, saldrás mañana para Vernon.

—¿Para qué? —dijo Marius.

—Para ver a tu padre.

Marius se estremeció. Había pensado en todo menos en eso: en que pudiera ocurrir que un día fuese a ver a su padre. Nada podía resultarle ni más inesperado, ni más sorprendente ni, digámoslo, más desagradable. Era el distanciamiento forzado a la reconciliación. No, no era un disgusto; era una obligación ingrata.

Marius, además de sus motivos de antipatía política, estaba convencido de que su padre, el soldadote, como lo llamaba el señor Gillenormand cuando estaba de buenas, no lo quería; estaba claro, puesto que lo había abandonado de aquella manera y se lo había entregado a otras personas. Como no se sentía querido, no quería. Así de sencillo, se decía.

Se quedó tan estupefacto que no le preguntó nada al señor Gillenormand. El abuelo añadió:

—Por lo visto está enfermo. Quiere verte.

Y, tras un silencio, añadió:

—Vete mañana por la mañana. Creo que hay en La Cour des Fontaines un coche que sale a las seis y llega a última hora de la tarde. Cógelo. Dice que corre prisa.

Luego, arrugó la carta y se la metió en el bolsillo. Marius habría podido salir esa misma noche y estar junto a su padre a la mañana siguiente. Una diligencia de la calle de Le Bouloi hacía, por entonces, el viaje hasta Ruán de noche y pasaba por Vernon. Ni al señor Gillenormand ni a Marius se les ocurrió buscar información.

Al día siguiente, al caer la noche, llegó Marius a Vernon. Empezaban a encenderse las velas. Preguntó al primero que pasó por *la casa del señor Pontmercy*. Porque coincidía con las opiniones de la Restauración y tampoco él admitía que su padre fuera barón ni coronel.

Le indicaron la vivienda. Llamó a la puerta. Vino a abrirle una mujer con una lamparita en la mano.

—¿El señor Pontmercy? —dijo Marius.

La mujer no se movió.

—¿Es aquí? —preguntó Marius.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Podría hablar con él?

La mujer negó con el gesto.

—Pero si soy su hijo. Me está esperando —dijo Marius.

—Ya no lo espera —contestó la mujer.

Entonces Marius se dio cuenta de que estaba llorando.

La mujer le indicó con el dedo la puerta de una sala de la planta baja. Entró.

En aquella sala, que iluminaba una vela de sebo colocada encima de la chimenea, había tres hombres, uno de pie, otro de rodillas y otro que estaba en el suelo, en camisón, tendido cuan largo era en las baldosas. El que estaba en el suelo era el coronel.

Los otros dos eran un médico y un sacerdote, que estaba rezando.

El coronel llevaba tres días con una fiebre cerebral. Al principio de la enfermedad, tuvo un mal presentimiento y escribió al señor Gillenormand para pedir que fuera su hijo. Se puso peor. Esa misma noche en que llegaba Marius a Vernon, el coronel tuvo un ataque de delirio; se levantó de la cama, aunque la criada quiso impedírselo,

gritando: «¡Mi hijo no llega! ¡Voy a su encuentro!». Luego salió de su cuarto y se desplomó en las baldosas del recibidor. Acababa de morir.

Llamaron al médico y al párroco. El médico llegó demasiado tarde, el párroco llegó demasiado tarde. También el hijo había llegado demasiado tarde.

A la luz crepuscular de la vela, se le veía en la mejilla al coronel yaciente y pálido una gruesa lágrima que le había brotado del ojo muerto. La mirada estaba apagada, pero la lágrima no se había secado. Esa lágrima era el retraso de su hijo.

Marius miró a aquel hombre a quien veía por primera y última vez, aquel rostro venerable y viril, aquellos ojos abiertos que no veían, aquel pelo blanco, aquellos miembros robustos en los que se divisaban, acá y allá, rayas pardas que eran sablazos y algo así como unas estrellas rojas que eran agujeros de balas. Se quedó mirando la cuchillada enorme que estampaba el heroísmo en aquel rostro en que Dios había estampado la bondad. Pensó que aquel hombre era su padre y que aquel hombre había muerto; y se quedó frío.

La tristeza que sintió fue la tristeza que habría sentido ante cualquier hombre al que hubiese visto yacer muerto.

Reinaba en la habitación un duelo desgarrador. La criada se lamentaba en un rincón, el párroco lloraba y se oían los sollozos, el médico se secaba los ojos; el propio cadáver lloraba.

Aquel médico, aquel sacerdote y aquella mujer miraban a Marius, entre su aflicción, sin decir palabra; el forastero era él. A Marius, tan poco conmovido, le entró vergüenza y embarazo por esa actitud suya; tenía el sombrero en la mano, lo dejó caer al suelo para que pensasen que el dolor lo dejaba sin fuerzas para sujetarlo.

Al tiempo notaba algo así como remordimiento y se despreciaba por aquella forma de comportarse. Pero ¿qué culpa tenía él? No quería a su padre, ¡qué le iba a hacer!

El coronel no dejaba nada. La venta de los muebles apenas si llegó para pagar el entierro. La criada encontró un trozo de papel y se lo dio a Marius. Ponía en él, de puño y letra del coronel, lo siguiente:

«*Para mi hijo.* El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la Restauración no me reconoce ese

título, que pagué con mi sangre, mi hijo debe tomarlo y llevarlo. Ni que decir tiene que será digno de él».

Por la parte de atrás, el coronel había añadido:

«En esa misma batalla de Waterloo un sargento me salvó la vida. Ese hombre se llamaba Thénardier. En estos últimos tiempos, creo que tenía una posada pequeña en los alrededores de París, en Chelles o en Montfermeil. Si mi hijo se encuentra con él, que le haga a Thénardier todo el bien que esté en su mano».

No por devoción por su padre, sino por ese respeto inconcreto a la muerte que es siempre tan imperioso en el corazón del hombre, Marius cogió el papel y se lo guardó.

No quedó nada del coronel. El señor Gillenormand mandó vender a un trapero la espada y el uniforme. Los vecinos arrasaron el jardín y arramblaron con las flores exóticas. Las demás plantas se volvieron zarzas y matojos.

Marius sólo estuvo cuarenta y ocho horas en Vernon. Después del entierro volvió a París y a sus estudios de derecho, sin volver a acordarse de su padre, como si nunca hubiera existido. Bastaron dos días para enterrar al coronel y tres para olvidarlo.

Marius llevaba un crespón en el sombrero. Y nada más.

V

De la utilidad de ir a misa para hacerse revolucionario

Marius conservaba las costumbres piadosas de la infancia. Un domingo fue a oír misa a Saint-Sulpice, a esa misma capilla de la Virgen donde lo llevaba su tía de pequeño. Como aquel día estaba más distraído y soñador de lo que solía, se puso detrás de un pilar y se arrodilló, sin pararse a pensar, en un reclinatorio de terciopelo de Utrecht en cuyo respaldo ponía: *Señor Mabeuf, mayordomo.* Nada más empezar la misa, apareció un anciano y le dijo a Marius:

—Este sitio es mío, caballero.

Marius se apresuró a levantarse y el anciano recuperó su reclinatorio.

Al acabar la misa, Marius seguía ensimismado a pocos pasos; el anciano se le volvió a acercar y le dijo:

—Le pido perdón, caballero, por haberlo molestado hace un rato y molestarlo ahora otra vez; pero he debido de parecerle importuno y tengo que darle una explicación.

—Caballero —dijo Marius—, no es necesario.

—¡Sí que lo es! —siguió diciendo el anciano—. No quiero que tenga mala opinión de mí. Mire usted, le tengo mucho apego a este sitio, Me da la impresión de que desde aquí la misa es mejor. ¿Por qué? Se lo voy a decir. A este sitio vi acudir durante diez años, cada dos o tres meses sin falta, a un pobre padre que no tenía más oportunidad ni más forma de ver a su hijo porque se lo impedían debido a unos arreglos de familia. Venía a la hora en que sabía que traían a su hijo a misa. El niño no sospechaba que su padre estaba allí. ¡A lo mejor ni sabía el infeliz inocente que tenía padre! El padre se quedaba detrás de un pilar para que no lo vieran. Miraba a

su hijo y lloraba. ¡Aquel pobre hombre idolatraba a ese niño! Es algo que vi con mis propios ojos. Este sitio se volvió para mí un lugar santificado y he tomado la costumbre de venir aquí a oír misa. Lo prefiero al banco de fábrica donde me corresponde un sitio como mayordomo que soy. Conocí algo incluso a ese pobre señor. Tenía un suegro, una tía rica, parientes, no lo sé muy bien, que amenazaban con desheredar al niño si su padre lo veía. Se sacrificó para que su hijo fuera un día rico y feliz. Lo separaban de él por opiniones políticas. A mí, desde luego, me parecen bien las opiniones políticas, pero hay personas que no saben poner límites. ¡Dios mío! Ese hombre no era un monstruo por haber estado en Waterloo; no se separa a un padre de su hijo por una cosa así. Era un coronel de Bonaparte. Me parece que se ha muerto. Vivía en Vernon, donde está mi hermano, que es párroco. Se llamaba algo así como Pontmarie o Montpercy… A fe mía que tenía un buen tajo, un sablazo.

—¿Pontmercy? —preguntó Marius poniéndose pálido.

—Eso mismo. Pontmercy. ¿Lo conoció usted?

—Caballero —dijo Marius—, era mi padre.

El anciano mayordomo juntó las manos y exclamó:

—¡Ah, es usted el niño aquel! Sí, claro, ya tiene que ser un hombre. Pues, ¿sabe, mi pobre niño?, bien puede decir que tuvo un padre que lo quiso muchísimo.

Marius le ofreció el brazo al anciano y lo acompañó a su casa. Al día siguiente, le dijo al señor Gillenormand:

—Unos amigos y yo hemos organizado una cacería. ¿Me permite que esté fuera tres días?

—Y cuatro —contestó el abuelo—. Ve y pásalo bien.

Y, guiñando un ojo, le dijo a su hija por lo bajo:

—¡Algún amorío!

VI

Lo que pasa cuando se conoce al mayordomo de una iglesia

Adónde fue Marius lo veremos dentro de un rato.

Marius estuvo tres días fuera y, luego, regresó a París, se fue directamente a la biblioteca de la Facultad de Derecho y pidió la colección de *Le Moniteur*.

Leyó *Le Moniteur*, leyó todas las historias de la República y del Imperio, el *Memorial de Santa Elena,* todos los demás memoriales, los periódicos, los boletines, las proclamas; se lo leyó todo ansiosamente. La primera vez que se encontró con el nombre de su padre en los boletines del Gran Ejército estuvo con fiebre una semana entera. Fue a visitar a los generales a cuyas órdenes había servido Georges Pontmercy, entre otros el conde H. El mayordomo Mabeuf, a quien fue a ver, le contó la vida en Vernon, el retiro del coronel, sus flores, su soledad. Marius llegó a conocer a fondo a aquel hombre, que era de los que no hay muchos, aquel hombre sublime y dulce, aquella especie de león-cordero que había sido su padre.

No obstante, consagrado a ese estudio, que le ocupaba todos los instantes y todos los pensamientos, ya casi no veía a los Gillenormand. Aparecía a las horas de las comidas; luego, cuando lo buscaban, ya se había ido. La tía refunfuñaba. Gillenormand sonreía: «¡Bah! ¡Bah! ¡Está en la época de las chiquillas!». A veces, el anciano añadía: «¡Diablos! Yo creía que era una aventurilla; por lo visto, es una pasión».

Era una pasión, efectivamente. Marius estaba idolatrando a su padre.

Al tiempo, le cambiaban de forma extraordinaria las ideas. Las

etapas de ese cambio fueron muchas y consecutivas. Como ésta es la historia de muchas mentes de nuestro tiempo, nos parece útil ir siguiendo esas etapas paso a paso y dejar constancia de todas.

La historia en la que acababa de poner la vista lo asombraba y lo desconcertaba.

El primer efecto fue el deslumbramiento.

La República y el Imperio no habían sido hasta entonces para él más que palabras monstruosas. La República, una guillotina en una luz crepuscular; el Imperio, un sable en la oscuridad de la noche. Acababa de mirarlos de cerca y donde esperaba no encontrar sino un caos de tinieblas, vio, con una especie de sorpresa inaudita entremezclada con temor y alegría, brillar unos astros, Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camille Desmoulins, Danton, y amanecer un sol: Napoleón. No sabía en qué punto estaba. Retrocedía, al cegarlo tantos resplandores. Poco a poco se le fue pasando el asombro y se acostumbró a esos rayos de luz, miró las acciones sin vértigo, examinó a los personajes sin temor; la Revolución y el Imperio se le aparecieron, con perspectiva luminosa, ante las pupilas visionarias; vio esos dos grupos de acontecimientos y de hombres resumirse en dos hechos gigantescos: la República, en la soberanía del derecho cívico devuelto a las masas; el Imperio, en la soberanía de la idea francesa impuesta a Europa; vio surgir de la Revolución la inmensa figura del pueblo; y del Imperio, la inmensa figura de Francia. Y se dijo en conciencia que todo aquello había sido bueno.

Lo que su deslumbramiento descuidaba en esa primera apreciación, excesivamente sintética, no nos parece necesario indicarlo aquí. Estamos dejando constancia del estado de una mente en marcha. Los progresos no se hacen de una vez ni en una única etapa. Dicho esto, de una vez por todas, en lo referido a lo anterior y lo que vendrá a continuación, seguimos adelante.

Marius cayó entonces en la cuenta de que, hasta entonces, no había comprendido a su país, de la misma forma que no había comprendido a su padre. No los había conocido a ninguno de los dos y había tenido, tapándole los ojos, algo así como una oscuridad voluntaria. Ahora veía; y, por un lado, admiraba y, por otro, adoraba.

Rebosaba añoranza y remordimiento, y pensaba con

desesperación que todo cuanto tenía en el alma ya sólo se lo podía decir a una tumba. ¡Ay!, si su padre hubiera existido, si aún lo hubiera tenido, si Dios en su compasión y su bondad hubiera permitido que ese padre viviera aún, cómo habría corrido, cómo se habría abalanzado, como le habría gritado a su padre: «¡Padre! ¡Aquí estoy! ¡Soy yo! ¡Tengo tu mismo corazón! ¡Soy tu hijo!». ¡Cómo le habría besado la cabeza cana, cómo le habría inundado el pelo de lágrimas, cómo habría contemplado la cicatriz y le habría estrechado las manos y habría adorado la ropa que vestía y le habría besado los pies! ¡Ah! ¿Por qué se había muerto ese padre tan pronto, antes de tener edad para ello, antes de que le llegasen la justicia y el amor de su hijo? Marius llevaba en el corazón un sollozo continuo que decía en todo momento: ¡ay! Simultáneamente, se iba volviendo más serio y más sentado, en el auténtico sentido de esas palabras; más seguro de su fe y de su pensamiento. Continuamente acudían resplandores de la verdad a completarle la razón. Iba ocurriendo en él algo semejante a un crecimiento interior. Notaba una especie de engrandecimiento espontáneo que le venía de esas dos cosas nuevas: su padre y su patria.

Como cuando tenemos una llave, todo se abría; Marius se explicaba lo que había odiado; entendía lo que había aborrecido; veía ahora con claridad el sentido providencial, divino y humano de las cosas grandes que le habían enseñado a odiar y de los grandes hombres a quienes le habían enseñado a maldecir. Cuando se acordaba de sus opiniones anteriores, que eran sólo de ayer y que, no obstante, le parecían ya tan antiguas, se indignaba y sonreía.

De la rehabilitación de su padre pasó, con toda naturalidad, a la rehabilitación de Napoleón.

Debemos decir, no obstante, que ésta fue no poco laboriosa.

Desde la infancia, le habían inculcado, acerca de Bonaparte, las opiniones del partido de 1814. Ahora bien, a lo que tendían todos los prejuicios de la Restauración y todos sus intereses era a desfigurar a Napoleón. La Restauración lo aborrecía aún más que a Robespierre. Les sacó partido con bastante habilidad al cansancio de la nación y al odio de las madres. Bonaparte se convirtió en una especie de monstruo casi fabuloso y, para pintárselo a la imaginación del pueblo, que, como ya dijimos antes, se parece a la

imaginación de los niños, el partido de 1814 mostró sucesivamente todas las máscaras que podían infundir temor, desde lo terrible que sigue siendo grandioso hasta lo terrible que se vuelve grotesco, desde Tiberio hasta el hombre del saco. De este modo, al nombrar a Bonaparte, había libertad para que todo el mundo o sollozase o soltara el trapo con tal de que el odio fuera la nota básica del acorde. Marius nunca tuvo en la mente —en lo tocante a ese hombre, como lo llamaban— más ideas que ésas. Se habían combinado con la tenacidad propia de su forma de ser. Llevaba en su fuero interno un muchachito tozudo que odiaba a Napoleón.

Al leer la historia, al estudiarla sobre todo en los documentos y los materiales, el velo que cubría a Napoleón ante los ojos de Marius se fue desgarrando poco a poco. Divisó algo inmenso y sospechó que hasta aquel momento había estado equivocado sobre Bonaparte igual que sobre todo lo demás; cada día veía con mayor claridad; y empezó a subir despacio, paso a paso, al principio casi de mala gana, luego embriagado y algo así como atraído por una fascinación irresistible, primero los peldaños oscuros, luego los peldaños iluminados vagamente y, por fin, los peldaños luminosos y espléndidos del entusiasmo.

Una noche, estaba solo en su cuartito, en los altos de la casa. Tenía la vela encendida; leía, acodado en la mesa, junto a la ventana abierta. Desde el espacio le llegaban todo tipo de ensoñaciones y se le entremezclaban con los pensamientos. ¡Qué espectáculo el que brinda la noche! Oímos ruidos sordos sin saber de dónde vienen; vemos cómo Júpiter, que es mil doscientas veces mayor que la Tierra, rutila igual que un ascua; el cielo azul es negro; las estrellas brillan; es algo soberbio.

Leía los boletines del Gran Ejército, esas estrofas heroicas escritas en el campo de batalla; veía en ellos, a intervalos, el nombre de su padre y, continuamente, el nombre del emperador; abarcaba todo el Imperio, inmenso; notaba algo así como una marea que le crecía por dentro e iba subiendo; le parecía a ratos que su padre pasaba junto a él como una ráfaga y le hablaba al oído; poco a poco se notaba fuera de sí; le daba la impresión de que estaba oyendo los tambores, el cañón, las trompetas, el paso cadencioso de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; a ratos alzaba los ojos al cielo y miraba brillar, en las profundidades sin

fondo, las constelaciones colosales; luego volvía a bajarlos al libro y allí veía otras cosas colosales que bullían confusamente. Tenía el corazón oprimido. Estaba exaltado, trémulo, jadeante; de pronto, sin saber qué le estaba pasando ni a qué obedecía, se puso de pie, sacó ambos brazos por la ventana, clavó la mirada en la sombra, en el silencio, en el infinito tenebroso, en la inmensidad eterna, y gritó: «¡Viva el emperador!».

A partir de ese momento, todo quedó dicho ya. El ogro de Córcega, el usurpador, el tirano, el monstruo que era amante de sus hermanas, el histrión discípulo de Talma, el envenenador de Jaffa, el tigre, Buonaparte, todo aquello se desvaneció y cedió el sitio, en la mente de Marius, a un resplandor inconcreto y cegador donde relucía a alturas inaccesibles el pálido fantasma marmóreo de César. El emperador no había sido para su padre sino el capitán queridísimo a quien se admira y a quien se entrega uno con abnegación; para Marius fue algo más. Fue el edificador predestinado del grupo francés sucesor del grupo romano en el dominio del universo. Fue el prodigioso arquitecto de un hundimiento, el continuador de Carlomagno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del comité de salvación pública, y tuvo, indudablemente, máculas y faltas, y no le faltó un crimen, es decir, fue humano; pero fue augusto en sus faltas, brillante en sus máculas y poderoso en su crimen. Fue el hombre predestinado que obligó a decir a todas las naciones: la gran nación. Y fue más aún; fue la mismísima encarnación de Francia al conquistar Europa con la espada que empuñaba y el mundo con la claridad que de él brotaba. Marius vio en Bonaparte a ese espectro deslumbrante que siempre estará enhiesto en la frontera, guardián del porvenir. Déspota, pero dictador; déspota fruto de una república y compendio de una revolución. Napoleón se convirtió para él en el hombre-pueblo de la misma forma que Jesús es el hombre-Dios.

Como vemos, lo mismo que les sucede a los recién llegados a una religión, su conversión lo embriagaba, caía en la adhesión e iba demasiado lejos; una vez metido en aquella cuesta abajo, casi le resultaba imposible detenerse. Lo invadía el fanatismo hacia la espada, que embarullaba en la mente con el entusiasmo por la idea. No se daba cuenta de que junto con la genialidad, y revuelta con ella, admiraba la fuerza, es decir, que afincaba en los dos apartados

de su idolatría por un lado lo divino y por el otro lo brutal. En varios aspectos ahora se estaba equivocando de una manera diferente. Lo aceptaba todo. Existe una forma de llegar al error según se va hacia la verdad. Tenía una especie de buena fe violenta que lo aceptaba todo en bloque. En la nueva vía en que se había internado, tanto al juzgar los errores del antiguo régimen cuanto al valorar la gloria de Napoleón, daba de lado las circunstancias atenuantes.

En cualquier caso, había dado un paso prodigioso. Donde antes viera la caída de la monarquía veía ahora el nacimiento de Francia. Había cambiado de orientación. Lo que fue poniente ahora era levante. Había dado un giro.

Todas aquellas revoluciones le acontecían sin que su familia lo sospechase.

Cuando, en aquel milagroso alumbramiento, perdió por completo la envoltura antigua de partidario de los Borbones y de ultra, cuando se quitó la piel de aristócrata, de jacobita y de monárquico, cuando fue plenamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, acudió a un grabador del muelle de Les Orfèvres y le encargó cien tarjetas con el siguiente nombre: *Barón Marius Pontmercy*.

Lo cual no era sino una consecuencia muy lógica del cambio que había ocurrido en él, cambio en que todo gravitaba en torno a su padre. Pero, como no conocía a nadie y no podía ir repartiendo tarjetas por las porterías, se las metió en el bolsillo.

Otra consecuencia lógica, a medida que se acercaba a su padre, a su memoria y a las cosas por las que el coronel había pasado veinticinco años luchando, fue que se alejó de su abuelo. Ya hemos dicho que hacía mucho que la forma de ser de su abuelo no era muy de su agrado. Existían ya entre ellos todas las disonancias que hay entre un joven serio y un anciano frívolo. El buen humor de Geronte escandaliza y exaspera la melancolía de Werther. Mientras compartieron las mismas opiniones políticas y las mismas ideas, en ellas coincidían el señor Gillenormand y Marius como se coincide en un puente. Cuando se desplomó el puente, se abrió el abismo. Y además, y sobre todo, Marius sentía arrebatos de ira indecibles al pensar que había sido el señor Gillenormand, por motivos estúpidos, quien lo había apartado sin compasión del coronel,

privando así al padre del hijo y al hijo del padre.

A fuerza de venerar al padre, Marius llegó casi a aborrecer al abuelo.

Por lo demás, ya hemos dicho que nada de esto se notaba por fuera. Sencillamente se comportaba de una forma cada vez más fría; era lacónico en las comidas y se lo veía poco por casa. Cuando su tía se lo reprochaba, era muy manso y alegaba los estudios, las clases, los exámenes, algunas conferencias, etc. Al abuelo no había quien lo moviera de su diagnóstico infalible: «¡Enamorado! Si sabré yo de esas cosas…».

Marius se ausentaba de vez en cuando.

—Pero ¿adónde irá? —preguntaba la tía.

En uno de esos viajes, siempre muy breves, fue a Montfermeil para atender a la indicación que le había dejado su padre y buscó al antiguo sargento de Waterloo, el posadero Thénardier. Thénardier había quebrado, la posada estaba cerrada y nadie sabía qué había sido de él. Para esas investigaciones, Marius faltó de casa cuatro días.

—Desde luego —dijo el abuelo— está hecho un perillán.

A la familia le había parecido notar que llevaba en el pecho y debajo de la camisa algo que le colgaba del cuello con una cinta negra.

VII

Algún asunto de faldas

Hemos mencionado anteriormente a un lancero.

Era el hijo de un sobrino nieto del señor Gillenormand, por la rama paterna, que llevaba una vida castrense, alejado de la familia y de cualquier residencia doméstica. El teniente Théodule Gillenormand cumplía con todos los requisitos para ser eso que llaman un guapo oficial. Tenía una «cinturita primorosa», una forma victoriosa de llevar el sable arrastrando y los bigotes engarfiados. Venía muy poco a París, tan poco que Marius no lo había visto nunca. Ambos primos sólo se conocían de nombre. Théodule era, nos parece que lo hemos dicho ya, el favorito de la señorita Gillenormand, que lo prefería porque no lo trataba. No tratar con la gente permite atribuirle todas las perfecciones.

Una mañana, la señorita Gillenormand se fue a sus aposentos tan conmocionada como se lo consentía su placidez. Marius acababa de pedirle otra vez a su abuelo permiso para hacer un breve viaje, añadiendo que pensaba irse ese mismo día a última hora de la tarde. «¡Adelante!», le había contestado el abuelo; y el señor Gillenormand añadió para su capote enarcando las cejas: «Está hecho un reincidente en eso de dormir fuera de casa». La señorita Gillenormand subió a su cuarto muy intrigada; y soltó por las escaleras esta muestra de admiración: «¡Se dice pronto!», y esta otra de interrogación: «Pero ¿dónde irá?». Intuía alguna aventura sentimental más o menos ilícita, una mujer en la penumbra, una cita, un misterio, y no le habría desagradado meter las gafas en el asunto. Paladear un misterio es algo así como tener la primicia de un lance, cosa que no desagrada a las almas piadosas. Hay en los compartimentos secretos de la beatería cierta curiosidad por el

escándalo.

Era, pues, presa del inconcreto apetito de enterarse de algún suceso.

Para distraerse de esa curiosidad que la ponía un tanto nerviosa y la sacaba de sus costumbres, buscó refugio en sus talentos y se puso a hacer festones, hilo de algodón sobre tela de algodón: uno de esos bordados del Imperio y de la Restauración en los que hay muchas ruedas de cabriolé. Bordado mohíno, bordadora huraña. Llevaba varias horas sin moverse de la silla cuando se abrió la puerta. La señorita Gillenormand alzó la cara; tenía delante al teniente Théodule, que le hacía el saludo militar. Soltó un chillido de arrobo. Una será vieja, una será mojigata, una será devota, una será la tía del lancero, pero siempre resulta agradable ver que un lancero entra en el cuarto de una.

—¡Eres tú, Théodule! —exclamó.

—Estoy de paso, tía.

—Pero dame un beso.

—¡Aquí está el beso! —dijo Théodule.

Y la besó. La señorita Gillenormand fue a su secreter y lo abrió.

—Te quedarás toda la semana con nosotros, espero.

—Me voy esta noche, tía.

—¡No puede ser!

—Como dos y dos son cuatro.

—Quédate, Théodule, hijito, por favor.

—El corazón me dice que sí, pero las órdenes me dicen que no. Es una historia muy sencilla. Cambiamos de guarnición; estábamos en Melun y nos mandan a Gaillon. Para ir de la guarnición antigua a la nueva hay que pasar por París. Me he dicho: voy a ver a mi tía.

—Pues toma, por la molestia.

Y le metió en la mano diez luises.

—Querrá decir por mi satisfacción, querida tía.

Théodule la volvió a besar y ella tuvo el gusto de que las alfardillas del uniforme le arañasen un poco el cuello.

—¿Viajas a caballo con tu regimiento? —le preguntó.

—No, tía. Tenía empeño en venir a verla. Me han dado un permiso especial. Mi asistente va con el caballo. Yo viajo en diligencia. Y, por cierto, tengo que preguntarle una cosa.

—¿Qué?

—Mi primo, Marius Pontmercy, ¿también está de viaje?
—¿Cómo lo sabes? —dijo la tía, cuya curiosidad sintió un fuerte prurito.
—Al llegar fui a la diligencia para reservar un asiento en el coche.
—¿Y qué?
—Ya había ido un viajero a reservar un asiento en la imperial. Y vi en la hoja cómo se llamaba.
—¿Y cómo se llamaba?
—Marius Pontmercy.
—¡Será sinvergüenza! —exclamó la tía—. ¡Ay, ese primo tuyo no es un chico formal, como tú! ¡Y pensar que va a pasar la noche en una diligencia!
—Como yo.
—Sí, pero tú lo haces por obligación y él por vicio.
—¡Carape!
Llegados a este punto, le sucedió todo un acontecimiento a la señorita Gillenormand: se le ocurrió una idea. Si hubiera sido hombre, se habría dado una palmada en la frente. Le espetó a Théodule:
—¿Sabes que tu primo no te conoce?
—No, no me conoce. Yo lo he visto; pero él nunca se ha dignado fijarse en mí.
—¿Y vais a viajar juntos?
—Él en la imperial y yo dentro del coche.
—¿Dónde va esa diligencia?
—A Les Andelys.
—¿Y es ahí donde va Marius?
—A menos que, como yo, se quede por el camino. Yo me bajo en Vernon, para coger la correspondencia con Gaillon. Pero no sé nada del itinerario de Marius.
—¡Marius! ¡Qué nombre tan feo! ¿A quién se le ocurrió ponerle Marius? ¡Tú, por lo menos, te llamas Théodule!
—Preferiría llamarme Alfred —dijo el oficial.
—Atiende, Théodule.
—Atiendo, tía.
—Fíjate bien.
—Me fijo.

—¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Bueno, pues Marius falta mucho de casa.

—¡Vaya, vaya!

—Viaja.

—¡Mira, mira!

—No viene a dormir.

—¡Toma, toma!

—Y nos gustaría saber qué hay detrás de todo eso.

Théodule contestó con la flema de un hombre curtido.

—Algún asunto de faldas.

Y, con esa risita a medias que procede de la certidumbre, añadió:

—Alguna chiquilla.

—Eso está claro —exclamó la tía, a quien le pareció que estaba oyendo al señor Gillenormand y notó que la palabra *chiquilla,* a la que le ponían el mismo retintín el sobrino nieto y el tío abuelo, le infundía un convencimiento irresistible. Y añadió:

—Danos esa satisfacción: espía un poco a Marius. Ne te conoce, y te será fácil. Ya que hay una chiquilla, intenta ver a la chiquilla. Y nos cuentas la aventurilla por correo. Al abuelo le resultará muy entretenida.

No le tenía mucha afición que digamos Théodule a esa especie de guardia; pero le habían llegado al alma los diez luises y pensaba que podían tener segunda parte. Aceptó el encargo y dijo: «Como quiera, tía». Y añadió, para sus adentros: «Aquí estoy, convertido en dueña».

La señorita Gillenormand le dio un beso:

—No serías tú, Théodule, quien hiciera calaveradas así. Tú respetas la disciplina y eres esclavo de las órdenes; eres cumplidor escrupuloso del deber y no dejarías a tu familia para irte a ver a una perdida.

El lancero hizo la mueca satisfecha que haría el bandido Cartouche si le elogiasen su probidad.

Marius, la noche siguiente a ese diálogo, subió a la diligencia sin sospechar que llevaba vigilancia. En lo que respecta al vigilante, lo primero que hizo fue quedarse dormido. Fue un sueño absoluto y concienzudo. Argos se pasó la noche roncando.

Amanecía cuando gritó el conductor de la diligencia: «¡Vernon! ¡Posta de Vernon! ¡Viajeros para Vernon!». Y el teniente Théodule se despertó.

—Bueno —masculló, medio dormido aún—. Aquí es donde me bajo.

Luego, al írsele aclarando la memoria gradualmente según se iba despertando, se acordó de su tía, de los diez luises y de la cuenta que se había comprometido a dar de cuanto hiciera Marius. Y le entró la risa.

«A lo mejor no está ya en el coche —pensó mientras se abrochaba la guerrera del uniforme de diario—. Puede haberse quedado en Poissy; puede haberse quedado en Triel; si no se bajó en Meulan, ha podido bajarse en Mantes, a menos que se haya bajado en Rolleboise o que haya llegado hasta Pacy, donde ha tenido la posibilidad de tirar por la izquierda hacia Évreux o, por la derecha, hacia Laroche-Guyon. Échale un galgo, tía. ¿Qué demonios le voy a escribir a la viejecita?

En ese momento apareció en la ventanilla del coche un pantalón negro que bajaba de la imperial.

«¿Será Marius?», dijo el teniente.

Era Marius.

Una campesina joven, al pie del coche, mezclándose con los caballos y los postillones, ofrecía flores a los viajeros.

—Caballeros, flores para las señoras —voceaba.

Marius se le acercó y le compró las flores más bonitas del tenderete.

«Ahora sí que me ha entrado curiosidad —dijo Théodule, bajando del coche de un brinco—. ¿A quién demonios le llevará esas flores? Tiene que ser muy guapa la mujer que se merezca un ramo tan hermoso. Quiero verla.

Y, ahora no ya por encargo, sino por curiosidad personal, como esos perros que cazan por su cuenta, siguió a Marius.

Marius no se fijó en Théodule. Bajaban de la diligencia mujeres elegantes; no las miró. Parecía no ver nada de cuanto lo rodeaba.

«Pero ¡qué enamorado está!», pensó Théodule.

Marius se encaminó hacia la iglesia.

«Todo encaja —se dijo Théodule—. ¡La iglesia! Eso es. Las citas aliñadas con una pizca de misa son las mejores. No hay nada más

delicioso que una mirada con intenciones que se salta a Dios.»

Marius llegó a la iglesia, pero no entró, y dio la vuelta por detrás de la cabecera. Desapareció por la esquina de uno de los contrafuertes del ábside.

«La cita es fuera —dijo Théodule—. Veamos a la chiquilla.»

Se acercó de puntillas a la esquina en que había girado Marius.

Y, llegado a ese punto, se quedó estupefacto.

Marius, con la frente apoyada en ambas manos, estaba arrodillado en la hierba, junto a una tumba. Había deshojado el ramo. En el extremo de la tumba, en un punto más alto que indicaba la cabecera, había una cruz de madera negra con este nombre en letras blancas: Coronel barón Pontmercy. Se oían los sollozos de Marius.

La chiquilla era una sepultura.

VIII

Mármol contra granito

Allí era adonde había ido Marius la primera vez que se había ausentado de París. Allí volvía siempre que el señor Gillenormand decía: «No duerme en casa».

El teniente Théodule se quedó completamente desconcertado ante aquel vecindario inesperado de una sepultura; notó una sensación desagradable y singular que era incapaz de analizar y se componía del respeto debido a una tumba y el respeto debido a un coronel. Retrocedió, dejando a Marius a solas en el cementerio, y retrocedió de forma disciplinada. Vio a la muerte con unas charreteras muy anchas y le faltó poco para hacerle el saludo militar. Como no sabía que escribirle a su tía, decidió no escribirle; y es muy probable que el descubrimiento de Théodule acerca de los amores de Marius se hubiera quedado en nada si, por una de esas combinaciones de circunstancias misteriosas, que tanto se dan por casualidad, la escena de Vernon no hubiese tenido casi en el acto en París algo así como una repercusión.

Marius regresó de Vernon el tercer día, muy temprano, se fue a casa de su abuelo y, cansado por haber pasado dos noches en la diligencia y notando la necesidad de reparar el insomnio con una hora en la escuela de natación, subió rápidamente a su cuarto, no se paró más que a quitarse la levita de viaje y el cordón negro que llevaba al cuello y se fue a bañar.

El señor Gillenormand, que había madrugado, como todos los ancianos con buena salud, lo oyó volver y le faltó tiempo para subir, con toda la velocidad que le permitió la vejez de las piernas, las escaleras del sotabanco donde se alojaba Marius para darle un abrazo, y hacerle preguntas mientras se lo daba e intentar averiguar

dentro de lo posible de dónde venía.

Pero el adolescente tardó menos en bajar que el octogenario en subir, y cuando Gillenormand entró en la buhardilla, Marius ya no estaba en ella.

La cama no estaba deshecha y encima de la cama se brindaban, confiados, la levita y el cordón negro.

—Mucho mejor —dijo el señor Gillenormand.

Y, momentos después, entraba en el salón donde estaba la señorita Gillenormand bordando ruedas de cabriolé.

La entrada fue triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano la levita y en la otra la cinta del cuello e iba voceando:

—¡Victoria! ¡Vamos a aclarar el misterio! ¡Vamos a enterarnos de todo, de punta a cabo, vamos a poder palpar los libertinajes de ese hipocritilla! Aquí tenemos la novela tal cual. ¡Tengo el retrato!

Efectivamente, una caja negra de tafilete, bastante parecida a un medallón, colgaba del cordón.

El anciano cogió la caja y se la quedó mirando un rato sin abrirla, con esa misma expresión de voluptuosidad, de arrobo y de ira de un pobre diablo hambriento que viera cómo le pasa por delante de las narices una cena admirable que no es para él.

—Porque esto tiene que ser un retrato. Ya sé yo cómo son estas cosas. Y se lleva tiernamente cerca del corazón. ¡Serán bobos! ¡Seguramente un adefesio horrible que dará escalofríos! ¡Los jóvenes tienen tan mal gusto ahora!

—Vamos a verlo, padre —dijo la solterona.

La caja se abría apretando un resorte. Sólo encontraron en ella un papel cuidadosamente doblado.

—*A mi querido fulanito* —dijo el señor Gillenormand, soltando la carcajada—. Ya sé lo que es. ¡Una cartita de amor!

—¡Ay, vamos a leerla! —dijo la tía.

Y se puso las gafas. Desdoblaron el papel y leyeron lo siguiente:

«*Para mi hijo.* El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la Restauración no me reconoce ese título, que pagué con mi sangre, mi hijo debe tomarlo y llevarlo. Ni que decir tiene que será digno de él».

Lo que sintieron el padre y la hija es indecible. Se quedaron helados como si los hubiera alcanzado el aliento de una calavera.

No cruzaron ni una palabra. Lo único que dijo el señor Gillenormand, en voz baja y como hablando consigo mismo, fue:

—Es la letra del soldadote ese.

La tía examinó el papel, le dio vueltas para todos los lados y lo volvió a meter en la caja.

En ese mismo instante, un paquetito rectangular envuelto en papel azul cayó de un bolsillo de la levita. La señorita Gillenormand lo recogió y le quitó el papel azul. Eran las cien tarjetas de Marius. Le dio una al señor Gillenormand, que leyó: *Barón Marius Pontmercy.*

El anciano tiró del cordón de la campanilla. Acudió Nicolette. El señor Gillenormand cogió el cordón, la caja y la levita, los tiró al suelo en medio del salón y dijo:

—Llévese estos pingos.

Transcurrió una hora larga en el silencio más hondo. El anciano y la solterona se habían sentado, dándose la espalda, y pensaban, lo mismo seguramente, cada cual por su lado. Transcurrida esa hora, la señorita Gillenormand dijo:

—¡Muy bonito!

Pocos momentos después apareció Marius. Regresaba a casa. Antes incluso de que hubiera cruzado la puerta del salón, vio a su abuelo con una de las tarjetas en la mano; éste, al verlo, exclamó con su aire de superioridad burguesa y sarcástica, que era aplastante:

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya! Así que ahora eres barón. Enhorabuena. ¿Qué quiere decir eso?

Marius se ruborizó un poco y dijo:

—Quiere decir que soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reírse y dijo con dureza:

—Tu padre soy yo.

—Mi padre —contestó Marius con la mirada baja y expresión seria— era un hombre humilde y heroico que sirvió gloriosamente a la República y a Francia, que fue grande en la historia más grande que jamás hayan hecho los hombres, que vivió un cuarto de siglo vivaqueando, de día entre la metralla y las balas, de noche entre la nieve, el barro y la lluvia, que le quitó al enemigo dos banderas, que recibió veinte heridas y que murió olvidado y abandonado y sólo cometió un error: el de querer demasiado a dos ingratos, a su

país y a mí.

Aquello era más de lo que era capaz de oír el señor Gillenormand. Al oír *la República,* se había puesto de pie o, mejor dicho, se había erguido. Todas y cada una de las palabras que Marius acababa de pronunciar le habían causado en la cara al monárquico anciano el mismo efecto que el soplo del fuelle de una fragua en un tizón encendido. De sombrío había pasado a rojo; de rojo, a púrpura; de púrpura a incendiado.

—¡Marius! —exclamó—. ¡Muchacho abominable! ¡No sé quién era tu padre! ¡No quiero saberlo! ¡No sé nada de él y no sé nada de eso que dices! ¡Pero lo que sí sé es que entre todas esas personas nunca hubo más que miserables! ¡Que fueron todos unos golfos, unos asesinos, unos gorros rojos y unos ladrones! ¡Todos, digo! ¡Todos, digo! ¡No conozco a nadie! ¡Digo que todos! ¿Lo oyes, Marius? ¡Entérate de que eres tan barón como una de mis zapatillas! ¡Eran todos unos bandidos al servicio de Robespierre! ¡Todos unos malhechores al servicio de Bu-o-na-par-te! ¡Todos unos traidores que traicionaron, traicionaron y traicionaron a su rey legítimo! ¡Todos unos cobardes que salieron corriendo delante de los prusianos y los ingleses en Waterloo! Eso es lo que sé. ¡Si su señor padre está en ese lote, lo ignoro, lo lamento, peor para él, y hasta aquí hemos llegado!

Ahora el tizón era Marius, y el fuelle, el señor Gillenormand. A Marius le temblaba todo el cuerpo, no sabía qué hacer, le ardía la cabeza. Era el sacerdote que ve cómo le avientan todas las sagradas formas; el faquir que ve cómo un transeúnte escupe a su ídolo. No era posible que se hubieran dicho impunemente en su presencia cosas tales. Pero ¿qué hacer? Acababan de arrastrar por los suelos y de pisotear a su padre delante de él. Pero ¿quién? Su abuelo. ¿Cómo vengar a uno sin ultrajar al otro? No podía insultar a su abuelo y tampoco podía dejar de vengar a su padre. A un lado, una tumba sagrada; al otro, unas canas. Estuvo unos momentos ebrio y trastabillante, con todo aquel torbellino en la cabeza; luego alzó la vista, miró fijamente a su abuelo y gritó con voz atronadora:

—¡Abajo los Borbones y ese cerdo gordo de Luis XVIII!

Luis XVIII llevaba muerto cuatro años, pero le daba lo mismo.

El anciano pasó de pronto del escarlata a ponerse más blanco que sus canas. Se volvió hacia un busto del duque de Berry, que

estaba encima de la chimenea, y le hizo una profunda reverencia con algo así como una majestuosidad singular. Luego fue dos veces, despacio y en silencio, de la chimenea a la ventana y de la ventana a la chimenea, cruzando de punta a punta la habitación y haciendo crujir el parqué como una estatua de piedra en marcha. La segunda vez, se inclinó hacia su hija, que asistía al enfrentamiento con el pasmo de una oveja vieja, y le dijo con una sonrisa casi serena:

—Un barón como el caballero y un burgués como yo no pueden vivir bajo el mismo techo.

Y de repente, irguiéndose lívido, trémulo, tremendo, con el espantoso rayo de la ira ensanchándole la frente, estiró el brazo hacia Marius y le gritó:

—¡Vete!

Marius abandonó la casa.

Al día siguiente, el señor Gillenormand le dijo a su hija:

—Mande cada seis meses seiscientos francos a ese bebedor de sangre y no lo vuelva a mencionar en mi presencia.

Y, como le quedaba por dar salida a muchísima furia y no sabía qué hacer con ella, siguió más de tres meses llamando de usted a su hija.

Marius, por su parte, se fue indignado. Una circunstancia que vamos a referir lo había exasperado aún más. Siempre suceden pequeñas fatalidades así, que envenenan los dramas domésticos. Hacen que los agravios vayan a más aunque, en el fondo, las ofensas sigan siendo las mismas. Al llevar a toda prisa, por orden del abuelo, «los pingos» de Marius a su cuarto, a Nicolette se le cayó, probablemente sin dase cuenta, por las escaleras de la buhardilla, que era oscura, el medallón de tafilete negro donde estaba el papel que había escrito el coronel. Ni el papel ni el medallón aparecieron. Marius se quedó convencido de que «el señor Gillenormand», que es la única forma que tuvo desde ese día de llamar a su abuelo, había arrojado al fuego «el testamento de su padre». Se sabía de memoria las pocas líneas que había escrito el coronel y, por lo tanto, no se había perdido nada. Pero el papel, la letra, aquella reliquia sagrada, todo aquello era su mismísimo corazón. ¿Qué habían hecho con él?

Marius se marchó sin decir dónde iba y sin saber dónde iba, con treinta francos, el reloj y algo de ropa en un bolso de viaje. Se subió

a un coche de punto, lo tomó por horas y se fue, al azar, hacia territorio latino.

¿Qué iba a ser de Marius?

Libro cuarto

Los amigos del A B C

I

Un grupo que estuvo a punto de convertirse en histórico

En aquella época, indiferente en apariencia, corría más o menos un estremecimiento revolucionario. Había en el ambiente bocanadas que volvían de las profundidades de 1789 y de 1792. La juventud estaba, que se nos consienta la expresión, mudando. Se transformaba casi sin darse cuenta, con el propio pasar del tiempo. La aguja que va avanzando por la esfera del reloj avanza también por las almas. Todos daban el paso adelante que tenían que dar. Los monárquicos se hacían liberales; los liberales se hacían demócratas.

Era como una marea que fuese subiendo complicada con mil resacas; eso es lo propio de las resacas, que lo revuelven todo; de ahí todas aquellas combinaciones de ideas tan singulares; adoraban a un tiempo a Napoleón y la libertad. Aquí estamos haciendo historia. Eran los espejismos de aquellos tiempos. Las opiniones pasan por diversas fases. Las teorías monárquico-volterianas, variedad muy rara, tuvieron una compañera simétrica no menos rara: el liberalismo bonapartista.

Hubo grupos con mentes más serias. En unos se sondeaban los principios; en otros se atenían al derecho. Se apasionaban por lo absoluto; se vislumbraban realizaciones infinitas; lo absoluto, precisamente porque es tan rígido, impele los espíritus hacia lo alto y los hace flotar en un cielo sin límites. No hay nada como el dogma para dar a luz el sueño. Y no hay nada como el sueño para engendrar el porvenir. Hoy; utopía; mañana, carne y hueso.

Las opiniones avanzadas tenían dobles fondos. Un comienzo de misterio amenazaba «el orden establecido», que era sospechoso y solapado. Síntoma revolucionario a más no poder. Las segundas

intenciones del poder coinciden en la zanja con las segundas intenciones del pueblo. La incubación de las insurrecciones dialoga con la premeditación de los golpes de Estado.

Aún no existían en Francia esas extensas organizaciones subyacentes, como el tugendbund alemán y el carbonarismo italiano; pero acá y allá se iban ramificando excavaciones turbias. Aparecía en Aix el esbozo de *La Cougourde;* había en París, entre otras afiliaciones del mismo tenor, la Sociedad de los Amigos del A B C.

¿Quiénes eran los Amigos del A B C? Una sociedad cuya finalidad era, en apariencia, educar a los niños; y, en realidad, poner en pie a los hombres.

Se decían Amigos del A B C[33], es decir, del *rebajado,* del humillado. El *rebajado* era el pueblo. Querían ponerlo de pie. Un retruécano que habría sido un error tomarse a broma. A veces los retruécanos son muy serios en política; sin ir más lejos, el *Castratus ad castra* que convirtió a Narsé en general de un ejército; sin ir más lejos, *Barbari et Barberini;* sin ir más lejos, *Fueros y fuegos*[34]; sin ir más lejos: *Tu es Petrus et super hanc petram,* etc., etc.

Los amigos del A B C eran pocos. Era una sociedad secreta en estado embrionario; un corrillo de amigos, podríamos decir casi si de los corrillos de amigos salieran alguna vez héroes. Se reunían en París en dos sitios diferentes: cerca del Mercado Central, en una taberna que se llamaba *Corinthe,* que saldrá a relucir más adelante, y cerca de Le Panthéon, en un café pequeño de la plaza de Saint-Michel llamado café Musain, hoy derruido; el primero de esos lugares de cita les caía cerca a los obreros; el segundo, a los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los Amigos del A B C se celebraban en una sala trasera del café Musain.

Aquella sala estaba bastante lejos de la del café, con la que la comunicaba un pasillo muy largo; tenía dos ventanas y una escalera excusada que daba a la callejuela de Les Grès. Allí se fumaba, se bebía, se jugaba, se reía. Se hablaba a voces de todo y en voz baja de otras cosas. En la pared estaba clavado, indicio suficiente para poner la mosca detrás de la oreja a un agente de policía, un mapa viejo de Francia en tiempos de la República.

La mayoría de los amigos del A B C eran estudiantes en entente

cordial con algunos obreros. He aquí los nombres de los principales de ellos. Hasta cierto punto, les pertenecen a la historia: Enjolras, Combeferre, Jean Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle o Laigle, Joly, Grantaire.

Tan amigos eran esos jóvenes que formaban todos juntos algo así como una familia. Todos, salvo Laigle, eran del sur de Francia.

Se trataba de un grupo notable. Se esfumó en las profundidades invisibles que hay a nuestra espalda. En el punto al hemos llegado de este drama, es posible que no esté de más enfocar un rayo de luz hacia esas cabezas jóvenes antes de que el lector las vea hundirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, a quien hemos nombrado en primer lugar, ya veremos por qué más adelante, era hijo único y rico.

Enjolras era un joven encantador capaz de ser terrorífico. Era de una belleza angelical. Era Antinoo arisco. Hubiérase dicho, al verle la reverberación ensimismada de la mirada, que ya en alguna vida anterior había cruzado por el apocalipsis revolucionario. Llevaba consigo esa tradición a modo de testigo. Sabía todos los detalles pequeños del acontecimiento grande. Tenía una forma de ser pontifical y guerrera, rara en un adolescente. Era oficiante y militante; en lo inmediato, soldado de la democracia; transcendiendo el movimiento contemporáneo, sacerdote del ideal. Tenía la mirada profunda, los párpados algo encarnados, el labio inferior abultado y fácilmente desdeñoso, la frente despejada. Un rostro con mucha frente es como un cielo con mucho horizonte. Igual que algunos muchachos del principio de este siglo y de finales del siglo pasado, que fueron ilustres a muy temprana edad, tenía una juventud excesiva, rozagante como la de una muchacha, aunque con momentos de palidez. Era ya hombre, pero aún parecía un niño. Sus veintidós años parecían diecisiete. Era de temperamento serio, no parecía estar enterado de que hubiera en la tierra una criatura llamada mujer. No tenía sino una pasión, el derecho; y un pensamiento único, derribar el obstáculo. En el monte Aventino, habría sido Graco; durante la Convención, habría sido Saint-Just. Apenas si veía las rosas, hacía caso omiso de la primavera, no oía cantar a los pájaros; los senos desnudos de Evadne no lo habrían inmutado más de lo que habrían inmutado a Aristogitón; tanto para él cuanto para Harmodio las flores sólo

valían para ocultar la espada. Se comportaba con gravedad en las alegrías. Ante todo cuanto no fuera la República, bajaba castamente la vista. Era el pretendiente de mármol de la Libertad. Hablaba con inspiración áspera en que las palabras vibraban como un himno. Desplegaba las alas de forma inesperada. ¡Ay de la aventurilla que se hubiera arriesgado a tentarlo! Si alguna modistilla de la plaza de Cambrai o de la calle de Saint-Jean-de-Beauvais, al ver aquella cara de colegial fugado del aula, aquel cuello de paje, aquellas largas pestañas rubias, aquellos ojos azules, aquella melena tumultuosa al viento, aquellas mejillas sonrosadas, aquellos labios virginales, aquellos dientes exquisitos, hubiera apetecido toda aquella aurora y acudido a poner a prueba su belleza con Enjolras, una mirada inesperada y temible le habría abierto de repente un abismo y le habría enseñado a no confundir al querubín casquivano de Beaumarchais con el aterrador querubín de Ezequiel.

Junto a Enjolras, que encarnaba la lógica de la revolución, Combeferre encarnaba su filosofía. Entre la lógica de la revolución y su filosofía existe la siguiente diferencia: su lógica puede acabar en guerra, mientras que su filosofía sólo puede desembocar en la paz. Combeferre completaba y rectificaba a Enjolras. Era menos alto y más ancho. Pretendía volcar en las mentes principios dilatados de ideas generales; decía: «Revolución, pero civilización»; y, alrededor de la montaña cortada a pico, abría un anchuroso horizonte azul. Por eso en todos los puntos de vista de Combeferre había algo accesible y practicable. La revolución con Combeferre era más respirable que con Enjolras. Enjolras era la expresión del derecho divino, y Combeferre, del derecho natural. Aquél era una continuación de Robespierre; éste lindaba con Condorcet. Combeferre vivía más que Enjolras a la manera de la gente. Si les hubiera sido dado a esos dos jóvenes acceder a la historia, uno habría sido el justo, y el otro, el sabio. Enjolras era más viril; Combeferre era más humano. *Homo* y *Vir:* tales eran desde luego sus respectivos matices. Combeferre era amable por los mismos motivos que Enjolras era severo: porque eran puros por naturaleza. Le gustaba la palabra «ciudadano», pero prefería la palabra «hombre». La habría dicho de buen grado en español. Lo leía todo, iba a los teatros, asistía a las clases públicas, aprendía de Arago la polarización de la luz, se entusiasmaba con una clase en que

Geoffroy Saint-Hilaire había explicado la doble función de la arteria carótida externa y de la arteria carótida interna, la que forma el rostro y la que forma el cerebro; estaba informado de cuanto sucedía en el ámbito de la ciencia y la seguía paso a paso; comparaba a Saint-Simon con Fourier; descifraba los jeroglíficos; partía los guijarros que se encontraba y razonaba como un geólogo; dibujaba de memoria una mariposa bombyx; indicaba las faltas de francés en el Diccionario de la Academia; estudiaba a Puységur y a Deleuze; no afirmaba nada, ni siquiera los milagros; no negaba nada, ni siquiera los fantasmas; hojeaba la colección de *Le Moniteur,* meditaba. Decía que el porvenir está en manos del maestro de escuela y se ocupaba de temas de educación. Quería que la sociedad trabajase sin tregua para elevar el nivel intelectual y ético, para acuñar la ciencia, para poner en circulación las ideas, para impulsar el crecimiento de la mente de la juventud; y temía que la pobreza actual de los métodos, la miseria desde el punto de vista literario, que se limitaba a dos o tres siglos de la Antigüedad clásica, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, los prejuicios escolásticos y las rutinas acabasen por convertir nuestros centros de enseñanza en criaderos artificiales de ostras. Era sabio, purista, preciso, politécnico, aplicado; y, al tiempo, cavilador «hasta la quimera», decían sus amigos. Creía en todos los sueños: los ferrocarriles, la supresión del sufrimiento en las operaciones quirúrgicas, la fijación de la imagen en la cámara negra, el telégrafo eléctrico, los globos dirigidos. Por lo demás, no lo atemorizaban las fortalezas que alzaban por doquier contra el género humano las supersticiones, los despotismos y los prejuicios. Era de los que piensan que la ciencia acabará por rodear al enemigo y tomarlo por la espalda. Enjolras era un jefe; Combeferre era un guía. No es que Combeferre no fuera capaz de luchar, no se negaba a combatir cuerpo a cuerpo con el obstáculo ni a atacarlo por la fuerza o por la explosión; pero le agradaba más armonizar poco a poco, mediante la enseñanza de los axiomas y la promulgación de las leyes positivas, al género humano con su destino; y, si tenía que elegir entre dos claridades, tendía más a las luces que a las llamas. Un incendio puede, desde luego, remedar una aurora, pero ¿por qué no esperar a que amanezca? Un volcán da luz, pero el alba da mucha más. Es posible que Combeferre prefiriera la blancura de lo

hermoso a la hoguera de lo sublime. Una claridad que enturbiase el humo, un progreso pagado con violencia no satisfacían sino a medias a aquella mente tierna y seria. Un pueblo desplomándose en la verdad como en un abismo, un 1793, lo asustaba; no obstante, aún lo repugnaba más el estancamiento, olía en él la putrefacción y la muerte; puestos a escoger, prefería la espuma al miasma, y prefería a la cloaca el torrente, y las cataratas del Niágara al lago de Montfaucon. En pocas palabras, no quería ni pausas ni prisas. Mientras sus tumultuosos amigos, caballerescamente prendados de lo absoluto, adoraban las esplendorosas aventuras revolucionarias y las ansiaban, Combeferre se inclinaba por dejar que actuase el progreso, el beneficioso progreso, frío quizá, pero puro; metódico, pero irreprochable; flemático, pero imperturbable. Combeferre se habría puesto de rodillas y habría juntado las manos para que llegase el porvenir con todo su candor y para que nada alterase la gigantesca evolución virtuosa de los pueblos. *El bien tiene que ser inocente,* repetía sin cesar. Y, efectivamente, si la grandeza de la revolución es que mira sin pestañear el ideal cegador y vuela hacia él cruzando la tempestad, con sangre y fuego en las garras, la belleza del progreso es que no tiene mácula; y hay entre Washington, que es la representación de éste, y Danton, que es la encarnación de aquélla, la misma diferencia que separa al ángel de alas de cisne del ángel de alas de águila.

Jean Prouvaire era de un matiz aún más atenuado que Combeferre. Se llamaba Jehan por mor de ese capricho venial y pasajero que acompañó al poderoso y hondo movimiento de donde salió el tan necesario estudio de la Edad Media. Jean Prouvaire estaba enamorado, tenía un tiesto de flores, tocaba la flauta, escribía versos, amaba al pueblo, compadecía a las mujeres, lloraba por los niños, reunía en la misma confianza el porvenir y Dios y censuraba a la Revolución que hubiese cortado una cabeza regia, la de André Chénier. Tenía la voz habitualmente fina y, de repente, viril. Era culto hasta la erudición, y casi orientalista. Era bueno por encima de todo; y, cosa muy sencilla para quien sepa hasta qué punto son colindantes la bondad y la grandeza, en cuestiones de poesía prefería lo inmenso. Sabía italiano, latín, griego y hebreo; y ello le servía para leer a cuatro poetas nada más: Dante, Juvenal, Esquilo e Isaías. En francés, prefería Corneille a Racine y Agrippa

d’Aubigné a Corneille. Le gustaba pasear al azar por los campos de avenas locas y acianos y estaba casi tan pendiente de las nubes como de los acontecimientos. Tenía dos posturas del pensamiento: una miraba al hombre y la otra miraba a Dios; o estudiaba o contemplaba. Se pasaba el día ahondando en las cuestiones sociales, el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religión, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educación, las leyes penales, la miseria, las asociaciones, la propiedad, la producción y el reparto, el enigma de abajo, que proyecta una sombra sobre el hormiguero humano; y, por las noches, miraba los astros, esos entes gigantescos. Igual que Enjolras, era rico e hijo único. Hablaba despacio, agachaba la cabeza, bajaba la vista, sonreía con apuro, se portaba con torpeza, parecía desmañado, se ruborizaba por cualquier nadería, era timidísimo. Por lo demás, era intrépido.

Feuilly era obrero en una fábrica de abanicos, huérfano de padre y madre; ganaba trabajosamente tres francos diarios y no pensaba sino en liberar el mundo. Tenía además otra preocupación: instruirse; y también a eso lo llamaba liberarse. Se había enseñado a sí mismo a leer y escribir; todo cuanto sabía lo había aprendido él solo. Feuilly era un corazón generoso. Ardía con unas llamas inmensas. Aquel huérfano había adoptado a los pueblos. Como echaba de menos a su madre, meditó acerca de la patria. No quería que hubiera en la tierra ni un hombre sin patria. Alimentaba en su fuero interno, con la intuición profunda del hombre del pueblo, lo que llamamos hoy en día *la idea de las nacionalidades*. Había estudiado historia ex profeso para indignarse con conocimiento de causa. En aquel joven cenáculo de utópicos, que sobre todo pensaban en Francia, era el representante del exterior. Sus especialidades eran Grecia, Polonia, Hungría, Rumanía e Italia. Decía continuamente esos nombres, cuando venía a cuento y cuando no venía a cuento, con la tenacidad del derecho. Turquía oprimiendo a Grecia y Tesalia, Rusia oprimiendo a Varsovia y Austria oprimiendo a Venecia: esas violaciones lo exasperaban. De entre todos los tremendos abusos, lo sublevaba el de 1772. No existe más soberana elocuencia que la indignación sincera; y su elocuencia era de ésas. Nunca se cansaba de hablar de aquella fecha infame, 1772, de aquel pueblo noble y valiente eliminado a traición, de aquel crimen a seis manos, de aquella celada

monstruosa, prototipo y patrón de todas esas espantosas supresiones de estados que, desde la fecha aquella, han padecido varias nobles naciones a las que han, como quien dice, tachado la partida de nacimiento. Todos los atentados sociales contemporáneos son consecuencia del reparto de Polonia. El reparto de Polonia es un teorema del que son corolarios todas las actuales fechorías políticas. No hay un déspota ni un traidor que, desde hace casi un siglo, no haya puesto su visado, homologado, refrendado y rubricado, *ne varietur,* el reparto de Polonia. Cuando consultamos el legajo de las traiciones modernas, ésta ocupa el primer puesto. El congreso de Viena estudió ese crimen antes de consumar el suyo. 1772 fue el toque de trompa para rematar a la pieza; y 1815, la ralea. Ése era el tema habitual de Feuilly. Aquel pobre obrero se había nombrado tutor de la justicia y ésta lo recompensaba dándole grandeza. Y es que, efectivamente, en el derecho hay cosas eternas. Ni Varsovia puede ser tártara ni Venecia puede ser tudesca. Los reyes pierden en estas empresas el esfuerzo y el honor. Antes o después, la patria sumergida se pone de nuevo a flote y vuelve a aparecer. Grecia vuelve a ser Grecia, Italia vuelve a ser Italia. La protesta del derecho contra el hecho persiste eternamente. El robo de un pueblo no prescribe. Atracos así no tienen futuro. No se le quita la marca a una nación como si se tratase de un pañuelo.

Courfeyrac tenía un padre al que llamaban señor de Courfeyrac. Una de las ideas erróneas de la burguesía de la Restauración en cuestiones de aristocracia y nobleza era tenerle fe al *de*. El *de,* sabido es, no quiere decir nada. Pero los burgueses de tiempos de *La Minerve* le tenían tanto aprecio a ese pobre *de* que se creían en la obligación de apearse el tratamiento. El señor de Chauvelin quería que lo llamasen señor Chauvelin; el señor de Caumartin, señor Caumartin; el señor de Constant de Rebecque, Benjamin Constant; el señor de Laffayette, señor Lafayette. Courfeyrac no quiso quedarse atrás y se llamaba Courfeyrac a secas.

Casi podríamos no decir más en lo referido a Courfeyrac y limitarnos a indicar para el resto: Courfeyrac, véase Tholomyès.

Courfeyrac tenía, efectivamente, ese numen de la juventud que podríamos llamar la flor de la vida del ingenio. Más adelante se extingue, como la monería del gatito, y todo ese encanto desemboca, cuando anda con dos pies, en el adulto y, cuando anda

a cuatro patas, en el gato.

Esa clase de ingenio, las generaciones que cruzan por las facultades, las sucesivas levas de jóvenes, se la transmiten y la van pasando de mano en mano, *quasi cursores,* más o menos igual siempre; de forma tal que, como acabamos de indicar, a cualquiera que oyera a Courfeyrac en 1828 le parecería estar oyendo a Tholomyès en 1817. Con la salvedad de que Courfeyrac era un buen chico. Tras la aparente semejanza del ingenio que estaba a la vista, la diferencia entre él y Tholomyès era grande. El hombre latente que había en ambos era muy distinto en aquél y en éste. En Tholomyès había un procurador, y en Courfeyrac, un paladín.

Enjolras era el jefe; Combeferre era el guía; Courfeyrac era el núcleo. Los otros daban más luz y él daba más fluido calórico; el hecho es que tenía todas las cualidades de un núcleo, la redondez y la irradiación.

Bahorel había estado en los disturbios donde corrió la sangre en 1822 con motivo del entierro del joven Lallemand.

Bahorel era persona de buen humor y mala compañía, buenazo, manirroto, generoso por pródigo, elocuente por charlatán, descarado por atrevido; de muy buena pasta y ostentador de chalecos temerarios y opiniones de un escarlata subido; camorrista redomado, es decir, que nada le gustaba tanto como una bronca a menos que se tratase de un motín, y nada le gustaba tanto como un motín a menos que se tratase de una revolución; siempre dispuesto a romper una ventana, y luego a levantar los adoquines de una calle, y luego a derribar un gobierno, para ver cómo resultaba; llevaba estudiando once años. Le seguía el rastro al derecho, pero no lo cazaba. Su divisa era: *abogado nunca,* y su escudo de armas, una mesilla de noche encima de la que se intuía un gorro cuadrado. Cada vez que pasaba delante de la facultad de Derecho, cosa que le sucedía pocas veces, se abotonaba la levita, aún no se había inventado el paletó, y tomaba precauciones higiénicas. Decía de la portalada de la facultad: «¡Qué anciana tan venerable!»; y del decano, el señor Delvincourt: «¡Menudo monumento!». Las clases le valían para escribir canciones, y los profesores, para hacerles caricaturas. Dilapidaba en no hacer nada una renta considerable, tres mil francos más o menos. Sus padres eran unos campesinos a quienes había sabido inculcarles respeto por su hijo.

Decía de ellos: «Son campesinos, y no burgueses; y por eso son inteligentes».

Bahorel, hombre caprichoso, se desperdigaba por varios cafés; los demás tenían sus costumbres; él no. Paseaba ocioso. Andar vagabundeando es algo humano, pasear ocioso es algo parisino. En el fondo, tenía una mente más penetrante y reflexiva de lo que aparentaba.

Hacía las veces de nexo entre los Amigos del A B C y otros grupos aún informes, pero cuyo diseño fue apareciendo más adelante.

Había en este cónclave de cabezas jóvenes un cofrade calvo.

El marqués de Avaray, a quien Luis XVIII hizo duque por haberlo ayudado a subir al coche de punto el día en que emigró, contaba que en 1814, cuando volvió el rey a Francia, al desembarcar en Calais, un hombre le presentó un memorial. «¿Qué pide usted aquí?» «Una administración de correos, Majestad.» «¿Cómo se llama?» «L'Aigle.»

El rey frunció el entrecejo al oír aquello del águila; miró la firma y vio que el apellido se escribía: *lesgle*. Aquella ortografía poco bonapartista le llegó al alma al rey y esbozó una sonrisa. «Majestad —siguió diciendo el hombre del memorial—, a un antepasado mío, que era mozo de traílla, lo apodaron Lesgueules. De ese mote viene mi apellido. Me llamo Lesgueules, por contracción Lesgle, y por corrupción L'Aigle.» Al oír esto el rey sonrió ya abiertamente. Más adelante le concedió a aquel hombre la administración de correos de Meaux, deliberadamente o sin caer en la cuenta[35].

El cofrade calvo del grupo era el hijo de ese Lesgle, o Lègle, y firmaba Lègle (de Meaux). Sus compañeros, para abreviar, lo llamaban Bossuet.

Bossuet era un joven alegre al que le pasaban muchas desgracias. Estaba especializado en que nada le saliera bien. Para contrarrestar, todo le hacía gracia. A los veinticinco años era calvo. Su padre acabó por tener una casa y un terreno; pero a él, al hijo, le faltó tiempo para perder en una especulación fallida el terreno y la casa. No le quedó nada. Tenía conocimientos e ingenio, pero se malograban. Todo le fallaba, todo lo engañaba; cuanto edificaba se le desplomaba encima. Si cortaba leña, se hería en un dedo. Si tenía una amante, no tardaba en descubrir que ella además tenía un

amigo. Le pasaban desgracias continuamente; de ahí le venía la jovialidad. Decía: *Vivo bajo el tejado que pierde tejas*. Nada lo extrañaba, porque para él los accidentes eran lo previsto; se tomaba la mala suerte con serenidad y sonreía cuando lo hacía rabiar el destino como persona que sabe entender una broma. Era pobre, pero tenía el bolsillo lleno de buen humor inagotable. Llegaba enseguida al último céntimo, pero nunca a la última carcajada. Cuando la adversidad le entraba por la puerta, saludaba cordialmente a esa vieja conocida, y les palmeaba la tripa a las catástrofes; tenía tanta confianza con la Fatalidad que la llamaba con un diminutivo cariñoso: «¿Qué tal, Pepla?», le decía.

Esa persecución de la suerte le había dado inventiva. Contaba con grandes cantidades de recursos. No tenía dinero, pero se las ingeniaba para hacer, cuando le parecía, «gastos desorbitados». Una noche incluso llegó a gastarse cien francos cenando con una moza, lo que le inspiró en plena orgía esta frase memorable: «Buscona de cinco luises, quítame las botas[36]».

Bossuet se encaminaba con calma hacia la profesión de abogado; estudiaba derecho por el sistema de Bahorel. Bossuet no andaba sobrado de casas donde vivir; a veces no tenía ninguna. Se iba alojando acá y allá, las más de las veces en casa de Joly. Joly estudiaba medicina. Tenía dos años menos que Bossuet.

Joly era el enfermo imaginario en joven. Lo que le había aportado la medicina era ser más enfermo que médico. A los veintitrés años, se tenía por achacoso y se pasaba la vida mirándose la lengua en el espejo. Afirmaba que el hombre se imanta igual que una aguja y, en su cuarto, tenía la cama con la cabecera orientada al sur y los pies al norte para que, por las noches, la gran corriente magnética del globo no le alterase la circulación. Durante las tormentas, se tomaba el pulso. Por lo demás, era el más animado de todos. Todas esas incoherencias —joven, maniático, enfermizo, alegre— se entendían bien entre sí y el resultado era una persona excéntrica y de trato agradable a quien sus compañeros, pródigos en consonantes aladas, llamaban Jolllly. «Cuatro eles para que las uses como cuatro alas», le decía Jean Prouvaire.

Joly solía tocarse la nariz con la contera del bastón, lo que es prueba de una mente sagaz.

Todos esos jóvenes tan diferentes y de quienes, en resumidas

cuentas, sólo se debe hablar en serio tenían la misma religión: el Progreso.

Todos eran descendientes directos de la Revolución Francesa. Los más superficiales se ponían solemnes al decir esta fecha: 1789. Sus padres de carne y hueso habían sido moderados del Club de los Fuldenses, monárquicos, doctrinarios; daba igual; esa mescolanza anterior a ellos, que eran jóvenes, no era de su incumbencia: les corría por las venas la sangre pura de los principios. Se vinculaban sin que se interpusiera matiz alguno al derecho incorruptible y al deber absoluto.

Afiliados e iniciados esbozaban el ideal de forma subterránea.

Entre todos esos corazones apasionados y todas esas mentes convencidas había un escéptico. ¿Cómo es que estaba allí? Por yuxtaposición. Aquel escéptico se llamaba Grantaire y solía firmar con una erre mayúscula a modo de jeroglífico[37]: R. Grantaire era un hombre que se guardaba muy mucho de creer en algo. Era, por lo demás, uno de los estudiantes que más había aprendido durante las clases a que asistía en París; sabía que el mejor café lo servían en el café Lemblin y que el mejor billar era el del café Voltaire; que en L'Ermitage, en el bulevar de Le Maine, había tortas regias y reales mozas; pollos asados con salsa picante en *La mère Saguet;* guisos de pescado en el portillo de La Cunette, y un vinillo blanco muy rico en el portillo de Le Combat. Sabía los sitios más indicados para todas las ocasiones; y unos cuantos bailes, además de usar las piernas y los pies para practicar los tipos de lucha *savate* y *chausson;* también era diestro en la lucha con palos. De propina, gran bebedor. Era inmensamente feo; la ojeteadora de botines más guapa de por entonces, Irma Boissy, indignada por tanta fealdad, dictó la siguiente sentencia: *Grantaire es imposible;* pero la fatuidad de Grantaire estaba más allá del desconcierto. Miraba amorosa y fijamente a todas las mujeres con expresión de decir de todas ellas: *¡si yo quisiera!,* e intentaba que sus compañeros pensasen que estaba muy solicitado.

A todas estas expresiones: derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, Revolución Francesa, República, democracia, humanidad, civilización, religión, progreso, les faltaba muy poco para carecer por completo de sentido desde el punto de vista de Grantaire. Sonreía al oírlas. El escepticismo, esa caries de la

inteligencia, no le había dejado en la mente ni una idea completa. Vivía irónicamente. Éste era su axioma: Sólo hay algo seguro: el vaso lleno. Se burlaba de todas las devociones en todos los partidos y tanto del hermano como del padre, tanto de Robespierre en su juventud como de Loizerolles. «Mucho adelantaron muriéndose», exclamaba. Decía del crucifijo: «¡Hay que ver el éxito que tuvo ese patíbulo!». Mujeriego, jugador, libertino, a menudo ebrio, les daba a aquellos jóvenes reflexivos el disgusto de pasarse la vida canturreando: *Me gustan las mujeres, me gusta el vino bueno* con la música de *Vive Henri IV*.

Por lo demás, ese escéptico tenía un fanatismo. Ese fanatismo no era ni por una idea ni por un dogma, ni por un arte ni por una ciencia; era por un hombre, Enjolras. Grantaire admiraba, quería y veneraba a Enjolras. ¿A quién se apuntaba ese desconfiado anárquico dentro de aquella falange de mentes absolutas? A la más absoluta. ¿Cómo lo subyugaba Enjolras? ¿Con las ideas? No. Con el carácter. Fenómeno este que podemos observar con frecuencia. Un escéptico que se apega a un creyente es algo tan sencillo como la ley de los colores complementarios. Nos atrae aquello de que carecemos. A nadie le gusta tanto la luz como al ciego. La enana se enamora locamente del tambor mayor. El sapo siempre está mirando al cielo: ¿por qué? Para ver volar al pájaro. A Grantaire, en quien reptaba la duda, le gustaba ver el vuelo planeado de la fe en Enjolras. Necesitaba a Enjolras. Sin darse del todo cuenta del porqué y sin pretender explicárselo, lo embelesaba aquella forma de ser casta, sana, firme, recta, dura, cándida. Admiraba instintivamente a su contrario. Sus ideas flojas, desmayadas, dislocadas, enfermas, deformes se aferraban a Enjolras como a una espina dorsal. Su raquis espiritual se apoyaba en aquella firmeza. Grantaire, junto a Enjolras, volvía a ser alguien. Por lo demás, él se componía de dos elementos incompatibles en apariencia. Era irónico y cordial. Su indiferencia sentía amor. Su mente podía prescindir de creencias pero su corazón no podía prescindir de amistad. Honda contradicción, ya que un afecto es un convencimiento. Así era su carácter. Hay hombres que parecen haber nacido para ser dorso, envés, reverso. Son Pólux, Patroclo, Niso, Eudamidas, Hefestión, Pechméja. No viven a menos que vayan adosados a otro; su nombre es segunda parte y sólo se escribe con la

conjunción *y* delante; su existencia no les pertenece; es la otra cara de un destino que no es el suyo. Grantaire era uno de esos hombres. Era el reverso de Enjolras.

Podríamos casi decir que las afinidades empiezan con las letras del alfabeto. En esa serie, O y P son inseparables. Podemos elegir entre decir O y P o, si no, Orestes y Pílades.

Grantaire, auténtico satélite de Enjolras, moraba en ese cenáculo de jóvenes; vivía en él; sólo en él estaba a gusto; los seguía a todas partes. Su alegría era ver ir y venir aquellas siluetas entre los vapores del vino. Lo toleraban por su buen humor.

Enjolras, como era creyente, desdeñaba a ese escéptico; como era sobrio, desdeñaba a ese borracho. Le concedía cierta compasión altanera. Grantaire era un Pílades no aceptado. Enjolras lo trataba mal continuamente, lo rechazaba con dureza; y él, que regresaba cuando lo alejaba, decía de Enjolras: «¡Qué mármol tan hermoso!».

II

Bossuet pronuncia la oración fúnebre de Blondeau

Cierta tarde que coincidía en algunos aspectos, como vamos a verlo, con los acontecimientos referidos antes, Laigle de Meaux estaba sensualmente adosado al marco de la puerta del café Musain. Parecía una cariátide de vacaciones; no llevaba consigo sino su ensoñación. Estaba mirando la plaza de Saint-Michel. Adosarse es una forma de estar acostado de pie que no desagrada a los soñadores. Laigle de Meaux se estaba acordando melancólicamente de un menudo contratiempo que le había ocurrido la antevíspera en la Facultad de Derecho y modificaba sus planes personales para el futuro, planes, por lo demás, bastante inconcretos.

La ensoñación no impide que pase un cabriolé ni que el soñador se fije en el cabriolé. Laigle de Meaux, cuyas pupilas vagaban en una especie de paseo ocioso y difuso, divisó, a través de ese estado suyo de sonambulismo, un vehículo de dos ruedas que pasaba por la plaza y que iba al paso y como indeciso. ¿A quién buscaba ese cabriolé? ¿Por qué iba al paso? Laigle se fijó. Iba en él, junto al cochero, un joven y, delante de ese joven, había un bolso de viaje bastante grande. El bolso exhibía ante los ojos de los transeúntes este nombre escrito en letras grandes y negras en una tarjeta cosida a la tela: MARIUS PONTMERCY.

Al ver ese nombre, Laigle cambió de postura. Se incorporó y apostrofó como sigue al joven del cabriolé:

—¡Señor Marius Pontmercy!

El cabriolé así interpelado se detuvo.

El joven, que también parecía muy ensimismado, alzó la vista.

—¿Qué sucede? —dijo.

—¿Es usted Marius Pontmercy?

—Desde luego.

—Lo estaba buscando —siguió diciendo Laigle de Meaux.

—¿Cómo es eso? —preguntó Marius; pues era él, efectivamente, que se iba de casa de su abuelo y tenía ante los ojos una cara que veía por primera vez—. Yo no lo conozco a usted.

—Yo tampoco lo conozco —contestó Laigle.

Marius pensó que se había encontrado con un gracioso y que iban a intentar tomarle el pelo en plena calle. No estaba de buen humor en aquellos momentos. Frunció el entrecejo. Laigle de Meaux, imperturbable, añadió:

—No vino usted anteayer a la facultad.

—Es posible.

—Es seguro.

—¿Es usted estudiante? —preguntó Marius.

—Sí, caballero. Igual que usted. Anteayer entré en la facultad por casualidad. Ya sabe, a veces se le ocurren a uno ideas peregrinas. El profesor estaba pasando lista. No ignora usted lo ridículos que se ponen en esos casos. La tercera vez que no contesta alguien al pasar lista lo dan de baja. Sesenta francos que se van al infierno.

Marius estaba empezando a atender. Laigle prosiguió;

—Era Blondeau el que estaba pasando lista. Ya conoce a Blondeau; tiene una nariz muy puntiaguda y muy maliciosa a la que le encanta olerse quién falta a clase. Empezó, el muy taimado, por la letra P. Yo no atendía, porque no tengo nada que ver con esa letra. La lista no iba mal. Ninguna baja; el universo entero estaba presente. Blondeau estaba triste. Me decía yo para mi capote: «Blondeau, amor mío, hoy no vas a poder ejecutar a nadie». De pronto, Blondeau dice: *Marius Pontmercy*. Nadie responde. Blondeau, esperanzadísimo, repite más alto: *Marius Pontmercy*. Y coge la pluma. Yo tengo entrañas, caballero. Me dije a toda prisa: «Aquí tenemos a un buen muchacho al que van a dar de baja. Ojo. Es un auténtico vividor y no es puntual. No es un buen alumno. No es un cachazudo, ni un estudiante que estudia, ni un mozalbete pedante muy impuesto en ciencias, letras, teología y sapiencia, uno de esos pazguatos que van hechos un figurín y además son un figurón. Es un perezoso honorable que anda por ahí perdiendo el tiempo, aficionado al asueto, amigo de frecuentar a las modistillas,

que corteja a las mujeres guapas, que a lo menor está ahora mismo en casa de mi amante. ¡Hay que salvarlo! ¡Muera Blondeau!». En ese mismo momento, Blondeau mojó en la tinta la pluma, negra de tanto tachar, paseó la mirada feroz por el auditorio y repitió por tercera vez: *¿Marius Pontmercy?* Contesté: *¡Presente!* Y se libró usted de que lo dieran de baja.

—¡Señor mío…! —dijo Marius.

—Y me dieron de baja a mí —añadió Laigle de Meaux.

—No lo acabo de entender —dijo Marius.

Laigle prosiguió:

—Nada más sencillo. Yo estaba cerca de la mesa del profesor para contestar y cerca de la puerta para salir por pies. Y el profesor me miraba con bastante fijeza. De pronto, Blondeau, cuya nariz bien vale una mesa, como decía Enrique IV, salta a la L. La L es mi letra. Soy de Meaux y me llamo Lesgle.

—¡L'Aigle! —interrumpió Marius—. ¡Qué apellido tan hermoso!

—Señor mío, Blondeau llega a este apellido tan hermoso y grita: *¡Laigle!* Contesto: *¡Presente!* Entonces Blondeau me mira con la dulzura de un tigre, sonríe y me dice: «Si es usted Pontmercy, no es Laigle». Frase que podría haber parecido ofensiva para usted, porque sería como decirle que no lo considera ni mucho menos un águila, pero que en realidad sólo era lúgubre para mí. Dicho lo cual, me dio de baja.

Marius exclamó:

—Caballero, estoy muy contrito…

—Antes de nada —interrumpió Laigle—, pido venia para embalsamar a Blondeau en unas cuantas frases elogiosas muy sentidas. Lo imagino muerto. No habría que modificar gran cosa ni da su delgadez, ni da su palidez, ni da su gelidez ni da su fetidez. Y digo: *Erudimini qui judicatis terram*. Aquí yace Blondeau la Nariz, Blondeau Nasica, el buey de la disciplina, *bos disciplinæ,* el moloso del castigo, el ángel que pasa lista, que fue recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado y repulsivo. Dios lo dio de baja como él me dio de baja a mí.

Marius siguió diciendo:

—Estoy consternado…

—Joven —dijo Laigle de Meaux—, que le sirva esto de lección. A partir de ahora sea puntual.

—Le presento miles de sinceras disculpas.

—No vuelva a exponerse a que den de baja al prójimo.

—Estoy disgustadísimo…

Laigle se echó a reír.

—Y yo estoy encantado. Estaba en camino de convertirme en abogado. Esta baja me salva. Renuncio a triunfar en los tribunales. Ni defenderé a la viuda ni atacaré al huérfano. Ni más toga ni más pasantías. Ya estoy dado de baja. Y se lo debo a usted, señor Pontmercy. Tengo la intención de hacerle una visita formal para agradecérselo. ¿Dónde vive?

—En este cabriolé —dijo Marius.

—Síntoma de opulencia —respondió Laigle muy tranquilo—. Enhorabuena. El alquiler le costará nueve mil francos al año.

En ese momento salía del café Courfeyrac.

Marius sonrió con tristeza.

—Llevo con este alquiler dos horas y aspiro a dejarlo; pero el caso es que no sé adónde ir.

—Caballero —dijo Courfeyrac—, venga mi casa.

—Debería tener preferencia —comentó Laigle—, pero es que no tengo casa.

—Calla, Bossuet —contestó Courfeyrac.

—Bossuet —dijo Marius—. Pero si creía que se llamaba Laigle.

—De Meaux —contestó Laigle—; y, recurriendo a la metáfora: Bossuet.

Courfeyrac subió al cabriolé.

—Cochero —dijo—, al hotel de la Porte de Saint-Jacques.

Y esa misma noche, Marius ya estaba acomodado en una habitación del hotel de la Porte de Saint-Jacques, junto a Courfeyrac.

III

Los asombros de Marius

En pocos días, Marius trabó amistad con Courfeyrac. La juventud es la estación de las soldaduras prontas y de las cicatrizaciones rápidas. Marius, junto a Courfeyrac, respiraba libremente, cosa que le resultaba bastante nueva. Courfeyrac no le hizo preguntas. Ni siquiera se le ocurrió. A esa edad, los rostros lo dicen todo enseguida. Sobran las palabras. Hay jóvenes de los que se podría decir que tienen una fisonomía charlatana. Basta mirarse para conocerse.

No obstante, una mañana Courfeyrac le preguntó de repente:

—Por cierto, ¿tiene usted opiniones políticas?

—¡Pues claro! —dijo Marius casi ofendido por la pregunta aquella.

—¿Y qué es usted?

—Demócrata bonapartista.

—Matiz gris de ratón tranquilizado —dijo Courfeyrac.

A la mañana siguiente, Courfeyrac llevó a Marius al café Musain. Luego, le cuchicheó al oído con una sonrisa: «Tengo que darle paso franco a la revolución». Y lo condujo al local de los Amigos del A B C. Se lo presentó a los demás compañeros diciendo a media voz esta sencilla frase que Marius no entendió: «Un alumno».

Marius había caído en un avispero de inteligencias. Por lo demás, aunque callado y circunspecto, no era ni el menos alado ni el menos armado.

Marius, hasta entonces solitario y dado al monólogo y a los apartes por costumbre y por gusto, se quedó un tanto desconcertado al ver que les atendiera esa bandada de jóvenes. Todas aquellas iniciativas diversas le exigían su atención al tiempo y tiraban de él

en direcciones distintas. El vaivén tumultuoso de todas esas mentes en libertad y en pleno alumbramiento le despertaba un torbellino de ideas. A veces, entre aquella turbación, se alejaban tanto que le costaba trabajo volver a dar con ellas. Oía hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religión de forma inesperada. Intuía aspectos inusuales; y, como no los situaba en perspectiva, no tenía seguridad de no estar viendo el caos. Al dar de lado las opiniones de su abuelo para preferir las de su padre, le pareció que ya sabía a qué atenerse; sospechaba ahora, intranquilo y sin atreverse a reconocerlo, que no era así. El ángulo desde el que lo veía todo volvía a cambiar de sitio otra vez. Sentía una oscilación que le ponía en marcha todos los horizontes de la mente. Curioso trajín interior. Era casi un padecimiento.

Perecía como si para aquellos jóvenes no existieran «cosas consagradas». Marius oía, en todos los temas, lenguajes singulares que le desazonaban el razonamiento, tímido aún.

Había a la vista un cartel de teatro con el título de una tragedia del repertorio antiguo, llamado clásico: «¡Abajo la tragedia que tanto agrada a los burgueses!», voceaba Bahorel. Y Marius oía cómo Combeferre le respondía:

—Te equivocas, Bahorel. A la burguesía le gusta la tragedia y, en ese aspecto, hay que dejar en paz a la burguesía. La tragedia de peluca tiene su razón de ser, y no soy de esos que, Esquilo mediante, le niegan el derecho a existir. En la naturaleza existen esbozos; en la creación hay parodias ya listas; un pico que no es un pico, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, un grito de dolor con el que entran ganas de reírse: tal es el pato. Ahora bien, ya que las aves de corral coexisten con las otras aves, no veo por qué no iba a existir la tragedia clásica junto a la tragedia antigua.

Otras veces, Marius pasaba por casualidad por la calle de Jean-Jacques Rousseau llevando a derecha y a izquierda a Enjolras y a Courfeyrac.

Courfeyrac lo agarraba del brazo.

—Fíjese bien. Ésta es la calle Plâtrière que ahora se llama calle de Jean-Jacques Rousseau por una pareja singular que vivió aquí hace alrededor de sesenta años. Eran Jean-Jacques y Thérèse. De vez en cuando nacían unos niñitos. Thérèse los echaba al mundo y

Jean-Jacques los echaba a la calle.

Y Enjolras se enfadaba con Courfeyrac.

—¡Ni una palabra de Jean-Jacques! Es un hombre al que admiro. Renegó de sus hijos, sí, pero adoptó al pueblo.

Ninguno de esos jóvenes pronunciaba estas dos palabras: el emperador. Jean Prouvaire era el único que decía a veces Napoleón; todos los demás decían Bonaparte. Enjolras lo pronunciaba *Buonaparte*.

A Marius lo asombraba un tanto. *Initium sapientiæ*.

IV

La sala de atrás del café Musain

Una de las conversaciones de aquellos jóvenes, a las que asistía Marius y en las que intervenía de vez en cuando, fue una conmoción para su pensamiento.

Sucedió en la sala trasera del café Musain. Casi todos los Amigos del A B C estaban allí reunidos aquella noche. El quinqué estaba solemnemente encendido. Hablaban de todo un poco, sin pasión pero con estrépito. Con la excepción de Enjolras y Marius, que estaban callados, todos echaban arengas un tanto al azar. En las charlas entre compañeros se dan a veces tumultos apacibles como aquél. Era un juego y un barullo más que una conversación. Se lanzaban palabras y las cogían al vuelo. Había pláticas en las cuatro esquinas de la estancia.

No se admitía a más mujer en aquella sala trasera que a Louison, la lavaplatos del café, que cruzaba por allí de vez en cuando para ir del fregadero al «laboratorio».

Grantaire, completamente borracho, atronaba el rincón del que se había adueñado; razonaba con tino y desatinaba a voz en cuello; gritaba:

—Estoy sediento. Mortales, tengo un sueño: que al tonel de Heidelberg le dé un ataque de apoplejía y ser yo una de las doce sanguijuelas que le pongan. Me gustaría beber. Quiero olvidar la vida. La vida es un invento repugnante que no sé a quién se le ocurrió. No dura nada y no vale nada. Te rompes el cuello viviendo. La vida es un decorado con pocos practicables. La felicidad es un bastidor viejo pintado por una sola cara. El Eclesiastés dice que todo es vanidad; opino igual que ese buen hombre que a lo mejor nunca existió. Y ese nadie, como no quería ir desnudo, se vistió de

vanidad. ¡Ay, vanidad! ¡Vuelta a vestirlo todo con palabras grandilocuentes! Una cocina es un laboratorio, un bailarín es un profesor, un saltimbanqui es un gimnasta, un boxeador es un pugilista, un boticario es un químico, un peluquero es un artista, el que mezcla el mortero es un arquitecto, un jockey es un *sportsman,* una cochinilla es un pterigibranquio. La vanidad tiene una cara y una cruz; la cara es simplona, es un negro y sus abalorios; la cruz es necia, es un filósofo con sus harapos. Aquél me hace llorar y éste me da risa. Eso que llaman honores y dignidades, e incluso el honor y la dignidad, suele ser de crisocola. Los reyes juegan con el orgullo humano como con una baratija. Calígula nombró cónsul a un caballo; Carlos II nombró caballero a un lomo de vaca. A ver quién presume ahora entre el cónsul Incitatus y el *baronet* Roastbeef. En cuanto al valor intrínseco de las personas, ya ha dejado de ser respetable. Atended al panegírico que le hace el vecino al vecino. Nada más feroz que lo blanco con lo blanco; ¡si la azucena hablase, cómo pondría a la paloma! Una beata criticando a una devota es más venenosa que el áspid y que el búngaro de la India. Es una lástima que sea yo tan ignorante, porque os citaría montones de cosas; pero nada sé. Eso sí, siempre he sido ingenioso. Cuando era alumno de Gros, en vez de hacer pintarrajos me pasaba la vida robando manzanas; corto de pincel y largo de manos. Eso en lo que a mí se refiere; y vosotros sois tal para cual. Me importan un ardite vuestras perfecciones, excelencias y buenas prendas. Toda buena prenda desagua en un defecto; el ahorrador linda con el avaro, el generoso es vecino del pródigo, el valiente anda codo con codo con el fanfarrón; decir muy piadoso es como decir un tanto santurrón; hay exactamente tantos vicios en la virtud como agujeros en el manto de Diógenes. ¿A quién admiráis más, al muerto o al matador, a César o a Bruto? Generalmente estamos de parte del matador. ¡Viva Bruto, que mató! Eso sí que es virtud. Virtud quizá, pero también locura. Hay curiosas manchas en esos grandes hombres. El Bruto ese que mató a César estaba enamorado de una estatua de niño. Era una estatura del escultor griego Estrongilión, que también esculpió esa figura de amazona llamada de las piernas bonitas, Eucnemos, que Nerón llevaba consigo cuando viajaba. El tal Estrongilión sólo dejó dos esculturas que pusieron de acuerdo a Bruto y a Nerón; Bruto se enamoró de una; y Nerón, de la otra. La

historia toda no es sino machaconería prolongada. Un siglo plagia a otro anterior. La batalla de Marengo es copia de la batalla de Pidna; el Tolbiac de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleón se parecen como dos gotas de sangre. No le doy gran importancia a la victoria. No hay nada tan estúpido como vencer; la gloria auténtica consiste en convencer. ¡Pero cualquiera intenta demostrar algo! Os contentáis con triunfar, ¡menuda mediocridad! Y con conquistas, ¡menuda miseria! Vanidad y cobardía por doquier, ¡ay! Todo obedece al éxito, incluso la gramática. *Si volet usus,* dice Horacio. Así que desdeño al género humano. ¿Bajamos del todo a la parte? ¿Queréis que me ponga a admirar a los pueblos? ¿A qué pueblo, decidme? ¿A Grecia? Los atenienses, esos parisinos de antaño, mataron a Foción, que era algo así como Coligny, y adulaban a los tiranos tanto que Anacéforo decía de Pisístrato: «Su orina atrae a las abejas». El hombre más considerable de Grecia fue, durante cincuenta años, el gramático Filetas, que era tan bajito y menudo que no le quedaba más remedio que ponerse plomo en las suelas para que no se lo llevase el viento. Había en la plaza mayor de Corinto una estatua, obra de Silanión, que cita Plinio en su catálogo; esa estatua representaba a Efistato. ¿Qué había hecho Efistato? Había inventado la zancadilla. En esto se resumen Grecia y la gloria. Pasemos a otros. ¿Admiraré a Inglaterra? ¿Admiraré a Francia? ¿A Francia? ¿Por qué? ¿Por París? Acabo de deciros lo que opino de Atenas. ¿Inglaterra? ¿Por qué? Aborrezco Cartago. Y, además, Londres, metrópoli del lujo, es la cabeza de partido de la miseria. Sólo en la parroquia de Charing Cross mueren de hambre cien personas al año. Ésa es Albión. Añado, para rematar, que vi una vez a una inglesa bailando con una corona de rosas y unas gafas azules. ¡Así que un bufido para Inglaterra! Y si no admiro a John Bull, ¿admiraré al hermano Jonathan? Me gusta muy poco ese hermano esclavista. Si le quitáis *time is money,* ¿qué le queda a Inglaterra? Si le quitáis *cotton is king,* ¿qué le queda a América? Alemania es linfática; Italia es biliosa. ¿Nos extasiaremos ante Rusia? Voltaire la admiraba. También admiraba la China. Convengo en que Rusia tiene cosas buenas, entre otras un marcado despotismo; pero me dan pena los déspotas. Son de salud delicada. Un Alejo decapitado, un Pedro apuñalado, un Pablo estrangulado, otro Pablo pisoteado a taconazos de bota, varios Ivanes degollados, unos cuantos Nicolases

y Basilios envenenados: todo ello indica que el palacio de los emperadores de Rusia tiene una carencia flagrante de salubridad. Todos los pueblos civilizados brindan a la admiración del pensador este detalle: la guerra; ahora bien, la guerra, la guerra civilizada, agota y totaliza todas las formas del bandidaje, desde el bandolerismo de los facinerosos en las gargantas del monte Jaxa hasta los merodeos de los indios comanches en el Paso Incierto. ¡Bah!, me diréis, ¿es que vale más acaso Europa que Asia? Estoy de acuerdo en que Asia resulta graciosa; pero no tengo muy claro por qué os reís del gran lama, pueblos de Occidente que habéis incluido en vuestras modas y elegancias todas las porquerías en las que tenía que ver la realeza, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta el sillico del delfín. ¡Señores humanos, no se hagan ilusiones! Donde más cerveza se bebe es en Bruselas, donde más aguardiente se bebe es en Estocolmo, donde más chocolate se bebe es en Madrid, donde más ginebra se bebe es en Ámsterdam, donde más vino se bebe es en Londres, donde más café se bebe es en Constantinopla y donde más ajenjo se bebe es en París; y eso es todo lo que hay que saber. En resumidas cuentas, París queda en cabeza. En París hasta los traperos son sibaritas; a Diógenes no le habría agradado menos ser trapero en la plaza de Maubert que filósofo en el Pireo. Y sabed también esto otro: las tabernas de los traperos se llaman tascas; las más conocidas son *La Casserole* y *L'Abattoir*. Así que ¡oh merenderos, bodegones, aguaduchos, ventorros, figones, bailes del candil, cafetuchos, tascas de los traperos, caravasares de los califas, os pongo por testigos! ¡Soy un voluptuoso, almuerzo en Richard a dos francos por cabeza, necesito alfombras de Persia dignas de envolver a Cleopatra desnuda! ¿Dónde está Cleopatra? ¡Ah, eres tú, Louison! ¿Qué tal?

Así se derramaba en palabras, agarrando a la friegaplatos según pasaba, en su esquina de la sala trasera del café Musain, Grantaire, algo más que borracho.

Bossuet, con la mano tendida hacia él, intentaba imponerle silencio; y Grantaire repetía a más y mejor:

—Aigle de Meaux, las manos quietas. No me impresionas en absoluto con ese gesto de Hipócrates despreciando la trastería de Artajerjes. Te dispenso de intentar calmarme. Y además estoy triste. ¿Qué queréis que os diga? El hombre es malo, el hombre es

deforme. La mariposa es un éxito, el hombre es un fracaso. A Dios le salió mal el borrico este. Un gentío es un muestrario de gente fea. El primero que pasa es un miserable. Mujer rima con caer. ¡Sí, tengo *spleen,* y encima melancolía, y además nostalgia, y también hipocondría; y rabio, y me dan berrinches, y bostezo, y me aburro, y me harto, y me entra el fastidio! ¡Que se vaya Dios al diablo!

—¡Cállate de una vez, R mayúscula! —repitió Bossuet, que estaba en un debate general acerca de un tema de derecho y tenía más de medio cuerpo metido en una frase de jerga jurídica cuyo final ponemos a continuación:

—… Y por lo que a mí se refiere, por más que sea apenas persona versada en leyes y, como mucho, procurador aficionado, afirmo lo siguiente: que a tenor de los usos de Normandía, en san Miguel debían pagar todos los años al señor un Equivalente, salvo derechos de tercero, tanto los propietarios cuanto sus derechohabientes, y ello en lo relativo a todas las enfiteusis, todos los arrendamientos y alodios, todos los contratos patrimoniarios y patrimoniales, hipotecarios e hipotecales…

—Ecos, ninfas quejosas —tarareó Grantaire.

Muy cerca de Grantaire, en una mesa casi silenciosa, una hoja de papel, un tintero y una pluma, entre dos vasos pequeños, anunciaban que estaba esbozándose un vodevil. Este asunto trascendental se trataba en voz baja, y las dos cabezas pensantes se rozaban.

—Lo primero es buscar los nombres. Cuando ya se tienen los nombres, llega solo el argumento.

—Muy cierto. Tú dicta, que yo escribo.

—El señor Dorimon.

—¿Rentista?

—Por descontado.

—Célestine, su hija.

—… hija. ¿Qué más?

—El coronel Sainval.

—Sainval está muy visto. Mejor Valsin.

Al lado de los aspirantes a autores de vodevil, otro grupo, que también aprovechaba el barullo para hablar en voz baja, ultimaba un duelo. Uno de edad avanzada, treinta años, le daba consejos a un joven de dieciocho y le explicaba con qué adversario se las tenía

que haber:

—¡Demonios! Tenga cuidado. Es muy buen tirador. Maneja con limpieza. Tiene ataque de fintas perdidas, juego de muñeca, viveza, rapidez, paradas precisas y respuestas matemáticas. ¡Algo serio! Y es zurdo.

En la esquina opuesta, Joly y Bahorel jugaban al dominó y hablaban de amor.

—Tú tienes mucha suerte —decía Joly—. Una amante que siempre se está riendo.

—Mal hecho —contestaba Bahorel—. Cuando uno tiene una amante, esa amante se equivoca al reírse. Entran ganas de engañarla. Verla alegre quita los remordimientos; si la vemos triste, nos hacemos cargo.

—¡Ingrato! ¡Es tan agradable ver a una mujer reírse! ¡Y no os peleáis nunca!

—Eso es porque hicimos un trato. Cuando organizamos nuestra santa alianza particular, nos pusimos cada uno nuestra frontera, que no cruzamos nunca. De un lado el cantón de Vaud, del otro el cantón de Gex. Y por eso reina siempre la paz.

—La paz es la digestión de la felicidad.

—Y tú, Jolllly. ¿La señorita… ya sabes a quién me refiero, y tú seguís reñidos?

—Sigue enfurruñada con una paciencia cruel.

—Y eso que eres un enamorado que enternece por lo flaco.

—¡Pobre de mí!

—Yo en tu lugar la dejaría plantada.

—Eso es fácil de decir.

—Y de hacer. ¿No se llama Musichetta?

—Sí. Ay, mi pobre Bahorel, es una muchacha estupenda, muy literaria, pies menudos, manos pequeñas, viste bien, es blanca y rellenita con ojos de echadora de cartas. Me tiene loco.

—Mi querido amigo, entonces tienes que agradarle, que ir elegante y mover bien las piernas. Hazme el favor de comprar en Staub un buen pantalón de cruzadillo de lana. Es un tejido que presta.

—¿A qué interés? —gritó Grantaire.

En otra de las esquinas había un debate poético. La mitología pagana peleaba con la mitología cristiana. Hablaban del Olimpo,

que defendía Jean Prouvaire en nombre del romanticismo. Jean Prouvaire sólo era tímido cuando estaba sosegado. En cuanto se exaltaba, explotaba; el entusiasmo crecía al sumársele algo parecido al júbilo, y Prouvaire era a la vez risueño y lírico.

—No insultemos a los dioses —decía—. Los dioses a lo mejor no se han ido. No me da la impresión de que Júpiter esté muerto. Los dioses son sueños, decís. Bueno, pues incluso en la naturaleza, tal y como es ahora que han huido los sueños, están todos los grandes mitos paganos antiguos. Hay montes con perfil de ciudadela, como el Vignemale por ejemplo, que para mí sigue siendo el tocado de Cibeles; no está demostrado que no acuda Pan por las noches para soplar en el tronco hueco de los sauces, taponando por turno los agujeros con los dedos; y siempre he creído que Ío tenía algo que ver con la cascada de Pissevaches.

En la cuarta esquina hablaban de política y despotricaban de la Carta Constitucional. Combeferre la defendía sin gran convicción. Courfeyrac la atacaba enérgicamente. Había encima de la mesa un malhadado ejemplar de la famosa Carta reproducida por Touquet. Courfeyrac la había cogido y la agitaba, uniendo sus argumentos y las vibraciones de la hoja de papel.

—De entrada, no quiero reyes. Aunque no fuera más que desde el punto de vista económico, no los quiero; un rey es un parásito. Los reyes no salen gratis. Escuchad esto: elevado precio de los reyes. Cuando murió Francisco I, la deuda pública francesa era de treinta mil libras de renta; cuando murió Luis XIV, era de dos mil seiscientos millones, a veintiocho libras el marco, lo que equivalía en 1760, según Desmarets, a cuatro mil quinientos millones, lo que equivaldría en la actualidad a mil doscientos millones. En segundo lugar, diga lo que diga Combeferre, una Carta otorgada es un mal recurso para salir del paso. Salvar la transición, suavizar el proceso, amortiguar la sacudida, conseguir que pase insensiblemente la nación de la monarquía a la democracia poniendo en marcha esas ficciones constitucionales: ¡qué razones tan detestables! ¡No y no! ¡No le enseñemos nunca al pueblo las cosas a contraluz! Los principios se marchitan y pierden el color en ese sótano constitucional vuestro. Nada de bastardías. Nada de medias tintas. Nada de que el rey le otorgue algo al pueblo. En todos esos otorgamientos hay un artículo 14. Junto a la mano que da, está la

garra que arrebata. Rechazo de plano la Carta esta. Una Carta es una máscara; detrás de ella está la mentira. Un pueblo que acepta una Carta abdica. El derecho sólo es derecho cuando no se le recorta nada. ¡No! ¡Fuera la Carta!

Era invierno; dos leños chisporroteaban en la chimenea. Resultaba muy tentador, y Courfeyrac no pudo resistirse. Arrugó en el puño la pobre Carta-Touquet y la arrojó al fuego. Combeferre miró filosóficamente cómo ardía la obra maestra de Luis XVIII y se limitó a decir:

—La metamorfosis de la Carta en llama.

Y los sarcasmos, las ocurrencias, las pullas, eso tan francés que se llama el brío, el buen gusto y el malo, las razones buenas y las malas, todos los cohetes descontrolados del diálogo, elevándose a la vez y cruzándose por todo el local, formaban por encima de las cabezas algo así como un bombardeo alegre.

V

El horizonte se ensancha

Lo admirable de esos encontronazos de mentes jóvenes es que no puede preverse nunca la chispa ni intuir el relámpago. ¿Qué saltará dentro de un rato? No se sabe. La carcajada brota del sentimentalismo. En el momento más chistoso aparece la seriedad. Los impulsos dependen de cualquier palabra. La inspiración de todos y cada uno es soberana. Basta una burla para que se le abran las puertas a lo inesperado. Son conversaciones con giros bruscos en que la perspectiva cambia de pronto. El azar es el tramoyista de esas conversaciones.

Un pensamiento serio, que brotó curiosamente de un tintineo de palabras, pasó de pronto por entre la refriega de voces en que cruzaban las espadas, en medio de la confusión, Grantaire, Bahorel, Prouvaire. Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

¿Cómo surge una frase en un diálogo? ¿Cómo es que destaca de repente por sí sola y capta la atención de quienes la oyen? Acabamos de decirlo: nadie lo sabe. En pleno barullo, Bossuet concluyó de pronto una interpelación cualquiera a Combeferre con esta fecha:

—18 de junio de 1815, Waterloo.

Al oír ese nombre, Waterloo, Marius, de codos en una mesa, junto a un vaso de agua, se quitó el puño de debajo de la barbilla y empezó a mirar con fijeza al auditorio.

—Por Dios que este número, el 18, es curioso y me llama la atención —exclamó Courfeyrac (*pardiez* se estaba ya quedando anticuado por entonces)—. Es el número fatídico de Bonaparte. Si le ponemos Luis delante y brumario detrás, entra ahí todo el destino de ese hombre, con la particularidad expresiva de que el final le

pisa los talones a los comienzos.

Enjolras, que hasta el momento no había dicho nada, rompió a hablar y le dijo lo siguiente a Courfeyrac:

—Querrás decir que la expiación le pisa los talones al crimen.

Esa palabra, *crimen,* iba más allá de lo que podía aceptar Marius, ya muy alterado con la repentina evocación de Waterloo.

Se levantó, se acercó despacio al mapa de Francia colocado en la pared en cuya parte baja se veía una isla en un recuadro aparte, puso el dedo en ese recuadro y dijo:

—Córcega. Una isla pequeña que hizo a Francia muy grande.

Aquello fue una ráfaga gélida. Todos se quedaron callados. Se notó que era el comienzo de algo.

Bahorel, que estaba contestando a Bossuet componiendo una postura del torso a la que era aficionado, renunció a ella para atender.

Enjolras, sin fijar en nadie las pupilas azules, como si mirase al vacío, respondió sin mirar a Marius:

—Francia no necesita ninguna Córcega para ser grande. Francia es grande porque es Francia. *Quia nominor leo.*

Marius no mostró la menor veleidad de retroceder; se volvió hacia Enjolras y retumbó su voz con una vibración que le salía de las entrañas soliviantadas:

—¡No quiera Dios que le haga yo de menos a Francia! Pero amalgamarlos a Napoleón y a ella no es hacerle de menos. Pongamos las cosas claras. Soy un recién llegado entre vosotros, pero os confieso que me dejáis asombrado. ¿En qué punto estamos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes sois? ¿Quién soy? Aclaremos las cosas en lo tocante al emperador. Os oigo decir Buonaparte, recalcando la *u* como los monárquicos. Os advierto que mi abuelo lo hace mejor aún y dice Buonaparté. Yo creía que erais jóvenes. ¿Dónde tenéis el entusiasmo? ¿Y en qué lo usáis? ¿A quién admiráis si no admiráis al emperador? ¿Y qué más os hace falta? Si rechazáis a ese gran hombre, ¿a qué grandes hombres aceptáis? Lo tenía todo. Era completo. Llevaba en el cerebro facultades humanas al cubo. Redactaba códigos, como Justiniano, dictaba como César, en su charla se juntaban el relámpago de Pascal con el trueno de Tácito, hacía la historia y la escribía, sus partes de guerra son Ilíadas, combinaba las matemáticas de Newton con las metáforas de

Mahoma, dejaba tras de sí en oriente palabras del tamaño de pirámides; en Tilsit les enseñaba majestad a los emperadores, en la Academia de Ciencias dialogaba con Laplace, en el Consejo de Estado se enfrentaba con Merlin, daba alma a la geometría de aquéllos y a las trapacerías legales de éstos, era legista con los procuradores y sideral con los astrónomos; igual que Cromwell apagando una vela sí y otra no, se iba a Le Temple a regatear un borlón de cortina; lo veía todo, lo sabía todo; y eso no le impedía reírse con risa bonachona junto a la cuna de su hijito; y, de pronto, Europa, espantada, atendía; echaban a andar ejércitos, rodaban parques de artillería, puentes de barcazas cruzaban los ríos, las bandadas de la caballería galopaban entre el huracán, gritos, trompetas, tronos bamboleantes por doquier, las fronteras de los reinos oscilaban en el mapa, se oía el ruido de una espada sobrehumana al salir de la vaina y se lo veía a él, enhiesto sobre el telón de fondo del horizonte con un resplandor llameante en la mano y un fulgor en los ojos, abriendo en pleno trueno las dos alas, el Gran Ejército y la Vieja Guardia, ¡y era el arcángel de la guerra!

Todos callaban y Enjolras agachaba la cabeza. El silencio da siempre hasta cierto punto la impresión de que quien calla otorga o de que el interlocutor está entre la espada y la pared. Marius, casi sin pararse a tomar aliento, siguió con entusiasmo creciente:

—¡Seamos justos, amigos míos! Ser el imperio de un emperador así, ¡qué destino tan espléndido para un pueblo cuando ese pueblo es Francia y suma su genio al genio de ese hombre! Aparecer y reinar; andar y triunfar; tener por etapas todas las capitales; tomar a los granaderos de nuestro ejército y convertirlos en reyes; decretar la caída de las dinastías; transfigurar Europa a paso de carga; que los demás sientan, cuando amenazamos, que apoyamos la mano en la empuñadura de la espada de Dios; ir en pos de Aníbal, de César y de Carlomagno en un único hombre; ser el pueblo de alguien que pone en todos nuestros amaneceres el anuncio clamoroso de una batalla ganada; que nos haga de despertador el cañón de Les Invalides; arrojar a abismos de luz palabras prodigiosas cuya llama arde para siempre: ¡Marengo, Arcole, Austerlitz, Iéna, Wagram! Hacer que florezcan continuamente en el cenit de los siglos constelaciones de victorias; convertir el Imperio francés en simétrico del Imperio romano; ser la gran nación y alumbrar al

Gran Ejército; mandar a volar por todo el orbe nuestras legiones de la misma forma que una montaña envía todas sus águilas; vencer; dominar; fulminar; ser en Europa algo parecido a un pueblo dorado a fuerza de gloria; resonar en la historia como una fanfarria de titanes; conquistar el mundo dos veces, conquistándolo y deslumbrándolo, todo eso es sublime. Y ¿hay algo más grande?

—Ser libre —dijo Combeferre.

Entonces le tocó a Marius agachar la cabeza. Esa palabra sencilla y fría atravesó como una hoja de acero su efusión épica y notó cómo se le desvanecía. Cuando alzó la vista, Combeferre ya se había ido. Satisfecho seguramente por aquella respuesta suya a la apoteosis, acababa de marcharse, y todos los demás, con la excepción de Enjolras, se habían ido tras él. El local estaba vacío. Enjolras se había quedado a solas con Marius y lo miraba muy serio. Marius, no obstante, tras ordenar un poco las ideas, no se consideraba derrotado; le quedaba por dentro cierta efervescencia que iba seguramente a plasmarse en silogismos, desplegándolos contra Enjolras, cuando, de pronto, se oyó cantar a alguien por las escaleras según se iba. Era Combeferre, y esto era lo que cantaba:

Si César me ofreciese
la gloria y la guerra,
que dejar a mi madre
por tenerlas tuviera,
le diría al gran César:
guárdate carro y cetro,
que a mi madre prefiero, ay, sí,
que a mi madre prefiero.

El tono tierno y fiero con que cantaba Combeferre daba a esa estrofa de una especie de grandeza extraña. Marius, ensimismado y mirando al techo, repitió casi automáticamente: «¿Mi madre?».

En ese momento, notó en el hombro la mano de Enjolras:

—Ciudadano —le dijo Enjolras—, mi madre es la República.

VI

Res augusta

Aquella velada dejó en Marius una conmoción muy honda y una oscuridad triste en el alma. Sintió lo que quizá siente la tierra en el momento en que la abren con el hierro para depositar en ella el grano de trigo; sólo nota la herida; el sobresalto del germen y de la alegría del fruto no llegan hasta más adelante.

Marius estuvo adusto. Acababa apenas de construirse una fe. ¿Tenía ya que renunciar a ella? Se aseguró a sí mismo que no. Se afirmó que no quería dudar y empezó a dudar a pesar suyo. Hallarse entre dos religiones sin haber salido aún de una ni haber entrado aún en otra resulta insoportable; y esos crepúsculos sólo agradan a las almas murciélago. Marius era de mirada franca y necesitaba luz de verdad. Las penumbras de la duda le dolían. Por mucho que deseara quedarse donde estaba y no moverse de ahí, notaba una obligación invencible de seguir adelante, de avanzar, de examinar, de pensar, de ir más allá. ¿Dónde lo llevaría todo aquello? Le daba miedo, después de haber dado tantos pasos que lo habían acercado a su padre, dar ahora otros pasos que podrían alejarlo de él. El malestar que sentía iba a más con todas las reflexiones que se le iban ocurriendo. Iba apareciendo y lo iba rodeando una escarpadura. No estaba de acuerdo ni con su abuelo ni con sus amigos; a aquél le parecía un temerario, y a éstos, un atrasado; se dio cuenta de que estaba doblemente aislado, por el lado de los ancianos y por el lado de los jóvenes. Dejó de ir al café Musain.

Tan turbada tenía la conciencia que no se acordaba ya de determinados aspectos serios de la existencia. Las realidades de la vida no nos consienten que nos olvidemos de ellas. Un día se

presentaron de repente para darle un codazo.

Una mañana, el dueño del hotel entró en la habitación de Marius y le dijo:

—El señor Courfeyrac respondió por usted.

—Sí.

—Pero tendría usted que pagarme.

—Ruegue al señor Courfeyrac que venga a hablar conmigo —dijo Marius.

Cuando llegó Courfeyrac, el hostelero los dejó solos. Marius le contó lo que no se le había ocurrido contarle antes: que era como si no tuviera a nadie en el mundo, pues no tenía padres ni parientes.

—¿Y qué va a ser de usted? —dijo Courfeyrac.

—No tengo ni la más remota idea —contestó Marius.

—¿Qué va a hacer?

— No tengo ni la más remota idea.

—¿Tiene dinero?

—Quince francos.

—¿Quiere que le haga un préstamo?

—Nunca.

—¿Tiene ropa?

—Está que ve aquí.

—¿Tiene joyas?

—Un reloj.

—¿De plata?

—De oro. Éste.

—Conozco a un prendero que le aceptará la levita y unos pantalones.

—Me parece bien.

—Se quedará usted sólo con unos pantalones, un chaleco, un sombrero y un frac.

—Y con las botas.

—¿Cómo? ¿No va a ir descalzo? ¡Menuda opulencia!

—Bastará con eso.

—Conozco a un relojero que le comprará el reloj.

—Muy bien.

—Qué va, de bien nada. ¿Y luego qué hará?

—Cuanto sea necesario. Todo cuanto sea honrado al menos.

—¿Sabe usted inglés?

—No.

—¿Sabe alemán?

—No.

—Mala suerte.

—¿Por qué?

—Es que tengo un amigo librero que está haciendo algo así como una enciclopedia para la que habría podido traducir textos ingleses o alemanes. Está mal pagado, pero se puede vivir.

—Aprenderé francés y alemán.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto me gastaré lo que me den por la ropa y por el reloj.

Avisaron al prendero. Compró la ropa por veinte francos. Fueron a la relojería. El relojero compró el reloj por cuarenta y cinco francos.

—No está mal —le decía Marius a Courfeyrac mientras volvían al hotel—, con los quince francos que ya tenía, suman ochenta francos.

—¿Y la nota del hotel? —comentó Courfeyrac.

—Anda, ya no me acordaba —dijo Marius.

El hospedero le trajo la nota, que tuvo que pagar en el acto. Subía a setenta francos.

—Me quedan diez francos —dijo Marius.

—Demonios —dijo Courfeyrac—, se comerá cinco francos mientras aprende inglés y otros cinco mientras aprende alemán. Eso va a ser como meterse una lengua entre pecho y espalda muy deprisa o una moneda de cinco francos muy despacio.

Entretanto, su tía, la señorita Gillenormand, que en el fondo era bastante buena persona en las ocasiones tristes, había acabado por dar con el lugar donde se alojaba Marius. Una mañana, cuando volvía Marius de la facultad, se encontró una carta de su tía y los seiscientos francos de oro en una caja lacrada.

Marius le devolvió a su tía los treinta luises con una carta respetuosa en la que le decía que tenía medios de subsistencia y que a partir de ahora podría atender él solo a todas sus necesidades. En aquellos momentos le quedaban tres francos.

La tía no le dijo nada al abuelo de aquel rechazo por temor a exasperarlo más aún. ¿No había dicho acaso, por lo demás, que no

volvieran a mentarle nunca al bebedor de sangre aquel?

Marius se fue del hotel de la Porte de Saint-Jacques porque no quería dejar nada a deber allí.

Libro quinto

Excelencia de la desdicha

I

Marius indigente

La vida se le volvió muy dura a Marius. Tener que pasar por vender la ropa y el reloj no fue nada. Tuvo también que *pasarlas moradas,* que es una expresión inconcreta, una cosa espantosa que incluye días sin pan, noches sin sueño, veladas a oscuras, hogar sin fuego, semanas sin trabajo, porvenir sin esperanza, el frac con los codos agujereados, el sombrero viejo que hace reír a las muchachas, la puerta que se encuentra uno cerrada por la noche porque no ha pagado el alquiler, la insolencia del portero y del dueño del figón, las risas malévolas de los vecinos, las humillaciones, la renuncia a la dignidad, la aceptación de cualquier trabajo, el asco, la amargura, el desánimo. Marius aprendió a pasar por todo eso y a que con mucha frecuencia sólo eso le pasara por el estómago. En momentos así de la existencia, cuando el hombre necesita orgullo porque necesita amor, notó cómo se mofaban de él porque iba mal vestido y porque era ridículo y pobre. A esa edad en que tenemos el corazón henchido de un orgullo imperial, bajó más de una vez la vista hacia las botas agujeradas y supo de los bochornos injustos y los rubores dolorosos de la miseria. Prueba admirable y terrible de la que los débiles salen convertidos en infames y los fuertes en seres sublimes. Crisol al que el destino arroja a un hombre siempre que quiere conseguir un pillo o un semidiós.

Porque en las luchas pequeñas se hacen cosas muy grandes. Hay corajes tozudos e ignorados que se defienden paso a paso en la sombra, luchando contra la invasión fatídica de las necesidades y las ignominias. Victorias nobles y misteriosas que ninguna mirada ve, por las que no se recibe ningún pago de la fama ni el saludo de ninguna fanfarria. La vida, la desdicha, el aislamiento, el abandono

y la pobreza son campos de batalla que tienen sus propios héroes; héroes oscuros mayores a veces que los héroes ilustres.

Nacen así caracteres firmes y valiosísimos; la miseria, madrastra casi siempre, es madre a veces; la indigencia da a luz la potencia del alma y de la mente; la aflicción es nodriza del orgullo; la desgracia es leche nutricia para los magnánimos.

Hubo una época en la vida de Marius en que barría su rellano de las escaleras, en que compraba cinco céntimos de queso de Brie en la frutería, en que esperaba a que llegase el crepúsculo para colarse en la panadería y comprar un pan que se llevaba furtivamente a su desván como si lo hubiera robado. A veces era posible ver cómo entraba en la carnicería de la esquina, escurriéndose por entre las cocineras socarronas que le daban empellones, un joven torpe con unos libros debajo del brazo y expresión entre tímida y rabiosa; se quitaba al entrar el sombrero, dejando al aire una frente perlada de sudor, le hacía una marcada reverencia a la carnicera extrañada, otra al dependiente, pedía una chuleta de cordero, pagaba por ella treinta o treinta y cinco céntimos, la envolvía en papel, se la metía debajo del brazo entre dos libros y se iba. Era Marius. De esa chuleta, que se guisaba él, vivía tres días.

El primer día se comía la carne; el segundo, se comía la grasa; el tercero, roía el hueso.

Su tía, la señorita Gillenormand, hizo más intentos y le envió los seiscientos francos. Marius los devolvió una y otra vez, diciendo que no necesitaba nada.

Llevaba aún luto por su padre cuando le aconteció esa revolución personal que ya hemos referido. Desde entonces no había dejado de llevar aquella ropa negra. Pero la ropa sí lo dejó a él. Llegó un día en que se quedó sin frac. Los pantalones todavía aguantaban. ¿Qué podía hacer? Courfeyrac, a quien había echado una mano unas cuantas veces, le dio un frac viejo. Por franco y medio, un portero le dio la vuelta y Marius tuvo un frac nuevo. Pero aquel frac era verde. Entonces Marius dejó de salir antes de que se hiciera de noche. Y así el frac era negro. Como quería seguir yendo de luto, se vestía con la negrura de la noche.

Mientras pasaba por todo esto, obtuvo el título de abogado. Dio como domicilio la habitación de Courfeyrac, que era decente y donde unos cuantos libros de derecho, que arropaban y

completaban varios tomos desparejados de novelas, hacían las veces de la biblioteca que exigían los reglamentos. Las señas para la correspondencia eran las del hotel de Courfeyrac.

Cuando Marius fue ya abogado, se lo comunicó a su abuelo en una carta fría pero colmada de sumisión y respeto. El señor Gillenormand cogió la carta con manos trémulas, la leyó y la tiró, rota en cuatro pedazos, a la papelera. Dos o tres días después la señorita Gillenormand oyó a su padre, que estaba solo y hablaba en voz alta. Le sucedía a veces cuando era presa de mucha agitación. Atendió; el anciano estaba diciendo: «Si no fueras un imbécil, sabrías que no se puede ser a la vez barón y abogado».

II

Marius pobre

Pasa con la miseria como pasa con todo. Acaba por convertirse en posible. Al final adopta una forma y se organiza. Vegetamos, es decir, nos desarrollamos de forma un tanto encanijada, pero suficiente para seguir vivos. Ésta era la disposición de la miseria de Marius Pontmercy:

Había salido de lo más angosto; veía el desfiladero ensancharse algo más allá. A fuerza de laboriosidad, de coraje, de perseverancia y de voluntad, había conseguido ganar con su trabajo alrededor de setecientos francos anuales. Había aprendido alemán e inglés. Gracias a Courfeyrac, que lo puso en relación con su amigo el librero, Marius desempeñaba en la literatura de librería el modesto papel de *comparsa*. Hacía folletos, traducía periódicos, anotaba ediciones, compilaba biografías, etc. Entre unas cosas y otras, setecientos francos. Con ellos vivía. Y no vivía mal. ¿Cómo? Vamos a contarlo.

Marius ocupaba en el caserón Gorbeau, por treinta francos anuales, un cuchitril sin chimenea conocido por gabinete donde, en lo tocante a muebles, no había sino lo indispensable. Esos muebles eran suyos. Pagaba a la anciana inquilina principal tres francos mensuales para que barriera el cuchitril y le trajese todas las mañanas un poco de agua caliente, un huevo fresco y un panecillo de cinco céntimos. Con ese panecillo y ese huevo almorzaba. El almuerzo le costaba entre diez y veinte céntimos, según que los huevos estuvieran caros o baratos. A las seis de la tarde, iba calle Saint-Jacques abajo para cenar en Rousseau, enfrente de Basset, el vendedor de grabados de la calle de Les Mathurins. No tomaba sopa. Pedía un plato de carne de 30 céntimos, medio plato de

verdura de 15 céntimos y un postre de 15 céntimos. Por otros 15 céntimos, pan a discreción. En lo tocante al vino, bebía agua. Cuando pagaba en el mostrador, donde estaba majestuosamente entronizada la señora Rousseau, siempre oronda y aún lozana por entonces, le daba cinco céntimos al camarero y la señora Rousseau le daba a él una sonrisa. Luego se iba. Por 80 céntimos tenía cena y una sonrisa.

Aquel restaurante Rousseau, donde la clientela vaciaba tan pocas botellas y tantas jarras de agua, era un calmante más aún que un restaurante. Hoy en día ya no existe. El dueño tenía un mote muy bonito; lo llamaban *Rousseau el acuático*.

Por lo tanto, 20 céntimos para el almuerzo y 80 céntimos para la cena; en comer se gastaba un franco diario, es decir, 365 francos anuales. Sumemos los 30 francos de alquiler y los 36 francos que le daba a la vieja, más algunos gastos menudos, y por 450 francos Marius tenía comida, techo y servicio. En ropa se le iban 100 francos, en ropa blanca, 50, y en lavandería, otros 50. La suma no pasaba de 650 francos. Le quedaban 50 francos. Era rico. De vez en cuando le prestaba 10 francos a un amigo; Courfeyrac pudo en una ocasión pedirle prestados 60 francos. En cuanto a calentar la habitación, Marius, como no tenía chimenea, había «simplificado» la cuestión.

Marius contaba siempre con dos atuendos completos, uno viejo, «de diario», y otro nuevecito, para algunas ocasiones. Ambos eran negros. Sólo tenía tres camisas, una puesta, otra en la cómoda y otra en la lavandera. Las iba reponiendo según se iban quedando viejas. Solían estar rotas, por lo que llevaba el frac abrochado hasta la barbilla.

Para llegar a tan floreciente situación, Marius había necesitado años. Años duros; por unos le había costado mucho cruzar; y le había costado mucho subir la cuesta de otros. Marius no se había desanimado ni un día. En cuestiones de indigencia, había soportado de todo; había hecho de todo, menos endeudarse. Podía enorgullecerse de que nunca le había debido un céntimo a nadie. Para él una deuda era el principio de la esclavitud. Llegaba incluso a decirse que un acreedor es peor que un amo; porque un amo sólo es dueño de tu persona, pero un acreedor es dueño de tu dignidad y puede abofetearla. Prefería no comer a pedir prestado. Había

pasado por muchos días de ayuno. Como era consciente de que los extremos se tocan y de que, si no se anda uno con cuidado, bajar los peldaños de la fortuna puede llevar a la bajeza del alma, velaba celosamente por su orgullo. Algunas frases hechas o algunas gestiones que, en cualquier otra situación, le habrían parecido deferencias, le parecían rendibús, y se engallaba. No se arriesgaba a nada por no tener que dar marcha atrás. Tenía en el rostro algo así como un rubor austero. Era tímido hasta la acritud.

En todas esas pruebas sentía que lo animaba, e incluso a veces que lo impulsaba, una fuerza secreta que llevaba dentro. El alma ayuda al cuerpo y hay momentos en que consigue que alce el vuelo. Es el único pájaro capaz de sostener en vilo la jaula.

Junto al nombre de su padre, había otro nombre grabado en el corazón de Marius, el apellido Thénardier. El carácter entusiasta y serio de Marius rodeaba con una especie de aureola al hombre al que creía deber la vida de su padre, a aquel intrépido sargento que salvó al coronel entre las balas de cañón y los disparos de Waterloo. Nunca separaba el recuerdo de aquel hombre del recuerdo de su padre y los asociaba en su veneración. Era algo semejante a un culto en dos niveles: el altar mayor para el coronel; el pequeño, para Thénardier. Lo que hacía aún más afectuoso aquel agradecimiento era acordarse del infortunio que sabía que aquejaba y se había tragado a Thénardier. Marius se había enterado en Montfermeil de la ruina y la quiebra del desventurado posadero. A continuación había hecho esfuerzos ímprobos para dar con su rastro e intentar hallarlo en aquel abismo tenebroso de la miseria en que se había esfumado Thénardier. Marius había recorrido toda la comarca; había ido a Chelles, a Bondy, a Gournay, a Nogent, a Lagny. Se había empecinado tres años, gastándose en esas expediciones el poco dinero que ahorraba. Nadie había sabido darle noticia de Thénardier; pensaban que se había ido al extranjero. También lo habían buscado sus acreedores, con menos cariño que Marius, pero con no menos empeño, y no habían podido echarle el guante. Marius se acusaba y casi se guardaba rencor por no haber tenido éxito en aquella búsqueda. Era la única deuda que le había dejado el coronel y para Marius era cuestión de honor pagarla. «¡Cómo! —pensaba—. Cuando mi padre yacía moribundo en el campo de batalla, Thénardier sí supo dar con él entre el humo y la

metralla y echárselo a la espalda, y eso que no le debía nada; y yo, que tanto le debo a Thénardier, ¿no voy a ser capaz de localizarlo entre esa sombra en que agoniza y devolverlo, a mi vez, de la muerte a la vida? ¡Ah, ya lo creo que lo encontraré!» Efectivamente, para encontrar a Thénardier Marius habría dado un brazo; y, para sacarlo de la miseria, toda la sangre de su cuerpo. Ver a Thénardier, hacerle a Thénardier el favor que fuera menester, decirle: «¡No me conoce, pero yo sí lo conozco! ¡Aquí me tiene! ¡Disponga de mí!», tal era el sueño más dulce y más esplendoroso de Marius.

III

Marius se engrandece

Por entonces Marius tenía veinte años. Hacía tres que se había ido de casa de su abuelo. Las relaciones seguían igual por ambas partes, sin intentos de reconciliación y sin intenciones de volver a verse. Por lo demás, verse ¿para qué? ¿Para enfrentarse? ¿Quién habría llevado las de ganar? Marius era el jarrón de bronce, pero Gillenormand era el jarro de hierro.

Hay que decirlo: Marius estaba engañado en cuanto al corazón de su abuelo. Se había figurado que el señor Gillenormand no lo había querido nunca y que aquel hombre tajante, duro y risueño, que juraba, gritaba, tronaba y blandía el bastón no sentía por él, en el mejor de los casos, sino ese afecto al tiempo superficial y adusto de los Gerontes de las comedias. Marius se equivocaba. Hay padres que no quieren a sus hijos; no existe abuelo que no adore a su nieto. En el fondo, ya lo hemos dicho, el señor Gillenormand idolatraba a Marius. Lo idolatraba a su manera, con acompañamiento de reprensiones e incluso de bofetadas; pero, cuando ya no estuvo el muchacho, notó un vacío negro en el corazón. Exigió que nadie se lo volviera a mentar al tiempo que lamentaba por lo bajo que lo obedecieran tan puntualmente. Al principio, tuvo la esperanza de que aquel buonapartista, aquel jacobino, aquel terrorista, aquel afecto a las matanzas de septiembre de 1792 volviera. Pero pasaron las semanas, pasaron los meses, pasaron los años; para mayor desesperación del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no hizo acto de presencia. «Pero si es que no podía por menos de echarlo», se decía el abuelo. Y se preguntaba: «Si tuviera que hacerlo otra vez, ¿lo haría?». En el acto su orgullo contestaba que sí; pero la anciana cabeza, que movía en silencio, contestaba con tristeza que

no. A ratos, estaba abatido. Echaba de menos a Marius. Los viejos necesitan el cariño tanto como el sol. Porque calienta. Por muy recio de carácter que fuera, la ausencia de Marius había cambiado algo en su carácter. Por nada en el mundo habría querido dar un paso para acercarse a ese «pillastre»; pero sufría. Nunca preguntaba por él, pero no se le iba de la cabeza. Vivía cada vez más retirado en el barrio de Le Marais. Seguía siendo, como antes, alegre y agresivo, pero había en aquella alegría algo convulso, como si llevase dentro dolor e ira; y sus arrebatos violentos concluían siempre con algo parecido a un desmoralizamiento manso y sombrío. A veces decía: «¡Ay, si volviera, menudo cachete le iba a dar!».

En cuanto a la tía, no pensaba lo suficiente para poder querer mucho; Marius no era ya para ella sino una especie de silueta negra y borrosa; y había acabado por pensar mucho menos en él que en el gato o el loro que es probable que tuviera.

Lo que hacía mayor el sufrimiento secreto de Gillenormand es que lo ocultaba por completo y no dejaba traslucir nada. Su pena era como esos hornos que han inventado hace poco, que arden sin humo. A veces algunos metomentodo inoportunos le hablaban de Marius y le preguntaban: «¿Qué es de su señor nieto? ¿Qué hace?». El anciano caballero respondía, suspirando si estaba muy triste o dándole una toba al vuelillo de la bocamanga si quería parecer alegre: «El señor barón Pontmercy anda de leguleyo por ahí».

Mientras el anciano añoraba, Marius se congratulaba. Como les pasa a todos los corazones buenos, la desgracia se había llevado la amargura. No se acordaba del señor Gillenormand sino con dulzura, pero tuvo empeño en no recibir nada más del hombre *que se había portado mal con su padre*. Ésa era ahora la traducción mitigada de su primitiva indignación. Además, se alegraba de haber sufrido y de seguir sufriendo. Sufría por su padre. Aquella vida dura lo satisfacía y le agradaba. Se decía con algo parecido a la alegría que *eso era lo menos;* que era una expiación; que, de no estar haciendo aquello, más adelante le habría llegado un otro castigo por su indiferencia impía hacia su padre, y ¡qué padre!; que no habría sido justo que su padre hubiera cargado con todo el sufrimiento y él con ninguno; que, por lo demás, ¿qué eran aquellas penalidades y privaciones comparadas con la vida heroica del coronel?; y que, por último, la

única manera que tenía de acercarse a su padre y parecérsele era mostrar valentía ante la indigencia como él la había mostrado ante el enemigo, y que eso era sin duda lo que había querido decir el coronel con las palabras: *será digno del título*. Palabras que Marius seguía llevando no pegadas al pecho, puesto que el escrito del coronel había desaparecido, sino en el corazón.

Y además, el día en que su abuelo lo echó era aún sólo un niño; ahora era un hombre. Lo notaba. La miseria, hemos de insistir en ello, le había sido beneficiosa. La pobreza en la juventud, cuando ésta sale adelante, tiene este resultado magnífico: orienta la voluntad entera hacia el esfuerzo y el alma hacia la aspiración. La pobreza deja enseguida al desnudo la vida material y la torna repulsiva; de ahí nacen impulsos indecibles hacia la vida ideal. El joven acaudalado tiene cien distracciones brillantes y zafias: las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, las buenas comidas y todo lo demás, ocupaciones de las cunetas del alma a expensas de las zonas elevadas y exquisitas. El joven pobre se gana trabajosamente el pan; come; cuando acaba de comer, sólo le queda ya la ensoñación. Va a los espectáculos gratuitos de Dios: mira el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad en la que padece, la creación en la que resplandece. Tanto mira a la humanidad que ve el alma; tanto mira la creación que ve a Dios. Sueña, y se siente grande; sigue soñando, y se siente tierno. Del egoísmo del hombre que sufre pasa a la compasión del hombre que medita. Estalla en él un sentimiento admirable: el olvido de sí mismo y la compasión por todos. Al pensar en los goces incontables que la naturaleza brinda, da y prodiga a las almas que se le abren y niega a las almas que se le cierran, acaba por compadecer, él, millonario en inteligencia, a los millonarios en dinero. Se le va del corazón todo el odio a medida que le va entrando en la mente toda la claridad. Por lo demás, ¿es acaso desdichado? No. La miseria de un joven nunca es miserable. A cualquier muchacho, por muy pobre que sea, con esa salud, esa fuerza, esos andares veloces, esos ojos brillantes, esa sangre que circula con tanto ardor, ese pelo negro, esas mejillas lozanas, esos labios sonrosados, esos dientes blancos, ese aliento puro, siempre le tendrá envidia un emperador viejo. Y además todas las mañanas vuelve a empezar a ganarse el pan; y mientras se gana el pan con

las manos, la espina dorsal gana en arrogancia y la mente gana en ideas. Al acabar la labor, vuelve a los éxtasis inefables, a las contemplaciones, a los goces; vive con los pies en las aflicciones, en los obstáculos, en el adoquinado, en las zarzas, en el barro quizá; y con la cabeza en la luz. Es firme, sereno, dulce, sosegado, atento, serio, satisfecho con poco, benevolente; y bendice a Dios por haberle dado estas dos riquezas de que carecen muchos ricos: el trabajo, que lo hace libre, y el pensamiento, que lo hace digno.

Eso fue lo que le sucedió a Marius. E incluso, por no ocultar nada, se había orientado en demasía hacia la vertiente de la contemplación. Desde el día en que consiguió ganarse la vida con cierta seguridad, se quedó en eso, pareciéndole bueno ser pobre y quitando tiempo al trabajo para dárselo a la reflexión. Es decir, que se pasaba a veces días enteros pensando, sumido y anegado, como un visionario, en las voluptuosidades mudas del éxtasis o del resplandor interior. Se había planteado de la siguiente forma la cuestión de su vida: trabajar lo menos posible en el trabajo material para trabajar lo más posible en el trabajo impalpable; dicho de otro modo, dedicarle unas cuantas horas a la vida real y entregarle el resto a lo infinito. No se daba cuenta, pues le parecía que no carecía de nada, de que la contemplación así entendida acaba por convertirse en una de las formas de la pereza, de que se había contentado con domeñar las necesidades primeras de la vida y que había empezado a descansar demasiado pronto.

Estaba claro que para aquel carácter enérgico y generoso sólo podía tratarse de un estado transitorio y que, en cuanto se produjera un primer choque con las inevitables complicaciones del destino, Marius se despertaría.

En tanto, aunque fuera abogado y pese a lo que pudiera pensar Gillenormand, no litigaba ni andaba siquiera de leguleyo. La ensoñación lo había desviado del foro. Frecuentar a los procuradores, estar pendiente del Palacio de Justicia, buscar casos, qué aburrimiento. ¿Para qué? No veía razón alguna para cambiar de forma de ganarse el pan. Aquellas tareas libreras, comerciales y oscuras, habían acabado por proporcionarle un trabajo seguro, un trabajo poco laborioso que, como acabamos de explicar, le bastaba.

Uno de los libreros para los que trabajaba, el señor Magimel, creo, le había ofrecido que viviera en su casa, alojarlo bien, darle

trabajo con regularidad y mil quinientos francos al año. ¡Estar bien alojado! ¡Mil quinientos francos! Sí, desde luego. Pero ¡renunciar a su libertad! ¡Ser un asalariado! ¡Algo así como un dependiente que despacha los conocimientos del hombre de letras! En opinión de Marius, si aceptaba, mejoraba y empeoraba a un tiempo de posición; ganaba en bienestar y perdía en dignidad; era una pobreza completa y hermosa que se convertía en un pasar feo y ridículo; algo así como si un ciego se volviera tuerto. Lo rechazó.

Marius llevaba una vida solitaria. Por la afición que le tenía a apartarse de todo y también porque se había quedado excesivamente asustado y desconcertado, no se había decidido a ingresar en el grupo de Enjolras. Seguía siendo buen compañero de todos; estaban todos dispuestos a echarse mutuamente una mano, llegado el caso, de todas las maneras posibles; pero nada más. Marius tenía dos amigos: uno joven, Courfeyrac, y uno viejo, el señor Mabeuf. Tenía preferencia por el viejo. En primer lugar, le debía la revolución por la que había pasado; le debía el haber conocido y querido a su padre. *Me operó de cataratas,* decía.

Y, desde luego, el mayordomo había resultado decisivo.

Y no es que el señor Mabeuf hubiera sido en esa ocasión algo más que el agente sosegado e impasible de la Providencia. Había iluminado a Marius por casualidad y sin saberlo, como hace una vela si alguien la trae; él había sido la vela y no quien la traía.

En cuanto a la revolución política interior de Marius, el señor Mabeuf era completamente incapaz de entenderla, de desearla y de dirigirla.

Como volveremos a encontrarnos más adelante con el señor Mabeuf, no es ocioso dedicarle unas cuantas palabras.

IV

El señor Mabeuf

Cuando el señor Mabeuf le decía a Marius*: Desde luego que apruebo las ideas políticas,* decía verdaderamente lo que sentía. Todas las opiniones políticas le eran indiferentes y las aprobaba todas sin diferenciarlas, para que lo dejasen en paz, de la misma forma que los griegos llamaban a las Furias «las hermosas, las benévolas, las adorables», las *Euménides*. La opinión política del señor Mabeuf era un amor apasionado por las plantas y, sobre todo, por los libros. Tenía, como todo el mundo, un sufijo, porque sin sufijo nadie podría haber vivido en aquellos tiempos, pero no era ni monárquico, ni bonapartista, ni cartaconstitucionalista, ni orleanista ni anarquista; era *librista*.

No le cabía en la cabeza que los hombres se dedicasen a odiarse por pamplinas como la Carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la República, etc., siendo así que había en el mundo tantas clases de musgos, de árboles y de arbustos para mirar y tantos montones de in-folios, e incluso de in-32º para hojear. Se guardaba muy mucho de portarse como un inútil; tener libros no le impedía leer, ser botánico no le impedía ser jardinero. Cuando conoció al coronel Pontmercy, nació esa simpatía mutua; lo que hacía el coronel por las flores, lo hacía él por los frutos. El señor Mabeuf había conseguido cultivar peras de semillero tan sabrosas como las peras de Saint-Germain; de una de esas combinaciones suyas nació, por lo visto, la ciruela mirabel de octubre, hoy famosa y no menos aromática que la mirabel de verano. Iba a misa más porque era de carácter manso que por devoción, y, además, porque como le gustaban las caras de los hombres, pero aborrecía el ruido que hacían, sólo en la iglesia los encontraba reunidos y callados.

Como sabía que era necesario tener un estado, había escogido la carrera de mayordomo de fábrica. Por lo demás, nunca había conseguido querer a una mujer tanto como a un bulbo de tulipán ni a un hombre tanto como a un elzevir. Pasaba ya mucho de los sesenta cuando le preguntó alguien un buen día: «¿No se ha casado usted nunca?». «Se me olvidó», dijo. Cuando a veces decía — ¿y a quién no le sucede?—: «¡Ay, si fuera rico!», no era echándole el ojo a una chica guapa, como Gillenormand, sino contemplando un libro viejo. Vivía solo con un ama de llaves anciana. Padecía de quiragra y, cuando dormía, los viejos dedos que anquilosaba el reuma se le arqueaban entre los pliegues de las sábanas. Había escrito y publicado una *Flora de las inmediaciones de Cauteretz* con láminas en color, obra que gozaba de bastante estimación, las planchas de cobre de cuyos grabados eran de su propiedad y de cuya venta se encargaba personalmente. Llamaban a la puerta de su domicilio de la calle de Mézières dos o tres veces al día para ese asunto. Le sacaba por lo menos dos mil francos al año; poca más fortuna tenía. Aunque pobre, tuvo el talento de reunir, a fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, una colección muy valiosa de ejemplares raros de todo tipo. Nunca salía si no era con un libro debajo del brazo y frecuentemente regresaba con dos. Lo único que decoraba las cuatro habitaciones de la planta baja de que se componía, junto con un jardincillo, su domicilio eran herbarios enmarcados y grabados de maestros antiguos. Ver un sable o un fusil lo dejaba helado. No se había acercado en la vida a un cañón, ni siquiera en Les Invalides. Tenía un estómago aceptable, un hermano cura y el pelo completamente blanco; no tenía dientes ni en la boca ni en el ingenio, pero sí un temblor de todo el cuerpo, acento picardo, una risa infantil, propensión a asustarse y parecido con un cordero viejo. Y, junto con todo eso, ninguna otra amistad o trato habitual con los vivos a no ser un librero viejo de la Porte de Saint-Jacques apellidado Royol. Su sueño era aclimatar el añil en Francia.

También su criada era una variedad de la inocencia. La bondadosa anciana era virgen. Le había colmado el corazón Sultán, su gato, que habría podido maullar el miserere de Allegri en la Capilla Sixtina, y le bastaba con eso para la cantidad de pasión de que era capaz. Ninguno de sus sueños había llegado hasta el hombre. Nunca pudo ir más allá de su gato. Tenía bigote, como él.

Su orgullo eran los gorros, siempre blancos. Dedicaba los domingos, después de misa, a contar la ropa blanca que tenía en el baúl y a extender encima de la cama los cortes de vestido que se compraba y no mandaba nunca confeccionar. Sabía leer. El señor Mabeuf le había puesto de mote *la Plutarco.*

Al señor Mabeuf le agradaba Marius porque, al ser joven y dulce, le entibiaba la vejez sin crearle alarma en la timidez. La juventud que tiene dulzura les parece a los ancianos sol sin viento. Cuando Marius quedaba saturado de gloria militar, de pólvora de cañón, de marchas y de contramarchas y de todas esas batallas prodigiosas en las que su padre había dado y recibido tantos sablazos tremendos, iba a ver al señor Mabeuf; y el señor Mabeuf le hablaba del héroe desde el punto de vista de las flores.

Hacia 1830 se murió el hermano cura y, casi enseguida, como cuando cae la noche, al señor Mabeuf se le ensombreció todo el horizonte. La quiebra de un notario lo dejó sin una suma de diez mil francos, que era todo cuanto poseía por parte de su hermano y suya propia. La revolución de julio trajo consigo una crisis de la industria librera. En tiempos de escasez, lo primero que deja de venderse es una *Flora*. La *Flora de las inmediaciones de Cauteretz* dejó de venderse por completo. Transcurrían semanas sin que apareciera un comprador. A veces el señor Mabeuf se sobresaltaba si sonaba la campanilla.

—Señor —le decía tristemente la Plutarco—, es el aguador.

Así que un día el señor Mabeuf dejó la calle de Mézières, dimitió de las funciones de mayordomo de fábrica de la parroquia, renunció a Saint-Sulpice, vendió parte no de sus libros sino de sus grabados —que era a lo que tenía menos apego— y se fue a vivir a una casita del bulevar de Montparnasse, donde, por lo demás, sólo se quedó un trimestre por dos motivos: el primero, que la planta baja y el jardín le costaban trescientos francos y no se atrevía a gastarse más de doscientos en el alquiler; el segundo, que en el vecindario estaba el tiro Fatou y oía pistoletazos, cosa que le resultaba insoportable.

Se llevó su *Flora,* sus planchas, sus herbarios, sus carpetas y sus libros y se afincó cerca de La Salpêtrière en algo parecido a una choza del pueblo de Austerlitz, donde, por cincuenta escudos anuales, tenía tres habitaciones y un jardín con pozo que cercaba un seto. Aprovechó la mudanza para vender casi todos los muebles. El

día en que se instaló en la casa, estuvo muy alegre y clavó personalmente los clavos para colgar los grabados y los herbarios, se pasó el resto del día cavando en el jardín y, por la noche, al ver que la Plutarco estaba sombría y meditabunda, le dio una palmada en el hombro y le dijo con una sonrisa: «¡Bah! ¡Nos queda el añil!».

Sólo a dos visitantes, el librero de la Porte de Saint-Jacques y Marius, se les consentía que fueran a verlo a la choza de Austerlitz, nombre escandaloso que, para no callarnos nada, resultaba bastante poco de su agrado.

Por lo demás, como acabamos de indicarlo, las mentes absortas en una sabiduría o en una locura, o, lo que sucede con frecuencia, en ambas cosas a la vez, no son permeables a los acontecimientos de la vida sino muy despacio. Su propio destino les resulta distante. El resultado de una concentración así, tan intensa, es una pasividad que, si diera pie al razonamiento, se parecería a la filosofía. Uno va declinando, bajando, fluyendo, desplomándose incluso, sin acabar de darse cuenta. Cierto es que siempre se llega a un despertar, pero tardío. Entretanto, parecemos neutrales en esa partida que se juega entre nuestra dicha y nuestra desdicha. Somos la apuesta y miramos la partida con indiferencia.

Así es como, por entre ese oscurecimiento que lo iba rodeando, mientras todas sus esperanzas se extinguían una tras otra, el señor Mabeuf conservaba la serenidad de forma un tanto pueril, pero muy enraizada. Sus hábitos mentales tenían el vaivén del péndulo de un reloj. Cuando una ilusión le había dado cuerda, andaba una temporada larga, incluso aunque hubiera desaparecido la ilusión. Un reloj no se detiene en seco en el preciso instante en que perdemos la llave para darle cuerda.

El señor Mabeuf tenía placeres inocentes. Eran placeres poco costosos e inesperados; la mínima casualidad se los proporcionaba. Un día, la Plutarco estaba leyendo una novela en un rincón de su cuarto. Leía en voz alta porque le parecía que así se enteraba mejor. Leer en voz alta es afirmarse a sí mismo lo que está leyendo. Hay personas que leen muy alto y parece que se están dando su palabra de honor de que es cierto lo que leen.

La Plutarco leía con una energía así la novela que tenía en las manos. El señor Mabeuf la oía sin escucharla.

En su lectura, la Plutarco llegó a la siguiente frase, que trataba

de un oficial de dragones y de una hermosa dama:

—La hermosa con el abanico de marabú da al dragón, y éste…

Y se detuvo para limpiarse los cristales de las gafas.

—Buda y el dragón —repitió a media voz el señor Mabeuf—. Sí, es cierto, había un dragón que, desde el fondo de su cueva, soltaba llamas por las fauces y quemaba el cielo. Ya había incendiado varias estrellas ese monstruo, que, además, tenía garras de tigre. Buda fue a su antro y consiguió convertir al dragón. Está usted leyendo un libro excelente, Plutarco. No hay leyenda más hermosa.

Y el señor Mabeuf se sumió en una deliciosa ensoñación.

V

La pobreza buena vecina de la miseria

A Marius le gustaba aquel anciano candoroso que iba cayendo despacio en la indigencia y se iba asombrando de ello poco a poco, aunque sin entristecerse aún. Marius tenía trato con Courfeyrac y buscaba la compañía del señor Mabeuf. Aunque muy de tarde en tarde, una o dos veces al mes como mucho.

Con lo que más disfrutaba Marius era dando largos paseos él solo por los bulevares de ronda, o por el Champ de Mars, o por las avenidas menos frecuentadas de Le Luxembourg. A veces se pasaba la mitad del día mirando el jardín de un hortelano, los cuadros de lechugas, las gallinas entre el estiércol y el caballo dando vueltas a la rueda de la noria. Los transeúntes lo miraban sorprendidos y a algunos les parecía que tenía aspecto sospechoso y expresión siniestra. No era sino un joven pobre que no pensaba en nada concreto.

Durante uno de esos paseos descubrió el caserón Gorbeau, lo tentó porque estaba aislado y era económico y se fue a vivir allí. Lo conocían sólo por el señor Marius.

Algunos antiguos generales o antiguos amigos de su padre lo invitaron, cuando lo conocieron, a que fuera a verlos. Marius no rechazó esas invitaciones. Eran ocasiones para hablar de su padre. Así que iba de vez en cuando a visitar al conde Pajol, al general Bellavesne, al general Fririon, en Les Invalides. Había música y bailaban. Aquellas noches Marius se ponía el frac nuevo. Pero no iba nunca a esas veladas ni a esos bailes más que los días en que helaba a todo helar porque no tenía para un coche y no consentía en llegar a esos sitios sino con botas como espejos.

Decía a veces, pero sin amargura: «Así son los hombres: en un

salón puedes ir hecho una pena menos en el calzado. Para recibirlo a uno bien, sólo piden que tengas irreprochable una cosa. ¿La conciencia? No, las botas».

Con la ensoñación, todas las pasiones menos las del corazón se disipan. Así se habían desvanecido las calenturas políticas de Marius. Había contribuido a ello la revolución de 1830, que lo había satisfecho y lo había calmado. Seguía siendo el mismo, pero sin arrebatos de ira. Conservaba las mismas opiniones, pero se habían suavizado. Hablando con propiedad, ya no tenía opiniones, sino simpatías. ¿De qué partido era? Del partido de la humanidad. De entre la humanidad, escogía a Francia; de entre la nación, escogía al pueblo; de entre el pueblo, escogía a la mujer. A ella sobre todo iba su compasión. Ahora prefería una idea a un hecho, un poeta a un héroe, y admiraba más aún un libro como el de Job que un acontecimiento como Marengo. Y, además, cuando, tras un día de meditación, regresaba, de noche, por los bulevares y, a través de las ramas de los árboles, divisaba el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la sombra, el misterio, todo cuanto era humano nada más le parecía pequeñísimo.

Creía haber llegado, y efectivamente quizá lo había hecho, a lo cierto de la vida y de la filosofía humana, y había acabado por no mirar ya sino al cielo, lo único que la verdad puede ver desde lo hondo de su pozo.

Ello no le impedía hacer mil planes, arreglos, elaboraciones, proyectos para el porvenir. En aquel estado de ensoñación, si unos ojos hubieran podido mirar a Marius por dentro, los habría deslumbrado la pureza de aquella alma. Pues, efectivamente, si a los ojos de la carne les fuera dado ver la conciencia ajena, calibraríamos con mucha mayor seguridad a un hombre por lo que sueña que por lo que piensa. En el pensamiento hay voluntad; en el sueño, no. El sueño, que es del todo espontáneo, adopta y conserva, incluso en lo gigantesco y lo ideal, la forma de nuestra mente. Nada surge de forma más directa ni más sincera del mismísimo fondo de nuestras almas que nuestras aspiraciones irreflexivas y desmedidas, que tienden a los esplendores del destino. En esas aspiraciones, mucho más que en las ideas elaboradas, razonadas y coordinadas, podemos ver el carácter auténtico de cada hombre. Lo que más se nos parece es nuestras quimeras. Todos soñamos lo desconocido y lo

imposible según nuestra forma de ser.

A mediados de ese año de 1831, la vieja que le hacía de sirvienta a Marius le contó que iban a poner de patitas en la calle a sus vecinos, el mísero matrimonio Jondrette. Marius, que se pasaba los días fuera de casa, casi ni sabía que tuviera vecinos.

—¿Por qué los echan? —preguntó.

—Por no pagar el alquiler. Deben dos recibos.

—¿Y eso cuánto es?

—Veinte francos —dijo la vieja.

Marius tenía treinta francos apartados en un cajón.

—Tenga —le dijo a la vieja—; aquí van veinticinco francos. Pague lo que deba esa pobre gente, deles cinco francos y no diga que he sido yo.

VI

El sustituto

Quiso el azar que el regimiento del teniente Théodule llegase en guarnición a París. Esto le dio otra idea a la señorita Gillenormand. La primera vez se le había ocurrido que Théodule vigilase a Marius; ahora tramó que Théodule fuese el sustituto de Marius.

Por si acaso, por si el abuelo estuviera notando la inconcreta necesidad de un rostro joven en la casa, porque esos resplandores de aurora a veces les endulzan la vida a las ruinas, parecía oportuno dar con otro Marius. «¿Por qué no? —pensó la señorita Gillenormand—; será una simple errata como las que me encuentro en los libros: Marius, léase Théodule.»

Un sobrino nieto es más o menos un nieto; a falta de un abogado, bien está un lancero.

Una mañana en que el señor Gillenormand estaba leyendo *La Quotidienne* o algo por el estilo entró su hija y le dijo con su voz más dulce, pues estaba hablando de su favorito:

—Padre, va a venir esta mañana Théodule a presentarle sus respetos.

—¿Y quién es ese Théodule?

—Su sobrino nieto.

—¡Ah! —dijo el abuelo.

Después siguió leyendo, se olvidó por completo de ese sobrino nieto que no era sino un Théodule cualquiera y no tardó en ponerse de muy mal humor, cosa que le sucedía casi siempre cuando leía. La «hoja» que tenía en la mano, monárquica por lo demás, ni que decir tiene, anunciaba para el día siguiente, sin ningún agrado, uno de los sucesos menudos del París de entonces: que los estudiantes de las facultades de Derecho y de Medicina iban a reunirse en la plaza de

Le Panthéon a mediodía para deliberar. Se trataba de uno de los asuntos del momento, de la artillería de la Guardia Nacional y de un conflicto entre el ministro de la Guerra y la «milicia ciudadana» acerca de los cañones colocados en el patio del Louvre. Los estudiantes iban a «deliberar» al respecto. No hacía falta mucho más para amostazar al señor Gillenormand.

Se acordó de Marius, que era estudiante y, probablemente, iría, como los demás, a «deliberar a mediodía en la plaza de Le Pantheón».

Cuando andaba con esos pensamientos penosos, entró el teniente Théodule de paisano, decisión hábil; la señorita Gillenormand lo hizo pasar discretamente. El lancero se había echado esta cuenta: ese druida viejo no tiene todo el dinero invertido en renta vitalicia. Merece la pena quitarse el uniforme de vez en cuando.

La señorita Gillenormand le dijo en voz alta a su padre:

—Su sobrino nieto, Théodule.

Y, por lo bajo, al teniente:

—Dale la razón en todo.

Y se retiró.

El teniente, poco acostumbrado a encuentros tan venerables, balbució con cierta timidez: «¿Cómo está, tío?», e hizo un saludo mixto compuesto del esbozo involuntario y automático del saludo militar, que acabó como un saludo civil.

—Ah, ¿es usted? Muy bien, siéntese —dijo el anciano.

Y acto seguido se olvidó por completo del lancero.

Théodule se sentó y el señor Gillenormand se puso de pie.

El señor Gillenormand empezó a dar paseos arriba y abajo, con las manos metidas en los bolsillos, hablando en voz alta; los viejos dedos manoseaban con irritación los dos relojes que llevaba en ambos bolsillos del chaleco.

—¡Esos mocosos! ¡Se convocan a sí mismos en la plaza de Le Panthéon! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Unos pillastres que hace nada mamaban todavía! ¡Si les pellizcasen la nariz saldría leche! ¡Y mañana a mediodía deliberan! ¿Dónde iremos a parar? ¿Dónde iremos a parar? Está claro que vamos derechos al despeñadero. ¡Ahí es donde nos llevan los descamisados[38]! ¡La artillería ciudadana! ¡Deliberar acerca de la artillería ciudadana! ¡Ir a parlotear en plena calle acerca de los petardazos de la guardia nacional! ¿Y con quién

se van a encontrar en el sitio ese? Mire usted dónde nos lleva el jacobinismo. Apuesto lo que sea, un millón contra un comino, a que no andarán por allí más que apercibidos por la justicia y presidiarios en libertad. Los republicanos y los presidiarios van juntos como el pañuelo y los mocos. Carnot decía: «¿Y dónde quieres que vaya, traidor?», y Fouché le contestaba: «¡Donde quieras, imbécil!». Ésos son los republicanos.

—Efectivamente —dijo Théodule.

El señor Gillenormand volvió la cabeza a medias, vio a Théodule y prosiguió:

—¡Cuando pienso que ese bribón tuvo la sinvergonzonería de hacerse carbonario! ¿Para qué te fuiste de casa? Para hacerte republicano. ¡Pfffff! En primer lugar, al pueblo no le hables de esa república tuya, no la quiere, tiene sentido común, sabe muy bien que siempre hubo reyes y que siempre los habrá, sabe muy bien que, te pongas como te pongas, el pueblo sólo es el pueblo y se toma a solfa tu república, ¿te enteras, cretino? ¿Podrá haber capricho más espantoso? ¡Encapricharse del Duchesne de la canción, tirarle los tejos a la guillotina, dar serenatas y tocar la guitarra debajo del balcón de 1793! ¡Es una juventud tan tonta que dan ganas de escupirle! Todos son iguales, no se libra ni uno. Basta con respirar el aire que corre por la calle para volverse un majadero. El siglo XIX es veneno. Cualquier perillán se deja crecer una barba de chivo, se cree un auténtico bellaco y deja plantados a sus ancianos padres. Queda muy republicano y muy romántico. ¿Y qué es eso de romántico? Que alguien tenga la bondad de explicarme con qué se come eso. Caen en todas las locuras posibles. Hace un año, allá que se iban, a ver *Hernani*. Lo que hay que soportar. *¡Hernani!* ¡Antítesis! ¡Abominaciones que ni siquiera están escritas en francés! Y luego hay cañones en el patio del Louvre. Así es el bandolerismo de esta época.

—Tiene usted razón, tío —dijo Théodule.

El señor Gillenormand siguió diciendo:

—¡Cañones en el patio del Museo! ¿Para qué? ¿Qué me quieres, cañón? ¿Será que quieren ametrallar al Apolo de Belvedere? ¿Qué demonios tiene que ver la artillería con la Venus de Médici? ¡Ay, estos jóvenes de ahora! ¡Son todos unos bandidos! ¡Menudo don nadie ese Benjamin Constant suyo! ¡Y los que no son unos granujas

son unos zangolotinos! Ponen un empeño tremendo en ser feos, van mal vestidos, les tienen miedo a las mujeres, delante de las faldas parece que estén pidiendo limosna, y tanto que las mozas de fortuna se les ríen en las barbas; palabra que parecen unos pordioseros vergonzantes del amor. Son deformes y lo rematan siendo tontos; cuentan las gracias de Tiercelin y de Potier, llevan levitas saco, chalecos de palafrenero, camisas de retor, pantalones de paño basto, botas de cuero igual de basto, y el canto hace juego con las plumas. Usan una jerga que valdría para echarle medias suelas al calzado viejo. Y esa chiquillería inepta se atreve a tener opiniones políticas. Debería prohibirse muy severamente tener opiniones políticas. ¡Fabrican sistemas, empiezan a partir de cero la sociedad, destrozan la monarquía, dan por tierra con todas las leyes, ponen el desván donde debería estar el sótano y a mi portero en el sitio del rey, zarandean Europa hasta los cimientos, vuelven a construir el mundo y tienen por proeza amorosa mirarles disimuladamente las piernas a las lavanderas cuando se suben a sus carretas! ¡Ah, Marius! ¡Ah, golfante! ¡Ir a vociferar a la plaza pública! ¡Discutir, debatir, tomar medidas! ¡Y llaman de eso medidas, por todos los dioses! El desorden encoge y se vuelve sandio. Yo vi el caos y ahora veo el estropicio. ¡Unos escolares deliberando acerca de la guardia nacional! ¡Eso sólo se vería entre los ogibewas y los cadodaches! ¡Los salvajes que van desnudos de arriba abajo, con algo así como un volante de raqueta en la cocorota y una maza en las patazas, son menos bestias que esos bachilleres! ¡Unos mozalbetes de tres al cuarto haciéndose los entendidos y los mandones! ¡Deliberando y razonando! ¡Esto es el fin del mundo! Está claro que es el fin de este mísero globo terráqueo. Se estaba necesitando un hipido postrero y Francia lo suelta. ¡Deliberad, bribones! Seguirán pasando cosas de éstas mientras vayan a leer los diarios en los soportales del Odéon. Les cuesta cinco céntimos, y también el sentido común, la inteligencia y los sentimientos, y el alma, y el ingenio. Salen de ahí y se largan de sus casas. Todos los periódicos son como la peste. Todos. ¡Hasta *Le Drapeau blanc!* En el fondo, Martainville era un jacobino. ¡Ah, cielo santo! ¡Ya podrás jactarte, ya, de haber llevado a la desesperación a tu abuelo!

—Es evidente —dijo Théodule.

Y, aprovechando que el señor Gillenormand estaba recobrando el resuello, el lancero añadió magistralmente:

—No debería haber más diario que *Le Moniteur* ni más libro que el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand siguió diciendo.

—¡Y qué decir del Sieyès ese! ¡Un regicida que llega a senador! Porque siempre acaba así la cosa. Se acuchillan con el tuteo ciudadano para llegar a que los llamen señor conde. ¡Señor conde, se dice pronto, esos matarifes de septiembre! ¡El filósofo Sieyès! Debo decir que nunca les hice más caso a las filosofías de todos esos filósofos que a las gafas del cómico del Tivoli. Vi pasar un día a los senadores por el muelle Malaquais con manto de terciopelo violeta cuajado de abejas y sombreros a lo Enrique IV. Estaban repulsivos. Parecían los monos de la corte del tigre. ¡Ciudadanos, yo declaro que vuestro progreso es una locura, que vuestra humanidad es un sueño, que vuestra revolución es un crimen, que vuestra república es un monstruo, que vuestra Francia joven y doncella sale del lupanar, y lo sostengo ante todos vosotros, seáis quienes seáis, por más que seáis publicistas, por más que seáis economistas, por más que seáis legistas, por más que seáis tan entendidos en libertad, igualdad y fraternidad como la cuchilla de la guillotina! ¡Dicho queda, compadres!

—¡Por Cristo! —gritó el teniente—. ¡Qué admirablemente cierto!

El señor Gillenormand interrumpió un ademán que había esbozado, se volvió, miró fijamente al lancero Théodule a los ojos y le dijo:

—Es usted un imbécil.

Libro sexto

La conjunción de dos estrellas

I

El mote: cómo se forman los apellidos

Marius era por entonces un joven apuesto de estatura mediana, con pelo abundante y muy negro, frente despejada e inteligente y nariz de ventanas dilatadas y apasionadas, expresión sincera y sosegada y, en todo el rostro, un algo altanero, reflexivo e inocente. El perfil, cuyos trazos se habían ido redondeando sin perder la firmeza, tenía esa dulzura germánica que pasó a formar parte de la fisonomía francesa entrando por Alsacia y Lorena y esa completa ausencia de ángulos que diferenciaba tan claramente a los sicambros cuando estaban entre romanos y distingue la raza leonina de la raza aquilina. Estaba en esa estación de la vida en que la inteligencia de los hombres que piensan se compone, casi a partes iguales, de hondura e ingenuidad. En una situación grave, contaba con todo lo necesario para comportarse como un necio; con otra vuelta de tuerca, podía ser sublime. Era de modales reservados, fríos, educados, poco comunicativos. Como tenía una boca deliciosa, labios muy rojos y dientes blanquísimos, la sonrisa enmendaba la seriedad general de su fisonomía, Había momentos en que esa frente casta y esa sonrisa voluptuosa formaban un contraste singular. Tenía los ojos pequeños y la mirada grande.

En la peor época de su miseria, se fijaba en que las muchachas se volvían para verlo pasar, y se escabullía o se ocultaba, consternado. Creía que lo miraban porque llevaba la ropa muy vieja y que se reían de él; pero en realidad lo miraban porque era encantador y soñaban con él.

Aquel malentendido mudo entre él y las transeúntes bonitas lo volvió hosco. No escogió a ninguna por la sencilla razón de que escapaba de todas. Vivió así por tiempo indefinido, tontamente, a lo

que decía Courfeyrac.

Courfeyrac le decía también: «No aspires a ser venerable (porque se tuteaban; las amistades jóvenes dan enseguida en la pendiente del tuteo). Un consejo, mi querido amigo. No leas tanto en los libros y mira algo más a las muchachas. ¡Tienen cosas buenas las muy pícaras, ah, Marius! De tanto escapar y ruborizarte, vas a embrutecerte».

Otras veces Courfeyrac se encontraba con él y le decía:

—Buenos días, señor cura.

Cuando Courfeyrac le había dicho cosas de ésas, Marius se pasaba ocho días huyendo más que nunca de las mujeres, jóvenes y viejas, y además, de propina, huía de Courfeyrac.

Había, no obstante, en la inmensidad de la creación, dos mujeres a las que Marius no evitaba y en las que no se fijaba. La verdad es que se habría quedado muy asombrado si le hubiesen dicho que eran mujeres. Una de ellas era la vieja barbuda que le barría la habitación y que hacía decir a Courfeyrac: «Al ver que la criada lleva barba, Marius no la lleva». La otra era algo así como una niña a la que veía con mucha frecuencia y a la que no miraba nunca.

Hacía más de un año que Marius se venía fijando, en un paseo desierto de Le Luxembourg, el paseo que corre a lo largo del parapeto del vivero, en un hombre y una muchacha muy joven, sentados casi siempre juntos en el mismo banco, en el extremo más solitario, por la zona de la calle de L'Ouest. Siempre que ese azar que interviene cuando pasean quienes tienen la mirada vuelta hacia dentro llevaba a Marius hasta esta zona, cosa que sucedía casi a diario, se encontraba allí con esa pareja. El hombre podía andar por los sesenta años; parecía triste y serio; se le notaba en toda su persona ese aspecto robusto y cansado de los hombres de guerra retirados del servicio. Si hubiera llevado una condecoración, Marius habría dicho: «Es un oficial retirado». Parecía bueno, pero inabordable, y nunca miraba a los ojos a nadie. Llevaba un pantalón azul, una levita azul y un sombrero de ala ancha que parecían siempre nuevos, una corbata negra y una camisa de cuáquero, es decir, de resplandeciente blancura, pero de tela basta. Una modistilla que pasó junto a él un día dijo: «¡Qué viudo más apañado!». Tenía el pelo blanquísimo.

La primera vez que la muchacha que iba con él se sentó a su

lado en ese banco, que parecían haber escogido como propio, era una jovencita de trece o catorce años, tan flaca que resultaba casi fea, torpe, insignificante y que quizá prometía tener más adelante unos ojos bastante hermosos. Pero llevaba siempre la mirada alta con algo así como un aplomo desagradable. Iba vestida de esa forma a la vez antigua e infantil de las internas de los conventos; un vestido mal cortado de merino negro y grueso. Parecían padre e hija.

Marius le estuvo pasando revista dos o tres días a ese hombre viejo que aún no era un anciano y a esa niña que aún no había llegado a mujer; luego dejó de fijarse en ellos. Y ellos, por su parte, ni tan siquiera parecían verlo. Conversaban entre sí con aspecto apacible e indiferente. La muchacha charlaba sin cesar, alegremente. El hombre viejo hablaba poco y, a ratos, clavaba en ella unos ojos rebosantes de una paternidad inefable.

Marius había adquirido la costumbre de ir de forma automática a pasear por allí. Y allí se los encontraba invariablemente.

Así era como sucedían las cosas:

Marius solía llegar por el extremo del paseo opuesto al extremo en que estaba aquel banco. Lo recorría entero, pasaba delante de ellos y, luego, se volvía al extremo por el que había llegado y volvía a empezar. Hacía ese mismo recorrido cinco o seis veces a diario, y daba ese paseo cinco o seis veces por semana sin que aquellas personas y él hubieran llegado a cruzar ni un saludo. Aquel personaje y aquella joven, aunque parecían rehuir las miradas y quizá porque parecían rehuirlas, habían despertado un tanto, lógicamente, la atención de cinco o seis estudiantes que paseaban de vez en cuando a lo largo del vivero; los aplicados, después de las horas de clase; los otros, después de la partida de billar. Courfeyrac, que se contaba entre esos últimos, había pasado cierto tiempo observándolos, pero como la muchacha le pareció fea, se apartó rápida y concienzudamente. Escapó disparándoles, de despedida, la flecha de un mote. Al llamarle sólo la atención el vestido negro de la jovencita y el pelo blanco del anciano, le puso a la hija *señorita Lanoire* y al padre *señor Leblanc,* de forma tal que, como nadie los conocía por otro conducto, al no haber apellido, el mote cuajó. Los estudiantes decían: «¡Ah, ya dio el señor Leblanc en el blanco de su banco!». Y a Marius, como a los demás, le resultó cómodo llamar

señor Leblanc al desconocido.

Haremos lo mismo que ellos y hablaremos del señor Leblanc para mayor facilidad de este relato.

Marius los estuvo viendo así casi todos los días a la misma hora durante el primer año. El hombre le gustaba, pero la muchacha le parecía bastante desangelada.

II

Lux facta est

El segundo año, precisamente en el punto de esta historia a que ha llegado el lector, aconteció que se interrumpió esa costumbre de ir a Le Luxembourg, sin que Marius supiera muy bien por qué, y estuvo casi seis meses sin pisar por aquel paseo. Un día, por fin, volvió. Era una mañana de verano serena. Marius estaba alegre como lo estamos cuando hace bueno. Le parecía que llevaba en el corazón todos los cantos de los pájaros que oía y todos los retazos de cielo azul que veía a través de las hojas de los árboles.

Se fue derecho a «su paseo» y, cuando llegó al final, divisó, en el mismo banco, a la pareja conocida. Pero, al acercarse, el hombre era efectivamente el mismo, aunque le pareció que la muchacha no era ya la misma. Lo que estaba viendo ahora era una joven alta y hermosa con todas las formas más deliciosas de la mujer en ese momento preciso en que se combinan aún con todos los encantos más candorosos de la niña, momento fugitivo y puro que sólo pueden expresar estas dos palabras: quince años. Tenía un pelo castaño admirable que se matizaba con vetas doradas, una frente que parecía de mármol, mejillas que eran un pétalo de rosa de un encarnado suave, una palidez emocionada, una boca exquisita de donde brotaba la sonrisa como una luz y la palabra como una música, una cabeza que Rafael le habría dado a María posada en un cuello que Jean Goujon le habría dado a Venus. Y para que nada le faltase a aquella preciosa cara, la nariz no era hermosa, era bonita; ni recta ni curvada, ni italiana ni griega; era la nariz parisina, es decir, retrechera, fina, irregular y pura con ese algo que desespera a los pintores y que encandila a los poetas.

Cuando Marius pasó por su lado, no pudo verle los ojos porque

tenía la vista baja continuamente. Sólo le vio las largas pestañas de color castaño impregnadas de sombra y pudor.

No impedía ello a la hermosa jovencita sonreír mientras atendía a lo que le decía el hombre de pelo blanco, y no había nada tan encantador como aquella sonrisa juvenil con la mirada baja.

De entrada, Marius pensó que se trataría de otra hija del mismo hombre, hermana de la primera seguramente. Pero, cuando el hábito invariable de sus paseos lo llevó por segunda vez junto al banco y la miró atentamente, se dio cuenta de que era la misma. En seis meses la niña se había convertido en joven; y nada más. Es un fenómeno de los más frecuentes. Llega un momento en que las muchachas florecen en un abrir y cerrar de ojos y se convierten de golpe en rosas. Ayer las dejamos siendo niñas y hoy nos la encontramos desasosegantes.

Esta joven no sólo había crecido, sino que se había convertido en un ideal. De la misma forma que a algunos árboles les basta con tres días de abril para cubrirse de flores, a ella le había bastado con seis meses para vestirse de hermosura. Le había llegado su abril.

Vemos a veces que algunas personas pobres y mezquinas parecen despertar, pasan de repente de la indigencia al boato, se gastan el dinero de mil formas y se vuelven de pronto brillantes, pródigas y espléndidas. Todo viene del hecho de que han cobrado una renta; la víspera ha vencido un plazo. Esta joven había cobrado las rentas del semestre.

Y además no era ya la interna con sombrero de felpa, vestido de merino, zapatos de colegial y manos enrojecidas; con la belleza le había llegado el buen gusto; era una muchacha bien vestida con algo así como una elegancia sencilla, ocurrente y desenfadada. Llevaba un vestido de damasco negro, una esclavina de la misma tela y un sombrero de crespón blanco. Los guantes blancos destacaban la delicadeza de la mano, que jugueteaba con el mango de una sombrilla de marfil chino, y el borceguí de seda dibujaba la pequeñez del pie. Al pasar junto a ella, de todo su atuendo brotaba un aroma juvenil y penetrante.

En cuanto al hombre, no había cambiado.

La segunda vez que Marius llegó junto a la joven, ésta alzó la vista. Aquellos ojos eran de un azul celeste profundo, pero en aquel azul velado no había aún sino una mirada de niña. Miró a Marius

con indiferencia, como habría mirado al chiquillo que corría bajo los sicomoros o el jarrón de mármol cuya sombra se proyectaba sobre el banco; y Marius, por su parte, siguió paseando y pensando en otra cosa.

Volvió a pasar otras cuatro o cinco veces cerca del banco donde estaba la joven, pero sin volver siquiera la vista hacia ella.

Los siguientes días volvió, como solía, a Le Luxembourg; como de costumbre, vio «al padre y a la hija», pero no volvió a fijarse en ellos. No pensó más en la muchacha cuando se hizo hermosa de lo que pensaba en ella cuando era fea. Pasaba muy cerca del banco en que estaba sentada porque tenía esa costumbre.

III

Efecto primaveral

Un día en que el aire era tibio, Le Luxembourg estaba inundado de sombra y sol, el cielo era tan puro como si los ángeles lo hubiesen lavado por la mañana y los gorriones piaban en las frondas de los castaños, Marius le había abierto el alma entera a la naturaleza y no pensaba en nada; vivía y respiraba; pasó junto al banco y la joven alzó los ojos y lo miró; se les cruzaron las miradas.

¿Qué había en esta ocasión en la mirada de la joven? Marius no habría sabido decirlo. No había nada, pero estaba todo. Fue un relámpago extraño.

Ella bajó la vista y él pasó de largo.

Lo que acababa de ver no era la mirada ingenua y sencilla de una niña, era un abismo misterioso que se había abierto a medias y vuelto a cerrar de golpe.

Llega un día en que todas las jóvenes miran así. ¡Pobre del que pase por delante de ellas entonces!

Esa primera mirada de un alma que aún no se conoce a sí misma es como el amanecer en el cielo. Es el despertar de algo radiante y desconocido. Nada puede expresar el encanto peligroso de ese fulgor inesperado que ilumina de repente tinieblas adorables y se compone de toda la inocencia del presente y toda la pasión del futuro. Es algo parecido a un tierno afecto indeciso que da señales de vida al azar y está a la espera. Es una trampa que la inocencia coloca sin darse cuenta y donde caen algunos corazones sin pretenderlo y sin saberlo. Es una virgen que mira como una mujer.

Es raro que donde caiga una mirada así no nazca una honda ensoñación. Todas las purezas y todos los candores coinciden en ese rayo celestial y fatídico que, más que las miradas de reojo más

elaboradas de las coquetas, tiene el poder mágico de hacer que se abra de pronto en lo hondo de un alma esa flor oscura, colmada de aromas y de venenos, que llamamos amor.

Por la noche, al volver a su buhardilla, Marius se fijó en lo que llevaba puesto y cayó por primera vez en la cuenta de que era tan desaseado, tan falto de modales y tan increíblemente estúpido que iba a pasear a Le Luxembourg con la ropa «de diario», es decir, un sombrero con un roto cerca del cordoncillo, unas botazas de carretero, unos pantalones negros con rodilleras blancas y un frac negro con el color comido en los codos.

IV

Principia una grave enfermedad

El día siguiente a la hora habitual Marius sacó del armario el frac nuevo, los pantalones nuevos, el sombrero nuevo y las botas nuevas; se puso el lote entero, también se puso guantes, prodigioso lujo, y se fue a Le Luxembourg.

Por el camino, se encontró con Courfeyrac e hizo como que no lo veía. Courfeyrac al volver a casa les dijo a sus amigos: «Acabo de encontrarme con el sombrero nuevo y con el frac nuevo de Marius. Marius iba dentro. Debía de ir a examinarse de algo. Tenía cara de tonto».

Al llegar a Le Luxembourg, Marius dio la vuelta al estanque y miró los cisnes; luego se quedó mucho rato contemplando una estatua que tenía la cabeza negra de moho y a la que le faltaba una cadera. Había junto al estanque un burgués cuarentón y tripudo que llevaba de la mano a un niño de cinco años y le estaba diciendo: «Evita los excesos, hijo mío, quédate a igual distancia del despotismo y de la anarquía». Marius atendió a lo que decía el burgués. Luego le dio otra vuelta al estanque. Por fin, se encaminó hacia «su paseo» despacio y como si le desagradase. Hubiérase dicho que no le quedaba más remedio que ir y que, al tiempo, alguien se lo impedía. No se daba cuenta ni por asomo de nada de esto y le parecía que estaba haciendo lo de siempre.

Al entrar en el paseo, divisó en el extremo opuesto y «en su banco» al señor Leblanc y a la joven. Se abrochó el frac hasta arriba, lo estiró para que no le hiciera arrugas en el pecho, pasó revista con cierta complacencia a los reflejos lustrosos de los pantalones y marchó sobre el banco. Había en aquella forma de andar un ataque y, desde luego, una veleidad de conquista. Digo,

pues, que marchó sobre el banco como diría que Aníbal marchó sobre Roma.

Por lo demás, no había en aquellos movimientos nada que no fuera automático, y Marius no había interrumpido en absoluto las preocupaciones habituales de su mente ni sus ocupaciones. Estaba pensando en aquellos momentos que el *Manual del bachiller* era un libro estúpido y que tenían que haberlo redactado unos cretinos de primera categoría para que se analizasen en él como obras maestras de la mente humana tres tragedias de Racine y una comedia de Molière nada más. Notaba un pitido agudo en el oído. Mientras se acercaba al banco, se estiraba las arrugas del frac y clavaba los ojos en la joven. Le parecía que ésta colmaba todo el extremo del paseo con una inconcreta luz azul.

Según se iba aproximando, caminaba cada vez más despacio. Al llegar a cierta distancia del banco, mucho antes del punto en que acababa el paseo, se detuvo y, sin saber qué estaba ocurriendo, dio media vuelta. Ni siquiera se dijo que no iba a llegar hasta el final. Apenas si la joven pudo divisarlo de lejos y ver la prestancia que tenía con la ropa nueva. Y él andaba muy tieso para tener buen aspecto, por si había alguien detrás y lo estaba mirando.

Llegó al extremo opuesto; regresó luego, y esta vez se acercó algo más al banco. Llegó incluso a una distancia de tres intervalos de árboles; pero, en ese punto, sintió a saber qué imposibilidad de ir más allá y titubeó. Le había parecido ver que la joven volvía el rostro hacia él. Hizo no obstante un violento esfuerzo viril, domeñó la vacilación y siguió avanzando. Pocos segundos después, pasaba por delante del banco, tieso y firme, encarnado hasta las orejas, sin atreverse a mirar ni a derecha ni a izquierda, con la mano metida en el frac como un estadista. En el instante en que estaba pasando —bajo el cañón de la fortaleza—, notó que le latía el corazón desaforadamente. La joven llevaba, igual que la víspera, el vestido de damasco y el sombrero de crespón. Marius oyó una voz inefable que debía de ser «su» voz. Charlaba tranquilamente. Era muy bonita. Marius lo notaba, aunque no hiciera nada por verla. «¡Pero —pensaba— no podría por menos de sentir por mí estima y consideración si supiera que soy yo el verdadero autor de la disertación acerca de Marcos Obregón de Ronda que François de Neufchâteau ha incluido, como si fuera suya, al principio de su

edición de *Gil Blas!*»

Dejó atrás el banco, fue hasta el final del paseo, que estaba muy cerca, y desanduvo luego lo andado y volvió a pasar por delante de la hermosa joven. Esta vez estaba muy pálido. Por lo demás, todo cuanto notaba le resultaba muy poco agradable. Se alejó del banco y de la muchacha y, mientras le daba la espalda, se imaginaba que ella lo estaba mirando y, en consecuencia, tropezaba.

No volvió a intentar acercarse al banco, se detuvo mediado el paseo y allí, cosa que no hacía nunca, se sentó, mirando de reojo y cavilando, en las profundidades más inconcretas de la mente, que, bien pensado, sería difícil que las mujeres cuyos sombreros blancos y cuyos vestidos negros admiraba fueran insensibles por completo a su pantalón lustroso y su frac nuevo.

Al cabo de un cuarto de hora se levantó como si fuera a volver hacia aquel banco que rodeaba un nimbo. Pero se quedó de pie y quieto. Por primera vez desde hacía quince meses se dijo que el señor que se sentaba allí a diario con su hija también se habría fijado en él seguramente y era probable que tanta asiduidad lo extrañase.

También por primera vez notó que era algo irreverente nombrar a ese desconocido, incluso en la intimidad de sus pensamientos, con el mote de señor Leblanc.

Se quedó unos minutos en esa postura, con la cabeza gacha y dibujando en la arena con una varita que llevaba en la mano.

Luego se volvió repentinamente hacia la dirección opuesta al banco, al señor Leblanc y a su hija y se fue a su casa.

Aquel día se le olvidó cenar. A las ocho de la noche cayó en la cuenta, y como era ya demasiado tarde para ir hasta la calle de Saint-Jacques, se dijo: «¡Ah, vaya!», y se comió un trozo de pan.

No se acostó hasta que no hubo cepillado y doblado primorosamente el frac.

V

A la Murgón le caen encima varios rayos

Al día siguiente, la Murgón —que así era como llamaba Courfeyrac a la anciana portera-inquilina-principal-mujer-de-la-limpieza del caserón Gorbeau, quien, como ya hemos podido ver, se llamaba señora Burgon, pero aquel trasto de Courfeyrac no respetaba nada—, la Murgón, pues, pasmada, se fijó en que el señor Marius volvía a irse a la calle con el frac nuevo.

Volvió Marius a Le Luxembourg, pero no pasó de su banco, que estaba a mitad del paseo. Se sentó en él como la víspera, mirando de lejos y viendo con toda claridad el sombrero blanco, el vestido negro y, sobre todo, el resplandor azul. No se movió de ese banco y no volvió a casa hasta que cerraron las puertas de Le Luxembourg. No vio irse al señor Leblanc y a su hija. Y sacó la conclusión de que habían salido del parque por la verja de la calle de L'Ouest. Pasado algún tiempo, varias semanas después, cuando pensó en ello, no pudo acordarse de ninguna manera de dónde había cenado aquella noche.

Al día siguiente, es decir, el tercer día, la Murgón volvió a quedarse de una pieza. Marius salió con el frac nuevo.

—¡Tres días seguidos! —exclamó.

Intentó seguirlo, pero Marius andaba deprisa y a zancadas enormes; era como si un hipopótamo persiguiera a un rebeco. Lo perdió de vista al cabo de dos minutos y se volvió a casa sin resuello, casi asfixiada de asma y rabiosa.

«¡A quién se le ocurre —refunfuñó— ponerse la ropa buena a diario y hacer correr así a la gente!»

Marius había ido a Le Luxembourg.

Allí estaba la joven con el señor Leblanc. Marius se acercó

cuanto pudo haciendo como que leía un libro, pero se quedó a mucha distancia pese a todo; luego volvió a su banco, a sentarse, y se pasó en él cuatro horas, mirando cómo daban saltitos por el paseo los gorriones, que le parecía que se reían de él.

Así transcurrieron quince días. Marius ya no iba a Le Luxembourg a pasear, sino a sentarse siempre en el mismo sitio y sin saber por qué. Cuando llegaba, ya no se movía. Se ponía todas las mañanas el frac nuevo, y luego no lo lucía; y al día siguiente hacía lo mismo.

Decididamente, la joven era de una belleza maravillosa. Lo único que habría podido comentarse y que se acercase algo a un reproche era que la contradicción que había entre la mirada, que era triste, y la sonrisa, que era alegre, le daba al rostro cierta expresión extraviada, por lo que había momentos en que aquel rostro tan dulce se volvía raro sin dejar de ser encantador.

VI

Prisionero

Uno de los últimos días de la segunda semana estaba Marius como siempre sentado en el banco con un libro abierto en la mano, libro del que llevaba dos horas sin pasar una página. De pronto se sobresaltó. Estaba ocurriendo un acontecimiento en el extremo del paseo. El señor Leblanc y su hija acababan de levantarse del banco; la hija se había cogido del brazo del padre y ambos se encaminaban despacio hacia el centro del paseo donde estaba Marius. Marius cerró el libro, luego lo volvió a abrir y se esforzó en leer. Estaba temblando. El nimbo venía en derechura hacia él. «¡Ay, Dios mío! —pensaba—. No me va a dar tiempo a adoptar una compostura.» Entre tanto el hombre del pelo blanco y la joven se iban acercando. A Marius le parecía que estaban tardando un siglo aunque sólo fuera un segundo. «¿Qué vienen a hacer por este lado? —se preguntaba—. ¡Cómo! ¿Va a pasar ella por aquí? ¿Van a pisar sus pies esta arena, en este paseo, a dos pasos de mí?» Estaba trastornado, habría querido ser guapísimo, habría querido llevar la Legión de Honor. Oía como se acercaba el ruido suave y cadencioso de sus pasos. Se imaginaba que el señor Leblanc le dirigía miradas de irritación. «¿Me hablará ese señor?», pensaba. Agachó la cabeza y, cuando la volvió a levantar, ya los tenía muy cerca. La joven pasó y, al pasar, lo miró. Lo miró fijamente, con una dulzura pensativa que hizo que Marius se estremeciera de arriba abajo. Le pareció que le reprochaba que hubiera estado tanto tiempo sin acercarse a ella y que le decía: «Soy yo quien se acerca». A Marius lo dejaron deslumbrado esas pupilas repletas de rayos de luz y de abismos.

Notaba una hoguera en el cerebro. ¡Ella se le había acercado, qué alegría! ¡Y cómo lo había mirado además! ¡Le pareció más

hermosa de lo que la había visto hasta ahora! Hermosa con una hermosura femenina y angelical a un tiempo, con una hermosura completa que habría hecho cantar a Petrarca y arrodillarse a Dante. Le parecía estar nadando en pleno cielo azul. Y, al tiempo, estaba contrariadísimo porque tenía las botas polvorientas.

Creía estar seguro de que ella también le había mirado las botas.

La siguió con los ojos hasta que la perdió de vista. Luego echó a andar por Le Luxembourg como un loco. Entra dentro de lo probable que por momentos se riera solo y hablase en voz alta. Se quedaba tan soñador junto a las niñeras que todas creían que estaba enamorado de ellas.

Salió de Le Luxembourg con la esperanza de encontrarla en alguna calle.

Se cruzó con Courfeyrac en los soportales de L'Odéon y le dijo: «Vente a cenar conmigo». Se fueron a Rousseau y se gastaron seis francos. Marius comió como un ogro. Le dio al camarero 30 céntimos. En los postres le dijo a Courfeyrac: «¿Has leído el periódico? ¡Qué discurso tan estupendo ha pronunciado Audry de Puyraveau!».

Estaba perdidamente enamorado.

Después de cenar, le dijo a Courfeyrac: «Te invito al teatro». Fueron a La Porte-Saint-Martin a ver a Frédérick en *La posada de Les Adrets*. Marius se lo pasó estupendamente.

Al tiempo se volvió aún más esquivo. Al salir del teatro, se negó a mirarle la liga a una modista que estaba saltando por encima del arroyo, y casi le pareció repugnante Courfeyrac cuando dijo: *No me importaría nada tener a esa mujer en mi colección.*

Courfeyrac lo invitó a almorzar al día siguiente en el café Voltaire. Marius acudió al café y comió aún más que la víspera. Estaba muy pensativo y muy alegre. Hubiérase dicho que todas las ocasiones le venían bien para reírse a carcajadas. Le dio un cariñoso abrazo a uno que había llegado de provincias y a quien le presentaron. Se había formado un corro de estudiantes alrededor de la mesa y hablaron de las sandeces que soltaban, a cuenta del Estado, en las cátedras de la Sorbona; luego la conversación versó sobre los errores y las lagunas de los diccionarios y de los libros de prosodia latina de Quicherat. Marius interrumpió el debate para exclamar: «¡Sin embargo, es muy agradable que le den a uno la

Legión de Honor!».

—¡Qué cosa más rara! —le dijo por lo bajo Courfeyrac a Jean Prouvaire.

—No —contestó Jean Prouvaire—, ¡qué cosa más preocupante!

Era muy preocupante, desde luego. Marius se hallaba en esa hora primera, violenta y encantadora, que es el inicio de las grandes pasiones.

Todo ello era obra de una sola mirada.

Cuando la mina está cargada, cuando el incendio está a punto, no hay nada más sencillo. Una mirada es una chispa.

Ya había sucedido. Marius quería a una mujer. Su destino había entrado en lo desconocido.

La mirada de las mujeres se parece a algunos engranajes de calma aparente, pero de fuerza tremenda. Pasamos al lado a diario, en paz e impunemente, sin sospechar nada. Y llega un momento en que nos olvidamos incluso de que es algo que está ahí. Vamos y venimos, soñamos, hablamos, reímos. De pronto notamos que nos han pillado. Se acabó. Nos tiene cogidos el engranaje, nos tiene atrapados la mirada. Nos ha atrapado y da igual por dónde y cómo, por cualquier retazo de pensamiento que andaba suelto, por una distracción que tuvimos. Estamos perdidos. Nos meteremos hasta el fondo. Se adueña de nosotros un encadenamiento de fuerzas misteriosas. Nos resistimos en vano. Nada humano puede ya socorrernos. Iremos cayendo de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura, nosotros, nuestra mente, nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestra alma; y, según hayamos caído en poder de una criatura perversa o de un corazón noble, no saldremos de esa espantosa máquina más que desfigurados por la vergüenza o transfigurados por la pasión.

VII

Aventuras de la letra U presa de las conjeturas

El aislamiento, el desapego por todo, el orgullo, la independencia, la afición a la naturaleza, la ausencia de actividad cotidiana y material, la vida ensimismada, los combates secretos de la castidad, el éxtasis benevolente ante cualquier creación habían preparado a Marius para esa posesión que llamamos la pasión. El culto por su padre se había ido convirtiendo poco a poco en una religión, y, como toda religión, se le había retirado a lo hondo del alma. Necesitaba algo en primer plano. Llegó el amor.

Marius estuvo un mes largo yendo a Le Luxembourg a diario. Cuando llegaba la hora, no había nada que pudiera retenerlo. «Está de servicio», decía Courfeyrac. Marius vivía embelesado. Estaba seguro de que la joven lo miraba.

Había acabado por volverse más atrevido y se acercaba al banco. Sin embargo, no pasaba ya por delante, obedeciendo al tiempo al instinto de timidez y al instinto de prudencia de los enamorados. Le parecía útil que «no se fijase en él el padre». Organizaba sus plantones a pie firme detrás de los árboles y de los pedestales de las estatuas con gran maquiavelismo, de forma tal que la joven pudiera verlo lo más posible y el anciano lo menos posible. A veces se quedaba media hora entera inmóvil a la sombra de un Leónidas o de un Espartaco, con un libro en la mano por encima del cual la mirada, que alzaba despacio, iba en busca de la hermosa joven; y ella, por su parte, desviaba hacia él con una vaga sonrisa el perfil encantador. Mientras hablaba con toda naturalidad y con total tranquilidad con el hombre del pelo blanco, depositaba insistentemente en Marius todas las ensoñaciones de una mirada virginal y apasionada. ¡Antigua e inmemorial maniobra que Eva

sabía ya en el primer día del mundo y que toda mujer sabe desde el primer día de la vida! Con los labios le hablaba a uno; con la mirada le hablaba al otro.

Habrá que suponer, no obstante, que el señor Leblanc estaba empezando a notar algo, porque con frecuencia, cuando llegaba Marius, se ponía de pie y echaba a andar. Ya no iba al lugar acostumbrado y había escogido, en la otra punta del paseo, el banco próximo al Gladiador, como para comprobar si Marius iría tras ellos. Marius no cayó en la cuenta y cometió esa falta. El «padre» empezó a volverse impuntual, y ya no traía a «su hija» todos los días. A veces venía solo. Entonces Marius no se quedaba. Otro error.

Marius no se fijaba en esos síntomas. De la fase de timidez había pasado, progreso natural y fatídico, a la fase de ceguera. Su amor iba a más. Soñaba con él todas las noches. Y además le había ocurrido un hecho venturoso inesperado, aceite en el fuego, incremento de las tinieblas que le nublaban la vista. Un tarde, al anochecer, se encontró en el banco del que «el señor Leblanc y su hija» acababan de irse un pañuelo, un pañuelo muy sencillo y sin bordados, pero blanco, fino, y del que le pareció que brotaban aromas inefables. Lo cogió, enajenado. El pañuelo iba marcado con las letras U. F. Marius no sabía nada de la hermosa muchacha, ni qué familia tenía, ni cómo se llamaba, ni dónde vivía; esas dos letras eran el primer objeto de ella que tenía en las manos, unas iniciales adorables con las que empezó en el acto a levantar un edificio. U era el nombre, por descontado. ¡Ursule!, pensó. ¡Qué nombre tan delicioso! Besó el pañuelo, aspiró su perfume, lo guardó junto al corazón, pegado a la carne durante el día y pegado a los labios para quedarse dormido.

«Noto en él toda su alma», exclamaba.

Aquel pañuelo era del anciano, a quien, sencillamente, se le había caído del bolsillo.

Los días posteriores al hallazgo no apareció en Le Luxembourg sino besando el pañuelo y apretándoselo contra el corazón. La hermosa muchacha no entendía nada y se lo hacía saber con señas imperceptibles.

«¡Ah, pudor!», decía Marius.

VIII

Incluso los inválidos pueden ser dichosos

Ya que hemos pronunciado la palabra *pudor,* y puesto que no nos callamos nada, tenemos que decir que, sin embargo, hubo una ocasión en que, pese al éxtasis en que vivía, «su Ursule» le dio motivo para un serio agravio. Era uno de esos días en que la joven convencía al señor Leblanc para que se levantasen y caminasen por el paseo. Soplaba una fuerte brisa de pradial que movía la cima de los plátanos. El padre y la hija, del brazo, acababan de pasar por delante del banco de Marius. Marius se había levantado tras pasar ellos y los seguía con la mirada, como debe hacer en una situación así un alma enajenada.

De repente, una ráfaga de viento más vivaracha que las otras, y que tenía probablemente a su cargo cumplir con los cometidos de la primavera, salió volando desde el vivero, cayó sobre el paseo, envolvió a la joven en un delicioso escalofrío digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Teócrito y le levantó el vestido, ese vestido más sagrado que la túnica de Isis, casi hasta la altura de la liga. Apareció una pierna de una forma exquisita. Marius la vio. Y aquello lo exasperó y lo puso furioso.

La joven se había bajado el vestido velozmente con un ademán divinamente azarado, pero no por ello si indignó menos Marius. Sólo estaba él en el paseo, bien es cierto. Pero podía haber habido alguien. ¿Y si hubiera habido alguien? ¡Cómo puede concebirse algo así! ¡Es espantoso lo que acababa de hacer! La pobre niña, ¡ay!, no había hecho nada; sólo había un culpable, el viento; pero Marius, en quien vibraba confusamente el Bartolo que lleva dentro Querubín, estaba decidido a enfadarse y celoso de su sombra. Así es, efectivamente, como despiertan en el corazón humano y se

imponen, incluso sin tener derecho a ello, los agrios y peculiares celos carnales. Por lo demás, dejando aparte esos celos, no le había resultado nada agradable la vista de esa pierna deliciosa; la media blanca de la primera mujer que hubiera pasado por allí le habría gustado más.

Cuando «su Ursule», tras haber llegado al final del paseo, desanduvo lo andado con el señor Leblanc y pasó delante del banco en que Marius había vuelto a sentarse, Marius le espetó una mirada arisca y feroz. La joven tuvo ese leve retroceso acompañado de un parpadeo que quiere decir: «Bueno, pero ¿qué le pasa?».

Ésta fue su «primera pelea».

Acababa apenas Marius de echarle esa bronca con la mirada cuando pasó alguien por el paseo. Era un inválido muy encorvado, muy arrugado y muy pálido, que vestía un uniforme Luis XV; lucía en el pecho la plaquita ovalada de paño rojo con dos espadas cruzadas, la orden de San Luis del soldado, y le hacían también de adorno una de las mangas de la casaca sin brazo dentro, una barbilla de plata y una pierna de palo. A Marius le pareció vislumbrar que aquel hombre tenía una expresión muy satisfecha. Le pareció incluso que aquel viejo cínico, mientras pasaba cojeando a su lado, le hacía un guiño muy fraterno y muy jubiloso, como si por un azar cualquiera hubiesen podido ponerse de acuerdo para paladear juntos algún placer inesperado. ¿Qué mosca le había picado a aquel despojo de Marte para estar tan contento? ¿Qué le había ocurrido en la entrepierna, entre la pierna de palo y la otra? Marius llegó al paroxismo de los celos. «¡A lo mejor estaba por aquí y lo ha visto!» Y le entraron ganas de matar al inválido.

Con ayuda del tiempo, todos los filos se embotan. Aquella indignación de Marius con «Ursule», por justa y legítima que fuera, acabó por pasársele. Al final la perdonó, pero le costó mucho y estuvo enfurruñado con ella tres días.

Entretanto, y con el paso por todo lo dicho y precisamente por ser así todo lo dicho, aquella pasión crecía y se convertía en una pasión loca.

IX

Eclipse

Acabamos de ver cómo Marius había descubierto, o creído descubrir, que Ella se llamaba Ursule.

El apetito se abre amando. Saber que se llamaba Ursule ya era mucho; y era poco. Marius se comió ávidamente esa dicha en tres o cuatro semanas. Quiso otra. Quiso saber dónde vivía.

Había cometido un primer error: caer en la emboscada del banco del Gladiador. Luego cometió otro: no quedarse en Le Luxembourg cuando el señor Leblanc venía solo. Y cometió un tercero. Gigantesco. Siguió a «Ursule».

Vivía en la calle de L'Ouest, en el trecho menos frecuentado, en una casa nueva de tres pisos y de apariencia modesta.

A partir de ese momento, Marius sumó a su dicha de verla en Le Luxembourg la dicha de seguirla hasta su casa.

Le iba aumentado el hambre. Sabía cómo se llamaba, o sabía al menos el nombre de pila, ese nombre encantador, el auténtico nombre de una mujer; sabía dónde vivía; quiso saber quién era.

Una noche, tras seguirlos hasta su casa, y en cuanto los vio desaparecer bajo la puerta cochera, entró detrás de ellos y le dijo valerosamente al portero:

—¿Ese que ha entrado es el señor del primero?

—No —contestó el portero—. Es el señor del tercero.

Ya había dado otro paso. Este éxito volvió más atrevido a Marius.

—¿El tercero exterior?

—¡A ver qué remedio! —dijo el portero—. La casa sólo tiene fachada a la calle.

—¿Y a qué se dedica ese señor? —siguió preguntando Marius.

—Es rentista, caballero. Un hombre bien bueno y que favorece mucho a los pobres, aunque él no sea rico.

—¿Y cómo se llama? —añadió Marius.

El portero alzó la cabeza y dijo:

—¿El señor es *de la pasma?*

Marius se fue, bastante corrido, pero encantado de la vida. Iba progresando.

«Bueno —pensó—, ya sé que se llama Ursule, que es hija de un rentista y vive en el tercer piso de la calle de L'Ouest.»

Al día siguiente, el señor Leblanc y su hija no hicieron sino una breve aparición en Le Luxembourg. Se fueron aún en pleno día. Marius los siguió hasta la calle de L'Ouest, como acostumbraba. Al llegar ante la puerta cochera, el señor Leblanc hizo entrar delante a su hija y, luego, se detuvo antes de cruzar el umbral, se volvió y miró fijamente a Marius.

Al día siguiente no fueron a Le Luxembourg. Marius esperó en vano todo el día.

Al caer la noche, fue a la calle de L'Ouest y vio luz en las ventanas del tercero. Paseó bajo esas ventanas hasta que se apagó la luz.

Al día siguiente, nadie en Le Luxembourg. Marius se pasó todo el día esperando y fue luego a montar guardia de noche bajo las ventanas. En aquella ocupación le daban las diez de la noche. Cenaba cuando podía. La fiebre alimenta al enfermo, y el amor, al enamorado.

Así pasaron ocho días. El señor Leblanc y su hija no aparecían ya por Le Luxembourg. Marius hacía conjeturas tristes; no se atrevía a acechar la puerta cochera de día. Se contentaba con ir por las noches para mirar el resplandor rojizo de los cristales. A veces veía pasar sombras y le latía el corazón.

El octavo día, cuando llegó bajo las ventanas, no había luz. «¡Anda! —dijo—. Todavía no han encendido la lámpara. Pues ya es de noche. ¿Habrán salido?» Esperó hasta las diez. Hasta medianoche. Hasta la una de la mañana. No se encendió luz alguna en las ventanas del tercero ni nadie entró en la casa. Se marchó, muy sombrío.

Al día siguiente —porque sólo vivía de día siguiente en día siguiente; el hoy, por decirlo de alguna manera, ya no existía para

él—, al día siguiente, pues, no vio a nadie en Le Luxembourg; ya se lo esperaba; al caer la noche, fue a la casa. No había luz en las ventanas; las contraventanas estaban cerradas; el tercero estaba completamente a oscuras.

Marius llamó a la puerta cochera, entró y le preguntó al portero:

—¿Y el señor del tercero?

—Se ha mudado —contestó el portero.

Marius se tambaleó y preguntó con voz débil:

—¿Y eso cuándo ha sido?

—Ayer.

—¿Dónde vive ahora?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Y no ha dejado las señas nuevas?

—No.

El portero alzó la cabeza y reconoció a Marius.

—¡Caramba, si es usted! —dijo—. Está claro que es usted *de la tiña.*

Libro séptimo

El culo del gato

I

Las minas y los mineros

En todas las sociedades humanas existe eso que llaman en los teatros *el tercer foso*. El suelo social está minado por doquier, a veces para el bien y otras para el mal. Esas excavaciones se superponen. Hay minas superiores y minas inferiores. Hay una parte de arriba y una parte de abajo en ese subsuelo oscuro que en ocasiones se desploma bajo el peso de la civilización y que hollamos con nuestra indiferencia y nuestra despreocupación. El siglo pasado la Enciclopedia fue casi una mina a cielo abierto. Las tinieblas, que incubó en su oscuridad el cristianismo primitivo, no estaban sino a la espera de una ocasión oportuna, en tiempo de los Césares, para estallar e inundar de luz al género humano. Pues en las tinieblas sagradas hay una luz latente. Colma los volcanes una sombra capaz de llamear. Toda lava empieza por ser oscuridad. Las catacumbas, donde se dijo la primera misa, no eran sólo el sótano de Roma, eran el subterráneo del mundo.

Hay bajo la edificación social, ese caserón de maravillosa complejidad, excavaciones de todo tipo. Están la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica, la mina revolucionaria. Hay quien usa de azadón las ideas, hay quien usa los números, hay quien usa la ira. Se llaman y se responden de una catacumba a otra. Las utopías circulan bajo tierra, por las cañerías. Se ramifican en cualesquiera direcciones. A veces se encuentran y confraternizan. Jean-Jacques le presta el pico a Diógenes y éste le presta el farol. A veces se enfrentan. Calvino agarra de los pelos a Socin. Pero nada detiene ni interrumpe la tendencia de todas esas energías hacia la meta ni esa dilatada actividad simultánea que va y viene, baja y sube por entre oscuridad tal y transforma despacio la

parte de arriba mediante la parte de abajo y la parte de fuera mediante la parte de dentro, ese gigantesco pulular ignoto. La sociedad apenas si sospecha esa horadación que respeta la superficie y le cambia las entrañas. Otros tantos pisos subterráneos, otras tantas labores diferentes, otras tantas extracciones diversas. ¿Qué sale de todas esas excavaciones tan profundas? El porvenir.

Cuanto más bajamos, más misteriosos son los trabajadores. Es un trabajo beneficioso hasta un límite que el filósofo social sabe reconocer; más allá resulta cuestionable y mixto; más abajo aún, se convierte en terrible. A determinada profundidad, en las excavaciones no puede penetrar ya el espíritu de la civilización, quedan superadas las fronteras dentro de las que puede respirar el hombre; cabe dentro de lo posible que empiecen los monstruos.

La escala descendente es extraña; y todos y cada uno de esos peldaños corresponden a un piso en que puede hacer pie la filosofía y donde nos encontramos con alguno de sus obreros, a veces divinos y a veces deformes. Más abajo de Jean Huss está Lutero; más abajo de Lutero está Descartes; más abajo de Descartes está Voltaire; más abajo de Voltaire está Condorcet; más abajo de Condorcet está Robespierre; más abajo de Robespierre está Marat; más abajo de Marat está Babeuf. Y seguimos bajando. Más abajo, de forma confusa, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, divisamos más hombres oscuros que, quizá, no existen aún. Los de ayer son espectros; los de mañana son larvas. El ojo de la mente los intuye imprecisamente. La labor embrionaria del porvenir es una de las visiones del filósofo.

Un mundo en el limbo, en estado fetal, ¡qué silueta inaudita!

También están ahí Saint-Simon, Owen, Fourier, en unos socavones laterales.

No cabe duda de que una cadena invisible une entre sí, sin que sean conscientes de ello, a todos esos pioneros subterráneos que, casi siempre, se creen aislados y no lo están; sus labores son muy diversas, y la luz de unos contrasta con el resplandor de otros. Unos son paradisíacos, otros son trágicos. No obstante, fuere cual fuere el contraste, en todos esos trabajadores, desde el más elevado al más nocturno, desde el más sensato hasta el más loco, hay algo que los asemeja; y es lo siguiente: el desinterés. Marat se olvida de sí mismo igual que Jesús. Se dan de lado, se omiten, no piensan en sí. Ven

algo que no es sus propias personas. Tienen una mirada, y esa mirada busca lo absoluto. El primero tiene en los ojos el cielo entero; el último, por muy enigmático que sea, sigue teniendo en la mirada la pálida claridad de lo infinito. Veneremos, sea cual sea su labor, a quien posee esta señal: la pupila estrella.

La pupila sombra es la otra señal.

En ella comienza el mal. Ante quien carezca de mirada, recapacitemos y estremezcámonos. El orden social tiene sus mineros negros.

Existe un punto en que ahondar es enterrarse y en que se apaga la luz.

Más abajo de todas esas minas que acabamos de indicar, por debajo de todas esas galerías, por debajo de todo ese inmenso sistema venoso subterráneo del progreso y de la utopía, mucho más hondo, más abajo que Marat, más abajo que Babeuf, más abajo, mucho más abajo, y sin relación alguna con los pisos superiores, está el último socavón. Un lugar tremendo. Es lo que hemos llamado el tercer foso. Es el foso de las tinieblas. Es el sótano de los ciegos. *Inferi.*

Se comunica con los abismos.

II

El fondo más bajo

Ahí se desvanece el desinterés. Se esboza vagamente el demonio; cada cual para sí. El yo sin ojos aúlla, busca, tantea y roe. El Ugolino social está en esa sima.

A las siluetas hoscas que andan rondando por ese foso, casi animales, casi fantasmas, no les interesa el progreso universal, nada saben ni de esa idea ni de ese nombre, sólo les preocupa saciarse individualmente. Carecen casi del todo de conciencia y llevan dentro una especie de eclipse que infunde temor. Tienen dos madres, ambas madrastras: la ignorancia y la miseria. Tienen un guía: la necesidad; y ninguna otra forma de satisfacerse que no sea el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces, no como el tirano, sino como el tigre. Esas larvas pasan del sufrimiento al crimen; filiación fatídica, engendramiento vertiginoso, lógica de la sombra. Lo que repta en el tercer foso social no es ya la exigencia ahogada de lo absoluto; es el manifiesto de la materia. Allí el hombre se vuelve dragón. Tener hambre, tener sed, es el punto de partida; ser Satanás es el punto de llegada. De esa cueva sale Lacenaire.

Acabamos de ver, en el libro cuarto, uno de los compartimentos de la mina superior, de la gran zanja política, revolucionaria y filosófica. En ella, acabamos de decirlo, todo es noble, puro, digno, honrado. En ella es posible equivocarse, desde luego, pero el error es venerable porque implica un gran heroísmo. El conjunto de la labor que en ella se lleva a cabo tiene un nombre: Progreso.

Ha llegado el momento de divisar otras profundidades, las profundidades repulsivas.

Debajo de la sociedad, insistamos en ello, y hasta el día en que

se disipe la ignorancia, estará la gran caverna del mal.

Esa cueva se halla debajo de todas las otras y es la enemiga de todas. Es el odio sin excepción. En esa cueva no hay filósofos. Su puñal no afiló nunca una pluma. Su negrura no tiene relación alguna con la negrura sublime del escritorio. Los dedos nocturnos que se crispan bajo ese techo asfixiante no hojearon nunca un libro ni abrieron un periódico. Para Cartouche, Babeuf es un explotador; para Schinderhannes, Marat es un aristócrata. El objetivo de esa cueva es que todo se venga abajo.

Todo. Incluidas las zanjas superiores, que aborrece. No se limita a minar con su repulsivo pulular el orden social actual; mina la filosofía, mina la ciencia, mina el derecho, mina el pensamiento humano, mina la civilización, mina la revolución, mina el progreso. Se llama, sencillamente, robo, prostitución, asesinato. Está hecha de tinieblas y quiere el caos. Su bóveda es de ignorancia.

Todas las demás, las de arriba, no tienen sino un objetivo: suprimirla. A eso tienden, con todos sus órganos a un tiempo, tanto mejorando la realidad cuanto contemplando lo absoluto, la filosofía y el progreso. Si destruimos la cueva Ignorancia, destruiremos el topo Crimen.

Recapitulemos en pocas palabras parte de lo que acabamos de escribir. El único peligro social es la Sombra.

Humanidad equivale a Identidad. Todos los hombres son de la misma arcilla. No hay diferencia alguna, al menos aquí abajo, en la predestinación. La misma sombra antes; la misma carne durante, la misma ceniza después. Pero la ignorancia, si se amasa mezclada con esa arcilla humana, la vuelve negra. Esa negrura incurable se mete dentro del hombre y se convierte en el Mal.

III

Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse

Un cuarteto de bandidos, Claquesous, Gueulemer, Babet y Montparnasse, gobernaba entre 1830 y 1835 el tercer foso de París.

Gueulemer era un Hércules desclasado. Su antro eran las alcantarillas de L'Arche-Marion. Medía seis pies, tenía pectorales de mármol, bíceps de bronce, una respiración cavernosa, el torso de un coloso y el seso de un pájaro. Verlo era como ver al Hércules Farnesio vistiendo pantalones de cotín y chaqueta de pana de algodón. Gueulemer, con aquella constitución, habría podido domeñar monstruos; le había parecido más sencillo ser monstruo. Frente estrecha, sienes anchas, menos de cuarenta años y patas de gallo, pelo recio y corto, mejillas erizadas y barba de jabalí; podemos imaginar qué hombre era. Los músculos le pedían trabajo; su estupidez lo rechazaba. Era una fuerza tremenda y perezosa. Era asesino por indolencia. Lo tenían por criollo. Tuvo probablemente algo que ver con el mariscal Brune, pues había sido mozo de cuerda en Aviñón en 1815. Pasado ese período, se metió a bandido.

Babet, tan diáfano, contrastaba con Gueulemer, todo carne. Babet era flaco y sabio. Era transparente, pero impenetrable. Se veía pasar la luz a través de los huesos, pero no se le veía nada en las pupilas. Decía que era químico. Había sido payaso en los espectáculos de Bobèche y de Bobino. Había interpretado vodeviles en Saint-Mihiel. Era hombre de pretensiones, con mucha labia y que recalcaba las sonrisas y ponía los ademanes entre comillas. Tenía un negocio: vender en la calle bustos de escayola y retratos del «jefe del Estado». Además, era sacamuelas. Había enseñado fenómenos en las ferias y había tenido un carromato con trompeta y este cartel: «Babet, artista dentista, miembro de las academias. Realiza

experimentos físicos con metales y metaloides, saca dientes y puede con los raigones que dejaron por imposibles sus colegas. Precios: un diente, un franco con cincuenta céntimos; dos dientes, dos francos; tres dientes, dos francos con cincuenta. Aprovechen la ocasión». (Ese «aprovechen la ocasión» quería decir: cuantos más se saquen, mejor.) Había estado casado y había tenido hijos. No sabía qué había sido ni de su mujer ni de sus hijos. Los había perdido como quien pierde un pañuelo. Extraordinaria excepción en el mundo oscuro en que vivía: Babet leía los periódicos. Un día, en los tiempos en que llevaba consigo a la familia en su carromato, leyó en *Le Messager* que una mujer acababa de parir un niño que seguramente viviría y que tenía hocico de ternero; y exclamó: *Pero ¡si eso es una fortuna! ¡No será a mi mujer a quien se le ocurra la buena idea de darme un hijo así!*

Tiempo después lo dejó todo para «ir al ataque de París», por decirlo con sus propias palabras.

¿Quién era Claquesous? Era la noche. Esperaba para hacer acto de presencia a que el cielo se embadurnase la cara de negro. Salía por las noches de un agujero al que volvía antes de que se hiciera de día. ¿Dónde estaba ese agujero? No lo sabía nadie. En la más completa oscuridad no les dirigía la palabra a sus cómplices más que dándoles la espalda. ¿Se llamaba Claquesous? No. Decía: «Me llamo Pas-du-tout»[39]. Si aparecía una vela, se ponía una máscara. Era ventrílocuo. Babet decía: *Claquesous es un nocturno a dos voces*. Claquesous era impreciso, errabundo, terrible. Nadie estaba seguro de que tuviera nombre, porque Claquesous era un mote; nadie estaba seguro de que tuviera voz, porque hablaba con el vientre con mayor frecuencia que con la boca; nadie estaba seguro de que tuviera rostro, pues nadie lo había visto nunca sin máscara. Desaparecía como si se desvaneciera; aparecía como si brotara de la tierra.

Una criatura lúgubre: así era Montparnasse. Montparnasse era un niño: menos de veinte años, cara agraciada, labios como cerezas, pelo negro adorable, la luz de la primavera en los ojos; tenía todos los vicios y aspiraba a todos los crímenes. Digerir el mal le daba apetito para lo peor. Era un golfillo convertido en golfo, y un golfo convertido en escabechador. Era agradable, afeminado, encantador, robusto, flojo, feroz. Llevaba el ala del sombrero levantada del lado

izquierdo para que asomase el tupé, como se hacía en 1829. Vivía de robos violentos. Llevaba una levita de corte excelente, pero raída. Montparnasse era un figurín en la miseria y un asesino. La causa de todos los delitos de aquel adolescente era el deseo de ir bien vestido. La primera modistilla que le dijo: «Qué guapo eres», le manchó de tinieblas el corazón y convirtió en un Caín a ese Abel. Como se encontraba agraciado, quiso ser elegante; ahora bien, la primera elegancia es la ociosidad; la ociosidad, en un pobre, lleva al crimen. Pocos maleantes eran tan temidos como Montparnasse. A los dieciocho años, tenía ya varios cadáveres sobre la conciencia. Más de un viandante yacía con los brazos tendidos a la sombra de ese miserable, con la cara metida en un charco de sangre. Con el pelo rizado y untado de pomada, la levita entallada, caderas femeninas, torso de oficial prusiano, envuelto en los murmullos de admiración de las mujeres de vida alegre de los bulevares, con un nudo artístico en la corbata, una porra en el bolsillo y una flor en el ojal: así era aquel petimetre del sepulcro.

IV

Composición de la banda

Estos bandidos formaban, entre los cuatro, algo así como un Proteo que serpenteaba por entre la policía y se esforzaba en eludir las miradas indiscretas de Vidocq «recurriendo a aspectos diversos, árbol, o llama, o fuente», se prestaban entre sí los nombres y las malas artes, se escurrían al amparo de sus propias sombras, eran cajas de fondos secretos y asilos mutuos, desbaratando sus personalidades como quien se quita una nariz postiza en un baile de máscaras, simplificándose a veces hasta no ser sino uno y multiplicándose a veces hasta tal punto que el propio Coco-Lacour los tomaba por un muchedumbre.

Esos cuatro hombres no eran cuatro hombres; eran algo así como un ladrón misterioso con cuatro cabezas que trabajaba a gran escala en París; era el pólipo monstruoso del mal que vivía en la cripta de la sociedad.

Merced a sus ramificaciones y a la red subyacente de sus relaciones, Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse tenían en las manos toda la industria de las emboscadas del departamento de Seine. Les daban a los transeúntes golpes de estado desde abajo. Los hacedores de ideas, los hombres de imaginación nocturna, les encargaban a ellos la ejecución. Les proporcionaban a esos cuatro granujas el guión y ellos se encargaban de ponerlo en escena. Trabajaban con libreto. Siempre estaban en situación de aportar un personal ajustado y oportuno para todos los atentados que necesitaban que les echasen una mano y que resultasen suficientemente lucrativos. Si un crimen andaba falto de brazos, ellos subarrendaban unos cuantos cómplices. Tenían una compañía de actores de las tinieblas a disposición de todas las tragedias de las

cavernas.

Solían reunirse al caer la noche, que era la hora a la que se despertaban, en las estepas colindantes con La Salpêtrière. Allí conferenciaban. Tenían por delante las doce horas negras; organizaban los usos que les iban a dar.

El culo del gato era el nombre con que conocían en el tráfago subterráneo a la asociación de esos cuatro hombres. En la lengua popular y fantasiosa de antaño, que se va perdiendo cada día un poco más, *verle el culo al gato* quiere decir que ya es por la mañana, de la misma forma que *no distinguir el lobo del perro* quiere decir que anochece. Ese nombre, *el culo del gato,* se debía seguramente a la hora a la que acababan de trabajar, pues el alba es el momento en que los gatos se dan media vuelta, se desvanecen los fantasmas y se separan los bandidos. A esos cuatro hombres se los conocía con ese rubro. Cuando el presidente del tribunal de lo criminal fue a ver a Lacenaire a la cárcel, le preguntó por una fechoría que Lacenaire negaba. «¿Quién lo hizo?», preguntó el presidente. Lacenaire le dio la siguiente respuesta, enigmática para el magistrado, pero que le quedó muy clara a la policía: «A lo mejor ha sido el culo del gato».

A veces se intuye una obra de teatro al enterarse del nombre de los personajes; de la misma forma es posible calibrar a una banda por la lista de bandidos. He aquí, pues son nombres que siguen a flote en determinadas memorias, a qué apelaciones respondían los principales afiliados de El culo del gato.

Panchaud, conocido por Printanier, conocido por Bigrenaille.

Brujon. (Había una dinastía de Brujon; no renunciamos a decir unas palabras acerca de ella.)

Boulatruelle, el peón caminero a quien ya hemos mencionado antes.

Laveuve.

Finistère.

Homère Hogu, negro.

Mardisoir.

Dépêche.

Fauntleroy, conocido por Bouquetière.

Glorieux, ex presidiario.

Barrecarrosse, conocido por señor Dupont.

Lesplanade-du-Sud.

Poussagrive.

Carmagnolet.

Kruideniers, conocido por Bizarro.

Mangedentelle.

Les-pieds-en-l’air.

Demi-liard, conocido por Deux-milliards.

Etc., etc.

Nos dejamos unos cuantos, y no de los peores. Esos nombres tienen cara. No expresan sólo entes, sino especies. Todos y cada uno de estos nombres responden a una variedad de esos hongos deformes de la parte subterránea de la civilización.

Esos seres, que no suelen prodigar los rostros, no eran de las personas que se ven pasar por la calle. De día, cansados de las noches feroces que pasaban, se iban a dormir, ora a los hornos de escayola, ora a las canteras abandonadas de Montmartre o de Montrouge; a veces a las alcantarillas. Se metían en madrigueras.

¿Qué ha sido de esos hombres? Siguen existiendo. Siempre existieron. Horacio los mienta. *Ambubaiarum collegia, pharmacopolo, mendici, mimæ;* y mientras la sociedad sea como es, serán lo que son. Bajo el techo oscuro de su sótano renacen eternamente del rezumar social. Vuelven, espectros, siempre idénticos; sólo que ya no llevan los mismos nombres ni están dentro del mismo pellejo.

Extirpan a los individuos, pero la tribu pervive.

Cuentan siempre con las mismas capacidades. Del truhán al maleante, la raza sigue siendo pura. Intuyen las bolsas en los bolsillos, se huelen los relojes en los bolsillos de los chalecos. El oro y la plata tienen olor para ellos. Existen ciudadanos ingenuos de los que podría decirse que tienen cara de dejarse robar. Esos hombres van siguiendo pacientemente a ciudadanos así. Cuando pasa un forastero o alguien de provincias, dan un respingo como las arañas.

Esos hombres, cuando, a eso de las doce de la noche, nos los encontramos en un bulevar desierto o los vemos a medias, resultan espantosos. No parecen hombres, sino formas hechas de niebla viva; diríase que suelen formar un solo bloque con las tinieblas, que no son algo aparte, que no tienen más alma que la sombra, y que, si se han separado de la oscuridad, ha sido de forma momentánea y para vivir, durante unos minutos, con una vida monstruosa.

¿Qué es preciso para que se desvanezcan esas larvas? Luz. Luz a

raudales. No hay murciélago que soporte el alba. Hay que iluminar la sociedad desde abajo.

Libro octavo

El mal pobre

I

Marius busca a una joven con sombrero y encuentra a un hombre con gorra

Pasó el verano y, luego, el otoño; llegó el invierno. Ni el señor Leblanc ni la joven habían vuelto a Le Luxembourg. Marius no pensaba ya sino en una cosa, en volver a ver aquel rostro dulce y adorable. Seguía buscando; buscaba por doquier; no encontraba nada. Había dejado de ser Marius el soñador, el entusiasta, el hombre resuelto, ardiente y firme, el osado provocador del destino, la mente que edificaba porvenir sobre porvenir, la inteligencia joven cargada de planes, de proyectos, de orgullos, de ideas y de voluntades; era un perro perdido. Cayó en una tristeza oscurísima. Todo había concluido: el trabajo lo repelía, el paseo lo cansaba; tenía ahora ante sí la anchurosa naturaleza, tan repleta antaño de formas, de claridades, de voces, de consejos, de perspectivas, de horizontes, de enseñanzas, y estaba vacía. Le daba la impresión de que todo había desaparecido.

Seguía pensando, porque no podía evitarlo; pero ya no se complacía en esos pensamientos. A cuanto éstos le proponían continuamente por lo bajo, respondía en la sombra: «No merece la pena».

Se hacía cientos de reproches. ¿Por qué la seguí? ¡Era tan dichoso sólo con verla! Me miraba. ¿No era eso ya algo desmedido? Parecía que me quería. ¿Acaso no era un todo? ¿Qué quise conseguir? No hay nada más allá de eso. Fui absurdo. He tenido yo la culpa. Etc., etc. Courfeyrac, a quien no le hacía confidencias, porque ésa era su forma de ser, pero que lo intuía todo hasta cierto punto, porque también era ésa su forma de ser, había empezado por darle la enhorabuena por estar enamorado, aunque asombrándose

de ello, por lo demás; luego, viendo a Marius presa de aquella melancolía, acabó por decirle: «Ya veo que, sencillamente, has sido un borrico. Anda, vente a La Chaumière».

En una ocasión, fiándose de un estupendo sol de septiembre, Marius dejó que lo llevasen Courfeyrac, Bossuet y Grantaire al baile de Sceaux, con la esperanza, ¡vaya un sueño!, de encontrarla allí quizá. Por supuesto que no vio a la mujer a quien buscaba. «Y eso que aquí es donde se encuentra uno a todas las mujeres perdidas», refunfuñaba Grantaire para su capote. Marius dejó a sus amigos en el baile y se volvió a pie, solo, cansado, febril, con los ojos turbios y tristes en la oscuridad de la noche mientras lo aturdían a fuerza de ruido y polvo los alegres coches de punto repletos de personas que volvían cantando de la fiesta y pasaban por su lado, desalentado, respirando, para despejarse la cabeza, el áspero aroma de los nogales de la carretera.

Volvió a vivir cada vez más solo, extraviado, agobiado, entregado por completo a su tristeza interior, yendo y viniendo por su dolor como el lobo dentro de la trampa, buscando a la ausente por todas partes, atontado de amor.

En otra ocasión, tuvo un encuentro que le causó una impresión singular. Se cruzó por las callejuelas de los alrededores del bulevar de Les Invalides con un hombre vestido como un obrero y tocado con una gorra de visera larga por la que asomaban mechones de pelo muy blancos. A Marius la llamó la atención lo hermoso que era ese pelo blanco y miró fijamente al hombre que caminaba despacio y como absorto en una meditación dolorosa. Cosa curiosa, le pareció reconocer al señor Leblanc. Tenía el mismo pelo, el mismo perfil, dentro de lo que permitía apreciar la gorra, el mismo porte, aunque más triste. Pero ¿por qué esa ropa de obrero? ¿Qué quería decir eso? ¿Qué significaba ese disfraz? Marius se quedó muy asombrado. Cuando se recobró, su primer impulso fue seguir al hombre. ¿Quién sabe si no había dado por fin con el rastro que andaba buscando? En cualquier caso, tenía que volver a ver al hombre de cerca y aclarar el enigma. Pero cayó en la cuenta demasiado tarde; el hombre ya había desaparecido. Se había metido por una bocacalle y Marius no consiguió dar de nuevo con él. Este encuentro lo tuvo preocupado unos días y, luego, se le fue de la cabeza. «Bien pensado —se dijo—, probablemente no sería sino un

parecido.»

II

Hallazgo

Marius seguía viviendo en el caserón Gorbeau. No se fijaba en nadie.

En honor a la verdad, en aquella época no había ya más inquilinos en el caserón que él y los Jondrette, aquellos a quienes les había pagado el alquiler una vez sin haber cruzado una palabra en la vida, por lo demás, ni con el padre, ni con la madre ni con las hijas. Los otros inquilinos o se habían mudado, o se habían muerto o los habían echado por no pagar.

Un día de aquel invierno asomó un poco el sol por la tarde, pero era el 2 de febrero, el antiguo día de la Candelaria, cuyo sol traicionero, precursor de un frío de seis semanas, le inspiró a Mathieu Laensberg estos dos versos que, de forma muy justificada, se convirtieron en clásicos:

> Ya brille el sol ya sea luciérnaga,
> no asoma el oso de la caverna.

Acababa de salir Marius de su propia caverna. Caía la noche. Era la hora de ir a cenar; porque no le había quedado, ¡ay!, más remedio que volver a cenar. ¡Ah, achaques de las pasiones ideales!

Acababa de cruzar el umbral de su puerta, que la Murgón estaba barriendo en ese preciso instante al tiempo que recitaba este monólogo memorable:

—¿Y qué queda ya que sea barato? Todo está por las nubes. Lo único barato es lo mal que lo pasa la gente. ¡Eso está regalado!

Marius iba despacio por el bulevar, camino del portillo, para

llegar a la calle de Saint-Jacques. Caminaba ensimismado y con la cabeza gacha.

Notó de pronto que, entre la niebla, alguien lo rozaba al pasar; se volvió y vio a dos muchachas harapientas, una alta y delgada y la otra un poco más baja, que pasaban deprisa, sin aliento, asustadas, como si estuvieran huyendo de algo; iban en dirección contraria a él, no lo habían visto y le habían dado un empujón al pasar. Marius vislumbraba en el crepúsculo las caras lívidas, las cabezas despeinadas, el pelo suelto y revuelto, los gorros feísimos que llevaban, las faldas hechas jirones y los pies descalzos. Hablaban entre sí sin dejar de correr. La más alta decía muy por lo bajo:

—Llegó la tiña y casi me rodean y me pescan.

La otra contestaba:

—Ya los vi y salí jalando.

Marius cayó en la cuenta, pese a la jerga espantosa, de que los gendarmes o los guardias habían estado a punto de detener a esas dos jovencitas y que las jovencitas se habían escapado.

Se internaron bajo los árboles del bulevar, a espaldas de Marius, y, por unos instantes, fueron, en la oscuridad, algo así como una mancha blanca e inconcreta que se esfumó.

Marius se había quedado parado un momento.

Iba a seguir andando cuando vio a sus pies, en el suelo, un paquetito gris. Se agachó y lo recogió. Era una especie de sobre donde, al parecer, había unos papeles.

—Vaya —se dijo—, se les habrá caído a esas pobrecillas.

Dio marcha atrás, llamó, pero no volvió a verlas; pensó que ya estarían lejos, se metió el paquete en el bolsillo y se fue a cenar.

De camino, vio en un lateral de la calle de Mouffetard un ataúd de niño cubierto con un paño negro y colocado en tres sillas; lo iluminaba una vela. Le volvieron a la mente las dos muchachas del crepúsculo.

—¡Pobres madres! —pensó—. Hay algo aún más triste que se te mueran los hijos, y es ver que viven mal.

Luego, esas sombras, que le infundían una tristeza distinta, se le fueron del pensamiento y volvió a caer en sus preocupaciones habituales. Pensó otra vez en aquellos seis meses de amor y de dicha al aire libre y a pleno sol bajo los hermosos árboles de Le Luxembourg.

—¡Qué sombría se me ha vuelto la vida! —se decía—. Se me siguen apareciendo muchachas. Pero antes eran ángeles; y ahora son hembras de vampiro.

III

Quadrifrons

Esa noche, según se desnudaba para meterse en la cama, le tropezó la mano, en el bolsillo del frac, con el paquete que había recogido en el bulevar. Ya no se acordaba de él. Pensó que sería de utilidad abrirlo y que quizá en el paquete estaba la dirección de las jóvenes, si es que en realidad era de ellas, y, en cualquier caso, las informaciones necesarias para devolvérselo a la persona que lo hubiera perdido.

Abrió el sobre.

No lo sellaba ninguna oblea y, dentro, había cuatro cartas, también sin sellar.

Llevaban señas.

Las cuatro despedían un olor espantoso a tabaco.

La primera carta iba dirigida a la *Señora marquesa de Grucheray, en la plaza de enfrente de la Cámara de Diputados, n.º…*

Marius se dijo que seguramente encontraría en ella las indicaciones que andaba buscando y que, además, la carta no estaba cerrada y era verosímil que no hubiera inconveniente en leerla.

Decía lo siguiente:

«Señora marquesa:

»La virtud de la clemencia y la compasión es la que más une a la soziedad. Deje que deambule su sentimiento cristiano y échele una mirada compasiva a este desventurado español víctima de la lealtad y el apego a la causa sagrada de la lejitimidad que pagó con su sangre y consagró toda su fortuna a defender esa causa y se encuentra hoy en la mayor miseria. No duda de que su honorable persona le conzeda una ayuda para

conservar una existencia penosísima para un militar educado y hombre de honor cargado de heridas. Cuenta de antemano, señora marquesa, con la humanidad que la mueve y con el interés que siente por una nación tan desdichada. Su ruego no será en bano y su agradecimiento guardará siempre la imajen de su encantador recuerdo.

»Con mis saludos respetuosos, tengo el honor de quedar, señora, su seguro servidor

»DON ALVARÈS, capitán español de caballería,
monárquico refugiado en Francia que derecha viaja para
su patria y le faltan recursos para seguir biaje».

No había señas que acompañasen a la firma. Marius tuvo la esperanza de encontrar esas señas en la segunda carta, que iba dirigida a la señora condesa de Montvernet, calle de Cassette, n.º 9.

Esto fue lo que leyó Marius:

«Señora condesa:

»soi una desdichada madre de familia con seis niños que el ultimo tiene solo ocho meses. Enferma desde el ultimo parto, abandonada por mi marido desde hace cinco meses, sin ningún recurso en el mundo, en la indijencia más horrorosa.

»Con mi esperanza en la señora condesa, tengo el honor de quedar su segura servidora, señora condesa,

»señora BALIZARD».

Marius pasó a la tercera carta, que era una petición, igual que las anteriores. Decía:

«Señor Pabourgeot, elector, industrial en géneros
de punto, calle de Saint-Denis, esquina a la calle de Les Fers

»Me permito dirigirle esta carta para rogarle que me conzeda el inmenso favor de su benevolencia para que se interese por un hombre de letras que acaba de enbiar un drama al teatro de la comedia francesa. Es de asunto histórico. y la acción transcurre en Auvernia en tiempos del Imperio. Me parece que el estilo es

espontáneo y lacónico, y puede haber en él ciertos méritos. En cuatro momentos hay canziones. Lo cómico, lo serio y lo imprevisto se suman a la variedad de caracteres y a un toque de romanticismo repartido livianamente por toda la intriga, que avanza de forma misteriosa y, de peripezia en peripezia, todas ellas sorprendentes, concluye con varios golpes de efecto brillantes.

»Mi objetivo principal es el de satisfazer ese deseo que va animando progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir, la moda, esa beleta caprichosa y peculiar que cambia casi con cada viento nuevo.

»Pese a todas esas prendas, temo que la envidia, y el egoísmo de los autores privilegiados, consigan que me escluyan del teatro, pues no ignoro los sinsabores con que colman a los recién llegados.

Señor Pabourgeot, su justa reputación de protector ilustrado de los hombres de letras me permite atreverme a enviarle a mi hija que le espondrá nuestra situación indignante, pues carezemos de pan y de lumbre en esta estación inbernal. Quiero decirle que le ruego que acepte el homenaje que deseo hacerle al dedicarle mi drama y todos los que haga, lo que demuestra cuanto ambiciono el honor de que me ampare su éjida y de ornar mis escritos con el nombre de usted. Si se digna honrarme con la más modesta ofrenda, me dedicaré en el acto a hacer una pieza en verso para pagarle el tributo de mi agradecimiento. Esa pieza, que intentaré que sea lo mas perfecta posible, se la enviaré antes de colocarla al principio de la obra y para ser leída en el escenario.

»Al señor Pabourgeot y señora,
»con mis mayores respetos.
»GENFLOT, hombre de letras.

»P.S. Aunque sólo fueran dos francos.

»Discúlpeme por enviar a mi hija y no presentarme en persona, pero tristes razones de atuendo no me permiten salir a la calle por desgracia…».

Abrió, por fin, Marius la última carta. En las señas ponía: *Al señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*. Y había en

ella estas pocas líneas:

«Señor benefactor:

»Si se digna acompañar a mi hija, verá una calamidad miserable y le enseñaré mis certificados.

»Cuando vea esos escritos a su alma generosa la moverá un sentimiento de sensible benebolencia, pues los filósofos verdaderos notan siempre emociones violentas.

»Estará de acuerdo conmigo, hombre compasivo, en que hay que hallarse en la más cruel de las necesidades y que resulta muy doloroso pedir a la autoridad, para conseguir algún alivio, que preste fe de ello, como si no tubiera uno libertad para padezer y morir de inanición mientras espera que alguien alivie su miseria. Tremendamente fatídico es el destino con unos y demasiado pródigo o demasiado protector con otros.

»Quedo a la espera de su presencia o de su donativo, si se digna hacérmelo, y le ruego que tenga a bien azeptar el respeto que se honra en tenerle,

»hombre en verdad magnánimo,
»este su muy humilde
»y obediente servidor
»P. FABANTOU, artista dramático.»

Tras haber leído estas cuatro cartas, Marius no se encontró mucho más adelantado que antes de leerlas.

Para empezar, ninguno de los firmantes daba sus señas.

Además, parecían proceder de cuatro individuos diferentes, don Alvarès, la señora Balizard, el poeta Genflot y el artista dramático Fabantou, pero había la siguiente cosa peculiar: estaban escritas las cuatro con la misma letra.

¿Qué conclusión sacar como no fuera la de que procedían de la misma persona?

A mayor abundamiento, y con eso se volvía aún más verosímil la conjetura, el papel, basto y amarillento, era el mismo en las cuatro cartas, era el mismo el olor a tabaco y, aunque estaba claro que había un intento de cambiar de estilo, volvían las mismas faltas de ortografía con la mayor tranquilidad y el hombre de letras Genflot no estaba más libre de ellas que el capitán español.

Esforzarse en aclarar ese misterio de poca monta era un trabajo inútil. A no ser porque se las había encontrado, habría podido parecer que lo querían embaucar. Marius estaba demasiado triste para tomarse bien una broma del azar y para prestarse a ese juego al que los adoquines de la calle parecían querer jugar con él. Le parecía que andaba entre esas cuatro cartas, que se reían de él, como jugando a la gallina ciega.

Nada indicaba, por cierto, que esas cartas fuesen de las muchachas que se había encontrado Marius en el bulevar. A fin de cuentas, eran unos papelotes que estaba claro que no tenían valor alguno.

Marius volvió a meterlas en el sobre, lo tiró todo en un rincón y se metió en la cama.

A eso de las siete de la mañana, acababa de levantarse y de desayunar y estaba intentando ponerse a trabajar cuando llamaron suavemente a la puerta.

Como no tenía nada, no quitaba la llave nunca, a no ser de vez en cuando, muy pocas veces, cuando estaba haciendo un trabajo urgente. Por lo demás, incluso cuando no estaba en casa, dejaba la llave en la cerradura. «Le van a robar», decía la Murgón. «¿Y qué me van a robar?», decía Marius. El hecho es que un día le robaron un par de botas viejas, lo que fue un gran triunfo para la Murgón.

Llamaron otra vez, con tanta suavidad como la primera.

—Adelante —dijo Marius.

Se abrió la puerta.

—¿Qué quiere, señora Murgón? —añadió Marius sin alzar la vista de los libros y los manuscritos que tenía encima de la mesa.

Una voz que no era la de la Murgón contestó:

—Disculpe, caballero…

Era una voz sorda, cascada, ahogada, tomada, una voz de viejo con una ronquera de aguardiente y de borrachera.

Marius se volvió rápidamente y vio a una joven.

IV

Una rosa entre la miseria

Una muchacha muy joven estaba de pie en la puerta entornada. El tragaluz que alumbraba la buhardilla estaba precisamente enfrente de la puerta e iluminaba esa silueta con una claridad blanquecina. Era una criatura macilenta, canija, flaquísima; sólo una camisa y una falda cubrían aquella desnudez temblorosa y muerta de frío. De cinturón, un cordel; para sujetar el pelo, un cordel; unos hombros puntiagudos asomaban de la camisa; palidez rubia y linfática, clavículas terrosas, manos rojas, boca entreabierta y estropeada, donde faltaban dientes, mirada opaca, atrevida y disimulada, formas de una muchacha abortada y mirada de una vieja corrompida; cincuenta años y quince años revueltos; uno de esos seres que son al tiempo débiles y horrorosos y con los que se estremecen los que no lloran.

Marius se había puesto de pie y miraba con algo parecido al estupor a aquel ser que casi se parecía a esas formas de la sombra que cruzan por los sueños.

Lo más desgarrador era que aquella muchacha no había venido al mundo para ser fea. Debía, incluso, de haber sido muy guapa en la primera infancia. El encanto luchaba aún contra aquella repulsiva vejez prematura del libertinaje y la pobreza. Un resto de hermosura agonizaba en aquel rostro de dieciséis años igual que ese sol pálido que se apaga tras espantosas nubes en el amanecer de un día de invierno.

Aquel rostro no le era del todo desconocido a Marius. Le parecía recordar que lo había visto en alguna parte.

—¿Qué quiere, señorita? —preguntó.

La muchacha respondió con aquella voz de presidiario borracho.

—Una carta para usted, señor Marius.

Llamaba a Marius por su nombre; no podía caberle duda al joven de que iba con él la cosa; pero ¿quién era esa muchacha? ¿Cómo sabía su nombre?

Entró sin que él se lo hubiera pedido. Entró resueltamente, mirando con algo que se parecía al aplomo y oprimía el corazón toda la habitación y la cama deshecha. Iba descalza. Por unos agujeros grandes de la falda asomaban las piernas largas y las rodillas flacas. Tiritaba.

Llevaba efectivamente en la mano una carta y se la tendió a Marius.

Al abrir la carta, Marius se fijó en que la oblea, ancha y de buen tamaño, todavía estaba húmeda. El mensaje no podía venir de muy lejos. Leyó:

> «¡Amable joven y amigo mío!
>
> »Me he enterado de lo bondadoso que ha sido conmigo y de que me pagó el alquiler hace seis meses. Lo bendigo, muchacho. Mi hija mayor le dirá que cuatro personas llevamos sin un trozo de pan desde hace dos días y que mi esposa está enferma. Si no queda chasqueada mi opinión, creo que puedo esperar que su corazón generoso se humanize ante estos hechos que le cuento y se someta al deseo de serme propizio dignándose concederme una modesta ayuda.
>
> »Azepte los respectos que se les deben a los benefactores de la humanidad.
>
> »JONDRETTE
>
> »*P.S.* Mi hija esperará a que usted disponga lo que tenga a bien disponer, querido señor Marius.»

Aquella carta, que llegaba cuando Marius llevaba desde la víspera por la noche pensando en la aventura misteriosa, era una vela en un sótano. Todo quedó claro de pronto.

La carta procedía del mismo sitio que las otras cuatro. Era la misma letra, el mismo estilo, la misma ortografía, el mismo olor a tabaco.

Había cinco misivas, cinco historias, cinco nombres, cinco firmas y un único firmante. El capitán español don Alvarès, la

desventurada Balizard, el poeta dramático Genflot, el cómico anciano Fabantou, los cuatro, se llamaban Jondrette, en el supuesto de que el propio Jondrette se llamase Jondrette.

Marius vivía desde hacía bastante en el caserón, pero, como ya hemos dicho, había tenido muy pocas ocasiones de ver, y ni tan siquiera de vislumbrar, a sus escasísimos vecinos. Tenía el pensamiento en otra parte, y la mirada está donde esté el pensamiento. Seguramente se había cruzado en más de una ocasión con los Jondrette por el pasillo y por las escaleras, pero para él no eran sino siluetas; tan poco se había fijado en ellos que la víspera por la noche había tropezado en el bulevar, sin reconocerlas, con las hijas de Jondrette, pues estaba claro que de ellas se trataba, y le había costado mucho que se despertase en él, a través del asco y la compasión, un inconcreto recuerdo de haber visto en otra parte a la que acababa de entrar.

Ahora lo veía todo claro. Se percataba de que su menesteroso vecino Jondrette se dedicaba a explotar la caridad de las personas bondadosas; se hacía con direcciones y escribía, con nombres fingidos, a personas a quienes tenía por ricas y compasivas, cartas que llevaban sus hijas, exponiéndose a todo tipo de riesgos, pues a eso había llegado aquel padre, que ponía en peligro a sus hijas; jugaba una partida con el destino y en ella se apostaba a sus hijas. Marius se daba cuenta, probablemente, si se guiaba por cómo iban escapando ellas la víspera, por su jadeo y su temor, y por esas palabras de jerga que oyó, de que aquellas desventuradas desempeñaban además a saber qué oficios oscuros, y que el fruto de todo ello, en la sociedad humana tal y como es, eran dos criaturas miserables, que no eran ni niñas, ni muchachas ni mujeres, algo así como unos seres impuros e inocentes nacidos de la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, sin edad, sin sexo, que no son ya capaces ni del bien ni de mal y a quienes, recién salidas de la infancia, no les queda ya nada en el mundo, ni la libertad, ni la virtud ni la responsabilidad. Almas que florecieron ayer y ya están hoy marchitas, semejantes a esas flores caídas en la calle que todos los barros ajan a la espera de que les pase por encima una rueda.

En la presente circunstancia, mientras Marius clavaba en ella una mirada atónita y apenada, la muchacha iba y venía por la buhardilla con una audacia de espectro. Se movía sin que la

preocupase su desnudez. Había momentos en que la camisa sin abrochar y rasgada le resbalaba casi hasta la cintura. Cambiaba de sitio las sillas, desordenaba los objetos de aseo colocados encima de la cómoda, tocaba la ropa de Marius, rebuscaba por los rincones.

—¡Anda! —dijo—. ¡Tiene usted un espejo!

Tarareaba, como si hubiera estado a solas, retazos de vodeviles, estribillos festivos que aquella voz gutural y ronca tornaba lúgubres. Tras ese atrevimiento asomaba un algo apurado, intranquilo y humillado. El descaro tiene mucho de vergüenza.

Nada más acongojante que verla corretear, revolotear como quien dice, por la habitación con movimientos de pájaro que se asusta de la luz o que tiene el ala rota. Se notaba que, si hubiera crecido de otra manera y su destino hubiera sido otro, el comportamiento alegre y libre de aquella joven podría haber resultado dulce y adorable. Entre los animales, el que nace para ser paloma no se convierte en osífraga. Esas cosas sólo pasan entre los hombres.

Marius, pensativo, dejaba que hiciese lo que quisiera.

La muchacha se acercó a la mesa.

—¡Ay! ¡Libros! —dijo.

Le pasó una luz por las pupilas vidriosas. Añadió, y el tono en que lo decía expresaba esa dicha de jactarse de algo a lo que no es insensible naturaleza humana alguna:

—¡Yo sé leer!

Cogió con arrebato el libro que estaba abierto encima de la mesa y leyó con bastante fluidez:

—«… El general Bauduin recibió órdenes de tomar con los cinco batallones de su brigada el castillo de Hougomont que está en el centro de la llanura de Waterloo…».

Se interrumpió:

—¡Ah, Waterloo! Sé lo que es eso. Es una batalla de hace mucho. Mi padre estuvo. Mi padre sirvió en el ejército. ¡No sabe usted lo bonapartistas que somos en casa! Waterloo fue en contra de los ingleses.

Dejó el libro, cogió la pluma y exclamó:

—¡Y también sé escribir!

Mojó la pluma en el tintero y dijo, volviéndose hacia Marius:

—¿Quiere verlo? Mire, voy a escribir una notita para que vea.

Y, antes de que Marius hubiera podido contestarle, escribió en una hoja blanca que estaba en medio de la mesa: *Ahí viene la tiña*.

Luego añadió, soltando la pluma:

—Y sin faltas de ortografía. Puede comprobarlo. Mi hermana y yo tenemos instrucción. No siempre hemos sido como somos ahora. No íbamos para…

Al llegar a ese punto se detuvo, clavó las pupilas apagadas en Marius y soltó la carcajada, diciendo con una entonación en la que tenían cabida todas las angustias que tenían ahogadas todos los cinismos:

—¡Bah!

Y empezó a canturrear la letra de una canción de música alegre:

Padre, tengo hambre.
No hay ni una miga.
Yo frío, madre.
No hay ni un retal.
Lolotte, tirita,
Jacquot, a llorar.

Nada más acabar la estrofa, exclamó:

—¿Va usted alguna vez al teatro, señor Marius? Yo, sí. Tengo un hermano pequeño que tiene amistad con artistas y me da entradas a veces. Pero la verdad es que no me gustan los bancos de las galerías. No se está a gusto, se está incómodo. A veces hay gente muy basta, y también gente que huele mal.

Luego miró a Marius con una expresión muy rara y le dijo:

—¿Sabe, señor Marius, que es un chico muy guapo?

Y los dos pensaron lo mismo a un tiempo, con lo que ella sonrió y él se ruborizó.

La muchacha se acercó a Marius y le puso una mano en el hombro.

—Usted no se fija en mí, pero yo lo conozco, señor Marius. Me lo encuentro aquí, por las escaleras, y además lo veo ir a casa de uno que se llama Mabeuf, que vive por la zona de Austerlitz, cuando ando por allí. Le sienta muy bien el pelo revuelto.

Intentaba hablar con voz muy dulce y sólo conseguía hablar en voz muy baja. Parte de las palabras se perdía en el trayecto de la

laringe a los labios, como en un teclado donde faltasen notas.

Marius había retrocedido sin brusquedad:

—Señorita —dijo con aquella seriedad fría tan suya—, tengo un paquete que creo que es suyo. Permítame que se lo devuelva.

Y le alargó el sobre donde estaban las cuatro cartas.

Ella palmoteó y exclamó:

—¡Lo hemos estado buscando por todas partes!

Luego cogió impulsivamente el paquete y abrió el sobre mientras decía:

—¡Por Dios! ¡Lo que lo habremos buscado mi hermana y yo! ¿Y se lo había encontrado usted? En el bulevar, ¿verdad? Ha tenido que ser en el bulevar. ¡Claro! Se nos cayó cuando íbamos corriendo. Fue una coladura de mi hermana, que es una cría. Cuando llegamos a casa, no lo encontramos. ¡Como no queríamos que nos zurrasen, porque no sirve de nada, no sirve nada de nada, no sirve absolutamente de nada, dijimos que habíamos llevado las cartas a casa de esas personas y que nos habían dicho que nones! ¡Y aquí estaban las pobres cartas! ¿En qué notó usted que eran mías? ¡Ah, sí, en la letra! ¿Así que fue con usted con quien nos tropezamos ayer por la noche al pasar? ¡Es que no se veía nada! Le dije a mi hermana: «¿Era un señor?». Y mi hermana me contestó: «Creo que era un señor».

Mientras hablaba, había desdoblado el ruego dirigido «al señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas».

—¡Anda! —dijo—, es la del viejo que va a misa. Por cierto, que es la hora. Voy a llevársela. A lo mejor nos da para almorzar.

Volvió, luego, a echarse a reír y añadió:

—¿Sabe lo que pasará si almorzamos hoy? Pues que tomaremos esta mañana el almuerzo de anteayer, la cena de anteayer, el almuerzo de ayer y la cena de ayer, todos juntos y de una vez. ¡Hala! Y, si no os gusta, perros, reventad.

Aquello le recordó a Marius lo que había ido a buscar a su casa aquella desdichada.

Rebuscó en el bolsillo del chaleco y no encontró nada.

La muchacha seguía hablando y parecía haber perdido la conciencia de que tenía delante a Marius.

—A veces, me voy por las noches. A veces no vuelvo a casa. Antes de vivir aquí, el invierno pasado, vivíamos bajo los puentes.

Nos apelotonábamos para no morirnos de frío. Mi hermanita lloraba. ¡Qué triste es el agua! Cuando pensaba en ahogarme, me decía: No, que está muy fría. Me voy sola cuando quiero, a veces duermo en las cunetas. De noche, ¿sabe?, cuando voy por el bulevar, veo los árboles como si fueran bieldos, veo casas muy negras y tan grandes como las torres de Notre-Dame, me imagino que las paredes blancas son el río y me digo: «¡Anda, ahí hay agua!». Las estrellas son como los farolillos de las fiestas, parece que echan humo y que el viento las apaga; me quedo atontada, como si me resoplasen en los oídos unos caballos; aunque sea de noche, oigo organillos y las máquinas de las hilaturas y qué sé yo qué más. Me parece que me tiran piedras, y salgo huyendo sin saber qué pasa, todo da vueltas y vueltas. Las cosas son muy divertidas cuando está una sin comer.

Y miró a Marius con expresión extraviada.

A fuerza de rebuscar en el fondo de los bolsillos, Marius había acabado por reunir cinco francos con ochenta céntimos. Era cuanto tenía en aquellos momentos. «Esto para la cena de hoy —pensó—. Mañana ya veremos.» Se quedó con los ochenta céntimos y le dio a la muchacha los cinco francos.

Ella cogió la moneda.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Ha salido el sol!

Y, como si el sol aquel tuviera la propiedad de deshelarle en el cerebro avalanchas de jerga, siguió diciendo:

—¡Cinco francos! ¡Candil! ¡Uno con corona! ¡En este telón! ¡De popelín! ¡Es usted un buen gua! ¡Tenga mi izquierdo, todo suyo! ¡Bravo, compadres! ¡Dos días de alpiste! ¡Y de brinza! ¡Manduca! ¡Tripearemos pera! ¡Y buenos soponcios!

Se subió la camisa para taparse los hombros, saludó a Marius con una profunda reverencia y, luego, con una seña confianzuda con la mano y se encaminó a la puerta diciendo:

—Buenos días, caballero. De todas formas me voy a ver al viejo.

Al pasar, vio encima de la cómoda una corteza de pan reseca, que estaba criando moho entre el polvo; se abalanzó sobre ella y empezó a comérsela, mascullando:

—¡Qué rico! ¡Qué duro! ¡Me voy a dejar los dientes!

Luego se fue.

V

La mirilla providencial

Marius llevaba cinco años viviendo en la pobreza, en la indigencia, e incluso en el desvalimiento, pero se dio cuenta de que no había conocido la miseria de verdad. La miseria de verdad acababa de verla. Era esa larva que acababa de pasarle ante la vista. Y es que, efectivamente, quien no haya visto más que la miseria del hombre no ha visto nada; hay que ver la miseria de la mujer, hay que ver la miseria del niño.

Cuando el hombre ha llegado a la última extremidad, llega al mismo tiempo a los últimos recursos. ¡Pobres de los seres indefensos que tenga en torno! El trabajo, el salario, el pan, la lumbre, el valor, la buena voluntad, se queda sin todo a la vez. Es como si la claridad del día se apagase fuera; la luz moral se apaga por dentro; en esas sombras, el hombre se topa con la debilidad de la mujer y del niño, y los doblega violentamente para hacerlos pasar por todas las ignominias.

Entonces se vuelven posibles todos los espantos. Rodean a la desesperación tabiques frágiles que se abren del todo al vicio y al crimen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y asustadizas delicadezas de la carne nueva aún, del corazón, de la virginidad, del pudor, esa epidermis del alma, las utiliza de forma funesta ese andar a tientas en pos de recursos; se topa con el oprobio y se adapta a él. Padres, madres, hijos, hermanos, hermanas, hombres, mujeres, muchachas viven adheridos entre sí, casi se integran unos en otros como si fueran una formación mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias, de inocencias. Se encogen, espalda con espalda, en algo así como un

destino que es un tugurio. Se miran entre sí lastimeramente. ¡Ay, desdichados! ¡Qué pálidos están! ¡Qué frío tienen! Parece como si estuvieran en un planeta mucho más alejado del sol que el nuestro.

Aquella joven fue para Marius como una enviada de las tinieblas.

Le reveló toda una zona repulsiva de la oscuridad.

Marius se reprochó casi las preocupaciones soñadoras y apasionadas que le habían impedido hasta entonces echarles una ojeada a sus vecinos. Pagarles el alquiler fue un gesto automático, todo el mundo lo habría hecho; pero él, Marius, tendría que haber ido más allá. ¡Cómo! ¡Sólo lo separaba una pared de aquellos seres abandonados, que vivían a tientas en la oscuridad, apartados del resto de los vivos; pasaba rozándolos; era él, por así decirlo, el último eslabón del género humano con el que tenían contacto, los oía vivir, o más bien oía su estertor, a su lado, y no se fijaba! ¡Todos los días, en todos los instantes, los oía, a través de la pared, andar, ir y venir, hablar, y no atendía! ¡Y entre esas palabras había gemidos y ni siquiera los oía! Tenía la cabeza en otra parte, en ensoñaciones, en resplandores imposibles, en amores en el aire, en locuras; ¡y, entre tanto, unos seres humanos, sus hermanos en Cristo, sus hermanos en el pueblo, agonizaban junto a él! ¡Agonizaban en vano! Y él, incluso, era parte de esa desgracia suya y la tornaba más grave. ¡Porque si hubieran tenido otro vecino, un vecino menos dado a las quimeras y más atento, un hombre corriente y caritativo, no cabía duda de que se habría enterado de aquella indigencia, habría divisado sus señales de socorro y era posible que éstas hubieran recibido acogida y salvación hacía mucho! Cierto era que parecían muy depravados, muy corruptos, muy envilecidos, muy odiosos, pero pocos hay que caigan sin degradarse; por lo demás, existe un punto donde los desventurados y los infames se mezclan y se confunden en una sola palabra, una palabra fatídica: los miserables. ¿Quién tiene la culpa? ¿Y no es además cuando la caída es profunda cuando debe ser mayor la caridad?

Al tiempo que se hacía esas consideraciones éticas, porque había ocasiones en que Marius, como todos los corazones verdaderamente honrados, ejercía consigo mismo de pedagogo y se reñía más de lo que merecía, Marius miraba la pared que lo separaba de los

Jondrette, como si hubiera podido atravesar con la mirada llena de compasión aquel tabique e ir a quitarles el frío a esos desdichados. La pared era una lámina delgada de escayola que se sustentaba en unas tablas y unas vigas y que, como acabamos de leer, permitía a la perfección que se oyera el ruido de las palabras y de las voces. Había que ser el ensimismado Marius para no haberse percatado aún. La pared no estaba empapelada ni del lado de los Jondrette ni del lado de Marius; la burda construcción estaba al aire. Sin casi ser consciente de ello, le pasaba revista Marius al tabique; hay veces en que la ensoñación examina, observa y escruta igual que el pensamiento. De repente, se puso de pie; acababa de fijarse, en la parte de arriba, cerca del techo, en un agujero triangular entre tres tablas a las que separaba un espacio vacío. Faltaba el enyesado que debería haber tapado ese hueco y, subiéndose a la cómoda, podía verse por esa abertura la buhardilla de los Jondrette. Acompaña a la compasión, y debe acompañarla, la curiosidad pertinente. Aquel agujero era algo así como una mirilla. Se puede mirar a traición el infortunio para socorrerlo. «Vamos a ver quiénes son esas personas —pensó Marius—, y en qué punto están.»

Se subió a la cómoda, acercó un ojo a la grieta y miró.

VI

El hombre feroz en la madriguera

Las ciudades, al igual que los bosques, tienen sus antros donde se esconde lo más nefando y temible que en ellas hay. Pero en las ciudades lo que así se esconde es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo; en los bosques, lo que se esconde es feroz, salvaje y grande, es decir, hermoso. Puestos a comparar guaridas, las de los animales son preferibles a las de los hombres. Las cuevas son preferibles a los tugurios.

Lo que Marius estaba viendo era un tugurio.

Marius era pobre y en su cuarto se notaba la indigencia; pero, de la misma forma que su pobreza era noble, su buhardilla estaba limpia. El cuchitril que veía desde arriba en aquellos momentos era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso y sórdido. No había más muebles que una silla de paja, una mesa tullida, unos cuantos cascos de loza vieja y, en dos de los rincones, dos jergones indescriptibles; por toda iluminación, una ventana de cuatro cristales en el techo, envuelta en telas de araña. Entraba por ese tragaluz la claridad imprescindible para que una cara humana pareciera la cara de un fantasma. Las paredes estaban leprosas y cubiertas de costurones y cicatrices como un rostro que alguna enfermedad espantosa hubiera desfigurado. Chorreaba de esas paredes una humedad legañosa. Se veían dibujos obscenos groseramente trazados con carbón.

El cuarto que ocupaba Marius tenía un suelo de ladrillo muy deteriorado; este otro no tenía ni baldosas ni tarima; había que pisar directamente en el yeso viejo del caserón, que se había vuelto negro de tantas pisadas. En ese suelo desigual, donde el polvo estaba como incrustado y de lo único que estaba virgen era de

barrido, se agrupaban caprichosamente constelaciones de zapatillas y de zapatos viejos y de trapos espantosos; por lo demás, en ese cuarto sí había chimenea, y por eso el alquiler era de cuarenta francos anuales. Había de todo en aquella chimenea: un infiernillo, una olla, tabas rotas, pingajos colgando de unos clavos, una jaula de pájaro, cenizas e incluso algo de fuego. Dos tizones humeaban melancólicamente.

Lo que incrementaba aún más el horror de aquella buhardilla es que era grande. Tenía salientes, esquinas, agujeros negros, partes traseras del tejado, bahías y promontorios. Y, en consecuencia, ominosos rincones insondables donde podía pensarse que se acurrucaban arañas del tamaño de un puño, cochinillas de la anchura de un pie y quizá, incluso, a saber qué seres monstruosos.

Uno de los jergones estaba junto a la puerta; el otro, junto a la ventana. Ambos tenían una esquina pegada a la chimenea y Marius veía los dos de frente.

En un rincón próximo al agujero por el que estaba mirando Marius colgaba de la pared, en un marco de madera negra, un grabado de colorines en cuya parte de abajo ponía en letras gruesas: EL SUEÑO. Representaba a un mujer y a un niño dormidos, el niño en las rodillas de la mujer, y un águila en una nube con una corona en la parte inferior; la mujer apartaba la corona de la cabeza del niño, aunque sin despertarse; al fondo, Napoleón en un nimbo apoyado en una columna azul marino de capitel amarillo que ornaba la siguiente inscripción:

MARINGO

AUSTERLITS

IENA

WAGRAMME

ELOT

Debajo de ese marco, y formando un plano inclinado, había en el suelo y apoyado en la pared una especie de tablón de madera más largo que ancho. Parecía un cuadro puesto del revés, un bastidor pintado probablemente por la otra cara, un entrepaño, quitado seguramente de alguna pared y olvidado allí a la espera de que lo volvieran a colgar.

Cerca de la mesa, en la que Marius veía pluma, tinta y papel, estaba sentado un hombre de unos sesenta años, menudo, flaco, lívido, descolorido, con expresión astuta, cruel y desasosegada; un pillo repulsivo.

Si Lavater hubiera mirado esa cara, habría hallado en ella una mezcla de buitre y procurador, en la que el ave de presa y el leguleyo se contagiaban la fealdad mutua y se completaban, el leguleyo haciendo las veces de repulsiva ave de presa y el ave de presa haciendo las veces de leguleyo espantoso.

Tenía aquel hombre una barba larga y gris. Vestía una camisa femenina que no le cubría el pecho peludo ni los brazos, al aire, erizados de vello gris. A continuación de la camisa, podían verse unos pantalones sucios de barro y unas botas de las que asomaban los dedos de los pies.

Llevaba una pipa en la boca y fumaba. Ya no quedaba pan en el cuchitril, pero todavía quedaba tabaco.

Estaba escribiendo, probablemente alguna carta como las que había leído Marius.

En una esquina de la mesa podía verse un libro rojizo, viejo y desparejado, cuyo formato, que era el antiguo in-12 de los gabinetes de lectura, situaba en el apartado de las novelas. En la tapa destacaba el siguiente título impreso en letras mayúsculas de buen tamaño: DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS, POR DUCRAY-DUMINIL, 1814.

Según escribía, el hombre hablaba en voz alta y Marius oía lo que decía:

—¡Y pensar que la igualdad no existe ni siquiera cuando está uno muerto! ¡No hay más que ver el cementerio de Le Père-Lachaise! Los grandes, los ricos, están arriba, en el paseo de las acacias, que está pavimentado. Y pueden llegar allí en coche. A los pequeños, a los pobres, a los infelices, vamos, los colocan abajo, donde el barro llega a las rodillas, en los agujeros, con toda la humedad. ¡Los colocan ahí para que se deterioren antes! Y no hay quien pueda ir a verlos sin hundirse en el suelo.

Al llegar aquí se detuvo, dio un puñetazo en la mesa y añadió, rechinando los dientes:

—¡Ah, me comería el mundo!

Una mujer gruesa, que igual podía tener cuarenta años que cien,

estaba en cuclillas junto a la chimenea, asentada en los talones descalzos.

Ella también llevaba sólo una camisa y una falda de punto con remiendos de paño viejo. Un delantal de tela basta cubría la mitad de la falda. Aunque la mujer estaba doblada y hecha un ovillo, se veía que era muy alta. Algo así como una gigantona comparada con su marido. Tenía un pelo feísimo, de un rubio rojizo que se iba volviendo gris y en que se hurgaba de vez en cuando con unas manazas relucientes y de uñas planas.

A su lado, en el suelo y abierto de par en par, había un libro del mismo formato que el otro, seguramente otro tomo de la misma novela.

En uno de los camastros, Marius veía a medias algo parecido a una niña alta y lívida sentada, casi desnuda, con los pies colgando, que no parecía ni oír, ni ver ni vivir.

La hermana pequeña, seguramente, de la que había ido a verlo.

Aparentaba once o doce años. Al mirarla atentamente, se notaba que tenía por lo menos catorce. Era la chiquilla que decía la víspera por la noche en el bulevar: *Salí jalando.*

Tenía esa constitución enclenque que va con retraso mucho tiempo y crece luego deprisa y de golpe. Esas tristes plantas humanas son fruto de la indigencia. Son criaturas sin infancia ni adolescencia. A los quince años, aparentan doce. A los dieciséis aparentan veinte. Hoy, niñas; mañana, mujeres. Diríase que salvan la vida a zancadas para acabar antes.

En aquellos momentos, parecía una niña.

Por lo demás, no se veía en aquella vivienda la presencia de ninguna labor; ni un bastidor, ni una rueca, ni una herramienta. En un rincón un montón de chatarra de aspecto sospechoso. Era esa sombría pereza que viene tras la desesperación y antecede a la agonía.

Marius estuvo un rato mirando ese hogar lúgubre, más espantoso que el interior de una tumba porque se notaban en él el rebullir del alma humana y la palpitación de la vida.

La buhardilla, el sótano, la mazmorra donde reptan algunos indigentes en el nivel inferior del edificio social no son del todo la tumba, sino su antecámara; pero, igual que sucede con esos ricos que exhiben lo más suntuoso de sus pertenencias a la entrada de sus

palacios, es como si la muerte, que está allí mismo, al lado, colocase sus mayores miserias en ese vestíbulo.

El hombre se había callado, la mujer no hablaba, la muchacha parecía no respirar. Se oía el chirrido de la pluma en el papel.

El hombre refunfuñó sin dejar de escribir:

—¡Canallada de canalladas y todo canallada!

Esta variante del epifonema de Salomón le arrancó un suspiro a la mujer.

—Queridito, tranquilízate —dijo—. No te vayas a poner malo, cariño mío. Demasiado haces escribiendo a toda esa gente, maridito.

En la miseria, los cuerpos se acurrucan unos contra otros, igual que cuando hace frío, pero los corazones se distancian. Parecía que esa mujer había debido de querer a aquel hombre con la cantidad de amor que llevase dentro; pero, probablemente, ese cariño había muerto entre los reproches cotidianos y recíprocos propios del desvalimiento espantoso que agobiaba a todo el grupo. No quedaba ya en ella sino una ceniza de afecto por su marido. No obstante, habían sobrevivido, como sucede con frecuencia, los apelativos cariñosos. Le decía *queridito, cariño mío, maridito,* etc., con los labios mientras el corazón callaba.

El hombre se había puesto a escribir otra vez.

VII

Estrategia y táctica

Marius, con el corazón oprimido, iba a bajarse de aquella especie de observatorio que había improvisado cuando le llamó la atención un ruido que lo incitó a quedarse donde estaba.

La puerta de la buhardilla acababa de abrirse de golpe.

La hija mayor apareció en el umbral.

Calzaba unos zapatones masculinos sucios del barro que le había salpicado hasta los tobillos encarnados, y se tapaba con una capa vieja y andrajosa que Marius no le había visto una hora antes pero que, seguramente, había dejado en la puerta para inspirar más compasión y era probable que se hubiese vuelto a poner al salir. Entró, cerró la puerta, se detuvo para recuperar el aliento, pues estaba sin resuello, y gritó luego con expresión triunfal y regocijada:

—¡Aquí viene!

El padre volvió la mirada, la mujer volvió la cabeza, la hermana pequeña no se movió.

—¿Quién? —preguntó el padre.

—¡El señor ese!

—¿El filántropo?

—Sí.

—¿El de la iglesia de Saint-Jacques?

—Sí.

—¿El viejo?

—Sí.

—¿Y va venir?

—¡Viene detrás de mí!

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿De verdad que viene?

—Viene en un coche de alquiler.

—En un coche de alquiler. ¡Es Rothschild!

El padre se puso de pie.

—¿Y cómo es que estás segura? Y, si viene en coche, ¿cómo es que has llegado tú antes? Le habrás dado bien la dirección, ¿no? ¿Le has dejado claro que es la última puerta del pasillo a mano derecha? ¡Con tal de que no se equivoque! ¿Así que lo encontraste en la iglesia? ¿Leyó la carta? ¿Qué te dijo?

—Eh, para el carro, compadre —dijo la hija—; ¡qué prisas! Entré en la iglesia, estaba en el sitio de siempre, le hice una reverencia y le di la carta; la leyó y me dijo: «¿Dónde vive, hijita?». Le dije: «Yo lo llevo, caballero». Y me dijo: «No; deme su dirección, mi hija tiene que hacer unas compras; tomaré un coche y llegaré a su casa al mismo tiempo que usted». Le dije la dirección. Cuando le dije qué casa era, pareció sorprenderse y pensárselo un momento; luego dijo: «No importa; iré». Cuando acabó la misa, lo vi salir de la iglesia con su hija y subirse los dos a un coche de alquiler. Y le dejé muy claro que era la última puerta al fondo del pasillo, a mano derecha.

—¿Y quién te asegura que venga?

—Acabo de ver el coche que llegaba por la calle de Le Petit-Banquier. Y por eso he venido corriendo.

—¿Cómo sabes que es el mismo coche?

—¡Anda, porque me fijé en el número!

—¿Y qué número es?

—El 440.

—Está bien. Eres una chica lista.

La hija miró al padre con atrevimiento y, señalando el calzado que llevaba en los pies, dijo:

—A lo mejor soy una chica lista, pero lo que sí sé es que no volveré a meter los pies en estos zapatos y que no los quiero volver a usar, lo primero, por salud, y lo segundo, por higiene. No hay nada más irritante que unas suelas babosas que se pasan todo el rato haciendo gui, gui, gui. Prefiero ir descalza.

—Tienes razón —contestó el padre con un tono manso que contrastaba con la rudeza de la muchacha—, pero es que no te dejarían entrar en las iglesias. Los pobres tienen que ir calzados. No se entra descalzo en la casa de Dios —añadió con amargura. Luego,

volviendo al asunto que lo preocupaba—: ¿Estás segura, pero segura del todo, de que viene?

—Me viene pisando los talones —dijo la muchacha.

El hombre se enderezó. Parecía que se le había iluminado la cara.

—¡Mujer! —exclamó—. ¿Lo has oído? Viene el filántropo. Apaga el fuego.

La madre, asombrada, no se movió.

El padre, con la agilidad de un titiritero, agarró un jarro desportillado que había encima de la chimenea y les echó agua a los tizones.

Luego le dijo a la hija mayor:

—¡Tú! ¡Rómpele la paja del asiento a la silla!

La hija no lo entendía.

Agarró el padre la silla y de un talonazo rompió el asiento. Pasó la pierna por el agujero.

Mientras sacaba la pierna, le preguntó a la hija:

—¿Hace frío?

—Mucho. Está nevando.

El padre se volvió hacia la hija menor, que estaba en el catre que había junto a la ventana, y le gritó con voz de trueno:

—¡Rápido! ¡Fuera de la cama, holgazana! ¡Nunca harás nada de provecho! ¡Rompe un cristal!

La chiquilla salió de la cama tiritando.

—¡Rompe un cristal! —repitió el padre.

La niña se quedó cortada.

—¿Me oyes? —repitió el padre—. ¡Te digo que rompas un cristal!

La niña, con algo parecido a una obediencia aterrorizada, se puso de puntillas y dio un puñetazo en el cristal, que se rompió y cayó al suelo con estrépito.

—Bien —dijo el padre.

Estaba muy serio y brusco. Recorría rápidamente con la mirada todos los rincones de la buhardilla.

Hubiérase dicho un general haciendo los últimos preparativos en el momento de empezar la batalla.

La madre, que aún no había dicho ni palabra, se incorporó y preguntó con voz lenta y sorda cuyas palabras brotaban como

petrificadas:

—¿Qué quieres hacer, querido?

—Métete en la cama —contestó el hombre.

La entonación no daba lugar a pensarse nada. La mujer obedeció y se desplomó pesadamente en uno de los jergones.

Entre tanto, se oían sollozos en un rincón.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre.

La hija menor, sin salir de la sombra donde se había acurrucado, enseñó el puño ensangrentado. Se había herido al romper el cristal; se había acercado al catre de la madre y lloraba calladamente.

Entonces fue la madre la que se incorporó y gritó:

—¡Ya ves las tonterías que haces! ¡Se ha cortado al romper el cristal!

—¡Mejor! —dijo el hombre—. Estaba previsto.

—¿Cómo que mejor? —siguió diciendo la mujer.

—¡A callar! —replicó el padre—. Acabo de prohibir la libertad de prensa.

Luego, rasgando la camisa de mujer que llevaba puesta, le sacó un jirón de tela con el que envolvió a toda prisa la muñeca ensangrentada de la niña.

Hecho esto, bajó la vista con expresión satisfecha hacia la camisa rasgada.

—Y la camisa también —dijo—. Todo esto tiene muy buena pinta.

Un viento helado entraba por el cristal, silbando, en la habitación. La niebla de fuera se colaba y se dilataba como un algodón blanquecino que unos dedos invisibles desenredaban un tanto. A través del hueco del cristal se veía caer la nieve. Había llegado, efectivamente, el frío que había prometido la víspera el sol de la Candelaria.

El padre echó un vistazo alrededor como para asegurarse de que no se le había olvidado nada. Cogió una pala vieja y extendió la ceniza por encima de los tizones mojados para ocultarlos del todo.

Luego, enderezándose y apoyando la espalda en la chimenea, dijo:

—Ahora ya podemos recibir al filántropo.

VIII

El rayo de luz en el tugurio

La hija mayor se acercó y le puso la mano al padre encima de la suya.

—Mira qué frío tengo —dijo.

—¡Bah! —contestó el padre—. Tengo yo mucho más frío.

La madre gritó impetuosamente:

—¡Tú siempre lo tienes todo mejor que los demás!

—¡Que te eches! —dijo el hombre.

Miró a la madre de determinada forma y ésta se calló.

Hubo en el tugurio un momento de silencio. La hija mayor quitaba el barro de la parte de debajo de la capa con expresión despreocupada; la menor seguía sollozando; la madre le había cogido la cabeza con ambas manos y la cubría de besos mientras le decía por lo bajo:

—Tesoro mío, por favor, no será nada, no llores, que se va a enfadar tu padre.

—¡No! —gritó el padre—. ¡Al contrario! ¡Llora! Hace muy buen efecto.

Luego, volviendo a la mayor:

—¡Pero, oye, no llega! ¿Y si no viniera? ¿Y si he apagado el fuego, destripado la silla, rasgado la camisa y roto el cristal para nada?

—¡Y herido a la niña! —susurró la madre.

—¿Sabéis que hace un frío de perros en esta buhardilla? ¡Mira que si ese hombre no viene! ¡Ya, claro, se está haciendo desear! Se dice: «Anda y que me esperen, que para eso están». ¡Ah, cuánto los aborrezco y cuánto disfrutaría estrangulando a los ricos, con cuánta alegría, cuánto entusiasmo, cuánta satisfacción! ¡Esos supuestos

hombres caritativos que se hacen los místicos, que van a misa, tan amigos de los curas, tan predicadores, tan aficionados a los bonetes, y que se creen superiores a nosotros, y que vienen a humillarnos y a traernos ropa, como ellos dicen, unos pingos que no valen cuatro cuartos, y pan! ¡Lo que quiero yo no es eso, panda de canallas! ¡Es dinero! ¡Ah, pero dinero no traen nunca, porque dicen que nos lo beberíamos y que somos unos borrachos y unos holgazanes! ¿Y ellos? ¿Qué son ellos y qué fueron en sus tiempos? ¡Unos ladrones! ¡Porque de otra forma no se habrían hecho ricos! ¡Ah, habría que coger la sociedad por los cuatro picos del mantel y tirarlo todo por los aires! ¡Se destrozaría todo, es posible, pero así, por lo menos, nadie tendría nada, y eso que saldríamos ganando! Pero ¿qué está haciendo ese patán benefactor tuyo? Igual se le han olvidado las señas al muy borrico. Apuesto lo que sea a que ese viejo idiota…

En aquel momento, dieron un golpecito en la puerta; el hombre se abalanzó a abrirla, exclamando con profundas reverencias:

—¡Entre, caballero! Dígnese entrar, respetable benefactor mío, y también su encantadora jovencita.

Un hombre de edad madura y una joven aparecieron en el umbral de la buhardilla.

Marius no se había movido del sitio. Lo que sintió en aquel momento no pueden expresarlo unos labios humanos.

Era Ella.

Cualquiera que haya estado enamorado captará todos los significados radiantes que caben en las cuatro letras de esa palabra: Ella.

Era ella, efectivamente. Marius apenas si la divisaba a través del vapor luminoso que le había inundado de pronto los ojos. Era aquella dulce criatura ausente, aquel astro que lució para él durante seis meses; eran aquellos ojos, aquella frente, aquella boca, aquel hermoso rostro que se desvaneció y, al irse, trajo la oscuridad de la noche. ¡La visión se había eclipsado y volvía a aparecer!

¡Volvía a aparecer entre aquella sombra, en aquella buhardilla, en aquel tugurio informe, entre aquel espanto!

Marius temblaba como un azogado. ¡Cómo! ¡Era ella! Los latidos del corazón le enturbiaban la vista. Se notaba a punto de romper en llanto. ¡Cómo! ¡Volvía a verla al fin tras haber pasado tanto tiempo buscándola! Le parecía que había perdido el alma y acababa de

recobrarla.

Seguía siendo la misma, sólo que un poco pálida; un sombrero de terciopelo violeta enmarcaba el rostro exquisito; le disimulaba el talle una capa de satén negro forrada de piel. Se veía a medias, bajo el vestido largo, el piececito embutido en un borceguí de seda.

Seguía acompañándola el señor Leblanc.

Dio unos cuantos pasos por la habitación y dejó encima de la mesa un paquete bastante abultado.

La mayor de las Jondrette se había quedado aparte, detrás de la puerta, y miraba con ojos sombríos aquel sombrero de terciopelo, aquella capa de seda y aquel rostro encantador y feliz.

IX

Jondrette casi llora

El cuchitril estaba tan oscuro que a quienes llegaban de la calle les daba, al entrar en él, la impresión de estar entrando en un sótano. Los dos recién llegados anduvieron, pues, con pasos titubeantes, ya que apenas si veían unas formas inconcretas alrededor, mientras que los ojos de los moradores de la buhardilla, acostumbrados a ese crepúsculo, los veían y examinaban a la perfección.

El señor Leblanc se acercó, con aquella mirada suya, bondadosa y triste, y le dijo al señor Jondrette:

—Caballero, en este paquete tiene prendas de vestir nuevas, medias y mantas de lana.

—Nuestro angélico benefactor nos colma —dijo Jondrette, haciendo una reverencia hasta el suelo.

Luego se arrimó a su hija mayor y le dijo al oído, en voz baja y a toda prisa, mientras los dos visitantes miraban detenidamente aquella vivienda lamentable:

—¿Qué te decía yo? ¡Ropa! Y de dinero, nada. ¡Todos son iguales! Por cierto, ¿cómo iba firmada la carta de este viejo imbécil?

—Fabantou —contestó la hija.

—El artista dramático; bueno.

Bien hizo Jondrette en preguntarlo, porque en ese preciso momento el señor Leblanc se estaba volviendo hacia él y le estaba diciendo con esa cara de andar buscando el nombre de alguien:

—Veo que es usted muy digno de compasión, señor…

—Fabantou —respondió con presteza Jondrette.

—Señor Fabantou, sí, eso es, ya me acuerdo.

—Artista dramático, caballero, y que tuvo sus éxitos.

Llegados a este punto, a Jondrette le pareció que era el momento de hacerse con el «filántropo». Exclamó con un tono de voz en que había a un tiempo vanagloria de saltimbanqui de feria y humildad de mendigo del camino real: «¡Alumno de Talma, caballero! ¡Soy alumno de Talma! La fortuna me sonrió antaño. Ahora, ¡ay!, le ha tocado el turno a la desgracia. Vea, bienhechor mío, no tenemos ni pan ni fuego. ¡Mis pobres chiquillas no tienen fuego! ¡Mi única silla tiene roto el asiento! ¡Un cristal roto! ¡Con este tiempo! ¡Mi esposa en la cama, enferma!».

—Pobre mujer —dijo el señor Leblanc.

—¡Mi hija herida! —añadió Jondrette.

La niña, distraída con la llegada de los extraños, estaba mirando a «la señorita» y había dejado de llorar.

—¡Llora! ¡Berrea! —le dijo Jondrette por lo bajo.

Y, al mismo tiempo, le dio un pellizco en la mano enferma. Todo ello con destreza de prestidigitador.

La niña puso el grito en el cielo.

La joven adorable a quien Marius llamaba, en su corazón, «su Ursule», se acercó rápidamente.

—¡Pobrecita niña! —dijo.

—¡Vea usted, mi encantadora señorita —siguió diciendo Jondrette—, le sangra la muñeca! Es un accidente que le ocurrió trabajando en una máquina para ganar 30 céntimos diarios. ¡A lo mejor hay que cortarle el brazo!

—¿De verdad? —dijo el anciano caballero alarmado.

Arreciaron los sollozos de la niña, que se había tomado en serio la frase del padre.

—¡Ay, sí, por desgracia, benefactor mío! —contestó Jondrette.

Llevaba unos momentos mirando fijamente al «filántropo» con una expresión rara. Mientras hablaba, parecía pasarle revista con mucha atención como si estuviese intentando hacer acopio de sus recuerdos. De pronto, aprovechando que los recién llegados le estaban preguntando a la niña con mucho interés por la mano herida, se acercó a su mujer, que estaba en la cama con expresión abatida y alelada, y le dijo con vehemencia y en voz muy baja:

—¡Fíjate bien en ese hombre!

Luego, volviéndose hacia el señor Leblanc, siguió lamentándose:

—¡Fíjese, caballero, no llevo encima más que una camisa de mi mujer! ¡Y toda rota! ¡En pleno invierno! No puedo salir porque no tengo levita. Si tuviera una levita, la que fuera, iría a ver a la señorita Mars, que me conoce y me tiene mucho cariño. ¿Sigue viviendo en la calle de La Tour-des-Dames? ¿Sabe, caballero? Actuamos juntos en provincias. Compartí con ella los laureles. ¡Célimène me ayudaría, caballero! ¡Elmire le daría una limosna a Bélisaire! Pero ¡no! ¡Nada! ¡Y ni un céntimo en casa! ¡Mi mujer enferma y ni un céntimo! ¡Mi hija peligrosamente herida y ni un céntimo! Mi esposa tiene ahogos. Es cosa de su edad, y además se ha metido por medio el sistema nervioso. ¡Necesitaría cuidados, y mi hija también! Pero ¡el médico! Pero ¡el boticario! ¿Cómo los iba a pagar? ¡No tengo un ochavo! ¡Me arrodillaría delante de una moneda de diez céntimos, caballero! ¡A esto han llegado las artes! ¿Y sabe usted, mi encantadora señorita, y sabe usted, mi generoso protector, saben ustedes, ustedes que respiran virtud y bondad y que perfuman esa iglesia donde los ve a diario mi pobre hija cuando va a rezar…? Porque yo crío a mis hijas religiosamente, caballero. No he querido que entrasen en el teatro. ¡Ah, las muy tunas! ¡Que no las vea yo desmandarse! ¡No soy hombre que se ande con bromas! ¡Menudas melopeas les suelto sobre el honor, la buena conducta y la virtud! Pregúntenles. Tienen que andar derechas. Tienen un padre. No son de esas desdichadas que empiezan por no tener familia y acaban por casarse con el público. De ser señorita Nadie pasan a ser la señora de Todo-el-mundo. ¡Por Dios vivo! ¡En la familia Fabantou nada de eso! ¡Tengo mucho empeño en educarlas virtuosamente, y que sean honestas, y que se porten bien y que crean en Dios! ¡Por Cristo! Pues mire, caballero, mi digno señor, ¿sabe lo que va a ocurrir mañana? Mañana es 4 de febrero, el día fatídico, el último plazo que me ha dado el casero; si no le pago esta noche, mañana a mi hija mayor y a mí, y a mi esposa con la fiebre que tiene, y a mi hija herida, nos echarán a los cuatro y nos pondrán en la calle, en el bulevar, sin refugio, bajo la lluvia, bajo la nieve. ¡Eso es lo que va a pasar, caballero! ¡Debo cuatro recibos, un año! O sea, alrededor de sesenta francos.

Jondrette mentía. Cuatro recibos habrían sido sólo cuarenta francos; y no podía deber cuatro, ya que no hacía ni seis meses que Marius había pagado dos.

El señor Leblanc se sacó del bolsillo cinco francos y los arrojó encima de la mesa.

A Jondrette le dio tiempo de refunfuñar al oído de su hija mayor:

—¡Bribón! ¿Qué querrá que haga con sus cinco francos? ¡Con eso no pago ni la silla ni el cristal! ¡Para eso se mete uno en gastos!

Entretanto, el señor Leblanc se había quitado una levita parda muy amplia que llevaba encima de la levita azul y la había puesto en el respaldo de una silla.

—Señor Fabantou —dijo—. Sólo llevo encima esos cinco francos, pero voy a acompañar a mi hija a casa y volveré a última hora de la tarde. ¿No es esta noche cuando tiene que pagar?

A Jondrette le iluminó la cara una expresión extraña. Contestó impetuosamente:

—Sí, mi respetable señor. A las ocho tengo que ir a ver al casero.

—Estaré aquí a las seis y le traeré los sesenta francos.

—¡Bienhechor mío! —exclamó Jondrette fuera de sí.

Y añadió por lo bajo:

—¡Míralo bien, mujer!

El señor Leblanc había vuelto a coger del brazo a la hermosa joven y se dirigía a la puerta.

—Hasta la tarde, amigos míos —dijo.

—¿A las seis? —preguntó Jondrette.

—A las seis en punto.

En ese momento, la mayor de las Jondrette se dio cuenta de que la levita se había quedado en la silla.

—Señor —dijo—, se deja olvidada la levita.

Jondrette fulminó a su hija con la mirada al tiempo que se encogía de hombros rabiosamente.

El señor Leblanc se volvió y respondió con una sonrisa:

—No se me olvida; la dejo.

—¡Ah, protector mío! —dijo Jondrette—. ¡Mi augusto benefactor, me deshago en llanto! Permita que lo acompañe hasta el coche,

—Si sale —respondió el señor Leblanc—, póngase el gabán, que hace mucho frío.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veces. Le faltó tiempo para enfundarse la levita parda.

Y salieron los tres. Jondrette iba precediendo a los dos extraños.

X

Tarifa de los cabriolés del transporte público: dos francos por hora

Marius no se había perdido nada de aquella escena, pero, en realidad, no había visto nada. No había apartado los ojos de la joven; por decirlo de alguna forma, se había adueñado de ella y la había envuelto por entero con el corazón en cuanto dio el primer paso dentro de la buhardilla. Durante todo el rato en que estuvo en dicha buhardilla, Marius vivió en esa vida propia del éxtasis que deja en suspenso las percepciones materiales y abalanza al alma hacia un punto único. No contemplaba a la muchacha, sino esa luz que llevaba una capa forrada de piel y un sombrero de terciopelo. Si la estrella Sirio hubiese entrado en la habitación, no habría quedado más deslumbrado.

Mientras la joven abría el paquete, desdoblaba la ropa y las mantas y le hacía preguntas bondadosas a la madre y enternecidas a la niña herida, Marius espiaba todos sus ademanes e intentaba oír sus palabras. Ya le eran familiares aquellos ojos, aquella frente, aquella hermosura, aquel talle, aquellos andares, pero no sabía nada del sonido de la voz. Le había parecido captar algunas palabras en una ocasión en Le Luxembourg, pero no estaba seguro del todo. Habría dado diez años de vida por oírla, por poderse llevar en el alma algo de esa música. Pero todo se perdía entre las penosas explicaciones y los trompetazos de Jondrette. Con lo cual el embeleso de Marius llevaba aparejada una indiscutible ira. Miraba a la joven celosamente. No podía creer que fuera realmente esa criatura divina la que estaba viendo entre aquellos seres inmundos en aquel cuchitril monstruoso. Le parecía ver un colibrí entre sapos.

Cuando se fue, sólo pensó en una cosa: seguirla, pegarse a su

rastro, no perderla de vista hasta que supiera dónde vivía, al menos no volver a quedarse sin ella después de haberla vuelto a encontrar de forma tan milagrosa. Se bajó de un salto de la cómoda y cogió el sombrero. Cuando estaba poniendo la mano en el pestillo y a punto de salir, lo detuvo un pensamiento. El pasillo era largo; las escaleras, empinadas; y Jondrette, charlatán; y, seguramente, el señor Leblanc todavía no se había subido al coche; si, al volverse en el pasillo, o en las escaleras, o en el umbral, lo divisaba a él, a Marius, en aquella casa, estaba claro que se alarmaría, daría con la forma de volver a escabullirse y, otra vez, habría acabado todo. ¿Qué hacer? ¿Esperar un poco? Pero, durante esa espera, el coche podía irse. Marius estaba perplejo. Por fin, se arriesgó y salió de su cuarto.

No había ya nadie en el pasillo. Fue corriendo a las escaleras. Ya no había nadie en las escaleras. Bajó a toda prisa y llegó al bulevar a tiempo de ver que un coche de punto daba la vuelta a la esquina de la calle de Le Petit-Banquier y regresaba a París.

Marius se abalanzó en aquella dirección. Al llegar a la esquina del bulevar, volvió a ver el coche de punto que iba deprisa calle de Mouffetard abajo. El coche estaba ya muy lejos, no había forma de alcanzarlo. ¿Qué hacer? ¿Seguirlo a la carrera? Imposible. Y, además, desde el coche se fijarían seguramente en un individuo que perseguía a carrera tendida el carruaje y el padre lo reconocería. En ese instante, azar inaudito y maravilloso, Marius vio un cabriolé de alquiler que pasaba vacío por el bulevar. Sólo cabía una decisión: subirse a ese cabriolé e ir detrás del coche de punto. Era algo seguro, eficaz y sin peligro.

Marius le hizo una seña al cochero para que se detuviera y le gritó:

—¡Por horas!

Marius iba sin corbata y con el frac viejo que se ponía para trabajar y al que le faltaban botones; tenía un siete en uno de los frunces de la pechera de la camisa.

El cochero se detuvo, guiñó un ojo y alargó hacia Marius la mano izquierda, frotando despacio el índice y el pulgar.

—¿Qué? —dijo Marius.

—El pago por adelantado —dijo el cochero.

Marius se acordó de que sólo llevaba encima ochenta céntimos.

—¿Cuánto es? —preguntó.

—Dos francos.

—Pagaré a la vuelta.

Por toda respuesta, el cochero silbó la canción de aquel señor de La Palisse que murió en viernes y habría vivido un día más si se hubiera muerto en sábado, y fustigó el caballo.

Marius miró con expresión extraviada cómo se alejaba el cabriolé. ¡Por faltarle un franco con veinte céntimos perdía la alegría, la dicha, a su amor! ¡Había recobrado la vista y ahora había vuelto a quedarse ciego! Se acordó amargamente y con hondo remordimiento, todo hay que decirlo, de los cinco francos que le había dado aquella misma mañana a la mísera muchacha. Si hubiera tenido cinco francos, se habría salvado, habría vuelto a nacer, habría salido del aislamiento, de la melancolía, de la viudedad; había vuelto a anudar el hilo negro de su destino al hermoso hilo de oro que le había flotado ante la vista y había vuelto a romperse. Volvió desesperado al caserón.

Habría podido decirse que el señor Leblanc había prometido volver a última hora de la tarde y que lo que tenía que hacer era andar más listo para seguirlo en esa ocasión; pero, absorto en su contemplación, apenas si había oído lo que éste decía.

Cuando iba a subir las escaleras, divisó, del otro lado del bulevar, y junto a la tapia desierta de la calle del portillo de Les Gobelins, a Jondrette, arropado en el gabán del «filántropo» y hablando con uno de esos hombres de aspecto inquietante a los que se les suele dar el nombre de *maleantes de portillos,* gente de rostro equívoco y de monólogos sospechosos, que parecen un mal pensamiento y suelen dormir de día, lo que da a suponer que trabajan de noche.

Los dos hombres, que charlaban quietos bajo la nieve que caía en torbellinos, formaban un grupo en que un policía municipal se habría fijado seguramente, pero a Marius apenas si le llamó la atención.

No obstante, por muy preocupado que estuviera, no pudo por menos de decirse que aquel maleante de portillos con quien hablaba Jondrette se parecía a un tal Panchaud, conocido por Printanier y Bigrenaille, que le había indicado una vez Courfeyrac y que tenía fama en el barrio de ser un paseante nocturno bastante peligroso.

En el libro anterior ya ha salido su nombre. A aquel Panchaud, conocido por Printanier y Bigrenaille, lo juzgaron después en varios procesos criminales y desde entonces se ha convertido en un pillo bastante famoso. A la sazón no era aún sino un pillo redomado. Hoy en día es una leyenda entre los bandidos y los escabechadores. A finales del último reinado tuvo muchos imitadores. Y por las tardes, cuando ya caía la noche, a la hora en que se forman grupos que hablan en voz baja, era tema de conversación en el patio Saint-Bernard, *el foso de los leones,* de la prisión de La Force. Podía incluso en aquella cárcel, y precisamente en el lugar en que pasaba por debajo del camino de ronda ese canal de las letrinas que usaron en 1843, para una evasión descabellada en pleno día, treinta presos, podía incluso, decíamos, leerse encima de la losa de esas letrinas su nombre, Panchaud, que atrevidamente grabó en el muro de ronda durante uno de sus intentos de evasión. En 1832 la policía ya lo vigilaba, pero todavía no había debutado en serio.

XI

La miseria se pone a disposición del dolor

Marius subió despacio las escaleras del caserón; en el momento en que iba a meterse en su celda, vio, detrás de él, a la mayor de las Jondrette que lo iba siguiendo. La vista de aquella muchacha le resultó odiosa, porque ella era quien tenía sus cinco francos; era ya demasiado tarde para volvérselos a pedir, el cabriolé ya se había ido y el coche de punto estaba muy lejos. Por lo demás, ella no se los devolvería. En cuanto a preguntarle dónde vivían las personas que habían estado allí hacía un rato, era inútil; estaba claro que no lo sabía, puesto que la carta que llevaba la firma de Fabantou iba dirigida al *señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*.

Marius se metió en su cuarto y empujó la puerta al entrar, para cerrarla.

No se cerró; se volvió y vio una mano que sujetaba la puerta para que siguiera abierta.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quién anda ahí?

Era la hija mayor de los Jondrette.

—¿Es usted? —añadió Marius casi con dureza—. ¿Usted otra vez? ¿Qué me quiere?

Ella parecía pensativa y no lo miraba. Había perdido el aplomo de la mañana. No había entrado, sino que se había quedado en la oscuridad del pasillo, donde Marius la veía por la puerta entornada.

—¿Va usted a contestarme o no? —dijo Marius—. ¿Qué quiere de mí?

Ella lo miró con ojos taciturnos donde parecía encenderse una luz inconcreta y le dijo:

—Parece triste, señor Marius. ¿Qué le pasa?

—¿A mí? —dijo Marius.

—Sí, a usted.

—No me pasa nada.

—Sí que le pasa.

—No

—Le digo que sí le pasa algo.

—¡Déjeme en paz!

Marius volvió a empujar la puerta, pero ella siguió sujetándola.

—Mire —dijo—, hace usted mal. Aunque no sea rico, ha sido bueno esta mañana. Séalo ahora otra vez. Me dio para comer, ahora dígame qué le pasa. Se nota que está disgustado. No quiero que esté disgustado. ¿Qué hay que hacer para que no lo esté? ¿Puedo valer para algo? Utilíceme. No le pido que me cuente sus secretos, no hace falta que me los diga, pero, vamos, puedo ser de utilidad. Si ayudo a mi padre, es que puedo ayudarlo a usted. Cuando hay que llevar cartas, ir a las casas, preguntar de puerta en puerta, dar con unas señas, seguir a alguien, yo para esas cosas sirvo. Así que puede decirme qué le pasa e iré a hablar con la gente que sea. A veces, que alguien hable con la gente basta para enterarse de las cosas y todo se arregla. Utilíceme.

A Marius le pasó una idea por la cabeza. ¿Qué rama desdeñamos cuando notamos que nos estamos cayendo?

Se acercó a la Jondrette.

—Oye… —le dijo.

Ella lo interrumpió con un relámpago de alegría en los ojos.

—¡Ay, sí! ¡Llámeme de tú! Lo prefiero.

—Pues oye —siguió diciendo él—, trajiste a ese señor viejo y a su hija…

—Sí.

—¿Sabes sus señas?

—No.

—Búscamelas.

A la Jondrette le había pasado la mirada de taciturna a alegre; ahora le pasó de alegre a sombría.

—¿Eso es lo que quiere? —preguntó.

—Sí.

—¿Los conoce?

—No.

—Es decir —siguió diciendo ella con vehemencia—, que no la

conoce, pero quiere conocerla.

En ese *los* que se había convertido en *la* había un toque significativo y amargo.

—¿Puedes o no? —dijo Marius.

—Tendrá usted las señas de la señorita guapa.

Había en esas palabras, «la señorita guapa», un matiz que molestó a Marius. Añadió:

—¿Qué más dará? Las señas del padre o las de la hija. ¡Sus señas, vamos!

Ella lo miró fijamente.

—¿Y qué me dará usted?

—¡Todo lo que quieras!

—¿Todo lo que quiera?

—Sí.

—Tendrá las señas.

Agachó la cabeza y, luego, con un ademán brusco, tiró de la puerta y ésta se cerró.

Marius se quedó solo.

Se desplomó en una silla, con la cabeza y ambos codos encima de la cama, sumido en pensamientos que no podía domeñar y como presa de un vértigo. Todo cuanto había sucedido desde por la mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que la muchacha aquella acababa de decirle, una luz de esperanza flotando en una desesperación inmensa: de todo eso es de lo que tenía colmada la mente.

De pronto algo lo sacó violentamente de su ensimismamiento.

—Te digo que estoy seguro y que lo he reconocido.

¿De quién hablaba Jondrette? ¿A quién había reconocido? ¿Al señor Leblanc? ¿Al padre de «su Ursule»? ¿Cómo? ¿Jondrette lo conocía? ¿Iba a obtener Marius de aquella forma brusca e inesperada todas las informaciones sin las que su vida le resultaba incomprensible incluso a sí mismo? ¿Iba por fin a saber de quién estaba enamorado, quién era esa joven? ¿Y quién era su padre? ¿Esa sombra tan densa que los cubría estaba a punto de disiparse? ¿Iba a desgarrarse el velo? ¡Ah, cielos!

Más que subirse a la cómoda, se plantó encima de un brinco y volvió a ocupar su sitio cerca del ventanillo del tabique.

Volvía a ver el interior del tugurio de los Jondrette.

XII

Para qué sirve la moneda de cinco francos del señor Leblanc

Nada había cambiado en el aspecto de la familia a no ser que la mujer y las hijas se habían surtido del paquete y se habían puesto medias y camisolas de lana. Encima de ambas camas había unas mantas nuevas.

Estaba claro que Jondrette acababa de volver. Tenía aún la respiración acelerada de haber andado por la calle. Sus hijas estaban junto a la chimenea, sentadas en el suelo, y la mayor le vendaba la mano a la pequeña. La mujer estaba como encogida en el catre que estaba al lado de la chimenea, con expresión atónita. Jondrette iba y venía por la buhardilla, arriba y abajo, a zancadas. Tenía una mirada extraordinaria.

La mujer, que parecía tímida y pasmada ante el marido, se atrevió a decirle:

—¿Cómo? ¿En serio? ¿Estás seguro?

—¡Segurísimo! ¡Hace ocho años, pero lo reconozco! ¡Ah, ya lo creo que lo reconozco, lo reconocí enseguida! ¿Cómo? ¿No te ha saltado a la vista?

—No.

—Pero ¡si te dije que te fijaras! Si es que tiene la misma estatura, la misma cara, casi no parece más viejo; hay personas que no envejecen, no sé cómo se las apañan; y el mismo tono de voz. ¡Va mejor vestido, y nada más! ¡Ay, viejo misterioso del demonio, ya te tengo pillado!

Se interrumpió y les dijo a sus hijas:

—¡Vosotras, a la calle! ¡Qué raro es que no te saltara a la vista!

Las muchachas se levantaron para obedecer.

La madre balbució:

—¿Con la mano mala?

—Le sentará bien que le dé el aire —dijo Jondrette—. ¡Hala!

Era evidente que se trataba de uno de esos hombres a quienes no se les lleva la contraria. Las dos hijas salieron.

Cuando iban a franquear la puerta, el padre sujetó a la mayor por el brazo y dijo con entonación peculiar:

—Volved a las cinco en punto. Las dos. Os voy a necesitar.

Creció la atención de Marius.

Al quedarse a solas con su mujer, Jondrette volvió a pasear por la habitación y le dio la vuelta tres o cuatro veces en silencio. Se pasó luego unos cuantos minutos metiéndose y remetiéndose por la cinturilla del pantalón los faldones de la camisa femenina que llevaba.

De pronto, se volvió hacia la Jondrette, se cruzó de brazos y exclamó:

—¿Y sabes lo que te digo? Que la señorita…

—¿Qué pasa con la señorita? —saltó la mujer.

A Marius no podía caberle duda, era de ella de quien estaban hablando. Atendía con ferviente ansiedad. Tenía toda la vida puesta en los oídos.

—¡Es ella!

—¿Ésa? —dijo la mujer.

—¡Ésa! —dijo el marido.

No hay expresión que pueda dar cuenta lo que había en el *ésa* de la madre. Era sorpresa, rabia, odio, ira, todo ello revuelto y combinado en una entonación monstruosa. Bastaron unas pocas palabras, el nombre seguramente, que el marido le dijo al oído, para que aquella mujer gruesa y amodorrada se despertase y de repulsiva pasase a tremenda.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¡Cuando pienso que mis hijas van descalzas y no tienen un vestido que ponerse! ¡Cómo! Capa de satén forrada de piel, sombrero de terciopelo, borceguíes, ¡y de todo! ¡Más de doscientos francos en ropa! ¡Como para tomarla por una señora! ¡No, tienes que estar equivocado! ¡Para empezar, la otra era feísima y ésta no está mal! ¡De verdad que no está mal! ¡No puede ser ella!

—Te digo que es ella. Ya lo verás.

Ante esa afirmación tan rotunda, la Jondrette alzó el rostro ancho y rubicundo y miró al techo con una expresión que se lo deformaba. En esos momentos le pareció a Marius aún más temible que su marido. Era una cerda con mirada de tigresa.

—¡Cómo! —siguió diciendo—. ¡Esa guapa señorita tan horrible, que miraba a mis hijas con cara de compasión, puede ser aquella golfa! ¡Ay, querría reventarle la tripa a patadas!

Salió de la cama de un brinco y se quedó por unos momentos a pie firme, despeinada, con las ventanas de la nariz dilatadas, la boca abierta a medias, los puños crispados y echados hacia atrás. Luego se desplomó en el catre. El hombre iba y venía sin fijarse en su mujer.

Tras unos instantes de silencio, se acercó a la Jondrette y se quedó parado ante ella, con los brazos cruzados, como ya había hecho antes.

—¿Quieres que te diga otra cosa?

—¿Qué? —preguntó ella.

Él contestó en voz baja y tajante:

—Que esto ha sido un golpe de suerte.

La Jondrette lo miró con esa expresión que quiere decir: «Pero ¿qué dice éste? ¿Se estará volviendo loco?».

Él siguió hablando:

—¡Rayos y truenos! ¡Anda y que no llevo ya tiempo siendo parroquiano de la parroquia de muérete-de-hambre si-tienes-lumbre, muérete-de-frío-si-tienes-pan! ¡Estoy harto de miserias! ¡Me han tocado mi ración y la de los demás! ¡Se acabaron las bromas, ya no me hace gracia, ya está bien de chistes, por Cristo! ¡Ya está bien de gracias, vive Dios! ¡Quiero comer hasta hartarme, quiero beber hasta no poder con más! ¡Zampar, dormir y no hacer nada! ¡Quiero que me toque a mí la vez, caramba, antes de reventar! ¡Quiero ser millonario!

Dio una vuelta alrededor del tugurio y añadió:

—Como los demás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer.

Él sacudió la cabeza, guiñó un ojo y alzó la voz como un médico charlatán que va a hacer una demostración en una esquina:

—¿Lo que quiero decir? ¡Atiende!

—¡Chisssss! —refunfuñó la Jondrette—. ¡No tan alto! Si se trata

de negocios, no deben oírnos.

—¡Bah! ¿Y quién nos va a oír? ¿El vecino? Lo vi salir hace un rato. Por cierto, ¿de qué se va a enterar ese pánfilo? Y además te digo que lo vi salir.

No obstante, por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz, aunque no lo suficiente para que lo que decía se le escapase a Marius. Una circunstancia favorable que le permitió a éste no perderse nada de aquella conversación es que la nieve que había caído amortiguaba el ruido de los coches en el bulevar.

Esto fue lo que oyó Marius:

—Óyeme bien. ¡Ya tenemos pillado al creso ese! O como si ya lo estuviera. Es cosa hecha. Todo está arreglado. He visto a unos cuantos. Vendrá esta tarde a las seis. ¡A traer los sesenta francos, el muy canalla! ¿Has visto cómo lo lié con eso? ¡Que si los sesenta francos, que si el casero, que si el 4 de febrero! ¡Que ni siquiera es una fecha para que venza un recibo! ¡Menuda sandez! ¡Así que va a venir a las seis! Es la hora en que va a cenar el vecino. La señora Burgon anda fregando platos por el centro. No hay nadie en la casa. El vecino no vuelve nunca antes de las once. Las niñas vigilarán. Tú nos ayudarás. Y él tendrá que hacer lo que digamos.

—¿Y si no lo hace? —preguntó la mujer.

Jondrette hizo un ademán siniestro y dijo:

—Entonces seremos nosotros los que le hagamos algo.

Y se echó a reír.

Era la primera vez que Marius lo veía reírse. Era una risa fría y suave que daba escalofríos.

Jondrette abrió una alacena que estaba al lado de la chimenea y sacó una gorra vieja que se puso tras cepillarla con la manga.

—Ahora salgo —dijo—. Todavía tengo gente a la que ver. Gente de la buena. Ya verás como saldrá bien. Tardaré en volver lo menos que pueda. Es un buen golpe. Cuida de la casa.

Y, con los dos puños metidos en los bolsillos de los pantalones, se quedó pensativo un momento y, luego, exclamó:

—¡Y menos mal que él no me ha reconocido! Si me hubiera reconocido, no volvería. ¡Y se nos escapaba! ¡Me ha salvado la barba! ¡Mi perilla romántica! ¡Mi bonita perilla romántica!

Y se rió otra vez.

Se acercó a la ventana. Seguía nevando y la nieve rayaba el cielo

de gris.

—¡Qué tiempo de perros! —dijo.

Luego añadió, cruzándose la levita:

—Me queda ancho el gambeto. Pero no importa; ¡ha hecho endemoniadamente bien en dármelo, ese viejo bribón! ¡Sin él, no habría podido salir a la calle y todo habría vuelto a salir mal! ¡Hay que ver de qué detalles dependen las cosas!

Y, encasquetándose la gorra hasta los ojos, salió.

Apenas le había dado tiempo a andar unos cuantos pasos cuando volvió a abrirse la puerta y su perfil de alimaña inteligente asomó por la rendija.

—Se me olvidaba —dijo—. Ten preparado un hornillo de carbón.

Y le arrojó a su mujer en el delantal la moneda de cinco francos que le había dado el «filántropo».

—¿Un hornillo de carbón?

—Sí.

—¿Cuántas medidas le echo?

—Dos bien cumplidas.

—Me costarán franco y medio. Con lo que sobre, compraré algo para cenar.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Ni se te ocurra gastarte los cinco francos.

—¿Por qué?

—Porque yo también voy a tener que comprar algo.

—¿Qué?

—Algo.

—¿Y cuánto vas a necesitar?

—¿Hay un ferretero por aquí?

—En la calle de Mouffetard.

—Ah, sí, uno que hace esquina; ya sé qué tienda dices.

—Pero dime cuánto vas a necesitar para lo que tienes que comprar.

—Entre dos francos y medio y tres.

—No va a sobrar mucho para la cena.

—De lo que se trata hoy no es de comer. Tenemos que hacer cosas mejores.

—Está bien, tesoro mío.

Jondrette cerró la puerta mientras le contestaba su mujer y esta vez Marius oyó cómo se alejaban sus pasos por el pasillo del caserón y bajaban rápidamente las escaleras.

En ese momento estaba dando la una en Saint-Médard.

XIII

Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare pater noster

Marius, por muy absorto que estuviera, era, como ya hemos dicho, un carácter firme y enérgico. El hábito del recogimiento solitario, al desarrollar en él la simpatía y la compasión, habían hecho quizá que le fuera a menos la facultad de irritarse, pero había dejado intacta la facultad de indignarse; tenía la benevolencia de un brahmán y la severidad de un juez; se compadecía de un sapo, pero aplastaba una víbora. Ahora bien, el sitio al que acababa de bajar la vista era un nido de víboras; lo que tenía ante los ojos era un nido de monstruos.

—Hay que pisotear a esos miserables —se dijo.

No había quedado aclarado ninguno de los enigmas que tenía la esperanza de que se disiparan; antes bien, todos se habían vuelto, quizá, más densos; no sabía nada nuevo acerca de la hermosa joven de Le Luxembourg y del hombre a quien llamaba señor Leblanc; sólo que Jondrette los conocía. A través de las palabras tenebrosas que se habían pronunciado, no veía con claridad sino una cosa: que estaban preparando una encerrona misteriosa, pero terrible; que el padre y la hija corrían ambos un gran peligro, ella probablemente y el padre a ciencia cierta, que había que salvarlos, que había que burlar las intrigas abominables de los Jondrette y romperles la tela a esas arañas.

Estuvo un rato observando a la Jondrette. Había sacado de un rincón un hornillo viejo de chapa y estaba hurgando entre la chatarra.

Se bajó de la cómoda lo más despacio que pudo y teniendo buen cuidado de no hacer ruido alguno.

Aterrado con lo que se estaba preparando y lleno del espanto que le habían infundido los Jondrette, notaba algo así como una alegría al pensar que a lo mejor estaba en su mano hacerle un favor como aquél a la muchacha a la que amaba.

Pero ¿cómo actuar? ¿Avisar a las personas amenazadas? ¿Dónde dar con ellas? No sabía sus señas. Habían aparecido de un momento ante su vista y luego habían vuelto a sumirse en las gigantescas honduras de París. ¿Esperar al señor Leblanc en la puerta a las seis, cuando llegase, y avisarlo de la trampa? Pero Jondrette y su gente lo verían al acecho; la zona estaba desierta; serían más fuertes que él, darían con la forma de apresarlo o de alejarlo, y el hombre al que Marius quería salvar estaría perdido. Acababa de dar la una, la encerrona estaba preparada para las seis. Marius tenía cinco horas por delante.

Sólo quedaba una cosa por hacer.

Se puso la levita presentable, se anudó una bufanda al cuello, cogió el sombrero y salió sin hacer más ruido que si caminase descalzo por el musgo.

Por lo demás, la Jondrette seguía hurgando en los hierros viejos.

Una vez fuera de la casa, se fue hacia la calle de Le Petit-Banquier.

Había llegado más o menos al centro de la calle, junto a una tapia muy baja, que se puede salvar de una zancada en algunos tramos y da a un solar; andaba despacio porque estaba preocupado; la nieve le amortiguaba los pasos; de repente, oyó voces que hablaban muy cerca de él. Volvió la cabeza, la calle estaba desierta, no había nadie y, no obstante, oía las voces con toda claridad.

Se le ocurrió mirar por encima de la tapia junto a la que estaba pasando.

Había allí, efectivamente, dos hombres con la espalda apoyada en la pared, sentados en la nieve y hablando entre sí en voz baja.

Las caras de ambos le eran desconocidas. Uno era un hombre barbudo que vestía un blusón, y el otro un hombre de abundante melena y cubierto de andrajos. El barbudo llevaba un bonete griego y el otro iba con la cabeza al aire y tenía nieve en el pelo.

Asomando la cabeza por encima de ellos, Marius podía oír lo que decían.

El melenudo le daba con el codo al otro y decía:

—Con el culo del gato el asunto no puede fallar.

—¿Tú crees? —dijo el barbudo. Y el melenudo contestó:

—¡Nos caerá a cada uno un papiro de quinientos; y lo peor que nos puede caer son cinco años, seis años, diez como mucho!

El otro contestó con cierto titubeo y rascándose la cabeza por debajo del gorro griego:

—Ésa es la verdad. No puede uno ir en contra de esas cosas.

—Te digo que el asunto no puede fallar —repitió el melenudo—. Engancharán la tartana del compadre ese, como se llame.

Se pusieron luego a hablar de un melodrama que habían visto la víspera en el teatro de La Gaîté.

Marius siguió su camino.

La parecía que las palabras enigmáticas de aquellos hombres, tan curiosamente ocultos tras aquella tapia y sentados en la nieve, no eran quizá ajenas a los abominables proyectos de Jondrette. Ése debía de ser *el negocio*.

Se encaminó hacia el barrio de Saint-Marceau y preguntó en la primera tienda con que se topó dónde había un comisario de policía.

Le indicaron la calle de Pontoise y el número 14.

Allá fue Marius.

Al pasar delante de una panadería, compró un pan de diez céntimos y se lo comió, pues preveía que no iba a cenar.

De camino, le hizo justicia a la Providencia. Pensó que, si no le hubiera dado los cinco francos por la mañana a la hija de Jondrette, había ido tras el coche de punto del señor Leblanc, no se habría enterado de nada, nada se habría opuesto a la encerrona de los Jondrette y el señor Leblanc habría estado perdido, y su hija con él, seguramente.

XIV

En que un agente de policía le da dos cachorrillos a un abogado

Al llegar al número 14 de la calle de Pontoise, Marius subió al primer piso y preguntó por el comisario de policía.

—El señor comisario de policía no está —le dijo un oficinista—. Pero lo sustituye un inspector. ¿Quiere usted hablar con él? ¿Es algo urgente?

—Sí —dijo Marius.

El oficinista lo hizo pasar al despacho del comisario. Un hombre de elevada estatura estaba de pie, detrás de una reja, apoyado en una estufa y recogiéndose con ambas manos los vuelos de un amplio carrique con tres esclavinas. Tenía la cara cuadrada, los labios finos y firmes, unas patillas muy abundantes y tremebundas que empezaban a encanecer, una mirada que le ponía del revés los bolsillos a cualquiera. Habría podido decirse de esa mirada no que era penetrante, sino que lo registraba a uno.

Aquel hombre no aparentaba menor ferocidad ni parecía menos temible que Jondrette; a veces no resulta menos inquietante toparse con el dogo que con el perro.

—¿Qué quiere? —le preguntó a Marius, sin añadir «caballero».

—¿El señor comisario de policía?

—Está ausente. Yo lo sustituyo.

—Es para un asunto de mucho secreto.

—Pues hable.

—Y de mucha urgencia.

—Pues entonces hable deprisa.

Aquel hombre tranquilo y brusco daba miedo y, al tiempo, resultaba tranquilizador. Inspiraba temor y confianza. Marius le

refirió la aventura: que a una persona a quien no conocía más que de vista iban a hacerla caer esa misma tarde en una encerrona; que, como él, Marius Pontmercy, abogado, vivía en la habitación de al lado del tugurio, había oído toda la confabulación a través del tabique; que el granuja que había ideado la trampa era un tal Jondrette; que iba a tener cómplices, seguramente maleantes de portillo, entre otros un tal Panchaud, conocido por Printanier y Bigrenaille; que las hijas de Jondrette vigilarían; que no había forma alguna de avisar al hombre amenazado, dado que ni siquiera sabía cómo se llamaba; y que, para terminar, todo lo dicho iba a llevarse a cabo aquella tarde a las seis en el punto más desierto del bulevar de L'Hôpital y en la casa que llevaba los números 50 y 52.

Al oír el número, el inspector alzó la cabeza y dijo fríamente:

—¿Así que es la habitación esa del fondo del pasillo?

—Precisamente —dijo Marius; y añadió—: ¿Conoce usted la casa? El inspector se quedó callado unos momentos y, luego, contestó, calentándose el tacón de la bota en la boca de la estufa:

—Tal parece.

Y añadió entre dientes, hablándole menos a Marius que a la corbata:

—Algo debe de tener que ver El culo del gato.

Esa frase le llamó la atención a Marius.

—El culo del gato —dijo—. Efectivamente, he oído esa expresión.

Y le contó al inspector el diálogo del melenudo y del barbudo en la nieve, detrás de la tapia de la calle de Le Petit-Banquier.

El inspector masculló:

—El melenudo debe de ser Brujon y el barbudo debe de ser Demi-Liard, conocido por Deux-Milliards.

Había vuelto a bajar los párpados y reflexionaba.

—Y en lo referido a de la tartana, veo más o menos quién debe de ser. Ya me he quemado el carrique. Siempre encienden demasiado estas malditas estufas. Los número 50 y 52. La antigua finca Gorbeau.

Luego miró a Marius.

—¿Sólo ha visto al barbudo y al melenudo?

—Y a Panchaud.

—¿No ha visto rondar por allí a una especie de currutaco

endemoniado?

—No.

—¿Ni a uno alto y gordo, de material macizo, que se parece al elefante del Jardín Botánico?

—No.

—¿Ni a uno muy ladino que parece un payaso de los de antes?

—No.

—En lo referido al cuarto, no lo ve nadie, ni siquiera sus ayudantes, encargados ni empleados. No es de extrañar que no lo haya visto usted.

—No. ¿Quién es toda esa gente? —preguntó Marius.

El inspector contestó:

—Por lo demás, ésas no son horas para ellos.

Volvió a callarse y, luego, siguió diciendo:

—El 50 y el 52. Conozco el local. Es imposible esconderse dentro sin que se enteren los artistas. Y entonces les bastaría con suspender el vodevil. ¡Son tan modestos! Les da apuro actuar en público. Nada, nada. Quiero oírlos cantar y hacerlos bailar.

Concluido el monólogo, se volvió hacia Marius y le preguntó, mirándolo fijamente:

—¿Tendrá usted miedo?

—¿De qué? —dijo Marius.

—De esos hombres.

—¡No más que de usted! —replicó con rudeza Marius, que empezaba a fijarse en que el de la pasma aquel aún no le había dicho «caballero».

El inspector miró a Marius aún con mayor fijeza y añadió, con algo así como una solemnidad sentenciosa:

—Habla usted como un hombre valiente y como un hombre honrado. El valor no le tiene miedo al crimen y la honradez no le tiene miedo a la autoridad.

Marius lo interrumpió:

—Bien está. ¿Qué piensa usted hacer?

El inspector se limitó a responderle:

—Los inquilinos de esa casa tienen llaves maestras para volver de noche a casa. Usted debe de tener una.

—Sí —dijo Marius.

—¿La lleva encima?

—Sí.

—Démela —dijo el inspector.

Marius se sacó la llave del bolsillo del chaleco, se la entregó al inspector y añadió:

—Si me hace usted caso, vendrá con refuerzos.

El inspector le lanzó a Marius la misma ojeada que Voltaire a un académico de provincias que le hubiera brindado una rima; hundió a la vez ambas manos, más que manos, manazas, en los dos bolsillos gigantescos del carrique, sacó dos pistolitas de acero, de esas a las que llaman cachorrillos. Se las alargó a Marius y lo instó con tono cortante:

—Coja esto. Vuelva a casa. Ocúltese en su cuarto. Que crean que ha salido. Están cargadas. Lleva cada una dos balas. Quédese observando; ya me ha dicho que hay un agujero en la pared. Esa gente vendrá. Deles un poco de cuerda. Cuando le parezca que la cosa está en su punto y ha llegado el momento de hacer detenciones, dispare un tiro. Que no sea demasiado pronto. Lo demás corre de mi cuenta. Un tiro al aire, al techo, donde sea. Pero, sobre todo, que no sea demasiado pronto. Espere que esté en marcha la ejecución; es usted abogado y ya sabe de qué le hablo.

Marius cogió las pistolas y se las metió en el bolsillo interior del frac.

—Se nota un bulto así, y se ven —dijo el inspector—. Métaselas mejor en los bolsillos del chaleco.

Marius escondió las pistolas en los bolsillos del chaleco.

—Ahora —siguió diciendo el inspector— ya no podemos ninguno de los dos perder ni un minuto. ¿Qué hora es? Las dos y media. ¿Va a ser a las siete?

—A las seis —dijo Marius.

—Tengo tiempo —dijo el inspector—, pero sólo tengo eso, tiempo. Que no se le olvide nada de lo que le he dicho. ¡Pan! Un tiro.

—Quédese tranquilo —dijo Marius.

Según ponía Marius la mano en el picaporte para salir, el inspector le gritó:

—Por cierto, si me necesita de aquí a entonces, venga, o mande a alguien. Que pregunte por el inspector Javert.

XV

La lista de la compra de Jondrette

Poco después, a eso de las tres, Courfeyrac pasaba con Bossuet, casualmente, por la calle de Mouffetard. La nieve caía a más y mejor y lo llevaba todo. Bossuet le iba diciendo a Courfeyrac:

—Con tantos copos de nieve parece que hay en el cielo una peste de mariposas blancas.

De pronto, Bossuet divisó a Marius, que iba por la calle del postigo arriba y tenía un aspecto peculiar.

—¡Anda! —exclamó Bossuet—. ¡Marius!

—Ya lo he visto —dijo Courfeyrac—. Vale más no dirigirle la palabra.

—¿Por qué?

—Está ocupado.

—¿En qué?

—Pero ¿es que no ves la pinta que tiene?

—¿Qué pinta?

—Pinta de ir siguiendo a alguien.

—Es verdad —dijo Bossuet.

—¡Fíjate en qué mirada lleva! —añadió Courfeyrac.

—Pero ¿a quién demonios sigue?

—A alguna jovencita ligera de cascos en la flor de la vida. Está enamorado.

—Pero —comentó Bossuet— es que no veo ni jovencitas, ni cascos, ni flores, ni vida por la calle. No hay ni una mujer.

Courfeyrac miró y exclamó:

—¡Está siguiendo a un hombre!

Efectivamente, un hombre tocado con una gorra y a quien se le veía la barba gris aunque estuviera de espaldas caminaba unos

veinte pasos por delante de Marius.

Aquel hombre llevaba un levita nueva que le estaba grande y unos pantalones espantosos, hechos jirones y sucios de barro negro.

Bossuet se echó a reír:

—¿Y quién será ese hombre?

—¿Ése? —contestó Courfeyrac—. Un poeta. Los poetas son aficionados a los pantalones de comerciante de pieles de conejo y las levitas de miembro del Senado.

—Vamos a ver dónde va Marius —dijo Bossuet— y vamos a ver dónde va ese hombre. Los seguimos, ¿te parece?

—¡Bossuet! —exclamó Courfeyrac—. ¡Aigle de Meaux! Es usted un borrico asombroso. ¡Seguir a un hombre que va siguiendo a un hombre!

Y se volvieron por donde habían venido.

Marius, efectivamente, había visto pasar a Jondrette por la calle de Mouffetard y lo estaba espiando.

Jondrette iba a lo suyo sin sospechar que tuviese ya unos ojos clavados en él.

Salió de la calle de Mouffetard y Marius lo vio entrar en una de las casuchas más espantosas de la calle de Gracieuse, donde estuvo alrededor de un cuarto de hora; luego volvió a la calle de Mouffetard. Se detuvo en una ferretería que había por entonces en la esquina con la calle de Pierre-Lombard y, pocos minutos después, Marius lo vio salir del local llevando en la mano un cortafríos de buen tamaño con mango de madera de pino que escondió debajo de la levita. A la altura de la calle de Le Petit-Gentilly, torció a la izquierda para llegar enseguida a la calle de Le Petit-Banquier. Iba cayendo la tarde; había dejado de nevar un rato, pero ahora volvía a caer la nieve; Marius se quedó emboscado en la propia esquina de la calle de Le Petit-Banquier, que estaba desierta como de costumbre, y dejó de seguir a Jondrette. Hizo bien, porque, al llegar cerca de la tapia baja junto a la que Marius había oído hablar al melenudo y al barbudo, Jondrette se volvió, se aseguró de que no lo seguía ni lo veía nadie y, luego, salvó la tapia de una zancada y desapareció.

Por el solar que aquella tapia bordeaba se llegaba al patio trasero de un antiguo negocio de alquiler de carruajes, de mala fama, que había quebrado. Todavía quedaban algunas medias

berlinas viejas en los cobertizos.

Marius pensó que sería sensato aprovechar la ausencia de Jondrette para volverse a su cuarto; además, iba avanzando la hora; todas las tardes, la señora Burgon, cuando se marchaba para ir trabajar de friegaplatos en el centro, tenía costumbre de cerrar la puerta de la casa, que siempre estaba ya a cal y canto al hacerse de noche. Marius le había dado su llave al inspector de policía; así que era importante que se diera prisa.

Había caído la tarde; ya era casi noche cerrada; no quedaba en el horizonte y en la inmensidad del espacio más que un punto que recibiera la luz del sol: era la luna.

Se estaba alzando, roja, por detrás de la cúpula baja de La Salpêtrière.

Marius regresó a zancadas a la finca de los números 50 y 52. Todavía estaba la puerta abierta cuando llegó. Subió las escaleras de puntillas y fue escurriéndose, pegado a la pared, por el pasillo hasta su habitación. Recordemos que a ambos lados de ese pasillo había buhardillas que estaban, aquella temporada, todas ellas vacías y por alquilar. La señora Burgon solía dejar las puertas abiertas. Al pasar por delante de una de esas puertas, a Marius le pareció divisar en una de las celdas deshabitadas cuatro cabezas de hombre que blanqueaba desvaídamente un resto de luz diurna que caía de una claraboya. Marius no intentó ver más, pues no quería que lo vieran. Consiguió meterse en su habitación sin que lo viese nadie y sin hacer ruido. Había llegado a tiempo por los pelos. Un momento después oyó irse a la señora Burgon y cerrarse la puerta de la calle.

XVI

En que oímos una canción con melodía inglesa que estaba de moda en 1832

Marius se sentó en la cama. Podían ser las cinco y media. Sólo lo separaba media hora de lo que fuera a suceder. Oía cómo le latían las arterias de la misma forma que oímos el latido de un reloj en la oscuridad. Pensaba en esa doble caminata que transcurría en esos momentos por entre las tinieblas: el crimen se acercaba por un lado, y la justicia estaba llegando por otro. No tenía miedo, pero no podía pensar sin sobresaltarse un tanto en las cosas que iban a suceder. Como les sucede a todos aquellos a quienes los acomete de pronto una aventura sorprendente, todo aquel día le parecía un sueño, y, para no creer que era presa de una pesadilla, necesitaba notar en los bolsillos del chaleco el frío de las dos pistolas de acero.

Había dejado de nevar; la luna, cada vez más clara, iba saliendo de la bruma y su resplandor, junto con la blancura de la nevada, daba a la habitación un aspecto crepuscular.

Había luz en el cuchitril de los Jondrette. Marius veía brillar el agujero del tabique con un fulgor rojo que le parecía sangriento.

Era evidente que esa claridad no podía venir de una vela. Por lo demás, no había movimiento alguno en casa de los Jondrette; nadie rebullía; nadie hablaba; ni un soplo; reinaba un silencio gélido y hondo, y, de no ser por aquella luz, hubiera uno podido creerse junto a un sepulcro.

Marius se quitó despacio las botas y las metió debajo de la cama.

Pasaron unos pocos minutos. Marius oyó cómo la puerta de abajo giraba sobre sus goznes; un paso pesado y veloz subió las escaleras y recorrió el pasillo; se alzó ruidosamente el pestillo de la puerta del tugurio; era Jondrette que volvía a casa.

Se alzaron enseguida unas cuantas voces. En la buhardilla estaba toda la familia. Pero callaba, en ausencia del amo y señor, igual que los lobeznos cuando no está el lobo.

—Soy yo —dijo.

—Buenas noches, padrucho —chillaron las muchachas.

—¿Todo bien? —dijo la madre.

—Todo de primera —contestó Jondrette—, pero traigo los pies más fríos que un muerto. Bueno, muy bien, ya veo que te has vestido. Tienes que inspirar confianza.

—Estoy arreglada para salir.

—¿No se te olvidará nada de lo que te he dicho? ¿Lo harás todo bien?

—Quédate tranquilo…

—Es que… —dijo Jondrette. Y no acabó la frase.

Marius oyó que dejaba algo pesado encima de la mesa, seguramente el cortafríos que había comprado.

—¡Caramba! —dijo Jondrette—. Alguien ha estado comiendo aquí.

—Sí —dijo la madre—, me llegó para tres patatas grandes y sal. Aproveché que había lumbre para cocerlas.

—Bueno —dijo Jondrette—. Mañana os llevo a cenar conmigo. Habrá pato y más cosas. Cenaréis como si fuerais Carlos X. ¡Todo va bien!

Luego añadió en voz baja:

—La ratonera está abierta. Y ya han llegado los gatos.

Bajó la voz más aún para decir:

—Mete esto en la lumbre.

Marius oyó el entrechocar de los carbones que alguien removía con unas pinzas o una herramienta de hierro. Y Jondrette siguió diciendo:

—¿Has untado de sebo los goznes de la puerta para que no hagan ruido?

—Sí —contestó la madre.

—¿Qué hora es?

—No falta mucho para las seis. Acaba de dar la media en Saint-Médard.

—¡Demonios! —dijo Jondrette—. Las niñas tienen que irse a vigilar. A ver, vosotras, venid y atendedme bien.

Hubo un cuchicheo.

Volvió a alzarse la voz de Jondrette:

—¿Se ha ido la Burgon?

—Sí —dijo la madre.

—¿Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

—No ha vuelto en todo el día y ya sabes que cena a esta hora.

—¿Estás segura?

—Segura.

—De todas formas, no pasa nada por ir a ver si está —dijo Jondrette—. Hija, coge la vela y vete a ver.

Marius se puso a cuatro patas y se metió debajo de la cama arrastrándose sin hacer ruido.

Acababa de acurrucarse allí debajo cuando vio una luz a través de las rendijas de la puerta.

—¡Papá —gritó una voz—, ha salido!

Marius reconoció la voz de la hija mayor.

—¿Has entrado? —preguntó el padre.

—No —contestó la hija—, pero si está la llave puesta es que ha salido.

El padre gritó:

—Entra de todas formas.

Se abrió la puerta y Marius vio entrar a la mayor de las Jondrette con una vela en la mano. Era igual que por la mañana, sólo que con aquella luz asustaba más.

Se fue derecha hacia la cama. Marius pasó por un momento de ansiedad indecible, pero, cerca de la cama, había un espejo clavado en la pared, y allí era donde iba. Se puso de puntillas y se miró. Se oía que en la habitación de al lado andaban moviendo chatarra.

Se atusó el pelo con la palma de la mano y se sonrió a sí misma repetidas veces en el espejo al tiempo que canturreaba con voz ronca y sepulcral:

> Nos hemos querido toda la semana.
> ¡Los ratos de amor, ay, qué cortos son!
> ¿Valía la pena quererse ocho días?
> ¡Eterno tendría que ser el amor!
> ¡Eterno tendría que ser el amor!

Marius, entretanto, temblaba. Le parecía imposible que la muchacha no lo oyese respirar.

Ella fue hacia la ventana y miró a la calle hablando en voz alta con aquella expresión de loca que tenía.

—¡Qué feo está París cuando se pone una camisa blanca! —dijo.

Volvió al espejo y siguió poniendo caras, mirándose sucesivamente de frente y de tres cuartos.

—Pero ¿qué estás haciendo? —voceó el padre.

—Mirando debajo de la cama y de los muebles —contestó ella mientras seguía retocándose el pelo—. No hay nadie.

—¡Ven aquí ahora mismo, alma de cántaro! —vociferó el padre —. Y no andemos perdiendo el tiempo.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo ella—. ¡Con qué prisas se andan siempre en esa casa!

Tarareó:

Me abandonáis para buscar la gloria.
Mi corazón en pos vuestro irá siempre.

Le echó una última ojeada al espejo y se fue, cerrando la puerta al salir.

Momentos después, Marius oyó el ruido de los pies descalzos de las dos muchachas por el pasillo y la voz de Jondrette que les gritaba:

—¡Fijaos bien! Una por el lado del portillo, la otra en la esquina de la calle de Le Petit-Banquier. ¡No perdáis de vista ni un minuto la puerta de la casa y en cuanto veáis algo, aunque sea poco, os quiero aquí enseguida! ¡Subiendo los escalones de cuatro en cuatro! Tenéis una llave para entrar.

La hija mayor refunfuñó:

—¡Montar guardia descalzas en la nieve!

—¡Mañana tendréis botinas de seda tornasol! —dijo el padre.

Bajaron por las escaleras y, pocos segundos después, el golpe de la puerta de abajo al cerrarse anunció que ya estaban en la calle.

Sólo quedaban en la casa Marius y los Jondrette y también, seguramente, los seres misteriosos que había visto a medias Marius en la luz crepuscular detrás de la puerta de la buhardilla desocupada.

XVII

Para qué sirve la moneda de cinco francos de Marius

A Marius le pareció que había llegado el momento de volver a su observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad propia de sus años, estuvo junto al agujero del tabique.

Miró.

La vivienda de los Jondrette tenía un aspecto singular, y Marius vio la explicación de aquella claridad rara que le había llamado la atención. Ardía una vela en un candelero cubierto de cardenillo, pero no era ésa la llama que iluminaba en realidad la habitación. Lo que alumbraba todo el cuchitril era la reverberación de un hornillo bastante grande de chapa, colocado en la chimenea y repleto de carbones encendidos. El hornillo que la Jondrette había preparado por la mañana. El carbón ardía y el infiernillo estaba al rojo; bailaba en él una llama azul que contribuía a que se viera la forma del cortafríos que había comprado Jondrette en la calle de Pierre-Lombard y que se estaba poniendo al rojo hundido en las brasas. Veíanse en un rincón, cerca de la puerta, y como dispuestos para un uso previsto de antemano, dos montones, uno de los cuales parecía de chatarra, y el otro, de cuerdas. Todo aquello habría conseguido que a alguien que no hubiese sabido qué se estaba preparando le titubease la mente entre una idea muy siniestra y una idea muy sencilla. El tugurio, con aquella iluminación, parecía más una fragua que la boca del infierno; pero Jondrette, a aquella luz, parecía más un demonio que un herrero.

Era tal el calor de aquella lumbre que la vela que estaba encima de la mesa se derretía por el lado que miraba al hornillo y se consumía en bisel. Una vieja linterna sorda de cobre, digna de un Diógenes que se hubiera convertido en Cartouche, estaba encima de

la chimenea.

El hornillo, colocado en el hogar, junto a unos tizones casi apagados, mandaba el humo al cañón de la chimenea y no olía a nada.

La luna, que entraba por los cuatro huecos de la ventana, proyectaba su blancura en la buhardilla purpúrea y llameante; y, para la mentalidad poética de Marius, soñador incluso en plena acción, era como un pensamiento del cielo que se entremezclaba con los sueños deformes de la tierra.

Una corriente de aire, que entraba por el cristal roto, contribuía a disipar el olor del carbón y a disimular la existencia del hornillo.

La guarida de los Jondrette era, si recordamos lo ya dicho acerca del caserón Gorbeau, un lugar admirable para servir de escenario a una acción violenta y tenebrosa y dar cobijo a un crimen. Era la habitación más remota de la casa más aislada del bulevar más desierto de París. Si las emboscadas no hubieran existido ya de antes, las habrían inventado en ese sitio.

Toda la anchura de la finca y una multitud de habitaciones desocupadas separaban aquel tugurio del bulevar; y la única ventana que tenía daba a solares rodeados de tapias y de empalizadas.

Jondrette había encendido la pipa, se había sentado en la silla agujereada y fumaba. Su mujer le hablaba en voz baja.

Si Marius hubiera sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que se ríen en todas las circunstancias de la vida, habría soltado la carcajada al tropezarle la vista con la Jondrette. Llevaba un sombrero negro con plumas bastante parecido a los sombreros de los heraldos de la coronación de Carlos X, un chal escocés grandísimo encima de la falda de punto y los zapatos masculinos que su hija había desdeñado por la mañana. Era ese atavío el que había provocado la exclamación de Jondrette: *¡Bueno, ya veo que te has vestido! ¡Muy bien! ¡Tienes que inspirar confianza!*

En cuanto a Jondrette, no se había quitado el gabán nuevo que le había dado el señor Leblanc y que le estaba ancho y seguía habiendo en su atuendo ese contraste entre la levita y los pantalones en que residía, desde el punto de vista de Courfeyrac, la imagen ideal del poeta.

De pronto alzó la voz Jondrette.

—¡Por cierto! Acabo de caer en la cuenta. ¡Con el tiempo que hace, vendrá en coche de punto! Enciende la linterna, cógela y baja. Quédate detrás de la puerta de la calle. En cuanto oigas pararse el coche, abre enseguida; subirá, tú lo alumbras por las escaleras y por el pasillo y, mientras entra, bajas corriendo, pagas al cochero y despides el coche.

—¿Con qué dinero? —preguntó la mujer.

Jondrette rebuscó en los pantalones y le dio cinco francos.

—¿Y esto de dónde sale?

Jondrette respondió muy digno:

—Es el coronado que soltó el vecino esta mañana.

Y añadió:

—¿Sabes que aquí harían falta dos sillas?

—¿Para qué?

—Para sentarse.

Marius notó un escalofrío por el espinazo cuando oyó a la Jondrette contestar tan tranquila:

—¡Rediez! Voy por las del vecino.

Y con ademán veloz abrió la puerta del tugurio y salió al pasillo.

Marius no tenía tiempo material de bajar de la cómoda, llegar a la cama y esconderse.

—Coge la vela —gritó Jondrette.

—No —dijo la mujer—, que me estorbaría; tengo que llevar las dos sillas. Da luz la luna.

Marius oyó cómo la mano pesada de la Jondrette buscaba a tientas la llave en la oscuridad. Se abrió la puerta. Se quedó clavado en el sitio, petrificado de sobrecogimiento y estupor.

La Jondrette entró.

Por la ventana del techo abuhardillado entraba un rayo de luna entre dos lienzos grandes de sombra. Uno de esos lienzos de sombra cubría por completo la pared a la que estaba adosado Marius, de forma tal que no se lo veía.

La Jondrette alzó la mirada y no vio a Marius; cogió las dos sillas, las únicas que tenía Marius, y se fue, dejando que la puerta se cerrase sola de un portazo al salir ella.

Volvió a entrar en el tugurio.

—Aquí tienes las dos sillas.

—Y aquí tienes la linterna —dijo el marido—. Baja corriendo.

Ella se apresuró a obedecer y Jondrette se quedó solo.

Colocó las dos sillas a ambos lados de la mesa, le dio la vuelta al cortafríos entre las brasas, colocó delante de la chimenea un biombo viejo para que tapase el hornillo y fue luego al rincón donde estaba el montón de cuerdas y se agachó como para examinar algo. Marius se dio cuenta entonces de que lo que había tomado por un montón informe era una escala de cuerda muy bien hecha con peldaños de madera y dos garfios para engancharla.

Aquella escala y unas cuantas herramientas grandes, auténticos bloques de hierro, que andaban revueltas con la chatarra del montón de detrás de la puerta no estaban por la mañana en el tugurio de los Jondrette y parecía que las habían traído por la tarde, mientras Marius no estaba en casa.

«Son herramientas de herrero de corte», pensó Marius.

Si Marius hubiera sido algo más versado en la materia, habría reconocido, en aquello que tomaba por trebejos de herrador de corte, algunos instrumentos que pueden forzar una cerradura o usarse de ganzúa para una puerta y otros que pueden cortar o rebanar, las dos familias de herramientas que los ladrones llaman *hurgonas* y *esquiladoras.*

La chimenea y la mesa con las dos sillas estaban precisamente de cara a Marius. Al quedar escondido el hornillo, la habitación no tenía ya más luz que la de la vela; el mínimo cascote de loza encima de la mesa o en la chimenea proyectaban una sombra muy grande. Un jarro de agua desportillado tapaba la mitad de una pared. Había en aquel cuarto a saber qué calma repulsiva y ominosa. Se notaba que algo espantoso estaba a la espera.

Jondrette había dejado que se le apagase la pipa, síntoma de gran preocupación. La vela destacaba los ángulos ariscos y astutos de la cara. Fruncía las cejas y gesticulaba aparatosamente con la mano derecha como si estuviera respondiendo a los últimos consejos de un tenebroso monólogo interior. En una de esas oscuras réplicas que se daba a sí mismo, abrió con viveza el cajón de la mesa, sacó un cuchillo largo de cocina que estaba allí escondido y probó el corte en una uña. Hecho eso, volvió a meter el cuchillo en el cajón y lo cerró.

Marius, por su parte, agarró la pistola que llevaba en el bolsillo derecho, la sacó y la montó.

La pistola, al montarse, hizo un ruidito claro y seco.

Jondrette se sobresaltó y se levantó a medias de la silla:

—¿Quién anda ahí?

Marius contuvo el aliento. Jondrette se quedó un rato escuchando y luego se echó a reír diciendo:

—¡Seré tonto! Es que cruje el tabique.

Marius se quedó con la pistola en la mano.

XVIII

Las dos sillas de Marius cara a cara

De pronto se estremecieron los cristales con la vibración lejana y melancólica de una campana. Estaban dando las seis en Saint-Médard.

Jondrette acusó todas las campanadas, una a una, asintiendo con la cabeza. Tras la sexta, apagó la vela con los dedos.

Se puso luego a recorrer la habitación, prestó oído a los ruidos del pasillo y siguió andando; volvía luego a prestar oído.

—¡Con tal de que venga! —refunfuñó. Luego, se volvió a la silla.

Aún no se había acabado de sentar cuando se abrió la puerta.

La había abierto la Jondrette, y se había quedado en el pasillo poniendo una espantosa sonrisa de amabilidad que una de las aberturas de la linterna sorda iluminaba desde abajo.

—Entre, caballero —dijo.

—Entre, benefactor mío —repitió Jondrette, poniéndose de pie apresuradamente.

Entró el señor Leblanc.

Tenía una expresión serena que le daba un aspecto singularmente venerable.

Dejó cuatro luises encima de la mesa.

—Señor Fabantou —dijo—, aquí tiene para el alquiler y las primeras necesidades. Para más adelante ya veremos.

—¡Dios se lo pague, generoso benefactor mío! —exclamó Jondrette. Y luego, acercándose rápidamente a su mujer, le dijo:

—Despide el coche.

Ella se esfumó mientras su marido saludaba una y otra vez al señor Leblanc y le ofrecía una silla. Volvió, pasado un momento, y le dijo al oído:

—Ya está.

La nieve, que no había dejado de caer desde por la mañana, formaba una capa tan espesa que no se había oído llegar el coche de punto y no se lo oyó irse.

Entretanto el señor Leblanc se había sentado.

Jondrette había tomado posesión de la otra silla, frente por frente con el señor Leblanc.

Ahora, para hacernos una idea de la escena que viene a continuación, que se imagine el lector la noche gélida, la solitaria zona de La Salpêtrière cubierta de nieve y blanca a la luz de la luna como un sudario gigantesco, la luz de lamparilla de los faroles que ponía toques rojos acá y allá en esos bulevares trágicos y en las largas hileras de olmos negros; ni un transeúnte, quizá, en un cuarto de legua a la redonda; el caserón Gorbeau en su estado máximo de silencio, de espanto y de oscuridad nocturna; y, en ese caserón, en medio de esa soledad, en medio de esa oscuridad, la amplia buhardilla de los Jondrette a la luz de un vela; y, en ese tugurio, dos hombres sentados ante una mesa: el señor Leblanc, tranquilo; Jondrette, sonriente y aterrador; la Jondrette, la madre loba, en un rincón; y, detrás del tabique, Marius, invisible, de pie, que no se perdía ni una palabra, ni un gesto, con la mirada al acecho y la pistola empuñada.

Marius, por lo demás, sólo notaba la conmoción del espanto, pero no sentía temor alguno. Apretaba la culata de la pistola y se daba cuenta de que lo tranquilizaba. «Detendré a ese miserable cuando quiera», pensaba.

Notaba que la policía estaba por allí, en algún sitio, emboscada, a la espera de la señal convenida y lista para alargar el brazo.

Por lo demás, tenía la esperanza de que de aquel encuentro violento entre Jondrette y el señor Leblanc surgiera alguna luz en relación con todas las cosas de las que le interesaba enterarse.

XIX

Preocuparse de la oscuridad del fondo

No bien se hubo sentado, el señor Leblanc volvió la vista hacia los jergones, que estaban vacíos.

—¿Qué tal está esa pobre niña que estaba herida?

—Mal —contestó Jondrette con una sonrisa consternada y agradecida—, muy mal, mi digno señor. Su hermana mayor la ha llevado a La Bourbe a que le hagan una cura. Ahora las verá, volverán dentro de un rato.

—La señora Fabantou me parece que se encuentra mejor —siguió diciendo el señor Leblanc, fijándose en el curioso atuendo de la Jondrette, quien, de pie entre él y la puerta, como si estuviera ya de guardia para impedir la salida, lo miraba en postura amenazadora y casi combativa.

—Se está muriendo —dijo Jondrette—. Pero ¿qué quiere que le diga, caballero?, ¡tiene tanto valor la mujer esta! No es una mujer, es un buey.

La Jondrette, a quien le llegó el elogio al alma, protestó, haciendo melindres, como un monstruo halagado:

—¡Me tratas siempre mejor de lo que me merezco, señor Jondrette!

—Jondrette —dijo el señor Leblanc—. Yo creía que se llamaba usted Fabantou.

—¡Fabantou, conocido por Jondrette! —replicó con presteza el marido—. ¡Apodo de artista!

Y, tras un encogimiento de hombros dirigido a su mujer que el señor Leblanc no vio, siguió diciendo con un tono de voz enfático y meloso:

—¡Ay, si es que siempre nos hemos llevado muy bien mi

mujercita y yo! ¿Qué nos quedaría, si no tuviéramos eso? ¡Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Tenemos brazos y no tenemos trabajo! ¡Tenemos coraje, pero no tenemos faena! No sé como hace estas cosas el gobierno, pero, le doy mi palabra de honor, caballero, de que no soy un jacobino, señor mío, no soy un republicano andrajoso, no quiero mal al gobierno, pero si fuera yo ministro, se lo juro por lo más sagrado, de otra manera irían las cosas. Mire, un ejemplo, quise que mis hijas aprendieran el oficio de cartoneras. Y usted me dirá: ¿Cómo? ¿Un oficio? ¡Pues sí! ¡Un oficio! ¡Un simple oficio! Para ganarse el sustento. ¡Qué forma de caer, benefactor mío! ¡Qué degradación cuando se ha sido lo que fuimos! ¡No nos queda, ay, nada de nuestros tiempos de prosperidad! Una única cosa, un cuadro al que le tengo mucho apego, pero del que, sin embargo, estaría dispuesto a desprenderme. ¡Porque hay que vivir! ¡Eso es, hay que vivir!

Mientras hablaba Jondrette, con una especie de desesperación aparente que no le remediaba en absoluto la expresión calculadora y sagaz de la cara, Marius alzó la mirada y divisó, al fondo de la habitación, a alguien a quien no había visto aún. Acababa de entrar un hombre, tan despacio que no se habían oído girar los goznes de la puerta. Aquel hombre llevaba un chaleco de punto violeta viejo, raído, con manchas, con cortes y con todas las arrugas boqueando, un pantalón ancho de pana y en los pies unas zapatillas de las que se usan con zuecos; iba sin camisa y con el cuello al aire, los brazos también al aire y tatuados y la cara tiznada de negro. Se había sentado en silencio y con los brazos cruzados en la cama que tenía más a mano y, como estaba detrás de la Jondrette, sólo se lo veía confusamente.

Por esa especie de instinto magnético que alerta a la mirada, el señor Leblanc se volvió casi al mismo tiempo que Marius. No pudo evitar un ademán de sorpresa que no se le escapó a Jondrette.

—¡Ah, ya veo que está mirando su levita! —dijo Jondrette abrochándosela con cara de agrado—. ¡Me sienta bien, a fe mía que me sienta bien!

—¿Quién es ese hombre? —dijo el señor Leblanc.

—¿Ése? —dijo Jondrette—. Un vecino. No le haga caso.

El vecino tenía una pinta singular. Pero en el arrabal de Saint-Marceau abundan las fábricas de productos químicos. Muchos

obreros fabriles pueden tener la cara negra. Por lo demás, de toda la persona del señor Leblanc se desprendía una confianza cándida e intrépida. Añadió:

—Perdone, señor Fabantou, ¿qué me estaba diciendo?

—Le estaba diciendo, caballero y querido protector mío —respondió Jondrette, poniéndose de codos en la mesa y contemplando al señor Leblanc con mirada fija y afectuosa, bastante parecida a la de la boa—, le estaba diciendo que tengo un cuadro en venta.

Se oyó un leve ruido en la puerta. Acababa de entrar otro hombre, que se había sentado en la cama, detrás de la Jondrette. Iba, como el primero, remangado y con una máscara de tinta o de hollín.

Aunque aquel hombre se hubiera escurrido, literalmente, dentro de la habitación, no pudo evitar que el señor Leblanc lo viera.

—No haga caso —dijo Jondrette—. Son vecinos de la casa. Así que le estaba diciendo que me quedaba un cuadro valiosísimo… Mire, caballero, fíjese.

Se puso de pie, se acercó a la pared a cuyo pie estaba el entrepaño que ya hemos mencionado y le dio la vuelta, aunque lo dejó apoyado en el tabique. Se trataba de algo que tenía, efectivamente, parecido con un cuadro y que la vela iluminaba hasta cierto punto. Marius no podía ver bien lo que representaba, porque Jondrette estaba entre el cuadro y él, pero divisaba a medias unos chafarrinones muy burdos y algo así como un personaje principal coloreado con la crudeza chillona de los telones de las ferias y de los dibujos de los biombos.

—¿Y eso qué es? —preguntó el señor Leblanc.

Jondrette exclamó:

—¡La obra de un maestro de la pintura, un cuadro de gran valor, benefactor mío! Lo quiero como a mis hijas. ¡Me trae recuerdos! Pero ya le he dicho, y no me desdigo, que soy tan desdichado que estaría dispuesto a desprenderme de él.

Bien fuera por casualidad, bien porque estuviera empezando a preocuparse, la mirada del señor Leblanc, mientras examinaba el cuadro, volvió hacia el fondo de la habitación. Ahora había cuatro hombres, tres sentados en la cama y uno de pie junto al marco de la puerta; los cuatro iban remangados, estaban inmóviles y tenían la

cara tiznada de negro. Uno de los que se sentaban en la cama se había apoyado en la pared, con los ojos cerrados, y parecía dormir. Era viejo; el pelo blanco coronando el rostro negro hacía un efecto espantoso. Los otros dos parecían jóvenes. Uno era barbudo, y el otro, melenudo. Ninguno llevaba zapatos; los que no llevaban zapatillas, iban descalzos.

Jondrette notó que al señor Leblanc se le quedaban los ojos clavados en esos hombres.

—Son unos amigos. Vienen de visita porque somos vecinos. Están tiznados porque trabajan con carbón. Son fumistas. No les haga caso, benefactor mío, y cómpreme el cuadro. Compadézcase de mi pobreza. Se lo dejo barato. ¿En cuánto lo valora usted?

—Pero —dijo el señor Leblanc, mirando a Jondrette a los ojos y como hombre que se está poniendo en guardia— si esto es un rótulo de taberna; vale como mucho tres francos.

Jondrette respondió con voz suave:

—¿Lleva encima la cartera? Me conformaría con mil escudos.

El señor Leblanc se puso de pie, apoyó la espalda en la pared y recorrió rápidamente la habitación con la mirada. Tenía a Jondrette a la izquierda, del lado de la ventana, y a la Jondrette y a los cuatro hombres a la derecha, del lado de la puerta. Los cuatro hombres no se movían y ni tan siquiera parecían verlo; Jondrette había seguido hablando en tono quejumbroso, con mirada tan vaga y entonación tan plañidera que el señor Leblanc podía pensar que tenía delante sencillamente a un hombre al que había vuelto loco la miseria.

—Si no me compra el cuadro, querido benefactor —decía Jondrette—, estoy sin recursos, lo único que me queda ya es tirarme al río. Cuando pienso que quise que mis hijas aprendiesen el oficio de cartoneras en semifino, para hacer cajas de regalo. Bueno, pues se necesita una mesa con un tablón detrás para que no se caigan los vasos al suelo; se necesita un horno ex profeso, un bote con tres divisiones para las colas de diferente fuerza según que se usen para madera, para papel o para tela, una chaira para cortar el cartón, un molde para ajustarlo, un martillo para clavar los aceros, pinceles, y a saber qué mas, una cantidad endemoniada de cosas. ¡Y todo eso para ganar veinte céntimos diarios! ¡Trabajando catorce horas! ¡Y cada caja le pasa trece veces por las manos a la obrera! ¡Y hay que mojar el papel! ¡Y no hay que manchar nada! ¡Y que la cola esté

siempre caliente! ¡Una cantidad de cosas endemoniada, ya le digo! ¡Y veinte céntimos diarios! ¿Cómo quiere usted que se pueda vivir?

Jondrette no miraba al señor Leblanc mientras hablaba; y éste lo observaba. El señor Leblanc tenía la vista clavada en Jondrette, y Jondrette la tenía clavada en la puerta. La atención jadeante de Marius iba de uno a otro. El señor Leblanc parecía estar preguntándose: «¿Es un idiota?». Jondrette repitió dos o tres veces con todo un surtido de inflexiones dentro de un registro moroso y suplicante: «¡Lo único que me queda ya es tirarme al río! ¡La otra tarde bajé los tres peldaños que hay junto al puente de Austerlitz para tirarme!».

De pronto, se le iluminaron las pupilas mortecinas con una llamarada repulsiva; el hombrecillo aquel se irguió y se volvió amedrentador; dio un paso hacia el señor Leblanc y le gritó con voz de trueno:

—Pero ¡vamos a dejarnos ya de tonterías! ¿No me reconoce?

XX

La emboscada

La puerta de la buhardilla acababa de abrirse de golpe y asomaban por ella tres hombres con blusón de algodón azul y máscaras de papel negro. El primero era flaco y llevaba un garrote largo y herrado; el segundo, que era como un coloso, llevaba cogida por la parte central del mango y con la hoja hacia abajo un hacha de las de matar a los bueyes. El tercero, un hombre achaparrado, menos flaco que el primero y menos robusto que el segundo, empuñaba una llave enorme robada de la puerta de alguna cárcel.

Por lo visto, lo que estaba esperando Jondrette era que llegasen esos hombres. El hombre del garrote, el flaco, y él entablaron un diálogo veloz.

—¿Está todo listo? —dijo Jondrette.

—Sí —contestó el hombre flaco.

—¿Dónde está Montparnasse?

—Nuestro galán joven se ha parado a charlar con tu hija.

—¿Con cuál?

—Con la mayor.

—¿Hay un coche abajo?

—Sí.

—¿Está enganchada la tartana?

—Enganchada está.

—¿Con dos buenos caballos?

—Estupendos.

—¿Está esperando donde dije que esperara?

—Sí.

—Bien —dijo Jondrette.

El señor Leblanc estaba muy pálido. Miraba cuanto lo rodeaba

en el tugurio como un hombre que cae en la cuenta de dónde ha ido a meterse; y movía la cabeza girando el cuello, por turnos, hacia todas las caras que lo rodeaban, con lentitud atenta y asombrada; pero nada había en su expresión que se pareciera al miedo. Se había atrincherado provisionalmente detrás de la mesa; y aquel hombre, que momentos antes sólo parecía un anciano bondadoso, se había convertido repentinamente en algo parecido a un atleta y apoyaba el puño robusto en el respaldo de su silla con un gesto temible y sorprendente.

Aquel anciano, tan firme y tan valiente frente a semejante peligro, parecía tener uno de esos caracteres que son valerosos de la misma forma que son buenos, con facilidad y sencillez. Nunca nos resulta ajeno el padre de una mujer a la que amamos. Marius se sintió orgulloso del desconocido aquel.

Tres de los hombres remangados, de los que había dicho Jondrette: *son fumistas,* habían cogido, del montón de chatarra, uno de ellos una cizalla grande; otro, unas pinzas de hacer palanca; y el tercero, un martillo; y se habían cruzado delante de la puerta sin decir palabra. El viejo se había quedado en la cama y se había limitado a abrir los ojos. La Jondrette se había sentado junto a él.

Marius pensó que faltaban pocos segundos para que llegase el momento de intervenir y alzó la mano derecha hacia el techo y apuntando al pasillo, dispuesto a disparar la pistola.

Jondrette, tras dar por concluido el coloquio con el hombre del garrote, se volvió otra vez hacia el señor Leblanc y repitió la pregunta acompañándola con esa risa baja, contenida y terrible, tan suya:

—¿Así que no me reconoce?

El señor Leblanc lo miró a la cara y contestó:

—No.

Entonces Jondrette se llegó hasta la mesa. Se inclinó por encima de la vela, cruzándose de brazos, acercando el rostro anguloso y feroz a la cara tranquila del señor Leblanc; y, arrimándose cuanto pudo a él, sin que éste retrocediera, en esa postura de la fiera que va a morder, gritó:

—No me llamo Fabantou; no me llamo Jondrette; ¡me llamo Thénardier! ¡Soy el posadero de Montfermeil! ¿Se entera? ¡Thénardier! ¿Me reconoce ahora?

Al señor Leblanc le pasó por la frente un imperceptible rubor, y contestó sin que le temblase la voz y sin alzar el tono, con su placidez ordinaria:

—Pues no.

Marius no oyó esa respuesta. Quien lo hubiera visto en aquellos momentos, en aquella oscuridad, se lo habría encontrado descompuesto, alelado y fulminado. En el momento en que Jondrette dijo: *Me llamo Thénardier*, tuvo Marius un estremecimiento de todos los miembros y se apoyó en la pared como si hubiera notado el frío de una hoja de acero atravesándole el corazón. Luego se le bajó despacio el brazo derecho, listo para disparar un tiro y dar la señal, y, en el momento en que Jondrette repitió: *¿Se entera? ¡Thénardier!,* los dedos desfallecidos de Marius estuvieron a punto de dejar caer la pistola. Jondrette, al revelar quién era, no había conseguido que se inmutara el señor Leblanc, pero sí trastornar a Marius. Aquel apellido, Thénardier, que al señor Leblanc no parecía sonarle, a Marius sí le sonaba. ¡Recordemos lo que era ese apellido para él! ¡Ese apellido lo había llevado junto al corazón, escrito en el testamento de su padre! Lo llevaba en lo hondo del pensamiento, en lo hondo de la memoria, en aquella recomendación sagrada: «Un tal Thénardier me salvó la vida. Si mi hijo se encuentra con él, que le haga todo el bien que esté en su mano». Como recordaremos, aquel apellido era una de las devociones de su alma. En el culto que rendía a su padre, unía ese nombre al de éste. ¡Cómo! ¡Ese hombre era Thénardier, ése era el posadero de Montfermeil que había buscado tanto tiempo en vano! Al fin lo encontraba y ¡en qué circunstancias! ¡El salvador de su padre era un bandido! ¡El hombre en quien Marius soñaba con volcarse abnegadamente era un monstruo! ¡El liberador del coronel Pontmercy estaba cometiendo un atentado cuya forma no vislumbraba aún Marius con claridad pero que tenía visos de ser un asesinato! ¡Y a quién estaba atacando, por Dios! ¡Qué fatalidad! ¡Qué amarga burla de la suerte! Su padre le ordenaba desde lo hondo del sepulcro que le hiciera a Thénardier todo el bien que estuviera en su mano; hacía cuatro años no pensaba sino en pagar aquella deuda de su padre y, en el momento en que iba a entregar a la justicia a un bandido cuando estaba cometiendo un crimen, el destino le gritaba: ¡Es Thénardier! Por fin iba a pagarle a ese

hombre la vida de su padre, rescatado de un granizo de metralla en el campo heroico de Waterloo, ¡e iba pagársela con el patíbulo! Se había prometido a sí mismo, si alguna vez encontraba a Thénardier, que no se acercaría a él sino arrojándose a sus pies; y lo había encontrado, efectivamente, pero ¡para entregárselo al verdugo! Su padre le decía: «¡Socorre a Thénardier!». ¡Y él respondía a aquella voz adorada y santa aplastando a Thénardier! ¡Brindarle a su padre, que estaba en la tumba, el espectáculo del hombre que lo había arrancado a la muerte, jugándose la propia vida, ejecutado en la plaza de Saint-Jacques, por obra y gracia de su hijo, de ese Marius al que había dejado por herencia a aquel hombre! ¡Y qué irrisorio resultaba haber llevado tanto tiempo pegadas al pecho las últimas voluntades de su padre escritas de su puño y letra para caer ahora, de forma espantosa, en todo lo contrario! Pero, por otra parte, ¿podía presenciar aquella emboscada y no impedirla? ¡Cómo! ¡Condenar a la víctima y salvar al asesino! ¿Podía sentir alguien agradecimiento alguno hacia un miserable de esa laya? Todo cuanto llevaba Marius pensando desde hacía cuatro años lo había atravesado de parte a parte aquel golpe inesperado. Temblaba. Todo dependía de él. Sin que aquellas personas que estaban ahí, moviéndose ante sus ojos, lo supieran, las tenía en sus manos. Si disparaba el tiro, el señor Leblanc se salvaba y Thénardier estaba perdido; si no lo disparaba, sacrificaba al señor Leblanc y, ¿quién sabe?, Thénardier escapaba. ¡Despeñar a uno o desentenderse del otro! Remordimiento por ambos lados. ¿Qué hacer? ¿Qué escoger? ¡No cumplir con esos recuerdos tan imperiosos, con esos compromisos tan hondos que había adquirido consigo mismo, con el deber más sagrado, con el texto más venerado! ¡No cumplir con el testamento de su padre o permitir que se cometiera un crimen! Por un lado, le parecía estar oyendo a «su Ursule» rogarle por su padre; y, por otro, el coronel ponía bajo su amparo a Thénardier. Sentía que se volvía loco. Se le doblaban las rodillas. Y no tenía siquiera tiempo de pensárselo, porque la escena que se desarrollaba ante su vista se iba acelerando furiosamente. Aquello era como un torbellino que había creído dominar y que lo arrastraba. Estuvo a punto de desmayarse.

En tanto, Thénardier, pues en adelante sólo lo llamaremos así, paseaba de arriba abajo, pasando por delante de la mesa, presa de

una suerte de extravío y de triunfo frenético.

Agarró la vela y la puso encima de la chimenea con un golpe tan violento que la mecha estuvo a punto de apagarse y el sebo salpicó la pared.

Se volvió luego hacia el señor Leblanc, atemorizador, y escupió las siguientes palabras:

—¡Flameado! ¡Ahumado! ¡Guisado! ¡A la parrilla!

Y volvió a pasear arriba y abajo, en plena erupción.

—¡Ah! —gritaba—. ¡Por fin lo encuentro, señor filántropo! ¡Señor millonario de tres al cuarto! ¡Regalador de muñecas! ¡Señor simplón! ¡Ah! ¡Dice que no me reconoce! ¡Será que no fue usted quien estuvo en Montfermeil, en mi posada, hace ocho años, en la Nochebuena de 1823! ¡Será que no fue usted quien se llevó de mi casa a la hija de Fantine, a la Alondra! ¡Será que no fue usted quien llevaba un carrique amarillo! ¡Qué va! ¡Ni un paquete de ropa en la mano, igual que esta mañana, aquí, en mi casa! ¡Ya ves, mujer! ¡Por lo visto es una manía que tiene, esa de llevar a las casas paquetes llenos de medias de lana! ¡Menudo viejo caritativo está hecho! ¿Será que es usted comerciante de géneros de punto, señor millonario? ¿Y les regala a los pobres las existencias de la tienda, santo, que es usted un santo? ¡Menudo funámbulo está hecho! ¿Así que no me reconoce? ¡Pues yo sí que lo reconozco! ¡Lo reconocí enseguida, en cuanto asomó los morros por aquí! ¡Ah, por fin va a quedar claro que no puede uno ir de rositas a casa de la gente con el pretexto de que es una posada, vestido de mala manera, con pinta de pobre, tan pobre que cualquiera le habría dado cinco céntimos, para engañar a la gente y hacerse el generoso, y dejarla sin su forma de ganarse el pan, y amenazarla en el bosque, y creerse que ya ha cumplido trayéndoles luego, cuando esa gente está en la ruina, una levita ancha y dos malas mantas de hospital, viejo granuja, ladrón de niños!

Calló y, por unos instantes, pareció que hablaba consigo mismo. Hubiérase dicho que aquella furia suya caía, como el Ródano, en un agujero; luego, como si rematase en voz alta las cosas que acababa de decirse por lo bajo, dio un puñetazo en la mesa y gritó:

—¡Con esa pinta bonachona!

Y, encarándose con el señor Leblanc, siguió diciendo:

—¡Cuerpo de Cristo! ¡Hace tiempo se rió de mí! ¡Tiene usted la

culpa de todas mis desgracias! ¡Se llevó por mil quinientos francos una chica que tenía yo y que era seguramente de alguna gente rica y que me había proporcionado ya mucho dinero y tenía que darme para vivir toda la vida! ¡Una chica que me habría resarcido de todo lo que perdí en aquel figón asqueroso donde había aquelarres por todo lo alto y donde me dejé, como un imbécil, todos los cuartos que tenía! ¡Ah, cuánto me gustaría que todo el vino que se bebió en mi taberna se les volviera veneno a quienes lo bebieron! Pero, bueno, ¡da igual! ¡Oiga, qué gracia debí de hacerle cuando se largó con la Alondra! Llevaba su garrote, en el bosque. Era el más fuerte. ¡La revancha! ¡Los triunfos los tengo yo hoy! ¡Va listo, compadre! Pero ¡si es que me da la risa! ¡Lo que me estoy riendo, de verdad! ¡Cómo ha caído en la trampa! ¡Le dije que era actor, que me llamaba Fabantou, que había trabajado con la señorita Mars, con la señorita *Más,* que el casero quería cobrarme mañana, 4 de febrero! ¡Y ni siquiera cayó en la cuenta de que los alquileres vencen el 8 de enero, y no el 4 de febrero! ¡Cretino ridículo! ¡Y esos cuatro felipes de mala muerte que me trae! ¡Canalla! ¡Ni siquiera se le ha movido el alma y ha llegado a los cien francos! ¡Y cómo se tragaba las ramplonerías que le contaba! ¡Qué risa! Me decía a mí mismo: «¡So pánfilo! ¡Te tengo pillado! ¡Esta mañana te lamo las patazas y esta noche te roeré el corazón!».

Thénardier calló. Estaba sin resuello. El pecho débil y estrecho jadeaba como el fuelle de una fragua. Le rebosaba de la mirada esa innoble felicidad propia de un ser débil, cruel y cobarde que por fin puede derribar a quien temía e insultar a quien le bailó el agua, el júbilo de un enano que le pisa la cabeza a Goliat, el júbilo de un chacal que está empezando a arrancarle la carne a tiras a un toro enfermo, lo bastante muerto para no defenderse ya y lo bastante vivo para sufrir todavía.

El señor Leblanc no lo interrumpió, pero cuando Thénardier calló, le dijo:

—No sé a qué se refiere. Se confunde. Soy un hombre muy pobre y desde luego disto mucho de ser millonario. No lo conozco a usted. Me toma por otro.

—¡Ah! —dijo, como en un estertor, Thénardier—. ¡Vaya broma! ¿Pretende seguir con ese chiste? ¡Vaya torpeza, amigo! ¿Así que no se acuerda? ¿No cae en la cuenta de quién soy?

—Disculpe, caballero —contestó el señor Leblanc con un tono cortés que, en aquellas circunstancias, tenía un toque extraño y poderoso—; sí caigo en la cuenta de que es usted un bandido.

Como todo el mundo habrá observado, los seres odiosos tienen su susceptibilidad, y los monstruos son quisquillosos. Al oír la palabra «bandido», la Thénardier se tiró de la cama. Thénardier agarró su silla como si fuera a partirla con las manos.

—¡Tú no te muevas! —le gritó a su mujer. Y, volviéndose hacia el señor Leblanc, dijo—: ¡Bandido! ¡Sí, ya sé que ustedes, los ricos, nos llaman así! ¡Pues sí, es cierto, quebré, me ando escondiendo, no tengo pan, no tengo ni un céntimo, soy un bandido! Llevo tres días sin comer, ¡soy un bandido! ¡Ay, ustedes andan con los pies calientes, llevan escarpines de Sakoski, llevan levitas guateadas, como si fueran arzobispos, viven en el piso principal y en fincas con portero, comen trufas, comen manojos de espárragos de cuarenta francos en el mes de enero y guisantes, se atiborran, y, cuando quieren saber si hace frío, miran en el periódico lo que marca el termómetro del ingeniero Chevalier! Pero nosotros somos los termómetros, no necesitamos ir a mirar en el muelle, en la esquina de la torre de L'Horloge, cuántos grados de frío hay, notamos que la sangre se nos coagula en las venas y que el hielo nos llega al corazón y decimos: ¡No hay Dios! ¡Y vosotros venís a nuestras cuevas, sí, a nuestras cuevas, a llamarnos bandidos! Pero ¡nos los comeremos! ¡Sí, os devoraremos, infelices! Entérese bien, señor millonario: ¡yo fui un hombre con una posición, y tuve mi negocio con patente, y fui elector! ¡Yo soy un burgués! ¡Y a lo mejor resulta que usted no lo es!

Al llegar aquí, Thénardier dio un paso hacia los hombres que estaban junto a la puerta y añadió, presa de un temblor:

—¡Cuando pienso que se atreve a venir aquí a hablarme como si fuera yo un zapatero remendón!

Luego, dirigiéndose al señor Leblanc con recrudecido frenesí:

—¡Y entérese bien, señor filántropo, de que yo no soy un hombre poco claro! ¡No soy un hombre que nadie sabe cómo se llama y que va a las casas a secuestrar a los niños! ¡Soy un antiguo soldado francés y deberían haberme condecorado! ¡Yo estuve en Waterloo! ¡Y salvé en la batalla a un general que se llamaba el conde de no sé qué! Me dijo cómo se llamaba, pero hablaba tan

flojo aquella puñetera voz que no lo oí. Sólo oí: *Gracias*. Más me habría gustado un nombre que un agradecimiento. Así podría haberlo localizado. Ese cuadro que ve ahí y que pintó David en Bruselas, ¿sabe lo que representa? Pues me representa a mí. David quiso inmortalizar ese hecho de armas. Llevo al general cargado a la espalda y me voy con él, cruzando entre la metralla. Ésa es la historia. ¡Nunca hizo nada por mí ese general, no valía más que los otros! Pero eso no quita para que le salvase la vida jugándome la mía, ¡y tengo los bolsillos repletos de papeles que lo certifican! ¡Soy un soldado de Waterloo, por vida de…! Y ahora que ya he tenido la bondad de contarle todo esto, acabemos. ¡Necesito dinero, necesito mucho dinero, necesito muchísimo dinero, o, si no, me lo cargo, voto a Dios!

Marius había conseguido domeñar hasta cierto punto sus angustias y escuchaba. Acababa de desvanecerse la última posibilidad de dudar. Era, efectivamente, el Thénardier del testamento. Marius se estremeció al oír que tildaban a su padre de ingrato y que él estaba a punto de dar pie fatalmente a ese reproche. Se sintió aún más perplejo. Aunque, por lo demás, había en cuanto decía Thénardier, en el tono, en los ademanes, en la mirada que arrancaba llamas a todas las palabras, había en aquel estallido de una naturaleza perversa completamente al descubierto, en aquella mezcla de fanfarronería y de abyección, de orgullo y de bajeza, de rabia y de estupidez, en aquel caos de agravios reales y de sentimientos falsos, en aquel impudor de un hombre malo que paladea la voluptuosidad de la violencia, en aquella desnudez descarada de un alma fea, en aquella conflagración de todos los padecimientos combinados con todos los odios, algo que resultaba repulsivo como el mal y desgarrador como la verdad.

La obra maestra, el cuadro de David cuya compra le había propuesto al señor Leblanc, no era, como ya habrá adivinado el lector, sino el letrero del figón de Thénardier, que, como recordaremos, había pintado él en persona, el único despojo que le quedaba del naufragio de Montfermeil.

Como ya no interceptaba la trayectoria visual de Marius, éste podía, mirar despacio el objeto, y, en aquel pintarrajo, ahora reconocía realmente una batalla, un fondo de humo y un hombre que cargaba con otro. Era el grupo de Thénardier y Pontmercy, el

sargento salvador y el coronel salvado. Marius estaba como ebrio; aquel cuadro le devolvía, en cierto modo, la vida a su padre, no era ya el letrero de una taberna de Montfermeil, sino una resurrección; se abría a medias una tumba y se erguía fuera de ella un fantasma. Marius notaba los golpes del corazón en las sienes, tenía en los oídos el cañón de Waterloo; su padre, ensangrentado, pintado de mala manera en aquel entrepaño tétrico, lo espantaba; y le parecía que aquella silueta informe lo mirada fijamente.

Cuando Thénardier hubo recobrado el resuello, clavó en el señor Leblanc las pupilas inyectadas en sangre y le dijo con voz baja y tajante:

—¿Qué tienes que decir antes de que te cortemos en pedacitos?

El señor Leblanc callaba. En medio de ese silencio, una voz ronca soltó desde el pasillo este sarcasmo lúgubre:

—¡Aquí estoy yo si hay que partir leña!

Era el hombre del hacha, que andaba de guasa.

Al mismo tiempo, una cara enorme, erizada y terrosa, asomó por la puerta con una risa terrorífica que mostraba no unos dientes humanos, sino unos colmillos de fiera.

Era la cara del hombre del hacha.

—¿Por qué te has quitado la máscara? —le gritó Thénardier furioso.

—Para hacer una gracia —contestó el hombre.

El señor Leblanc hacía unos instantes que parecía estar siguiendo y acechando todos los movimientos de Thénardier, a quien cegaba y deslumbraba su propia rabia e iba y venía por la guarida con la confianza de saber que la puerta estaba guardada, que él estaba armado y tenía atrapado a un hombre desarmado y que eran nueve contra uno, en el supuesto de que la Thénardier no valiera por un hombre. Mientras se encaraba con el hombre del hacha, le daba la espalda al señor Leblanc.

El señor Leblanc aprovechó ese momento, le dio una patada a la silla, empujó la mesa con el puño y, de un salto, con una agilidad prodigiosa y antes de que Thénardier tuviera tiempo de darse la vuelta, ya estaba en la ventana. Abrirla, subirse al antepecho y sacar una pierna por ella fue cuestión de un segundo. Ya tenía medio cuerpo fuera cuando seis puños robustos lo agarraron y volvieron a meterlo enérgicamente en el tugurio. Eran los tres

«fumistas» que se le habían echado encima. Al mismo tiempo, la Thénardier lo agarró del pelo.

Al oír aquel ruido de pies, los otros bandidos llegaron desde el pasillo. El viejo que estaba encima del catre y parecía tomado del vino bajó del camastro y llegó, tambaleándose, con un martillo de peón caminero en la mano.

Uno de los «fumistas», cuya vela le iluminaba la cara tiznada y en quien Marius reconoció, pese a ese tizne, a Panchaud, conocido por Printanier y Bigrenaille, enarbolaba, por encima de la cabeza del señor Leblanc, una especie de porra que consistía en dos bolas de plomo en los dos extremos de una barra de hierro.

Marius no pudo soportar aquel espectáculo. «Padre —pensó—, ¡perdóneme!» Y buscó con el dedo el gatillo de la pistola. Estaba a punto de disparar cuando la voz de Thénardier gritó:

—¡No le hagáis daño!

Aquel intento desesperado de la víctima, en vez de exasperar a Thénardier, lo había tranquilizado. Había en él dos hombres: el hombre feroz y el hombre hábil. Hasta entonces, al desbordársele el triunfo y ante la presa cobrada y que no se movía, había predominado el hombre feroz; cuando la víctima forcejeó y pareció querer luchar, apareció el hombre hábil y se impuso.

—¡No le hagáis daño! —repitió. Y, sin sospecharlo, su primer logro fue que detuvo la pistola a punto de disparar y paralizó a Marius, para quien desapareció la urgencia y que, ante aquella frase diferente no vio inconveniente en seguir esperando. A lo mejor se presentaba alguna oportunidad que lo liberase de la espantosa alternativa de dejar morir al padre de Ursule o de llevar a la perdición al salvador del coronel.

Se había entablado una lucha hercúlea. De un puñetazo en pleno pecho, el señor Leblanc había mandado, rodando, al viejo hasta el centro de la habitación; luego, de dos manotazos, dio en el suelo con otros dos atacantes y los tenía sujetos con sendas rodillas; los miserables aquellos lanzaban un estertor bajo esa opresión como si estuvieran bajo una muela de granito; pero los otros cuatro habían agarrado el temible anciano por ambos brazos y por la nuca y lo sujetaban, acurrucado encima de los dos «fumistas» derribados. Así, al señor Leblanc, que dominaba a unos mientras a él lo dominaban los otros y aplastaba a los de debajo asfixiándose bajo los de arriba,

sacudiéndose en vano todas las fuerzas que se apiñaban encima de él, no se lo veía bajo el grupo espantoso de los bandidos, igual que un jabalí bajo un montón aullador de dogos y de sabuesos.

Consiguieron derribarlo encima de la cama más próxima de la ventana y allí lo tuvieron a raya. La Thénardier no le había soltado el pelo.

—Tú —dijo Thénardier—, no te metas. Se te va a romper el chal.

La Thénardier obedeció como la loba obedece al lobo, con un gruñido.

—Vosotros —añadió Thénardier—, registradlo.

El señor Leblanc parecía haber renunciado a resistirse. Lo registraron. Sólo llevaba encima una bolsa de cuero donde había seis francos y el pañuelo.

Thénardier se metió el pañuelo en el bolsillo.

—¡Cómo! ¿No lleva cartera? —preguntó.

—Ni reloj —contestó uno de los «fumistas».

—¡En cualquier caso —susurró con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado que llevaba la llave grande— es un viejo duro de pelar!

Thénardier fue hasta el rincón que estaba junto a la puerta y cogió una brazado de cuerdas que les arrojó.

—Atadlo a la pata de cama —dijo. Y, al ver al viejo, que se había quedado en el suelo, cruzado en medio de la habitación tras el puñetazo del señor Leblanc, y no se movía, preguntó:

—¿Boulatruelle está muerto?

—No —contestó Bigrenaille—, está borracho.

—Barredlo a un rincón —dijo Thénardier.

Dos de los «fumistas» empujaron al borracho con el pie hasta el montón de chatarra.

—Babet, ¿por qué has traído a tantos? —le dijo Thénardier por lo bajo al hombre del garrote—. No hacía falta.

—Mira, es que todos han querido tener algo que ver —replicó el hombre del garrote—. La temporada es mala. No se presentan negocios.

El catre en el que habían tendido al señor Leblanc era algo así como una cama de hospital con cuatro montantes toscos de madera casi sin desbastar. El señor Leblanc no opuso resistencia. Los

bandidos lo ataron fuertemente, incorporado y con los pies en el suelo, al montante de la cama más alejado de la ventana y más cercano a la chimenea.

Tras apretar el último nudo, Thénardier cogió una silla y fue a sentarse casi enfrente del señor Leblanc. Thénardier no parecía ya el de antes; en pocos instantes su fisonomía había pasado de la violencia desenfrenada a la suavidad serena y astuta. A Marius le costaba reconocer en aquella sonrisa cortés de oficinista la boca casi bestial que lanzaba espumarajos durante el monólogo anterior; miraba estupefacto aquella metamorfosis fantástica e inquietante y notaba lo que notaría un hombre que viese un tigre convertirse en abogado.

—Caballero —dijo Thénardier.

Y, apartando con un ademán a los bandidos que tenían todavía las manos puestas en el señor Leblanc, les dijo:

—Apartaos un poco y dejadme que charle con este señor.

Todos se retiraron, yendo hacia la puerta. Thénardier siguió diciendo:

—Caballero, ha hecho mal queriendo saltar por la ventana. Habría podido romperse una pierna. Ahora, si me lo permite, vamos a hablar tranquilamente. Para empezar, tengo que ponerlo al tanto de algo que he observado, y es que todavía no ha soltado usted ni un grito.

Thénardier tenía razón; era un detalle verídico, aunque se le hubiera escapado al alterado Marius. El señor Leblanc apenas si había pronunciado unas pocas palabras y sin alzar la voz; e incluso mientras luchaba junto a la ventana con los seis bandidos había sido en el más profundo y singular silencio. Thénardier siguió diciendo:

—La verdad es que si hubiera gritado ¡al ladrón! a mí no me habría parecido fuera de lugar. ¡Al asesino! es algo que se dice llegado el caso y, en lo que a mí se refiere, no me lo habría tomado a mal. Es de lo más natural que organice uno cierto jaleo cuando se encuentra en compañía de personas que no inspiran suficiente confianza. Si lo hubiera hecho usted, no se lo habríamos impedido. Ni siquiera lo habríamos amordazado. Y voy a decirle por qué. Porque esta habitación es muy sorda. Sólo tiene esa ventaja, pero la tiene. Es un sótano. Si alguien tirase aquí una bomba, al cuerpo de guardia más próximo sólo le sonaría al ruido de los ronquidos de un

borracho. Aquí un cañón haría bum y un trueno haría puf. Es un lugar apañado. Pero, a lo que íbamos, usted no ha gritado, lo cual es preferible, le doy la enhorabuena y voy a decirle a qué conclusión me lleva. Mi querido señor, cuando uno grita, ¿quién viene? La policía. ¿Y detrás de la policía? La justicia. Pues bien, si usted no ha gritado, es que no tiene ningún interés, como tampoco lo tenemos nosotros, en que se presenten aquí la justicia y la policía. Es que —y hace mucho que lo sospecho— le conviene, por lo que sea, ocultar algo. Por nuestra parte, nos conviene lo mismo. Así que podemos entendernos.

Mientras decía estas palabras, parecía como si Thénardier, con los ojos clavados en el señor Leblanc, intentase hundir las puntas afiladas que le salían de los ojos en la conciencia de su prisionero. Por lo demás, su forma de expresarse, impregnada de una especie de insolencia moderada y socarrona, era discreta y casi escogida, y en aquel miserable que, una hora antes, no era sino un bandido se notaba ahora al «hombre que ha estudiado para cura».

El silencio que había guardado hasta entonces el prisionero, aquella precaución que lo llevaba incluso a olvidarse de luchar por la vida, aquella resistencia a caer en la reacción más espontánea de la naturaleza, que es gritar, todo aquello, debemos decirlo, importunaba a Marius, desde que Thénardier lo había comentado, y le causaba una extrañeza incómoda.

Aquella observación tan fundada de Thénardier le tornaban a Marius aún más oscuros los misterios impenetrables tras los que se ocultaba aquel personaje serio y peculiar a quien Courfeyrac había puesto el apodo de señor Leblanc. Pero, fuere cual fuere la situación, atado con cuerdas, rodeado de verdugos, hundido a medias, por así decirlo, en un foso que se iba ahondando más y más por momentos, enfrentado tanto a la ira cuanto a la suavidad de Thénardier, aquel hombre seguía impasible; y Marius no podía por menos de admirar, en un momento así, ese rostro soberbiamente melancólico.

Estaba claro que se trataba de un alma inaccesible al espanto y que no sabía lo que era la sensación de desamparo. Era uno de esos hombres que dominan el pasmo de las situaciones desesperadas. Por extremada que fuese la crisis, por inevitable que fuese la catástrofe, nada había en él que tuviera que ver con la agonía del ahogado que

abre bajo el agua unos ojos espantosos.

Thénardier se puso de pie sin afectación, fue a la chimenea, corrió el biombo, que apoyó en el camastro vecino, y dejó así a la vista el hornillo lleno de brasas encendidas entre las que el prisionero podría ver a la perfección el cortafríos al blanco que constelaban, acá y allá, unas estrellitas escarlata.

Luego Thénardier volvió a sentarse junto al señor Leblanc.

—Prosigo —dijo—. Podemos entendernos. Vamos a zanjar esto amistosamente. He hecho mal en perder los estribos hace un rato, no sé dónde tenía la cabeza, he ido demasiado lejos, he dicho extravagancias. Por ejemplo, porque es usted millonario, le he dicho que le exigía dinero, mucho dinero, muchísimo dinero. Pero no sería sensato. La verdad es que, por muy rico que sea, tendrá usted sus obligaciones. ¿Quién no las tiene? No quiero arruinarlo, a fin de cuentas no soy un avariento. No soy de esas personas que, porque están en posición ventajosa, aprovechan para hacer el ridículo. Mire, voy a poner de mi parte y hacer un sacrificio en lo que a mí se refiere. Necesito sencillamente doscientos mil francos.

El señor Leblanc no dijo ni palabra. Thénardier prosiguió:

—Ya ve que le pongo mucha agua al vino. No estoy al tanto de cuál es el estado de su fortuna, pero sé que no mira el dinero, y un hombre como usted, aficionado a las buenas obras, bien puede darle doscientos mil francos a un padre de familia que no ha tenido suerte. No cabe duda de que usted también es sensato, y no se habrá figurado que iba a tomarme el trabajo que me estoy tomando hoy y a organizar lo de esta noche, que es un trabajo bien hecho, según reconocen estos señores, para acabar por pedirle para ir a tomar un tinto de setenta y cinco céntimos y un plato de ternera en Desnoyers. Doscientos mil francos, en eso lo taso. En cuanto salga de su bolsillo esa bagatela, le respondo de que todo quedará dicho y no tendrá que temer que nadie le toque un pelo. Usted me dirá: «Pero es que no llevo encima doscientos mil francos». ¡Claro, claro, no soy ningún exagerado! No exijo nada así. Sólo le pido una cosa, que tenga la bondad de escribir lo que voy a dictarle.

Llegado a este punto, Thénardier se interrumpió; luego, añadió, recalcando las palabras e indicando el hornillo con la sonrisa.

—Queda usted avisado de que no admitiré que me diga que no sabe escribir.

Un gran inquisidor podría haberle envidiado esa sonrisa.

Thénardier arrimó la mesa al señor Leblanc y sacó el tintero, una pluma y una hoja de papel del cajón, que dejó a medio cerrar y en el que relucía la larga hoja de un cuchillo.

Le colocó delante la hoja de papel al señor Leblanc.

—Escriba —dijo.

El prisionero habló por fin.

—¿Cómo quiere que escriba? Estoy atado.

—Es cierto. ¡Perdón! —dijo Thénardier—. Tiene toda la razón.

Y, volviéndose hacia Bigrenaille, le dijo:

—Desátele el brazo derecho al señor.

Panchaud, conocido por Printanier y por Bigrenaille, obedeció la orden de Thénardier. Cuando el prisionero tuvo libre la mano derecha, Thénardier mojó la pluma en el tintero y se la ofreció:

—Que no se le olvide, señor mío, que está en nuestras manos y a nuestra discreción, que no hay poder humano que pueda sacarlo de aquí y que nos consternaría muy de verdad tener que llegar a extremos desagradables. No sé ni cómo se llama ni sus señas, pero lo aviso de que seguirá atado hasta que regrese la persona encargada de llevar la carta que va a escribir usted. Ahora, tenga a bien escribir.

—¿El qué? —preguntó el prisionero.

—Se lo dicto.

El señor Leblanc cogió la pluma.

Thénardier empezó a dictar:

—«Hija mía…».

El prisionero dio un respingo y alzó la vista para mirar a Thénardier.

—Ponga «querida hija mía» —dijo Thénardier. El señor Leblanc obedeció. Thénardier prosiguió:

—«Ven inmediatamente…».

Se interrumpió.

—La llama de tú, ¿verdad?

—¿A quién? —preguntó el señor Leblanc.

—Pues a la chiquilla, claro, a la Alondra —dijo Thénardier.

El señor Leblanc repuso sin la mínima emoción aparente:

—No sé qué quiere usted decir.

—No importa; siga —dijo Thénardier. Y volvió a dictar—: «Ven

ahora mismo. Te necesito ineludiblemente. La persona que te entregará esta nota debe traerte donde estoy. Te espero. Fíate y ven».

El señor Leblanc lo había escrito todo. Thénardier siguió diciendo:

—Bueno, tache *fíate y ven;* podría dar a suponer que el asunto no es tan sencillo y que cabe la desconfianza.

El señor Leblanc tachó las tres palabras.

—Ahora —añadió Thénardier— firme. ¿Cómo se llama?

El prisionero soltó la pluma y preguntó:

—¿Para quién es esta carta?

—Ya lo sabe —contestó Thénardier—. Para la chiquilla. Se lo acabo de decir.

Estaba claro que Thénardier evitaba llamar por su nombre a la joven a la que se refería. Decía «la Alondra», decía «la chiquilla», pero no decía el nombre. Hábil precaución de hombre que no revela su secreto en presencia de sus cómplices. Pronunciar el nombre habría equivalido a ponerles en las manos «el negocio» y a informarlos de más de lo que precisaban saber.

Siguió diciendo:

—Firme. ¿Cómo se llama?

—Urbain Fabre —dijo el prisionero.

Thénardier, con movimiento de gato, metió precipitadamente la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo que le había quitado al señor Leblanc. Buscó las iniciales y las acercó a la vela.

—U. F. Eso es, Urbain Fabre. Muy bien, pues firme U. F.

El prisionero firmó.

—Como se necesitan las dos manos para doblar la carta, démela, que ya la doblaré yo.

Tras hacerlo, Thénardier añadió:

—Ponga las señas. *Señorita Fabre,* y la dirección de su casa. Sé que vive no muy lejos de aquí, por los alrededores de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, puesto que es ahí donde va a diario a oír misa, pero no sé la calle. Veo que entiende cuál es su situación. Como no me ha mentido al decirme su nombre, tampoco me mentirá al decirme las señas. ¡Póngalas usted mismo!

El prisionero se quedó pensativo un momento; luego cogió la pluma y escribió:

—Señorita Fabre, en casa del señor Urbain Fabre, calle de Saint-Dominique-d'Enfer, n.º 17.

Thénardier cogió la carta con algo parecido a una convulsión febril.

—¡Mujer! —exclamó.

La Thénardier acudió.

—Aquí tienes la carta. Ya sabes lo que tienes que hacer. Hay un coche de punto abajo. Vete ahora mismo y vuelve ídem.

Dijo luego, dirigiéndose al hombre del hacha:

—Tú, como te has quitado la bufanda, acompaña a mi parienta. Te subes a la parte de atrás del coche. ¿Sabes dónde has dejado la tartana?

—Sí —dijo el hombre.

Y, dejando el hacha en un rincón, salió detrás de la Thénardier.

Cuando se estaban marchando, Thénardier asomó la cabeza por la puerta entornada y gritó en el pasillo:

—¡Sobre todo no pierdas la carta! Piensa que llevas encima doscientos mil francos.

La voz ronca de la Thénardier contestó:

—Tranquilo. La llevo pegada al estómago.

No había transcurrido un minuto cuando se oyó el restallar de un látigo que fue decreciendo y no tardó en apagarse.

—¡Bien! —gruñó Thénardier—. Van a buena marcha. Si siguen a ese galope, la parienta estará de regreso dentro de tres cuartos de hora.

Arrimó una silla a la chimenea y se sentó, cruzándose de brazos y acercando al infiernillo las botas sucias de barro.

—Tengo los pies fríos —dijo.

Sólo quedaban con Thénardier en el tugurio cinco bandidos. Aquellos hombres, a través de las máscaras o de la tizne negra que les cubría la cara y los convertía, según lo decidiera el miedo, en carboneros, en negros o en demonios, parecían adormilados y apagados, y se notaba que llevaban a cabo un crimen igual que cualquier otra tarea, tranquilamente, sin ira y sin compasión, con algo parecido al aburrimiento. Estaban en un rincón, apiñados como animales, y callaban. Thénardier se calentaba los pies. El prisionero había vuelto a su estado taciturno. Había caído una calma lúgubre tras el escándalo virulento que llenaba la buhardilla poco antes.

La vela, en la que se había formado una seta ancha, apenas si iluminaba el enorme tugurio, el brasero se había amortiguado y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban sombras difusas en las paredes y en el techo.

No se oía más ruido que la respiración apacible del borracho viejo, que dormía.

Marius esperaba sumido en una ansiedad que todo incrementaba. El enigma era más impenetrable que nunca. ¿Quién era esa «chiquilla» a quien Thénardier había llamado también la Alondra? ¿Era su «Ursule»? Al prisionero no parecía haberle inmutado ese nombre: la Alondra, y había contestado con la mayor naturalidad: «No sé qué quiere usted decir». Por otro lado, ya tenía una explicación para las letras U. F.: eran Urbain Fabre, y Ursule ya no se llamaba Ursule. Eso era lo que tenía más claro Marius. Una especie de fascinación espantosa lo tenía clavado en el sitio desde el que observaba y dominaba todo el escenario. Allí estaba, casi incapaz de reflexionar y de moverse, como si ver de cerca cosas tan abominables lo tuviera anonadado. Esperaba, pendiente de que sucediera cualquier incidente, lo que fuera, sin poder ordenar las ideas y sin saber qué partido tomar.

—Pase lo que pase —decía—, ya veré si ella es la Alondra, porque la Thénardier va a traerla aquí. ¡Y entonces ya estará todo dicho; daré mi vida y mi sangre si es menester, pero la salvaré! No habrá nada que me detenga.

Transcurrió así cerca de media hora. Thénardier parecía absorto en una meditación tenebrosa. El prisionero no se movía. Pero a Marius le parecía, a intervalos, desde hacía unos momentos, que estaba oyendo unos ruiditos sordos que venían del sitio en que estaba el prisionero.

De repente, Thénardier apostrofó al prisionero:

—Mire, señor Fabre, más vale que se lo diga sin más demora.

Esas pocas palabras parecían ser el inicio de una aclaración. Marius aguzó el oído. Thénardier siguió diciendo:

—Mi esposa volverá, no se impaciente. Creo que la Alondra es de verdad su hija y me parece de lo más normal que se quede usted con ella. Pero atienda: con su carta, mi mujer irá a verla. Le dije a mi mujer que se arreglase, como usted habrá visto, para que su jovencita se fuera con ella sin poner pegas. Se subirán las dos al

coche y mi compañero irá detrás. En algún sitio, fuera de un portillo, hay una tartana enganchada con dos caballos estupendos. Llevarán ahí a su jovencita. Bajará del coche. Mi compañero se subirá con ella a la tartana y mi mujer volverá aquí para decirnos: «Ya está». A su jovencita nadie le hará daño, la tartana la llevará a un lugar donde estará tranquila, y, en cuanto usted me dé esos doscientos mil francos de nada, se la devolveremos. Si usted me entrega y me detienen, mi compañero despachará a la Alondra. Así está la cosa.

El prisionero no dijo ni palabra. Tras una pausa, Thénardier siguió hablando:

—Como puede ver, es muy sencillo. No pasará nada malo si usted no quiere que pase algo malo. Yo le cuento cómo están las cosas. Y lo aviso para que esté al tanto.

Se calló. El prisionero no quebrantó el silencio y Thénardier volvió a hablar.

—En cuanto vuelva mi esposa y me diga que la Alondra ya está de camino, lo soltaremos y tendrá usted libertad para irse a dormir a su casa. Ya ve que no tenemos malas intenciones.

A Marius le pasaron por la cabeza unas imágenes espantosas. ¡Cómo! ¿No iban a llevar allí a aquella joven a la que estaban raptando? ¿Uno de esos monstruos iba a llevársela entre las sombras? ¿Y dónde? ¿Y si era ella? Estaba claro que era ella. Marius notaba que el corazón le dejaba de latir. ¿Qué hacer? ¿Disparar la pistola? ¿Entregar a la justicia a todos aquellos miserables? Pero no por eso dejaría de estar fuera de todo alcance el espantoso hombre del hacha con la joven; y Marius recordaba esas palabras de Thénardier cuyo significado sangriento intuía: *Si usted me entrega y me detienen, mi compañero despachará a la Alondra.*

Ahora lo que notaba que lo retenía no era ya sólo el testamento del coronel; era su mismísimo amor, el peligro de la mujer a la que amaba.

Aquella situación espantosa, que duraba ya más de una hora, cambiaba de aspecto a cada instante. Marius tuvo fuerzas para pasar revista sucesivamente a las conjeturas más dolorosas, buscando una esperanza y no dando con ella. El tumulto de sus pensamientos contrastaba con el silencio fúnebre del tugurio.

En medio de ese silencio se oyó el ruido de la puerta de las

escaleras, que se abría y volvía a cerrarse.

El prisionero se movió entre las ataduras.

—Aquí llega la parienta —dijo Thénardier.

Efectivamente, apenas había acabado de decirlo cuando la Thénardier se abalanzó dentro de la habitación roja, sin resuello, jadeante y con los ojos echando chispas y voceó, dándose palmadas con las manazas en ambos muslos a la vez:

—¡Señas falsas!

El bandido que había llevado consigo llegó detrás de ella y fue a recoger el hacha.

—¿Señas falsas? —repitió Thénardier.

Ella añadió:

—¡Nadie! ¡En el diecisiete de la calle de Saint-Dominique no hay ningún señor Urbain Fabre! ¡No saben quién es!

Se calló, falta de aire, y luego siguió:

—¡Señor Thénardier! ¡Este viejo te ha tomado el pelo! Eres demasiado bueno, ¿sabes? ¡Yo, de entrada, le habría partido en cuatro el bautismo! ¡Y, si se portaba mal, lo habría cocido vivo! ¡Y no le habría quedado más remedio que hablar y que decir dónde está la chica y dónde está la mosca! ¡Así lo habría hecho yo! ¡Qué razón tienen los que dicen que los hombres son más tontos que las mujeres! ¡No hay nadie en el número diecisiete! ¡Es una puerta cochera enorme! ¡No hay ningún señor Fabre en la calle de Saint-Dominique! ¡Y ahí hemos ido a todo galope y dándole propina al cochero y toda la pesca! ¡He hablado con el portero y con la portera, que es una real moza, y no conocen a nadie que se llame así!

Marius respiró. Ella, Ursule, o la Alondra, esa a la que no sabía ya cómo llamar, estaba a salvo.

Mientras su mujer, exasperada, daba voces, Thénardier se había sentado encima de la mesa; estuvo unos momentos sin decir palabra, columpiando la pierna derecha, que tenía colgando, y mirando el hornillo con expresión de ensimismamiento salvaje.

Por fin le dijo al prisionero con inflexión lenta y singularmente feroz:

—¿Una dirección falsa? Pero ¿qué esperabas?

—¡Ganar tiempo! —gritó el prisionero con voz tonante.

Y, mientras lo decía, se sacudió las ataduras; estaban cortadas.

El prisionero sólo estaba atado ya a la cama por una pierna.

Antes de que a los siete hombres les hubiera dado tiempo a hacerse cargo de la situación y abalanzarse hacia él, ya se había agachado hacia la parte baja de la chimenea y había alargado la mano hasta el hornillo; luego se había enderezado, y ahora Thénardier, la Thénardier y los bandidos, que habían retrocedido sobrecogidos hasta el fondo del tugurio, miraban estupefactos cómo enarbolaba por encima de la cabeza el cortafríos al rojo, del que brotaba un resplandor siniestro, casi en libertad y en una postura impresionante.

La investigación judicial que hubo tras la emboscada del caserón Gorbeau levantó acta de que una moneda grande, de cinco céntimos, cortada y tallada de forma especial, había aparecido en la buhardilla cuando la registró la policía; la tal moneda era una de esas maravillas industriosas que la paciencia del presidio engendra entre tinieblas, maravillas que no son sino herramientas para la evasión. Esos productos espantosos y exquisitos de un arte prodigioso son a la joyería lo que las metáforas de la jerga son a la poesía. Hay algunos Benvenutos Cellini en presidio, de la misma forma que, en lo tocante a lengua, hay algunos Villon. El desdichado que aspira a ser libre se las apaña, sin herramientas a veces, con una navaja o con un cuchillo viejo, para serrar una moneda de cinco céntimos en dos láminas finas, ahuecar esas dos láminas sin tocar el grabado de la moneda y hacer una rosca en el filo de forma tal que las dos láminas se unan otra vez. Se pueden enroscar y desenroscar a voluntad; es una caja. En esa caja se esconde un muelle de reloj y ese muelle de reloj, sabiéndolo manejar, corta manillas de buen calibre y barrotes de hierro. Piensan que ese desdichado presidario sólo tiene una moneda de cinco céntimos; y no es cierto, tiene la libertad. Fue una moneda de ésas la que encontraron en el registro policial posterior, abierta y en dos pedazos, en el tugurio y debajo del catre de al lado de la ventana. También encontraron una sierrecita de acero azul que podía ocultarse dentro de la moneda. Es probable que, cuando los bandidos registraron al prisionero, éste llevase encima la moneda y consiguiera esconderla en la mano y que, luego, al tener libre la mano derecha, la desenroscase y usase la sierra para cortar las cuerdas que lo tenían sujeto, lo que explicaría el ruido leve y los

movimientos imperceptibles que le habían llamado la atención a Marius.

Como no podía agacharse por temor a traicionarse, no había podido cortar las ligaduras de la pierna izquierda.

Los bandidos se habían repuesto de la sorpresa inicial.

—Tranquilo —le dijo Bigrenaille a Thénardier—. Todavía tiene atada una pierna y no se marchará. Respondo de ello. Esa pata se la he amarrado yo.

En éstas, el prisionero alzó la voz.

—Sois unos indeseables, pero mi vida no merece que la defienda tanto. Y si os imaginabais que me ibais a hacer hablar, que me haríais escribir lo que yo no quisiera escribir, que me haríais decir lo que no quiero decir…

Se levantó la manga del brazo izquierdo y añadió:

—Mirad.

Al tiempo, extendió el brazo y se colocó sobre la carne desnuda el cortafríos al rojo, que sujetaba en la mano derecha por el mango de madera.

Se oyó el estremecimiento de la carne quemada y se extendió por el cuchitril el olor característico de las cámaras de tortura. Marius se tambaleó, horrorizado; los propios bandidos se estremecieron; al extraño anciano apenas si se le contrajo el rostro y, mientras el hierro al rojo se hundía en la llaga humeante, impasible y casi augusto, clavaba en Thénardier la hermosa mirada donde no había odio y el sufrimiento se desvanecía en una majestad serena.

En los caracteres grandes y elevados, las rebeliones de la carne y de los sentidos presas del dolor físico hacen aflorar el alma y la llevan al rostro, de la misma forma que los amotinamientos de la soldadesca obligan al capitán a hacer acto de presencia.

—Miserables —dijo—, no me tengáis más miedo del que os tengo yo a vosotros.

Y, arrancándose el cortafríos de la llaga, lo arrojó por la ventana, que se había quedado abierta; la espantosa herramienta candente desapareció en la oscuridad girando sobre sí misma, fue a caer a lo lejos y se apagó en la nieve.

El prisionero añadió:

—Haced conmigo lo que queráis.

Estaba desarmado.

—¡Agarradlo! —dijo Thénardier.

Dos de los bandidos le pusieron la mano en el hombro y el hombre enmascarado con voz de ventrílocuo se le plantó delante dispuesto a saltarle la tapa de los sesos dándole un golpe con la llave en cuanto se moviera.

Al mismo tiempo, Marius oyó a sus pies, en la parte de abajo del tabique, pero tan cerca que no podía ver a quienes hablaban, este diálogo a media voz:

—Yo sólo queda una cosa por hacer.

—Escabecharlo.

—Eso mismo.

Eran el marido y la mujer, que celebraban consejo.

Thénardier se acercó despacio a la mesa, abrió el cajón y sacó el cuchillo.

Marius sobaba la culata de la pistola. Perplejidad inaudita. Llevaba una hora con dos voces en la conciencia; una le decía que respetase el testamento de su padre; la otra le gritaba que socorriera al prisionero. Esas dos voces seguían luchando ininterrumpidamente e infligiéndole una agonía. Había tenido hasta aquel momento la inconcreta esperanza de que daría con una forma de conciliar aquellas dos obligaciones, pero no había surgido nada que fuera posible. Entre tanto, el peligro era acuciante, ya estaba rebasado el último límite de la espera; a pocos pasos del prisionero, Thénardier reflexionaba con el cuchillo en la mano.

Marius paseaba en torno una mirada extraviada, último recurso automático de la desesperación.

De pronto, dio un respingo.

A sus pies, encima de la mesa, un brillante rayo de la luna llena iluminaba una hoja de papel y parecía mostrársela. En esa hoja leyó esta línea que había escrito en letras grandes esa misma mañana la mayor de las hijas de Thénardier: «Ahí viene la tiña».

Una idea, una iluminación, le pasó por la mente a Marius; era el medio que estaba buscando, la solución de aquel espantoso problema que lo torturaba: librar al asesino y salvar a la víctima. Se arrodilló en la cómoda, alargó el brazo, cogió la hoja de papel, desprendió sin ruido un trozo de yeso de la pared, lo envolvió en el papel y, por la grieta, arrojó el envoltorio hasta el centro del

tugurio.

Ya era hora. Thénardier había vencido sus últimos temores, o sus últimos escrúpulos, y se estaba acercando al prisionero.

—¡Han tirado algo! —gritó la Thénardier.

—¿Qué es? —dijo el marido.

La mujer se abalanzó y recogió el trozo de yeso envuelto en el papel. Se lo entregó a su marido.

—¿Y esto de dónde sale? —preguntó Thénardier.

—¡Anda! —dijo la mujer—. ¿Y de dónde quieres que salga? Ha entrado por la ventana.

—Lo he visto pasar —dijo Bigrenaille.

Thénardier desdobló rápidamente el papel y lo acercó a la vela.

—Es la letra de Éponine —dijo—. ¡Diablos!

Le hizo una seña a su mujer, que se acercó enseguida, le enseñó la línea escrita en la hoja de papel y luego añadió con una voz sorda:

—¡Pronto, la escala! ¡Hay que dejar el tocino en la ratonera y largarse!

—¿Sin cortarle el cuello al individuo? —preguntó la Thénardier.

—No da tiempo.

—¿Por dónde? —preguntó Bigrenaille.

—Por la ventana —contestó Thénardier—. Si Ponine ha tirado la piedra por la ventana, es que la casa no está rodeada por ese lado.

El hombre enmascarado de voz de ventrílocuo dejó en el suelo la llave grande, alzó los dos brazos y cerró rápidamente las manos tres veces sin decir palabra. Aquello fue como la señal a una tripulación para el zafarrancho de combate. Los bandidos que tenían agarrado al prisionero lo soltaron; en un abrir y cerrar de ojos desenroscaron la escala de cuerda y la sujetaron sólidamente al filo de la ventana con los dos garfios de hierro.

El prisionero no atendía a lo que sucedía entorno. Parecía estar soñando o rezando.

En cuanto fijaron la escala, Thénardier gritó:

—¡A ver, tú, mujer, vamos!

Y se abalanzó hacia la ventana.

Pero cuando iba a sacar una pierna por ella, Bigrenaille lo agarró con rudeza por el cuello de la levita.

—¡De eso nada, so bromista! ¡Nosotros primero!

—¡Nosotros primero! —vociferaron los bandidos.

—¡Sois unos niños! —dijo Thénardier—. Estamos perdiendo el tiempo. Tenemos a la bofia pisándonos los talones.

—Bueno —dijo uno de los bandidos—, vamos a echar a suertes a ver quién baja primero.

Thénardier exclamó:

—¡Os habéis vuelto locos! ¡Estáis mal de la cabeza! ¡Vaya panda de simples! Vamos a perder el tiempo, ¿no?, echándolo a suertes, ¿verdad?; ¡A la china! ¡A ver quién saca la pajita más corta! ¡Ponemos los nombres en un papel y los metemos en un gorro!

—¿Queréis mi sombrero? —gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron. Era Javert.

Llevaba el sombrero en la mano y se lo ofrecía, sonriente.

XXI

Habría que empezar siempre por detener a las víctimas

Javert, al caer la tarde, había apostado a unos hombres y se había emboscado él también detrás de los árboles de la calle del portillo de Les Gobelins, que está enfrente del caserón Gorbeau, del otro lado del bulevar. Empezó por «abrir el bolsillo» para meter dentro a las dos muchachas a cuyo cargo estaba la vigilancia de las inmediaciones del tugurio. Pero sólo «pescó» a Azelma. Éponine no estaba en su puesto, había desaparecido y no pudo detenerla. Luego Javert se puso en guardia, aguzando el oído para oír la señal convenida. Las idas y venidas del coche de punto lo alteraron mucho. Por fin, perdió la paciencia y, seguro de que *allí había un nido* y de que *estaba de suerte,* y como había reconocido a alguno de los bandidos que habían entrado, acabó por decidirse a subir sin esperar al tiro de pistola.

Recordemos que llevaba la llave maestra de Marius.

Llegó en el momento oportuno.

Los bandidos, sorprendidos, se abalanzaron hacia las armas que habían dejado tiradas por todos los rincones cuando estaban a punto de escapar. En menos de un segundo, esos siete hombres de aspecto espantoso se agruparon en actitud de defensa, uno con el hacha, otro con la llave, otro más con el mazo y los demás con las cizallas, las pinzas y los martillos. Thénardier empuñaba el cuchillo. La Thénardier agarró un adoquín enorme que estaba en uno de los extremos de la ventana y usaban sus hijas de taburete.

Javert volvió a calarse el sombrero y dio dos pasos dentro de la habitación, con los brazos cruzados, el bastón debajo del brazo y la espada en la vaina.

—¡Alto ahí! —dijo—. No saldréis por la ventana, saldréis por la puerta. Es mejor para la salud. Sois siete y nosotros somos quince. No vamos a zurrarnos como patanes. Vamos a portarnos como buenos chicos.

Bigrenaille cogió una pistola que llevaba escondida debajo del blusón y se la puso en la mano a Thénardier diciéndole al oído:

—Es Javert. Yo no me atrevo a dispararle a ese hombre. ¿Te atreves tú?

—¡Ya lo creo! —contestó Thénardier.

—Pues dispara.

Thénardier cogió la pistola y apuntó a Javert.

Javert, que estaba a tres pasos, lo miró fijamente y se limitó a decir:

—¡No dispares, no te molestes, fallarás el tiro!

Thénardier apretó el gatillo. El tiro falló.

—¡Si ya te lo decía yo! —dijo Javert.

Bigrenaille arrojó la porra a los pies de Javert.

—¡Eres el emperador de los demonios! Me rindo.

—¿Y vosotros? —preguntó Javert a los demás bandidos.

Contestaron:

—Nosotros también.

Javert contestó muy tranquilo:

—Eso es; muy bien; ya decía ya que erais buenos chicos.

—Sólo pido una cosa —añadió Bigrenaille—. Que no me tengan sin tabaco mientras esté incomunicado.

—Concedido —dijo Javert.

Y, volviéndose, llamó a los que tenía detrás:

—¡Ya podéis entrar!

Una patrulla de guardias empuñando espadas y de agentes armados con porras y garrotes entró atropelladamente al llamarla Javert. Ataron a los bandidos. Aquella muchedumbre de hombres a quienes apenas iluminaba una vela colmaba de sombra la guarida.

—¡Esposadlos a todos por los pulgares! —gritó Javert.

—¡Acercaos si os atrevéis! —gritó una voz que no era una voz de hombre, pero de la que nadie habría podido decir: «es una voz de mujer».

La Thénardier se había atrincherado en una de las esquinas de la ventana y ella era quien acababa de lanzar aquel rugido.

Los guardias y los agentes retrocedieron.

La Thénardier se había quitado el chal, pero seguía con sombrero; a su marido, acurrucado tras ella, no se lo veía casi bajo el chal que había caído al suelo; y ella lo cubría con su cuerpo, alzando el adoquín con ambas manos por encima de la cabeza y bamboleándose como una gigantona que va a arrojar una roca.

—¡Mucho ojo! —gritó.

Todos retrocedieron hacia el corredor. Se abrió un ancho espacio vacío en medio de la buhardilla.

La Thénardier miró a los bandidos que se habían dejado atar y susurró con voz gutural y ronca:

—¡Los muy cobardes!

Javert sonrió y avanzó por el espacio vacío al que la Thénardier no quitaba ojo.

—¡No te acerques, vete! —gritó—. ¡O te dejo baldado!

—¡Menudo granadero! —dijo Javert—. Tú tendrás barba como un hombre, buena mujer, pero yo tengo garras como una hembra.

Y siguió acercándose.

La Thénardier, desgreñada y tremenda, separó las piernas, se echó hacia atrás metiendo la cintura y le tiró a la cabeza a Javert, a la desesperada, el adoquín. Javert se agachó. El adoquín le pasó por encima, fue a chocar contra la pared del fondo, de la que cayó al suelo un cascote de buen tamaño, y fue, rebotando de esquina en esquina a través del tugurio, casi vacío por fortuna, hasta caer sin fuerza junto a los talones de Javert.

En ese mismo momento, Javert llegaba hasta la pareja de los Thénardier. Puso una de las manazas en el hombro de la mujer y la otra en la cabeza del marido.

—¡Esposadlos por los pulgares! —gritó.

Los hombres de la policía entraron todos, arremolinándose, y en pocos segundos ya habían ejecutado la orden de Javert.

La Thénardier, desfondada, se miró las manos aherrojadas y miró las de su marido, se desplomó en el suelo y exclamó, llorando:

—¡Mis hijas!

—Están a la sombra —dijo Javert.

Mientras tanto, los agentes habían visto al borracho, dormido detrás de la puerta, y lo estaban zarandeando. Se despertó balbuciendo:

—¿Ya está todo, Jondrette?

—Sí —contestó Javert.

Los seis bandidos, atados, estaban de pie; por lo demás, conservaban la apariencia de espectros: tres con la cara tiznada de negro y tres enmascarados.

—No os quitéis las máscaras —dijo Javert.

Y, pasándoles revista con la mirada de un Federico II en la parada de Potsdam, les dijo a los tres «fumistas»:

—¿Qué tal, Bigrenaille? ¿Qué tal, Brujon? ¿Qué tal, Deux-Milliards?

Luego, volviéndose hacia los tres enmascarados, le dijo al hombre del hacha:

—¿Qué tal, Gueulemer?

Y al hombre del garrote:

—¿Qué tal, Babet?

Y al ventrílocuo:

—Muy buenas, Claquesous.

En ese momento vio al prisionero de los bandidos, quien, desde que habían entrado los agentes de policía, no había dicho ni palabra y agachaba la cabeza.

—¡Que desaten al caballero —dijo Javert— y que nadie salga!

Dicho esto, se sentó con aire soberano ante la mesa donde seguían la vela y la escribanía, se sacó del bolsillo una hoja de papel timbrado y empezó a redactar el atestado.

Tras escribir las primeras líneas, que no son sino fórmulas siempre iguales, alzó la vista.

—Que se acerque el caballero a quien tenían atado estos señores.

Los agentes miraron en torno.

—¿Qué pasa? —preguntó Javert—. ¿Dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Leblanc, el señor Urbain Fabre, el padre de Ursule o de la Alondra, había desaparecido.

La puerta estaba custodiada, pero la ventana, no. En cuanto se vio libre, y mientras Javert escribía, había aprovechado la confusión, el tumulto, la aglomeración, la oscuridad y un momento en que nadie se fijaba en él para abalanzarse hacia la ventana.

Un agente se acercó velozmente al tragaluz y se asomó. No se veía a nadie en la calle.

La escala de cuerda aún se movía.

—¡Diablos! —dijo Javert entre dientes—. ¡Menuda buena pieza debía de ser!

XXII

El niño que lloraba en la segunda parte

A la mañana siguiente del día en que sucedieron estos acontecimientos en la casa del bulevar de L'Hôpital, un niño, que parecía venir de la zona del puente de Austerlitz, subía por el paseo lateral de la derecha en dirección del portillo de Fontainebleau. Era noche cerrada. Aquel niño estaba pálido y flaco e iba vestido de andrajos, con unos pantalones de algodón en el mes de febrero; y cantaba a pleno pulmón.

En la esquina de la calle de Le Petit-Banquier, una vieja encorvada rebuscaba en un montón de basura a la luz de un farol; el niño tropezó con ella al pasar y, luego, retrocedió exclamando:

—¡Anda! ¡Y yo que había tomado el bulto este por un perro grandísimo!

Repitió la palabra «grandísimo» engolando la voz burlona, lo que podría expresarse muy bien con unas mayúsculas: ¡un perro grandísimo, GRANDÍSIMO!

La vieja se enderezó furiosa.

—¡Maldito chico! —refunfuñó—. ¡Si no hubiese estado agachada, bien sé yo dónde te habría puesto el pie!

El niño ya estaba lejos.

—¡Venga, chucho, dale! —dijo—. A lo mejor resulta que no me había equivocado.

La vieja, ahogándose de rabia, se irguió del todo y la luz rojiza del farol le dio de lleno en la cara lívida, que socavaban aristas, arrugas y unas patas de gallo que le llegaban a las comisuras de la boca. El cuerpo se perdía en la sombra y sólo se le veía la cara. Hubiérase dicho la máscara de la Decrepitud que una luz destacase en la oscuridad. El niño se la quedó mirando atentamente:

—La señora —dijo— no es el tipo de mujer guapa que me hace tilín.

Siguió andando y volvió a cantar:

El rey Trancobarranco
cuervos salió a cazar
subido en unos zancos…

Al llegar al tercer verso, se interrumpió. Había llegado delante de los números 50 y 52 y, al encontrarse con la puerta cerrada, empezó a darle patadas, unas patadas sonoras y heroicas, que hablaban más de los zapatos de hombre que llevaba que de los pies de niño que tenía.

Entre tanto, la misma vieja con quien se había encontrado en la esquina de la calle de Le Petit-Banquier llegaba corriendo, lanzando fuertes voces y prodigando ademanes desmedidos.

—Pero ¿esto qué es? Pero ¿esto qué es? ¡Señor Dios mío! ¡Que están derribando la puerta! ¡Que están derribando la puerta!

Las patadas continuaban.

La vieja seguía diciendo a grito herido:

—¿Éste es el trato que se les da ahora a los edificios?

Se interrumpió de repente. Había reconocido al golfillo.

—¡Cómo! ¡Eres tú, satanás!

—Anda, si es la vieja —dijo el niño—. Hola, Burgonucha. Vengo a ver a mis padruchos.

La vieja contestó con una mueca compuesta, improvisación admirable del odio sacándoles partido a la caducidad y a la fealdad, que, por desgracia, se perdió en la oscuridad:

—No hay nadie, descarado.

—¡Ahí va! —dijo el niño—. ¿Y dónde está mi padre?

—En La Force.

—¡Caray! ¿Y mi madre?

—En Saint-Lazare.

—¡Vaya! ¿Y mis hermanas?

—En Les Madelonnettes.

El niño se rascó detrás de la oreja, miró a la señora Burgon y dijo:

—¡Ah!

Luego se dio media vuelta y, al cabo de un momento, la vieja, que se había quedado en el umbral de la puerta, lo oyó cantar con su voz clara y joven, mientras se internaba bajo los olmos negros que estremecía el viento invernal:

El rey Trancobarranco
cuervos salió a cazar
subido en unos zancos.
Quien debajo pasaba
diez céntimos pagaba.

Cuarta Parte

El idilio de la calle de Plumet y La epopeya de la calle de Saint-Denis

Libro primero

Unas cuantas páginas de historia

I

Bien cortado

1831 y 1832, los dos años inmediatamente posteriores a la revolución de julio, son uno de los momentos de la historia más peculiares y que más sorprenden. Esos dos años, situados entre los que los preceden y los que vienen a continuación, son como dos montañas. Poseen la grandeza revolucionaria. Se divisan en ellos precipicios. Las masas sociales, los cimientos mismos de la civilización, el sólido grupo de los intereses superpuestos y aglutinados, los perfiles seculares de la antigua organización francesa aparecen y desaparecen continuamente en su transcurso a través de las nubes tormentosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías. A esas apariciones y a esas desapariciones les dieron el nombre de resistencia y movimiento. A intervalos vemos brillar la verdad, esa claridad del alma humana.

Esta época notable está bastante bien delimitada, y empezamos a tenerla a suficiente distancia para que podamos ya vislumbrar sus líneas principales.

Vamos a intentarlo.

La Restauración fue una de esas fases intermedias de difícil definición, en las que hay cansancio, zumbidos, susurros, sueño y tumulto, y que no son sino la llegada de una gran nación a una etapa. Son épocas singulares y engañan a los políticos que quieren sacarles partido. De entrada, la nación sólo pide descanso; sólo está sedienta de una cosa: de paz; sólo ambiciona ser pequeña, que es la traducción de quedarse quieta y tranquila. A los grandes acontecimientos, los grandes azares, las grandes aventuras, los grandes hombres los tiene ya muy vistos, a Dios gracias, y está harta de ellos. ¡Cambiaría a César por Prusias y a Napoleón por el

rey de Yvetot, que era «un rey modesto y tan afable»! La nación lleva andando desde las claras del alba y está cayendo la tarde de una jornada larga y dura: la primera posta fue Mirabeau; la segunda, Robespierre; la tercera, Bonaparte; está rendida. Todo el mundo quiere irse a la cama.

Las abnegaciones exhaustas, los heroísmos marchitos, las ambiciones ahítas, las fortunas logradas buscan, reclaman, imploran, solicitan, ¿qué? Un techo. Lo tienen. Toman posesión de la paz, de la tranquilidad, del ocio; ya están satisfechos. No obstante, al tiempo, aparecen ciertos hechos, se dan a conocer y llaman por su cuenta a la puerta. Esos hechos son fruto de las revoluciones y de las guerras, existen, viven, tienen derecho a afincarse en la sociedad y en ella se acomodan; y casi siempre los hechos son aposentadores y furrieles que no hacen sino prepararles el alojamiento a los principios.

Y, llegado ese momento, esto es lo que ven los filósofos políticos.

Al mismo tiempo que los hombres cansados piden descanso, los hechos consumados piden garantías. Las garantías son para los hechos lo mismo que el descanso para los hombres.

Eso era lo que les pedía Inglaterra a los Estuardo después del Protector; eso era lo que les pedía Francia a los Borbones después del Imperio.

Tales garantías son una necesidad de los tiempos. No queda más remedio que concederlas. Los príncipes las «otorgan», pero, en realidad, quien las proporciona es la fuerza de las cosas. Verdad honda y sutil que es menester saber; que no sospecharon los Estuardo en 1660; que los Borbones ni siquiera intuyeron en 1814.

La familia predestinada que volvió a Francia cuando se desplomó Napoleón tuvo la fatídica simpleza de creer que era ella la que concedía algo y que lo que había concedido podía volver a tomarlo; que la casa de Borbón estaba en posesión del derecho divino; que Francia no poseía nada; y que el derecho político que otorgaba Luis XVIII en la Carta no era sino una rama del derecho divino que la casa de Borbón había desgajado y entregado graciosamente al pueblo hasta el día en que pluguiera al rey volver a hacerla suya. No obstante, puesto que esa donación le resultaba tan desagradable, la casa de Borbón habría debido caer en la cuenta de que no procedía de ella.

Fue esta casa arisca y rabiosa durante el siglo XIX. Le puso mala cara a todos los florecimientos de la nación. Por usar la expresión trivial, es decir, popular y auténtica, lo hizo todo a regañadientes. Y el pueblo lo vio.

Creyó que tenía fuerza porque presenció cómo el Imperio desaparecía como un bastidor de teatro. No se dio cuenta de que ella había llegado de la misma forma. No vio que ella también estaba en esa misma mano que había quitado a Napoleón.

Creyó que tenía raíces porque era el pasado. Se equivocaba; formaba parte del pasado, pero el pasado entero era Francia. Las raíces de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nación. Esas raíces oscuras y vivaces no eran el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo. Estaban en todas partes menos debajo del trono.

La casa de Borbón era para Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no era ya el elemento principal de su destino ni la base necesaria para su política. Francia podía prescindir de los Borbones; había prescindido de ellos veintidós años; se había dado a sí misma una solución de continuidad y ellos no se habían enterado. ¿Y cómo se iban a enterar si se figuraban que Luis XVII estaba reinando el 9 de termidor y que Luis XVIII estaba reinando el día de la batalla de Marengo? Nunca, desde los orígenes de la historia, habían estado tan ciegos unos príncipes ante unos hechos y ante esa parte de autoridad divina que reside en los hechos y éstos promulgan. Nunca esa pretensión de abajo que se conoce con el nombre del derecho de los reyes había negado hasta tal punto el derecho de arriba.

Error capital que condujo a esa familia a volver a echarles el guante a las garantías «otorgadas» en 1814, a las concesiones, como ella decía. ¡Qué cosa más triste! Eso que llamaba sus concesiones eran nuestras conquistas; lo que llamaba nuestras usurpaciones eran nuestros derechos.

Cuando le pareció que había llegado la hora, la Restauración, dando por hecho que se había alzado con la victoria sobre Bonaparte y tenía raíces en el país, es decir, creyéndose fuerte y creyéndose profunda, se decidió de repente y se arriesgó. Una mañana se encaró con Francia y, alzando el tono de voz, puso en tela de juicio el título colectivo y el título individual, les negó la

soberanía a la nación y la libertad al ciudadano. Dicho de otro modo, negó a la nación lo que la hacía nación y al ciudadano lo que lo hacía ciudadano.

Eso es lo que subyace en los famosos decretos que reciben el nombre de Ordenanzas de julio.

La Restauración cayó.

Fue justo que cayera. No obstante, hay que decirlo, no había sido absolutamente hostil a todas las formas de progreso. Se habían hecho grandes cosas a su vera.

En tiempos de la Restauración, la nación se acostumbró a debatir con calma, cosa de la que había carecido en tiempos de la República; y a la grandeza en la paz, de lo que había carecido durante el Imperio. Esa Francia libre y fuerte fue un espectáculo alentador para los demás pueblos de Europa. La Revolución tuvo la palabra en tiempos de Robespierre; el cañón tuvo la palabra en tiempos de Bonaparte; fue con Luis XVIII y con Carlos X cuando le llegó la palabra a la inteligencia. Se calmó el viento y se volvió a encender la antorcha. Pudo verse vibrar en las cumbres serenas la luz pura de las mentes. Espectáculo espléndido, útil y delicioso. Pudieron verse, manos a la obra durante quince años, en completa paz, en plena plaza pública, esos grandes principios, tan antiguos para el pensador, tan nuevos para el hombre de Estado: la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia, la libertad de palabra, la libertad de prensa, todos los cometidos al alcance de todas las aptitudes. Todo eso duró hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilización que se quebró en manos de la Providencia.

La caída de los Borbones rebosó grandeza, no por parte de ellos, sino por parte de la nación. Ellos dejaron el trono con ponderación, pero sin autoridad; su bajada a la oscuridad no fue una de esas desapariciones solemnes que dejan en la historia una emoción sombría; no fue ni la serenidad espectral de Carlos I ni el grito de águila de Napoleón. Se fueron, y nada más. Dejaron la corona y no les quedó ninguna aureola. Fueron dignos, pero no fueron augustos. Le fallaron en cierta medida a la majestad de su desgracia. Carlos X, durante el viaje de Cherburgo, cuando mandó cortar una mesa redonda para convertirla en mesa cuadrada, pareció más preocupado en velar por la etiqueta amenazada que por la

monarquía que se venía abajo. Esa mengua entristeció a los hombres entregados que sentían cariño por sus personas y a los hombres serios que rendían honra a su estirpe. El pueblo, en cambio, estuvo admirable. La nación, al ver que una mañana padecía el ataque a mano armada de una especie de insurrección del rey, notó en sí tanta fuerza que no sintió ira. Se defendió, se contuvo, volvió a poner las cosas en su sitio, al gobierno dentro de la ley, a los Borbones, ¡ay!, camino del exilio y en eso se quedó. Agarró al anciano rey Carlos X bajo el dosel que había cubierto a Luis XIV y lo dejó en el suelo con suavidad. No puso la mano sobre las personas regias sino con tristeza y precaución. No lo hizo un hombre, no lo hicieron varios hombres; fue Francia, Francia entera, la Francia victoriosa y ebria de su victoria, que pareció recordar, y puso en práctica ante los ojos del mundo entero tras el día de las barricadas, estas ponderadas palabras de Guillaume de Vair: «Fácil les resulta a quienes suelen catar los favores de los grandes y pasar, cual pájaro de rama en rama, de una fortuna amarga a otra floreciente, atreverse, en la adversidad, contra su príncipe; pero para mí la suerte de mis reyes siempre será venerable, y más aún si se hallan en la aflicción».

Los Borbones se fueron con respeto, pero nadie lo lamentó ni los echó de menos. Como acabamos de decirlo, su desgracia fue más grande que ellos. Se desvanecieron en el horizonte.

La revolución de julio tuvo en el acto amigos y enemigos en el mundo entero. Hubo quienes se abalanzaron entusiasmados y jubilosos a su encuentro; hubo quienes se desviaron de ella; cada cual procedió según su forma de ser. Los príncipes de Europa, al principio, búhos de aquel amanecer, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y no volvieron a abrirlos sino para amenazar. Temor comprensible; ira disculpable. Esta extraña revolución apenas si había sido un choque; ni siquiera le había hecho a la monarquía vencida el honor de tratarla como enemiga y derramar su sangre. Los gobiernos despóticos, siempre interesados en que la libertad se calumnie a sí misma, tenían contra la revolución de julio el inmenso agravio de que había sido tremenda sin dejar de ser suave. Por lo demás, nadie intentó ni tramó nada contra ella. Los más descontentos, los más irritados, los más vibrantes la acogían; por muy grandes que sean nuestros egoísmos y nuestros rencores, un

respeto misterioso brota de los acontecimientos en los que se nota que proceden de la colaboración de alguien que labora a un nivel superior al del hombre.

La revolución de julio es el triunfo del derecho que da en tierra con el hecho. Algo colmado de esplendor.

El derecho dando en tierra con el hecho. De ahí el esplendor de la revolución de 1830, y también su mansedumbre. El derecho que triunfa no precisa en modo alguno ser violento.

El derecho es lo justo y lo auténtico.

Lo propio del derecho es seguir siendo eternamente hermoso y puro. El destino del hecho, incluso el más necesario en apariencia, incluso el que mejor acogida recibe de sus contemporáneos, si sólo existe como hecho y si no hay en él sino poca parte de derecho o ninguna en absoluto, es infaliblemente convertirse, con el paso del tiempo, en deforme, inmundo y, quizá, incluso, en monstruoso. Si queremos comprobar de una sola vez qué extremos de fealdad puede alcanzar, visto desde la distancia de los siglos, fijémonos en Maquiavelo. Maquiavelo ni es un genio malvado, ni un demonio ni un escritor cobarde y miserable; sólo es el hecho. Y no es sólo el hecho italiano, es el hecho europeo, el hecho del siglo XVI. Parece repugnante, y lo es en presencia del concepto ético del XIX.

Ese combate del derecho y del hecho viene durando desde el origen de las sociedades. Concluir ese duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, introducir pacíficamente el derecho en el hecho y el hecho en el derecho, tal es la tarea de los sabios y cuerdos.

II

Mal cosido

Pero está la tarea de los sabios y está la tarea de los habilidosos.

La revolución de 1830 se detuvo enseguida.

En cuanto una revolución queda varada, los habilidosos desguazan el barco zozobrado.

Los habilidosos, en nuestro siglo, se han otorgado a sí mismos la calificación de hombres de Estado, de forma tal que esta expresión, hombre de Estado, ha acabado por convertirse hasta cierto punto en una expresión de jerga. No debemos, efectivamente, olvidar que donde sólo hay habilidad no puede por menos de haber bajeza. Decir habilidosos equivale a decir mediocres.

De la misma forma, decir hombres de Estado equivale a veces a decir traidores.

Decíamos, pues, que, si nos fiamos de la opinión de los habilidosos, las revoluciones como la revolución de julio son arterias cortadas; es necesario ligarlas lo antes posible. El derecho, proclamado con exceso, hace mella. En consecuencia, cuando ya está firme el derecho, hay que reforzar el Estado. Cuando ya está asegurada la libertad, hay que pensar en el poder.

Llegados aquí, los sabios aún no se apartan de los habilidosos, pero empiezan a desconfiar de ellos. El poder, bien está. Pero, antes que nada, ¿qué es el poder? Y, en segundo lugar, ¿de dónde procede?

Los habilidosos parecen no entender esa objeción, que les susurran, y siguen adelante con la maniobra.

Según esos políticos, ingeniosos a la hora de colocarles a las ficciones de las que pueden aprovecharse una máscara de necesidad, lo primero que precisa un pueblo, después de una

revolución, cuando ese pueblo pertenece a un continente monárquico, es hacerse con una dinastía. De esta forma, dicen, puede haber paz después de la ya mencionada revolución, es decir, tiempo para curarse las heridas y reparar la casa. La dinastía oculta el andamiaje y tapa la ambulancia.

Ahora bien, no siempre es fácil hacerse con una dinastía.

Si no queda más remedio, al primer hombre de talento, o incluso el primer hombre de buena fortuna que pase por allí, basta para que lo conviertan en rey. En el primer caso, ahí tenemos a Bonaparte; y, en el segundo, a Iturbide.

Pero no vale cualquier familia para convertirse en dinastía. En una estirpe no puede por menos de haber determinada porción de Antigüedad, y la arruga de los siglos no se improvisa.

Si miramos las cosas desde el punto de vista de los «hombres de Estado», con todas las reservas por supuesto, tras una revolución, ¿qué prendas debe tener el rey que salga de ella? Puede ser un revolucionario, es decir, que haya contribuido personalmente a esa revolución, que haya participado, que se haya comprometido en ella o haya adquirido fama, que haya tenido en la mano el hacha o que haya manejado la espada, y resultará de utilidad que lo sea.

¿Cuáles son las prendas de una dinastía? Debe ser nacional, es decir, revolucionaria a distancia, no porque haya hecho cosas sino porque haya aceptado ideas. Debe tener pasado y ser histórica y tener porvenir y ser simpática.

Todo lo dicho explica por qué las primeras revoluciones se contentan con dar con un hombre, Cromwell o Napoleón; y por qué las segundas tienen gran empeño en dar con una familia, la casa de Brunswick o la casa de Orleans.

Las casas reales se parecen a esas higueras de la India todas y cada una de cuyas ramas, al curvarse hasta llegar al suelo, vuelven a echar raíces y se convierten en higueras. Todas sus ramas pueden convertirse en una dinastía. Con una única condición, la de inclinarse hasta el pueblo.

Tal es la teoría de los habilidosos.

He aquí pues el arte mayor: conseguir que un éxito suene en cierta medida como una catástrofe para que a quienes le saquen partido les inspire también cierto temor; aliñar con miedo todo paso que se dé; incrementar la curva de la transición hasta llegar a frenar

el avance del progreso; tornar insípida esa aurora; denunciar y apartar los rigores del entusiasmo; cortar las aristas y las uñas; acolchar el triunfo; arropar bien el derecho; abrigar con franela al gigante que se llama pueblo y meterlo corriendo en la cama; poner a dieta ese exceso de salud; imponerle a Hércules un tratamiento de convaleciente; desleír el acontecimiento en el expediente; servir a las mentes sedientas de ideales ese néctar aguado con tisana; tomar precauciones contra un exceso de éxito; ponerle a la revolución una pantalla.

1830 puso en práctica esa teoría, que 1688 ya había aplicado a Inglaterra.

1830 es una revolución que se quedó a mitad de la cuesta arriba. Mediado el progreso; incompleto el derecho. Ahora bien, la lógica no se entera de las aproximaciones; de la misma forma que el sol no se entera de las velas.

¿Quién detiene las revoluciones a mitad de la cuesta arriba? La burguesía.

¿Por qué?

Porque la burguesía es el interés ya satisfecho. Ayer era el apetito; hoy es la plenitud; mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, posterior a Napoleón, volvió a ocurrir en 1830, posteriormente a Carlos X.

Se ha querido convertir en una clase a la burguesía, y ha sido un error. La burguesía es, sencillamente, la parte del pueblo que ya tiene lo que quería. El burgués es el hombre que ya tiene tiempo de sentarse. Una silla no es una casta.

Pero quien quiera sentarse demasiado pronto puede detener el avance del género humano. Y eso ha sido con frecuencia culpa de la burguesía.

Cometer una falta no es ser una clase. El egoísmo no es una de las divisiones del orden social.

Por lo demás, hay que ser justo incluso con el egoísmo; el estado al que aspiraba, tras la sacudida de 1830, esa parte de la nación que recibe el nombre de burguesía no era la inercia, que lleva el aditamento de la indiferencia y la pereza y en la que hay algo de vergüenza; no era el sueño, que equivale a un olvido momentáneo accesible a las ensoñaciones; a lo que aspiraba era a hacer un alto.

El alto es una palabra que contiene un sentido doble y casi

contradictorio: tropa en marcha, es decir, movimiento; parada, es decir, descanso.

El alto es lo que permite reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que coloca centinelas y sigue en guardia. El alto implica que se combatió ayer y que se combatirá mañana.

Es el intermedio entre 1830 y 1848.

Eso que llamamos combate puede llamarse también progreso.

La burguesía necesitaba, pues, igual que los hombres de Estado, a un hombre que fuera la expresión de esa palabra: un alto. Un «aunque porque». Una individualidad compuesta, que significara al tiempo revolución y estabilidad; dicho de otro modo, que diera solidez al presente mediante la compatibilidad evidente entre el pasado y el porvenir.

Y había un hombre que «ni hecho adrede». Se llamaba Luis Felipe de Orleans.

Los 221 convirtieron en rey a Luis Felipe. Lafayette tomó a su cargo la coronación. La llamó *la mejor de las repúblicas*. La Casa de la Villa de París sustituyó a la catedral de Notre-Dame.

Esa sustitución de un trono entero por medio trono fue «la obra de 1830».

Cuando los habilidosos acabaron la tarea, pudo verse entonces el tremendo vicio de aquella solución. Todo aquello se había llevado a cabo al margen del derecho absoluto. El derecho absoluto gritó: ¡Protesto! Y, luego, acontecimiento temible, volvió a esfumarse en la sombra.

III

Luis Felipe

Las revoluciones tienen brazo temible, pero también buena mano; golpean con fuerza y escogen bien. Incluso incompletas, incluso envilecidas y bastardas y reducidas al estado de revolución menor, como le sucedió a la revolución de 1830, casi siempre les queda suficiente lucidez providencial para no resultar inoportunas. Su eclipse no es nunca una abdicación.

Pero, sin embargo, no echemos las campanas al vuelo; las revoluciones también se equivocan; y han ocurrido grandes errores.

Volvamos a 1830. 1830, al desviarse, tuvo suerte. Al implantarse lo que dieron en llamar orden, después de interrumpirse la revolución, el rey valía más que la monarquía. Luis Felipe era un hombre infrecuente y valioso.

Hijo de un padre al que la historia concederá sin duda circunstancias atenuantes, pero tan digno de estima cuanto fue el padre digno de censura; poseedor de todas las virtudes privadas y de varias de las virtudes públicas; diligente al cuidar de su salud, de su fortuna, de su persona y de sus asuntos; conocedor de lo que vale un minuto y no siempre de lo que vale un año; sobrio, sereno, apacible, paciente, bonachón y buen príncipe, dormía con su mujer y tenía en palacio lacayos a cuyo cargo corría enseñarles el lecho conyugal a los burgueses, hacer ostentación de una alcoba decente que se había vuelto útil después de las antiguas exhibiciones ilegítimas de la rama primogénita; sabía todas las lenguas de Europa y, lo que es más raro, todos los lenguajes de todos los intereses, y los hablaba; era un representante admirable de «la clase media», pero la trascendía y, en todos los aspectos, era de mayor categoría que ella; tenía la sensatez, aunque le tuviera aprecio a la

sangre de la que venía, de estimarse sobre todo por su valor intrínseco y, en lo referido a su estirpe, la sensatez muy peculiar de proclamarse Orleans y no Borbón; se consideró príncipe de sangre muy principal mientras no fue sino alteza serenísima, pero se consideró burgués de pura cepa en cuanto fue majestad; poco concreto en público, conciso en la intimidad; supuestamente tacaño, aunque no esté demostrado; en el fondo, uno de esos ahorrativos de tan fácil prodigalidad para sus antojos o sus obligaciones; letrado y con poca sensibilidad para las letras; gentilhombre, pero no caballero; sencillo, reposado y fuerte; su familia y su casa lo adoraban; conversador atractivo, hombre de Estado desengañado, frío por dentro, lo dominaba el interés inmediato y gobernaba siempre a favor del viento; incapaz de rencor y de agradecimiento, recurría sin compasión a las superioridades contra las mediocridades, diestro en conseguir que las mayorías parlamentarias hicieran quedar mal a esas unanimidades misteriosas que rugen sordamente bajo los tronos; expansivo, a veces imprudente en esas expansiones suyas, pero de maravillosa habilidad en la imprudencia; fértil en recursos, en caras, en máscaras; metía miedo a Francia con Europa y a Europa con Francia; era innegable que quería a su país, pero prefería a su familia; valoraba más el dominio que la autoridad y más la autoridad que la dignidad, disposición de ánimo funesta porque, como todo lo encarrila hacia el éxito, admite la astucia y no repudia por completo la bajeza, pero que resulta, en cambio, provechosa porque protege a la política de los choques violentos, al Estado de las fracturas y a la sociedad de las catástrofes; minucioso, correcto, despierto, atento, sagaz, infatigable, se contradecía a veces y se desmentía a sí mismo; osado contra Austria en Ancona, tozudo contra Inglaterra en España, bombardeó Amberes e indemnizó a Pritchard; cantaba con mucho convencimiento la Marsellesa; era inasequible al desaliento, al cansancio, a la afición por lo hermoso y lo ideal, a las generosidades temerarias, a la utopía, a la quimera, a la ira, a la vanidad, al temor; poseía todas las formas de la intrepidez personal; fue general en Valmy y soldado en Jemmapes; el regicidio le pasó rozando ocho veces y siempre sonreía; valiente como un granadero, valeroso como un pensador, sólo lo preocupaban las posibilidades de una conmoción europea y no valía

para las grandes aventuras políticas; siempre estaba dispuesto a arriesgar la vida, pero no su obra; disfrazaba la voluntad de influencia para que lo obedecieran más por avenencia que por ser el rey; estaba dotado de sentido de la observación y no de sentido de la adivinación; no hacía mucho caso a las inteligencias, pero era entendido en hombres, es decir, necesitaba ver para juzgar; tenía sentido común pronto y penetrante, sabiduría práctica, palabra fácil y memoria prodigiosa, y recurría continuamente a esa memoria, su único punto en común con César, Alejandro y Napoleón; conocía los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios y desconocía las tendencias, las pasiones, los diversos caracteres de las muchedumbres, las aspiraciones internas, los alzamientos ocultos y oscuros de las almas, en pocas palabras, lo que podríamos llamar las corrientes invisibles de las conciencias; lo aceptaba la Francia de la superficie, pero no coincidía demasiado con él la Francia de debajo; salía del paso porque era sutil; gobernaba demasiado y no reinaba lo suficiente; era su propio primer ministro; destacaba en el arte de convertir la pequeñez de las realidades en un obstáculo para la inmensidad de las ideas; mezclaba una facultad creadora auténtica para la civilización, el orden y la organización con a saber qué mentalidad de procedimientos y triquiñuelas jurídicos; era fundador y procurador de una dinastía; había en él algo de Carlomagno y algo de fiscal; recapitulando: una figura elevada y original, un príncipe que supo crear poder pese a la agitación de Francia y potencia pese a la envidia de Europa; Luis Felipe ocupará un lugar entre los hombres eminentes de su siglo; y se contaría en las filas de los gobernantes más ilustres de la historia si hubiese tenido algo más de amor a la gloria y hubiera contado con un sentimiento de lo grande tan desarrollado como el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe había sido guapo y, ya viejo, había seguido siendo de aspecto agradable; la nación no siempre lo aceptaba, pero la muchedumbre lo aceptaba siempre; gustaba. Tenía ese don: el encanto. Carecía de majestad; ni llevaba corona, aunque era rey, ni tenía el pelo blanco aunque fuera viejo. Tenía los modales del antiguo régimen y los hábitos del nuevo, una mezcla de noble y burgués que encajaba bien en 1830; Luis Felipe era la transición reinante; conservaba la pronunciación antigua y la ortografía antigua, que ponía al servicio de las opiniones modernas; le

agradaban Polonia y Hungría, pero seguía conservando para sus ciudadanos los usos anteriores a la Revolución: escribía *polonois* y no *polonais* y pronunciaba *hongrais* y no *hongrois*. Solía vestir la casaca de la Guardia Nacional, como Carlos X, y llevar el cordón de la Legión de Honor como Napoleón.

Iba poco a la capilla, no salía de caza y nunca iba a la ópera. No podían corromperlo ni sacristanes, ni mozos de traílla ni bailarinas, y eso formaba parte de su popularidad burguesa. No tenía corte. Salía con el paraguas debajo del brazo, y ese paraguas fue parte de su aureola durante mucho tiempo. Tenía algo de albañil, algo de jardinero y algo de médico; sangraba a los postillones si se caían del caballo; Luis Felipe no iba a parte alguna sin lanceta de la misma forma que Enrique III no iba sin puñal. Los monárquicos se burlaban de ese rey ridículo, el primero que derramaba sangre para curar.

Entre los agravios de la historia contra Luis Felipe hay que hacer unos cuantos descuentos; están los agravios contra la monarquía, los agravios contra el reino y los agravios contra el rey; tres columnas que dan tres totales diferentes. La confiscación del derecho democrático, el progreso convertido en interés de segunda fila, la represión violenta de las protestas callejeras, el ejército ejecutando a las insurrecciones, los motines pasados por las armas, la calle de Transnonain, los consejos de guerra, el país legal absorbiendo al país real, el gobierno con cuentas a medias con trescientos mil privilegiados, todo eso es obra de la monarquía; Bélgica rechazada; Argelia conquistada con excesiva mano dura y, como en el caso de la India y los ingleses, con más barbarie que civilización; la falta de confianza en Ab-el-Kader; la ciudadela de Blaye; Deutz comprado; Pritchard indemnizado: todo eso es obra del reinado; la política, más familiar que nacional: eso es obra del rey.

Como puede verse, tras realizar esos descuentos, la responsabilidad del rey es menor.

La gran falta que cometió es la siguiente: fue modesto en nombre de Francia.

¿De dónde viene ese falta?

Digámoslo.

Luis Felipe fue un rey demasiado paternal; esa incubación de

una familia con el deseo de que salga del huevo una dinastía siente temor por todo y no quiere que la molesten; de ello se derivan apocamientos excesivos que le resultan importunos a un pueblo que tiene el 14 de julio en su tradición civil y Austerlitz en su tradición militar.

Por lo demás, si hacemos abstracción de los deberes públicos, que requieren que los atiendan en primer lugar, esa honda ternura de Luis Felipe por su familia, esa familia se la merecía. Aquel grupo doméstico era admirable. La virtud iba pareja con el talento. Una de la hijas de Luis Felipe, Marie d'Orleans, situaba el apellido de su estirpe en las filas de los artistas igual que Charles d'Orleans lo situó en las filas de los poetas. Dejó su alma en una escultura de mármol a la que llamó Juana de Arco. Dos de los hijos de Luis Felipe le hicieron pronunciar a Metternich este elogio demagógico: *Como ellos se ven pocos jóvenes y ningún príncipe.*

He aquí, sin disimular nada, pero también sin cargar las tintas en nada, la verdad sobre Luis Felipe.

Ser el príncipe-igualdad, albergar en sí la contradicción de la Restauración y de la Revolución, tener esa faceta inquietante del revolucionario que se vuelve tranquilizadora en el gobernante, ésa fue la suerte de Luis Felipe en 1830; nunca se dio adaptación más completa de un hombre a un acontecimiento; éste se introdujo en aquél y ocurrió la encarnación. Luis Felipe es 1830 hecho hombre. Tenía a su favor además esa importante designación para ocupar el trono: el destierro. Había sido un proscrito errabundo y pobre. Había vivido de su trabajo. En Suiza, ese usufructuario de las posesiones principescas más ricas de Francia vendió un caballo viejo para comer. En Reichenau, dio clases de matemáticas mientras su hermana Adelaïde bordaba y cosía. Destruyó con sus propias manos la última jaula de hierro del monte Saint-Michel, que construyó Luis XI y utilizó Luis XV. Era el compañero de Dumouriez, era el amigo de Lafayette; perteneció al club de los jacobinos; Mirabeau le daba palmadas en el hombro; Danton le dijo: ¡Muchacho! A los veinticuatro años, en 1793, cuando era duque de Chartres, asistió, desde el fondo de un palco oscuro y pequeño de la Convención, al juicio de Luis XVI, a quien tan atinado es llamar *aquel pobre tirano*. La clarividencia ciega de la Revolución, que destruía la monarquía en el rey y al rey junto con la monarquía, sin

fijarse casi en el hombre por pensar sólo en el feroz aplastamiento de la idea; la enorme tormenta de la asamblea convertida en tribunal; la ira pública que interrogaba; Capet que no sabía qué responder; el espantoso titubeo estupefacto de aquella cabeza regia bajo aquella ráfaga oscura; la inocencia relativa de todos en aquella catástrofe, de los que condenaban y del condenado: vio todas esas cosas, miró todos aquellos vértigos; vio cómo comparecían los siglos ante la Convención; vio erguirse en las tinieblas, detrás de Luis XVI, aquel desdichado transeúnte responsable, a la acusada formidable: la monarquía; y se le quedó en el alma el espanto respetuoso de aquellas gigantescas justicias del pueblo casi tan impersonales como la justicia de Dios.

Era prodigioso el surco que había dejado en él la Revolución. Sus recuerdos eran como una huella viva de aquellos grandes años, minuto a minuto. Un día, en presencia de un testigo del que no podemos dudar, rectificó de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la asamblea constituyente.

Luis Felipe fue un rey a plena luz del día. Durante su reinado, hubo libertad de prensa, libertad de tribuna, libertad de conciencia y de palabra. Las leyes de septiembre son como un encañado. Aun sabiendo el poder corrosivo de la luz sobre los privilegios, dejó el trono expuesto a la luz. La historia le tendrá en cuenta esa lealtad.

A Luis Felipe, como a todos los hombres históricos que bajaron ya del escenario, lo juzga ahora la conciencia humana. Su juicio no ha salido aún de la primera instancia.

Aún no ha llegado para él esa hora en que la historia habla con su voz venerable y libre; no ha llegado el momento de dictar la sentencia definitiva de ese rey; el propio Louis Blanc, historiador austero e ilustre, suavizó hace poco su primer veredicto; a Luis Felipe lo eligieron esos dos medianos pasares que fueron los 221 y 1830, es decir, un parlamento a medias y una revolución a medias; y, fuere como fuere, desde el punto de vista superior en que tiene que situarse la filosofía, no podríamos juzgarlo aquí, como hemos podido percatarnos más o menos más arriba, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto; con la perspectiva de lo absoluto, cuanto no obedezca a estos dos derechos: el derecho del hombre en primer lugar y el derecho del pueblo a continuación, es usurpación; pero lo que sí podemos decir

ya es que, en resumidas cuentas, y se mire como se mire, Luis Felipe, considerado en sí mismo y desde el punto de vista de la bondad humana, quedará, por recurrir al lenguaje antiguo de la historia antigua, como uno de los mejores príncipes que se hayan sentado en un trono.

¿Qué hay en contra de él? Ese trono. Quitadle el rey a Luis Felipe y queda el hombre. Y el hombre es bueno. Es bueno, a veces, hasta resultar admirable. Con frecuencia, en medio de las preocupaciones más graves, tras un día de lucha con toda la diplomacia del continente, volvía por la noche a sus aposentos y allí, exhausto, agobiado por el sueño, ¿qué hacía? Cogía un expediente y se pasaba la noche revisando un juicio criminal, con la opinión de que era importante hacerle frente a Europa, pero era aún más importante arrancar a un hombre de las manos del verdugo. Se oponía obstinadamente a su ministro de Justicia; les disputaba palmo a palmo el terreno de la guillotina a los fiscales del reino, esos *charlatanes de la ley,* como los llamaba. A veces tenía la mesa cubierta de pilas de expedientes; los revisaba todos: le resultaba angustioso dejar abandonadas a aquellas míseras cabezas condenadas. Un día le dijo al mismo testigo a quien ya hemos mencionado antes: *Esta noche, he ganado a siete.* Durante los primeros años de su reinado pareció que se había abolido la pena de muerte, y para volver a levantar el patíbulo hubo que violentar al rey. Tras desaparecer la plaza de Grève con la rama primogénita, fundaron una Grève burguesa a la que llamaron Portillo de Saint-Jacques; los «hombres prácticos» sintieron la necesidad de una guillotina casi legítima; fue ésa una de las victorias de Casimir Perier, el representante de los aspectos reaccionarios de la burguesía, sobre Luis Felipe, que era el representante de los aspectos liberales. Luis Felipe tenía a Beccaria anotado de su puño y letra. Después de la máquina infernal de Fieschi, exclamó: *¡Qué lástima que no me hiriera! ¡Habría podido indultarlo!* En otra ocasión, aludiendo a la resistencia de sus ministros, escribía refiriéndose a un condenado político que es una de las figuras más generosas de nuestra época: *Ya lo he indultado, sólo me queda conseguir el indulto.* Luis Felipe era de carácter dulce como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, donde la bondad es la

perla rara, quien fue bueno pasa por delante de quien fue grande.

A Luis Felipe lo valoraron con severidad algunos, y otros, quizá, con dureza; es de lo más natural que un hombre, que es también un fantasma ya en la actualidad y conoció al rey, acuda a declarar en su favor ante la historia; esta declaración, fuere cual fuere, está claro que es desinteresada por encima de todo; el epitafio que escribe un muerto es sincero; una sombra puede consolar a otra sombra; compartir las mismas tinieblas da derecho a ejercer la alabanza; y no es de temer que pueda decirse nunca de dos tumbas en el exilio: Ésta aduló a esta otra.

IV

Grietas en los cimientos

Ahora que el drama que estamos refiriendo va a engolfarse en la densidad de una de las nubes trágicas que nublan los comienzos del reinado de Luis Felipe, era preciso que no existiera equívoco alguno y hacía falta que este libro se explicase en lo referido a ese rey.

Luis Felipe llegó a la autoridad monárquica sin violencia, sin intervención directa suya, debido a un giro revolucionario muy diferente, desde luego, de la meta real de la revolución, pero en el que él, el duque de Orleans, no tuvo ningún tipo de iniciativa personal. Había nacido príncipe y tenía la creencia de que lo habían elegido rey. No se había atribuido a sí mismo ese mandato; no lo había cogido; se lo ofrecieron y lo aceptó, erróneamente convencido, pero convencido, desde luego, de que el ofrecimiento se ajustaba a derecho y aceptarlo se ajustaba al deber. Por eso tomó posesión de buena fe. Ahora bien, y lo diremos sin más demora, al estar Luis Felipe en ese puesto de buena fe, y al ser de buena fe el ataque de la democracia, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no se le puede achacar ni al rey ni a la democracia. Un choque de principios es como un choque de elementos. El océano defiende al agua, el huracán defiende al aire; el rey defiende la monarquía, la democracia defiende al pueblo; lo relativo, que es la monarquía, resiste contra lo absoluto, que es la república; la sociedad sangra en ese conflicto, pero lo que hoy la hace sufrir la salvará más adelante; y, en cualquier caso, no se puede censurar a los que luchan; está claro que uno de los dos partidos yerra; el derecho no está, como el coloso de Rodas, en dos orillas a un tiempo, con un pie en la república y otro en la monarquía; es indivisible y está por completo de un lado; pero

quienes yerran son sinceros cuando yerran; un ciego no es un culpable de la misma forma que un vendeano no es un bandido. Imputemos pues estas colisiones temibles sólo a la fatalidad. Fueren como fueren esas tempestades, la irresponsabilidad humana tiene que ver con ellas.

Concluyamos esta exposición.

Al gobierno de 1830 se le pusieron las cosas difíciles enseguida. Nacido ayer, tuvo que combatir hoy.

No bien aposentado, notó ya por doquier inconcretos movimientos de tracción que inmutaban la maquinaria de julio, de creación aún tan reciente y tan poco firme.

La resistencia nació al día siguiente; quizá había nacido la víspera, incluso.

Mes a mes fue creciendo la hostilidad, y pasando de sorda a patente.

La revolución de julio, que, como ya hemos dicho, los reyes aceptaron en muy escasa medida fuera de Francia, en Francia se interpretó de diversas formas.

Dios comunica a los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos; es un texto oscuro escrito en una lengua misteriosa. Los hombres los convierten en el acto en traducciones; traducciones apresuradas, incorrectas, plagadas de faltas, de lagunas y de contrasentidos. Muy pocas mentes comprenden la lengua divina. Las más sagaces, las más serenas, las más hondas la van descifrando despacio y, cuando se presentan con su texto, la tarea lleva mucho concluida; hay ya veinte traducciones en la plaza pública. De cada traducción nace un partido; y de cada contrasentido, una facción; y todos los partidos tienen la convicción de que el suyo es el único texto verdadero; y todas las facciones se creen en posesión de la luz.

Con frecuencia, el propio poder es una facción.

Hay en las revoluciones nadadores a contracorriente; son los partidos antiguos.

Para los partidos antiguos, que descienden de la herencia por la gracia de Dios, puesto que las revoluciones surgieron del derecho a rebelarse, existe el derecho de rebelarse contra ellas. Es un error. Pues en esas revoluciones quien se rebela no es el pueblo, es el rey. Revolución es, precisamente, lo contrario de rebelión. Al ser toda

revolución una consumación normal, lleva en sí su legitimidad, que algunos revolucionarios falsos deshonran a veces, pero que persiste, incluso mancillada, y que sobrevive, incluso ensangrentada. Las revoluciones no proceden de un accidente, sino de la necesidad. Una revolución es un regreso de lo ficticio a lo real. Existe porque tiene que existir.

No por eso dejaban los antiguos partidos legitimistas de acosar a la revolución de 1830 con todas las violencias fruto del razonamiento falso. Los errores son excelentes proyectiles. La golpeaban hábilmente en aquello en que era vulnerable, en los puntos flacos, en su carencia de lógica; atacaban a esa revolución en su monarquía. Le gritaban: «Revolución, ¿por qué ese rey?». Las facciones son como ciegos que dan en el blanco.

Ese grito también lo lanzaban los republicanos. Pero, cuando venía de ellos, era un grito lógico. Lo que era ceguera en los legitimistas era clarividencia en los demócratas. 1830 frustró al pueblo. La democracia, indignada, se lo reprochaba.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, el edificio de julio combatía. Era el representante del minuto presente, riñendo con los siglos monárquicos por un lado y con el derecho eterno por otro.

Además, en el exterior, al no ser ya la revolución y convertirse en monarquía, a 1830 no le quedaba más remedio que ir por delante de Europa. Y velar por la paz, lo cual complicaba más aún las cosas. Una armonía fruto de una voluntad a contrapelo es con frecuencia más onerosa que una guerra. De ese conflicto sordo, siempre amordazado pero sin dejar nunca de retumbar, nació la paz armada, ese ruinoso recurso de la civilización que no se fía de sí misma. La monarquía de julio se encabritaba, por mucho que se resistiera a ello, entre los varales de los tiros de los gabinetes europeos. Mucho le habría gustado a Metternich ponerle la correa. En Francia la empujaba el progreso y ella empujaba en Europa a las monarquías, esas tardígradas. Iba a remolque y llevaba a remolque.

No obstante, dentro: pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, suerte que padece la mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, reparto, cambio, moneda, crédito, derecho del capital, derecho del trabajo, todas esas cuestiones iban creciendo y cerniéndose sobre la sociedad; terrible

repecho.

Aparte de los partidos políticos propiamente dichos, surgía otro movimiento. A la fermentación democrática respondía la fermentación filosófica. La elite notaba la misma alteración que la plebe; de otra manera, pero no menos.

Había pensadores que meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, por el que cruzaban las corrientes revolucionarias, se estremecía bajo sus pies con a saber qué inconcretas sacudidas epilépticas. Dichos pensadores, unos aislados y otros unidos en familias y casi en comuniones, les daban vueltas a las cuestiones sociales, pacífica pero profundamente: mineros impasibles que iban excavando tranquilamente sus galerías por las profundidades de un volcán sin que apenas los estorbasen las conmociones sordas y las hogueras vislumbradas.

Esa tranquilidad no era el menos hermoso de los espectáculos de aquella época agitada.

Esos hombres les dejaban a los partidos políticos la cuestión de los derechos y se ocupaban de la cuestión de la felicidad.

El bienestar del hombre, eso era lo que querían sacar de la sociedad.

Ponían las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, casi a la misma altura de dignidad que una religión. En la civilización, tal y como la construyen Dios en cierta medida y el hombre en gran medida, los intereses se combinan, se incorporan y se amalgaman de manera tal que forman una auténtica roca dura, según una ley dinámica que han estudiado pacientemente los economistas, esos geólogos de la política.

Esos hombres, que se agrupaban con apelativos diferentes, pero a los que podemos nombrar en su totalidad con el título genérico de socialistas, intentaban perforar esa roca para que brotase de ella el manantial de la felicidad humana.

Desde la cuestión del patíbulo hasta la cuestión de la guerra, sus trabajos lo abarcaban todo. A los derechos del hombre, que proclamó la Revolución Francesa, sumaban los derechos de la mujer y los derechos del niño.

A nadie podrá extrañarle que, por razones diversas, no tratemos aquí a fondo, desde el punto de vista teórico, las cuestiones que planteaba el socialismo. Nos limitamos a reseñarlas.

Todos los problemas que los socialistas trataban, dejando aparte las visiones cosmogónicas, los sueños y el misticismo, pueden compendiarse en dos problemas principales.

Primer problema:

Producir riqueza.

Segundo problema:

Distribuirla.

En el primer problema entra la cuestión del trabajo.

En el segundo entra la cuestión del salario.

En el primer problema se trata el tema del uso de las fuerzas.

En el segundo, de repartir el disfrute.

El resultado del buen empleo de las fuerzas es el poder y la fuerza públicos.

El resultado del buen reparto del disfrute es la felicidad individual.

Por buen reparto hay que entender no un reparto igualitario, sino un reparto equitativo. La primera de las igualdades es la equidad.

El resultado de esos dos aspectos combinados, poder y fuerza públicos en el exterior y felicidad individual dentro, es la prosperidad social.

Decir prosperidad social es decir hombres felices, ciudadanos libres y nación grande.

Inglaterra resuelve el primero de esos dos problemas. Crea riqueza admirablemente; la reparte mal. Esa solución, por no ser completa sino en uno de sus aspectos, conduce fatalmente a estos dos extremos: opulencia monstruosa y miseria monstruosa. Todos los disfrutes para unos pocos, todas las privaciones para los demás, es decir, el pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, el feudalismo que nacen del trabajo en sí. Situación falsa y peligrosa que asienta la fuerza y el poder públicos en la miseria privada, que enraíza la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo. Grandeza de composición viciada donde se combinan todos los elementos materiales y en la que no entra elemento ético alguno.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Están en un error. Su forma de repartir mata la producción. El reparto por igual es la abolición de la emulación. Y, por consiguiente, del trabajo. Es un reparto de carnicero, que mata

lo que reparte. Resulta, pues, imposible quedarse en esas supuestas soluciones. Matar la riqueza no es repartirla.

Los dos problemas requieren una solución conjunta para quedar bien resueltos. Las dos soluciones requieren que las combinen y que se conviertan en una solución única.

Quien no resuelva más que el primero de esos dos problemas lo que sacará en limpio será Venecia, o Inglaterra. Conseguirá, como en Venecia, una potencia artificial; o, como en Inglaterra, una potencia material; y será un mal rico. Perecerá por la violencia, como pereció Venecia; o por una bancarrota, como va a perecer Inglaterra. Y el mundo permitirá que perezca y caiga porque el mundo deja que caiga y perezca todo cuanto sea únicamente egoísmo, todo cuanto no represente para el género humano una virtud o una idea.

Que quede claro que con estas palabras: Venecia, Inglaterra, no nombramos aquí a unos pueblos, sino a unas edificaciones sociales, oligarquías superpuestas a unas naciones, y no a las naciones en sí. Las naciones cuentan siempre con nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, el pueblo de Venecia, renacerá; Inglaterra, la aristocracia inglesa, caerá; pero Inglaterra, la nación, es inmortal. Dicho esto, proseguimos.

Resuélvanse ambos problemas; aliéntese al rico, protéjase al pobre; suprímase la miseria; póngase término a la explotación injusta del débil por el fuerte; póngase un freno a la envidia inicua de quien está en camino para con quien ha llegado ya; ajústense matemática y fraternalmente el salario y el trabajo; júntense la enseñanza gratuita y obligatoria con el crecimiento de la infancia y hágase de la ciencia la base de la virilidad; desarróllense las inteligencias al tiempo que se les proporciona ocupación a los brazos; seamos a la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices; democratícese la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de forma tal que todos los ciudadanos, sin excepción, sean propietarios, cosa esta más fácil de lo que se piensa; en dos palabras, sepamos producir riqueza y sepamos repartirla; y así tendremos a un tiempo la grandeza material y la grandeza moral; y seremos dignos de llamarnos Francia.

He aquí, dando de lado algunas sectas que andaban extraviadas y pasando por encima de ellas, lo que decía el socialismo; he aquí lo

que buscaba en los hechos, he aquí lo que esbozaba en las mentes.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas!

Esas doctrinas, esas teorías, esas resistencias, la necesidad inesperada para el hombre de Estado de tener que contar con los filósofos, evidencias confusas vislumbradas, una política nueva por crear de conformidad con el mundo viejo y sin excesiva disconformidad con el ideal revolucionario, una situación en que tenía que recurrir a Lafayette para defender a Polignac, la intuición del progreso transparentándose por debajo de la algarada, las cámaras y la calle, los competidores que tenía que equilibrar en su entorno, su fe en la revolución quizá, a saber qué resignación eventual nacida de la inconcreta aceptación de un derecho definitivo superior, su voluntad de seguir siendo de su estirpe, su espíritu de familia, su sincero respeto por el pueblo, su personal honradez: todo eso preocupaba a Luis Felipe de forma casi dolorosa, y, a veces, por muy fuerte y valeroso que fuera, lo agobiaba con la dificultad de ser rey.

Notaba que estaba pisando por una desintegración peligrosa, que, no obstante, no era una pulverización, pues Francia seguía siendo más Francia que nunca.

Negros nubarrones se agolpaban en el horizonte. Una sombra extraña avanzaba gradualmente e iba extendiéndose poco a poco sobre los hombres, las cosas, las ideas; una sombra que procedía de las iras y de los sistemas. Todo cuanto se había enterrado deprisa y corriendo rebullía y fermentaba. A veces la conciencia del hombre honrado buscaba el aire entre toda la destemplanza de aquel ambiente en que los sofismas se mezclaban con las verdades. Las mentes se estremecían con la ansiedad social igual que las hojas cuando se acerca la tormenta. Era tal la tensión eléctrica que había momentos en que el primero que pasara por allí, cualquier desconocido, aportaba una luz. Luego volvía la oscuridad crepuscular. A intervalos, retumbaban truenos profundos y sordos que permitían calibrar cuántos rayos albergaban las nubes.

Apenas habían transcurrido veinte meses desde la revolución de julio; el año 1832 había comenzado con unas trazas de inminencia y amenaza. El pueblo estaba desvalido, y los trabajadores, sin pan; el último príncipe de Condé había desaparecido en las tinieblas; Bruselas expulsaba a los Nassau igual que París a los Borbones;

Bélgica se ofrecía a un príncipe francés y se entregaba a un príncipe inglés; el odio ruso de Nicolás iba pisando por las huellas de nuestros dos diablos del sur, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblaba en Italia; Metternich alargaba la mano hacia Bolonia; Francia arremetía contra Austria en Ancona; al norte se oía a saber qué ruido siniestro de martillo que volvía a clavar a Polonia dentro de su ataúd; en toda Europa vigilaban a Francia miradas irritadas; Inglaterra era una aliada poco clara, dispuesta a empujar a quien se agachase y a abalanzarse sobre lo que cayera; los senadores se amparan en Beccaria para negarle a la ley cuatro cabezas; se raspan las flores de lis del coche del rey; se quita la cruz de Notre-Dame; se hace de menos a Lafayette, Laffitte se arruina, Benjamin Constant muere en la indigencia, Casimir Perier muere del agotamiento del poder; la enfermedad política y la enfermedad social aparecen a un tiempo en las dos capitales del reino, una de ellas la ciudad del pensamiento y la otra la ciudad del trabajo; en París, guerra civil, y en Lyon, guerra servil; en ambas ciudades el mismo resplandor de hoguera; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el sur presa del fanatismo; el oeste, presa de disturbios; la duquesa de Berry en Vendea; los complots, las conspiraciones, las algaradas y el cólera sumaban al sombrío rumor de las ideas el sombrío tumulto de los sucesos.

V

Hechos de los que sale la historia y que la historia no conoce

A finales de abril, todo estaba aún peor. La fermentación se convertía en hervor. Desde 1830 se habían dado acá y allá algaradas de poca envergadura y parciales, que reprimían enseguida, pero que volvían a surgir, lo cual era síntoma de una gran conflagración subyacente. Se estaba incubando algo terrible. Se intuía el esbozo aún poco claro y mal iluminado de una revolución posible. Francia miraba a París; París miraba al barrio de Saint-Antoine.

En el barrio de Saint-Antoine, que se iba calentando en sordina, empezaba la ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban, aunque la unión de esos dos epítetos parezca singular aplicada a unas tabernas, serias y tormentosas.

En ellas ponían, sin andarse con más rodeos, al gobierno en tela de juicio. Se discutía públicamente el asunto, para pelear o para no moverse. Había trastiendas donde les hacían jurar a los obreros que saldrían a la calle al primer grito de alarma y que «pelearían sin contar los enemigos». Una vez que se habían comprometido, un hombre sentado en un rincón de la taberna «ponía voz sonora» y decía: *¿Te enteras? Lo has jurado*. A veces subían al primer piso, a un cuarto cerrado, donde transcurrían escenas casi masónicas. Obligaban al iniciado a juramentos *para atenderlo así como a los padres de familia*. Ésa era la fórmula.

En la sala de abajo, leían folletos «subversivos». *Vapuleaban al gobierno,* dice un informe secreto de la época.

Se oían frases como las siguientes: *No sé cómo se llaman los jefes.*

Nosotros sólo sabremos el día dos horas antes. Un obrero decía: *Somos trescientos; si ponemos cincuenta céntimos cada uno, tendremos ciento cincuenta francos para fabricar balas y pólvora*. Otro decía: *No pido seis meses, ni pido dos. Antes de quince días estaremos en paralelo con el gobierno. Con veinticinco mil hombres podemos plantarle cara*. Otro decía: *No me acuesto porque por las noches hago cartuchos*. De vez en cuando, venían unos hombres «bien trajeados, como burgueses», «dándose importancia» y con pinta de «mandar»; les daban apretones de mano *a los destacados* y se iban. Nunca se quedaban más de diez minutos. Corrían en voz baja frases significativas: *El complot está maduro; el asunto está a punto.* «Lo decían por lo bajo para todos los que estaban allí», por citar las propias palabras de uno de los asistentes. Era tal la exaltación que un día, en medio de la taberna, un obrero exclamó: *¡No tenemos armas!* Uno de sus compañeros contestó: *¡Los soldados, sí!,* parodiando así, sin saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia. «Cuando tenían algo más secreto que decirse —añade un informe—, no se lo contaban allí.» No se nos alcanza qué más podían ocultar después de haber dicho las cosas que decían.

A veces las reuniones eran periódicas. A algunas sólo asistían ocho o diez, y siempre los mismos. En otras entraba quien quisiera y la sala estaba tan llena que algunos tenían que quedarse de pie. Había quien estaba allí por entusiasmo y pasión; y quien entraba porque *le pillaba de paso para ir al trabajo*. Igual que durante la revolución, había en aquellas tabernas mujeres patriotas que besaban a los recién llegados.

Iban saliendo a flote otros hechos significativos.

Entra un hombre en una taberna, bebe y se marcha diciendo: *Tabernero, lo que se deba ya te lo pagará la revolución*.

En una taberna que estaba enfrente de la calle de Charonne elegían a los agentes revolucionarios. Hacían el escrutinio en unas gorras.

Había obreros que se reunían en el local de un maestro de esgrima que daba clases en la calle de Cotte. Había allí un trofeo de armas que se componía de espadones de madera, bastones, garrotes y floretes. Un día les quitan el botón a los floretes. Un obrero dice: *Somos veinticinco, pero conmigo no cuentan, porque me tratan como si fuera una máquina*. Esa máquina fue más adelante Quénisset.

Las cosas corrientes que se iban premeditando adquirían poco a poco una indefinida y extraña notoriedad. Una mujer le dice a otra mientras barre delante de su puerta: *Llevamos mucho tiempo trabajando una barbaridad en hacer cartuchos*. Se leen en plena calle proclamas dirigidas a los guardias nacionales de los departamentos. Una de esas proclamas va firmada: *Burtot, tabernero*.

Un día, a la puerta de un expendedor de licores del mercado Lenoir, un hombre, con sotabarba y acento italiano, subido en un mojón, lee en voz alta un escrito singular que parecía proceder de un poder oculto. La gente se aglomera en torno y aplaude. Hubo quien recogió las partes que más revuelo causaban en el gentío y las apuntó: «… Les ponen trabas a nuestras doctrinas, rompen nuestras proclamas, acechan a quienes pegan nuestros carteles y los meten en la cárcel…». «La desbandada que ha habido recientemente en el algodón les ha abierto los ojos a varios partidarios de esta monarquía.» «… El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras filas oscuras.» «Éstas son las disyuntivas que se plantean: acción o reacción, revolución o contrarrevolución. Pues, en esta época nuestra, ya nadie cree ni en la inercia ni en la inmovilidad. Con el pueblo o contra el pueblo, ésa es la cuestión. Y no hay otra.» «… El día en que ya no os valgamos, echadnos, pero, hasta que llegue ese momento, ayudadnos a avanzar.» Y todo esto a plena luz del día.

Otros acontecimientos, aún más audaces, le resultaban sospechosos al pueblo precisamente por aquella audacia. El 4 de abril de 1832, un transeúnte subido al mojón que está en la esquina de la calle de Sainte-Marguerite grita: *¡Soy babouvista!* Pero, tras Babeuf, la gente se olía a Gisquet.

Aquel transeúnte dice entre otras cosas:

—¡Abajo la propiedad! La oposición de izquierdas es cobarde y traidora. Cuando quiere tener razón, predica la revolución. Es demócrata para que no la derroten y monárquica para no luchar. Los republicanos son animales de pluma. No os fiéis de los republicanos, ciudadanos trabajadores.

—Silencio, ciudadano, que eres de la pasma —grita un obrero.

Ese grito pone punto final al discurso.

Ocurrían incidentes misteriosos.

A la caída de la tarde, un obrero se topa, cerca del canal, con «un hombre bien vestido» que le dice:

—¿Dónde vas, ciudadano?

—Caballero —contesta el trabajador—, no tengo el honor de conocerlo.

—Pues yo sí que te conozco.

Y el hombre añade:

—No temas. Soy agente del comité. Sospechan que no eres muy de fiar. Ya sabes, por si te vas de la lengua, que no te quitamos el ojo de encima.

Luego le da un apretón de manos al obrero y se va, tras decirle:

—Volveremos a vernos pronto.

La policía estaba a la escucha y recogía, no ya sólo en las tabernas, sino por la calle, diálogos peculiares.

—Haz por que te admitan pronto —le dice un tejedor a un ebanista.

—¿Y eso por qué?

—Es que vamos a tener que pegar tiros.

Transeúntes andrajosos cruzan estas frases notables, preñadas de aparente insurrección campesina, de *jacquerie:*

—¿Quién nos gobierna?

—El señor Felipe.

—No, es la burguesía.

Estaría confundido quien creyera que hacemos de menos a la *jacquerie*. Los campesinos rebeldes, los *jacques,* eran los pobres.

En otra ocasión oyen al pasar a dos hombres y uno le va diciendo a otro: «Tenemos un buen plan de ataque».

De una charla íntima entre cuatro hombres acurrucados en una cuneta de la glorieta del portillo de Le Trône sólo se oye lo siguiente:

—Haremos cuanto podamos para que ése no pasee más por París.

¿Quién sería *ése?* Ominosa oscuridad.

«Los jefes principales», como decían en el arrabal, se quedaban aparte. La creencia era que se reunían, para ponerse de acuerdo, en una taberna de La Pointe Saint-Eustache. De un tal Aug, jefe de la Sociedad de Solidaridad de los Sastres, de la calle de Mondétour, se decía que hacía las veces de intermediario principal entre los jefes y el barrio de Saint-Antoine. No obstante, esos jefes estuvieron siempre metidos en una densa sombra y no existe ningún hecho

cierto que pueda invalidar la singular altanería de esta respuesta que dio más adelante un acusado ante el tribunal de los pares:

—¿Quién era su jefe?

—*Ni conocía a ninguno ni reconocía a ninguno*.

Todo aquello no pasaba aún de palabras, trasparentes, pero inconcretas; a veces cosas dichas por decir algo, rumores, hechos contados de oídas. Iban llegando otros indicios.

Un carpintero, que trabaja en la calle de Reuilly clavando tablones en una empalizada que rodea un solar donde están edificando una casa, se encuentra en ese solar un trozo roto de una carta donde todavía pueden leerse las siguientes líneas: «… El comité tiene que tomar medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las sociedades varias…».

Y una postdata: «Nos hemos enterado de que había fusiles en el número 5 (bis) de la calle de Le Faubourg-Poissonnière, unos cinco mil o seis mil, en el patio de una armería. La sección está sin armas».

El carpintero se emociona y se lo enseña todo a sus vecinos cuando, pocos pasos más allá, recoge otro papel, roto también y todavía más significativo, cuya distribución reproducimos por el interés histórico que tienen estos curiosos documentos:

Q	C	D	E	*Aprended esta lista de memoria. Luego la rompéis. Los hombres admitidos harán lo mismo cuando les hayáis transmitido las órdenes.* *Salud y fraternidad.* *L.* *u og a[1] fe*

Quienes recibieron a la sazón la confidencia de este hallazgo no supieron hasta más adelante que sobreentendían aquellas cuatro

mayúsculas: *quinturiones, centuriones, decuriones, exploradores,* y qué querían decir estas letras: *u og a*1 *fe*; eran una fecha y significaban este 15 de abril de 1832. Debajo de cada una de las mayúsculas había nombres y, a continuación, indicaciones muy características. Por ejemplo: Q. *Bannerel.* 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre de fiar. — C. *Boubière*. 1 pistola. 40 cartuchos. — D. *Rollet.* 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora. — E. *Teissier*. 1 sable. 1 canana. Puntual. — *Terreur*. 8 fusiles. Valiente, etc.

Finalmente, ese carpintero encuentra en el mismo cercado un tercer papel en el que está escrita a lápiz, pero muy legible, esta especie de lista enigmática.

Unidad. Blanchard. Arbre-sec. 6.

Barra. Soize. Salle-au-Comte.

Kosciusko. ¿Aubry el carnicero?

J. J. R.

Cayo Graco.

Derecho de revisión. Dufond. Four.

Caída de los girondinos. Derbac. Maubuée.

Washington. Pinson. 1 pist. 86 cart.

Marsellesa.

Sober. del pueblo. Michel. Quincampoix. Sable.

Hoche.

Marceau. Platon. Arbre-sec.

Varsovie. Tilly, vendedor callejero de *Le Populaire*.

El honrado burgués en cuyas manos quedó esta lista supo qué quería decir. Dicha lista, por lo visto, era la nomenclatura completa de las secciones del distrito cuarto de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y los domicilios de los jefes de sección. Hoy en día, todos estos hechos que quedaron en la sombra no son ya sino historia y se pueden publicar. Hay que añadir que la Sociedad de los Derechos del Hombre se fundó, al parecer, en una fecha posterior a aquella en que encontraron este papel. Quizá se trataba sólo de un esbozo.

No obstante, tras las frases y las palabras, tras los indicios escritos, empezaban a asomar hechos materiales.

En la calle de Popincourt, en el comercio de un chamarilero, aparecen en el cajón de una cómoda siete hojas de papel gris, dobladas todas igual, a lo largo y en cuatro: esas hojas tapan

veintiséis cuadrados de ese mismo papel gris, con forma de cucurucho, y una tarjeta en que se lee lo siguiente:

Salitre	12 onzas.
Azufre	2 onzas.
Carbón	2 onzas y media.
Agua	2 onzas.

El atestado de la incautación dejaba constancia de que del cajón salía un fuerte olor a pólvora.

Un albañil, tras acabar su jornada, olvida un paquetito en un banco, cerca del puente de Austerlitz. Llevan ese paquete al cuerpo de guardia. Lo abren y encuentran dos diálogos impresos que firma *Lahautière*, una canción llamada: *Obreros, asociaos,* y una caja de hojalata llena de cartuchos.

Un obrero que está bebiendo con un compañero le pide que lo palpe para que vea lo acalorado que está; el compañero nota que lleva una pistola debajo de la chaqueta.

En una cuneta del bulevar, entre Le Père-Lachaise y el portillo de Le Trône, en el lugar más desierto, unos niños que están jugando se encuentran, debajo de un montón de virutas y de mondas, un saco donde hay un molde para hacer balas, un mandril de madera para hacer cartuchos, un platillo con unos pocos granos de pólvora de caza y una cazuela de hierro pequeña en la que quedan rastros evidentes de plomo fundido.

Unos agentes de policía que entran de improviso a las cinco de la mañana en casa de un tal Pardon, que más adelante estuvo en la sección Barricade-Merry y cayó en la insurrección de abril de 1834, se lo encuentran de pie junto a la cama y con unos cartuchos, que estaba haciendo, en la mano.

A la hora de descanso de los obreros, ven a dos hombres que se encuentran entre el portillo de Picpus y el portillo de Charenton, en un estrecho paseo de ronda entre dos tapias, cerca de una taberna que tiene delante de la puerta un tablero del juego de Siam. Uno

saca de debajo del blusón una pistola y se la da al otro. Al dársela, cae en la cuenta de que el sudor del pecho ha humedecido un tanto la pólvora. Ceba la pistola y añade pólvora a la que había ya en la cazoleta. Luego los dos hombres se separan.

Un tal Gallais, a quien mataron más adelante en la calle de Beaubourg en los disturbios de abril, se jacta de que tiene en casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de chispa.

El gobierno recibe un día el aviso de que ha habido en los arrabales un reparto de armas y de doscientos mil cartuchos. La semana siguiente se reparten treinta mil cartuchos. Cosa notable: la policía no pudo hacerse con ninguno. En una carta interceptada pone: «No queda mucho para el día en que, en cuatro horas de reloj, ochenta mil patriotas se alzarán en armas».

Toda esta fermentación era pública y puede decirse que casi sosegada. La inminente insurrección preparaba su tormenta tranquilamente y en la cara del gobierno. Esa crisis, subterránea aún, pero perceptible ya, no carecía de singularidad alguna. La clase media hablaba sin alterarse con los obreros de lo que se estaba preparando. La gente preguntaba: ¿Qué tal anda el levantamiento? como quien pregunta: ¿Qué tal anda su mujer?

El dueño de una tienda de muebles de la calle de Moreau preguntaba:

—¿Qué? ¿Cuándo es el ataque?

Otro comerciante decía:

—Ya sé que atacarán pronto. Hace un mes eran ustedes quince mil, ahora son veinticinco mil.

Y ofrecía su fusil; y un vecino ofrecía una pistolita que quería vender por siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria se iba propagando. No quedaba libre de ella ningún punto de París ni de Francia. Aquella arteria latía por doquier. Igual que esas membranas que nacen de determinadas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba a extenderse por el país. De la Sociedad de los Amigos del Pueblo, pública y secreta al tiempo, nació la Sociedad de los Derechos del Hombre, que fechó así uno de sus órdenes del día: *Pluvioso, año 40 de la era republicana,* y sobrevivió incluso a sentencias del tribunal de lo criminal, que la disolvían, y no se andaba con chiquitas a la hora de bautizar a sus

secciones con nombres tan significativos como los siguientes:

Picas
Toque de alarma
Cañón de alarma
Gorro frigio
21 de enero
Pordioseros
Truhanes
Adelante
Robespierre
Nivel
«Ça ira»

De la Sociedad de los Derechos del Hombre nació la sociedad Acción. En ella estaban los impacientes, que tomaban la delantera y corrían en vanguardia. Otras asociaciones intentaban hacerse con miembros de las sociedades grandes y primitivas. Quienes formaban las secciones se quejaban de que tiraban de ellos para todos lados. Tal sucedía con la *Sociedad gala* y el *Comité organizador de los municipios*. Y también con las sociedades en pro de *la libertad de prensa*, en pro de *la libertad individual*, en pro de *la instrucción del pueblo* y *en contra de los impuestos indirectos*. Existía además la Sociedad de los Obreros Igualitarios, que se dividía en tres fracciones: los igualitarios, los comunistas y los reformistas. Y el Ejército de las Bastillas, algo así como una cohorte con organización militar: un cabo mandaba a cuatro hombres, un sargento, a diez; un subteniente, a veinte; un teniente, a cuarenta; nunca había más de cinco hombres que se conocieran entre sí; una creación en que combinaban la precaución y la audacia y parecía imbuida del genio de Venecia. El comité central que la dirigía tenía dos brazos: la Sociedad de Acción y el Ejército de las Bastillas. Una asociación legitimista, los Caballeros de la Fidelidad, andaba por entre aquellas afiliaciones republicanas, que la acusaban y la repudiaban.

Las sociedades parisinas se ramificaban en las principales ciudades. Lyon, Nantes, Lila y Marsella tenían su propia Sociedad de los Derechos del Hombre, y la Carbonaria y los Hombres Libres. En Aix había una sociedad revolucionaria que se llamaba *La*

Cougourde[40]; ya hemos aludido a ella.

En París no era menor el zumbido del arrabal de Saint-Marceau que el del barrio de Saint-Antoine ni estaba menos alterada la universidad que los arrabales. Los estudiantes se reunían en un café de la calle de Saint-Hyacinthe y en el bodegón de Les Sept-Billards, en la calle de Les Mathurins-Saint-Jacques. La Sociedad de los Amigos del A B C, afiliada a las mutuas de Angers y a *La Cougourde* de Aix, se reunía, como hemos visto ya, en el café de Musain. Esos mismos jóvenes coincidían también, ya lo hemos dicho, en un restaurante y taberna que estaba cerca de la calle de Mondétour y se llamaba Corinthe. Eran reuniones secretas. Había otras públicas a más no poder, y puede darnos una idea de esos atrevimientos este fragmento de un interrogatorio perteneciente a uno de los procesos que vinieron después: «¿Dónde se celebró esa reunión? —En la cale de La Paix. —¿En casa de quién? —En la calle. —¿Qué secciones asistieron? —Sólo una. —¿Cuál? —La sección Manuel. —¿Quién era el jefe? —Yo. —Es usted demasiado joven para haber tomado solo una decisión tan grave como la de atacar al gobierno. ¿Quién le había dado instrucciones? —El comité central».

El ejército estaba no menos minado que la población civil, como demostraron más adelante los movimientos de Belfort, de Lunéville y de Épinal. Podía contarse con el 52.º regimiento, con el 5.º, con el 8.º, con el 37.º y con el 20.º ligero. En Borgoña y en las ciudades del sur clavaban en el suelo *el árbol de la Libertad,* es decir, un mástil que remataba un gorro rojo.

Así estaba la situación.

Dicha situación, como ya dijimos al principio, se notaba y estaba más acentuada en el barrio de Saint-Antoine en mayor grado que en cualquier otro grupo de la población. Ahí estaba el punto crítico.

A este arrabal antiguo, un auténtico hormiguero, laborioso, valiente y colérico como una colmena, lo tenían vibrante la espera y el deseo de una conmoción. Todo era agitación, aunque sin que se interrumpiera el trabajo. No hay nada que pueda dar una idea de aquella fisonomía vivaz y adusta. Hay en ese arrabal desgracias dolorosísimas ocultas bajo el tejado de los sotabancos; hay también inteligencias ardorosas e infrecuentes. Es sobremanera peligroso que los extremos se toquen cuando se trata de desdichas y de inteligencia.

Había, además, otras causas para el sobresalto en el barrio de Saint-Antoine, porque a él van a dar, de rechazo, los golpes de las crisis comerciales, de las quiebras, de las huelgas y de las personas sin trabajo, inherentes a las grandes conmociones políticas. En tiempos de revolución, la miseria es a un tiempo causa y efecto. Si da un golpe, le vuelve, rebotado. Ese vecindario, rebosante de orgullosa virtud, capaz al máximo de fluido calórico latente, siempre dispuesto a tomar las armas, propicio a los estallidos, irritado, hondo, minado, parecía no estar sino a la espera de que cayese una pavesa. Siempre que ciertas chispas flotan por el horizonte a impulsos del viento de los acontecimientos es imposible no acordarse del barrio de Saint-Antoine y del temible azar que colocó a las puertas de París ese polvorín de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del *arrabal Antoine* que hemos retratado en más de una ocasión en este esbozo que acabamos de realizar cuentan con una notoriedad histórica. En tiempos de alteraciones quienes las frecuentan se emborrachan más en ellas de palabras que de vino. Las recorre algo así como un espíritu profético y un efluvio de porvenir, inflamando los corazones y engrandeciendo las almas. Las tabernas del arrabal Antoine se parecen a aquellas del monte Aventino edificadas sobre el antro de la sibila y que estaban en comunicación con los hondos alientos sagrados; tabernas cuyas mesas eran casi trípodes y donde se bebía eso que Ennio llamaba *el vino sibilino*.

El barrio de Saint-Antoine es un depósito donde está metido el pueblo. Las conmociones revolucionarias abren en él grietas por donde fluye la soberanía popular. Esta soberanía puede obrar mal; se equivoca como puede equivocarse cualquiera; pero sigue siendo grande hasta cuando se descarría. Y entonces es posible decir de ella igual que del cíclope ciego, *Ingens*.

En 1793, según que la idea que anduviera suelta fuera buena o mala, según que fuese día de fanatismo o día de entusiasmo, brotaban del barrio de Saint-Antoine ora legiones de salvajes, ora bandadas de héroes.

Salvajes. Aclaremos esta palabra. Cuando esos hombres iracundos que, en los días cosmogónicos del caos revolucionario, desharrapados, vociferantes, hoscos, blandiendo porras y

enarbolando picas, se abalanzaban sobre el antiguo París conmocionado, ¿qué querían? Querían que acabasen las opresiones, que acabasen las tiranías, que acabase la hoja de la espada; trabajo para el hombre, instrucción para el niño, tolerancia social para la mujer; libertad, igualdad, fraternidad, pan para todos, inteligencia para todos, que la tierra fuera un paraíso: el Progreso; y esa cosa santa, buena y suave, el progreso, acorralados, fuera de sus casillas, la reclamaban, tremendos, semidesnudos, con el garrote en el puño y el rugido en los labios. Eran los salvajes, sí, pero los salvajes de la civilización.

Proclamaban el derecho con furia; querían, aunque fuese recurriendo al temblor y el espanto, forzar al género humano a vivir en el Edén. Parecían bárbaros y eran salvadores. Reclamaban la luz llevando las máscaras de la noche.

Frente a esos hombres, feroces, lo reconocemos, sí, y amedrentadores, pero feroces y amedrentadores en pro del bien, hay otros hombres sonrientes, recamados, dorados, llenos de lazos y de condecoraciones, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos y zapatos de charol, que, acodados en una mesa de terciopelo al amor del fuego de una chimenea de mármol, insisten, con suavidad, para que perduren y se conserven el pasado, la Edad Media, el derecho divino, el fanatismo, la ignorancia, la esclavitud, la pena de muerte, la guerra; y glorifican a media voz y cortésmente el sable, la hoguera y el patíbulo. En lo que a nosotros se refiere, si nos viéramos en la obligación de optar entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, nos quedaríamos con los bárbaros.

Pero, gracias sean dadas al cielo, hay otra elección posible. No es necesario desplome a pico alguno, ni hacia adelante ni hacia atrás. Ni despotismo ni terrorismo. Queremos llegar al progreso subiendo una cuesta poco empinada.

Dios proveerá. Que las cuestas sean poco empinadas, en eso consiste toda la política de Dios.

VI

Enjolras y sus lugartenientes

Fue más o menos por entonces cuando Enjolras, previendo lo que podía llegar, llevó a cabo algo así como un censo.

Todos estaban reunidos en conciliábulo en el café Musain.

Enjolras dijo, entremezclando con las palabras unas cuantas metáforas enigmáticas a medias, pero significativas:

—Es conveniente que sepamos en qué punto estamos y con qué podemos contar. Si queremos combatientes, tenemos que fabricarlos. Y tener con qué golpear. No puede venirnos mal. Los que pasan tienen siempre más probabilidades de que los corneen cuando hay bueyes en el camino que cuando no los hay. Así que vamos a hacer un recuento del rebaño. ¿Cuántos somos? Nada de dejarlo para mañana. Los revolucionarios tienen que llevar prisa siempre; el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado. No permitamos que nos pillen de improviso. Lo que tenemos que hacer es repasar todas las costuras que hayamos ido haciendo y ver si son resistentes. Este asunto hay que dejarlo bien rematado hoy. Courfeyrac, irás a ver a los de la Escuela Politécnica. Hoy, miércoles, es su día de salida. Feuilly irá a ver a los de La Glacière, ¿de acuerdo? Combeferre me ha prometido que iría a Picpus. Hay por allí mucho bullicio, y excelente. Bahorel hará una visita a L'Estrapade. Prouvaire, los masones están algo flojos; tráenos noticias de la logia de la calle de Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá a la clínica de Dupuytren a tomarles el pulso a los de la facultad de Medicina. Bossuet se dará una vueltecita por el Palacio de Justicia para charlar con los que están en prácticas. Yo me encargo de La Cougourde.

—Ya está todo —dijo Courfeyrac.

—No.
—Pues, ¿qué queda?
—Algo muy importante.
—¿Qué? —preguntó Combeferre.
—El portillo de Le Maine —contestó Enjolras.
Enjolras se quedó un momento algo así como absorto en sus reflexiones y, luego, añadió:
—En el portillo de Le Maine hay marmolistas y pintores, los que trabajan en los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero dada a la tibieza. No sé qué les pasa desde hace una temporada. Están pensando en otras cosas. Se apagan. Se pasan el tiempo jugando al dominó. Sería urgente ir a darles una charla, y en un tono bien firme. Se reúnen en Richefeu y se los encuentra allí entre las doce y la una. Hay que soplar para avivar esas cenizas. Contaba para ello con el despistado ese de Marius, que, en realidad, es muy capaz; pero ha dejado de venir. Necesitaría a alguien para el portillo de Le Maine. Ya no me queda nadie.
—¿Y yo? —dijo Grantaire—. Estoy aquí.
—¿Tú?
—Yo.
—¡Tú adoctrinando a unos republicanos! ¡Tú enardeciendo en nombre de los principios a unos corazones tibios!
—¿Por qué no?
—¿Es que acaso vales tú para algo?
—Pues tengo esa vaga ambición —dijo Grantaire.
—No crees en nada.
—Creo en ti.
—Grantaire, ¿quieres hacerme un favor?
—Todos. Sacarte brillo a las botas.
—Pues no te metas en nuestros asuntos. Duerme la mona de ajenjo.
—Eres un ingrato, Enjolras.
—¿Serías capaz de ir al portillo de Le Maine? ¡Te atreverías!
—Soy capaz de bajar por la calle de Les Grès, de cruzar la plaza de Saint-Michel, de torcer por la calle de Monsieur-le-Prince, de tirar por la calle de Vaugirard, de dejar atrás Les Carmes, de doblar la esquina de la calle de Assas, de llegar a la calle de Le Cherche-Midi, de dejar atrás Le Conseil de guerre, de recorrer la calle de Les

Vieilles-Tuileries, de salvar de una zancada el bulevar, de seguir por la calzada de Le Maine, de cruzar el portillo y de entrar en Richefeu.

—¿Y conoces algo a esos compañeros de Richefeu?

—No mucho. Sólo llegamos a tutearnos.

—¿Y qué les vas a decir?

—Les hablaré de Robespierre, faltaría más. De Danton. De los principios.

—¡Tú!

—Yo. No se me hace justicia. Cuando me pongo, soy tremendo. He leído a Prud'homme, conozco *El contrato social,* me sé de memoria la Constitución del año II. «La libertad de un ciudadano termina donde empieza la libertad de otro ciudadano.» ¿Me tomas por un imbécil? Tengo un asignado antiguo en un cajón. Los Derechos del Hombre, la soberanía del pueblo, ¡cáspita! Soy, incluso, un tanto hebertista. Me puedo pasar seis horas seguidas, reloj en mano, machaconeando unas cosas estupendas.

—No seas guasón —dijo Enjolras.

—Soy feroz.

Enjolras se quedó pensativo unos segundos e hizo un ademán de hombre que ha tomado una decisión.

—Grantaire —dijo, muy serio—, estoy dispuesto a probar. Irás al portillo de Le Maine.

Grantaire vivía en una casa de huéspedes muy cerca del café Musain. Salió y volvió cinco minutos después. Había ido a ponerse un chaleco a la Robespierre.

—Rojo —dijo al entrar, mirando fijamente a Enjolras.

Luego, con la palma de la mano, se aplastó contra el pecho los dos picos escarlata del chaleco.

Y, acercándose a Enjolras, le dijo al oído:

—Quédate tranquilo.

Se encasquetó el sombrero con ademán resuelto y se fue.

Un cuarto de hora después la sala trasera del café Musain estaba desierta. Todos los Amigos del A B C se habían ido, cada cual por su lado, a cumplir con su tarea. Enjolras, que había reservado para sí La Cougourde de Aix, fue el último en salir.

Los de La Cougourde de Aix que estaban en París se reunían a la sazón en la llanura de Issy, en una de las canteras abandonadas que

tanto abundan por esa zona de París.

Enjolras, según se encaminaba al lugar de la cita, iba pasado revista a la situación en su fuero interno. Estaba claro que los acontecimientos eran muy graves. Cuando los hechos, pródromos de algo parecido a una enfermedad social latente, se mueven con torpeza, la mínima complicación los detiene y los enreda. Y de este fenómeno salen los hundimientos y los renacimientos. Enjolras intuía un alzamiento luminoso bajo las colgaduras tenebrosas del porvenir. ¿Quién sabe? Quizá se estaba acercando el momento. El pueblo volviendo a hacerse con sus derechos, ¡qué hermoso espectáculo! La revolución posesionándose otra vez majestuosamente de Francia y diciéndole al mundo: ¡Seguirá mañana! Enjolras estaba contento. El horno se iba caldeando. Había en esos momentos, recorriendo París, un reguero de pólvora de amigos. Componía *in mente,* con la elocuencia filosófica y penetrante de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la inspiración de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Jean Prouvaire, la ciencia de Joly, los sarcasmos de Bossuet, algo semejante a un chisporroteo eléctrico que se prendía a un tiempo por doquier. Todos manos a la obra. No cabía duda de que el resultado sería digno del esfuerzo. Eso estaba bien. Y entonces se acordó de Grantaire. «¡Vaya! —se dijo—. El portillo de Le Maine apenas si me desvía un poco. ¿Y si me llegase hasta Richefeu? Para tener una idea de qué está haciendo Grantaire y en qué punto anda.»

Estaba dando la una en el campanario de Vaugirard cuando llegó Enjolras al fumadero Richefeu. Empujó la puerta, entró, se cruzó de brazos, dejó que se cerrase la puerta sola, dándole un golpe en los hombros, y miró el local lleno de mesas, de hombres y de humo.

Se alzaba una voz en aquella niebla y otra voz la interrumpía con vehemencia. Era Grantaire dialogando con un adversario que le había salido.

Grantaire estaba sentado enfrente de otra silueta y ante una mesa de mármol Sainte-Anne salpicada de granos de salvado y constelada de fichas de dominó; daba puñetazos en el mármol, y esto fue lo que oyó Enjolras:

—Seis doble.

—Cuatro.
—Eres un cochino. ¡No me quedan!
—¡Estás muerto! Dos.
—Seis.
—Tres.
—As.
—Pongo yo.
—Cuatro puntos.
—Malamente.
—Te toca.
—Me he colado.
—Vas bien.
—Quince.
—Otros siete.
—Con ésos me salen veintidós. —Con voz soñadora—. ¡Dos patitos!
—No te esperabas el seis doble. Si lo hubiera puesto al empezar, habría cambiado toda la partida.
—Dos.
—As.
—¡As! Bueno, pues cinco.
—No tengo.
—Has puesto tú, ¿no?
—Sí.
—Blanca.
—¡Hay que ver qué suerte tiene éste! ¡Es que tienes una suerte! —Prolongada ensoñación—. Dos.
—As.
—Ni cinco ni as. Lo siento por ti.
—Cierro.
—¡Carape!

Libro segundo

Éponine

I

El campo de la Alondra

Marius había asistido al inesperado desenlace de la encerrona cuyo rastro había proporcionado a Javert; pero, no bien hubo salido Javert del caserón, llevándose a los prisioneros en tres coches de punto, Marius, por su parte, se escurrió fuera de la casa. Aún no eran las nueve de la noche. Marius fue a casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable morador del Barrio Latino; se había ido a vivir a la calle de la Verrerie «por motivos políticos»; aquel barrio era de esos en que, por entonces, la insurrección se afincaba de buen grado. Marius le dijo a Courfeyrac: «Vengo a dormir a tu casa». Courfeyrac quitó de su cama, en que había dos colchones, uno de ellos, lo colocó en el suelo y dijo: «Aquí tienes».

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Marius volvió al caserón, pagó el alquiler y lo que le debía a la Murgón, mandó cargar en un carretón los libros, la cama, la mesa, la cómoda y las dos sillas y se fue sin dejar señas, de forma tal que cuando Javert volvió, durante la mañana, para preguntarle a Marius por los sucesos de la víspera, sólo se encontró a la Murgón, que le contestó: «¡Se ha mudado!».

La Murgón estaba convencida de que Marius era, hasta cierto punto, cómplice de los ladrones a quienes habían detenido por la noche. «¡Quién lo iba a decir! —exclamaba en casa de las porteras del barrio—. ¡Un joven que parecía una chica!»

Marius había tenidos dos motivos para mudarse tan deprisa. El primero era que ahora lo horrorizaba aquella casa donde había visto tan de cerca y con una extensión tan completa, la más repulsiva y feroz, una fealdad social más espantosa aún quizá que un rico malo: un pobre malo. El segundo era que no quería tener

que comparecer en el juicio que probablemente vendría a continuación y verse en la obligación de declarar contra Thénardier.

Javert pensó que el joven, cuyo nombre no se le había quedado, había tenido miedo y había salido huyendo, o que quizá ni siquiera había vuelto a su casa para presenciar la encerrona; hizo no obstante unos cuantos esfuerzos para localizarlo, pero no lo consiguió.

Transcurrió un mes; y, luego, otro. Marius seguía en casa de Courfeyrac. Había sabido por un pasante, que solía dar una vuelta por la Sala de los Pasos Perdidos del Palacio de Justicia, que Thénardier estaba incomunicado. Todos los lunes, Marius depositaba en las oficinas de la cárcel de La Force cinco francos para Thénardier.

Como Marius se había quedado sin dinero, le pedía prestados los cinco francos a Courfeyrac. Era la primera vez en la vida que pedía dinero prestado. Esos cinco francos periódicos eran un enigma doble para Courfeyrac, que los daba, y para Thénardier, que los recibía. «¿Adónde van a parar?», pensaba Courfeyrac. «¿De dónde me vienen?», se preguntaba Thénardier.

Marius, por lo demás, estaba consternado. Todo había vuelto a meterse en una trampilla. Ya no veía nada por delante; su vida volvía a estar sumida en aquel misterio por el que iba errante y a tientas. Hubo un momento en que vio muy de cerca en aquella oscuridad a la joven a la que amaba y al anciano que parecía ser su padre: esos dos desconocidos, que eran para él en este mundo lo único que lo interesaba y su única esperanza; y en el momento en que creía que ya los tenía, una ráfaga se llevó todas aquellas sombras. Ni del choque más espantoso había saltado una chispa de certidumbre ni de verdad. Ninguna conjetura posible. Ni siquiera sabía ya el nombre que había creído saber. Desde luego que ya no era Ursule. Y la Alondra era un apodo. ¿Y qué pensar del anciano? ¿Se escondía, efectivamente, de la policía? El obrero de pelo blanco que Marius se había encontrado por las inmediaciones de Les Invalides le volvió al pensamiento. Ahora parecía probable que aquel obrero y el señor Leblanc fueran el mismo hombre. ¿Así que se disfrazaba? Aquel hombre tenía rasgos heroicos y rasgos equívocos. ¿Por qué no había pedido socorro? ¿Por qué había salido huyendo? ¿Era o no era el padre de la joven? ¿Y, para concluir, era

en realidad el hombre a quien Thénardier había creído reconocer? ¿Podía haberse equivocado Thénardier? Otros tantos problemas sin salida. Cierto era que todo aquello no privaba ni poco ni mucho a la muchacha de Le Luxembourg de su encanto angelical. Dolorosa aflicción; Marius tenía una pasión en el corazón y la oscuridad ante los ojos. Notaba que lo empujaban, notaba que tiraban de él, y no podía moverse. Todo se había desvanecido menos el amor. Y del amor en sí había perdido los instintos y las iluminaciones súbitas. Esa llama que nos abrasa suele iluminarnos también un poco y nos envía, de fuera, algún resplandor útil. Marius ni siquiera oía ya esos sordos consejos de la pasión. Nunca se decía: «¿Y si fuera a tal sitio? ¿Y si probase esto o aquello?». Era evidente que la joven a la que ya no podía llamar Ursule estaba en algún sitio; nada avisaba a Marius de por dónde debía buscar. Toda su existencia se resumía ahora en dos expresiones: una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable. Volver a verla: seguía aspirando a ello, pero ya no lo esperaba.

Para acabar de arreglar la situación, la miseria volvía. Notaba muy cerca, a su espalda, aquel soplo helado. Entre todas esas tormentas, y ya desde hacía mucho, había ido espaciando el trabajo, y no hay nada más peligroso que espaciar el trabajo; el hábito se pierde. Un hábito fácil de dejar y que resulta difícil reanudar.

Es buena cierta cantidad de ensoñación, igual que una dosis discreta de narcótico. Con eso se aplacan las fiebres, duras a veces, del parto de la inteligencia y nace en la mente un vapor manso y fresco que enmienda los perfiles en exceso ásperos del pensamiento puro, colmata acá y allá lagunas e intervalos, une los conjuntos y difumina las aristas de las ideas. Pero demasiada ensoñación sumerge y ahoga. ¡Desdichado quien trabaje con la mente y consienta en caer por completo del pensamiento a la ensoñación! Cree que le resultará fácil volver a subir y se dice que, a fin de cuentas, todo es lo mismo. ¡Es un error!

El pensamiento es el afán de la inteligencia, y la ensoñación es la voluptuosidad. Sustituir el pensamiento por la ensoñación es confundir un veneno con un alimento.

Recordemos que Marius había empezado por ahí. Apareció la pasión y acabó de arrojarlo a las quimeras sin objeto y sin fondo. Ya no sale uno de casa más que para ir a soñar. Parto perezoso. Abismo

tumultuoso y estancado. Y, según va menguando el trabajo, crecen las necesidades. Es una ley. El hombre, en estado de ensoñación, es, por naturaleza, pródigo y flojo; la inteligencia, distendida, no puede conservar la vida prieta. En esta forma de vivir se mezclan lo bueno y lo malo, porque la flojedad es funesta, y la generosidad es sana y buena. Pero el hombre pobre, generoso y noble que no trabaja está perdido. Los recursos desaparecen y las necesidades aparecen.

Cuesta abajo fatídica a la que se ven arrastrados tanto los más débiles cuanto los más viciosos y que va a dar a uno de estos dos agujeros: el suicido o el crimen.

A fuerza de salir para ir a soñar, llega un día en que sales para ir a tirarte al agua.

Del exceso de ensoñación surgen los Escousse y los Lebras.

Marius iba despacio por esa cuesta abajo, con la vista clavada en la joven a quien ya no veía. Esto que acabamos de escribir parece extraño, pero era, no obstante, cierto. El recuerdo de un ser ausente se enciende en las tinieblas del corazón; cuanto más desaparecido está, más brilla; el alma desesperada y oscura ve esa luz en su horizonte; estrella de la noche interior. Ella: tal era el pensamiento entero de Marius. Ya no pensaba en nada más; notaba, de forma confusa, que el frac viejo se iba convirtiendo en un frac impresentable y que el frac nuevo se iba convirtiendo en un frac viejo, que las camisas iban estando usadas, que el sombrero iba estando usado, que las botan iban estando usadas, es decir, que su vida iba estando usada, y se decía: «¡Con tal de que pudiera volver a verla antes de morir!».

Sólo le quedaba una idea dulce, y era que Ella lo había querido, que se lo había dicho con la mirada; que Ella no sabía cómo se llamaba él, pero sí sabía cómo era su alma y que, quizá, allá donde estuviera, fuere cual fuere aquel lugar misterioso, lo quería aún. ¿Quién sabe si no pensaba en él como él pensaba en ella? A veces, en esas horas inexplicables que vive todo corazón que ame, aunque no teniendo sino motivos para el dolor, pero notando empero un misterioso sobresalto de alegría, se decía: «¡Son sus pensamientos, que llegan hasta mí!». Luego, añadía: «A lo mejor también le llegan a ella mis pensamientos».

Aquella ilusión, que rechazaba, negando con la cabeza, al momento siguiente, conseguía, sin embargo, ponerle en el alma

unos rayos de luz que, a veces, se parecían a la esperanza. De vez en cuando, sobre todo a esa hora del atardecer que pone tristes a los más pensativos, vertía en un cuaderno en cuyas hojas sólo había eso, lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los sueños con que el amor le llenaba la cabeza. Llamaba a eso «escribirle».

No debemos pensar que tuviera turbada la razón. Antes bien. Había perdido la facultad de trabajar y de avanzar con paso firme hacia una meta determinada, pero poseía más que nunca clarividencia y rectitud. Marius veía con una claridad serena y real, por más que singular, lo que le pasaba ante los ojos, incluso los hechos o los hombres que le fueran más indiferentes; tenía para todo la palabra exacta con una especie de agobio honrado y de desinterés cándido. Su capacidad de juzgar, casi desprendida de la esperanza, seguía siendo elevada y planeando en las alturas.

En aquella situación mental nada se le escapaba, nada lo inducía a error, y descubría continuamente el fondo de la vida, de la humanidad y del destino. ¡Dichoso aquel a quien le haya dado Dios, incluso en las angustias, un alma digna del amor y de la desdicha! ¡Quien no haya visto las cosas de este mundo y el corazón de los hombres bajo esta doble luz no ha visto nada cierto ni sabe nada!

El alma que ama y que sufre ha alcanzado el estado sublime.

Por lo demás, los días transcurrían y nada nuevo pasaba. A Marius sólo le parecía que el espacio oscuro que le quedaba por recorrer era a cada momento más corto. Creía estar vislumbrando ya con claridad el filo del despeñadero sin fondo.

—¡Cómo! —se repetía—. ¡Y no voy a volver a verla antes!

Quien vaya calle de Saint-Jacques arriba, deje a un lado el portillo y vaya siguiendo un rato, por la izquierda, el antiguo bulevar interior, llegará a la calle de La Santé, luego a La Glacière, y, poco antes de alcanzar el arroyo de Les Gobelins, encontrará algo así como un campo que es, en el prolongado y monótono cinturón de los paseos de ronda de París, el único lugar en que Ruisdael sentiría la tentación de sentarse.

Ese algo de lo que se desprende la gracia está en este lugar: un prado verde que cruzan cuerdas de tender donde se orean unos pingos; una antigua casa de labor de hortelanos construida en tiempos de Luis XIII, con un tejado grande donde se abre la curiosa disposición de los desvanes; empalizadas deterioradas; algo de agua

entre los álamos, mujeres, risas y voces; en el horizonte, el Panthéon; el árbol de la Escuela de Sordomudos; el hospital del Val-de-Grâce, negro, achaparrado, fantasioso, divertido, espléndido; y, al fondo, la severa cumbre cuadrada de las torres de Notre-Dame.

Como es un sitio que merece la pena verse, no va nadie. Apenas una carreta o un carretero, de cuarto de hora en cuarto de hora.

Aconteció que hubo una ocasión en que los paseos solitarios de Marius lo llevaron a ese terreno y a la orilla de aquella agua. Ese día había en aquel bulevar una rareza, un viandante. Marius, un tanto impresionado con el encanto casi silvestre del lugar, le preguntó a dicho viandante: «¿Cómo se llama este sitio?».

El viandante contestó: «Es el campo de la Alondra».

Y añadió: «Aquí fue donde Ulbach mató a la pastora de Ivry».

Pero Marius, tras oír esta palabra: la Alondra, ya no oyó nada más. Se dan en los estados de ensoñación esas congelaciones repentinas que una palabra basta para causar. El pensamiento entero se condensa en torno a una idea y no es ya capaz de ninguna otra percepción. La Alondra era el nombre que, en las honduras de la melancolía de Marius, había sustituido a Ursule. «¡Vaya! —se dijo, presa de uno de esos estupores disparatados propios de tales apartes misteriosos—. Éste es su campo. Aquí me enteraré de en dónde vive.»

Era una idea absurda, pero irresistible.

Y fue a diario al campo de la Alondra.

II

Formación embrionaria de los crímenes en la incubación de las cárceles

El éxito de Javert en el caserón Gorbeau había parecido completo, pero no lo había sido.

Lo primero, y ésa era su principal preocupación, Javert no había apresado al prisionero. El asesinado que se evade es más sospechoso que el asesino; y es probable que aquel personaje, captura tan preciada para los bandidos, no fuera una presa menos apetecible para la autoridad.

Además, a Javert se le había escapado Montparnasse.

Había que esperar otra ocasión para echarle el guante a aquel «petimetre del demonio». Efectivamente, Montparnasse se encontró con Éponine, que estaba montando guardia bajo los árboles del bulevar, y se la llevó, pues prefería ser Némorin con la hija que Schinderhannes con el padre. En buena hora se le ocurrió. Estaba en libertad. En cuanto a Éponine, Javert la «volvió a pescar». Flaco consuelo. Éponine fue a reunirse con Azelma a Les Madelonnettes.

Y por último, en el trayecto desde el caserón Gorbeau a La Force perdieron a uno de los principales detenidos, Claquesous. No sabían cómo había ocurrido; los agentes y los guardias «no entendían nada»; se había convertido en vapor, se había escurrido de las esposas de los pulgares, se había colado entre las grietas del carruaje, el coche de punto estaba rajado y él se había escapado; nadie sabía qué decir, salvo que, al llegar a la cárcel, Claquesous ya no estaba. Aquello era cosa de magia o de la policía. ¿Claquesous se había derretido en las tinieblas como un copo de nieve en el agua? ¿Se había dado una connivencia oculta de los agentes? ¿Pertenecía aquel hombre al doble enigma del desorden y del orden? ¿Era acaso

concéntrico a la infracción y a la represión? ¿Tenía aquella esfinge las patas delanteras en el crimen y las patas traseras en la autoridad? Javert no admitía tales combinaciones y se habría encrespado ante concesiones de esa laya; pero en su grupo había otros inspectores, más puestos que él quizá, por muy subordinados suyos que fueran, en los secretos de la prefectura; y Claquesous era un bandido de tal calibre que podía ser un agente estupendo. Tener tan íntimas relaciones de escamoteo con la oscuridad es algo excelente para el bandidaje y admirable para la policía. Existen pillos así, de dos filos. Fuere como fuere, no volvieron a dar con el extraviado Claquesous. Javert mostró más irritación que extrañeza.

En cuanto a Marius, «ese pánfilo de abogado que seguramente había tenido miedo» y cuyo nombre se le había olvidado a Javert, éste no tenía gran empeño puesto en él. Por lo demás, a un abogado siempre se lo puede encontrar. Aunque ¿era siquiera abogado?

Habían empezado a instruir el proceso.

Al juez de instrucción le pareció oportuno no incomunicar a uno de los hombres de la banda de El culo del gato con la esperanza de que se fuera de la lengua. Ese hombre era Brujon, el melenudo de la calle de Le Petit-Banquier. Lo dejaron salir al patio Charlemagne y los vigilantes no le quitaron ojo.

Ese nombre, Brujon, es uno de los recuerdos de La Force. En el repulsivo patio que lleva el nombre de Edificio Nuevo, al que la administración llamaba patio Saint-Bernard y los ladrones llamaban el foso de los leones, en esa pared leprosa y cubierta de escamas que se alzaba a la izquierda hasta llegar a la altura de los tejados, cerca de una puerta vieja de hierro oxidado que llevaba a la antigua capilla del palacete ducal de La Force, que luego se convirtió en dormitorio de bandidos, podía verse hace aún doce años algo así como una prisión y fortaleza, groseramente tallada con un clavo en la piedra, y, debajo, esta firma:

BRUJON, 1811

El Brujon de 1811 era el padre del Brujon de 1832.

Este último, al que sólo pudimos ver de pasada en la emboscada del caserón Gorbeau, era un mocetón, muy astuto y mañoso, con pinta alelada y quejica. Por esa pinta lo había dejado suelto el juez

de instrucción, pensando que le sería de más utilidad en el patio Charlemagne que incomunicado en una celda.

Los ladrones no interrumpen sus actividades por haber caído en manos de la justicia. No los afecta tan poca cosa. Estar en la cárcel por un delito no es óbice para iniciar otro delito. Son artistas que tienen un cuadro en el Salón anual de Pintura y Escultura, lo cual no les impide estar trabajando en una nueva obra en su estudio.

A Brujon parecía tenerlo atontado la cárcel. Lo veían a veces horas enteras en el patio Charlemagne, a pie firme junto al tragaluz del cantinero y mirando como un idiota ese cartel sórdido con los precios de la cantina que empezaba por: *ajo, 62 céntimos*, y acababa con *puro, cinco céntimos*. O se pasaba el rato tiritando, dando diente con diente, diciendo que tenía fiebre y preguntando si alguna de las veintiocho camas de la sala de los enfermos de fiebre estaba libre.

De repente, allá por la segunda quincena de febrero de 1832, se supo que Brujon, aquel soñoliento, había hecho, recurriendo a tres comisionados de la casa, no a su nombre, sino al de tres de sus compañeros, tres recados diferentes que le habían costado en total dos francos con cincuenta céntimos, cantidad exorbitante que le llamó la atención al brigadier de la cárcel.

Tras informarse y consultar la tarifa de los encargos, que estaba expuesta en el locutorio de presos, llegó a saberse que los dos francos con cincuenta céntimos se dividían de la siguiente forma: tres recados, uno al Panthéon: cincuenta céntimos; otro al Val-de-Grâce: setenta y cinco céntimos, y otro al portillo de Grenelle: un franco con veinticinco céntimos, la tarifa más cara. Ahora bien, en el Panthéon, en el Val-de-Grâce y en el portillo de Grenelle vivían precisamente tres maleantes de portillos muy temidos, Kruideniers, conocido por Bizarro, Glorieux, ex presidiario, y Barre-Carrosse, hacia quienes este incidente atrajo una vez más la mirada de la policía. Parecía probable que esos hombres pertenecieran a El culo del gato, dos de cuyos jefes, Babet y Gueulemer, estaban presos. Se supuso que los recados de Brujon, remitidos no a domicilios, sino a personas que esperaban en la calle, debían de ser avisos para alguna fechoría que estuvieran tramando. Existían más indicios; les echaron el guante a los tres maleantes y la policía pensó que ya había destapado lo que Brujon estuviera maquinando.

Más o menos una semana después de haberse tomado tales

medidas, un vigilante de ronda, que estaba pasando revista al dormitorio de abajo del Edificio Nuevo, cuando estaba a punto de meter la ficha en la caja —era el sistema utilizado para tener la seguridad de que los vigilantes cumplían puntualmente: cada hora tenía que caer una ficha con el número de identificación del vigilante en todas las cajas clavadas en las puertas de los dormitorios—, un vigilante, decíamos, pues, vio por el ventano del dormitorio a Brujon sentado en la cama y escribiendo algo a la luz del aplique. El guardián entró, metieron un mes a Brujon en el calabozo, pero no pudieron incautarse de lo que había escrito. La policía no pudo enterarse de nada más.

De lo que no cabe duda es de que, al día siguiente, arrojaron un «postillón» desde el patio Charlemagne al foso de los leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman «postillón» a una pelotilla de pan artísticamente amasada que se envía *a Irlanda,* es decir, de un patio a otro por encima de los tejados de una cárcel. Etimología: pasando por encima de Inglaterra, de una tierra a otra: *a Irlanda*. Esta bolita cae en el patio. Quien la encuentra la recoge, la abre y halla dentro una nota dirigida a alguno de los presos del patio. Si es un preso quien se la encuentra, entrega la nota al destinatario; si es un guardián o uno de esos presos, vendidos en secreto, a quienes llaman chivas en las cárceles y chotas en los presidios, la nota va a dar a las oficinas y se le entrega a la policía.

En esta ocasión el postillón llegó a su destino aunque la persona a quien iba dirigida estuviera en ese momento *separado*. El destinatario era ni más ni menos que Babet, uno de los cuatro cabecillas de El culo del gato.

Dentro del postillón iba un papel enrollado en que sólo había estas dos líneas:

«Babet. Hay un asunto en la calle de Plumet. Una verja que da a un jardín».

Eso era lo que Brujon había escrito por la noche.

Pese a los funcionarios que registraban a los hombres y las funcionarias que registraban a las mujeres, Babet se las apañó para que la nota llegase de La Force a La Salpêtrière, a manos de una «amiguita» que tenía allí, presa. Esa mujer lo hizo llegar a su vez a una conocida, una tal Magnon, que tenía muy vigilada la policía

pero a la que no habían detenido aún. Dicha Magnon, con cuyo apellido ya se ha topado el lector, tenía con los Thénardier tratos que especificaremos más adelante y podía, yendo a ver a Éponine, hacer de enlace entre La Salpêtrière y Les Madelonnettes.

Precisamente por entonces, como no había pruebas en la instrucción del proceso a Thénardier que implicasen a sus hijas, soltaron a Éponine y a Azelma.

Cuando salió Éponine, Magnon, que la estaba esperando a la puerta de Les Madelonnettes, le dio la nota que le había enviado Brujon a Babet y le encargó que *aclarase* el asunto.

Éponine fue a la calle de Plumet, examinó la verja y el jardín, observó la casa, espió, acechó y, pocos días después, le llevó a la Magnon, que vivía en la calle de Clocheperce, una galleta que Magnon hizo llegar a la amante de Babet en La Salpêtrière. Una galleta, en el tenebroso simbolismo de las cárceles, quiere decir: *no hay nada que hacer*.

Así que, cuando apenas había transcurrido una semana, Babet y Brujon se cruzaron por el camino de ronda de La Force según iba uno «a la instrucción» y el otro volvía.

—¿Y qué? —preguntó Brujon—. ¿Qué pasa con la calle P?

—Galleta —contestó Babet.

Y así abortó el feto del delito que había engendrado Brujon en La Force.

Este aborto tuvo, no obstante, consecuencias totalmente ajenas al programa de Brujon. Ya las iremos viendo.

Muchas veces creemos estar anudando un hilo y, en realidad, anudamos otro.

III

Mabeuf tiene una aparición

Marius no iba ya a ver a nadie; sólo coincidía de vez en cuando con Mabeuf.

Mientras Marius bajaba despacio esos peldaños lúgubres que podríamos llamar las escaleras de los sótanos y llevan a lugares a oscuras desde los que oímos a las personas felices andar por el piso de arriba, el señor Mabeuf también iba bajando los suyos propios.

La *Flora de Cauteretz* no se vendía ni poco ni mucho. Los experimentos con el añil no habían tenido éxito en el jardincillo de Austerlitz, que no estaba bien orientado. El señor Mabeuf sólo podía cultivar en él unas cuantas plantas exóticas que gustaban de la humedad y la sombra. Sin embargo, no se desanimaba. Había conseguido en el Jardín Botánico un trozo de tierra bien orientado para realizar, «pagadas de su bolsillo», pruebas con el añil. Para ello había empeñado las planchas de cobre de su *Flora* en el Monte de Piedad. Había limitado el almuerzo a dos huevos, uno de los cuales era para su anciana criada, a la que llevaba quince meses sin pagar el sueldo. Y, con frecuencia, la única comida del día era el almuerzo. Ya no se reía con aquella risa suya infantil, se había vuelto huraño y había dejado de recibir visitas. Marius acertaba con no ir a verlo. A veces, a la hora en el que señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, el anciano y el joven se cruzaban por el bulevar de L'Hôpital. No se dirigían la palabra y se hacían una seña melancólica con la cabeza. ¡Qué doloroso resulta que llegue un momento en que la miseria distancie! Antes, amigos; y ahora, dos transeúntes.

El librero Royol había muerto. El señor Mabeuf sólo tenía ya tratos con sus libros, con su jardín y con su añil: eran las tres formas

que habían adoptado para él la dicha, el placer y la esperanza. Le bastaban para vivir. Se decía: «Cuando consiga mis bolas de añil, seré rico, desempeñaré las planchas de cobre, volveré a lanzar mi *Flora* con charlatanes, redobles de tambor y anuncios en los periódicos y compraré ya sé yo dónde un ejemplar del *Arte de navegar* de Pedro Medina con xilografías, edición de 1559». Mientras tanto, laboraba todo el día en su cuadrado de añiles y se volvía a su casa, al atardecer, para regar su jardín y leer sus libros. El señor Mabeuf andaba por entonces muy cerca de los ochenta años.

Una tarde, a última hora, tuvo una aparición muy singular.

Regresó a casa cuando aún era de día. La Plutarco, cuya salud iba empeorando, estaba enferma y en la cama. Él cenó un hueso donde quedaba un poco de carne y un trozo de pan que se encontró encima de la mesa de la cocina y se sentó en un mojón de piedra puesto del revés que le hacía las veces de banco en el jardín.

Cerca de ese banco había, como sucedía en los antiguos jardines de árboles frutales, una especie de cofre grande hecho de vigas y tablones, en muy mal estado, que era conejera en la parte de abajo y servía para guardar fruta en la parte de arriba. No había conejos en la conejera, pero quedaban unas cuantas manzanas en la parte de la fruta. Restos de la provisión para el invierno.

El señor Mabeuf se puso a hojear y a leer, con las gafas caladas, dos libros que lo apasionaban e incluso, cosa más grave a su edad, lo inquietaban. Su timidez natural lo volvía propenso a aceptar hasta cierto punto las supersticiones. El primero de esos libros era el conocido tratado del presidente Delancre, *De l'inconstance des démons;* el otro era el in-quarto de Mutor de la Rubaudière, *Sur les diables de Vauvert et les gobelins de la Bièvre*. Sentía por este último libro tanto mayor interés cuanto que su jardín había sido antiguamente uno de los terrenos que frecuentaban esos duendes. El crepúsculo estaba empezando a pintar de blanco las alturas y de negro lo de más abajo. Sin dejar de leer, y mirando por encima del libro que tenía en la mano, Mabeuf contemplaba las plantas y, sobre todo, un rododendro espléndido que era una de las cosas que le servían de consuelo en la vida; acababan de transcurrir cuatro días de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia; los tallos estaban inclinados, y los capullos, colgando; todo precisaba que lo

regasen; el rododendro, en particular, estaba triste. Mabeuf eran de los que opinan que las plantas tienen alma. El anciano se había pasado el día trabajando en su cuadrado de añiles y estaba rendido de cansancio; sin embargo, se levantó, dejó los libros en el banco y se encaminó, doblado en dos y con pasos titubeantes, hacia el pozo; pero, cuando asió la cadena, no pudo siquiera tirar de ella lo suficiente para desengancharla. Entonces se dio la vuelta y alzó una mirada de angustia al cielo, que se iba llenando de estrellas.

La velada tenía esa serenidad que agobia los dolores del hombre con a saber qué gozo lúgubre y eterno. La noche prometía ser tan seca como lo había sido el día.

—¡Estrellas y más estrellas! —pensaba el anciano—. ¡Ni una nubecilla! ¡Ni una lágrima de agua!

Y la cabeza, que había levantado por un momento, le volvió a caer sobre el pecho.

La alzó de nuevo y miró otra vez el cielo, susurrando:

—¡Una lágrima de rocío! ¡Un poco de compasión!

Volvió a intentar desenganchar la cadena del pozo y no lo consiguió.

En ese momento, oyó una voz que le decía:

—Señor Mabeuf, ¿quiere que le riegue el jardín?

Al tiempo se oyó en el seto un ruido de animal silvestre al pasar y vio salir de los matorrales algo así como una muchacha alta y flaca, que se plantó delante mirándolo con descaro. Parecía menos un ser humano que una forma que acababa de nacer en el crepúsculo.

Antes de que Mabeuf, que enseguida se espantaba y tenía, como ya hemos dicho, propensión a los sustos, hubiera podido responder ni una sílaba, aquel ser, cuyos movimientos, en la oscuridad, eran de una brusquedad extraña, ya había desenganchado la cadena, bajado y subido el cubo y llenado la regadera; y el buen hombre veía cómo aquella aparición, que iba descalza y con una falda hecha jirones, corría por las platabandas repartiendo vida entorno. El ruido de la regadera en las hojas colmaba de arrobo el alma de Mabeuf. Le parecía que ahora el rododendro era feliz.

Tras vaciar el primer cubo, la muchacha sacó otro del pozo; y, luego, otro más. Regó todo el jardín.

Al verla caminar así por los paseos, donde su silueta era

completamente negra, moviendo los largos brazos angulosos y con la pañoleta destrozada, había en ella un algo que la asemejaba con los murciélagos.

Cuando hubo acabado, Mabeuf se le acercó con los ojos llenos de lágrimas y le puso la mano en la frente.

—Que Dios la bendiga —dijo—, es usted un ángel, puesto que le importan las flores.

—No —contestó ella—, soy el demonio, pero me da lo mismo.

El anciano exclamó, sin esperar a que le respondiera y sin atender a la respuesta:

—¡Qué lastima que sea yo tan desventurado y tan pobre y que no pueda hacer nada por usted!

—Sí que puede hacer algo —dijo ella.

—¿Qué?

—Decirme dónde vive el señor Marius.

El anciano no la entendió.

—¿Qué señor Marius?

Alzó las pupilas vidriosas y pareció buscar algo ya desvanecido.

—Un joven que venía aquí hace tiempo.

El señor Mabeuf, en tanto, había rebuscado en sus recuerdos.

—¡Ah, sí! —exclamó—. Ya sé a quién se refiere. ¡Espere! El señor Marius… ¡el barón Marius Pontmercy, por Cristo! Vive… o, mejor dicho, ya no vive… Ay, pues no lo sé.

Mientras hablaba, se había agachado para sujetar una rama del rododendro, y seguía diciendo:

—Mire, me acabo de acordar. Pasa muchas veces por el bulevar y va hacia La Glacière. Por la calle de Croulebarbe. El campo de la Alondra. Dé una vuelta por allí. No es difícil encontrarse con él.

Cuando el señor Mabeuf se enderezó, ya no había nadie; la muchacha había desaparecido.

Así que notó cierto miedo.

—La verdad —pensó—, si no estuviera regado el jardín, creería que había sido un fantasma.

Una hora después, cuando ya estaba en la cama, volvió a acordarse y, según se iba quedando dormido, en ese instante turbio en que el pensamiento, semejante a esa ave fabulosa que se convierte en pez para cruzar el mar, va tomando poco a poco la forma del sueño para cruzar por la mente dormida, se decía de

forma confusa:

—Bien pensado, este caso se parece mucho a lo que cuenta Rubaudière de los duendes. ¿Habrá sido un duende?

IV

Marius tiene una aparición

Pocos días después de que un «espíritu» visitara a Mabeuf, una mañana —era lunes, el día de la moneda de cinco francos que Marius le pedía prestada a Courfeyrac para dársela a Thénardier— Marius se metió la moneda en el bolsillo y, antes de llevarla a las oficinas de la cárcel, fue a «dar un paseíto» con la esperanza de que, a la vuelta, tendría ánimos para ponerse a trabajar. Por lo demás, siempre le pasaba lo mismo. Nada más levantarse, se sentaba ante un libro y una hoja de papel para hacer de mala manera alguna traducción; le habían encomendado por entonces que tradujera al francés una famosa disputa entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; cogía a Savigny, cogía a Gans, leía cuatro líneas, intentaba escribir una, no lo conseguía, veía una estrella que se interponía entre la hoja y él y se levantaba de la silla diciendo: «Voy a salir. A ver si me animo».

Y se iba al campo de la Alondra.

Y allí veía más que nunca la estrella y menos que nunca a Savigny y a Gans.

Volvía a casa, intentaba reanudar la tarea y no lo conseguía; no había forma de volver a anudar ni uno de los hilos que se le habían quedado, cortados, en la cabeza; entonces decía: «Mañana no salgo, que luego no puedo trabajar». Y salía a diario.

Vivía más en el campo de la Alondra que en casa de Courfeyrac. Sus señas auténticas eran: bulevar de La Santé, séptimo árbol pasada la calle de Croulebarbe.

Aquella mañana se había apartado del séptimo árbol y se había sentado en el parapeto del arroyo de Les Gobelins. Un sol jubiloso se colaba entre las hojas recién abiertas e impregnadas de luz.

Pensaba en «Ella». Y aquella ensoñación, convertida en reproche, lo acusaba; pensaba desconsoladamente en la pereza, esa parálisis del alma, que se iba adueñando de él, y en aquella oscuridad que tenía ante sí, más densa por momentos, hasta tal punto que ya ni veía el sol.

No obstante, atravesando esa penosa emanación de ideas inconcretas, que ni siquiera eran un monólogo, pues así de debilitada estaba en él la capacidad de actuar y ya ni tenía fuerzas para desear el desconsuelo, atravesando ese ensimismamiento melancólico, le llegaban las sensaciones del exterior. Oía a sus espaldas, y a un nivel inferior, en ambas orillas del río, cómo golpeaban la ropa las lavanderas de Les Gobelins; y, por encima de su cabeza, cómo parloteaban y cantaban los pájaros en los olmos. Por un lado, el ruido de la libertad, de la despreocupación dichosa, del ocio alado; por otro, el ruido del trabajo. Y había algo que lo movía a hondas ensoñaciones casi sin reflexionar: eran dos ruidos alegres.

De repente, en medio de aquel éxtasis agobiado, oyó una voz conocida que decía:

—¡Anda! ¡Si está aquí!

Alzó la vista y reconoció a aquella desgraciada chiquilla que había ido una mañana a su habitación, la hija mayor de los Thénardier, Éponine; ahora sabía cómo se llamaba. Cosa extraña: estaba más mísera y más guapa, dos pasos que no parecía posible que diera. Había pasado por un doble progreso hacia la luz y hacia el desamparo. Iba descalza y vestida con harapos, como el día en que entró con tanto aplomo en su cuarto; pero los harapos tenían dos meses más; los agujeros eran mayores; y los andrajos, más sórdidos. Tenía la misma voz ronca, el mismo rostro de piel opaca y arrugada porque el sol la había curtido, la misma mirada libre, extraviada y titubeante. Mostraba en la fisonomía, en mayor grado que antes, ese algo asustado y lamentable que el paso por la cárcel suma a la miseria.

Llevaba briznas de paja y de heno en el pelo, no como Ofelia, que se volvió loca, contagiada de la locura de Hamlet, sino por haber dormido en algún granero que fuera también cuadra.

Y, pese a todo, estaba guapa. ¡Ah, juventud, qué astro eres!

Se había detenido, en tanto, delante de Marius con cierto júbilo

en la cara lívida y algo que parecía una sonrisa.

Se quedó unos momentos como si no pudiera hablar.

—¡Por fin lo encuentro! —acabó por decir—. Tenía razón el Mabeuf, ¡estaba en este bulevar! ¡Cuánto lo he buscado! ¡Si supiera! ¿Sabe que he estado en la trena? ¡Quince días! Me han soltado en vista de que no tenían nada contra mí y que, además, no tengo la edad de la razón. No la tengo por dos meses, menos mal. ¡Ay, cuánto lo he buscado! Llevo seis semanas. ¿Así que ya no vive usted allí?

—No —dijo Marius.

—¡Ah, me hago cargo! Por aquello que pasó. Son desagradables esos jaleos. ¡Se mudó usted! ¡Vaya! ¿Por qué lleva sombreros viejos como ése? Un joven como usted tiene que llevar ropa buena. ¿Sabe, señor Marius? Mabeuf lo llama el barón Marius no sé qué más. ¿Verdad que no es usted barón? Los barones son viejos y van a Le Luxembourg, delante del palacio, donde da más el sol, y leen allí, por cinco céntimos, *La Quotidienne*. Una vez fui a llevar una carta a casa de un barón que era como digo. Tenía más de cien años. Oiga, ¿y dónde vive ahora?

Marius no contestó.

—¡Ay! —siguió diciendo ella—. Lleva un agujero en la camisa. Voy a tener que cosérselo.

Añadió, con expresión cada vez más sombría:

—No parece que se alegre de verme.

Marius callaba; ella también se quedó en silencio un momento y, luego, exclamó:

—¡Y eso que, si yo quisiera, lo obligaría a parecer contento!

—¿Qué? —dijo Marius—. ¿Qué quiere decir?

—¡Ay, si me llamaba de tú! —contestó Éponine.

—Bueno, pues ¿qué quieres decir?

Éponine se mordió el labio; parecía dudar, como presa de un combate interior. Por fin, pareció que había tomado una decisión.

—Qué le vamos a hacer, da lo mismo. Tiene cara de estar triste y yo quiero que esté contento. Prométame nada más que se reirá. Quiero ver cómo se ríe y verle decir: «¡Ah, qué bien!». ¡Pobre señor Marius! ¿Sabe? Me prometió que me daría todo lo que yo quisiera…

—¡Sí! Pero ¡habla de una vez!

Ella miró a Marius a los ojos y le dijo:

—¡Tengo las señas!

Marius se puso pálido. Toda la sangre se le fue al corazón.

—¿Qué señas?

—¡Las señas que me pidió!

Añadió, como si hiciera un esfuerzo:

—Las señas… ya sabe…

—¡Sí! —tartamudeó Marius.

—¡De la señorita!

Y, tras decir esa palabra, dio un hondo suspiro.

Marius bajó de un salto del parapeto en que estaba sentado y le cogió la mano, como loco.

—¡Ah! Pues ¡llévame! ¡dime! ¡Pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venga conmigo —contestó ella—. No estoy segura ni de la calle ni del número; está en la otra punta; pero conozco bien la casa, lo voy a llevar.

Se soltó la mano y añadió, con un tono que habría dejado consternado a un observador, pero que no afectó en absoluto a Marius, ebrio y arrebatado.

—¡Ay! ¡Qué contento está usted!

A Marius se le nubló la cara. Agarró del brazo a Éponine.

—¡Júrame una cosa!

—¿Jurar? —dijo ella—. ¿Y eso a qué viene? ¡Anda! ¿Quiere que jure?

Y se rió.

—¡Tu padre! ¡Prométeme, Éponine, júrame que no le darás esas señas a tu padre!

Ella se volvió a mirarlo con expresión estupefacta.

—¡Éponine! ¿Cómo sabe que me llamo Éponine?

—¡Prométeme eso que te he dicho!

Pero ella parecía que no lo oía.

—¡Ay! ¡Qué simpático es! ¡Me ha llamado Éponine!

Marius la agarró por los dos brazos a la vez.

—Pero ¡contéstame, en nombre del cielo! Atiende a lo que te estoy diciendo. ¡Júrame que no le darás las señas a tu padre!

—¿Mi padre? —dijo ella—. ¡Ah, sí, mi padre! Quédese tranquilo. Está incomunicado. Y, además, ¡qué tengo yo que ver con mi padre!

—Pero ¡no me lo prometes! —exclamó Marius.

—Pero ¡suélteme! —dijo ella, echándose a reír—. ¡Vaya forma de zarandearme! ¡Que sí, que sí, que se lo prometo! ¡Que se lo juro! ¿A mí que más me da? No le diré las señas a mi padre. ¿Qué, ya está? ¿Eso es lo que quiere?

—Ni a nadie más —dijo Marius.

—Ni a nadie más.

—Y ahora —añadió Marius— llévame allí.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Venga. ¡Ay, qué contento está! —añadió.

Tras dar unos pasos, se detuvo.

—Me va siguiendo demasiado de cerca, señor Marius. Déjeme que vaya delante y sígame como quien no quiere la cosa. A un joven como es debido, como usted, no deben verlo con una mujer como yo.

No hay lengua que pueda expresar todo cuanto había en esa palabra, «mujer», pronunciado así por aquella niña.

Dio unos diez pasos y volvió a detenerse; Marius la alcanzó. Éponine le habló de lado y sin volverse a mirarlo.

—Por cierto, ¿se acuerda de que me había prometido algo?

Marius se rebuscó en el bolsillo. Lo único que tenía en el mundo eran los cinco francos para Thénardier. Los cogió y se los puso en la mano a Éponine.

Ella abrió los dedos y dejó que la moneda cayera al suelo. Y dijo, mirándolo con expresión sombría:

—No quiero dinero suyo.

Libro tercero

La casa de la calle de Plumet

I

La casa del pasadizo secreto

A mediados del siglo pasado, un presidente de birreta del Parlamento de París, que tenía una amante y lo ocultaba, pues por entonces los grandes señores exhibían a sus amantes y los burgueses las ocultaban, mandó construir «un hotelito» en el barrio de Saint-Germain, en la calle de Blomet, que nadie frecuentaba y se llama ahora calle de Plumet, no lejos del lugar que llamaban a la sazón *Pelea de animales*.

Se componía esa casa de un pabellón con un solo piso; dos salas en la planta baja, dos dormitorios en el primero; abajo, una cocina; arriba, un gabinete; bajo el tejado, un desván; y todo ello lo precedía un jardín con una gran verja que daba a la calle. Era un jardín de unos trescientos pies cuadrados. Y esto era cuanto podían vislumbrar los transeúntes; pero, en la parte trasera del pabellón, había un patio estrecho y, al fondo de ese patio, una vivienda de planta baja con dos habitaciones y un sótano, algo así como una previsión por si hubiera que ocultar a un niño y a su ama. Esa vivienda daba por detrás, pasando por una puerta disimulada con cerradura secreta, a un corredor largo y estrecho, enlosado, sinuoso, al aire libre, que transcurría entre dos tapias altas y que, oculto con arte prodigiosa y como perdido entre las cercas de los jardines y los campos cultivados, a cuyos recovecos y rodeos se amoldaba, llegaba hasta otra puerta, también con cerradura secreta, que se abría a medio cuarto de legua de allí, casi en otro barrio, al final de la calle de Babylone, por donde no pasaba nadie.

El señor presidente entraba por allí, de forma tal que incluso quienes lo estuvieran espiando y siguiendo y hubieran notado que el señor presidente iba a diario y de forma misteriosa a alguna parte

no habrían podido sospechar que ir a la calle de Babylone era ir a la calle de Blomet. Merced a hábiles adquisiciones de terrenos, el ingenioso magistrado pudo llevar a cabo esas obras viarias en terrenos de su propiedad y, por consiguiente, sin control alguno. Más adelante, volvió a vender, en parcelas pequeñas para jardines y cultivos, esos terrenos que orillaban el corredor, y los propietarios de esas parcelas creían, a ambos lados de las tapias, que estaban viendo un muro divisorio y no sospechaban siquiera la existencia de esa prolongada cinta de baldosas que serpenteaba entre ambas tapias por entre sus platabandas y sus huertos de frutales. Sólo los pájaros veían esa curiosidad. Es probable que las currucas y los paros cotorreasen mucho el siglo pasado a cuento del señor presidente.

El pabellón, edificado en piedra y al estilo de Mansard, con paredes forradas de madera y muebles al estilo de Watteau, rococó por dentro y de peluca por fuera, tras el triple muro de unos setos de flores, tenía un toque discreto, coqueto y solemne, como corresponde a un capricho del amor y la magistratura.

Esa casa y ese corredor ya no existen en la actualidad, pero existían aún hace unos quince años. En 1793, un calderero compró la casa para derribarla, pero, como no le llegó el dinero, la nación lo declaró en quiebra. De forma tal que fue la casa la que derribó al calderero. A partir de entonces, no vivió nadie en la casa, que fue convirtiéndose despacio en unas ruinas, como toda morada a la que no presta vida la presencia del hombre. Conservó los muebles antiguos y siempre estuvo en venta o en alquiler, de lo que quedaban avisadas las diez o doce personas que pasan al cabo del año por la calle de Plumet mediante un cartel amarillo e ilegible colgado en la verja del jardín desde 1810.

A finales de la Restauración, esos mismos transeúntes pudieron notar que había desaparecido el cartel e, incluso, que estaban abiertos los postigos del primer piso. Efectivamente, en la casa vivía alguien. En las ventanas había «unos visillos coquetones», indicio de que vivía allí una mujer.

En el mes de octubre de 1829, un hombre de cierta edad se presentó y alquiló la casa tal y como estaba, incluidos, por supuesto, la vivienda trasera y el corredor que iba a dar a la calle de Babylone. Volvió a poner en uso las dos cerraduras secretas de las

dos puertas del pasadizo. La casa, como acabamos de decir, estaba aún más o menos amueblada con el mobiliario antiguo del presidente, y el nuevo inquilino dispuso unas cuantas reparaciones, añadió acá y allá lo que faltaba, volvió a pavimentar el patio, puso ladrillos en los suelos de baldosa, peldaños en las escaleras, tablas en los entarimados y cristales en las ventanas. Y, finalmente, fue a vivir allí con una joven y una criada entrada en años, sin hacerse notar, más bien como alguien que se escurre que como alguien que entra en su casa. Los vecinos no hicieron comentarios por la sencilla razón de que no había vecinos.

Ese inquilino tan poco amigo de los alardes era Jean Valjean, y la joven era Cosette. La criada era una mujer llamada Toussaint a quien Jean Valjean había librado del hospital y de la miseria y que era vieja, de provincias y tartamuda, tres prendas que lo decidieron a tomarla a su servicio. Alquiló la casa a nombre del señor Fauchelevent, rentista. En todo lo referido más arriba el lector habrá tardado seguramente aún menos que Thénardier en reconocer a Jean Valjean.

¿Por qué se había ido Jean Valjean del convento de Le Petit-Picpus? ¿Qué había ocurrido?

No había ocurrido nada.

Recordemos que Jean Valjean era dichoso en el convento, tan dichoso que empezó a notarse la conciencia intranquila. Veía a Cosette a diario, notaba cómo nacía y le crecía por dentro cada vez más la paternidad, cuidaba mimosamente con el alma a aquella niña, se decía que era suya, que nada podría arrebatársela, que aquello duraría para siempre, que seguramente Cosette se metería monja, pues todos los días la incitaban suavemente a ello, y que, así, el convento sería en adelante el universo, tanto para ella como para él, que allí envejecería él y crecería Cosette, que allí envejecería Cosette y moriría él y que, finalmente, embelesadora esperanza, no era ya posible separación alguna. Y, meditando acerca de ello, fue a dar en ciertas perplejidades. Se hizo preguntas. Se preguntaba si toda aquella dicha le pertenecía en realidad, si no se compondría de la dicha de otra persona, de la dicha de aquella niña de la que él, un anciano, estaba incautándose, le estaba robando. ¿O acaso no era un robo? Se decía que aquella niña tenía derecho a conocer la vida antes de renunciar a ella; que privarla de

antemano, y sin consultarla en cierto modo, de todas las alegrías so pretexto de librarla de todas las pruebas, que aprovecharse de su ignorancia y su aislamiento para que germinase en ella una vocación artificial, era desnaturalizar a una criatura humana y mentirle a Dios. Y ¿quién sabe si, al caer en la cuenta un día de todo eso y al verse monja y lamentarlo, no acabaría Cosette por odiarlo a él? Fue lo último que se le ocurrió, idea casi egoísta y menos heroica que las otras, pero que le resultaba insoportable. Decidió irse del convento.

Lo decidió; reconoció, desconsolado, que no quedaba más remedio. En cuanto a las objeciones, no las había. Tras haber residido cinco años entre esos muros y haberse esfumado, los motivos de temor, forzosamente, o ya no existían o se habían ido en desbandada. Podía regresar entre los hombres con tranquilidad. Había envejecido y todo había cambiado. ¿Quién iba a reconocerlo ahora? Y además, poniéndose en lo peor, sólo él corría peligro, y no tenía derecho a condenar a Cosette al claustro porque a él lo hubieran condenado a presidio. Por lo demás, ¿qué es el peligro ante el deber? Y, en última instancia, no había nada que le impidiera ser prudente y tomar precauciones.

En cuanto a la educación de Cosette, ya estaba prácticamente concluida y completa.

Cuando hubo tomado una determinación, esperó la ocasión oportuna. No tardó en presentarse. Fauchelevent falleció.

Jean Valjean pidió audiencia a la reverenda madre superiora y le dijo que se había encontrado con una modesta herencia a la muerte de su hermano con la que, a partir de entonces, podría vivir de las rentas, que dejaba el servicio del convento y que se llevaba a su hija; pero, como no era justo que Cosette, que no iba a profesar, hubiese recibido una educación gratuita, suplicaba humildemente a la reverenda madre que tuviera a bien aceptar que le pagase a la comunidad, como indemnización por los cinco años que Cosette había pasado allí, una cantidad de cinco mil francos.

Y así fue como se fue Jean Valjean del convento de la Adoración Perpetua.

Al salir del convento, cargó personalmente, y no quiso confiársela a ningún mozo, con la maletita cuya llave llevaba siempre encima. Aquella maleta tenía intrigada a Cosette por el

aroma a sahumerio que salía de ella.

Adelantemos ya que nunca se separó de esa maleta. La tenía siempre en su cuarto. Era lo primero, y a veces lo único, que se llevaba al mudarse. Cosette se lo tomaba a broma y llamaba a la maleta *la inseparable,* al tiempo que decía: «Tengo celos de ella».

Por lo demás, Jean Valjean no dejó de notar una honda ansiedad al volver a mostrarse a cielo abierto.

Descubrió la casa de la calle de Plumet y allí se guareció. Ahora contaba con el nombre de Ultime Fauchelevent.

Simultáneamente, alquiló otros dos pisos en París, para llamar menos la atención que estando siempre en el mismo barrio, poder ausentarse de vez en cuando en cuanto sintiera la mínima inquietud y, finalmente, que nada volviera a pillarlo de improviso como le sucedió la noche en que escapó de Javert de forma tan milagrosa. Esos dos pisos eran dos viviendas muy reducidas y de aspecto pobre en dos barrios muy distantes entre sí, uno en la calle de L'Ouest y el otro en la calle de L'Homme-Armé.

Iba de vez en cuando tan pronto a la calle de L'Homme-Armé cuanto a la calle de L'Ouest y pasaba allí un mes o seis semanas con Cosette sin llevarse consigo a Toussaint. Recurría a los servicios de los porteros y se hacía pasar por un rentista de los arrabales que tenía un apeadero en la capital. Aquel hombre tan virtuoso tenía tres domicilios en París para escapar de la policía.

II

Jean Valjean guardia nacional

Por lo demás, y hablando con propiedad, vivía en la calle de Plumet y tenía organizada la vida como vamos a referir:

Cosette vivía en el pabellón con la criada, tenía a su disposición el dormitorio grande de entreventanas decoradas con pinturas, el gabinete de molduras doradas y el salón del presidente con tapices y grandes sillones; tenía a su disposición el jardín. Jean Valjean había encargado para el dormitorio de Cosette una cama con dosel de damasco antiguo de tres tonos y una preciosa alfombra persa antigua comprada en la calle de Le Figuier-Saint-Paul, en el comercio de la señora Gaucher; y, para enmendar la seriedad de aquellas cosas viejas y espléndidas, mezcló con ese almacén de antiguallas todos los muebles menudos, alegres y encantadores de las muchachas; la estantería, la librería y los libros dorados, la caja de papel de cartas, el vade con su secante, el costurero con incrustaciones de nácar, el neceser de plata sobredorada, el tocador con palangana de porcelana del Japón. Unas cortinas largas de damasco de fondo rojo y de tres tonos, iguales a las cortinas de la cama, colgaban en las ventanas del primer piso. En la planta baja había cortinas de tapicería. En la casita de Cosette se encendía fuego en invierno en todas las habitaciones. Jean Valjean vivía en aquella especie de garita de portero que estaba en el fondo del patio, con un colchón en una cama de tijera, una mesa de madera de pino, dos sillas de asiento de paja, un jarro de porcelana, unos cuantos libros en un estante y su querida maleta en un rincón; nunca había fuego. Cenaba con Cosette y en la mesa, para él, había pan negro. Cuando entró Toussaint a servir, le dijo: «La dueña de la casa es la señorita».

—¿Y usted, se-señor? —preguntó Toussaint estupefacta.

—Yo soy algo mucho mejor que el dueño; soy el padre.

A Cosette le habían enseñado a llevar la casa en el convento y se ocupaba de la economía doméstica, que era muy modesta. Todos los días, Jean Valjean cogía del brazo a Cosette y la llevaba a dar una vuelta. Iba con ella a Le Luxembourg, al paseo menos frecuentado; y, todos los domingos, a misa, siempre a Saint-Jacques-du-Haut-Pas, porque pillaba muy lejos. Como es un barrio muy pobre, daba muchas limosnas y los desdichados lo rodeaban en la iglesia, motivo por el que había recibido la carta de los Thénardier: *Al señor benefactor de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*. Le gustaba llevar a Cosette a visitar a los indigentes y los enfermos. Ningún extraño entraba nunca en la casa de la calle de Plumet. Toussaint hacía la compra y Jean Valjean iba personalmente a buscar agua a una fuente que había muy cerca, en el bulevar. La leña y el vino los guardaban en algo así como un entrante medio subterráneo, tapizado de rocalla, que estaba cerca de la puerta de la calle de Babylone y había sido una gruta antaño para el señor presidente; porque en la época de las quintas de recreo y las casas de campo discretas no podía concebirse un amor sin gruta.

En la puerta para todo de la calle de Babylone había uno de esos buzones con ranura para cartas y periódicos; ahora bien, como ninguno de los tres moradores del pabellón de la calle de Plumet recibía ni periódicos ni cartas, el buzón, antiguo alcahuete de aventurillas y confidente de un leguleyo petimetre y mujeriego, se había quedado sólo para los avisos del recaudador de contribuciones y las notas de la guardia. Porque el señor Fauchelevent, rentista, pertenecía a la Guardia Nacional; no había podido colarse entre las mallas estrechas del censo de 1831. Las informaciones municipales que se acabaron por entonces habían llegado hasta Le-Petit-Picpus, algo así como una nube impenetrable y santa de la que había salido un Jean Valjean venerable a los ojos de su tenencia de alcaldía y, por consiguiente, digno de montar guardia y velar por ella.

Tres o cuatro veces al año, Jean Valjean se ponía el uniforme y hacía guardias, de muy buen grado por lo demás; lo veía como un disfraz aceptable que lo igualaba a todo el mundo al tiempo que le permitía seguir siendo un solitario. Jean Valjean acababa de

cumplir los sesenta años, pero no aparentaba más de cincuenta; no tenía, por otra parte, deseo alguno de escapar de su sargento mayor ni de buscarle las vueltas al conde de Lobau; carecía de estado civil; ocultaba el nombre; ocultaba la identidad, ocultaba la edad; y, como acabamos de decir, era un guardia nacional de buena voluntad. Parecerse a cualquiera que pague la contribución que le corresponde: no tenía mayor ambición. El ideal de aquel hombre, por dentro, era el ángel; y para los de fuera, el burgués.

Fijémonos, sin embargo, en un detalle. Cuando Jean Valjean salía con Cosette, se vestía como ya hemos visto como un oficial retirado y se parecía bastante a esa clase de persona. Cuando salía solo, cosa que sucedía sobre todo por la noche, llevaba siempre chaqueta y pantalones de obrero y se tocaba con una gorra que le tapaba la cara. ¿Era precaución o humildad? Ambas cosas. Cosette estaba acostumbrada a aquel aspecto enigmático de su destino y apenas si le llamaban la atención las singularidades de su padre. En cuanto a Toussaint, sentía veneración por Jean Valjean y le parecía bien todo cuanto hacía. Un día, el carnicero, que había visto de refilón a Jean Valjean, le dijo: «Es un individuo curioso». Y ella contestó: «Es un san-santo».

Jean Valjean, Cosette y Toussaint no entraban ni salían nunca más que por la puerta de la calle de Babylone. A menos que alguien los viera de lejos por la verja del jardín, era difícil averiguar que vivían en la calle de Plumet. Esa verja estaba siempre cerrada. Jean Valjean había dejado el jardín en estado salvaje para que no llamase la atención.

Y en eso es posible que estuviera equivocado.

III

Foliis ac Frondibus

Aquel jardín, que llevaba más de medio siglo sin que nadie se ocupara de él, se había convertido en extraordinario y delicioso. Los viandantes de hace cuarenta años se detenían en aquella calle para contemplarlo, sin sospechar los secretos que se ocultaban tras sus frondas frescas y verdes. Más de un soñador de por entonces dejó en mucha ocasiones que los ojos y el pensamiento se le fuesen, indiscretos, por entre los barrotes de la verja antigua, cerrada con candado, retorcida, tambaleante, sellada a dos pilastras verdes y cubiertas de musgo y que remataba de forma muy curiosa un frontón con arabescos indescifrables.

Había un banco de piedra en un rincón, una o dos estatuas con moho; unas cuantas espalderas que se habían desclavado con el paso de los años se pudrían contra la pared; por lo demás, no había ya ni paseos ni césped; grama por todas partes. Se había ido la jardinería y había regresado la naturaleza. Abundaban las malas hierbas, aventura admirable para un humilde trocito de tierra. La fiesta de los alhelíes era soberbia. Nada en aquel jardín le llevaba la contraria al esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; el crecimiento venerable estaba allí en su propia casa. Los árboles habían bajado hacia las zarzas y las zarzas se habían alzado hacia los árboles; la planta había subido, la rama había cedido; lo que repta por el suelo había ido al encuentro de lo que prospera en el aire; lo que flota al viento se había inclinado hacia lo que se arrastra por el musgo: troncos, ramitas, hojas, fibras, matas, zarcillos, sarmientos, espinas, se habían entremezclado, cruzado, desposado, confundido; la vegetación, en un abrazo estrecho, y profundo, había consumado allí, bajo la mirada satisfecha del

creador, en este recinto cerrado de trescientos pies cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquel jardín no era ya un jardín, era un enmarañamiento colosal, es decir, algo impenetrable como un bosque, poblado como una ciudad, estremecido como un nido, oscuro como una catedral, perfumado como un ramo, solitario como una tumba, vivo como una multitud.

En el mes de floreal, este matorral enorme, en libertad tras la verja y entre sus cuatro paredes, entraba en celo con la sorda actividad de la germinación universal, se sobresaltaba al salir el sol casi como un animal que respira los efluvios del amor cósmico y nota que la savia de abril le sube, hirviendo, por las venas, y, agitando al viento su prodigiosa melena verde, sembraba en la tierra húmeda, sobre las estatuas torpes, sobre la escalinata medio derruida de la fachada del pabellón e incluso sobre el empedrado de la calle desierta, las flores hechas estrellas, el rocío hecho perlas, la fecundidad, la hermosura, la vida, la alegría, los perfumes. A mediodía, miles de mariposas blancas buscaban refugio en él, y era un espectáculo divino ver revolotear como un torbellino de copos, en la sombra, aquella nieve viva del verano. Allí, en aquellas tinieblas alegres de las frondas, una muchedumbre de voces inocentes le hablaban suavemente al alma; y lo que se les había olvidado decir a los trinos lo completaban los zumbidos. Por la noche, un vaho de ensoñación se desprendía del jardín y lo envolvía; un sudario de bruma, una tristeza celestial y serena lo cubrían; el aroma tan embriagador de la madreselva y las enredaderas se alzaba por doquier como un veneno exquisito y sutil; se oían las últimas llamadas de los agateadores y las lavanderas que se quedaban dormidos bajo las ramas; se notaba allí esa intimidad sagrada del ave y el árbol; de día, las alas alegran las hojas; de noche, las hojas protegen las alas.

En invierno, aquella maraña estaba negra, húmeda, erizada; tiritaba y dejaba que la casa asomase un poco. Se divisaban, en vez de flores en las ramas y de rocío en las flores, las largas cintas de plata de las babosas en la alfombra fría y gruesa de las hojas amarillas; pero, de todas formas, con cualquier aspecto, en cualquier estación, primavera, invierno, verano, otoño, aquel breve recinto exhalaba melancolía, contemplación, soledad, libertad,

ausencia del hombre, presencia de Dios; y la verja vieja y oxidada parecía decir: este jardín es mío.

Por más que estuviesen alrededor los adoquines de París; a dos pasos, los palacetes clásicos y espléndidos de la calle de Varennes; muy cerca, la cúpula de Les Invalides; no mucho más allá, la Cámara de los Diputados; por más que las carrozas de la calle de Bourgogne y de la calle de Saint-Dominique rodasen fastuosamente por las inmediaciones y los ómnibus amarillos, pardos, blancos y rojos se cruzasen en la glorieta cercana, la calle de Plumet era el desierto; y la muerte de los antiguos dueños, la revolución que hubo, el hundimiento de antiguas fortunas, la ausencia, el olvido y cuarenta años de abandono y de soledad habían bastado para devolver a ese lugar privilegiado los helechos, los gordolobos, las cicutas, las aquileas, la hierba crecida, las plantas altas y gofradas de anchas hojas de paño verde pálido, las lagartijas, los escarabajos, los insectos inquietos y veloces; para que saliera de las profundidades de la tierra y volviera a aparecer entre aquellas cuatro paredes a saber qué grandeza salvaje y fiera; y para que la naturaleza, que deshace los arreglos mezquinos del hombre y que, donde se desparrama, se desparrama siempre por entero, tanto en la hormiga cuanto en el águila, fuera a florecer en un vulgar jardincillo parisino con tanta rudeza y majestad como en una selva virgen del Nuevo Mundo.

Nada es pequeño, efectivamente; todo aquel que sea propenso a la honda comprensión de la naturaleza lo sabe. Aunque no se le conceda satisfacción absoluta alguna a la filosofía, ni poder acotar la causa ni poder limitar el efecto, todas esas descomposiciones de fuerzas que desembocan en la unidad llevan al contemplador a unos éxtasis insondables. Todo labora en todo.

El álgebra se aplica a las nubes; de la irradiación del astro se aprovecha la rosa; ningún pensador se atrevería a decir que el perfume del espino albar no les es de utilidad a las constelaciones. ¿Quién puede calcular el trayecto de una molécula? ¿Sabemos acaso si unos granos de arena al caer no determinan la creación de mundos? ¿Quién sabe de los flujos y reflujos recíprocos de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, ni de la repercusión de las causas en los precipicios del ser, ni de las avalanchas de la creación? Una cresa tiene importancia; lo pequeño

es grande, lo grande es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad; visión que alarma a la mente. Hay entre los seres y las cosas relaciones prodigiosas; en este conjunto inagotable que va del sol al pulgón nadie se desprecia; se necesitan todos entre sí. La luz no se lleva hasta el azul del cielo los perfumes terrenales sin saber qué va a hacer con ellos; la noche reparte esencia de estrellas entre las flores dormidas. Todas las aves que vuelan llevan atado a la pata el hilo de lo infinito. Un meteoro que nace y un picotazo de golondrina para romper el huevo se suman a las complicaciones de la germinación, y ésta hace frente al mismo tiempo al nacimiento de una lombriz y a la llegada de Sócrates. Cuando se acaba con el telescopio, empieza el microscopio. ¿Cuál de los dos tiene mejor vista? Escoged. Un moho es una pléyade de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas. La misma promiscuidad, y aún más inaudita, de las cosas de la inteligencia y los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios me mezclan, se combinan, se acoplan, se multiplican entre sí, y hasta tal punto que consiguen que el mundo material y el mundo moral desemboquen en la misma claridad. El fenómeno se repliega continuamente sobre sí. En los enormes intercambios cósmicos, la vida universal va y viene en cantidades desconocidas y lo arrastra y lo revuelve todo en el invisible misterio de los efluvios, dándole uso a todo, no perdiendo ni uno de los sueños de todos los que duermen, sembrando un animálculo acá y desmigajando un astro allá, oscilando y serpenteando, convirtiendo la luz en fuerza y el pensamiento en elemento, diseminada e invisible, disolviéndolo todo con la excepción de este punto geométrico, el ego; volviendo a llevarlo todo al alma átomo; haciendo florecer todo en Dios; enredando entre sí, desde la más alta hasta la más baja, todas las actividades en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso, relacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierra, subordinando, aunque no sea más que mediante la identidad de la ley, ¿quién sabe?, la evolución del cometa en el firmamento y los giros del infusorio en la gota de agua. Máquina cuya materia es el espíritu. Engranaje gigantesco cuyo primer motor es una mosquita y la última rueda es el zodiaco.

IV

Cambio de verja

Era como si aquel jardín, creado antaño para ocultar los misterios libertinos, se hubiera transformado y vuelto adecuado para cobijar los misterios castos. Ya no había ni bóvedas de ramas ni parterres de césped ni cenadores ni grutas; había una oscuridad espléndida y despeinada que caía como un velo por todas partes. Pafos había vuelto a ser el Edén. Algo parecido al arrepentimiento había saneado aquel retiro. Aquella florista brindaba ahora al alma sus ramos de flores. Ese jardín coqueto, tan comprometido hacía tiempo, había regresado a la virginidad y al pudor. Un presidente, con la ayuda de un jardinero, un individuo que creía ser la prolongación de Lamoignon y otro que creía ser la prolongación de Le Nôtre, habían trazado curvas, lo habían podado, metido mano, adornado, puesto en condiciones para el libertinaje; la naturaleza había vuelto a adueñarse de él, lo había llenado de sombra y lo había preparado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón a punto. Ya podía presentarse el amor; tenía allí un templo compuesto de frondas, de hierba, de musgo, de suspiros de pájaros, de tinieblas mansas, de ramas que se movían, y un alma hecha de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusión.

Cosette había salido del convento siendo aún casi una niña; tenía algo más de catorce años y estaba en «la edad del pavo»; ya hemos dicho que, dejando aparte los ojos, era más fea que guapa; no tenía, sin embargo, ningún rasgo ingrato, pero era torpe, flaca, tímida y atrevida a la vez, una niña grande, por decirlo en pocas palabras.

Ya había concluido su educación; es decir, que le habían

enseñado religión e incluso, y sobre todo, devoción; y además «historia», a saber, lo que llaman así en el convento, geografía, gramática, los participios, los reyes de Francia, algo de música, a dibujar una nariz, etc.; pero de lo demás lo ignoraba todo, lo cual puede resultar encantador, pero también es un peligro. Nunca debe dejarse a oscuras el alma de una joven; más adelante se dan en ella espejismos demasiado bruscos y demasiado violentos, igual que en una cámara negra. Hay que iluminarla con suavidad y discreción, y más con el reflejo de las realidades que con su luz directa y cruda. Penumbra útil y exquisitamente austera que disipa los temores pueriles e impide las caídas. Sólo el instinto materno, intuición admirable que se compone de los recuerdos de la virgen y de la experiencia de la mujer, sabe cómo y con qué hay que crear esa penumbra. Nada puede suplir ese instinto. Para formar el alma de una joven, todas las monjas del mundo no valen lo que una madre.

Cosette no tuvo madre. Sólo tuvo muchas madres, en plural.

En cuanto a Jean Valjean, llevaba dentro, efectivamente, todos los afectos a un tiempo, y todas las atenciones solícitas; pero no era sino un hombre viejo que no sabía nada de nada.

Ahora bien, en esa obra educativa, en ese asunto tan serio de la preparación de una mujer para la vida, ¡cuánta ciencia es necesaria para luchar contra esa tremenda ignorancia a la que damos el nombre de inocencia!

No hay nada mejor que el convento para preparar a una joven para las pasiones. El convento orienta las ideas hacia lo desconocido. En el corazón, replegado sobre sí mismo, como no puede expandirse se abren excavaciones; y crece hacia dentro al no poder florecer. Y de ahí salen visiones, suposiciones, conjeturas, esbozos de novelas, deseo de aventuras, construcciones fantásticas, edificios erigidos por entero en la oscuridad interior de la mente, moradas secretas y sombrías donde las pasiones hallan asilo en el acto en cuanto, tras cruzar la verja, tienen paso franco. El convento es una opresión que, para poder más que el corazón humano, tiene que durar toda la vida.

Al salir del convento, Cosette no podía ir a parar a lugar más grato y más peligroso que la casa de la calle de Plumet. Era la continuación de la soledad unida al comienzo de la libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza áspera, rica, voluptuosa y

perfumada; los mismos sueños que en el convento, pero con jóvenes vistos a medias de lejos; una verja, pero que daba a la calle.

No obstante, repetimos, cuando llegó allí no era aún sino una niña. Jean Valjean le entregó ese jardín inculto. «Aquí puedes hacer todo lo que quieras», le decía. A Cosette le resultaba divertido; movía todas las matas y todas las piedras; buscaba «bichos»; jugaba en tanto llegaba la hora de soñar; le gustaba aquel jardín porque se encontraba insectos debajo de los pies, debajo de la hierba, en tanto llegaba la hora de que le gustase por las estrellas que vería más adelante entre las ramas, por encima de su cabeza.

Y, además, quería a su padre, es decir, a Jean Valjean, con toda su alma, con una pasión filial que lo convertía en un compañero deseado y encantador. Recordemos que el señor Madeleine leía mucho; Jean Valjean había seguido haciéndolo; ello lo había llevado a expresarse bien; tenía la riqueza secreta y la elocuencia de una inteligencia humilde e innegable cultivada de forma espontánea. Le había quedado sólo la aspereza precisa para aliñar su bondad; tenía un carácter rudo y un corazón dulce. En Le Luxembourg, en aquellos paseos que daban a solas, le aportaba largas explicaciones de todo, tomándolas de lo que había leído y tomándolas también de lo que había sufrido. Mientras lo escuchaba, los ojos de Cosette vagaban distraídamente.

Aquel hombre sencillo le bastaba al pensamiento de Cosette, de la misma forma que aquel jardín silvestre le bastaba a la vista. Cuando había perseguido mucho rato a las mariposas, llegaba donde estaba él sin aliento y decía: «¡Ay, cuánto he corrido!». Y él le daba un beso en la frente.

Cosette adoraba a aquel hombre. Iba siempre pisándole los talones. Donde estaba Jean Valjean estaba el bienestar. Como Jean Valjean no vivía ni en el pabellón ni en el jardín, Cosette prefería estar en el patio trasero, enlosado, y no en el recinto lleno de flores; y en el chiscón amueblado con sillas de asiento de paja antes que en el amplio salón con las paredes cubiertas de tapices a los que se adosaban sillones tapizados. Jean Valjean le decía a veces, sonriendo de felicidad porque viniera a importunarlo: «Pero ¡vete a tu casa! ¡Déjame solo un rato!».

Cosette lo reñía con esa deliciosa ternura que tan adorable resulta cuando va de la hija al padre.

—Padre, en casa de usted paso mucho frío. ¿Por qué no pone aquí una alfombra y una estufa?

—Mi querida niña, hay tanta gente que vale más que yo y no tiene ni un tejado sobre la cabeza.

—Entonces, ¿por qué en mi casa hay fuego y todo lo necesario?

—Porque tú eres una mujer y una niña.

—¡Vaya! ¿Así que los hombres tienen que pasar frío y vivir incómodos?

—Algunos hombres.

—Muy bien; pues vendré tanto por aquí que no le quedará más remedio que encender el fuego.

También le decía:

—Padre, ¿por qué come ese pan tan malo?

—Porque… hija mía…

—Pues si usted lo come, lo comeré yo también.

Entonces, para que Cosette no comiera pan negro, Jean Valjean comía pan blanco.

Cosette recordaba su infancia de forma muy confusa. Rezaba por la mañana y por la noche por su madre, a quien no había conocido. Los Thénardier se le habían quedado en la cabeza como dos siluetas repulsivas que eran como un sueño. Se acordaba de que había ido «un día, de noche» a buscar agua a un bosque. Creía que había sido muy lejos de París. Le parecía que había comenzado a vivir en un abismo del que la había sacado Jean Valjean. Veía su infancia como un tiempo en que sólo tenía alrededor ciempiés, arañas y serpientes. Cuando pensaba por las noches, antes de quedarse dormida, como no tenía una idea muy clara de si era hija de Jean Valjean ni de si él sería su padre, se imaginaba que el alma de su madre se había metido en aquel hombre y había acudido a vivir junto a ella.

Cuando Jean Valjean estaba sentado, Cosette le apoyaba la mejilla en el pelo blanco y dejaba correr una lágrima silenciosa mientras se decía: «¡A lo mejor este hombre es mi madre!».

Cosette, aunque sea algo que resulta raro al contarlo, con su absoluta ignorancia de niña criada en el convento, y porque, además, a la virginidad le resulta absolutamente incomprensible la maternidad, había acabado por suponer que había tenido la menor cantidad de madre posible. De aquella madre ni siquiera sabía el nombre. Siempre que se lo preguntaba a Jean Valjean, Jean Valjean

callaba. Si ella repetía la pregunta, él contestaba con una sonrisa. Una vez insistió; y la sonrisa acabó en una lágrima.

Aquel silencio de Jean Valjean cubría de oscuridad a Fantine.

¿Era prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de entregar aquel nombre a los azares de otra memoria que no fuera la suya?

Mientras Cosette fue pequeña, Jean Valjean le habló de buen grado de su madre; cuando se convirtió en una joven, le resultó imposible. Le dio la impresión de que ya no se atrevía. ¿Era por Cosette? ¿Era por Fantine? Notaba algo como un horror religioso al pensar en ponerle aquella sombra en la cabeza a Cosette y en que la muerte participase como tercera persona en el destino de ambos. Cuánto más sagrada le resultaba esa sombra, más temible le parecía. Pensaba en Fantine y se le echaba encima el silencio. Veía de forma inconcreta en las tinieblas algo que le parecía un dedo apoyado en unos labios. Todo aquel pudor que había llevado por dentro Fantine y, en el trascurso de su vida, había salido fuera violentamente ¿había vuelto acaso, después de muerta, a posarse en ella y a atender, indignado, a la paz de aquella muerta y velar por ella fieramente en su tumba? ¿Notaba aquella presión Jean Valjean sin saberlo? Nosotros, que creemos en la muerte, no somos de esos que descartarían esta explicación misteriosa. De ahí la imposibilidad en que estaba Jean Valjean de pronunciar, ni aunque fuera para Cosette, este nombre: Fantine.

Un día, Cosette le dijo:

—Padre, esta noche he visto a mi madre en sueños. Tenía dos alas grandes. Mi madre, en vida, debió de llegar casi a la santidad.

—Por el martirio —contestó Jean Valjean.

Por lo demás, Jean Valjean era dichoso.

Cuando Cosette salía con él, iba cogida de su brazo, orgullosa y feliz, con el corazón en plenitud. Jean Valjean, con todas aquellas señales de cariño, tan exclusivo y que sólo lo necesitaba a él para estar satisfecho, notaba que las ideas se le deshacían en pura delicia. El pobre hombre se estremecía al inundarlo una alegría angélica; se afirmaba a sí mismo, con arrebato, que aquello duraría toda la vida; se decía que no había sufrido de verdad lo suficiente para merecerse una felicidad tan radiante; y le daba gracias a Dios, en lo más hondo del alma, por haber permitido que a él, un miserable, lo quisiera de aquella forma aquella criatura inocente.

V

La rosa se da cuenta de que es una máquina de guerra

Un día, Cosette se miró en el espejo por casualidad y se dijo: «¡Anda!». Le pareció que era casi bonita. Esto le hizo sentir una turbación singular. Hasta entonces no había pensado en qué cara tenía. Se veía en el espejo, pero no se miraba. Y, además, le habían dicho muchas veces que era fea. Jean Valjean era el único que decía con suavidad: «¡Qué va! ¡Qué va!». Fuere como fuere, Cosette siempre se había tenido por fea y había crecido en esa idea con la resignación fácil de la infancia. Y hete aquí que, de repente, el espejo le decía lo mismo que Jean Valjean: ¡Qué va! No durmió en toda la noche. «¿Y si fuera bonita? —pensaba—. ¡Qué gracia tendría que fuera bonita!» Y se acordaba de aquellas compañeras suyas cuya belleza causaba sensación en el convento, y se decía: «¡Cómo! ¡A lo mejor soy como la señorita Fulanita de Tal!».

A la mañana siguiente se miró, pero no por casualidad, y le entraron dudas: «¿En qué estaba yo pensando? —dijo—. No; soy fea». Era sencillamente que había dormido mal, tenía ojeras y estaba pálida. La víspera no se había alegrado gran cosa al creer en su belleza, pero la entristeció dejar de creer en ella. No se volvió a mirar y estuvo más de quince días intentando peinarse de espaldas al espejo.

Por la noche, después de cenar, solía bordar en cañamazo con bastante frecuencia en el salón, o hacer cualquier otra labor de convento, y Jean Valjean leía a su lado. Una vez, alzó los ojos de la labor y se quedó muy sorprendida de la preocupación con que la miraba su padre.

En otra ocasión, pasaba por la calle y le pareció que alguien a

quien no vio decía detrás de ella: «¡Bonita mujer! Pero ¡qué mal vestida!». «¡Bah! —pensó—. No se refiere a mí. Yo voy bien vestida y soy fea.» Llevaba por entonces el sombrero de felpa y el vestido de merino.

Un día, por fin, estaba en el jardín y oyó a la infeliz Toussaint decir: «Señor, ¿ha notado lo guapa que se está poniendo la señorita?». Cosette no oyó la respuesta de su padre; las palabras de Toussaint le causaron una especie de conmoción. Escapó del jardín, subió a su cuarto y corrió al espejo; llevaba tres meses sin mirarse y soltó un grito. Acababa de deslumbrarse a sí misma.

Era hermosa y bonita; no podía por menos de estar de acuerdo con Toussaint y con su espejo. Se le había formado el talle, tenía la piel más blanca y el pelo brillante, se le había encendido un esplendor desconocido en las pupilas azules. Le llegó por completo la conciencia de su hermosura en un minuto, como si se hiciera pleno día; y los demás lo notaban, Toussaint lo decía; era de ella, estaba claro, de quien hablaba el transeúnte, no le cabía duda ya; volvió a bajar al jardín, creyéndose una reina, oyendo cantar a los pájaros, y era invierno; viendo el cielo dorado, el sol en los árboles, las flores en las matas, desenfrenada, loca, presa de un embeleso indecible.

Por su parte, Jean Valjean notaba una honda e indefinible opresión en el corazón.

Pues, efectivamente, llevaba ya una temporada contemplando, aterrado, aquella belleza que asomaba, cada día más radiante, en el dulce rostro de Cosette. Amanecer risueño para todos, lúgubre para él.

Cosette había sido guapa bastante tiempo antes de caer en la cuenta de ello. Pero, desde el primer día, aquella luz inesperada que amanecía despacio e iba envolviendo gradualmente toda la persona de la muchacha hirió la pupila adusta de Jean Valjean. Notó que llegaba un cambio a aquella vida feliz, tan feliz que no se atrevía a moverse por temor a perturbar algo. Aquel hombre, que había pasado por todas las desventuras, que todavía sangraba por las heridas de su destino, que había sido casi malo y se había vuelto casi santo, que, tras haber arrastrado la cadena del presidio, arrastraba ahora la cadena, invisible, pero pesada, de la infamia indefinida, aquel hombre de quien la ley no se había olvidado y a

quien podían detener en cualquier momento y llevar de nuevo de la oscuridad de su virtud a la luz del oprobio público, aquel hombre lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecía todo, estaba de acuerdo con lo que fuere y sólo pedía a la Providencia, a los hombres, a las leyes, a la sociedad, a la naturaleza, al mundo, una única cosa: ¡que Cosette lo quisiera!

¡Que Cosette lo siguiera queriendo! ¡Que Dios no le impidiera al corazón de la niña ir hacia él y seguir siendo suyo! Si Cosette lo quería, ya estaba curado, descansado, colmado, recompensado, coronado. ¡Si Cosette lo quería se sentía bien! No pedía nada más. Si le hubieran dicho: ¿Quieres sentirte mejor?, habría contestado: No. Si Dios le hubiera dicho: ¿Quieres el cielo?, habría contestado: Saldría perdiendo.

Todo cuanto pudiera rozar ese estado de cosas, aunque sólo fuera en superficie, lo hacía estremecerse como si fuese a empezar algo distinto. Nunca había estado muy al tanto de qué era la belleza de una mujer; pero el instinto le decía que era algo terrible.

Aquella hermosura que florecía más y más, a su lado, triunfal y esplendorosa, ante sus ojos, en el rostro ingenuo y temible de la niña, él la miraba, espantado, desde lo hondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su condición de réprobo, de su angustia.

Se decía: «¡Qué guapa es! ¿Qué va a ser de mí?».

Por lo demás, en eso residía la diferencia entre su cariño y el cariño de una madre. Lo que él veía con angustia una madre lo habría visto con alborozo.

No tardaron en aparecer los primeros síntomas.

Al día siguiente mismo del día en que se dijo: «¡Está visto que sí que soy guapa!», Cosette empezó a darle importancia a la ropa. Se acordó de la frase del transeúnte: «Bonita, pero mal vestida», de aquella ráfaga de oráculo que pasó por su lado y se desvaneció tras dejarle en el corazón una de las dos semillas que, más adelante, colman la vida entera de una mujer: la coquetería. El amor es la otra.

Cuando cree en su belleza, el alma femenina entera florece en ella. A Cosette la asqueó el merino y se avergonzó de la felpa. Su padre nunca le había negado nada. Dominó enseguida toda la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, del borceguí, de la bocamanga, de la tela adecuada, del color que favorece; esa

ciencia que convierte a la mujer parisina en algo tan delicioso, tan hondo y tan peligroso. La expresión *mujer embriagadora* se inventó para la parisina.

En menos de un mes, la niña fue, en aquel lugar recoleto que era la calle de Babylone, no sólo una de las mujeres más bonitas, lo cual no es poco, sino además una de las «mejor vestidas», lo que es mucho más. ¡Le habría gustado volver a encontrarse con «el transeúnte aquel» para ver lo que diría y «para darle una lección»! El hecho es que estaba preciosa y que diferenciaba divinamente un sombrero de Gérard de un sombrero de Herbaut.

Jean Valjean miraba esos estragos con ansiedad. Él, que notaba que nunca podría sino reptar, o, como mucho, andar, veía cómo a Cosette le estaban naciendo alas.

Por lo demás, cualquier mujer, sólo con echarle una ojeada al vestuario de Cosette, habría caído en la cuenta de que no tenía madre. Había algunas cosillas relacionadas con el bien parecer, unas cuantas convenciones sociales que Cosette no tenía en cuenta. Una madre, por ejemplo, le habría dicho que una joven no lleva nunca un vestido de damasco.

El primer día en que salió Cosette con su vestido y su pelerina de damasco negro y su sombrero de crespón, fue a cogerse del brazo de Jean Valjean alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, deslumbradora.

—Padre —dijo—, ¿qué le parezco?

Jean Valjean contestó con voz que parecía la voz amarga de un envidioso:

—¡Encantadora!

Durante el paseo, se portó como de costumbre. Al volver a casa, le preguntó a Cosette:

—¿No vas a volver a ponerte aquel vestido y aquel sombrero? Ya sabes a qué me refiero.

Sucedía esto en el cuarto de Cosette. Cosette se volvió hacia la percha del guardarropa donde estaba colgada la ropa vieja del convento.

—¡Ese disfraz! —dijo—. Padre, ¿qué pinto yo con eso? Ay, no, desde luego que no pienso volver a ponerme algo tan espantoso. Con ese chisme tan horrible en la cabeza parezco una loca vieja.

Jean Valjean soltó un profundo suspiro.

A partir de entonces, notó que Cosette, quien, antes, siempre

prefería quedarse en casa y decía: «Padre, me lo paso mejor aquí con usted», ahora siempre quería salir. Porque, efectivamente, ¿para qué tener una cara bonita y una ropa preciosa si no las ve nadie?

También notó que Cosette no le tenía ya la misma afición al patio trasero. Ahora le gustaba más estar en el jardín y no le desagradaba pasear frente a la verja. Jean Valjean, muy hosco, no pisaba el jardín. Se quedaba en el patio trasero, como si fuera el perro.

Cosette, al saberse hermosa, perdió el encanto de la ignorancia; encanto exquisito, pues la belleza es inefable si la realza el candor, y no hay nada tan adorable como una deslumbradora joven inocente que camina llevando en la mano, sin saberlo, la llave de un paraíso. Pero el donaire ingenuo que perdió, lo ganó en encanto abstraído y reservado. Toda ella, embebida del gozo de la juventud, la inocencia y la hermosura, respiraba una melancolía espléndida.

Fue por entonces cuando Marius, tras un intervalo de seis meses, volvió a verla en Le Luxembourg.

VI

Comienza la batalla

Cosette estaba en su oscuridad, como también lo estaba Marius en la suya, lista por completo para entrar en ignición. El destino, con su paciencia misteriosa y fatídica, iba acercando despacio a esos dos seres cargados con la languidez de las tormentas eléctricas de la pasión, a esas dos almas portadoras del amor de la misma forma que dos nubes son portadoras del rayo, y que iban a encontrarse y entremezclarse en una mirada como las nubes con el relámpago.

Tanto se ha abusado de la mirada en las novelas de amor que se ha quedado desprestigiada. Apenas si se atreve nadie a decir ahora que dos personas se enamoraron porque se miraron. Y, no obstante, así es como nos enamoramos, y sólo así. El resto es sólo el resto, y viene después. No existe nada más real que esas sacudidas tremendas que notan dos almas cuando cruzan entre sí esa chispa.

En ese preciso momento en que Cosette, sin saberlo, puso aquella mirada que turbó a Marius, Marius no fue consciente de que también él puso una mirada que turbó a Cosette.

Le hizo el mismo daño y el mismo bien.

Cosette llevaba ya tiempo viéndolo y pasándole revista como hacen las muchachas, que pasan revista y ven mientras miran hacia otro lado. A Marius le seguía pareciendo fea Cosette cuando a Cosette ya le parecía guapo Marius. Pero, como él no le hacía caso, a ella poco le importaba aquel joven.

No obstante, no podía impedir decirse que tenía el pelo bonito, los ojos bonitos, los dientes bonitos, un tono de voz encantador cuando lo oía charlar con sus compañeros, que no podía decirse que fuera garboso al andar, pero que tenía un donaire propio, que no parecía ni pizca de tonto, que en toda su persona había nobleza,

dulzura, sencillez y orgullo y que, para terminar, tenía pinta de pobre, pero tenía buena pinta.

El día en que se les cruzaron los ojos y se dijeron, por fin y de golpe, esas cosas inconcretas e inefables que la mirada balbucea, Cosette, de entrada, no lo entendió. Volvió pensativa a la casa de la calle de L'Ouest, donde Jean Valjean había ido, según solía, a pasar seis semanas. Al día siguiente, al despertarse, se acordó de aquel joven desconocido, que había estado tanto tiempo indiferente y glacial y ahora parecía fijarse en ella, y le dio la impresión de que aquella atención no le resultaba nada agradable. Más bien estaba un tanto enfadada con aquel apuesto desdeñoso. Notó por dentro un amago bélico. Le pareció, y con ello sentía una alegría completamente infantil aún, que por fin iba a vengarse.

Como sabía que era guapa, notaba perfectamente, aunque de forma imprecisa, que tenía un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con sus navajas. Se hieren.

Recordaremos los titubeos de Marius, su corazón desbocado, sus temores. Se quedaba en su banco y no se acercaba. Y Cosette sentía despecho. Un día le dijo a Jean Valjean: «Padre, vamos a pasear un poco por ese lado». Al ver que Marius no iba a ella, fue ella a Marius. En casos así, una mujer es como Mahoma. Y además, cosa curiosa, el primer síntoma del amor verdadero en un joven es la timidez; en una muchacha es el atrevimiento. Nos extraña, pero es lo más natural. Ambos sexos tienden al acercamiento y adquieren las prendas del contrario.

Aquel día, la mirada de Cosette volvió loco a Marius y la mirada de Marius dejó a Cosette trémula. Marius se marchó colmado de confianza; y Cosette, inquieta. A partir de aquel día se adoraron.

Lo primero que notó Cosette fue una tristeza confusa y honda. Le pareció que se le había puesto el alma negra de la noche a la mañana. Ya no la reconocía. La blancura del alma de las jóvenes, que está hecha de frialdad y júbilo, se parece a la nieve. Se derrite con el amor, que es su sol.

Cosette no sabía qué era el amor. Nunca había oído pronunciar esa palabra con el significado terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento, sustituían amor por *tambor* o por *temor*. Así surgían enigmas que les servían a las *mayores* para ejercitar la imaginación, tales como: *¡Ah, qué agradable es el tambor!*

o: *¡La compasión no es temor!* Cuando Cosette se fue del convento, aún era demasiado pequeña para hacerle mucho caso al «tambor». No supo, pues, qué nombre dar a lo que ahora notaba. ¿Está acaso menos enfermo quien no sabe el nombre de la enfermedad?

Amaba con tanta más pasión cuanto que amaba con ignorancia. No sabía si era algo malo o bueno, útil o peligroso, necesario o mortal, eterno o pasajero, permitido o prohibido; estaba enamorada. Se habría quedado muy asombrada si le hubieran dicho: ¿Que no duerme? Pero ¡si está prohibido! ¿Que no come? Pero ¡si eso está muy mal! ¿Que tiene opresiones y palpitaciones? Pero ¡si eso no se hace! ¿Que se ruboriza y se pone pálida cuando cierta persona vestida de negro asoma por la punta de cierto paseo verde? Pero ¡si eso es abominable! No lo habría entendido y habría contestado: ¿Cómo puedo tener la culpa de algo en que no puedo hacer nada y de lo que no sé nada?

Dio la casualidad de que el amor que se le presentó era precisamente el que mejor convenía al estado de ánimo en que estaba. Era como una adoración a distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido. Era la aparición de la adolescencia a la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela sin dejar de ser sueño, el fantasma ansiado hecho por fin realidad y carne, aunque no tuviera aún ni nombre, ni tacha, ni reproche, ni exigencia ni defecto; en pocas palabras, el amante lejano que seguía en el ámbito de lo ideal; una quimera que tenía forma. Cualquier encuentro más palpable y más cercano habría espantado a Cosette, medio sumida aún en la bruma de aumento del claustro. Tenía todos los miedos de los niños y todos los miedos de las monjas revueltos. El espíritu del convento, del que se había imbuido durante cinco años, aún se estaba evaporando despacio de toda ella y hacía que todo se estremeciera en torno. En situación tal, no era un amante lo que necesitaba, si tan siquiera un enamorado, era una visión. Empezó a adorar a Marius como a algo delicioso, luminoso e imposible.

Como el candor extremado linda con la coquetería extremada, le sonreía con la mayor franqueza.

Esperaba a diario con impaciencia la hora del paseo, coincidía allí con Marius, se sentía indeciblemente feliz y creía que manifestaba sinceramente lo que pensaba cuando le decía a Jean

Valjean: «¡Qué parque tan delicioso es Le Luxembourg!».

Marius y Cosette se hallaban en una oscuridad mutua. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; se veían; e igual que los astros en el cielo, a los que separan millones de leguas, vivían de mirarse.

Así iba haciéndose mujer Cosette poco a poco y se desarrollaba, hermosa y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor. Y, de propina, coqueta de puro inocente.

VII

A tristeza, tristeza y media

Todas las situaciones tienen sus instintos. La anciana y eterna madre naturaleza advertía en sordina a Jean Valjean de la presencia de Marius. Jean Valjean se sobresaltaba en lo más nebuloso de su pensamiento. Jean Valjean no veía nada, no sabía nada y miraba atentamente, sin embargo, con atención obstinada, las tinieblas en que se hallaba, como si notase, por un lado, que algo estaba en construcción y, por otro, que algo se estaba viniendo abajo. Marius, también sobre aviso, y al avisarlo esa misma madre naturaleza, pues es algo que está en la honda ley de Dios, hacía cuanto estaba en su mano para ocultarse al «padre». Pero ocurría, no obstante, que Jean Valjean lo divisara a veces. El comportamiento de Marius no tenía ya nada de natural. Había en él prudencias sospechosas y temeridades torpes. Ya no se acercaba, como antes; se sentaba lejos y se quedaba extasiado; tenía un libro y fingía leerlo. ¿Por qué lo fingía? Antes iba con el frac viejo; ahora llevaba el nuevo a diario; y no estaba muy claro que no estuviera yendo a que le rizasen el pelo; tenía una mirada muy peculiar; usaba guantes; en resumidas cuentas, Jean Valjean aborrecía cordialmente al joven aquel.

Cosette no dejaba traslucir nada. Sin saber exactamente qué le pasaba, tenía la clara impresión de que algo le pasaba y de que debía ocultarlo.

Se daba entre la afición a la ropa que le había entrado a Cosette y la costumbre de usar fracs nuevos que le había dado al desconocido un paralelismo que importunaba a Jean Valjean. A lo mejor era una casualidad, probablemente, seguro que lo era, pero era una casualidad amenazadora.

Nunca le decía ni palabra a Cosette del desconocido aquel. Un

día, sin embargo, no pudo contenerse y, con esa desesperación inconcreta que arroja la sonda de pronto en la propia desdicha, le dijo: «¡Qué pedante parece ese muchacho!».

El año anterior, Cosette, como niña indiferente que era, le habría contestado: «No, qué va. Si es encantador». Diez años después, con el amor de Marius en el corazón, habría contestado: «¡Pedante y con una presencia insoportable! ¡Tiene toda la razón!». En ese momento de la vida y del corazón en que se hallaba, se limitó a repetir con suprema calma: «¡Ese muchacho de ahí!».

Como si lo viera por primera vez en la vida.

«¡Qué tonto soy! —pensó Jean Valjean—. Aún no se había fijado en él. Se lo estoy señalando yo.»

¡Ay, sencillez de los viejos! ¡Ay, profundidades de los niños!

Es también una ley de esos rozagantes años de sufrimientos y preocupaciones, de esas vehementes luchas del primer amor contra los primeros obstáculos: la muchacha no permite que la atrapen en ninguna trampa y el joven cae en todas. Jean Valjean había iniciado una guerra sorda contra Marius, y Marius, con la necedad sublime propia de su pasión y de su edad, no lo intuyó. Jean Valjean le tendió incontables celadas; cambió de hora, cambió de banco, se dejó olvidado el pañuelo, fue él solo a Le Luxembourg; Marius cayó a ciegas en todas las trampas; y a todos aquellos signos de interrogación que le iba poniendo Jean Valjean por el camino respondió ingenuamente que sí. No obstante Cosette seguía encerrada entre las paredes de su aparente despreocupación y su tranquilidad imperturbable, de forma tal que Jean Valjean llegó a la conclusión siguiente: «Ese zangolotino está perdidamente enamorado de Cosette, pero Cosette ni se ha enterado de que existe».

No por ello dejaba de notar un temblor doloroso en el corazón. El minuto en que Cosette empezase a amar podía llegar en cualquier momento. ¿Acaso no empieza siempre todo con la indiferencia?

En una única ocasión cometió Cosette un fallo y lo alarmó. Se estaba levantando él del banco para irse, tras llevar allí tres horas, y Cosette exclamó: «¡Ya!».

Jean Valjean no interrumpió los paseos por Le Luxembourg, pues no quería hacer nada raro y, por encima de todo, temía poner

a Cosette sobre aviso; pero, en esas horas tan dulces para ambos enamorados, mientras Cosette le sonreía a Marius, embriagado, que sólo se enteraba de eso y no veía ya en el mundo sino un rostro radiante y adorado, Jean Valjean clavaba en Marius unos ojos terribles que soltaban chispas. Él, que había acabado por creerse incapaz ya de sentimiento malevolente alguno, pasaba por momentos en que, cuando estaba presente Marius, le daba la impresión de que iba a ser de nuevo salvaje y feroz y notaba que se le abrían otra vez y se encrespaban contra el joven ese las simas antiguas de su alma donde hubo antaño tanta ira. Casi le parecía que volvían a formársele por dentro cráteres desconocidos.

¡Cómo! ¡Ahí estaba ese individuo! ¿A qué iba? ¡Iba a rondar, a husmear, a examinar, a probar! Iba a decir: «¿Eh? Y ¿por qué no?». ¡Iba a merodear alrededor de su dicha, para agarrarla y llevársela!

Jean Valjean añadía: «¡Sí, eso es! ¿Qué viene a buscar? ¡Una aventura! ¿Qué quiere? ¡Un devaneo! ¡Un devaneo! ¿Y yo? ¡Cómo! Fui primero el más mísero de los hombres y, luego, el más desdichado; recorrí de rodillas sesenta años de mi vida; sufrí todo cuanto es posible sufrir; me hice viejo sin haber sido joven; viví sin familia, sin parientes, sin amigos, sin mujer, sin hijos; me dejé la sangre por todas las zarzas del camino, en todos los mojones, a lo largo de todas las paredes; fui suave aunque conmigo fueran duros, y bueno, aunque fueran malos; volví a ser un hombre honrado pese a todo; me arrepentí del mal que había hecho y perdoné el mal que me hicieron; y en el preciso momento en que me llega la recompensa, en el momento en que ya acabó todo, cuando estoy alcanzando la meta, cuando tengo lo que quiero, y es bueno y está bien, lo he pagado, me lo he ganado, todo va a desaparecer y va a desvanecerse del todo; ¡y perderé a Cosette, perderé mi vida, mi alegría y mi alma porque a un sandio le ha apetecido venir a pasar el rato a Le Luxembourg!».

Entonces le llenaba las pupilas una claridad lóbrega y extraordinaria. Y no era un hombre mirando a otro hombre; no era un enemigo mirando a otro enemigo. Era un dogo mirando a un ladrón.

Ya sabemos lo demás. Marius siguió portándose como un insensato. Un día siguió a Cosette hasta la calle de L'Ouest. Otro día habló con el portero. El portero también habló y le dijo a Jean

Valjean:

—Señor, ¿quién es ese joven tan curioso que pregunta por usted?

Al día siguiente, Jean Valjean le echó a Marius aquella ojeada en que Marius se fijó por fin. Ocho días después, Jean Valjean se había mudado. Se juró que no volvería a poner los pies ni en Le Luxembourg ni en la calle de L'Ouest. Y se volvió a la calle de Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no hizo preguntas, no intentó indagar ningún porqué; había llegado ya a esa etapa en que tememos que nos calen y traicionarnos. Jean Valjean no tenía experiencia alguna de esas miserias, las únicas que son deliciosas y las únicas de las que él nada sabía; y por eso no entendió cuán serio era el significado del silencio de Cosette. Lo único que le llamó la atención fue que se había vuelto triste; y él se volvió cetrino. Eran, por ambos lados, dos inexperiencias enzarzadas.

En una ocasión hizo una prueba. Le preguntó a Cosette:

—¿Quieres ir a Le Luxembourg?

Un rayo de luz le iluminó a Cosette la cara pálida.

—Sí —dijo.

Y fueron. Habían transcurrido seis meses. Marius ya había dejado de ir. Marius no estaba.

Al día siguiente, Jean Valjean le volvió a preguntar a Cosette:

—¿Quieres ir a Le Luxembourg?

Ella contestó con tono triste y dulce:

—No.

A Jean Valjean lo hirió esa tristeza y lo consternó esa dulzura.

¿Qué ocurría en aquella mente tan joven y ya tan impenetrable? ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué le pasaba al alma de Cosette? A veces, en vez de acostarse, Jean Valjean se quedaba sentado junto al catre, con la cabeza entre las manos, y se pasaba noches enteras preguntándose: «¿Qué tiene Cosette en la cabeza?». Y pensaba en qué cosas podría estar pensando ella.

¡Ay! ¡En esos momentos qué miradas dolorosas volvía hacia el claustro, aquella cima casta, aquel lugar de ángeles, aquel glaciar inaccesible de la virtud! ¡Con qué embeleso desesperado contemplaba aquel jardín del convento, repleto de flores ignoradas y de vírgenes encerradas, donde todos los aromas y todas las almas

suben en derechura al cielo! ¡Qué adoración sentía por aquel edén cerrado ya para siempre, del que había salido por propia voluntad, del que había sido un loco en bajar! ¡Cuánto lamentaba aquel héroe infeliz del sacrificio, víctima de su propio altruismo, al que sucumbía, su abnegación y la demencia de haber vuelto a llevar a Cosette al mundo! ¡Cómo se decía: «¿Qué he hecho?»!

Por lo demás, no dejaba traslucir nada de todo esto ante Cosette. Ni mal humor, ni rudeza. Siempre la misma cara serena y bondadosa. Los modales de Jean Valjean eran más tiernos y paternales que nunca. Si en algo se notaba que estaba menos alegre, era en que estaba más manso.

Por su parte, Cosette languidecía. Padecía por la ausencia de Marius de la misma forma que antes había gozado con su presencia, de forma peculiar, sin saber exactamente por qué. Cuando Jean Valjean dejó de llevarla a pasear como solían, un instinto femenino le susurró confusamente en lo hondo del corazón que no debía mostrarse apegada a Le Luxembourg y que, si parecía que le daba igual, su padre volvería a llevarla. Pero pasaron los días, las semanas y los meses. Jean Valjean había aceptado tácitamente el tácito consentimiento de Cosette. La joven se arrepintió. Ya era demasiado tarde. El día en que volvió a Le Luxembourg, Marius ya no estaba. Así que Marius había desaparecido. Todo había acabado. ¿Qué hacer? ¿Volvería a verlo alguna vez? Notó una opresión en el corazón que no aflojaba con nada e iba a más todos los días; no supo ya si era invierno o verano, si hacía sol o si llovía, si los pájaros cantaban, si era tiempo de dalias o de margaritas, si Le Luxembourg era más delicioso que Les Tuileries, si la ropa blanca que traía la lavandera tenía exceso o falta de almidón, si Toussaint había hecho bien o mal «los recados»; y se quedó, desanimada, absorta, entregada a un único pensamiento, con la mirada perdida y fija, como cuando miramos en la oscuridad el lugar negro y profundo del que se ha desvanecido una aparición.

Por lo demás, tampoco dejó que Jean Valjean viera nada a no ser lo pálida que estaba. Siguió brindándole su dulce rostro.

Aquella palidez era más que suficiente para tener preocupado a Jean Valjean. A veces, le preguntaba:

—¿Qué te pasa?

Ella contestaba:

—No me pasa nada.

Y, tras un silencio, como intuía que él también estaba triste, añadía:

—Y a usted, padre, ¿le pasa algo?

—¿A mí? Nada —contestaba él.

Esos dos seres que se habían querido tan exclusivamente y con cariño tan conmovedor, y que habían vivido tanto tiempo el uno del otro, sufrían ahora, uno al lado del otro, uno por culpa del otro, sin decirlo, sin quererlo, y sonriendo.

VIII

La cuerda de presos

El más desdichado de los dos era Jean Valjean. La juventud, incluso en las penas, tiene siempre una claridad propia.

Había momentos en que Jean Valjean sufría tanto que se volvía pueril. Es propio del dolor sacar a flote al niño que hay en el hombre. Notaba que Cosette se le escapaba de forma invencible. Habría querido luchar, retenerla, entusiasmarla con algo externo y deslumbrante. Aquellas ideas, pueriles, como acabamos de decir, y, al tiempo, seniles, le proporcionaron, precisamente porque eran infantiles, una noción bastante exacta de la influencia de la pasamanería en la imaginación de las jóvenes. Una vez vio pasar por la calle a un general a caballo y con uniforme de gala, el conde Coutard, comandante de París. Sintió envidia de aquel hombre dorado; se dijo que sería una dicha poder ponerse esa guerrera, que era un objeto indiscutible; que si Cosette lo viera así, la deslumbraría; que cuando le diera el brazo a Cosette y pasase delante de la verja de Les Tuileries, le presentaría armas y que eso le bastaría a ella y le quitaría de la cabeza el mirar a los jóvenes.

Una sacudida inesperada vino a sumarse a esos pensamientos tristes.

En aquella vida aislada que llevaban, y desde que se habían ido a vivir a la calle de Plumet, tenían una costumbre. A veces iban a disfrutar de la excursión de ir a ver salir el sol, que es una clase de alegría dulce que conviene a quienes están entrando en la vida y a quienes están saliendo de ella.

Pasear al amanecer equivale para aquellos a quienes les gusta la soledad a pasear de noche, pero con el añadido del júbilo de la naturaleza. Las calles están desiertas y los pájaros cantan. Cosette,

que era también un pájaro, gustaba de despertarse temprano. Aquellas salidas matutinas las preparaban la víspera. Él las proponía y ella las aceptaba. Lo organizaban como si fuera una conjura, salían antes de que fuera de día y todo ello era para Cosette una serie de dichas menudas. Excentricidades inocentes como ésas son del agrado de la juventud.

Jean Valjean tendía, como ya sabemos, a ir a sitios poco frecuentados, a rincones solitarios, a lugares de olvido. Había a la sazón por los aledaños de los portillos de París algo así como unos sembrados pobres, casi metidos en la ciudad, en los que crecía, en verano, un trigo encanijado y que, en otoño, tras la cosecha, no parecían segados, sino pelados. Jean Valjean sentía predilección por frecuentarlos. Cosette no sentía fastidio por ir a ellos. Para él, era soledad; para ella, era libertad. Allí volvía a ser niña, podía correr y casi jugar; se quitaba el sombrero, lo dejaba en las rodillas de Jean Valjean y hacía ramos. Miraba las mariposas en las flores, pero no las cogía; con el amor somos más mansos y nos conmovemos más, y la joven que lleva dentro un ideal trémulo y frágil se compadece del ala de la mariposa. Hacía guirnaldas de amapolas, que se ponía en la cabeza, y, al cruzar por ellas e impregnarlas el sol, eran para aquel lozano rostro sonrosado, al volverse rojas hasta ser llamas, una corona de ascuas.

Incluso después de habérseles entristecido la vida, habían conservado los dos aquella costumbre de los paseos madrugadores.

Así pues, una mañana de octubre, tentados por la perfecta serenidad del otoño de 1831, salieron y el amanecer los encontró junto al portillo de Le Maine. No era la aurora, sino el alba: minuto delicioso y esquivo. Acá y allá, unas cuantas constelaciones en el azul pálido y hondo; la tierra muy negra; el cielo muy blanco; un estremecimiento en las briznas de hierba; por doquier el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo. Una alondra, que parecía confundirse con las estrellas, cantaba a una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que aquel himno de lo pequeño a lo infinito aplacaba a la inmensidad. Por oriente, se recortaba, sobre el horizonte claro, de claridad de acero, la mole oscura de Le Val-de-Grâce; Venus, deslumbradora, asomaba por detrás de esa cúpula y parecía un alma escapando de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; nadie en la calzada; por los laterales,

unos pocos obreros, entrevistos apenas, iban camino del trabajo.

Jean Valjean se había sentado en el paseo lateral, en unas armazones que había delante de una obra; estaba de cara a la carretera y de espaldas a la luz del día, olvidado del sol que iba a nacer; había caído en uno de esos ensimismamientos profundos en que se concentra la mente entera, que dejan presa incluso la mirada y equivalen a cuatro paredes. Hay meditaciones que podríamos llamar verticales; cuando estamos en lo más hondo, se necesita tiempo para regresar a la tierra. Jean Valjean se había metido en una de esas ensoñaciones. Pensaba en Cosette, en la posibilidad de ser feliz si nada se interponía entre ellos dos, en la luz con que le colmaba la vida, una luz que era la respiración de su alma. Era casi dichoso sumido en aquella ensoñación. Cosette, de pie a su lado, miraba cómo las nubes se iban poniendo de color de rosa.

De pronto, Cosette exclamó: «Padre, parece que se acerca alguien por allí». Jean Valjean alzó la vista.

Cosette estaba en lo cierto.

Sabido es que la calzada que va hacia el antiguo portillo de Le Maine es prolongación de la calle de Sèvres y que el paseo de ronda interior se cruza con ella en ángulo recto. En el codo que forman la calzada y el paseo, en el punto preciso en que coinciden, se oía un ruido difícil de explicar a aquella hora de la mañana y se veía algo así como una aglomeración confusa. Algo informe, que procedía del paseo, estaba entrando en la calzada.

Aquello, lo que fuera, iba creciendo; parecía moverse en orden y, sin embargo, era hirsuto y estremecido; parecía un carruaje, pero no se podía ver en qué consistía la carga. Había caballos, ruedas, gritos; restallaban unos látigos, Graduablemente fueron apareciendo las líneas principales, aunque sumidas en las tinieblas. Era un carruaje, efectivamente, que acababa de entrar en el bulevar desde la carretera y se encaminaba hacia el portillo junto al que estaba Jean Valjean; tras él apareció otro, de aspecto semejante; luego, un tercero; luego un cuarto; siete carros fueron entrando, sucesivamente; las cabezas de los caballos rozaban la parte trasera de los vehículos. En esos carros se movían unas siluetas; en el crepúsculo matutino se divisaban chispas, como si hubiera sables desenvainados; se oía un entrechocar como si alguien revolviera en un montón de cadenas. Se acercaba; las voces se iban haciendo más

fuertes; y era algo tremendo, una de esas cosas que salen de la caverna de los sueños.

Al acercarse, adquirió forma y se fue esbozando tras los árboles al tiempo que la aparición se volvía más blanca; la mole se aclaró; el día, que nacía poco a poco, superponía una luz descolorida a ese pulular a un tiempo sepulcral y vivo; lo que eran cabezas de siluetas se volvieron caras de cadáveres; y esto era lo que venía:

Siete coches rodaban en fila por la carretera. Los seis primeros tenían una estructura singular. Parecían carromatos de toneleros; eran como unas escaleras largas puestas sobre dos ruedas y que terminaban en varas en la extremidad anterior. Todos los carromatos, o, mejor dicho, todas las escaleras, llevaban un tiro de cuatro caballos en fila. Encima de esas escaleras había curiosos racimos de hombres, cargados en el carro. Había tan poca luz que no se veía a esos hombres, se los intuía. Veinticuatro en cada carro, doce de cada lado, espalda contra espalda, de cara a los transeúntes, con las piernas colgando en el vacío, así avanzaban esos hombres; y llevaban a la espalda algo que sonaba, y que era una cadena; y al cuello algo que brillaba, y que era una argolla. Cada cual tenía su argolla, pero la cadena era para todos; de forma tal que esos veinticuatro hombres, si por algún motivo se bajaban del carromato y caminaban, pertenecían a algo así como a una unidad inexorable y tenían que serpentear por el suelo con la cadena por vértebra, más o menos como si fueran un ciempiés. En la parte trasera y delantera de los vehículos, dos hombres, armados con fusiles, estaban de pie y pisaban ambas extremidades de la cadena. Las argollas eran cuadradas. El séptimo carruaje, un furgón grande con adrales, pero sin capota, tenía cuatro ruedas y seis caballos y había en él un montón sonoro de calderas de hierro, de marmitas de hierro colado, de infiernillos y de cadenas, con los que iban revueltos unos cuantos hombres atados y echados cuan largos eran y que parecían enfermos. Aquel furgón era como una jaula de barrotes espaciados e iba provisto de zarzos en mal estado que parecían haber servido para antiguos tormentos.

Los carruajes iban por el centro de la calzada. A ambos lados caminaban, en doble fila, unos guardias de aspecto infame, tocados con tricornios de muelles como los que usaban los soldados del Directorio, llenos de manchas y de agujeros, sórdidos,

grotescamente ataviados con uniformes de inválido y pantalones de enterrador mitad grises y mitad azules, casi hechos jirones, con charreteras rojas, bandoleras amarillas, sables cortos, escopetas y palos; algo así como unos soldados granujas. Esos esbirros se componían de la abyección del mendigo y la autoridad del verdugo. El que parecía ser su jefe llevaba en la mano un látigo de postillón. Todos aquellos detalles, que la luz crepustular tornaba borrosos, eran cada vez de trazo más nítido según crecía la luz. Delante y detrás del convoy iban unos gendarmes a caballo, muy serios y empuñando sables.

Era una comitiva tan larga que, cuando el primer coche estaba llegando al portillo, el último apenas si estaba saliendo del bulevar.

Un gentío, salido de a saber dónde y que se había juntado en un abrir y cerrar de ojos, como suele suceder en París, se apiñaba a ambos lados de la calzada para mirar. Se oían en las callejas vecinas gritos de personas que se llamaban y los zuecos de los hortelanos que venían corriendo a ver qué pasaba.

Los hombres amontonados en los carromatos iban dando tumbos en silencio. El escalofrío del amanecer los tornaba lívidos. Todos llevaban pantalones de lienzo y zuecos en los pies desnudos. El resto de la ropa dependía de la fantasía de la miseria. Vestían prendas repulsivamente dispares; nada resulta más lúgubre que el traje de arlequín de los harapos. Sombreros flexibles desfondados, gorras alquitranadas, espantosos gorros de lana y, al lado del blusón, el frac negro con agujeros en los codos; varios de ellos llevaban sombreros de mujer; otros se tocaban con un cesto; asomaban pechos peludos y, a través de los desgarrones de la ropa, se veían tatuajes, templos del amor, corazones en llamas, Cupidos. También se veían herpes y zonas rojas malsanas. Debajo de dos o tres de ellos iba colgando una cuerda de paja atada a los travesaños del carromato, como un estribo en el que apoyaban los pies. Uno tenía en la mano y se llevaba a la boca algo que parecía una piedra negra y, aparentemente, iba mordiendo: era que iba comiendo pan. Sólo había allí ojos secos, apagados o encendidos con un fulgor malo. La tropa de escolta refunfuñaba, los encadenados no decían ni palabra; de tarde en tarde se oía el ruido de un palo golpeando unos omóplatos o una cabeza: alguno de esos hombres bostezaba; los andrajos eran terribles; los pies colgaban, los hombros oscilaban, las

cabezas chocaban entre sí; los hierros tintineaban; las pupilas ardían ferozmente; los puños se crispaban o se abrían, inertes como manos de muertos; detrás del convoy, un tropel de niños se reía a carcajadas.

Aquella fila de carruajes era, fuere lo que fuere, lúgubre. Estaba claro que al día siguiente, o dentro de una hora, podía caer un aguacero, que luego vendría otro, y otro, que la ropa en mal estado se calaría; que, tras mojarse, esos hombres no volverían a secarse; que, tras quedarse helados, no volverían a entrar en calor; que el chaparrón les pegaría a los huesos los pantalones de lienzo; que se les llenarían de agua los zuecos; que, por mucho que les pegasen latigazos, no podrían dejar de dar diente con diente; que la cadena los seguiría sujetando por el cuello; que seguirían con los pies colgando; resultaba imposible no estremecerse al ver a aquellos seres humanos atados y tan pasivos bajo las nubes frías del otoño y a merced de la lluvia, del viento del norte, de todas las furias del aire, como si fuesen árboles o piedras.

Los bastonazos no perdonaban ni a los enfermos, que yacían sujetos con cuerdas y sin moverse en el séptimo coche, y daba la impresión de que lo que habían arrojado allí dentro eran sacos llenos de miseria.

De repente, salió el sol; brotó de oriente el gigantesco rayo, y hubiérase dicho que prendía fuego a todas aquellas caras hoscas. Las lenguas se soltaron; estalló un incendio de risas sardónicas, de blasfemias y de canciones. La ancha claridad horizontal cortó en dos toda la fila, iluminando las cabezas y los torsos, dejando los pies y las ruedas en la oscuridad. Asomaron los pensamientos a los rostros; fue un momento espantoso; demonios que quedaban a la vista al caer las máscaras, almas feroces al desnudo. Aquella muchedumbre, iluminada, seguía siendo tenebrosa. Algunos, bien humorados, llevaban en la boca cañones de plumas por donde, soplando, le echaban bichos al gentío, de preferencia a las mujeres; la aurora acentuaba, haciendo más negras las sombras, aquellos perfiles lastimosos; ni uno de esos seres dejaba de ser deforme a fuerza de miseria; y resultaba tan monstruoso que podría decirse que mudaba en relámpago la claridad del sol. La carga del carromato que abría la comitiva había empezado a cantar, salmodiándolo a voz en cuello con jovialidad extraviada, un popurrí

de Désaugiers, muy conocido por entonces, *La vestal;* los árboles se estremecían lúgubremente; en los paseos laterales, caras burguesas escuchaban con beatitud estúpida esas picardías que cantaban unos espectros.

En aquella comitiva que era un caos iban todas las desdichas; se daba allí el ángulo facial de todos los animales; ancianos, adolescentes, cabezas calvas, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones hoscas, rictus salvajes, posturas insensatas, jetas de cerdo tocadas con gorras, caras que parecían de muchachas con tirabuzones en las sienes, caras infantiles y, por eso mismo, espantosas, rostros flacos de esqueletos a los que sólo les faltaba estar muertos. En el primer carruaje iba un negro que a lo mejor había sido esclavo y podía comparar las diferentes clases de cadenas. El espantoso nivel de lo más bajo, la vergüenza, había pasado por aquellas caras; en aquel grado de rebajamiento, las transformaciones últimas las padecían todos en las profundidades más hondas; y la ignorancia transformada en atontamiento iba pareja con la inteligencia transformada en desesperación. No había elección posible entre aquellos hombres que se brindaban a la vista como la elite del cieno. Era evidente que quien hubiera dispuesto el orden de aquella procesión inmunda no los había clasificado. A aquellas personas las habían atado y emparejado todas revueltas, en desorden alfabético probablemente, y las habían cargado en aquellos vehículos. Sin embargo, cuando se agrupan los espantos, acaba siempre por salir de ello una resultante; siempre que se suman desdichados sale un total; de aquella cadena salía un alma común y la carga de cada carromato tenía una fisonomía propia. Junto a la que cantaba había una que berreaba; otra pedía limosna; podía verse una que rechinaba los dientes y otra que amenazaba a los transeúntes, y otra más que maldecía a Dios; la última callaba como una tumba. A Dante le habría parecido que estaba viendo los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha de las condenas hacia los castigos, que transcurría de forma siniestra, no en el carro formidable y fulgurante del Apocalipsis sino, circunstancia más sombría, en la carreta de las gemonias.

Uno de los guardias, que tenía un gancho en la punta del palo, hacía ademán de vez en cuando de revolver en aquel montón de

basuras humanas. Una vieja que estaba entre el gentío se las señalaba con el dedo a un niñito de cinco años y le decía: *¡Bribón, a ver si te sirve de escarmiento!*

Como las canciones y las blasfemias iban en aumento, el que parecía el capitán de la escolta hizo restallar el látigo y, al oír aquella señal, una espantosa paliza de bastonazos, sorda y ciega, que sonaba igual que el granizo, cayó sobre las siete cargas de los carromatos; muchos rugieron y echaron espuma por la boca, con lo que creció el regocijo de los chiquillos, que habían acudido como una nube de moscas a las llagas.

A Jean Valjean se le había puesto la mirada espantosa. No tenía ya pupilas, sino ese cristal profundo que sustituye a la vista en algunos infortunados, que parece no tener conciencia de la realidad y en el que llamea la reverberación de los espantos y las catástrofes. No estaba mirando un espectáculo, sino padeciendo una visión. Quiso ponerse de pie, salir huyendo, escapar; no pudo mover ni un pie. Hay ocasiones en que las cosas que vemos se adueñan de nosotros, sobrecogidos, y no nos sueltan. Se quedó clavado, petrificado, atontado, preguntándose, entre una confusa e indecible angustia, qué quería decir aquella persecución sepulcral y de dónde salía aquel pandemónium que le iba a la zaga. De pronto, se llevó la mano a la frente, ademán habitual en las personas a quienes les vuelve de golpe la memoria; se acordó de que, efectivamente, era aquél el itinerario habitual, que se recurría a aquel rodeo para evitar los encuentros con el rey, siempre posibles en la carretera de Fontainebleau, y que, treinta y cinco años atrás, había pasado por aquel mismo portillo.

Cosette no estaba menos espantada, aunque su espanto fuera diferente. No entendía nada; le faltaba la respiración; lo que veía no le parecía posible; por fin, exclamó:

—¡Padre! Pero ¿quiénes van en esos coches?

Jean Valjean contestó:

—Unos presidiarios.

—¿Y adónde van?

—A presidio.

En ese momento, la paliza, que multiplicaban cien manos, se propuso hacer méritos; a los bastonazos se sumaron los golpes con los sables de plano; fue como un encorajinamiento de látigos y

palos; los presidiarios se encogieron; del castigo nació una obediencia repulsiva y todos callaron con miradas de lobos encadenados. A Cosette le temblaba todo el cuerpo; añadió:

—Padre, ¿todavía son hombres?

—A veces —dijo el mísero.

Se trataba, efectivamente, de la cuerda de presos que había salido antes de que amaneciera de Bicêtre y tomaba la carretera de Le Mans para no pasar por Fontainebleau, donde estaba el rey entonces. Con ese rodeo, el espantoso viaje duraba dos o tres días más; pero, para ahorrarle al monarca la vista de un suplicio, bien se puede alargar ese suplicio.

Jean Valjean volvió a casa abatido. Encuentros así son choques, y el recuerdo que dejan se parece a una conmoción.

No obstante, Jean Valjean, al regresar con Cosette a la calle de Babylone, no vio que ésta le hiciera otras preguntas referidas a lo que acababan de ver; es posible que estuviera demasiado absorto en su propio abatimiento para oír lo que dijera y para contestar. Pero, por la noche, cuando Cosette se disponía a ir a acostarse, la oyó que decía a media voz y como si hablase consigo misma: «Creo que si me topase con uno de esos hombres, ¡ay, Dios mío!, me moriría sólo con verlo de cerca».

Afortunadamente, quiso la casualidad que, a la mañana siguiente de aquel día trágico, hubiera celebraciones en París, no recuerdo ya a cuento de qué solemnidad oficial: revista en Le Champ de Mars, justas en barcas en el Sena, teatros en Les Champs-Élysées, fuegos artificiales en la plaza de L'Étoile y luces por toda la ciudad. Jean Valjean, forzándose a alterar sus costumbres, llevó a Cosette a esos festejos, para distraerla del recuerdo de la víspera y que el risueño bullicio de todo París en pleno borrase el suceso abominable que le había pasado por delante. Como la festividad iba aliñada de una revista, era normal que hubiera uniformes. Jean Valjean se puso el suyo de guardia nacional con la imprecisa sensación de un hombre que busca refugio. Por lo demás, el paseo cumplió al parecer con su objetivo. Cosette, para quien complacer a su padre era artículo de ley y a quien, por cierto, le resultaba nuevo cualquier espectáculo, aceptó la distracción con el agrado fácil y liviano de la adolescencia y no hizo ningún puchero en exceso desdeñoso ante ese plato de regocijo que llaman fiesta pública; de

forma tal que Jean Valjean pudo creer que había conseguido lo que pretendía y que no quedaban ya rastros de la odiosa visión.

Pocos días después, una mañana, como hacía un sol espléndido y estaban los dos en lo alto de la escalinata que bajaba al jardín, otra infracción a las normas que parecía haberse impuesto Jean Valjean y también a la costumbre de quedarse en su cuarto que, por tristeza, había adoptado Cosette, ésta, en bata, estaba de pie con ese desaliño de primera hora de la mañana que envuelve de forma adorable a las jóvenes y parece una nubecilla sobre el astro solar; y, con la luz dándole en la cabeza, sonrosada por haber dormido bien, mientras la miraba con dulzura el anciano enternecido, estaba deshojando una margarita. Cosette nada sabía de la deliciosa leyenda del *me quiere, mucho, poco, nada;* ¿quién se la iba a haber enseñado? Jugaba con la flor por instinto, inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es quitarle la cáscara a un corazón. Si existiera una cuarta Gracia, llamada Melancolía, y sonriera, habría parecido que Cosette era esa Gracia. A Jean Valjean lo tenía fascinado mirar aquellos deditos en aquella flor, y lo olvidaba todo en el fulgor que irradiaba de esa niña. Un petirrojo cuchicheaba entre los matorrales cercanos. Nubes blancas cruzaban por el cielo tan jubilosamente que hubiérase dicho que acababan de dejarlas en libertad. Cosette seguía deshojando la flor con mucha concentración; parecía estar pensando en otra cosa; pero debía de ser en algo encantador; de repente giró la cabeza hacia el hombro con la delicadeza despaciosa del cisne y le dijo a Jean Valjean: «Padre, ¿qué es eso del presidio?».

Libro cuarto

Ayuda de abajo puede ser ayuda de arriba

I

Herida por fuera, curación por dentro

Y así la vida se les iba ensombreciendo gradualmente.

No les quedaba ya sino una distracción, que tiempo atrás había sido una dicha; y era ir a llevar pan a quienes pasaban hambre y ropa a quienes pasaban frío. Con esas visitas a los pobres, a las que Cosette acompañaba con frecuencia a Jean Valjean, ambos volvían, en parte, a explayarse como antes; y había veces en que, cuando habían tenido un día bueno, cuando habían socorrido muchas pobrezas y dado nueva fuerza y calor a muchos niños pequeños, Cosette estaba algo animada por la noche. Fue por entonces cuando fueron al tugurio de los Jondrette.

A la mañana siguiente de esa visita, Jean Valjean se presentó en el pabellón, sereno como de costumbre, pero con una herida grande en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy envenenada, que parecía una quemadura y de la que proporcionó una explicación cualquiera. Durante más de un mes la herida le dio fiebre y lo tuvo metido en casa. No quiso ver a ningún médico. Cuando Cosette le insistía, decía: «Llama al médico de los perros».

Cosette le hacía curas por la mañana y por la anoche con un aspecto tan divino y una dicha tan angelical por poder serle útil que Jean Valjean notaba que le volvía por completo la alegría pasada y que se disipaban sus temores y ansiedades; y contemplaba a Cosette diciéndose: «¡Ay, qué buena herida! ¡Ay, qué buen dolor!».

Cosette, al ver a su padre enfermo, ya no se quedaba en el pabellón, y le había vuelto a tomar el gusto al chiscón del patio trasero. Se pasaba casi todo el día con Jean Valjean y le leía los libros que él quisiera. Solían ser libros de viajes. Jean Valjean se sentía renacer; se reanimaba su felicidad con rayos inefables; se le

iban borrando Le Luxembourg, el joven merodeador desconocido, la frialdad de Cosette, todas esas nubes del alma. Llegaba incluso a decirse: «Todo eran imaginaciones. Soy un viejo loco».

Era tan feliz que el espantoso encuentro con los Thénardier en el tugurio Jondrette, tan inesperado, no le había hecho mella, por decirlo así. ¡Había conseguido escapar, habían perdido su pista, qué le importaba lo demás! Sólo se acordaba para compadecerse de esos miserables. Ahora estaban en la cárcel y, en adelante, no podrían hacer daño, pensaba; aunque ¡qué lástima el naufragio de aquella familia!

En cuando a la repulsiva visión del portillo de Le Maine, Cosette no había vuelto a mencionarla.

En el convento, la hermana Sainte-Mechtilde le había enseñado música a Cosette. Cosette tenía la voz de una curruca que tuviera alma y a veces, por las noches, en la humilde morada del herido, cantaba canciones tristes que alegraban a Jean Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en aquella época del año que Jean Valjean le dijo a Cosette:

—No vas nunca al jardín; quiero que des paseos por allí.

—Como usted quiera, padre —dijo Cosette.

Y, para obedecer a su padre, volvió a pasear por el jardín, casi siempre sola, pues, como ya hemos dicho, Jean Valjean, que probablemente temía que lo vieran por la verja, no iba por allí casi nunca.

La herida de Jean Valjean había supuesto una diversión.

Cuando Cosette vio que su padre padecía menos y se iba curando y parecía feliz, notó un contento en que ni siquiera se fijó de tan suave y naturalmente como le fue llegando. Y, además, estaban en el mes de marzo, los días iban creciendo, el invierno se marchaba, el invierno se lleva siempre consigo algo de nuestras tristezas; llegó luego abril, esas claras del alba del verano, frescas como todos los amaneceres, alegres como todas las infancias, algo lloronas a veces porque son como un recién nacido. Tiene la naturaleza en ese mes resplandores que cruzan por el cielo, nubes, árboles, praderas y flores que les resultan deliciosos al corazón del hombre.

Cosette era demasiado joven aún como para que no la embargase aquella alegría de abril, que se le parecía.

Insensiblemente, y sin que lo sospechase, se le fue la negrura del ánimo. En primavera hay luz en las almas de la misma forma que a mediodía hay luz en los sótanos. Cosette ni siquiera estaba ya muy triste que digamos. Así era, aunque ella no se diera cuenta. Por la mañana, a eso de las diez, después del almuerzo, cuando había conseguido llevarse a su padre un cuarto de hora al jardín y lo paseaba al sol delante de la escalera de la fachada, sujetándole el brazo enfermo, no era consciente de que reía continuamente y era feliz.

Jean Valjean, embelesado, la veía de nuevo sonrosada y lozana.

—¡Ay, qué buena herida! —repetía para sus adentros.

Y se sentía agradecido a los Thénardier.

Cuando ya tuvo la herida curada, reanudó los paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que puede alguien pasear así, solo, por las zonas no habitadas de París sin toparse con alguna aventura.

II

A la Plutarco no le cuesta nada dar con la explicación de un fenómeno

Un atardecer, Gavroche no había comido nada; se acordó de que tampoco había cenado la víspera; la cosa empezaba a resultar cansada. Se resolvió a intentar dar con algo de cena. Se fue a rondar más allá de La Salpêtrière, por lugares en que no pasaba nadie; ahí es donde encuentra uno las buenas oportunidades; donde no hay nadie, algo te encuentras. Llegó hasta una población que le pareció que era el pueblo de Austerlitz.

En un vagabundeo anterior, le había llamado la atención en ese lugar un jardín viejo donde había un viejo y una vieja y, en el jardín, un manzano aceptable. Junto al manzano, había algo así como un arcón para guardar fruta que cerraba mal y donde era posible conquistar alguna manzana que otra. Una manzana es una cena; una manzana es la vida. Lo que perdió a Adán podía salvar a Gavroche. El jardín corría a la largo de una calleja solitaria, sin pavimentar, bordeada de matorrales hasta llegar a las casas; un seto lo separaba de esa calle.

Gavroche se encaminó hacia el jardín, encontró la calleja, reconoció el manzano, comprobó la existencia del arcón y examinó el seto; un seto se salva de una zancada. Caía la tarde; ni un alma en la calleja, la hora era propicia. Gavroche hizo ademán de emprender la escalada; luego se detuvo de pronto. Hablaban en el jardín. Gavroche miró por uno de los claros del seto.

A dos pasos de él, al pie del seto y del otro lado, precisamente en el lugar al que habría ido a dar el agujero que estaba planeando abrir, había una piedra tumbada que formaba una especie de banco, y en ese banco estaba sentado el viejo del jardín, que tenía delante

a la vieja, de pie. La vieja refunfuñaba. Gavroche, que era muy poco discreto, escuchó.

—¡Señor Mabeuf! —decía la vieja.

«¡Mabeuf —pensó Gavroche—. ¡Vaya nombre chistoso!»

El anciano al que interpelaba no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El anciano, sin levantar la vista del suelo, se decidió a contestar:

—¿Qué hay, Plutarco?

«¡Plutarco! —pensó Gavroche—. ¡Otro nombre chistoso!»

La Plutarco añadió, y al anciano no le quedó más remedio que acceder a la conversación:

—El casero no está nada contento.

—¿Por qué?

—Le debemos tres recibos.

—Dentro de tres meses le deberemos cuatro.

—Dice que lo va a mandar a dormir a la calle.

—Iré.

—La frutera quiere que le paguemos. Ya no hay forma de que nos dé más gadejones. ¿Con qué se va usted a calentar este invierno? No tendremos leña.

—Está el sol.

—El carnicero no quiere fiarnos más ni darnos más carne.

—Muy oportuno. Me cuesta digerir la carne. Es muy pesada.

—¿Y qué cenaremos?

—Pan.

—El panadero quiere que le demos algo a cuenta y dice que, sin dinero, no hay pan.

—Muy bien.

—¿Y qué comerá usted?

—Tenemos las manzanas del manzano.

—Pero, señor, es que no se puede vivir así, sin dinero.

—No tengo dinero.

La vieja se fue y el anciano se quedó solo y pensativo. Gavroche, por su parte, también estaba pensativo. Era casi de noche.

El primer resultado de los pensamientos de Gavroche fue que, en vez de trepar por el seto, se acurrucó debajo. Las ramas estaban algo separadas en la parte de debajo de la maleza.

«¡Anda! —exclamó Gavroche para sus adentros—. ¡Una alcoba!»

Y se ovilló en ella. Tenía la espalda casi pegada al banco de Mabeuf. Oía respirar al octogenario.

Entonces, para cenar, intentó dormir.

Sueño de gato, sueño con un solo ojo. Al tiempo que se quedaba amodorrado, Gavroche estaba al acecho.

El tono blanco del cielo crepuscular teñía también de blanco la tierra, y la calleja trazaba una línea lívida entre dos hileras de matorrales oscuros.

De repente, en aquella faja blancuzca aparecieron dos siluetas. Una iba delante; la otra detrás, a cierta distancia.

—Aquí vienen dos individuos —masculló Gavroche.

La primera silueta parecía la de un viejo de clase media, encorvado y pensativo, con ropa algo más que sencilla, que andaba despacio por la edad e iba dando un paseo al atardecer, bajo las estrellas.

La otra era erguida, recia y esbelta. Adaptaba el paso al paso de la primera silueta; pero en la morosidad voluntaria de ese paso se notaba flexibilidad y agilidad. La silueta aquella tenía, junto a un no sé qué fiero e intranquilizador, todo el porte de lo que por entonces llamaban un elegante; el sombrero era de forma bonita; el frac era negro, bien cortado y, seguramente, de buen paño; era un frac entallado. Alzaba la cabeza con algo así como un donaire robusto y, debajo del sombrero, podía intuirse en el crepúsculo un perfil pálido de adolescente. Aquel perfil llevaba una rosa en la boca. Gavroche conocía muy bien esa segunda silueta: era Montparnasse.

En cuanto a la otra, no habría podido decir nada sino que era un individuo anciano.

Gavroche se puso a observarlas en el acto.

Estaba claro que uno de los dos transeúntes tenía proyectos en lo tocante al otro. Gavroche estaba en buen sitio para ver lo que fuera a suceder. La alcoba se había convertido muy oportunamente en escondrijo.

Montparnasse de caza a semejante hora y en semejante lugar era algo amenazador. Gavroche notaba en sus entrañas de chiquillo una emoción compasiva por el viejo.

¿Qué hacer? ¿Intervenir? ¡Un débil socorriendo a otro! A Montparnasse le entraría la risa. A Gavroche no se le ocultaba que

aquel temible bandido de dieciocho años se zamparía de dos bocados al anciano primero y al niño a continuación.

Mientras Gavroche le daba vueltas al asunto, ocurrió el ataque, repentino y repulsivo. Ataque de tigre a onagro, ataque de araña a mosca. De improviso, Montparnasse tiró la rosa, se abalanzó de un brinco sobre el anciano, lo asió del cuello, lo agarró y se aferró a él; y a Gavroche le costó contener un grito. Momentos después, uno de los hombres estaba debajo del otro, agobiado, lanzando estertores, revolviéndose y con una rodilla de mármol en el pecho. Pero no era exactamente lo que se había esperado Gavroche. El que estaba tirado en el suelo era Montparnasse; y el que estaba encima de él era el anciano.

Todo esto sucedía a pocos pasos de Gavroche.

El buen hombre había recibido el golpe y lo había devuelto, y de forma tan tremenda que en un abrir y cerrar de ojos el asaltante y el asaltado habían trocado los papeles.

«¡Menudo inválido recio!», pensó Gavroche.

Y no pudo por menos de aplaudir. Pero fue un aplauso perdido. No llegó a oídos de los dos combatientes, absortos y que se ensordecían mutuamente y mezclaban sus jadeos en la lucha.

Se hizo el silencio. Montparnasse dejó de revolverse. Gavroche pensó en un aparte: «¿Estará muerto?».

El buen hombre no había dicho una palabra ni soltado un grito. Se enderezó y Gavroche oyó que le decía a Montparnasse:

—Ponte de pie.

Montparnasse se incorporó, pero el hombre lo tenía sujeto. A Montparnasse se lo veía humillado y rabioso como un lobo a quien un cordero tuviera preso.

Gavroche miraba y escuchaba, esforzándose para que los oídos auxiliaran a los ojos. Se estaba divirtiendo muchísimo.

Su concienzuda ansiedad de espectador tuvo su recompensa. Pudo captar al vuelo este diálogo al que prestaba la oscuridad cierto acento trágico. El hombre hacía preguntas y Montparnasse respondía.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años.

—Eres fuerte y tienes salud. ¿Por qué no trabajas?

—Me aburre.

—¿Qué profesión tienes?

—Vago.

—Déjate de guasas. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Qué quieres ser?

—Ladrón.

Hubo un silencio. El anciano parecía muy ensimismado. Estaba quieto y no soltaba a Montparnasse.

A ratos, el joven bandido, vigoroso y diestro, daba respingos de animal atrapado en una trampa. Daba una sacudida, intentaba poner una zancadilla, retorcía desesperadamente los miembros, intentaba zafarse. El anciano no parecía percatarse de ello y le tenía ambos brazos sujetos con una sola mano con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

El ensimismamiento del anciano duró un buen rato; luego, mirando fijamente a Montparnasse, alzó la voz, de tono dulce, y pronunció, entre las sombras en que se hallaban, esta especie de alocución solemne de la que Gavroche no se perdió una sílaba:

—Hijo mío, vas a entrar, por pereza, en la más laboriosa de las existencias. ¡Ah, dices que eres vago! Pues prepárate a trabajar. ¿Has visto una máquina que es tremenda? Se llama laminadora. Hay que tener cuidado, porque es astuta y feroz; si le pilla a uno el faldón del frac, se lo traga entero. Esa máquina es la ociosidad. ¡Detente ahora que aún estás a tiempo y sálvate! Si no, todo habrá acabado. Dentro de nada te habrá atrapado el engranaje. Y, en cuanto te atrape, puedes perder toda esperanza. ¡A pasar cansancio, perezoso! No volverás a descansar. Te tendrá cogida la implacable mano del trabajo. Ganarte la vida, tener una labor, cumplir con una obligación, ¡eso no lo quieres! ¡Ser como los demás te aburre! Pues bien, serás de otra forma. El trabajo es ley, quien lo rechaza porque lo aburre lo hará como castigo. No quieres ser obrero; serás esclavo. El trabajo sólo suelta por un lado para agarrar por el otro; si no quieres ser amigo suyo, serás su negro. ¡Ah, no has querido el cansancio honrado de los hombres! Pues tendrás el sudor de los condenados. Donde otros canten, tú soltarás estertores. Verás de lejos y desde abajo cómo trabajan los demás hombres; y te parecerá que están descansando. Verás al labrador, al segador, al marinero, al herrero dentro de un nimbo de luz, como a los bienaventurados de un paraíso. ¡Qué fulgor en el yunque! ¡Qué alegría da guiar el arado y atar la gavilla! ¡Qué fiesta la barca en libertad entregada al

viento! ¡Y tú, perezoso, a picar, a llevar a rastras, a llevar rondando! ¡Camina! ¡Tira del ronzal, ahora eres una bestia de carga en el atelaje del infierno! ¡Así que a lo que aspiras es a no hacer nada! Pues no pasarás ni una semana, ni un día ni una hora sin agobios. No podrás levantar nada si no es con angustia. Cada minuto que pase te crujirán los músculos. Lo que para los demás sea pluma para ti será roca. Las cosas más sencillas irán cuesta arriba. La vida a tu alrededor se volverá un monstruo. Ir, venir, respirar: otros tantos trabajos espantosos. Te parecerá que los pulmones te pesan cien libras. Caminar por aquí en vez de por allá será un problema que tendrás que resolver. A cualquiera que quiera salir le basta con empujar la puerta, y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que horadar un muro. Para salir a la calle, ¿qué hace todo el mundo? Todo el mundo baja las escaleras; tú rasgarás las sábanas de la cama, harás una cuerda hebra a hebra, luego te colarás por la ventana y te colgarás de esos hilos sobre un abismo, y lo harás de noche, en la tormenta, entre la lluvia, en el huracán; y, si la cuerda es demasiado corta, ya no te quedará sino una forma de bajar: caer. Caer al azar, en la sima, desde la altura que sea, ¿encima de qué? Encima de lo que haya debajo, de lo desconocido. O, si no, treparás por el cañón de una chimenea, corriendo el peligro de quemarte; o reptarás por el conducto de unas letrinas, con riesgo de ahogarte. Y no te menciono los agujeros que hay que disimular, las piedras que hay que quitar y volver a colocar veinte veces al día, los cascotes que hay que ocultar en el jergón. Te ves ante una cerradura; el ciudadano lleva en el bolsillo su llave, que le ha fabricado un cerrajero. Tú, si quieres ir más allá, estás condenado a fabricar una obra maestra tremenda; cogerás una moneda de cinco céntimos y la dividirás en dos láminas. ¿Con qué herramientas? Te las inventarás. Eso es cosa tuya. Luego ahuecarás la parte de dentro de esas dos láminas, teniendo cuidado de no estropear la parte de fuera, y harás en todo el borde una rosca, para que encajen perfectamente, igual que un fondo y una tapa. Cuando la parte de abajo y la de arriba estén enroscadas, no se notará nada. Para los vigilantes, porque te vigilarán, será una moneda de cinco céntimos; para ti será una caja. ¿Qué meterás en esa caja? Un trocito de acero. Un muelle de reloj al que le habrás hecho dientes y que será una sierra. Con esa sierra, del tamaño de un alfiler y escondida en una moneda, tendrás que

cortar el pasador de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el barrote que tengas en la ventana y la manija que lleves en la pierna. Cuando concluyas esa obra maestra, cuando lleves a cabo ese prodigio, cuando estén a punto todos esos milagros de arte, de maña, de habilidad, de paciencia, si llega a saberse que son obra tuya, ¿cuál será la recompensa? El calabozo. Ése es el porvenir. ¡La pereza, el placer, qué precipicios! No hacer nada es una determinación tristísima, ¿sabes? ¡Vivir, ocioso, de la sustancia social! ¡Ser inútil! ¡Es decir, nocivo! Por ahí se va a lo más hondo de la miseria. ¡Desventurado el que quiera ser un parásito! Será como los piojos. ¿Ah, no te gusta trabajar? ¡Ah, sólo piensas en beber bien, en comer bien, en dormir bien! ¡Beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tabla con los miembros sujetos con hierros cuyo frío notarás de noche en la carne! Romperás esos hierros y te evadirás. Bien está. Te arrastrarás bocabajo por la maleza y comerás hierba como los animales del bosque. Y te volverán a coger. Y entonces te pasarás años en una mazmorra, sujeto a una pared, buscando a tientas el jarro para beber, mordiendo un espantoso pan de tinieblas que no querría un perro, comiendo unas habas que los gusanos se habrán comido antes que tú. Serás cochinilla en un sótano. ¡Ay, compadécete de ti, pobre niño, tan joven! ¡Aún no hace veinte años estabas mamando y es muy probable que todavía tengas madre! ¡Hazme caso, te lo suplico! Quieres lucir paño negro fino y zapatos de charol, rizarte el pelo, ponerte en las ondas aceite perfumado, gustar a las mujerzuelas, ser guapo. Te cortarán el pelo al rape y llevarás una casaca roja y unos zuecos. Quieres una sortija en el dedo y llevarás una argolla al cuello. Y, si miras a una mujer, te darán un bastonazo. ¡Y entrarás a los veinte años y saldrás a los cincuenta! ¡Entrarás joven, sonrosado, lozano, con los ojos brillantes y la dentadura blanca y completa y esa hermosa melena de adolescente y saldrás doblado, encorvado, arrugado, desdentado, horroroso, con el pelo blanco! ¡Ay, mi pobre niño, vas por el camino equivocado, la holgazanería es mala consejera! Robar es el trabajo más duro. Hazme caso, no te impongas la penosa tarea de ser perezoso. No es fácil convertirse en un granuja. Es más fácil ser un hombre honrado. Ahora vete y piensa en lo que te he dicho. Por cierto, ¿qué querías de mí? ¿Mi bolsa? Aquí la tienes.

Y el anciano, soltando a Montparnasse, le puso la bolsa en la

mano, y Montparnasse estuvo un momento sopesándola; luego, con las mismas precauciones que si la hubiera robado, Montparnasse la dejó caer despacio en el bolsillo trasero de la levita.

Tras decir y hacer lo ya referido, el hombre le dio la espalda a Montparnasse y reanudó el paseo tranquilamente.

—¡Imbécil! —masculló Montparnasse.

¿Quién era el hombre aquel? El lector ya lo habrá adivinado seguramente.

Montparnasse, estupefacto, miró cómo se esfumaba entre el crepúsculo. Aquella contemplación le resultó fatídica.

Mientras el anciano se alejaba, Gavroche se le iba acercando.

Gavroche, de una ojeada, se había asegurado de que Mabeuf, dormido quizá, seguía en el banco. El golfillo salió luego de entre la maleza y fue arrastrándose, en la oscuridad, por detrás de Montparnasse, que estaba quieto. Llegó así hasta donde estaba éste sin que lo viera ni lo oyera, le introdujo despacio la mano en el bolsillo de detrás de la levita de paño negro fino, cogió la bolsa, sacó la mano y, arrastrándose otra vez, huyó entre las tinieblas como una culebra. Montparnasse, que no tenía motivo alguno para andar con la guardia alta y estaba pensativo por primera vez en la vida, no se dio cuenta de nada. Cuando Gavroche llegó de nuevo al sitio en que estaba Mabeuf, tiró la bolsa por encima del seto y se fue a todo correr.

La bolsa le cayó en un pie a Mabeuf. El golpe lo despertó. Se agachó y recogió la bolsa. No entendió nada y la abrió. Era una bolsa dividida en dos. En una de las divisiones había calderilla; en la otra, había seis napoleones.

El señor Mabeuf, espantado, le llevó aquello a su ama de llaves.

—Nos viene como caído del cielo —dijo la Plutarco.

Libro quinto

Cuyo final no tiene nada que ver con el principio

I

Conjunción de la soledad y el cuartel

El dolor de Cosette, tan acerbo aún y tan punzante hacía cuatro o cinco meses, había empezado a convalecer sin que ni siquiera se diera cuenta. La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor por su padre, la alegría de los pájaros y de las flores iban introduciendo poco a poco, día a día, gota a gota, en aquella alma tan virginal y tan joven un algo que casi se parecía al olvido. ¿Se estaba apagando el fuego del todo? ¿O se estaban formando sólo capas de cenizas? El hecho es que había dejado de notar casi del todo punzadas dolorosas y abrasadoras.

Un día se acordó de pronto de Marius: «¡Anda! —se dijo—. Si ya no pienso en él».

Esa misma semana se fijó, cuando pasó por delante de la verja del jardín, en un oficial de lanceros de lo más apuesto, con cintura de avispa, un uniforme precioso y unas mejillas de doncella, con el sable debajo del brazo, los bigotes negros como el betún y el chascás charolado. Y, de propina, el pelo rubio, los ojos azules y saltones, la cara redonda, vana, insolente y bonita; el polo opuesto de Marius. En la boca llevaba un puro. Cosette pensó que aquel oficial pertenecía seguramente al regimiento acuartelado en la calle de Babylone.

Al día siguiente lo vio pasar otra vez. Se fijó en la hora.

A partir de aquel momento, ¿sería cosa de la casualidad?, lo vio pasar casi a diario.

Los compañeros del oficial se fijaron en que había, en aquel jardín «mal cuidado» y tras aquella verja rococó en tan mal estado, una joven bastante bonita que estaba casi siempre en él cuando pasaba el guapo teniente, que no es un desconocido para el lector y

se llamaba Théodule Gillenormand.

—¡Mira! —le decían—. Hay una jovencita que te mira mucho. ¡Fíjate y ya verás!

—¡Como si tuviera yo tiempo para mirar a todas las chicas que me miran! —contestaba el lancero.

Era precisamente por entonces cuando estaba yendo Marius muy seriamente camino de la agonía y decía: «¡Con tal de que pudiera volver a verla antes de morir!». Si se hubiera realizado aquel deseo y si hubiese visto en aquel momento a Cosette mirando a un lancero, no habría podido pronunciar ni una palabra y habría expirado de dolor.

¿De quién habría sido la culpa? De nadie.

Marius tenía uno de esos temperamentos que se hunden en la pena y allí se quedan. Cosette era de las personas que se sumergen y vuelven a salir a flote.

Por lo demás, Cosette estaba pasando por ese momento peligroso, esa fase fatídica de la ensoñación femenina sin control en que el corazón de una joven aislada se parece a esos zarcillos de la vid que se enganchan, según lo disponga el azar, a una columna de mármol o al poste de una taberna. Momento veloz y decisivo, crítico para cualquier huérfana, pobre o rica, porque la riqueza no protege de las elecciones erróneas: hay casamientos desiguales en las esferas más elevadas; el mal casamiento verdadero es el de las almas; e igual que más de un joven desconocido, sin apellidos, sin rango, sin fortuna, es un capitel de mármol que sustenta un templo de sentimientos grandes y grandes ideas, de forma idéntica hay hombres de mundo contentos de sí mismos y opulentos, con botas lustrosas y palabras de mucho brillo que, si se mira no lo de fuera, sino lo de dentro, es decir, lo que queda reservado para la mujer, no son sino leños imbéciles que pueblan de forma larvada pasiones violentas, inmundas y tomadas del vino: el poste de la taberna.

¿Qué había en el alma de Cosette? Pasión serena o dormida; amor en estado flotante; algo límpido, brillante, turbio a cierta profundidad, oscuro más abajo. La imagen del guapo oficial se reflejaba en la superficie. ¿Había un recuerdo en el fondo? ¿Muy en el fondo? Quizá. Cosette no lo sabía.

Ocurrió un incidente singular.

II

Miedos de Cosette

En la primera quincena de abril, Jean Valjean hizo un viaje. Ya sabemos que era algo que ocurría de tarde en tarde, con intervalos muy largos. Estaba fuera uno o, como mucho, dos días. ¿Dónde iba? Nadie lo sabía, ni siquiera Cosette. Sólo en una ocasión, en uno de esos viajes, lo acompañó en coche de punto hasta la esquina de un callejón estrecho en cuya pared leyó: *Callejón de La Planchette*. Allí se bajó Jean Valjean y el coche de punto volvió a llevar a Cosette a la calle de Babylone. Esos breves viajes de Jean Valjean solían coincidir con una escasez de dinero en la casa.

Jean Valjean estaba, pues, de viaje. Había dicho: «Vuelvo dentro de tres días».

Aquella noche, Cosette estaba sola en el salón. Para quitarse el aburrimiento, abrió el piano-órgano y se puso a cantar, acompañándose, el coro de *Euryanthe*: *¡Cazadores perdidos en los bosques!,* que es, quizá, lo más hermoso que pueda darse en la música. Al acabar, se quedó pensativa.

De pronto, le pareció que alguien andaba en el jardín.

No podía ser su padre, porque estaba fuera; no podía ser Toussaint, porque estaba acostada. Eran las diez de la noche.

Se acercó a la contraventana del salón, que estaba cerrada, y pegó el oído.

Le dio la impresión de que eran pasos de hombre y que andaba muy quedamente.

Subió deprisa al primer piso, a su cuarto, abrió un montante que había en su contraventana y miró al jardín. Había luna llena y se veía como si fuera de día.

No había nadie.

Abrió la ventana. El jardín estaba completamente tranquilo y en toda la parte de la calle que podía verse no había nadie, como de costumbre.

Cosette pensó que se había equivocado. Le había parecido oír un ruido. Era una alucinación fruto del sombrío y prodigioso coro de Weber que le abre a la mente honduras amedrentadas, que tiembla ante la mirada como un bosque vertiginoso y en que se oyen los crujidos de las ramas secas bajo el paso intranquilo de los cazadores vistos a medias en el crepúsculo.

No volvió a pensar en ello.

Por lo demás, Cosette no era muy miedosa por naturaleza. Llevaba en las venas sangre de gitana y aventurera que va descalza. Recordemos que era más alondra que paloma. Tenía un carácter fiero y valiente.

Al día siguiente, a hora más temprana, cuando estaba cayendo la tarde, se paseaba por el jardín. Entre vagos pensamientos que la tenían ocupada, le parecía notar a ratos un ruido semejante al ruido de la víspera, como si alguien anduviera en la oscuridad, bajo los árboles, no lejos de ella, pero se decía que no hay nada que se parezca tanto a unos pasos por la hierba como el roce de dos ramas que se mueven solas, y no hacía caso. Por lo demás, no veía nada.

Salió de «la maleza»; le quedaba por cruzar un prado pequeño de césped verde para llegar a la escalera de la fachada. La luna, que acababa de alzarse a su espalda, proyectó, al salir Cosette del macizo, su sombra, ante ella, en ese prado.

Cosette se detuvo aterrada.

Junto a la suya, la luna perfilaba claramente en el césped otra sombra, singularmente espantosa y terrible, una sombra que llevaba un sombrero de media copa.

Era como la sombra de un hombre que hubiera estado de pie en las lindes del macizo, a pocos pasos por detrás de Cosette.

Se quedó un momento sin poder hablar, ni gritar, ni llamar, ni moverse, ni volver la cabeza.

Por fin hizo acopio de todo su valor y se volvió resueltamente.

No había nadie.

Miró al suelo. La sombra había desaparecido.

Volvió a meterse entre la maleza, registró atrevidamente los rincones y no halló nada.

Se había quedado completamente helada. ¿Era acaso otra alucinación? ¡Cómo! ¡Dos días seguidos! Bien está una alucinación, pero ¡dos! Lo preocupante era que seguramente no se trataba de la sombra de un fantasma. Los fantasmas no llevan sombreros de media copa.

Al día siguiente regresó Jean Valjean. Cosette le refirió lo que le había parecido ver y oír. Contaba con que su padre la tranquilizaría, se encogería de hombros y le diría: «Eres una locuela».

Jean Valjean puso cara de preocupación.

—No puede ser nada de particular —le dijo.

La dejó con un pretexto cualquiera y fue al jardín; Cosette vio cómo pasaba revista a la verja con mucho cuidado.

Se despertó durante la noche; esta vez estaba segura de que oía claramente andar a alguien muy cerca de la escalera y bajo su ventana. Fue corriendo al montante y lo abrió. Efectivamente, había en el jardín un hombre que llevaba un garrote en la mano. En el preciso instante en que iba a gritar, la luna iluminó el perfil del hombre. Era su padre.

Volvió a acostarse diciéndose: «¡Así que está preocupado!».

Jean Valjean se pasó en el jardín aquella noche y las dos siguientes. Cosette lo vio por el hueco de la contraventana de su cuarto.

La tercera noche había luna menguante y empezaba a salir más tarde; podía ser la una de la mañana; oyó una sonora carcajada y la voz de su padre que la llamaba:

—¡Cosette!

Se tiró de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre estaba abajo, en el prado de césped.

—Te despierto para tranquilizarte —dijo—. Mira. Aquí tienes a la sombra con sombrero de media copa.

Y le señalaba, en el césped, una sombra que la luna proyectaba y perfilaba y se parecía bastante, efectivamente, al espectro de un hombre con sombrero de media copa. Era la silueta de una chimenea de chapa y con sombrerete, que asomaba por encima de un tejado cercano.

Cosette se echó a reír también; todas sus lóbregas suposiciones desaparecieron, y, a la mañana siguiente, mientras almorzaba con su padre, bromeó acerca del siniestro jardín por el que merodeaban

sombras de chimeneas.

Jean Valjean volvió a quedarse completamente tranquilo; en cuanto a Cosette, no se fijó demasiado en si la chimenea estaba efectivamente en la misma dirección que la sombra que le había parecido ver ni si la luna estaba en el mismo punto del cielo. No se preguntó por la singularidad de una chimenea que teme que la sorprendan en flagrante delito y se marcha cuando alguien mira su sombra, porque la sombra había desaparecido al volverse Cosette y Cosette había creído verla con seguridad. Cosette se tranquilizó del todo. La demostración le pareció impecable y se le fue por completo de la cabeza que pudiera haber alguien que anduviera al atardecer o de noche por el jardín.

Pocos días después, ocurrió un nuevo incidente.

III

Incidentes corregidos y aumentados con los comentarios de Toussaint

En el jardín, cerca de la verja que daba a la calle, había un banco de piedra que las plantas de un cenador amparaban de la mirada de los curiosos, pero al que, sin embargo, podía llegar en el mejor de los casos el brazo de un transeúnte a través de la verja y de las plantas.

Un atardecer de ese mismo mes de abril, Jean Valjean había salido y Cosette, después de ponerse el sol, se sentó en aquel banco. El viento refrescaba entre los árboles; Cosette estaba pensativa; la iba invadiendo poco a poco una tristeza sin causa, esa tristeza invencible que trae la caída de la tarde y que procede a lo mejor, ¿quién sabe? del misterio de la tumba que, a esa hora, se abre a medias.

Quizá en aquella sombra estaba Fantine.

Cosette se levantó, dio despacio la vuelta al jardín, pisando por la hierba cubierta de rocío, diciéndose en esa especie de estado melancólico de sonambulismo en que estaba sumida: «La verdad es que para estar en el jardín a esta hora habría que ponerse zuecos. Se acatarra una».

Volvió al banco.

Cuando iba a volver a sentarse, se fijó en que en el sitio del que se había levantado había una piedra bastante grande que, por descontado, no estaba hacía un rato.

Cosette miró aquella piedra, preguntándose qué quería decir aquello. De repente, la idea de que esa piedra no había llegado sola al banco, que alguien la había puesto allí, que un brazo había pasado por la verja, esa idea se le presentó y la asustó. Esta vez tuvo

miedo de verdad; allí estaba la piedra. No cabía la menor duda; no la tocó, salió huyendo sin atreverse a mirar atrás, se refugió en la casa y cerró en el acto con contraventana, barra y cerrojo la puerta de cristales que daba a la escalera de la fachada. Le preguntó a Toussaint:

—¿Ha vuelto mi padre?

—Todavía no, señorita.

(Ya hemos dejado constancia de una vez por todas del tartamudeo de Toussaint. Permítasenos no volver a recalcarlo. Nos desagrada la transcripción musical de una invalidez.)

Jean Valjean, hombre ensimismado y amigo de los paseos nocturnos, no regresaba a veces sino bien entrada ya la noche.

—Toussaint —siguió diciendo Cosette—, cuide mucho de cerrar bien por la noche por lo menos las contraventanas que den al jardín, poniendo las barras, y de meter esas cositas de hierro en las anillitas que sirven para cerrar.

—¡Huy, quédese tranquila, señorita!

A Toussaint nunca se le olvidaba hacerlo y Cosette lo sabía perfectamente, pero no pudo por menos de añadir:

—¡Es que es tan despoblada esta zona!

—En eso tiene usted toda la razón —dijo Toussaint—. ¡La podrían asesinar a una antes de que le diera tiempo a decir uf! Y encima el señor no duerme en la casa. Pero no tenga miedo, señorita, que cierro las ventanas como si esto fuera una cárcel. ¡Unas mujeres solas! ¡Ya lo creo que es para que den tiriteras! ¿Se lo imagina? Ver entrar por la noche a unos hombres en el cuarto de una y que le digan: ¡A callar! y empiecen a degollarla. Y no es tanto porque te maten, porque, bueno, morirse, ya sabemos que nos tenemos que morir, pero lo que resulta odioso es que una gente así te ande tocando. ¡Y además seguro que llevan unos cuchillos que cortan fatal! ¡Ay, Dios!

—Cállese —dijo Cosette— y cierre bien todo.

Cosette, espantada con el melodrama que había improvisado Toussaint, y quizá también con el recuerdo de las apariciones de la semana anterior, de las que volvía a acordarse, ni siquiera se atrevió a decirle: «¡Vaya a ver qué es esa piedra que han dejado en el banco!», por temor a volver a abrir la puerta del jardín y que entrasen «los hombres». Hizo que Toussaint cerrase con cuidado

todas las puertas y ventanas, la mandó a recorrer toda la casa, del sótano al desván, se encerró en su cuarto, echó los cerrojos, miró debajo de la cama, se acostó y durmió mal. Se pasó la noche viendo la piedra, del tamaño de una montaña y llena de cuevas.

Al salir el sol —lo propio del sol naciente es que hace que nos riamos de todos los temores de la noche y la risa que nos da guarda siempre proporción con el miedo que hemos pasado—, al salir el sol, pues, Cosette, al despertarse, vio sus temores como si hubieran sido una pesadilla y se dijo: «Pero, ¿en qué estaba pensando? ¡Igual que los pasos aquellos que me pareció oír de noche en el jardín la semana pasada! ¡Igual que la sombra de la chimenea! ¿Iré a volverme miedosa a estas alturas?». El sol, que brillaba por las rendijas de las contraventanas y convertía en púrpura el damasco de las cortinas, la tranquilizó tanto que todo se le fue de la cabeza, incluso la piedra.

—No había ninguna piedra en el banco igual que no había un hombre con sombrero de media copa en el jardín. He soñado la piedra, como soñé lo demás.

Se vistió, bajó al jardín, fue corriendo al banco y notó un sudor frío. Allí estaba la piedra.

Pero sólo le duró un momento. Lo que es temor de noche es curiosidad de día.

—¡Bah! —se dijo—. Vamos a ver.

Alzó la piedra, que era bastante grande. Debajo había algo que parecía una carta.

Era un sobre de papel blanco. Cosette lo cogió. No había señas por delante ni lo sellaba ninguna oblea por detrás. Pero el sobre, aunque abierto, no estaba vacío. Se veían a medias, dentro, unos papeles.

Cosette metió la mano. No era ya miedo lo que sentía, no era ya curiosidad; era un principio de ansiedad.

Cosette sacó del sobre lo que había dentro, un cuadernito con todas las páginas numeradas y con unas líneas escritas con una letra bastante bonita, pensó Cosette, y muy fina.

Cosette buscó un nombre, no lo había; una firma, no la había. ¿A quién iba dirigido aquello? A ella, probablemente, puesto que una mano había dejado el paquete en su banco. ¿De quién procedía? Se adueñó de ella una fascinación irresistible; intentó

apartar los ojos de aquellas hojas que le temblaban en la mano; miró el cielo, la calle, las acacias que chorreaban luz, unas palomas que volaban por encima de un tejado vecino; luego, de pronto, bajó la vista con vehemencia hacia el manuscrito y se dijo que tenía que saber qué había en él.

Esto fue lo que leyó.

IV

Un corazón debajo de una piedra

El universo reducido a un único ser, un único ser que se dilata hasta convertirse en Dios, eso es el amor.

El amor es la salutación de los ángeles a los astros.

¡Qué triste está el alma cuando está triste por amor!

¡Qué vacío causa la ausencia del ser que se basta para llenar el mundo! ¡Ay, qué cierto es que el ser amado se convierte en Dios! Podría comprenderse que Dios sintiera celos si no fuera porque es evidente que el Padre de todo hizo la creación para el alma, y el alma para el amor.

Basta con una sonrisa divisada a lo lejos bajo un sombreo de crespón blanco con velillo trasero lila para que el alma entre en el país de los sueños.

Dios está detrás de todo, pero todo oculta a Dios. Las cosas son

negras, las criaturas son opacas. Amar a un ser es volverlo transparente.

Hay pensamientos que son oraciones. Hay momentos en que, fuere cual fuere la postura del cuerpo, el alma está arrodillada.

Los amantes separados se distraen de la ausencia con mil cosas quiméricas que, no obstante, cuentan con una realidad. Los impiden verse, no pueden escribirse; dan con muchos medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el aroma de las flores, la risa de los niños, la claridad del sol, los suspiros del viento, los rayos de luz de las estrellas, la creación entera. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios se hicieron para servir al amor. El amor tiene poder bastante para cargar la naturaleza entera con sus mensajes.

¡Ah, primavera! Eres una carta que le escribo.

El porvenir es mucho más de los corazones que de las mentes. Amar, eso es lo único que puede ocupar y colmar la eternidad. El infinito precisa de lo inagotable.

El amor participa de la propia alma. Es de la misma naturaleza que ella. Como ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es un punto de fuego que llevamos dentro y que nada puede apagar. Lo sentimos arder hasta en la médula de los huesos y lo vemos resplandecer hasta lo más hondo del cielo.

¡Ay, amor! ¡Adoración! ¡Voluptuosidad de dos mentes que se entienden, de dos corazones que se intercambian, de dos miradas que se funden! Vendréis a mí, dichas, ¿verdad que sí? ¡Paseos de dos en las soledades! ¡Días benditos y radiantes! He soñado a veces que, de vez en cuando, había horas que se desprendían de la vida de los ángeles y bajaban aquí para cruzar por el destino de los humanos.

Lo único que puede añadir Dios a la felicidad de quienes se aman es darles una duración eterna. Tras una vida de amor, una eternidad de amor: es un incremento, desde luego; pero incrementar la propia intensidad de la felicidad inefable que el amor le da al alma en este mundo, eso no puede hacerlo ni siquiera Dios. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Miramos una estrella por dos motivos, porque es luminosa y porque es impenetrable. Tenemos al lado un resplandor más dulce y un misterio mayor: la mujer.

Todos, quienesquiera que seamos, tenemos nuestros seres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire, nos asfixiamos. Y nos morimos. Morir por falta de amor es espantoso. La asfixia del alma.

Cuando en el amor se han fundido y entremezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, ya han dado con el secreto de la vida; no son ya sino los dos elementos de un mismo destino; no son ya sino las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, volad planeando!

El día en que de la mujer que te pasa por delante se desprende luz al andar estás perdido, estás enamorado. Ya sólo te queda una cosa por hacer, pensar en ella con tanta fijeza que no le quede más remedio que pensar en ti.

Lo que empieza el amor sólo Dios puede terminarlo.

El amor verdadero siente desconsuelo o arrobo por un guante perdido o por un pañuelo encontrado, y precisa de la eternidad para su entrega abnegada y sus esperanzas. Se compone a la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si eres piedra, sé un imán; si eres planta, sé una sensitiva; si eres hombre, sé amor.

Nada le basta al amor. Tenemos la dicha, queremos el paraíso; tenemos el paraíso, queremos el cielo.

¡Ah, vosotros que amáis, todo eso está en el amor! Sabed encontrarlo. En el amor hay tanta contemplación como en el cielo; y tiene algo que no hay en el cielo, la voluptuosidad.

—¿Todavía va a Le Luxembourg? — No, caballero. — ¿Es en esta iglesia donde oye misa? — Ha dejado de venir. — ¿Sigue viviendo en la misma casa? — Se ha mudado. — ¿Dónde se ha ido a vivir? — No lo ha dicho.

¡Qué sombrío es no saber las señas de nuestra alma!

El amor tiene infantilismos; las demás pasiones, pequeñeces. ¡Avergoncémonos de las pasiones que hacen al hombre pequeño! ¡Honremos a las que lo hacen niño!

¿Saben que es algo muy raro? Estoy a oscuras. Hay una persona que, al irse, se llevó el cielo.

¡Ay, estar tendidos juntos en la misma tumba, cogidos de la mano, y, de vez en cuando, en las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo! Con eso le bastaría a mi eternidad.

Tú, que sufres porque amas, ama más aún. Morir de amor es vivir de amor.

Ama. Con ese suplicio va mezclada una sombría transfiguración estrellada. Hay éxtasis en la agonía.

¡Ay, alegría de los pájaros! Porque tienen el nido es por lo que tienen el canto.

El amor es una respiración celestial del aire del paraíso.

Corazones profundos, mentes sabias, tomad la vida como la hizo Dios; es una prueba larga, una preparación ininteligible al destino desconocido. Ese destino, el auténtico, empieza para el hombre en el primer peldaño que baja a la sepultura. Entonces se le aparece algo y empieza a divisar lo definitivo. Lo definitivo, pensad en esa palabra. Los vivos ven lo infinito; lo definitivo sólo consiente en que lo vean los muertos. Entretanto, amad y sufrid, esperad y contemplad. ¡Ay! ¡Malhaya quien no haya amado sino cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Haced por amar a las almas, y las volveréis a encontrar.

Me he topado por la calle con un joven muy pobre que estaba enamorado. Tenía el sombrero viejo y el frac gastado; tenía agujeros en los codos; el agua le calaba los zapatos y los astros le calaban el alma.

¡Qué grande es que lo amen a uno! ¡Y qué cosa mucho mayor es amar! El corazón se vuelve heroico a fuerza de pasión. Ya no entra en su composición nada que no sea puro; ya no toma apoyo en nada que no sea elevado y grande. No puede ya germinar en él un pensamiento indigno como no puede germinar una ortiga en un glaciar. El alma elevada y serena, inaccesible a las pasiones y a las emociones vulgares, más arriba de las nubes y de las almas de este mundo, de las locuras, de las mentiras, de los odios, de las vanidades, de las miserias, mora en el azul del cielo y no nota ya sino las conmociones profundas y subterráneas del destino, igual que la cima de las montañas nota los terremotos.

Si no hubiera alguien que amara, el sol se apagaría.

V

Cosette después de la carta

Mientras leía, Cosette iba cayendo poco a poco en una ensoñación. Cuando alzó los ojos de la última línea del cuaderno, el guapo oficial pasó triunfante ante la verja, pues era su hora habitual. A Cosette le pareció repulsivo.

Volvió a mirar el cuaderno. Estaba escrito con una letra preciosa, pensó Cosette; la misma mano, pero tintas diferentes, a veces muy negras y otras blanquecinas, como cuando añadimos tinta al tintero, es decir, en días diferentes. Eran pues los pensamientos de una mente que se había ido explayando allí, suspiro a suspiro, de forma irregular, sin orden, sin elección, sin objetivo, al azar. Cosette no había leído nunca algo así. Aquel manuscrito, donde veía aún más claridad que oscuridad, le parecía un santuario con la puerta entornada. Todas y cada una de esas líneas misteriosas le resplandecían ante los ojos y le inundaban el corazón con una luz extraña. La educación recibida le había hablado siempre del alma y nunca del amor; algo así como si alguien hablase del tizón y no de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba repentina y suavemente todo el amor, el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio, el fin. Era como si se hubiera abierto una mano y le hubiera arrojado de golpe un puñado de rayos de luz. Notaba en esas pocas líneas un carácter apasionado, ardiente, generoso, honrado; una voluntad sagrada; un dolor inmenso y una esperanza inmensa; un corazón angustiado; un éxtasis floreciente. ¿Qué era ese manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, acuciante y desinteresada; un enigma compuesto de verdades; un mensaje de amor escrito para que lo trajera un ángel y lo leyera una virgen; una

cita más allá de la tierra; una nota amorosa de un fantasma a una sombra. Era un ausente sereno y agobiado que parecía dispuesto a buscar refugio en la muerte y enviaba a la ausente el secreto del destino, la llave de la vida y del amor. Aquello estaba escrito con un pie en la sepultura y con el dedo en el cielo. Aquellas líneas, que habían ido cayendo de una en una en el papel, eran algo que podría llamarse gotas de alma.

Ahora bien, ¿de quién podían venir estas páginas? ¿Quién podía haberlas escrito?

Cosette no titubeó ni un minuto. Sólo había un hombre posible.

¡Él!

Le había vuelto la luz al alma. Todo había desaparecido. Notaba una alegría inaudita y una honda angustia. ¡Era él! ¡Él, que le escribía! ¡Él, que estaba allí! ¡Él, que había metido el brazo por la verja! ¡Mientras ella lo olvidaba, él la había vuelto a encontrar! Pero ¿acaso lo había olvidado ella? ¡No, nunca! ¡Qué locura haberlo creído por un momento! Siempre lo había querido, siempre lo había adorado. El rescoldo había estado bajo la ceniza algún tiempo, pero ahora se daba cuenta de que así el fuego había ido a más y ahora volvía a arder con llamas altas y ella ardía en él. Aquel cuaderno era como una pavesa que había caído en su alma desde otra alma. Cosette notaba cómo se reanudaba el incendio. Calaban en ella todas las palabras del manuscrito. «¡Ay, sí! —decía—. Cuánto me suena todo esto. Es todo lo que ya le había leído en los ojos.»

Cuando estaba acabando de leer el cuaderno por tercera vez, el teniente Théodule volvió a pasar ante la verja haciendo ruido con las espuelas en el empedrado. A Cosette no le quedó más remedio que levantar la vista. Le pareció insulso, bobo, tonto, inane, presumido, desagradable y muy feo. El oficial estimó oportuno lanzarle una sonrisa. Cosette volvió la cara, avergonzada e indignada. Le habría gustado tirarle algo a la cabeza.

Salió huyendo, volvió a la casa y se encerró en su cuarto para volver a leer el manuscrito, para aprendérselo de memoria y para pensar. Después de mucho leerlo, le dio un beso y se lo guardó en el corsé.

Todo estaba consumado. Cosette había vuelto a caer en las profundidades del amor seráfico. Acababa de abrirse de nuevo el abismo del Edén.

Cosette estuvo todo el día como presa de un vahído. Apenas si pensaba, tenía las ideas en la cabeza como una madeja enredada, no conseguía conjeturar nada, esperaba, trémula. ¿Qué esperaba? Cosas imprecisas. No se atrevía a prometerse nada y no quería renunciar a nada. Le pasaban palideces por la cara y escalofríos por el cuerpo. A ratos le parecía entrar en un mundo quimérico; se decía: ¿es algo real? Entonces palpaba, bajo el vestido, el papel amado, lo oprimía contra el corazón, notaba las esquinas contra la carne, y, si Jean Valjean la hubiese visto en ese momento, se hubiera estremecido ante aquella alegría luminosa y desconocida que le rebosaba de los párpados. «¡Ay, sí! —pensaba—. ¡Claro que es él! ¡Esto es suyo y para mí!»

Se decía que lo había recuperado por una intervención de los ángeles, por un azar celestial.

¡Ah, transfiguraciones del amor! ¡Ah, sueños! Ese azar celestial, esa intervención de los ángeles era aquella pelotilla de pan que le había arrojado un ladrón a otro ladrón, del patio Charlemagne a la fosa de los leones, por encima de los tejados de La Force.

VI

Los viejos están para salir de casa oportunamente

Al caer la tarde, Jean Valjean salió y Cosette se arregló. Se hizo el peinado que le sentaba mejor y se puso un vestido cuyo escote tenía un tijeretazo de más; y, como por esa abertura se le veía el nacimiento del cuello, era, como dicen las jóvenes, «algo indecente». No era nada indecente, pero quedaba más bonito así. Se arregló tanto sin saber por qué.

¿Quería salir? No.

¿Estaba esperando visita? No.

Cuando se estaba haciendo de noche, bajó al jardín. Toussaint andaba a lo suyo en la cocina, que daba al patio trasero.

Empezó a pasear bajo las ramas, apartándolas de vez en cuando con la mano porque algunas eran muy bajas.

Y así llegó al banco.

La piedra se había quedado encima.

Cosette se sentó y apoyó la mano blanca y suave en aquella piedra como si quisiera acariciarla y darle las gracias.

De repente, notó esa impresión indecible que notamos, incluso sin verlo, cuando alguien está de pie a espaldas nuestras.

Volvió la cabeza y se puso de pie.

Era él.

Iba con la cabeza al aire. Parecía pálido y más delgado. Apenas se veía la ropa negra que llevaba. El crepúsculo prestaba lividez a esa hermosa frente y le llenaba al joven los ojos de tinieblas. Había en él, bajo un velo de dulzura incomparable, algo que tenía que ver con la muerte y la noche. Le alumbraba el rostro la claridad del día moribundo y el pensamiento de un alma que se ausenta.

Era como si aún no fuese el fantasma y no fuese ya el hombre.

El sombrero estaba tirado a pocos pasos, entre la maleza.

Cosette, a punto de desfallecer, no soltó ni un grito. Retrocedía despacio, porque notaba una fuerza que la atraía hacia él. Y él no se movía. No le veía los ojos, pero notó que la miraba porque la envolvía algo inefable y triste.

Cosette, al retroceder, se topó con un árbol y apoyó en él la espalda. Sin ese árbol, se habría caído al suelo.

Le oyó entonces la voz, esa voz que nunca había oído bien en realidad, que se alzaba apenas por encima de la vibración de las hojas y que susurraba:

—Perdóneme, aquí estoy. Tengo el corazón a rebosar, no podía vivir como estaba; he venido. ¿Leyó lo que dejé en este banco? ¿Me reconoce más o menos? No tenga miedo de mí. ¿Se acuerda del día en que me miró hace ya tanto tiempo? Era en Le Luxembourg, cerca del gladiador. ¿Y del día en que pasó delante de mí? Fueron el 16 de junio y el 2 de julio. Va a hacer un año. Hace mucho que dejé de verla. Pregunté a la cobradora del alquiler de las sillas y me dijo que ya no la veía. Vivía usted en la calle de L'Ouest, en el tercero, en un piso que daba a la calle, en una casa nueva, ya ve que estoy al tanto. Yo la seguía. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y, luego, desapareció. Me pareció verla pasar un día en que estaba leyendo los periódicos en los soportales de L'Odéon. Eché a correr. Pero no. Era una mujer que tenía un sombrero como el suyo. Por las noches vengo aquí. No se preocupe, que no me ve nadie. Vengo para ver sus ventanas de cerca. Ando muy despacito para que no me oiga, por si, a lo mejor, se asusta. La otra noche estaba detrás de usted, se volvió y yo salí huyendo. Una vez la oí cantar. Me sentí dichoso. ¿Le importa que la oiga cantar a través de la contraventana? No puede perjudicarla. ¿Verdad que no? Mire, usted es mi ángel, déjeme que venga a veces. Creo que me voy a morir. ¡Si usted supiera! ¡Yo la adoro! Perdóneme, hablo y no sé lo que digo, a lo mejor la estoy incomodando. ¿La incomodo?

—¡Ay, madre mía! —dijo ella.

Y se encogió como si estuviera muriendo.

Él la agarró; Cosette se caía y él la tomó en sus brazos y la estrechó en ellos, sin ser consciente de lo que hacía. La sujetaba y, al tiempo, se tambaleaba. Le parecía que tenía la cabeza llena de humo; le salían relámpagos de entre las pestañas; se le iban las

ideas; le parecía que estaba llevando a cabo un acto religioso y que cometía una profanación. Por lo demás, no deseaba en absoluto a aquella mujer bellísima cuyas formas notaba contra el pecho. Estaba loco de amor.

Ella le cogió una mano y se la puso en el corazón. Él notó la forma del papel que llevaba allí y balbució:

—¿Así que me quiere?

Ella contestó con una voz tan baja que no era ya sino un soplo que apenas se oía:

—¡Calla! ¡Si ya lo sabes!

Y ocultó la cara ruborizada en el pecho del joven, orgulloso y embriagado.

Marius se desplomó en el banco, con Cosette a su lado. Se les habían acabado las palabras. Las estrellas empezaban a brillar. ¿Cómo se encontraron sus labios? ¿Cómo canta el pájaro, cómo se derrite la nieve, cómo se abre la rosa, cómo florece mayo, cómo blanquea el alba tras los árboles negros en la cima estremecida de las colinas?

Un beso; y nada más.

Los dos se sobresaltaron y se miraron, en la sombra, con ojos resplandecientes.

No notaban ni el frescor de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la tierra húmeda ni la hierba mojada; se miraban y el corazón les rebosaba de pensamientos. Se habían cogido de las manos, sin saber qué hacían.

Ella no le preguntaba, ni se le había ocurrido, por dónde había entrado y cómo se había metido en el jardín. ¡Le parecía tan sencillo que estuviera allí!

De vez en cuando, la rodilla de Marius rozaba la rodilla de Cosette, y los dos se estremecían.

A intervalos, Cosette balbucía una palabra. Le temblaba el alma en los labios como una gota de rocío en una flor.

Poco a poco se fueron hablando. Tras el silencio, que es la plenitud, vino el desahogo. La noche era serena y espléndida, por encima de sus cabezas. Esas dos criaturas, puras como espíritus, se lo contaron todo: sus sueños, sus embriagueces, sus éxtasis, sus quimeras, sus desfallecimientos, cómo se habían adorado a distancia, cómo se habían anhelado, cuánto se habían desesperado

cuando dejaron de verse. Se confesaron, en una intimidad ideal, que ya no podía ser mayor, lo más oculto y lo más misterioso de cada uno. Se contaron, con una fe cándida en sus ilusiones, todo cuanto les ponía en la mente el amor, la juventud y ese rescoldo de infancia que no habían perdido. Esos dos corazones se volcaron uno en otro, de forma tal que, al cabo de una hora, el joven tenía el alma de la muchacha y la muchacha el alma del joven. Se compenetraron, se hechizaron mutuamente, se deslumbraron.

Al acabar, cuando ya se lo habían dicho todo, ella puso la cabeza en el hombro de él y le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Marius —contestó él—. ¿Y usted?

—Yo me llamo Cosette.

Libro sexto

Gavroche

I

Una trapacería del viento

En la temporada posterior a 1823, mientras el figón de Montfermeil iba naufragando y hundiéndose poco a poco no en el abismo de una bancarrota sino en la cloaca de las deudas menudas, el matrimonio Thénardier tuvo otros dos hijos, varones ambos. Con ellos sumaban cinco: dos chicas y tres chicos. Era mucho.

La Thénardier se quitó de encima a los dos últimos, cuando eran aún de muy tierna edad, con singular facilidad.

Que se los quitó de encima es la expresión exacta. No había en aquella mujer más que un retazo de naturaleza. Fenómeno del que podemos dar más de un ejemplo. Igual que la mariscala de La Mothe-Houdancourt, la Thénardier sólo era madre de sus hijas. Ahí acababa su maternidad. El odio que sentía por el género humano empezaba en sus hijos varones. En la vertiente que daba a sus hijos su maldad estaba cortada a pico y su corazón era, en ese tramo, lúgubremente escarpado. Como ya hemos visto, aborrecía al mayor; de los otros dos abominaba. ¿Por qué? Porque sí. El motivo más terrible y la respuesta más indiscutible: porque sí. «No necesito yo para nada una patulea de niños», decía aquella madre.

Vamos a explicar cómo habían conseguido los Thénardier librarse de la carga de sus dos últimos hijos e, incluso, sacarles provecho.

La mujer aquella, la Magnon, a la que hemos mencionado páginas atrás, era la misma que había conseguido una renta del buenazo de Gillenormand para los dos niños que tenía. Vivía en el muelle de Les Célestins, esquina con esa calle antigua, la de Le Petit-Musc, que ha hecho cuanto ha podido para trocar por un buen olor[41] su mala reputación. ¿Quién no recuerda la gran epidemia

de difteria que asoló, hace treinta y cinco años, los barros parisinos a orillas del Sena y que la ciencia aprovechó para probar a gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, a las que de forma tan provechosa ha sustituido hoy en día la aplicación externa de la tintura de yodo? En esa epidemia perdió la Magnon el mismo día, uno por la mañana y otro por la tarde, a sus dos niños, todavía de muy corta edad. Fue un gran golpe. Sus dos hijos tenían mucho valor para esa madre: equivalían a ochenta francos mensuales. Ochenta francos que le liquidaba muy puntualmente, de parte del señor Gillenormand, su recaudador de rentas, el señor Barge, agente judicial retirado que vivía en la calle de Le Roi-de-Sicile. Muertos los niños, se acabó la renta. La Magnon buscó algún recurso. En esa tenebrosa francmasonería del mal a la que pertenecía todo se sabe y todos se guardan el secreto y se echan una mano. La Magnon necesitaba dos niños; la Thénardier tenía dos niños. Del mismo sexo y la misma edad. Un buen apaño para una y una buena inversión para otra. Los niños Thénardier se convirtieron en los niños Magnon. La Magnon se fue del muelle de Les Célestins y se mudó a la calle Clocheperce. En París la identidad que relaciona a alguien consigo mismo queda cortada de una calle a otra.

Como nadie avisó al registro civil, éste no dijo nada y el cambio se llevó a cabo de forma sencillísima. Pero la Thénardier exigió por prestar a los niños diez francos mensuales, que la Magnon prometió e incluso pagó. Ni que decir tiene que el señor Gillenormand siguió cumpliendo. Iba cada seis meses a ver a los niños. No se dio cuenta del cambio. «Señor —le decía la Magnon—, ¡cómo se le parecen!»

Thénardier, a quien no le costaba nada cambiar de personalidad, aprovechó la ocasión para convertirse en Jondrette. A sus dos hijas y a Gavroche apenas si les dio tiempo de caer en la cuenta de que tenían dos hermanos pequeños. Cuando se llega a cierto grado de miseria, lo invade a uno algo así como una indiferencia espectral y se ve a las criaturas como si fueran larvas. Las personas más próximas no son con frecuencia sino inconcretas formas de la sombra a quienes apenas se diferencia del fondo nebuloso de la vida y es fácil que anden revueltas con lo invisible.

La noche del día en que la Thénardier entregó a sus dos hijitos a la Magnon, con la voluntad claramente expresada de renunciar a ellos para siempre, le entró, o hizo como si le entrase, un escrúpulo.

Le había dicho a su marido:

—Pero ¡si esto es abandonar a los hijos de una!

Thénardier, magistral y flemático, cauterizó dicho escrúpulo con la siguiente frase:

—¡Más hizo Jean-Jacques!

La madre pasó del escrúpulo a la preocupación:

—Pero ¿y si la policía viniera a molestarnos? Esto que hemos hecho, señor Thénardier, ¿está permitido, oye?

Thénardier contestó:

—Todo está permitido. Nadie cogerá onda. Y, además, cuando unos niños no tienen ni un céntimo, nadie tiene motivo para meter las narices.

La Magnon era algo así como una elegante del crimen. Iba muy arreglada. Compartía la vivienda, amueblada de forma cursi y mísera, con una hábil ladrona inglesa afrancesada. Aquella inglesa, nacionalizada parisina, recomendable porque se relacionaba con gente muy rica, íntimamente vinculada con las medallas de la biblioteca y los brillantes de la señorita Mars, tuvo más adelante mucha fama en los registros judiciales. La llamaban *señorita Miss*.

Los dos niños que le cayeron en suerte a la Magnon no tuvieron motivo de queja. Como los avalaban los ochenta francos, no los trataban mal, como sucede con todo aquello a que se le puede sacar partido; no iban mal vestidos, no comían mal y vivían casi como unos «señoritos»; estaban mejor con la madre postiza que con la de verdad. La Magnon se las daba de señora y no hablaba en jerga delante de ellos.

Pasaron así unos cuantos años. El Thénardier se las prometía felices. Un día se le ocurrió decirle a la Magnon, cuando ésta le estaba dando los diez francos mensuales: «El "padre" tendrá que darles una educación».

De repente, esos dos pobres niños, bastante amparados hasta entonces, incluso por su mala suerte, se vieron arrojados bruscamente a la vida y obligados a estrenarse en ella.

Una detención en masa de malhechores como la de la buhardilla Jondrette no puede por menos de acarrear complicaciones: pesquisas y encarcelamientos posteriores, y es un desastre auténtico para esa repugnante contrasociedad oculta que vive en los bajos de la sociedad pública; una aventura así trae consigo todo tipo de

desplomes en ese mundo oscuro. La catástrofe de los Thénardier causó la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco después de que la Magnon le hubiese dado a Éponine la nota referida a la calle de Plumet, hubo en la calle de Clocheperce un repentino registro policial; detuvieron a la Magnon y también a la señorita Miss; y todos los de la casa, que eran sospechosos, cayeron en la redada. Mientras tanto los dos niños estaban jugando en el patio trasero y no vieron nada de la incursión. Cuando quisieron entrar, se encontraron con la casa vacía y la puerta cerrada. Un zapatero remendón del taller de enfrente los llamó y les entregó un papel que había dejado «su madre» para ellos. En el papel había una dirección: Señor Barge, recaudador de rentas, calle de Le Roi-de-Sicile número 8. El zapatero les dijo: «Ya no vivís aquí. Id a este sitio. Cae muy cerca. La primera calle a la izquierda. Preguntad cómo se va con este papel».

Los niños se fueron; el mayor se ocupaba del pequeño y llevaba en la mano el papel que tenía que guiarlos. Tenía frío y no podía hacer fuerza con los deditos entumecidos, que agarraban mal el papel. Al volver la esquina de la calle de Clocheperce, una ráfaga de viento se lo llevó; y, como se estaba haciendo de noche, el niño no pudo encontrarlo.

Fueron andando al azar por las calles.

II

En el que Gavroche el pequeño le saca partido a Napoleón el grande

Por la primavera de París cruzan con frecuencia cierzos agrios y duros, que no es que lo dejen a uno helado, sino congelado; esos vientos que convierten en un desconsuelo los días más hermosos causan exactamente la misma impresión que las ráfagas de aire frío que entran en una habitación caldeada por las rendijas de una ventana o de una puerta mal cerrada. Es como si la oscura puerta del invierno se hubiese quedado entornada y entrase por ahí el viento. En la primavera de 1832, época en que se declaró en Europa la gran epidemia del presente siglo, esos vientos del norte eran más agrios y punzantes que nunca. La puerta entornada era aún más glacial que la del invierno. Era la puerta del sepulcro. Se notaba en esos cierzos la ráfaga del cólera.

Desde el punto de vista meteorológico, la particularidad de esos vientos fríos era que no descartaban una gran tensión eléctrica. Estallaron por entonces frecuentes tormentas acompañadas de relámpagos y truenos.

Una noche en que soplaban con fuerza esos vientos del norte, hasta tal punto que parecía que hubiera vuelto enero y que los ciudadanos acomodados habían vuelto a ponerse el abrigo, Gavroche, tiritando alegremente, como de costumbre, con sus harapos, estaba algo así como extasiado ante el comercio de un peluquero de las inmediaciones de L’Orme-Saint-Gervais. Iba ataviado con un chal femenino que a saber de dónde habría sacado y que había convertido en bufanda. Gavroche parecía estar admirando muchísimo una novia de cera, escotada y tocada con flores de azahar, que daba vueltas tras el cristal del escaparate,

mostrando la sonrisa a los transeúntes entre dos quinqués; pero, en realidad estaba observando el establecimiento para ver si no podría «aliviar» de la muestra de géneros alguna barra de jabón que iría a venderle luego por cinco céntimos a un «peluquero» de los arrabales. Muchas veces era una barra así lo que le daba de almorzar. Llamaba a esa clase de trabajo, en el que era ducho, «rapar a los barberos».

Mientras contemplaba a la novia y miraba de reojo la barra de jabón, mascullaba entre dientes lo que sigue: «El martes. No, el martes no. ¿Fue el martes? A lo mejor fue el martes. Sí, el martes».

Nunca se ha podido saber a qué se refería este monólogo.

Si, por ventura, hubiera tenido que ver con la última vez que había cenado, de eso hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero, en su local, que calentaba una buena estufa, estaba afeitando a un cliente y echaba de vez en cuando una mirada de reojo a aquel enemigo, aquel golfillo aterido y descarado que tenía las dos manos metidas en los bolsillos, pero estaba claro que llevaba el ingenio desenvainado.

Mientras Gavroche le pasaba revista a la novia, al escaparate y las Windsor-soap, dos niños de estatura desigual, ropa bastante decente y aún más pequeños que él, pues el mayor aparentaba siete años y el otro cinco, abrieron con timidez el picaporte y entraron en el comercio a pedir a saber qué, limosna a lo mejor, con un susurro quejumbroso y que más parecía un gemido que una súplica. Hablaban ambos a la vez y no se les entendía lo que decían porque los sollozos le cortaban la voz al mayor y el pequeño daba diente con diente. El barbero se volvió, con expresión airada, y, sin soltar la navaja, empujando hacia atrás al mayor con la mano izquierda y al pequeño con la rodilla, los echó a la calle y volvió a cerrar la puerta al tiempo que decía:

—¡Mira que venir para nada con el frío que entra!

Los dos niños volvieron a echar a andar, llorando. En éstas llegó un nubarrón y empezó a llover.

Gavroche echó a correr detrás de ellos y les dirigió la palabra:

—Pero ¿qué os pasa, mocosos?

—Que no sabemos dónde dormir —contestó el mayor.

—¿Y nada más? —dijo Gavroche—. Vaya cosa. ¿Y por eso se llora? Pero ¡serán bobos!

Y, adoptando, tras la fachada de superioridad un tanto burlona, un tono de autoridad enternecida y de protección afectuosa, dijo:

—Venid conmigo, pispajos.

—Sí, señor —dijo el de más edad.

Y los dos niños fueron detrás como si hubiesen ido siguiendo a un arzobispo. Habían dejado de llorar.

Gavroche los llevó calle de Saint-Antoine arriba, en dirección a La Bastille.

Gavroche, según iba andando, echó una ojeada indignada y retrospectiva al comercio del barbero.

—No tiene corazón el merluzo del rapabarbas ese —refunfuñó—. Hijo de la Gran Bretaña tenía que ser.

Una golfa, al verlos en fila a los tres y con Gavroche a la cabeza, soltó una carcajada escandalosa. Esa risa era una falta de respeto al grupo.

—Muy buenas, señorita Ómnibus —le dijo Gavroche.

Un instante después volvió a acordarse del peluquero y añadió:

—Me he confundido de bicho; no es un merluzo, es una serpiente. Peluquero, iré a buscar a un cerrajero para que te ponga un cascabel en la cola.

El peluquero aquel lo había puesto de humor agresivo. Increpó, según salvaba el arroyo de una zancada, a una portera barbuda y digna de coincidir con Fausto en el Brocken, que estaba con la escoba en la mano.

—¿Qué, señora? ¿Se va de paseo a caballo?

Dicho lo cual, le salpicó las botas de charol a un viandante.

—¡Granuja! —gritó el viandante, furioso.

Gavroche asomó la nariz por encima del chal.

—¿El señor tiene queja de alguien?

—De ti —dijo el viandante.

—Está cerrada la oficina de reclamaciones —dijo Gavroche—. No admito ya ninguna más.

Conforme seguían calle arriba, vio, muerta de frío debajo de una puerta cochera, a una mendiga de trece o catorce años con un vestido tan corto que se le veían las rodillas. La chiquilla empezaba a ser ya un tanto mayor para ir así. Es lo que pasa cuando se pega un estirón. El vestido se queda corto al tiempo que la desnudez se vuelve indecente.

—Pobre chica! —dijo Gavroche—. No tiene ni calzones. Toma, por lo menos ponte esto.

Y, quitándose la prenda de lana tan abrigada que llevaba al cuello, se la echó por los hombros flacos y amoratados a la mendiga, devolviendo a la bufanda su condición de chal.

La muchachita lo miró con asombro y recibió el chal en silencio. Cuando llega a determinado grado de desvalimiento, el pobre está ya sumido en tal pasmo que ni se queja de que le hagan daño ni agradece que lo traten bien.

—¡Brrr! —dijo Gavroche acto seguido, tiritando más que san Martín, quien, al menos, se había quedado con la mitad del manto.

En oyendo aquel ¡brrr! le empeoró el humor al chaparrón, que arreció. Los malos cielos castigan las buenas acciones.

—¿Será posible? —exclamó Gavroche—. ¿Y esto a qué viene? ¡Llueve más! ¡Por Cristo que si esto sigue así dejo el abono!

Y reanudó la marcha.

—Da igual —siguió diciendo, echándole una ojeada a la mendiga, que se estaba arrebujando en el chal—, ésa por lo menos ya tiene un buen gambeto.

Y, mirando el nubarrón, le gritó:

—¡Te fastidias!

Los dos niños le iban pisando los talones.

Según pasaban delante de una de esas celosías gruesas y enrejadas que indican el comercio de un panadero, porque el pan lo tienen, como si fuera oro, detrás de barrotes de hierro. Gavroche se dio la vuelta:

—A ver, arrapiezos, ¿hemos cenado?

—Señor —contestó el mayor—, no hemos comido desde esta mañana.

—¿Así que andáis sin padre ni madre? —siguió diciendo majestuosamente Gavroche.

—Usted disculpe, señor, tenemos papá y mamá, sólo que no sabemos dónde están.

—A veces vale más eso que saberlo —dijo Gavroche, que era un filósofo.

—Llevamos dos horas andando —siguió diciendo el mayor de los niños—; hemos buscado cosas en los rincones de los postes, pero no hemos encontrado nada.

—Ya —dijo Gavroche—. Se lo comen todo los perros.

Añadió, tras un silencio:

—¡Ah! Nos hemos quedado sin autores. No sabemos ya dónde los hemos metido. Eso no se hace, granujillas. Es de tontos perder así a las personas de edad. ¡Pero, bueno, habrá que papear, digo yo!

Por lo demás, no les preguntó nada. No tener casa, ¿hay algo más normal?

El mayor de los chiquillos, que había recobrado ya casi del todo la pronta despreocupación de la infancia, exclamó:

—Sí que es raro. Mamá había dicho que nos llevaría a buscar boj bendito el domingo de ramos.

—Sin andarse por las ramas —contestó Gavroche.

—Mamá —siguió diciendo el mayor— es una señora que vive con la señorita Miss.

—Misteriosa —apostilló Gavroche.

Pero, mientras lo decía, se había parado y llevaba unos minutos palpando y registrando todo tipo de recovecos que tenía en los harapos.

Al fin enderezó la cabeza con una expresión que sólo quería ser de satisfacción, pero que, en realidad, era de triunfo.

—Tranquilos, pispajillos, que aquí tengo para que cenemos los tres.

Y se sacó de un bolsillo una moneda de cinco céntimos.

Sin darles tiempo a los dos chiquillos para que mostrasen asombro, los hizo pasar por delante y entrar en la panadería y puso la moneda encima del mostrador gritando:

—¡Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el dueño del local en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo! —siguió diciendo Gavroche; y añadió, muy digno:

—Somos tres.

Al ver que el panadero, tras pasar revista a los tres comensales, había cogido un pan moreno, se metió un dedo en la nariz hasta el fondo aspirando de forma tan imperiosa como si hubiera tenido en la yema la toma de rapé de Federico el Grande y le soltó en la cara al panadero esta increpación indignada:

—¿Yesokés?

Aquellos de nuestros lectores que pudieran verse inclinados a ver en esta interpelación de Gavroche al panadero una palabra rusa o polaca o uno de esos gritos salvajes que los iowas y los botocudos cruzan de una orilla del río a la de enfrente a través de las extensiones solitarias quedan avisados de que se trata de algo que dicen a diario (ellos, nuestros lectores) y equivale a la siguiente frase: ¿y eso qué es? El panadero lo entendió de maravilla y contestó.

—¡Anda, pues pan! Un pan de segunda estupendo.

—Querrá decir molleta —contestó Gavroche con calma fría y desdeñosa—. ¡Pan blanco, mozo! ¡Candeal! Que convido.

El panadero no pudo por menos de sonreír, y, mientras cortaba el pan blanco, los miraba con una expresión compasiva que molestó a Gavroche.

—¡A ver, aprendiz! —dijo—. ¿Qué eso de mirarnos de arriba abajo?

Aunque se hubieran subido uno encima de otro, de arriba abajo habría habido muy poco que mirar.

Tras cortar el panadero el pan, cobró los cinco céntimos y Gavroche dijo a los dos niños:

—¡A palear!

Los niños lo miraron sin saber qué hacer.

Gavroche se echó a reír:

—¡Vaya, es verdad, que todavía no se enteran, es que son muy pequeños!

Y añadió:

—A comer.

Y, pensando que el mayor, que le parecía más digno de su conversación, merecía unos ánimos especiales y había que liberarlo de cualquier titubeo para que calmase el apetito, añadió, dándole el trozo más grande:

—Échate esto entre pecho y espalda.

Había un trozo más pequeño que los otros dos; se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos, incluido Gavroche. Mientras le hincaban el diente al pan, estaban haciendo bulto en la tienda, y el panadero, ahora que ya había cobrado, los miraba de mal humor.

—Vámonos a la calle —dijo Gavroche.

Y siguieron andando en dirección a La Bastille.

De vez en cuando, cuando pasaban por delante de los escaparates de las tiendas iluminadas, el más pequeño se paraba para mirar la hora en un reloj de plomo que llevaba colgado del cuello con un cordel.

—Desde luego que es muy bobo —decía Gavroche.

Luego, meditabundo, mascullaba entre dientes:

—De todas formas, si yo tuviera críos, los tendría mas vigilados.

Cuando se estaban terminando el trozo de pan y llegaban a la esquina de la calle de Les Ballets, esa calle tan tristona al fondo de la que se divisa el postigo bajo y hostil de La Force, dijo alguien:

—¡Anda! ¿Eres tú, Gavroche?

—¡Anda! ¿Eres tú, Montparnasse? —dijo Gavroche.

Quien acababa de dirigirse al golfillo era un hombre, y ese hombre no era otro que Montparnasse disfrazado y con lentes azules, pero a quien Gavroche podía reconocer.

—¡Caramba! —siguió diciendo Gavroche—, llevas un gambeto color cataplasma de linaza y gafas azules como un médico. ¡Qué elegancia, mecachis!

—Chisssss —dijo Montparnasse—. ¡No tan alto!

Y alejó prestamente a Gavroche de la luz de los comercios.

Los dos niños los siguieron automáticamente, cogidos de la mano.

Cuando estuvieron bajo el arco negro de una puerta cochera, al amparo de las miradas y de la lluvia, Montparnasse le preguntó:

—¿Sabes dónde voy?

—A la abadía de Mejor-no-subo[42] —dijo Gavroche.

—¡Guasón!

Y Montparnasse añadió:

—Voy a reunirme con Babet.

—¡Ah! —dijo Gavroche—. La chica se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz.

—No es chica, que es chico.

—¡Ah! ¡Babet!

—Sí, Babet.

—Creía que estaba a la sombra.

—Sí, pero se ha puesto al sol —contestó Montparnasse.

Y le contó rápidamente al golfillo que la mañana de aquel

mismo día Babet se había escapado, mientras lo trasladaban a La Conciergerie, tirando a la izquierda, en vez de a la derecha, por el «pasillo de la instrucción».

Gavroche admiró tanta habilidad.

—¡Qué dentista! —dijo.

Montparnasse añadió unos cuantos detalles de la evasión de Babet y dijo, para terminar:

—¡Ah, y eso no es todo!

Gavroche, mientras atendía, había cogido un bastón que Montparnasse llevaba en la mano, había tirado automáticamente de la parte de arriba y había aparecido la hoja de un puñal.

—¡Vaya! —dijo, volviendo a meter deprisa la hoja del puñal—. Te has traído al gendarme disfrazado de burgués.

Montparnasse guiñó un ojo.

—¡Demontres! —añadió Gavroche—. ¿Es que vas a tener gresca con la tiña?

—Nunca se sabe —contestó Montparnasse con expresión indiferente—. Nunca está de más llevar un alfiler encima.

Gavroche insistió:

—Pero ¿qué es lo que vas a hacer esta noche?

Montparnasse volvió a ponerse serio y dijo, comiéndose las sílabas:

—Cosas.

Y, cambiando bruscamente de conversación, añadió:

—¡Por cierto!

—¿Qué?

—Una historia que me pasó el otro día. Fíjate, me encuentro con un burgués. Me regala un sermón y la bolsa. Me la meto en el bolsillo. Un minuto después, busco en el bolsillo y ya no había nada dentro.

—Sólo el sermón.

—Pero y tú —siguió diciendo Montparnasse—, ¿dónde vas ahora?

Gavroche señaló a sus dos protegidos y dijo:

—Voy a meter en la cama a estos niños.

—¿Dónde los vas a meter en la cama?

—En mi casa.

—Y ¿dónde está esa casa tuya?

—Pues en mi casa.

—¿Así que vives en un sitio?

—Sí, vivo en un sitio.

—¿Y dónde vives?

—En el elefante —dijo Gavroche.

Montparnasse, aunque no fuera propenso a extrañarse de nada, no pudo contener una exclamación.

—¡En el elefante!

—Pues sí, ¡en el elefante! —contestó Gavroche—. ¿Pasalgo?

He aquí otra palabra de esa lengua que nadie escribe y todo el mundo habla. Pasalgo quiere decir que si pasa algo de particular.

Tan profunda observación del golfillo devolvió a Montparnasse la serenidad y el sentido común. Pareció sentirse mejor predispuesto hacia el alojamiento de Gavroche.

—¡Ah, bueno, sí, claro, el elefante! —dijo—. ¿Se está a gusto?

—Muy a gusto —dijo Gavroche—. ¡Pera! ¡En serio! No hay corrientes de aire como debajo de los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay un agujero? —preguntó Montparnasse.

—¡Anda, claro! Pero no lo cuentes. Está entre las patas de delante. La pasma no lo ha visto.

—¿Y te metes trepando? Sí, ya me hago cargo.

—Una maniobra de nada, cric, crac, y listo, ya no hay nadie.

Tras un silencio, Gavroche añadió:

—Para estos niños usaré una escalera.

Montparnasse se echó a reír.

—¿De dónde has sacado a esos arrapiezos?

—Son unos criajos que me ha regalado un peluquero.

Pero Montparnasse se había puesto muy meditabundo.

—Me has reconocido con mucha facilidad —susurró.

Se sacó del bolsillo dos objetos pequeños que no eran sino dos cañones de pluma envueltos en algodón y se metió uno en cada orificio de la nariz. Así tenía una nariz diferente por completo.

—Te dejan muy cambiado —dijo Gavroche—. Estás menos feo; deberías llevarlos siempre.

Montparnasse era un guapo mozo, pero a Gavroche le gustaba tomar el pelo a la gente.

—En serio —preguntó Montparnasse—, ¿qué te parezco?

También le había cambiado el sonido de la voz. En un abrir y cerrar de ojos, Montparnasse estaba irreconocible.

—¡Ay, sí, haz de Porrichinela! —exclamó Gavroche.

Los dos niños, que no habían atendido a nada hasta entonces, muy ocupados en meterse ellos también los dedos en las narices, se acercaron al oír ese nombre y miraron a Montparnasse con un inicio de regocijo y admiración.

Desafortunadamente, Montparnasse estaba preocupado.

Le puso la mano en el hombro a Gavroche y le dijo, recalcando las palabras:

—Mira lo que te digo, chico, si estuviera aquí en la plaza, con mi dogo, mi daga y mi digna y me prodigaseis digamos que cincuenta céntimos, digo yo, haría la función, pero no estamos a martes de carnaval.

Aquella frase tan rara causó en el golfillo un efecto singular. Se volvió con presteza, paseó con concentrada atención los ojillos brillantes en torno y divisó a pocos pasos a un guardia que les daba la espalda. Gavroche soltó un ¡ah, ya! que reprimió en el acto y, dándole un apretón de manos a Montparnasse, le dijo:

—Bueno, pues buenas noches, me voy a mi elefante con mis críos. Suponiendo que me necesites una noche, puedes ir a buscarme ahí. Vivo en el entresuelo. No hay portero. Pero puedes preguntar por el señor Gavroche.

—Muy bien —dijo Montparnasse.

Y se separaron, yéndose Montparnasse hacia La Grève y Gavroche hacia La Bastille. El niño de cinco años, de quien iba tirando su hermano, de quien iba tirando Gavroche, volvió la cabeza varias veces para ver cómo se iba «Porrichinela».

En la frase ininteligible con la que Montparnasse había avisado a Gavroche de la presencia del guardia no había más talismán que la repetición cinco o seis veces, y bajo formas varias, de la sílaba *dig,* u otras que sonasen parecidas. Esa sílaba, pronunciada no aisladamente, sino mezclada artísticamente con las palabras de una frase, quiere decir: *Cuidado, que no se puede hablar libremente*. Había además en la frase de Montparnasse una exquisitez literaria en la que no se fijó Gavroche: *mi dogo, mi daga y mi digna*, un dicho de la jerga de Le Temple que quiere decir: *mi perro, mi navaja y mi mujer*,

y que usaban mucho los cómicos y los payasos de aquel siglo de oro en que escribía Molière y dibujaba Callot.

Hace veinte años, se veía aún en la esquina que está al sudeste de la plaza de La Bastille, cerca de la estación del canal excavada en el antiguo foso de la cárcel y fortaleza, un monumento peculiar que se les ha borrado ya de la memoria a los parisinos y habría merecido dejar algún rastro en ella pues fue una idea del «miembro del Instituto y general en jefe del ejército de Egipto».

Decimos monumento, aunque no fuera más que una maqueta. Pero aquella maqueta en sí, esbozo prodigioso, cadáver grandioso de una idea de Napoleón que dos o tres ráfagas de viento sucesivas se llevaron y arrojaron cada vez más lejos de nosotros, se había convertido en histórica y había adquirido un toque definitivo que contrastaba con su aspecto provisional. Se trataba de un elefante de cuarenta pies de alto, de armazón de madera y obra, que llevaba en el lomo la correspondiente torre, que parecía una casa, que antaño pintó de verde un pintamonas cualquiera y que habían ya pintado de negro el cielo, la lluvia y el tiempo. En esa esquina desierta y desguarnecida de la plaza, la ancha frente del coloso, la trompa, los colmillos, la gigantesca grupa, las cuatro patas semejantes a columnas formaban, de noche, contra el fondo del cielo estrellado, una silueta sorprendente y tremenda. No se sabía qué significaba. Era como un símbolo de la fuerza popular. Era algo sombrío, enigmático e inmenso. Era a saber qué fantasma poderoso, visible y a pie firme junto al espectro invisible de la Bastilla.

Pocos forasteros visitaban aquel edificio, y ningún transeúnte lo miraba. Se estaba cayendo a pedazos; estación tras estación, los cascotes que se le desprendían de los costados lo cubrían de llagas repulsivas. Los «ediles», como se dice en dialecto elegante, ya no se acordaban de él desde 1814. Allí estaba, en su rincón, cetrino, enfermo, en ruinas, rodeado de una empalizada podrida que ensuciaban continuamente los cocheros borrachos; unas grietas le corrían por el vientre, un listón le salía de la cola, los hierbajos le crecían entre las patas; y, como el nivel de la plaza llevaba treinta años elevándose alrededor, con ese movimiento lento y continuo que empuja hacia arriba de forma insensible el suelo de las grandes ciudades, estaba en un agujero y parecía que la tierra se hundía con su peso. Era inmundo, despreciado, repulsivo y soberbio, feo desde

el punto de vista del burgués, melancólico desde el punto de vista del pensador. Era en parte un desperdicio que iban a barrer y en parte algo majestuoso que iban a decapitar.

Como ya hemos dicho, cambiaba de aspecto de noche. La noche es el entorno auténtico para todo cuanto sea sombra. En cuanto caía el crepúsculo, el elefante viejo se transfiguraba; se convertía en una silueta tranquila y temible entre la formidable serenidad de las tinieblas. Como pertenecía al pasado, pertenecía a la noche; y aquella oscuridad entonaba bien con su grandeza.

Aquel monumento, rudo, achaparrado, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero, desde luego, majestuoso e impregnado de una gravedad espléndida y salvaje, desapareció para dejar que imperase en paz esa especie de estufa gigantesca que lleva el correspondiente cañón por ornato y ha sustituido a la sombría fortaleza de nueve torres, más o menos de la misma forma que la burguesía sustituyó al feudalismo. Es de lo más lógico que un cañón de estufa sea el símbolo de una época cuyo poder reside en una marmita. Esta época pasará; ya está pasando; empezamos a entender que, si bien en una caldera puede haber fuerza, sólo puede haber poder en un cerebro; dicho de otro modo, que lo que conduce el mundo y tira de él no son las locomotoras, son las ideas. Enganchad las locomotoras a las ideas, bien está; pero no confundáis al caballo con el jinete.

En cualquier caso, volviendo a la plaza de La Bastille, el arquitecto del elefante había conseguido hacer con escayola algo grande; el arquitecto del cañón de estufa consiguió hacer algo pequeño con bronce.

A ese cañón de estufa, que bautizaron con un nombre sonoro y llamaron la Columna de julio, a ese monumento fallido de una revolución abortada, lo envolvía aún en 1832, como una camisa, un armazón gigantesco de madera, que, en lo que a nosotros se refiere, echamos de menos, y un amplio recinto que cercaba una empalizada de tablones, que remataba el aislamiento del elefante.

Fue a ese rincón de la plaza, que iluminaba apenas el reflejo de un farol alejado, hacia donde condujo el golfillo a los dos críos.

Permítasenos interrumpirnos al llegar aquí y recordar que hablamos, sencillamente, de la realidad y que, hace veinte años, los tribunales correccionales tuvieron que juzgar, por vagabundeo de menores y deterioro de monumento público, a un niño a quien

sorprendieron durmiendo dentro del elefante de La Bastille.

Tras dejar constancia de ese hecho, proseguimos.

Al llegar a las proximidades del coloso, Gavroche cayó en la cuenta del efecto que puede hacerle lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño y dijo:

—¡Mocosos! No tengáis miedo.

Luego, entró por una boquera de la empalizada del recinto del elefante y ayudó a los críos a salvar la brecha. Los dos niños, algo asustados, iban tras Gavroche sin decir palabra y se ponían en las manos de aquella menuda providencia harapienta que les había dado pan y les había prometido un techo.

Había allí, en el suelo, y paralela a la empalizada, una escalera que usaban de día los trabajadores de la obra contigua. Gavroche la levantó con singular vigor y la apoyó en una de las patas delanteras del elefante. Por la zona en que terminaba la escalera se divisaba una especie de agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche les señaló la escalera y el agujero a sus huéspedes y les dijo:

—Subid y entrad.

Los dos niños se miraron aterrados.

—¡Tenéis miedo, criajos! —exclamó Gavroche.

Y añadió:

—Vais a ver.

Se abrazó a la pata rugosa del elefante y, en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse recurrir a la escalera, llegó hasta la grieta. Se metió por ella como una culebra que se desliza por una raja y, momentos después, los dos niños vieron aparecer vagamente, como una forma blanquecina y descolorida, su cara pálida al filo de un agujero repleto de tinieblas.

—¡Venga! —gritó—. ¡Subid, pispajillos! ¡Vais a ver qué bien se está! ¡Sube, tú! —le dijo al mayor—. Que yo te doy la mano.

Los niños se dieron entre sí con el hombro; el golfillo los asustaba y los tranquilizaba a la vez, y además llovía mucho. El mayor se arriesgó. Al menor, al ver que su hermano subía y que se quedaba solo entre las patas de aquel bicho tan grande, le entraban muchas ganas de llorar, pero no se atrevía a subir.

El mayor trepaba, dando traspiés, por los barrotes de la escalera; Gavroche, mientras lo hacía, le daba ánimos con exclamaciones de

maestro de armas a sus alumnos o de mulero a sus mulas:

—¡Sin miedo!

»¡Eso es!

»¡Sigue, sigue!

»¡Pon el pie allí!

»Y la mano aquí.

»¡Venga, valiente!

Y, cuando lo tuvo a su alcance, lo agarró de golpe y con fuerza por el brazo y tiró de él hacia arriba.

—¡Para adentro! —dijo.

El crío había cruzado la grieta.

—Ahora —dijo Gavroche— espérame. Caballero, tenga la bondad de sentarse.

Y, saliendo de la grieta como había entrado, se escurrió con la agilidad de un tití por la pata del elefante, cayó de pie en la hierba, agarró al niño de cinco años rodeándolo con los brazos, lo colocó a la mitad de la escalera y luego empezó a subir detrás de él, gritándole al mayor:

—Yo lo empujo y tú tiras de él.

Visto y no visto: subieron al niño, lo empujaron, tiraron de él, le dieron unos cuantos empellones y lo metieron por el agujero sin que le hubiera dado tiempo a enterarse; y Gavroche, que entró detrás, le dio un talonazo a la escalera, que cayó sobre el césped, empezó a aplaudir y gritó:

—¡Ya estamos aquí! ¡Viva el general Lafayette!

Tras este estallido, añadió:

—Arrapiezos, estáis en mi casa.

Efectivamente, Gavroche estaba en su casa.

¡Ah, utilidad inesperada de lo inútil! ¡Caridad de las cosas grandes! ¡Bondad de los gigantes! Este monumento desmesurado que había albergado el pensamiento del emperador se había convertido en receptáculo de un golfillo. El coloso había admitido y dado cobijo al niño. Los vecinos acomodados y vestidos con la ropa de los domingos que pasaban delante del elefante de La Bastille gustaban de decir, mirándolo de arriba abajo con una expresión despectiva en los ojos saltones: «¿Y esto para qué sirve?». Servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo y de la lluvia, para guarecer del viento invernal, para preservar del sueño entre el

barro, que da fiebre, y del sueño en la nieve, que trae la muerte, a una criatura sin padre ni madre ni pan, sin ropa ni asilo. Servía para acoger el inocente a quien rechazaba la sociedad. Servía para mermar la culpa pública. Era una madriguera que se le abría a aquel que tenía todas las puertas cerradas. Era como si el mastodonte viejo, paupérrimo, del que se habían adueñado la miseria y el olvido, cubierto de verrugas, de mohos y de úlceras, tambaleante, apolillado, abandonado, condenado, aquella especie de mendigo colosal que pedía en vano la limosna de una mirada benevolente en medio de la glorieta, se hubiera compadecido de aquel otro mendigo, de aquel pobre pigmeo que andaba sin zapatos en los pies, sin techo sobre la cabeza, echándose el aliento en los dedos, vestido de trapos viejos y que se alimentaba de lo que los demás tiraban. Para eso servía el elefante de La Bastille. Aquella idea de Napoleón, que habían desdeñado los hombres, la había tomado por su cuenta Dios. Lo que sólo habría sido ilustre se había convertido en augusto. El emperador, para llevar a cabo lo que tenía en la cabeza, habría necesitado pórfido, bronce, hierro, oro y mármol; a Dios le bastaba aquel ensamblaje viejo de tablones, vigas y escayola. El emperador tuvo el sueño; aquel elefante titánico, armado, prodigioso, que llevaba la trompa alzada y una torre en el lomo y del que brotaban por todos lados unas aguas jubilosas y vivificantes, quería ser la encarnación del pueblo; Dios lo había convertido en algo más grande, y era el alojamiento de un niño.

El agujero por el que había entrado Gavroche era una brecha que apenas se veía desde fuera, pues se ocultaba, como ya hemos dicho, en el vientre del elefante, y era tan estrecha que sólo los gatos y los chiquillos podían caber por ella.

—Empecemos —dijo Gavroche— por decirle al portero que no estamos para nadie.

E, internándose en las sombras con seguridad, como alguien que conoce su vivienda, cogió un tablón y tapó el agujero.

Gavroche volvió a internarse en la oscuridad. Los niños oyeron el hervor de la cerilla cuando se mete en la botella fosfórica. La cerilla química no existía aún a la sazón; el mechero Fumade era por entonces la encarnación del progreso.

Una claridad repentina los obligó a guiñar los ojos; Gavroche acababa de encender uno de esos cordeles empapados en resina que

reciben el nombre de cerillo. El cerillo, que daba más humo que luz, permitía vislumbrar de forma confusa el interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en torno y sintieron algo semejante a lo que notaría alguien que estuviera encerrado en el barril grande de Heidelberg o, mejor aún, a lo que tuvo que sentir Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Tenían ante los ojos todo un esqueleto gigantesco que los envolvía. Arriba, una viga grande y parda, de las que salían a trechos unas viguetas cintradas que representaban la columna vertebral y las costillas; colgaban de ellas unas estalactitas de yeso, como si fueran vísceras; y, a ambos lados, telarañas muy anchas formaban diafragmas polvorientos. Podían verse, acá y allá, por los rincones, manchas grandes y negruzcas que parecían vivas y cambiaban de sitio deprisa con movimientos bruscos y asustados.

Los cascotes que, desde el lomo, habían caído dentro del vientre del elefante habían rellenado la cavidad, de forma tal que era posible andar como si hubiera suelo.

El menor de los niños se apretó contra su hermano y dijo a media voz:

—Está oscuro.

Esta frase escandalizó a Gavroche. La expresión petrificada de ambos críos necesitaba un tantarantán.

—Pero ¿esto qué es? —exclamó—. ¿Estamos guasones? ¿Estamos exigentes? ¿Necesitamos el palacio de Les Tuileries? ¿Sois unos cerriles? Que se sepa. Os aviso de que no soy yo del batallón de los tontos. A ver, ¿es que sois los mocos mocosos del moquero del papa?

Cuando uno está espantado, es bueno que lo zarandeen un poco. Resulta tranquilizador. Los dos niños se arrimaron a Gavroche.

Gavroche, paternalmente enternecido por aquella confianza, pasó «de lo serio a lo cariñoso» y, hablándole al más pequeño, le dijo:

—Bobito —y acentuó el insulto con una entonación tierna—, donde está oscuro es fuera. Fuera llueve, y aquí no llueve; fuera hace frío, y aquí no hace ni pizca de viento; fuera hay gente a montones, y aquí no hay ni un alma; fuera no hay ni siquiera luna, y aquí está mi vela, ¡qué demontres!

Los dos niños empezaban a mirar la vivienda con menos susto;

pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplaciones.

—Deprisa —dijo.

Y los empujó hacia lo que nos alegra mucho poder llamar el fondo del cuarto.

Allí tenía la cama.

A la cama de Gavroche no le faltaba de nada. Es decir, que había un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una estera de paja; la manta, un retal bastante grande de lana gris gruesa, muy abrigado y casi nuevo. Y la alcoba era como sigue.

Tres estacas bastante largas, clavadas y aseguradas en los cascotes del suelo, es decir, el vientre del elefante, dos delante y otra detrás, y atadas por arriba con una cuerda, para formar un pabellón piramidal. Encima de ese pabellón iba un enrejado de latón, que estaba superpuesto nada más, pero colocado artísticamente y sujeto con alambres, de forma tal que las tres estacas quedaban enfundadas en él. Una hilera de piedras gruesas fijaba esa alambrada al suelo, todo alrededor, para que no pudiera colarse nada. Aquella alambrada no era sino un trozo de esos con que hacen las pajareras en las casas de fieras. La cama de Gavroche estaba debajo de esa alambrada como en una jaula. El conjunto tenía parecido con una tienda esquimal.

Era esa alambrada la que hacía las veces de cortinas.

Gavroche movió un poco las piedras que sujetaban la alambrada por delante y los dos paños, que se superponían, se apartaron.

—¡Mocosos, a cuatro patas! —dijo Gavroche.

Hizo pasar con cuidado a sus huéspedes dentro de la jaula, luego entró él, arrastrándose, juntó las piedras y cerró herméticamente la abertura.

Los tres estaban echados encima de la estera.

Por muy poca estatura que tuvieran, ninguno habría podido ponerse de pie en esa alcoba. Gavroche seguía con el cerillo en la mano.

—¡Ahora —dijo— a sornar! Voy a suprimir el candelabro.

—Señor —le preguntó el mayor de los hermanos a Gavroche señalando la alambrada—, ¿y esto qué es?

—Esto —dijo Gavroche muy serio— es por las ratas. ¡A sornar!

Se creyó, no obstante, en la obligación de añadir unas cuantas

palabras para instruir a aquellas criaturas de corta edad, y siguió diciendo:

—Son chismes de la Casa de Fieras del Botánico. Los usan para los animales feroces. Tienen un almacén lleno. Basta con saltar una tapia y trepar por una ventana y colarse por una puerta. Y se lleva uno lo que quiera.

Mientras hablaba, arropaba con un trozo de la manta al más pequeño, que susurró:

—¡Ay, qué bien, qué calentito!

Gavroche clavó una mirada satisfecha en la manta.

—También es de la Casa de Fieras —dijo—. Se la cogí a los monos.

Y, enseñándole al mayor la estera encima de la que estaba acostado, muy gruesa y muy bien tejida, añadió:

—Esto era de la jirafa.

Tras una pausa, añadió:

—Los bichos tenían todo esto. Se lo cogí. No les pareció mal. Les dije: Es para el elefante.

Otra pausa, y, luego, añadió:

—Saltas la tapia y a la porra el gobierno. Y ya está.

Los dos niños miraban con un respeto medroso y pasmado a aquel ser intrépido e ingenioso, tan vagabundo como ellos, tan solo como ellos, tan desvalido como ellos, en quien había algo admirable y omnipotente que les parecía sobrenatural y cuya fisonomía incluía todas las muecas de un saltimbanqui viejo mezcladas con la sonrisa más candorosa y encantadora.

—Señor —dijo tímidamente el mayor—, ¿no les tiene miedo a los guardias?

Gavroche se limitó a contestar:

—¡Mocoso! No se dice guardias, se dice la tiña.

El más pequeño tenía los ojos abiertos, pero no decía nada. Como estaba en el filo de la estera, pues el mayor estaba en medio, Gavroche le remetió la manta, como habría hecho una madre, y alzó la estera donde tenía la cabeza, metiendo debajo unos trapos viejos, para que el crío tuviera almohada. Luego, se volvió hacia el mayor.

—¿A que se está tan ricamente aquí?

—Ya lo creo —contestó el mayor, mirando a Gavroche con

expresión de ángel salvado.

Los pobrecitos niños, empapados, estaban empezando a entrar en calor.

—A ver —siguió diciendo Gavroche—: ¿por qué llorabais?

E, indicándole al pequeño a su hermano, añadió:

—Un arrapiezo así, pase; pero que un mayor como tú llore queda de lo más imbécil; ni que fueras un ternero.

—Anda, es que no teníamos casa donde ir —dijo el niño.

—¡Mocoso! —contestó Gavroche—. No se dice casa, se dice telón.

—Y además teníamos miedo solos, de noche.

—No se dice noche, se dice negrera.

—Gracias, señor —dijo el niño.

—Mira —le respondió Gavroche—. No tienes que volver a lloriquear por nada. Yo os cuidaré. Ya verás cómo nos divertimos. En verano, iremos a La Glacière, con Navet, un amigo mío; nos bañaremos en la estación, correremos desnudos por los techos de los trenes delante del puente de Austerlitz, para hacer rabiar a las lavanderas. Gritan y se pican. ¡Ya verás qué gracia tienen! Iremos a ver al hombre esqueleto. Está vivo. En Les Champs-Élysées. Está de lo más flaco, el individuo. Y además os llevaré al teatro. Iremos a ver a Frédérick-Lemaître. Tengo entradas, conozco a actores, hasta he actuado una vez en una obra. Con otros críos; corríamos debajo de una tela y hacíamos el mar. Ya haré yo que os contraten en mi teatro. Iremos a ver a los salvajes. No son salvajes de verdad. Llevan unas mallas de color de rosa que hacen arrugas y en los codos se les ven remiendos de hilo blanco. Luego iremos a la Ópera. Entraremos con los de la claque. La claque de la Ópera tiene muy buena gente. Yo no iría con la claque de los bulevares. Fíjate que en la Ópera los hay que pagan un franco, pero son unos bobos. Los llamamos blandengues. Y además iremos a ver cómo guillotinan. Os enseñaré al verdugo. Vive en la calle de Les Marais. El señor Sanson. Tiene un buzón en la puerta. ¡Lo bien que nos lo pasamos!

En ese momento, le cayó en el dedo a Gavroche una gota de cera, lo que le hizo tomar conciencia de las realidades de la vida.

—¡Caramba! —dijo—. Se está gastando la mecha. ¡Ojo, que no puedo gastar más de cinco céntimos al mes en iluminación! Cuando uno se acuesta, es para dormir. No nos da tiempo a leer las novelas

del señor Paul de Kock. Y, además, la luz podría colarse por las rendijas de la puerta cochera. ¡Como para que la viera la tiña!

—Y también —dijo tímidamente el mayor, que era el único que se atrevía a charlar con Gavroche y a contestarle— podría caer una pavesa en la paja; hay que tener cuidado y no quemar la casa.

—No se dice quemar la casa —dijo Gavroche—, se dice achicharrar el garito.

La tormenta iba a más. Entre el retumbar de los truenos se oía cómo el chaparrón golpeaba en el lomo del elefante.

—¡Que se fastidie la lluvia! —dijo Gavroche—. Me gusta oír correr el jarro por las patas de la casa. El invierno es imbécil; malgasta la mercancía y trabaja a lo tonto; no puede mojarnos y por eso refunfuña, el aguador viejo ese.

Tras esa alusión al trueno, todas cuyas consecuencias aceptaba Gavroche, como buen filósofo del siglo XIX que era, vino un relámpago tremendo, tan deslumbrador que algo de él se coló dentro del vientre del elefante por la grieta. Casi al mismo tiempo rugió el rayo, y con mucha furia. Los dos niños soltaron un grito y se incorporaron con tanta brusquedad que casi apartaron la alambrada; pero Gavroche volvió hacia ellos la cara atrevida y aprovechó el trueno para soltar la carcajada.

—Tranquilos, niños. No vale darle empellones al edificio. ¡Buen trueno, y venga en buena hora! ¡No ha sido un relampaguito de nada! ¡Muy bien, Dios, mecachis! Te ha quedado casi tan bien como en el teatro de L'Ambigu.

Dicho esto, volvió a arreglar la alambrada, empujó con suavidad a los niños para que pusieran la cabeza en la almohada, les bajó las rodillas para que se estirasen bien y exclamó:

—Como Dios enciende su candela, así puedo yo apagar la mía. Niños, humanos pequeños míos, hay que dormir. No dormir es malísimo. Le ruge a uno la loba o, como se dice en la buena sociedad, le apesta la boca. ¡A envolverse bien en la farda! Voy a apagar. ¿Ya estáis?

—Sí —susurró el mayor—. Estoy bien. Tengo como plumas debajo de la cabeza.

—No se dice la cabeza —voceó Gavroche—. Se dice la chola.

Los dos niños se acurrucaron uno contra otro. Gavroche acabó de colocarlos bien en la estera y les subió la manta hasta las orejas:

luego, repitió por tercera vez la intimación en lengua para iniciados:

—¡A sornar!

Y apagó el cerillo de un soplido.

No bien se apagó la luz, un estremecimiento singular empezó a mover la alambrada bajo la que estaban acostados los tres niños. Era una multitud de roces sordos que tenían un sonido metálico, como si unas uñas y unos dientes chirriasen en el alambre. Y lo acompañaban todo tipo de chilliditos agudos.

El niño de cinco años, al oír este alboroto por encima de la cabeza, aterido de espanto, dio un codazo a su hermano mayor; pero el hermano mayor ya estaba «sornando», como le había ordenado Gavroche. Entonces el niño, que no podía más de miedo, se atrevió a dirigirle la palabra a Gavroche, pero muy bajito y conteniendo el aliento:

—¡Señor!

—¿Qué? —dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es eso?

—Son las ratas —contestó Gavroche.

Y volvió a poner la cabeza en la estera.

Efectivamente, las ratas pululaban a miles dentro de la carcasa del elefante; eran aquellas manchas negras y vivas que ya hemos mencionado y que la luz de la vela había mantenido a distancia mientras había estado encendida; pero en cuanto la cueva, que era como su propia ciudad, volvió a quedarse a oscuras, oliendo eso que el estupendo narrador Perrault llama «la carne fresca», se habían abalanzado en tropel sobre la tienda de Gavroche, habían trepado hasta arriba y mordían las mallas como si intentasen perforar ese nuevo modelo de mosquitero.

Pero el niño no se dormía.

—¡Señor! —volvió a decir.

—¿Qué? —dijo Gavroche.

—¿Qué son las ratas?

—Son ratones.

Esta explicación tranquilizó algo al niño. Había visto ratones blancos y no le habían dado miedo. Sin embargo, volvió a alzar la voz:

—¡Señor!

—¿Qué? —contestó Gavroche.

—¿Por qué no tiene un gato?

—Tuve uno —contestó Gavroche—; traje uno; pero me lo comieron.

Esta segunda explicación acabó con la obra de la primera y el niño volvió a temblar de miedo. Se reanudó por cuarta vez el diálogo entre él y Gavroche.

—¡Señor!

—¿Qué?

—¿A quién se comieron?

—Al gato.

—¿Quién se comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, a quien dejaban consternado esos ratones que se comen a los gatos, añadió:

—Señor, ¿y esos ratones nos comerían a nosotros?

—¡Ya lo creo! —dijo Gavroche.

El terror del niño llegó al colmo. Pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo, que no pueden entrar! ¡Y además aquí estoy yo! Mira, dame la mano. ¡Cállate y a sornar!

Según lo decía, Gavroche le cogió la mano al niño por encima de su hermano. El niño se arrimó a esa mano y notó que se tranquilizaba. El valor y la fuerza se comunican de esas formas misteriosas. Había vuelto el silencio; el ruido de las voces había asustado y alejado a las ratas; al cabo de unos minutos, por mucho que regresaron y escandalizaron, los tres chiquillos, sumidos en el sueño, no oyeron ya nada.

Trascurrieron las horas de la noche. Las sombras cubrían la enorme plaza de La Bastille; soplaba a ráfagas un viento frío mezclado con lluvia; las patrullas husmeaban en las puertas cocheras, los paseos, los cercados, los rincones oscuros, en busca de vagabundos nocturnos, y pasaban sin hacer ruido cerca del elefante; el monstruo, de pie e inmóvil con los ojos abiertos en las tinieblas, parecía soñador, como satisfecho de su buena acción, y protegía del cielo y de los hombres a los tres pobres niños dormidos.

Para entender lo que viene a continuación, debemos recordar

que el cuerpo de guardia de la plaza de La Bastille estaba en la otra punta de la plaza y lo que sucedía cerca del elefante los centinelas no podían ni verlo ni oírlo.

Estaba acabando esa hora inmediatamente anterior al alba cuando salió a la carrera un hombre de la calle de Saint-Antoine, dio la vuelta al extenso espacio vallado de la Columna de julio y se escurrió por entre las empalizadas hasta llegar bajo el vientre del elefante. Si una luz cualquiera hubiera permitido ver a ese hombre, habría podido intuirse, por lo mojado que estaba, que se había pasado la noche sin resguardarse de la lluvia. Al llegar debajo del elefante, dio un grito raro que no pertenece a lengua humana alguna y sólo una cotorra podría soltar. Repitió dos veces el tal grito, cuya ortografía, que indicamos, permite hacerse una idea muy parcial:

—¡Kirikikiú!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y joven contestó desde el vientre del elefante:

—Sí.

Casi en el acto, se movió la tabla que cerraba el agujero para dejar paso a un niño que bajó por la pata del elefante y fue a caer ágilmente junto al hombre. Era Gavroche. Y el hombre era Montparnasse.

En cuanto al grito, *kirikikiú*, era seguramente a lo que se refería el niño al decir: *Pregunta por el señor Gavroche.*

Se despertó sobresaltado al oírlo, salió a rastras de «la alcoba», apartando un poco la alambrada, que volvió a cerrar luego con mucho cuidado, y, después, abrió la trampilla y bajó.

El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la oscuridad de la noche; Montparnasse se limitó a decir:

—Te necesitamos. Ven a echarnos una mano.

El niño no pidió más aclaraciones.

—Aquí estoy —dijo.

Y ambos se encaminaron hacia la calle de Saint-Antoine, de la que había salido Montparnasse, haciendo eses a toda velocidad entre la larga fila de carretas de los hortelanos que iban a esas horas hacia el Mercado Central.

Los hortelanos, acurrucados en sus vehículos entre las lechugas y las verduras, medio dormidos y enfundados hasta las cejas en los

blusones de carretero porque llovía a más llover, ni siquiera miraron a aquellos curiosos transeúntes.

III

Las peripecias de la evasión

Esto es lo que había sucedido esa misma noche en La Force.

Aunque Thénardier estaba incomunicado, Babet, Brujon, Gueulemer y Thénardier se habían puesto de acuerdo para evadirse. Babet lo había hecho por su cuenta ese mismo día, como hemos sabido por lo que le contó Montparnasse a Gavroche. Montparnasse tenía que ayudarlos desde fuera.

A Brujon, que se había pasado un mes en una celda de castigo, le había dado tiempo, primero, a trenzar una cuerda y, después, a madurar un plan. Hace tiempo, esos lugares severos donde la disciplina de la cárcel deja al condenado sin más recursos que los propios, los componían cuatro paredes de piedra, un techo de piedra, un suelo de baldosas, un catre de tijera, un ventano con rejas y una puerta forrada de hierro, y eso se llamaba *calabozo;* pero se impuso la creencia de que el calabozo era excesivamente espantoso; ahora se compone de una puerta de hierro, un ventano con rejas, un catre de tijera, un suelo de baldosas, un techo de piedra, cuatro paredes de piedra y se llama *celda de castigo*. Entra algo de luz a eso de las doce de la mañana. El inconveniente de esas celdas que, como vemos, no son calabozos, es que les deja tiempo para pensar a personas a las que habría que tener trabajando.

Así que Brujon había pensado y había salido de la celda de castigo con una cuerda. Como en el patio Charlemagne lo daban por muy peligroso, lo pusieron en el Edificio Nuevo. Lo primero con que se encontró en el Edificio Nuevo fue con Gueulemer; lo segundo fue con un clavo; Gueulemer, es decir, el crimen; un clavo, es decir, la libertad.

Brujon, de que quien ya es hora de que nos hagamos una idea

completa, era, aunque aparentase ser de constitución delicada y languidez hondamente premeditada, un individuo educado, inteligente y ladrón, de mirada acariciadora y sonrisa atroz. La mirada era fruto de la voluntad, y la sonrisa, del carácter. Sus primeros estudios del arte que practicaba se centraron en los tejados; contribuyó a que avanzase mucho la industria de esos que arrancan el plomo, dejando pelados los tejados, y desguazan los canalones recurriendo al procedimiento que se conoce por *el mondongo*.

Lo que hacía aún más favorable aquel momento para llevar a cabo un intento de evasión era que los plomeros y retejadores estaban precisamente por entonces reparando y remendando parte de las tejas de la cárcel. El patio Saint-Bernard no estaba ya aislado del todo del patio Charlemagne y del patio Saint-Louis. Había por las alturas andamios y escaleras; dicho con otras palabras, puentes y escaleras que daban a la libertad.

El Edificio Nuevo, que era lo más lleno de grietas y más decrépito que darse pueda, era el punto débil de la cárcel. El salitre se había comido tanto las paredes que no había quedado más remedio que forrar con un revestimiento de madera las bóvedas de los dormitorios, porque se desprendían de ellas piedras que les caían encima a los presos cuando estaban acostados. Pese a ser tan vetusto, se cometía el error de encerrar en el Edificio Nuevo a los acusados más conflictivos, de alojar en él a «las acusaciones de peso», como se dice en la cárcel.

En el Edificio Nuevo había cuatro dormitorios, en plantas sucesivas, y un sotabanco conocido por Le Bel-Air. Un cañón de chimenea, probablemente de alguna antigua cocina de los duques de La Force, arrancaba de la planta baja, atravesaba los cuatro pisos, dividía en dos todos los dormitorios, donde tenía la apariencia de un pilar chato, y salía por el tejado.

Gueulemer y Brujon estaban en el mismo dormitorio. Los habían puesto, por precaución, en la planta baja. Y, obra del azar, la cabecera de las camas de ambos iban pegadas al cañón de la chimenea.

Tenían a Thénardier exactamente encima de la cabeza, en el sotabanco que se llamaba Le Bel-Air.

El transeúnte que se detenga en la calle de Culture-Sainte-

Catherine, pasado el cuartelillo de bomberos, delante de la puerta cochera de la casa de baños, ve un patio lleno de flores y de arbustos en cajas de madera, al fondo del cual se abren las dos alas de una rotonda blanca y pequeña que alegran unas contraventanas verdes, el sueño bucólico de Jean-Jacques. No hará más de diez años, por encima de esa rotonda se alzaba un muro negro, enorme, espantoso, desnudo, al que iba adosada. Era el muro del camino de ronda de La Force.

Ver aquel muro detrás de aquella rotonda era como vislumbrar a Milton detrás de Berquin.

Por elevado que fuera aquel muro, había un tejado que lo sobrepasaba y podía verse más lejos. Era el tejado del Edificio Nuevo. Destacaban cuatro tragaluces abuhardillados y con rejas; eran las ventanas de Le Bel-Air. Una chimenea atravesaba el tejado; era la chimenea que pasaba por los dormitorios.

El Bel-Air, ese sotabanco del Edificio Nuevo, era algo así como un amplio almacén abuhardillado que cerraban verjas dobles y puertas forradas de chapa y consteladas de clavos desmesurados. Cuando se entraba por el norte, a la izquierda caían los cuatro tragaluces y, a la derecha, enfrente de los tragaluces, cuatro jaulas cuadradas bastante amplias, espaciadas entre sí y que separaban unos corredores estrechos, de obra hasta media pared y, el resto, hasta el techo, con barrotes de hierro.

Thénardier estaba incomunicado en una de esas jaulas desde la noche del 3 de febrero. Nunca pudo saberse cómo y por connivencia con quién consiguió y escondió una botella de ese vino que inventó, dicen, Desrues, que lleva un narcótico y que hizo famoso la banda de los *Adormecedores*.

En muchas cárceles existen empleados traidores, a medias carceleros y a medias ladrones, que echan una mano en las evasiones, venden a la policía una domesticidad infiel y sisan lo que pueden.

Esa misma noche, pues, en que Gavroche dio asilo a los dos niños vagabundos, Brujon y Gueulemer, que sabían que Babet, que se había escapado esa misma mañana, los estaba esperando en la calle, y también Montparnasse, se levantaron sin hacer ruido y empezaron a agujerear, con el clavo que había encontrado Brujon, el cañón de chimenea al que tenían pegadas las camas. El escombro

caía encima de la cama de Brujon, así que no podía oírlos nadie. Los chubascos, cuyo ruido se mezclaba con el de los truenos, movían las puertas en los goznes y convertían la cárcel en un estruendo terrible e inútil. Los presos que se despertaron hicieron como que se volvían a dormir y dejaron a lo suyo a Gueulemer y Brujon. Antes de que le llegase ruido alguno al vigilante que dormía en la celda enrejada que daba al dormitorio, ya habían agujereado la pared, subido por la chimenea y forzado el enrejado de hierro que cerraba el orificio superior del cañón y ya estaban en el tejado los dos respetables bandidos. La lluvia y el viento arreciaban y el tejado estaba resbaladizo.

—¡Qué buena negrera para una pértiga![43] —dijo Brujon.

Un abismo de seis pies de ancho y ochenta de profundidad los separaba del muro de ronda. En lo hondo de aquel abismo veían relucir en la oscuridad el fusil de un centinela. Ataron a los trozos de los barrotes de la chimenea, que acababan de retorcer, una punta de la cuerda que Brujon había fabricado en el calabozo, echaron la otra punta por encima del muro de ronda, salvaron de un salto el abismo, se asieron al caballete del muro, pasaron por encima, se deslizaron por la cuerda uno detrás de otro hasta un tejadillo pegado a la casa de baños, recogieron la cuerda, saltaron al patio de esa casa, lo cruzaron, abrieron el montante del portero, junto al que colgaba el cordón, tiraron de él, abrieron la puerta cochera y se encontraron en la calle.

No hacía ni tres cuartos de hora que se habían levantado de la cama, entre las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la cabeza.

Pocos instantes después ya se habían reunido con Babet y Montparnasse, que andaban rondando por los alrededores.

Al tirar de la cuerda para recogerla, se les había roto y se había quedado un trozo en el tejado, atado a la chimenea. Por lo demás, no les había ocurrido más percance que haberse despellejado las manos casi por completo.

Aquella noche, Thénardier estaba al tanto de todo, sin que haya podido saberse cómo, y no dormía.

Hacia la una de la madrugada, la noche estaba muy oscura, pero vio pasar dos sombras por el tejado, entre la lluvia y el turbión, por delante del tragaluz que caía delante de su celda. Una de ellas se

detuvo ante el tragaluz el tiempo que se tarda en echar una ojeada. Era Brujon. Thénardier lo reconoció y entendió lo que estaba pasando. No hizo falta más.

A Thénardier, que constaba como ladrón escabechador y estaba acusado de encerrona con nocturnidad, lo vigilaban continuamente. Un centinela, a quien relevaban cada dos horas, paseaba por delante de su jaula con el fusil cargado. Alumbraba Le Bel-Air un aplique. El preso llevaba en los pies unos grillos que pesaban cincuenta libras. Todos los días, a las cuatro de la tarde, un guardián, que llevaba dos dogos de escolta —así era como se procedía aún por entonces—, entraba en la jaula, dejaba junto a la cama un pan negro de dos libras, un jarro de agua y una escudilla llena de un caldo bastante flojo donde nadaban unas cuantas alubias; revisaba los grillos y golpeaba los barrotes. El hombre aquel, con sus dogos, volvía dos veces por la noche.

A Thénardier le habían dado permiso para tener algo parecido a una clavija de hierro que usaba para colgar el pan en una rendija de la pared, «para —a lo que decía— ponerlo fuera del alcance de las ratas». Como no perdían de vista a Thénardier, no les había parecido que hubiese inconveniente en dejarle la clavija. No obstante, se acordaron luego de que un guardián había dicho: «Valdría más dejarle sólo una clavija de madera».

A las dos de la madrugada relevaron al centinela, que era un soldado viejo, y, en su lugar, se quedó un recluta. Poco después, hizo la ronda el hombre de los perros y se fue sin que le llamase nada la atención, a no ser que el «sorche» era jovencísimo y tenía «pinta de rústico». Dos horas después, a las cuatro, cuando fueron a relevar al recluta, se lo encontraron dormido y tirado en el suelo, inerte, cerca de la jaula de Thénardier. En cuanto a Thénardier, ya no estaba. En las baldosas estaban los grillos, rotos. Había un agujero en el techo de la jaula y, encima, otro agujero en el tejado. Había arrancado una tabla de la cama y, seguramente, se la había llevado, porque no apareció. También encontraron en la jaula una botella medio vacía del licor estupefaciente con el que había dormido al soldado. La bayoneta del soldado había desaparecido.

Cuando descubrieron todo aquello, pensaron que Thénardier estaba ya fuera de todo alcance. La verdad es que ya no estaba en el Edificio Nuevo, pero corría todavía un gran peligro.

Thénardier, al llegar al tejado del Edificio Nuevo, encontró lo que quedaba de la cuerda de Brujon colgando de los barrotes de la trampilla superior de la chimenea, pero el trozo roto no era lo bastante largo y no pudo escapar saltándose el camino de ronda, como habían hecho Brujon y Gueulemer.

Cuando se dobla la esquina de la calle de Les Ballets para entrar en la calle de Le Roi-de-Sicile, se topa uno casi enseguida con una cavidad sórdida. Había allí en el siglo pasado una casa de la que no queda ya sino la pared del fondo, la pared de un auténtico caserón que alcanza la altura de un tercer piso entre los edificios colindantes. Se reconocen esas ruinas por los dos ventanales cuadrados que quedan aún: el del medio, el más próximo al gablete de la derecha, lo cierra una vigueta carcomida unida a la viga de carga. A través de esas ventanas se intuía a veces un trozo de la muralla del camino de ronda de La Force.

El hueco que dejó en la calle la casa derribada lo llena a medias una empalizada de tablas podridas que apuntalan cinco mojones de piedra. En ese cercado se oculta una casucha que se apoya en lo que queda en pie de las ruinas. En la empalizada hay una puerta que, hace unos cuantos años, cerraba sólo con una falleba.

A la cresta de esas ruinas es adonde había llegado Thénardier a las tres de la mañana más o menos.

¿Cómo había llegado ahí? Nunca ha podido ni saberse ni hallarle explicación. Los relámpagos debieron de ser a un tiempo una molestia y una ayuda. ¿Usó las escaleras y los andamios de los retejadores para recorrer, de tejado en tejado, de cerca en cerca, de compartimento en compartimento, los edificios del patio Charlemagne, luego los edificios del patio Saint-Louis, el muro de ronda y, desde allí, el caserón de la calle de Le Roi-de-Sicile? Pero en aquel trayecto había soluciones de continuidad que parecían convertirlo en impracticable. ¿Había colocado la tabla de la cama para que hiciera de puente desde el tejado de Le Bel-Air y el muro del camino de ronda y se había arrastrado boca abajo por el gablete del muro de ronda, dando la vuelta a toda la cárcel hasta llegar al caserón? Pero el muro del camino de ronda de La Force lo remataba una línea dentada y desigual que subía y bajaba, iba hacia abajo a la altura del cuartelillo de bomberos y hacia arriba a la altura de la casa de baños; lo interrumpían otras edificaciones; no era igual de

alto al pasar por el palacete de Lamoignon que por la calle Pavée; tenía por todas partes descensos y ángulos rectos; y, además, los centinelas deberían haber visto la silueta oscura del fugitivo; también por todo esto el recorrido de Thénardier sigue siendo casi inexplicable. De ambas formas, la evasión era imposible. Thénardier, con la inspiración de esa tremenda sed de libertad que convierte los precipicios en cunetas, las verjas de hierro en cañizos, a un inválido sin piernas en un atleta, a un gotoso en un ave, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia y la inteligencia en genialidad, ¿inventó o improvisó una tercera forma? Nunca se ha sabido.

No siempre podemos percatarnos de las maravillas de la evasión. Repitamos que el hombre que se escapa está inspirado; el misterioso resplandor de la huida incluye parte de estrella y parte de relámpago; el esfuerzo que tiende a la liberación no es menos sorprendente que el vuelo de unas alas hacia lo sublime; y, de un ladrón escapado, se dice: ¿Cómo pudo escalar ese tejado? De la misma forma que nos preguntamos cómo pudo dar Corneille, ante el dilema: *¿Qué queríais que hiciera contra tres?,* con la respuesta: *Que muriese*.

Fuere como fuere, chorreando sudor, empapado de lluvia, con la ropa hecha jirones, las manos desolladas, los codos ensangrentados y las rodillas heridas, Thénardier llegó a eso que los niños, en su lengua figurada, llaman *la punta* de la pared de las ruinas, se tumbó en ella cuan largo era y, allí, le fallaron las fuerzas. Un desnivel que equivalía a la altura de un tercer piso lo separaba del adoquinado de la calle.

La cuerda que llevaba era demasiado corta.

Allí se quedó, esperando, pálido, agotado, desesperando de tanta esperanza, cubierto aún de oscuridad, pero diciéndose que iba a hacerse de día; espantado al pensar que antes de que transcurrieran unos instantes oiría que daban en el reloj vecino de Saint-Paul las cuatro de la mañana, la hora en que irían a relevar al centinela, y se lo encontrarían dormido debajo del agujero del techo; mirando en estado de estupor, espantosamente hondos, a la luz de los faroles, los adoquines mojados y negros, esos adoquines ansiados y terribles que eran la muerte y eran la libertad.

Se preguntaba si habrían salido con bien de la evasión sus tres

cómplices, si lo habrían oído y si acudirían a ayudarlo. Escuchaba. Salvo una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que estaba allí. Casi todos los hortelanos que bajan desde Montreuil, Charonne, Vincennes y Le Bercy hacia el Mercado Central lo hacen por la calle de Saint-Antoine.

Dieron las cuatro. Thénardier se sobresaltó. A los pocos momentos, ese rumor alarmado y confuso que ocurre tras descubrir una evasión estalló en la cárcel. Le llegaban el ruido de las puertas al abrirlas y cerrarlas, el chirrido de las verjas en sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las llamadas roncas de los porteros, el chocar de las culatas de los fusiles en el adoquinado de los patios. Subían y bajaban luces por las ventanas enrejadas de los dormitorios, una antorcha corría por el sotabanco del Edificio Nuevo, habían llamado a los bomberos del cuartelillo vecino. Sus cascos, que iluminaba la antorcha entre la lluvia, iban y venían por los tejados. Al tiempo, Thénardier veía cómo, por la zona de La Bastille, un tono blanquecino iba aclarando lúgubremente la parte baja del cielo.

Él estaba en lo alto de una pared de diez pulgadas de ancho, tumbado bajo la lluvia, con dos abismos a derecha e izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible y del espanto de una detención segura; y el pensamiento, como el badajo de una campana, oscilaba entre estas dos ideas: «Si me caigo, estoy muerto; si me quedo, me cogen».

En aquella angustia, vio de pronto, aunque la calle estaba aún a oscuras del todo, a un hombre que se escurría pegado a las paredes; llegaba desde la calle Pavée y se detuvo en el hueco sobre el que estaba colgado, como quien dice, Thénardier. Con aquel hombre se reunió otro, que andaba tomando las mismas precauciones; y luego un tercero, y un cuarto. Cuando ya estuvieron juntos esos hombres, uno de ellos alzó la falleba de la puerta de la empalizada y entraron los cuatro en el recinto en que está la casucha. Se hallaban exactamente debajo de Thénardier. Estaba claro que esos hombres habían elegido aquel hueco para poder conversar sin que los vieran los transeúntes ni el centinela que está apostado en la puerta de La Force, a pocos pasos. También es verdad que la lluvia tenía al centinela metido en la garita. Thénardier no llegaba a verles las caras, pero aplicó el oído a lo que decían con la atención

desesperada de un mísero que siente que está perdido.

Le pasó ante los ojos a Thénardier algo parecido a la esperanza: aquellos hombres hablaban en jerga.

El primero decía en voz baja, pero que se oía con claridad:

—Venga, que hay que darse el negro. ¿Qué baratamos aquigo? [44].

El segundo contestó:

—Está cayendo una chupa para dejar sin candela al mengue. Y además va a pasar la madera. Hay un troncho de miranda. ¿Nos van a emplumar aquical?[45].

Esas dos palabras, *aquigo* y *aquical,* que quieren decir las dos *aquí,* y son aquélla de la jerga de los portillos y ésta de la jerga de Le Temple, iluminaron a Thénardier. Al oír *aquigo* reconoció a Brujon, que era maleante de portillos; y al oír *aquical* reconoció a Babet, que, entre todos sus demás oficios, había sido vendedor en Le Temple.

La jerga antigua del siglo de Luis XIV no se habla ya más que en Le Temple; e incluso Babet era el único que la hablaba en toda su pureza. Si no hubiera sido por lo de *aquical,* Thénardier no lo habría reconocido, pues desfiguraba la voz.

Entre tanto había intervenido el tercero.

—Tampoco hay tanta prisa, vemos a esperar otro poco. ¿Quién nos asegura que Thénardier no nos necesita?

Como eso no era jerga, Thénardier reconoció a Montparnasse, que tenía el prurito de elegancia de entender todas las jergas y no hablar ninguna.

En lo referido al cuarto, no decía nada, pero la anchura de espaldas lo denunciaba. Thénardier no tuvo ninguna duda. Era Gueulemer.

Brujon contestó, casi con vehemencia, pero sin alzar la voz.

—¿Qué andas largando? El del fondelo no habrá podido hacer la pértiga. ¡No es artista para tanto! Para esparrabar la sudora y la cobija y coronar una tortusa o un butro en la burda, tener papelas y espadas de garabo, espandar los aros, soltar la tortusa, buscar caleta, hay que ser vivo[46]. El viejo no habrá podido. ¡No tiene oficio!

Babet añadió en esa jerga clásica tan formal que hablaban Poulailler y Cartouche y que es a la jerga atrevida, nueva, expresiva

y arriesgada que utilizaba Brujon lo mismo que la lengua de Racine a la lengua de André Chénier:

—Al del fondelo lo han apalancado. Hay que ser águila. Él es un primo. Lo habrá engallofado un soplador, o a lo mejor un sapo, que se habrá hecho el compadre. Oído al parche, Montparnasse, ¿oyes cómo pían en el talego? Ya has visto cuántas candelas. ¡Te digo que lo han pillado! Se tragará toda la ruina. Yo no ceroteo, no soy de achantarme, ya se sabe, pero no podemos seguir aguantando los caballos porque, si no, nos van a hacer la cusca. No te subas a la parra y vente con nosotros. Y nos trincamos una botella de buen mollate[47].

—A los amigos no se los puede dejar en apuros —refunfuñó Montparnasse.

—¡Te digo yo que lo han guindado! —siguió diciendo Brujon—. ¡A estas horas el fondero no vale un huevo! No podemos hacer nada. ¡Venga, hay que darse el negro, que no para de parecerme que un golondro me echa la pluma![48].

La resistencia de Montparnasse estaba ya muy debilitada; en realidad, aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad de los bandidos, que nunca se abandonan mutuamente, llevaban toda la noche rondando por las inmediaciones de La Force, fuere cual fuere el peligro que estuvieran corriendo, con la esperanza de ver aparecer en lo alto de alguna pared a Thénardier. Pero la noche, que estaba visto que iba cada vez a mejor, era un turbión que tenía las calles desiertas, el frío se iba adueñando de ellos, tenían la ropa empapada, los zapatos rotos, en la cárcel había estallado un barullo intranquilizador, habían pasado las horas, se habían cruzado con patrullas, la esperanza se iba, el miedo volvía, y todo ello los impulsaba a emprender la retirada. El propio Montparnasse, que era quizá hasta cierto punto el yerno de Thénardier, iba cediendo. Unos momentos más y ya se habrían ido. Thénardier jadeaba en lo alto de la pared igual que los náufragos de *La Méduse* en la balsa al ver desvanecerse el barco que había surgido en el horizonte.

No se atrevía a llamarlos; si alguien oía un grito, podía irse todo al traste; se le ocurrió una idea, la última, una iluminación; se sacó del bolsillo el trozo de cuerda de Brujon, que había desatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y la tiró al recinto de la empalizada.

La cuerda cayó a los pies de los hombres.

—¡Una viuda![49] —dijo Babet.

—¡Mi tortusa![50] —dijo Brujon.

—Ahí está el posadero —dijo Montparnasse.

Alzaron la vista. Thénardier asomó un poco la cabeza.

—¡Rápido! —dijo Montparnasse—. ¿Tienes el otro trozo de la cuerda, Brujon?

—Sí.

—Ata los dos trozos; le tiramos la cuerda, la sujeta en la pared y le llegará para bajar.

Thénardier se arriesgó a subir el tono de voz.

—Estoy congelado.

—Ya te haremos entrar en calor.

—No puedo moverme.

—Bajas escurriéndote y nosotros te cogemos.

—Tengo las manos entumecidas.

—Basta con que sujetes la cuerda a la pared.

—No podré.

—Tendrá que subir uno de nosotros —dijo Montparnasse.

—¡Tres pisos! —dijo Brujon.

Un cañón antiguo, de escayola, que era de una estufa que encendían tiempo ha en la casucha, iba reptando por la pared y llegaba casi al sitio en que divisaban a Thénardier. Aquel cañón, con muchas grietas ahora y muy resquebrajado, se cayó más adelante, pero todavía pueden verse las huellas. Era muy estrecho.

—Podríamos subir por ahí —dijo Montparnasse.

—¿Por esa tubería? —exclamó Babet—. ¡Un orgue[51] de ninguna manera! Haría falta un mión[52].

—Haría falta un gua[53] —dijo Brujon.

—¿Y de dónde vamos a sacar un mocoso? —preguntó Gueulemer.

—Un momento —dijo Montparnasse—, que sé a quién recurrir.

Abrió a medias y sin ruido la puerta de la empalizada, comprobó que no pasaba nadie por la calle, salió con precaución, volvió a cerrar la puerta y echó a correr hacia la plaza de La Bastille.

Transcurrieron siete u ocho minutos, ocho mil siglos para Thénardier; Babet, Brujon y Gueulemer no abrían la boca; por fin volvió a abrirse la puerta y apareció Montparnasse, sin resuello, que traía a Gavroche. La calle seguía completamente desierta porque no

había dejado de llover.

Gavroche entró en el recinto y miró con expresión serena aquellas caras de bandido. Le chorreaba el agua por el pelo. Gueulemer le dirigió la palabra.

—Mocoso, ¿eres un hombre?

Gavroche se encogió de hombros y contestó:

—Un mocoso como menda es un orgue; y unos orgues como vosotros son unos mocosos.

—¡Cómo le da a la húmeda el mión![54] —exclamó Babet.

—Los guas de los parises no son moco de pavo —añadió Brujon.

—¿Qué os hace falta? —dijo Gavroche.

Montparnasse contestó:

—Que trepes por esa tubería.

—Con esta viuda —dijo Babet.

—Y que ates la tortusa —añadió Brujon.

—En la parte de arriba de la montante[55] —dijo a su vez Babet.

—Al palo de la bisna[56] —siguió diciendo Bruchon.

—¿Y qué más? —preguntó Gavroche.

—Ya está —dijo Gueulemer.

El golfillo pasó revista a la cuerda, el cañón, el muro y las ventanas e hizo con los labios ese ruido indecible y desdeñoso que significa:

—¿Sólo eso?

—Ahí arriba hay un hombre y lo vas a salvar —añadió Montparnasse.

—¿Lo vas a hacer? —siguió diciendo Brujon.

—¡Qué bobo! —contestó el niño, como si le pareciese una pregunta inaudita; y se descalzó.

Gueulemer agarró a Gavroche con un solo brazo, lo subió al techo de la casucha, cuyos tablones carcomidos cedían bajo el peso del niño, y le dio la cuerda, a la que Brujon había hecho un nudo mientras no estaba Montparnasse. El golfillo fue hacia el cañón, en el que era fácil meterse porque había una grieta de buen tamaño que llegaba hasta el tejado. Cuando iba a empezar a subir, Thénardier, que veía que se le acercaban la salvación y la vida, se asomó al filo de la pared; las primeras claras del alba le teñían de blanco la frente sudorosa, los pómulos lívidos, la nariz afilada y feroz, la barba gris de punta; y Gavroche lo reconoció:

—¡Anda! —dijo—. ¡Si es mi padre!… Bueno, no importa, aunque lo sea…

Y, agarrando la cuerda con los dientes, empezó a trepar muy decidido.

Llegó a lo alto del caserón, se puso a horcajadas en la pared, como si montase a caballo, y ató sólidamente la cuerda al travesaño de arriba del marco de la ventana.

Unos segundos después, Thénardier ya estaba en la calle.

No bien pisó los adoquines, no bien sintió que estaba fuera de peligro, dejó de estar cansado, congelado y tembloroso; las cosas terribles de las que venía se desvanecieron como una humareda; se le despertó por completo la extraña y fiera inteligencia y se vio a pie firme y libre, dispuesto a ir por delante de ella. Ésta fue la primera frase de aquel hombre:

—¿Y ahora a quién nos zampamos?

Huelga explicar el sentido de esa frase atrozmente transparente que quiere decir al tiempo matar, asesinar y desvalijar. *Zampar,* significado auténtico: *devorar.*

—Vamos a apalancarnos bien —dijo Brujon—. Rematamos esto en tres palabras y nos separamos ahora mismo. Había un negocio que tenía buena pinta en la calle de Plumet, una calle desierta, una casa aislada, una verja vieja y podrida que da a un jardín, unas mujeres solas.

—Pues ¿por qué no? —preguntó Thénardier.

—Tu chica, Éponine, fue a ver —contestó Babet.

—Y le dio una galleta a la Magnon —añadió Gueulemer—. Nada que rascar por ahí.

—Mi chica de primavera[57] nada —dijo Thénardier—. Pero habrá que mirar a ver.

—Sí, sí —dijo Brujon—. Habrá que mirar a ver.

Mientras esto sucedía, ninguno de los hombres parecía ya ver a Gavroche, que, durante la conversación, se había sentado en uno de los mojones de la empalizada; hizo algo de tiempo, quizá esperando que su padre se diera la vuelta y lo mirara; luego, volvió a calzarse y dijo:

—¿Se acabó? ¿Ya no me necesitáis, orgues? Ya os he sacado del apuro. Me voy. Tengo que ir a levantar a mis críos.

Y se marchó.

Los cinco hombres salieron del recinto de la empalizada, uno detrás de otro.

Cuando ya había dado Gavroche la vuelta a la esquina de Les Ballets, Babet se llevó a Thénardier aparte.

—¿Te has fijado en el mión ese? —le preguntó.

—¿Qué mión?

—El mión que ha trepado por la pared para llevarte la cuerda.

—No mucho.

—Bueno, pues no estoy seguro, pero me parece que era tu hijo.

—¡Vaya! —dijo Thénardier—. ¿Tú crees?

Y se marchó.

Libro séptimo

La jerga

I

Orígenes

Pigritia es una palabra terrible.

De ella nace, en francés, todo un mundo, *la pègre,* es decir, *el robo;* y un infierno, *la pegrenne,* es decir, *el hambre*.

Y así es como la pereza es madre.

Tiene un hijo: el robo; y una hija: el hambre.

¿En qué estamos? En la jerga.

¿Qué es la jerga? Es, a un tiempo, la nación y el idioma; es el robo en sus dos especies, pueblo y lengua.

Cuando, hace treinta y cuatro años, el narrador de esta historia tan seria y sombría puso en una obra suya[58] escrita con una finalidad similar a la de ésta a un ladrón que hablaba jerga, cundieron el asombro y el escándalo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Jerga? Pero ¡si la jerga es horrorosa! ¡Pero si es la lengua de la chusma, de los presidios, de las cárceles, de lo más abominable de la sociedad! Etc., etc., etc.

Nunca entendimos ese tipo de objeciones.

Ulteriormente, dos novelistas recios, uno de los cuales es un hondo observador del corazón humano y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugène Sue, han puesto en labios de unos bandidos su lengua espontánea, como lo hizo en 1828 el autor de *El último día de un condenado a muerte,* y volvieron a oírse las mismas protestas. Repitieron: «Pero ¿qué pretenden los escritores con ese dialecto indignante? ¡La jerga es odiosa! ¡La jerga da escalofríos!».

¿Quién lo niega? No cabe duda.

Cuando de lo que se trata es de examinar a fondo una llaga, un abismo o una sociedad, ¿desde cuándo es un error avanzar demasiado, llegar hasta el final? Siempre pensamos que era, a

veces, un comportamiento valeroso y, al menos, un acto sencillo, útil, digno de esa atención simpática que se merece el deber aceptado y cumplido. ¿A qué no explorarlo todo, no estudiarlo todo, quedarse por el camino? La que puede pararse es la sonda, pero no el que sondea.

Cierto es que ir a rebuscar en los bajos fondos del orden social, donde acaba la tierra y empieza el barro, hurgar en esas oleadas densas, ir en pos, para hacerse con él y arrojarlo, vivo, al empedrado de la calle, de ese idioma abyecto, que chorrea fango cuando se lo saca así a la luz del día, ese vocabulario pustulento cada una de cuyas palabras parece el anillo inmundo de un monstruo del limo y las tinieblas, no es ni una tarea atractiva ni una tarea fácil. Nada hay más lóbrego cuando se mira así, al desnudo, a la luz del pensamiento, que el pulular amedrentador de la jerga. Parece, efectivamente, un animal horrible creado para la oscuridad al que acaban de sacar a la fuerza de su cloaca. Creemos ver una espantosa maleza viva y erizada que da respingos, se mueve, rebulle, requiere la vuelta a la sombra, amenaza y mira. Esta palabra parece una garra, esta otra, un ojo apagado y sanguinolento; aquella frase parece moverse como la pinza de un cangrejo. Y todo vive con esa vitalidad repulsiva de las cosas que se organizaron dentro de la desorganización.

Ahora bien, ¿desde cuándo el espanto excluye el estudio? ¿Desde cuándo la enfermedad ahuyenta al médico? ¿Es acaso concebible un naturalista que se negase a estudiar las víboras, los murciélagos, los escorpiones, las escolopendras, las tarántulas, y volviera a enviarlos a las tinieblas diciendo que son feísimos? El pensador que se apartase de la jerga sería como un cirujano que no quisiera tratar una úlcera o una verruga. Sería un filólogo que se pensara si debe examinar un hecho de la lengua; un filósofo que se pensara si debe escudriñar un hecho de la humanidad. Porque, y no nos queda más remedio que decírselo a quienes no lo sepan, la jerga es al tiempo un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué es, en propiedad, la jerga? La jerga es la lengua de la miseria.

Al llegar aquí es posible detenerse; es posible generalizar el hecho, lo que no deja de ser una forma de atenuarlo; se nos puede decir que todos los oficios, todas las profesiones, podríamos incluso añadir que todos los accidentes de la jerarquía social y todas las

formas de la inteligencia tienen su propia jerga. El comerciante que dice: *Montpellier disponible; Marsella buena calidad;* el agente de cambio que dice: *prórroga, prima, a finales del corriente;* el jugador que dice: *tercera y todo, igualo a picas;* el agente judicial de las islas normandas que dice: *el enfeudado cuyo fundo se halle en suspenso no puede reclamar los frutos de dicho fundo durante el embargo hereditario del renunciante;* el autor de vodeviles que dice: *nos reventaron la función;* el actor que dice: *no hemos vendido una escoba;* el filósofo que dice: *triplicidad fenomenal;* el cazador que le dice al perro: *busca perdido, aguanta la marca;* el frenólogo que dice: *amatividad, combatividad, secretividad;* el soldado de infantería que dice: *mi chopo;* el jinete que dice: *mi trotón;* el maestro de armas que dice: *tercera, cuarta, romper;* el cajista de imprenta que dice: *el botador*; todos ellos, el cajista, el maestro de esgrima, el jinete, el soldado de infantería, el frenólogo, el cazador, el filósofo, el actor, el autor de vodeviles, el agente judicial, el jugador, el agente de cambio y el comerciante hablan en jerga. El pintor que dice: *mi pintamonas,* el notario que dice: *mi veredero,* el peluquero que dice: *mi mancebo,* el zapatero que dice: *mi remendón* hablan en jerga. E incluso podríamos llegar a decir que todas las formas de nombrar la derecha y la izquierda: *babor y estribor* para el marinero, *arrojes y topes* para el tramoyista, *epístola y evangelio* para el sacristán, son jerga. Existe la jerga de las pretenciosas, igual que existió la jerga de las «preciosas». El palacete de Rambouillet colindaba hasta cierto punto con la Corte de los Milagros. Y existe la jerga de las duquesas, de lo que da fe esta frase que escribió en una nota amorosa una dama de mucha alcurnia de la Restauración, que era también una mujer muy bonita: «Encontrará en estos cotorreos una muchitud de razones para que yo me libertice». Los códigos secretos de los diplomáticos son jerga; la cancillería pontificia, cuando dice 26 para decir *Roma*, *grkztntgzyal* para decir *envío* y *abfxustgrnogrkzu tu* XI para decir *duque de Módena,* habla en jerga. Los médicos de la Edad Media que para decir zanahoria, rábano y nabo decían: *opoponax, perfroschinum, reptitalmus, dracatholicum angelorum* y *postmegorum* hablaban en jerga. El fabricante de azúcar que dice: *mascabada, terciada, clarificada, semirrefinada, de segunda, de quebrados, morena, común, tostada, de pilón,* ese honrado manufacturero habla en jerga. Esa escuela crítica de hace veinte años que decía: *En Shakespeare, la*

mitad son juegos de palabras y retruécanos, hablaba en jerga. El poeta y el artista que, ahondando, digan que el señor de Montmorency es «un burgués» si no entiende ni de versos ni de esculturas hablan en jerga. El académico clásico que llama a las flores *Flora*; a las frutas, *Pomona;* al mar, *Neptuno;* al amor, *las llamas;* a la belleza, *los encantos;* a un caballo, *un corcel;* a la escarapela, blanca o tricolor, *la rosa de Belona,* y al sombrero de tres picos, *el triángulo de Marte,* ese académico clásico habla en jerga. El álgebra, la medicina, la botánica tienen su propia jerga. La lengua que se emplea a bordo de un barco, esa admirable lengua de la mar, tan completa y tan pintoresca, que hablaron Jean Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se entremezcla con el silbido de los aparejos, el ruido de las bocinas, el golpe de las hachas de abordaje, el cabeceo, el viento, las ráfagas, los cañones, es una jerga completa, heroica y relumbrante que es a la fiera jerga del hampa lo que es el león al chacal.

No cabe duda. Mas, digamos lo que digamos, esta forma de entender la palabra «jerga» es una extensión que ni siquiera admitirá todo el mundo. Nosotros le seguimos dando a esta palabra su antigua acepción, concreta y específica, y limitamos la jerga a la jerga. La jerga auténtica, la jerga por excelencia, si es que esas dos palabras pueden emparejarse, la jerga inmemorial, que era un reino, no es sino, volvemos a repetirlo, la lengua fea, sobresaltada, solapada, traidora, venenosa, cruel, sospechosa, vil, profunda y fatídica de la miseria. Hay en la miseria, al final del camino de todas las humillaciones y de todos los infortunios, una última miseria que se rebela y toma la decisión de luchar contra el conjunto de los acontecimientos dichosos y de los derechos reinantes; lucha espantosa, ora astuta, ora violenta, insana y feroz al tiempo, ataca el orden social a alfilerazos recurriendo al vicio y a garrotazos recurriendo al crimen. Para atender a las necesidades de esa lucha, la miseria inventó una lengua de combate, que es la jerga.

Conservar a flote y mantener en vilo por encima del olvido, por encima del abismo, aunque no fuera más que un fragmento de una lengua cualquiera que el hombre habló y que podría perderse, es decir, uno de los elementos, buenos o malos, que componen o complican la civilización, es proporcionar campo abierto a los datos

de la observación social, es estar al servicio de la mismísima civilización. A su servicio estuvo Plauto, queriéndolo o no, cuando hizo hablar en fenicio a dos soldados cartagineses; a su servicio estuvo Molière cuando hizo hablar en levantino y en toda clase de dialectos a tantos y tantos de sus personajes. Llegados aquí, cobran nuevo vigor las objeciones. El fenicio, ¡espléndido! El levantino, ¡en buena hora! E incluso los dialectos, ¡por eso que no quede! Son lenguas que pertenecieron a naciones o a provincias. Pero ¿la jerga? ¿A santo de qué conservar la jerga? ¿A santo de qué «conservar a flote la jerga»?

A esto responderemos muy brevemente. Cierto es que la lengua que habló una nación o una provincia es digna de interés, pero hay algo más digno aún de atención y de estudio, y es la lengua que habló la miseria.

Es la lengua que lleva cuatro siglos hablando Francia, por ejemplo; no sólo una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana que darse pueda.

Y, además, insistimos en ello: estudiar las deformidades y las invalideces sociales y destacarlas para curarlas no es una tarea que pueda escogerse o no. Ser historiador de las costumbres y las ideas no es una misión menos austera que ser historiador de los acontecimientos. Éste se halla en la superficie de la civilización, en las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los matrimonios de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones al sol, todo lo externo; el otro historiador va por dentro, al fondo, al pueblo que trabaja, que sufre y espera; a la mujer hundida, al niño agonizante, a las guerras sordas de hombre a hombre, a las ferocidades oscuras, a los prejuicios, a las iniquidades concertadas, a las consecuencias subterráneas de la ley, a las evoluciones secretas de las almas, a las sacudidas inconcretas de las muchedumbres, a los muertos de hambre, a los pordioseros, a los desharrapados, a los desheredados, a los huérfanos, a los desdichados y a los infames, a todas las larvas que van errantes por la oscuridad. Tiene que bajar, con el corazón colmado de caridad y de severidad a la vez, como un hermano y como un juez, hasta esas casamatas impenetrables donde reptan, revueltos, los que sangran y los que golpean, los que lloran y los que maldicen, los que ayunan y los que devoran, los que padecen el

mal y los que lo hacen. Esos historiadores de los corazones y de las almas ¿tienen acaso obligaciones de menor importancia que los historiadores de los hechos externos? ¿Hay quien crea que Alighieri tiene menos cosas que decir que Maquiavelo? ¿Es acaso el sótano de la civilización, por ser más oscuro y más sombrío, menos importante que la superficie? ¿Conocemos bien la montaña si no conocemos la caverna?

Por lo demás, digámoslo de pasada, de algunas palabras de lo recién dicho podría inferirse que existe entre esos dos tipos de historiadores una separación nítida, que no se da en nuestra mente. No existe buen historiador de la vida patente, visible, palmaria y pública de los pueblos si no es, al tiempo, dentro de un orden, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interno si no sabe ser, siempre que sea menester, historiador de lo externo. La historia de las costumbres y de las ideas va íntimamente unida a la historia de los acontecimientos, y a la recíproca. Son dos categorías diferentes de hechos que se corresponden, que siempre van encadenados y con frecuencia se engendran mutuamente. Todos los lineamentos que traza la Providencia en la superficie de una nación tienen líneas paralelas en la sombra, pero claramente visibles, en el fondo, y con todas las convulsiones del fondo algo se encrespa en la superficie. Igual que la historia de verdad tiene que ver con todo, el historiador de verdad en todo tiene que ver.

El hombre no es un círculo con un único centro; es una elipse con dos focos. Los hechos son uno de esos focos; las ideas son el otro.

La jerga no es sino un vestuario donde la lengua, ante alguna mala acción en proyecto, se disfraza. Se viste con palabras máscara y con metáforas de andrajos.

Y así se vuelve espantosa.

Cuesta reconocerla. ¿Es de verdad la lengua francesa, la gran lengua humana? Hela lista para salir a escena y dar la réplica al crimen y a punto para todos los papeles del repertorio del mal. Ya no anda, renquea; cojea apoyada en la muleta de la Corte de los Milagros, muleta que puede metamorfosearse en maza; se llama truhanería; entre todos los espectros, que son quienes la visten, la han caracterizado; repta y se yergue, la doble forma de andar del

reptil. Ahora vale ya para todos los papeles; el falsificador la volvió turbia; el envenenador la cubrió de cardenillo; el incendiario la manchó de hollín; y el asesino le añade su color rojo.

Quien, desde el ámbito de las personas honradas, pegue el oído a la puerta de la sociedad sorprenderá el diálogo de los que están fuera. Pueden oírse preguntas y respuestas. Se percibe, sin entenderlo, un susurro repulsivo, que suena casi como la voz humana, pero que está más cerca del aullido que de la palabra. Es la jerga. Las palabras son deformes y las impregna a saber qué bestialidad fantástica. Es como oír hablar a unas hidras.

Es lo ininteligible en lo tenebroso. Chirría y cuchichea, rematando el crepúsculo con el enigma. No hay luz en la desdicha, y menos aún en el crimen; de esas dos oscuridades, amalgamadas, se compone la jerga. Negrura en el ambiente, negrura en los hechos, negrura en las voces. Espantosa lengua de sapo que va y viene, da saltitos, repta, babea y se mueve de forma monstruosa en esa inmensa niebla gris que se compone de lluvia, noche, hambre, vicio, mentiras, injusticia, desnudez, asfixia e invierno: el mediodía de los miserables.

Compadezcamos a los condenados. ¿Quiénes somos, ay, nosotros? ¿Quién soy yo, este que os habla? ¿Quiénes sois vosotros, que me estáis escuchando? ¿De dónde venimos? ¿Y hay verdadera certeza de que no hemos hecho nada antes de nacer? La tierra no deja de tener parecido con un calabozo. ¿Quién sabe si el hombre no es el reo de una condena divina?

Miremos la vida de cerca. Es de forma tal que en todas partes se nota el castigo.

¿Somos eso que puede llamarse hombres felices? Pues estamos tristes a diario. Todos los días tienen su pena grande o su preocupación pequeña. Ayer, nos hacía temblar la salud de alguien muy querido; hoy tememos por la nuestra; mañana vendrá un agobio de dinero; pasado mañana, la diatriba de un calumniador; al día siguiente, la desgracia de un amigo; y también está el tiempo que hace, o algo que se ha roto o se ha perdido; después, un gusto que le reprochan a uno la conciencia y la columna vertebral; en otra ocasión se trata de cómo andan los asuntos públicos. Sin contar con las penas del corazón. Y así sucesivamente. Se disipa una nube y se forma otra. Apenas si hay día de cada cien en que la alegría sea

plena y el sol esté del todo despejado. ¡Y somos de ese grupo pequeño que goza de felicidad! En cuanto a los demás hombres, viven en una oscuridad estancada.

Las mentes que reflexionan recurren poco a esta expresión: los felices y los desgraciados. Es este mundo, que está claro que es el vestíbulo de otro, no hay nadie feliz.

La verdadera división humana es la siguiente: los de la luz y los de la sombra.

Que haya menos hombres en la sombra es incrementar el número de los que están a la luz; ésa es la meta. Y por eso gritamos: ¡instrucción, ciencia! Aprender a leer es encender un fuego; todas las sílabas que se deletrean son chispas resplandecientes.

Por lo demás, quien dice luz no dice forzosamente alegría. En la luz se sufre; el exceso quema. La llama es la enemiga del ala. Arder sin dejar de volar, tal es el prodigio del genio.

Quien sepa y ame seguirá sufriendo. La luz del día nace entre lágrimas. Quienes están en la luz lloran, aunque no sea más que por los que están en las tinieblas.

II

Raíces

La jerga es la lengua de quienes están en las tinieblas.

Se inmutan las honduras más sombrías del pensamiento y se requieren las meditaciones más dolorosas de la filosofía social ante la presencia de este enigmático dialecto, a un tiempo mancillado y sublevado. Aquí es donde hallamos un castigo visible. Todas y cada una de las sílabas parecen marcadas. Las palabras de la lengua vulgar las vemos como si las hubiera fruncido y acartonado el hierro al rojo del verdugo. Algunas parecen estar echando humo aún. Hay frases que se parecen al hombro de un ladrón que llevase la señal de la flor de lis y quedase de pronto al desnudo. La idea casi se niega a consentir que la expresen esos sustantivos reos de la justicia. La metáfora es a veces tan descarada que se nota que ha estado en la picota.

Por lo demás, pese a todo lo dicho y por todo lo dicho, ese dialecto extraño tiene, por derecho propio, una taquilla en ese gran casillero imparcial donde hay un lugar tanto para el céntimo oxidado cuanto para la medalla de oro y cuyo nombre es la literatura. La jerga, quiérase o no, tiene su sintaxis y su poesía. Es una lengua. Si, por la deformidad de algunos de sus vocablos, se le nota que la masticó Mandrin, por el esplendor de algunas de sus metonimias nos damos cuenta de que la habló Villon.

Este verso tan exquisito y tan famoso:

¿Mas qué fue de las nieves de antaño?

es un verso en jerga. Antaño —*ante annum*— es una palabra de la

jerga de los miembros de la corte del rey de Túnez, los tunantes, que quería decir *el año pasado* y, por extensión, *hace mucho tiempo*. Hace treinta y cinco años, cuando salió la gran cuerda de presos de 1827, podía leerse en uno de los calabozos de Bicêtre esta sentencia que había grabado con un clavo en una pared un rey de Túnez condenado a presidio: *Los barandas de antaño fatigaban siempre por la almendra del gran Coesré.* Que quiere decir: *A los reyes de antes siempre los coronaban*. Lo que pensaba el rey aquel era que la coronación era el presidio.

La palabra francesa *décarade,* que describe la salida al galope de un carruaje pesado, se le atribuye a Villon, y es digno de ella. Esa palabra, que echa chispas por los cuatro cascos, resume en una onomatopeya magistral el admirable verso de La Fontaine:

Un coche arrastraban seis caballos recios.

Desde el punto de vista puramente literario, pocos estudios serían más curiosos y fecundos que el de la jerga. Es una lengua dentro de la lengua, algo así como una excrecencia enfermiza, un injerto insano del que ha nacido una vegetación, un parásito que hunde las raíces en el viejo tronco galo y cuyas frondas siniestras reptan por toda una comarca de la lengua. Es eso lo que podríamos llamar el primer aspecto, el aspecto vulgar de la jerga. Pero quienes estudian la lengua como hay que estudiarla, es decir, igual que los geólogos estudian la tierra, consideran la jerga un auténtico material de aluvión. Según que se cave más o menos, se encuentra en la jerga, por debajo del antiguo francés popular, algo de provenzal, de español, de italiano, de levantino, esa lengua de los puertos del Mediterráneo, y de inglés y de alemán; lengua romance en sus tres variedades, romance francés, romance italiano y romance propiamente dicho, el latín; y por fin, vasco y celta. Formación honda y peculiar. Edificio subterráneo que todos los miserables construyeron de consuno. Todas las razas malditas dejaron en él su correspondiente capa, todos los padecimientos dejaron caer su piedra, todos los corazones aportaron su guijarro. Una muchedumbre de almas perversas, bajas o irritadas, que cruzaron por la vida y se desvanecieron en la eternidad, está ahí casi por entero y, en cierto modo, visible aún bajo la forma de una

palabra monstruosa.

¿Que queremos español? Pulula en la antigua jerga gótica. Ahí tenemos *bofette,* cachete, que viene de *bofetón; vantane* (y más adelante *vanterne*)*,* que viene de *ventana; gat,* que viene de *gato; acite,* que viene de *aceite*. ¿Que queremos italiano? Ahí tenemos *spade,* que viene de *spada; carvel,* barco, que viene de *caravella*. ¿Que queremos inglés? Ahí tenemos *le bichot,* el obispo, que viene de *bishop; raille,* espía, que viene de *rascal,* y *rascalion,* pillo; *pilche,* estuche, que viene de *pilcher,* vaina de la espada. ¿Que queremos alemán? Ahí está *le caleur,* el muchacho, de *kellner; le hers,* el amo, de *herzog* (duque). ¿Que queremos latín? Ahí está *frangir,* romper, de *frangere; affurer,* robar, de *fur; cadène,* cadena, de *catena*. Hay una palabra que aparece en todas las lenguas del continente con algo parecido a una fuerza y una autoridad misteriosa: es la palabra *magnus;* Escocia lo convirtió en *mac,* que nombra al jefe del clan: Mac Farlane, Mac Callummore, Farlane el grande, Callummore el grande[59]; en jerga se vuelve *meck,* y más adelante, *le meg,* es decir, Dios. ¿Que queremos vasco? Ahí está *gahisto,* el demonio, que viene de *gaiztoa,* malo; *sorgabon,* buenas noches, viene de *gabon,* que quiere decir lo mismo. ¿Que queremos celta? Ahí está *blavin,* pañuelo, que viene de *blavet,* agua que brota; *ménesse,* mujer (despectivo), que viene de *meinec,* lleno de piedras; *barant,* arroyo, de *baranton,* fuente; *goffeur,* cerrajero, de *goff,* herrero; *la guédouze,* la muerte, que viene de *guenn-du,* blanca y negra. Y, para terminar, ¿que queremos historia? En jerga, las monedas se llaman *les maltèses* en recuerdo del dinero de curso legal en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acabamos de indicar, la jerga tiene otras raíces aún más naturales y que proceden, por así decirlo, de la propia mente del hombre.

En primer lugar, la creación directa de palabras. Ahí reside el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que son, no se sabe ni cómo ni por qué, figuras. Es el fondo primitivo de todo lenguaje humano, lo que podríamos llamar el granito de que está hecho. Pululan por la jerga palabras así, palabras inmediatas, creadas por completo no sabemos ni dónde ni por qué, sin etimologías, sin analogías, sin derivados, palabras solitarias, bárbaras, repugnantes a veces, que cuentan con una fuerza expresiva singular y que están

vivas. El verdugo, *le taule;* el bosque, *le sabri;* el miedo, la huida, *taf;* el lacayo, *le larbin;* el general, el prefecto, el ministro, *pharos;* el Demonio, *le rabouin*. No hay nada más curioso que esas palabras que enmascaran y que muestran. Algunas, *le rabouin,* por ejemplo, son a la vez grotescas y terribles y nos hacen el mismo efecto que una mueca ciclópea.

A continuación, la metáfora. Lo propio de una lengua que quiere decirlo todo y ocultarlo todo es que abunde en figuras. La metáfora es un enigma donde se refugian el ladrón que está tramando un golpe y el preso que está planeando una evasión. No hay idioma más metafórico que la jerga. Desenroscar el coco —*dévisser le coco*— es retorcer el cuello; torcer —*tortiller*— es comer; estar en gavilla —*être gerbé*— es que lo juzguen a uno; una rata —*un rat*— es un ladrón de pan; caer chuzos de punta —*il lansquine*— es llover, una imagen que llama la atención y que lleva puesta, como quien dice, la fecha, pues asimila las prolongadas líneas oblicuas de la lluvia con las picas gruesas de los lansquenetes y reduce a una palabra única la metonimia popular: «llueven alabardas». A veces, según la jerga va avanzando desde la primera época a la segunda, hay palabras que pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico. El Demonio deja de ser *le rabouin* y se convierte en el panadero —*le boulanger*—, el que mete en el horno. Es más ingenioso, pero de menor altura; algo así como Racine después de Corneille o como Eurípides después de Esquilo. Hay frases de jerga que pertenecen a ambas épocas y cuentan a la vez con el carácter bárbaro y el carácter metafórico y se asemejan a fantasmagorías. *Los fangosos levantan jacos a la negrera* (los maleantes roban caballos por la noche) es una imagen que nos pasa por el pensamiento como si fuera un grupo de espectros. No sabemos qué estamos viendo.

En tercer lugar, el recurso. La jerga vive de la lengua. La usa como se le antoja, toma de ella cosas al azar y se limita muchas veces, cuando surge la necesidad, a desnaturalizar de forma somera y burda. A veces, con las palabras usuales, así deformadas y enredadas con palabras de jerga pura, compone expresiones pintorescas donde se nota la mezcla de los dos elementos ya dichos, la creación directa y la metáfora. *El chusco arrufa, se me da que el carrusel de los parises garbea por el fosco:* el perro ladra, supongo que la diligencia de París pasa por el bosque. *El maromo es un primavera,*

la menda es una vivales, la lebrela es apersonada: ese individuo es tonto, esa mujer es muy espabilada, la hija es guapa. Las más de las veces, para desconcertar a quienes estén oyendo, la jerga se limita a añadir a todas las palabras algo así como una coletilla infame, una desinencia que puede ser *-aille, -orgue, -iergue o -uche*. Por ejemplo, de *Vous trouvez bon ce gigot?* (¿Le parece que está buena esta pierna de cordero?) a *Vouziergue trouvaille bonorgue ce gigotmuche?,* que fue una frase que le dijo Cartouche a un portero de la cárcel para saber si le parecía bien la cantidad que le había ofrecido para ser cómplice de su evasión. Recientemente se ha sumado a las anteriores la desinencia *-mar.*

Como la jerga es el idioma de una corrupción, no tarda en corromperse. Además, como siempre anda hurtando el bulto, en cuando se da cuenta de que la entienden, cambia. A la inversa de lo que sucede con cualquier otra vegetación, cualquier rayo de luz mata lo que ella toca. En consecuencia, la jerga se descompone y vuelve a componerse continuamente, empresa disimulada y veloz que nunca se detiene. La jerga hace más camino en diez años que la lengua en diez siglos. Así es como *le larton,* el pan, *artos* en griego, se convierte en *le lartif; le gail,* el caballo, del romaní, se convierte en *le gaye; la fertanche,* el heno, *fracta,* en latín la rama rota, en *la fertille; le momignard,* el niño, de *môme,* que viene de *momer,* hacer muecas, en *le momacque; les siques,* la ropa, se convierte en *les frusques; la chique,* la iglesia, en l'*égrugeoir,* que es el púlpito; *le colabre,* el cuello, en *le colas*. El Demonio fue primero *gahisto,* luego *le rabouin,* el *rabuino* italiano, y luego *le boulanger,* el panadero; el sacerdote es le *ratichon,* la rata de iglesia, y luego *le sanglier,* el jabalí; el puñal es le *vingt-deux,* el veintidós, y luego *le surin,* que viene del zíngaro; los policías fueron *les railles,* y luego *les roussins,* los rocines, y luego *les rousses,* luego *les marchands de lacets,* los vendedores de cordones para los zapatos, y luego *les cognes,* de *coincer,* sujetar; el verdugo fue *le taule,* luego *Charlot,* porque varios se llamaron Charles, luego *l'atigeur,* del español, aquejar, atormentar, luego *le becquillard,* porque *la béquille* era la guillotina. En el siglo XVII, pelear era *se donner du tabac,* de *tabas,* golpe, y en el XIX, *se chiquer la geule,* darse de golpes. Hubo veinte expresiones diferentes entre esas dos fechas. A Lacenaire le habría parecido que Cartouche hablaba en hebreo. Todas las palabras de esta lengua

huyen perpetuamente, lo mismo que los hombres que las dicen.

No obstante, de vez en cuando, y precisamente porque se mueve, la jerga antigua vuelve y es nueva otra vez. Tiene sus capitales, donde permanece. En Le Temple seguía existiendo la jerga del siglo XVII; Bicêtre, cuando estaba en la cárcel, seguía usando la jerga del rey de Túnez. Se oía allí la desinencia *-anche* de los antiguos tunantes. *Boyanges-tu,* por *bois-tu?* —¿bebes?—. *Il croyanche* por *il croit* —cree—. Pero no por eso deja de ser ley el movimiento perpetuo.

Cuando el filósofo consigue detener por un momento, para observarla, esa lengua que se evapora continuamente, se sume en meditaciones dolorosas y útiles. No hay estudio más eficaz ni fecundo en enseñanzas. No existe ni una metáfora ni una etimología de la jerga en que no haya una lección. Entre esos hombres, *battre,* golpear, quiere decir fingir; así que *golpean* enfermedades; la astucia es su fuerza.

Para ellos, el concepto del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice *la sorgue;* y el hombre, *l'orgue*. El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado a considerar la sociedad una atmósfera letal, una fuerza fatídica, y hablan de su libertad como otros hablan de su salud. Un hombre detenido es un enfermo, *un malade;* un hombre condenado es un muerto, *un mort.*

Lo más tremendo para el preso entre las cuatro paredes de piedra que lo tienen como enterrado es una especie de castidad gélida; llama al calabozo *le castus.* En ese lugar lóbrego la vida de fuera siempre se presenta bajo su apariencia más risueña. El preso tiene grillos en los pies. ¿Cree quizá el lector que se acuerda de que los pies son para andar? No, se acuerda de que los pies son para bailar; y, si por ventura consigue serrar esos grillos, lo primero que se le ocurrirá es que ahora puede bailar; y a la sierra la llama *el bailadero.* Un *nombre* es un *centro,* sesuda asimilación. El bandido tiene dos cabezas, con una piensa lo que va a hacer y ésta lo guía en vida; la otra, que lleva sobre los hombros el día de su muerte, la cabeza que le aconseja que cometa delitos, a ésa la llama la *sorbona;* y a la cabeza que expía, la *mocha*. Cuando un hombre ya sólo cubre el cuerpo con harapos y el corazón con vicios, cuando ha llegado a esa doble degradación material y moral que caracteriza, en sus dos

acepciones, la palabra *guitón,* ya está a punto para el crimen, es como una navaja bien afilada, tiene dos filos, el desvalimiento y la perversidad; y, en consecuencia, la jerga no dice «guitón», sino *aguzado*. ¿Qué es el presidio? Una hoguera de condenados, un infierno. Y al presidiario se le llama el *ramojo*. Y, para terminar, ¿qué nombre dan los malhechores a la cárcel? El *internado*. De esa palabra se puede sacar todo un sistema penitenciario.

También para los ladrones existe la carne de cañón, aquellos a quienes se puede robar, usted, yo, el primero que pase: el simple, el *pantre* (de *pan, pantos,* todo).

¿Quiere alguien saber dónde nació la mayoría de las canciones de presidio, esas que, en su vocabulario particular, se llaman *linlorfa?* Que atienda a lo que viene a continuación.

Había en Le Châtelet de París un sótano espacioso y alargado. Ese sótano estaba ocho pies por debajo del nivel del Sena. No tenía ni ventanas ni tragaluces ni había más abertura que la puerta; podían entrar los hombres, pero el aire, no. El techo de aquel sótano era una bóveda de piedra; y el suelo, diez pulgadas de barro. Tuvo, en su día, baldosas; pero con el rezumar del agua el enlosado se pudrió y se agrietó. A ocho pies por encima del suelo una viga larga y maciza atravesaba de punta a punto el sótano; de esa viga colgaban, de trecho en trecho, unas cadenas de tres pies de largo; y al final de esas cadenas había unas argollas. En ese sótano metían a los condenados a galeras hasta que salían para Tolón. Los metían debajo de esa viga, donde a cada cual lo estaba esperando. Su argolla balanceándose en las tinieblas. Las cadenas, brazos que cuelgan, y las argollas, manos abiertas, asían a aquellos miserables por el cuello. Cerraban las argollas y ahí dejaban a los hombres. Como la cadena era demasiado corta, no podían echarse. Se quedaban quietos en ese sótano y en esa oscuridad, debajo de esa viga, casi ahorcados, y tenían que hacer esfuerzos ímprobos para alcanzar el pan o el jarro; por encima de la cabeza, la bóveda; hasta media pierna, el barro; sus excrementos les corrían por las pantorrillas; el cansancio los descuartizaba y doblaban las caderas y las rodillas, agarrándose con las manos a la cadena, para descansar; sólo podían dormir de pie y los despertaba continuamente la argolla, que los estrangulaba; algunos no volvían a despertarse. Para comer, izaban con el talón por la tibia y hasta la mano el pan

que les tiraban en el barro. ¿Cuánto tiempo se quedaban así? Un mes, dos meses; a veces seis meses. Hubo uno que estuvo un año. Era la antecámara de las galeras. Lo metían a uno ahí por haberle robado una liebre al rey. En ese sepulcro infernal, ¿qué hacían? Lo que se puede hacer en un sepulcro: agonizar. Y lo que se puede hacer en el infierno: cantar. Porque donde ya no queda esperanza, queda el canto. En aguas de Malta, cuando se acercaba una galera, antes de oírse los remos ya se oía el canto. El infeliz cazador furtivo Survincent, que pasó por la cárcel-sótano de Le Châtelet, decía: *Las que me dieron fuerza fueron las rimas*. Inutilidad de la poesía. ¿Para qué la rima? En ese sótano nacieron casi todas las canciones en jerga. Del calabozo de Le Châtelet procede el melancólico estribillo de la galera de Montgomery: *Timalumisén, timulamisón*. La mayor parte de esas canciones son lúgubres; algunas son alegres; hay una que es tierna:

> Aquical está el teatro
> del niño dardero[60].

Porque, hagamos lo que hagamos, nadie podrá aniquilar este resto eterno del corazón del hombre: el amor.

En ese mundo de hechos en la sombra, se guardan los secretos. El secreto es algo común. El secreto, para esos míseros, es la unidad sobre la que se asienta la unión. Quebrantar el secreto es arrebatarle algo propio a todos y cada uno de los componentes de esa comunidad fiera. Denunciar, en la lengua enérgica de la jerga, se dice *comerse el bocado*. Como si el que denuncia se quedase con parte de la sustancia de todos y se nutriera de un bocado de carne de cada cual.

¿Qué se dice cuando alguien recibe una bofetada? La metáfora más manida es: *Ver las estrellas.* Y la jerga interviene, y como la vela que brilla es *la camoufle,* la bofetada se convierte en *le camouflet.* Y así, por algo semejante a una impregnación de abajo arriba, y con ayuda de la metáfora, esa trayectoria incalculable, la jerga asciende de la caverna a la academia y, porque Poulailler decía: *J'allume ma camoufle,* Voltaire pudo escribir: *Langleviel La Beaumelle mérite cent camouflets*[61].

Rebuscar en la jerga es hacer descubrimientos a cada paso.

Estudiar ese idioma extraño y ahondar en él conduce hasta el misterioso punto de intersección entre la sociedad como es debido y la sociedad maldita.

El argot es el verbo que se vuelve presidiario.

Que pueda caer tan bajo el principio pensante del hombre, que puedan llevarlo a rastras hasta ahí y ensogarlo las oscuras tiranías de la fatalidad, que puedan atarlo a saber con qué ligaduras a ese precipicio es algo que consterna.

¡Ah, infeliz pensamiento de los míseros!

¿No acudirá nadie, ay, a socorrer al alma humana en esta oscuridad? ¿Está destinada a esperar para siempre al intelecto, ese liberador, ese tremendo jinete de pegasos e hipogrifos, ese guerrero del color de la aurora que baja del azul del cielo entre dos alas, ese radiante caballero del porvenir? ¿Le pedirá siempre socorro en vano a la lanza de luz del ideal? ¿Está condenada a oír cómo se acerca espantosamente el Mal por el espesor del abismo y a ver, cada vez más cerca, bajo el agua repulsiva, esa tierra draconiana, esas fauces que mastican espuma y esa ondulación serpenteante de garras, de bultos y de anillos? ¿Tendrá que quedarse donde está, sin un asomo de luz, sin esperanza, a merced de esa aproximación formidable, mientras el monstruo la olfatea vagamente, trémula, desgreñada, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre a la roca de la noche, Andrómeda sombría, blanca y desnuda entre las tinieblas?

III

Jerga que llora y jerga que ríe

Como estamos viendo, a toda la jerga, la jerga de hace cuatrocientos años y la jerga de hoy, la impregna ese sombrío espíritu simbólico que aporta a todas las palabras ora un porte doliente, ora una expresión amenazadora. Notamos en ella la antigua tristeza hosca de aquellos truhanes de la Corte de los Milagros, que jugaban a las cartas con barajas propias, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros. El ocho de tréboles, por ejemplo, era un árbol grande con ocho hojas de trébol enormes, algo así como una personificación fantástica del bosque. Al pie de ese árbol había una hoguera en que tres liebres estaban asando a un cazador en un espetón y, detrás, encima de otra hoguera, había un caldero humeante del que salía una cabeza de perro. Nada puede haber más lóbrego que esas represalias pintadas en una baraja porque había hogueras de asar contrabandistas y calderos de hervir falsificadores de moneda. Las formas diversas que adoptaba el pensamiento en el reino de la jerga, incluso la canción, incluso la broma, incluso la amenaza, tenían todas ellas ese mismo carácter de impotencia y agobio. Todas las canciones, algunas de cuyas melodías se conservaron, eran humildes y tan lastimeras que hacían llorar. La gente de mal vivir es, siempre, *la pobre gente de mal vivir,* y es siempre la liebre que se esconde, el ratón que huye, el pájaro que escapa. Apenas si protesta, se limita a suspirar: *No se guilla uno cómo meg, el bato de los orgues, puede desgraciar a sus miones y oír cómo las pían sin piarlas él también*[62]. El mísero, siempre que le da tiempo a pensar, se encoge ante la ley y se humilla ante la sociedad; se tumba en el suelo boca abajo, suplica, tira por el camino de la compasión; se nota que sabe que tiene la culpa de algo.

A mediados del siglo pasado, hubo un cambio. Las canciones de las cárceles, los ritornelos de los ladrones, adquirieron, por decirlo de alguna manera, un temple insolente y jovial. El *maluré* quejumbroso se convirtió en *lariflá*. Nos encontramos, en el siglo XVIII, en casi todas las canciones de galeras, presidios y chusmas, un regocijo diabólico y enigmático. Se oye este estribillo estridente y saltarín que diríase que toma luz de un resplandor fosforescente y es como si algún fuego fatuo que tocara el pífano fuera soltándolo por el bosque:

Mirlababi surlabobó
Mirlitón ribón ribé
Surlababi mirlababo
Mirlitón ribón ribó.

Se cantaba mientras se degollaba a alguien en un sótano o en un rincón del bosque.

Es un síntoma que tiene su importancia. En el siglo XVIII la antigua melancolía de esas clases cetrinas desaparece. Se echan a reír. Se burlan de meg, el grande, y del bahisto. Llega Louis XV y llaman al rey de Francia «el marqués de los parises». Ya están casi alegres. De esos miserables brota algo así como una luz liviana, como si ya no les pesase la conciencia. Las lastimosas tribus de la sombra no cuentan ya solamente con la audacia desesperada de las acciones, tienen también la audacia despreocupada del ingenio. Señal de que va a menos la conciencia de ser criminales y que notan que tienen, entre los pensadores y los caviladores, a saber qué valedores que ni siquiera saben que lo son. Señal de que el robo y el saqueo están empezando a infiltrarse incluso en algunas doctrinas y algunos sofismas, de forma tal que ellos pierden un tanto la fealdad y se la traspasan en buena parte a los sofismas y a las doctrinas. Señal, por fin, si no surge alguna diversión, de que se avecina una eclosión prodigiosa.

Hagamos un breve alto. ¿A quién estamos acusando con lo dicho? ¿Al siglo XVIII? ¿A su filosofía? No, por descontado. La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot a la cabeza; los fisiócratas, con Turgot a la cabeza; los filósofos, con Voltaire a la cabeza; los utópicos, con Rousseau a la cabeza: he aquí

cuatro legiones sagradas. A ellas les debemos el gigantesco avance de la humanidad hacia la luz. Son las cuatro vanguardias del género humano que se encaminan hacia los cuatro puntos cardinales del progreso: Diderot hacia lo hermoso, Turgot hacia lo útil, Voltaire hacia lo cierto y Rousseau hacia lo justo. Pero, junto a los filósofos, y a un nivel más bajo, estaban los sofistas, vegetación venenosa que se mezclaba con el crecimiento saludable, cicuta en la selva virgen. Mientras el verdugo quemaba en la escalinata principal del Palacio de Justicia los magnos libros liberadores del siglo, unos escritores, hoy olvidados, publicaban, con privilegio del rey, a saber qué escritos extrañamente desorganizadores, que los miserables leyeron con avidez. Algunas de esas publicaciones, que, detalle curioso, gozaban del patrocinio de un príncipe, las encontramos en la *Biblioteca secreta.* Esos hechos, de calado, pero que nadie conocía, no se advertían desde la superficie. Hay veces en que es en la propia oscuridad de un hecho en donde reside su peligro. Es oscuro porque es subterráneo. De todos los escritores, el que quizá excavó por entonces en las masas la galería más insana fue Restif de La Bretonne.

Esa labor, que se dio en toda Europa, fue más demoledora en Alemania que en cualquier otro lugar. En Alemania hubo un período, que resumió Schiller en su famoso drama *Los bandidos,* en que el robo y el saqueo se erigían en protesta contra la propiedad y el trabajo, se asimilaban a determinadas ideas elementales, especiosas y erróneas, justas en apariencia y absurdas en realidad, se arropaban en esas ideas y se desvanecían en ellas como quien dice, adoptaban un nombre abstracto y pasaban al estado de teoría; y así circulaban entre las muchedumbres laboriosas, sufrientes y honradas, sin que tuvieran conciencia de ello ni siquiera los químicos imprudentes que habían preparado la mixtura y sin que tuvieran conciencia de ello tampoco las masas que la aceptaban. Siempre que ocurre algo así, es un suceso grave. El sufrimiento engendra la ira; y, mientras las clases prósperas no quieren verlo, o se adormecen, y ambas cosas consisten en cerrar los ojos, el odio de las clases desdichadas prende su antorcha en algunas ideas desabridas o mal enjaretadas de alguien que anda pensando por un rincón y se pone a pasarle revista a la sociedad. ¡Y cuando el odio pasa revista, el resultado es terrible!

De ahí proceden, si así lo quiere la desventura de las épocas, esas espantosas conmociones que recibían antes el nombre de levantamientos campesinos, de *jacqueries,* en comparación con los que la agitación puramente política es un juego de niños y que no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión del malestar contra el bienestar. Y entonces todo se viene abajo.

Las *jacqueries* son los terremotos del pueblo.

Ese peligro, inminente quizá en Europa a finales del siglo XVIII, fue el que interrumpió de raíz la Revolución Francesa, ese gigantesco acto de probidad.

La Revolución Francesa, que no es sino el ideal que blande una espada, se irguió, y, con ese mismo ademán brusco, le cerró la puerta al mal y se la abrió al bien.

Despejó la cuestión, promulgó la verdad, expulsó los miasmas, saneó el siglo y coronó al pueblo.

Puede decirse que creó al hombre por segunda vez al darle una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda esa obra suya y se beneficia de su labor; y hoy en día esa catástrofe social que indicábamos hace un momento es ya, sencillamente, imposible. ¡Ciego es quien se manifieste en contra y necio quien la tema! La revolución es la vacuna contra la *jacquerie*.

Merced a la revolución, las condiciones sociales cambiaron. No llevamos ya en la sangre las enfermedades feudales y monárquicas. Ya no nos queda Edad Media alguna en el organismo. No estamos ya en los tiempos en que irrumpían espantosas ebulliciones internas, en que oía el hombre bajo sus plantas el recorrido oscuro de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización a saber qué levantamientos de galerías de topos, en que el suelo se agrietaba, en que se abrían por arriba las cuevas y se veía salir de repente del suelo cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido ético. El sentimiento del derecho, al desarrollarse, desarrolla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que acaba donde empieza la libertad del prójimo, según la admirable definición de Robespierre. Desde 1789, se dilata el pueblo entero en el individuo sublimado; no hay pobre que, porque tiene su derecho, no tenga su apartado; el muerto de hambre nota en sí la dignidad de Francia; la dignidad del ciudadano

es una armadura interna: quien es libre es escrupuloso; quien vota reina. De ahí la incorruptibilidad; de ahí el aborto de las codicias insanas; de ahí los ojos de mirada heroicamente baja ante las tentaciones. El saneamiento revolucionario es tal que en un día de liberación, un 14 de julio, un 10 de agosto, ya no hay populacho. El primer grito de las muchedumbres iluminadas y pujantes es: ¡muerte a los ladrones! El progreso es hombre honrado; el ideal y lo absoluto no son unos rateros. ¿Quiénes sirvieron de escolta en 1848 a los furgones donde iban las riquezas de Les Tuileries? Los traperos del barrio de Saint-Antoine. Los harapientos montaron guardia ante el tesoro. Esos desharrapados resplandecían de virtud. Estaba en esos furgones, en cajones cerrados de mala manera, y algunos, incluso, abiertos a medias, entre cien estuches deslumbradores, aquella corona antigua de Francia, toda ella de brillantes y con el remate del carbunclo de la monarquía: el Regente, que valía treinta millones. Y ellos custodiaban, descalzos, esa corona.

Así que se acabaron las *jacqueries*. Lo siento por los avispados. Es un temor viejo al que no le quedan ya recursos y no podrá volver a usarse en política. Se ha roto el poderoso resorte del espectro rojo. Ya está al tanto todo el mundo. Ese espantapájaros ha dejado de espantar. Las aves se toman libertades con ese muñeco, las estercorarias se posan en él y la clase media se le ríe en las narices.

IV

Las dos obligaciones: vigilar y esperar

Dicho esto, ¿ha desaparecido todo riesgo social? Por descontado que no. No habrá *jacqueries*. La sociedad puede estar tranquila al respecto, no se le volverá a subir la sangre a la cabeza; pero sí debe preocuparse de la forma en que respira. Ya no hay que temer la apoplejía; pero la tisis sigue presente. Esa tisis social que se llama la miseria.

La consunción mata tanto como el rayo.

No nos cansaremos de repetirlo: hay que pensar, antes que en cualquier otra cosa, en la muchedumbre doliente de los desheredados; aliviarla, darle aire, iluminarla, quererla, abrirle con esplendidez el horizonte; prodigarle de todas las formas concebibles la instrucción; brindarle el ejemplo del trabajo y nunca el de la ociosidad; aminorar el peso de la carga individual incrementando la noción de la meta universal; limitar la pobreza sin limitar la riqueza; crear dilatados ámbitos de actividad pública y popular; tener, igual que Briareos, cien manos para tendérselas por todos lados a los agobiados y a los débiles; recurrir a la fuerza colectiva para atender a esa magna obligación de abrir talleres para todos los brazos, escuelas para todas las capacidades y laboratorios para todas las inteligencias; subir los salarios, disminuir el esfuerzo, equilibrar el debe y el haber, es decir, que el esfuerzo pueda disfrutar y la necesidad pueda saciarse; en pocas palabras, conseguir que el aparato social produzca, en provecho de los que sufren y de los ignorantes, más claridad y mayor bienestar; tal es, que no se les olvide a las almas simpáticas, la primera de las obligaciones fraternas; tal es, que lo sepan los corazones egoístas, la primera de las necesidades políticas.

Y hemos de decir que todo esto no es sino un principio. La cuestión auténtica es la siguiente: el trabajo no puede ser una ley si no es un derecho.

No insistiremos, pues no es éste el lugar adecuado.

Si la naturaleza se llama providencia, la sociedad debe llamarse previsión.

El crecimiento intelectual y ético no es menos indispensable que las mejoras materiales. Saber es un viático; pensar es algo de primera necesidad; la verdad alimenta tanto como el trigo. Una razón, ayuna de ciencia y conocimiento, adelgaza. Compadezcamos, igual que compadecemos los estómagos, las mentes que no comen. Si hay algo más desgarrador que un cuerpo que agoniza por falta de pan, es un alma que se muere de hambre de luces.

Todo el progreso tiende hacia la solución. Algún día el hombre se quedará estupefacto. El género humano estará en ascenso y las capas sociales saldrán espontáneamente de la zona del desvalimiento. La miseria quedará borrada sencillamente porque subirá el nivel.

Haríamos mal si dudásemos de esa solución bendita.

Cierto es que el pasado tiene mucha fuerza ahora mismo. Se está reanudando. Este rejuvenecimiento de un cadáver resulta sorprendente. Helo aquí en marcha, y se acerca. Parece victorioso; este muerto es un conquistador. Llega con su legión, las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia; ha ganado últimamente diez batallas; avanza, amenaza, se ríe, lo tenemos en puertas. Pero no desesperemos. Vendamos el campo donde acampa Aníbal.

Nosotros, que creemos, ¿qué podemos temer?

Las ideas no dan marcha atrás, de la misma forma que no dan marcha atrás los ríos.

Pero que quienes no quieran el porvenir reflexionen. Al decirle que no al progreso no están condenando el porvenir, se están condenando a sí mismos. Contraen por propia voluntad una enfermedad lóbrega; se inoculan el pasado. No hay sino una forma de rechazar el Mañana, y es morirse.

Ahora bien, ninguna muerte, la del cuerpo cuanto más tarde mejor, y la del alma nunca: eso es lo que queremos.

Sí, el enigma nos revelará su clave, la esfinge hablará, quedará

resuelto el problema. Sí, el pueblo cuyo esbozo trazó el siglo XVIII lo rematará el siglo XIX. ¡Es un estúpido quien lo dude! La eclosión futura, la eclosión cercana del bienestar universal es un fenómeno de fatalidad divina.

Impulsos de conjunto gigantescos dirigen los hechos humanos y los conducen todos, dentro de un plazo de tiempo determinado, hasta el estado lógico, es decir, el equilibrio; es decir, la equidad. Una fuerza que se compone de tierra y cielo nace de la humanidad y la gobierna; esa fuerza hace milagros; los desenlaces maravillosos no le resultan más dificultosos que las peripecias extraordinarias. Al contar con la ayuda de la ciencia, que procede del hombre, y del acontecimiento, que procede de otro, poco la espantan esas contradicciones de los problemas planteados que le parecen imposibles al vulgo. No es menos hábil para hacer que surja una solución del vecindario de las ideas que una enseñanza del vecindario de los hechos; y podemos esperarlo todo de esa fuerza misteriosa del progreso, que, un buen día, confronta oriente y occidente en lo hondo de un sepulcro y permite que dialoguen los imanes con Bonaparte dentro de la gran pirámide.

Entre tanto, no hay alto ni titubeo, no hay parada en el avance grandioso de las mentes. La filosofía social consiste esencialmente en la ciencia y la paz. Es su meta, y debe ser su resultado, que el estudio de los antagonismos diluya las iras. Examina, escruta, analiza; luego, recompone. Procede por reducción y de todo descuenta el odio.

Que una sociedad zozobre por el vendaval que azota a los hombres es algo que ha sucedido en más de una ocasión; la historia rebosa de naufragios de pueblos y de imperios; costumbres, leyes, religiones: llega un día en que pasa el huracán, ese desconocido, y se lo lleva todo por delante. Las civilizaciones de la India, de Caldea, de Persia, de Asiria y de Egipto fueron desapareciendo una tras otra. ¿Por qué? No lo sabemos. ¿Cuáles son las causas de esos desastres? ¿Podrían haberse salvado esas civilizaciones? ¿Tuvieron parte de culpa? ¿Se empecinaron en algún vicio fatídico que acarreó su pérdida? ¿Qué proporción de suicidio hay en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Preguntas sin respuesta. La sombra se extiende sobre las civilizaciones condenadas. Hacían agua, ya que se han hundido; nada más podemos decir; y

contemplamos, con pasmo atemorizado, en lo hondo de ese mar que llamamos el pasado, tras esas olas colosales, los siglos, cómo naufragan esos gigantescos navíos, Babilonia, Nínive, Tarso, Tebas, Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de las tinieblas. Pero allá hay tinieblas, y aquí claridad. No conocemos las enfermedades de las civilizaciones antiguas, pero sí estamos al tanto de las invalideces de la nuestra. Tenemos, en lo que a ella se refiere, pleno derecho de iluminación; miramos sus bellezas y desnudamos sus deformidades. Palpamos en los sitios que le duelen; y, tras comprobar que hay sufrimiento, el estudio de la causa lleva al descubrimiento del medicamento. Nuestra civilización, una obra de veinte siglos, es a un tiempo el monstruo y el prodigio de esos siglos; merece la pena salvarla. La salvaremos. Aliviarla es ya mucho; iluminarla también tiene su importancia.Todas las tareas de la filosofía social moderna deben tender a esa meta. El pensador de hoy tiene una obligación magna: auscultar la civilización.

Repetimos que esa auscultación da ánimos; y con esa insistencia en los ánimos es como queremos poner punto final a estas pocas páginas, un entreacto austero en un drama doloroso. Tras la mortalidad social se palpa lo imperecedero de la humanidad. Aunque tenga acá y allá llagas, que son los cráteres, y herpes, que son las solfataras, aunque un volcán entre en erupción y lance el pus que tiene dentro, la Tierra no muere. De enfermedades del pueblo no se muere el hombre.

Y, no obstante, cualquiera que vaya siguiendo la evolución clínica de la sociedad mueve la cabeza, pensativo, de vez en cuando. Los más fuertes, los más tiernos, los más lógicos tienen sus horas de desaliento.

¿Llegará el porvenir? Parece casi lícito hacerse esa pregunta cuando se ven tantas sombras terribles. Sombríos enfrentamientos de los egoístas con los miserables. Entre los egoístas: los prejuicios; las tinieblas de la educación de los ricos; el apetito creciente por la embriaguez; un vahído de prosperidad que ensordece; el temor de sufrir, que, en algunos, llega hasta la aversión por los que sufren; una satisfacción implacable; un ego tan crecido que tapona el alma; entre los miserables: los deseos codiciosos, la envidia, el odio al ver cómo disfrutan los demás, las hondas sacudidas de la bestia humana que piden saciedad, los corazones colmados de niebla, la tristeza, la

necesidad, la fatalidad, la ignorancia impura y simple.

¿Hay que seguir alzando los ojos al cielo? Ese punto luminoso que en él se divisa ¿es de los que se apagan? Espanta ver el ideal así perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, reluciente, pero rodeado de todas esas tremendas amenazas negras que se apiñan monstruosamente a su alrededor; y, sin embargo, no se halla en mayor peligro del que se halla una estrella en las fauces de las nubes.

Libro octavo

Delicias y desconsuelos

I

Plena luz

El lector ya habrá comprendido que Éponine, tras reconocer, al otro lado de la verja, a la moradora de la calle de Plumet, donde la había mandado ir Magnon, apartó, de entrada, a los bandidos de esa calle de Plumet y, luego, llevó allí a Marius; y que, transcurridos unos cuantos días de éxtasis ante la verja, a Marius lo arrastró esa fuerza que impulsa al hierro hacia el imán y al enamorado hacia las piedras de que está construida la casa de la mujer amada y acabó por entrar en el jardín de Cosette igual que Romeo en el jardín de Julieta. E incluso le resultó más fácil que a Romeo, que tuvo que escalar una tapia. A Marius le bastó con forzar un tanto uno de los barrotes de la verja decrépita, que se movía en el alveolo oxidado, igual que los dientes de los ancianos. Marius era espigado y no le costó pasar por el hueco.

Como no había nadie nunca en la calle y, por lo demás, Marius sólo entraba en el jardín de noche, no corría el riesgo de que lo vieran.

A partir de aquella hora bendita y santa en que esas dos almas sellaron sus esponsales con un beso, Marius fue todas las noches. Si en aquel momento de su vida hubiese caído Cosette en el amor de un hombre poco escrupuloso y libertino, habría estado perdida; pues hay naturalezas generosas que se entregan, y Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es que cede. Al amor, cuando alcanza ese nivel en que es absoluto, lo enreda una especie de celestial ceguera del pudor. ¡Qué peligros corréis, ay, almas nobles! Nos dais en muchas ocasiones el corazón y nosotros cogemos el cuerpo. El corazón lo conserváis, y lo miráis, estremecidas, en la sombra. En el amor no hay término medio; o

pierde, o salva. Todo el destino humano reside en ese dilema. Y dicho dilema, condena o salvación, no hay fatalidad que lo brinde de forma más inexorable que el amor. El amor es la vida, a menos que sea la muerte. Cuna; y también ataúd. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano. De cuanto hizo Dios, del corazón humano es de donde se desprende más luz y, ay, más tinieblas.

Quiso Dios que el amor que encontró Cosette fuera de los que salvan.

Mientras duró el mes de mayo de aquel año de 1832, hubo todas las noches en ese jardín humilde y salvaje, bajo aquella maleza cada día más fragante y más densa, dos seres que se componían de todas las castidades y todas las inocencias, que rebosaban de todas las dichas del cielo, más próximos a los arcángeles que a los hombres, puros, honestos, embriagados, radiantes, que resplandecían uno para otro en las tinieblas. Le parecía a Cosette que Marius llevaba una corona; y a Marius, que Cosette estaba en un nimbo. Se tocaban, se miraban, se cogían las manos, se acurrucaban uno contra otro; pero había una distancia que no franqueaban. No porque la respetasen, sino porque no sabían nada de ella. Marius notaba una barrera: la pureza de Cosette; y Cosette notaba un apoyo: la lealtad de Marius. El primer beso había sido también el último. A partir de entonces, Marius no había ido más allá de rozar con los labios la mano, o la pañoleta, o un rizo de Cosette. Cosette era para él un perfume, y no una mujer. Aspiraba su aroma. Ella no le negaba nada y él no le pedía nada. Cosette era feliz, y Marius estaba satisfecho. Vivían en ese arrebatador estado que puede decirse que es el deslumbramiento recíproco de dos almas. Era aquel primer abrazo inefable, en el ámbito de lo ideal, de dos virginidades. Dos cisnes que se encuentran en el Jungfrau.

En aquella hora del amor, hora en que la voluptuosidad calla por completo porque la domina la omnipotencia del éxtasis, Marius, el puro y seráfico Marius, habría sido antes capaz de subir al cuarto de una ramera que de levantarle el vestido a Cosette a la altura del tobillo. En una ocasión, a la luz de la luna, Cosette se agachó para recoger algo que se le había caído al suelo y se le entreabrió el escote, descubriendo el nacimiento de los pechos. Marius apartó la vista.

¿Qué sucedía entre aquellas dos criaturas? Nada. Se adoraban.

Por las noches, cuando estaban allí, el jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Se abrían todas las flores a su alrededor y les enviaban incienso; ellos abrían las almas y las derramaban en las flores. La vegetación lasciva y vigorosa tenía sobresaltos colmados de savia y embriaguez en torno a aquellos dos inocentes, y ellos se decían palabras de amor que hacían estremecerse a los árboles.

¿Qué eran esas palabras? Hálitos. Nada más. Y esos hálitos bastaban para turbar y conmover toda aquella naturaleza. Fuerza mágica que costaría entender si se leyesen en un libro esas charlas que existían para que se las llevase el viento y las disipara bajo las hojas, como humaredas, el viento. Si le quitamos a los susurros de dos enamorados esa melodía que brota del alma y los acompaña como una lira, lo que queda es sólo una sombra; y decimos: ¡Cómo! ¡Sólo era eso! Sí, eso era, niñerías, repeticiones, risas por nada, cosas inanes, bobadas, ¡todo cuanto hay en el mundo más sublime y hondo! ¡Las únicas cosas que merecen la pena decirse y escucharse.

Esas bobadas, esas cosas tan pobres, el hombre que nunca las haya oído, el hombre que nunca las haya dicho es un imbécil y una mala persona.

Cosette le decía a Marius:

—¿Sabes…?

(Porque, con esa virginidad celestial, y sin que ninguno de los dos pudiera decir cómo, habían llegado el tuteo.)

—¿Sabes? Me llamo Euphrasie.

—¿Euphrasie? De ninguna manera, te llamas Cosette.

—¡Bah! Cosette es un nombre bastante feo que me pusieron no sé por qué cuando era pequeña. Pero mi nombre de verdad es Euphrasie. ¿No te gusta el nombre de Euphrasie?

—Sí… Pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta más que Euphrasie?

—Pues… sí.

—Pues entonces a mí también me gusta más. Es verdad, es bonito Cosette. Llámame Cosette.

Y la sonrisa que añadía convertía aquel diálogo en un idilio digno de un bosque que se hallase en el cielo.

Otras veces lo miraba fijamente y exclamaba:

—Caballero, es usted guapo, es precioso, es ingenioso, no tiene un pelo de tonto, sabe muchas más cosas que yo, pero lo desafío a

decir mejor que yo: ¡te quiero!

Y a Marius, en pleno azul del cielo, le parecía oír una estrofa que cantaba una estrella.

O le daba un cachetito si tosía, y le decía:

—No tosa, caballero. No quiero que tosa nadie en mi casa sin permiso mío. Está muy feo eso de toser y alarmarme. Quiero que tengas buena salud, lo primero porque yo, si no tuvieras buena salud, me sentiría muy desgraciada. ¿Qué quieres que le haga?

Y aquello resultaba sencillamente divino.

En una ocasión le dijo Marius a Cosette:

—Fíjate que hubo una temporada en que pensé que te llamabas Ursule.

Y se estuvieron riendo toda la velada con aquello.

En otra ocasión, en plena charla, exclamó:

—¡Ah, un día, en Le Luxembourg, me entraron ganas de dejar a un inválido más inválido de lo que estaba!

Pero se paró en seco y no dijo nada más. Habría tenido que mencionarle a Cosette su liga, y era algo que le resultaba imposible. Había en ello un vecindario desconocido, la carne, ante la que aquel amor inmenso e inocente retrocedía, con algo así como un susto.

Marius se imaginaba la vida con Cosette así, y nada más; acudir todas las noches a la calle de Plumet, mover el barrote viejo y tan considerado de la verja del presidente del Parlamento de París, sentarse codo con codo en aquel banco, mirar a través de los árboles cómo centelleaba la noche naciente, establecer una convivencia entre la raya de la rodilla de sus pantalones y los vuelos del vestido de Cosette, acariciarle la uña del dedo pulgar, llamarla de tú, oler por turnos la misma flor, así, para siempre, sin fin. Entretanto, les pasaban las nubes por encima de la cabeza. Cada vez que sopla el viento, se lleva más sueños de los hombres que nubes del cielo.

Aunque, desde luego, en aquel amor casto y casi arisco también había el oportuno galanteo. «Echarle flores» a la mujer amada es la primera forma de las caricias, un atrevimiento a medias que va haciendo pruebas. El cumplido es algo así como el beso a través del velo. La voluptuosidad pone en él su dulce punzada al tiempo que se esconde. Ante la voluptuosidad, el corazón se retrae, para amar mejor. Los mimos de Marius, impregnados por completo de

quimeras, eran, por decirlo de alguna forma, del color azul del cielo. Las aves, cuando vuelan por esas alturas, por la región de los ángeles, deben de oír palabras como ésas. Y, no obstante, iban mezcladas con ellas la vida, la humanidad, todo lo positivo de que era capaz Marius. Eran de las que se dicen en la gruta, preludio de lo que se dirá en la alcoba; una efusión lírica, un cruce de estrofa y soneto, las amables hipérboles del arrullo, todos los refinamientos de la adoración dispuestos como un ramo y de los que brotaba un sutil perfume celestial, un gorjeo inefable entre dos corazones.

—¡Ay! —susurraba Marius—. ¡Qué hermosa eres! No me atrevo a mirarte. Y por eso te contemplo. Eres una Gracia. No sé qué me pasa. Me trastorna el filo de tu vestido cuando te asoma la punta del zapato. Y además ¡qué luz encantada cuando se abre a medias tu pensamiento! Hablas con una sensatez tan asombrosa. A ratos me parece que eres un sueño. Habla, que te escucho y te admiro. ¡Ay, Cosette, qué extraño y delicioso es todo! Estoy loco de verdad. Es usted adorable, señorita. Estudio tus pies con microscopio y tu alma con telescopio.

Y Cosette contestaba:

—Te quiero ya un poco más porque desde esta mañana ha pasado el tiempo.

Las preguntas y las respuestas se las apañaban como podían en este diálogo y siempre acababan por ponerse de acuerdo en lo referido al amor, igual que el contrapeso siempre endereza los dominguillos de madera de saúco.

Toda la persona de Cosette era sencillez, ingenuidad, transparencia, blancura, candor, rayo de luz. Habría podido decirse de Cosette que era clara. Le daba a quien la veía una sensación de abril y de despuntar del día. Llevaba rocío en los ojos. Cosette era una condensación de aurora boreal en forma de mujer.

Era completamente natural que Marius, que la adoraba, la admirase. Pero la verdad es que aquella colegiala, recién salida del convento, conversaba con exquisita penetración y decía a veces toda suerte de palabras ciertas y delicadas. Su charla era conversación. No se equivocaba en nada y todo lo veía con tino. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es una infalibilidad. Nadie sabe decir cosas dulces y profundas a un tiempo como las dice una mujer. Dulzura y profundidad, ahí está la mujer

entera; ahí está el cielo entero.

En plena dicha, se les llenaban continuamente los ojos de lágrimas. Se compadecían de una mariquita aplastada, de una pluma caída de un nido, de una rama de espino albar quebrada; y su éxtasis, suavemente velado de melancolía, parecía no concebir nada mejor que las lágrimas. El síntoma más soberano del amor es un estado de ternura casi insoportable.

Y, al tiempo —en todas esas contradicciones consiste el juego de relámpagos del amor—, reían de buena gana, con una libertad deliciosa y con tanta confianza que a veces parecían casi dos muchachos. No obstante, incluso aunque no lo supieran sus corazones ebrios de castidad, la naturaleza inolvidable siempre está presente. Ahí está, con su meta brutal y sublime, y, fuere cual fuere la inocencia de las almas, se nota, en la entrevista a solas más púdica, el adorable y misterioso matiz que separa a una pareja de enamorados de un par de amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable persisten. Hay amor, sonrisas, risas, mohínes mutuos de los labios, dedos entrelazados, tuteos, y todo eso no impide la eternidad. Dos enamorados se ocultan en el atardecer, en el crepúsculo, en lo invisible, con los pájaros, con las rosas, se fascinan en la sombra con los corazones puestos en la mirada, susurran, cuchichean y, mientras tanto, gigantescas oscilaciones de astros colman el espacio infinito.

II

El aturdimiento de la dicha completa

Existían inconcretamente, pasmados de felicidad. No se enteraban de que el cólera estaba diezmando París aquel mes precisamente. Se habían hecho cuantas confidencias habían podido, pero no había llegado la cosa mucho más allá de cómo se llamaban. Marius le había dicho a Cosette que era huérfano, que se llamaba Marius Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir cosas para las librerías, que su padre era coronel, que era un héroe y que él, Marius, estaba reñido con su abuelo, que era rico. También le había insinuado que era barón; pero a Cosette no le había impresionado aquello ni poco ni mucho. ¿Marius, barón? No lo había entendido. No sabía qué quería decir aquella palabra. Marius era Marius. Ella, por su parte, le había contado que se había criado en el convento de Le Petit-Picpus, que también a ella se le había muerto la madre, que su padre se llamaba señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas a los pobres, pero que era pobre él también, y que se privaba de todo y a ella no la privaba de nada.

Cosa extraña, en aquella especie de sinfonía en que vivía Marius desde que veía a Cosette, el pasado, incluso el más reciente, se había vuelto tan confuso y remoto que lo que le refirió Cosette lo satisfizo por completo. Ni siquiera se le ocurrió hablarle de la aventura nocturna del caserón, ni de los Thénardier, de la quemadura y del extraño comportamiento y la singular huida de su padre. A Marius se le había olvidado momentáneamente todo aquello; ni siquiera sabía por la noche qué había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había dirigido la palabra; tenía en los oídos cantos que lo dejaban sordo para

cualquier otro pensamiento; sólo existía en las horas en que veía a Cosette. Y entonces, como estaba en el cielo, lo más natural era que se le olvidase la tierra. Ambos cargaban lánguidamente con el peso indefinible de las voluptuosidades materiales. Así es como viven esos sonámbulos a quienes llaman enamorados.

¿Quién, ay, no ha sentido todas esas cosas? ¿Por qué llega una hora en que salimos de ese azur y por qué sigue la vida después?

El amor sustituye casi al pensamiento. El amor es un olvido ardiente de todo lo demás. ¿Quién le va a pedir lógica a la pasión? No existe en el corazón humano un encadenamiento lógico absoluto, como tampoco existen figuras geométricas perfectas en la mecánica celeste. Para Cosette y para Marius sólo existían Marius y Cosette. El universo que los rodeaba se había caído en un agujero. Vivían en un minuto de oro. No había nada por delante, no había nada por detrás. Apenas si Marius recordaba que Cosette tenía un padre. Un deslumbramiento se lo había borrado todo de la mente. ¿De qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos visto, de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes. Excepto todo, se lo habían dicho todo. El todo de los enamorados es la nada. Pero el padre, las realidades, el tugurio, los bandidos, la aventura aquella, ¿para qué? ¿Había seguridad acaso de que aquella pesadilla hubiera existido? Eran dos y se adoraban; y no había nada más. Nada que no fuera eso existía. Es probable que este desvanecimiento del infierno a espaldas nuestras sea algo inherente a la llegada al paraíso. ¿Hemos visto acaso alguna vez demonios? ¿Los hay? ¿Hemos temblado? ¿Hemos sufrido? Ya no sabemos nada. Todo eso lo cubre una nube sonrosada.

Así pues, aquellas dos criaturas vivían a gran altura, con toda esa inverosimilitud que existe en la naturaleza; ni en el nadir, ni el cénit; entre el hombre y el serafín; por encima del fango y por debajo del éter, en una nube; apenas de carne y hueso; alma y éxtasis de la cabeza a los pies; demasiado sublimados ya para caminar por la tierra; demasiado cargados aún de humanidad para desaparecer en el azul; en suspensión como átomos que esperan el precipicio; fuera del destino, en apariencia; ignorantes de esa zanja: ayer, hoy, mañana; maravillados, idos, flotando; suficientemente livianos a ratos para escapar por el infinito; casi listos para el vuelo

eterno.

Dormían despiertos en aquel balanceo de cuna. ¡Ah, letargo espléndido de la realidad abrumada de ideal!

A veces, por muy hermosa que fuera Cosette, Marius cerraba los ojos aunque la tuviera delante. Los ojos cerrados son la mejor forma de mirar el alma.

Marius y Cosette no se preguntaban dónde iba a llevarlos todo aquello. Se miraban como si ya hubieran llegado. Qué extraña es esa pretensión que tienen los hombres de que el amor lleve a alguna parte.

III

Inicio de sombra

Por su parte, Jean Valjean no sospechaba nada.

Cosette, que era algo menos soñadora que Marius, estaba alegre, y con eso le bastaba a Jean Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas preocupaciones, la imagen de Marius que le llenaba el alma no restaban nada a la pureza incomparable de aquel hermoso rostro casto y sonriente. Estaba en la edad en que la virgen lleva consigo el amor como el ángel lleva la azucena. Jean Valjean estaba, pues, tranquilo. Y además, cuando dos amantes se hallan en buena inteligencia, todo va siempre estupendamente; y a cualquier tercera persona que pudiera perturbar ese amor se la tiene siempre en una ceguera perfecta mediante un reducido número de precauciones, siempre las mismas en todos los enamorados. Por lo tanto, Cosette nunca le ponía ninguna pega a Jean Valjean. ¿Que quería ir de paseo? Sí, papaíto. ¿Que no quería salir? Pues muy bien. ¿Que quería pasar la velada con Cosette? Cosette estaba encantada. Como se retiraba siempre a las diez de la noche, en aquellas ocasiones Marius no llegaba al jardín hasta pasada esa hora, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta acristalada que daba a la escalera de la fachada. Ni que decir tiene que de día nunca se veía por allí a Marius. Jean Valjean ni se acordaba ya de que Marius existía. Sólo en una ocasión, una mañana, le dijo a Cosette: «¡Vaya, tienes la espalda manchada de blanco!». La víspera por la noche, Marius, en un arrebato, había empujado a Cosette contra la pared.

Toussaint, la criada anciana, que se acostaba temprano, sólo pensaba en dormir en cuanto acababa la tarea, y no estaba enterada de nada, igual que Jean Valjean.

Marius nunca entraba en la casa. Cuando estaba con Cosette, se ocultaban en un entrante, cerca de la escalinata, para que no pudieran ni verlos ni oírlos desde la calle, y allí se sentaban, contentándose a veces, por toda conversación, con estrecharse las manos veinte veces por minuto mientras miraban las ramas de los árboles. En aquellos momentos podría haber caído un trueno a treinta pasos y ni lo habrían sospechado, de tan honda como era la ensoñación que los tenía absortos y los adentraba en la ensoñación del otro.

Purezas límpidas, horas blanquísimas; casi todas iguales. Los amores así son una colección de pétalos de lirio y de plumas de paloma.

Los separaba de la calle todo el jardín. Cada vez que Marius entraba y salía, volvía a colocar cuidadosamente el barrote de la verja, de forma tal que no se notase ningún desperfecto.

Solía irse a eso de las doce de la noche y se volvía a casa de Courfeyrac. Courfeyrac le decía a Bahorel:

—¿Querrás creer que Marius vuelve ahora a la una de la madrugada?

Bahorel contestaba:

—¿Qué quieres? Dentro de todo seminarista va siempre un explosivo.

Había veces en que Courfeyrac se cruzaba de brazos, se ponía muy serio y le decía a Marius:

—¡Joven, está usted hecho un perillán!

A Courfeyrac, hombre práctico, no le hacía ninguna gracia aquel reflejo de un paraíso invisible que veía en Marius; tenía poca costumbre de pasiones inéditas, lo impacientaban, y, a ratos, intimaba a Marius a que volviera a la realidad.

Una mañana le espetó esta admonición:

—Mi querido amigo, por el momento me da la impresión de que vives en la luna, reino del sueño, provincia de la ilusión, capital Pompa de Jabón. A ver, sé buen chico y dime cómo se llama.

Pero nada «haría hablar» a Marius. Antes le habrían arrancado las uñas que las tres sílabas sagradas que componían aquel nombre inefable: *Cosette*. El amor verdadero es luminoso como la aurora y callado como la tumba. El único cambio que le notaba Courfeyrac a Marius era que su taciturnidad era radiante.

En lo que duró aquel dulce mes de mayo, Marius y Cosette supieron de estas dichas inmensas:

Pelearse y llamarse de usted sólo para disfrutar más cuando volvían a llamarse de tú.

Hablar al otro mucho rato y con todo lujo de detalles de personas por las que no sentían el mínimo interés, una prueba más de que en esta deliciosa ópera que llamamos amor el libreto consiste en casi nada.

En el caso de Marius, oír a Cosette hablar de trapos.

En el caso de Cosette, oír a Marius hablar de política.

Oír, con las rodillas pegadas, cómo pasaban los coches por la calle de Babylone.

Mirar atentamente el mismo planeta en el espacio o la misma luciérnaga en la hierba.

Callar juntos, que resulta aún más dulce que charlar.

Etc., etc.

No obstante, iban acercándose varias complicaciones.

Una noche, Marius iba a su cita por el bulevar de Les Invalides; solía caminar con la cabeza gacha; cuando estaba a punto de doblar la esquina de la calle de Plumet, oyó que alguien le decía muy de cerca:

—Buenas noches, señor Marius.

Alzó la cabeza y reconoció a Éponine.

Le hizo una impresión muy rara. No se había vuelto a acordar ni una sola vez de aquella muchacha desde el día en que lo llevó a la calle de Plumet; no había vuelto a verla y se había olvidado de ella por completo. Sólo tenía para con ella motivos de agradecimiento, le debía la dicha presente; y, sin embargo, le resultaba violento encontrársela.

Es un error creer que la pasión, cuando es afortunada y pura, lleva al hombre a un estado de perfección; ya hemos comprobado que donde lo lleva sencillamente es a un estado de olvido. En esa situación, al hombre se le olvida ser malo, pero también se le olvida ser bueno. El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales e inoportunos se desvanecen. En cualquier otra temporada, Marius se habría portado de forma muy diferente con Éponine. Pero Cosette lo tenía absorto y ni siquiera había caído en la cuenta con claridad de que esa Éponine se llamaba Éponine Thénardier y tenía un apellido

que estaba escrito en el testamento de su padre, un apellido a cuyo servicio se habría puesto pocos meses antes con vehemencia. Mostramos a Marius tal y como era. Incluso su padre se le borraba un tanto del alma con los fulgores de su amor.

Le contestó con apuro:

—¡Ah, es usted, Éponine!

—¿Por qué me llama de usted? ¿Le he hecho algo?

—No —contestó Marius.

Era cierto que no tenía nada contra ella. Antes bien. Pero es que notaba que lo único que podía hacer, ahora que llamaba de tú a Cosette, era llamar de usted a Éponine.

Como no decía nada más, la joven exclamó:

—Pero oiga…

Luego se calló. Era como si a aquella muchacha, antes tan despreocupada y tan atrevida, le faltasen ahora las palabras. Hizo por sonreír y no pudo. Volvió a intentarlo:

—Pues…

Luego se volvió a quedar callada y con los ojos bajos.

—Buenas noches, señor Marius —dijo de pronto, con brusquedad; y se fue.

IV

Un chusco alimenta en el cuartel y ladra en jerga

Al día siguiente era 3 de junio, 3 de junio de 1832, fecha que hay que indicar debido a los graves acontecimientos que se cernían por aquellos días sobre el horizonte de París en estado de nubarrones. Al caer la tarde, iba Marius por el mismo camino que la víspera y con los mismos pensamientos embelesados en el corazón cuando divisó entre los árboles del bulevar a Éponine que se le acercaba. Dos días seguidos era demasiado. Dio media vuelta deprisa, salió de bulevar, cambió de itinerario y fue a la calle de Plumet por la calle de Monsieur.

Con lo cual, Éponine lo siguió hasta la calle de Plumet, cosa que no había hecho nunca aún. Se había contentado hasta entonces con verlo, cuando pasaba por el bulevar, sin intentar siquiera hacerse la encontradiza. Hasta la víspera no había intentado dirigirle la palabra.

Así que Éponine lo siguió sin que él lo sospechase. Lo vio mover el barrote de la verja y colarse en el jardín.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Si entra en la casa!

Se acercó a la verja, palpó los barrotes uno tras otro y encontró con facilidad el que había movido Marius.

Susurró a media voz con acento lúgubre:

—Ni se te ocurra.

Se sentó en el zócalo de la verja, pegada al barrote, como si lo estuviera guardando. Era precisamente el punto donde la verja se unía a la pared de al lado. Había allí una esquina oscura donde Éponine se quedó escondida por completo.

Estuvo así más de una hora, sin moverse y sin decir palabra, ensimismada en sus pensamientos.

A eso de las diez de la noche, uno de los dos o tres viandantes de la calle de Plumet, un vecino viejo a quien se le había hecho tarde y apretaba el paso en aquel lugar desierto y con mala fama, según pasaba pegado a la verja del jardín, al llegar a la esquina con el muro oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

—¡Ya no me extraña que venga todas las noches!

El viandante paseó la mirada en torno, no vio a nadie, no se atrevió a mirar en el rincón oscuro y le entró mucho miedo. Anduvo aún más deprisa.

Hizo bien en apresurarse el viandante aquel porque, muy poco después, seis hombres que caminaban separados y a cierta distancia unos de otros, pegados a la pared, y a quienes se hubiera podido tomar por una patrulla gris, irrumpieron en la calle de Plumet.

El primero en llegar a la verja del jardín se detuvo y esperó a los demás; un momento después ya estaban reunidos los seis.

Aquellos hombres empezaron a hablar en voz baja.

—Es aquical —dijo uno.

—¿Hay chusco[63] en el jardín? —preguntó otro.

—No lo sé. Pero por si acaso tengo una albóndiga para que se la papee.

—¿Has traído masilla para la bisna?[64].

—Sí.

—La verja está vieja —dijo el quinto hombre, que tenía voz de ventrílocuo.

—Mejor —dijo el que había hablado el segundo—. Así no las piará al serrarla y dará menos julepe[65].

El sexto, que aún no había abierto la boca, empezó a revisar la verja, como había hecho Éponine, agarrando uno tras otro todos los barrotes y sacudiéndolos con cuidado. Así llegó al barrote que Marius había aflojado. Cuando iba a agarrar ese barrote, le cayó en el brazo una mano que salió bruscamente de entre las sombras, notó que alguien lo hacía retroceder de un empujón en pleno pecho y una voz ronca le dijo, sin gritar:

—Hay chusco.

Y, al tiempo, vio a una muchacha pálida a pie firme ante él.

El hombre sintió esa conmoción que entra siempre con lo inesperado. Se erizó de forma repulsiva; no hay nada tan tremendo para la vista como las fieras cuando están inquietas; su expresión de

espanto es espantosa. Retrocedió tartamudeando:

—¿Quién es esta golfa?

—La hija de usted.

Era, efectivamente, Éponine la que hablaba con Thénardier.

Al aparecer Éponine, los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujon, se habían acercado sin hacer ruido, sin prisas, sin decir palabra, con la morosidad siniestra característica de esos hombres de la noche.

Se intuía que llevaban en la mano a saber qué herramientas ominosas. Gueulemer tenía una de esas pinzas curvas que los maleantes llaman mantillas.

—Pero ¿qué pintas aquí? ¿En qué te metes? ¿Estás loca? —exclamó Thénardier con el tono más alto con que puede alguien exclamar algo en voz baja—. ¿A qué viene esto de estorbarnos en el trabajo?

Éponine soltó la carcajada y se le echó en los brazos.

—Pues estoy aquí porque estoy aquí, papaíto. ¿Es que ahora está prohibido sentarse en las piedras? El que no debería estar es usted. ¿Qué viene a hacer aquí si este sitio es una galleta? Ya se lo dije a Magnon. Aquí no hay nada que rascar. ¡Pero deme un beso, papaíto, que hacía mucho que no lo veía! ¿Así que ya ha salido?

El Thénardier intentó librarse de los brazos de Éponine y refunfuñó:

—Bien está, ya me has dado un beso. Sí, he salido, y como estoy fuera es que no estoy dentro. Y ahora ¡lárgate!

Pero Éponine no lo soltaba y le hacía cada vez más arrumacos.

—Pero, papaíto, ¿cómo se las ha apañado? Lo listo que hay que ser para salir de ahí. ¡Cuéntemelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde anda mi madre? Deme noticias de mamá.

Thénardier contestó:

—Está bien; yo qué sé, déjame, te digo; vete.

—Pero si es que no quiero irme —dijo Éponine con unos melindres de niña mimada—. Y me dice que me vaya, y eso que hacía cuatro meses que no lo veía y casi ni me ha dado tiempo a darle un beso.

Y volvió a echarle los brazos al cuello a su padre.

—Pero ¿qué tonterías son éstas? —dijo Babet.

—¡Venga, hay que darse prisa! —dijo Gueulemer—. Puede pasar

la madera.

La voz de ventrílocuo escandió este dístico:

> Como hoy no es día de año nuevo
> no hay que besar a los abuelos.

Éponine se volvió hacia los cinco bandidos:

—¡Hombre, el señor Brujon! ¿Qué hay, señor Babet? ¿Qué tal, señor Claquesous? ¿No se acuerda de mí, señor Gueulemer? ¿Qué te cuentas, Montparnasse?

—¡Todo el mundo se acuerda de ti! —dijo Thénardier—. Hala, buenas noches, que te largues. ¡Déjanos en paz!

—Esto es cosa de zorros, no de zorras —dijo Montparnasse.

—Ya ves que tenemos función —añadió Babet.

Éponine le cogió la mano a Montparnasse.

—¡Ojo, que te vas a cortar! —dijo él—. Tengo la faca abierta.

—Montparnasse, guapo —contestó Éponine melosa—, hay que fiarse de la gente. ¿O es que no soy la hija de mi padre? Señor Babet, señor Gueulemer, tantear este asunto me lo encargaron a mí.

Es digno de notarse que Éponine no hablaba en jerga. Desde que conocía a Marius, aquella lengua espantosa se le había vuelto imposible.

Le oprimió a Gueulemer los dedazos rudos con su mano, menuda, huesuda y débil como la mano de un esqueleto, y añadió:

—Ya sabe que no tengo un pelo de tonta. Y lo normal es que se me crea. Ya les he sido de utilidad en muchas ocasiones. Bueno, pues me informé y en esto se arriesgarían inútilmente, ya ve. Le juro que en esta casa no hay nada que hacer.

—Hay mujeres solas —dijo Gueulemer.

—No. Ésas se mudaron.

—¡Pues las velas no se mudaron! —dijo Babet.

Y le señaló a Éponine, a través de las copas de los árboles, una luz que andaba paseando por la buhardilla del pabellón. Era Toussaint, que se había quedado levantada hasta tarde para tender la ropa.

Éponine hizo una última intentona.

—Bueno, pero es una gente muy pobre y en un tugurio en que no hay un céntimo.

—¡Vete al diablo! —gritó Thénardier—. Cuando pongamos la casa patas arriba y el sótano en el desván y el desván en el sótano, ya te diremos qué hay dentro y si son cuartos, bolos o libras.

Y le dio un empujón para que lo dejase pasar.

—Señor Montparnasse, mi buen amigo —dijo Éponine—, por favor se lo pido, usted que es un bendito, ¡no entre!

—¡Ten cuidado, que te vas a cortar! —contestó Montparnasse.

Thénardier añadió, con el tono tajante que usaba:

—Largo, chica, y deja a los hombres que vayan a sus asuntos.

Éponine, que le había vuelto a coger la mano a Montparnasse, se la soltó y dijo:

—¿Así que queréis entrar en esta casa?

—Me da a mí que sí —dijo el ventrílocuo con risa sarcástica.

Entonces Éponine se apoyó de espaldas en la verja, plantó cara a los seis bandidos armados hasta los dientes, a quienes la oscuridad de la noche prestaba caras de demonios, y dijo con voz firme y baja:

—Bueno, pues yo no quiero.

Ellos se quedaron quietos, estupefactos, aunque el ventrílocuo no dejó la risa a medias. Éponine siguió diciendo:

—¡Atended bien, amigos! Así están las cosas, y ahora estoy hablando yo. Lo primero es que si entráis en el jardín, si ponéis la mano en esta verja, me pongo a dar gritos y a pegar en las puertas y despierto a todo el mundo; hago que os echen el guante a todos, llamo a los guardias.

—Es capaz de hacerlo —les dijo Thénardier por lo bajo a Brujon y al ventrílocuo.

Éponine asintió con la cabeza y añadió:

—Empezando por mi padre.

Thénardier se acercó.

—¡No te arrimes tanto, hermoso! —dijo ella.

Thénardier retrocedió, refunfuñando entre dientes: «Pero, ¿qué mosca la ha picado?». Y añadió:

—¡Perra!

Éponine soltó una risa terrible.

—Lo que usted diga, pero no va a entrar. No soy hija de perro, que soy hija de lobo. Sois seis. A mí me da lo mismo. Sois hombres. Pues yo soy mujer. Y no me dais miedo, para que lo sepáis. Os digo que no entraréis en esta casa porque a mí no me da la gana. Si os

acercáis, ladro. Ya os lo he dicho, el chusco soy yo. Y me importáis un pimiento. ¡Con la música a otra parte, que ya me estoy hartando! ¡Marchaos donde queráis, pero aquí no vengáis, que os lo prohíbo yo! ¡Vosotros a navajazos y yo a zapatazos, me da igual! ¡Acercaos si os atrevéis!

Dio un paso hacia los bandidos. Daba miedo verla. Se echó a reír.

—¡Pardiez que no tengo miedo! Este verano, tendré hambre; este invierno, tendré frío. ¡Qué gracia tienen estos hombres tan bobos que se creen que asuntan a una chica! ¿Asustarla? ¿De qué? ¡Sí, ya! ¿Y qué más? Porque las brujas de vuestras queridas se meten debajo de la cama cuando sacáis a relucir el vozarrón, ya os creéis que todo el monte es orégano. ¡Yo no le tengo miedo a nada!

Le clavó la mirada a Thénardier y dijo:

—¡Ni siquiera a usted, padre!

Y siguió diciendo, paseando por los bandidos las pupilas de espectro, inyectadas en sangre:

—¡Qué más me dará a mí que me recojan mañana del empedrado de la calle de Plumet porque me haya matado mi padre a cuchilladas o que me encuentren dentro de un año en las redes de Saint-Cloud o en la Isla de los Cisnes entre corchos podridos y perros ahogados!

No le quedó más remedio que dejar de hablar, porque le entró una tos seca; la respiración le brotaba como un estertor del pecho estrecho y débil.

Siguió diciendo luego:

—Basta con que grite y alguien vendrá. ¡Zas! Vosotros sois seis y yo no soy nadie.

Thénardier hizo ademán de acercarse.

—¡Atrás! —gritó ella.

Él se detuvo y dijo con suavidad:

—Está bien, no me acercaré, pero no hables tan alto. Hija, ¿así que no quieres dejarnos trabajar? Pero tendremos que ganarnos la vida. ¿Ya no sientes nada por tu padre?

—No me dé la lata —dijo Éponine.

—Pero tendremos que vivir y que comer…

—Por mí, puede reventar.

Dicho lo cual, se sentó en el zócalo de la verja canturreando:

Brazo rellenito,
pierna tan bonita,
y el tiempo ya ido.

Apoyaba el codo en la rodilla y la barbilla en la mano y columpiaba el pie con indiferencia. Por los agujeros del vestido le asomaban las clavículas flacas. El farol vecino le iluminaba el perfil y la postura. Nada más resuelto y más sorprendente podría haberse visto.

Los seis escabechadores, sin saber qué hacer e irritados de que los tuviera en jaque una muchacha, se reunieron en la sombra que proyectaba la linterna y celebraron consejo, encogiéndose de hombros, humillados y rabiosos.

Ella, entretanto, los miraba con expresión calmosa y fiera.

—Algo le pasa —dijo Babet—. Alguna razón tiene. ¿Se habrá enamorado del chusco? No deja de ser una pena perderse el negocio. Dos mujeres y un viejo en el patio trasero, y los visillos no tienen mala pinta. El viejo debe de ser un levita. A mí me parece que es un buen asunto.

—Pues entrad vosotros —exclamó Montparnasse—. Rematad el asunto. Yo me quedo con la chica y si se mueve…

Y puso a la luz del farol, para que reluciera, la hoja de la navaja que tenía abierta en la manga.

Thénardier no decía nada y parecía dispuesto a hacer cuanto se decidiera.

Brujon, que algo tenía de oráculo y, como ya es sabido, había «levantado la liebre», no había dicho nada aún. Parecía pensativo. Tenía fama de no retroceder ante nada, y todo el mundo estaba enterado de que una vez robó, sólo por ir de bravucón, en un cuartelillo de la guardia municipal. Además escribía versos y canciones, lo que le concedía mucha autoridad.

Babet le preguntó:

—¿No dices nada, Brujon?

Brujon se quedó callado un ratito más; luego hizo gestos varios con la cabeza y se decidió por fin a tomar la palabra:

—Pues el caso es que esta mañana he visto dos gorriones peleándose; y esta noche me doy de bruces con una mujer que me monta una bronca. Todo esto tiene muy mala pinta. Vámonos.

Y se fueron.

Mientras se alejaban, Montparnasse dijo a media voz:

—De todas formas, si hubierais querido, yo la habría pinchado.

Babet contestó:

—Pues yo no. Yo no pego a las señoras.

Al llegar a la esquina de la calle, se detuvieron y cruzaron con voz sorda este diálogo enigmático:

—¿Dónde dormimos esta noche?

—En los bajos de Pantin[66].

—¿Tienes la llave de la verja, Thénardier?

—Ya lo creo.

Éponine, que no les quitaba ojo, vio cómo se volvían por donde habían venido. Se levantó y los fue siguiendo, pegada a las tapias y a las casas. Fue así detrás de ellos hasta el bulevar. Allí se separaron y vio que los seis hombres se hundían en la oscuridad, donde parecieron desvanecerse.

V

Cosas de la noche

Cuando se fueron los bandidos, la calle de Plumet recobró su apacible aspecto nocturno.

Lo que acababa de suceder en aquella calle no habría sido motivo de asombro en un bosque. Los grupos de árboles elevados, los sotos, los brezos, las ramas trenzadas con aspereza, las hierbas crecidas existen de forma oscura; ese pulular silvestre intuye las súbitas apariciones de lo invisible; cuanto se halla más abajo del hombre divisa entre la niebla lo que está más allá del hombre; y nuestros asuntos ignorados, los de los vivos, se enfrentan en la oscuridad. La naturaleza, erizada y salvaje, se asusta al notar cerca a veces lo que toma por sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen y establecen entre sí misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen lo inaprensible. La bestialidad bebedora de sangre, los voraces apetitos hambrientos en pos de la presa, los instintos armados de uñas y dientes que nacen del vientre y van al vientre miran y olfatean intranquilos ese trazo impasible y espectral que merodea cubierto con un sudario, erguido en la túnica suelta y estremecida, y que les parece que vive con vida muerta y terrible. A esas existencias brutales, que no son sino materia, las amedrenta confusamente tener que vérselas con la oscuridad inmensa que se condensa en un ser desconocido. Si una silueta negra le cierra el paso, la fiera se detiene en seco. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta a lo que sale del antro; lo feroz teme a lo siniestro; los lobos retroceden cuando se topan con el vampiro.

VI

Marius recobra una existencia real hasta tal punto de que le da a Cosette sus señas

Mientras aquella perra de aspecto humano montaba guardia pegada a la verja y los seis bandidos se acoquinaban ante una muchacha, Marius estaba con Cosette.

Nunca había estado el cielo más cuajado de estrellas y más embrujador, ni los árboles más trémulos, ni el aroma de la hierba nunca había sido más penetrante; nunca se habían dormido los pájaros entre las hojas con ruidos más dulces; nunca habían respondido mejor todas las armonías de la serenidad universal a las músicas interiores del amor; nunca había estado Marius más enamorado, más dichoso, más extasiado. Pero había encontrado triste a Cosette. Cosette había llorado. Tenía los ojos enrojecidos.

Era la primera nube en aquel sueño admirable.

Lo primero que dijo Marius fue:

—¿Qué te pasa?

Y ella contestó:

—Esto me pasa.

Luego se sentó en el banco que estaba junto a la escalinata y, mientras él, tembloroso, se acomodaba junto a ella, añadió:

—Mi padre me ha dicho esta mañana que esté lista, que tenía cosas que hacer y que a lo mejor nos íbamos.

Marius se estremeció de pies a cabeza.

Cuando se llega al final de la vida, morir es irse; cuando se está empezando, irse es morir.

Marius llevaba seis semanas tomando posesión de Cosette, despacio, gradualmente, día a día. Posesión meramente ideal, pero profunda. Como ya hemos dicho, en el primer amor se toma el alma

mucho antes que el cuerpo; más adelante se toma el cuerpo mucho antes que el alma, y hay ocasiones en que no se toma el alma ni poco ni mucho; los Faublas y los Prudhomme añaden: porque no hay alma; pero ese sarcasmo, afortunadamente, es una blasfemia. Así pues, Marius poseía a Cosette como se posee espiritualmente; pero la arropaba con toda el alma y se adueñaba celosamente de ella con convicción increíble. Poseía su sonrisa, su aliento, su aroma, la honda irradiación de las pupilas azules, la suavidad de la piel cuando él le tocaba la mano, la marca deliciosa que tenía en el cuello, todo cuando ella pensaba. Se habían concertado para no dormir nunca sin soñar el uno con el otro y habían cumplido la palabra dada. Marius poseía, pues, todos los sueños de Cosette. Le miraba continuamente, y los rozaba a veces con el aliento, los mechones cortos de la nuca y se decía a sí mismo que no había ni uno de esos mechones que no le perteneciese a él, a Marius. Contemplaba y adoraba las cosas que ella se ponía: el lazo, los guantes, los puños que adornaban las mangas, los borceguíes, como si fueran objetos sagrados de los que era dueño. Pensaba que era el amo y señor de aquellas peinetas de concha tan bonitas que llevaba ella en el pelo y llegaba incluso a decirse, sordos y confusos tartamudeos de la voluptuosidad que iba aflorando, que no había ni un cordón del vestido de Cosette, ni una malla de sus medias, ni un pliegue de su corsé que no le pertenecieran. Cuando estaba al lado de Cosette, se sentía junto a sus posesiones, junto a su objeto de disfrute, su déspota y su esclava. Le daba la impresión de que las almas de ambos estaban ya tan mezcladas que, si hubiesen querido recuperarlas, no les habría sido posible diferenciarlas: «Ésta es la mía. — No, es la mía. — Te aseguro que te equivocas. Ésta soy yo desde luego. — Te crees que eres tú, pero soy yo.» Marius era algo que formaba parte de Cosette y Cosette era algo que formaba parte de Marius. Marius notaba que Cosette vivía en él. Tener a Cosette, poseer a Cosette no era, para él, algo diferente de respirar. Y cuando estaba de lleno en esa fe, en esa embriaguez, en esa posesión virginal, inaudita y absoluta, en esa soberanía, fue cuando estas palabras: «Vamos a marcharnos» cayeron sobre él de pronto y la voz brusca de la realidad le gritó: ¡Cosette no es tuya!

Marius despertó. Como ya hemos dicho, Marius llevaba seis semanas fuera de la vida; aquella palabra, ¡irse!, lo devolvió a ella

con dureza.

No dio ni con una palabra. Cosette sólo notó que tenía la mano muy fría. Y le tocó a ella ahora decirle:

—¿Qué te pasa?

Contestó tan bajo que Cosette apenas si lo oía:

—No entiendo qué me has dicho.

Ella repitió:

—Esta mañana mi padre me dijo que preparase todas mis cosas y que estuviera lista; que me iba a dar su ropa blanca para meterla en un baúl, que tenía que hacer un viaje, que nos íbamos, que yo iba a necesitar un baúl grande y él, uno pequeño; que lo preparase todo para dentro de una semana y que a lo mejor íbamos a Inglaterra.

—Pero ¡eso es una monstruosidad! —exclamó Marius.

No cabe duda de que, en aquellos momentos, en la mente de Marius, ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación de los tiranos más prodigiosos, ningún hecho de Busiris, Tiberio o Enrique VIII se igualaba en ferocidad a este otro: el señor Fauchelevent se lleva a su hija a Inglaterra porque tiene que atender unos negocios.

Preguntó con voz débil:

—¿Y cuándo te irías?

—No ha dicho cuándo.

—¿Y cuándo volverías?

—No ha dicho cuándo.

Marius se puso de pie y dijo con acento frío:

—Cosette, ¿piensa usted ir?

Cosette volvió hacia él los hermosos ojos rebosantes de angustia y contestó, como trastornada:

—¿Dónde?

—A Inglaterra. ¿Piensa ir?

—¿Por qué me llamas de usted?

—Le pregunto si piensa ir.

—¿Y qué otra cosa quieres que haga? —dijo, juntando las manos.

—¿Así que piensa ir?

—Si va mi padre…

—¿Así que piensa ir?

Cosette le cogió la mano a Marius y se la estrechó sin contestar.

—Bien está —dijo Marius—. Entonces yo me iré a otra parte.

Cosette, más que entender el sentido de la frase, lo sintió. Se puso tan pálida que se le volvió la cara blanca en la oscuridad. Balbució:

—¿Qué quieres decir?

Marius la miró; alzó luego la vista al cielo y dijo:

—Nada.

Cuando la bajó, vio que Cosette le sonreía. La sonrisa de una mujer amada tiene un resplandor que se ve en la oscuridad de la noche.

—¡Qué bobos somos! Marius, tengo una idea.

—¿Qué?

—¡Vente si nos vamos nosotros! Te diré adónde. ¡Ven a reunirte conmigo donde yo esté!

Marius era ahora un hombre despierto del todo. Había vuelto a la realidad. Le gritó a Cosette:

—¿Irme con vosotros? ¡Estás loca! ¡Para eso hace falta dinero, y yo no tengo! ¿Ir a Inglaterra? ¡Pero si ahora mismo le debo, yo qué sé, más de diez luises a Courfeyrac, uno de mis amigos, a quien tú no conoces! Pero si tengo un sombrero viejo que no vale ni tres francos, un frac al que le faltan botones por delante y la camisa rota, agujeros en los codos y el agua me entra en las botas; llevo seis semanas sin acordarme de ello y no te lo he dicho. ¡Cosette!, soy un miserable. Tú sólo me ves de noche y me das tu amor; ¡si me vieras de día, me darías cinco céntimos! ¡Ir a Inglaterra! ¡No tengo para pagar el pasaporte!

Se arrojó contra un árbol que había cerca, de pie, con los brazos alzados por encima de la cabeza y la frente pegada a la corteza, sin notar ni la madera que le desollaba la piel ni la fiebre que le martilleaba en las sienes, quieto y a punto de desplomarse, como la estatua de la desesperación.

Se quedó así mucho rato. Cuando estamos en abismos como ése, nos quedaríamos en ellos toda la eternidad. Por fin se dio la vuelta. A su espalda oía un ruidito ahogado, suave y triste.

Eran los sollozos de Cosette.

Llevaba llorando más de dos horas junto a Marius, ensimismado.

Él se le acercó, cayó de rodillas ante ella y, prosternándose

despacio, le cogió la punta del pie, que asomaba bajo el vestido, y se la besó.

Ella dejó que lo hiciera sin decir nada. Hay momentos en que la mujer acepta, como una diosa sombría y resignada, la religión del amor.

—No llores —dijo Marius.

Ella susurró:

—¡Pero si a lo mejor me marcho y tú no puedes venir!

Él siguió diciendo:

—¿Me quieres?

Ella le respondió entre sollozos con esa frase del paraíso que nunca es más deliciosa que cuando llega con lágrimas:

—¡Te adoro!

El siguió diciendo, y le sonaba la voz como una indecible caricia:

—No llores. Dime ¿quieres hacer esto por mí, dejar de llorar?

—¿Tú me quieres? —preguntó Cosette.

Marius le cogió la mano:

—Cosette, nunca le he dado mi palabra de honor a nadie porque le tengo miedo a mi palabra de honor. Noto a mi padre a mi lado. Pues a ti te doy, por lo más sagrado, mi palabra de honor de que si te vas me moriré.

Hubo en el acento con que dijo estas palabras una melancolía tan solemne y tan sosegada que Cosette se estremeció. Notó ese frío que se siente al paso de algo oscuro y verdadero. Se quedó tan sobrecogida que dejó de llorar.

—Y ahora atiende —dijo él—. No me esperes mañana.

—¿Por qué?

—No me esperes hasta pasado mañana.

—¡Ay! ¿Por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! ¡Pero si eso es imposible!

—Sacrifiquemos un día para tener quizá la vida entera.

Y Marius añadió en un aparte y a media voz:

—Es un hombre que nunca cambia de costumbres y nunca ha recibido a nadie más que a última hora de la tarde.

—¿De qué hombre hablas? —preguntó Cosette.

—¿Yo? Si no he dicho nada.

—Pues ¿qué esperanza tienes?

—Espera hasta pasado mañana.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí, Cosette.

Ella le cogió la cabeza entre las manos poniéndose de puntillas para alcanzar a hacerlo e intentando leerle en los ojos aquella esperanza.

Marius siguió diciendo:

—Ahora que lo pienso, tienes que saber mis señas; pueden pasar cosas, nunca se sabe; vivo en casa de ese amigo que se llama Courfeyrac, en el número 16 de la calle de La Verrerie.

Se hurgó en el bolsillo, sacó una navajita y escribió con la hoja en el yeso de la pared:

Calle de La Verrerie, 16.

Pero Cosette, en tanto, se había puesto otra vez a mirarle a los ojos.

—Dime lo que piensas, Marius; estás pensando algo. Dímelo. ¡Ay, dímelo para que duerma bien esta noche!

—Lo que pienso es que es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué voy a hacer hasta entonces? —dijo Cosette—. Tú estás en la calle, vas y vienes. ¡Qué felices son los hombres! Yo me quedaré aquí sola. ¡Ay, qué triste voy a estar! ¿Qué vas a hacer mañana por la noche, dime?

—Voy a probar una cosa.

—Entonces rezaré y pensaré en ti para que salga bien. No te hago más preguntas, ya que no quieres. Eres mi dueño. Pasaré la velada de mañana cantando esa música de *Euryanthe* que te gusta y que viniste a oír una noche a través de las contraventanas cerradas. Pero ven temprano pasado mañana. Te estaré esperando cuando anochezca, a las nueve en punto, te aviso. ¡Dios mío, qué tristeza que sean tan largos los días! Ya lo oyes, dando las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y, sin ponerse de acuerdo, movidos por un mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas mediante las que dos enamorados están en comunicación continua, ambos, ebrios de voluptuosidad incluso en el dolor, cayeron en brazos uno de otro sin

percatarse de que sus labios se habían unido mientras, con los ojos alzados y rebosantes de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Marius, la calle estaba desierta. En aquellos momentos Éponine iba siguiendo a los bandidos hasta el bulevar.

Mientras Marius pensaba, con la cabeza apoyada en el árbol, le había cruzado una idea por la cabeza; una idea que, por desgracia, incluso a él le parecía insensata e imposible. Había tomado una decisión arrebatada.

VII

El corazón anciano y el corazón joven frente a frente

Gillenormand tenía ya por entonces noventa y un años bien cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Gillenormand en el número 6 la calle de Les Filles-du-Calvaire, en aquella casa vieja que le pertenecía. Era, como recordaremos, uno de esos ancianos de antes que esperan la muerte bien tiesos, que no se doblan bajo la carga de la edad y que ni tan siquiera la pena doblega.

No obstante, su hija llevaba una temporada diciendo: «A mi padre se le están echando los años encima». Ya no abofeteaba a las criadas; ya no pegaba golpes con el bastón en el descansillo de la escalera con tanto entusiasmo cuando Basque tardaba en abrirle la puerta. La revolución de julio sólo lo había tenido exasperado seis meses escasos. Había visto casi con calma cómo emparejaba *Le Moniteur* estos dos grupos de palabras: señor Humblot-Conté y senador de Francia. El hecho es que el anciano estaba muy abatido. No cedía ni se rendía porque no entraba en su forma de ser, ni física ni espiritual; pero, por dentro, se sentía desfallecer. Llevaba cuatro años esperando a Marius a pie firme, no puede decirse de otro modo, con el convencimiento de que aquel granujilla llamaría a la puerta el día menos pensado; ahora había llegado ya a decirse, en algunas horas adustas, que a poco que Marius tardase algo más… No era la idea de la muerte la que se le hacía insoportable, sino la de que, a lo mejor, no volvería a ver a Marius. No volver a ver a Marius no se le había pasado ni por instante por la cabeza hasta ahora; pero, en la actualidad, la idea empezaba a ocurrírsele y lo dejaba helado. La ausencia, como siempre sucede en los sentimientos naturales y auténticos, no había hecho sino incrementarle su cariño de abuelo por el niño ingrato que se había

ido como si tal cosa. Es en las noches de diciembre, con diez grados bajo cero, cuando más se acuerda uno del sol. El señor Gillenormand era incapaz, o creía serlo, de dar un paso, él, el abuelo, para ir al encuentro del nieto. «Antes reventar», decía. No pensaba tener nada que reprocharse, pero se acordaba de Marius con un hondo enternecimiento y la desesperación muda de un hombre viejo que va caminando hacia las tinieblas.

Se le estaban empezando a caer los dientes, lo cual lo ponía aún más triste.

El señor Gillenormand, aunque no se lo confesaba a sí mismo, porque se habría sentido rabioso y avergonzado, nunca había querido a amante alguna como quería a Marius.

Había mandado colocar en su cuarto, ante la cabecera de la cama, como lo primero que quería ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había fallecido, la señora Pontmercy, un retrato que le habían hecho cuando contaba dieciocho años. Miraba continuamente aquel retrato. Y llegó a decir un día, cuando lo estaba contemplando:

—Creo que se le parece.

—¿A mi hermana? —preguntó la señorita Gillenormand—. Desde luego.

El anciano añadió:

—Y a él también.

En una ocasión, cuando estaba sentado, con las rodillas juntas y los ojos cerrados a medias, en postura abatida, su hija se arriesgó a decirle:

—Padre, ¿sigue usted igual de enfadado…?

Se detuvo, no atreviéndose a seguir hablando.

—¿Con quién? —preguntó él.

—Con el pobre Marius.

Gillenormand alzó la anciana cabeza, puso el puño arrugado y enflaquecido encima de la mesa y chilló, con su tono más irritado y vibrante:

—¿Pobre Marius, dice usted? ¡Ese caballero es un tunante, un golfo y un vanidoso de poca monta, un ingrato sin corazón y sin alma, un orgulloso y un mal hombre!

Y desvió la cara para que su hija no le viera las lágrimas que tenía en los ojos.

Tres días después, salió de un silencio que había durado cuatro horas para decirle a su hija a quemarropa:

—Había tenido el honor de rogarle a la señorita Gillenormand que no me lo mencionase nunca.

La tía de Marius renunció a todo intento y emitió este profundo diagnóstico: «Mi padre nunca quiso gran cosa a mi hermana desde que hizo aquella tontería. Está claro que detesta a Marius».

«Desde que hizo aquella tontería» quería decir: desde que se casó con el coronel.

Por lo demás, como ya hemos podido conjeturarlo, la señorita Gillenormand había fracasado en su intento de colocar en el lugar de Marius a su favorito, el oficial de lanceros. El sustituto Théodule no había tenido éxito. El señor Gillenormand no aceptó nunca el *quid pro quo.* El vacío del corazón no se remedia con figurantes. Théodule, por su parte, aunque no le hacía ascos a la herencia, no estaba por la labor de cargar con el esfuerzo de agradar. El anciano fastidiaba al lancero y el lancero desagradaba al anciano. El teniente Théodule era alegre, sí, pero charlatán; frívolo, pero vulgar; amante de la vida regalada, pero compañía poco recomendable; tenía amantes, cierto es, y es no menos cierto que hablaba mucho de ellas, pero mal. En todas sus virtudes había un defecto. Al señor Gillenormand lo sacaba de quicio oírle contar las conquistas pedestres que hacía por los alrededores de su cuartel, que estaba en la calle de Babylone. Y, además, el teniente Gillenormand iba a veces de uniforme, con la escarapela tricolor. Y eso lo convertía en alguien absolutamente imposible de tratar. Gillenormand acabó por decirle a su hija: «Estoy harto de Théodule. Le tengo poca afición a la gente de guerra en tiempo de paz. Recíbelo tú, si quieres. No sé yo si no prefiero a los que atacan sable en mano que a los que llevan el sable a rastras. El entrechocar de las hojas en la batalla es, bien pensado, menos descorazonador que el golpeteo de la vaina del sable en los adoquines. Y además, eso de andar sacando pecho y metiendo la cintura como un fanfarrón y apretarse la cincha en el talle como una mujercita, llevar un corsé debajo de una coraza, es ser dos veces ridículo. Cuando se es un hombre de verdad, se queda uno a igual distancia del fantasmón y del remilgado. Ni fierabrás ni niño bonito. Te puedes quedar con tu Théodule para ti sola».

Por más que le dijo su hija: «Pero si es sobrino nieto suyo», resultó que el señor Gillenormand, que era abuelo de pies a cabeza, no tenía nada de tío abuelo.

En el fondo, como no era tonto y los comparaba, para lo único que había servido Théodule había sido para que añorase todavía más a Marius.

Una noche, era el 4 de junio, lo cual no le impedía al señor Gillenormand tener un hermoso fuego en la chimenea, había despedido a su hija, que estaba cosiendo en la habitación de al lado. Estaba solo en su cuarto de tapices pastoriles y con los pies en sus morillos; lo arropaba a medias su biombo ancho, de nueve paneles, de laca de Coromandel y se acodaba en su mesa, donde ardían dos velas de sebo tras una pantalla verde, arrellanado en su sillón tapizado y con un libro en la mano; pero no leía. Vestía como un petimetre del Directorio, según su propia moda, y parecía un retrato antiguo de Garat. Con semejante atuendo lo habrían seguido por la calle, pero, cuando salía, su hija lo abrigaba siempre con un gabán guateado de obispo, que le ocultaba la ropa. En casa, salvo para levantarse e irse a la cama, nunca se ponía bata. «Queda de viejos», decía.

Gillenormand se acordaba de Marius amorosa y amargamente y, como suele suceder, prevalecía la amargura. El cariño, que se agriaba, acababa siempre por entrar en ebullición y convertirse en indignación. Había llegado a ese punto en que intentamos hacernos a la idea y aceptar lo que destroza. Se estaba explicando a sí mismo que no había ya razón alguna para que Marius volviera, que si hubiera tenido que volver ya lo habría hecho, que tenía que renunciar a que lo hiciera. Intentaba acostumbrarse al pensamiento de que todo había concluido y que iba a morirse sin volver a ver al «caballero ese». Pero se rebelaba en él toda su naturaleza; su paternidad de anciano no podía aceptarlo. «¿Cómo? —decía, pues tal era su doliente estribillo—. ¿No volverá?» Tenía la cabeza calva caída sobre el pecho y clavaba en la ceniza del hogar, sin verla, una mirada lastimera e irritada.

Cuando más ensimismado estaba, entró Basque, el viejo criado, y preguntó:

—¿El señor puede recibir al señor Marius?

El anciano se enderezó, lívido y con el aspecto de un cadáver al

que levanta una sacudida galvánica. Toda la sangre se le había ido al corazón. Tartamudeó:

—El señor Marius ¿qué más?

—No sé —contestó Basque, a quien intimidó y desconcertó la expresión de su amo—; no lo he visto. Ha sido Nicolette la que me ha dicho ahora mismo: «Está ahí un joven; diga que es el señor Marius».

Gillenormand balbució en voz baja:

—Hágalo pasar.

Y se quedó en la misma postura, cabeceando y con la mirada clavada en la puerta, que se volvió a abrir. Entró un joven. Era Marius.

Marius se detuvo en la puerta como si estuviera esperando a que lo mandasen entrar.

En la sombra de la pantalla no se le veía la ropa casi mísera. Sólo se le veía la cara serena y seria, pero extrañamente triste.

Gillenormand, a quien dejaron alelado el asombro y la alegría, se quedó unos instantes sin ver más que una claridad, como cuando se halla uno ante una aparición. Estaba a punto de desfallecer; veía a Marius a través de un resplandor cegador. Era él. ¡Era efectivamente Marius!

¡Por fin! ¡Después de cuatro años! Lo abarcó y lo hizo suyo, por decirlo de algún modo, de una ojeada. Lo vio guapo, de aspecto noble, distinguido, crecido, hombre hecho y derecho, de apariencia decorosa y con expresión encantadora. Le entraron ganas de abrir los brazos, de llamarlo, de abalanzarse hacia él; se le derritieron las entrañas de deleite; las palabras afectuosas le henchían el pecho y se le desbordaban; al fin afloró todo aquel cariño y le llegó a los labios, y, por ese contraste que era lo propio de su carácter, salió de ellos una frase dura: Dijo con brusquedad:

—¿Qué viene usted a hacer aquí?

Marius contestó, con apuro:

—Señor mío…

Al señor Gillenormand le habría gustado que Marius se le echase en los brazos. Se quedó descontento de Marius y de sí mismo. Notó que era brusco y que Marius era frío. Al buen hombre le causaba una ansiedad insoportable e irritante notarse tan tierno y tan desconsolado por dentro y no poder ser por fuera sino duro. Le

volvió la amargura. Interrumpió a Marius con tono hosco:

—Y entonces ¿pará qué viene?

Ese «entonces» quería decir: *si no viene a darme un abrazo.* Marius miró a su abuelo, a quien la palidez ponía cara de mármol.

—Señor mío…

El anciano añadió con voz severa:

—¿Viene a pedirme perdón? ¿Ha reconocido que cometió un error?

Creía que estaba poniendo a Marius en el buen camino y que el «niño» iba a ceder. Marius se estremeció; lo que le pedían era que renegase de su padre; bajó la vista y contestó:

—No, señor.

—Y entonces —exclamó impetuosamente el anciano con un dolor agudo y colmado de ira—, ¿qué quiere de mí?

Marius juntó las manos, dio un paso y dijo con voz débil y trémula:

—Señor, compadézcase de mí.

Aquella frase le llegó al alma al señor Gillenormand; si Marius la hubiera dicho antes, lo habría enternecido, pero llegaba demasiado tarde. El abuelo se levantó; se apoyaba en el bastón con ambas manos, tenía los labios blancos, le oscilaba la cabeza, pero, con su elevada estatura, miraba a Marius desde arriba inclinado.

—¡Compasión de usted, caballero! ¡El adolescente le pide compasión al anciano de noventa y un años! Está entrando en la vida y yo salgo de ella; va usted al teatro, al baile, al café, al billar, es ingenioso, agrada a las mujeres, es buen mozo; yo, en pleno verano, escupo en las brasas; usted tiene las únicas riquezas que existen; yo tengo todas las pobrezas de la vejez, de la invalidez, y de la soledad; tiene usted la dentadura completa, el estómago sano, la mirada despierta, fuerza, apetito, salud, buen humor, una selva de pelo oscuro; a mí ya no me quedan ni canas, me he quedado sin dientes, me fallan las piernas, pierdo la memoria, hay tres nombres de calles que confundo siempre, la calle de Charlot, la calle de Le Chaume y la calle de Saint-Claude, así de bajo he caído; usted tiene por delante el porvenir entero y colmado de sol; yo empiezo ya a no ver ni gota, así de adentrado voy ya en la oscuridad; usted está enamorado, ni que decir tiene; a mí no me quiere nadie en el mundo, ¡y me pide que lo compadezca! ¡Por Cristo que a Molière se

le olvidó escribir esto! Si éstas son las bromas con que se andan en el Palacio de Justicia los señores abogados, les doy la enhorabuena. Tienen ustedes mucha gracia.

Y el nonagenario repitió, con voz enojada:

—A ver, ¿qué quiere de mí?

—Señor —dijo Marius—, sé que mi presencia le causa desagrado, pero sólo vengo a pedirle una cosa y, luego, me marcharé enseguida.

—¡Es usted un necio! —dijo el anciano—. ¿Quién le dice que se vaya?

Era la traducción de esta frase tierna que tenía en lo hondo del corazón: *Pero ¡pídeme perdón! ¡Ven a darme un abrazo!* El señor Gillenormand se daba cuenta de que Marius iba a irse dentro de unos momentos, de que su mal recibimiento le causaba desvío, de que su dureza lo echaba a la calle; y, como en él el dolor se convertía en el acto en ira, su dureza iba a más. Habría querido que Marius cayese en la cuenta y Marius no caía; y el pobre hombre estaba furioso. Añadió:

—¡Cómo! ¡Me faltó al respeto, a mí, a su abuelo; se marchó de mi casa para ir a saber dónde; disgustó a su tía; se fue, está claro, resulta más cómodo, a llevar vida de soltero, a hacerse el petimetre, a volver a casa a deshora, a divertirse; no me ha dado señales de vida; se ha entrampado sin pedirme siquiera que le pagase las deudas; se ha vuelto un alborotador y un escandaloso y, al cabo de cuatro años, viene a mi casa y no tiene nada más que decirme!

Aquella forma violenta de orientar al nieto hacia el cariño no daba más fruto en Marius que el silencio. El señor Gillenormand se cruzó de brazos, ademán que era en él especialmente imperioso, y apostrofó a Marius amargamente:

—Acabemos. ¿Dice que viene a pedirme algo? ¿Y de qué se trata? ¿Qué es ello? Hable.

—Señor —dijo Marius con la mirada de un hombre que nota que va a caerse por un precipicio—, vengo a pedirle permiso para casarme.

El señor Gillenormand tocó la campanilla. Basque entornó la puerta.

—Que venga mi hija.

Un momento después volvió a abrirse la puerta; la señorita

Gillenormand no entró, pero se asomó; Marius estaba de pie, mudo, con los brazos colgando y cara de criminal; el señor Gillenormand paseaba arriba y abajo por el cuarto. Se volvió hacia su hija y le dijo:

—Nada. Es el señor Marius. Salúdelo. El señor quiere casarse. Ya está. Váyase.

El tono de voz tajante y ronco del anciano anunciaba una singular plenitud de ira. La tía miró a Marius con expresión atemorizada, pareció reconocerlo apenas, no se le escaparon ni un gesto ni una sílaba y desapareció, al respirar su padre, como una brizna de paja ante el huracán.

Entretanto, Gillenormand había vuelto a apoyar la espalda en la chimenea.

—¡Casarse! ¡A los veintiún años! ¡Lo tiene en marcha! ¡Ya sólo le falta pedir permiso! Un mero requisito. Siéntese, caballero. ¿Qué? Así que ha tenido usted una revolución desde que no he tenido el honor de echarle la vista encima. Los jacobinos han ganado. Debió usted de alegrarse mucho. ¿No es republicano desde que es barón? Consigue usted llevarlo de frente. La república es buena salsa para la baronía. ¿Es usted uno de los condecorados de julio? ¿Ha tenido arte y parte en la toma del Louvre, caballero? Hay muy cerca de aquí, en la calle de Saint-Antoine, enfrente de la calle de Les Nonaindières, una bala de cañón incrustada en la pared, en el tercer piso de un edificio, con este letrero: 28 de julio de 1830. Vaya a verlo. Queda estupendamente. ¡Menudas cosas hacen sus amigos! Por cierto, ¿no están poniendo una fuente donde estaba el monumento al duque de Berry? ¿Así que quiere casarse? ¿Y con quién? ¿Puedo preguntar con quién sin pecar de indiscreto?

Calló y, antes de que a Marius le hubiera dado tiempo a contestarle, añadió con violencia:

—Vamos a ver, ¿cuenta con una posición? ¿Tiene fortuna? ¿Cuánto gana en su profesión de abogado?

—Nada —dijo Marius, con algo semejante a la firmeza y una resolución casi fiera.

—¿Nada? ¿Sólo tiene para vivir los mil doscientos francos que yo le paso?

Marius no contestó. El señor Gillenormand siguió diciendo:

—Entonces, ya lo entiendo, es que la muchacha es rica.

—Como yo.
—¿No tiene dote?
—No.
—¿Y esperanzas?
—No lo creo.
—¡En cueros! ¿Y el padre qué es?
—No lo sé.
—¿Y cómo se llama?
—Es la señorita Fauchelevent.
—¿Fauchequé?
—Fauchelevent.
—¡Pfff! —dijo el anciano.
—¡Caballero! —exclamó Marius.

El señor Gillenormand lo interrumpió con el tono de un hombre que habla consigo mismo.

—Eso es, veintiún años, sin posición, mil doscientas libras al año: la señora baronesa de Pontmercy irá a la frutería a comprar diez céntimos de perejil.

—Señor —dijo Marius, con el extravío de quien ve que se le esfuma la última esperanza—, ¡se lo suplico! Se lo pido por lo que más quiera, en nombre del cielo, con las manos juntas, señor, me arrojo a sus pies, permítame que me case con ella.

El anciano soltó una carcajada estridente y lúgubre que interrumpían la tos y las palabras:

—¡Vaya, vaya, vaya! Se ha dicho usted: Carape, ¡voy a ir a ver al vejestorio ese, a ese beocio absurdo! ¡Qué lástima no haber cumplido ya los veinticinco años! ¡Lo bien que le plantaría un ultimátum respetuoso! ¡Lo a gusto que prescindiría de él! Da igual, voy a decirle: Viejo imbécil, suerte tienes de estar viéndome, me apetece casarme, me apetece casarme con la señorita fulanita, hija del señor mengano; ¡no tengo zapatos que ponerme y ella anda sin camisa, pero qué más da, me apetece tirar por la borda mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida, me apetece zambullirme en la miseria con una mujer a cuestas, eso es lo que quiero y tienes que acceder! Y el viejo fósil ese accederá. Venga, muchacho, como quieras, ponte un adoquín al cuello, cásate con esa Pousselevent que dices, con esa Coupelevent que dices… Nunca, caballero, nunca.

—¡Padre!

—¡Nunca!

Al oír el tono de aquel «nunca», Marius perdió toda esperanza. Cruzó la habitación con paso lento, agachando la cabeza y trastabillando, más parecido a alguien que se muere que a alguien que se marcha. El señor Gillenormand lo seguía con la vista y, en el momento en que se abría la puerta y Marius iba a salir por ella, dio cuatro pasos con esa vivacidad senil de los ancianos impetuosos y mimados, agarró a Marius por el cuello del frac, lo hizo regresar a la habitación enérgicamente, lo arrojó a un sillón y le dijo:

—¡Cuéntame el asunto!

Había sido esa única palabra, *padre,* que se le había escapado a Marius, la autora de aquella revolución.

Marius lo miró, extraviado. El rostro elocuente del señor Gillenormand no mostraba ya sino una campechanía ruda e inefable. El patriarca había cedido el lugar al abuelo.

—Vamos, venga, habla, cuéntame tus amoríos, charla, ¡dímelo todo! ¡Caray, qué bobos son los jóvenes!

—Padre —repitió Marius.

Una luz radiante inefable le iluminó la cara entera al anciano.

—¡Sí, eso es! ¡Llámame padre y ya verás!

Había ahora algo tan bondadoso, tan dulce, tan franco, tan paternal en aquella brusquedad que Marius, con aquel paso repentino del desánimo a la esperanza, se quedó como aturdido y embriagado. Estaba sentado junto a la mesa, la luz de las velas destacaba el deterioro del atuendo, que Gillenormand miraba asombrado.

—Verá, padre —dijo Marius.

—Pero bueno —lo interrumpió el señor Gillenormand—, ¿es cierto que andas sin un céntimo? Vas hecho una pena.

Rebuscó en un cajón y sacó una bolsa, que puso encima de la mesa:

—Toma, aquí van cien luises, cómprate un sombrero.

—Padre —siguió diciendo Marius—, mi buen padre, si usted supiera, la quiero. La primera vez que la vi, ¿sabe?, fue en Le Luxembourg, ella iba por allí; al principio, no me fijaba mucho en ella, y luego, no sé cómo, ocurrió, me enamoré. ¡Ay, qué desdichado fui! Pero ahora la veo a diario, en su casa; su padre no

lo sabe, y, fíjese, van a marcharse, nos vemos en el jardín por las noches, su padre quiere llevársela a Inglaterra, y entonces me dije: voy a ir a ver a mi abuelo y a contárselo. De entrada me volvería loco, me moriría, enfermaría, me tiraría al agua. Tengo que casarme con ella a toda costa, porque me volvería loco. Y ésa es toda la verdad, creo que no me he dejado nada. Vive en un jardín con una verja, en la calle de Plumet. Por la zona de Les Invalides.

Gillenormand, radiante, se había sentado junto a Marius. Al tiempo que escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también una prolongada toma de rapé. Al oír esas palabras, calle de Plumet, dejó de sorber y le cayó el resto del tabaco en las rodillas.

—La calle de Plumet, ¿la calle de Plumet has dicho? Vamos a ver. ¿No hay un cuartel por allí? Pues claro, eso es. Me lo ha mencionado tu primo Théodule. El lancero, el oficial. Una chiquilla, amigo mío, una chiquilla. Sí, por vida de, en la calle de Plumet. Se llamaba antes la calle de Blomet. Ya me acuerdo. Ya había oído hablar de esa niña de la verja de la calle de Plumet. En un jardín. Una Pamela. No tienes mal gusto. Dicen que es muy apañadita. Entre nosotros, me parece que el ganso ese del lancero le tiró los tejos hasta cierto punto. No sé hasta dónde llegó la cosa. En fin, da lo mismo. Además, no hay que hacerle ni caso. ¡Es un jactancioso, Marius! Me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado. Es propio de tu edad. Me gustas más de enamorado que de jacobino. ¡Me gustas más prendado de unas faldas, caray! ¡De veinte faldas y no del señor Robespierre! En lo que a mí se refiere, debo decir que a mí, que nunca me han gustado los *sans-culottes,* las únicas personas que me han gustado sin calzón han sido las mujeres. ¡Las chicas guapas son las chicas guapas, qué demonios! En eso no hay quien tenga nada que decir. En cuanto a la chiquilla, te recibe a escondidas del papá. Como tiene que ser. A mí también me pasaron cosas de ésas. Más de una. ¿Sabes lo que hay que hacer? No tomarse las cosas por la tremenda; no meterse de cabeza en lo trágico; no hay por qué llegar ni hasta el matrimonio ni hasta el señor alcalde con su faja puesta. Sencillamente, hay que ser un muchacho inteligente. Con sentido común. Mortales, pasad resbalando y no os caséis. Va uno a ver al abuelo, que en el fondo es un santo y a quien nunca le van a faltar unos cuantos cartuchos de luises en el cajón de un mueble viejo; y le dice: Abuelo, pasa esto. Y

el abuelo dice: Nada más sencillo. Sólo se es joven una vez. Joven fui yo, y tú algún día serás viejo. Venga, muchacho, ya harás tú lo mismo por tu nieto. Toma dos mil francos. ¡Diviértete, demonios! ¡No hay nada mejor! Así es como tienen que ser las cosas. No hay que casarse, pero eso no quita. Ya me entiendes, ¿no?

Marius, petrificado e incapaz de articular palabra, dijo que no con la cabeza.

El buen hombre se echó a reír, guiñando los párpados arrugados, le dio una palmada en la rodilla, lo miró cara a cara con expresión misteriosa y radiante y le dijo, encogiéndose de hombros con inmensa ternura:

—¡Bobo! Cógela de querida.

Marius se puso pálido. No había entendido nada de cuanto acababa de decir su abuelo. Aquellas machaconerías de la calle de Blomet, de Pamela, del cuartel, del lancero le pasaron a Marius por delante como una fantasmagoría. Nada de aquello podía tener relación con Cosette, que era una azucena. El buen hombre divagaba. Pero la divagación había desembocado en una palabra que Marius había entendido y que era una injuria mortal para Cosette. Esa frase, *cógela de querida,* le entró en el corazón al recto joven como una espada.

Se levantó, cogió el sombrero, que estaba en el suelo, y se encaminó hacia la puerta con paso seguro y firme. Al llegar a ella, se dio la vuelta, le hizo una honda reverencia a su abuelo, engalló la cabeza y dijo:

—Hace cinco años ofendió usted a mi padre; hoy, ofende a mi mujer. Ya no le pido nada, caballero. Adiós.

Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos y trató de levantarse; y, antes de que pudiera pronunciar una palabra, la puerta ya se había cerrado y Marius se habría esfumado.

El anciano se quedó unos momentos inmóvil, como si le hubiera caído un rayo, sin poder hablar ni respirar, como si un puño cerrado le apretase la garganta. Se levantó por fin trabajosamente del sillón, fue corriendo hasta la puerta con toda la velocidad con que se puede correr a los noventa y un años, la abrió y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Apareció su hija; luego, los criados. Él siguió diciendo con un estertor que daba pena:

—¡Corred detrás de él! ¡Alcanzadlo! ¿Qué le he hecho? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mío! ¡Esta vez no volverá!

Fue a la ventana que daba a la calle, la abrió con las manos viejas y temblonas y asomó más de medio cuerpo mientras Basque y Nicolette lo sujetaban por detrás y gritó:

—¡Marius! ¡Marius! ¡Marius! ¡Marius!

Pero Marius ya no podía oírlo; estaba en ese momento volviendo la esquina de la calle de Saint-Louis.

El nonagenario se llevó dos o tres veces ambas manos a las sienes con expresión angustiada, retrocedió, trastabillando, y se desplomó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y moviendo los labios con expresión alelada y, en el corazón, algo sombrío y hondo que tenía un parecido con la oscuridad de la noche.

Libro noveno

¿Dónde van?

I

Jean Valjean

Ese mismo día, a eso de las cuatro de la tarde, Jean Valjean estaba sentado a solas en la vertiente más agreste de una de las elevaciones más solitarias de Le Champ de Mars. Bien por prudencia, bien por deseo de recogimiento o bien, sencillamente, por uno de esos cambios insensibles de costumbres que van apareciendo poco a poco en todas las existencias, salía ahora bastante poco con Cosette. Llevaba la chaqueta de obrero, un pantalón de lienzo gris y esa gorra de visera larga que le tapaba la cara. En lo referido a Cosette, ahora estaba en paz y era feliz; se había esfumado lo que por un tiempo lo había asustado y conturbado; pero, desde hacía una semana o dos, se le habían presentado ansiedades de otra clase. Un día, cuando paseaba por el bulevar, divisó a Thénardier; merced al disfraz que llevaba, Thénardier no lo reconoció; pero desde entonces Jean Valjean había vuelto a verlo en varias ocasiones y ahora tenía la seguridad de que Thénardier andaba por el barrio. Eso había bastado para que tomase una determinación muy seria. Que Thénardier estuviera allí equivalía a todos los peligros al tiempo. Además, París no estaba tranquilo; las alteraciones políticas presentaban el inconveniente, para quien tenía algo que ocultar en la vida, de que la policía estaba muy intranquila y muy recelosa, y, cuando intentase dar con un hombre como Pépin, o como Morey, podía perfectamente dar con un hombre como Jean Valjean. Jean Valjean estaba decidido a salir de París, e incluso de Francia, e irse a Inglaterra. Ya había avisado a Cosette. Quería irse antes de ocho días. Estaba sentado en el talud del Champ de Mars dando vueltas en la cabeza a todo tipo de pensamientos, Thénardier, la policía, el viaje y la dificultad de

hacerse con un pasaporte.

Lo tenía preocupado todo lo dicho.

Y, de remate, un hecho inexplicable que acababa de llamarle la atención y todavía lo tenía alterado lo había puesto aún más alerta. La mañana de ese mismo día, cuando era el único que estaba levantado en la casa y paseaba por el jardín antes de que Cosette abriese sus postigos, vio de repente esta línea grabada en la pared, probablemente con un clavo: *Calle de la Verrerie, 16*.

Era algo muy reciente; las incisiones eran blancas en la argamasa antigua y negra; una mata de ortigas, al pie de la pared, tenía por encima un polvillo fino y reciente de yeso. Probablemente lo habían escrito durante la noche. ¿Qué era? ¿Unas señas? ¿Una señal para otras personas? ¿Un aviso para él? En cualquier caso, estaba claro que alguien había violado el jardín y que entraban en él desconocidos. Recordó los incidentes raros que habían causado alarma anteriormente en la casa. Caviló sobre ese bosquejo. Tuvo buen cuidado de no mencionarle a Cosette aquella línea de la pared por temor a asustarla.

En esas preocupaciones estaba cuando se dio cuenta, por una sombra que proyectaba el sol, de que alguien acababa de detenerse en la cresta de la pendiente, inmediatamente detrás de él. Iba a darse la vuelta cuando le cayó en las rodillas un papel doblado en cuatro, como si lo hubiera soltado una mano que estuviera por encima de su cabeza. Cogió el papel, lo desdobló y leyó esta palabra escrita a lápiz en legras grandes:

MÚDESE.

Jean Valjean se puso de pie con rapidez; ya no había nadie en la pendiente; buscó alrededor y divisó a alguien más alto que un niño, pero más bajo que un hombre, vestido con un blusón gris y un pantalón del color del polvo, que salvaba de una zancada el parapeto y se dejaba caer en el foso de Le Champ de Mars.

Jean Valjean regresó a casa en el acto, muy meditabundo.

II

Marius

Marius se había ido desconsolado de casa del señor Gillenormand. Había entrado en ella con una esperanza muy pequeña; salía con una desesperación inmensa.

Por lo demás, y quienes hayan estudiado las iniciaciones del corazón humano lo entenderán, el lancero, el oficial, el zángano, el primo Théodule no le había dejado sombra alguna en el ánimo. Ni la mínima sombra. Un poeta dramático podría aparentemente esperar algunas complicaciones de esa revelación a quemarropa que le había hecho al abuelo al nieto. Pero lo que con ello ganaría el drama lo perdería la verdad. Marius estaba en esa edad en que, en lo referido al mal, nada crees; más adelante llega la edad en que lo crees todo. Las sospechas no son sino arrugas. En la primera juventud no hay arrugas. Lo que trastorna a Otelo le resbala a Candide. ¡Sospechar de Cosette! Había multitud de crímenes que Marius habría cometido con mayor facilidad.

Echó a andar por las calles, que es el recurso de quienes padecen. No pensó en nada que pudiera recordar. A las dos de la mañana volvió a casa de Courfeyrac y se desplomó sin desnudarse en el colchón. Ya estaba alto el sol cuando se quedó dormido con ese sueño espantoso y pesado que deja que las ideas vayan y vengan por el cerebro. Cuando se despertó, vio de pie en la habitación, con el sombrero calado, a punto de salir y muy atareados, a Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Le pareció que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió poco después que ellos. Se metió en el bolsillo las pistolas

que le había prestado Javert en el momento de la aventura del 3 de febrero y que seguía teniendo. Las pistolas estaban cargadas aún. Sería difícil decir qué pensamiento oscuro tenía en la cabeza cuando las cogió.

Anduvo todo el día rodando sin saber por dónde; llovía a ratos, pero no lo notaba; compró para cenar una barra de pan de cinco céntimos y se olvidó de ella. Por lo visto se dio un baño en el Sena sin tener conciencia de ello. Hay momentos en que tenemos una hoguera dentro de la cabeza. Marius se hallaba en un momento de ésos. Ya no esperaba nada, ya no temía nada; había dado ese paso desde el día anterior. Esperaba la noche con una impaciencia febril, no tenía ya sino una idea clara: que a las nueve vería a Cosette. Esta última dicha era ya todo el porvenir que le quedaba; luego, la sombra. A ratos, caminando por los bulevares más desiertos, le parecía oír en París ruidos raros. Asomaba de su ensimismamiento y decía: «¿Habrá combates?».

Al caer la noche, a las nueve en punto, como le había prometido a Cosette, estaba en la calle de Plumet. Al acercarse a la verja, lo olvidó todo. Llevaba cuarenta y ocho horas sin ver a Cosette, iba a volver a verla; se le borraron todos los demás pensamientos y no sintió ya sino una dicha inaudita y honda. Esos minutos en que vivimos siglos tienen siempre esta característica soberana y admirable: en el momento en que transcurren nos llenan por completo el corazón.

Marius movió el barrote y se abalanzó dentro del jardín. Cosette no estaba en el lugar en que solía esperarlo. Cruzó por los matorrales y fue al entrante que había junto a la escalera de la fachada. «Me está esperando allí», dijo. Cosette no estaba. Alzó la vista y vio que la casa tenía cerradas las contraventanas. Dio la vuelta al jardín y el jardín estaba desierto. Volvió entonces a la casa y, loco de amor, ebrio, espantado, exasperado por el dolor y la preocupación, igual que el dueño de la casa que regresa en mal momento, golpeó las contraventanas. Golpeó y siguió golpeando, corriendo el riesgo de que se abriera la ventana y apareciera la cara adusta del padre, preguntándole: «¿Qué desea?». Aquello no era nada en comparación con lo que estaba intuyendo. Tras los golpes, alzó la voz y llamó a Cosette.

—¡Cosette! —gritó—. ¡Cosette! —repitió imperiosamente.

Nadie contestó. Todo había acabado. Nadie en el jardín; nadie en la casa.

Marius clavó los ojos desesperados en aquella casa siniestra, tan negra, tan silenciosa como una tumba, y aún más vacía. Miró el banco de piedra donde había pasado tantas horas adorables con Cosette. Entonces se sentó en los peldaños de la escalera, con el corazón colmado de cariño y de desconsuelo, bendijo su amor en lo hondo del pensamiento y se dijo que, puesto que Cosette se había ido, lo único que le quedaba ya por hacer era morir.

De repente oyó una voz que parecía venir de la calle y gritaba por entre los árboles:

—¡Señor Marius!

Se enderezó.

—¿Cómo? —dijo.

—Señor Marius, ¿está ahí?

—Sí.

—Señor Marius —añadió la voz—, sus amigos lo están esperando en la barricada de la calle de La Chanvrerie.

Esa voz no le resultaba del todo desconocida. Se parecía a la voz ronca y ruda de Éponine. Marius se acercó deprisa a la verja, apartó el barrote que se movía, asomó la cabeza y vio a alguien, que le pareció un muchacho, desaparecer corriendo entre el crepúsculo.

III

El señor Mabeuf

La bolsa de Jean Valjean no le sirvió de nada a Mabeuf. El señor Mabeuf, con su venerable austeridad pueril, no aceptó el regalo de los astros; no admitió que una estrella pudiera convertirse en luises de oro. No adivinó que lo que le caía del cielo venía de Gavroche. Llevó la bolsa a la comisaría de policía del barrio y la depositó allí como objeto perdido que quien lo había encontrado ponía a disposición de quien lo reclamara. La bolsa se perdió, desde luego. Ni que decir tiene que nadie la reclamó y que no le sirvió de socorro al señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf había seguido cuesta abajo.

Los experimentos con el añil no tuvieron mejor suerte en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz. El año anterior, le debía el sueldo a su ama de llaves; ahora, como ya hemos visto, debía el alquiler. El Monte de Piedad, cuando pasaron trece meses, vendió las planchas de cobre de los grabados de su *Flora*. Algún calderero debió de convertirlas en cazuelas. Tras quedarse sin las planchas, y sin poder ya siquiera completar los ejemplares desparejados de su *Flora* que aún tenía, le vendió por cuatro cuartos a un librero y chamarilero las planchas y el texto, como *defectos*. No le quedó ya nada de la obra de toda su vida. Se gastó el dinero de esos ejemplares. Cuando vio que aquel recurso tan parco se le agotaba, renunció a su jardín y lo dejó en barbecho. Antes, mucho antes, ya había renunciado a los dos huevos y al trozo de vaca que comía de vez en cuando. Cenaba pan y patatas. Había vendido los últimos muebles que le quedaban; luego, todo lo que tenía por partida doble en cuestión de ropa de cama, ropa de vestir y mantas; luego los herbolarios y las estampas; pero conservaba aún los libros

más valiosos, varios de los cuales eran grandes rarezas, entre ellos *Las cuadernas históricas de la Biblia,* edición de 1560; *La concordancia de las Biblias,* de Pierre de Besse; *Las margaritas de la margarita de las princesas,* de Jean de La Haye, con dedicatoria a la reina de Navarra; el libro del *Cargo y dignidad del embajador,* por el señor de Villiers-Hotman; un *Florilegium rabbinicum* de 1644; un Tibulo de 1567 con esta espléndida inscripción: *Venetiis, in œdibus Manutianis,* y, finalmente, un Diógenes Laercio, impreso en Lyon en 1644 y donde estaban las famosas variantes del manuscrito 411, del siglo XIII, del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, que tan fructíferamente consultó Henri Estienne, y todas las partes en dialecto dórico que no están sino en el célebre manuscrito del siglo XII de la biblioteca de Nápoles. El señor Mabeuf nunca encendía la chimenea de su cuarto y se iba a la cama de día para no gastar velas. Parecía como si no tuviera ya vecinos; cuando salía, lo evitaban, y él se daba cuenta. La miseria de un niño le interesa a una madre; la miseria de un joven le interesa a una muchacha; la miseria de un viejo no le interesa a nadie. Es, de todos los desvalimientos, el más frío. No obstante, Mabeuf no había perdido del todo su serenidad infantil. Las pupilas recobraban cierta viveza cuando miraban los libros y sonreía cuando se fijaban en el Diógenes Laercio, que era un ejemplar único. El armario acristalado era el único mueble que conservaba además de los más indispensables.

Un día le dijo la Plutarco:

—No tengo con qué comprar la cena.

Lo que llamaba la cena era un pan y cuatro o cinco patatas.

—¿De fiado? —dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabe que no me fían.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, estuvo mucho rato mirando todos sus libros, uno tras de otro, igual que un padre que se viera en la obligación de diezmar a sus hijos los miraría antes de decidirse; luego, cogió uno con presteza, se lo metió debajo del brazo y salió. Volvió dos horas después, sin nada debajo del brazo, dejó un franco y medio encima de la mesa y dijo:

—Haga de cenar.

A partir de ese momento, la Plutarco vio cómo iba cayendo sobre el cándido rostro del anciano un velo oscuro que no volvió a

alzarse.

Al día siguiente, y al otro, y todos los días, hubo que hacer otro tanto. El señor Mabeuf salía con un libro y volvía con una moneda. Como los libreros de lance sabían que no le quedaba más remedio que vender, le compraban por un franco lo que le habían vendido por veinte a veces esos mismos libreros. Libro a libro, se le iba yendo toda la biblioteca. A veces decía: «Pero ¡si ya he cumplido ochenta años!», como si tuviera a saber qué esperanza secreta de llegar al final de sus días antes de llegar al final de sus libros. Crecía la tristeza. Una vez tuvo una alegría, empero. Salió con un Robert Estienne que vendió por un franco con setenta y cinco en el muelle Malaquais y volvió con un Aldo Manucio, que compró por dos francos en la calle de Les Grès.

—Debo veinticinco céntimos —le dijo radiante a la Plutarco.

Ese día se quedó sin cenar.

Pertenecía a la Sociedad de Horticultura. Allí sabían de su indigencia. El presidente de la Sociedad fue a verlo, le prometió que le hablaría de él al ministro de Agricultura y Comercio y cumplió lo dicho.

—¡Faltaría más! —exclamó el ministro—. ¡Pues claro que sí! ¡Un sabio anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Hay que hacer algo por él!

Al día siguiente, el señor Mabeuf recibió una invitación para que fuera a cenar a casa del ministro. Le enseñó, trémulo de gozo, la carta a la Plutarco.

—¡Estamos salvados! —dijo.

El día fijado fue a casa del ministro. Se percató de que la corbata arrugada, el frac viejo y de faldones cuadrados y los zapatos abrillantados con huevo asombraban a los porteros. Nadie le dirigió la palabra, ni siquiera el ministro. A eso de las diez de la noche, cuando seguía esperando que le dijeran algo, oyó que la mujer del ministro, una mujer guapa y escotada a la que no se había atrevido a acercarse, preguntaba: «Pero ¿quién es ese señor tan viejo?». Se volvió a su casa a pie, a las doce de la noche, mientras llovía a cántaros. Había vendido un elzevir para pagar el coche de punto a la ida.

Todas las noches, antes de acostarse, tenía la costumbre de leer unas cuantas páginas de su Diógenes Laercio. Sabía griego

suficiente para disfrutar de las peculiaridades del texto que poseía. Ahora no tenía ya más alegría que ésa. Pasaron unas cuantas semanas. De repente, la Plutarco enfermó. Si hay algo más triste que no tener con qué comprar pan en la panadería es no tener con qué comprar medicinas en la botica. Una noche, el médico recetó una poción muy cara. Y, además, la enfermedad se iba agravando y hacía falta una cuidadora. El señor Mabeuf abrió el armario: ya no quedaba nada. Se había ido el último libro. Sólo le quedaba el Diógenes Laercio.

Se puso el ejemplar único debajo del brazo y salió; era el 4 de junio de 1832; fue a la Porte de Saint-Jacques, a la librería del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Puso el montón de monedas de cinco francos encima de la mesilla de la anciana criada y se volvió a su cuarto sin decir palabra.

Al día siguiente, en cuanto amaneció, se sentó en el mojón tumbado del jardín y, por encima del seto, se lo pudo ver toda la mañana quieto, con la cabeza gacha y la vista clavada, sin mirar, en las platabandas marchitas. A ratos, llovía; el anciano no parecía darse cuenta. Por la tarde, estallaron en París unos ruidos fuera de lo normal. Parecían disparos de fusil y los clamores de un gentío.

Mabeuf alzó la cabeza. Vio pasar a un jardinero y preguntó:

—¿Qué pasa?

El jardinero contestó, con la laya echada al hombro y un tono de lo más tranquilo:

—Hay disturbios.

—¿Cómo que disturbios?

—Sí, enfrentamientos.

—¿Y por qué se enfrentan?

—Eso ya… —dijo el jardinero.

—¿Por qué parte? —añadió el señor Mabeuf.

—Por la parte de L’Arsenal.

Mabeuf entró en casa, cogió el sombrero, buscó maquinalmente un libro para metérselo debajo del brazo, no lo encontró, dijo: «¡Ah, es verdad!», y se fue, con expresión extraviada.

Libro décimo

El 5 de junio de 1832

I

La superficie de la cuestión

¿Qué compone un disturbio? Nada y todo. Una electricidad que va desprendiéndose poco a poco, una llama que brota de golpe, una fuerza errabunda, una ráfaga que pasa. Esa ráfaga se encuentra con cabezas que hablan, con mentes que sueñan, con almas que sufren, con pasiones que arden, con miserias que aúllan, y las lleva consigo.

¿Adónde?

Al azar. A través del Estado, a través de las leyes, a través de la prosperidad y la insolencia de los demás.

Las convicciones irritadas, los entusiasmos agriados, las indignaciones emocionadas, los instintos guerreros reprimidos, el coraje joven exaltado, las cegueras generosas; la curiosidad, el gusto por el cambio, la sed por lo inesperado, esa sensación que nos mueve a complacernos al leer el cartel de un espectáculo nuevo y ese gusto que nos da en el teatro oír el silbato del tramoyista; los odios inconcretos, los rencores, los chascos, toda vanidad que crea que el destino le ha fallado; los malestares, los sueños vanos, las ambiciones rodeadas de escarpaduras, toda creencia de que un desplome es una salida, y, por último, en la parte más baja, la turba, ese barro que se incendia: tales son los elementos del disturbio.

Lo más grande y lo ínfimo, los seres que andan rodando por fuera de todo, esperando una ocasión, gitanos, gente sin casa ni hogar, vagabundos de encrucijadas, quienes duermen de noche en un desierto sin casas y sin más techo que las nubes frías del cielo, quienes le piden a diario el pan a la casualidad y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y la nada, los remangados, los descalzos: todos pertenecen al disturbio.

Todo el que lleve en el alma una rebelión secreta contra cualquier actuación del Estado, de la vida o de la suerte linda con el disturbio y, en cuanto hace acto de presencia, se pone a tiritar y siente que se lo lleva en volandas el torbellino.

El disturbio es algo así como una tromba de la atmósfera social que se forma de repente cuando se dan determinadas condiciones de temperatura y que, al girar, sube, corre, atruena, arranca, arrasa, aplasta, destruye, derriba de raíz, arrastrando consigo a los caracteres recios y a los enclenques, al hombre fuerte y a la mente torpe, el tronco del árbol y la brizna de paja.

¡Malhaya aquel a quien se lleve y también aquel con quien tropiece! Los estrella uno contra otro.

Infunde a aquellos de quienes se adueña a saber qué potencia extraordinaria. Colma al primero que pase por allí con la fuerza de los acontecimientos; lo convierte todo en proyectil. Hace de un mampuesto una bala de cañón y de un mozo de cuerda un general.

Si atendemos a la opinión de algunos oráculos de la política artera, desde el punto de vista del poder resulta deseable cierta dosis de disturbios. Sistema: el disturbio refuerza a los gobiernos a los que no derriba. Pone a prueba al ejército; concentra a la burguesía; le desentumece los músculos a la policía; comprueba cómo anda la osamenta social. Es una gimnasia; es casi un ejercicio higiénico. El poder goza de mejor salud tras el disturbio, igual que el hombre tras una fricción.

Hace treinta años, se consideraba el disturbio aún desde más puntos de vista.

Existe para todo una teoría que hay quienes deciden por su cuenta que es «el sentido común»; Philinte contra Alceste; mediación brindada entre lo cierto y lo falso; explicación, admonición, atenuación un tanto altanera que, porque lleva una mezcla de censura y disculpa, se cree que es la sensatez y con frecuencia no es sino la pedantería. Toda una escuela política, que se llama el término medio, salió de ahí. Entre el agua fría y el agua caliente, es el partido del agua tibia. Esa escuela, con su falsa profundidad, que es sólo superficial, que disecciona los efectos sin remontarse a las causas, censura, encaramada en una ciencia a medias, los levantamientos de la plaza pública.

Según esa escuela: «Los disturbios que complicaron lo que

ocurrió en 1830 privaron a ese gran acontecimiento de parte de su pureza. La revolución de julio fue una hermosa ventolera popular tras la que llegó de repente el cielo azul. Los disturbios volvieron a traer las nubes. Hicieron que degenerase en pendencia aquella revolución que contó al principio con una unanimidad tan notable. En la revolución de julio, como en todo progreso que vaya a trompicones, hubo fracturas secretas; con los disturbios, salieron a la luz. Fue posible decir: ¡Ah! Algo se ha roto. Tras la revolución de julio, sólo había impresión de liberación; tras los disturbios, hubo impresión de catástrofe.

»Todo disturbio cierra los comercios, influye a la baja en los fondos públicos, consterna a la bolsa, suspende el comercio, es una traba para los negocios, acelera las quiebras; ya no hay dinero; las fortunas privadas se intranquilizan; el crédito público se inmuta; la industria se desconcierta; los capitales retroceden; el trabajo disminuye; el miedo reina por doquier; hay repercusiones en todas las ciudades. Y de ahí nacen despeñaderos. Se ha calculado que el primer día de disturbios le cuesta a Francia veinte millones; el segundo, cuarenta; el tercero, sesenta. Unos disturbios que duren tres días cuestan ciento veinte millones, es decir, por no mirar sino el resultado financiero, equivale a un desastre, un naufragio o una batalla perdida que aniquilasen una flota de sesenta barcos de crucero.

»No cabe duda de que históricamente los disturbios tuvieron su belleza; la guerra callejera no es ni menos grandiosa ni menos patética que la guerra de emboscadas; en ésta está el alma de los bosques; en aquélla, el corazón de las ciudades; una tiene a Jean el Chuán; la otra, a Charles Jeanne. Los disturbios iluminaron de rojo, pero espléndidamente, todos los arranques más originales de la forma de ser parisina: la generosidad, la abnegación, el buen humor tempestuoso, los estudiantes demostrando que el valor forma parte de la inteligencia, la Guardia Nacional inquebrantable, vivaques de tenderos, fortalezas de golfillos, transeúntes que desprecian la muerte. Se enfrentaban las escuelas y las legiones. Bien pensado, entre los combatientes no había sino una diferencia de edad; se trata de la misma raza; son los mismos hombres estoicos que mueren a los veinte años por sus ideas, y a los cuarenta por sus familias. El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponía la

prudencia a la audacia. Los disturbios, al tiempo que pusieron de manifiesto la intrepidez popular, educaron el valor burgués.

»Bien está. Pero ¿compensa todo eso de la sangre derramada? Y a la sangre derramada hay que sumar el porvenir ensombrecido, el progreso comprometido, la intranquilidad entre los mejores, la desesperanza de los liberales honrados, el absolutismo extranjero que se alegra de esas heridas con que la revolución se daña a sí misma, los vencidos de 1830 triunfantes y diciendo: ¡Si ya lo decíamos nosotros! Sumemos que París quizá crece, pero Francia, desde luego, merma. Sumemos, porque todo hay que decirlo, esas matanzas que con demasiada frecuencia deshonraban la victoria del orden, que se vuelve feroz, sobre la libertad, que se había vuelto loca. En resumidas cuentas, todos los disturbios fueron nefastos».

Esto es lo que dice más o menos la sensatez con que la burguesía, ese pueblo de quiero y no puedo, se contenta de tan buen grado.

En lo que a nosotros se refiere, rechazamos esa palabra demasiado general y, por consiguiente, demasiado cómoda: los disturbios. Distinguimos entre un movimiento popular y otro. No nos preguntamos si un disturbio cuesta tanto como una batalla. Para empezar, ¿por qué una batalla? Aquí surge la cuestión de la guerra. ¿Es la guerra de menor alcance, en tanto en cuanto azote, que el disturbio en tanto en cuanto calamidad? Y, además, ¿son todos los disturbios calamidades? ¿Tendría importancia que el 14 de julio hubiera costado ciento veinte millones? Afincar a Felipe V en España le costó a Francia dos mil millones. Incluso a costes iguales, preferiríamos el 14 de julio. Por lo demás, rechazamos esas cifras, que parecen razones y no son sino palabras. Examinamos cada uno de los disturbios por separado. En todo cuanto dice la objeción doctrinal antes expuesta, sólo se consideran los efectos; nosotros buscamos la causa.

Especifiquemos.

II

El fondo de la cuestión

Existe el disturbio y existe la insurrección; son dos iras; una está en un error, la otra está en su derecho. En los estados democráticos, los únicos legítimos desde el punto de vista de la justicia, se da a veces una usurpación de la parte; entonces el todo se subleva y la necesaria reivindicación de su derecho puede llegar incluso hasta empuñar las armas. En todas las cuestiones que son del ámbito de la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la parte es insurrección; el ataque de la parte contra el todo es el disturbio; según que en Les Tuileries se alberguen el rey o la Convención, el ataque a Les Tuileries es justo o injusto. El mismo cañón apuntando al gentío se equivoca el 10 de agosto y acierta el 14 de vendimiario. Apariencia semejante, pero fondo diferente; la guardia suiza defiende lo falso, Bonaparte defiende lo verdadero. Lo que hizo el sufragio universal, en el ejercicio de su libertad y su soberanía, no puede deshacerlo la calle. Lo mismo sucede en los hechos puramente de civilización; el instinto de las masas, clarividente ayer, puede ser confuso mañana. La misma indignación es legítima en contra de Terray y absurda en contra de Turgot. Destrozar máquinas, saquear almacenes, romper raíles, echar abajo los depósitos, los recorridos equivocados de las muchedumbres, las denegaciones de justicia del pueblo al progreso, los estudiantes asesinando a Ramus, Suiza expulsando a Rousseau a pedradas: eso son disturbios. Israel contra Moisés, Atenas contra Foción, Roma contra Escipión: eso son disturbios; París contra la Bastilla, eso es insurrección. Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón son el mismo levantamiento; levantamiento impío; ¿por qué? Porque lo que Alejandro hace por Asia con la espada es lo

que hace Cristóbal Colón por América con la brújula; tanto Alejandro como Colón encuentran un mundo. Esos dones de un mundo a la civilización son tales incrementos de luz que, en tales casos, cualquier resistencia es culpable. Hay veces en que el pueblo no cumple con la fidelidad que se debe a sí mismo. El gentío traiciona al pueblo. ¿Existe, por ejemplo, algo más extraño que esa prolongada y cruenta protesta de los contrabandistas de la sal, legitima rebelión crónica que, en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora de la victoria popular, se decanta por el trono, se vuelve chuanería y de ser insurrección contra se vuelve disturbio a favor? ¡Sombrías obras maestras de la ignorancia. El contrabandista de la sal se libra de las horcas de la monarquía y, todavía con un trozo de cuerda al pescuezo, enarbola la escarapela blanca. «Muerte a la gabela» pare un «viva el rey». Matadores de la noche de San Bartolomé, degollares de septiembre, carniceros de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, miqueletes, *verdetes*, *cadenetes*[67], cofrades de la compañía de Jéhu, caballeros del brazal: eso es disturbio. Vendea es un gran disturbio católico. El rumor del derecho en marcha se reconoce, no siempre procede de la vibración de las masas alteradas; hay sañas locas, hay campanas rajadas; no todos los toques de rebato suenan a bronce. Una cosa es el terremoto del progreso y otra el zafarrancho de las pasiones y las ignorancias. En pie, sí, pero para crecer. Quiero ver hacia dónde vais. No es insurrección sino la que camina hacia adelante. Cualquier otro levantamiento es malo. Cualquier paso violento hacia atrás es disturbio; retroceder es una agresión al género humano. La insurrección es el arrebato de furia de la verdad; los adoquines que levanta la insurrección lanzan la chispa del derecho. Esos adoquines no le dejan sino su lodo al disturbio. Danton contra Luis XVI es insurrección; Hébert contra Danton es disturbio.

De ahí viene que la insurrección es, en determinados casos, como dijo Lafayette, el más sagrado de los deberes, pero el disturbio puede ser el más fatídico de los atentados.

Existe también cierta diferencia en la intensidad calórica: la insurrección es frecuentemente un volcán, la sublevación es frecuentemente un fuego de paja.

Ya hemos dicho que el disturbio reside a veces en el poder.

Polignac es un agitador; Camille Desmoulins es un gobernante.

Hay veces en que insurrección es resurrección.

Como es un hecho modernísimo que el sufragio universal lo solucione todo y toda la historia anterior a este hecho rebosa, desde hace cuatro mil años, de violaciones al derecho y del sufrimiento de los pueblos, cada una de las épocas de la historia trae consigo la protesta que puede. En tiempos de los césares no existía la insurrección, pero existía Juvenal.

El *facit indignatio* sustituye a los Graco.

En tiempos de los césares, tenemos al exiliado de Siena[68]; y también al hombre de los *Anales*.

No hablaremos del tremendo exiliado de Patmos que también agobia al mundo real con una protesta en nombre del mundo ideal, convierte la visión en una sátira desmesurada y arroja contra Roma-Nínive, contra Roma-Babilonia, contra Roma-Sodoma la flamígera reverberación del Apocalipsis.

Juan en su roca es la esfinge en su pedestal; entra dentro de lo posible no entenderlo; es un judío y habla en hebreo; pero el hombre que escribe los *Anales* es un latino, mejor dicho, es un romano.

Puesto que los Nerones tienen reinados negros, de esa misma forma hay que pintarlos. La talla del buril sola sería incolora; hay que verter en la entalladura una prosa concentrada que muerda.

Algo influyen los déspotas en los pensadores. La palabra encadenada es una palabra terrible. Se duplica y se triplica el estilo del escritor cuando un amo obliga a callar al pueblo. Surge de ese silencio cierta plenitud misteriosa que se filtra y se fija como bronce en el pensamiento. La historia oprimida da concisión al historiador. La solidez granítica de algunas prosas célebres no es sino el asentamiento del tirano.

La tiranía obliga al escritor a reducir el diámetro, con lo que crece la fuerza. Al período oratorio ciceroniano, que apenas basta contra Verres, se le embotaría el filo contra Calígula. A menos envergadura en la frase, más intensidad en el golpe. Tácito piensa a brazo partido.

La honradez de un corazón noble, condensada en forma de justicia y verdad, fulmina.

Dicho sea de paso, hay que dejar constancia de que Tácito no se

superpone históricamente a César. Lo suyo son los Tiberio. César y Tácito son dos fenómenos sucesivos cuyo encuentro parece que quien, en la dirección escénica de los siglos, dispone las entradas y la salidas evitó misteriosamente. César es grande, Tácito es grande; Dios fue generoso con esas dos magnitudes evitando que chocasen entre sí. El justiciero podía golpear con excesiva dureza al golpear a César y ser injusto. Dios no lo quiere. Las grandes guerras de África y de España, la aniquilación de los piratas de Cilicia, la introducción de la civilización en Galia, en Bretaña, en Germania, toda esa gloria disimula el Rubicón. Hay en ello algo así como una delicadeza de la justicia divina, que no se decide a soltar contra el usurpador al historiador tremendo y no le impone Tácito a César, reconociéndole al genio circunstancias atenuantes.

Cierto es que el despotismo sigue siendo el despotismo, incluso aunque el déspota sea un genio. Hay corrupción en los tiranos ilustres, pero la peste moral más repulsiva les sigue correspondiendo a los tiranos infames. Es esos reinados no hay nada que corra un velo sobre la vergüenza; y los hacedores de ejemplos, tanto Tácito cuanto Juvenal, abofetean con mayor provecho, en presencia del género humano, esa ignominia sin justificación posible.

Roma huele peor con Vitelio que con Sila. Con Claudio y con Domiciano se da una bajeza deforme que corresponde a la fealdad del tirano. La villanía de los esclavos procede directamente del déspota; brota un miasma de esas conciencias podridas donde se refleja el amo; los poderes públicos son inmundos; los corazones, pequeños; las conciencias, chatas; las almas, chinches; así ocurre con Caracalla, así ocurre con Cómodo, así ocurre con Heliogábalo, mientras que, con César, no sale del Senado romano sino el olor a excrementos propio del nido del águila.

A ello se debe la aparición tardía de los Tácito y los Juvenal; el demostrador aparece a la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, al igual que Isaías en los tiempos bíblicos, al igual que Dante en la Edad Media, es el hombre; el disturbio y la insurrección son la muchedumbre, que ora yerra, ora acierta.

Lo más habitual es que el disturbio surja de un hecho material; la insurrección es siempre un fenómeno ético. El disturbio es Masaniello; la insurrección es Espartaco. La insurrección linda con

la inteligencia; y el disturbio, con el estómago. Gaster se irrita; pero no cabe duda de que Gaster no siempre se equivoca. En casos de hambruna, el disturbio, como el de Buzançais, por ejemplo, tiene un punto de partida cierto, patético y justo. Pero sigue, no obstante, siendo disturbio ¿Por qué? Porque, aunque tenga razón en el fondo, se equivocó en la forma. Feroz por más que tuviera a su favor el derecho, violento por más que fuera fuerte, golpeó al azar; avanzó como el elefante ciego, aplastándolo todo; dejó tras de sí cadáveres de ancianos, de mujeres, de niños; derramó, sin saber por qué, la sangre de personas inofensivas e inocentes. Dar de comer al pueblo es una meta digna; asesinarlo es un mal sistema.

Todas las protestas armadas, incluso las más legítimas, incluso el 10 de agosto, incluso el 14 de julio, comienzan con la misma alteración. Antes de que salga a flote el derecho, hay tumulto y espuma. Cuando empieza, la insurrección es disturbio, de la misma forma que el río es torrente. Suele desembocar en este océano: revolución. A veces, sin embargo, procedente de esas elevadas montañas que se alzan sobre el horizonte ético, la justicia, la sabiduría, la razón, el derecho y compuesta de la nieve más pura del ideal, tras irse desplomando gran trecho de roca en roca, tras haber reflejado el cielo en sus aguas transparentes y haber crecido con cien afluentes, hasta el majestuoso flujo del triunfo, la insurrección se pierde de pronto en cualquier zanja burguesa, igual que el Rin en un pantano.

Todo lo dicho es el pasado; el porvenir es otro. Lo admirable del sufragio universal es que disuelve el principio del disturbio y, al dar el voto a la insurrección, la desarma. La desaparición de las guerras, de la guerra callejera y de la guerra en las fronteras, tal es el progreso inevitable. Fuere el hoy como fuere, la paz es el Mañana.

Por lo demás, insurrección y disturbio y en qué se diferencia aquélla de éste, todo eso son matices de los que el burgués, como tal, no está al tanto. A él todo le parece sedición, rebelión pura y simple, rebeldía del dogo contra el amo, intento de morderlo que hay que castigar encadenándolo a la caseta, ladrido, gañido; hasta el día en que la cabeza del perro crece de pronto y en la sombra se intuye de forma más o menos concreta la silueta de una cabeza de león.

Entonces, el burgués grita: ¡Viva el pueblo!

Tras la anterior explicación, ¿qué es para la historia el movimiento de junio de 1832? ¿Es un disturbio? ¿Es una insurrección?

Es una insurrección.

Quizá suceda que, en la presente escenificación de un acontecimiento tremendo, digamos a veces disturbio, pero será sólo para calificar los hechos superficiales, y mantendremos siempre la diferenciación entre la forma, disturbio, y el fondo, insurrección.

El movimiento de 1832 fue, en su estallido veloz y su extinción lúgubre, tan grande que incluso quienes no ven en él sino un disturbio lo mencionan con respeto. Para ellos es algo así como un resto de 1830. Cuando la imaginación se exalta, dicen, no se calma en un solo día. Una revolución no se interrumpe abruptamente. Precisa siempre unas cuantas ondulaciones para regresar al estado de paz, igual que una montaña según baja hacia la llanura. No hay Alpes sin Jura ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisinos llama *la época de los disturbios,* es, no cabe duda, un momento característico entre los momentos tormentosos del presente siglo.

Una última palabra antes de iniciar el relato.

Los hechos que vamos a narrar pertenecen a esa realidad dramática y viva que la historia descuida a veces por falta de tiempo y de espacio. Sin embargo, en ellos, insistimos, están la vida, el latido, el estremecimiento humano. Los detalles pequeños, nos parece que ya lo hemos dicho, son, por llamarlos de alguna forma, el follaje de los grandes acontecimientos y se pierden en la lejanía de la historia. Abundan detalles así en la época llamada de *los disturbios*. Los procesos judiciales, por razones ajenas a la historia, no lo han revelado todo, ni quizá han ahondado en todo. Vamos, pues, a sacar a la luz, entre las particularidades conocidas y públicas, cosas que no se supieron, hechos que ocultaron el olvido de unos y la muerte de otros. La mayoría de los actores de esas escenas desmedidas han desaparecido; callaban ya al día siguiente mismo; pero lo que vamos a referir podemos decir que lo hemos visto. Cambiaremos algunos nombres, porque la historia refiere, no denuncia, pero describiremos cosas ciertas. Por las condiciones del libro que estamos escribiendo, sólo mostraremos un aspecto y un

episodio, y seguramente el menos conocido, de las jornadas del 5 y el 6 de junio de 1832; pero haremos por que el lector vislumbre, tras el velo sombrío que vamos a alzar, el rostro real de esa terrorífica aventura pública.

III

Un entierro: ocasión de un renacimiento

En la primavera de 1832, aunque el cólera llevaba tres meses enfriando los ánimos y arrojando sobre su agitación a saber qué apático apaciguamiento, París llevaba ya mucho tiempo listo para una conmoción. Como hemos dicho anteriormente, esa gran ciudad se parece a una pieza de artillería; cuando está cargada, basta con que caiga una chispa para que se dispare. En junio de 1832, la chispa fue la muerte del general Lamarque.

Lamarque era persona de renombre y de acción. Tuvo sucesivamente, con el Imperio y con la Restauración, las dos valentías necesarias en ambas épocas, la valentía en el campo de batalla y la valentía en la tribuna. Era elocuente de la misma forma que había sido valiente; en lo que decía se notaba una espada. Igual que Foy, su antecesor, tras honrar el mando, honraba la libertad. Estaba entre la izquierda y la extrema izquierda; el pueblo lo quería porque aceptaba las oportunidades del porvenir; las muchedumbres lo querían porque había servido bien al emperador. Era, junto con los condes Gérard y Drouet, uno de los mariscales *in pectore* de Napoleón. Los tratados de 1815 lo encorajinaban como si se tratase de una ofensa personal. Odiaba a Wellington con un odio sin tapujos que agradaba a la multitud; y llevaba diecisiete años, sin atender apenas a los acontecimientos intermedios, conservando majestuosamente la tristeza de Waterloo. En la agonía, en la hora postrera, estrechó contra el pecho una espada que le habían concedido los oficiales de los Cien Días. Napoleón murió pronunciando la palabra *ejército.* Lamarque, pronunciando la palabra *patria*.

Su muerte, ya prevista, la temía el pueblo como una pérdida y el

gobierno como una ocasión Esa muerte fue un duelo. Como todo cuanto sea amargo, el duelo puede mudarse en algarada. Eso fue lo que ocurrió.

La víspera del 5 de junio y la mañana de ese día, en que iba a celebrarse el entierro de Lamarque, el barrio de Saint-Antoine, por el que pasaría el cortejo, adquirió un aspecto temible. Esa tumultuosa red de calles se llenó de rumores. La gente se armaba como podía. Había ebanistas que se llevaban de su banco de trabajo el barrilete, «para echar abajo las puertas». Hubo quien se hizo un puñal con un gancho de zapatero rompiendo el gancho y afilando el resto. Y quien, febril «por lanzarse al ataque», llevaba tres días durmiendo sin desnudarse. Un carpintero llamado Lombier se encontró con un compañero que le preguntó: «¿Dónde vas?». «Pues es que no tengo armas.» «¿Y qué?» «Que voy al tajo por mi compás.» «¿Y para qué?» «No lo sé», decía Lombier. Otro, llamado Jacqueline, hombre expeditivo, se acercaba a todos los obreros que pasaban: «¡Oye, tú, ven aquí!». Los invitaba a cincuenta céntimos de vino y decía: «¿Tienes faena?». «No.» «Vete a ver a Filspierre, entre el portillo de Montreuil y el portillo de Charrone, y te darán faena.» En casa de Filspierre había cartuchos y armas. Algunos jefes conocidos andaban *haciendo de correos,* es decir, iban de casa en casa reuniendo a su gente. En Barthélemy, cerca del portillo de Le Trône, en Capel, en Le Petit-Chapeau, los bebedores trababan conversación con cara de circunstancias: «¿Dónde tienes la pistola?». «Aquí, metida en el blusón. ¿Y tú?» «Metida en la camisa.» En la calle Traversière, delante del taller Roland, y en el patio de La Maison-Brûlée, delante del taller del utillero Bernier, había grupos cuchicheando. Destacaba, como uno de los más exaltados, un tal Mavot, que no duraba nunca más de una semana en ningún taller y a quien despedían los amos «porque todos los días había bronca con él». A Mavot lo mataron al día siguiente en la barricada de Ménilmontant. Pretot, que también murió en la lucha, secundaba a Mavot, y a la siguiente pregunta: «¿Qué pretendes?», contestó: *La insurrección*. Unos obreros, reunidos en la esquina de la calle de Bercy, esperaban a un tal Lemarin, agente revolucionario que tenía a su cargo el arrabal de Saint-Marceau. Corrían consignas de forma casi pública.

El 5 de junio, pues, en un día en que tan pronto llovía como

salía el sol, el cortejo del general Lamarque cruzó París con una pompa oficial militar que las precauciones aumentaban no poco. Dos batallones, con los tambores envueltos en crespón y los fusiles apuntando al suelo, y diez mil guardias nacionales con el sable al costado escoltaban el ataúd. Del coche fúnebre tiraban unos jóvenes. Los oficiales de Les Invalides iban inmediatamente detrás, con ramas de laurel. Venía luego una muchedumbre incontable, encrespada, peculiar: los miembros de las secciones de los Amigos del Pueblo; la facultad de Derecho; la facultad de Medicina; los refugiados de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, banderas tricolores horizontales, todas las banderas posibles; niños que tremolaban ramas verdes; picapedreros y carpinteros, que estaban en huelga precisamente entonces; cajistas, a quienes se reconocía por el gorro de papel; caminaban todos de dos en dos y de tres en tres, gritando, blandiendo palos casi todos, y algunos, sables, sin orden, pero formando no obstante una sola alma, ora en tropel, ora en columna. Los pelotones escogían jefe; un hombre armado con un par de pistolas, que llevaba a la vista, parecía estar pasando revista a otros, cuyas filas le abrían paso. En los paseos laterales de los bulevares, en las ramas de los árboles, en los balcones y en las ventanas bullían las cabezas: hombres, mujeres y niños; los ojos rebosaban ansiedad. Una muchedumbre armada pasaba; una muchedumbre atemorizada miraba.

El gobierno, por su parte, observaba. Observaba con la mano en la empuñadura de la espada. Podían verse, dispuestos para ponerse en movimiento, cartucheras llenas y fusiles y mosquetones cargados; en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros a caballo y con los trompetas en cabeza; en el Barrio Latino y en el Jardín Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el Mercado de los vinos, un escuadrón de dragones; en la plaza de La Grève, la mitad del 12.º ligero, la otra mitad estaba en la plaza de La Bastille; el 6.º de dragones en Les Célestins; el patio de Le Louvre repleto de artillería. El resto de las tropas estaba acuartelado, por no mencionar los regimientos de las inmediaciones de París. El poder, intranquilo, tenía, pendiendo sobre la muchedumbre amenazadora, a veinticuatro mil soldados en la ciudad y a treinta mil en los arrabales.

Corrían diversos rumores por el cortejo. Se mencionaban maniobras legitimistas; se mencionaba al duque de Reichstadt, a quien Dios estaba poniendo la marca de la muerte en el preciso instante en que el gentío lo nombraba para el Imperio. Una persona de quien nada se sabe anunciaba que a determinada hora dos contramaestres que comulgaban con la causa le abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas. Lo que más se veía en las frentes destocadas de la mayoría de los asistentes era un entusiasmo mezclado con desaliento. También se veía, acá y allá en esa muchedumbre presa de tantas emociones violentas, pero nobles, rostros de auténticos malhechores y bocas infames que decían: ¡a saquear! Existen algunas alteraciones que remueven el fondo de las ciénagas y levantan en el agua nubes de barro. Fenómeno al que no son ajenas las policías «bien hechas».

El cortejo avanzó con lentitud febril desde la casa mortuoria hasta la plaza de La Bastille. Llovía a ratos; poco le importaba la lluvia a aquel gentío. Unos cuantos incidentes: las vueltas que dio el ataúd a la columna Vendôme; las piedras que le tiraron al duque de Fitz-James, a quien se vio en un balcón con el sombrero calado; el gallo galo que arrancaron de una bandera popular y arrastraron por el barro; un guardia herido de espada en la puerta de Saint-Martin; un oficial del 12.º ligero que decía en voz alta: Soy republicano; los ingenieros de la Escuela Politécnica que se presentaron aunque les habían prohibido salir; los gritos de ¡Viva la Escuela Politécnica! y ¡Viva la República!: todo lo dicho fue ocurriendo en el recorrido del cortejo. En la plaza de La Bastille, las largas filas de curiosos temibles que venían desde el barrio de Saint-Antoine se sumaron al cortejo y algo así como un borbolleo ominoso empezó a alborotar a la muchedumbre.

Se oyó a un hombre decirle a otro: «¿Ves a ese de la perilla pelirroja? Ése es el que dirá cuándo hay que disparar». Al parecer, esa perilla roja volvió a hacer acto de presencia con el mismo cometido en otra algarada: el asunto Quénisset.

El coche fúnebre dejó atrás la plaza de La Bastille, fue siguiendo el canal, cruzó el puentecillo y llegó a la explanada del puente de Austerlitz. Allí se detuvo. En ese momento, aquel gentío habría parecido, a vista de pájaro, un cometa, cuya cabeza estaba en la explanada y cuya cola se estiraba por el muelle de Bourdon, llenaba

la plaza de La Bastille y se prolongaba por el bulevar hasta la Porte de Saint-Martin. Se abrió un corro alrededor del coche fúnebre. El inmenso gentío calló. Lafayette habló y le dijo adiós a Lamarque. Fue un momento conmovedor y augusto; todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones palpitaban. De repente, un hombre a caballo, vestido de negro, se presentó en medio del grupo con una bandera roja; otros dicen que era una pica rematada con un gorro rojo. Lafayette desvió la cara. Excelmans se fue del cortejo.

Aquella bandera roja levantó una tormenta y esa tormenta se la tragó. Desde el bulevar de Bourdon hasta el puente de Austerlitz, uno de esos clamores que parecen oleadas sublevó a la muchedumbre. Se alzaron dos gritos prodigiosos: *¡Lamarque al Panteón! ¡Lamarque a la Casa de la Villa!* Unos jóvenes, entre las aclamaciones del gentío, se engancharon a los carruajes y se pusieron a arrastrar a Lamarque, dentro del coche fúnebre, por el puente de Austerlitz, y a Lafayette, en un coche de punto, por el muelle de Morland.

Entre el gentío que rodeaba a Lafayette y lo aclamaba destacaba —y la gente lo señalaba— un alemán llamado Ludwig Snyder, que murió más adelante, ya centenario, que había estado también en la guerra de 1776 y había combatido en Trenton a las órdenes de Washington y a las órdenes de Lafayette en Brandywine.

Entretanto, en la orilla izquierda del Sena, la caballería de la guardia municipal se puso en marcha y cortó el puente; en la orilla derecha, los dragones salieron del cuartel de Les Célestins y se desplegaron por el muelle de Morland. El pueblo que iba tirando de Lafayette los divisó de golpe en la esquina del muelle y gritó: ¡Los dragones! Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las fundas del arzón, los sables envainados y los mosquetones en las guardas de la culata, con expresión de sombría expectativa.

A doscientos pasos del puentecillo se detuvieron. El coche de punto en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron filas, lo dejaron pasar y volvieron a cerrar filas después. En ese momento los dragones y la muchedumbre habrían podido tocarse. Las mujeres huían aterradas.

¿Qué sucedió en aquel minuto fatídico? Nadie podría decirlo. Es el momento tenebroso en que dos nubarrones se mezclan. Dicen

unos que se oyó por la parte de L'Arsenal que una fanfarria tocaba a la carga; otros, que un niño le dio una cuchillada a un dragón. El caso es que sonaron de pronto tres disparos; el primero mató al jefe de escuadrón Cholet; el segundo mató a una anciana sorda que estaba cerrando la ventana en la calle de la Contrescarpe; el tercero le dio a un oficial en la charretera; una mujer gritó: «¡Han empezado demasiado pronto!»; y, de repente, se vio, por el lado opuesto al muelle de Morland, que un escuadrón de dragones, que se había quedado en el cuartel, salía al galope y con el sable desenvainado, de la calle de Bassompierre y del bulevar de Bourdon, barriéndolo todo a su paso.

Y entonces ya está todo dicho; se desencadena la tormenta; llueven las piedras; estallan los tiros; muchos bajan corriendo el talud de la orilla y cruzan ese brazo estrecho del Sena que hoy está tapado; la isla de los solares de Louviers, esa extensa ciudadela natural, se cubre de combatientes; arrancan postes, disparan pistolas, empiezan a construir una barricada; los jóvenes, a quienes han forzado a retroceder, cruzan el puente de Austerlitz con el coche fúnebre, a todo correr, y cargan contra la guardia municipal; acuden los carabineros; los dragones dan sablazos; el gentío se dispersa hacia todos lados; un rumor de guerra se esparce por todos los rincones de París; gritan ¡A las armas!; corren; caen de espaldas; huyen; resisten. La ira propaga los disturbios igual que el viento propaga el fuego.

IV

Las efervescencias de antaño

Nada hay más extraordinario que el primer rebullir de unos disturbios. Todo estalla a un tiempo por doquier. ¿Estaba previsto? Sí. ¿Estaba preparado? No. ¿De dónde sale? Del empedrado de las calles. ¿De dónde baja? De las nubes. Aquí, la insurrección tiene trazas de conspiración; allá, de improvisación. El primero que pasa se adueña de una de las corrientes del gentío y la lleva donde quiera. Comienzo colmado de espanto con el que se mezcla algo parecido a un júbilo formidable. Primero, suenan clamores; los puestos que hay delante de los comercios desaparecen; luego, tiros aislados; la gente huye; pegan culatazos en las puertas cocheras; se oye a las criadas reír en los patios de las casas y decir: *¡Se va a liar una buena!*

No había transcurrido ni un cuarto de hora y esto es lo que estaba pasando casi al mismo tiempo en veinte puntos diferentes de París.

En la calle de Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie alrededor de veinte jóvenes con barba y melena entraban en una taberna y salían poco después llevando una bandera tricolor horizontal cubierta con un crespón; en cabeza iban tres hombres armados, uno con un sable, otro con un fusil y el tercero con una pica.

En la calle de Les Nonaindières, un burgués bien vestido, tripón y con voz sonora, calvo, de frente despejada, barba negra y uno de esos bigotes recios que no se pueden domar ofrecía sin disimulos cartuchos a los transeúntes.

En la calle de Saint-Pierre-Montmartre, unos hombres remangados paseaban una bandera negra donde se leían, en letras blancas, las siguientes palabras: *República o muerte*. En la calle de

Les Jeûneurs, en la calle de Le Cadran, en la calle de Montorgueil, en la calle de Mandar, aparecían grupos que tremolaban banderas en las que podía leerse, en letras doradas, la palabra *sección* y un número. Una de esas banderas era roja y azul, con una raya blanca imperceptible entre ambas franjas.

Saquearon una fábrica de armas en el bulevar de Saint-Martin; y tres tiendas de armeros, la primera en la calle de Beaubourg, la segunda en la calle de Michel-le-Comte y la tercera en la calle de Le Temple. En pocos minutos las mil manos del gentío se apoderaron de doscientos treinta fusiles, casi todos de dos tiros, de sesenta y cuatro sables y de ochenta y tres pistolas, y se los llevaron. Para poder armar a más gente, unos se quedaban con el fusil y otros con la bayoneta.

Enfrente del muelle de La Grève, unos jóvenes armados con mosquetes se instalaban para disparar en casas donde había mujeres. Uno de ellos llevaba un mosquete con llave de rueda. Llamaban, entraban y se ponían a hacer cartuchos. Una de esas mujeres contó: *Yo no sabía qué era un cartucho; me lo ha explicado mi marido*.

Una aglomeración echó abajo la puerta de un comercio de curiosidades en la calle de Les Vieilles-Haudriettes para llevarse yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un disparo de fusil, yacía en la calle de La Perle.

Y, además, en la orilla derecha, en la orilla izquierda, en los muelles, en los bulevares, en el Barrio Latino, en el barrio del mercado, hombres jadeantes, obreros, estudiantes y miembros de las secciones leían proclamas, gritaban: ¡A las armas!, rompían los faroles, desenganchaban los tiros de los coches, levantaban los adoquines de las calles, echaban abajo las puertas de las casas, arrancaban de raíz los árboles, registraban los sótanos, sacaban rodando los barriles, amontonaban adoquines, mampuestos, muebles y tablones, hacían barricadas.

Obligaban a los burgueses a echar una mano. Entraban en las casas donde había mujeres, las obligaban a entregar el sable y el fusil de los maridos, que no estaban en casa, y escribían con blanco de España en la puerta: *se han recogido las armas*. Algunos firmaban «con su nombre» recibos del fusil y del sable y decían: «manden

mañana a buscarlos a la alcaldía». Desarmaban por la calle a los centinelas aislados y a los guardias nacionales que iban a la tenencia de alcaldía correspondiente. Les arrancaban las hombreras a los oficiales. En la calle de Le Cimetière-Saint-Nicolas, un oficial de la Guardia Nacional, a quien perseguía un grupo armado con palos y floretes, se refugió por los pelos en una casa de la que no pudo salir, disfrazado, hasta que se hizo de noche.

En el barrio de Saint-Jacques, los estudiantes salían en enjambres de los hoteles en que vivían e iban, calle de Saint-Hyacinthe arriba, hasta el Café du Progrès, o calle abajo, hasta el Café des Sept-Billards, en la calle de Les Mathurins. Allí, delante de las puertas, unos jóvenes subidos en unos mojones repartían armas. Saqueaban las obras de la calle de Tansnonain par hacer barricadas. Sólo en una zona se resistían los vecinos, en la esquina de las calles de Sainte-Avoye y Simon-le-Franc, donde destruyeron con sus propias manos la barricada. Sólo en una zona retrocedían los insurrectos; dejaban una barricada abandonada en la calle de Le Temple, tras abrir fuego contra un destacamento de la Guardia Nacional, y salían huyendo por la calle de La Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales rompieron la bandera y se llevaron los jirones en las puntas de las bayonetas.

Todo lo que vamos contando aquí por orden y una cosa tras otra ocurría a la vez en todos los puntos de la ciudad, entre un gran tumulto, como muchísimos relámpagos que acompañasen a un único trueno.

En menos de una hora, veintisiete barricadas brotaron del suelo sólo en el barrio del Mercado Central. En el centro estaba esa casa famosa, el número 50, que fue la fortaleza de Charles Jeanne y de sus ciento seis compañeros y que, teniendo a un lado una barricada en la calle de Saint-Merry y, al otro, una barricada en la calle de Maubuée, cubría tres calles, la calle de Les Arcis, la calle de Saint-Martin y la calle de Aubry-le-Boucher, que cogía de frente. Dos barricadas en escuadra se replegaban, una desde la calle de Montorgueil hasta la Grande-Truanderie y la otra desde la calle de Geoffroy-Langevin hasta la calle de Sainte-Avoye. Por no mencionar las incontables barricadas en otros veinte barrios de París, en Le

Marais, en la montaña de Sainte-Geneviève; había una en la calle de Ménilmontant, donde podía verse una puerta cochera que habían sacado de los goznes; y otra cerca del puentecillo del Hôtel-Dieu, hecha con una diligencia de las llamadas «escocesas», desenganchada y volcada, a trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle de Les Ménétriers un hombre elegante repartía dinero entre los obreros. En la barricada de la calle de Greneta se presentó un jinete y le entregó al que parecía ser el jefe de la barricada un cartucho en que aparentemente había monedas. «Aquí hay —dijo— para pagar el gasto que se haga, el vino y demás.» Un joven rubio y sin corbata iba de una barricada a otra llevando consignas. Otro, con el sable desenvainado y tocado con un gorro azul de policía, repartía a los centinelas. Detrás de las barricadas, las tabernas y los chiscones de los porteros se habían convertido en cuerpos de guardia. Por lo demás, los disturbios estaban organizados según la táctica militar más sabia. Habían escogido admirablemente las calles estrechas, desiguales, sinuosas, llenas de esquinas y de revueltas, en particular los alrededores del Mercado Central, que formaban una red de calles más intrincada que un bosque. Decían que la Sociedad de los Amigos del Pueblo se había puesto al frente de la insurrección en el barrio de Saint-Avoye. Mataron a un hombre en la calle de Ponceau y, al registrarlo, le encontraron un plano de París.

Lo que sí se había puesto al frente de los disturbios era algo así como una impetuosidad desconocida que estaba en el aire. La insurrección, de golpe, había levantado las barricadas con una mano y con la otra había tomado casi todos los puestos de la guarnición. En menos de tres horas, como un rastro de pólvora que se prende, los insurrectos habían invadido y ocupado, en la orilla derecha, L’Arsenal, el ayuntamiento de la plaza Royale, todo el barrio de Le Marais, la fábrica de armas Popincourt, la Galiote, el Château-d’Eau, todas las calles próximas al Mercado Central; en la orilla izquierda, el cuartel de Les Vétérans, Sainte-Pélagie, la plaza de Maubert, el polvorín de Les Deux-Moulins, todos los portillos. A las cinco de la tarde ya eran suyos la plaza de La Bastille, la calle de La Lingerie y la de Les Blancs-Manteaux; sus batidores estaban llegando ya a la plaza de Les Victoires y amenazaban el Banco, el

cuartel de Les Petits-Pères y la Casa de Postas. La tercera parte de París estaba sublevada.

En todos los puntos la lucha era tremenda; y el resultado de las armas incautadas, de las visitas a domicilio y de los comercios de armeros invadidos con presteza era que el combate que había empezado a pedradas seguía a tiros de fusil.

A eso de las seis de la tarde, el pasadizo de Le Saumon se convirtió en un campo de batalla. Los disturbios estaban en uno de los extremos, y las tropas, en el extremo opuesto. Cruzaban tiros de una verja a otra. Un observador, un soñador, el autor de este libro, que había ido a ver el volcán de cerca, se quedó atrapado entre dos fuegos en el pasadizo. Sólo contaba, para protegerse de las balas, con el bulto de las columnas medio exentas que separan los comercios; estuvo casi media hora en tan delicada situación.

Entre tanto, sonaba el toque de llamada; los guardias nacionales se vestían y cogían las armas a toda prisa; las legiones salían de las tenencias de alcaldía; los regimientos salían de los cuarteles. Enfrente del pasadizo de L'Ancre, apuñalaron a un tambor. A otro, en la calle de Le Cygne, lo asaltaron alrededor de treinta jóvenes que le reventaron el parche y le quitaron el sable. A otro lo mataron en calle de Grenier-Saint-Lazare. En la calle de Michel-le-Comte cayeron muertos tres oficiales seguidos. Varios guardias municipales, heridos en la calle de Les Lombards, se batían en retirada.

Delante de La Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales encontró una bandera roja con esta inscripción: *Revolución republicana, n.º 127*. ¿Era aquello acaso, efectivamente, una revolución?

La insurrección había ocurrido en el centro de París, que era algo así como una ciudadela intrincada, tortuosa y colosal.

Ahí estaba el foco; ahí estaba, desde luego, la cuestión. Todo lo demás no eran sino escaramuzas. La prueba de que todo se iba a decidir en ese lugar era que todavía no había empezado la pelea.

En algunos regimientos, los soldados titubeaban, lo que se sumaba a la espantosa complejidad de la crisis. Se acordaban de la ovación popular que había acogido, en julio de 1830, la neutralidad del 53.º de infantería de línea. Dos hombres intrépidos y probados en las guerras mayores, el mariscal de Lobau y el general Bugeaud,

estaban al mando. Lobaud era el superior de Bugeaud. Patrullas numerosísimas, compuestas de batallones de infantería de línea incluidos en compañías enteras de la Guardia Nacional y a las órdenes un comisario de policía con faja, se encargaban del reconocimiento de las calles insurrectas. Por su parte, los insurrectos colocaban centinelas en las esquinas de los cruces de calles y enviaban audazmente patrullas más allá de las barricadas. Ambos bandos se observaban. El gobierno, que disponía de un ejército, no acababa de decidirse; iba a caer la noche y empezaba a oírse el toque de rebato de Saint-Merry. El ministro de la Guerra, que era a la sazón el mariscal Soult, que había estado en Austerlitz, lo miraba todo con expresión sombría.

Esos marineros viejos, acostumbrados a la maniobra correcta y sin más recurso ni guía que la táctica, esa brújula de las batallas, se quedan completamente desorientados ante la gigantesca espuma que se llama la ira pública. El viento de las revoluciones se maneja mal.

Llegaban los guardias nacionales de los arrabales, deprisa y en desorden. Un batallón del 12.º ligero acudía a paso de carga desde Saint-Denis; el 14.º de infantería de línea venía desde Courbevoie; las baterías de la Escuela Militar habían tomado posiciones en Le Carrousel; bajaban desde Vincennes unos cañones.

El palacio de Les Tuileries se iba quedando solo; Luis Felipe rebosaba serenidad.

V

Originalidad de París

En los dos últimos años, ya lo hemos dicho, París había visto más de una insurrección. Fuera de los barrios insurrectos, no suele darse nada más curiosamente apacible que la fisonomía de París durante unos disturbios. París se acostumbra enseguida a todo —son sólo unos disturbios— y París tiene tanto que hacer que no se inmuta por tan poco. Sólo en estas ciudades colosales pueden darse espectáculos así. Sólo en esos recintos inmensos pueden caber a un tiempo una guerra civil y a saber qué extraña tranquilidad. Habitualmente, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada, la generala, el tendero se limita a decir:

—Parece que hay lío por la calle de Saint-Martin.

O:

—En el barrio de Saint-Antoine.

Y, con frecuencia, añade, despreocupado:

—Por un sitio de ésos.

Luego, cuando se oye mejor el estruendo desgarrador y lúgubre de las descargas de mosquetes y del fuego de pelotón, el tendero dice:

—¿Así que se está poniendo la cosa al rojo? ¡Ya lo creo que se está poniendo al rojo!

Poco después, si los disturbios se acercan y van a más, cierra a toda prisa la tienda y se pone corriendo el uniforme, es decir, pone la mercancía a salvo y arriesga su persona.

Hay tiroteos en un cruce, en un pasadizo, en una calle sin salida; toman, pierden y vuelven a tomar las barricadas; corre la sangre, la metralla acribilla las fachadas de las casas, las balas matan a la

gente en su propia alcoba, los cadáveres cubren los adoquines. A pocas calles de allí, se oyen chocar las bolas de billar en los cafés.

Los teatros abren las puertas y se representan vodeviles; los curiosos charlan y ríen a dos pasos de esas calles repletas de guerra. Los coches de punto avanzan; los viandantes salen a cenar fuera de casa. A veces, en ese mismo barrio en que otros están luchando. En 1831 se interrumpió un tiroteo para dejar pasar una boda.

Durante la insurrección del 12 de mayo de 1839, en la calle de Saint-Martin, un inválido enclenque y viejo, que iba tirando de un carretón rematado con un trapo tricolor en el que llevaba garrafas llenas de a saber qué bebida, iba de la barricada a la tropa y de la tropa a la barricada, ofreciendo imparcialmente vasos de agua de regaliz tanto al gobierno cuanto a la anarquía.

Nada puede haber más peculiar; y tales son las características propias de los disturbios de París y que no se dan en ninguna otra capital. Se precisan para ello dos cosas: la grandeza de París y su buen humor. Se precisa la ciudad de Voltaire y de Napoleón.

En esta ocasión, sin embargo, en los enfrentamientos armados del 5 de junio de 1832, la gran ciudad notó algo que a lo mejor iba a sobrepujar su fuerza. Tuvo miedo. Pudo verse por todos lados, en los barrios más lejanos y mas «desinteresados», cómo se cerraban en pleno día las puertas, las ventanas y los postigos. Los valientes se armaron, los miedosos se escondieron. Desaparecieron los transeúntes despreocupados y atareados. Muchas calles se quedaron vacías como si fueran las cuatro de la mañana. Circulaban detalles alarmantes, corrían noticias fatídicas: que *ésos* se habían apoderado del Banco; que sólo en el claustro de Saint-Merry había seiscientos, encerrados y atrincherados en la iglesia; que la infantería de línea no era segura; que Armand Carrel había ido a ver al mariscal Clausel y que el mariscal le había dicho: *Empiece por tener seguro un regimiento;* que Lafayette estaba enfermo, pero que les había dicho sin embargo: *Estoy con ustedes. Los seguiré adonde sea mientras haya sitio para una silla;* que no había que bajar la guardia; que por la noche habría gente que saquearía las casas aisladas en los rincones desiertos de París (aquí se veía la imaginación de la policía, esa Anne Radcliffe mezclada con el gobierno); que habían colocado una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud se estaban poniendo de acuerdo y que al despuntar el día, como muy

tarde, cuatro columnas se encaminarían a un tiempo hacia el foco de los disturbios, la primera desde la plaza de La Bastille, la segunda desde la puerta de Saint-Martin, la tercera desde la plaza de La Grève y la cuarta desde el Mercado Central; que también era posible que las tropas salieran de París y se retirasen a Le Champ de Mars; que no se sabía qué iba a pasar, pero que, desde luego, en esta ocasión, se trataba de algo de gravedad. Preocupaban los titubeos del mariscal Soult. ¿Por qué no atacaba en el acto? No cabía duda de que estaba muy ensimismado. El viejo león parecía estar olfateando en la sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche, los teatros no abrieron sus puertas; las patrullas circulaban con expresión irritada; registraban a los viandantes; detenían a los sospechosos. A las nueve había más de ochocientos detenidos; la prefectura de policía estaba de bote en bote; la Conciergerie, de bote en bote; la cárcel de La Force, de bote en bote. La Conciergerie, en particular, ese subterráneo largo al que llaman la calle de París, tenía el suelo cubierto de haces de paja en los que estaba tendida una aglomeración de presos a quienes el hombre de Lyon, Lagrange, arengaba valientemente. Toda esa paja, que movían todos esos hombres, sonaba como un chaparrón. En otros lugares, los presos dormían al aire libre en soportales, apiñados. Reinaba la ansiedad por todas partes, y cierto estremecimiento, poco habitual en París.

La gente se atrincheraba en las casas; las mujeres y las madres se preocupaban; sólo se oía: *¡Ay, Dios mío, que no ha vuelto!* Apenas si, a lo lejos, pasaban algunos coches. Desde los umbrales de las casas, la gente atendía a los rumores, a los gritos, al barullo, a los ruidos sordos e indistintos de sucesos de los que se decía: *Es la caballería;* o: *Son unos trenes de artillería al galope,* a las cornetas, a los tambores, a los tiroteos y, sobre todo, a ese lastimero toque a rebato de Saint-Merry. Todo el mundo estaba esperando el primer cañonazo. Aparecían hombres en las esquinas y volvían a desaparecer gritando: «¡Métanse en casa!». Y a la gente le faltaba tiempo para echar el cerrojo, diciendo: «¿Cómo acabará todo esto?». Según iba pasando el tiempo, según iba cayendo la noche, París parecía ir tiñéndose con tonos más lúgubres, con la tremenda hoguera de los disturbios.

Libro undécimo

El átomo confraterniza con el huracán

I

Algunas aclaraciones acerca de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico en dicha poesía

En el momento en que la algarada que surgió del encontronazo entre el pueblo y las tropas delante de L'Arsenal causó un movimiento de retroceso en la muchedumbre que iba tras el coche fúnebre y descargaba en la cabeza del cortejo, por así decirlo, el peso de cuantos llenaban los bulevares, hubo un reflujo terrible. Ese tropel de gente empezó a moverse, las filas se deshicieron, todos echaron a correr, escaparon, unos soltando los gritos del ataque y otros con la palidez de la huida. Aquel gran río que cubría los bulevares se dividió en un abrir y cerrar de ojos, se desbordó por la derecha y por la izquierda y fluyó, convertido en torrentes, por doscientas calles a la vez, con el flujo de una esclusa abierta. En ese instante, un niño desharrapado que iba calle de Ménilmontant abajo, llevando en la mano una rama de codeso en flor que acababa de cortar en los altos de Belleville, divisó en el tenderete que estaba delante de una chamarilería una pistola de arzón vieja. Tiró al suelo la rama florida y le gritó a la dueña de la tienda:

—Buena mujer, que le cojo prestado este chisme.

Y salió corriendo con la pistola.

Dos minutos después, un grupo de gente espantada que escapaba por la calle de Amelot y la calle Basse se cruzó con el niño que blandía la pistola e iba cantando:

De noche no se ve,
de día sí se ve.

Un escrito que miente
asusta a la gente.
Que sea usted sincero
y que lleve sombrero.

Era Gavroche en pie de guerra.

Ya en el bulevar cayó en la cuenta de que a la pistola le faltaba el percutor.

¿De quién era esa estrofa que le servía para acompañar la marcha y todas las demás canciones que gustaba de cantar llegado el momento? No lo sabemos. A lo mejor eran suyas, a saber… Gavroche, por lo demás, estaba al tanto de cuanto se tararease y fuera de boca en boca y mezclaba con ello sus propios trinos. Duende y galopín, hacía un popurrí con las voces de la naturaleza y las voces de París. Combinaba el repertorio de los pájaros con el repertorio de los obradores. Conocía a algunos aprendices de pintor, tribu contigua de la suya. Había sido, por lo visto, tres meses aprendiz de cajista. Le hizo una vez un recado al señor Baour-Lormian, uno de los cuarenta académicos de número. Gavroche era un golfillo letrado.

Gavroche, por lo demás, no sospechaba que en aquella desapacible noche de lluvia en que había brindado hospitalidad en su elefante a dos chiquillos había hecho el papel de providencia para sus mismísimos hermanos. Sus hermanos al anochecer; su padre al amanecer: tal había sido su noche. Al irse de madrugada de la calle de Les Ballets, volvió corriendo al elefante, sacó de él a los dos chiquillos con virtuosismo, compartió con ellos un desayuno improvisado y luego se fue, encomendándoselos a la calle, esa madre bondadosa que lo había criado a él en buena parte. Al separarse de ellos, los citó a la noche en el mismo sitio y les dejó por adiós la perorata siguiente: *Ahueco el ala, dicho de otro modo, me las guillo o, como se dice en la corte, me largo, Arrapiezos, si no encontráis a papá y a mamá, volved aquí esta noche. Os daré cena y cama*. A los dos niños o los recogió un guardia y los llevó a la comisaría, o los robó algún saltimbanqui o, sencillamente, se perdieron en el gigantesco rompecabezas parisino: no volvieron. Los bajos fondos del mundo actual están llenos de rastros perdidos como ése. Gavroche no volvió a verlos. Desde aquella noche habían

transcurrido diez o doce semanas. Más de una vez se había rascado la coronilla diciéndose: «¿Dónde se habrán metido mis dos niños?».

Ya había llegado, en éstas, empuñando la pistola, a la calle de Le Pont-aux-Choux. Le llamó la atención que en aquella calle no quedaba ya abierto más que un comercio, que era, cosa digna de meditación, una pastelería. Era una ocasión providencial de comerse otra empanadilla dulce de manzana antes de internarse en lo desconocido. Gavroche se detuvo, se palpó los costados, rebuscó en el bolsillo, le dio la vuelta a ése y a los demás, no encontró nada, ni cinco céntimos, y empezó a gritar: «¡Socorro!».

Es duro eso de perderse el dulce supremo.

Pero no por ello se detuvo Gavroche.

Dos minutos después estaba en la calle de Saint-Louis. Al cruzar la calle de Le Parc-Royal sintió la necesidad de un desagravio por lo de la empanadilla imposible y se concedió la inmensa voluptuosidad de arrancar en pleno día los carteles de teatro.

Algo más allá, al ver pasar a un grupo rebosante de salud que le pareció compuesto de hacendados, se encogió de hombros y escupió al azar, según caminaba, este sorbo de bilis filosófica:

—Pero ¡qué gordos están los rentistas! Se ponen ciegos de comer. No salen de las buenas cenas. Pregúntales qué hacen con el dinero. No tienen ni idea. ¡Se lo comen, vamos! Todo se lo lleva el vientre.

II

Gavroche en marcha

Ir gesticulando por la calle con una pistola sin gatillo en la mano es una función pública de tal calibre que Gavroche se notaba más dicharachero con cada paso que daba. Gritaba, entre retazos de la Marsellesa que iba cantando:

—Todo va a pedir de boca. Me duele mucho la pata izquierda, me he roto el reuma, pero estoy contento, ciudadanos. Que se anden con pies de plomo los burgueses, que les voy a estornudar unas cuantas coplas subversivas. ¿Qué son los *de la pasma?* Unos perros. ¡Mecachis, no les faltemos al respeto a los perros! Hablando de perros y de gatos, un gatillo es lo que querría yo tener en la pistola. Vengo del bulevar, amigos, está la cosa que arde, menudo hervor está dando el caldo. Ya es hora de espumar el puchero. ¡Adelante los que sean hombres! ¡Que una sangre impura inunde los surcos! Doy mis días, por la patria, no volveré a ver a mi concubina, na-na, qué más da, ni-ni, ¡se acabó, sí, Nini! Pero da igual, alegría, alegría. ¡A pelear, por vida de…! Me tiene harto el despotismo.

En ese momento, el caballo de un guardia nacional, un lancero, que pasaba por allí, se cayó. Gavroche dejó la pistola en el suelo, levantó al jinete, le echó una mano luego para levantar al caballo y, después, recogió la pistola y siguió andando.

En la calle de Thorigny todo era paz y silencio. Esa apatía, propia del barrio de Le Marais, contrastaba con el amplio rumor que había en torno. Cuatro comadres estaban de tertulia en el umbral de una puerta. En Escocia hay tríos de brujas, pero en París hay cuartetos de comadres; y el «tú serás rey» se lo habrían dicho a Bonaparte con tono tan siniestro en la glorieta de Baudoyer como a Macbeth en el brezal de Armuyr. El graznido sería más o menos el

mismo.

Las comadres de la calle de Thorigny sólo estaban a lo suyo. Eran tres porteras y una trapera, con su cuévano y su gancho.

Parecían estar montando guardia las cuatro en las cuatro esquinas de la vejez, que son la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En ese mundo al aire libre, la trapera saluda y la portera ampara. Todo depende del montón de basura que haya junto al mojón, que es como quieran las porteras que sea, poco o mucho, según le apetezca a quien hace el montón. Puede haber bondad en la escoba.

Esta trapera era un cuévano agradecido y les sonreía, ¡con qué sonrisa!, a las tres porteras. Se oían cosas como las siguientes:

—Y su gato, ¿sigue igual de atravesado?

—Ay, ya sabe usted que los gatos son, por naturaleza, enemigos de los perros. Los que protestan son los perros.

—Y la gente también.

—Y eso que las pulgas de gato no se meten con la gente.

—No es que los perros estorben, es que son peligrosos. Me acuerdo de un año en que había tantos perros que tuvieron que decirlo en los periódicos. Fue cuando había en Les Tuileries unos carneros que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿Se acuerdan del rey de Roma?

—A mí me gustaba el duque de Burdeos.

—Yo conocí a Luis XVII. Prefiero a Luis XVII.

—¡Y lo cara que está la carne, señora Patagon!

—Ay, no me hable, que lo de la carne es un espanto, un espanto espantoso. Ya sólo puede una comer huesos y recortes.

Aquí intervino la trapera:

—Señoras mías, al comercio le va mal. Los montones de basura son una miseria. Ya nadie tira nada. La gente se lo come todo.

—Los hay más pobres que usted, Vargoulême.

—Eso es verdad —contestó la trapera con deferencia—. ¡Yo tengo un oficio!

Hubo una pausa y la trapera, cayendo en esa necesidad de presumir que lleva dentro el hombre, añadió:

—Por la mañana, cuando vuelvo a casa, separo lo del cuévano, lo secciono (quería decir: lo selecciono). Hago montones en mi

cuarto. Meto los trapos en un cesto, los tronchos en un barreño, la ropa en la alacena, las cosas de punto en la cómoda, los papeles viejos al lado de la ventana, las cosas que se pueden comer en la escudilla, los pedazos de cristal en la chimenea, los zapatos detrás de la puerta y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se había parado detrás de ellas, las estaba escuchando.

—¿Qué hacen hablando de política, viejas? —dijo.

Se ganó una andanada, compuesta de un bufido multiplicado por cuatro.

—¡Otro golfante!

—¿Y qué lleva en los dátiles? ¡Una pistola!

—¡Será posible! ¡Menudo bribón de crío!

—No se quedan a gusto si no le dan para el pelo a la autoridad.

Gavroche, desdeñoso, se limitó, por toda represalia, a respingarse la punta de la nariz con el pulgar, abriendo la mano.

La trapera gritó:

—¡Andrajoso desgraciado!

La que atendía por señora Patagon dio una palmada, muy escandalizada:

—Aquí va a pasar algo malo, seguro. Al galopín de al lado, ese que lleva perilla, lo veía yo pasar todas las mañanas con una jovencita de gorro rosa cogida del brazo; y hoy lo he visto pasar y llevaba del brazo un fusil. La señora Bacheux dice que hubo la semana pasada una revolución en… en… en… ¿de dónde traen la ternera?… en Pontoise. Y ahora miren a éste con la pistola, ¡menudo sinvergüenza! Por lo visto en Les Célestins hay un montón de cañones. ¿Cómo quieren ustedes que haga algo el gobierno con unos granujas como éstos, que no saben ya qué inventar para soliviantarlo todo ahora que empezábamos a tener un poco de tranquilidad después de todas las desgracias que han ocurrido? ¡Señor, señor, esa pobre reina, que la vi pasar en la carreta! ¡Y con todo esto va a volver a subir el tabaco! ¡Menuda infamia! No te quepa la menor duda de que iré a ver cómo te guillotinan, maleante!

—Deja de sorber, abuela —dijo Gavroche—. ¡Suénate las napias!

Y se fue.

Cuando estaba ya en la calle Pavée, volvió a acordarse de la

trapera y mantuvo este soliloquio: «Haces mal en insultar a los revolucionarios, basurera del arroyo. Esta pistola la llevo por ti. Para que tengas en el cuévano más cosas de comer».

De pronto, oyó un ruido a su espalda; era la portera Patagon, que lo había seguido y, desde lejos, le enseñaba el puño, gritando:

—¡Un bastardo, eso es lo que eres!

—Eso —dijo Gavroche— me tiene totalmente al fresco.

Poco después, pasó delante del palacete de Lamoignon. Lanzó entonces el siguiente grito:

—¡A la lucha!

Le entró un acceso de melancolía. Miró la pistola con expresión de reproche, como si quisiera conmoverla.

—Yo voy disparado —le dijo—, pero tú no disparas.

Un perrillo puede distraer de los problemas de un gatillo. Pasó un caniche muy flaco. A Gavroche le dio pena de él.

—Pobre perrito —le dijo—. ¿Te has tragado un barril y se te notan los aros?

Y luego se encaminó hacia L’Orme-Saint-Gervais.

III

Justa indignación de un barbero

El honrado barbero que había echado a los dos niños a quienes abrió Gavroche el paternal intestino del elefante estaba en esos momentos en su barbería afeitando a un soldado viejo y condecorado con la Legión de Honor que había servido en tiempos del Imperio. Estaban charlando. Como es natural, el barbero le había mencionado al veterano los disturbios y, después, al general Lamarque; y de Lamarque habían llegado al emperador. Salió de ahí una conversación entre barbero y soldado que Prudhomme, de haber estado presente, habría enriquecido con arabescos y habría llamado: *Diálogo de la navaja y el sable*.

—Caballero —decía el barbero—, ¿qué tal montaba el emperador a caballo?

—Mal. No sabía caerse. Y por eso no se caía nunca.

—¿Tenía caballos bonitos? Debía de tener caballos muy bonitos.

—El día en que me condecoró, me fijé en el animal que montaba. Era una yegua trotona blanca del todo. Tenía las orejas muy separadas, buen asiento, cabeza fina con una estrella negra, cuello muy largo, rodillas de articulaciones fuertes, costillas marcadas, hombros oblicuos y grupa robusta. Algo más de quince palmos de alto.

—Bonito caballo —dijo el barbero.

—Era el caballo de Su Majestad.

El babero notó que después de esa frase se imponía un silencio; lo respetó y, luego, siguió diciendo:

—Al emperador sólo lo hirieron una vez, ¿verdad, caballero?

El veterano contestó con el tono sereno y soberano del hombre que estuvo presente:

—En el talón. En Ratisbona. Nunca lo vi tan elegante como aquel día. Estaba hecho un brazo de mar.

—Y a usted, caballero, que es un veterano, debieron de herirlo muchas veces, ¿no?

—¿A mí? —dijo el soldado—. Bah, nada del otro mundo. En Marengo me dieron dos sablazos en la nuca; en Austerlitz me metieron una bala en el brazo derecho; otra en el brazo izquierdo en Jena; en Friedland, un bayonetazo, aquí; en el Moscova siete u ocho lanzazos por todas partes; en Lutzen me machacó un dedo una esquirla de un proyectil de obús… ¡Ah, sí! Y en Waterloo me dio un proyectil de vizcaíno en un muslo. Nada más.

—¡Qué hermosura morir en el campo de batalla! —exclamó el peluquero con acento pindárico—. ¡Le doy mi palabra de que yo, antes que reventar en el jergón, de enfermedad, despacio, un poco cada día, con medicinas, cataplasmas, jeringas y médicos, preferiría que me diera en el vientre una bala de cañón!

—No le hace usted ascos a nada —contestó el soldado.

Apenas acababa de decirlo cuando un estruendo espantoso sacudió el local. Una luna del escaparate acababa de resquebrajarse de pronto.

El barbero se puso lívido.

—¡Ay, Dios mío, que eso ha sido una!

—¿Una qué?

—Una bala de cañón.

—Aquí está —dijo el soldado.

Y recogió algo que rodaba por el suelo. Era una piedra.

El barbero fue corriendo hasta la luna rota y vio a Gavroche, que salía a todo correr hacia el mercado de Saint-Jean. Al pasar delante de la barbería, Gavroche, que seguía con la pena de los dos chiquillos, no pudo resistirse al deseo de saludar al barbero y le tiró una piedra al escaparate.

—¿Usted ve esto? —vociferó el peluquero, que había pasado del blanco al azul—. Eso es hacer daño sólo por hacer daño. ¿Quién se había metido con el golfillo ese?

IV

El anciano extraña al niño

Entre tanto, Gavroche, acababa de establecer contacto en el mercado de Saint-Jean, puesto que estaba desarmado, con un grupo a cuyo frente estaban Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Iban más o menos armados. Bahorel y Jean Prouvaire se habían encontrado con ellos y habían engrosado el grupo. Enjolras llevaba una escopeta de caza de dos tiros; Combeferre, un fusil de guardia nacional con el número de una legión y, metidas en el cinturón, dos pistolas que le asomaban por la levita desabrochada; Jean Prouvaire, un mosquetón viejo de caballería; Bahorel, una carabina; Courfeyrac blandía un estoque desenvainado; Feuilly, con un sable sin vaina en la mano, iba delante gritando: «¡Viva Polonia!».

Llegaban del muelle de Morland, sin corbata, sin sombrero, sin resuello, calados de lluvia y con relámpagos en los ojos. Gavroche se les acercó calmosamente.

—¿Dónde vamos?

—Ven —dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly andaba, o más bien brincaba, Bahorel, como un pez en el agua de los disturbios. Llevaba un chaleco carmesí e iba diciendo frases de esas que lo desbaratan todo. El chaleco alteró a un transeúnte, que gritó, despavorido:

—¡Que llegan los rojos!

—¡Lo rojo y los rojos! —replicó Bahorel—. Qué espantos tan raros, burgués. Yo no tiemblo cuando veo una amapola, y Caperucita Roja no me da ningún miedo. Burgués, hazme caso, dejemos el temor al rojo a los animales con cuernos.

Se fijó en un trozo de pared en que había un cartel, la hoja de papel más pacífica del mundo, un permiso para tomar huevos, una

disposición cuaresmal que el arzobispo de París dirigía a sus feligreses.

Bahorel exclamó:

—¡Feligreses! Una manera educada de llamarlos reses.

Y arrancó la disposición de la pared, con lo cual se metió en el bolsillo a Gavroche. A partir de ese momento, Gavroche empezó a estudiar de cerca a Bahorel.

—Bahorel —comentó Enjolras—, haces mal. Habrías debido dejar en paz esa disposición, ni nos va ni nos viene; despilfarras la indignación tontamente. Conserva tu provisión. No hay que disparar fuera de la formación, ni con el alma ni con el fusil,

—Cada cual tiene su estilo propio, Enjolras —repuso Bahorel—. Esa prosa obispal me molesta; quiero comer huevos sin que nadie me dé permiso. Tú eres del estilo hielo ardiente; yo soy de pasármelo bien. Además, no me despilfarro, cojo carrerilla; y si he roto esa disposición, ¡por Heracles!, ha sido de aperitivo.

Esa exclamación, *por Heracles*, le llamó la atención a Gavroche. Estaba siempre al acecho de ocasiones para instruirse y le tenía consideración a aquel arrancador de carteles. Le preguntó:

—¿Qué quiere decir por *Heracles?*

Bahorel le contestó:

—Quiere decir mecachis en la mar en latín.

En éstas, Bahorel reconoció, asomado a una ventana, a un joven pálido de barba negra que los miraba pasar, probablemente un amigo del A B C. Le gritó:

—¡Pronto, cartuchos! *Para bellum.*

—¡Bello, sí, de verdad que es un chico guapo! —dijo Gavroche, que ya entendía latín.

Los acompañaba una comitiva tumultuosa: estudiantes, artistas, jóvenes afiliados a *La Cougourde* de Aix, obreros, gente del puerto, armados con palos y bayonetas; algunos, como Combeferre, con pistolas metidas en la cinturilla de los pantalones. Un anciano, que parecía muy viejo, iba con ese grupo. No llevaba armas y apretaba el paso para no quedarse rezagado, aunque parecía ensimismado. Gavroche lo vio.

—¿Yesoqués? —le preguntó a Courfeyrac.

—Es un viejo.

Era el señor Mabeuf.

V

El anciano

Vamos a contar qué había sucedido.

Enjolras y sus amigos estaban en el bulevar de Bourdon, cerca de los pósitos, cuando cargaron los dragones. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre fueron de los que tiraron por la calle de Bassompierre gritando: «¡A las barricadas!». En la calle de Lesdiguières se encontraron con un anciano que iba a pie.

Lo que les llamó la atención fue que el buen hombre andaba haciendo eses, como si estuviera borracho. Además, iba con el sombrero en la mano aunque llevase lloviendo toda la mañana y siguiera lloviendo en aquellos momentos con bastante intensidad. Courfeyrac reconoció a Mabeuf. Lo conocía porque había acompañado más de una vez a Marius hasta la puerta de su casa. Conocedor de los hábitos tranquilos y más que tímidos del antiguo mayordomo aficionado a los libros viejos y pasmado al verlo en medio de aquel barullo y a dos pasos de las cargas de caballería, casi en pleno tiroteo, despeinado, mojándose con el chaparrón y paseando entre las balas, se le acercó, y el alborotador de veinticinco años y el octogenario mantuvieron el siguiente diálogo:

—Señor Mabeuf, vuélvase a casa.

—¿Por qué?

—Porque va a haber jaleo.

—Me parece bien.

—Sablazos y tiros, señor Mabeuf.

—Me parece bien.

—Cañonazos.

—Me parece bien. ¿Ustedes dónde van?

—Vamos a derribar al gobierno.

—Me parece bien.

Y se fue con ellos. Desde entonces no había dicho ni palabra. De repente caminaba con firmeza; unos obreros se ofrecieron a darle el brazo, se negó con un ademán de la cabeza. Iba casi al frente de la columna, y se movía como un hombre que va andando al tiempo que tenía la cara de un hombre dormido.

—¡Vaya furia que tiene! —murmuraban los estudiantes. Corría la voz en aquella aglomeración de que había sido un miembro de la Convención, un regicida.

El grupo tiró por la calle de La Verrerie. Gavroche iba delante, cantando a voz en cuello, con lo que se convertía en algo así como un trompeta. Cantaba:

La luna ya está asomando.
«¿Al bosque cuándo nos vamos?»,
a Charlotte le decía Charlot.
Tu, tu, tu,
por Chatou,
Un Dios, un rey, un chavo, una bota y se acabó.

Dos gorriones de madrugada
bebían rocío de una mata
y a la cabeza se les subió.
Zi, zi, zi,
por Passy.
Un Dios, un rey, un chavo, un bota y se acabó.

Estaban los dos desgraciados
como dos tordos de borrachos.
Un tigre en su cueva se rió.
Don, don, don,
por Meudon.
Un Dios, un rey, un chavo, un bota y se acabó

Jurando uno, otro renegando.
¿Al bosque cuándo nos vamos?,
le decía Charlotte a Charlot.
Tin, tin, tin,
por Pantin.

Un Dios, un rey, un chavo, un bota y se acabó.

Iban camino de Saint-Merry.

VI

Reclutamientos

El grupo crecía por momentos. Al pasar por la calle de Les Billetes, un hombre canoso de elevada estatura, cuyo aspecto rudo y atrevido les llamó la atención a Courfeyrac, Enjolras y Combeferre, pero a quien ninguno conocía, se unió a ellos. Gavroche, que andaba muy ocupado cantando, silbando, zumbando, yendo en cabeza y pegando en los postigos de los comercios con la culata de la pistola sin percutor, no se fijó en el hombre aquel.

Por casualidad pasaron, en la calle de la Verrerie, por delante de la puerta de Courfeyrac.

—¡Mira tú qué cosa más oportuna! —dijo Courfeyrac—. Se me había olvidado la bolsa y he perdido el sombrero.

Salió del grupo y subió las escaleras de cuatro en cuatro. Cogió un sombrero viejo y la bolsa. También cogió un cofre cuadrado bastante voluminoso, del tamaño de una maleta grande, que tenía escondido entre la ropa sucia. Según bajaba corriendo, la portera lo llamó.

—¡Señor de Courfeyrac!

—Portera, ¿usted cómo se llama? —replicó Courfeyrac.

La portera se quedó pasmada.

—Pero si lo sabe de sobra; soy la portera, la señora Veuvain.

—Bueno, pues si me vuelve a llamar señor de Courfeyrac, la llamaré señora de Veuvain. Y, ahora, hable. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—Hay alguien que quiere hablar con usted.

—¿Y quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—En mi chiscón.

—¡Que se vaya al diablo! —dijo Courfeyrac.

—Pero ¡si lleva esperando más de una hora a que volviera usted! —dijo la portera.

Al tiempo, algo así como un obrero joven, flaco, pálido, bajo y pecoso, que llevaba un blusón con agujeros y un pantalón de pana con parches y más parecía una muchacha disfrazada de chico que un hombre, salió del chiscón y le dijo a Courfeyrac con una voz que, desde luego, no era ni poco ni mucho una voz de mujer:

—¿El señor Marius, si me hace el favor?

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—No tengo ni idea.

Y Courfeyrac añadió:

—Yo, en cualquier caso, no pienso volver.

El joven lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Y eso por qué?

—Porque no.

—¿Dónde va?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Quiere que le lleve el cofre?

—Voy a las barricadas.

—¿Quiere que vaya con usted?

—Si quieres… —contestó Courfeyrac—. La calle es libre, y los adoquines son de todos.

Y echó a correr para alcanzar a sus amigos. Cuando se reunió con ellos, le dio el cofre a uno para que se lo llevara. Hasta que no pasó un cuarto de hora no se dio cuenta de que, efectivamente, el muchacho los había seguido.

Un tropel de gente no va precisamente donde quiere. Ya hemos explicado que lo empuja una ráfaga de viento. Pasaron por delante de Saint-Merry y llegaron, sin saber muy bien cómo, a la calle de Saint-Denis.

Libro duodécimo

Corinthe

I

Historia de Corinthe desde su fundación

Los parisinos que hoy en día, al entrar en la calle de Rambuteau por la parte del Mercado Central, se fijan, a su derecha, frente a la calle de Mondétour, en una cestería cuya muestra consiste en un cesto con la forma del emperador Napoleón el Grande y el siguiente letrero:

DE NAPOLEÓN LA URDIMBRE
ES TODA DE MIMBRE

no sospechan ni por asomo las escenas terribles que vio ese mismo lugar hace apenas treinta años. Ahí estaban la calle de La Chanvrerie, que en los carteles antiguos se escribía Chanverrerie, y la famosa taberna llamada Corinthe.

No ha caído en el olvido todo cuanto se dijo acerca de la barricada que se alzó en ese lugar y que, por lo demás, dejó eclipsada la barricada Saint-Merry. Es esa famosa barricada de la calle de La Chanvrerie, sumida hoy en la más profunda oscuridad, la que vamos a iluminar un tanto.

Permítasenos recurrir, para mayor claridad de este relato, al sencillo sistema que ya empleamos en el caso de Waterloo. A quienes deseen hacerse una idea bastante exacta de las manzanas de casas que se alzaban por entonces cerca del campanario de Saint-Eustache, en el ángulo noreste del Mercado Central de París, donde desemboca ahora la calle de Rambuteau, les bastará con imaginarse, pegando con la calle de Saint-Denis por la parte de arriba y, por la parte de abajo, con el Mercado Central, una letra N cuyas dos patas verticales fueran las calles de La Grande-Truanderie

y de La Chanvrerie y cuyo trazo transversal fuera la calle de la Petite-Truanderie. La antigua calle de Mondétour cortaba esos tres trazos de la forma más tortuosa, con lo que el enredado dédalo de esas cuatro calles bastaba para formar, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre el Mercado Central y la calle de Les Prêcheurs por el otro lado, siete manzanas de forma curiosa y diferentes tamaños, situadas al bies y como al azar, y que apenas separaban, igual que si fueran unos bloques de piedra en el solar de unas obras, unas rendijas estrechas.

Decimos rendijas estrechas y no podríamos dar una idea más atinada de esas callejuelas oscuras, apiñadas, angulosas, que tenían a ambos lados caserones de ocho pisos. Eran unos caserones tan decrépitos que, en las calles de La Chanvrerie y de La Petite-Truanderie, las fachadas hallaban apoyo en unas vigas que iban de una casa a otra. La calle era estrecha, y el arroyo, ancho, de forma tal que el viandante siempre iba pisando un empedrado húmedo y caminaba pegado a comercios semejantes a sótanos, gruesos mojones con aros de hierro, montones tremendos de basura y puertas de pasillos de entrada que defendían gigantescas verjas circulares. La calle de Rambuteau acabó con todo aquello.

La calle de Mondétour escenifica a la perfección las sinuosidades de todas aquellas vías públicas. Un poco más allá, las representaba aún mejor la *calle de Pirouette,* que iba a dar a la calle de Mondétour.

El transeúnte que entraba en la calle de Saint-Denis desde la calle de La Chanvrerie veía cómo se iba ésta estrechando poco a poco según avanzaba, como si se hubiera metido en un embudo alargado. Al final de la calle, que era muy corta, le cerraba el paso, por el lado del Mercado Central, una hilera alta de casas y habría creído que estaba en un callejón sin salida si no hubiera visto, a derecha e izquierda, dos zanjas negras por las que podía evadirse. Eran la calle de Mondétour, que por una punta desembocaba en la calle de Les Prêcheurs y, por la otra, en la calle de Le Cygne, y la calle de La Petite-Truanderie. Al fondo de esa especie de callejón sin salida, en la esquina de la zanja de la derecha, podía verse una casa menos alta que las otras que formaba un saliente en la calle como si fuera un cabo.

En esa casa de sólo dos pisos existía despreocupadamente desde

hacía más de trescientos años una taberna ilustre. Dicha taberna ponía un alegre escándalo en el mismo lugar que el antiguo poeta Théophile señalaba con estos dos versos:

> Ahí oscila el esqueleto horrible
> de un pobre amante que se ahorcó.

El sitio era bueno, y los taberneros iban turnándose, de padre a hijo.

En tiempos de Mathurin Régnier la taberna se llamaba Le Pot-aux-Roses y, como estaban de moda los jeroglíficos, en el cartel habían dibujado un poste de color de rosa[69]. El siglo pasado, el muy digno de consideración Natoire, uno de los maestros de la pintura que hoy desdeña la escuela rígida, tras emborracharse varias veces en esa taberna en la misma mesa en que se había emborrachado también Régnier, pintó, a modo de agradecimiento, un racimo de uvas de Corinto en el poste rosa. El tabernero se alegró tanto que cambió el rótulo y mandó pintar en letras doradas, encima del racimo, las siguientes palabras: *Au raisin de Corinthe* (Las uvas de Corinto). De ahí el nombre de Corinthe. Nada más natural en los borrachos que las elipsis. La elipsis es el zigzag de la frase. *Corinthe* destronó poco a poco *Le Pot-aux-Roses*. Y el último tabernero de la dinastía, Hucheloup, que no tenía ya ni idea de la tradición, mandó pintar el poste de azul.

Una sala abajo, donde estaba el mostrador; otra sala en el primer piso, donde estaba la mesa de billar, una escalera de caracol de madera que atravesaba el techo, el vino en las mesas, el humor en las paredes, las velas encendidas en pleno día, así era la taberna. En la sala de abajo, unas escaleras llevaban al sótano por una trampilla. Hucheloup vivía en el segundo piso, al que se subía por unas escaleras que eran más bien escala que escaleras, y su vivienda no tenía más entrada que una puerta disimulada en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado, dos buhardillas, nidos de criadas. La cocina se repartía la planta baja con la sala donde estaba el mostrador.

Es posible que Hucheloup hubiera nacido químico, pero el caso es que fue cocinero; en su taberna no sólo se bebía, también se comía. Hucheloup había inventado algo muy rico que sólo se servía

en su taberna: unas carpas, que él llamaba *carpas de relleno*. Se comían a la luz de una vela de sebo o de un quinqué de tiempos de Luis XVI en unas mesas que tenían clavado un hule que hacía las veces de mantel. Venían de lejos a comerlas. A Hucheloup le pareció oportuno un buen día poner al tanto a los transeúntes de su especialidad; mojó un pincel en un tarro de pez y, como tenía ortografía propia, de la misma forma que tenía platos propios, improvisó en la pared este cartel notable:

CARPAS DE REI ENO

Hubo un invierno en que a los chaparrones y a los chubascos les entró el capricho de borrar parte de las letras, y quedó lo siguiente:

CARP D I EN

Con el tiempo y las lluvias, un humilde anuncio gastronómico se convirtió en un consejo de gran calado.

Ocurrió, pues, que, sin saber francés, Hucheloup supo latín, que sacó filosofía de la cocina y que, queriendo sencillamente desbancar a Carême, igualó a Horacio. Y lo más llamativo es que, además, el cartel quería decir: entren en mi taberna.

Hoy ya no queda nada de todo esto. El dédalo de Mondétour estaba despanzurrado y abierto de par en par desde 1847, y es harto probable que a estas alturas no quede ya nada de él. La calle de la Chanvrerie y Corinthe desaparecieron bajo el empedrado de la calle de Rambuteau.

Como ya hemos dicho, Corinthe era uno de los lugares de reunión, por no decir de concentración, de Courfeyrac y sus amigos. Corinthe era un descubrimiento de Grantaire. Entró por lo de *Carpe d i en* y volvió por lo de las *Carpas de relleno*. Allí se bebía, se comía, se voceaba; se pagaba poco, se pagaba tarde, mal y nunca, pero siempre lo recibían bien a uno. Hucheloup era un buen hombre.

El buen hombre de Hucheloup, bondadoso como acabamos de decir, era un tabernero bigotudo, una variedad graciosa. Tenía siempre cara de malhumor, parecía deseoso de intimidar a la clientela, les gruñía a las personas que entraban en su taberna y parecía más dispuesto a buscarles las cosquillas que a darles un

plato de comida. Y, no obstante, mantenemos lo dicho: siempre lo recibía bien a uno. Aquella peculiaridad le había proporcionado una buena parroquia y le traía a jóvenes que se decían entre sí: «Venga, ven a ver *trapichear* a Hucheloup». Había sido maestro de armas. De repente, se echaba a reír. Un vozarrón y un alma de Dios. Por dentro risueño y por fuera con pinta trágica; estaba deseando meterle miedo a la gente, más o menos como esas tabaqueras que tienen forma de pistola. La detonación estornuda.

Su mujer tenía barba y era feísima.

Allá por 1830 se murió Hucheloup. Con él desapareció el secreto de las carpas rellenas. Su viuda, que no tenía fácil lo de buscar consuelo, siguió con la taberna. Pero la comida fue degenerando y llegó a ser espantosa; y el vino, que siempre había sido malo, fue malísimo. Aunque Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo a Corinthe, por compasión, según decía Bossuet.

La viuda de Hucheloup tenía el resuello corto y era deforme y con recuerdos campestres. La forma de pronunciar impedía que fueran recuerdos cursis. Tenía una manera propia de decir las cosas que servía de aliño a sus reminiscencias aldeanas y primaverales. Tiempo atrás la había hecho muy feliz, afirmaba, oír a los «ruinseñores cantar en los espinos calvares».

La sala del primer piso, donde estaba el «restaurante», era amplia y alargada y atestada de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, y con una mesa de billar vieja y coja. Se llegaba a ella por la escalera de caracol que iba a dar, en un rincón de la sala, a un agujero cuadrado que parecía la escotilla de un barco.

Esa sala, sin más luz que la de una ventana estrecha y la de un quinqué siempre encendido, tenía pinta de desván. Todos los muebles de cuatro patas se portaban como si tuvieran tres. En las paredes encaladas no había más decoración que este cuarteto en honor de la señora Hucheloup:

> A diez pasos, asombra; a dos pasos, asusta.
> Lo que nariz parece le adorna una verruga.
> Siempre anda uno temiendo que le pegue una bronca
> y que un día la nariz se le caiga en la boca.

Lo anterior estaba escrito con carbón en la pared.

La señora Hucheloup, muy parecida a aquel retrato, iba y venía tan campante todo el día por las inmediaciones del cuarteto. Dos criadas, que se llamaban Matelote y Gibelotte, y de las que nunca se supo más nombres que ésos, ayudaban a la señor Hucheloup a poner en las mesas los jarros de mal vino y los guisotes varios que servían a los hambrientos en escudillas de barro. Matelote, gruesa, rechoncha, pelirroja y chillona, ex sultana favorita del difunto Hucheloup, era más fea que cualquiera de los monstruos mitológicos; no obstante, como lo oportuno es que la criada no aventaje nunca a la señora, era menos fea que la señora Hucheloup. Gibelotte, alta y flaca, endeble, blanca con palidez linfática, con ojeras y de párpados caídos, aquejada de eso que podría llamarse cansancio crónico, era la primera en levantarse y la última en acostarse y servía a todo el mundo, incluso a la otra criada, silenciosa y suave, sonriendo entre el cansancio con algo así como una sonrisa inconcreta y adormilada.

Antes de entrar en la sala del restaurante, podía leerse en la puerta el siguiente verso, que había escrito con tiza Courfeyrac:

Invita si puedes, y come si osas.

II

Diversiones preliminares

Laigle de Meaux, sabido es, vivía más en casa de Joly que en cualquier otra parte. Tenía una vivienda igual que un pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos, dormían juntos. Lo tenían todo en común, incluso a Musichetta hasta cierto punto. Eran eso que los frailes subalternos que van de acompañantes llaman *bini*. La mañana del 5 de junio se fueron a almorzar a Corinthe. Joly tenía la nariz tapada y un catarro tremendo que a Laigle se le estaba empezando a contagiar. Laigle llevaba un frac raído, pero Joly iba bien trajeado.

Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando abrieron la puerta de Corinthe.

Subieron al primero.

Matelote y Gibelotte los recibieron.

—Ostras, queso y jamón —dijo Laigle.

Y se sentaron a la mesa.

No había nadie en la taberna; estaban los dos solos.

Gibelotte reconoció a Joly y a Laigle y puso una botella de vino en la mesa.

Cuando estaban con las primeras ostras, asomó una cabeza por la escotilla de las escaleras y una voz dijo:

—Pasaba y desde la calle noté un aroma delicioso a queso de Brie. Aquí estoy.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó a la mesa.

Gibelotte, al ver a Grantaire, puso dos botellas de vino en la mesa.

Con lo cual ya había tres.

—¿Vas a beberte esas dos botellas? —le preguntó Laigle a Grantaire.

Grantaire contestó:

—Todos son ingeniosos y sólo tú eres ingenuo. Dos botellas nunca le han extrañado a un hombre.

Los otros dos habían empezado por comer, pero Grantaire empezó por beber. No tardó en desaparecer media botella.

—¿Tienes un agujero en el estómago? —siguió preguntando Laigle.

—¿No tienes tú uno en el codo? —dijo Grantaire.

Y, tras apurar el vaso, añadió:

—Por cierto, Laigle de las oraciones fúnebres, muy viejo tienes el frac.

—Por supuesto —saltó Laigle—. Por eso nos llevamos tan bien mi frac y yo. Se ha amoldado a mí del todo, no me molesta nada, se adapta a mis deformidades, se aviene a todos los ademanes que hago; sólo noto que lo llevo puesto porque me abriga. Los abrigos viejos son como viejos amigos.

—Es verdad —exclamó Joly, metiendo baza—. Un abrigo viejo es un viejo *abigo.*

—Sobre todo —dijo Grantaire— cuando lo dice un hombre con la nariz taponada.

—Grantaire —preguntó Laigle—, ¿vienes del bulevar?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del cortejo.

—Es un espectáculo *baravilloso* —dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle! —exclamó Laigle—. ¿Quién se pensaría que París está manga por hombro? ¡Cómo se nota que por aquí antes no había más que conventos! En Du Breul y Sauval viene la lista, y en el padre Lebeuf. Los había por todos los alrededores, pululaban, calzados y descalzos, rapados y barbudos, grises, negros y blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, agustinos mayores, agustinos reformados, agustinos viejos… Pululaban.

—Vamos a dejarnos de monjes —interrumpió Grantaire—, que me entran picores.

Luego exclamó.

—¡Puaj! Acabo de comerme una ostra mala. Me está volviendo la hipocondría. Las ostras están malas, las criadas son feas.

Aborrezco al género humano. Pasé hace un rato por la calle de Richelieu, por delante de esa gran librería pública. Ese montón de cáscaras de ostra al que llaman biblioteca me quita las ganas de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuánto se ha escrito! ¡Qué bribón habrá dicho que el hombre era un bípedo sin plumas! Y, encima, me he encontrado con una chica guapa a la que conozco, hermosa como la primavera, digna de llamarse Floreal, y que estaba contentísima, fuera de sí, feliz, encantada de la vida, la muy miserable, porque ayer un banquero espantoso y picado de viruelas había tenido a bien dignarse cargar con ella. ¡Qué desgracia! La mujer está al acecho del tratante no menos que el lirio de los valles; las gatas cazan tanto los ratones como los pájaros. Esa jovencita, no hace ni dos meses, era tan formal en una buhardilla; les ponía redondelitos de cobre a los ojetes de los corsés, ¿cómo se llama eso? Cosía, tenía un catre de tijera, vivía junto a un tiesto de flores, estaba contenta. Y ahora es banquera. Esa transformación es de anoche. Me he encontrado a la víctima esta mañana, hecha unas pascuas. Lo repulsivo es que la muy pícara era tan bonita hoy como ayer. No se le había subido el financiero a la cara. Las rosas tienen esta ventaja, o este inconveniente, que no tienen las mujeres: los rastros de las orugas se les ven. ¡Ay, no hay ética en este mundo, pongo por testigo al mirto, símbolo del amor, y al laurel, símbolo de la guerra, y al olivo, el bobo ese, símbolo de la paz, y al manzano, que estuvo a punto de asfixiar a Adán con una pepita, y a la higuera, abuela de las enaguas! En cuanto al derecho, ¿queréis saber qué es el derecho? Los galos quieren tomar Clusa, Roma ampara a Clusa y les pregunta qué daño les ha hecho Clusa. Breno contesta: «El daño que os hizo Alba, el daño que os hizo Fidena, el daño que os hicieron los ecuos, los volscos y los sabinos. Eran vecinos vuestros. Entendemos la vecindad igual que vosotros. Vosotros robasteis Alba, nosotros tomamos Clusa». Roma dice: «No tomaréis Clusa. Breno tomó Roma. Luego gritó: *Vœ victis!* Eso es el derecho. ¡Ay, cuántos animales de presa en este mundo! ¡Cuántas águilas! Se me pone la carne de gallina».

Le alargó el vaso a Joly, quien se lo llenó; luego bebió y siguió diciendo, sin que lo interrumpiera apenas ese vaso de vino en el que nadie se fijó, ni tan siquiera él:

—Breno, que toma Roma, es un águila; el banquero, que se lleva

a la modistilla, es un águila. La misma impudicia en esto y en aquello. Así que no creamos en nada. No hay más que una realidad: la bebida. Opinéis lo que opinéis y estéis a favor del gallo flaco, como el cantón de Uri, o del gallo cebado, como el cantón de Glaris, da lo mismo, bebed. Me habláis del bulevar, del cortejo, etc. ¿Qué pasa? ¿Que va a haber otra revolución? Tanta indigencia de medios por parte de Dios me extraña. Se pasa la vida untando de sebo la ranura de los acontecimientos. ¿Que la cosa no encaja, que no funciona? Corriendo, una revolución. Dios tiene siempre las manos negras de esa grasa tan sucia. Yo en su lugar sería menos complicado, no estaría dando cuerda a la máquina continuamente, llevaría bien derecho al género humano, tejería los hechos punto a punto, sin romper el hilo, no tendría alternativa preparada ni repertorio extraordinario. Eso que vosotros llamáis el progreso funciona con dos motores: los hombres y los acontecimientos. Pero, qué cosa tan triste, de vez en cuando hacen falta lo extraordinario. Tanto en los acontecimientos cuanto en los hombres, no basta con la tropa ordinaria; de entre los hombres, hacen falta genios; y, de entre los acontecimientos, revoluciones. Los accidentes mayores son ley; el orden de las cosas no puede prescindir de ellos; y, cuando uno ve las apariciones de los cometas, está por creer que incluso el mismísimo cielo precisa actores que den una función. Cuando menos te lo esperas, Dios plantifica un meteoro en la pared del firmamento. Se presenta una estrella rara con el aditamento de una cola enorme. Y, en vista de eso, se muere César, Bruto le pega una puñalada y Dios un cometazo. Crac, aquí llega una aurora boreal, y aquí llega una revolución, y aquí llega un gran hombre; 1793 en letra grande, Napoleón de protagonista, el cometa de 1811 encabeza el cartel. ¡Ah, qué cartel azul tan bonito, todo él constelado de resplandores inesperados! ¡Bum, bum! Qué espectáculo tan extraordinario. Alzad la vista, mirones ociosos. Todo está con las greñas revueltas, el astro y el drama. Vive Dios, se pasan y no llegan. Estos recursos tan excepcionales parecen esplendidez y son pobreza. Amigos míos, la Providencia tiene que recurrir a expedientes. ¿Qué demuestra una revolución? Que Dios se ha quedado sin recursos. Da un golpe de Estado porque hay solución de continuidad entre el presente y el porvenir y porque, él, Dios, no ha podido empalmar los extremos. Por cierto, que eso me

ratifica en mis conjeturas acerca de la situación en que anda la fortuna de Jehová; y, al ver tanto apuro arriba y abajo, tanta mezquindad y tanta racanería y tanta cicatería y tanta necesidad en el cielo y en la tierra, desde el ave que no tiene ni un grano de mijo hasta mí, que no tengo cien mil libras de renta y al fijarme en el destino humano, que anda tan raído, e incluso en el destino regio, al que se le ve la trama de esparto, de lo que da fe que al príncipe de Condé lo ahorcaron; al fijarme en el invierno, que no es sino un siete en el cénit por el que sopla el viento; al fijarme en tantos harapos, incluso en la púrpura recién estrenada de la mañana en lo alto de las colinas; al fijarme en el cierzo, esas lentejuelas; al fijarme en la humanidad descosida y en los acontecimientos remendados, y en tantas manchas en el sol y tantos agujeros en la luna; al fijarme en tanta miseria por todas partes, me malicio que Dios no es rico. Da el pego y aparenta, es cierto, pero se le nota que anda apurado. Da una revolución igual que un negociante que tiene la caja vacía da un baile. No hay que juzgar a los dioses por la apariencia. Tras los dorados del cielo, intuyo un universo pobre. La creación está en quiebra. Y por eso estoy descontento. Fijaos, estamos a cinco de junio y es casi de noche; llevo desde esta mañana esperando a que amanezca, y no ha amanecido, y apuesto a que no amanecerá en todo el día. Es una impuntualidad de dependiente mal retribuido. Sí, todo está mal enjaretado, nada encaja en nada, este mundo viejo está hecho unos zorros, me paso a la oposición. Todo anda torcido; el universo es un latoso. Es como los niños, que quieren de lo que no hay. En resumen: que estoy rabioso. Además, Laigle de Meaux, el calvo este, me da grima. Me humilla pensar que tengo la misma edad que él y que tiene la cabeza monda y lironda. Por lo demás, critico, pero no insulto. El universo es como es. Lo que digo lo digo sin mala intención y para cumplir con mi conciencia. Quedo a vuestros pies, Padre Eterno. ¡Ah, por todos los santos del Olimpo y por todos los dioses del Paraíso, no estaba yo hecho para ser parisino, es decir, para ir rebotando siempre, como un volante en dos raquetas, del grupo de los mirones ociosos al grupo de los alborotadores! ¡Estaba hecho para ser turco, todo el día mirando a unas orientales redichas bailando esas danzas exquisitas de Egipto, lúbricas como los sueños de un hombre casto; o un campesino de Beauce; o un gentilhombre veneciano rodeado de gentilesdamas; o

un principillo alemán de esos que aportan medio soldado de infantería a la confederación germánica y dedican los ratos libres a poner a secar los calcetines en el seto, es decir, en su frontera! ¡Para esos destinos había nacido yo! Sí, he dicho turco y no me desdigo. No me cabe en la cabeza que se suela tomar a mal a los turcos; Mahoma tiene cosas buenas; ¡respetemos al inventor de los harenes de huríes y de los paraísos de odaliscas! ¡No insultemos al mahometismo, la única religión que tenga un gallinero de aderezo! Dicho esto, insisto en beber. La tierra es una tremenda sandez. ¡Y, por lo visto, todos esos imbéciles van a pelear, a conseguir que les partan la cara, a matarse unos a otros en pleno verano, en el mes de junio, siendo así que podrían irse, con una moza al brazo, a respirar, por el campo, el aroma de esa inmensa taza de té del heno segado! De verdad que se hacen muchas tonterías. Un farol viejo y roto que he visto hace un rato en un chamarilero me sugiere una reflexión: ya va siendo hora de aclararle un poco las ideas al género humano. ¡Sí, ya he vuelto a ponerme triste! ¡Lo que es que se le atraganten a uno una ostra y una revolución! ¡Otra vez estoy lúgubre! ¡Ah, qué espanto de viejo mundo este, en que nos azacanamos, nos defenestramos, nos alcahueteamos, nos matamos y nos acostumbramos!

Y a Grantaire, tras ese ataque de elocuencia, le dio un ataque de tos muy merecido.

—Hablando de revoluciones —dijo Joly—, por lo visto *Barius* está *enaborado.*

—¿Se sabe de quién? —preguntó Laigle.

—Ni *bucho benos*.

—¿Que no?

—Ya te digo que ni *bucho benos*.

—¡Los amores de Marius! —exclamó Grantaire—. Ya me los estoy imaginando. Marius es una niebla y se habrá topado con un vaho. Marius es de la raza de los poetas. Quien dice poeta dice loco. *Tymbræus Apollo*. Marius y su Marie, o su Maria, o su Mariette, o su Marion, ¡vaya amantes raros que deben de resultar! Me supongo lo que debe de ser eso. Éxtasis en que se olvida el beso. Castos en la tierra, pero copulando en el infinito. Son almas con sentidos. Se acuestan juntos en las estrellas.

Grantaire estaba empezando la segunda botella, y quizá la

segunda arenga, cuando apareció otra persona por el agujero cuadrado de las escaleras. Era un muchachito que no llegaba a los diez años, desharrapado, de corta estatura, amarillento, con la cara rematada en hocico, la mirada vivaracha, mucho pelo, empapado de lluvia, y de expresión alegre.

El niño, escogiendo sin titubear a uno de los tres, aunque estaba claro que no conocía a ninguno, le dirigió la palabra a Laigle de Meaux.

—¿Es usted el señor Bossuet? —preguntó.

—Para los amigos —contestó Laigle—. ¿Qué quieres?

—Verá: uno rubio y alto, en el bulevar, me ha dicho: «¿Sabes quién es la Hucheloup?». Le he contestado: «Sí. La de la calle de La Chanvrerie, la viuda del viejo». Y me ha dicho: «Pues vete para allá. Te encontrarás con el señor Bossuet y le dices de mi parte: A — B — C». Será que le quiere gastar una broma, ¿no? Me ha dado cincuenta céntimos.

—Joly, préstame cincuenta céntimos —dijo Laigle. Y, volviéndose hacia Grantaire: «Grantaire, préstame cincuenta céntimos».

Juntó así un franco y se lo dio al niño.

—Gracias, caballero —dijo el chiquillo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Laigle.

—Soy Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros —dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros —dijo Grantaire.

El niño contestó:

—No puedo, voy en el cortejo. Yo soy el que grita: ¡Abajo Polignac!

Y, estirando mucho la pierna hacia atrás, que es el saludo más respetuoso que darse pueda, se marchó.

Tras irse el niño, Grantaire tomó la palabra:

—Ahí tenemos al golfillo en estado puro. Hay muchas variedades en el género golfillo. El golfillo notario se llama veredero, el golfillo cocinero se llama pinche, el golfillo panadero se llama aprendiz, el golfillo lacayo se llama *groom,* el golfillo marinero se llama grumete, el golfillo soldado se llama tamborcillo, el golfillo pintor se llama pintamonas, el golfillo negociante se llama recadero, el golfillo cortesano se llama menino, el golfillo rey

se llama delfín, el golfillo dios se llama jesusito.

Entretanto, Laigle andaba cavilando; dijo a media voz.

—A — B — C, es decir: Entierro de Lamarque.

—El alto y rubio que te manda aviso es Enjolras —comentó Grantaire.

—¿Vamos a ir? —preguntó Bossuet.

—Está lloviendo —dijo Joly—. Yo juré que me enfrentaría al fuego, pero no al agua. No quiero *agarrarbe* un catarro.

—Yo me quedo aquí —dijo Grantaire—. Prefiero un almuerzo a un coche fúnebre.

—Conclusión: nos quedamos —añadió Laigle—. Bueno, pues bebamos. Además, podemos perdernos el entierro sin perdernos el motín.

—Ah, yo al *botín* sí que voy —exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos:

—Así que vamos a hacerle unos retoques a la revolución de 1830. La verdad es que al pueblo le tiran las sisas.

—A mí esa revolución vuestra me da casi igual —dijo Grantaire —. No me desagrada el gobierno de ahora. Es el gorro de dormir atemperando la corona. Es un cetro que termina en paraguas. De hecho, estoy pensando que hoy, con el tiempo que hace, Luis Felipe podrá utilizar su condición de rey con dos finalidades, usar la punta que es cetro contra el pueblo y abrir la punta que es paraguas contra el cielo.

La sala estaba a oscuras, unos nubarrones amortiguaban aún más la luz. No había nadie ni en la taberna ni en la calle; todo el mundo había ido a «ver los sucesos».

—¿Son las doce de la mañana o de la noche? —exclamó Bossuet —. No se ve ni gota. ¡Gibelotte, luces!

Grantaire bebía melancólicamente.

—Enjolras me desdeña —susurró—. Enjolras ha dicho: Joly está enfermo y Grantaire está borracho. Y ha mandado a Navet a buscar a Bossuet. Si hubiese venido por mí, me habría ido con él. ¡Enjolras se lo pierde! No pienso ir a su entierro.

Tras tomar la resolución ya dicha, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron de la taberna. A eso de las dos de la tarde, la mesa en que apoyaban los codos estaba llena de botellas vacías. Ardían en ella dos velas, una en una palmatoria de cobre completamente

verde, la otra en el gollete de un botellón rajado. Grantaire había tirado de Joly y de Bossuet hacia el vino; Bossuet y Joly habían devuelto a Grantaire a la alegría.

En cuanto a Grantaire, a partir de las doce del mediodía había ido más allá del vino, mediocre fuente de sueños. Los borrachos serios no sienten por el vino sino un aprecio teórico. En cuestiones de borrachera, existe la magia negra y la magia blanca; el vino sólo es magia blanca. Grantaire era un bebedor de sueños aventurero. La tenebrosa índole de una borrachera temible, lejos de detenerlo, cuando la veía abrirse ante él, lo atraía. Había dado de lado las botellas y agarrado el jarro. El jarro es el abismo. Al no tener a mano ni opio ni hachís y queriendo llenarse la mente de crepúsculo, recurrió a esa espantosa mezcla de aguardiente, de cerveza negra y de ajenjo que tan terribles letargos causa. De esos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajenjo, se compone el plomo del alma. Son tres tinieblas en las que se ahoga la mariposa celestial; y nacen, entre un humo membranoso que se condensa de forma inconcreta en forma de ala de murciélago, tres furias mudas, la pesadilla, la noche y la muerte, que revolotean por encima de Psique dormida.

Grantaire no había llegado aún a esa fase lóbrega. Ni mucho menos. Estaba de lo más alegre, y Bossuet y Joly le daban pie. Brindaban. Grantaire añadía a la acentuación excéntrica de las palabras y de las ideas la divagación de los ademanes; se ponía dignamente el puño derecho en la rodilla, con el brazo formando escuadra; y, con la corbata desanudada, a caballo en un taburete y con el vaso lleno en la mano derecha, le decía a Matelote, la criada gruesa, estas palabras solemnes:

—¡Que abran las puertas del palacio! ¡Que todo el mundo sea de la Academia Francesa y tenga derecho a besar a la señora Hucheloup! Bebamos.

Y, volviéndose hacia la señora Hucheloup, añadía:

—Mujer antigua y consagrada por el uso, ¡acércate para que te contemple!

Y Joly exclamaba:

—*Batelote* y Gibelotte, no le deis *bás* de beber a Grantaire, que se le van en eso unas cantidades *debenciales*. Desde esta *bañana* ya lleva despilfarrados en prodigalidades desaforadas dos francos y noventa y cinco *céntibos*.

Y Grantaire insistía:

—Pero ¿quién ha descolgado las estrellas sin mi permiso para ponerlas encima de la mesa como si fueran velas?

Bossuet, muy borracho, seguía sin alterarse.

Se había sentado en el antepecho de la ventana abierta y, mientras la lluvia que estaba cayendo le mojaba la espalda, miraba a sus dos amigos.

De repente oyó tras de sí un tumulto, pasos precipitados, gritos de *¡A las armas!* Se dio la vuelta y divisó, en la calle de Saint-Denis, al final de la calle de La Chanvrerie, a Enjolras, que pasaba, con la carabina en la mano, y a Gavroche con su pistola, a Feuilly con su sable, a Courfeyrac con su espada, a Jean Prouvaire con su mosquetón, a Combeferre con su fusil, a Bahorel con su fusil y a todo el grupo armado y soliviantado que llevaban en pos.

La calle de La Chanvrerie no era más larga que el alcance de una carabina. Bossuet improvisó una bocina poniendo ambas manos alrededor de la boca y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh!

Courfeyrac oyó la llamada, vio a Bossuet y dio unos cuantos pasos por la calle de La Chanvrerie, gritando un «¿qué quieres?» que se cruzó con un «¿adónde vas?».

—A hacer una barricada —contestó Courfeyrac.

—¡Pues éste es un buen sitio! Hazla aquí.

—Tienes razón, Aigle —dijo Courfeyrac.

Y, al hacerle una señal Courfeyrac, el tropel se abalanzó por la calle de La Chanvrerie.

III

La oscuridad empieza a tragarse a Grantaire

Era, desde luego, un sitio de lo más indicado: la entrada de la calle, de boca ancha; el fondo, más angosto y acabado en un callejón sin salida; Corinthe, formando un estrechamiento; la calle de Mondétour, fácil de cortar a derecha e izquierda; ningún ataque posible más que por la calle de Saint-Denis, es decir, de frente y al descubierto. Bossuet borracho había tenido la misma vista que Aníbal sobrio.

Al irrumpir el tropel, cundió el espanto en toda la calle. Todos los viandantes se esfumaron. En lo que dura un relámpago, al fondo, a la derecha, a la izquierda, los comercios, los talleres, los corredores de entrada a las casas, las ventanas, las celosías, los sotabancos y los postigos de todos los tamaños se cerraron, desde las plantas bajas hasta los tejados. Una anciana asustada sujetó un colchón, delante de la ventana, a dos varas de tender la ropa, para amortiguar el tiroteo. Sólo el edificio de la taberna seguía abierto, y ello por un excelente motivo: el tropel de gente se había metido dentro a todo correr.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —suspiraba la señora Hucheloup.

Bossuet había bajado al encuentro de Courfeyrac.

Joly, que se había asomado a la ventana, gritó:

—Courfeyrac, deberías haber cogido el paraguas. Vas a acatarrarte.

Entre tanto, habían bastado pocos minutos para arrancar veinte barras de hierro de la parte delantera, enrejada, de la taberna y ya habían levantado los adoquines de veinte metros de calle; Gavroche y Bahorel habían agarrado al pasar el carretón de un fabricante de

cal, que se llamaba Anceau, y lo habían volcado; había en el carretón tres barriles llenos de cal, que pusieron debajo de unos adoquines apilados; Enjolras abrió la trampilla del sótano y todos los toneles vacíos de la viuda de Hucheloup acabaron alineados con los barriles de cal; Feuilly, con aquellos dedos tan mañosos para pintar las varillas delicadas de los abanicos, reforzó los toneles y el carretón con dos montones macizos de mampuestos. Mampuestos improvisados, por lo demás, y cogidos de a saber dónde. Habían arrancado unas vigas de refuerzo de la fachada de una casa vecina y las colocaron encima de los barriles. Cuando Bossuet y Courfeyrac se dieron la vuelta, una muralla más alta que un hombre cortaba media calle. No hay nada mejor que las manos del pueblo para edificar todo cuanto se edifica derribando.

Matelote y Gibelotte se habían sumado a los trabajadores. Gibelotte iba y venía, cargada de cascotes. Su cansancio estaba al servicio de la barricada. Servía adoquines igual que servía vino, con cara de estar dormida.

Un ómnibus del que tiraban dos caballos blancos pasó por el extremo de la calle.

Bossuet saltó por encima de los adoquines, detuvo al cochero, hizo bajar a los viajeros, ayudó a bajar «a las señoras», despidió al conductor y regresó con el vehículo y los caballos, que llevaba de las riendas.

—Los ómnibus —dijo— no pasan por delante de Corinthe. *Non licet omnibus adire Corinthum*.

Poco después, los caballos desenganchados se fueron al azar por la calle de Mondétour y el ómnibus, tumbado de lado, completaba el corte de la calle.

La señora Hucheloup, descompuesta, se había refugiado en el primer piso.

Tenía la vista extraviada y miraba sin ver, gritando por lo bajo. Los gritos de espanto no se atrevían a salir de la garganta.

—Es el fin del mundo —susurraba.

Joly besaba a la señora Hucheloup en el cuello, grueso, rojo y arrugado, y le decía a Grantaire:

—Mi querido amigo, siempre he considerado que el cuello de una mujer es algo infinitamente delicado.

Pero Grantaire había llegado a las regiones supremas del

ditirambo. Matelote había vuelto a subir al primer piso y Grantaire la había cogido por la cintura y soltaba prolongadas carcajadas en la ventana.

—Matelote es fea —gritaba—. ¡Matelote es la fealdad soñada! Matelote es una quimera. Éste es el secreto de su nacimiento: un pigmalión gótico que hacía gárgolas de catedrales se enamoró un buen día de una de ellas, de la más espantosa. Le rogó al amor que le diese vida, y el resultado fue Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! Tiene el pelo del color del cromato de plomo, igual que la amante de Ticiano, y es una buena chica. Os garantizo que peleará bien. En toda buena chica hay un héroe. En cuanto a la Hucheloup, es una vieja valiente. ¡Fijaos en los bigotes que tiene! Los heredó de su marido. ¡Una húsara, vamos! También va a pelear. Entre las dos atemorizarán a los arrabales. Compañeros, vamos a derribar al gobierno, tan cierto como que existen quince ácidos intermedios entre el ácido margárico y el ácido fórmico. Cosa que, por lo demás, me da exactamente igual. Señores, mi padre siempre me aborreció porque no entendía las matemáticas. Yo sólo entiendo el amor y la libertad. ¡Soy Grantaire, el buenazo! Como nunca tuve dinero, no me acostumbré a él, y por eso nunca carecí de dinero; pero, si hubiera sido rico, ¡habría dejado de haber pobres! ¡Habría sido cosa de ver! ¡Ay, si las bolsas llenas fueran de los corazones buenos! ¡Todo iría mucho mejor! ¡Me imagino a Jesucristo con la fortuna de Rothschild! ¡Cuánto bien haría! ¡Matelote, béseme! ¡Es usted voluptuosa y tímida! ¡Tiene unas mejillas que piden un beso de hermana y unos labios que exigen un beso de amante!

—¡Calla, tonel! —dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—¡Soy magistrado municipal de Toulouse y maestre de los juegos florales!

Enjolras, que estaba de pie en lo más alto de la barricada, empuñando el fusil, alzó el hermoso rostro de expresión austera. Sabido es que Enjolras era en parte espartano y en parte puritano. Habría muerto con Leónidas en las Termópilas y habría quemado Drogheda con Cromwell.

—¡Grantaire —gritó—, vete con el vino a otra parte! Este lugar es para la embriaguez, no para la borrachera. ¡No deshonres la barricada!

Esta frase irritada le produjo a Grantaire un efecto singular. Hubiérase dicho que le había arrojado un vaso de agua fría a la cara. Pareció como si se le hubiera pasado la borrachera de repente. Se sentó, se puso de codos en una mesa, cerca de la ventana, miró a Enjolras con dulzura indecible y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete a dormir a otro lado —gritó Enjolras.

Pero Grantaire, sin dejar de clavar en él una mirada tierna y turbia, contestó:

—Déjame dormir aquí, hasta que muera aquí.

Enjolras lo miró con ojos desdeñosos.

—Grantaire, tú eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y de morir.

Grantaire replicó con voz seria:

—Ya verás.

Balbució otras cuantas palabras ininteligibles; luego se le desplomó pesadamente la cabeza encima de la mesa y, como sucede de forma bastante habitual en la segunda fase de la ebriedad, a la que Enjolras lo había empujado ruda y bruscamente, un momento después ya estaba dormido.

IV

Intento de consolar a la viuda de Hucheloup

Bahorel, encantado con la barricada, gritaba:

—¡Ya tenemos la calle escotada! ¡Qué bien queda!

Courfeyrac, mientras desguazaba un tanto la taberna, intentaba consolar a la tabernera viuda.

—Señora Hucheloup, ¿no se quejaba el otro día de que le habían hecho un atestado y le habían puesto una multa porque Gibelotte había sacudido una alfombrilla por la ventana?

—Sí, señor Courfeyrac. ¡Ay, Dios mío! ¿Va a poner también esa mesa en ese espanto suyo? Y sabrá que por la alfombrilla, y también por un tiesto que se cayó desde la buhardilla a la calle, el gobierno me cobró cien francos de multa. ¡No me diga que no es una vergüenza!

—Pues, mire, señora Hucheloup, la estamos vengando.

A la señora Hucheloup no parecía quedarle muy claro qué beneficio sacaba ella de aquella reparación que le estaban brindando. La satisfacción que sentía era como la de aquella mujer árabe que, tras darle una bofetada su marido, fue a quejarse a su padre, clamando por que la vengase y diciendo: «Padre, le debes a mi marido, que te ha afrentado, otra afrenta». El padre le preguntó: «¿En qué mejilla te ha dado la bofetada?». «En la izquierda.» El padre le dio una bofetada en la mejilla derecha y dijo: «Así quedas satisfecha. Vete a decirle a tu marido que él le ha dado una bofetada a mi hija, pero que yo le he dado una bofetada a su mujer».

Había dejado de llover. Habían llegado más voluntarios. Unos obreros habían traído bajo los blusones un barril de pólvora, un cesto con botellas de vitriolo, dos o tres antorchas de carnaval y una

canasta llena de farolillos que habían «sobrado de las fiestas del rey». Unas fiestas muy recientes, pues se habían celebrado el 1 de mayo. Decían que esas municiones procedían de un tendero de ultramarinos del barrio de Saint-Antoine, que se llamaba Pépin. Rompieron el único farol de la calle de La Chanvrerie, el farol correspondiente de la calle de Saint-Denis y todos los de las calles colindantes, la de Mondétour, la de Le Cygne, la de Les Prêcheurs y las de La Grande-Truanderie y La Petite-Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigían todo. Ahora estaban construyendo dos barricadas a un tiempo, las dos apoyadas en el edificio en que estaba Corinthe y formando escuadra; la más grande cortaba la calle de La Chanvrerie; la otra cortaba la calle de Mondétour, por el lado de la calle de Le Cygne. Esta última barricada, muy estrecha, estaba hecha nada más de toneles y de adoquines. Había en ella alrededor de cincuenta hombres trabajando, de los cuales unos treinta iban armados con fusiles, porque, de camino, habían tomado un préstamo en bloque de la tienda de un armero.

Nada podía haber más raro y más abigarrado que aquella tropa. Uno llevaba un frac de faldones cortos, un sable de caballería y dos pistolas de arzón; otro iba en mangas de camisa y llevaba un sombrero redondo y un cebador de pólvora colgado a un costado; otro más se había hecho un plastrón con nueve hojas de papel gris e iba armado con una lezna de guarnicionero. Había uno que gritaba: «¡Exterminemos hasta el último y muramos en la punta de nuestra bayoneta!». Era de los que no llevaban bayoneta. Otro lucía, encima de la levita, un correaje y una cartuchera de guardia nacional cuya tapa adornaba la siguiente inscripción de lana roja: *Orden público*. Muchos fusiles tenían el número de las legiones; pocos sombreros, ninguna corbata, muchas mangas subidas, unas cuantas picas. Sumemos a lo ya dicho todas las edades, todos los rostros: de jovencitos pálidos y de obreros del puerto atezados. Todos se afanaban y, mientras se prestaban mutua ayuda, charlaban acerca de las posibilidades que había; de que llegarían socorros a eso de las tres de la mañana; de que era de fiar un regimiento; de que París iba a levantarse. Palabras terribles con las que se mezclaba algo así como una jovialidad cordial. Parecían hermanos y no sabían cómo se llamaban los demás. En los grandes peligros hay esa hermosura:

sacan a la luz la fraternidad entre desconocidos.

Habían encendido un fuego en la cocina y estaban fundiendo en un molde de balas jarros, cucharas, tenedores, todos los cubiertos de la taberna. Y bebían mientras tanto. Las cápsulas y las postas andaban rodando todas revueltas por encima de las mesas, junto a los vasos de vino. En la sala del billar, la señora Hucheloup, Matelote y Gibelotte, a quienes el terror cambiaba de forma diferente: una entontecida, otra sin resuello y la tercera espabilada, rompían trapos viejos para hacer hilas; tres insurrectos les estaban echando una mano, tres mocetones melenudos, barbudos y bigotudos; rasgaban la tela con dedos de lencera y las hacían estremecerse de miedo.

El hombre alto en que se habían fijado Courfeyrac, Combeferre y Enjolras cuando se sumó al tropel en la esquina de la calle de Les Billetes estaba trabajando en la barricada pequeña y arrimando el hombro. Gavroche trabajaba en la grande. En cuanto al joven que esperaba a Courfeyrac en su casa y había preguntado por Marius, se había esfumado más o menos cuando estaban volcando el ómnibus.

Gavroche, fuera de sí y radiante, se había hecho cargo de ponerlo todo en marcha. Iba, venía, subía, bajaba, volvía a subir, zumbaba, resplandecía. Era como si estuviera allí para darles ánimos a todos. ¿Había algo que lo aguijonease? Sí, desde luego, la miseria. ¿Tenía alas? Sí, desde luego, su alegría. Gavroche era un torbellino. Se lo veía continuamente, se lo oía siempre. Colmaba el ambiente, estaba en todas partes a un tiempo. Era algo así como una ubicuidad casi irritante; con él no había forma de parar. La gigantesca barricada notaba su presencia en la grupa. Molestaba a los ociosos, pinchaba a los perezosos, daba nuevos bríos a los cansados, impacientaba a los pensativos, a unos los ponía de buen humor, a otros los tenía en vilo, a otros los enfadaba y a todos los tenía en movimiento; pinchaba a un estudiante, mordía a un obrero; se calmaba, se paraba, volvía a ponerse en marcha, volaba por encima del tumulto y del esfuerzo, iba de un brinco de éstos a aquéllos, murmuraba, zumbaba y atosigaba a todo el tiro; era la mosca de la gigantesca diligencia revolucionaria.

Tenía en los brazos de niño el movimiento perpetuo y en los pulmones de niño el clamor perpetuo:

—¡Venga! ¡Más adoquines! ¡Más toneles! ¡Más trastos! ¿Dónde

hay? Un cuévano de cascotes y que alguien me tape ese agujero. Vaya barricada más pequeña. Tiene que subir más. Ponedle de todo, largadle de todo, plantadle de todo. Romped la casa. En una barricada tiene que haber de todo, como en botica. Eh, aquí hay una puerta vidriera.

Los que estaban trabajando soltaron una exclamación:

—¡Una puerta vidriera! ¿Y qué quieres que hagamos con una puerta vidriera, tubérculo?

—¡Vosotros sí que estáis hechos unos Hérculos! —contestó Gavroche—. Una puerta vidriera viene muy bien en una barricada. No impide los ataques, pero estorba para tomarla. ¿Nunca habéis robado manzanas por encima de una tapia donde hubiera culos de botella? Una puerta vidriera les corta los callos a los de la Guardia Nacional cuando quieren subirse a la barricada. ¡Los cristales son traidores, por vida de…! ¡Ay, compañeros, no se puede decir que os sobre imaginación!

Por lo demás, estaba furioso por tener una pistola sin percutor. Iba de uno a otro, exigiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¿Por qué no me da nadie un fusil?

—¡Un fusil te íbamos a dar a ti! —dijo Combeferre.

—¡Anda! —replicó Gavroche—. Y ¿por qué no? Bien que tuve uno en 1830, cuando nos peleamos con Carlos X.

Enjolras se encogió de hombros.

—Cuando haya bastantes para los hombres, ya les daremos a los niños.

Gavroche se volvió, muy altanero, y le contestó:

—Si te matan antes que a mí, te cojo el tuyo.

—¡Golfillo! —dijo Enjolras.

—¡Lechuguino! —dijo Gavroche.

Un petimetre, que se había equivocado de sitio y andaba paseando y mirando al final de la calle, lo distrajo.

Gavroche le gritó:

—¡Venga con nosotros, joven! ¿Qué, no hacemos nada por esta vieja patria nuestra?

El petimetre salió huyendo.

V

Los preparativos

Los periódicos de entonces que dijeron que la barricada de la calle de La Chanvrerie, esa *construcción casi inexpugnable,* como la llamaban, llegaba al nivel de un primer piso se equivocaron. En realidad, no pasaba de una altura media de seis o siete pies. La construyeron de forma tal que los combatientes podían, a voluntad, o desaparecer detrás de ella, o estar en una zona superior, e incluso trepar a lo más alto por una hilera cuádruple de adoquines superpuestos y colocados por dentro como gradas. Por fuera, la parte frontal de la barricada, compuesta de adoquines apilados y de toneles que unían vigas y tablones que se cruzaban en las ruedas del carretón de Anceau y del ómnibus volcado, tenía un aspecto erizado e impenetrable. Habían previsto entre la pared de las casas y el extremo de la barricada que caía más lejos de la taberna una abertura que bastase para que pudiera pasar un hombre, de forma tal que pudiese llevarse a cabo una salida. La vara del ómnibus se erguía, sujeta con cuerdas, y una bandera roja, atada a ella, flotaba en lo alto de la barricada.

La barricada pequeña de la calle de Mondétour, oculta tras el edificio de la taberna, no se veía. Las dos barricadas juntas formaban un auténtico reducto. A Enjolras y Courfeyrac no les había parecido oportuno cortar el otro tramo de la calle de Mondétour, que tiene, por la calle de Les Prêcheurs, acceso al Mercado Central, pues no querían, seguramente, quedarse sin comunicación con el exterior y, por lo demás, no tenían gran temor de que los atacasen por la peligrosa y dificultosa calle de Les Prêcheurs.

Con la única excepción de esa salida que estaba expedita y

formaba lo que Folard, en su sistema estratégico, hubiera llamado un pasadizo, y sin olvidarnos del estrecho paso que daba a la calle de La Chanvrerie, el interior de la barricada, donde la taberna formaba un saliente, consistía en un cuadrilátero irregular cerrado por todas partes. Había alrededor de veinte pasos de intervalo entre la barricada grande y las casas elevadas que estaban al fondo de la calle, de forma tal que podía decirse que la barricada estaba adosada a esas casas, en todas las cuales vivía gente; pero lo tenían todo cerrado de arriba abajo.

Todo aquel trabajo se llevó a cabo sin trabas en menos de una hora y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viera asomar ni un colbac ni una bayoneta. Los pocos vecinos que se atrevían aún en ese punto de los disturbios a pasar por la calle de Saint-Denis le echaban una ojeada a la calle de La Chanvrerie, divisaban la barricada y apretaban el paso.

Tras concluir las dos barricadas e izar la bandera, sacaron de la taberna una mesa y Courfeyrac se subió a ella. Enjolras trajo el cofre cuadrado y Courfeyrac lo abrió. El cofre estaba lleno de cartuchos. Cuando salieron a relucir los cartuchos, los más valientes se estremecieron y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac, sonriente, los repartió.

Todos recibieron treinta cartuchos. Muchos llevaban pólvora y se pusieron a hacer más con las balas fundidas. En cuanto al barril de pólvora, estaba en una mesa aparte, cerca de la puerta, y lo dejaron en reserva.

El toque de rebato que recorría todo París no cesaba, pero había acabado por convertirse en un ruido monótono en el que nadie se fijaba. Ese ruido ora se alejaba, ora se acercaba, ondulando de forma lúgubre.

Cargaron todos juntos los fusiles y las carabinas, sin apresurarse, con una seriedad solemne. Enjolras fue a colocar tres centinelas fuera de las barricadas, uno en la calle de La Chanvrerie, otro en la calle de Les Prêcheurs y el tercero en la esquina de la calle de La Petite-Truanderie.

Luego, ya construidas las barricadas, fijados los puestos, cargados los fusiles, situados los vigías, solos en esas calles amedrentadoras por las que ya no pasaba nadie, rodeados de esas casas mudas y como muertas donde no latía movimiento alguno,

rodeados de las sombras crecientes del crepúsculo que llegaba, en medio de aquella oscuridad y de aquel silencio en los que se notaba cómo se acercaba algo en que había un no sé qué trágico y aterrador, aislados, armados, decididos, tranquilos, esperaron.

VI

Mientras esperaban

¿Qué hicieron en esas horas de espera?

Tenemos que contarlo, porque es historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos, y las mujeres, hilas; mientras una cazuela grande, llena de estaño y plomo fundido destinados al molde de balas, humeaba en un infiernillo encendido; mientras los vigías velaban con el arma al brazo en la barricada; mientras Enjolras, a quien no había forma de distraer, vigilaba a los vigías, Combeferre, Courfeyrac, Jean Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y unos cuantos más se buscaron y se reunieron, como en los días más sosegados de sus charlas de estudiantes, y, en un rincón de aquella taberna convertida en casamata, a dos pasos del reducto que habían levantado, con las carabinas cebadas y cargadas apoyadas en el respaldo de las sillas, estos jóvenes rozagantes, tan próximos a una hora suprema, empezaron a decir versos de amor.

¿Qué versos? Éstos:

> ¿Recuerdas qué jóvenes fuimos hace años?
> ¡Qué vida tan dulce llevamos los dos!
> Era nuestro anhelo y nuestra ambición
> ser tan elegantes cuanto enamorados.
>
> Tu edad y la mía sumaban cuarenta;
> e incluso sumaban quizá algo menos.
> En aquella casa, aunque fuese invierno,
> era por entonces siempre primavera.
>
> ¡Qué tiempos aquellos! Asistía París

a banquetes santos. Manuel era digno,
rezongaba Foy; y tú en el corpiño
llevabas un broche en que yo me herí.

¿Quién no te miraba? Letrado sin toga,
a almorzar al Bois contigo me iba
y eras tan bonita que yo suponía
que, cuando pasabas, se volvían las rosas.

Las oía decir: ¡Qué guapa! ¡Qué pelo!
¡Y lo bien que huele! En la manteleta
esconde unas alas, y es una flor nueva,
apenas abierta, su airoso sombrero.

Paseaba contigo, te cogía del brazo.
Pensaba la gente que el amor trenzaba
en nuestra pareja tan enamorada
el mes de abril dulce y el mayo gallardo.

Vivíamos contentos, la puerta cerrábamos
para hincarle el diente al fruto prohibido;
ya tu corazón había asentido
antes de que algo dijeran mis labios.

Era la Sorbona bucólico suelo
donde te adoraba de día y de noche.
Así es como el alma amorosa corre,
en país latino, junto al río Tierno.

¡Ah, plaza Dauphine! ¡Ah, plaza Maubert!
Cuando en la buhardilla juvenil y fresca
te subías las medias en las piernas tersas
un astro en el cuarto creía yo ver.

Leía a Platón, pero lo he olvidado.
Más que los filósofos con todo su empeño
tú me demostrabas la bondad del cielo
con darme una flor por todo regalo.

Yo te obedecía y yo era tu dueño.

¡Ay, desván dorado! Te ataba las cintas
del corsé; mirabas, paseando en camisa,
tu rostro lozano en el viejo espejo.

No puede ocurrir que algún día se pierdan
esos días de aurora y de cielo raso,
de flores, de gasas, de muarés, de lazos
donde balbuceaba el amor su jerga.

Unos tulipanes de jardín hacían,
y en vez de visillo ponías la enagua.
La taza de china para ti dejaba.
El tazón de barro para mí cogía

¡Nos hacían gracia horrendas desdichas!
¡El boa perdiste, se quemó el manguito!
Y aunque Shakespeare fuera poeta divino
por cenar vendimos su retrato un día.

Era yo mendigo; tú, caritativa.
Tus brazos tan lindos al pasar besaba.
Y para unas cuantas castañas asadas
usamos de mesa un Dante, entre risas.

Y la vez aquella que, en mi alegre cuarto,
de tu boca ardiente robé el primer beso,
huiste azorada y revuelto el pelo
y yo creí en Dios, demudado y pálido.

¿Te acuerdas de cuántas dichas conocimos
y con cuántos chales hicimos harapos?
¡Ay, cuántos suspiros al cielo volaron!
¡Cuántos, a la sombra del alma nacidos!

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de juventud, unas cuantas estrellas que empezaban a brillar en el cielo, el reposo fúnebre de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se avecinaba les daban un encanto patético a esos versos que susurraba a media voz en el crepúsculo Jean

Prouvaire, quien, ya lo hemos dicho, era un poeta lleno de dulzura.

Entretanto, habían encendido un farolillo en la barricada pequeña y, en la grande, una de esas antorchas de cera como las que llevan el martes de carnaval delante de los coches llenos de personas disfrazadas que van a La Courtille. Ya hemos visto que esas antorchas procedían del barrio de Saint-Antoine.

Habían colocado la antorcha en una especie de jaula de adoquines cerrada por tres lados para protegerla del viento y orientada de forma tal que toda la luz iba a dar a la bandera. La calle y la barricada estaban sumidas en la oscuridad y sólo se veía la bandera, espléndidamente iluminada como por una linterna sorda gigantesca.

Aquella luz añadía al color escarlata de la bandera a saber qué púrpura terrible.

VII

El hombre que se había sumado en la calle de Les Billetes

Ya era completamente de noche y no sucedía nada. Sólo se oían rumores confusos y, a ratos, ráfagas de disparos, pero escasas, poco nutridas y lejanas. Esta tregua, que se iba alargando, era síntoma de que el gobierno se lo estaba tomando con calma y estaba haciendo acopio de fuerzas. Aquellos cincuenta hombres estaban esperando a sesenta mil.

Enjolras notó que se adueñaba de él esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los acontecimientos tremendos. Fue a buscar a Gavroche, que se había puesto a hacer cartuchos en la sala de abajo a la luz incierta de dos velas de sebo, colocadas en el mostrador por precaución, ya que había pólvora por encima de las mesas. No se veía desde fuera nada del resplandor de aquellas velas. Los insurrectos, además, habían tenido buen cuidado de no encender luz alguna en los pisos de arriba.

Gavroche estaba en esos momentos muy preocupado, pero no eran los cartuchos lo que lo preocupaba.

El hombre de la calle de Les Billetes acababa de entrar en la sala de abajo y había ido a sentarse a la mesa menos iluminada. Le había correspondido un fusil de munición de calibre grande y lo tenía colocado entre las piernas. A Gavroche, hasta entonces, lo habían tenido entretenido cien cosas «divertidas» y ni siquiera se había fijado en aquel hombre.

Cuando entró, Gavroche lo siguió mecánicamente con la vista, admirando su fusil; luego, de pronto, cuando el hombre se hubo sentado, el golfillo se levantó. Quienes hubieran espiado al hombre hasta entonces habrían visto cómo lo miraba todo en la barricada, y

al grupo de insurrectos, con singular atención; pero, desde que había entrado en la sala, había caído en una especie de ensimismamiento y parecía no ver ya nada de cuanto ocurría. El golfillo se acercó a aquel hombre pensativo y empezó a dar vueltas alrededor de puntillas, como quien anda cerca de alguien a quien teme despertar. Al tiempo, por aquel rostro infantil, tan descarado y tan serio a la vez, tan alocado y tan profundo, tan alegre y tan acongojante, iban pasando todas esas muecas de viejo que quieren decir: «¡Caramba! ¡No puede ser! ¡Veo visiones! ¡Estoy soñando! ¿A ver si va a ser…? ¡No, no es! ¡Que sí, que sí que es! ¡Que no!», etc. Gavroche se columpiaba en los talones, crispaba los puños dentro de los bolsillos, movía el cuello como un pájaro y prodigaba en un mohín desmesurado toda la sagacidad del labio inferior. Estaba estupefacto, inseguro, incrédulo, convencido, deslumbrado. Tenía la misma cara que el jefe de los eunucos en el mercado de esclavas al descubrir una Venus entre un montón de gordas y la expresión de un aficionado que reconoce un Rafael entre un montón de pintarrajos. Todo en él estaba activo, el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Estaba claro que a Gavroche le pasaba algo muy importante.

Cuando más preocupado estaba fue cuando se le acercó Enjolras.

—Tú eres pequeño y no te verán —dijo Enjolras—. Sal de las barricadas, vete pegado a las casas, mira por todas las calles y vuelve a decirme qué está pasando.

Gavroche se puso muy tieso.

—¡Así que los pequeños valemos para algo! ¡Pues menos mal! Ya voy. Mientras tanto, fiaos de los pequeños y no os fiéis de los grandes…

Y Gavroche, alzando la cabeza y bajando la voz, añadió, indicando al hombre de la calle de Les Billetes:

—¿Ve al grandullón ese?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que es de la pasma.

—¿Estás seguro?

—No hace ni quince días que me bajó por una oreja de la cornisa del Pont-Royal, donde estaba yo tomando el aire.

Enjolras se apartó prestamente del golfillo y le susurró unas cuantas palabras, muy por lo bajo, a un obrero del puerto del vino

que estaba allí. El obrero salió de la sala y volvió casi enseguida en compañía de otros tres. Los cuatro hombres, descargadores de espaldas anchas, fueron a colocarse, sin hacer nada que pudiera llamarle la atención, detrás de la mesa en que estaba acodado el hombre de la calle de Les Billetes. Estaban claramente preparados para echársele encima.

Entonces, Enjolras se acercó al hombre y le preguntó:

—¿Quién es usted?

Esa pregunta brusca sobresaltó al hombre. Clavó la vista hasta lo más hondo en los ojos cándidos de Enjolras y pareció leerle el pensamiento. Sonrió con la sonrisa más desdeñosa, enérgica y resuelta que darse pueda y respondió con circunspección altanera.

—Ya veo… ¡Pues sí, efectivamente!

—¿Es usted de la pasma?

—Soy agente de la autoridad.

—¿Y se llama…?

—Javert.

Enjolras les hizo una seña a los cuatro hombres. En un abrir y cerrar de ojos, antes de que a Javert le diera tiempo a volverse, ya lo habían agarrado por el pescuezo, tirado al suelo, atado y registrado.

Le encontraron encima una tarjetita redonda pegada entre dos cristales, que tenía por un lado el escudo de armas de Francia, grabado con esta inscripción: *Vigilancia y seguridad,* y, del otro, la siguiente mención: Javert, inspector de policía; edad: cincuenta y dos años; y la firma del prefecto de policía de entonces, M. Gisquet.

Llevaba además el reloj y la bolsa, en la que había unas cuantas monedas de oro. Le dejaron la bolsa y el reloj. Detrás del reloj, en lo hondo del bolsillo del chaleco, le encontraron, tras palparlo, un papel metido en un sobre que Enjolras desdobló y en el que leyó estas cinco líneas escritas de puño y letra del prefecto de policía:

«En cuanto cumpla con su misión política, el inspector Javert comprobará, con una vigilancia especial, si es cierto que andan unos malhechores por la orilla derecha del Sena, a la altura del puente de Iéna».

Tras acabar de registrar a Javert, lo pusieron de pie, le ataron los brazos a la espalda y lo sujetaron, en el centro de la sala de abajo, a aquel famoso poste que le había dado antaño nombre a la

taberna.

Gavroche, que había presenciado toda la escena y dado el visto bueno a todo asintiendo en silencio con la cabeza, se acercó a Javert y le dijo:

—El ratón ha pillado al gato.

Todo había ocurrido tan deprisa que cuando se dieron cuenta los que estaban fuera de la taberna ya había acabado. Javert no había soltado ni un grito. Al ver a Javert liado al poste, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los hombres que andaban dispersos por las dos barricadas acudieron.

Javert, con la espalda apoyada en el poste y tan liado con cuerdas que no podía ni moverse, tenía la cabeza erguida con la serenidad intrépida de un hombre que no ha mentido nunca.

—Es de la pasma —dijo Enjolras.

Y añadió, volviéndose hacia Javert:

—Diez minutos antes de que tomen la barricada lo fusilaremos.

Javert contestó con su tono más imperioso:

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Para no malgastar la pólvora.

—Pues entonces acabemos con un navajazo.

—Tú, el de la pasma —dijo el gallardo Enjolras—, somos jueces, no asesinos.

Luego llamó a Gavroche.

—¡Tú! ¡Vete a lo tuyo! Haz lo que te he dicho.

—Ya voy —gritó Gavroche.

Se paró cuando ya iba a salir:

—¡Por cierto, me tenéis que dar su fusil!

Y añadió: «¡Os dejo al músico, pero quiero el clarinete!».

El golfillo hizo un saludo militar y cruzó alegremente por la abertura de la barricada grande.

VIII

Varios signos de interrogación referidos a un tal Le Cabuc que a lo mejor no se llamaba Le Cabuc

El cuadro trágico que hemos empezado no quedaría completo y el lector no vería con el relieve exacto esos minutos mayores de dolores de parto social y de nacimiento revolucionario, en que la convulsión se mezcla con el esfuerzo, si omitiésemos, en el esbozo que aquí estamos trazando, un incidente que rebosa un espanto épico y fiero y que ocurrió casi inmediatamente después de irse Gavroche.

Las aglomeraciones, sabido es, son como una bola de nieve y en ellas se acumulan, según van rodando, muchos hombres tumultuosos. Esos hombres no se preguntan unos a otros de dónde vienen. Entre los transeúntes que se habían unido al grupo que dirigían Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, había un individuo que llevaba la chaqueta, desgastada en los hombros, de los descargadores, que gesticulaba, que vociferaba y que tenía la pinta de un borracho asilvestrado. Aquel hombre, que se llamaba Le Cabuc, a menos que ése fuera su apodo, y a quien por lo demás no conocía ni poco ni mucho ninguno de los que decían que sí sabían quién era, muy borracho o fingiendo estarlo, se había sentado con otros cuantos a una mesa que habían sacado de la taberna. El tal Cabuc, al tiempo que hacía beber a los que se enfrentaban a él, parecía mirar atentamente, con expresión muy pensativa, la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y estaban enfrente de la calle de Saint-Denis. De repente, exclamó:

—¿Sabéis una cosa, compañeros? Desde esa casa es desde donde deberíamos disparar. ¡Cuando estemos en esas ventanas, a ver quién

es el guapo que se mete por esta calle!

—Sí, pero la casa está cerrada —dijo uno de los bebedores.

—¡Pues vamos a aporrear la puerta!

—No nos abrirán.

—¡La hundimos!

Le Cabuc corre hacia la puerta, que tenía un llamador muy recio, y llama. La puerta no se abre. Llama otra vez. Nadie contesta. Un tercer golpe. El mismo silencio.

—¿Hay alguien? —grita Le Cabuc.

Nada se mueve.

Entonces agarra un fusil y empieza a pegar culatazos en la puerta. Era una puerta vieja, de las que dan paso a un corredor de entrada, cimbrada, baja, estrecha, sólida, toda ella de roble y forrada por dentro con una chapa y un armazón de hierro; una auténtica poterna de fortaleza. Con los culatazos temblaba la casa; pero no podían con la puerta.

Es probable, no obstante, que los vecinos se hubieran dado por enterados, porque, por fin, vieron que se encendía y se abría un tragaluz cuadrado del tercer piso y que asomaba por ese tragaluz una vela y la cabeza bondadosa y asustada de un buen hombre de pelo gris, que era el portero.

El hombre que estaba dando golpes dejó de darlos.

—Señores —preguntó el portero—, ¿qué desean?

—¡Abre! —dijo Le Cabuc.

—No puede ser, señores.

—¡Pues abre como si pudiera ser!

—¡Imposible, señores!

Le Cabuc agarró el fusil y apuntó al portero; pero, como estaba abajo y todo estaba muy oscuro, el portero no lo vio.

—¿Vas a abrir, sí o no?

—¡No, señores!

—¿Que no, dices?

—Digo que no, señor…

El portero no acabó la frase. Ya había salido el disparo del fusil; la bala le entró por debajo de la barbilla y le salió por la nuca, tras atravesarle la yugular. El anciano se dobló y se desplomó sin soltar ni un suspiro. Se le cayó la vela y se apagó, y ya no pudo verse sino una cabeza inmóvil apoyada en el filo del tragaluz y algo de humo

blancuzco que subía hacia el tejado.

—¡Listo! —dijo Le Cabuc, pegando con la culata en los adoquines.

Apenas había pronunciado esa palabra, notó que le ponían en el hombro una mano tan pesada como la garra de un águila, y oyó una voz que le decía:

—De rodillas.

El asesino se dio la vuelta y vio, ante sí, la cara blanca y fría de Enjolras. Enjolras llevaba una pistola en la mano.

Había acudido al oír la detonación.

Tenía agarrado por el cuello del blusón, por la camisa y por un tirante a Le Cabuc.

—De rodillas —repitió.

Y, con un ademán soberano, el frágil joven de veinte años doblegó como si fuera un junco al descargador rechoncho y robusto e hizo que se arrodillara en el barro. Le Cabuc intentó resistirse, pero era como si lo hubiera aferrado un puño sobrehumano.

Pálido, despechugado, con el pelo revuelto, Enjolras, de rostro de mujer, tenía en aquel momento un no sé qué de la Temis de la Antigüedad. Las ventanas de la nariz dilatadas y la vista baja prestaban a aquel implacable perfil griego esa expresión airada y esa expresión casta que, desde el punto de vista del mundo antiguo, convienen a la justicia.

Todos los de la barricada habían acudido; y, luego, habían formado corro a cierta distancia, notando que era imposible decir una palabra ante lo que iban a presenciar.

Le Cabuc, vencido, no intentaba ya revolverse y temblaba de pies a cabeza. Enjolras lo soltó y sacó el reloj.

—Te dejo que te recojas —dijo—. Reza o medita. Tienes un minuto.

—¡Favor! —susurró el asesino; luego, bajó la cabeza y musitó unas cuantas blasfemias inarticuladas.

Enjolras no apartó los ojos del reloj: dejó que transcurriera el minuto; luego, volvió a meterse el reloj en el bolsillo del chaleco. Hecho esto cual, agarró del pelo a Le Cabuc, que se le acurrucaba contra las rodillas vociferando, y le apoyó en la oreja el cañón de la pistola. Muchos de esos hombres intrépidos, que se habían metido sin alterarse en la más espantosa de las aventuras, desviaron la cara.

Retumbó la explosión, el asesino cayó sobre los adoquines con la cara hacia adelante, y Enjolras se enderezó y paseó en torno la mirada convencida y severa.

Luego empujó el cadáver con el pie y dijo:

—¡Tirad eso fuera!

Tres hombres alzaron el cuerpo del desdichado, que estremecían las postreras convulsiones mecánicas de la vida que se va, y lo arrojaron por encima de la barricada pequeña, a la callejuela de Mondétour.

Enjolras se había quedado pensativo. A saber qué tinieblas grandiosas se extendían poco a poco por su temible serenidad. De pronto, alzó la voz. Todo el mundo calló.

—Ciudadanos —dijo Enjolras—, lo que había hecho este hombre es espantoso, y lo que he hecho yo es horrible. Mató, y por eso he matado yo. He tenido que hacerlo, porque en la insurrección tiene que haber disciplina. Aquí el asesinato es aún más criminal que en cualquier otro sitio; nos está mirando la revolución; somos los sacerdotes de la república; somos las sagradas formas del deber; y es menester que nadie pueda calumniar nuestra lucha. Así pues, he juzgado y he condenado a muerte a este hombre. En cuanto a mí, que me he visto obligado a hacer lo que he hecho, pero que lo aborrezco, también me he juzgado, y ya veréis más tarde a qué me he condenado.

Quienes lo estaban escuchando se sobresaltaron.

—Compartiremos tu suerte —gritó Combeferre.

—Bien está —siguió diciendo Enjolras—. Una palabra más: al ejecutar a este hombre, he obedecido a la necesidad; pero la necesidad es un monstruo del mundo viejo; la necesidad se llama Fatalidad. Ahora bien, la ley de progreso es que los monstruos desaparezcan ante los ángeles y que la Fatalidad se desvanezca ante la fraternidad. Es éste un mal momento para pronunciar la palabra amor. Pero, no obstante, la pronuncio, y la glorifico. Amor, tuyo es el porvenir. Muerte, te utilizo, pero te odio. Ciudadanos, no habrá en el futuro tinieblas ni caerán rayos; no habrá ignorancia feroz, ni ley del talión cruenta. De la misma forma que no habrá ya Satanás, no habrá ya arcángel Miguel. En el futuro nadie matará a nadie, la tierra será radiante y el género humano se amará. Llegará, ciudadanos, ese día en que todo sea concordia, armonía, luz, alegría

y vida, llegará. Y para que llegue vamos a morir nosotros.

Enjolras calló. Se cerraron sus labios virginales; y se quedó un rato de pie en el lugar en que había derramado sangre, con una inmovilidad marmórea. Su mirada fija obligaba a quienes lo rodeaban a hablar en voz baja.

Jean Prouvaire y Combeferre se estrecharon la mano en silencio y, apoyándose uno en otro en la esquina de la barricada, miraron con una admiración en que había compasión a aquel joven lleno de gravedad, verdugo y sacerdote, de luz como el cristal, y también de roca.

Digamos sin más tardar que, más adelante, después de la acción, cuando llevaron los cadáveres al depósito y los registraron, le encontraron a Le Cabuc una tarjeta de agente de la policía. El autor de este libro tuvo en las manos, en 1848, el informe especial que se le entregó al respecto al prefecto de policía del año 1832.

Añadamos que, si nos fiamos de una tradición policiaca curiosa, pero harto probablemente con fundamento, Le Cabuc era Claquesous. El hecho es que, a partir de la muerte de Le Cabuc, nunca más volvió a oírse hablar de Claquesous. Claquesous no dejó rastro alguno de su desaparición, como si se hubiera amalgamado con lo invisible. Su vida fue de tinieblas, y su fin fue la oscuridad.

Aún estaba todo el grupo de insurrectos conmocionado con aquel trágico juicio, instruido y concluido tan deprisa, cuando Courfeyrac volvió a ver en la barricada al jovencito que, por la mañana, había preguntado por Marius en su casa.

Aquel muchacho, que parecía valiente y despreocupado, había acudido, ya de noche, para sumarse a los insurrectos.

Libro decimotercero

Marius se interna en las tinieblas

I

De la calle de Plumet al barrio de Saint-Denis

Aquella voz que, en el crepúsculo, había llamado a Marius para que fuera a la barricada de la calle de La Chanvrerie le pareció a éste la voz del destino. Quería morir y se le brindaba la ocasión; llamaba a la puerta de la tumba y una mano, en la sombra, le alargaba la llave. Esas lúgubres brechas que se abren en las tinieblas ante la desesperación son tentadoras. Marius movió la verja que tantas veces lo había dejado pasar, salió del jardín y dijo: «¡Vamos!».

Loco de dolor, no sintiendo ya en el pensamiento nada fijo ni sólido, incapaz de aceptarle ya nada al destino tras los dos meses transcurridos en la embriaguez de la juventud y del amor, agobiándolo al tiempo todos los ensimismamientos de la desesperación, no tenía ahora sino un deseo, acabar cuanto antes.

Echó a andar velozmente. Precisamente iba armado, pues llevaba encima las pistolas de Javert.

Había perdido de vista, por las calles, al muchacho a quien le había parecido intuir.

Marius, que salió de la calle de Plumet por el bulevar, cruzó L'Esplanade y el puente de Les Invalides, Les Champs-Élysées, la plaza de Louis XV y llegó a la calle de Rivoli. Los comercios estaban abiertos, ardía el gas en los soportales, las mujeres compraban en las tiendas, la gente tomaba helados en el café Laiter y pastelitos en la pastelería inglesa. Sólo unas cuantas sillas de posta salían al galope del Hôtel des Princes y del Hôtel Meurice.

Marius entró en el pasadizo Delorme por la calle de Saint-Honoré. Allí estaban cerradas las tiendas; los comerciantes charlaban ante las puertas entornadas, los transeúntes pasaban,

estaban encendidos los faroles, de las primeras plantas para arriba todas las ventanas tenían luz como siempre. Había unidades de caballería en la plaza de Le Palais-Royal.

Marius tiró por la calle de Saint-Honoré. Según se iba alejando de la plaza de Le Palais-Royal, había menos ventanas encendidas; las tiendas estaban cerradas a cal y canto, nadie charlaba en los umbrales, la calle se iba oscureciendo y, al tiempo, la concurrencia era más nutrida. No se veía a nadie hablar entre el gentío y, no obstante, brotaba de él un zumbido sordo y hondo.

Por las inmediaciones de la fuente de L'Arbre-Sec había «concentraciones», algo así como grupos quietos y adustos que se quedaban, entre quienes iban y venían, como piedras en medio de la corriente.

A la entrada de la calle de Les Prouvaires, la muchedumbre ya no avanzaba. Formaba un bloque resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de personas agolpadas que charlaban por lo bajo. No quedaban ya casi fraques negros ni sombreros de media copa. Blusas y blusones, gorras, cabezas despeinadas y terrosas. Aquella muchedumbre ondulaba de forma confusa entre la bruma nocturna. Sus cuchicheos sonaban con el acento ronco de un estremecimiento. Aunque nadie se movía, se oía ruido de pies en el barro. Más allá de aquel gentío denso, en la calle de Le Roule, en la calle de Les Prouvaires y en la prolongación de la calle de Saint-Honoré, no quedaba ya ni una ventana en que luciera una vela. Podía verse cómo se internaban por esas calles las filas solitarias y decrecientes de los faroles. Los faroles de entonces se parecían a estrellas grandes y rojas colgadas de unas cuerdas y proyectaban en el empedrado una sombra con la forma de una araña grande. Esas calles no estaban desiertas. Se divisaban en ellas pabellones de fusiles, movimiento de bayonetas y tropas que vivaqueaban. Ningún curioso iba más allá de esa frontera. Allí concluía la circulación. Allí concluía el gentío y empezaba el ejército.

Marius quería con la voluntad del hombre que ya no espera. Lo habían llamado y tenía que acudir. Halló forma de cruzar entre el gentío y entre los vivaques de las tropas, evitó las patrullas, se escabulló de los centinelas. Dio un rodeo, llegó a la calle de Béthisy y se encaminó hacia el Mercado Central. En la esquina de la calle de Les Bourdonnais, ya no había faroles.

Tras cruzar por la zona del gentío, dejó atrás las lindes de las tropas; se vio en un sitio que daba miedo. Ni un transeúnte, ni un soldado, ni una luz; nadie. La soledad, el silencio, la oscuridad, a saber qué frío sobrecogedor. Meterse en una calle era meterse en un sótano.

Siguió adelante.

Dio unos cuantos pasos. Alguien pasó por su lado, corriendo. ¿Era un hombre? ¿Una mujer? ¿Varias personas? No habría podido decirlo. Fue algo que pasó y se desvaneció.

De tramo en tramo, llegó hasta una callejuela que le pareció que debía de ser la calle de La Poterie; hacia el centro de la calle, tropezó con un obstáculo. Tendió las manos. Era una carreta volcada; notó con los pies charcos, rodadas, adoquines dispersos y amontonados. Había allí una barricada empezada y abandonada. Trepó por los adoquines y llegó al otro lado de la barrera. Andaba pegado a los mojones y se iba guiando por las paredes de las casas. Algo más allá de la barricada, le pareció divisar, de frente, algo blanco. Se acercó y las formas se concretaron. Eran dos caballos blancos; los caballos del ómnibus cuyo tiro había desenganchado Bossuet por la mañana que se habían pasado el día vagando de calle en calle y, por fin, se habían detenido allí, con esa paciencia mohína de los animales irracionales que no entienden los hechos de los hombres mejor de lo que los hombres entienden los hechos de la Providencia.

Marius dejó atrás los caballos. Al entrar en una calle que le pareció ser la calle de Le Contrat-Social, un disparo de fusil, que no se sabía de dónde venía y cruzaba las sombras al azar, le silbó muy cerca y la bala atravesó, encima de su cabeza, una bacía de cobre que colgaba delante de una barbería. En 1846 aún se veía, en la calle de Le Contrat-Social y en la esquina de las columnas del Mercado Central, esa bacía agujereada.

Ese disparo era todavía una señal de vida. A partir de ese momento, no volvió a toparse con nada.

Todo aquel itinerario parecía una bajada por unos peldaños a oscuras.

Pero no por ello dio Marius marcha atrás.

II

París a vista de búho

Cualquier ser vivo que hubiese planeado en aquellos momentos con alas de murciélago o de lechuza habría visto un espectáculo hosco.

Todo ese barrio viejo del Mercado Central, que es como una ciudad dentro de la ciudad, por el que pasan las calles de Saint-Denis y de Saint-Martin, en que se cruzan mil callejuelas y donde se habían hecho fuertes los insurrectos convirtiéndolo en su plaza de armas, se le habría aparecido como un agujero enorme y oscuro excavado en el centro de París. Era como si la mirada cayese en un barranco. Como los faroles estaban rotos y las ventanas cerradas, allí acababa cualquier fulgor de vida, cualquier rumor, cualquier movimiento. La invisible policía del levantamiento velaba por doquier y mantenía el orden, es decir, la oscuridad. Disimular los efectivos escasos con una gran oscuridad, multiplicar a todos y cada uno de los combatientes por las posibilidades que brinda esa oscuridad, tal es la táctica que precisa la insurrección. Al caer la tarde, a toda ventana o a toda vela que se hubiesen encendido les habían disparado una bala. La luz se había apagado y, a veces, el vecino había muerto. Nada se movía, en consecuencia. Sólo quedaba allí, en aquellas casas, temor, duelo y estupor; y, en las calles, algo semejante a un espanto sacro. Ni siquiera se divisaban las largas filas de ventanas y pisos, los festones de las chimeneas y de los tejados, los reflejos inconcretos que destellan en el pavimento embarrado y húmedo. Los ojos que hubieran mirado desde las alturas aquella acumulación de sombra quizá podrían haber visto a medias, de trecho en trecho, resplandores inconcretos que resaltaban líneas quebradas y extrañas, perfiles de edificaciones

singulares, algo así como unas luces que fueran y vinieran entre unas ruinas; allí estaban las barricadas. Lo demás era un lago de oscuridad, brumoso, agobiante, fúnebre, por encima del que se alzaban como siluetas inmóviles y lúgubres la torre de Saint-Jacques, la iglesia de Saint-Merry y otros dos o tres edificios de gran tamaño que el hombre convierte en gigantes, y la noche, en fantasmas.

Rodeando ese laberinto desierto e intranquilizador, en los barrios en que no había desaparecido la circulación parisina y donde lucían unos cuantos faroles, el observador aéreo podría haber divisado el centelleo metálico de los sables y de las bayonetas, el rodar sordo de la artillería y el pulular de los batallones silenciosos que iban creciendo por minutos; cinturón formidable que se iba apretando y cerrando despacio en torno a la sublevación.

El barrio tomado no era ya sino una monstruosa caverna; todo parecía dormido o quieto y, como acabamos de ver, ninguna de las calles por las que era posible pasar brindaba nada que no fueran tinieblas.

Tinieblas hoscas, repletas de trampas, repletas de encuentros desconocidos y temibles, donde daba miedo penetrar y era espantoso quedarse, donde quienes entraban se estremecían ante quienes los estaban esperando, donde quienes esperaban se sobresaltaban ante los que iban a llegar. Combatientes invisibles emboscados tras las esquinas; las asechanzas del sepulcro ocultas en la densa oscuridad de la noche. Nada que esperar. Ninguna luz podía haber ya en aquellos lugares más que el relampaguear de los fusiles; ningún encuentro a no ser la aparición repentina y veloz de la muerte. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? Nadie lo sabía, pero era algo seguro e inevitable. Ahí, en ese lugar señalado para el combate, el gobierno y la insurrección, la Guardia Nacional y las sociedades populares, la burguesía y el levantamiento iban a enfrentarse a tientas. Tenían ambas partes la misma necesidad. Salir de allí o muertos o vencidos: no había ya más salida posible. Eran una situación tan extremada y una oscuridad tan poderosa que los más apocados notaban que los embargaba la determinación; y los más osados, que los embargaba el pánico.

Por lo demás, furia, encarnizamiento y determinación parejos por ambas partes. Para unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en

retroceder; para los otros, quedarse era morir; y nadie pensaba en huir.

Era preciso que todo hubiera acabado a la mañana siguiente, que la victoria estuviera o en un campo o en otro, que la insurrección fuera una revolución o una algarada. El gobierno lo entendía, y los partidos también; incluso el burgués más limitado lo sentía. Por eso había aquella impresión de angustia en la sombra impenetrable de ese barrio donde todo iba a zanjarse; por eso aquella ansiedad creciente en torno a ese silencio del que iba a surgir una catástrofe. No se oía sino un ruido, un ruido desgarrador, como un estertor, y amenazador como una maldición: el toque de rebato de Saint-Merry. Nada podía helar la sangre en las venas tanto como el clamor de aquella campana desatentada y desesperada que se lamentaba en las tinieblas.

Como sucede con frecuencia, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con lo que iban a hacer los hombres. Nada estorbaba las funestas armonías de aquel conjunto. Las estrellas habían desaparecido; unos nubarrones cubrían por completo el horizonte con sus pliegues melancólicos. Aquellas calles muertas las cubría un cielo tan negro como si una mortaja gigantesca se abriera sobre aquella gigantesca tumba.

Mientras una batalla totalmente política se aprestaba en ese mismo lugar que ya había presenciado tantos acontecimientos revolucionarios, mientras la juventud, las asociaciones secretas y la universidad, en nombre de los principios, y la clase media, en nombre de los intereses, se iban acercando para chocar, enzarzarse y derribarse, mientras todos metían prisa a la hora postrera de la crisis y la invocaban, más allá y fuera de aquel barrio fatídico, en lo más hondo de las cavidades insondables de ese París antiguo y mísero que se oculta tras los esplendores del París dichoso y opulento, oíase retumbar sordamente la voz del pueblo.

Voz amedrentadora y sagrada que es a medias rugido de fiera y a medias palabra de Dios, que aterra a los débiles y que avisa a los prudentes, que llega al tiempo desde abajo, como la voz del león, y desde arriba, como la voz del trueno.

III

En el filo

Marius había llegado al Mercado Central.

Allí estaba todo más tranquilo, más oscuro y más quieto aún que en las calles aledañas. Hubiérase dicho que la paz del sepulcro había brotado de la tierra y se había extendido bajo la capa del cielo.

Un resplandor rojizo, no obstante, perfilaba sobre aquel fondo negro los tejados elevados de las casas que cortaban la calle de La Chanvrerie por la zona de Saint-Eustache. Era el reflejo de la antorcha encendida en la barricada de Corinthe. Marius se encaminó hacia ese resplandor rojizo. Lo condujo hasta la calle de Le Marché-aux-poirées y ya divisaba la entrada tenebrosa de la calle de Les Prêcheurs. Se metió por ella. El centinela de los insurrectos, que estaba vigilando la otra punta de la calle, no lo vio. Marius notaba que estaba muy cerca de lo que había ido a buscar y caminaba de puntillas. Llegó así al recodo de ese tramo corto de la calle de Mondétour que era, como recordaremos, la única comunicación que había dejado Enjolras con el exterior. En la esquina de la última casa de la izquierda asomó la cabeza por el tramo de Mondétour y miró.

Algo más allá de la esquina oscura de la callejuela con la calle de La Chanvrerie, que proyectaba una capa extensa de sombra donde él estaba también hundido, divisó alguna luz en los adoquines, una parte de la taberna y, detrás, un farolillo que hacía guiños en algo así como una muralla informe; y a unos hombres sentados a lo moro y con los fusiles encima de las rodillas. Todo ello a una distancia de veinte metros. Era el interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela, a la derecha, le tapaban

el resto de la taberna, la barricada grande y la bandera.

Marius no tenía ya sino un paso más que dar.

Entonces, el desventurado joven se sentó en un mojón, se cruzó de brazos y pensó en su padre.

Pensó en aquel heroico coronel Pontmercy que había sido un soldado tan valiente, que había defendido, en tiempos de la República, la frontera de Francia y llegado con el emperador hasta las fronteras de Asia; que había visto Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín y Moscú; que se había dejado en todos los campos de victoria de Europa unas cuantas gotas de esa misma sangre que él, Marius, llevaba en las venas; que había encanecido prematuramente en la disciplina y el mando; que había vivido sin desabrocharse el cinturón, con las charreteras colgándole sobre el pecho, con la escarapela tiznada de pólvora, con el casco arrugándole la frente, en barracones, en campamentos, en vivaques, en ambulancias; y que, al cabo de veinte años, había vuelto de esas guerras mayores con un tajo en la mejilla y el rostro sonriente, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, tras hacer por Francia todo cuanto estuvo en su mano y nada en contra de ella.

Se dijo que a él también le había llegado su día; que su hora había sonado por fin; que, tras los pasos de su padre, iba él también a ser valiente, intrépido, osado, a correr hacia las balas, a ofrecer el pecho a las bayonetas, a derramar la sangre, a buscar al enemigo, a buscar la muerte; que le había llegado la vez de pelear y de ir al campo de batalla; y que ese campo de batalla al que iba era la calle; ¡y que esa guerra en que iba a luchar era la guerra civil!

Vio la guerra civil abierta como un abismo ante él y vio que en ese abismo era en el que iba a caer.

Entonces se estremeció.

Pensó en aquella espada de su padre que su abuelo le había vendido a un chamarilero y que él había echado de menos con tanta amargura. Se dijo que aquella espada valiente y casta había hecho bien al írsele de las manos y alejarse irritada entre las tinieblas; que si había escapado de esa forma, ello se debía a que era inteligente y preveía el futuro; era que presentía los disturbios, la guerra en el arroyo, la guerra callejera, las ráfagas de tiros por los tragaluces de los sótanos, los golpes que se dan y se reciben por la espalda; que, porque venía de Marengo y de Friedland, no quería ir a la calle de

La Chanvrerie; ¡que, después de lo que había hecho con el padre, no quería hacer aquello otro con el hijo! ¡Se dijo que si tuviese ahora esa espada, que si, por haberla recogido a la cabecera de su padre muerto, se hubiera atrevido a cogerla y llevársela para este combate nocturno entre franceses en una encrucijada, lo más seguro es que le habría quemado las manos, y se habría convertido, ante sus ojos, en una espada flamígera como la del ángel! Se dijo que afortunadamente no estaba allí y que afortunadamente había desaparecido, que estaba bien, que era justo, que el auténtico guardián de la gloria de su padre había sido su abuelo, y que más valía que la espada del coronel la hubiesen subastado, se la hubiesen vendido al trapero, la hubiesen arrojado al montón de los hierros viejos, antes de clavarse ahora en el costado de la patria.

Y, luego, se echó a llorar amargamente.

Era espantoso. Pero ¿qué podía hacer? Sin Cosette no podía vivir. Como ella se había ido, a él no le quedaba más remedio que morir. ¿Acaso no le había dado su palabra de honor de que se moriría? Y ella se había ido aun sabiendo eso; así que le agradaba que Marius muriese. Y además estaba claro que ya no lo quería, puesto que se había marchado así, sin avisarlo, sin una palabra, sin una carta, ¡y eso que sabía sus señas! Ahora, ya, ¿para qué vivir y por qué vivir? Y, además, ¡qué demonios!, ¿cómo iba a haber llegado hasta allí para retroceder después? ¡Haberse acercado al peligro y escapar! ¡Haber ido a ver la barricada y escurrir el bulto! Escurrir el bulto temblando y diciendo: ¡bien pensado, con esto me basta, ya he visto de sobra, ya está bien, es la guerra civil, me marcho! ¡Abandonar a sus amigos, que lo estaban esperando, que, a lo mejor, lo necesitaban! ¡Que eran unos pocos contra un ejército! Faltar a todo a la vez: ¡al amor, a la amistad, a la palabra dada! ¡Proporcionarle a su cobardía el pretexto del patriotismo! ¡No podía ser! Y si el fantasma de su padre estuviera allí, en la sombra, y lo viera retroceder, le daría en la parte baja de la espalda, de plano, con la espada y le diría: ¡Adelante, cobarde!

Presa de aquel vaivén de pensamientos, tenía la cabeza gacha.

De repente, la enderezó. Acababa de pasársele por la cabeza algo que parecía una rectificación espléndida. Cuando la tumba está cerca, se da una dilatación particular del pensamiento; que se avecine la muerte permite ver la verdad. La visión de la acción que

quizá se sentía a punto de emprender dejó de parecerle lamentable para parecerle soberbia. La guerra callejera se transfiguró de súbito, a saber por qué íntima elaboración del alma, ante la mirada de sus pensamientos. Todos los tumultuosos signos de interrogación de la reflexión regresaron a borbotones, pero sin trastornarlo. No dejó ni uno sin respuesta.

A ver, ¿por qué iba a indignarse su padre? ¿Es que no hay casos en que la insurrección alcanza la dignidad de un deber? ¿Qué podría ir en menoscabo del hijo del coronel Pontmercy en ese combate que empezaba? No se trata ya ni de Montmirail ni de Champaubert; es otra cosa. Ya no se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria se lamenta, bien está; pero la humanidad aplaude. Francia sangra, pero la libertad sonríe; y, al ver la sonrisa de la libertad, Francia olvida la herida. Y, además, mirando las cosas aún desde más alto, ¿quién iba a hablar de guerra civil?

¿Qué es eso de guerra civil? ¿Existe acaso una guerra extranjera? ¿No es acaso toda guerra entre hombres una guerra entre hermanos? Lo único que califica a la guerra es lo que pretende. No hay ni guerra extranjera ni guerra civil; sólo hay guerra justa e injusta. Hasta el día en que se consume el gran concordato humano, la guerra, al menos esa que consiste en el esfuerzo del porvenir que arremete contra el pasado que tarda en irse, puede ser necesaria. ¿Qué se le puede reprochar a esa guerra? La guerra no se torna vergüenza ni la espada se torna puñal más que cuando asesina al derecho, al progreso, a la razón, a la civilización, a la verdad. En tal caso, sea guerra civil o sea guerra extranjera, es inicua; se llama crimen. Si dejamos aparte ese hecho santo, la justicia ¿con qué derecho iba a despreciar una forma de guerra a otra? ¿Con qué derecho iba a renegar la espada de Washington de la pica de Camille Desmoulins? Leónidas contra los extranjeros, Timoleón contra el tirano, ¿cuál de los dos es más grande? Aquél es el defensor, y éste, el liberador. ¿Puede censurarse cualquier toma de armas dentro de la ciudad sin preguntarse qué pretende? Tíldese entonces de infames a Bruto, a Marcelo, a Arnould de Blankenheim, a Coligny. ¿Guerra de emboscadas? ¿Guerra callejera? ¿Por qué no? Así era la guerra de Ambiorix, de Artevelde, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra

Roma; Artevelde, contra Francia; Marnix, contra España; Pelayo, contra los moros; todos ellos contra el extranjero. Pues bien, la monarquía es el extranjero; la opresión es el extranjero; el derecho divino es el extranjero. El despotismo viola la frontera ética de la misma forma que el extranjero viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano o expulsar a los ingleses supone, en ambos casos, recuperar el territorio propio. Llega un momento en que con protestar ya no basta; tras la filosofía, es precisa la acción; la fuerza viva remata lo que esbozó la idea: *Prometeo encadenado* empieza, Aristogitón acaba; la Enciclopedia lleva las luces a las almas, el 10 de agosto las electriza. Tras Esquilo, llega Trasíbulo; tras Diderot, Danton. Las muchedumbres tienen tendencia a aceptar al amo. Su masa crea apatía. El gentío se totaliza fácilmente en obediencia. Hay que pinchar a los hombres, darles empellones e increparlos con rudeza por su propio bien, que consiguen con su libertad, y arrojarles la luz a puñados terribles. Su propia salvación tiene que fulminarlos hasta cierto punto; ese deslumbramiento los despierta. De ahí la necesidad de los toques de rebato y de las guerras. Tienen que alzarse grandes combatientes, iluminar audazmente a las naciones y espabilar a esa triste humanidad que cubren de sombra el derecho divino, la gloria de los césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas; tropel estúpidamente absorto en la contemplación, en su esplendor crepuscular, de esos sombríos triunfos de la noche. ¡Abajo el tirano! Pero ¿cómo? ¿Qué dice? ¿Llama tirano a Luis Felipe? No, ni tampoco a Luis XVI. Los dos son eso que la historia suele llamar reyes buenos; pero los principios no pueden despacharse en partes; la lógica de lo verdadero es rectilínea; lo propio de la verdad es que carece de condescendencia; no existen, pues, concesiones; hay que suprimir cualquier intento de pisotear al hombre; Luis XVI lleva en sí el derecho divino, y Luis Felipe, el hecho de *ser Borbón;* ambos representan hasta cierto punto la confiscación del derecho y, para barrer la usurpación universal, hay que combatirlos; es preciso porque Francia es siempre la que va por delante. Cuando cae el amo en Francia, cae por todas partes. Es resumidas cuentas, restablecer la verdad social, devolverle el trono a la libertad, devolverle el pueblo al pueblo, devolverle al hombre la soberanía, volver a ponerle a Francia en la cabeza el tocado de púrpura, restaurar en

toda su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo germen de antagonismo al devolverlos a todos a sí mismos, aniquilar el obstáculo que supone la monarquía para la ingente concordia universal, volver a colocar al género humano al mismo nivel que el derecho, ¿puede haber causa más justa y, por consiguiente, guerra mejor? Guerras así construyen la paz. Una fortaleza enorme de prejuicios, de privilegios, de supersticiones, de mentiras, de concusiones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas se yergue aún sobre el mundo con sus torres de odio. Hay que derribarla. Hay que echar abajo esa mole monstruosa. Vencer en Austerlitz es algo grande; tomar la Bastilla es algo gigantesco.

No hay nadie que no lo haya comprobado en su persona: el alma, y en eso reside la maravilla de su unidad que también implica ubicuidad, tiene la curiosa aptitud de razonar casi con frialdad en las extremidades más violentas; y sucede con frecuencia que la pasión desconsolada y la honda desesperación, en la mismísima agonía de sus monólogos más oscuros, traten algunos temas y discutan algunas tesis. La lógica se mezcla con la convulsión y el hilo del silogismo flota sin romperse en la tormenta lúgubre del pensamiento. En tal estado de ánimo se hallaba Marius.

Mientras reflexionaba así, agobiado, pero resuelto y, pese a todo, dubitativo, y, en resumidas cuentas, estremecido por lo que iba a hacer, le vagaba la vista por el interior de la barricada. Los insurrectos charlaban a media voz, sin moverse, y se palpaba ese silencio a medias que caracteriza la última fase de la espera. Más arriba, en un tragaluz de un tercer piso, Marius divisaba algo así como un espectador o un testigo que le parecía curiosamente atento. Era el portero a quien había matado Le Cabuc. Desde abajo, con la reverberación de la antorcha hundida entre los adoquines, apenas si se divisaba con claridad aquella cabeza. Nada resultaba más extraño, en aquella luz oscura e incierta, que esa cara lívida, inmóvil, pasmada, con el pelo tieso, con los ojos desorbitados que miraban fijamente y con la boca abierta, asomada a la calle como si sintiera curiosidad. Hubiérase dicho que el que ya estaba muerto miraba a los que iban a morir. Un largo reguero de sangre, que había brotado de esa cabeza, bajaba en hilillos rojizos hasta la altura del primer piso y allí se detenía.

Libro decimocuarto

Las grandezas de la desesperación

I

La bandera — acto primero

Aún no venía nadie. Habían dado las diez en Saint-Merry. Enjolras y Combeferre habían ido a sentarse, con la carabina en la mano, junto a la brecha de la barricada grande. Nadie hablaba; todos escuchaban, intentaban captar incluso el ruido de pasos más sordo y más alejado.

De repente, en medio de aquella tranquilidad lúgubre, se alzó una voz clara, joven, alegre, que parecía venir de la calle de Saint-Denis, y empezó a cantar nítidamente, con la música de la antigua canción popular *Al claro de luna,* estos versos que acababan con algo así como un grito semejante al canto del gallo:

> Me importa un adarme,
> amigo Bugeaud.
> Suelta a tus gendarmes,
> ¡ya les diré yo!
> Con capa azulina,
> pluma en el chacó,
> pluma de gallina,
> ¡quiquiricocó!

Se cogieron con fuerza de la mano.

—Es Gavroche —dijo Enjolras.

—Nos está avisando —dijo Combeferre.

Una carrera atropellada turbó la calma de la calle desierta; vieron a alguien más ágil que un *clown* trepar por encima del ómnibus y Gavroche saltó, sin aliento, dentro de la barricada, al

tiempo que decía:

—¡Mi fusil! Aquí llegan.

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina? —le preguntó Enjolras al golfillo.

—Quiero el fusil grande —contestó Gavroche.

Y cogió el fusil de Javert.

Dos centinelas se habían replegado y habían entrado casi al mismo tiempo que Gavroche. Eran el centinela que estaba en el extremo de la calle y el vigía de la calle de La Petite-Truanderie. El vigía de la calle de Les Prêcheurs seguía en su puesto, lo cual quería decir que por el lado de los puentes y del Mercado Central no venía nadie.

La calle de La Chanvrerie, de la que se veían sólo algunos adoquines con el reflejo de la luz proyectada hacia la bandera, era para los insurrectos como un portal grande y oscuro que se abría de forma imprescisa, envuelto en humo.

Todos estaban en sus puestos de combate.

Cuarenta y tres insurrectos, entre los que se hallaban Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, estaban arrodillados en la barricada grande, con la cabeza a la altura de la cresta de la barrera y los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando entre los adoquines, como entre troneras, atentos, callados, listos para disparar. Seis de ellos, a las órdenes de Feuilly, se habían colocado, con el fusil echado a la cara, en las ventanas de los dos pisos de Corinthe.

Transcurrieron unos instantes y, luego, un ruido de pasos, pesados y numerosos, llegó claramente por la parte de Saint-Leu. Aquel ruido, débil al principio y, luego, muy claro, se acercaba despacio, sin altos, sin interrupciones, con una continuidad calmosa y terrible. Sólo se oía eso. Era, a un tiempo, el silencio y el ruido de la estatua del comendador, pero en ese paso de piedra había algo enorme y múltiple que traía a la mente de forma simultánea la idea de una muchedumbre y la idea de un espectro. Era como oír caminar a una amedrentadora estatua que fuera una legión. Esos pasos se fueron acercando, se acercaron más, y se detuvieron. Pareció oírse al final de la calle el hálito de muchos hombres. Pero, no obstante, no se veía nada, sólo se intuía, al fondo del todo, en

aquella oscuridad densa, una gran cantidad de hilos metálicos, finos como agujas y casi imperceptibles, que se movían como esas indescriptibles redes fosfóricas que, cuando vamos a quedarnos dormidos, vemos bajo los párpados cerrados, entre las primeras nieblas del sueño. Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles, que iluminaba, desde lejos, confusamente, la reverberación de la antorcha.

Hubo otra pausa, como si estuvieran esperando algo en ambos bandos. De pronto, de lo hondo de aquella oscuridad, una voz, tanto más siniestra cuanto que no se veía a nadie y parecía que era la mismísima oscuridad la que hablaba, gritó:

—¿Quién vive?

Al tiempo se oyó el entrechocar de los fusiles al bajar.

Enjolras contestó con tono vibrante y altanero:

—Revolución francesa.

—¡Fuego! —dijo la voz.

Un relámpago tiñó de púrpura todas las fachadas de la calle como si hubieran abierto y cerrado de golpe la puerta de un horno.

Una detonación espantosa estalló en la barricada. La bandera roja cayó. La descarga había sido tan violenta y nutrida que había cortado el mástil, es decir, el extremo de la vara del ómnibus. Algunas balas que rebotaron en las cornisas de las casas entraron en la barricada e hirieron a varios hombres.

La impresión de esa primera descarga dejó a todo el mundo helado. Era un ataque duro y que daba que pensar incluso a los más arrojados. Estaba claro que se las tenían que ver con un regimiento completo por lo menos.

—Compañeros —gritó Courfeyrac—, no desperdiciemos la pólvora. Esperemos para contestar a que se metan en la calle.

—Y lo primero de todo —dijo Enjolras—, ¡hay que volver a izar la bandera!

Recogió la bandera que había caído, precisamente, a sus pies.

Se oía fuera el choque de las baquetas en los fusiles; la tropa estaba volviendo a cargar las armas.

Enjolras repitió:

—¿Quién tiene coraje aquí? ¿Quién vuelve a colocar la bandera en lo alto de la barricada?

Nadie contestó. Subir a la barricada en el preciso momento en

que la estaban apuntando otra vez era, sencillamente, la muerte. El más valiente titubea si tiene que condenarse. El propio Enjolras se estremecía. Dijo otra vez:

—¿Nadie se ofrece?

II

La bandera — acto segundo

Desde que habían llegado a Corinthe y se habían puesto a construir la barricada nadie había vuelto a fijarse en Mabeuf. Sin embargo, el señor Mabeuf no se había apartado del grupo. Entró en la planta baja y se sentó detrás del mostrador. Y allí se anonadó en sí mismo, por decirlo de alguna manera. Era como si ya ni viese ni pensase. Courfeyrac y algunos otros se le habían acercado dos o tres veces para avisarlo del peligro y lo habían instado a que se apartase, pero no parecía haberlos oído. Cuando nadie estaba hablando con él, movía la boca como si contestase a alguien, y en cuanto alguien le dirigía la palabra los labios ya no se le movían y los ojos no parecían ya vivos. Pocas horas antes de que atacasen la barricada, adoptó una postura y no se volvió a mover, con los dos puños en las rodillas y la cabeza gacha, como si estuviera mirando al fondo de un precipicio. Nada pudo hacerle cambiar de postura; era como si su pensamiento no estuviera en la barricada. Cuando se fueron todos a sus puestos de combate, no quedaron ya en la sala de abajo más que Javert, atado al poste, un insurrecto con el sable desenvainado, que lo vigilaba, y Mabeuf. Cuando ocurrieron el ataque y la detonación, la sacudida física llegó hasta él y pareció que lo despertaba; se puso de pie de repente, cruzó la sala y cuando estaba Enjolras repitiendo la llamada: «¿Nadie se ofrece?», vieron aparecer al anciano en el umbral de la taberna.

Su presencia causó en los diversos grupos algo semejante a una conmoción. Se alzó un grito:

—¡Es el votante de la Convención! ¡Es el convencional! ¡Es el representante del pueblo!

Él probablemente no los oía.

Se dirigió en derechura hacia Enjolras; los insurrectos le abrían paso con temor religioso; le quitó de las manos la bandera a Enjolras, que retrocedía, petrificado; y entonces, sin que nadie se atreviera ni a detenerlo ni a ayudarlo, aquel anciano de ochenta años, de cabeza temblona pero de pie firme, empezó a subir despacio la escalera de adoquines que habían hecho en la barricada. Era todo tan sombrío y tan tremendo que cuantos lo rodeaban gritaron: «¡A descubrirse!». A cada peldaño que subía, y era algo espantoso, el pelo blanco, el rostro decrépito, la frente ancha, calva y arrugada, los ojos hundidos, la boca asombrada y abierta y el brazo anciano que enarbolaba la bandera roja iban saliendo de las sombras y crecían en la claridad sanguinolenta de la antorcha; y era como ver al espectro de 1793 brotando del suelo con la bandera del Terror en la mano.

Cuando llegó al último peldaño, cuando aquel fantasma trémulo y terrible, de pie encima de ese montón de escombros en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se irguió de cara a la muerte como si fuera más fuerte que ella, la barricada toda adquirió entre las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.

Hubo uno de esos silencios que sólo ocurren en torno a los prodigios.

En medio de aquel silencio, el anciano tremoló la bandera roja y gritó:

—¡Viva la Revolución! ¡Viva la República! ¡Fraternidad! ¡Igualdad! ¡Y muerte!

Se oyó desde la barricada un cuchicheo bajo y veloz semejante al murmullo de un sacerdote presuroso que despacha una oración. Era probablemente el comisario de policía que hacía los apercibimientos legales en la otra punta de la calle.

Luego, la misma voz tonante que había gritado: «¿Quién vive?» gritó:

—¡Retírese!

El señor Mabeuf, lívido, desencajado, con las llamas lúgubres del extravío iluminándole las pupilas, enarboló la bandera más arriba de la cabeza y repitió:

—¡Viva la República!

—¡Fuego! —dijo la voz.

Una segunda descarga, semejante a un ametrallamiento, cayó

sobre la barricada.

Al anciano se le doblaron las rodillas; luego se enderezó, soltó la bandera y cayó de espaldas en el empedrado, como una tabla, cuan largo era y con los brazos en cruz.

Bajo su cuerpo corrían regueros de sangre. La cara anciana, pálida y triste, parecía mirar el cielo.

Una de esas emociones más fuertes que los hombres y que llegan a hacerles olvidar que tienen que defenderse se adueñó de los insurrectos; y se acercaron al cadáver con un espanto respetuoso.

—¡Qué hombres los regicidas aquellos! —dijo Enjolras.

Courfeyrac le habló a Enjolras al oído:

—Esto sólo te lo digo a ti, y no quiero quitarle a nadie el entusiasmo. Pero no era ni poco ni mucho un regicida. Lo conocía. Se llamaba Mabeuf. No sé qué le pasaba hoy. Pero era un infeliz. Mira qué cara tenía.

—Cara de infeliz y corazón de Bruto —contestó Enjolras.

Luego, alzó la voz:

—¡Ciudadanos! He aquí el ejemplo que dan los viejos a los jóvenes. ¡Vacilábamos y llegó él! ¡Retrocedíamos y él avanzó! He aquí lo que enseñan los que tiemblan por la edad a los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto a ojos de la patria. ¡Tuvo una vida larga y una muerte magnífica! ¡Ahora pongamos a buen recaudo su cadáver, que todos y cada uno de nosotros defienda a este anciano muerto como defendería a su padre vivo, y que su presencia entre nosotros vuelva la barricada impenetrable!

Un murmullo de adhesión sombrío y enérgico sonó tras aquellas palabras.

Enjolras se agachó, le alzó la cabeza al anciano y, fiero, le dio un beso en la frente; luego, separándole los brazos y moviendo al muerto con mimo, como si hubiera temido hacerle daño, le quitó el frac, les enseñó a todos los agujeros ensangrentados y dijo:

—Ésta es ahora nuestra bandera.

III

Más le habría valido a Gavroche aceptarle la carabina a Enjolras

Cubrieron a Mabeuf con un chal grande y negro de la viuda de Hucheloup. Seis hombres hicieron con los fusiles unas angarillas; pusieron en ellas el cadáver y lo llevaron, con las cabezas descubiertas y una lentitud solemne, hasta colocarlo encima de la mesa grande de la sala de abajo.

Aquellos hombres, entregados a aquel acto transcendente y sagrado, no se acordaban ya de la situación de peligro en que estaban.

Cuando pasó el cadáver junto a Javert, que seguía impasible, Enjolras le dijo al espía:

—¡Tú, hasta luego!

Entretanto, a Gavroche, que era el único que no había abandonado su puesto y se había quedado de guardia, le pareció ver a unos hombres acercarse a paso de lobo a la barricada. Gritó de pronto:

—¡Cuidado!

Courfeyrac, Enjolras, Jean Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet salieron atropelladamente de la taberna. Era ya casi demasiado tarde. Se veía una aglomeración reluciente de bayonetas que ondulaban por encima de la barricada. Unos guardias municipales de elevada estatura estaban entrando, unos saltando por encima del ómnibus y otros por la abertura, e iban echando hacia atrás al golfillo, que retrocedía pero no huía.

El momento era crítico. Era ese momento primero y temible de la inundación, cuando el río supera el nivel del terraplén y el agua empieza a filtrarse por las rendijas del dique. Un segundo más y

tomaban la barricada.

Bahorel se abalanzó sobre el primer guardia municipal que entraba y lo mató a quemarropa de un disparo de carabina; el segundo mató a Bahorel de un bayonetazo. Otro había derribado ya a Courfeyrac, que gritaba: «¡A mí!». El más alto de todos, una especie de coloso, se acercaba a Gavroche con la bayoneta por delante. El golfillo agarró con los bracitos el enorme fusil de Javert, se lo echó resueltamente a la cara, apuntó al gigante y disparó. No salió el tiro. Javert no había cargado el fusil. El guardia municipal soltó la carcajada y alzó la bayoneta por encima del niño.

Antes de que la bayoneta tocase a Gavroche, al soldado se le escapó el fusil de las manos; una bala le había entrado por la frente al guardia municipal y cayó de espaldas. Otra bala le dio en pleno pecho al otro guardia, que había atacado a Courfeyrac, y lo hizo caer el suelo.

Era Marius, que acababa de entrar en la barricada.

IV

El barril de pólvora

Marius, que seguía escondido en el recodo de la calle de Mondétour, asistió a la primera fase del combate irresoluto y trémulo. Pero no pudo resistirse mucho rato a ese vértigo misterioso y soberano que podríamos llamar la atracción del abismo. Al ver la inminencia del peligro, al ver la muerte del señor Mabeuf, ese fúnebre enigma, al ver que moría Bahorel, que Courfeyrac gritaba: «¡A mí!», que amenazan al niño y que tenía amigos por socorrer o por vengar, se desvaneció todo titubeo y se lanzó al combate empuñando las dos pistolas. Del primer disparo salvó a Gavroche y del segundo sacó del apuro a Courfeyrac.

Al oír los tiros y los gritos de los guardias a quienes había alcanzado, los asaltantes treparon por la barricada, por cuya cima se veía asomar ahora más que de medio cuerpo para arriba y empuñando fusiles a un tropel de guardias municipales, de soldados de infantería de línea y de guardias nacionales de los arrabales. Ocupaban ya más de la tercera parte de la barrera, pero no saltaban dentro del recinto, como si se lo estuvieran pensando, temiéndose alguna trampa. Miraban dentro de la barricada a oscuras como quien mira la guarida de unos leones. El resplandor de la antorcha sólo iluminaba las bayonetas, los colbacs y la parte de arriba de los rostros inquietos e irritados.

Marius se había quedado desarmado; había tirado las pistolas descargadas, pero vio el barril de pólvora en la sala de abajo, cerca de la puerta.

Cuando se volvió a medias para mirar hacia ese lado, un soldado le apuntó. En el preciso momento en que el soldado estaba apuntando a Marius, una mano se puso en el extremo del cañón y lo

tapó. Era la de alguien que se había abalanzado hacia él, el obrero joven del pantalón de pana. El disparo salió y le atravesó la mano al obrero, y quizá también lo atravesó a él, pues se desplomó, pero la bala no alcanzó a Marius. Entre el humo, más bien se intuyó que llegó a verse todo aquello. Marius, que estaba entrando en la sala de abajo, apenas si se dio cuenta. No obstante, había vislumbrado el cañón del fusil orientado hacia él y la mano que lo había tapado, y había oído el disparo. Pero, en minutos como ése, las cosas que se ven vacilan y se precipitan, y nadie se para a pensar en nada. Va uno impulsado hacia una sombra aún mayor y todo es una nube.

Los insurrectos, sorprendidos, mas no asustados, se habían concentrado. Enjolras gritó: «¡Esperad! ¡No disparéis al azar!». Pues, efectivamente, en la primera confusión podían herirse entre sí. La mayoría había subido a la ventana del primer piso y las buhardillas, desde las que dominaban a los asaltantes. Los más decididos, con Enjolras, Courfeyrac, Jean Prouvaire y Combeferre, se habían adosado orgullosamente a las casas del fondo, a pecho descubierto, y se enfrentaban a las hileras de soldados y de guardias que coronaban la barricada.

Todo sucedió sin precipitación, con esa seriedad peculiar y amenazadora que precede al cuerpo a cuerpo. Por ambas partes apuntaban a quemarropa; estaban tan cerca unos de otros que podían hablarse sin alzar la voz. Cuando llegó el punto en que va a saltar la chispa, un oficial con alzacuellos y charreteras de gran tamaño alargó la espada y dijo:

—¡Abajo las armas!

—¡Fuego! —dijo Enjolras.

Ambas detonaciones sonaron a un tiempo, y todo desapareció entre el humo.

Humo agrio y asfixiante entre el que se arrastraban, con quejidos débiles y sordos, moribundos y heridos.

Cuando se disipó el humo, pudo verse, en ambos bandos, a los combatientes, en número menor, pero que no se habían movido del sitio y estaban volviendo a cargar las armas en silencio.

De pronto, se oyó una voz tonante que gritaba:

—¡Fuera o vuelo la barricada!

Todos se volvieron hacia el lugar del que procedía la voz.

Marius había entrado en la sala de abajo y había cogido el barril

de pólvora; luego había aprovechado el humo y esa especie de niebla oscura que llenaba el recinto de la barricada para escurrirse, siguiéndola, hasta la jaula de adoquines donde estaba colocada la antorcha. Quitar la antorcha de un tirón, colocar en la jaula el barril de pólvora, tirar de un empujón la fila de adoquines encima del barril, que se reventó en el acto con algo así como una obediencia terrible, todo ello no le llevó a Marius sino el tiempo de agacharse y volver a incorporarse; y ahora todos, los guardias nacionales, los guardias municipales, los oficiales y los soldados, apelotonados en la otra punta de la barricada, lo veían estupefactos, con un pie en los adoquines, la antorcha en la mano y una resolución fatídica iluminándole el rostro altanero, acercando la llama de la antorcha hacia el montón temible donde podía verse el barril de pólvora roto, y lanzando aquel grito terrible:

—¡Fuera o vuelo la barricada!

Tras el octogenario, Marius, en aquella barricada, era la visión de la revolución joven, después de haberse aparecido la antigua.

—¡Saltará la barricada y tú con ella! —dijo un sargento.

Marius contestó:

—Y yo con ella.

Y acercó la antorcha al barril de pólvora.

Pero ya no quedaba nadie en la barrera. Los asaltantes, dejando atrás a los muertos y a los heridos, retrocedían revueltos y en desorden hacia la punta de la calle y volvían a desaparecer en la oscuridad. Fue un sálvese quien pueda.

La barricada estaba despejada ya.

V

Acaban los versos de Jean Prouvaire

Todos rodearon a Marius. Courfeyrac se le echó en los brazos.

—¡Estás aquí!

—¡Qué alegría! —dijo Combeferre.

—¡Qué a punto has llegado! —dijo Bossuet.

—De no ser por ti, estaría muerto —siguió diciendo Courfeyrac.

—De no ser por usted, me habrían dado para el pelo —añadió Gavroche.

Marius preguntó:

—¿Dónde está el jefe?

—Eres tú —dijo Enjolras.

Marius había tenido todo el día una hoguera en el cerebro; ahora era un torbellino. Le parecía que ese torbellino que llevaba dentro estaba fuera y lo arrastraba. Le daba la impresión de que estaba ya a una distancia inmensa de la vida. Los dos meses luminosos de júbilo y amor que había tenido desembocaban de pronto en ese abismo espantoso: la pérdida de Cosette, aquella barricada, el señor Mabeuf eligiendo la muerte en defensa de la República y él convertido en jefe de los insurrectos; todas esas cosas le parecían una pesadilla monstruosa. Tenía que hacer un esfuerzo mental para acordarse de que cuanto lo rodeaba era real. Marius había vivido aún demasiado poco para saber que nada es más inminente que lo imposible y que lo que hay que tener siempre previsto es lo imprevisto. Presenciaba su propio drama como una obra de teatro que no entendiera.

En esa bruma por la que pasaban las ideas, no reconoció a Javert, quien, atado al poste, no había movido ni la cabeza durante el ataque a la barricada y miraba bullir la revuelta en torno con la

resignación de un mártir y la majestad de un juez. Marius ni se fijó en él.

En tanto, los asaltantes ya no se movían; se los oía andar y pulular al final de la calle, pero no se aventuraban a meterse en ella, bien porque estuvieran esperando órdenes, bien porque esperasen refuerzos antes de correr otra vez hacia aquel reducto inexpugnable. Los insurrectos apostaron centinelas, y unos cuantos, que eran estudiantes de medicina, empezaron a curar a los heridos.

Habían sacado las mesas de la taberna, con la excepción de dos mesas reservadas para las hilas y los cartuchos y de la mesa donde yacía Mabeuf; las añadieron a la barricada y las sustituyeron, en la sala de abajo, por los colchones de las camas de la viuda de Hucheloup y de las criadas. En esos colchones pusieron a los heridos. En cuanto a las tres infelices que vivían en Corinthe, nadie sabía qué había sido de ellas. Acabaron por encontrarlas escondidas en el sótano.

Un dolor tremendo ensombreció la alegría de haber despejado la barricada.

Pasaron lista y faltaba uno de los insurrectos. ¿Y cuál de ellos? Uno de los más queridos, uno de los más valientes. Jean Prouvaire. Lo buscaron entre los heridos; no estaba. Lo buscaron entre los muertos; no estaba. Quedaba claro que lo habían hecho prisionero.

Combeferre le dijo a Enjolras:

—Tienen a nuestro amigo y nosotros tenemos a su agente de la policía. ¿Tienes mucho empeño en matar al de la pasma?

—Sí —contestó Enjolras—, pero menos que en salvarle la vida a Jean Prouvaire.

Esto ocurría en la sala de abajo, junto al poste de Javert.

—Bueno —siguió diciendo Combeferre—, pues ataré el pañuelo al bastón e iré a parlamentar y a ofrecerles el cambio de su hombre por el nuestro.

—Escucha —dijo Enjolras, poniéndole la mano en el brazo a Combeferre.

Al final de la calle había un entrechocar de armas significativo.

Se oyó gritar a una voz viril:

—¡Viva Francia! ¡Viva el porvenir!

Reconocieron la voz de Prouvaire.

Brilló un relámpago y retumbó una detonación.

Luego, otra vez el silencio.
Enjolras miró a Javert y le dijo:
—Tus amigos acaban de fusilarte.

VI

La agonía de la muerte tras la agonía de la vida

Una singularidad de este tipo de guerra es que las barricadas las atacan casi siempre de frente y que, por lo general, los asaltantes se abstienen de rodear las posiciones, bien porque tengan miedo a las emboscadas, bien porque no se atrevan a meterse en calles tortuosas. Por lo tanto, toda la atención de los insurrectos estaba puesta en la barricada grande, que era, por supuesto, el punto continuamente amenazado donde se reanudaría de forma infalible el combate. Marius, no obstante, se acordó de la barricada pequeña y fue hacia allá. Estaba desierta y sólo la custodiaba el farolillo, que temblaba entre los adoquines. Por lo demás, la callejuela de Mondétour y las bocacalles de La Petite-Truanderie y Le Cygne estaban muy tranquilas.

Cuando Marius se iba ya, tras esa inspección, oyó que alguien decía su nombre con voz débil en la oscuridad:

—¡Señor Marius!

Se sobresaltó al reconocer la voz que lo había llamado dos horas antes a través de la verja de la calle de Plumet.

Pero esa voz ahora no pasaba de ser un soplo.

Miró en torno y no vio a nadie.

Marius pensó que se había confundido y que era una ilusión que su mente sumaba a las realidades extraordinarias que colisionaban a su alrededor. Dio un paso para salir del recodo apartado donde estaba la barricada.

—¡Señor Marius! —repitió la voz.

Ya no podía caberle duda; lo había oído con toda claridad; miró y no vio nada.

—En el suelo, a sus pies —dijo la voz.

Se inclinó y vio la sombra de una forma que se arrastraba hacia él. Iba reptando por el empedrado. Y aquel ser era quien hablaba.

El farolillo permitía intuir un blusón, un pantalón de pana roto, unos pies descalzos y algo que parecía un charco de sangre. Marius vio a medias una cara pálida que se alzaba hacia él y le dijo:

—¿No me reconoce?

—No.

—Éponine.

Marius se agachó a toda prisa. Era, efectivamente, la pobre muchacha. Iba vestida de hombre.

—¿Cómo es que está aquí? ¿Qué hace aquí?

—Me estoy muriendo —dijo ella.

Hay palabras e incidentes que espabilan a las personas agobiadas. Marius exclamó, sobresaltado:

—¡Está herida! Espere, que voy a llevarla a la sala. Allí la curarán. ¿Es grave? ¿Cómo tengo que cogerla para no hacerle daño? ¿Qué le duele? ¡Socorro, Dios mío? Pero ¿qué vino a hacer aquí?

E intentó pasarle un brazo por la espalda para levantarla.

Al hacerlo, le rozó la mano.

Ella lanzó un grito débil.

—¿Le he hecho daño? —preguntó Marius.

—Un poco.

—Pero si sólo le he tocado la mano.

Ella levantó la mano para que la viera Marius; y Marius vio un agujero negro en el centro de esa mano.

—¿Qué le pasa en la mano? —preguntó.

—Tiene un agujero.

—¡Un agujero!

—Sí.

—¿De qué?

—De una bala.

—¿Cómo ha sido?

—¿No vio que lo estaba apuntando un fusil?

—Sí; y una mano lo tapó.

—Era la mía.

Marius se estremeció.

—¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero si sólo es eso, tanto mejor, no será nada. Déjeme que la lleve a una cama. Le harán una cura;

nadie se muere por agujero en la mano.

Ella susurró:

—La bala me atravesó la mano, pero me salió por la espalda. Es inútil sacarme de aquí. Voy a decirle qué cura puede hacerme usted, mejor que la de un cirujano. Siéntese a mi lado en esa piedra.

Él obedeció; ella apoyó la cabeza en las rodillas de Marius y, sin mirarlo, dijo:

—¡Ay, qué cosa tan buena! ¡Qué bien se está! ¡Hala, ya no me duele nada!

Se quedó callada un momento; luego volvió la cara trabajosamente y miró a Marius.

—¿Sabe una cosa, señor Marius? Me daba rabia que entrase usted en ese jardín. Ya ve, qué bobada, si era yo quien le había dicho dónde estaba la casa, y, además, en fin, cómo no iba a decirme que un joven como usted…

Se interrumpió y, salvando las insondables transiciones que le andaban, seguramente, por el pensamiento, siguió diciendo con una sonrisa desgarradora:

—Yo le parecía fea, ¿verdad?

Y añadió:

—¿Sabe? ¡Está perdido! Ya no saldrá nadie de la barricada. ¡Y soy yo quien lo ha traído aquí, ya ve! Va a morir, y cuento con ello. Aunque, pese a todo, cuando vi que lo estaban apuntando, puse la mano en el cañón del fusil. ¡Qué gracia tiene! Pero es que quería morir antes que usted. Cuando me dio esa bala, me arrastré hasta aquí; no me vieron y no me recogieron. Lo estaba esperando; decía: ¿Será posible que no venga? Ay, si supiera, me mordía el blusón, ¡me dolía tanto! Pero ahora estoy bien. ¿Se acuerda del día en que entré en su cuarto y me miré en su espejo? ¿Y del día en que me lo encontré en el bulevar, donde estaban las lavanderas? ¡Cómo cantaban los pájaros! Total, hace nada de eso. Me dio cinco francos y le dije: No quiero dinero suyo. Recogería usted la moneda, ¿no? Que a usted no le sobra el dinero. No se me ocurrió decirle que la recogiera. Había un sol muy hermoso, no hacía frío. ¿Se acuerda, señor Marius? ¡Ay, qué contenta estoy! Todo el mundo se va a morir.

Tenía una expresión trastornada, seria y desconsoladora. Por el blusón rasgado se le veían los pechos. Mientras hablaba, se apoyaba

la mano en el pecho, donde había otro agujero por el que salía de vez en cuando un chorro de sangre, como un chorro de vino de una botella abierta.

Marius miraba a aquella criatura desventurada con compasión infinita.

—¡Ay —dijo ella de repente—, ya me vuelve! ¡Me ahogo!

Agarró el blusón y lo mordió; estiraba en el empedrado las piernas, rígidas.

En ese momento, la voz de gallo joven de Gavroche sonó en la barricada. El niño se había subido a una mesa para cargar el fusil y cantaba alegremente una canción muy popular por entonces:

Lafayette está al quite
y el gendarme repite:
¡vámonos, vámonos, vámonos!

Éponine se incorporó y atendió; luego dijo en un susurro:

—Es él.

Y, dirigiéndose a Marius:

—Ahí está mi hermano. Que no me vea. Me reñiría.

—¿Su hermano? —preguntó Marius, que pensaba con el corazón amargado y dolorido en las obligaciones para con los Thénardier que le había dejado su padre en herencia—. ¿Quién es su hermano?

—Ese niño.

—¿El que está cantando?

—Sí.

Marius hizo un ademán.

—¡Ay, no se vaya! —dijo Éponine—. Ya no falta mucho.

Estaba casi sentada, pero hablaba muy bajo y unos hipidos le cortaban la voz. A ratos se interrumpía el estertor. Acercaba la cara cuanto podía a la cara de Marius. Añadió, con una expresión singular:

—Mire, no quiero jugarle una mala pasada. Tengo en el bolsillo una carta para usted. Desde ayer. Me dijeron que la echara al correo. Me quedé con ella. No quería que le llegase. Pero a lo mejor me guarda rencor cuando volvamos a vernos dentro de un rato. Porque volveremos a vernos, ¿verdad? Coja la carta.

Le agarró convulsivamente la mano a Marius con la suya,

perforada, pero parecía no notar ya el sufrimiento. Se metió la mano de Marius en el bolsillo del blusón. Marius tocó, efectivamente, un papel.

—Cójala —dijo ella.

Marius cogió la carta.

Éponine hizo un ademán de satisfacción y asentimiento.

—Ahora, para pagarme el recado, prométame…

Y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Marius.

—¡Prométamelo!

—Se lo prometo.

—Prométame que me dará un beso en la frente cuando me muera. Lo notaré.

Dejó caer otra vez la cabeza en las rodillas de Marius y se le cerraron los párpados. Él creyó que aquella pobre alma ya se había ido. Éponine no se movía; de pronto, cuando Marius la creía dormida para siempre, abrió despacio los ojos, donde se veía la sombría hondura de la muerte, y le dijo con un tono cuya dulzura parecía venir ya de otro mundo:

—Mire, señor Marius, creo que he estado un poco enamorada de usted.

Volvió a intentar sonreír y expiró.

VII

Gavroche experto calculador de las distancias

Marius cumplió su promesa. Puso un beso en esa frente lívida de la que brotaba un sudor helado. No era una infidelidad a Cosette; era un adiós pensativo y dulce a un alma desventurada.

La carta que Éponine le había dado le había causado no poco sobresalto. Enseguida había caído en la cuenta de que se trataba de un acontecimiento. Estaba impaciente por leerla. Así es el corazón del hombre; apenas si acababa de cerrar los ojos la pobre niña y ya estaba Marius pensando en abrir ese papel. La depositó en el suelo con suavidad y se fue. Algo le decía que no podía leer aquella carta en presencia de aquel cadáver.

Se acercó a una vela en la sala de abajo. Era una notita doblada y sellada con ese primor elegante propio de las mujeres. Las señas estaban escritas con letra femenina y decían:

«Al señor Marius Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, 16».

Rompió el sello y leyó:

«Ay, amado mío, mi padre quiere que nos vayamos ahora mismo. Esta noche estaremos en el 7 de la calle de L'Homme-Armé. Dentro de ocho días estaremos en Inglaterra. COSETTE. 4 de junio».

Eran tan inocentes aquellos amores que Marius ni siquiera sabía cómo era la letra de Cosette.

Lo sucedido puede referirse en pocas palabras. Éponine era la autora de todo. Tras la velada del 3 de junio, se le ocurrieron dos cosas: descabalar los proyectos que su padre y los bandidos tenían para la calle de Plumet y separar a Marius de Cosette. Cambió los andrajos con el primer granujilla con el que coincidió y a quien le había hecho gracia vestirse de mujer mientras Éponine se disfrazaba

de hombre. Ella fue quien en Le Champ de Mars le hizo a Jean Valjean esa advertencia tan expresiva: *Múdese*. Y, efectivamente, Jean Valjean se fue a casa y le dijo a Cosette: *Nos vamos esta noche a la calle de L'Homme-Armé con Toussaint. La semana que viene estaremos en Londres.* Cosette, aterrada ante aquel golpe inesperado, escribió dos líneas a toda prisa a Marius. Pero ¿cómo echar la carta al correo? No salía sola a la calle; y Toussaint, sorprendida ante ese recado, le habría enseñado desde luego la carta al señor Fauchelevent. Cuando estaba con esa ansiedad, Cosette vio a través de la verja a Éponine, vestida de hombre, que ahora andaba siempre rondando por las inmediaciones del jardín. Cosette llamó a aquel «obrero joven» y le dio cinco francos y la carta al tiempo que le decía: «Lleve esta carta ahora mismo a esas señas». Éponine se metió la carta en el bolsillo. Al día siguiente, 5 de junio, fue a casa de Courfeyrac para preguntar por Marius, no para entregarle la carta, sino, cosa que cualquier alma celosa y enamorada entenderá, «a ver de qué se enteraba». Se quedó esperando allí a Marius o a Courfeyrac a falta de algo mejor, siempre con la intención de enterarse de algo. Cuando Courfeyrac dijo: «Nos vamos a las barricadas», se le pasó una idea por la cabeza: ir a morir así, como podría haber ido a morir de cualquier otra forma, y que Marius muriera también. Se fue detrás de Courfeyrac, se enteró bien del sitio en que estaban construyendo la barricada y, con la plena seguridad ya de que Marius no había recibido aviso alguno, puesto que ella había interceptado la carta, y de que el joven acudiría al caer la tarde a la cita de todas las noches, fue a la calle de Plumet, esperó a Marius y le transmitió esa llamada de sus amigos que, a lo que creía, lo llevaría a la barricada. Contaba con la desesperación de Marius cuando no encontrase a Cosette, y no se equivocaba. Por su parte, se volvió a la calle de La Chanvrerie. Acabamos de ver qué hizo allí. Murió con esa alegría trágica de los corazones celosos que se llevan consigo a la tumba al ser amado, diciendo: ¡no será de nadie!

Marius cubrió de besos la carta de Cosette. ¡Así que lo quería! Por un momento se le ocurrió la idea de que ya no tenía que morirse. Luego, se dijo: «Se va. Su padre se la lleva a Inglaterra y mi abuelo no me da permiso para casarme. Esta fatalidad no ha cambiado». Los soñadores como Marius pasan por abatimientos

supremos de los que salen posturas tajantes y desesperadas. El cansancio de vivir resulta insoportable; lo más rápido es morirse.

Pensó entonces que le quedaban dos deberes por cumplir: informar a Cosette de su muerte, enviándole un adiós supremo, y salvar de la catástrofe inminente que estaba en marcha a aquel pobre niño, el hermano de Éponine y el hijo de Thénardier.

Tenía encima un portafolio, el mismo en que había llevado el cuaderno en el que tantos pensamientos de amor había escrito para Cosette. Arrancó una hoja y escribió a lápiz las siguientes líneas:

«Nuestra boda es imposible. Le he pedido permiso a mi abuelo y me lo ha negado; no tengo fortuna, ni tú tampoco. Fui corriendo a tu casa y ya no estabas; ya sabes qué palabra te había dado, voy a cumplirla. Voy a morir. Te quiero. Cuando leas esto, mi alma estará a tu lado y te sonreirá».

Como no tenía nada para sellar la carta, se limitó a doblar el papel en cuatro y escribió las siguientes señas:

A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle de L'Homme-Armé, 7.

Tras doblar la carta, se quedó un momento pensativo, volvió coger el portafolio, lo abrió y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas cuatro líneas:

«Me llamo Marius Pontmercy. Que lleven mi cadáver a casa de mi abuelo, señor Gillenormand, en el 6 de la calle de Les Filles-du-Calvaire. Barrio de Le Marais».

Volvió a meterse el portafolio en el bolsillo del frac y, luego, llamó a Gavroche. El golfillo, al oír la voz de Marius, acudió con su expresión alegre y servicial.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Lo que sea —dijo Gavroche—. ¡Por Dios bendito! Sin usted no lo habría contando, en serio.

—¿Ves esta carta?

—Sí.

—Cógela. Sal de la barricada ahora mismo (Gavroche, intranquilo, empezó a rascarse la oreja) y mañana se la das a la señorita Cosette en estas señas: en casa del señor Fauchelevent, calle de L'Homme-Armé, 7.

El heroico niño contestó:

—Sí, ya, pero mientras tanto tomarán la barricada y yo no

estaré.

—La barricada no volverán a atacarla hasta que amanezca, por las trazas que lleva eso, y no la tomarán antes de mañana al mediodía.

Efectivamente, la nueva tregua que los asaltantes le habían dado a la barricada parecía prolongarse. Era una de esas intermitencias, frecuentes en los combates nocturnos, que siempre van seguidas de un encarnizamiento mayor.

—Bueno —dijo Gavroche—, ¿y si voy a llevar la carta mañana por la mañana?

—Será demasiado tarde. Probablemente la barricada estará rodeada y todas las calles vigiladas y no podrás salir. Vete ahora mismo.

A Gavroche no se le ocurrió nada que pudiera argüir y se quedó quieto, indeciso, rascándose la oreja, muy mustio. De pronto, con uno de esos movimientos de pájaro que tenía, cogió la carta.

—Está bien —dijo.

Y se fue corriendo por la callejuela de Mondétour.

A Gavroche se le había ocurrido una idea que lo había decidido a irse, pero que no dijo, por temor a que Marius pusiera alguna objeción.

La idea era ésta:

—Acaban de dar las doce y la calle de L'Homme-Armé no queda lejos; voy a llevar la carta ahora mismo y volveré a tiempo.

Libro decimoquinto

La calle de L'Homme-Armé

I

Un vade que se va de la lengua

¿Qué son las convulsiones de una ciudad comparadas con los levantamientos del alma? El hombre es de mayor hondura aún que el pueblo. Jean Valjean, en ese preciso momento, era presa de una espantosa sublevación. Habían vuelto a abrirse en él todos los abismos. Él también se estremecía, igual que París, en los umbrales de una revolución formidable y oscura. Había bastado con unas pocas horas. De repente las sombras le habían tapado el destino y la conciencia. De él también podía decirse, igual que de París: están frente a frente los dos principios. El ángel blanco y el ángel negro van a luchar a brazo partido en el puente que cruza el abismo. ¿Cuál de los dos tirará al otro? ¿Quién ganará?

La víspera de ese día, el 5 de junio, Jean Valjean, junto con Cosette y Toussaint, se había trasladado a la calle de L'Homme-Armé. Allí le esperaba una peripecia.

Cosette no se había ido de la calle de Plumet sin amagar cierta resistencia. Por primera vez desde que compartían la existencia, Cosette y Jean Valjean habían tenido voluntades diferentes, que habían chocado o, al menos, se habían opuesto. Hubo objeción por una parte e inflexibilidad por otra. Ese consejo brusco: *múdese,* que le había espetado un desconocido, había alarmado tanto a Jean Valjean que lo volvió tajante. Pensaba que habían encontrado su rastro y que lo perseguían. Cosette tuvo que ceder.

Llegaron los dos a la calle de L'Homme-Armé sin despegar los labios ni cruzar palabra, ambos absortos en sus respectivas preocupaciones personales; Jean Valjean tan intranquilo que no veía la tristeza de Cosette; Cosette tan triste que no veía la intranquilidad de Jean Valjean.

Jean Valjean había llevado consigo a Toussaint, cosa que no había hecho nunca en sus ausencias anteriores. Tenía el pálpito de que no iba a volver quizá a la calle de Plumet y no podía ni dejar atrás a Toussaint ni revelarle su secreto. Por lo demás, notaba que era fiel y de fiar. Entre criado y amo, la traición empieza con la curiosidad. Ahora bien, Toussaint, como si hubiese estado predestinada a servir a Jean Valjean, no era curiosa. Decía, tartamudeando, con su hablar campesino de Barneville: «Una es tal cual y atiende a lo que atiende; lo demás, allá penas». (Soy como soy, hago el trabajo que tengo que hacer y el resto no es cosa mía.)

Al irse de la calle de Plumet, de donde salieron casi como si fueran huyendo, Jean Valjean no se llevó nada más que la maletita de los sahumerios que Cosette llamaba *la inseparable*. Unos baúles llenos habrían requerido unos mozos; y unos mozos son unos testigos. Llamaron a un coche de punto para que los recogiera en la puerta de la calle de Babylone y se marcharon.

A Toussaint le costó que le dieran permiso para empaquetar algo de ropa blanca, ropa de vestir y unos cuantos objetos de aseo. Cosette se llevó sólo la caja de papel de cartas y el vade.

Jean Valjean, para desaparecer con mayor soledad y oscuridad, se las arregló para no salir del hotelito de la calle de Plumet hasta que empezó a caer la tarde, lo que le dejó margen a Cosette para escribir a Marius. Llegaron a la calle de L'Homme-Armé cuando ya era noche cerrada.

Se acostaron en silencio.

La vivienda de la calle de L'Homme-Armé estaba en un patio trasero y en el segundo piso y constaba de dos dormitorios, un comedor y una cocina que colindaba con el comedor; había también un altillo con una cama de tijera que le correspondió a Toussaint. El comedor era al tiempo recibidor y separaba los dos dormitorios. La vivienda contaba con los enseres necesarios.

Nos calmamos de la misma forma disparatada que nos alarmamos; tal es la naturaleza humana. No bien se vio Jean Valjean en la calle de L'Homme-Armé, mermó su ansiedad, que fue desapareciendo gradualmente. Hay sitios tranquilizadores que influyen mecánicamente, por decirlo así, en el ánimo. Calle oscura, vecinos tranquilos. A Jean Valjean se le contagió a saber qué serenidad en aquella callejuela del París antiguo, tan estrecha que

un madero transversal colocado en dos postes impide el paso de los coches, muda y sorda en medio de la ciudad sonora, crepuscular en pleno día e incapaz, como quien dice, de emociones entre sus dos filas de casas altas y centenarias que callan como ancianas, que es lo que son. En esa calle está estancado el olvido. Jean Valjean respiró. ¿Quién iba a dar con él allí?

De lo primero que se ocupó fue de colocar *la inseparable* a su vera.

Durmió bien. La noche es buena consejera; y podemos añadir que es apaciguadora. A la mañana siguiente, se despertó casi alegre. Le pareció precioso el comedor, que era feísimo, amueblado con una mesa redonda vieja, un trinchero que tenía encima un espejo vencido hacia adelante, un sillón apolillado y unas cuantas sillas que cargaban con los bultos de Toussaint. De uno de esos paquetes asomaba por un agujero el uniforme de guardia nacional de Jean Valjean.

En cuanto a Cosette, le había pedido a Toussaint que le llevase un caldo a su cuarto y no se dejó ver hasta última hora de la tarde.

A eso de las cinco, Toussaint, que iba de un lado para otro muy atareada con aquella modesta mudanza, colocó encima de la mesa del comedor algo de pollo frío que Cosette se dignó tomar en cuenta por mostrarse deferente con su padre.

Hecho esto, Cosette alegó una jaqueca persistente, le dio las buenas noches a Jean Valjean y se encerró en su dormitorio. Jean Valjean comió con apetito un ala de pollo y, de codos en la mesa, y recobrando poco a poco la serenidad, volvió a sentirse seguro de sí mismo.

Mientras cenaba con tanta sobriedad, algo oyó más o menos, en dos o tres ocasiones, del tartamudeo de Toussaint, que le decía: «Señor, hay tomate, están peleando en París». Pero, absorto en gran cantidad de arreglos interiores, no atendió. A decir verdad, no la había oído.

Se levantó y empezó a dar paseos de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana, cada vez más calmado.

Al calmarse, le volvió al pensamiento Cosette, que era su única preocupación. No era que lo inquietase aquella jaqueca, un ataque de nervios mínimo, un enfurruñamiento de muchacha, una nube pasajera; dentro de un día o dos ya no quedaría nada de ello; pero

pensaba en el porvenir y, como de costumbre, pensaba con dulzura. A decir verdad, no veía obstáculo alguno para que pudiera seguir adelante la vida dichosa. Hay horas en que todo parece imposible; hay otras en que todo parece fácil; Jean Valjean se hallaba en una de esas horas buenas. Suelen llegar tras las malas, como el día tras la noche, por esa ley de sucesión y de contraste que es el mismísimo fondo de la naturaleza y que las inteligencias superficiales llaman antítesis. En aquella calle apacible en que había buscado refugio, Jean Valjean se desprendía de cuanto llevaba ya tiempo alterándolo. Precisamente porque había visto muchas tinieblas, empezaba a ver un poco de cielo azul. Haberse ido de la calle de Plumet sin complicaciones y sin incidentes era ya un paso positivo. A lo mejor era sensato salir del país, aunque no fuera más que por unos meses, e irse a Londres. Pues se irían. Estar en Francia o estar en Inglaterra, ¿qué más le daba con tal de tener cerca a Cosette? Cosette era su nación. Cosette le bastaba para ser feliz; la idea de que quizá él no bastase para que Cosette fuera feliz, esa idea que, tiempo atrás, le había causado fiebre e insomnio, ni siquiera se le pasaba ya por la cabeza. Se hallaba en un colapso de todos los dolores pasados y en pleno optimismo. Como Cosette estaba junto a él, le parecía que era suya, efecto óptico que afecta a todo el mundo. Organizaba *in mente* y con todo tipo de facilidades la salida hacia Inglaterra con Cosette y veía, en las perspectivas de su ensoñación, cómo su felicidad volvía a edificarse en el lugar que fuera.

Según andaba arriba y abajo, con paso lento, la mirada topó de pronto con algo peculiar.

Vio ante sí, en el espejo inclinado que estaba encima del aparador, y leyó con toda claridad las cuatro líneas siguientes:

«Ay, amado mío, mi padre quiere que nos vayamos ahora mismo. Esta noche estaremos en el 7 de la calle de L’Homme-Armé. Dentro de ocho días estaremos en Inglaterra. COSETTE. 4 de junio».

Jean Valjean se detuvo, desencajado.

Cosette, al llegar, había puesto el vade encima del trinchero, delante del espejo, y, entregada por completo a su dolorosa angustia, lo había dejado olvidado allí, sin fijarse siquiera en que se quedaba abierto por el secante en que había apoyado, para secarlas, las líneas que había escrito y había encomendado al obrero joven

que pasaba por la calle de Plumet. Lo que había escrito se había quedado impreso en el secante.

Y se reflejaba en el espejo.

De ello resultaba eso que se llama en geometría la imagen simétrica; de forma tal que lo escrito, que estaba del revés en el secante, aparecía del derecho en el espejo, o sea, en su sentido natural; y Jean Valjean tenía ante los ojos la carta que Cosette le había escrito a Marius la víspera.

Era de lo más sencillo y era algo fulminante.

Jean Valjean se acercó al espejo. Volvió a leer las cuatro líneas, pero no creyó lo que estaba viendo. Esas líneas le hacían el mismo efecto que si apareciesen en la luz de un relámpago. Era una alucinación. Era imposible. No existían.

Poco a poco aquella percepción se fue concretando; miró el secante de Cosette y recuperó la sensación del hecho real. Cogió el secante y dijo: «Viene de aquí». Pasó revista febrilmente a las cuatro líneas impresas en el secante; del revés, parecían unos garabatos extraños y no les vio sentido alguno. Entonces se dijo: «Pero si no tienen significado. Aquí no pone nada». Y respiró hondo con un alivio indecible. ¿Quién no ha tenido alegrías simplonas como ésa en momentos espantosos? El alma no se rinde a la desesperación sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Tenía el secante en la mano y lo miraba, con una felicidad estúpida, dispuesto casi a reírse de la alucinación que lo había engañado. De pronto, volvieron a topársele los ojos con el espejo y volvió a ver la visión. Las cuatro líneas estaban allí, trazadas con nitidez inexorable. Esta vez no era un espejismo. La reincidencia de una visión es una realidad; era algo palpable; era un escrito que el espejo ponía del derecho. Lo entendió todo.

Jean Valjean titubeó, soltó el vade y se desplomó en el sillón viejo, junto al trinchero, con la cabeza colgando y las pupilas vidriosas y extraviadas. Se dijo que no cabía duda, que la luz del mundo se había eclipsado para siempre y que Cosette le había escrito aquello a alguien. Entonces oyó que su alma, que volvía a ser tremenda, lanzaba en las tinieblas un rugido sordo. ¡Cualquiera le quita al león el perro que tiene en la jaula!

Cosa extraña y triste: en aquel momento, Marius aún no tenía la carta de Cosette; el azar la llevó a traición a las manos de Jean

Valjean antes de entregársela a Marius.

Hasta aquel día, los padecimientos no habían vencido a Jean Valjean. Había pasado por pruebas espantosas, no se le había escatimado ni una sola sevicia fruto de la fortuna adversa; la ferocidad de la suerte, armada con todas las vindictas y todos los errores sociales, lo había escogido y se había ensañado con él. No había retrocedido ante nada ni nada lo había doblegado. Había aceptado, cuando había sido menester, todos los extremos; había sacrificado su inviolabilidad de hombre tras haberla conquistado; había entregado su libertad; había arriesgado la cabeza; lo había perdido todo; lo había padecido todo, y había seguido siendo desinteresado y estoico, tanto que a veces habríase podido pensar que era ajeno a sí mismo como un mártir. Podía parecer que a aquella conciencia suya, curtida en todos los asaltos posibles de la adversidad, nada podría rendirla nunca. Pues bien, si alguien lo hubiera visto por dentro, no le habría quedado más remedio que comprobar que en aquel momento flaqueaba.

Y es que, de todas las torturas que había padecido en aquel prolongado tormento a que lo sometía el destino, ésta era la más terrible. Nunca lo habían aferrado unas tenazas así. Notó el revolverse misterioso de todas las sensibilidades latentes. Notó el pellizco en la fibra desconocida. La prueba suprema, ay, o, mejor dicho, la prueba única es la pérdida del ser amado.

Cierto que es que el pobre Jean Valjean, el viejo Jean Valjean, no quería a Cosette sino como un padre; pero ya hemos comentado antes que, por la propia soledad de su existencia, en aquella paternidad estaban todos los amores; quería a Cosette como a una hija, y la quería como a una madre, y la quería como a una hermana; y, como nunca había tenido ni amante ni mujer, como la naturaleza es un acreedor que no acepta los protestos, ese sentimiento, que es el más imposible de perder de todos, iba mezclado con los otros, inconcreto, ignorante, puro con la pureza de la ceguera, inconsciente, celestial, angelical, divino; no era tanto un sentimiento cuanto un instinto; no era tanto un instinto cuanto una atracción, imperceptible e invisible, pero real; y el amor propiamente dicho formaba parte de su tremendo cariño por Cosette, de la misma forma que el filón de oro está en la montaña, tenebroso y virgen.

Recordemos esa situación del corazón que ya hemos indicado. No era posible entre ellos matrimonio alguno; ni siquiera el de las almas; y, no obstante, no por ello era menos cierto que sus destinos estaban desposados. Con la excepción de Cosette, es decir, con la excepción de una infancia, Jean Valjean no había tenido, en su prolongada vida, ninguna de esas cosas que se pueden amar. Las pasiones y los amores consecutivos no le habían proporcionado esos verdes sucesivos, verde claro encima del verde oscuro, que se les ven a las frondas que han pasado el invierno y a los hombres que pasan de los cincuenta. En resumidas cuentas, y ya lo hemos dicho varias veces, toda esa fusión interna, todo ese conjunto, cuya resultante era una virtud acendrada, abocaba a Jean Valjean a ser un padre para Cosette. Un padre peculiar, constituido por ese abuelo, ese hijo, ese hermano y ese marido que estaban en Jean Valjean; padre en quien había incluso una madre; padre que quería a Cosette y que la adoraba y cuya luz, cuya morada, cuya familia, cuya patria y cuyo paraíso era aquella niña.

Por lo tanto, cuando vio que no cabía duda de que aquello había acabado ya, que Cosette se le escapaba, se le escurría de las manos, se le hurtaba, que era una nube, que era agua, cuando tuvo ante la vista aquella evidencia aplastante: su corazón tiende hacia otro; otro es el anhelo de su vida; existe el amado y yo sólo soy el padre; ya no existo; cuando ya no pudo dudarlo; cuando se dijo: «¡Se marcha lejos de mí!», sintió un dolor que iba más allá de todo lo concebible. ¡Haber hecho cuanto había hecho para llegar a aquello y, ¿sería posible?, no ser ya nada! Entonces, como acabamos de decir, se estremeció de rebeldía de pies a cabeza. Notó hasta la raíz del pelo el gigantesco despertar del egoísmo y el propio yo soltó un rugido en el abismo de aquel hombre.

Existen derrumbamientos internos. Una certidumbre que sume en la desesperación no penetra en el hombre sin apartar ni romper unos cuantos elementos profundos que son a veces el hombre mismo. El dolor, cuando alcanza ese grado, es un sálvese quien pueda de todas las fuerzas de la conciencia. Crisis así son crisis fatídicas. Pocos de nosotros salimos de ellas semejantes a nosotros mismos y firmes en el deber. Cuando se rebasan los límites del sufrimiento, la virtud más imperturbable se desconcierta. Jean Valjean cogió otra vez el secante y volvió a convencerse; se quedó

inclinado, y como petrificado, sobre esas cuatro líneas innegables, con la mirada fija; luego lo invadió por dentro una nube tal que hubiera podido creerse que todo el interior de aquella alma se venía abajo.

Le pasó revista a esa revelación, a través de la lente de aumento del ensimismamiento, con una calma aparente y amedrentadora, pues, cuando la calma de un hombre alcanza la frialdad de la estatua, es algo temible.

Calibró el paso espantoso que acababa de dar su destino sin sospecharlo él; recordó los temores del verano anterior, que tan insensatamente se habían disipado; reconoció el precipicio; seguía siendo el mismo; sólo que Jean Valjean no estaba ya en su umbral, sino en lo más hondo.

Cosa inaudita y dolorosa, había caído en él sin darse cuenta. Se le había ido toda la luz de la vida mientras creía que seguía viendo el sol.

No le titubeó el instinto. Relacionó varias circunstancias, varias fechas, varios rubores y palideces de Cosette y se dijo: «Es él». El poder de adivinación de la desesperación es algo así como un arco misterioso que nunca yerra el tiro. Con la primera conjetura llegó hasta Marius. No sabía el nombre, pero dio enseguida con el hombre. Vio con toda claridad, en el fondo de la implacable evocación del recuerdo, al rondador de Le Luxembourg, aquel miserable buscador de amoríos, aquel vago de romanza, aquel imbécil, aquel cobarde, porque es una cobardía ir a ponerles ojos melosos a muchachas que tienen a su lado a su padre, que las quiere.

Tras tener la seguridad de que aquella situación estaba aquel joven y que todo procedía de él, Jean Valjean, el hombre regenerado, el hombre que tanto se había ocupado de labrar su alma, el hombre que tantos esfuerzos había hecho para convertir toda la vida, toda la miseria y toda la desventura en amor, se miró por dentro y vio un espectro: el Odio.

En los grandes dolores hay abatimiento. Desaniman de la existencia. El hombre en quien penetran nota que se les va otra cosa. En la juventud es una visita lúgubre; más adelante es siniestra. Cuando se tiene la sangre caliente, el pelo negro, la cabeza erguida en la cima del cuerpo como la llama en el candelabro, cuando el

rollo del destino está aún casi todo por leer, cuando el corazón colmado de un amor deseable palpita aún con latidos que pueden hallar respuesta, cuando se tiene por delante tiempo para reparaciones, cuando están ahí todas las mujeres, y todas las sonrisas, y todo el porvenir, y todo el horizonte, cuando la fuerza de la vida está entera, la desesperación, sí, es algo espantoso, pero, ¡ay! ¿qué no será en la vejez, cuando los años van cada vez más deprisa y son más lívidos, en esa hora crepuscular en que empiezan a verse las estrellas desde la tumba?

Mientras meditaba, entró Toussaint. Jean Valjean se levantó y le preguntó:

—¿Por dónde? ¿Lo sabe?

Toussaint, estupefacta, sólo pudo responderle:

—¿Mande?

Jean Valjean añadió:

—¿No me dijo hace un rato que había combates?

—Ah, sí, señor —contestó Toussaint—. Por la parte de Saint-Merry.

Existen algunos impulsos automáticos que nacen, incluso sin darnos cuenta, de la parte más profunda del pensamiento. Fue seguramente por uno de esos impulsos, del que apenas fue consciente, por lo que Jean Valjean, cinco minutos después, se vio en la calle.

Estaba sentado, con la cabeza descubierta, en el mojón de la puerta de su casa. Parecía prestar oído.

Ya se había hecho de noche.

II

El golfillo enemigo de las luces

¿Cuánto tiempo estuvo así? ¿Cuáles fueron los flujos y reflujos de aquella meditación trágica? ¿Se enderezó? ¿Siguió doblegado? ¿Se había doblado hasta quebrarse? ¿Podía enderezarse aún y volver a recobrar el equilibrio de la conciencia haciendo pie en algo sólido? Es harto probable que ni él hubiera podido decirlo.

La calle estaba desierta. Unos cuantos vecinos que volvían apresuradamente a casa ni siquiera se fijaron en él. En momentos de peligro cada cual va a lo suyo. El farolero vino, como solía, a encender el farol que estaba precisamente delante de la puerta del número 7 y se fue. Jean Valjean no le habría parecido un hombre vivo a cualquiera que lo hubiera visto entre aquellas sombras. Allí estaba, sentado en el mojón de su portal, quieto como una larva de hielo. La desesperación congela. Se oía el toque de rebato y unos cuantos rumores tempestuosos. Entre todas aquellas convulsiones de la campana mezclándose con el levantamiento, el reloj de Saint-Paul dio las once, grave y sin apresurarse; porque el toque de alarma es el hombre; y la hora es Dios. Jean Valjean no echó cuenta del paso de una hora a otra; Jean Valjean no se movió. Pero, más o menos en ese momento, una explosión repentina sonó por la parte del Mercado Central; y luego siguió otra, aún más violenta; se trataba probablemente del ataque a la barricada de la calle de La Chanvrerie, ese que hemos visto más arriba que rechazó Marius. Con esa doble explosión, cuya furia parecía mayor en el estado de estupor de la noche, Jean Valjean se sobresaltó; se irguió, mirando hacia el lado del que venía el ruido; luego volvió a desplomarse en el mojón, cruzó los brazos y la cabeza volvió a caerle despacio sobre el pecho.

Reanudó el tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente alzó la vista; alguien andaba por la calle, oía pasos cerca; miró y, a la luz del farol, por el lado de la calle que acaba en los Archivos, vio una cara pálida, joven y radiante.

Gavroche acababa de llegar a la calle de L'Homme-Armé.

Gavroche iba mirando hacia arriba y parecía buscar algo. Veía perfectamente a Jean Valjean, pero sin tenerlo en cuenta.

Gavroche, tras mirar hacia arriba, miró hacia abajo; se ponía de puntillas y palpaba las puertas y las ventanas de las plantas bajas; estaban todas cerradas a cal y canto. Tras probar con cinco o seis fachadas de casas, todas igual de atrancadas, el golfillo se encogió de hombros y discutió la cuestión consigo mismo de la siguiente forma:

—¡Cáspita!

Y luego volvió a mirar hacia arriba.

Jean Valjean, quien, momentos antes, en el estado de ánimo en que se hallaba, no le habría dirigido la palabra a nadie ni le habría respondido, notó un impulso irresistible de trabar conversación con aquel niño.

—Pequeño —dijo—, ¿qué tienes?

—Tengo que tengo hambre —contestó Gavroche sin rodeos. Y añadió: «Ni que usted fuera tan alto».

Jean Valjean rebuscó en el bolsillo del chaleco y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que era de la familia de la nevatilla y pasaba enseguida de un gesto a otro, acababa de coger una piedra. Había visto el farol.

—Anda —dijo—, ¿por aquí todavía conservan los faroles? No están en regla, amigos. Menudo desorden. ¡Fuera!

Y le tiró la piedra al farol, cuyo cristal cayó con tal estruendo que los vecinos, acurrucados tras las cortinas en la casa de enfrente, exclamaron: «¡Volvemos a 1793!».

El farol osciló con fuerza y se apagó. La calle se quedó a oscuras de golpe.

—Eso es, abuela calle, ponte el gorro de dormir —dijo Gavroche.

Y, volviéndose hacia Jean Valjean, le preguntó:

—¿Cómo se llama ese monumento gigantesco que tienen al final de la calle? Son los Archivos, ¿no? Sería cosa de arrugar un poco

esas columnas tan tontas y hacer una barricada como es debido.

Jean Valjean se acercó a Gavroche.

—Pobrecillo —dijo a media voz, hablándose a sí mismo—; tiene hambre.

Y le metió en la mano la moneda de cinco francos.

Gavroche alzó la cara, asombrado de ver tanto dinero junto; miró la moneda en la oscuridad, y era tan blanca que lo deslumbró. Sabía de oídas que existían monedas de cinco francos; tenían una reputación simpática; se alegró mucho de ver una de cerca. Dijo: «¿A ver el tigre?»[70].

Lo contempló extasiado un ratito; luego, volviéndose hacia Jean Valjean, le devolvió la moneda y le dijo majestuosamente:

—Burgués, prefiero romper los faroles. Tenga su fiera. A mí no se me corrompe. Tiene cinco garras, pero no me araña.

—¿Tienes madre? —preguntó Jean Valjean.

Gavroche contestó:

—Más que usted, seguro.

—Bueno —siguió diciendo Jean Valjean—, pues quédate con el dinero para tu madre.

Gavroche se conmovió. Por lo demás, acababa de fijarse en que el hombre con quien estaba hablando no llevaba sombrero, y eso le inspiró confianza.

—¿De verdad que no me lo da para que no rompa los faroles? —preguntó.

—Rompe lo que quieras.

—Es usted un buen hombre —dijo Gavroche.

Y se metió la moneda de cinco francos en uno de los bolsillos.

Como se fiaba cada vez más de aquel hombre, añadió:

—¿Vive en esta calle?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Podría decirme cuál es el número 7?

—¿Para qué buscas el número 7?

El niño se calló entonces, temeroso de haber hablado de más, se hundió las uñas enérgicamente entre el pelo y se limitó a responder:

—Ah, eso…

Le cruzó una idea por la cabeza a Jean Valjean. Tal es la lucidez de la angustia. Le dijo al niño:

—¿Me traes tú la carta que estoy esperando?

—¿Usted? —dijo Gavroche—. Usted no es una mujer.

—La carta es para la señorita Cosette, ¿no?

—¿Cosette? —masculló Gavroche—. Sí, creo que es ese nombre tan raro.

—Bueno, pues yo soy quien tiene que entregarle la carta —dijo Jean Valjean—. Dámela.

—Entonces sabrá usted que me mandan de la barricada.

—Desde luego —dijo Jean Valjean.

Gavroche hundió la mano en otro de los bolsillos y sacó un papel doblado en cuatro.

Luego hizo el saludo militar.

—Un respeto para el despacho, que lo manda el gobierno provisional —dijo.

—Dámelo —dijo Jean Valjean.

Gavroche sujetaba el papel en alto, por encima de la cabeza.

—No se vaya a creer que es un cartita de amor. Es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros combatimos y respetamos a las mujeres. No somos como la gente de la buena sociedad, donde hay lechuguinos que ponen a caldo a los callos.

—Dame.

—La verdad —siguió diciendo Gavroche— es que me parece usted un buen hombre.

—Dámelo ya.

—Tenga.

Y le entregó el papel a Jean Valjean.

—Y dese prisa en llevar la cosa, no tenga esperando a la Cosette.

Y Gavroche se quedó tan contento de aquella ocurrencia.

Jean Valjean preguntó:

—¿La respuesta hay que llevarla a Saint-Merry?

—Eso sería hacer un pan como unas hostias —exclamó Gavroche —. Esta carta viene de la barricada de la calle de La Chanvrerie, que es adonde yo me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto, Gavroche se fue, o, mejor dicho, voló como un pájaro en libertad hacia el lugar de donde procedía. Volvió a sumirse en la oscuridad como si la horadase, con la velocidad recta de un proyectil; la calle de L'Homme-Armé se quedó otra vez silenciosa y solitaria; en un abrir y cerrar de ojos, aquel niño peculiar, que llevaba en sí sombra y sueño, se había esfumado entre

la bruma de esas filas de casas negras y se había disuelto como humo en las tinieblas; habría podido pensarse que se había disipado y desvanecido si, pasados pocos minutos de su desaparición, el retumbar de unos cristales rotos y el cataplof espléndido de un farol cayendo sobre el empedrado no hubieran vuelto a despertar a los vecinos indignados. Era Gavroche que pasaba por la calle de Le Chaume.

III

Mientras Cosette y Toussaint duermen

Jean Valjean se volvió a su casa con la carta de Marius.

Subió las escaleras a tientas, satisfecho de aquella oscuridad como el búho que se ha hecho con su presa; abrió y cerró la puerta sin ruido; aguzó el oído por si se oía algo; comprobó que, según las apariencias, Cosette y Toussaint estaban durmiendo; metió en la botella del mechero Fumade dos o tres cerillas antes de conseguir que prendiera, de tanto como le temblaba la mano; lo que acababa de hacer era hasta cierto punto un robo. Por fin consiguió encender la vela, se puso de codos en la mesa, desdobló el papel y lo leyó.

Cuando alguien padece una emoción violenta, no lee, sino que derriba el papel, como quien dice, lo estruja como a una víctima, lo arruga, le clava las uñas de la ira o las del júbilo; va corriendo a las últimas líneas, brinca hasta las primeras; le presta una atención febril que entiende lo esencial por encima; se aferra a un punto y todo lo demás se desvanece. En la nota que le enviaba Marius a Cosette, Jean Valjean sólo vio estas palabras:

«… Voy a morir… Cuando leas esto, mi alma estará a tu lado…».

Al ver esas dos líneas, lo deslumbró un fogonazo horrible; la nueva emoción que lo embargaba lo dejó anonadado por unos momentos; miraba la nota de Marius con una especie de embriaguez asombrada; tenía ante la vista este esplendor: la muerte del ser odiado.

Soltó en su fuero interno un grito espantoso de alegría. Así que ya había concluido todo. El desenlace llegaba antes de lo que se hubiera atrevido a esperar. Esa persona que se interponía en su destino iba a desaparecer. Se iba espontáneamente, libremente, por voluntad propia. Sin que él, Jean Valjean, hubiera intervenido para

nada, sin que tuviera culpa alguna, «ese hombre» iba a morir. Quizá incluso había muerto ya. Al llegar a este punto, hizo unos cálculos febriles: no, todavía no estaba muerto. Estaba claro que la carta se había escrito para que Cosette la leyese a la mañana siguiente; después de las dos descargas que habían sonado entre las once y la medianoche no había habido más; la barricada no la atacarían en serio hasta que despuntase el día; pero qué más daba, si «ese hombre» está metido en esta guerra, está perdido, atrapado en sus engranajes. Jean Valjean se sentía liberado. Volvería a quedarse a solas con Cosette. Se acababa la competencia; el futuro volvía a empezar. Bastaba con que se guardase esa nota en el bolsillo. Cosette no se enteraría nunca de qué había sido de «ese hombre». «Basta con dejar que las cosas sucedan. Este hombre no puede librarse. Si todavía no está muerto, va a morir, seguro. ¡Qué felicidad!»

Tras decirse todo eso para sus adentros, volvió a la adustez.

Luego bajó y despertó al portero.

Transcurrida más o menos una hora, Jean Valjean salió vestido de arriba abajo de guardia nacional y armado. El portero no había tenido dificultad para conseguirle en el vecindario lo preciso para completar el equipo. Llevaba un fusil cargado y una cartuchera repleta de cartuchos. Se encaminó hacia el Mercado Central.

IV

Gavroche se pasa de cumplidor

Entretanto, a Gavroche acababa de ocurrirle una aventura.

Gavroche, tras lapidar con gran primor el farol de la calle de Le Chaume, llegó a la calle de Les Vieilles-Haudriettes y, como «no pasaba ni un gato», le pareció un momento oportuno para cantar cuanta canción se le ocurriera. Lejos de andar más despacio cuando cantaba, lo hacía más deprisa. Fue sembrando a lo largo de las casas dormidas o aterradas estas estrofas incendiarias:

Miente el pájaro entre las hojas
y dice que Atala ayer
con un ruso cogió y se fue.

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Pierrot, amigo, dices cosas
porque Mila el otro día
me llamó por su celosía.

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Y son pícaras muy garbosas.
Con su veneno me embrujaron
y a Orfila lo emborracharon.
Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Me gusta el amor y sus broncas.
Quiero a Agnès, a Paméla quiero.
Lise se quemó en mi mechero.

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Al ver las mantillas de blondas
que Zélia y Suzette se ponían,
mi alma en sus pliegues se lía.

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Amor, si coronas de rosas
a Lola en la sombra tardía,
por ella el alma daría.

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Jeanne, te vistes y retocas.
Me voló el corazón un día.
¿Quizá tú lo recogerías?

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Al salir del baile a deshora
a las estrellas les decía:
«Mirad a Stella cómo brilla».

Donde van las chicas hermosas,
lon, la.

Gavroche, mientras cantaba, interpretaba una pantomima. El ademán es el punto de apoyo de la canción. Hacía con la cara, que era un repertorio inagotable de máscaras, muecas más convulsas y más fantásticas que las bocas de un trozo de tela lleno de agujeros en un vendaval. Por desgracia, como estaba solo y la calle estaba a

oscuras, ni lo veía nadie ni nadie lo habría podido ver. Hay riquezas que se pierden.

De repente, se paró en seco.

—Dejemos aquí la romanza —dijo.

Sus pupilas felinas acababan de divisar en el entrante de una puerta cochera eso a lo que llaman bodegón con personaje, es decir, una persona y un objeto. El objeto era un carretón, y el personaje, un carbonero que estaba durmiendo en él.

Las varas del carretón estaban apoyadas en el empedrado y el carbonero tenía apoyada la cabeza en el piso del carretón. Estaba hecho un ovillo en ese plano inclinado y los pies le llegaban al suelo.

Gavroche, que tenía experiencia en las cosas de este mundo, cayó en la cuenta de que era un borracho.

Era algún mandadero de por allí que había bebido de más y dormía de más.

—Mira tú para qué valen las noches de verano —pensó Gavroche—. El carbonero se duerme en su carretón. Y uno se lleva el carretón para la república y le deja el carbonero a la monarquía.

La idea luminosa que viene a continuación le había alumbrado los pensamientos:

—Este carretón quedaría estupendamente en nuestra barricada.

El carbonero roncaba.

Gavroche tiró despacio del carretón hacia atrás y del carbonero hacia adelante, es decir, por los pies; y, al cabo de un minuto, el carbonero, impertérrito, dormía tumbado en los adoquines.

El carretón estaba libre.

Gavroche, que estaba acostumbrado a enfrentarse donde fuera con lo imprevisto, llevaba siempre de todo encima. Se hurgó en uno de los bolsillos y sacó un trozo arrugado de papel y un trozo de lápiz rojo que le había quitado a un carpintero cualquiera.

Escribió:

«*República francesa.*

»Recibo por tu carretón».

Y firmó: «GAVROCHE».

A continuación, le metió el papel en el bolsillo del chaleco de pana al carbonero, que no había dejado de roncar, empuñó las varas y se fue en dirección al Mercado Central, empujando el carretón a todo correr con un estruendo glorioso y triunfal.

Era peligroso. Había un puesto de tropas en la Real Imprenta. Gavroche no se acordaba. En ese puesto estaban acuartelados unos guardias nacionales de los arrabales. La escuadra estaba empezando a espabilarse y las cabezas se alzaron de los catres de tijera. Dos faroles rotos seguidos y aquella canción cantada a voz en cuello eran mucho para unas calles tan apocadas a las que les apetece irse a dormir cuando se pone el sol y coronan tan temprano la vela con el apagador. El golfillo llevaba una hora metiendo, en aquel distrito tranquilo, el escándalo de una mosquita dentro de una botella. El sargento lo oía. Y estaba a la espera. Era un hombre prudente.

El rodar endiablado del carretón colmó la medida de la espera admisible y decidió al sargento a hacer una ronda.

—¡Ya están ahí, y son una cuadrilla! —dijo—. Vayamos con tiento.

Estaba claro que la hidra de la anarquía había salido de la caja donde estaba metida y andaba suelta por el barrio.

Y el sargento se arriesgó a salir del puesto con pasos sordos.

De repente, Gavroche, que iba empujando el carretón, cuando estaba a punto de salir de la calle de Les Vieilles-Haudriettes, se dio de bruces con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se paró en seco otra vez.

—Anda —dijo—, si es él. Muy buenas, orden público.

Cuando Gavroche se quedaba cortado, se le pasaba pronto y se tranquilizaba enseguida.

—¿Dónde vas, golfo? —gritó el sargento.

—Ciudadano —dijo Gavroche—, yo todavía no lo he llamado burgués. ¿Por qué me insulta?

—¿Dónde vas, bribón?

—Caballero —siguió diciendo Gavroche—, es posible que ayer aún fuera usted un hombre de ingenio, pero esta mañana lo destituyeron.

—Te pregunto dónde vas, pillo.

Gavroche contestó:

—Qué simpatía tiene usted al hablar. Le digo en serio que no

aparenta la edad que tiene. Debería vender el pelo que le queda a cien francos cada pelo. Sacaría quinientos francos.

—¿Dónde vas? ¿Dónde vas? ¿Dónde vas, bandido?

Gavroche respondió:

—Pero ¡qué palabras tan feas! La primera vez que lo den de mamar, que le limpien mejor la boca.

El sargento cruzó la bayoneta.

—¿Vas a decirme de una vez dónde vas, miserable?

—Mi general —dijo Gavroche—, voy a buscar al médico, que tengo a la mujer de parto.

—¡A las armas! —gritó el sargento.

Usar para salvarse lo que lo ha perdido a uno, he ahí la obra maestra de los hombres fuertes; Gavroche calibró la situación de una ojeada. El carretón lo había puesto en un aprieto y el carretón iba a protegerlo.

En el momento en que el sargento iba a abalanzarse sobre Gavroche, el carretón, convertido en proyectil y empujado con fuerza, se le vino encima, rodando con furia, y el sargento, a quien golpeó en todo el vientre, cayó de espaldas en el arroyo al tiempo que disparaba un tiro al aire.

Al oír el grito del sargento, los hombres del puesto salieron manga por hombro; el tiro trajo consigo una descarga general disparada al azar; luego recargaron las armas y dispararon otra vez.

Aquel juego de la gallina ciega duró un cuarto de hora largo y mató los cristales de unas cuantas ventanas.

Mientras tanto, Gavroche, que había dado marcha atrás corriendo desaforadamente, se detuvo a cinco o seis calles de allí y se sentó, sin resuello, en el mojón que hace esquina al mercado de Les Enfants-Rouges.

Aguzó el oído.

Tras quedarse unos momentos recobrando la respiración, se volvió hacia el lado por el que seguían sonando a más y mejor los tiros, se puso la mano izquierda a la altura de la nariz y la disparó hacia adelante tres veces dándose un cachete con la mano derecha en la parte de atrás de la cabeza, gesto soberano en que los pilluelos parisinos han condensado la ironía francesa y de cuya eficacia no cabe duda, puesto que lleva durando ya medio siglo.

Una reflexión amarga le aguó el buen humor.

—Sí —dijo—, me carcajeo, me parto, me sale la alegría por todas partes, pero me desvío; voy a tener que dar un rodeo. ¡Con tal de que llegue a tiempo a la barricada!

Y, dicho esto, echó a correr otra vez.

Y, mientras corría, dijo:

—A ver, ¿en qué estaba yo?

Y volvió a cantar la canción internándose deprisa en las calles, mientras se iba oyendo más débilmente en la oscuridad:

> Vamos a poner firmes todas
> las bastillas que en pie seguían
> y el orden público al día.
>
> Donde van las chicas hermosas,
> lon, la.
>
> Se caen los bolos con las bolas.
> Y el viejo mundo se caía
> con la bola que más valía.
>
> Dónde van las chicas hermosas,
> lon, la.
>
> Pueblo, a ver, las muletas prontas
> y a cargarse el Louvre a porfía,
> que se acabaron las orgías.
>
> Donde van las chicas hermosas,
> lon, la.
>
> Entramos por las verjas flojas
> y a Carlos X, sin ningún guía,
> se le voló la monarquía.
>
> Donde van las chicas hermosas,
> lon, la.

El puesto no empuñó las armas en vano. Conquistaron el carretón y detuvieron al borracho. Aquél lo llevaron al depósito, a

éste le dieron la lata un poco más adelante, por cómplice, en los consejos de guerra. El ministerio público de la época demostró, en circunstancia tal, su celo infatigable en pro de la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche pasó a formar parte de la tradición de Le Temple y es uno de los recuerdos más espantosos de los burgueses ancianos de Le Marais; en sus recuerdos se llama: el ataque nocturno al puesto de la Real Imprenta.

Quinta Parte

Jean Valjean

Libro primero

La guerra entre cuatro paredes

I

El Caribdis del barrio de Saint-Antoine y el Escila del arrabal de Le Temple

Las dos barricadas más memorables que pueda citar el observador de las enfermedades sociales no son de la época en que se sitúa la acción de este libro. Esas dos barricadas, símbolos ambas, con aspectos diferentes, de una situación temible, brotaron del suelo en la fatídica insurrección de junio de 1848, la mayor guerra callejera que haya visto la historia.

Sucede a veces que, incluso en contra de los principios, incluso en contra de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, incluso en contra del sufragio universal, incluso en contra del gobierno de todos para todos, desde lo hondo de sus angustias, de sus desalientos, de su desvalimiento, de sus fiebres, de sus desgracias, de sus miasmas, de sus ignorancias, de sus tinieblas, esa tremenda desesperada, la chusma, protesta; y el populacho se enfrenta al pueblo.

Los bergantes van en contra del derecho común; la oclocracia se insubordina contra el demos.

Son jornadas nefastas; pues siempre existe cierta dosis de derecho incluso en una demencia tal; hay suicidio en ese duelo; y esas palabras, que quieren ser injurias, bergantes, chusma, oclocracia, populacho, dan fe más bien, ay, de la culpabilidad de quienes reinan que de la culpabilidad de quienes sufren; los culpables son más bien los privilegiados que los desheredados.

En lo que a nosotros se refiere, nunca pronunciamos esas palabras sin dolor ni sin respeto, pues, cuando la filosofía sondea los acontecimientos a los que corresponden, con gran frecuencia da con muchas cosas grandes que se codean con las miserias. Atenas

era una oclocracia; los bergantes hicieron Holanda; el populacho salvó en más de una ocasión Roma, y la chusma iba en pos de Jesucristo.

No existe pensador que no se haya quedado contemplando a veces las magnificencias de abajo.

A esa chusma se refería seguramente san Jerónimo, y a toda esa pobre gente, y a todos esos vagabundos, y a todos esos miserables de entre los que salieron los apóstoles y los mártires, cuando decía esta frase misteriosa: *Fex urbis, lex orbis*.

Las exasperaciones de ese gentío que padece y sangra, sus violencias a contrapelo contra los principios que constituyen su vida, sus desmanes contra el derecho son golpes de Estado populares, y hay que reprimirlos. El hombre probo se entrega a ello y combate contra ese gentío por el propio amor que le tiene. Pero ¡cuánto lo disculpa al tiempo que se enfrenta a él! ¡Cuánto lo venera al tiempo que le opone resistencia! Es uno de esos momentos infrecuentes en que, mientras hacemos lo que hay que hacer, sentimos algo que nos desconcierta y que casi podría disuadirnos de seguir adelante; persistimos, es menester, pero la conciencia satisfecha está triste y al cumplimiento del deber se añade el entorpecimiento del corazón oprimido.

Apresurémonos a decir que junio de 1848 fue un acontecimiento aparte casi imposible de clasificar dentro de la filosofía de la historia. Hay que dar de lado todo cuanto acabamos de decir cuando nos referimos a ese levantamiento extraordinario en el que se palpaba la sagrada ansiedad del trabajo, que exigía sus derechos. Hubo que combatirlo, eso era lo debido puesto que se trataba de un ataque a la República. Pero, en el fondo, ¿qué fue junio de 1848? Una rebelión del pueblo contra sí mismo.

Si no se pierde el asunto de vista no existe digresión posible; que se nos permita, pues, pedirle al lector que se fije por un momento en las dos barricadas, únicas a más no poder, que acabamos de mencionar y caracterizaron esta insurrección.

Una tapaba la entrada del barrio de Saint-Antoine; otra impedía llegar al arrabal de Le Temple; quienes tuvieron delante, bajo el resplandeciente cielo azul de junio, esas dos espantosas obras maestras de la guerra civil no podrán olvidarlas nunca.

La barricada de Saint-Antoine era monstruosa; tenía la altura de

tres pisos y una anchura de setecientos pies. Tapiaba, de esquina a esquina, la amplia entrada al barrio, es decir, tres calles; surcada de barrancos, desmenuzada, troceada, coronada con las almenas de una brecha inmensa, reforzada con apilamientos que eran a su vez bastiones, proyectando cabos acá y allá, adosada firmemente a los dos tremendos promontorios de las casas del arrabal, brotaba como una elevación ciclópea al fondo de la temible plaza que presenció el 14 de julio. Diecinueve barricadas se iban escalonando calles adentro detrás de esta barricada madre. Sólo con verla se notaba en el barrio el gigantesco padecimiento agonizante que había llegado a ese momento extremo en que un desvalimiento desesperado quiere convertirse en catástrofe. ¿Con qué estaba hecha esa barricada? Había quien decía que con los restos de tres casas de seis pisos derribadas ex profeso. Otros decían que con el prodigio de todas las iras. Tenía el aspecto consternante de todas las edificaciones fruto del odio y la ruina. Era posible decir: ¿quién lo ha construido? También era posible decir: ¿quién lo ha destruido? Era la improvisación de la efervescencia. ¡Anda, mira! ¡Esa puerta! ¡Esa verja! ¡Ese alero! ¡Ese marco de ventana! ¡Ese infiernillo roto! ¡Esa olla rajada! ¡Traedlo todo! ¡Echadlo todo aquí! ¡Empujad, traed rodando, picad, desmantelad, ponedlo todo patas arriba, derribadlo todo! Era la colaboración del adoquín, del mampuesto, de la viga, de la barra de hierro, del trapo, del azulejo reventado, de la silla desfondada, del troncho de col, del harapo, del andrajo y de la maldición. Era algo grande y pequeño. Era el abismo que el batiburrillo parodiaba allí mismo. La mole junto al átomo; el lienzo de pared arrancado y la escudilla rota; una confraternización amenazadora de todos los restos; allí habían arrojado Sísifo la roca y Job la loza rota. En resumidas cuentas, algo terrible. Era la acrópolis de los ganapanes. Cubrían el accidentado talud unas carretas volcadas; allí estaba cruzado un carromato grandísimo, con el eje apuntando al cielo, que parecía una cuchillada en esa fachada tumultuosa; un ómnibus, que habían izado a pulso hasta lo más alto del montón, como si los arquitectos de aquella edificación salvaje hubieran querido añadir al espanto una travesura de chiquillos, mostraba la vara de la que habían desenganchado a saber qué caballos del cielo. Tan gigantesco conglomerado se le presentaba a la mente como ese empeño de gigantes que apilan el monte Osa

sobre el monte Pelión, propio de todas las revoluciones: 1793 sobre 1789; el 9 de termidor sobre el 10 de agosto; el 18 de brumario sobre el 21 de enero; vendimiario sobre pradial; 1848 sobre 1830. La plaza se lo merecía, y esa barricada era digna de hallarse en el mismísimo sitio del que había desaparecido la Bastilla. Si el océano construyera diques, lo haría así. Aquel amontonamiento deforme llevaba la huella de la furia del oleaje. ¿Qué oleaje? El gentío. Era como ver la petrificación de la tremolina. Parecía oírse por encima de aquella barricada, como si ésa hubiera sido su colmena, el zumbido de las enormes abejas tenebrosas del progreso violento. ¿Era una maraña? ¿Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? Parecía haberla construido a aletazos el vértigo. En aquel reducto había parte de cloaca; y en aquel revoltijo, algo olímpico. Podían verse, en una mezcolanza colmada de desesperación, albardillas de tejados, trozos de buhardillas donde aún quedaba el papel pintado; chasis de ventanas cuyos cristales se hincaban en los escombros, a la espera del cañón; chimeneas arrancadas, armarios, mesas, bancos; un enredo que soltaba alaridos; y esos mil objetos indigentes, que incluso para el mendigo son desechos y en los que hay parte de ira y parte de anonadamiento. Hubiérase dicho que era el andrajo de un pueblo, andrajo de madera, de hierro, de bronce, de piedra; y que el barrio de Saint-Antoine lo había echado fuera de un escobazo colosal, convirtiendo en barricada su miseria. Bloques semejantes a tajos de carnicero, cadenas dislocadas, armazones de codales con forma de horca y ruedas horizontales que asomaban entre los escombros, se amalgamaban en aquella edificación de la anarquía con la sombría imagen de los antiguos suplicios que había padecido el pueblo. La barricada de Saint-Antoine sacaba partido de todo para armarse; de allí surgía cuanto puede la guerra civil arrojar a la cabeza de la sociedad; aquello no era combate, era paroxismo; las carabinas que defendían ese reducto, entre las que había unos cuantos trabucos, disparaban migajas de loza, huesecillos, botones e incluso ruedecitas de mesilla de noche, proyectiles peligrosos porque llevaban cobre. Era una barricada desaforada; lanzaba hacia las nubes un clamor indecible; había ratos en que, para provocar al ejército, se cubría de gente y de tempestad; un barullo de cabezas flamígeras la coronaba; un pulular la abarrotaba; tenía una cresta que erizaban los fusiles, los sables,

los palos, las hachas, las picas y las bayonetas; una gran bandera roja restallaba al viento; se oían gritos de mando, canciones de ataque, redobles de tambor, sollozos de mujer y las carcajadas tenebrosas de los muertos de hambre. Era desmesurada y estaba viva; y, como del lomo de un animal eléctrico, brotaba de ella un chisporroteo fulminante. El espíritu de la revolución cubría con su nube aquella cumbre en que retumbaba la voz de Dios; una majestad extraña se desprendía de aquel titánico cuévano de escombros. Era un basurero y era el Sinaí.

Como ya hemos dicho antes, atacaba en nombre de la revolución. ¿Qué atacaba? La revolución. Esa barricada, el azar, el desorden, el espanto, el malentendido, lo desconocido, se enfrentaba a la asamblea constituyente, a la soberanía del pueblo, al sufragio universal, a la nación, a la República; y era la *Carmañola* desafiando a la *Marsellesa*.

Desafío insensato, pero heroico, porque aquel antiguo arrabal es un héroe.

El barrio y su reducto se apoyaban. El barrio respaldaba el reducto, el reducto se adosaba al barrio. La extensa barricada se prolongaba como un acantilado donde iba a romper la estrategia de los generales de África. Las cavernas, las excrecencias, las verrugas y las gibosidades que tenía hacían muecas, por así decirlo, y reían sardónicamente tras el humo. La metralla se desvanecía entre lo informe; los proyectiles de obús se hundían en ella, se abismaban; la barricada se los tragaba; las balas de cañón sólo agujereaban agujeros. ¿De qué vale dispararle balas de cañón al caos? Y los regimientos, acostumbrados a los espectáculos guerreros más fieros, miraban con ojos intranquilos esa especie de reducto, que era animal salvaje porque se erizaba como un jabalí y era montaña por lo enorme.

A un cuarto de legua, en la esquina de la calle de Le Temple, que desemboca en el bulevar cerca de Le Château-d’Eau, quien asomara atrevidamente la cabeza fuera del saliente que formaba el escaparate del comercio Dallemagne podía ver, de lejos, pasado el canal, en la calle que sube por las rampas de Belleville, en el punto culminante de la cuesta, un muralla rara que llegaba hasta el segundo piso de las fachadas, algo así como un guión que uniera las casas de la derecha con las casas de la izquierda, como si la calle

hubiera cerrado espontáneamente el más alto de sus muros para clausurarse de golpe. Habían construido ese muro con adoquines. Era recto, formal, frío, perpendicular, nivelado a escuadra, tirado a cordel, trazado con plomada. No tenía cemento, desde luego, pero eso no le alteraba la arquitectura rígida, como les sucede a algunas murallas romanas. Por la altura se intuía el espesor. El entablamento era matemáticamente paralelo a la base. Se divisaban, de trecho en trecho, en la superficie gris, unas aspilleras casi invisibles que parecían hilos negros. Intervalos iguales separaban esas aspilleras. La calle estaba desierta en todo el trecho que abarcaba la vista. Estaban cerradas todas las puertas y todas las ventanas. Al fondo se alzaba ese obstáculo que convertía la calle en un callejón sin salida; un muro quieto y tranquilo; no se veía a nadie; no se oía nada, ni un grito, ni un ruido, ni un hálito. Un sepulcro.

El cegador sol de junio inundaba de luz esa cosa tremenda.

Era la barricada del arrabal de Le Temple.

Nada más llegar allí y divisarla, les era imposible incluso a los más arrojados no quedarse pensativos ante aquella aparición misteriosa. Estaba bien ajustada, bien encajada, bien imbricada y era rectilínea, simétrica y fúnebre. Había en ella algo de la ciencia de las tinieblas. Se notaba que el jefe de aquella barricada o era un geómetra o era un espectro. Todo el mundo la miraba y bajaba el tono de voz.

De vez en cuando, si alguien, un soldado, un oficial o un representante del pueblo, se arriesgaba a cruzar por la calzada solitaria, se oía un silbido agudo y débil y el transeúnte caía herido o muerto; o, si se libraba, podía verse cómo se hundía una bala en cualquier postigo cerrado o en una rendija entre dos mampuestos o en el yeso de una pared. A veces era una bala de vizcaíno. Porque los hombres de la barricada se habían fabricado con dos pedazos de hierro de las tuberías del gas, taponados con estopa y arcilla refractaria, dos cañones pequeños. No despilfarraban la pólvora tontamente. Casi todas las balas daban en el blanco. Había unos cuantos cadáveres, acá y allá, y charcos de sangre en el empedrado. Recuerdo una mariposa blanca que iba y venía por la calle. El verano no abdica.

En las inmediaciones, la parte de debajo de las puertas cocheras

estaba atestada de muertos.

Cualquiera notaba que lo estaba apuntando alguien invisible y caía en la cuenta de que toda la calle, cuan larga era, estaba en el punto de mira.

Agolpados detrás de esa especie de badén que forma, a la entrada del arrabal de Le Temple, el puente cintrado del canal, los soldados de la columna de ataque observaban, muy serios y con gran recogimiento, aquel reducto lúgubre, aquella quietud, aquella impasibilidad de las que salía la muerte. Algunos reptaban, bocabajo, hasta la parte superior de la curva del puente, teniendo buen cuidado de que los chacós no asomasen.

El valeroso coronel Monteynard admiraba, escalofriado, aquella barricada. *¡Qué construcción!* —le decía a un representante—. *No hay ni un adoquín que sobresalga más que otro. Es una porcelana*. En ese preciso instante, una bala le destrozó la condecoración de la Legión de Honor que llevaba en el pecho y cayó.

—Pero ¡qué cobardes! —decían todos—. ¡Que salgan! ¡Que se los vea! ¡No se atreven! ¡Se esconden!

La barricada del arrabal de Le Temple, que defendían ochenta hombres y atacaban diez mil, aguantó tres días. Al cuarto día, hicieron igual que en Zaatcha y en Constantina, abrieron agujeros en las casas, fueron por los tejados y la barricada cayó. A ninguno de aquellos ochenta cobardes se le ocurrió huir; mataron a todos menos al jefe, Barthélemy, del que luego hablaremos.

La barricada de Saint-Antoine era el tumulto de los truenos; la barricada de Le Temple era el silencio. Había entre ambos reductos la diferencia que existe entre lo formidable y lo siniestro. Aquélla parecía unas fauces; ésta, una máscara.

Dando por hecho que la gigantesca y tenebrosa insurrección de junio se compuso de ira y enigma, se notaba en la primera barricada al dragón, y en la segunda, a la esfinge.

Esas dos fortalezas las habían construido dos hombres; el primero se llamaba Cournet, y el segundo, Barthélemy. Cournet hizo la barricada de Saint-Antoine; Barthélemy, la barricada de Le Temple. Ambas eran a imagen y semejanza del constructor.

Cournet era un hombre de elevada estatura, ancho de espaldas, de cara encarnada, puños que aplastaban, corazón arrojado, alma leal, mirada sincera y terrible. Intrépido, enérgico, irascible,

aborrascado; el hombre más cordial y el combatiente más temible. La guerra, la lucha, la refriega eran el aire que respiraba y lo ponían de excelente humor. Había sido oficial de marina, y se intuía por los ademanes y la voz que procedía del océano y venía de la tempestad; era la prolongación del huracán en la batalla. Descartando la genialidad, había en Cournet algo de Danton, de la misma forma que, descartando la divinidad, había algo de Hércules en Danton.

Barthélemy, flaco, encanijado, pálido, taciturno, fue algo así como un golfillo trágico que a los diecisiete años, tras abofetearlo un guardia, lo acechó, lo esperó y lo mató y fue a presidio. Salió de presidido e hizo aquella barricada.

Más adelante, acontecimiento fatídico, en Londres, proscritos ambos, Barthélemy mató a Cournet. Fue un duelo lóbrego. Poco después, pillado en el engranaje de una de esas aventuras misteriosas en que tiene que ver la pasión, catástrofes en que la justicia francesa ve circunstancias atenuantes y la justicia inglesa sólo ve un muerto, ahorcaron a Barthélemy. Así es el sombrío edificio social: merced a la miseria material, merced a la oscuridad moral, aquel desdichado en quien tenía cabida una inteligencia firme, sin duda, y grande, quizá, empezó en Francia en presidio y acabó en el patíbulo en Inglaterra. Barthélemy, cuando se presentaba la ocasión, sólo izaba una bandera, la bandera negra.

II

Qué hacer en el abismo a menos que se charle

Dieciséis años se notan en la educación subterránea en disturbios; y junio de 1848 sabía más que junio de 1832. Por lo tanto, la barricada de la calle de la Chanvrerie no era sino un esbozo y un embrión comparada con las dos barricadas colosales que acabamos de describir someramente; pero en aquella época era temible.

Los insurrectos, bajo la atenta mirada de Enjolras, porque Marius ya no se fijaba en nada, aprovecharon la noche. No sólo hicieron reparaciones en la barricada, sino que la agrandaron. La elevaron otros dos pies. Unas barras de hierro clavadas en los adoquines parecían unas lanzas allí apostadas. Toda clase de escombros, que habían añadido tras traerlos de todas partes, volvían más complejo el entramado exterior. Habían vuelto a construir sabiamente el reducto, muralla por dentro y maleza por fuera.

Repararon las escaleras de adoquines, que permitían subir a la barricada como a la muralla de una ciudadela.

Asearon la barricada, quitaron los escombros de la sala de abajo, usaron la cocina como ambulancia, terminaron de curar a los heridos, recogieron la pólvora que andaba rodando por el suelo y por encima de las mesas, fundieron balas, fabricaron cartuchos, hicieron hilas, repartieron las armas de los caídos, limpiaron el interior del reducto, recogieron los restos y se llevaron los cadáveres.

Apilaron a los muertos en la callejuela de Mondétour, que seguía en su poder. El empedrado siguió siendo rojo mucho tiempo en aquel sitio. Había entre los muertos cuatro guardias nacionales de

los arrabales. Enjolras mandó que pusieran de lado los uniformes.

Enjolras aconsejó a todo el mundo que durmiera un par de horas. Un consejo de Enjolras era una consigna. No obstante, sólo tres o cuatro disfrutaron de ese sueño. Feuilly dedicó esas dos horas a grabar en la pared frontera a la taberna:

¡VIVAN LOS PUEBLOS!

Esas tres palabras, excavadas en el mampuesto con un clavo, seguían leyéndose en esa pared en 1848.

Las tres mujeres habían aprovechado la tregua nocturna para esfumarse definitivamente, lo que permitió a los insurrectos respirar más a gusto.

Habían dado con alguna forma de refugiarse en una casa del vecindario.

La mayoría de los heridos podían seguir combatiendo y querían hacerlo. Cubrían el suelo de la cocina, convertida en ambulancia, unos colchones y unos haces de paja, donde estaban cinco hombres heridos de gravedad, entre los que había dos guardias municipales. A los guardias municipales los curaron los primeros.

Sólo quedaron ya en la sala de abajo Mabeuf bajo la sábana negra y Javert, atado al poste.

—Ésta es la sala de los muertos —dijo Enjolras.

En el interior de aquella sala, que apenas iluminaba una vela, al fondo del todo, como la mesa mortuoria estaba detrás del poste, como una barra horizontal, Javert de pie y Mabeuf yacentes formaban algo así como una cruz grande e imprecisa.

La vara del ómnibus, aunque los tiros la habían partido, daba aún para poder colgar de ella una bandera.

Enjolras, que tenía esa virtud propia de un jefe: hacer siempre lo que decía, sujetó a ese mástil el frac agujereado y ensangrentado del anciano muerto.

No era ya posible comer nada. No había ni pan ni carne. Los cincuenta hombres de la barricada llevaban allí dieciséis horas y no habían tardado en acabar con las escasas provisiones de la taberna. Llega siempre un momento en que toda barricada que resiste se convierte inevitablemente en la balsa de *La Méduse*. Hubo que resignarse a pasar hambre. Eran las primeras horas de aquel día espartano del 6 de junio en que, en la barricada Saint-Merry,

Charles Jeanne, rodeado de insurrectos que pedían pan, contestaba a todos esos combatientes que pedían de comer a gritos: «¿Para qué? Son las tres. A las cuatro estaremos muertos».

Como ya no quedaba de comer, Enjolras vedó que se bebiera. Prohibió el vino y racionó el aguardiente.

Habían encontrado en el sótano alrededor de quince botellas llenas, herméticamente selladas. Enjolras y Combeferre las examinaron. Combeferre, al subir, dijo: «Son existencias antiguas de Hucheloup, que empezó por ser tendero de ultramarinos».

—Debe de ser vino del bueno —comentó Bossuet—. Menos mal que Grantaire está durmiendo. Si estuviera despierto, nos costaría salvar esas botellas.

Enjolras, aunque la gente refunfuñaba, puso el veto a esas quinee botellas; y, para que nadie las tocase y fueran sagradas, mandó que las colocasen debajo de la mesa en la que yacía Mabeuf.

A eso de las dos de la mañana hicieron un recuento. Todavía eran treinta y siete.

Empezaba a apuntar el día. Acababan de apagar la antorcha, que habían vuelto a colocar en su alveolo de adoquines. Las tinieblas invadieron el interior de la barricada, esa especie de patinillo que formaba la calle, y parecía, en ese impreciso horror crepuscular, el puente de un barco desmantelado. Los combatientes iban y venían y se movían por él como formas negras. Por encima de aquel atemorizador nido de sombra, se esbozaban, lívidos, los pisos de las casas mudas; arriba del todo, las chimeneas iban blanqueando. El cielo tenía ese delicioso matiz indeciso que puede ser blanco y puede ser azul. Pasaban volando unos pájaros, gritando de felicidad. Como la casa alta que le hacía las veces de telón de fondo a la barricada miraba a levante, tenía un reflejo rosa en el tejado. En el tragaluz del tercer piso el viento de la mañana le revolvía el pelo gris al hombre muerto.

—Estoy contentísimo de que hayan apagado la antorcha —le decía Courfeyrac a Feuilly—. Esa antorcha que el viento espantaba era un fastidio. Parecía que tenía miedo. La luz de las antorchas se parece a la sensatez de los cobardes; da poca luz porque tiembla.

El alba espabila las mentes como si fueran pájaros; todos charlaban.

Joly, al ver un gato rondando por un canalón, hallaba en ello

tema para filosofar.

—¿Qué es el gato? —exclamaba—. Es una corrección. Cuando Dios hizo el ratón, dijo luego: «¡Anda! He metido la pata». E hizo el gato. El gato es la errata del ratón. El ratón más el gato son la galerada vuelta a leer y corregida de la creación.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Jean Prouvaire, de Bahorel, de Mabeuf, e incluso de Cabuc y de la circunspecta tristeza de Enjolras. Decía:

—Harmodio y Aristogitón, Bruto, Querea, Stéfano, Cromwell, Charlotte Corday, Louis Sand, todos tuvieron, tras asestar el golpe, su momento de angustia. Tenemos un corazón tan trémulo y la vida humana es un misterio tal que, incluso en un asesinato cívico, incluso en un asesinato liberador, en el caso de que los haya, el remordimiento de haber matado a un hombre supera la alegría de haber servido al género humano.

Y, tales son los meandros de la conversación, un minuto después, por una transición que procedía de los versos de Jean Prouvaire, Combeferre estaba comparando entre sí a los traductores de las *Geórgicas,* a Raux con Cournand, a Cournand con Delille, y señalaba los escasos fragmentos traducidos por Malfilâtre y, en particular, los prodigios de la muerte de César; y con ese nombre, César, la charla volvía a Bruto.

—Fue justo —dijo Combeferre— que cayera César. Cicerón fue severo con César y tuvo razón. Esa severidad suya no es diatriba. Cuando Zoilo insulta a Homero, cuando Mævio insulta a Virgilio, cuando Visé insulta a Molière, cuando Pope insulta a Shakespeare, cuando Fréron insulta a Voltaire, se está cumpliendo una ley antigua de envidia y odio; los genios atraen las injurias; con los grandes hombres siempre se meten en mayor o menor grado. Pero Zoilo es una cosa y Cicerón es otra. Cicerón es justiciero con las ideas de la misma forma que Bruto es justiciero con la espada. En lo que a mí se refiere, censuro esta justicia, la de la espada, pero la Antigüedad la admitía. César, que violó el Rubicón, que concedió como si fueran suyas dignidades que procedían del pueblo, que no se levantaba cuando entraba el Senado, actuaba, como dice Eutropio, como un rey y casi como un tirano, *regia ac poene tyrannica.* Era un gran hombre; pues qué se le va a hacer; o mejor que fuera así, más elevada es la lección. Sus veintitrés heridas me

conmueven menos que el escupitajo en la cara de Cristo. A César lo apuñalan los senadores; a Cristo lo abofetean unos criados. Se nota el Dios en que es mayor el ultraje.

Bossuet, que hablaba con los demás desde arriba, subido en un montón de adoquines, exclamaba, con la carabina en la mano:

—¡Ah, Cidateneo; ah, Mirrino; ah, Probalinto; ah, gracias de la Eántide! ¡Ah! ¿Quién me concederá el don de pronunciar los versos de Homero como un griego de Laurion o de Edapteón?

III

Un claro y nuevas nubes

Enjolras había ido a hacer un reconocimiento. Salió por la callejuela de Mondétour, haciendo eses pegado a las casas.

Los insurrectos, hemos de decirlo, rebosaban esperanza. La forma en que habían rechazado el ataque nocturno los llevaba casi a desdeñar el ataque del despuntar del día. Lo esperaban y les hacía sonreír. No ponían en duda el éxito de la misma forma que no ponían en duda su causa. Por lo demás, estaba claro que les llegarían refuerzos. Contaban con ellos. Con esa facilidad para profetizar el triunfo que es una de las fuerzas del francés empeñado en un combate, dividían el día que estaba a punto de comenzar en tres fases seguras: a las seis de la mañana, un regimiento «con quien ya se había hablado» cambiaría de bando; a mediodía, la insurrección de París entero; al ponerse el sol, la revolución.

Se oía el toque de rebato de Saint-Merry, que no había callado un minuto desde el día anterior, lo cual demostraba que la otra barricada, la grande, la de Charles Jeanne, seguía en su sitio.

Todas aquellas esperanzas iban de un grupo a otro como un cuchicheo alegre y temible que se parecía al zumbido guerrero de una colmena de abejas.

Regresó Enjolras. Volvía de su oscuro paseo de águila por las tinieblas exteriores. Se quedó un rato escuchando todo aquel júbilo con los brazos cruzados y una mano en la boca. Luego, lozano y sonrosado entre la blancura de la mañana, que iba creciendo, dijo:

—Interviene todo el ejército de París. La tercera parte de ese ejército se centra en la barricada en que estáis. Además está la Guardia Nacional. He visto los chacós del 5.º de infantería ligera y los guiones de la sexta legión. Os atacarán dentro de una hora. En

lo que al pueblo se refiere, ayer hubo efervescencia, pero esta mañana ya no se mueve. Ni hay esperanza ni hay nada que esperar. Ni de un arrabal ni de un regimiento. Os han abandonado.

Esas palabras cayeron en pleno zumbido de los grupos e hicieron en ellos el mismo efecto que la primera gota de la tormenta en un enjambre. Todos se quedaron callados. Hubo un momento de silencio indecible en que se podría haber oído a la muerte pasar volando.

Fue un momento breve.

Una voz, desde lo hondo del grupo menos destacado, le gritó a Enjolras:

—Bien está. Vamos a subir la barricada veinte pies y aquí nos quedaremos todos. Ciudadanos, hagamos el juramento de los cadáveres. Que se vea que, aunque el pueblo abandone a los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Esas palabras apartaban el pensamiento de todos de las ansiedades individuales. Las recibió una aclamación entusiasta.

Nunca se supo cómo se llamaba el hombre que habló así; fue cualquier obrero ignorado, un desconocido, un olvidado, un héroe que pasó por allí, ese magno anónimo que siempre se halla en las crisis humanas y en las génesis sociales y que, en determinado momento, dice de forma suprema la frase decisiva y se desvanece en las tinieblas tras haber sido, por un minuto, entre el resplandor de un relámpago, el pueblo y Dios.

Hasta tal punto estaba en el ambiente esa decisión inexorable el 6 de junio de 1832 que, casi a la misma hora, en la barricada de Saint-Merry, los insurrectos lanzaron este clamor histórico y del que quedó acta en el juicio: «¡Qué más da que vengan a socorrernos o que no vengan! Que nos maten aquí hasta el último».

Como podemos ver, las dos barricadas estaban aisladas materialmente, pero en comunicación.

IV

Cinco menos y uno más

Después de hablar y proferir la frase del alma colectiva aquel hombre anónimo, que había decretado el «juramento de los cadáveres», brotó de todas las bocas un grito extrañamente satisfecho y tremendo, de sentido lóbrego y acento triunfal:

—¡Viva la muerte! Aquí nos quedamos todos.

—¿Por qué todos? —dijo Enjolras.

—¡Todos! ¡Todos!

Enjolras añadió:

—La posición es buena, la barricada es espléndida. Basta con treinta hombres. ¿Por qué vamos a sacrificar a cuarenta?

Le contestaron:

—Porque ninguno querrá irse.

—Ciudadanos —gritó Enjolras, y tenía en la voz una vibración casi irritada—, la República no tiene bastantes hombres para andarse con despilfarros inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si hay quien tenga el deber de irse, es ése un deber con que el que hay que cumplir como con cualquier otro.

Enjolras, el hombre de principios, tenía ante sus correligionarios esa especie de omnipotencia que nace de lo absoluto. Pero, fuere cual fuere dicha omnipotencia, hubo murmullos de protesta.

Jefe de cuerpo entero, Enjolras, al oír esos murmullos, insistió. Siguió diciendo con tono altanero:

—Quienes teman quedarse en treinta nada más que lo digan.

Los murmullos fueron a más.

—Por cierto —comentó una voz en uno de los grupos—, se dice muy pronto eso de que nos vayamos. La barricada está rodeada.

—No lo está por la parte del Mercado Central —dijo Enjolras—.

La calle de Mondétour está libre, y por la calle de Les Prêcheurs se puede llegar hasta el mercado de Les Innocents.

—Y al llegar allí nos detendrán —dijo otra voz del grupo—. Nos toparemos con algún cuerpo de guardia de línea o de los arrabales. Verán pasar a un hombre con blusón y gorra. ¿Tú de dónde vienes? ¿No serás de los de la barricada? Y le miran a uno las manos. Hueles a pólvora. Fusilado.

Enjolras, sin contestar nada, le dio un golpe en el hombro a Combeferre y los dos entraron en la sala de abajo.

Volvieron a salir poco después. Enjolras llevaba, con los brazos estirados, los cuatro uniformes que había mandado que pusieran aparte. Detrás iba Combeferre con los correajes y los chacós.

—Con este uniforme —dijo Enjolras—, se mete uno en las filas y se escabulle. Aquí hay para cuatro de momento.

Y arrojó al suelo desempedrado los cuatro uniformes.

El estoico auditorio no se inmutó. Combeferre tomó la palabra.

—Vamos —dijo—, un poco de compasión. ¿Sabéis de qué se está hablando aquí? Se está hablando de las mujeres. A ver, ¿hay mujeres o no las hay? ¿Hay niños o no los hay? ¿Hay o no hay madres meciendo una cuna con el pie y rodeadas de chiquillos? Quien no haya visto nunca una mujer dando de mamar que levante la mano. ¡Ah, que todos queréis que os maten! Pues yo también lo quiero, pero lo que no quiero es sentir alrededor fantasmas de mujeres retorciéndose los brazos. Morid, bien está, pero no matéis. Los suicidios como los que van a darse aquí son sublimes, pero el suicido es muy estrecho y no admite extensiones; y en cuanto afecta a vuestros seres queridos, el suicido se llama asesinato. Pensad en las cabecitas rubias y pensad en las cabezas canas. Mirad, Enjolras me acaba de contar que hace un rato ha visto en la esquina de la calle de Le Cygne una ventana encendida, una vela en una ventana pobre, en el quinto, y en el cristal la sombra temblona de una cabeza de anciana que tenía aspecto de haber pasado la noche despierta y esperando. A lo mejor es la madre de uno de vosotros. Bueno pues ése que se vaya y que vaya corriendo a decirle a su madre: «¡Aquí estoy, madre!». Puede quedarse tranquilo, que aquí haremos la tarea de todas formas. Quien sea el sustento de los suyos con su trabajo no tiene ya derecho a sacrificarse. Eso es desertar de la familia. ¡Y los que tienen hijas y los que tienen hermanas! ¿Lo

habéis pensado? Dejáis que os maten, ya estáis muertos, muy bien. ¿Y mañana? Unas muchachas sin pan, ¡qué cosa tan terrible! El hombre pide limosna, la mujer se vende. Ay, esos seres adorables, tan gráciles y tan dulces, que llevan gorros de flores, que colman la casa de castidad, que cantan, que parlotean, que son como un perfume vivo, que demuestran la existencia de los ángeles en el cielo con la pureza de las vírgenes en la tierra, esa Jeanne, esa Lise, esa Mimí, esas deliciosas criaturas honestas, que son vuestra bendición y vuestro orgullo, ¡ah, Dios mío!, van a pasar hambre. ¿Qué os voy a decir que no sepáis? Existe un mercado de carne humana. ¡Y si con lo que las rodeáis es con manos de sombras trémulas no impediréis que ingresen en él! Pensad en las calles, pensad en el adoquinado lleno de viandantes, pensad en las tiendas delante de las que esas mujeres van y vienen, escotadas y pisando el barro. También esas mujeres fueron puras. Pensad en vuestras hermanas, los que las tengáis. La miseria, la prostitución, los guardias, Saint-Lazare, a eso es a lo que van a ir a parar esas jóvenes delicadas y hermosas, esos frágiles prodigios de pudor, de encanto y de hermosura, más lozanos que las lilas del mes de mayo. ¡Ah, que habéis querido que os matasen! ¡Ah, que ya no estáis ahí! Muy bien; por querer sacar al pueblo de las manos de la monarquía, entregáis a vuestras hijas a la policía. Amigos, cuidado, tened compasión. Hay poca costumbre de acordarse de las mujeres, de las desdichadas mujeres. Nos fiamos de que a las mujeres no las educaron como a los hombres, les impedimos leer, les impedimos pensar, les impedimos meterse en política. Pero ¿vais a poder impedirles que vayan a la morgue esta noche para identificar vuestros cuerpos? Vamos, que quienes tengan familia se porten como buenas personas y nos den un apretón de manos y se vayan y nos dejen rematar solos este asunto. Ya sé que se necesita mucho valor para irse, es difícil; pero más que difícil es meritorio. Se dice uno: Tengo un fusil, estoy en la barricada, aquí me quedo, que le vamos a hacer. Se tarda poco en decir eso de qué le vamos a hacer. Pero hay un día de mañana, amigos míos; y vosotros no estaréis en ese día de mañana, pero vuestras familias sí que estarán. ¡Y cuántos sufrimientos! Mirad, un niño precioso y sano, con mejillas como manzanas, que charla con media lengua, que gorjea, que trina, que se ríe, que huele bien al darle un beso, ¿sabéis en qué se convierte

cuando lo abandonan? Conocí a uno, muy chiquitín, así de pequeño. El padre había muerto. Lo recogieron por caridad unos pobres, pero no tenían pan ni para ellos. El niño siempre tenía hambre. Era invierno. No lloraba. Se iba hacia la estufa, que nunca estaba encendida y que tenía el cañón, ya sabéis, enmasillado con tierra amarilla. El niño arrancaba con los deditos un trozo de tierra de aquella y se lo comía. Tenía una respiración ronca, la cara lívida, las piernas fláccidas, el vientre hinchado. No decía nada. Le hablaban y no contestaba. Se murió. Lo llevaron a morir al hospicio Necker, que fue donde yo lo vi. Estaba de interno en ese hospicio. Así que si hay entre vosotros padres que tienen la dicha de pasearse los domingos llevando cogida en la mano tranquilizadora y robusta la manita de su niño, que esos padres se imaginen que ese niño que digo es el suyo. Me acuerdo de ese pobre chiquillo, me parece que lo estoy viendo; cuando estuvo desnudo encima de la mesa de anatomía, las costillas le asomaban de la piel como las fosas en la hierba de un cementerio. Le encontraron en el estómago algo así como barro. Tenía ceniza entre los dientes. Vamos, pensemos en conciencia y pidamos consejo al corazón. Las estadísticas dicen que la mortalidad de los niños abandonados es de un cincuenta y cinco por ciento. Lo repito, estamos hablando de mujeres, estamos hablando de madres, estamos hablando de muchachas, estamos hablando de críos. ¿Alguien os está hablando de vosotros? Sabemos muy bien cómo sois; sabemos muy bien que sois todos unos valientes, por vida de… Sabemos muy bien que lleváis todos en el alma la alegría y la gloria de dar la vida por la gran causa; sabemos muy bien que sentís que sois los elegidos para morir de forma útil y magnífica y que todos queréis la parte de triunfo que os corresponde. Me parece muy bien. Pero no estáis solos en este mundo. Hay otras personas en las que debéis pensar. No hay que ser egoísta.

Todos bajaron la cabeza con expresión sombría.

¡Curiosas contradicciones del corazón humano en los momentos más tenebrosos! Combeferre, que hablaba así, no era huérfano. Se acordaba de las madres de los demás y se olvidaba de la suya. Iba a dejar que lo matasen. Era «egoísta».

Marius, en ayunas, febril, después de dejar atrás todas las esperanzas, naufragado en el dolor, que es el naufragio más

sombrío, saturado de emociones violentas y sintiendo acercarse el fin, se había ido sumiendo cada vez más en aquel estupor visionario que precede siempre a la hora fatídica libremente aceptada.

Un fisiólogo habría podido estudiar en él los síntomas en aumento de ese ensimismamiento febril que la ciencia conoce y tiene clasificado y que es al sufrimiento lo que la voluptuosidad al placer. También la desesperación tiene un éxtasis propio. En él estaba Marius. Lo presenciaba todo como desde fuera; como ya hemos dicho, las cosas que sucedían en presencia suya le parecían lejanas; se percataba del conjunto, pero no distinguía los detalles. Veía las idas y venidas como a través de un resplandor. Oía que las voces hablaban como en lo hondo de un abismo.

Pero esto lo inmutó. Había en aquella escena una flecha que le llegó y lo despertó. Él sólo pensaba en morir y no quería que nada lo distrajera; pero, en su estado de fúnebre sonambulismo, pensó que, al perderse, no está prohibido salvar a alguien.

Alzó la voz:

—Enjolras y Combeferre tienen razón —dijo—; nada de sacrificios inútiles. Me sumo a ellos y hay que darse prisa. Combeferre os ha dicho cosas decisivas. Entre vosotros hay quienes tienen familia, madres, hermanas, mujeres, hijos. Que salgan de las filas.

Nadie se movió.

—¡Los hombres casados y quienes tengan a su cargo a una familia que salgan de las filas! —repitió Marius.

Gozaba de gran autoridad. Enjolras era el jefe de la barricada, desde luego, pero Marius la había salvado.

—¡Os lo ordeno! —gritó Enjolras.

—Os lo ruego —dijo Marius.

Entonces, afectados por las palabras de Combeferre, quebrantados por la orden de Enjolras, emocionados por el ruego de Marius, aquellos hombres heroicos empezaron a denunciarse mutuamente.

—Es verdad —le decía un joven a un hombre hecho y derecho —. Tú eres padre de familia. Vete.

—El que debería irse eres tú —contestaba el hombre—. De ti dependen tus dos hermanas.

Y estalló una lucha inaudita. Todos peleaban para que no los

echasen de la tumba.

—Hay que darse prisa —dijo Courfeyrac—. Dentro de un cuarto de hora será demasiado tarde.

—Ciudadanos —añadió Enjolras—. Esto es una república y el sufragio universal manda. Decidid vosotros quiénes tienen que irse.

Obedecieron. Al cabo de pocos minutos designaron a cinco por unanimidad y éstos salieron de las filas.

—¡Son cinco! —exclamó Marius.

Sólo había cuatro uniformes.

—Pues uno tiene que quedarse entonces —dijeron los cinco.

Y hubo una pugna por quién se quedaba, y los cinco buscaban razones para que no se quedasen los demás. Empezó la generosa disputa.

—Tú tienes una mujer que te quiere.

—Tú tienes a tu madre, que es muy vieja.

—Tú no tienes ya ni padre ni madre. ¿Qué va a ser de tus tres hermanitos?

—Tú tienes cinco hijos.

—Tú tienes derecho a vivir; tienes diecisiete años, no es edad para morirse.

Aquellas grandes barricadas revolucionarias eran puntos de cita de héroes. Lo inverosímil era sencillo. Aquellos hombres no se sorprendían entre sí.

—Daos prisa —repetía Courfeyrac.

De entre los grupos le gritaron a Marius:

—Decida usted quién se queda.

—Sí —dijeron los cinco—. Decida y obedeceremos.

Marius no pensaba ya que pudiera pasar por más emociones. No obstante, ante la idea aquella de escoger a un hombre para que muriera, se le fue toda la sangre al corazón. Se habría puesto pálido si hubiese podido estar aún más pálido.

Se acercó a los cinco, que le sonreían; y todos, con la mirada rebosante de esa inmensa llama que se ve en lo hondo de la historia, en las Termópilas, le gritaban:

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Y Marius, en estado de estupor, los contó: ¡seguían siendo cinco! Bajó luego la vista hacia los cuatro uniformes.

En ese momento cayó, como del cielo, un quinto uniforme sobre

los otros cuatro.

El quinto hombre se había salvado.

Marius alzó los ojos y reconoció al señor Fauchelevent.

Jean Valjean acababa de entrar en la barricada.

Bien por haberse informado, bien por instinto, bien por casualidad, entraba por la callejuela de Mondétour. Como iba vestido de guardia nacional, había llegado sin dificultad.

El vigía que habían puesto los insurrectos en la calle de Mondétour no tenía por qué dar la alarma por un guardia nacional aislado. Lo dejó entrar en la calle diciéndose: seguramente es un refuerzo y, en el peor de los casos, un prisionero. Era un momento demasiado serio para que el centinela se distrajera de su deber y de su puesto de observación.

Cuando Jean Valjean entró en el reducto, nadie se fijó en él, pues todos los ojos estaban clavados en los cinco elegidos y en los cuatro uniformes. Jean Valjean vio, oyó y, calladamente, se quitó el uniforme y lo arrojó encima de los otros.

La emoción fue indescriptible.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Bossuet.

—Es —respondió Combeferre— un hombre que salva a los demás.

Marius añadió con voz grave:

—Lo conozco.

Con esa garantía les bastaba a todos.

Enjolras se volvió hacia Jean Valjean.

—Bienvenido, ciudadano.

Y añadió:

—Ya sabrá que vamos a morir.

Jean Valjean, sin contestar, ayudó al insurrecto al que salvaba a ponerse el uniforme.

V

El horizonte que se ve desde lo alto de la barricada

La resultante y el colofón de la situación de todos en aquella hora fatídica y en aquel lugar inexorable fue la melancolía suprema de Enjolras.

Enjolras llevaba en sí la plenitud de la revolución; no obstante, era incompleto, tan incompleto como puede ser lo absoluto; se parecía demasiado a Saint-Just y no lo suficiente a Anacharsis Cloots; sin embargo, en la Sociedad de los Amigos del A B C las ideas de Combeferre habían acabado por imantarle las suyas hasta cierto punto; llevaba una temporada saliendo poco a poco de la forma estrecha del dogma y cediendo a los ensanchamientos del progreso; y había acabado por aceptar, como evolución definitiva y magnífica, que la gran república francesa se transformara en una inmensa república humana. En cuanto a los medios inmediatos, ya que la situación era violenta, quería que fueran violentos; en eso no variaba; y no había dejado esta escuela épica y temible que se resume en la siguiente fecha: 1793.

Enjolras estaba de pie en la escalera de adoquines con uno de los codos apoyado en el cañón de la carabina. Meditaba; se sobresaltaba como si pasasen ráfagas; los lugares donde se halla la muerte incitan a las inspiraciones oratorias. Le brotaban de las pupilas, que la mirada interior colmaba, algo así como fuegos sofocados. De pronto irguió la cabeza; la melena rubia cayó hacia atrás como la del ángel en la oscura cuadriga hecha de estrellas y fue como una melena de león que, al espantarse, llamease como una aureola; y Enjolras exclamó:

—Ciudadanos, ¿representáis el porvenir? ¡Las calles de las ciudades repletas de luces y de ramas verdes en los umbrales; las

naciones hermanas; los hombres justos; los ancianos bendiciendo a los niños; el pasado gustando del presente; los pensadores con plena libertad; los creyentes con plena igualdad; el cielo por religión; Dios sacerdote directo; la conciencia humana convertida en altar; no más odios; la fraternidad del taller y de la escuela por labor y la notoriedad por recompensa; el trabajo para todos, el derecho para todos, la paz sobre todos; no más sangre vertida, no más guerra, las madres dichosas! El primer paso es domeñar la materia; el segundo, llevar a cabo el ideal. Pensad en todo lo que ha hecho ya el progreso. Antaño las primeras razas humanas veían pasar, aterradas, ante sus ojos la hidra que soplaba en las aguas, el dragón que vomitaba fuego, el grifo que era el monstruo del aire y volaba con las alas de un águila y las garras de un tigre; animales espantosos que estaban por encima del hombre. Pero el hombre tendió trampas, las trampas sagradas de la inteligencia, y acabó por atrapar en ellas a los monstruos. Hemos domado la hidra, y se llama barco de vapor; hemos domado el dragón, y se llama locomotora; estamos a punto de domar el grifo, ya lo hemos cogido, y se llama globo. El día en que concluya esta obra prometeica y el hombre haya enganchado ya a su voluntad el tiro de la triple Quimera antigua, la hidra, el dragón y el grifo, llegará el amor del agua, del fuego y del aire y será para el resto de la creación animada lo que antaño fueron los antiguos dioses. ¡Valor y adelante! Ciudadanos, ¿dónde vamos? A la ciencia hecha gobierno; a la fuerza de las cosas convertida en la única fuerza pública; a la ley natural que lleve en sí la propia sanción y la propia penalización y promulgue la evidencia; a un amanecer de la verdad que coincida con el amanecer del día. Vamos a la unión de los pueblos; vamos a la unidad del hombre. No más ficciones; no más parásitos. Lo verdadero gobernará lo real, ésa es la meta. La civilización tendrá su sede en la cima de Europa y, más adelante, en el centro de los continentes, en un gran parlamento de la inteligencia. Ya sucedió algo parecido. Los anfictiones se reunían dos veces al año, una en Delfos, el lugar de los dioses, y otra en las Termópilas, el lugar de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones; la tierra tendrá sus anfictiones; Francia está preñada de ese porvenir sublime. Ésa es la gestación del siglo XIX; lo que esbozó Grecia es digno de que lo culmine Francia. Escúchame tú, Feuilly, valiente obrero, hombre del pueblo, hombre de los

pueblos. Yo te venero. Sí, tú ves con claridad los tiempos futuros, sí, tienes razón. No tenías ni padre ni madre, Feuilly; tomaste por madre a la humanidad y por padre al derecho. Vas a morir aquí, es decir, vas a triunfar. Ciudadanos, suceda lo que suceda hoy, tanto si nos derrotan como si triunfamos, lo que vamos a hacer es una revolución. De la misma forma que los incendios iluminan la ciudad entera, las revoluciones iluminan al género humano entero. ¿Y qué revolución vamos a hacer? Acabo de decirlo, la revolución de lo Verdadero. Desde el punto de vista político, no hay sino un principio: la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esa soberanía del yo se llama Libertad. Donde se asocian dos o más soberanías de ésas empieza el Estado. Pero en una asociación así no hay abdicación ninguna. Todas las soberanías ceden cierta cantidad de sí mismas para constituir el derecho común. Esta cesión que todos y cada uno hacen a todos los demás se llama Igualdad. El derecho común no es sino la protección de todos que irradia en el derecho de todos y cada uno. Esta protección de todos para todos se llama Fraternidad. El punto de intersección de todas esas soberanías que se suman se llama Sociedad. Esa intersección es una confluencia, ese punto es un nudo. Y de ahí viene eso que llamamos el vínculo social. Hay quien lo llama contrato social; y es lo mismo, pues en la palabra contrato, etimológicamente, está la idea de vínculo. Pongámonos de acuerdo en qué es la igualdad, pues si la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad, ciudadanos, no es que toda la vegetación esté enrasada, una sociedad de hierbas largas y de robles bajos; un vecindario de envidias que se castren entre sí; es, en el ámbito civil, que todas las aptitudes tengan las mismas oportunidades; en el ámbito político, es que todos los votos valgan lo mismo; en el ámbito religioso, es que todas las conciencias tengan los mismos derechos. La Igualdad tiene un órgano: la instrucción gratuita y obligatoria. El derecho al alfabeto, por ahí es por donde hay que empezar. La escuela primaria obligatoria para todos; la escuela secundaria brindada a todos, ésa es la ley. De la escuela idéntica sale la sociedad igual. ¡La enseñanza, sí! ¡Luz! ¡Luz! Todo viene de la luz y todo va a la luz. Ciudadanos, el siglo XIX es grande, pero el siglo XX será feliz. Y ya no pasará nada que tenga que ver con la historia vieja; no tendremos ya que temer, como ahora, una conquista, una invasión, una usurpación, una rivalidad a

mano armada de naciones, una interrupción de la civilización que dependa de un matrimonio de reyes, de un nacimiento en el seno de las tiranías hereditarias, de un reparto de pueblos obra de un congreso, de un desmembramiento porque se hunda una dinastía, de un combate entre dos religiones que choquen de frente como dos carneros del reino de la oscuridad, en el puente de lo infinito; no tendremos ya que temer la hambruna, ni la explotación, ni la prostitución fruto de la desesperación ni el desvalimiento, ni la miseria fruto del paro, ni el patíbulo, ni la espada, ni las batallas, ni todos los robos de salteador del azar en el bosque de los acontecimientos. Casi podríamos decir que ya no habrá acontecimientos. Los hombres serán felices. El género humano cumplirá su ley como cumple la suya el globo terrestre; se restablecerá la armonía entre el alma y el astro; el alma gravitará en torno a la verdad igual que el astro en torno a la luz. Amigos, esta hora en que estamos y en la que os hablo es una hora oscura; pero tales son las inversiones terribles del porvenir. Una revolución es un peaje. ¡Ah, el género humano quedará liberado, alzado y consolado! Se lo afirmamos en esta barricada. ¿Desde dónde lanzar el grito de amor si no es desde la cima del sacrificio? ¡Ah, hermanos míos, éste es el punto en que coinciden quienes piensan y quienes sufren; esta barricada no se compone de adoquines, ni de vigas, ni de chatarra; consta de dos cúmulos: un cúmulo de ideas y un cúmulo de dolores! La miseria y los ideales se encuentran aquí. El día abraza a la noche y le dice: Voy a morir contigo y tú renacerás conmigo. Del abrazo de todos los desconsuelos surge la fe. Aquí aportan los sufrimientos su agonía y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad se mezclarán y compondrán nuestra muerte. Hermanos, quien muere aquí muere en pleno resplandor del porvenir, y entramos en un sepulcro empapado de aurora.

Enjolras, más que callar, se interrumpió; se le movían los labios en silencio como si siguiera hablando consigo mismo; y, por eso, atentos todos e intentando seguir oyéndolo, lo miraron. No hubo aplausos; pero sí prolongados cuchicheos. La palabra es soplo, el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

VI

Marius desencajado. Javert lacónico

Digamos qué le estaba pasando a Marius por la cabeza.

Recordemos en qué situación tenía el alma. Acabamos de recordar que para él todo era ya sólo una visión. Y todo lo veía turbio. Marius, digámoslo de nuevo, estaba a la sombra de esas anchas alas tenebrosas que se abren sobre los agonizantes. Sentía que ya había entrado en la tumba, le parecía que estaba ya del otro lado de la muralla y no veía ya los rostros de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo es que estaba allí Fauchelevent? ¿Por qué estaba allí? ¿A qué había ido? Marius no se hizo todas esas preguntas. Por lo demás, como cuando estamos desesperados lo propio de esa desesperación es que afecta a todos tanto como a nosotros, le parecía lógico que todo el mundo acudiera para morir.

Pero se le encogió el corazón al pensar en Cosette.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le dirigió la palabra, no lo miró y ni siquiera pareció oírlo cuando Marius alzó la voz para decir: «Lo conozco».

En lo que a Marius se refería, ese comportamiento del señor Fauchelevent era un alivio y, si es que se puede usar esa palabra para impresiones semejantes, podríamos decir que le gustaba. Había notado siempre en su fuero interno una imposibilidad absoluta de hablarle a aquel hombre enigmático que le resultaba a un tiempo equívoco e impresionante. Llevaba, además, mucho sin verlo, y eso acrecentaba aún más esa imposibilidad para una forma de ser tímida y reservada como la de Marius.

Los cinco hombres elegidos salieron de la barricada por la callejuela de Mondétour; parecían del todo guardias nacionales.

Uno se fue llorando. Antes de irse, dieron un abrazo a los que se quedaban.

Cuando se hubieron marchado los cinco hombres devueltos a la vida, Enjolras se acordó del condenado a muerte. Entró en la sala de abajo. Javert, atado al poste, estaba pensativo.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Enjolras.

Javert le contestó:

—¿Cuándo me van a matar?

—Espera. Necesitamos todos los cartuchos ahora mismo.

—Entonces deme de beber —dijo Javert.

Enjolras le llevó un vaso de agua con sus propias manos y, como Javert estaba atado, lo ayudó a beber.

—¿Algo más? —añadió Enjolras.

—Estoy mal en este poste —contestó Javert—. Habéis sido muy duros de corazón dejándome aquí toda la noche. Atadme como queráis, pero bien podríais tenderme en una mesa como a ese otro.

Y con un ademán de la cabeza, señalaba el cadáver de Mabeuf.

Recordemos que había al fondo de la sala una mesa grande y larga en que habían estado fundiendo balas y haciendo cartuchos. Como ya habían acabado de hacer cartuchos y habían usado toda la pólvora, la mesa estaba libre.

Al ordenarlo Enjolras, cuatro insurrectos desataron del poste a Javert. Mientras lo desataban, un quinto hombre le tenía una bayoneta apoyada en el pecho. Le dejaron las manos atadas a la espalda, le pusieron en los pies una cuerda de látigo delgado y sólida que le permitía dar pasos de quince pulgadas como quienes van a subir al patíbulo y le hicieron andar hasta la mesa del fondo de la sala, donde lo tendieron y lo ataron fuertemente por la cintura.

Para mayor seguridad, añadieron a las ligaduras que le impedían todo intento de evasión, pasándole una cuerda por el cuello, esa especie de atadura que llaman en las cárceles martingala y que empieza en la nuca, se bifurca en el estómago y llega hasta las manos tras pasar por la entrepierna.

Mientras ataban a Javert, un hombre, en el umbral de la puerta, lo miraba con singular atención. La sombra del hombre hizo que Javert volviera la cabeza. Alzó la vista y reconoció a Jean Valjean. Ni tan siquiera se sobresaltó, bajó altaneramente los párpados y se

limitó a decir: «Es lo más lógico».

VII

La situación se agrava

Llegaba el día a toda prisa. Pero ni se abría ninguna ventana ni se entornaba ninguna puerta; era el alba, pero no era el despertar. Las tropas se habían retirado del final de la calle de la Chanvrerie, como ya hemos dicho; la calle parecía despejada y se abría ante los transeúntes con una tranquilidad siniestra. La calle de Saint Denis estaba tan callada como la avenida de las Esfinges de Tebas. Ni un ser viviente en las glorietas, que un reflejo de sol blanqueaba. Nada más lúgubre que esa claridad en aquellas calles desiertas.

No se veía nada, pero se oía algo. Había a cierta distancia un movimiento misterioso. Estaba claro que se acercaba el instante crítico. Los vigías se replegaron, como habían hecho la víspera por la noche; pero esta vez se replegaron todos.

La barricada era más fuerte que durante el primer ataque. Después de irse los cinco hombres, la habían hecho aún más alta.

Atendiendo a la opinión del vigía que había estado observando la zona de Mercado Central, Enjolras, por temor a que los sorprendieran por la espalda, tomó una decisión transcendente. Mandó cerrar el estrecho pasadizo de la callejuela de Mondétour, que seguía libre hasta entonces. Para hacerlo levantaron los adoquines de unas cuantas manzanas más. Así la barricada tenía unas tapias que la aislaban de tres calles: por delante, la calle de la Chanvrerie; a la izquierda, la calle de Le Cygne y La Petite-Truanderie; a la derecha, la calle de Mondétour, y era casi inexpugnable, pero cierto es que los de dentro quedaban fatalmente encerrados. Tenía tres frentes, pero ya no tenía salida.

—Fortaleza, sí; pero también ratonera —dijo Courfeyrac riéndose.

Enjolras mandó amontonar junto a la puerta de la taberna alrededor de treinta adoquines, «que habían sobrado», decía Bossuet.

Por la parte de la que debía llegar el ataque había ahora un silencio tan profundo que Enjolras dispuso que todo el mundo volviera a los puestos de combate.

Les dieron a todos una ración de aguardiente.

No hay nada más curioso que una barricada que se prepara para un asalto. Todos eligen el sitio como quien va a presenciar un espectáculo. Unos se arriman de costado, otros se ponen de codos, otros se parapetan. Algunos se hacen cubículos con adoquines, Que hay un rincón molesto, se apartan de él. Que hay un resalto que puede servir de protección, se refugian en él. Los zurdos son elementos de gran valor; ocupan los puestos que les resultan incómodos a los demás. Muchos se las ingenian para luchar sentados. Hay un deseo de matar a gusto y morir con comodidad. En la funesta guerra de junio de 1848, un insurrecto que tenía una puntería temible y peleaba desde una azotea, en lo alto de un tejado, pidió que le llevasen un sillón Voltaire; una descarga de metralla lo encontró allí sentado.

En cuanto el jefe ordena el zafarrancho de combate, cesan cualesquiera movimientos desordenados; ya no hay roces, ni camarillas, ni apartes; nadie va ya por su cuenta; los pensamientos de todas las mentes convergen y se convierten en espera del asaltante. Una barricada antes del peligro es un caos; en el peligro es disciplina. El peligro impone orden.

En cuanto Enjolras cogió su carabina de dos tiros y se colocó en una especie de almena que había reservado para sí, todos callaron. Un chisporroteo de ruidos menudos retumbó confusamente a lo largo de la muralla de adoquines. Era que estaban armando los fusiles.

Por lo demás, los comportamientos eran más altaneros y más confiados que nunca; el exceso de sacrificio reafirma; no tenían ya esperanza, pero tenían desesperación. La desesperación es el arma definitiva que a veces lleva a la victoria; lo dijo Virgilio. Los recursos supremos nacen de las resoluciones extremas. Hay veces en que embarcarse en la muerte es la forma de librarse del naufragio; y la tapa del ataúd se convierte en tabla de salvación.

Igual que la víspera por la noche, todos tenían la atención puesta, y casi podríamos decir afincada, en el extremo de la calle, que ahora estaba iluminado y visible.

La espera no fue larga. Comenzó a notarse con claridad un bullicio por la zona de Saint-Leu, pero no tenía que ver con los movimientos del primer ataque. Un chapoteo de cadenas, los tumbos intranquilizadores de una mole, un entrechocar de bronce que fuese a brincos por el empedrado, algo parecido a un estrépito solemne anunciaron que se acercaba algún siniestro artefacto metálico. Se les sobresaltaron las entrañas a aquellas calles viejas y tranquilas, trazadas para la circulación fecunda de los intereses y de las ideas y que no se hicieron para que rodasen por ellas las ruedas monstruosas de la guerra.

Se tornó feroz la fijeza de las pupilas de todos los combatientes, clavadas en el extremo de la calle.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros iban empujando el cañón; iba montado en las muñoneras y le habían quitado el avantrén; dos de ellos agarraban la cureña, y otros cuatro empujaban las ruedas; otros más los seguían con la caja de municiones. Se veía el humo de la mecha encendida.

—¡Fuego! —gritó Enjolras.

Toda la barricada disparó; la detonación fue tremenda; una avalancha de humo tapó y difuminó la pieza y a los hombres; pasados unos pocos segundos, se disipó la nube y volvieron a verse los hombres: los servidores de la pieza estaban acabando de llevarla rodando ante la barricada, despacio, correctamente y sin apresurarse. Ni uno de ellos estaba herido. Luego, el jefe de la pieza, haciendo fuerza en la culata para elevar la trayectoria del tiro, se puso a apuntar el cañón con la seriedad de un astrónomo que apunta con el catalejo.

—¡Bien por los cañoneros! —gritó Bossuet.

Y toda la barricada aplaudió.

Poco después, firmemente apostada en el centro de la calle, a caballo en el arroyo, la pieza estaba ya colocada en batería. Unas fauces tremendas se abrían frente a la barricada.

—¡Venga, alegría! —dijo Courfeyrac—. Aquí llega el tormento. Después de la toba, el puñetazo. El ejército saca la pataza. La

barricada se va a llevar un buen tantarantán. El tiroteo palpa, el cañón agarra.

—Es una pieza de ocho, un modelo nuevo de bronce —añadió Combeferre—. Esas piezas, a poco que se sobrepase la proporción de diez partes de estaño por cien de cobre, tienen tendencia a estallar. El exceso de estaño les quita dureza. Y el resultado es que tienen escarabajos en el oído. Para obviar ese peligro y poder forzar la carga, a lo mejor habría que volver al procedimiento del siglo XIV, a los flejes, y ceñir por fuera la pieza con una serie de anillos de hierro sin soldar, desde la culata hasta el muñón. Mientras llega ese momento, van remediando el defecto como pueden; consiguen ver dónde están los escarabajos en el oído de un cañón con el gato. Pero hay un sistema mejor, que es el topo de Gribeauval.

—En el siglo XVI —comentó Bossuet— rayaban los cañones.

—Sí —contestó Combeferre—, así aumenta la potencia balística, pero disminuye la precisión del disparo. En el tiro a corta distancia, la trayectoria no es ya tan fija como sería de desear, la parábola es exagerada, el camino que sigue el proyectil no es ya lo bastante recto para que pueda atinar en los objetos intermedios, lo que es, sin embargo, en el combate una necesidad cuya importancia crece con la proximidad del enemigo y la precipitación en los disparos. Esa falta de tensión de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo XVI se debía a la escasez de la carga: las cargas escasas se las imponen a ese tipo de artefactos las necesidades de balística, tales como, por ejemplo, la conservación de las cureñas. En resumidas cuentas, el cañón, ese déspota, no puede hacer todo cuanto quiere; la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañón sólo recorre seiscientas leguas por hora; la luz recorre setenta mil leguas por segundo. Ésa es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleón.

—Volved a cargar las armas —dijo Enjolras.

¿Cómo iba a portarse ante la bala de cañón el revestimiento de la barricada? ¿Abriría el impacto una brecha? Tal era la cuestión. Mientras los insurrectos volvían a cargar los fusiles, los artilleros cargaban el cañón.

En el reducto reinaba una gran ansiedad.

Dispararon, retumbó la detonación.

—¡Presente! —gritó una voz alegre.

Al mismo tiempo que caía la bala en la barricada, cayó Gavroche dentro de la barricada.

Llegaba por la parte de la calle de Le Cygne y había salvado ágilmente la barricada aneja, cuya parte frontal daba al dédalo de La Petite-Truanderie.

Gavroche causó mayor impresión en la barricada que la bala de cañón.

La bala se había perdido entre el revoltillo de escombros. Lo más que había roto era una rueda del ómnibus, y había acabado con el carretón viejo de Anceau. En vista de lo cual, la barricada se echó a reír.

—¡Seguid! —les gritó Bossuet a los artilleros.

VIII

Los artilleros consiguen que los tomen en serio

Todos rodearon a Gavroche.

Pero no le dio tiempo a contar nada. Marius, tembloroso, se lo llevó aparte.

—¿Tú qué vienes a hacer aquí?

—¡Anda! —dijo el niño—. ¿Y usted?

Y se quedó mirando fijamente a Marius con su desparpajo épico. La luz altanera que llevaba en la mirada le hacía parecer los ojos más grandes.

Marius siguió diciendo con tono severo:

—¿Quién te dijo que volvieras? Por lo menos habrás llevado la carta a la dirección que te di.

Gavroche no dejaba de sentir ciertos remordimientos en lo referido a esa carta. Con la prisa que tenía por volver a la barricada, se la había quitado de encima en cuanto había podido. No le quedaba más remedio que confesarse a sí mismo que la había puesto un tanto alegremente en manos de aquel desconocido cuya cara ni siquiera había podido ver. Cierto que aquel hombre iba con la cabeza al aire, pero con eso no bastaba. En resumidas cuentas, se echaba en cara en su fuero interno unas cuantas cosas al respecto y temía que Marius le hiciera reproches. Para salir del paso, se acogió al procedimiento más sencillo: mintió como un bellaco.

—Ciudadano, le entregué la carta al portero. La señora estaba durmiendo. Le darán la carta cuando se despierte.

Al enviar aquella carta, Marius pretendía dos cosas: decirle adiós a Cosette y salvar a Gavroche. Tuvo que conformarse con la mitad de sus deseos.

El envío de la carta y la presencia del señor Fauchelevent en la

barricada: se le vino al pensamiento esa coincidencia. Le indicó al señor Fauchelevent a Gavroche.

—¿Conoces a ese hombre?

—No —dijo Gavroche.

Efectivamente, como acabamos de recordarlo, Gavroche sólo había visto a Jean Valjean de noche.

Las conjeturas confusas y enfermizas que había esbozado la mente de Marius se disiparon. ¿Sabía algo acaso de las opiniones del señor Fauchelevent? A lo mejor el señor Fauchelevent era republicano, y de ahí, sin más, aquella presencia suya en el combate.

Entretanto, Gavroche ya estaba en la otra punta de la barricada, gritando: «¡Mi fusil!».

Courfeyrac mandó que se lo devolvieran.

Gavroche avisó a «los compañeros», como los llamaba él, de que la barricada estaba bloqueada. A él le había costado mucho llegar. Un batallón de infantería de línea, cuyos pabellones estaban en La Petite-Truanderie, vigilaba por el lado de la calle de Le Cygne; por el lado opuesto, la guardia municipal tenía tomada la calle de Les Prêcheurs. Enfrente, tenían al grueso del ejército.

Tras dar esas informaciones. Gavroche añadió:

—Os autorizo a darles una paliza infame.

En tanto, Enjolras estaba al acecho, aguzando el oído en su almena.

Los asaltantes, que, por lo visto, no habían quedado satisfechos con la bala de cañón disparada, no habían vuelto a disparar.

Una compañía de infantería de línea había acudido para ocupar la extremidad de la calle, en retaguardia de la pieza. Los soldados estaban levantando el adoquinado de la calzada y construyendo con los adoquines un murete de poca altura, algo así como un parapeto que no tenía más de dieciocho pulgadas de alto y estaba encarado a la barricada. En la esquina de la izquierda de aquel parapeto se veía la cabeza de columna de un batallón de los arrabales que estaba concentrado en la calle de Saint-Denis.

A Enjolras, que montaba vigilancia, le pareció oír ese ruido peculiar que suena cuando sacan de los cajones de munición los botes de metralla y vio que el jefe de la pieza rectificaba el punto de mira y giraba levemente la boca del cañón hacia la izquierda. Luego

los cañoneros empezaron a cargar la pieza. El propio jefe de la pieza agarró el botafuego y lo acercó al oído del cañón.

—¡Bajad la cabeza! ¡Volved al muro! —gritó Enjolras—. ¡Y todos de rodillas pegados a la barricada!

Los insurrectos, desperdigados ante la taberna y que habían dejado el puesto de combate al llegar Gavroche, se abalanzaron, revueltos, hacia la barricada; pero antes de que cumplieran la orden de Enjolras, llegó la descarga, con el estertor espantoso de un disparo de metralla. Pues eso era.

La carga iba dirigida a la abertura del reducto; había rebotado en la pared y de resultas de ese rebote espantoso había dos muertos y tres heridos.

Si las cosas seguían así, la barricada no podría resistir. La metralla entraba.

Hubo un murmullo de consternación.

—Impidamos que vuelvan a disparar —dijo Enjolras.

Y, bajando la carabina, apuntó al jefe de la pieza que, en aquel momento, inclinado sobre la culata del cañón, estaba rectificando el punto de mira y determinándolo definitivamente.

Ese jefe de pieza era un sargento de cañoneros apuesto, muy joven, rubio, de expresión dulce, con el aspecto inteligente que corresponde a esa arma predestinada y temible que, a fuerza de perfeccionarse en el espanto, acabará por matar la guerra.

Combeferre, de pie junto a Enjolras, miraba al joven aquel.

—¡Qué lástima! —dijo Combeferre—. ¡Qué odiosas son estas carnicerías! Vamos, cuando ya no haya reyes, no habrá guerras. Enjolras, estás apuntando a ese sargento y no lo miras. Pues es un muchacho encantador, ¿sabes?, e intrépido. Se le nota en que está pensando, esos jóvenes del cuerpo de artillería son gente muy instruida; tiene un padre, una madre, una familia; seguramente estará enamorado; no pasa de los veinticinco años. Podría ser hermano tuyo.

—Lo es —dijo Enjolras.

—Sí —dijo Combeferre—, y mío también. Bueno, pues no lo matemos.

—Déjame. Lo que hay que hacer, hay que hacerlo.

Y a Enjolras le corrió despacio una lágrima por la mejilla de mármol.

Al tiempo, apretó el gatillo de la carabina. Brotó el relámpago. El artillero dio dos vueltas, con los brazos estirados hacia adelante y la cabeza erguida como para tomar aire; se desplomó luego en el costado de la pieza y allí se quedó quieto. Se le veía la espalda, de cuyo centro salía, recto, un chorro de sangre. La bala le había atravesado el pecho de parte a parte. Estaba muerto.

Tuvieron que llevárselo y sustituirlo. Y así, efectivamente, se ganaban unos minutos.

IX

Uso de ese antiguo talento de cazador furtivo y de esa puntería infalible que influyó en la condena de 1796

Las opiniones se cruzaban en la barricada. La pieza iba a volver a disparar. Con aquella metralla no iban a durar ni un cuarto de hora. Era imprescindible amortiguar los impactos.

Enjolras ordenó:

—Ahí hay que poner un colchón.

—No tenemos —dijo Combeferre—; están acostados en ellos los heridos.

Jean Valjean, sentado aparte en un mojón, en la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no había participado hasta entonces en nada de lo que estaba sucediendo. Parecía no oír a los combatientes que decían a su alrededor: «Ese fusil está sin hacer nada».

Cuando Enjolras dio la orden, se puso de pie.

Recordemos que, al llegar el grupo delante de la calle de la Chanvrerie, una anciana, previendo las balas, puso un colchón delante de la ventana. Esa ventana, que era la de una buhardilla, estaba en el tejado de una casa de seis pisos, situada en parte de fuera de la barricada. El colchón, puesto de lado y apoyado por abajo en dos varas de tender la ropa, lo sujetaban dos cuerdas que, de lejos, parecían dos cordeles, e iban atadas a dos clavos hincados en el marco de la ventana de la buhardilla. Esas dos cuerdas se veían con claridad contra el fondo del cielo como si fueran dos cabellos.

—¿Alguien me puede prestar una carabina de dos tiros? —dijo

Jean Valjean.

Enjolras, que acababa de volver a cargar la suya, se la alargó.

Jean Valjean apuntó a la buhardilla y disparó.

Ya estaba cortada una de las dos cuerdas del colchón.

El colchón ya sólo colgada de un hilo.

Jean Valjean disparó por segunda vez. La otra cuerda azotó los cristales de la ventana abuhardillada. El colchón se escurrió entre las dos varas y cayó a la calle.

La barricada aplaudió.

Todas las voces gritaron:

—Ya tenemos un colchón.

—Sí —dijo Combeferre—, pero ¿quién va a ir a buscarlo?

Pues, efectivamente, el colchón había caído fuera de la barricada, entre los sitiados y los sitiadores. Ahora bien, la muerte del sargento de cañoneros había exasperado a la tropa y los soldados llevaban unos momentos tendidos bocabajo detrás de la fila de adoquines que habían construido, y, para sustituir al silencio forzado de la pieza, que callaba a la espera de que se reorganizase su servicio, habían abierto fuego contra la barricada. Los insurrectos no respondían a esas descargas para ahorrar municiones. Los disparos se estrellaban contra la barricada; pero la calle, llena de balas, resultaba terrible.

Jean Valjean salió de la abertura a la calle, cruzó entre la tormenta de balas, fue hasta el colchón, lo recogió, se lo echó a la espalda y regresó a la barricada.

Colocó personalmente el colchón en la abertura. Y lo sujetó a la pared de forma tal que los artilleros no lo vieran.

Hecho esto, esperaron la descarga de metralla.

No tardó en llegar.

El cañón vomitó con un rugido toda su carga de postas. Pero no rebotó ninguna. La metralla abortó en el colchón. Se cumplía el efecto previsto. La barricada estaba protegida.

—Ciudadano —le dijo Enjolras a Jean Valjean—, la República le da las gracias.

Bossuet admiraba los resultados y reía. Exclamó:

—Es inmoral que un colchón sea tan poderoso. El triunfo de lo que cede sobre lo que fulmina. Pero no importa: ¡gloria al colchón que anula al cañón!

X

Aurora

En ese momento se estaba despertando Cosette.

Su cuarto era estrecho, limpio, discreto, con una ventana grande que daba a levante y al patio trasero de la casa.

Cosette no sabía nada de lo que estaba sucediendo en París. No estaba presente el día anterior y ya se había vuelto a su cuarto cuando Toussaint dijo: «Por lo visto, hay tomate».

Cosette había dormido pocas horas, pero había dormido bien. Había tenido gratos sueños, lo que se debía quizá hasta cierto punto a que tenía una camita muy blanca. Se le había aparecido en medio de una luz alguien que era Marius. Se despertó porque el sol le daba en los ojos y, al principio, le pareció que el sueño seguía.

El primer pensamiento que tuvo al despertarse fue risueño. Cosette se sintió completamente tranquilizada. Pasaba, como Jean Valjean pocas horas antes, por esa reacción del alma que no quiere ni poco ni mucho ser desdichada. Empezó con todas sus fuerzas a sentirse llena de esperanza sin saber por qué. Luego se le oprimió el corazón. Llevaba tres días sin ver a Marius. Pero se dijo que él habría recibido su carta, que sabía dónde estaba ella y que era muy listo y seguramente daría con la forma de llegar hasta allí. Y eso sucedería seguramente ese día, y a lo mejor esa misma mañana. Era completamente de día, pero el rayo de luz era muy horizontal, así que pensó que debía de ser muy temprano; pero que tenía que levantarse, sin embargo, para recibir a Marius.

Sentía que no podía vivir sin Marius y que, por consiguiente, con eso bastaba y Marius vendría. No era admisible objeción alguna. Era algo seguro. Bastante monstruoso era que llevase tres días sufriendo. Que Marius hubiera estado ausente tres días era algo que

Dios había hecho muy mal. Ahora esa jugarreta tan cruel del cielo era una prueba superada. Marius estaba a punto de llegar y traería una buena noticia. Así es la juventud; no tarda en secarse los ojos; el dolor le parece inútil y no lo acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido que es ese mismo porvenir. Está en su propia naturaleza ser feliz. Es como si el elemento que compone su respiración fuera la esperanza.

Por lo demás, Cosette no conseguía acordarse de qué le había dicho Marius en lo referido a esa ausencia que no iba a durar sino un día ni qué explicación le había dado. Todo el mundo se ha fijado en la habilidad con que una moneda que se nos cae corre a esconderse y qué maña se da para que no haya forma de encontrarla. Hay pensamientos que nos gastan la misma broma: se nos acurrucan en un rincón de la cabeza y se acabó: se han perdido; la memoria no consigue recuperarlos. A Cosette le daba cierta rabia ese esfuerzo mínimo e inútil de sus recuerdos. Se decía que no estaba nada bien y que era muy culpable por haberse olvidado de las palabras que había dicho Marius.

Se levantó de la cama e hizo las dos abluciones: la del alma y del cuerpo, la oración y el aseo.

Podemos, si es menester, introducir al lector en un dormitorio nupcial, pero no en un dormitorio virginal. El verso apenas si se atrevería; la prosa no debe atreverse.

Es el interior de una flor que aún no se ha abierto, es una blancura en la sombra, es la celda íntima de una azucena cerrada que el hombre no debe mirar hasta que no la haya mirado el sol. La mujer en pimpollo es sagrada. Ese lecho inocente que se abre, esa semidesnudez adorable que tiene miedo de sí misma, ese pie blanco que busca refugio en una zapatilla, ese seno que se vela ante un espejo como si ese espejo fuera una pupila, esa camisa que se apresura a volver a su sitio y tapar un hombro si un mueble cruje o si pasa un coche, esos cordones anudados, esos corchetes metidos en la presilla, esas lazadas, esos sobresaltos, esos estremecimientos de frío y de pudor, esa turbación medrosa y exquisita de todos los ademanes, esa inquietud casi alada donde no hay nada que temer, las fases sucesivas de la ropa tan deliciosas como las nubes de la aurora, nada de eso debe contarse, y nombrarlo es ya demasiado.

Cuando se levantan una muchacha y una estrella, la mirada del

hombre debe ser aún más religiosa ante aquélla que ante ésta. La posibilidad de tenerla al alcance debe convertirse en un respeto mayor todavía. La pelusilla del melocotón, la ceniza de la ciruela, el cristal irradiado de la nieve, el ala de la mariposa empolvada de plumas son zafios si se comparan con esa castidad que ni siquiera sabe que es casta. La muchacha no es sino un resplandor de ensueño y aún no es una estatua. Su alcoba se esconde en la parte oscura del ideal. El tacto indiscreto de la mirada maltrata esa inconcreta penumbra. En este caso contemplar es profanar.

Por lo tanto, no mostraremos nada en absoluto de ese dulce ajetreo del despertar de Cosette.

Dice un cuento oriental que Dios hizo la rosa blanca, pero que, al mirarla Adán en el momento en que se estaba abriendo, se azoró y se volvió de color de rosa. Somos de esos que se sienten apurados ante las muchachas y las flores porque les parecen venerables.

Cosette se vistió deprisa y se peinó, cosa muy sencilla en aquellos tiempos en que las mujeres no se rellenaban los rizos y los bandós con almohadillas ni toneletes y no se ponían miriñaques en el pelo. Abrió luego la ventana y paseó la mirada entorno, con la esperanza de que se viera en parte la calle, la esquina de un edificio, un trozo de empedrado, y poder acechar la llegada de Marius. Pero no se veía nada del exterior. El patio trasero lo rodeaban unas paredes bastante altas, y sólo tenía vistas a algunos jardines. Cosette decidió que esos jardines eran repulsivos; por primera vez en la vida le parecieron feas unas flores. El mínimo trozo del arroyo del cruce se habría ajustado mucho mejor a sus deseos. Tomó el partido de mirar el cielo, como si pensara que Marius también podía llegar por allí.

De repente, se echó a llorar. No es que tuviera el alma versátil; pero estaba en una situación en que el abatimiento interrumpía las esperanzas. Notó confusamente algo horrible, sin saber qué. No cabe duda de que las cosas van por el aire. Se dijo que no tenía seguridad de nada; que perderse de vista era perderse; y la idea de que Marius pudiera quizá volver bajando del cielo le pareció no ya deliciosa, sino lúgubre.

Luego, porque esas nubes son así, recobró la calma y la esperanza y algo así como una sonrisa inconsciente, pero que confiaba en Dios.

Nadie se había levantado aún en la casa. Reinaba un silencio provinciano. Nadie había abierto los postigos. El chiscón del portero estaba cerrado. Toussaint no se había levantado, y Cosette pensó, lógicamente, que su padre estaba durmiendo. Sin duda había sufrido mucho y debía sufrir mucho aún porque se decía que su padre había sido malo; pero contaba con Marius. Definitivamente, era imposible que una luz así se eclipsara. De vez en cuando oía a cierta distancia algo parecido a unas sacudidas sordas y decía: «¡Qué raro que anden abriendo y cerrando puertas cocheras tan temprano!». Eran los cañonazos que se estrellaban contra la barricada.

Había, unos pocos pies más abajo de la ventana de Cosette, en una cornisa de la pared, vieja y muy negra, un nido de vencejos. El nido, en voladizo, rebasaba un poco la cornisa, de forma tal que desde arriba podía verse por dentro ese paraíso en miniatura. Ahí estaba la madre, abriendo las alas como un abanico para cubrir a los pollos; el padre revoloteaba, se iba, volvía luego, traía en el pico comida y besos. El día naciente bañaba en luz dorada aquella visión feliz; la magna ley que dice «multiplicaos» estaba allí presente y augusta; y ese dulce misterio florecía en la gloria de la mañana. Cosette, dándole el sol en el pelo y con el alma sumida en quimeras, con la luz del amor por dentro y la de la aurora por fuera, se inclinó de forma automática y, sin casi atreverse a confesarse que estaba pensando al tiempo en Marius, empezó a mirar los pájaros, esa familia, el macho y la hembra, la madre y las crías, con la honda turbación que le infunde un nido a una virgen.

XI

El tiro de fusil que no falla y que no mata a nadie

Seguía el fuego de los asaltantes. Los disparos y la metralla se alternaban, sin causar grandes daños, la verdad sea dicha. Lo único que padecía era la parte de arriba de la fachada de Corinthe; la ventana del primer piso y las ventanas abuhardilladas del tejado, que acribillaban las postas y las balas de vizcaíno, se iban deformando poco a poco. Los combatientes que se habían apostado allí habían tenido que retirarse. Por lo demás, se trata de una táctica para atacar barricadas: se mantiene un fuego flojo pero continuo para que a los insurrectos se les agoten las municiones si cometen el error de responder. Y cuando se nota, porque van disparando menos, que no les quedan ya ni balas ni pólvora, comienza el asalto. Enjolras no había caído en esa trampa; la barricada no respondía.

Con cada descarga del pelotón, Gavroche se abultaba la mejilla con la lengua, señal de supremo desdén.

—Nada, nada —decía—, destrozad el lienzo. Necesitamos hilas.

Courfeyrac le reprochaba a la metralla que fuera tan poco eficaz y le decía al cañón:

—Te estás volviendo difuso, mi buen amigo.

La batalla, igual que el baile, puede resultar intrigante. Es probable que el silencio del reducto estuviera empezando a intranquilizar a los atacantes y a hacerles temer cualquier incidente inesperado y que sintieran la necesidad de atravesar con la vista ese montón de adoquines y enterarse de qué ocurría detrás de aquella muralla impasible que recibía los disparos sin contestar. Los insurrectos vieron de pronto un casco que relucía al sol en un tejado vecino. Un bombero estaba con la espalda apoyada en una

chimenea alta y parecía estar haciendo de centinela. La mirada le caía directamente dentro de la barricada.

—¡Qué vigilante tan molesto! —dijo Enjolras.

Jean Valjean le había devuelto la carabina a Enjolras, pero tenía su fusil.

Sin decir palabra, apuntó al bombero, a quien, un segundo después, una bala le quitó el casco, que cayó ruidosamente a la calle. El soldado, asustado y pasmado, se apresuró a desaparecer.

Otro observador ocupó su lugar. Éste era un oficial. Jean Valjean, que había vuelto a cargar el fusil, apuntó al recién llegado y mandó el casco del oficial a reunirse con el del soldado. El oficial no insistió y se retiró a toda prisa. Esta vez habían entendido el aviso. No volvió a aparecer nadie en el tejado y renunciaron a espiar la barricada.

—¿Por qué no ha matado a esos hombres? —le preguntó Bossuet a Jean Valjean.

Jean Valjean no contestó.

XII

El desorden partidario del orden

Bossuet le susurró al oído a Combeferre:

—No me ha contestado a la pregunta.

—Es un hombre que hace el bien a tiros —dijo Combeferre.

Quienes conservan aún algún recuerdo de aquella época ya lejana saben que la Guardia Nacional de los arrabales luchaba con valentía contra las insurrecciones. Fue especialmente encarnizada e intrépida en esas jornadas de junio de 1832. Taberneros de Pantin hubo, de Les Vertus o de La Cunette, cuyo «establecimiento» holgaba por culpa de los disturbios, que se convertían en leones al ver vacía la sala de baile y morían por salvar ese orden encarnado en el merendero. En aquel tiempo burgués y heroico a la vez, frente a ideas que tenían sus propios caballeros, había intereses que tenían sus propios paladines. El prosaísmo del móvil no mermaba en nada la valentía del movimiento. Si el montón de escudos bajaba, había banqueros que cantaban *La Marsellesa*. Había quien derramaba heroicamente la sangre en pro del mostrador y defendía con entusiasmo lacedemonio la tienda, ese diminutivo inmenso de la patria.

Hemos de decir que, en el fondo, todo aquello era muy serio. Eran los elementos sociales que entraban en liza a la espera del día en que encuentren un equilibrio.

Otra característica de la época era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido formal). Se era partidario del orden con indisciplina. De repente redoblaba el tambor, a las órdenes de este o aquel comandante de la Guardia Nacional, para llamamientos caprichosos: había capitanes que iban al combate por inspiración; y guardias nacionales que luchaban

cuando se les ocurría y por su cuenta. En los momentos de crisis, en las «jornadas», no se pedía tanto una opinión a los jefes cuanto a los propios instintos. Había en el ejército del orden guerrilleros auténticos; algunos blandían la espada, como Fannicot; y otros, la pluma, como Henri Fonfrède.

La civilización, cuya representante era por desdicha, en aquella época, más una suma de intereses que un grupo de principios, estaba en peligro o creía estarlo; soltaba el grito de alarma; todos se volvían hombres del centro para defenderla, socorrerla y protegerla, según les pareciera; y el primero que pasaba se arrogaba la tarea de salvar a la sociedad.

Ese celo llegaba a veces al exterminio. Este o aquel pelotón de guardias nacionales se convertía, por su propia autoridad, en consejo de guerra y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos a un prisionero insurrecto. Una improvisación así fue la que mató a Jean Prouvaire. Ley de Lynch feroz que ningún partido puede reprochar a los otros pues la aplica tanto la república en América cuanto la monarquía en Europa. A esa ley de Lynch se sumaban equivocaciones. Un día de sublevación, a un poeta joven, llamado Paul-Aimé Garnier, lo persiguieron por la Place-Royale, poniéndole la bayoneta en la espalda, y sólo consiguió salvarse al hallar refugio en la puerta cochera del número 6. Gritaban: *¡Ahí va otro de los sansimonianos esos!,* y lo querían matar. El caso era que llevaba debajo del brazo un tomo de las memorias del duque de Saint-Simon. Un guardia nacional leyó en el libro la palabra *Saint-Simon* y grito: ¡Muera!

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de los arrabales, al mando del capitán Fannicot, antes citado, cayó diezmada porque así lo quiso él y le entró esa fantasía, en la calle de la Chanvrerie. Del hecho, por muy singular que sea, queda constancia en la instrucción judicial que se abrió tras la insurrección de 1832. El capitán Fannicot, burgués impaciente y atrevido, algo así como un condotiero de esa categoría cuyas características acabamos de explicar, gubernamentalista fanático y díscolo, no pudo resistirse al atractivo de abrir fuego antes de tiempo ni a la ambición de tomar la barricada él solo, es decir, con su compañía. Lo exasperaron las sucesivas apariciones de la bandera roja y del frac viejo, que tomó por la bandera negra;

criticaba en voz alta a todos los generales y los jefes de los diversos cuerpos, que deliberaban, opinaban que no había llegado el momento del asalto decisivo y dejaban, según la expresión célebre de uno de ellos, que «la insurrección se cociera en su propio jugo». Pero a él le parecía que la barricada ya estaba madura; y como lo que está maduro tiene que caer, hizo la prueba.

Estaba al mando de hombres tan resueltos como él, «unos empecinados», como dijo un testigo. Su compañía, esa misma que había fusilado a Jean Prouvaire, era la primera del batallón que estaba apostado en la esquina de la calle. Cuando menos se lo esperaba nadie, el capitán lanzó a sus hombres contra la barricada. Ese movimiento, llevado a cabo con mejor voluntad que estrategia, le salió muy caro a la compañía Fannicot. Antes de que hubiera recorrido las dos terceras partes de la calle, la recibió desde la barricada una descarga cerrada. Cuatro guardias, los más audaces, que corrían en cabeza, cayeron fulminados a quemarropa al pie mismo del reducto; y aquel valeroso tropel de guardias nacionales, hombres muy valientes pero que no poseían la tenacidad militar, tuvo que replegarse, tras unos cuantos titubeos, dejando en el empedrado quince cadáveres. Con ese titubeo les dio tiempo a los insurrectos a volver a cargar las armas y otra descarga, muy mortífera, alcanzó a la compañía antes de que pudiera volver a la esquina de la calle, que le servía de refugio. Hubo un momento en que estuvo entre dos fuegos de metralla y la alcanzaron los disparos de la pieza en batería que, al no haber recibido órdenes, seguía disparando. El intrépido e imprudente Fannicot fue uno de los muertos por esa metralla. Lo mató el cañón, es decir, el orden.

Ese ataque, más rabioso que serio, irritó a Enjolras:

—Esos imbéciles —dijo— mandan a la muerte a sus hombres y a nosotros nos hacen gastar municiones para nada.

Enjolras hablaba como el auténtico general de un levantamiento, es decir, lo que era. La insurrección y la represión no luchan con armas iguales. La insurrección, que se agota pronto, sólo puede disparar determinado número de veces y sólo puede gastar determinado número de combatientes. Una cartuchera vacía y un hombre muerto no pueden sustituirse. La represión, que cuenta con el ejército, no tiene que contar a los hombres; y, como cuenta con Vincennes, no tiene que contar los disparos. La represión tiene

tantos regimientos cuantos hombres tiene la barricada y tantos arsenales cuantas cartucheras tiene la barricada. Son, pues, combates de uno contra ciento, y siempre concluyen con el aniquilamiento de las barricadas, a menos que la revolución aparezca de repente y arroje en la balanza su espada flamígera de arcángel. Son cosas que suceden. Y entonces todo se alza, los adoquines entran en efervescencia, los reductos populares pululan, París tiene un sobresalto soberano, se alza el *quid divinum,* flota en el ambiente un 10 de agosto, flota en el ambiente un 29 de julio, aparece una luz prodigiosa, las fauces abiertas de la fuerza retroceden y el ejército, ese león, ve ante sí, de pie y sosegado, a este profeta: Francia.

XIII

Fulgores que pasan

Hay de todo en el caos de sentimientos y pasiones que defienden una barricada; hay valentía, hay juventud, hay pundonor, entusiasmo, ideales, convicción, encarnizamiento de jugador y, sobre todo, esperanzas intermitentes.

Una de esas intermitencias, uno de esos inconcretos estremecimientos de esperanza cruzó de pronto, en el momento más inesperado, por la barricada de La Chanvrerie.

—¿Estáis oyendo? —exclamó súbitamente Enjolras, que estaba siempre al acecho—. Me parece que París se despierta.

Es cierto que, en la mañana del día 6 de junio, la insurrección fue a más hasta cierto punto durante una o dos horas. La obstinación del toque de rebato de Saint-Merry dio nueva vida a ciertas veleidades. En la calle de Le Poirier y en la calle de Les Gravilliers hubo inicios de barricadas. Delante de la Porte de Saint-Martin, un joven armado con una carabina atacó él solo a un escuadrón de caballería. Al descubierto, en pleno bulevar, puso una rodilla en tierra, se echó el arma al hombro, disparó, mató al jefe del escuadrón y se dio media vuelta diciendo: *Otro más que no podrá ya perjudicarnos*. Lo mataron a sablazos. En la calle de Saint-Denis, una mujer disparaba sobre la guardia municipal apostada detrás de una celosía cerrada. Con cada disparo se veían estremecerse las hojas de la celosía. Detuvieron a un niño de catorce años en la calle de La Cossonnerie con los bolsillos llenos de cartuchos. Atacaron varios puestos. En la entrada de la calle de Bertin-Poirée, un tiroteo intenso y totalmente imprevisto recibió a un regimiento de coraceros a cuyo frente iba el general Cavaignac de Baragne. En la calle de Planche-Mibray les tiraron a las tropas desde lo alto de los

tejados cascos de loza y utensilios de cocina: mala señal; y cuando le refirieron ese hecho al mariscal Soult, el antiguo lugarteniente de Napoleón se quedó pensativo al recordar la frase de Suchet en Zaragoza: *Estamos perdidos si las viejas nos vacían el orinal en la cabeza.*

Esos síntomas generales que surgían cuando los disturbios parecían ya localizados, esa furia febril que volvía a prevalecer, esas pavesas que volaban acá y allá por encima de esas aglomeraciones profundas de combustible que son los arrabales de París, todo lo dicho, en conjunto, intranquilizó a los jefes militares. Y hubo prisa por apagar esos conatos de incendio. Retrasaron, hasta tener sofocados esos chisporroteos, el ataque a las barricadas Maubuée, de La Chanvrerie y de Saint-Merry, para no tener que ocuparse ya más que de ellas y poder acabar con todo de una vez. Enviaron columnas a las calles en fermentación, barriendo las grandes y sondeando las pequeñas, a derecha e izquierda, ora con precaución y despacio, ora a paso de carga. Las tropas derribaban las puertas de las casas desde las que habían disparado; simultáneamente la caballería maniobraba para dispersar a los grupos de los bulevares. Esta represión no careció de ruido y de ese escándalo tumultuoso característico de los choques entre el ejército y el pueblo. Eso era lo le llegaba a Enjolras en los intervalos de los cañonazos y los tiroteos. Había visto, además, pasar por el extremo de la calle heridos en angarillas y le decía a Courfeyrac: «Esos heridos no son nuestros».

Poco duró la esperanza; el fulgor se eclipsó enseguida. En menos de media hora se desvaneció lo que andaba por el aire; fue como un relámpago sin rayo, y los insurrectos notaron que se les venía encima esa capa de plomo que la indiferencia del pueblo echa sobre los obstinados que quedan abandonados.

El movimiento general, del que parecía haberse dado un esbozo más o menos impreciso, había abortado; y la atención del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podían concentrarse ahora en las tres o cuatro barricadas que seguían en pie.

El sol iba subiendo por el cielo.

Un insurrecto interpeló a Enjolras:

—Oye, que por aquí hay hambre. ¿De verdad que vamos a morirnos así, sin comer?

Enjolras, que seguía de codos en su almena, sin apartar la vista del extremo de la calle, asintió con la cabeza.

XIV

En el que leeremos el nombre de la amante de Enjolras

Courfeyrac, sentado en un adoquín, al lado de Enjolras, seguía insultando al cañón y, cada vez que pasaba con un ruido monstruoso esa oscura nube de proyectiles que recibe el nombre de metralla, la acogía con una ráfaga de ironía.

—Te estás dejando los pulmones, mi pobre amigo, me das pena, te estás quedando sin estruendo. Eso no es un trueno, es un ataque de tos.

Y los que estaban alrededor se reían.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo valiente buen humor crecía con el peligro, sustituían, igual que la señora Scarron, la comida por las bromas y, ya que andaban mal de vino, escanciaban alegría a todos.

—Admiro a Enjolras —decía Bossuet—. Me tiene maravillado esa temeridad impasible suya. Vive solo, y es posible que por eso sea un poco triste; Enjolras se queja de que su grandeza lo aboca a la viudedad. Todos nosotros tenemos más o menos alguna amante que nos vuelve locos, es decir, valientes. Lo menos que puede hacer quien esté enamorado como un tigre es pelear como un león. Es una forma de vengarnos de esos malos tragos por los que nos hacen pasar las señoras modistillas. Roland se dejó matar para hacer rabiar a Angélique. Todos nuestros heroísmos proceden de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin percutor; la mujer es la que pone al hombre en el disparadero. Bueno, pues Enjolras no tiene mujer. No está enamorado y se las compone para ser intrépido. Es inaudito que alguien pueda ser frío como el hielo y osado como el fuego.

Enjolras no parecía estar escuchando, pero, si hubiera tenido a

alguien cerca, ese alguien le habría oído susurrar a media voz: *Patria*.

Todavía estaba Bossuet bromeando cuando Courfeyrac exclamó:

—¡Hay novedades!

Y, adoptando la voz de un ujier que anuncia a alguien, añadió:

—Me llamo Pieza de Ocho.

Efectivamente, acababa de entrar en el escenario un nuevo personaje. Otra boca de fuego.

Los artilleros ejecutaron con rapidez la maniobra y colocaron la segunda pieza en batería junto a la primera.

Era el principio del desenlace.

Pocos momentos después, las dos piezas, cuyos servidores eran muy activos, estaban disparando de cara al reducto; los fuegos del pelotón de la infantería de línea y de la guardia de los arrabales apoyaban a la artillería.

A poca distancia se oía otro cañoneo. Al mismo tiempo que estas dos piezas se encarnizaban con el reducto de la calle de La Chanvrerie, otras dos bocas de fuego, que apuntaban una a la calle de Saint-Denis y la otra a la calle Aubry-le-Boucher, acribillaban la barricada Saint-Merry. Cada cañón era como el eco lúgubre de los otros tres.

Los ladridos de esos sombríos perros de la guerra se respondían.

De las dos piezas que disparaban ahora contra la fachada de la calle de La Chanvrerie, una lo hacía con metralla y la otra con balas.

La pieza que disparaba balas apuntaba algo alto y el tiro estaba calculado para que la bala diese en el filo extremo de la cresta superior de la barricada, lo desmenuzase y convirtiera los adoquines en metralla, que les caía encima a los insurrectos.

La finalidad de esa forma de disparar era apartar a los combatientes de la parte superior del reducto y obligarlos a apelotonarse dentro, es decir, era ya un anuncio del asalto.

Cuando las balas hubieran expulsado a los combatientes de la parte alta de la barricada y la metralla los hubiera expulsado de las ventanas de la taberna, las columnas de asalto podrían aventurarse por la calle sin que las apuntase nadie, y quizá incluso sin que las vieran, trepar de repente por el reducto, como la noche anterior, y, ¿quién sabe?, tomarlo por sorpresa.

—Es imprescindible que esas piezas dejen de resultar tan incómodas —dijo Enjolras. Y gritó: «¡Fuego contra los artilleros!».

Todos estaban listos. La barricada, que llevaba mucho callada, disparó desaforadamente; hubo siete u ocho descargas sucesivas, entre frenéticas y alegres; la calle se llenó de un humo cegador y, al cabo de unos minutos, a través de esa bruma cruzada de llamas, fue posible divisar confusamente a las dos terceras partes de los artilleros caídos sobre las ruedas de los cañones. Los que seguían en pie continuaban sirviendo las piezas con calma rigurosa, pero los disparos se habían espaciado.

—Esto va bien —le dijo Bossuet a Enjolras—. Un éxito.

Enjolras movió la cabeza dubitativamente y contestó:

—Otro cuarto de hora de un éxito así y ya no quedarán en la barricada ni diez cartuchos.

Al parecer, Gavroche oyó esa frase.

XV

Gavroche sale al exterior

Courfeyrac vio de pronto a alguien al pie de la barricada, fuera, en la calle, entre las balas.

Gavroche había cogido un cesto para botellas en la taberna, había salido por la abertura y estaba entregado tranquilamente a la ocupación de vaciar en el cesto las cartucheras llenas de cartuchos de los guardias nacionales que habían muerto en el talud del reducto.

—¿Qué haces ahí? —dijo Courfeyrac.

Gavroche alzó la cabeza.

—Ciudadano, estoy llenando este cesto.

—Pero ¿es que no ves la metralla?

Gavroche contestó:

—Pues sí, está lloviendo. ¿Y qué?

Courfeyrac gritó:

—¡Vuelve!

—Ahora voy —dijo Gavroche.

Y, de un brinco, se adentró en la calle.

Recordemos que la compañía Fannicot, al retirarse, había dejado tras de sí un rastro de cadáveres.

Alrededor de veinte muertos yacían desperdigados por todo el empedrado de la calle. Alrededor de veinte cartucheras, desde el punto de vista de Gavroche; una provisión de cartuchos para la barricada.

El humo de la calle era como una niebla. Quien haya visto una nube metida en una garganta montañosa, entre dos escarpaduras cortadas a pico, puede imaginarse ese humo, encerrado y como más denso entre las dos filas sombrías de unas casas altas. Subía

despacio y se renovaba continuamente; el resultado era una oscuridad gradual que empalidecía incluso la luz del pleno día. Apenas si se divisaban los combatientes de una punta a otra de la calle, que, sin embargo, era muy corta.

Aquel oscurecimiento, que, probablemente, era algo que los jefes que iban a dirigir el asalto a la barricada pretendían y tenían calculado, le resultó de utilidad a Gavroche.

Bajo las ondulaciones de ese humo y gracias a que era muy menudo, pudo adentrarse bastante en la calle sin que lo vieran. Desvalijó las siete u ocho cartucheras que le pillaban más cerca sin gran peligro.

Iba arrastrándose, bocabajo; corría a cuatro patas; llevaba el cesto en los dientes, se retorcía, se escurría, ondulaba, hacía eses de un muerto a otro y vaciaba las cartucheras igual que un mono abre una nuez.

Desde la barricada, en cuyas proximidades estaba aún, no se atrevían a decirle a voces que volviera, por temor a llamar la atención.

En un cadáver, que era de un cabo, encontró un cebador de pólvora en forma de pera.

—Para la sed —dijo, metiéndoselo en el bolsillo.

A fuerza de avanzar, llegó al punto en que la niebla de las descargas se volvía transparente.

El resultado fue que los tiradores de la infantería de línea, colocados tras el murete de adoquines y en guardia, y los tiradores de los arrabales, concentrados en la esquina de la calle, se señalaron unos a otros de repente algo que se movía entre el humo.

En el momento en que Gavroche le estaba quitando los cartuchos a un sargento que yacía junto a un mojón, una bala dio en el cadáver.

—¡Caramba! —dijo Gavroche—. ¿Pues no me están matando a los muertos?

Otra bala le sacó chispas al empedrado junto a él. Y otra más volcó el cesto.

Gavroche miró y vio que las balas venían de los guardias de los arrabales.

Se enderezó, enhiesto, con el pelo al viento, se puso en jarras, mirando fijamente a los guardias nacionales que le disparaban, y

cantó:

Son feos en Nanterre,
la culpa es de Voltaire;
tontos en Palaiseau,
la culpa es de Rousseau.

Luego recogió el cesto, volvió a meter en él, sin dejarse uno, los cartuchos que se habían caído y, avanzando entre el tiroteo, fue a vaciar otra cartuchera. Una cuarta bala volvió a errar el blanco y Gavroche cantó:

No sé el paternóster,
la culpa es de Voltaire;
pajarillo soy yo,
la culpa es de Rousseau.

La quinta bala sólo consiguió inspirarle la tercera estrofa:

Alegría es mi haber,
la culpa es de Voltaire;
miseria me equipó,
la culpa es de Rousseau.

Así siguió un rato.

El espectáculo era espantoso y encantador. Gavroche, tiroteado, se burlaba del tiroteo. Al parecer, se estaba divirtiendo mucho. Era el gorrión que picotea entre los cazadores. A cada descarga contestaba con una estrofa. Todos lo apuntaban sin parar, pero nadie le daba. Los guardias nacionales y los soldados se reían mientras lo encañonaban. Él se tiraba al suelo, luego se enderezaba, hurtaba el bulto en el entrante de una puerta, luego brincaba, desaparecía, volvía a aparecer, huía, regresaba, contestaba a la metralla con morisquetas y, sin embargo, arramblaba con los cartuchos, vaciaba las cartucheras y llenaba el cesto. Los insurrectos, jadeando de ansiedad, lo seguían con la vista. La barricada estaba temblando; él cantaba. No era un niño, no era un

hombre; era un ser extraño, a medias golfillo y a medias duende. Hubiérase dicho que, en la refriega, era invulnerable. Las balas lo perseguían; él las superaba en agilidad. Jugaba con la muerte a no se sabe qué juego del escondite amedrentador; cada vez que se le acercaba la cara chata del espectro, el golfillo le daba una toba.

Pero, por fin, una bala, más afinada o más traidora que las demás, alcanzó al niño fuego fatuo. Vieron trastabillar a Gavroche; luego, se desplomó. Toda la barricada soltó un grito; pero había algo de Anteo en el pigmeo aquel; para un golfillo tocar el empedrado al caer es lo mismo que para el gigante tocar la tierra: Gavroche no había caído sino para volverse a enderezar; se quedó sentado, con un largo hililllo de sangre cruzándole la cara; alzó ambos brazos al cielo, miró hacia el lugar de donde había venido el disparo y empezó a cantar:

Me acabo de caer,
la culpa es de Voltaire;
una bala me dio,
la culpa es de…

No pudo terminar. Otra bala del mismo tirador lo detuvo en seco. Esta vez cayó con la cara contra el suelo y no volvió a moverse. Aquella almita tan grande acababa de alzar el vuelo.

XVI

De cómo se llega de hermano a padre

Había en ese mismo momento, en el parque de Le Luxembourg —porque la mirada del drama debe estar presente por todas partes —, dos niños cogidos de la mano. Uno de ellos podía tener siete años, y el otro, cinco. Como la lluvia los había mojado, iban por los paseos del lado del sol; el mayor guiaba al pequeño; iban harapientos y estaban pálidos; parecían aves esquivas. El más pequeño decía: «Tengo mucha hambre».

El mayor, algo protector ya, llevaba a su hermano cogido de la mano izquierda, y en la derecha, una varita.

Estaban solos en el parque. El parque estaba desierto, la policía había mandado cerrar las verjas por la insurrección. Las tropas que habían vivaqueado en él se habían ido por necesidades del combate.

¿Cómo estaban allí esos niños? A lo mejor se habían escapado de un cuerpo de guardia cuya puerta se había quedado entornada; quizá por los alrededores, en el portillo de Enfer o en la explanada del Observatorio, o en la glorieta vecina que domina ese frontón en que pone: *invenerunt parvulum pannis involutum,* había algún barracón de saltimbanquis del que habían huido; a lo mejor habían burlado la vigilancia de los inspectores del parque a la hora de cerrar y habían pasado la noche en uno de esos quioscos en que se leen los periódicos. El hecho es que iban errabundos y parecían libres. Ir errabundo y parecer libre equivale a haberse perdido. Esos pobres niños se habían perdido, efectivamente.

Eran los mismos niños por los que había andado preocupado Gavroche y que el lector recordará. Los hijos de Thénardier que tenía alquilados la Magnon para atribuírselos al señor Gillenormand y eran ahora hojas caídas de todas esas ramas sin raíces, que el

viento arrastraba por los suelos.

La ropa, decente en tiempos de la Magnon, a quien le servía de folleto de propaganda ante el señor Gillenormand, se había convertido en andrajos.

Esas criaturas pertenecían ya a la estadística de los «niños abandonados» que la policía encuentra, recoge, extravía y vuelve a encontrar en las calles de París.

Tenía que ser un día como aquél, lleno de alteraciones, para que esos niños míseros estuvieran en ese parque. Si los guardas los hubieran visto, habrían expulsado a esos andrajosos. Los niños pobres no entran en los parques municipales; sin embargo, habría que pensar que, como niños que son, tienen derecho a las flores.

Éstos estaban allí porque las verjas estaban cerradas. Estaban allí irregularmente. Se habían colado en el parque y se habían quedado en él. Aunque estén las verjas cerradas, no deja de haber inspectores; se supone que la vigilancia sigue siendo la misma, pero se afloja y se toma un descanso; y los inspectores, a quienes también afecta la ansiedad pública, y más ocupados en lo que pasa fuera que en lo que pasa dentro, habían dejado de mirar el parque y no habían visto a esos dos delincuentes.

Había llovido la víspera, e incluso un poco por la mañana. Pero en junio los chaparrones no tienen importancia. Cuando ha transcurrido una hora después de una tormenta, apenas si cae alguien en la cuenta de que ese día hermoso y rubio ha llorado. La tierra en verano se seca tan deprisa como la mejilla de un niño.

En ese momento del solsticio la luz del mediodía es mordiente, por decirlo de alguna forma. Se apodera de todo. Se pega a la tierra, se superpone a ella con algo parecido a una succión. Diríase que el sol está sediento. Un chaparrón es un vaso de agua; el sol se bebe la lluvia en el acto. Por la mañana todo está chorreando y por la tarde todo está polvoriento.

No hay nada tan admirable como unas frondas a las que ha lavado la cara la lluvia y que han secado los rayos del sol; es un frescor cálido. Los jardines y las praderas, con agua en las raíces y sol en las flores, se convierten en cazoletas de incienso y humean a un tiempo con todos sus aromas. Todo ríe, canta y se brinda. Notamos una suave embriaguez. La primavera es un paraíso provisional; el sol ayuda al hombre a ser paciente.

Hay personas que no piden nada más; seres vivos que, si tienen el azul del cielo, dicen: ¡me basta!; meditabundos absortos en el prodigio, que toman de la idolatría de la naturaleza la indiferencia ante el bien y el mal; contempladores del cosmos radiantemente absortos y ajenos al hombre, que no entienden que a alguien le preocupen el hambre de éstos y la sed de aquéllos, la desnudez del pobre en invierno, la combadura linfática de una columna vertebral infantil, el jergón, la buhardilla, el calabozo y los harapos de las muchachas muertas de frío, siendo así que es posible soñar bajo los árboles; mentes apacibles y terribles, despiadadamente satisfechas. Cosa extraña: les basta con el infinito. No le hacen caso a esa gran necesidad del hombre, lo finito, que permite el abrazo. De lo finito, que permite el progreso y el trabajo sublime, ni se acuerdan. No tienen capacidad para lo indefinido, que nace de la combinación humana y divina de lo infinito y lo finito. Si se hallan ante la inmensidad, sonríen. La alegría, nunca; siempre el éxtasis. Abstraerse, en eso consiste su vida. La historia de la humanidad no es para ellos sino una planificación parcial; en ella no entra el Todo; el verdadero Todo se queda al margen; ¿para qué ocuparse de ese detalle: el hombre? El hombre sufre, es posible; pero ¡mirad cómo sale Aldebarán! La madre se ha quedado sin leche, el recién nacido se muere, pero ¡observad este rosetón maravilloso de una rodaja de la albura del abeto cuando lo miramos con el microscopio! ¡Compáreme usted con eso el mejor de los encajes de Malinas! A estos pensadores se les olvida el amor. El zodiaco tiene tal éxito con ellos que les impide ver llorar a un niño. Dios les eclipsa el alma. Es una familia de mentes pequeñas y grandes a la vez. Horacio fue uno de ellos; y Gœthe; y La Fontaine, quizá; espléndidos egoístas de lo infinito; sosegados espectadores del dolor, que no ven a Nerón si hace bueno, a quienes el sol tapa la hoguera, que mirarían cómo guillotinan a alguien buscando un efecto luminoso, que no oyen ni el grito ni el sollozo ni el estertor ni el toque de rebato, a quienes todo les parece bien puesto que existe el mes de mayo, que mientras haya nubes de púrpura y oro por encima de sus cabezas estarán encantados de la vida y que tienen la firme determinación de ser felices hasta que se agoten el resplandor de los astros y el canto de los pájaros.

Son radiantes tenebrosos. No sospechan que son dignos de

compasión. Y lo son, desde luego. Quien no llora no ve. Hay que admirarlos y compadecerlos, como compadeceríamos y como admiraríamos a un ser que fuera a la vez noche y día, que no tuviera ojos bajo las cejas y tuviera un astro en la mitad de la frente.

La indiferencia de esos pensadores: he aquí, en opinión de algunos, una filosofía superior. Bien está; pero en esa superioridad hay una invalidez. Se puede ser inmortal y cojo: por ejemplo, Vulcano. Se puede ser más que un hombre y menos que un hombre. Lo incompleto inmenso está en la naturaleza. ¿Quién sabe si el sol no será ciego?

Pero entonces, ¡cómo! ¿De quién fiarse? *Solem quis dicere falsum audeat?* ¿Hay incluso, en vista de eso, algunos genios, algunos Humanos Altísimos, algunos hombres-astro que podrían estar equivocados? Eso que está allá arriba, en la cumbre, en la cima, en el cenit, eso que envía tanta claridad a la tierra, ¿puede ocurrir que vea poco, que vea mal, que no vea? ¿No es acaso desesperante? No. Pero ¿qué hay, pues, por encima del sol? El dios.

El 6 de junio de 1832, alrededor de las once de la mañana, Le Luxembourg, solitario y despoblado, estaba delicioso. Los arriates en quincunce y los parterres cruzaban entre sí, en la luz, sahumerios y resplandores deslumbrantes. Las ramas, locas en la claridad del mediodía, parecía que intentaban besarse. Había en los sicomoros un guirigay de currucas; los gorriones eran los reyes; los pájaros carpinteros trepaban por los castaños dando golpecitos con el pico en los agujeros de la corteza. Las platabandas aceptaban la legítima monarquía de los lirios blancos; el aroma más augusto es el que brota de la blancura. Podía olerse el perfume picante de los claveles. Las antiguas cornejas de María de Médicis estaban enamoradas en los altos árboles. El sol doraba, arrebolaba y encendía los tulipanes, que no son sino todas las variedades de la llama hechas flores. Alrededor de los macizos de tulipanes volaban en torbellino las abejas, como las chispas de esas flores llama. Todo era encanto y júbilo, incluso la lluvia que se avecinaba; en aquella reincidencia, que les sería provechosa al lirio de los valles y a la madreselva, no había nada inquietante; las golondrinas amenazaban de forma deliciosa con volar bajo. Todo el que estuviera allí respiraba dicha; la vida olía bien; de toda aquella naturaleza

brotaba el candor, la ayuda, la asistencia, la paternidad, la caricia, la aurora. Los pensamientos que caían del cielo eran suaves como el beso en una manita infantil.

Las estatuas, bajo los árboles, desnudas y blancas, vestían túnicas de sombra con agujeros de luz; aquellas diosas lucían andrajos de sol; llevaban rayos colgando por todas partes. Alrededor del estanque grande, la tierra se había secado ya tanto que estaba quemada. Soplaba el viento suficiente para levantar acá y allá breves algaradas de polvo. Unas cuantas hojas amarillas, que habían durado desde el pasado otoño, se perseguían alegremente y parecían jugar como chiquillas.

En aquella abundancia de claridad había un no sé qué tranquilizador. Eran desbordantes la vida, la savia, el calor, los efluvios; tras la creación se notaba la enormidad del manantial; en todos esos hálitos impregnados de amor, en ese vaivén de reverberaciones y de reflejos, en esa extraordinaria generosidad de rayos, en ese escanciar indefinido de oro líquido se notaba la prodigalidad de lo inagotable; y, detrás de ese esplendor, igual que detrás de una cortina de llamas, se intuía a Dios, ese millonario en estrellas.

Gracias a la arena, no había ni una mancha de barro; gracias a la lluvia, no había ni un grano de ceniza. Los ramos acababan de lavarse; todos los terciopelos, todos los rasos, todos los charoles, todos los oros que brotan de la tierra en forma de flores eran irreprochables. Era una magnificencia pulcra. El hondo silencio de la naturaleza dichosa colmaba el parque. Silencio celestial compatible con mil músicas, con arrullos de nidos, con zumbidos de enjambres, con palpitar del viento. Toda la armonía de la estación se consumaba en un conjunto de grácil encanto; las entradas y las salidas de la primavera ocurrían en el orden estipulado; las lilas estaban acabando y los jazmines empezando; algunas flores se habían retrasado, algunos insectos se habían adelantado; la vanguardia de las mariposas rojas de junio confraternizaba con la retaguardia de las mariposas blancas de mayo. Los plátanos se remozaban. La brisa abría ondas en la gigantesca magnificencia de los castaños. Era esplendoroso. Un veterano del cuartel vecino, que miraba por la verja, decía: «Aquí está la primavera presentando armas con uniforme de gala».

Toda la naturaleza estaba almorzando; la creación estaba sentada a la mesa; era ya la hora; en el cielo estaba el gran mantel azul y en la tierra el gran mantel verde; el sol lo iluminaba todo *a giorno*. Dios servía esa comida universal. Todos los seres tenían su pasto o su pitanza. La paloma torcaz encontraba cañamones; el pinzón, mijo; el jilguero, hierba del pájaro; el petirrojo, lombrices; la abeja encontraba flores; la mosca encontraba infusorios; el verderón encontraba moscas. Cierto es que se comían todos entre sí hasta cierto punto, y en eso consiste el misterio del mal mezclado con el bien; pero ni un solo animal se quedaba con el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habían llegado junto al estanque grande y, un tanto aturrullados con tanta luz, intentaban esconderse, que es lo instintivo en los pobres y los débiles ante la magnificencia, incluso la impersonal; se habían quedado detrás de la caseta de los cisnes.

A intervalos, por acá y por allá, cuando soplaba el viento, se oían confusamente gritos, un rumor, algo así como unos estertores tumultuosos, que eran tiroteos; y golpes sordos, que eran cañonazos. Había humo por encima de los tejados hacia la zona del Mercado Central. Una campana, que parecía una llamada, sonaba a lo lejos.

Aquellos niños no parecían oír esos ruidos. El más pequeño repetía a veces a media voz: «Tengo hambre».

Casi al mismo tiempo que los dos niños, se acercaba al estanque grande otra pareja. Era un buen señor de cincuenta años que llevaba de la mano a un niñito de seis. Seguramente un padre con su hijo. El niñito de seis llevaba en la mano un bollo grande.

Por entonces, en algunas de las casas ribereñas de la calle de Madame y de la calle de Enfer había una llave de Le Luxembourg de la que podían disfrutar los inquilinos cuando estaban cerradas las verjas, autorización que ya se ha suprimido. Aquel padre y aquel hijo debían de venir seguramente de alguna de esas casas.

Los dos niños pobres vieron llegar «al señor» y se escondieron algo más.

Era un burgués. El mismo quizá a quien Marius, en plena fiebre amorosa, había oído un día, junto a ese mismo estanque, aconsejar a su hijo que «evitase los excesos». Parecía afable y altanero, y la

boca, que no cerraba nunca, sonreía siempre. En esa sonrisa automática, que causa un exceso de mandíbula y una cortedad de piel, se ven más los dientes que el alma. El niño, con aquel bollo empezado que no se terminaba, parecía ahíto. El niño aquel iba vestido de guardia nacional porque había disturbios; y el padre seguía vestido de paisano por prudencia.

El padre y el hijo se detuvieron junto al estanque donde nadaban los cisnes. El señor aquel parecía sentir una admiración particular por los cisnes. Se les parecía porque andaba como ellos.

En aquellos momentos los cisnes nadaban, en lo cual consiste su talento principal, y eran hermosísimos.

Si los dos niños pobres hubieran atendido y hubieran tenido edad para entenderlas, habrían oído las palabras de un hombre serio. El padre le iba diciendo al hijo:

—El sabio vive contento conformándose con poco. Fíjate en mí, hijo mío. No me gusta el boato. Nunca se me ve con fraques recargados de oro y pedrería; le dejo ese oropel a las almas de organización defectuosa.

Al llegar a este punto, estallaron gritos hondos que llegaban de la parte del Mercado Central y se incrementaron el repicar de la campana y el rumor.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

El padre contestó:

—Son unas saturnales.

De pronto, divisó a los dos niños andrajosos, inmóviles detrás la casita verde de los cisnes.

—He aquí el principio —dijo.

Y, tras un silencio, añadió:

—La anarquía entra en este parque.

Entretanto, el niño mordió el bollo, lo escupió y, de repente, se echó a llorar.

—¿Por qué lloras? —preguntó el padre.

—No tengo hambre —dijo el niño.

La sonrisa del padre se acentuó.

—No hay que tener hambre para comerse un bollo.

—Estoy harto de este bollo. Está muy seco.

—¿No quieres más?

—No.

Su padre señaló los cisnes.

—Échaselo a esas aves palmípedas.

El niño titubeó. Que uno no quiera más bollo no es razón para dárselo a nadie.

El padre añadió:

—Sé humanitario. Hay que compadecerse de los animales.

Y, quitándole el bollo a su hijo, lo arrojó al estanque.

El bollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes estaban alejados, en el centro del estanque, y ocupados pescando algo. No habían visto ni al señor ni el bollo.

El burgués, dándose cuenta de que el bollo corría el riesgo de desperdiciarse, y alterado ante ese naufragio inútil, se entregó a un revuelo de ademanes y señales telegráficas que acabó por llamar la atención de los cisnes.

Vieron algo que flotaba, cambiaron de amura como barcos, pues lo son, y se dirigieron despacio hacia el bollo, con la majestuosidad beatífica que corresponde a unos animales blancos.

—Las palmípedas atienden a las palmadas —dijo el burgués, encantado de ser tan ingenioso.

En ese momento, el tumulto lejano de la ciudad creció repentinamente. Esta vez resultó siniestro. Hay ráfagas de viento que hablan con mayor claridad que otras. La que soplaba ahora trajo con claridad redobles de tambores, clamores, disparos de pelotones y las lúgubres respuestas de la campana a rebato y del cañón. Y coincidió todo ello con una nube negra que tapó de golpe el sol.

Los cisnes no habían llegado aún hasta el bollo.

—Vámonos a casa —dijo el padre—. Están atacando Les Tuileries.

Volvió a coger a su hijo de la mano. Luego añadió:

—De Les Tuileries a Le Luxembourg no media más que la distancia que separa la monarquía de la Cámara Alta; queda muy cerca. Van a llover los tiros de fusil.

Miró la nube.

—Y, a lo mejor, hasta llueve lluvia; el cielo interviene; la rama menor está condenada. Vámonos enseguida a casa.

—Me gustaría ver cómo se comen los cisnes el bollo —dijo el niño.

El padre contestó:

—Sería una imprudencia.

Y se llevó a su burguesito.

El hijo, que lamentaba no ver los cisnes, tuvo la cabeza vuelta hacia el estanque hasta que se lo tapó una esquina de los parterres.

Pero, al mismo tiempo que los cisnes, se habían acercado al bollo los dos niños perdidos. Flotaba en el agua. El pequeño miraba el bollo; el mayor miraba cómo se alejaba el señor.

El padre y el hijo se internaron en el laberinto de paseos que conduce a la escalinata del macizo de árboles que cae por la parte de la calle de Madame.

En cuanto se perdieron de vista, el mayor se tumbó rápidamente bocabajo en el borde redondeado del estanque y, aferrándose a él con la mano izquierda, inclinándose hacia el agua, a punto casi de caerse, alargó con la mano derecha la varita hacia el bollo. Los cisnes, al ver al enemigo, se apresuraron y, al apresurarse, sus pechos causaron un efecto que le vino bien al pescadorcito; el agua refluyó con el avance de los cisnes y una de esas ondas concéntricas y flojas empujó despacio el bollo hacia la varita del niño. Cuando ya estaban llegando los cisnes, la varita tocó el bollo. El niño dio un golpe rápido, llevó a la orilla el bollo, espantó a los cisnes, cogió el bollo y se enderezó. El bollo estaba mojado, pero tenían hambre y sed. El mayor partió en dos trozos el bollo, uno grande y uno pequeño, se quedó con el pequeño, le dio el grande a su hermanito y le dijo:

—Échate esto entre pecho y espalda.

XVII

Mortuus pater filium moriturum expectat

Marius había saltado fuera de la barricada. Combeferre fue detrás. Pero era demasiado tarde. Gavroche estaba muerto. Combeferre llevó el cesto de cartuchos; Marius llevó al niño.

Por desgracia, iba pensando, lo que el padre del niño hizo por su padre él se lo devolvía al hijo, pero Thénardier llevó a su padre vivo, y él volvía con el niño muerto.

Cuando Marius entró en el reducto con Gavroche en brazos, tenía, igual que el niño, la cara cubierta de sangre.

En el preciso momento en que se inclinaba para coger a Gavroche, una bala le había rozado la cabeza; no lo había notado.

Courfeyrac se quitó la corbata y le vendó la frente a Marius.

Pusieron a Gavroche en la misma mesa que Mabeuf y cubrieron los dos cuerpos con el chal negro. Bastó para el anciano y el niño.

Combeferre repartió los cartuchos del cesto que había recuperado.

Con ellos podía cada hombre hacer quince disparos.

Jean Valjean seguía en el mismo sitio, sentado inmóvil en el mojón. Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, los rechazó negando con la cabeza.

—¡Menudo excéntrico! No debe de haber muchos como él —le dijo por lo bajo Combeferre a Enjolras—. Se las apaña para no luchar en la barricada.

—Lo cual no le impide defenderla —contestó Enjolras.

—El heroísmo tiene sus personajes peculiares —siguió diciendo Combeferre.

Y Courfeyrac, que lo había oído, añadió:

—Éste es de un estilo diferente que Mabeuf.

Hay que dejar constancia de que el fuego que azotaba la barricada casi no alteraba la tranquilidad del interior. Quienes no han cruzado nunca por el torbellino de este tipo de guerras no pueden hacerse idea de los singulares momentos de calma que se mezclan con las convulsiones. Los hombres van y vuelven, charlan, bromean, pierden el tiempo. Un conocido nuestro oyó un día que un combatiente le decía, entre la metralla: *Estamos aquí como en un almuerzo de solteros*. Repetimos que el reducto de la calle de La Chanvrerie parecía muy tranquilo por dentro. Habían agotado o estaban agotando todas las peripecias y todas las etapas. La posición había pasado de ser crítica a ser amenazadora; y era muy probable que de amenazadora se convirtiera en desesperada. A medida que la situación se iba volviendo cada vez más oscura, un resplandor heroico teñía cada vez más de púrpura la barricada. Enjolras, muy serio, imperaba en ella con la actitud de un espartano joven que consagra la espada desenvainada al sombrío genio Epidotes.

Combeferre, con el delantal puesto, curaba a los heridos; Bossuet y Feuilly hacían cartuchos con la pólvora del cebador que había encontrado Gavroche en el cadáver del cabo, y Bossuet le decía a Feuilly: *Dentro de nada vamos a coger la diligencia para otro planeta;* Courfeyrac, en los pocos adoquines que había reservado para sí cerca de Enjolras, estaba colocando y ordenando todo un arsenal, el bastón con estoque, el fusil, dos pistolas de arzón y unos nudillos de hierro, con el mismo primor con que una joven ordena la vitrinita con su colección de curiosidades. Jean Valjean, mudo, miraba la pared que tenía enfrente. Un obrero se ataba a la cabeza con un cordel un sombrero de paja de alas anchas de la señora Hucheloup, *por las insolaciones,* a lo que decía. Los jóvenes de La Cougourde de Aix charlaban alegremente como si les apremiara hablar provenzal por última vez. Joly, que había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup, se miraba la lengua. Unos cuantos combatientes, que habían descubierto unas cortezas de pan bastante mohosas en un cajón, se las estaban comiendo con avidez. Marius estaba preocupado por lo que fuera a decirle su padre.

XVIII

El buitre se vuelve presa

Insistamos en un hecho fisiológico propio de las barricadas. No debemos omitir nada de lo que caracterice esta sorprendente guerra urbana.

Fuere cual fuere esa extraña tranquilidad interior que acabamos de mencionar, no por ello deja de ser la barricada, para quienes se hallan dentro, una visión.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil; se mezclan todas las brumas de lo desconocido con esos incendios fieros; las revoluciones son esfinges, y quienquiera haya pasado por una barricada cree que ha pasado por un sueño.

Lo que se siente en lugares así ya lo hemos indicado al hablar de Marius, y hemos de ver sus consecuencias; es más que la vida y menos que la vida. Cuando alguien sale de una barricada, no sabe ya qué ha visto en ella. Se ha portado de forma terrible y lo ignora. Ha tenido en torno ideas combatientes con rostro humano; ha tenido metida la cabeza en una luz de porvenir. Había cadáveres tendidos y fantasmas de pie. Las horas eran colosales y parecían horas de eternidad. Ha vivido en la muerte. Han pasado sombras. ¿Quiénes eran? Ha visto manos en las que había sangre; había un ruido ensordecedor espantoso; había también un silencio horrible; había bocas abiertas que gritaban y otras bocas abiertas que callaban; estaba dentro de un humo y quizá dentro de una oscuridad nocturna. Es como si hubiera tocado el rezumar siniestro de las profundidades desconocidas; se mira uno algo rojo que tiene en las uñas. Ya no recuerda qué es.

Regresemos a la calle de La Chanvrerie.

De repente, entre dos descargas, se oyó un sonido distante:

estaba dando una hora.

—Son las doce —dijo Combeferre.

No había acabado de dar la hora y ya se erguía Enjolras en lo alto de la barricada para lanzar este clamor tonante:

—Meted adoquines en la casa. Colocadlos en el repecho de la ventana del primero y de las ventanas de la buhardilla. La mitad de los hombres a los fusiles, y la otra mitad, a los adoquines. No hay que perder un minuto.

Un pelotón de bomberos y zapadores, con el hacha al hombro, acababa de aparecer en formación de combate en el extremo de la calle.

No podía ser sino la cabeza de una columna; y ¿de qué columna? De la columna de ataque, por descontado; los bomberos y zapadores a cuyo cargo corría derribar la barricada precedían siempre a los soldados a cuyo cargo corría trepar por ella.

No cabía duda de que estaba a punto de llegar ese momento que el señor de Clermont-Tonnerre llamaba, en 1822, «el empujón».

Cumplieron la orden de Enjolras con la premura pertinente, propia de los barcos y las barricadas, los dos únicos escenarios de combate de los que es imposible evadirse. En menos de un minuto, subieron al primer piso y al desván las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras había mandado apilar a la puerta de Corinthe; y, antes de que transcurriera el segundo minuto, esos adoquines, diestramente colocados unos encima de otros, tapiaban hasta media altura la ventana del primero y los tragaluces abuhardillados. Por unos cuantos intervalos, que había previsto cuidadosamente Feuilly, el constructor en jefe, podían asomar los cañones de los fusiles. Fue tanto más fácil armar así las ventanas cuanto que había cesado la metralla. Las dos piezas disparaban ahora balas al centro de la muralla para agujerearla y abrir, si es que era posible, una brecha para el asalto.

Cuando ya estuvieron en su sitio los adoquines destinados a la defensa suprema, Enjolras mandó llevar al primer piso las botellas que había metido debajo de la mesa en la que estaba Mabeuf.

—¿Quién se las va a beber? —preguntó Bossuet.

—Ellos —contestó Enjolras.

Luego cerraron a cal y canto la ventana de la sala de abajo y tuvieron a mano las barras de hierro que servían para atrancar por

las noches la puerta de la taberna.

Ya estaba acabada la fortaleza. La barricada era la muralla, la taberna era el torreón.

Sobraron adoquines y con ellos taparon la abertura.

Como a los defensores de una barricada no les queda más remedio que ahorrar municiones y los asaltantes lo saben, los sitiadores toman sus disposiciones con algo parecido a una cachaza irritante, se exponen al fuego antes de tiempo aunque más en apariencia que en realidad y se lo toman con calma. Los preparativos para el ataque se llevan a cabo siempre con cierta lentitud metódica; luego, el rayo.

Esa lentitud le permitió a Enjolras pasarle revista a todo y perfeccionarlo todo. Se daba cuenta de que, si unos hombres así iban a morir, su muerte tenía que ser una obra maestra.

Le dijo a Marius:

—Somos los dos jefes. Entro a dar las últimas órdenes. Tú quédate fuera observando.

Marius se apostó en la cresta de la barricada.

Enjolras mandó clavar la puerta de la cocina, que, como recordaremos, era la ambulancia.

—Que no les salpique nada a los heridos —dijo.

Dio las últimas instrucciones en la sala de abajo con voz tajante, pero serenísima; Feuilly escuchaba y respondía en nombre de todos.

—Tened preparadas las hachas en el primer piso para cortar la escalera. ¿Las tenéis?

—Sí —dijo Feuilly.

—¿Cuántas?

—Dos hachas y otra de las de matar bueyes.

—Está bien. Tenemos en pie veintiséis combatientes. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran ocho. Tenedlos cargados como los demás y a mano. Los sables y las pistolas en el cinturón. Veinte hombres a la barricada. Seis emboscados en las buhardillas y en la ventana del primero para abrir fuego contra los asaltantes a través de las aspilleras de los adoquines. Que no quede aquí ni un trabajador inútil. Dentro de un rato, cuando el tambor dé el toque de carga, que los veinte de abajo vayan corriendo a la barricada. Los primeros

que lleguen tendrán los mejores sitios.

Tras tomar estas disposiciones, se volvió hacia Javert y le dijo:

—No me olvido de ti.

Y, dejando una pistola encima de la mesa, añadió:

—El último en salir que le vuele la cabeza a este espía.

—¿Aquí? —preguntó una voz.

—No, no mezclemos este cadáver con los nuestros. Se puede saltar por encima de la barricada pequeña que da a la callejuela de Mondétour. Sólo tiene cuatro pies de alto. El hombre está bien atado. Que lo lleven allí y que lo ejecuten.

Había en aquellos momentos alguien más impasible que Enjolras, y ese alguien era Javert.

Entonces apareció Jean Valjean.

Estaba mezclado con el grupo de insurrectos. Salió de él y le dijo a Enjolras:

—¿Es usted el comandante?

—Sí.

—Hace un rato me dio las gracias.

—En nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores, Marius Pontmercy y usted.

—¿Le parece que merezco una recompensa?

—Desde luego.

—Pues pido una.

—¿Cuál?

—Ser yo quien le levante a este hombre la tapa de los sesos.

Javert alzó la cabeza, vio a Jean Valjean, hizo un movimiento imperceptible y dijo:

—Es de justicia.

En cuanto a Enjolras, estaba volviendo a cargar la carabina; paseó la mirada en torno:

—¿No hay reclamaciones?

Y se volvió hacia Jean Valjean:

—Quédese con el de la pasma.

Efectivamente, Jean Valjean tomó posesión de Javert sentándose en el filo de la mesa. Cogió la pistola y un leve chasquido anunció que acababa de armarla.

Casi en acto se oyó un toque de corneta.

—¡Alerta! —gritó Marius desde lo alto de la barricada.

Javert se echó a reír con esa risa silenciosa tan suya y, mirando fijamente a los insurrectos, les dijo:

—No se puede decir que andéis mejor de salud que yo.

—¡Todos fuera! —gritó Enjolras.

Los insurrectos se abalanzaron tumultuosamente y, al salir, les golpeó la espalda, permítasenos la expresión, esta frase de Javert:

—¡Hasta ahora!

XIX

La venganza de Jean Valjean

Cuando Jean Valjean se quedó a solas con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la cintura y cuyo nudo estaba debajo de la mesa. Después, le indicó con un gesto que se pusiera de pie.

Javert obedeció con esa sonrisa indecible en que se condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Jean Valjean agarró a Javert por la gamarra como quien agarra a un animal de carga por la pechera y, tirando de él, salió de la taberna despacio porque Javert tenía las piernas trabadas y no podía dar sino pasitos cortos.

Jean Valjean llevaba la pistola en la mano.

Cruzaron así el trapecio interior de la barricada. Los insurrectos, pendientes de la inminencia del ataque, estaban de espaldas.

Marius, que estaba de lado en el extremo de la derecha de la muralla, fue el único que los vio pasar. La luz sepulcral que llevaba en el alma iluminó al grupo del reo y el verdugo.

Jean Valjean obligó, no sin trabajo, a Javert, atado, a trepar por el atrincheramiento de la calle de Mondétour, pero sin soltarlo ni por un momento.

Tras salvar esa barrera, se encontraron solos en la callejuela. Ya no los veía nadie. Las esquinas de las casas se interponían entre ellos y las miradas de los insurrectos. Los cadáveres que habían retirado de la barricada formaban un apilamiento terrible a pocos pasos.

En aquel montón de muertos podían verse un rostro lívido, una melena suelta, una mano agujereada y un seno femenino a medio cubrir. Era Éponine.

Javert miró de reojo a esa muerta y dijo a media voz, muy tranquilo:

—Me parece que conozco a esa muchacha.

Luego se volvió hacia Jean Valjean.

Jean Valjean se metió la pistola debajo del brazo y clavó en Javert una mirada que no precisaba palabras para decir: «Javert, soy yo».

Javert respondió:

—Tómate la revancha.

Jean Valjean se sacó del bolsillo una navaja y la abrió.

—¡Una sirla! —exclamó Javert—. Tienes razón. Te pega más.

Jean Valjean cortó la gamarra que llevaba Javert al cuello; cortó luego las cuerdas de las muñecas y, después, agachándose, cortó el cordel que tenía en los pies; y, enderezándose, le dijo:

—Está libre.

No era fácil dejar asombrado a Javert. No obstante, por muy dueño de sí que fuera, no pudo evitar la conmoción. Se quedó con la boca abierta e inmóvil.

Jean Valjean siguió diciendo:

—No creo que salga de aquí. Sin embargo, si saliera por casualidad, vivo en la calle de L'Homme-Armé, en el siete, y me conocen por Fauchelevent.

A Javert le frunció la cara una mueca de tigre que le entreabrió una comisura de la boca y susurró, entre dientes:

—Ten cuidado.

—Váyase —dijo Jean Valjean.

Javert preguntó:

—¿Has dicho Fauchelevent, en la calle de L'Homme-Armé?

—En el número siete.

Javert repitió a media voz:

—Número siete.

Se volvió a abrochar la levita, recobró la rigidez militar de la espalda, dio media vuelta, cruzó los brazos sujetándose la barbilla con una mano y echó a andar en dirección al Mercado Central. Jean Valjean lo seguía con la vista. Tras dar unos cuantos pasos, Javert se volvió y le gritó a Jean Valjean:

—Me está fastidiando. Prefiero que me mate.

Javert no se daba cuenta de que había dejado de tutear a Jean

Valjean.

—Váyase —dijo Jean Valjean.

Javert se alejó, andando despacio. Poco después, dobló la esquina de la calle de Les Prêcheurs.

Tras perder de vista a Javert, Jean Valjean dio un tiro al aire.

Volvió luego a la barricada y dijo:

—Ya está.

Esto es lo que había sucedido entre tanto:

Marius, más pendiente de lo que ocurría fuera que de lo que ocurría dentro, no se había fijado bien hasta entonces en el espía atado en la oscuridad de la parte trasera de la sala de abajo.

Cuando lo vio, a la luz del día, saltar por encima de la barricada para encaminarse a la muerte, lo reconoció. Le brotó en la mente un recuerdo repentino. Se acordó del inspector de la calle de Pontoise y de las dos pistolas que le había dado y que él, Marius, había utilizado en esa misma barricada; y no sólo recordó la cara sino también cómo se llamaba.

Era, no obstante, un recuerdo brumoso y turbio, como todas las ideas que tenía. No se hizo una afirmación, sino una pregunta: «¿No es ése aquel inspector de policía que me dijo que se llamaba Javert?».

A lo mejor aún estaba a tiempo de interceder por aquel hombre. Pero antes tenía que saber si se trataba efectivamente de Javert.

Marius se dirigió a Enjolras, que acaba de colocarse en el otro extremo de la barricada.

—¡Enjolras!

—¿Qué?

—¿Cómo se llama ese hombre?

—¿Quién?

—El agente de policía. ¿Sabes cómo se llama?

—Desde luego. Nos lo dijo.

—¿Cómo se llama?

—Javert.

Marius se irguió.

En ese momento se oyó el disparo de pistola.

Jean Valjean apareció y voceó:

—Ya está.

Un frío oscuro le cruzó a Marius por el corazón.

XX

Los muertos están en lo cierto y los vivos no están equivocados

Iba a empezar la agonía de la barricada.

Todo contribuía para darle a aquel minuto supremo una majestad trágica: mil estruendos misteriosos por el aire; el hálito de las muchedumbres armadas que avanzaban por calles que no se veían; el galope intermitente de la caballería; la pesada conmoción de la artillería en marcha; las descargas de los pelotones y los cañoneos que se cruzaban en el dédalo de París; las humaredas del combate que se elevaban, doradas, por encima de los tejados; a saber qué gritos lejanos más o menos terribles; relámpagos amenazadores por doquier; el toque de rebato de Saint-Merry, que ahora sonaba como un sollozo; la calidez de la estación; el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes; la hermosura del día y el espantoso silencio de las casas.

Porque, desde la víspera, las dos hileras de casas de la calle de La Chanvrerie se habían convertido en dos murallas, unas murallas hoscas. Las puertas cerradas, las ventanas cerradas, los postigos cerrados.

En aquellos tiempos, tan diferentes de estos en que nos hallamos ahora, cuando llegaba la hora en que el pueblo quería acabar con una situación que había durado ya en exceso, con una Carta otorgada o con un país legal, cuando la ira universal andaba diluida por el aire, cuando la ciudad consentía en que la desempedraran, cuando la insurrección despertaba la sonrisa de la burguesía al cuchichearle al oído la consigna, entonces los vecinos, impregnados de amotinamiento, por así decirlo, se convertían en auxiliares del combate y la vivienda confraternizaba con la fortaleza improvisada

que se apoyaba en ella. Cuando la situación no estaba madura, cuando la insurrección no contaba con consentimiento alguno, cuando las masas no aprobaban el movimiento, los combatientes estaban perdidos, la ciudad se volvía en un desierto en torno a la revuelta, las almas se helaban, los refugios quedaban tapiados y la calle se convertía en desfile para ayudar al ejército a tomar la barricada.

No es posible conseguir que un pueblo avance por sorpresa a mayor velocidad de la que desea. ¡Malhaya quien intente forzarle la mano! Un pueblo no consiente en que lo obliguen a algo. Llegado ese caso, deja a la insurrección que se las apañe como pueda. Los insurrectos se convierten en apestados. Una casa es una escarpa, una puerta es un rechazo, una fachada es un muro. Ese muro ve, oye y no quiere. Podría entornarse y salvarnos. No. Ese muro es un juez. Nos mira y nos condena. ¡Qué sombrías esas casas cerradas! Parecen muertas y están vivas. La vida, que se halla como en suspenso en ellas, allí sigue. Nadie ha salido desde hace veinticuatro horas, pero no falta nadie. Dentro de esa roca, van, vienen, se acuestan, se levantan; están en familia; beben y comen; pasan miedo, ¡qué cosa más terrible! El miedo disculpa esa amedrentadora falta de hospitalidad; se añade el desconcierto, que es una atenuante. Hay veces incluso, y es algo que ya se ha visto, en que el miedo se convierte en pasión; el temor puede trocarse en furia, como la prudencia puede trocarse en rabia; de ahí procede esa expresión de tanto calado: *Los moderados fuera de sí.* Existen incendios de espanto supremo de donde surge, como un humo lúgubre, la ira. «¿Y ésos qué quieren? Nunca están a gusto. Ponen en un compromiso a la gente de paz. ¡Como si no hubiera ya revoluciones de sobra! ¿Qué han venido a hacer aquí? Que se larguen. Peor para ellos. Es culpa suya. Se lo merecen. No va con nosotros. Pobre calle, nos la han puesto perdida de balas. Son una panda de golfos. Sobre todo, que no se os ocurra abrir la puerta.» Y la casa toma aspecto de tumba. El insurrecto agoniza ante esa puerta; ve llegar la metralla y los sables desenvainados; si grita, sabe que lo están oyendo, pero nadie atenderá; hay allí mismo paredes que podrían protegerlo; hay hombres que podrían salvarlo; y esas paredes tienen oídos de carne y hueso, y esos hombres tienen entrañas de piedra.

¿A quién acusar?

A nadie y a todo el mundo.

A estos tiempos incompletos en que vivimos.

La utopía, cuando se convierte en insurrección, es siempre por su cuenta y riesgo; de protesta filosófica se convierte en protesta armada; y de Minerva, en Palas. La utopía que pierde la paciencia y se convierte en disturbio sabe lo que le espera; casi siempre llega demasiado pronto. Entonces se resigna y acepta estoicamente la catástrofe en vez del triunfo. Sirve, sin quejarse, e incluso disculpándolos, a esos mismos que reniegan de ella; y su magnanimidad reside en aceptar que la abandonen. Se muestra indomable ante los obstáculos y benigna con la ingratitud.

¿Es ingratitud, por cierto?

Sí, desde el punto de vista del género humano.

No, desde el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo del hombre. La vida general del género humano se llama Progreso; el paso colectivo del género humano se llama Progreso. El progreso avanza; lleva a cabo el gran viaje humano y terrenal hacia lo celestial y lo divino; tiene sus paradas, en que reúne al rebaño rezagado; tiene sus estaciones, en que medita, ante un Canaán espléndido que le desvela de pronto su horizonte; tiene sus noches, en que duerme; y una de las dolorosas ansiedades del pensador es ver planear la sombra sobre el alma humana y palpar entre las tinieblas, sin conseguir despertarlo, al progreso dormido.

—*A lo mejor Dios se ha muerto* —le decía un día Gérard de Nerval a quien escribe estas líneas, confundiendo el progreso con Dios, y tomando la interrupción del movimiento por la muerte del Ser.

Se equivoca quien desespera. El progreso acaba por despertarse, infaliblemente, y, en resumidas cuentas, podríamos decir que, incluso dormido, sigue caminando, porque en ese tiempo ha crecido. Cuando volvemos a verlo de pie, lo vemos más alto. Ser un flujo siempre apacible no depende ni del progreso ni del río; que nadie les ponga represas, que nadie interrumpa su curso con rocas; por culpa del obstáculo, el agua hace espuma y la humanidad entra en efervescencia. Y de ahí nacen perturbaciones; pero, pasadas esas perturbaciones, nos damos cuenta de que se ha andando camino. Hasta que quede establecido el orden, que no es sino la paz

universal, hasta que reinen la armonía y la unidad, las etapas del progreso serán las revoluciones.

¿Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo. La vida permanente de los pueblos.

Ahora bien, acontece de vez en cuando que la vida momentánea de los individuos se resiste a la vida eterna del género humano.

Reconozcámoslo sin amargura: el individuo tiene su propio interés, claro y distinto, y puede, sin pecar de felonía, determinar ese interés y defenderlo; el presente tiene su cuota permisible de egoísmo; la vida momentánea cuenta con sus derechos y no tiene por qué sacrificarse continuamente por el porvenir. La generación que tiene ahora mismo un derecho de tránsito por la tierra no está en la obligación de abreviarlo en pro de las generaciones, iguales a ellas, en última instancia, a quienes les tocará la vez más adelante. «Existo —susurra ese alguien que se llama Todos—. Soy joven y estoy enamorado; soy viejo y quiero descansar; soy padre de familia, trabajo, voy prosperando, los negocios van bien, tengo casas por alquilar, tengo dinero en valores del Estado, soy feliz, tengo mujer e hijos, me gusta todo eso, quiero vivir, dejadme en paz.» Y de todo ello nace, en algunos momentos, una etapa de frío glacial para las vanguardias magnánimas del género humano.

Por lo demás, hemos de reconocerlo, la utopía sale de su esfera radiante al guerrear. Ella, la verdad del mañana, le toma prestado el procedimiento a la batalla, la mentira del ayer. Ella, que es el porvenir, obra como en el pasado. Ella, la idea pura, se vuelve desmán. Convierte en complejo su heroísmo al sumarle una violencia de la que está justificado que deba dar cuenta; violencia ocasional, recurso a la violencia, contrarios a los principios y por los que recibe, inevitablemente, un castigo. La utopía hecha insurrección lucha empuñando el antiguo código militar; fusila a los espías, ejecuta a los traidores, suprime a seres vivos y los arroja a las tinieblas ignotas. Recurre a la muerte, lo cual es algo muy grave. Es como si la utopía hubiera perdido la fe en su proyección, que es su fuerza irresistible e incorruptible. Golpea con la espada. Ahora bien, no hay espada sencilla. Toda espada tiene dos filos; quien hiere con uno se hiere con el otro.

Tras hacer esta salvedad, y hacerla muy en serio, no podemos por menos de admirar, triunfen o no, a los gloriosos luchadores del

porvenir, los confesores de la utopía. Hay que venerarlos, incluso en sus abortos, y es quizá cuando fracasan cuando cobran mayor majestuosidad. La victoria, cuando ocurre según el progreso, merece el aplauso de los pueblos; pero una derrota heroica merece que éstos se enternezcan. Aquélla es espléndida; ésta es sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al éxito, John Brown es mayor que Washington; y Pisacane es mayor que Garibaldi.

Alguien tiene que estar a favor de los vencidos.

Se es injusto con esos magnos ensayadores del porvenir cuando abortan.

Acusan a los revolucionarios de sembrar el temor. Toda barricada parece un atentado. Incriminan sus teorías, sospechan de sus metas, temen sus pensamientos ocultos, denuncian sus conciencias. Les reprochan que alcen, edifiquen y amontonen, contra las circunstancias sociales imperantes, un cúmulo de miserias, de dolores, de iniquidades, de agravios y de desesperaciones y que extraigan de los bajos fondos bloques de tinieblas para parapetarse tras sus almenas y combatir. Les gritan: «¡Desempedráis el infierno!». Podrían contestar: «¡Por eso está hecha nuestra barricada de buenas intenciones!».

No cabe duda de que lo mejor es la solución pacífica. En resumidas cuentas, no podemos por menos de reconocerlo, cuando vemos el adoquín nos acordamos del oso de la fábula[71], y se trata de una buena voluntad que intranquiliza a la sociedad. Pero de la voluntad de la sociedad depende el salvarse a sí misma; apelamos a su propia buena voluntad. No es preciso ningún remedio violento. Estudiar el mal en un acuerdo amistoso, dejar constancia de que existe y curarlo luego. A eso es a lo que la instamos.

Fuere como fuere, incluso cuando caen, y sobre todo cuando caen, son augustos esos hombres que, en todos los lugares del universo, con los ojos clavados en Francia, luchan en pro de esa gran obra con la lógica inflexible del ideal; entregan sus vidas en un don desinteresado al progreso; cumplen con los designios de la Providencia; llevan a cabo un acto religioso. Llegado el momento, con el mismo desinterés que un actor a quien le llega el turno de hablar, obedeciendo al guión divino, entran en la tumba. Y ese combate sin esperanza, y esa desaparición estoica, los aceptan para que llegue a sus espléndidas y supremas consecuencias universales

el soberbio movimiento humano que empezó irresistiblemente el 14 de julio de 1789. Esos soldados son sacerdotes. La Revolución Francesa es un gesto de Dios.

Por lo demás, existen, y es conveniente añadir esta diferenciación a las diferenciaciones ya indicadas en otro capítulo, las insurrecciones aceptadas, que se llaman revoluciones, y existen las insurrecciones rechazadas, que se llaman disturbios. Una insurrección que estalla es una idea que se examina ante el pueblo. Si el pueblo le adjudica una bola negra, la idea es un fruto huero, y la insurrección, una algarada.

Lanzarse a la guerra ante cualquier intimación y siempre que la utopía lo desee no es lo que corresponde a los pueblos. No siempre ni a todas horas tienen las naciones temperamento de héroe ni de mártir.

Las naciones son de talante positivo. A priori, la insurrección les causa repugnancia; en primer lugar porque frecuentemente suele acabar en catástrofe; y en segundo, porque siempre parte de una abstracción.

Pues, y es algo hermoso, es siempre al ideal, y sólo al ideal, a lo que se entregan con abnegación los abnegados. Una insurrección es un entusiasmo. El entusiasmo puede encolerizarse, y de ahí vienen los enfrentamientos armados. Pero cualquier insurrección que se eche el fusil a la cara contra un gobierno o contra un régimen apunta más arriba. Así, por ejemplo, debemos insistir, contra quien combatían los jefes de la insurrección de 1832, y muy particularmente los jóvenes entusiastas de la calle de La Chanvrerie, no era contra Luis Felipe. La mayoría, cuando hablaban a corazón abierto, reconocían las virtudes de ese rey que lindaba con la monarquía y con la revolución; ninguno lo odiaba. Pero atacaban a la rama menor del derecho divino en la persona de Luis Felipe como habían atacado a la rama primogénita en la persona de Carlos X; lo que querían derrocar al derrocar la monarquía en Francia, ya lo hemos explicado, eran la usurpación del hombre por el hombre y la del derecho, en todo el universo, por los privilegios. La consecuencia de París sin rey era, de rebote, el mundo sin déspotas. Así era como razonaban. No cabe duda de que su meta era muy lejana, e inconcreta quizá, ni de que retrocedía ante el esfuerzo; pero era una meta grande.

Así son las cosas. Y hay quienes se sacrifican por esas visiones que, para los sacrificados, son casi siempre ilusiones, pero ilusiones a las que va unida, en resumidas cuentas, toda la certidumbre humana. Los insurrectos poetizan la insurrección y le dan un baño dorado. Se meten de cabeza en esas acciones trágicas embriagándose con lo que van a hacer. ¿Quién sabe? A lo mejor lo consiguen. Son pocos; se enfrentan a un ejército entero; pero defienden el derecho, la ley natural, la soberanía de cada cual sobre su propia persona, de la que no es posible abdicar: la justicia, la verdad; y, si es preciso, mueren como los trescientos espartanos. No se acuerdan de don Quijote, sino de Leónidas. Y siguen adelante, y, cuando ya están en camino, no retroceden, y aprietan el paso como si embistieran, con la esperanza de una victoria inaudita, de consumar la revolución, de devolverle la libertad al progreso humano, del engrandecimiento del género humano, de la liberación universal y, en el peor de los casos, la esperanza de las Termópilas.

Los combates por el progreso suelen fracasar, y acabamos de decir el porqué. Las muchedumbres se resisten a que tiren de ellas los paladines. Al gentío espeso, a las multitudes, frágiles precisamente por el peso que tienen, les dan miedo las aventuras; y en los ideales hay aventura.

No olvidemos, por lo demás, que ahí están los intereses, que son poco amigos de los ideales y de lo sentimental. Hay veces en que el estómago paraliza el corazón.

La grandeza y la hermosura de Francia residen en que echa menos barriga que los demás pueblos; le resulta más fácil ceñirse el cíngulo. Es la primera en despertarse, la última en dormirse. Avanza. Le gusta investigar.

Y eso se debe a que es artista.

Los ideales no son sino el punto culminante de la lógica, de la misma forma que lo hermoso no es sino la cumbre de la verdad. Los pueblos artistas son también los pueblos consecuentes. Amar la belleza es ver la luz. Por eso la antorcha de Europa, es decir, la civilización, la llevó primero Grecia, que se la entregó luego a Italia, que se la entregó a Francia. ¡Pueblos divinos que son una avanzadilla! *Vitœ lampada tradunt.*

Cosa admirable, la poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. El grado de civilización se mide por el grado de

imaginación. Sólo que un pueblo civilizador debe seguir siendo un pueblo varonil. Corinto, sí; Síbaris, no. Quien se afemina degenera. No hay que ser ni diletante ni virtuoso; pero hay que ser artista. En cuestiones de civilización, no hay que refinar, hay que sublimar. Y tal es la condición para darle al género humano el patrón de lo ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte; y su recurso, en la ciencia. Con la ciencia es como se podrá llevar a cabo esa visión augusta de los poetas: la hermosura social. La representación del Edén será A + B. En este punto al que ha llegado la civilización, lo exacto es un elemento necesario de lo espléndido; y el órgano científico no sólo sirve al sentimiento artístico, sino que lo completa; el sueño debe calcular. El arte, que es el conquistador, tiene que hallar su punto de apoyo en la ciencia, que es la que camina. Tiene importancia la solidez de la montura. El espíritu moderno es el genio griego usando el vehículo del genio indio: Alejandro subido al elefante.

Las razas a las que el dogma petrifica o el lucro desmoraliza no valen para conductoras de la civilización. La genuflexión ante el ídolo o ante la moneda atrofia los músculos que caminan y la voluntad que avanza. Impregnarse de lo religioso o de lo mercantil merma la proyección de un pueblo, le rebaja el horizonte al rebajarle el nivel y le arrebata esa inteligencia, a la vez humana y divina, de la meta universal, que es lo que caracteriza a las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideales; Cartago no tiene ideales. Atenas y Roma, sí; y conservan, incluso a través del espesor nocturno de los siglos, aureolas de civilización.

Francia es un pueblo de calidad similar a Grecia e Italia. Es ateniense en lo hermoso y romana en lo grande. Y, además, es bondadosa. Se entrega. Se encuentra con mayor frecuencia que los demás pueblos de humor para la abnegación y el sacrificio. Lo que sucede es que ese humor va y viene. Y ahí reside el gran peligro para quienes corren cuando ella sólo quiere andar, o para los que andan cuando ella quiere pararse. Francia padece recaídas de materialismo y hay momentos en que en las ideas que obstruyen esa mente sublime no queda ya nada que recuerde la grandeza francesa y son de las dimensiones de un Missouri o de una Carolina del Sur. Nada se puede hacer. La giganta juega a hacerse la enana; Francia,

la inmensa, tiene caprichos fantasiosos de pequeñez. Y eso es todo.

Nada que podamos objetar. Los pueblos, como los astros, tienen derecho al eclipse. Y no importa con tal de que la luz vuelva y el eclipse no degenere en oscuridad nocturna. Alba y resurrección son palabras sinónimas. La reaparición de la luz es idéntica a la persistencia del yo.

Dejemos constancia serena de esos hechos. La muerte en la barricada o la tumba en el exilio son una posibilidad aceptable. El nombre auténtico de la abnegación es el desprendimiento. Que los abandonados consientan en que los abandonen, que los exiliados consientan en que los exilien, y limitémonos a suplicar a los grandes pueblos que no retrocedan demasiado cuando retroceden.

Existe la materia; existe el minuto; existen los intereses; existe el vientre; pero el vientre no debe ser la única sabiduría. La vida momentánea tiene sus derechos, lo aceptamos; pero la vida permanente tiene los suyos. Por desdicha, ir cabalgando no impide la caída. Son cosas que vemos en la historia con mayor frecuencia de la que nos gustaría. Una nación es ilustre; paladea lo ideal; luego, cae al suelo y le agrada el sabor del fango; y, si le preguntan por qué abandona a Sócrates por Falstaff, contesta: Es que me gustan los hombres de Estado.

Unas cuantas palabras más antes de entrar en la refriega.

Una batalla como la que estamos contando en este momento no es sino una convulsión hacia lo ideal. El progreso trabado es enfermizo y tiene ataques de epilepsia trágicos, como éste. Con esta enfermedad del progreso, la guerra civil, hemos tenido que toparnos. Es una de las fases fatídicas, acto y entreacto a un tiempo, de ese drama cuyo eje es un condenado social y cuyo nombre verdadero es: *el Progreso.*

¡El Progreso!

En este grito, que proferimos con frecuencia, se compendia todo nuestro pensamiento; y en el punto de este drama al que hemos llegado, y dado que a la idea que en él reside le queda aún más de una penalidad por soportar, quizá nos esté permitido, si no alzar el velo, al menos dejar que se trasluzca con claridad su resplandor.

El libro que el lector tiene ante los ojos en este momento es, de cabo a rabo, en conjunto y en sus detalles, fueren cuales fueren sus intermitencias, sus excepciones o sus desfallecimientos, el camino

del mal hacia el bien, de lo injusto hacia lo justo, de lo falso hacia lo cierto, de la noche hacia el día, del apetito hacia la conciencia, de la podredumbre hacia la vida, de la bestialidad hacia el deber, del infierno hacia el cielo, de la nada hacia Dios. Punto de partida: la materia; punto de llegada: el alma. Al principio, la hidra; el ángel, al final.

XXI

Los héroes

De pronto, el tambor dio el toque de carga.

El ataque fue como el huracán. La víspera, en la oscuridad, algo así como una boa se había acercado sigilosamente a la barricada. Ahora, en pleno día, en aquella calle en forma de embudo, estaba claro que no cabía la sorpresa; la fuerza bruta, por lo demás, se había quitado la máscara, el cañón empezó a rugir y el ejército se abalanzó sobre la barricada. Ahora la habilidad consistía en furia. Una columna de infantería de línea poderosísima, entreverada a intervalos iguales con guardias nacionales y guardias municipales a pie, y con el respaldo de una retaguardia enorme a la que se oía sin vérsela, desembocó en la calle a paso de carga, con redoble de tambores y toque de cornetas, con la bayoneta cruzada y los zapadores en cabeza; e, imperturbable, entre los proyectiles, llegó en derechura hasta la barricada con el peso de una viga de bronce contra una pared.

La pared resistió.

Los insurrectos abrieron fuego con ímpetu. A la barricada, por la que habían trepado los atacantes, la coronaron crines de relámpagos. El asalto fue tan tremendo que, por un momento, los asaltantes fueron una inundación; pero la barricada se sacudió a los soldados como un león se sacude los perros y no quedó cubierta de asaltantes sino como el acantilado se cubre de espuma; y volvió a aparecer momentos después, escarpada, negra y formidable.

A la columna no le quedó más remedio que replegarse; se agolpó en la calle, al descubierto, aunque terrible, y respondió al reducto con un tiroteo espantoso. Quienes hayan visto unos fuegos artificiales recordarán ese haz que forman sus relámpagos al

cruzarse y que se llama la palmera. Imaginemos esa palmera, pero no ya vertical, sino horizontal, con una bala, unas postas o un proyectil de vizcaíno en el extremo de todos y cada uno de sus chorros de fuego y desgranando la muerte en sus racimos de truenos. Y bajo todo aquello estaba la barricada.

Decisión igual por ambas partes. La valentía era allí casi bárbara y se le sumaba algo así como una ferocidad heroica que empezaba por el propio sacrificio. Eran los tiempos en que un guardia nacional peleaba como un zuavo. La tropa quería acabar de una vez; la insurrección quería luchar. Aceptar la agonía en plena juventud y en plena salud convierte la intrepidez en frenesí. Todos en aquella refriega se crecían en la hora suprema. La calle se cubrió de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada estaba Enjolras, y en el otro, Marius. Enjolras, que se sabía toda la barricada de memoria, se reservaba y se resguardaba; tres soldados cayeron, uno tras otro, bajo su almena sin haber llegado a verlo siquiera; Marius luchaba a pecho descubierto. Se convertía en punto de mira. Le asomaba más de medio cuerpo en lo alto de la barricada. No hay pródigo más desenfrenado que un avaro que se desboca; no hay hombre más tremendo en la acción que un soñador. Marius estaba soberbio y ensimismado. Peleaba como en un sueño. Hubiérase dicho un fantasma disparando un fusil.

A los sitiados se les iban agotando los cartuchos; mas no así los sarcasmos. En ese torbellino del sepulcro en que estaban, reían.

Courfeyrac tenía la cabeza destocada.

—¿Dónde has metido el sombrero? —le preguntó Bossuet.

Courfeyrac contestó:

—Al final, han conseguido quitármelo a cañonazos.

O decían cosas altaneras.

—¿Cómo se explica que esos hombres (y citaba algunos nombres, nombres conocidos, e incluso célebres, y algunos pertenecientes al antiguo ejército) que prometieron unirse a nosotros y juraron ayudarnos, y se comprometieron a ello por su honor, y que eran nuestros generales, nos abandonen? —exclamaba amargamente Feuilly.

Y Combeferre se limitaba a responderle con una sonrisa muy seria:

—Hay personas que observan las reglas del honor como quien observa las estrellas, desde muy lejos.

El interior de la barricada estaba tan lleno de cartuchos rajados que parecía que hubiera nevado.

Los asaltantes tenían a su favor el número; los insurrectos, la posición. Estaban en lo alto de una muralla y fulminaban a quemarropa a los soldados que trastabillaban al tropezar con los muertos y los heridos y se quedaban trabados en la escarpa. Aquella barricada, tal y como estaba construida y admirablemente reforzada, era en verdad una de esas posiciones en que un puñado de hombres tiene en jaque a una legión. No obstante, recibiendo continuamente reclutamientos nuevos y creciendo bajo la lluvia de balas, la columna de ataque se aproximaba de forma inexorable, y ahora, poco a poco, paso a paso, pero de forma indudable, el ejército oprimía la barricada igual que el tornillo en el lagar.

Los asaltos iban sucediéndose. El espanto iba a más.

Estalló entonces encima de ese montón de adoquines, en esa calle de La Chanvrerie, una batalla digna de una muralla de Troya. Esos hombres macilentos, andrajosos, agotados, que llevaban veinticuatro horas sin comer, que no habían dormido, a quienes no les quedaban ya sino unos pocos tiros por disparar, que se palpaban los bolsillos por si les quedaba algún cartucho, heridos casi todos, con la cabeza o el brazo vendados con un trapo manchado de óxido y negruzco, con agujeros en la ropa de los que manaba la sangre, apenas armados con fusiles de mala muerte y sables viejos y mellados, se convirtieron en titanes. Diez veces llegaron los atacantes hasta la barricada, la asaltaron, la escalaron, y no la tomaron ninguna.

Para hacernos una idea de esa lucha deberíamos imaginarnos que han prendido fuego a un apiñamiento de tremendas valentías y estamos contemplando el incendio. No era un combate, era un horno por dentro; las bocas respiraban llamas; los rostros eran extraordinarios. La forma humana parecía algo imposible, los combatientes llameaban y era asombroso ver cómo iban y venían por entre aquel humo rojo esas salamandras de la reyerta. Renunciamos a describir las escenas sucesivas y simultáneas de esa matanza grandiosa. Sólo la epopeya goza del privilegio de dedicar doce mil versos a una única batalla.

Hubiérase dicho ese infierno del brahmanismo, el más temible de los diecisiete abismos, que el Veda llama el Bosque de las Espadas.

Combatían cuerpo a cuerpo, palmo a palmo, disparando pistolas, dándose sablazos, a puñetazos, de lejos, de cerca, desde arriba, desde abajo, desde todos lados, desde el tejado de la casa, desde las ventanas de la taberna, desde los tragaluces de los sótanos en que algunos se habían metido. Eran uno contra sesenta. La fachada de Corinthe, medio en ruinas, daba miedo. La ventana, con tatuajes de metralla, se había quedado sin cristales y sin armazón ni marco, y no era ya sino un agujero informe, tumultuosamente taponado con adoquines. Mataron a Bossuet; mataron a Feuilly; mataron a Courfeyrac; mataron a Joly; a Combeferre lo atravesaron de tres bayonetazos en el pecho en el momento en que estaba levantando a un soldado herido; no le dio tiempo sino a alzar la vista al cielo y expiró.

Marius seguía en la brecha, pero tan acribillado de heridas, sobre todo en la cabeza, que no se le veía la cara por tenerla llena de sangre y parecía que la llevase tapada con un pañuelo rojo.

El único indemne era Enjolras. Cuando se quedaba sin arma, alargaba la mano a derecha o izquierda y un insurrecto le metía en el puño un arma cualquiera. Sólo le quedaban ya cuatro espadas rotas; una más que a Francisco I en Marignan.

Homero dice: «Diomedes degüella a Axilo Teutránida, que moraba en la feliz Arisbe; Euríalo el Mecistíada da muerte a Dreso y a Ofeltio, a Esepo y Pedaso, a quienes la náyade Abarbarea concibiera en otro tiempo del eximio Bucolión; Odiseo derriba a Pidites percosio; Antíloco, a Ablero; Polipetes, a Astíalo; Polidames, a Otos de Cilene; y Teucro, a Aretaón; y Eurípilo, con la pica, a Melantio. Agamemnón, rey de héroes, abate a Elato, que habitaba en la escarpada Pedaso, a orillas del Sátniois, de sonora corriente». En nuestros antiguos cantares de gesta, Esplandián ataca con un hacha de fuego de doble filo al marqués gigante Swantibore, y él se defiende lapidando al caballero con unas torres que arranca de raíz. En nuestras antiguas paredes pintadas al fresco vemos a los dos duques, el de Bretaña y el de Borbón, armados, con sus escudos de armas y sus timbres de guerra, a caballo y atacándose con el hacha de combate, con la cara cubierta de hierro, los pies calzados de

hierro, las manos enguantadas de hierro, y los corceles uno con caparazón de armiño y otro con gualdrapas de azur; Bretaña con su león entre los dos cuernos de la corona; Borbón llevando por celada una flor de lis monstruosa con visera. Pero, para ser grandioso, no es necesario llevar, como Yvón, el morrión ducal; ni empuñar, como Esplandián, una llama viva; ni, como Fileo, padre de Polidames, haberse traído de Éfira una estupenda armadura regalo del rey de hombres Eufetes; basta con dar la vida por una convicción o por una lealtad. Ese soldadito ingenuo, ayer campesino de Beauce o de Limousin, que, con el machete al costado, anda rondando a las niñeras en Le Luxembourg; ese estudiante joven y pálido inclinado sobre una pieza de anatomía o sobre un libro, adolescente rubio que se afeita con tijeras: cogedlos a ambos, insufladles un hálito de deber, enfrentadlos en la glorieta de Boucherat o en el callejón sin salida de Planche-Mibray, y que luche aquél por su bandera y luche éste por su ideal y que los dos den por hecho que luchan por la patria; el combate será colosal; y la sombra que este sorche y este proyecto de matasanos proyecten, al enzarzarse, en ese magno campo épico en que se mueve la humanidad será tan grande como la de Megarionte, rey de Licia, rica en tigres, al luchar cuerpo a cuerpo con el gigantesco Áyax, el igual de los dioses.

XXII

Palmo a palmo

Cuando no quedaron ya más jefes vivos que Enjolras y Marius, en ambos extremos de la barricada, el centro, que habían sostenido tanto tiempo Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre, cedió. El cañón no había abierto ninguna brecha practicable, pero sí había rebajado sensiblemente la parte central del reducto; en ese punto, las balas habían acabado con la cresta de la muralla, que se había venido abajo, y los cascotes, que habían caído a veces dentro y a veces fuera, habían acabado por formar, a ambos lados de la barrera, algo así como dos taludes, uno interior y otro exterior. El talud exterior era un plano inclinado por el que se podía atacar.

Por allí intentaron un asalto definitivo, y el asalto tuvo éxito. Llegó de forma irresistible, a paso gimnástico, una masa erizada de bayonetas y el prieto frente de batalla de la columna atacante apareció, entre el humo, en lo alto de la escarpa. Esta vez todo había acabado. El grupo de insurrectos que defendía el centro retrocedió en desorden.

Entonces se despertó en algunos el sombrío amor por la vida. Cuando los apuntó aquel bosque de fusiles, algunos ya ni quisieron morir. En un minuto así el instinto de conservación aúlla y el animal aflora en el hombre. Tenían pegadas las espaldas al edificio alto, de seis pisos, que formaba el fondo del reducto. Esa casa podía ser la salvación. Esa casa estaba parapetada y como amurallada de arriba abajo. Antes de que las tropas de infantería de línea entrasen en el reducto, daba tiempo a que una puerta se abriese y se volviera a cerrar, bastaba con lo que dura un relámpago, y les iba la vida a esos desesperados en que la puerta de esa casa se entornase de pronto y se volviese a cerrar en el acto. Detrás de aquella casa había

calles, la posibilidad de huir, el espacio abierto. Empezaron a golpear aquella puerta a culatazos y a patadas, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos. Nadie abrió. En el tragaluz del tercer piso la cara muerta los miraba.

Pero Enjolras y Marius, y siete u ocho hombres que se habían reunido en torno a ellos, se habían abalanzado para protegerlos. Enjolras les gritó a los soldados: «¡Quietos ahí!». Y como un oficial no obedecía, Enjolras mató a ese oficial. Ahora estaba en el patinillo interior del reducto, adosado al edificio de Corinthe, con la espada en una mano y la carabina en la otra, y sujetaba la puerta de la taberna, por la que impedía entrar a los asaltantes. Les gritó a los desesperados: «Sólo hay una puerta abierta, y es ésta». Y, cubriéndolos con su cuerpo, enfrentándose él solo a un batallón, los hizo entrar, pasando por detrás de él. Enjolras, ejecutando con la carabina, que ahora usaba como bastón, lo que los luchadores de *canne* francesa llaman «la rosa cubierta», hizo caer las bayonetas que lo rodeaban y fue el último en entrar; hubo un momento espantoso en que los soldados querían entrar y los insurrectos querían cerrar la puerta. Se cerró por fin con violencia tal que, al encajar en el marco, pudieron verse, cortados y pegados a la chambrana, los cinco dedos de un soldado que se había aferrado a ella.

Marius se había quedado fuera. Un tiro acababa de romperle la clavícula; notó que perdía el conocimiento y caía. Y, en ese momento, con los ojos ya cerrados, sintió la conmoción de una mano vigorosa que lo agarraba, y el desmayo en que se sumió le dejó apenas un instante para pensar, al tiempo que le enviaba un supremo recuerdo a Cosette: «Me han hecho prisionero. Me van a fusilar».

Enjolras, al no ver a Marius entre los refugiados de la taberna, pensó lo mismo. Pero estaban todos viviendo ese instante en que no le da a cada cual sino tiempo para pensar en la propia muerte. Enjolras echó la barra de la puerta, el cerrojo y el candado, mientras, desde fuera, la golpeaban con furia, los soldados a culatazos y los zapadores a hachazos. Los asaltantes se habían apiñado ante aquella puerta. Empezaba ahora el asedio de la taberna.

Los soldados, hemos de decir, estaban iracundos.

La muerte del sargento de artillería los había irritado; y, además, cosa aún más tremenda, durante las pocas horas anteriores al ataque había corrido entre ellos la voz de que los insurrectos mutilaban a los prisioneros y que había en la taberna el cadáver de un pobre soldado decapitado. Ese tipo de rumor fatídico suele ir parejo a las guerras civiles, y fue un rumor falso de esa clase el que causó, más adelante, la catástrofe de la calle de Transnonain.

Tras haber atrancado la puerta, Enjolras dijo a los demás:

—Vendamos cara la vida.

Luego, se acercó a la mesa donde estaban tendidos Mabeuf y Gavroche. Bajo el paño negro se veían dos formas tiesas y rígidas, una grande y otra pequeña, y los trazos de los dos rostros se dibujaban de forma inconcreta bajo los pliegues fríos del sudario. Una mano asomaba de la mortaja y colgaba hacia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó esa mano venerable, de la misma forma que había besado al anciano en la frente.

Eran los dos únicos besos que había dado en la vida.

Abreviemos. La barricada había luchado como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. Resistencias así son hoscas. No hay cuartel. No puede haber parlamentarios. Los contendientes quieren morir con tal de matar. Cuando Suchet dijo: «Capitulen», Palafox contestó: «Después de la guerra a cañonazos, la guerra a cuchilladas». De nada careció la toma por asalto de la taberna Hucheloup; ni la lluvia de adoquines cayendo sobre los sitiadores desde la ventana y desde el tejado y exasperando a los soldados al aplastarlos de forma terrible; ni los disparos desde los sótanos y las buhardillas; ni el ataque furioso; ni la defensa rabiosa; ni, por fin, cuando cedió la puerta, las locuras frenéticas del exterminio. Los asaltantes, al entrar atropelladamente en la taberna, tropezando en los entrepaños de la puerta hundida y derribada, no hallaron ni a un combatiente. La escalera de caracol, cortada a hachazos, estaba caída en el centro de la sala de abajo; unos cuantos heridos expiraban; todos los que no habían muerto estaban en el primer piso y, desde allí, por el agujero del techo, que había sido la entrada de la escalera, salió un aterrador estallido de disparos. Eran los últimos cartuchos. Cuando se agotaron, cuando esos agonizantes temibles no tuvieron ya ni pólvora ni balas, todos

cogieron dos de esas botellas que había reservado Enjolras y que ya hemos mencionado y se enfrentaron a los que trepaban con esas mazas increíblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte. Contamos, tal y como sucedieron, esos hechos sombríos de las carnicerías. El asediado, ay, todo lo convierte en arma. El fuego griego no fue una deshonra para Arquímedes; la pez hirviendo no fue una deshonra para Bayard. Todo en la guerra es espanto y nada de ella puede escogerse. Las descargas de fusilería de los asaltantes, aunque con dificultades y de abajo arriba, eran mortíferas. No tardaron las cabezas muertas, de las que chorreaban largos hilillos rojos y humeantes, en rodear el filo del agujero del techo. El estruendo era indecible; una humareda prisionera y ardiente sumía casi del todo el combate en las tinieblas. No hay palabras para referir el horror cuando llega a esos extremos. En aquella lucha infernal ya no quedaban hombres. No había sino gigantes contra colosos. Era mayor el parecido con Milton y Dante que con Homero. Unos demonios atacaban; unos espectros resistían.

Era el heroísmo monstruoso.

XXIII

Orestes en ayunas y Pílades borracho

Por fin, haciéndose estribo unos a otros con las manos, ayudándose del esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, agarrándose al techo, malhiriendo en el filo mismo de la trampilla a los últimos que resistían, alrededor de veinte asediantes, soldados, guardias nacionales, guardias municipales, todos revueltos, la mayoría con el rostro desfigurado por las heridas de aquella ascensión fatídica, irrumpieron en la sala del primer piso. Allí no quedaba ya sino un hombre en pie, Enjolras. Sin cartuchos, sin espada, sólo tenía en la mano el cañón de la carabina cuya culata les había roto en la cabeza a los que habían ido entrando. Había interpuesto entre los asaltantes y él la mesa de billar; había retrocedido hasta una esquina de la sala y allí, con mirada altanera y la cabeza enhiesta, con aquel trozo de arma en la mano, resultaba aún lo bastante temible para que hubiera un espacio vacío a su alrededor. Se alzó un grito:

—Es el jefe. Fue él quien mató al artillero. Si se ha metido ahí, bien está ahí. Que se quede donde está. Vamos a fusilarlo aquí mismo.

—Fusiladme —dijo Enjolras.

Y tirando el trozo de carabina y cruzando los brazos, presentó el pecho.

La audacia de quien sabe morir siempre conmueve a los hombres. No bien hubo cruzado los brazos Enjolras, aceptando el final, cesó en la sala el estruendo de la lucha y aquel caos se apaciguó repentinamente para convertirse en algo así como una solemnidad sepulcral. Era como si el peso de la majestuosidad amenazadora de Enjolras, desarmado e inmóvil, cayera sobre aquel

tumulto y bastase la autoridad de la mirada serena de aquel joven, el único que no tenía herida alguna, soberbio, ensangrentado, encantador, indiferente como si fuese invulnerable, para obligar a ese tropel siniestro a matarlo con respeto. Su apostura, que en aquellos momentos el orgullo hacía parecer mayor aún, era un fulgor; y como si, de la misma forma que no habían podido herirlo, no pudiera estar cansado tras aquellas veinticuatro horas espantosas que acababan de transcurrir, seguía bermejo y sonrosado. A él quizá era a quien se refería tiempo después, ante el consejo de guerra, un testigo, al decir: «Había un insurrecto a quien oí que llamaban Apolo». Un guardia nacional, que estaba apuntando a Enjolras, bajó el arma diciendo: «Me da la impresión de que voy a fusilar una flor».

Doce hombres formaron un pelotón en la esquina opuesta a aquella en que estaba Enjolras y prepararon los fusiles en silencio.

Luego, un sargento gritó:

—¡Apunten!

Un oficial intervino.

—Esperen.

Y le preguntó a Enjolras:

—¿Quiere que le venden los ojos?

—No.

—¿Fue usted quien mató al sargento de artillería?

—Sí.

Grantaire llevaba despierto unos momentos.

Recordemos que Grantaire llevaba desde la víspera durmiendo en la sala de arriba de la taberna, sentado en una silla y desplomado encima de una mesa.

Era la consumación, en toda su plenitud, de la antigua metáfora: difunto de taberna. El repugnante filtro de ajenjo, cerveza negra y alcohol lo había sumido en un letargo. Como la mesa era pequeña y no servía para la barricada, se la habían dejado. Seguía en la misma postura, con el pecho doblado sobre la mesa, la cabeza apoyada de plano en los brazos, rodeado de vasos, de jarros y de botellas. Dormía con el aplanamiento del sueño del oso aletargado y de la sanguijuela ahíta. De nada habían valido ni el tiroteo, ni las balas de cañón, ni la metralla que entraba por la ventana en la sala donde estaba, ni el prodigioso estruendo del asalto. Sólo respondía a veces

a los cañonazos con un ronquido. Parecía estar esperando a que una bala lo librase del trabajo de despertarse. Yacían a su alrededor varios cadáveres y, de entrada, nada lo diferenciaba de esos que dormían el profundo sueño de la muerte.

El ruido no despierta a un borracho; el silencio sí lo despierta. Esa singularidad se ha observado más de una vez. Que todo se desplomase en torno acrecentaba el anonadamiento de Grantaire; los derrumbamientos lo acunaban. Esa especie de tregua del tumulto cuando ese tumulto se enfrentó a Enjolras le dio una sacudida a aquel sueño tan pesado. Algo así es lo que sucede cuando un coche que va al galope se para en seco. Los que van amodorrados se despiertan. Grantaire se enderezó, sobresaltado, estiró los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó y cayó en la cuenta de lo que sucedía.

La borrachera que concluye se parece a una cortina que se rasga. Vemos de forma global y con una única ojeada todo cuanto ocultaba esa cortina. De pronto, todo se brinda a la memoria; y el borracho, que no sabe nada de cuanto ha sucedido en las últimas veinticuatro horas, ya está al tanto de todo no bien abre los párpados. Le vuelven las ideas con una lucidez brusca; se disipa lo borroso de la embriaguez, que es como un vaho que le tenía cegado el cerebro, y cede el sitio a la obsesión clara y nítida de las realidades.

Como estaba metido en un rincón y algo así como protegido tras la mesa de billar, los soldados, con la vista clavada en Enjolras, no habían visto a Grantaire y el sargento se preparaba a repetir la orden: «¡Apunten!» cuando de pronto oyeron una voz recia que gritaba muy cerca:

—¡Viva la República! Yo también soy de esta guerra.

Grantaire se había puesto de pie.

El gigantesco resplandor de todo el combate que se había perdido y en que no había participado le asomó a los ojos brillantes al borracho transfigurado.

Repitió: «¡Viva la República!», cruzó la sala con paso firme y fue a colocarse frente a los fusiles, de pie, junto a Enjolras.

—Dos pájaros de un tiro —dijo.

Y, volviéndose hacia Enjolras, le preguntó con voz dulce:

—¿Me permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriendo.

Aún no se le había borrado la sonrisa cuando estalló la detonación.

Enjolras, a quien atravesaron ocho disparos, se quedó pegado de espaldas a la pared, como si las balas lo hubieran clavado en ella. Inclinó la cabeza y nada más.

Grantaire, fulminado, cayó a sus pies.

Pocos momentos después, los soldados expulsaban de los altos de la casa a los últimos insurrectos que habían buscado refugio allí. Disparaban en la buhardilla a través de un enrejado de madera. Hubo lucha en los sotabancos. Arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos vivos aún. A dos soldados del cuerpo de cazadores que estaban intentando poner de pie el ómnibus destrozado los mataron dos disparos de carabina que dispararon desde las buhardillas. Un hombre que vestía un blusón y a quien arrojaron desde esas buhardillas con un bayonetazo en el vientre agonizaba entre estertores en el suelo. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por las tejas en pendiente y no querían soltarse; y caían abrazados en un abrazo feroz. Los mismos combates había en el sótano. Gritos, disparos, pisadas fieras. Luego, el silencio. Habían tomado la barricada.

Los soldados empezaron a registrar las casas de las inmediaciones y a perseguir a los fugitivos.

XXIV

Prisionero

Marius había caído prisionero, efectivamente. Prisionero de Jean Valjean.

La mano que lo había agarrado por detrás en el preciso instante en que caía y que notó que lo cogía según perdía el conocimiento era la de Jean Valjean.

Jean Valjean no había participado en el combate sino exponiéndose. Sin él, en esa etapa suprema de la agonía, nadie se habría acordado de los heridos. Merced a él, que estaba presente en la carnicería igual que una providencia, a todos cuantos caían los levantaban, los llevaban a la sala de abajo y los curaban. En los intervalos, reparaba la barricada. Pero no salió de sus manos nada que pudiera parecerse a un disparo, ni un ataque y ni tan siquiera a una defensa personal. Callaba y socorría. Por lo demás, apenas si tenía unos cuantos rasguños. Las balas no quisieron saber nada de él. Si el suicidio formaba parte de aquello en que había soñado al acudir a aquel sepulcro, había fracasado en esa pretensión. Pero no creemos que hubiera pensado en el suicidio, que es un acto contrario a la religión.

Jean Valjean, en la nube densa del combate, no parecía ver a Marius; la realidad es que no le quitaba la vista de encima. Cuando un disparo derribó a Marius, Jean Valjean saltó con la agilidad de un tigre, cayó sobre él como sobre una presa y se lo llevó.

El torbellino del ataque estaba en esos momentos tan centrado en Enjolras y en la puerta de la taberna que nadie vio a Jean Valjean, llevando en brazos a Marius desvanecido, cruzar por el campo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás de la esquina del edificio de Corinthe.

Recordemos que aquella esquina, que formaba algo así como un cabo que entrase en la calle, ponía unos cuantos pies de terreno al amparo de las balas y de la metralla, y también de las miradas. Existe a veces en los incendios una habitación que no se quema, y, en los mares más encrespados, pasado un promontorio o al fondo de un callejón sin salida de escollos, un rinconcito tranquilo. En esa especie de recoveco del trapecio interior de la barricada era donde había agonizado Éponine.

En él se detuvo Jean Valjean, depositó en el suelo a Marius, apoyó la espalda en la pared y miró en torno.

La situación era espantosa.

De momento, quizá durante dos o tres minutos, ese lienzo de pared era un refugio, pero ¿cómo escapar de aquella matanza? Recordaba la situación angustiosa en que había estado ocho años antes en la calle de Polonceau y cómo había conseguido salir de ella; entonces había sido difícil; hoy era imposible. Tenía ante sí aquella casa implacable y sorda de seis pisos en que sólo parecía residir el hombre muerto asomado a la ventana; a la derecha tenía la barricada, bastante baja, que cortaba la calle de La Petite-Truanderie; salvar ese obstáculo parecía fácil, pero, por encima de la cresta de la barrera se veía una fila de puntas de bayoneta. Era la tropa de infantería de línea, que estaba apostada del otro lado de la barricada y montaba guardia. Estaba claro que cruzar esa barricada era ir en busca de los disparos del pelotón, y que cualquier cabeza que se arriesgase a asomar por encima de la muralla de adoquines serviría de blanco a sesenta tiros de fusil. A la izquierda tenía el campo de batalla. Tras la esquina de aquella pared estaba la muerte.

¿Qué hacer?

Sólo un ave habría podido sacarlo de allí.

Tenía que decidirse inmediatamente, dar con un recurso, tomar una decisión. A pocos pasos de él, combatían; por ventura, todos se encarnizaban contra un punto único, la puerta de la taberna; pero bastaría con que a un soldado, sólo a uno, se le ocurriera dar la vuelta al edificio o atacarlo por el flanco y todo habría acabado.

Jean Valjean miró la casa que tenía enfrente; miró la barricada que tenía al lado; luego miró al suelo, con la violencia de la necesidad suprema, desesperado y como si hubiera querido

perforarlo con la mirada.

A fuerza de mirarlo, un no sé qué que parecía un asidero inconcreto en medio de aquella agonía apareció y tomó forma a sus pies, como si conseguir la eclosión del objeto deseado fuera una potencia de la mirada. Divisó a pocos pasos, al pie de la barrera pequeña, que tan despiadadamente guardaban y vigilaban desde fuera, bajo unos adoquines caídos que la tapaban a medias, una reja de hierro colocada de plano y nivelada con el suelo. Esa reja, de barrotes recios y transversales, tenía unos dos pies cuadrados. Habían arrancado el marco de adoquines que la sujetaba y parecía que estaba suelta. A través de los barrotes se veía a medias una abertura oscura, algo parecido al conducto de una chimenea o al cilindro de una cisterna. Jean Valjean se abalanzó hacia ella. Su veterana ciencia de las evasiones le volvió a la cabeza como una luz. Apartar los adoquines; alzar la reja; echarse a la espalda a Marius inerte, como si fuera un cuerpo muerto; bajar con esa carga, ayudándose de los codos y de las rodillas, por esa especie de pozo, poco profundo por ventura; cerrar por encima de su cabeza la pesada trampilla de hierro sobre la que volvieron a caer los adoquines al moverla; hacer pie en una superficie enlosada a tres metros por debajo del nivel del suelo: llevó todo eso a cabo como se hace en los delirios, con fuerza de gigante y rapidez de águila; tardó apenas unos pocos minutos.

Jean Valjean se vio, con Marius, que seguía desmayado, en algo así como un largo corredor subterráneo.

Allí había una paz profunda, un silencio absoluto y oscuridad.

Volvió a sentir la impresión que había notado tiempo ha, al caer, desde la calle, dentro del convento. Pero la carga que llevaba ahora no era ya Cosette, era Marius.

Apenas si oía ya, por encima de sí, como si fuese un murmullo inconcreto, el formidable escándalo de la toma por asalto de la taberna.

Libro segundo

Los intestinos de Leviatán

I

El mar empobrece la tierra

París tira al agua anualmente veinticinco millones. Y no es una metáfora. ¿Cómo y de qué manera? De día y de noche. ¿Con qué finalidad? Con ninguna. ¿Con qué intención? Con ninguna. ¿Para qué? Para nada. ¿A qué órgano recurre? A sus intestinos. ¿Cuáles son sus intestinos? Las alcantarillas.

Veinticinco millones es la cantidad más moderada de entre las cantidades aproximativas que proporcionan las evaluaciones de la ciencia *ad hoc*.

La ciencia, tras haber andado a tientas mucho tiempo, sabe hoy que el abono que mejor fecunda y resulta más eficaz es el abono humano. Los chinos, y hemos de decirlo aunque nos avergüence, lo supieron antes que nosotros. No hay campesino chino, lo dice Eckeberg, que vaya a la ciudad sin volver trayendo, en las dos puntas de su vara de bambú, dos cubos llenos de eso que llamamos inmundicias. Merced al abono humano, los campos en China son aún tan jóvenes como en tiempos de Abraham. El trigo chino produce un volumen de hasta ciento veinte veces el peso de la simiente. No hay excrementos que puedan compararse en fertilidad con los detritos de una ciudad. Una gran ciudad es la estercoladora más poderosa. Utilizar la ciudad para abonar la llanura sería un éxito seguro. Nuestro oro es estiércol, pero en cambio nuestro estiércol es oro.

¿Qué hacemos con ese estiércol de oro? Lo arrastramos hacia el abismo.

No escatimamos grandes gastos para enviar flotas de navíos a recoger en el polo austral las heces de los petreles y de los pingüinos; pero el incalculable elemento de opulencia que tenemos

al alcance de la mano lo tiramos al mar. Si todo el abono humano y animal que desperdicia el mundo se lo devolviéramos a la tierra en vez de tirarlo al agua, bastaría para dar de comer al mundo.

Ese montón de basuras junto a un mojón de la calle, esos carretones de cieno que van dando tumbos de noche por las calles, esos espantosos toneles de la vía pública, esos fétidos chorreones de fango subterráneo que nos oculta el empedrado, ¿sabe el lector qué son? Son praderas en flor, son hierba verde, son serpol, tomillo y salvia, son caza, son reses, son el mugido satisfecho de los bueyes al caer la tarde, son heno aromático, son trigo dorado, son pan en las mesas, son sangre cálida en las venas, son salud, son alegría, son vida. Así lo quiere esta creación misteriosa en que consiste la transformación en la tierra y la transfiguración en el cielo.

Hemos de devolver todo eso al gran crisol; y de ahí saldrá nuestra abundancia. Del alimento de las plantas procede el alimento de los hombres.

Es todo el mundo muy dueño de desaprovechar esa riqueza y, además, muy dueño de pensar que digo ridiculeces. Será la obra maestra de su ignorancia.

Calculan las estadísticas que sólo Francia vierte e invierte todos los años en el Atlántico, por la desembocadura de sus ríos, un depósito de quinientos millones. Tomemos buena nota de lo siguiente: con esos quinientos millones podrían cubrirse las tres cuartas partes de los presupuestos del Estado. Los hombres son tan hábiles que prefieren quitarse de encima esos quinientos millones tirándolos al arroyo. Es la mismísima sustancia del pueblo lo que lleva a nuestros ríos, aquí gota a gota y allá a chorros, el mísero vómito de nuestras alcantarillas, y al océano, el gigantesco vómito de nuestros ríos. Cada uno de los hipidos de nuestras cloacas nos cuesta mil francos. Con dos resultados: la tierra empobrecida y el agua apestada. El hambre sale del surco, y la enfermedad, del río.

Es sabido que, en este mismo momento, el Támesis está emponzoñando Londres.

En lo que a París se refiere, en estos últimos tiempos ha sido preciso trasladar la mayor parte de las bocas de las alcantarillas río abajo, más allá del último puente.

Un aparato de doble tubería, dotado de válvulas y de esclusas de limpieza, que aspirase y expulsase, un sistema de drenaje elemental,

tan sencillo como los pulmones humanos, que funciona ya a pleno rendimiento en varias comunas inglesas, bastaría para traer a nuestras ciudades el agua pura de los campos y enviar a nuestros campos el agua enriquecida de las ciudades; y ese fácil vaivén, el más sencillo del mundo, dejaría en casa los quinientos millones que tiramos fuera. Pero nadie piensa en eso.

El procedimiento actual perjudica queriendo beneficiar. Las intenciones son buenas, pero los resultados son lamentables. Creyendo depurar la ciudad, se debilita a su población. Una alcantarilla es un malentendido. Cuando el drenaje, con su doble función, devolviendo lo que toma, haya sustituido en todas partes a las alcantarillas, que son un simple lavado empobrecedor, entonces, combinándolo con los datos de una economía social nueva, se multiplicará por diez el producto de la tierra y el problema de la miseria se verá atenuadísimo. Añadamos la supresión de los parasitismos y ese problema quedará zanjado.

Entretanto, la riqueza pública se va al río e impera el despilfarro. Despilfarro es la palabra. Y así se arruina Europa, extenuada.

En cuanto a Francia, acabamos de dar cifras. Ahora bien, como en París vive el veinticinco por ciento de la población total francesa y los excrementos parisinos son los de mayor riqueza, nos quedamos por debajo de la realidad cuando calculamos que lo que pierde París de esos quinientos millones que Francia desecha anualmente son veinticinco millones. Esos veinticinco millones, si se empleasen en asistencia y en diversiones, duplicarían el esplendor de París. La ciudad se los gasta en cloacas. De forma tal que puede decirse que sus alcantarillas son la tremenda prodigalidad de París, su fiesta maravillosa, la Quinta Beaujon, su orgía, su flujo de oro a manos llenas, su boato, su lujo, su magnificencia.

Así es como, con la ceguera de una mala política económica, ahogan el bienestar común y dejan que se lo lleve la corriente y se pierda en los abismos. Debería haber redes como las de Saint-Cloud para los caudales públicos.

Económicamente, los hechos pueden resumirse de la siguiente forma: París manirroto.

París, esa ciudad modelo, ese patrón de las capitales bien hechas del que todos los pueblos desean tener una copia, esa metrópoli de

lo ideal, esa patria augusta de la iniciativa, del impulso y de la prueba, ese centro y ese lugar de los ingenios, esa ciudad nación, esa colmena del porvenir, ese compuesto maravilloso de Babilonia y Corinto, en lo referido a este aspecto conseguiría que se encogiera de hombros un campesino de Fo-Kian.

Quienes imiten a París se arruinarán.

Por lo demás, y muy especialmente en este derroche inmemorial e insensato, el propio París es un imitador.

Tan sorprendentes inepcias no son nada nuevo; no se trata de una necedad reciente. Los antiguos se comportaban como los modernos. «Las cloacas de Roma —dice Liebig— absorbieron todo el bienestar del labriego romano.» Cuando las cloacas romanas arruinaron la campiña de Roma, Roma dejó exhausta a Italia; y, cuando metió Italia en sus cloacas, luego tiró a ellas Sicilia, y después Cerdeña, y después África. Las alcantarillas de Roma se tragaron el mundo. Esas cloacas se brindaban a engullir la Ciudad y el universo. *Urbi et orbi.* Ciudad eterna, alcantarillas insondables.

En esas cosas, igual que en otras, Roma da ejemplo.

Y París sigue ese ejemplo, con toda la necedad propia de las ciudades inteligentes e ingeniosas.

Para las necesidades de la operación acerca de la que acabamos de explayarnos, París tiene, bajo el suelo, otro París; un París de alcantarillas, con sus calles, sus cruces, sus plazas, sus callejones sin salida, sus arterias y su circulación, que es fango, pero sin forma humana.

Porque no hay que andarse con halagos, ni siquiera con un gran pueblo; donde hay de todo, hay ignominia junto a lo sublime; y si en París está Atenas, la ciudad de luz, y Tiro, la ciudad de poder, y Esparta, la ciudad de virtud, y Nínive, la ciudad de prodigio, también está Lutecia, la ciudad de cieno.

Por cierto que también en eso está el sello de su fuerza; y en la titánica sentina de París se consuma, en el ámbito de los monumentos, ese ideal extraño que, en la humanidad, consumaron hombres tales como Maquiavelo, Bacon y Miguel Ángel: la abyección grandiosa.

El subsuelo de París, si la mirada pudiera atravesar la superficie, brindaría la apariencia de una madrépora colosal. No cuenta una esponja con más boquetes ni pasillos que esa mota de tierra de seis

leguas de circunferencia en la que reposa esta gran ciudad antigua. Por no mencionar las catacumbas, que son un sótano aparte, por no mencionar el inextricable enrejado de los conductos del gas, por no echar cuenta del extenso sistema tubular del agua corriente que va a parar a las fuentes públicas, sólo las alcantarillas forman, bajo las dos orillas, una prodigiosa red tenebrosa; un laberinto que va siguiendo su pendiente.

Allí surge, entre la bruma húmeda, la rata, que parece el fruto del parto de París.

II

Historia antigua de las alcantarillas

Imaginemos que levantamos París como si fuera una tapadera: la red subterránea de las alcantarillas, a vista de pájaro, dibuja en las dos orillas algo así como una rama gruesa injertada en el río. En la orilla derecha, la alcantarilla de circunvalación sería el tronco de esa rama; las conducciones secundarias serían las ramas pequeñas, y los callejones sin salida, las ramillas.

Esta imagen no es sino somera y exacta a medias, pues el ángulo recto, que es el habitual en este tipo de ramificaciones subterráneas, se da muy poco en la vegetación.

Podremos hacernos con una representación más parecida de ese extraño plano geometral si suponemos que estamos viendo, colocado de plano sobre un fondo de tinieblas, un curioso alfabeto oriental confuso como un batiburrillo y cuyas letras deformes estuvieran soldadas entre sí, en un desorden aparente y como al azar, a veces por las esquinas y a veces por los extremos.

Las sentinas y las alcantarillas desempeñaban un papel muy principal en la Edad Media, en el Bajo Imperio y en el Antiguo Oriente. En ellas nacía la peste; en ellas morían los déspotas. Las muchedumbres miraban con temor casi religioso esos lechos de podredumbre, esas monstruosas cunas de la muerte. El foso de los parásitos en Benarés no da menos vértigo que la fosa de los leones de Babilonia. Tiglatpileser, por lo que dicen los textos rabínicos, juraba por la sentina de Nínive. De las alcantarillas de Münster saca Juan de Leiden su luna falsa y del pozo negro de Kejsheb saca su menecmo oriental, Mokanna, el profeta velado de Jorasán, su sol falso.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas.

Las Gemonias nos refieren qué era Roma. Las alcantarillas de París fueron algo antiguo y tremendo. Fueron sepulcro, fueron asilo. El crimen, la inteligencia, la protesta social, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo cuanto las leyes humanas persiguen o persiguieron se escondió en ese agujero: los parisinos que se alzaron, con mazos, contra los impuestos en el siglo XIV; los cortabolsas del siglo XV; los hugonotes del siglo XVI; los iluminados de Morin en el siglo XVII; los malhechores que calentaban las plantas de los pies a sus víctimas en el siglo XVIII. Hace cien años, de las alcantarillas salían las puñaladas nocturnas y por las alcantarillas se escurría el ratero en peligro; lo que eran las cuevas en el bosque lo eran las alcantarillas en París. Los truhanes, esa picaresca gala, le daban el visto bueno a las alcantarillas como sucursal de la Corte de los Milagros; y, por las noches, socarrones y feroces, se metían en el vomitorio Maubuée como en una alcoba.

Era lo lógico que quienes trabajaban a diario en el callejón sin salida de Vide-Gousset o en la calle de Coupe-Gorge pasaran la noche en el puentecillo de Chemin-Vert o bajo el arco del puente de Hurepoix. Procede de ahí todo un pulular de recuerdos. Toda clase de fantasmas vagan por esos largos corredores solitarios; por doquier podredumbre y miasmas; acá y allá un tragaluz por el que Villon, desde dentro, charla con Rabelais, que está fuera.

Las alcantarillas, en el París antiguo, son el punto de cita de todos los cansancios y todos los intentos. La economía social las considera un detrito; la filosofía social, un residuo.

Las alcantarillas son la conciencia de la ciudad. Todo converge hacia ellas, todo se enfrenta en ellas. En ese sitio lívido, hay tinieblas, pero ya no quedan secretos. Todo tiene su forma verdadera o, al menos, su forma definitiva. Lo bueno del montón de basura es que no miente. Allí ha buscado refugio la ingenuidad. Está la careta de Basilio, pero se le ven el cartón y los cordeles, y tanto la parte de dentro como la de fuera, y la perfila un barro honrado. Es vecina de la nariz postiza de Scapin. Todo lo sucio de la civilización, cuando está ya fuera de servicio, cae en esa fosa de la verdad donde va a parar el gigantesco corrimiento social. Se hunden, pero se esparcen. Esa mezcolanza es una confesión. En ese lugar no existen ya falsas apariencias y nada se puede emplastecer; la basura se quita la camisa, desnudez absoluta, desbandada de las

ilusiones y de los espejismos; sólo lo que es; y con la siniestra cara de lo que se está concluyendo. Realidad y desaparición. Ahí un culo de botella es confesión de borrachera; el asa de un cesto habla de la domesticidad; el corazón de una manzana, que tuvo opiniones literarias, vuelve a ser el corazón de una manzana; la efigie de la moneda de dos céntimos se cubre de cardenillo sin disimulo; el escupitajo de Caifás coincide con el vómito de Falstaff; el luis de oro que sale del garito se tropieza con el trozo de soga del suicida; un feto lívido rueda envuelto en lentejuelas que bailaron en la Ópera el pasado martes de carnaval; un birrete que juzgó a los hombres se revuelca junto a una basura podrida que fue la falda de alguna modistilla; es más que fraternidad, es tuteo. Cuanto usaba afeites se vuelve borroso. Fuera el último velo. Estas alcantarillas son unas cínicas. Lo cuentan todo.

Nos agrada esta sinceridad de las inmundicias, y es un descanso para el alma. Cuando se ha pasado uno la vida soportando en la tierra el espectáculo de esos aires que se dan la razón de Estado, los juramentos, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional, las austeridades de la situación y las togas incorruptibles, es un alivio meterse en unas alcantarillas y ver el fango correspondiente.

Y, al tiempo, resulta didáctico. Ya dijimos algo más arriba que la historia pasa por las alcantarillas. Las matanzas de noches de san Bartolomé se van filtrando gota a gota por entre los adoquines. Los magnos asesinatos públicos y las carnicerías políticas y religiosas cruzan por ese subterráneo de la civilización y arrojan a él sus cadáveres. La mirada meditabunda ve a todos los asesinos históricos en esa penumbra repulsiva, de rodillas, usando de delantal un trozo del sudario, enjugando lúgubremente sus obras. Ahí está Luis XI con Tristán; Francisco I con Duprat; Carlos XI con su madre; Richelieu con Luis XIII; ahí está Louvois; ahí está Letellier; ahí están Hébert y Maillard, rascando las piedras e intentando borrar el rastro de sus acciones. Se oyen bajo las bóvedas las escobas de esos espectros. Se respira la tremenda fetidez de las catástrofes sociales. Se ven por los rincones espejeos rojizos. Corre por allí un agua terrible donde se lavaron manos ensangrentadas.

El observador social tiene que meterse entre esas sombras. Pertenecen a su laboratorio. La filosofía es el microscopio del

pensamiento. Todos pretenden rehuirla, pero a ella nada se le escapa. No vale de nada andarse con rodeos. ¿Qué faceta mostramos cuando nos andamos con rodeos? La de la vergüenza. La filosofía persigue al mal con su mirada proba y no le permite que escurra el bulto anonadándose. Todo lo reconoce en el desvanecimiento de las cosas que desaparecen, en el encogimiento de las cosas que se esfuman. Partiendo del andrajo, reconstruye la púrpura; y a la mujer, partiendo del retal. Con la cloaca rehace la ciudad; con el barro rehace las costumbres. Partiendo de los cascos saca la conclusión de cómo eran el ánfora o el jarro. Reconoce por la huella de una uña en un pergamino la diferencia entre la judería de la Judengasse y la judería del Gueto. Encuentra en lo que queda lo que fue: el bien, el mal, lo falso, lo cierto, la mancha de sangre del palacio, la mancha de tinta de la cueva, la gota de sebo del lupanar, las pruebas soportadas, las tentaciones bienvenidas, el vómito de las orgías, la arruga de los caracteres al rebajarse, la huella de la prostitución en esas almas tan soeces que eran capaces de ella, y en la ropa de los mozos de cordel de Roma la señal del codazo de Mesalina.

III

Bruneseau

Las alcantarillas de París en la Edad Media eran legendarias. En el siglo XVI, Enrique II intentó sondarlas, pero la operación se quedó a medias. Hace menos de cien años, nadie se ocupaba de las cloacas, que se hallaban en estado de completo abandono, de lo que da fe Mercier.

Así era aquel París antiguo, entregado a los enfrentamientos, las indecisiones y las vacilaciones. Durante mucho tiempo fue bastante necio. Más adelante, 1789 demostró cómo se vuelven inteligentes las ciudades. Pero, en los tiempos antiguos, la capital tenía poca cabeza; no sabía sacar adelante sus asuntos ni moral ni intelectualmente; ni sabía barrer la basura como tampoco sabía barrer los abusos. Todo eran obstáculos, no había nada seguro. No se concebía, por ejemplo, un itinerario para las alcantarillas. Era tan imposible orientarse en los vertederos como entenderse en la ciudad; arriba, lo ininteligible, abajo lo inextricable; bajo la confusión de las lenguas, la confusión de los sótanos; Babel iba encima de Dédalo.

A veces, a las alcantarillas de París se les ocurría desbordarse, como si ese Nilo ignoto montase repentinamente en cólera. Existía algo tan infame como las inundaciones de alcantarilla. Había ocasiones en que ese estómago de la civilización digería mal; las cloacas regurgitaban en la ciudad y París notaba el regusto de su fango. Algo bueno había en esa semejanza de las alcantarillas con el remordimiento; eran avisos; muy mal recibidos, por cierto; a la ciudad le parecía indignante el atrevimiento de su barro y no aceptaba que las basuras regresasen. Que las expulsen mejor.

La inundación de 1802 es una de las cosas que recuerdan en la

actualidad los parisinos que han cumplido los ochenta. El fango se extendió en forma de cruz por la plaza de Les Victoires, donde está la estatua de Luis XIV; se metió por la calle de Saint-Honoré, saliendo por las dos bocas de alcantarilla de Les Champs-Élysées; en la calle de Saint-Florentin, por la alcantarilla Saint-Florentin; en la calle de Pierre-à-Poisson, por la alcantarilla de La Sonnerie; en la calle de Popincourt, por la alcantarilla de Le Chemin-Vert; en la calle de La Roquette, por la alcantarilla de la calle de Lappe; cubrió el arroyo de la calle de Les Champs-Élysées hasta una altura de treinta y cinco centímetros; y, a mediodía, por el vomitorio del Sena, que funcionaba al revés, entró en la calle Mazarine, en la calle de L'Échaudé y en la calle de Les Marais, donde se detuvo tras recorrer ciento nueve metros, a pocos pasos precisamente de la casa donde había vivido Racine, respetando, en lo tocante al siglo XVII, al poeta más que al rey. Alcanzó el espesor mayor en la calle de Saint-Pierre, donde se elevó tres pies por encima de las losas de la gárgola; y la extensión mayor, en la calle de Saint-Sablin, donde cubrió doscientos treinta y ocho metros.

A comienzos de este siglo las alcantarillas de París eran aún un lugar misterioso. El barro no puede nunca tener buena reputación; pero aquí la mala fama llegaba hasta el espanto. París sabía más o menos que tenía debajo un sótano horroroso. Lo mencionaba como a esa monstruosa porqueriza de Tebas donde pululaban las escolopendras de quince pies de largo y que habría podido hacerle las veces de bañera a Behemot. Las botazas de los poceros nunca se aventuraban más allá de determinadas zonas conocidas. No distaban aún mucho los tiempos en que los basureros se limitaban a descargar sin más en las alcantarillas esos carretones, desde cuya parte más alta Sainte-Foix confraternizaba con el marqués de Créqui. En cuanto a limpiarlas, se encomendaba esa misión a los chaparrones, que estorbaban más de lo que barrían. Roma permitía aún cierta poesía a sus cloacas y las llamaba Gemonias; París insultaba a las suyas y las llamaba el Agujero apestoso. La ciencia y la superstición coincidían en el horror. El Agujero apestoso le resultaba tan repugnante a la higiene cuanto a la leyenda. El Monje Ceñudo nació bajo la dovela fétida de la alcantarilla Mouffetard; a los cadáveres de la calle de Les Marmousets los arrojaban a la alcantarilla de La Barillerie; Fagon atribuyó la temible fiebre

maligna de 1685 al enorme hiato de la alcantarilla de Le Marais, que estuvo abierto hasta 1685 en la calle de Saint-Louis, casi enfrente del rótulo del periódico *Le Messager galant*. La boca de alcantarilla de la calle de La Mortellerie era famosa por las pestes que brotaban de ella; con su reja de hierro acabada en pinchos que fingía ser una hilera de dientes, era, en aquella calle fatídica, como las fauces de un dragón que mandase a los hombres el infierno con su aliento. La imaginación popular aliñaba la sombría sentina de París con a saber qué repulsivo cruce con lo infinito. Las alcantarillas no tenían fondo. Las alcantarillas eran el Baratrón. Ni siquiera a la policía se le pasaba por las mientes la idea de explorar aquellas regiones sarnosas. Tentar a lo desconocido, sondar aquella sombra, explorar ese abismo, ¿quién se habría atrevido? Era espantoso. No obstante, alguien apareció. Las cloacas tuvieron su Cristóbal Colón.

Un día, en 1805, en una de esas escasas ocasiones en que Napoleón se presentaba en París, el ministro del Interior, un tal Decrès o Crétet, acudió a primera hora de la mañana al dormitorio del amo y señor. Se oía en Le Carrousel el arrastrar de sables de todos esos soldados extraordinarios de la gran República y del gran Imperio; había atasco de héroes en la puerta de Napoleón; hombres del Rin, del Escalda, del Adige y del Nilo; compañeros de Joubert, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kléber; aerosteros de Fleurus, granaderos de Maguncia, pontoneros de Génova, húsares a quienes miraron las Pirámides, artilleros a quienes salpicó la bala de cañón de Junot, coraceros que tomaron por asalto la flota anclada en Zuyderzée; unos habían ido en pos de Bonaparte en el puente de Lodi, otros acompañaron a Marat en la trinchera de Mantua, otros le tomaron la delantera a Lannes en el camino encajonado de Montebello. Todo el ejército de entonces estaba allí, en el patio de Les Tuileries; lo representaban una escuadra o un pelotón, que custodiaban el descanso de Napoleón; y era la época esplendorosa en que el Gran Ejército tenía Marengo a la espalda y Austerlitz por delante. «Majestad —le dijo el ministro del Interior a Napoleón—, he visto ayer al hombre más intrépido del Imperio.» «¿Quién es ese hombre? —preguntó con tono brusco el emperador—. ¿Y qué ha hecho?» «Quiere hacer algo, Majestad.» «¿Y qué es ello?» «Visitar las alcantarillas de París.»

Ese hombre existía y se llamaba Bruneseau.

IV

Detalles no sabidos

Se llevó a cabo esa visita. Fue una campaña temible; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia. Fue, al tiempo, un viaje de descubrimientos. Uno de los supervivientes de aquella exploración, un obrero inteligente, muy joven a la sazón, refería hace pocos años los curiosos detalles que a Bruneseau le pareció oportuno omitir en el informe que le hizo al prefecto de policía por no ser dignos del estilo administrativo. Los procedimientos desinfectantes eran muy rudimentarios por entonces. No bien hubo cruzado Bruneseau las primeras articulaciones de la red subterránea, ocho de los veinte trabajadores se negaron a seguir adelante. La operación era complicada; la visita implicaba una limpieza; había pues que limpiar al tiempo que se medía el terreno; tomar nota de las entradas de agua; contar las rejas y las bocas; hacer una lista detallada de las ramificaciones; indicar las corrientes en la divisoria de aguas; explorar las respectivas circunscripciones de las diversas cuencas; sondar las alcantarillas pequeñas que entroncan con la alcantarilla principal; medir la altura de coronación de todos los corredores y la anchura, tanto en el arranque de la bóveda cuanto al nivel de la base; y, finalmente, determinar las ordenadas de nivelación en la recta de todas las bocas de entrada, bien en la base de la alcantarilla, bien en el piso de la calle. El avance era muy trabajoso. Con frecuencia las escalas se hundían en tres pies de lodo. Los faroles agonizaban entre los miasmas. De vez en cuando se llevaban a un pocero desmayado. En algunos lugares había precipicios. El suelo se había hundido, las losas se habían desfondado, la alcantarilla se había convertido en pozo ciego; ya no se hacía pie en nada sólido; un hombre se cayó y costó mucho

sacarlo de allí. Por consejo de Fourcroy, iban encendiendo a trechos, en los puntos que estaban ya suficientemente saneados, unos jaulones llenos de estopa empapada en resina. Algunas zonas de las paredes estaban cubiertas de hongos deformes que parecían tumores; incluso la piedra parecía enferma en aquel ambiente irrespirable.

Bruneseau comenzó la exploración aguas arriba y fue avanzando al hilo de la corriente, aguas abajo. En la divisoria de aguas de los dos conductos de Le Grand-Hurleur consiguió leer, en una piedra saliente, la fecha de 1550; esa piedra indicaba el punto extremo donde se había detenido Philibert Delorme, a quien había encomendado Enrique II que visitara los albañales subterráneos de París. Aquella piedra era la señal del siglo XVI en las alcantarillas; Bruneseau dio con la mano de obra del XVII en el corredor de Le Ponceau y en el conducto de la calle Vieille-du-Temple, cuyas bóvedas se hicieron entre 1600 y 1650; y con la mano de obra del XVIII en la sección oeste del colector, que encajonaron y abovedaron en 1740. Ambas bóvedas, sobre todo la más reciente, la de 1740, tenían más grietas y estaban más decrépitas que la obra de las alcantarillas de circunvalación, que databan de 1412, época en que ascendieron el arroyo que nace de los manantiales de Ménilmontant a la dignidad de Alcantarilla Mayor de París, ascenso análogo al de un campesino a primer ayuda de cámara del rey; algo así como convertir a Gros-Jean en Lebel.

Acá y allá, y sobre todo debajo del Palacio de Justicia, creyeron reconocer nichos de calabozos antiguos excavados en las mismísimas alcantarillas. *In pace* aborrecible. Un collar de hierro estaba colgado en una de esas celdas. Las tapiaron todas. Hicieron algunos hallazgos extraños; entre otros, el esqueleto de un orangután que desapareció de la Casa de Fieras en 1800, desaparición que tuvo mucho que ver seguramente con la famosa e indiscutible aparición del Diablo en la calle de Les Bernardins en el último año del siglo XVIII. El pobre diablo acabó por ahogarse en las alcantarillas.

En el corredor largo y cintrado que va a dar a L'Arche-Marion, un cuévano de trapero, perfectamente conservado, dejó admirados a los entendidos. Por doquier, el cieno, que los poceros habían llegado ya a manipular con intrepidez, estaba repleto de objetos

valiosos, joyas de oro y de plata, piedras preciosas, monedas. Si un gigante hubiera pasado por un cedazo estas cloacas habría encontrado en él la riqueza de los siglos pasados. En la división de aguas de los dos ramales de la calle de Le Temple y la calle de Saint-Avoye encontraron una singular moneda hugonote de cobre en una de cuyas caras se veía un cerdo tocado con un sombreo de cardenal y, en la otra, un lobo luciendo una tiara en la cabeza.

El hallazgo más sorprendente lo hicieron a la entrada de la Alcantarilla Mayor. Esa entrada la cerraba antaño una reja de la que sólo quedaban los goznes. De uno de esos goznes colgaba algo parecido a un andrajo informe y sucio que seguramente se había quedado ahí al pasar y flotaba en la oscuridad mientras acababa de deshacerse. Bruneseau acercó el farol y examinó el jirón aquel. Era de batista muy fina y, en una de las esquinas, menos raída que las demás, podía verse una corona heráldica bordada encima de estas siete letras: LAVBESP. La corona era de marqués y las siete letras querían decir *Laubespine*. Cayeron en la cuenta de que lo que estaban viendo era un trozo del sudario de Marat. Marat, de joven, tuvo amores. Era en los tiempos en que formaba parte de la casa del conde de Artois como médico de las cuadras. De esos amores, históricamente comprobados, con una dama noble le quedó aquella sábana. Despojo o recuerdo. Cuando murió, como era el único tejido de calidad que tenía en casa, lo usaron para enterrarlo. Unas viejas envolvieron en él, para que fuera a la tumba en ese lienzo donde había gozado, al trágico Amigo del pueblo.

Bruneseau siguió adelante. Dejaron el harapo donde estaba; no lo remataron. ¿Fue desprecio o respeto? Marat se merecía ambas cosas. Y, además, era tanta en él la huella del destino que no se sabía si tocarlo o no. Por lo demás, hay que dejar las cosas del sepulcro en el lugar que eligen. En resumidas cuentas, era una reliquia peculiar. En ella había dormido una marquesa, en ella se había podrido Marat; había cruzado por Le Panthéon para ir a parar a las ratas de la alcantarilla. Aquel trapo de alcoba, cuyos mínimos pliegues Watteau habría dibujado antaño gozosamente, al final había acabado por ser digno de la mirada fija de Dante.

Tardaron siete años en recorrer del todo las vías públicas subterráneas de la inmundicia de París, de 1805 a 1812. Según iba avanzando, Bruneseau disponía, dirigía y concluía obras de gran

envergadura; en 1808 rebajó el piso de Le Ponceau y, abriendo por todos lados ramales nuevos, amplió las alcantarillas, en 1809, por debajo de la calle Saint-Louis, hasta la fuente de Les Innocents; en 1810 pasaron por debajo de la calle de Froidmanteau y de La Salpêtrière; en 1811, por debajo de la calle Neuve-des-Petits-Pères, de la calle de Le Mail, de la calle de L'Écharpe y de la Place-Royale; en 1812, por debajo de la calle de La Paix y por debajo de La Chaussée d'Antin. Simultáneamente, desinfectó y saneó toda la red. Ya en el segundo año de las obras, Bruneseau había tomado como adjunto a su yerno, Nargaud.

Así fue como, a principios de este siglo, la sociedad antigua limpió su doble fondo y aseó sus alcantarillas. Al menos algo quedó limpio; menos es nada.

Tortuosas, agrietadas, desempedradas, resquebrajadas, con zanjas por medio, a tumbos por recodos extraños, subiendo y bajando sin lógica alguna, fétidas, asilvestradas, hostiles, sumidas en la oscuridad, con cicatrices en las baldosas y cuchilladas en las paredes, espantosas, así eran, vistas retrospectivamente, las antiguas alcantarillas de París. Ramificaciones hacia todos lados; zanjas que se cruzan; ramales; encrucijadas; estrellas, como en las zapas; intestinos ciegos; callejones sin salida; bóvedas cubiertas de salitre; sumideros infectos; filtraciones como herpes en las paredes; gotas que caen de los techos; tinieblas; nada igualaba el horror de aquella antigua cripta exutorio, aparato digestivo de Babilonia, antro, fosa, abismo por el que cruzan calles, topera titánica donde a la mente le parece ver cómo ronda, por entre las sombras, por la basura que fue esplendor, ese topo enorme: el pasado.

Y así, repetimos, eran las alcantarillas de antaño.

V

Progreso actual

En la actualidad, las alcantarillas son limpias, frías, rectas, correctas. Cumplen casi con el ideal de eso que se entiende en Inglaterra cuando se usa la palabra «respetable». Son decorosas y grisáceas; tiradas a cordel; casi podríamos decir que van de tiros largos. Se parecen a unos asentadores que se hubieran convertido de repente en consejeros de Estado. Hay casi luz bastante para ver con claridad. El fango se porta de forma decente. De entrada, pueden parecer incluso uno de esos corredores subterráneos que tanto abundaban antes y tan útiles resultaban para que escapasen los monarcas y los príncipes en aquellos buenos tiempos de antaño en que «el pueblo quería a sus reyes». Las alcantarillas actuales son unas alcantarillas dignas; impera en ellas el estilo puro; el clásico alejandrino rectilíneo, que, tras expulsarlo de la poesía, se ha refugiado aparentemente en la arquitectura, parece mezclado con todas las piedras de esta larga bóveda tenebrosa y blancuzca; cada uno de los desaguaderos es como un soportal; la calle de Rivoli impone su escuela incluso en las cloacas. Por lo demás, si hay un lugar en que esté en su sitio la línea geométrica, ése es desde luego la zanja estercórea de una gran ciudad. En ella todo debe subordinarse al camino más corto. Las alcantarillas tienen ahora cierto aspecto oficial. Incluso los informes de la policía, que a veces tratan de ellas, no les faltan ya al respeto. Las palabas que las caracterizan en la lengua administrativa son escogidas y respetables. Lo que antes se llamaba pasadizo ahora se llama galería; lo que se llamaba agujero ahora se llama respiradero. Villon no reconocería su antigua vivienda de reserva. Esa red de sótanos sigue teniendo, desde luego, su inmemorial pulular de roedores,

más pululante que nunca; de vez en cuando, alguna rata veterana se arriesga a asomar la cabeza por la ventana de las alcantarillas y pasa revista a los parisinos; pero incluso esa plaga se va domesticando, satisfecha en su palacio subterráneo. En las cloacas no queda ya nada de la ferocidad primitiva. La lluvia, que ensuciaba las alcantarillas de antaño, lava las alcantarillas de ahora. De todos modos, no conviene fiarse. Los miasmas aún siguen residiendo en ellas. Más que irreprochables, son hipócritas. Por más que se hayan esforzado la dirección de la policía y la comisión de sanidad. Pese a todos los sistemas de saneamiento, brota de ellas un olor impreciso y sospechoso, igual que de Tartufo después de confesarse.

Reconozcamos que, en última instancia, llevarse por delante los desperdicios es un homenaje de las alcantarillas a la civilización, y como, desde ese punto de vista, la conciencia de Tartufo es un progreso si la comparamos con los establos de Augías, no cabe duda de que las alcantarillas de París han ido a mejor.

Es más que un progreso; es una transmutación. Entre las alcantarillas de antes y las actuales media una revolución. ¿Quién llevó a cabo esa revolución?

El hombre de quien nadie se acuerda y al que nosotros nos hemos referido, Bruneseau.

VI

Progreso futuro

Excavar las alcantarillas de París no fue pequeña tarea. Los diez últimos siglos laboraron en ella sin poder rematarla, como tampoco pudieron rematar París. En las alcantarillas, efectivamente, repercute todo cuanto afecta al crecimiento de París. Son, bajo tierra, como un pólipo tenebroso de mil antenas que crece por debajo al mismo tiempo que la ciudad por encima. Cada vez que la ciudad abre una calle, las alcantarillas estiran un brazo. La antigua monarquía construyó sólo veintitrés mil trescientos metros de alcantarillas; en ese punto estaba París el 1 de enero de 1806. A partir de esa época, de la que volveremos a hablar dentro de un rato, esa obra volvió a empezar y siguió progresando de forma provechosa y enérgica; Napoleón construyó —se trata de unas cantidades curiosas— cuatro mil ochocientos cuatro metros; Luis XVIII, cinco mil setecientos nueve; Carlos X, diez mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe, ochenta y nueve mil veinte; la República de 1848, veintitrés mil trescientos ochenta y uno; el régimen actual, setenta mil quinientos; en total, en la actualidad: doscientos veintiséis mil seiscientos diez metros; sesenta leguas de alcantarillas; enormes entrañas de París. Ramificación oscura que no descansa nunca; edificación ignorada y gigantesca.

Como vemos, el dédalo subterráneo de París es hoy más de diez veces mayor de lo que era a comienzos de siglo. Cuesta mucho concebir cuánta perseverancia y cuántos esfuerzos se precisaron para llevar esas cloacas al grado de perfección relativa con que cuentan ahora. El antiguo prebostazgo monárquico y, en los diez últimos años del siglo XVIII, el ayuntamiento revolucionario pasaron por grandes trabajos para conseguir perforar las cinco leguas de

alcantarillas existentes antes de 1806. Toda clase de obstáculos estorbaba esa operación: unos, propios de la naturaleza del suelo; otros, inherentes a los mismísimos prejuicios del laborioso vecindario de París. París está construido encima de un yacimiento que se rebela curiosamente ante el pico, el azadón y la sonda, ante la manipulación humana. No hay nada más difícil de perforar, en nada es más difícil ahondar que en esa formación geológica a la que se superpone esa maravillosa formación histórica que se llama París; en cuanto, por el procedimiento que sea, empieza el trabajo y se aventura por entre esa capa aluvial, abundan las resistencias subterráneas: arcillas líquidas, manantiales, rocas duras y esos cienos blandos que la ciencia especializada llama gachas. El pico avanza laboriosamente por láminas calcáreas que alternan con vetas muy delgadas de greda y capas pizarrosas en cuyas hojas están incrustadas cáscaras de ostras contemporáneas de los océanos preadamitas. A veces, un arroyo perfora de repente una bóveda empezada y empapa a los trabajadores; o aflora una colada de marga y se abalanza con la furia de una catarata, destrozando como si fueran de cristal las vigas más gruesas del apeo. Hace poco, en La Villette, cuando hubo que llevar, sin interrumpir la navegación ni vaciar el canal, el colector por debajo del canal Saint-Martin, el agua inundó de pronto las obras subterráneas, superando toda la potencia de las bombas de achique. Un buzo tuvo que buscar la grieta del tapón de la cuenca, y costó mucho cerrarla. En otros lugares, cerca del Sena, e incluso bastante lejos del río, como por ejemplo en Belleville, en la Grande-Rue y en el pasadizo de Lumière, existen arenas sin fondo que chupan y en las que un hombre puede desaparecer visto y no visto. Añadamos la asfixia por los miasmas, los desplomes que entierran a los trabajadores, los hundimientos repentinos. Añadamos el tifus, que va calando en ellos poco a poco. En la actualidad, tras perforar la galería de Clichy con terraza para el conducto de agua principal del Ourcq, trabajando en zanja a diez metros de profundidad; tras abovedar el Bièvre, entre desplomes, recurriendo a excavaciones, pútridas con frecuencia, y a codales, desde el bulevar de L'Hôpital hasta el Sena; tras construir, para librar a París de las aguas torrenciales de Montmartre y que pudiera desaguar esa charca fluvial de nueve hectáreas, que se pudría estancada junto al portillo de Les Martyrs;

tras haber construido, decíamos, la línea de alcantarillas desde el portillo de Blanche hasta el camino de Aubervilliers en cuatro meses, trabajando de día y de noche, a una profundidad de once metros; tras haber, y eso es algo nunca visto anteriormente, realizado bajo tierra una alcantarilla en la calle de Barre-du-Bec, sin zanja, a seis metros por debajo del nivel del suelo, falleció el capataz Monnot. Tras abovedar tres mil metros de alcantarillas en todos los lugares de la ciudad, desde la calle Traversière-Saint-Antoine hasta la calle de L'Ourcine, tras librar de las inundaciones fluviales, por el ramal de L'Arbalète, el cruce de Censier-Mouffetard; tras construir la alcantarilla Saint-Georges, sobre chapa de roca y hormigón, en arenas fluidas, y dirigir el tremendo rebajamiento del piso del empalme Notre-Dame-de-Nazareth, falleció el ingeniero Duleau. No existe boletín alguno para esos actos valerosos, de mayor utilidad, empero, que la estúpida carnicería de los campos de batalla.

Las alcantarillas de París, en 1832, distaban mucho de ser lo que son hoy en día. Bruneseau había dado el primer impulso, pero fue necesario el cólera para que quedase decidida esa gran reconversión que aconteció después. Resulta sorprendente decir, por ejemplo, que en 1821 parte de la alcantarilla de circunvalación, llamada el Gran Canal, como en Venecia, se pudría aún, estancada a cielo abierto, en la calle de Les Gourdes. Hasta 1823 no se encontró la ciudad de París en los bolsillos los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos con seis céntimos necesarios para cubrir esa ignominia. Los tres pozos de absorción de Combat, de Cunette y de Saint-Mandé, con sus desaguaderos, sus aparatos, sus colectores y sus ramales de depuración, no se hicieron hasta 1836. Las vías públicas intestinales de París se han renovado por completo y, como ya hemos dicho, crecieron diez veces más en el último cuarto de siglo.

Hace treinta años, en la época de la insurrección del 5 y del 6 de junio, en muchos puntos lo que había aún eran las antiguas alcantarillas. Muchas calles, que son hoy en día abombadas, eran a la sazón calzadas hendidas. Se veía con gran frecuencia, en la divisoria de vertientes de una calle o de un cruce de calles, rejas grandes y cuadradas de barrotes gruesos, de hierro reluciente por haberlo abrillantado los pasos de los transeúntes, peligrosas para los

coches que patinaban y para los caballos, que se caían. La lengua oficial de la administración de carreteras daba a esos tramos en pendiente el expresivo nombre de *caballones*. En 1832, en muchísimas calles, la calle de L'Étoile, la calle de Saint-Louis, la calle de Le Temple, la calle Vieille-du-Temple, la calle de Notre-Dame-de-Nazareth, la calle de Folie-Méricourt, el muelle de Les Fleurs, la calle de Le Petit-Musc, la calle de Normandie, la calle de Le Pont-aux-Biches, la calle de Les Marais, la calle de Notre-Dame-des-Victoires, el barrio de Saint-Martin, el barrio de Montmartre, la calle de Grange-Batelière, en Les Champs-Élysées, en la calle de Jacob, en la calle de Tournon, aún mostraban cínicamente las fauces las antiguas cloacas góticas. Eran gigantescos hiatos abiertos en arcos de piedra de monumental descaro y que, a veces, tenían alrededor unos cuantos mojones.

París, en 1806, contaba aún con casi la misma cantidad de metros de alcantarillas de mayo de 1663, cinco mil trescientas veintiocho toesas. Posteriormente a Bruneseau, el 1 de enero de 1832, tenía cuarenta mil trescientos metros. De 1806 a 1831, construyeron al año, por término medio, setecientos cincuenta metros; después construyeron todos los años ocho mil metros, e incluso diez mil, de galerías, con albañilería de materiales pequeños y baño de cal hidráulica sobre cimientos de hormigón. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarillas del París actual equivalen a cuarenta y ocho millones.

Dejando aparte el progreso económico que ya hemos mencionado al principio, a esta desmedida cuestión de las alcantarillas de París van unidos graves problemas higiénicos.

París se halla entre dos capas, una capa acuífera y una capa de aire. La capa acuífera, que está a gran profundidad, pero que han alcanzado ya dos perforaciones, se nutre del yacimiento de arenisca verde que hay entre la creta y la roca calcárea jurásica; podemos representar ese yacimiento con un disco de veinticinco leguas de radio; en él rezuman gran cantidad de ríos y de arroyos; en un vaso de agua del pozo de Genelle nos estamos bebiendo el Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loira. Es una capa acuífera salubre que procede, en primer lugar, del cielo y, en segundo, de la tierra; la capa de aire es malsana, procede de las alcantarillas. En la respiración de la ciudad van mezclados todos los

miasmas de las cloacas; por eso tiene mal aliento. Existen comprobaciones científicas de que el aire de encima del estiércol es de mayor pureza que el que hay encima de París. Dentro de determinado período de tiempo, y con ayuda del progreso, se perfeccionarán los mecanismos y, al hacerse la luz, se usará la capa acuífera para purificar la capa de aire. Es decir, para lavar las alcantarillas. Sabido es que por lavado de alcantarillas entendemos la devolución del fango a la tierra; el envío del estiércol al suelo y del abono a los campos. Con ese simple hecho menguará la miseria y aumentará la salud en toda la comunidad social. En el momento actual, las enfermedades de París llegan a cincuenta leguas a la redonda del Louvre, tomando a éste como cubo de esa rueda pestilente.

Podríamos decir que, desde hace diez siglos, las cloacas son la enfermedad de París. Las alcantarillas son la tara que lleva la ciudad en la sangre. El instinto popular lo ha sabido siempre. El oficio de pocero era antaño casi tan peligroso, y le repugnaba al pueblo casi tanto como el oficio de descuartizador que tanto tiempo se miró con horror y se le dejó al verdugo. Había que pagar mucho a un albañil para que se decidiera a internarse en esa zapa fétida; la escala del perforador de pozos se lo pensaba antes de meterse ahí; había un refrán que rezaba: *bajar a las alcantarillas es bajar a la tumba;* y ya hemos dicho que todo tipo de leyendas aborrecibles rodeaba de espanto esa sentina colosal, ese albañal tan temido que conserva las huellas de las revoluciones del globo terrestre y también de las revoluciones de los hombres y donde hallamos vestigios de todos los cataclismos, desde la concha del diluvio hasta el harapo de Marat.

Libro tercero

El barro, pero el alma

I

Las cloacas y sus sorpresas

En las alcantarillas de París era donde estaba Jean Valjean.

Otro parecido de París con el mar. Igual que en el océano, el buzo puede desaparecer.

Había sido una transición inaudita. En pleno centro de la ciudad, Jean Valjean había salido de la ciudad y, en un abrir y cerrar de ojos, en lo que se tarda en alzar una tapa y volver a cerrarla, había pasado de la luz del día a la oscuridad más completa, de mediodía a medianoche, del estruendo al silencio, del torbellino de los truenos al entumecimiento de la tumba y, por obra y gracia de una peripecia aún más prodigiosa que la de la calle de Polonceau, del peligro más extremado a la seguridad más absoluta.

Caída repentina a un sótano; desaparición en las mazmorras de París; salir de esa calle donde la muerte estaba por doquier para irse a esa especie de sepultura donde estaba la vida; fue un momento raro. Se quedó unos segundos aturdido; aguzaba el oído, estupefacto. La trampilla de la salvación se le había abierto de pronto bajo los pies. El favor del cielo lo había cogido a traición, por decirlo de algún modo. ¡Adorables emboscadas de la Providencia!

Pero el herido no se movía, y Jean Valjean no sabía si lo que llevaba a cuestas en aquella fosa era un hombre vivo o un hombre muerto.

La primera sensación que tuvo fue la de haberse quedado ciego. De pronto, ya no veía nada. Le pareció también que había bastado un minuto para dejarlo sordo. Ya no oía nada. La tormenta frenética de muerte que transcurría a pocos pies por encima de él no le llegaba, como hemos dicho ya, debido al espesor del suelo que lo

separaba de ella, sino apagada e indistinta, como un susurro en unas profundidades. Notaba que pisaba tierra firme; y nada más; pero le bastaba. Estiró un brazo, y luego el otro, y tocó las paredes de ambos lados, y se dio cuenta de que el pasillo era estrecho; resbaló, y cayo en la cuenta de que las baldosas estaban mojadas. Adelantó un pie, con cuidado, temiendo un agujero, un pozo ciego, algún abismo; comprobó que el enlosado seguía. Una bocanada de aire fétido lo avisó del lugar en que se hallaba

Al cabo de unos instantes, dejó de estar ciego. Entraba algo de luz desde el respiradero por el que se había colado y se le habían acostumbrado los ojos a aquel sótano. Empezó a vislumbrar algunas cosas. Una pared cerraba a su espalda el pasillo que le hacía las veces de madriguera, pues no hay palabra que exprese mejor la situación. Era uno de esos callejones sin salida que la lengua especializada llama ramales. Por delante tenía otra pared, una pared de oscuridad. La claridad del respiradero moría a diez o doce pasos del punto en que estaba Jean Valjean y apenas si proyectaba una blancura lívida en unos pocos metros de la pared húmeda de la alcantarilla. Más adelante, había una mole opaca; meterse en ella parecía espantoso, y entrar era como dejarse engullir. Pero era posible, sin embargo, internarse en esa muralla de bruma, y era necesario. E incluso era necesario darse prisa. Jean Valjean pensó que esa verja que había visto él bajo los adoquines podían verla también los soldados, y que todo dependía de ese azar. Podían bajar ellos también al pozo y registrarlo. No había ni un minuto que perder. Había dejado a Marius en el suelo; lo recogió, también en este caso es ésa la palabra adecuada, se lo volvió a cargar a la espalda y echó a andar de nuevo. Se internó con paso resuelto en aquella oscuridad.

La verdad es que estaban menos a salvo de lo que creía Jean Valjean. Era posible que los estuvieran esperando peligros de otra categoría, y no menores. Tras el torbellino fulminante del combate, la caverna de los miasmas y de las trampas; tras el caos, las cloacas. Jean Valjean había caído de un círculo del infierno en otro.

Tras dar cincuenta pasos, tuvo que detenerse. Se presentó un problema. El corredor iba a dar a un pasadizo con el que se cruzaba en perpendicular. Y allí se podía tirar por dos caminos. ¿Cuál tomar? ¿Había que girar a la izquierda o a la derecha? ¿Cómo

orientarse en ese laberinto negro? Ya hemos comentado que ese laberinto sigue un curso, que indica la cuesta abajo. Ir cuesta abajo es ir hacia el río.

Jean Valjean se percató de ello en el acto.

Se dijo que seguramente estaba en la alcantarilla del Mercado Central; que, si tiraba a la izquierda e iba cuesta abajo, llegaría, antes de que transcurriera un cuarto de hora, a cualquier boca que diera al Sena entre el puente de Le Change y el Pont-Neuf, es decir, que iría a parar, en pleno día, al puente más transitado de París. A lo mejor llegaba a algún arco en una encrucijada. Los viandantes se quedarían estupefactos al ver a dos hombres ensangrentados salir del suelo, a sus pies. Llegarían los guardias, el cuerpo de guardia del ejército más próximo tomaría las armas. Los apresarían antes de que salieran del todo. Valía más internarse en el dédalo, fiarse de aquella negrura, ponerse en manos de la Providencia en lo referido a la salida.

Fue cuesta arriba y giró a la derecha.

Tras revolver la esquina de la galería, desapareció la luz lejana del respiradero; volvió a venírsele encima la cortina de oscuridad y se quedó ciego otra vez. No por ello dejó de andar, y tan deprisa como pudo. Llevaba los dos brazos de Marius alrededor del cuello y los pies de éste iban colgando por detrás. Le sujetaba ambos brazos con una mano y con la otra palpaba la pared. Le rozaba la mejilla la de Marius y se quedaba pegada a la suya porque estaba manchada de sangre. Notaba que le corría por el cuerpo y se le metía por debajo de la ropa un riachuelo tibio que procedía de Marius. No obstante, un calor natural en la oreja que tenía junto a la boca del herido indicaba que éste respiraba y, por consiguiente, estaba vivo. El corredor por donde iba ahora Jean Valjean era menos estrecho que el primero. Jean Valjean caminaba con bastantes dificultades. Las lluvias de la víspera no habían hallado salida aún y formaban un torrente pequeño en el centro del piso; no le quedaba más remedio que ir pegado a la pared para no ir pisando el agua. Así avanzaba, entre tinieblas. Se parecía a esas criaturas de la noche que van a tientas por lo invisible y perdidas subterráneamente por las vetas de la sombra.

Poco a poco, pese a todo, bien porque algunos respiraderos alejados enviasen algo de luz, que flotaba en aquella bruma opaca,

bien porque se le fuera acostumbrado la vista a la oscuridad, volvió a ver con vaguedad y empezó a tener conciencia de forma confusa ora de la muralla que estaba tocando, ora de la bóveda bajo la que transitaba. Las pupilas se dilatan en la oscuridad y acaban por dar con algo de luz de la misma forma que el alma se dilata en la desgracia y acaba por dar con Dios.

Resultaba muy difícil orientarse.

El trazado de las alcantarillas repercute, por decirlo de alguna forma, en el trazado de las calles que van por encima. En el París de entonces había dos mil doscientas calles. Imaginemos, bajo ellas, ese bosque de ramas tenebrosas que recibe el nombre de alcantarillas. El conjunto de alcantarillas que existía a la sazón, puesto en una sola hilera, habría medido once leguas. Ya dijimos antes que la red actual, merced a la actividad especial de los últimos treinta años, no tiene menos de sesenta leguas.

Jean Valjean, de entrada, se confundió. Creyó que estaba bajo la calle de Saint-Denis; y fue una contrariedad que no estuviera allí. Debajo de la calle de Saint-Denis hay una alcantarilla vieja de piedra, de tiempos de Luis XIII, que va derecha al colector que se llama la Alcantarilla Mayor, con un único recodo, a la derecha, a la altura de la antigua Corte de los Milagros, y con un único ramal, la alcantarilla Saint-Martin, cuyos cuatro brazos se cortan en forma de cruz. Pero el pasadizo de La Petite-Truanderie, cuya entrada estaba junto a la taberna Corinthe, nunca tuvo comunicación con el subterráneo de la calle de Saint-Denis; va a dar a la alcantarilla Montmartre; y por ese camino se había internado Jean Valjean. En él abundaban las ocasiones de perderse. La alcantarilla Montmartre es uno de los dédalos más intrincados de la red antigua. Afortunadamente, Jean Valjean había dejado a su espalda la alcantarilla del Mercado Central, cuyo plano geometral reproduce una multitud de mastelerillos enredados; pero tenía por delante más de un encuentro que podría ponerlo en apuros y más de una esquina de calle —pues de calles se trata— brindándose en la oscuridad como un signo de interrogación; primero, a la izquierda, la gran alcantarilla Plâtrière, algo así como un rompecabezas chino que extendía y embrollaba su caos de letras T y de letras Z por debajo de la Casa de Correos y la rotonda de la lonja del trigo hasta el Sena, donde termina en forma de Y; luego, a la derecha, el

corredor en curva de la calle de Le Cadran con sus tres dientes, que son otros tantos callejones sin salida; en tercer lugar, a la izquierda, el ramal de Le Mail, que tiene la complicación, casi a la entrada, de algo así como una horca y llega, haciendo eses, hasta la amplia cripta de desagüe de Le Louvre, que se divide y se ramifica en todas las direcciones; para terminar, a la derecha, el corredor sin salida de la calle de Les Jeûneurs, sin contar unos cuantos nichos pequeños, acá y allá, antes de llegar a la alcantarilla de circunvalación, la única que podía llevarlo a una salida lo bastante alejada para resultar segura.

Si Jean Valjean hubiera estado al tanto hasta cierto punto de cuanto hemos indicado aquí, no habría tardado en darse cuenta, sólo con tantear la pared, de que no estaba en la galería subterránea de la calle de Saint-Denis. En vez de la piedra de talla de antes, en vez de la arquitectura antigua, altanera y regia incluso en las alcantarillas, con piso y cimientos corridos de granito y mortero de cal gruesa, que costaba ochocientas libras cada toesa, habría notado en la mano los materiales baratos contemporáneos, el parche económico, la piedra molar con baño de mortero hidráulico sobre una capa de hormigón, que cuesta doscientos francos el metro, la albañilería burguesa que llaman de *materiales pequeños;* pero no sabía nada de todo esto.

Avanzaba, ansioso, pero sereno, sin ver nada, sin saber nada; lo envolvía el azar, es decir, que lo había engullido la Providencia.

Hemos de reconocer que, progresivamente, iba notando cierto espanto. La sombra que lo rodeaba se le metía en el ánimo. Caminaba dentro de un enigma. Ese acueducto de las cloacas es temible; tiene cruces vertiginosos. Es lóbrego sentirse preso de ese París de tinieblas. A Jean Valjean no le quedaba más remedio que dar con el camino sin verlo, y tener casi que inventarlo. En aquel ámbito desconocido, cada paso que daba podía ser el último. ¿Cómo iba a salir de allí? ¿Encontraría una salida? ¿La encontraría a tiempo? ¿Aquella esponja subterránea y colosal de alveolos de piedra dejaría que calase en ella y la perforase? ¿Se toparía con algún nudo inesperado de oscuridad? ¿Llegaría al punto inextricable e infranqueable? ¿Mataría a Marius la hemorragia y a él el hambre? ¿Acabarían por perderse los dos allí dentro y convertirse en dos esqueletos en un rincón de aquella oscuridad nocturna? No lo sabía.

Se hacía todas esas preguntas y no hallaba respuesta. Los intestinos de París son un precipicio. Estaba, igual que el profeta, en el vientre del monstruo.

Se llevó de repente una sorpresa. En el momento más inesperado, y sin haber dejado de caminar en línea recta, se dio cuenta de que ya no iba cuesta arriba; el agua del arroyo le golpeaba los talones en vez de llegarle a la punta de los pies. La alcantarilla iba ahora cuesta abajo. ¿Por qué? ¿Iría a llegar de pronto al Sena? Era un gran peligro, pero el peligro de retroceder era aún mayor. Siguió adelante.

No iba hacia el Sena. El caballón que forma el suelo de París en la orilla derecha desagua una de sus cuencas en el Sena y la otra en la Alcantarilla Mayor. La cresta de ese caballón que marca la divisoria de las aguas traza una línea muy caprichosa. El punto más alto, que es el lugar donde se dividen los desagües, está en la alcantarilla Saint-Aloye, pasada la calle Michel-le-Comte; en la alcantarilla de Le Louvre, junto a los bulevares, y en la alcantarilla Montmartre, junto al Mercado Central. A ese punto culminante había llegado Jean Valjean. Se dirigía hacia la alcantarilla de circunvalación; iba por buen camino. Pero no lo sabía.

Cada vez que encontraba un ramal, palpaba las esquinas y, si le parecía que aquella abertura brindada era menos ancha que el corredor en que estaba, no se metía por ella y pasaba de largo, pensando, y con razón, que cualquier vía más estrecha tenía que ir a parar a un callejón sin salida y no podía sino desviarlo de la meta, es decir, de la salida. Evitó así la trampa cuádruple que le tendían, en la oscuridad, los cuatro dédalos que hemos enumerado más arriba.

Hubo un momento en que se dio cuenta de que estaba saliendo de debajo del París que el levantamiento tenía petrificado, en donde las barricadas habían cortado la circulación, y que se metían debajo del París vivo y normal. Notó de pronto encima de la cabeza algo así como un trueno lejano pero continuo. Era el rodar de los coches.

Llevaba andando alrededor de media hora, o al menos eso calculaba, y aún no había pensado en descansar; sólo había cambiado de mano para sujetar a Marius. La oscuridad era más profunda que nunca, pero aquella profundidad lo tranquilizaba.

De pronto vio, ante sí, su propia sombra. Se recortaba contra el

fondo de una débil luz rojiza, casi indistinta, que teñía vagamente de púrpura el piso por el que andaba y la bóveda que tenía sobre la cabeza y resbalaba, a derecha e izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor. Se dio la vuelta, estupefacto.

Detrás de él, en la parte del corredor que acababa de dejar atrás, a una distancia que le pareció inmensa, llameaba, rayando la densa oscuridad, algo así como un astro espantoso que parecía estar mirándolo.

Era la sombría estrella de la policía que se alzaba en las alcantarillas.

Detrás de esa estrella rebullían confusamente ocho o diez formas negras, enhiestas, inconcretas, terribles.

II

Explicación

Aquel día, 6 de junio, se dispuso una batida por las alcantarillas. Se temía que se hubiesen refugiado en ellas los vencidos; y a Gisquet, el prefecto, le correspondió registrar el París oculto mientras el general Bugeaud hacía limpieza en el París público, una operación doble y coordinada que requirió una estrategia doble de las fuerzas públicas, que representaban arriba el ejército y, abajo, la policía. Tres pelotones de guardias y de poceros exploraron las vías subterráneas de París; uno, la orilla derecha; otro, la orilla izquierda; y el tercero, la zona de la isla de La Cité.

Los agentes iban armados con carabinas, porras, espadas y puñales.

Lo que en aquel momento enfocaba a Jean Valjean era el farol de la ronda de la orilla derecha.

Esa ronda acababa de pasar revista a la galería en curva y a los tres callejones sin salida que están debajo de la calle de Le Cadran. Mientras paseaban el fanal por lo hondo de esos callejones, Jean Valjean se había topado con la entrada de la galería, se había percatado de que era más estrecha que el pasillo y no se había metido por ella. La dejó atrás. A los hombres de la policía, al salir de la galería de Le Cadran, les había parecido oír un ruido de pasos que iban hacia la alcantarilla de circunvalación. Eran los pasos de Jean Valjean efectivamente. El sargento que mandaba la ronda alzó el farol y el grupo empezó a mirar, entre la niebla, hacia el lado del que había llegado el ruido.

Fue para Jean Valjean un minuto indecible.

Afortunadamente, aunque él veía bien el farol, el farol lo veía mal a él. Era la luz, y él era la sombra. Estaba muy lejos y mezclado

con la negrura del lugar. Se pegó a la pared y se quedó quieto.

Por lo demás, no se daba cuenta de qué era lo que se movía a su espalda. La falta de sueño y de alimentos y las emociones lo habían sumido a él también en un estado visionario. Veía un resplandor y, en torno a ese resplandor, unas larvas. ¿Qué era aquello? No caía en la cuenta.

Al detenerse Jean Valjean, dejó de oírse el ruido.

Los hombres de la ronda escuchaban y no oían nada; miraban y no veían nada. Conferenciaron.

Había por entonces en este punto de la alcantarilla Montmartre algo así como una encrucijada, que llamaban *de servicio* y que, luego, suprimieron porque se formaba en ella un laguito subterráneo cuando entraba, en las tormentas fuertes, el torrente del agua de lluvia. La ronda pudo apiñarse en esa encrucijada.

Jean Valjean vio cómo esas larvas se reunían en algo así como un corro. Aquellas cabezas de dogo se arrimaron y cuchichearon.

El resultado del consejo que celebraron aquellos perros guardianes fue que se habían equivocado, que no había sonado ningún ruido, que no había nadie por allí y que no merecía la pena meterse en la alcantarilla de circunvalación, que sería perder el tiempo y que, en cambio, había que darse prisa en ir hacia Saint-Merry; y que si había algo que hacer y algún «republicano andrajoso» que buscar, era en el barrio ese.

De vez en cuando los partidos les ponen medias suelas nuevas a los insultos viejos. En 1832 *republicano andrajoso* fue la transición entre *jacobino* y *demagogo,* que, por entonces, no se usaba casi y prestó más adelante tan buenos servicios.

El sargento dio la orden de torcer a la izquierda, hacia la cuenca del Sena. Si se les hubiera ocurrido dividirse en dos grupos e ir en ambas direcciones, habrían capturado a Jean Valjean. Todo estuvo pendiente de un hilo. Es probable que las instrucciones de la prefectura, previendo alguna posibilidad de combate y que los insurrectos fueran muchos, prohibieran a las rondas que se dividiesen. La ronda volvió a ponerse en marcha, dando la espalda a Jean Valjean. De todo ese barullo, Jean Valjean no vio nada sino que el farol se eclipsó al dar media vuelta de golpe.

Antes de irse, el sargento, para descargo de conciencia de la policía, disparó la carabina hacia la dirección que no iban a seguir,

hacia donde estaba Jean Valjean. La detonación fue despertando ecos por la cripta, como un borborigmo de aquellos intestinos titánicos. Un cascote que cayó en el arroyo y produjo un chapoteo en el agua a pocos pasos de Jean Valjean le indicó que la bala había dado en la bóveda que tenía encima de la cabeza.

Retumbaron unos pasos rítmicos y pausados en el piso, que el aumento progresivo de la distancia fue amortiguando; el grupo de formas negras se internó en la oscuridad, osciló y flotó un resplandor, dejando en la bóveda un arco rojizo que fue a menos y, luego, desapareció; el silencio volvió a hacerse profundo, la oscuridad volvió a ser compacta, la ceguera y la sordera tomaron posesión de nuevo de las tinieblas; y Jean Valjean, que aún no se atrevía a moverse, se quedó mucho rato con la espalda pegada a la pared, aguzando el oído, dilatando las pupilas y mirando cómo se desvanecía esa patrulla de fantasmas.

III

Tras la pista de un hombre

Hay que reconocerle a la policía de entonces, para ser justos, que, incluso en las circunstancias públicas más graves, cumplía imperturbablemente con su deber de vigilancia de la red viaria. Unos disturbios no eran para ella un pretexto para dejarles flojas las riendas a los malhechores ni para descuidar al vecindario porque el gobierno estuviera en peligro. El servicio ordinario se llevaba a cabo con la corrección requerida, junto con el servicio extraordinario, y éste no alteraba aquél. Con un acontecimiento político de alcance incalculable en marcha, bajo la presión de una revolución posible, sin dejar que lo distrajeran la insurrección y las barricadas, un agente le seguía la pista a un ladrón.

Algo por estilo era lo que estaba sucediendo en la tarde de aquel 6 de junio a orillas del Sena, en la margen derecha, un poco más allá del puente de Les Invalides.

Ahora no hay ya margen allí. Ha cambiado el aspecto del lugar.

Es esa margen, dos hombres, a cierta distancia entre sí, parecían observarse mientras uno rehuía al otro. El que iba delante intentaba alejarse; el que iba detrás intentaba acercarse.

Era como una partida de ajedrez que se estuviera jugando de lejos y en silencio. Ninguno de los dos parecía apresurarse; y ambos caminaban despacio, como si los dos temiesen que, al mostrar una prisa excesiva, el otro apretase el paso.

Hubiérase dicho un apetito que va en pos de una presa fingiendo que no lo hace ex profeso. La presa era solapada y no bajaba la guardia.

Se atenían a las proporciones usuales entre la garduña acorralada y el dogo que la acorrala. El que intentaba escapar era

estrecho de espaldas y de aspecto encanijado; el que intentaba echarle el guante era un mocetón de estatura elevada y apariencia ruda, y rudo debía de ser el encuentro con él.

Aquél, que sabía que era más débil, rehuía a éste; pero lo rehuía con gran fiereza; si alguien hubiera podido observarlo, le habría visto en la mirada la sombría hostilidad de quien escapa y todas las amenazas que se dan en el temor.

La margen era solitaria: no pasaba nadie; no había siquiera un barquero o un descargador en las gabarras amarradas acá y allá.

No era posible ver bien a esos dos hombres sino desde el muelle de enfrente, y a quien los hubiera mirado a esa distancia el hombre de delante le habría parecido un ser erizado, desharrapado y sospechoso, intranquilo, tiritando, con un blusón hecho jirones; y el otro, una persona clásica y oficial que llevaba la levita de la autoridad abrochada hasta la barbilla.

Entra dentro de lo posible que el lector reconociese a ambos hombres si los viera de más cerca.

¿Qué pretendía el de detrás?

Probablemente conseguir proporcionarle al que iba delante un atuendo más abrigado.

Cuando un hombre al que viste el Estado persigue a un hombre harapiento es para convertirlo en un hombre a quien también vista el Estado. El único problema reside en el color. Ir de azul es muy honroso; ir de rojo resulta desagradable.

Existen unos purpurados de abajo.

Era probablemente de alguna molestia y de alguna púrpura como ésas de lo que el de delante quería escabullirse.

Si el de detrás lo dejaba que fuera delante y no lo había agarrado ya era, según las apariencias, porque albergaba la esperanza de verlo llegar a alguna cita significativa y reunirse con algún grupo que constituyera una buena presa. Esta operación delicada se llama «seguir».

Lo que convierte esta conjetura en altamente probable es que el hombre bien abrochado, al ver desde la margen que por el muelle pasaba un coche de punto vacío, le hizo una seña al cochero; el cochero la entendió, reconoció desde luego al hombre que se había dirigido a él, dio media vuelta y empezó a seguir, al paso, arriba, por el muelle, a los dos hombres. El personaje sospechoso y

desharrapado que iba delante no se dio cuenta.

El coche de punto iba siguiendo los árboles de Les Champs-Élysées. Se veía asomar por encima del parapeto el busto del cochero, con el látigo en la mano.

En una de las instrucciones secretas que da la policía a los agentes va este apartado: «Tener siempre a mano un coche de alquiler por si acaso».

Mientras maniobraban, cada uno según sus intereses, con irreprochable estrategia, ambos hombres se estaban acercando a una rampa del muelle que bajaba hasta la margen y permitía por entonces a los cocheros de punto procedentes de Passy llegar hasta el río para dar de beber a los caballos. Esa rampa se ha suprimido con posterioridad, por razones de simetría; los caballos se mueren de sed, pero la vista se deleita.

Era verosímil que el hombre del blusón subiera por esa rampa para intentar escapar por Les Champs-Élysées, lugar ornado de árboles, pero por donde pasan, también, muchos agentes de policía y en donde quien le seguía habría encontrado con facilidad alguien que le echase una mano.

Ese punto del muelle dista muy poco de la casa que el coronel Brack mandó traer desde Moret a París en 1824, conocida como la casa de Francisco I. Hay, muy cerca, un cuerpo de guardia.

Para mayor sorpresa de quien lo observaba, el hombre acosado no tiró por la rampa del abrevadero. Siguió andando por la margen, a lo largo del muelle.

Estaba claro que se hallaba en una situación cada vez más crítica.

A menos que se arrojase al Sena, ¿qué podía hacer?

No quedaba ya medio alguno de subir al muelle; no había ni rampas ni escaleras; y estaban muy cerca de ese lugar donde el Sena hace un recodo que va hacia el puente de Iéna y la margen, cada vez más estrecha, acababa en una lengua delgada y se hundía en el agua. Allí se quedaría irremediablemente bloqueado entre la pared cortada a pico a la derecha, el río a la izquierda y enfrente, y la autoridad pisándole los talones.

Cierto es que el final de la margen lo ocultaba a la vista un montón de escombros de alrededor de seis o siete pies de alto procedente de a saber qué derribo. Pero ¿esperaba acaso aquel

hombre ocultarse con provecho detrás de aquella escombrera a la que bastaba con dar la vuelta? Habría sido un recurso pueril. Seguramente no era eso lo que pensaba hacer. No es tanta la inocencia de los ladrones.

El montón de escombros formaba a orillas del agua algo así como una elevación que llegaba, en forma de promontorio, hasta la pared del muelle.

El hombre a quien seguían llegó a esa colinita y la rodeó, con lo que el otro hombre lo perdió de vista.

Éste, al que nadie veía pues él no veía a nadie, aprovechó para dejarse de disimulos y apretar mucho el paso. En pocos momentos llegó al montón de escombros y lo rodeó. Y al llegar del otro lado se quedó estupefacto. El hombre al que iba siguiendo no estaba allí.

Eclipse total del hombre del blusón.

Desde el montón de escombros la margen no tenía ya sino una longitud de alrededor de treinta pasos. Luego se hundía en el agua que rompía contra la pared del muelle.

El fugitivo no habría podido tirarse al Sena ni trepar hasta el muelle sin que su perseguidor lo viera. ¿Qué había sido de él?

El hombre de la levita abrochada llegó al final de la margen y allí se quedó un momento, pensando, con los puños convulsos y pasando revista a todo con la mirada. De pronto, se dio un golpe en la frente. Acababa de divisar, en el punto en que acababa la tierra y empezaba al agua, una verja de hierro ancha y baja, cintrada, con una cerradura grande y tres goznes muy gruesos. Esa reja, que era algo así como una puerta abierta en la parte de abajo del muelle, daba tanto al río cuanto a la margen. Salía por debajo un arroyo negruzco. Ese arroyo desaguaba en el Sena.

Tras los pesados barrotes oxidados se vislumbraba una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre se cruzó de brazos y miró la verja con expresión de reproche.

Como no bastó con la mirada, probó a empujarla; la sacudió y aguantó con solidez. Probablemente acababan de abrirla, aunque, cosa singular en una verja tan oxidada como aquélla, no se hubiese oído ruido alguno; pero no cabía duda de que la habían vuelto a cerrar, lo cual indicaba que aquel ante quien se había abierto esa puerta tenía no una ganzúa, sino una llave.

Aquella evidencia le pareció clarísima en el acto a la mente del hombre que se esforzaba por quebrantar la verja y le hizo soltar esta consideración indignada:

—¡Qué barbaridad! ¡Una llave del gobierno!

Se calmó luego, en el acto, y expresó todo un mundo de ideas de su fuero interno con esa ráfaga de exclamaciones a las que dio un acento casi irónico:

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya!

Dicho esto, con la esperanza de a saber qué, de que volviera a salir el hombre o de ver entrar a otros, se apostó al acecho detrás del montón de escombros, con la rabia paciente del perro de muestra.

Por su parte, el coche de punto, que iba ateniéndose a cuanto hacía el hombre, se había detenido por encima de él, junto al parapeto. El cochero, previendo que la parada iba a ser larga, les metió el hocico a los caballos en ese saco de avena húmeda por abajo que tan bien conocen los parisinos y en que, dicho sea de paso, los meten a veces a ellos los gobiernos. Los pocos transeúntes que pasaban por el puente de Iéna volvían brevemente la cabeza, antes de alejarse, para mirar esos dos detalles tan quietos del paisaje: el hombre en la margen del río y el coche de punto en el muelle.

IV

Él también carga con su cruz

Jean Valjean había seguido andando y no se había vuelto a parar.

La caminata era cada vez más trabajosa. La altura de las bóvedas es variable; la media es de unos cinco pies con seis pulgadas, y está calculada para la estatura de un hombre; a Jean Valjean no le quedaba más remedio que andar inclinado para que Marius no se golpease con la bóveda; tenía que agacharse a cada momento, volver a enderezarse y palpar la pared continuamente. Las piedras estaban trasudadas; y el piso, viscoso; y eran malos puntos de apoyo tanto para la mano cuanto para el pie. Tropezaba en el repugnante estiércol de la ciudad. Los reflejos intermitentes de los respiraderos no llegaban sino muy de tarde en tarde, y tan pálidos que el sol parecía la luz de la luna; todo lo demás era niebla, miasmas, opacidad, negrura. Jean Valjean tenía hambre y sed; sobre todo sed; y las alcantarillas son como el mar, un sitio lleno de agua que no se puede beber. Sabido es que era de una fuerza prodigiosa, que la edad había mermado muy poco debido a la vida casta y sobria que llevaba, pero, pese a todo, estaba empezando a desfallecer. Notaba ya el cansancio, y al menguar la fuerza crecía el peso de la carga. Marius, muerto quizá, pesaba como pesan los cuerpos inertes. Jean Valjean lo sujetaba de forma que no hubiese estorbo para el pecho y la respiración pudiera tener la mayor libertad posible. Notaba cómo las ratas se le escurrían velozmente entre las piernas. Una se asustó tanto que a punto estuvo de morderlo. De vez en cuando le llegaba por los vierteaguas de las bocas de alcantarilla una ráfaga de aire fresco que lo reanimaba.

Podían ser las tres de la tarde cuando llegó a la alcantarilla de

circunvalación.

Al principio lo extrañó aquel ensanchamiento repentino. Se encontró de pronto en una galería a cuyas paredes no llegaba con los brazos estirados y bajo una bóveda que no tocaba con la cabeza. Efectivamente, la Alcantarilla Mayor tiene ocho pies de ancho por siete de alto.

En el punto en que la alcantarilla Montmartre se une a la Alcantarilla Mayor desembocan otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provence y la de L'Abattoir, y se forma una encrucijada. Entre esos cuatro caminos, alguien menos sagaz habría titubeado. Jean Valjean se fue por la más ancha, es decir, por la alcantarilla de circunvalación. Pero volvía a plantearse la pregunta: ¿cuesta arriba o cuesta abajo? Pensó que la situación era apurada y que ahora había que llegar al Sena, fueren cuales fueren los riesgos. Dicho de otro modo, ir cuesta abajo. Giró a la izquierda.

Estuvo muy atinado. Pues sería un error creer que la alcantarilla de circunvalación tiene dos salidas, una en dirección a Bercy y otra en dirección a Passy, y que es, como su nombre indica, el cinturón subterráneo del París de la orilla derecha. La Alcantarilla Mayor no es, debemos recordarlo, sino el antiguo arroyo de Ménilmontant y va a dar, si se va cuesta arriba, a un callejón sin salida, es decir, a su primitivo punto de partida, que fue su manantial, al pie de la colina de Ménilmontant. No tiene comunicación directa con el ramal que recoge las aguas de París a partir del barrio de Popincourt y que desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot, más arriba de la antigua isla Louviers. A este ramal, que completa el colector, lo separa de él, bajo la propia calle de Ménilmontant, un lienzo que señala la divisoria de aguas río arriba y río abajo. Si Jean Valjean hubiese tirado galería arriba, habría llegado, tras mil esfuerzos, exhausto y agonizando en las tinieblas, a una pared. Había estado perdido.

En el mejor de los casos, retrocediendo un trecho, metiéndose por el corredor de Les Filles-du-Calvaire y siempre y cuando no titubease en el cruce subterráneo de la encrucijada de Boucherat, fuese por el corredor Saint-Louis y girase, luego, a la izquierda en el pasadizo Saint-Gilles y, acto seguido, a la derecha, y evitase la galería Saint-Sébastien, habría podido llegar a la alcantarilla Amelot y desde allí, y con tal de que no se extraviase en esa especie de letra

F que está bajo la Bastilla, alcanzar la boca que sale al Sena cerca de L'Arsenal. Pero para eso habría tenido que conocer a fondo y con todas sus ramificaciones y aberturas la gigantesca madrépora de las alcantarillas. Ahora bien, y debemos insistir en ello, no sabía nada de esa espantosa red de vías por la que iba andando; y, si alguien le hubiese preguntado dónde estaba, habría contestado: en la oscuridad.

No le falló el instinto. Bajar era, efectivamente, la salvación posible.

Dejó a la derecha los dos pasillos que se ramifican como una garra debajo de la calle de Laffitte y de la calle de Saint-Georges y el largo corredor bifurcado de La Chaussée d'Antin.

Pasado un afluente que era muy probablemente el ramal de La Madeleine, se detuvo. Estaba muy cansado. Por un tragaluz bastante ancho, probablemente el respiradero de la calle de Anjou, entraba una luz casi fuerte. Jean Valjean, con el mimo de un hermano para el hermano herido, dejó a Marius en el poyo de la alcantarilla. La cara ensangrentada de Marius apareció entre la luz blanca del respiradero como en lo hondo de una tumba. Tenía los ojos cerrados, el pelo pegado a las sienes como pinceles secos manchados de pintura roja, las manos caídas y muertas, los miembros fríos, sangre coagulada en la comisura de los labios. Un coágulo de sangre se le había quedado en el nudo de la corbata; la camisa se le metía por las heridas; el paño del frac le rozaba los cortes en carne viva. Jean Valjean, apartando con la yema de los dedos la ropa, le puso la mano en el pecho; el corazón seguía latiendo. Jean Valjean hizo jirones la camisa, vendó las heridas lo mejor que pudo y detuvo el flujo de sangre; luego, inclinándose en aquella media luz sobre Marius, que seguía sin conocimiento y casi sin hálito, lo miró con indecible odio.

Al apartarle la ropa a Marius le había encontrado en los bolsillos dos cosas: el pan que se le había quedado allí olvidado desde la víspera y el portafolio de Marius. Se comió el pan y abrió el portafolio. En la primera página se encontró las cuatro líneas que había escrito Marius y que, recordémoslo, eran éstas:

«Me llamo Marius Pontmercy. Que lleven mi cadáver a casa de mi abuelo, señor Gillenormand, en el 6 de la calle de Les Filles-du-Calvaire. Barrio de Le Marais».

Jean Valjean leyó a la luz del respiradero esas cuatro líneas y se quedó un momento como ensimismado, repitiendo a media voz: «Calle de Les Filles-du-Calvaire, número 6; señor Gillenormand». Volvió a meterle a Marius en el bolsillo el portafolio. Había comido, le habían vuelto las fuerzas; se echó otra vez a Marius a la espalda, le apoyó con cuidado la cabeza en su hombro derecho y siguió cuesta abajo por la alcantarilla.

La Alcantarilla Mayor, que sigue la dirección de la línea de vaguada del valle de Ménilmontant, tiene una longitud de unas dos leguas. Está empedrada en la mayor parte del recorrido.

Jean Valjean carecía de esta antorcha del nombre de las calles de París con la que vamos iluminando al lector su caminata subterránea. Nada le indicaba por qué zona de la ciudad estaba pasando ni qué trayecto había seguido. Sólo la mayor palidez de los charcos de luz con que se topaba de trecho en trecho le indicaba que el sol se iba retirando del adoquinado de la calle y que el día no tardaría en ir hacia el declive; y como el ruido de las ruedas de los coches, por encima de su cabeza, había pasado de continuo a intermitente y, luego, había cesado casi por completo, llegó a la conclusión que no estaba ya bajo el centro de París y se estaba acercando a alguna zona solitaria, próxima a los paseos de ronda o los muelles más alejados. Donde hay menos calles y menos casas las alcantarillas tienen menos tragaluces. La oscuridad iba haciéndose más densa en torno a Jean Valjean. No por ello dejó de andar, a tientas.

Aquella sombra se volvió de pronto terrible.

V

Tanto en la arena como en la mujer hay una sutileza que es perfidia

Notó que se metía en el agua y que lo que tenía bajo los pies no era ya empedrado, sino cieno.

A veces, en algunas costas de Bretaña o de Escocia, un hombre, un viajero o un pescador, que va andando, con marea baja, por el arenal, lejos de la orilla, se da cuenta de pronto de que desde hace unos minutos le cuesta andar. Bajo los pies nota la playa como si estuviera hecha de pez: se le pegan las suelas; ya no es arena, sino liga. El arenal está completamente seco, pero a cada paso, nada más alzar el pie, la huella se llena de agua. Por lo demás, la mirada no ha captado ningún cambio; la playa inmensa está lisa y tranquila, toda la arena parece igual, nada diferencia el suelo sólido del que ha dejado de serlo; la nubecilla alegre de las pulgas de mar no ha dejado de brincar tumultuosamente bajo los pies del caminante. El hombre continúa andando, sigue adelante, tuerce hacia la tierra, intenta acercarse a la costa. No está preocupado. ¿Por qué iba a preocuparse? Pero nota como si los pies le fueran pesando cada vez más, a cada paso. De repente, se hunde. Se hunde dos o tres pulgadas. Definitivamente está claro que no va por el buen camino; se detiene para orientarse. De pronto, se mira los pies. Le han desaparecido los pies. Se los tapa la arena. Saca los pies de la arena, quiere desandar lo andado, retrocede, se hunde más. La arena le llega a los tobillos; hace fuerza para salir de ella y tira hacia la izquierda; la arena le llega a media pierna; tira a la derecha; la arena le llega a las corvas. Entonces se da cuenta con indecible espanto de que se ha metido en unas arenas movedizas y que lo que tiene debajo es ese medio aterrador en que el hombre no puede ya

andar como tampoco puede ya nadar el pez. Tira la carga, si es que lleva una; aligera peso, como un barco en peligro de zozobrar; ya no está a tiempo, la arena le llega por encima de las rodillas.

Llama; hace señas con el sombrero o con el pañuelo; la arena se lo traga cada vez más; si la playa está desierta, si la tierra queda a demasiada distancia, si ese banco de arena tiene una reputación demasiado mala, si no hay un héroe por las inmediaciones, está condenado a que se lo trague la arena. Está condenado a ese enterramiento espantoso, largo, infalible, implacable, que no es posible ni retrasar ni apresurar, que dura horas, que no acaba nunca, que lo atrapa a uno cuando está de pie, libre y rebosante de salud; que tira de uno por los pies; que, con cada esfuerzo que intenta, con cada grito que suelta, lo arrastra algo más hacia abajo, que parece castigarlo a uno por oponer resistencia abrazándolo de forma más estrecha, que mete al hombre despacio en la tierra dejándole mucho rato para que mire el horizonte, los árboles, la campiña verde, el humo de las aldeas en la llanura y las velas de los barcos en el mar, las aves que vuelan y cantan, el sol, el cielo. Que se lo trague a uno la arena es como un sepulcro que se vuelve marea y sube hacia el vivo desde lo hondo de la tierra. Todos y cada uno de los minutos son un entierro inexorable. El desventurado intenta sentarse, tenderse, reptar; todos los movimientos que hace lo sepultan; se yergue, se hunde; nota que la tierra se lo traga; suelta alaridos, implora, les grita a las nubes, se retuerce los brazos, desespera. Ya le llega la arena al vientre; ya le llega al pecho; ya no es sino un busto. Alza las manos, gime con furia, crispa las uñas en el arenal, quiere agarrarse a esa ceniza, se apoya en los codos para salir de esa faja blanda, solloza frenéticamente; la arena sube. La arena le llega a los hombros; la arena le llega al cuello; ahora ya sólo se le ve la cara. La boca grita, se le llena de arena; silencio. Los ojos miran aún; la arena se los cierra: oscuridad. Luego mengua la frente; aún se estremecen unos mechones de pelo sobre la arena; asoma una mano, perfora la superficie del arenal, se mueve, se agita y desaparece. Siniestra desaparición de un hombre.

Hay veces en que al jinete se lo traga la arena con el caballo; hay veces en que al carretero se lo traga con el carro; todo se va a pique en el arenal. Es como naufragar en un lugar que no es el

agua. Es la tierra ahogando al hombre. La tierra embebida de océano se vuelve trampa. Se brinda como una llanura y se abre como una ola. El abismo tiene traiciones así.

Esta fúnebre aventura, siempre posible en esta playa marítima o en aquélla, podía ocurrir también, hace treinta años, en las alcantarillas de París.

Antes de las importantes obras que empezaron en 1833, en las vías públicas subterráneas de París podían ocurrir hundimientos repentinos.

El agua se infiltraba en algunos terrenos del subsuelo especialmente deleznables; el piso, bien estuviera pavimentado, como en las alcantarillas antiguas, bien fuera de cal hidráulica sobre una capa de hormigón, cómo en las nuevas galerías, cedía. Un plegamiento en un suelo así es una grieta; y llega el hundimiento. Cierto tramo del suelo se hundía. Esa hendedura, ese hiato en un abismo de barro, se llamaba en la lengua especializada *socavón*. ¿Qué es un socavón? Son las arenas movedizas de la orilla del mar que aparecen de pronto bajo tierra; es el arenal del monte de Saint-Michel en unas alcantarillas. El suelo, empapado, se halla como en estado de fusión; todas las moléculas están en suspensión en un medio blando; ni es tierra ni es agua. La profundidad es enorme a veces. Nada más temible que toparse con algo así. Si lo dominante es el agua, la muerte es rápida, te hundes; si lo dominante es la tierra, la muerte es lenta, la tierra te traga.

¿Es posible imaginar una muerte así? Que se lo trague a uno un arenal a la orilla del mar es espantoso, pero ¿qué no será en las cloacas? En vez del aire libre, de la luz de pleno día, de ese horizonte límpido, de esos ruidos anchurosos, de esas nubes libres de las que llueve la vida, de esas barcas que se divisan a lo lejos, de esa esperanza que tiene todas las formas posibles, de los transeúntes probables, del socorro que puede llegar hasta en el último minuto, en vez de todo eso, ¡la sordera, la ceguera, una bóveda negra, el interior de una tumba ya construida de antemano, la muerte en el cieno bajo una tapadera! Ahogarse despacio entre las inmundicias; una caja de piedra en la que abren las garras en el fango y lo agarra a uno por la garganta; ¡la fetidez mezclada con el estertor, el cieno en vez de la arena, el ácido sulfhídrico en vez del huracán, la basura en vez del océano! ¡Y llamar, y rechinar los dientes, y retorcerse, y

forcejear, y agonizar con esa ciudad enorme, que no está enterada de nada, encima de la cabeza!

¡Qué espanto indecible morir así! ¡La muerte a veces se redime de su atrocidad mediante cierta dignidad terrible! En la hoguera, en el naufragio es posible comportarse con grandeza; entre las llamas y entre la espuma es posible un comportamiento altivo; es una caída en el abismo que transfigura. Pero aquí, no. La muerte es sucia. Es humillante expirar. Las visiones supremas que flotan son abyectas. Barro es sinónimo de vergüenza. Es algo mezquino, feo, infame. Morir en un tonel de malvasía, como Clarence, bien está; en la fosa del basurero, como D'Escoubleau, es horroroso. Forcejear ahí dentro es repugnante; es agonizar chapoteando. Hay las suficientes tinieblas para que sea el infierno y el suficiente barro para que sea sólo un lodazal; y el moribundo no sabe si se convertirá en espectro o en sapo.

En cualquier otro sitio el sepulcro es lóbrego; aquí es deforme.

La profundidad de los socavones y también la longitud y la densidad variaban según que el suelo fuese de peor o mejor calidad. Había veces en que un socavón tenía tres o cuatro pies de profundidad; y otras tenía ocho o diez; en otras ocasiones, no tenía fondo. Aquí el cieno era casi sólido; allá, casi líquido. En el socavón Lumière un hombre tardó un día entero en desaparecer, mientras que el lodazal Phélippeaux se lo habría tragado en cinco minutos. El cieno soporta el peso mejor o peor según que sea más o menos denso. Un niño se salva donde un hombre está perdido. La primera ley para salvarse es soltar cualquier carga que se lleve. Tirar la bolsa de herramientas, o el cuévano, o la artesa. Por ahí empezaba cualquier pocero que notase que el suelo cedía.

Los socavones tenían causas diversas: suelo deleznable; algún hundimiento a una profundidad fuera del alcance de los hombres; los chaparrones veraniegos fuertes; las lluvias incesantes del invierno; las lluvias menudas, pero prolongadas. A veces el peso de las casas circundantes en un terreno margoso o arenoso vencía las bóvedas de las galerías subterráneas y las alabeaba; o podía ocurrir que el piso reventase y se abriese con aquel empuje tremendo. Así fue como el aplastamiento de Le Panthéon obstruyó hace un siglo parte de los sótanos de la Montagne Sainte-Geneviève. Cuando la presión de las casas hundía una alcantarilla, ese desorden, a veces,

salía a la superficie, a la calle, dejando entre los adoquines algo así como unas separaciones en forma de dientes de sierra; esa rotura iba creciendo, formando una línea que iba haciendo eses, por toda la bóveda agrietada; y entonces, al estar el daño a la vista, se podía remediar con rapidez. Podía suceder también en muchas ocasiones que ningún tajo desvelara en el exterior los destrozos internos. Y, en tal caso, ¡pobres poceros! Si entraban sin tomar precauciones en la alcantarilla hundida, podían estar yendo a su perdición. Los registros antiguos mencionan a unos cuantos poceros que quedaron sepultados de esa forma en los socavones. Hay en ellos varios nombres; entre otros, el del pocero a quien se tragó un hundimiento debajo del arco de la calle de Carême-Prenant, un tal Blaise Poutrain; ese Blaise Poutrain era hermano de Nicolas Poutrain, que fue el último enterrador de ese cementerio que llevaba el nombre de Les Innocents, en 1785, época en que murió dicho cementerio.

Se dio también el caso de aquel encantador vizconde d'Escoubleau, a quien hemos mencionado algo más arriba, uno de los héroes del sitio de Lérida en que los asaltantes llevaban medias de seda y a los violines en cabeza. D'Escoubleau, al verse sorprendido una noche en los aposentos de su prima, la duquesa de Sourdis, se ahogó en una zanja de la alcantarilla Beautreillis, donde había buscado refugio para escapar del duque. La señora de Sourdis, cuando le refirieron esta muerte, pidió el frasco de sales y, a fuerza de olerlo, se le olvidó llorar. En casos así, no hay amor que valga; las cloacas lo apagan. Hero se niega a lavar el cadáver de Leandro. Tisbe se tapa las narices ante Píramo y dice: ¡Puaj!

VI

El socavón

Jean Valjean había llegado a un socavón.

Ese tipo de desplome era frecuente por entonces en el subsuelo de Les Champs-Élysées, que era poco propicio para las obras hidráulicas y donde duraban poco las construcciones subterráneas porque era de excesiva fluidez. Esa fluidez es mayor incluso que la falta de consistencia de la propia arena del barrio de Saint-Georges, con la que no pudo más que un revestimiento de hormigón, y la de las capas arcillosas infiltradas de gas del barrio de Les Martyrs, tan líquidas que no pudo abrirse el paso por debajo del pasadizo de Les Martyrs más que mediante una tubería de fundición. Cuando, en 1836, echaron abajo, para volver a construirla, la alcantarilla vieja de piedra que pasa por debajo del barrio de Saint-Honoré, donde ahora mismo vemos a Jean Valjean, las arenas movedizas del subsuelo de Les Champs-Élysées hasta el Sena obstaculizaron las obras tanto que la operación duró más de seis meses, con grandes protestas de los vecinos colindantes, sobre todo de los que tenían palacetes y carrozas. Las obras fueron algo más que dificultosas; fueron peligrosas. Cierto es que hubo cuatro meses y medio de lluvia y tres crecidas del Sena.

El socavón que Jean Valjean se había encontrado era consecuencia del chaparrón de la víspera. El adoquinado, que tenía poco apoyo en la arena de debajo, había cedido y causado una saturación de agua de lluvia. Tras la infiltración, siguió el hundimiento. El cieno venció el piso, dislocado. ¿Cuánto trecho? Imposible decirlo. La oscuridad era allí más densa que en cualquier otro punto. Era un agujero de barro en una caverna nocturna.

Jean Valjean notó que le fallaba el suelo. Se metió en ese fango.

Era agua en la superficie y cieno en el fondo. No quedaba más remedio que pasar. Dar marcha atrás era imposible. Marius estaba moribundo; y Jean Valjean, exhausto. ¿Dónde ir, por lo demás? Jean Valjean siguió adelante. Además, la zanja pareció poco profunda cuando dio los primeros pasos. Pero, según avanzaba, los pies se le iban hundiendo. No tardó en llegarle el cieno a media pierna y el agua más arriba de las rodillas. Andaba alzando con ambos brazos a Marius cuanto podía por encima del agua. Ahora le llegaba el cieno a las corvas y el agua a la cintura. Ya no podía retroceder. Cada vez se hundía más. Aquel cieno, con bastante densidad para el peso de un hombre, estaba claro que no aguantaba dos. Marius y Jean Valjean habrían tenido una oportunidad de salir del paso cada uno por su cuenta. Jean Valjean siguió andando, llevando a aquel moribundo que quizá era ya un cadáver.

Le llegaba el agua a las axilas; notaba que se iba a pique; apenas si podía moverse en aquella hondura cenagosa en que estaba. La densidad, que hacía las veces de sostén, era también el obstáculo. Seguía llevando en vilo a Marius con un derroche inaudito de fuerza y avanzaba; pero se hundía. Ya sólo llevaba fuera del agua la cabeza y ambos brazos, que alzaban a Marius. Hay, en las pinturas antiguas del Diluvio, una madre que lleva así a su hijo.

Se hundió más, echó la cara hacia atrás para librarla del agua y poder respirar; a quien lo hubiera visto en esa oscuridad le habría parecido ver una máscara flotando en sombras; él veía a medias colgar por encima de él la cara lívida de Marius. Hizo un esfuerzo desesperado y avanzó un pie; le tropezó el pie con algo sólido, a saber qué, un punto de apoyo. Ya era hora.

Se enderezó y se retorció, se afincó con algo parecido a la rabia en ese punto de apoyo. Le pareció que era el primer peldaño de unas escaleras que subían hacia la vida.

Ese punto de apoyo con que se había topado entre el cieno en el momento supremo era el arranque de la otra vertiente del piso, que se había doblado sin romperse y había formado una concavidad bajo el agua, como un tablón y de una sola pieza. Los pavimentos bien construidos se abovedan y resultan firmes. Aquel tramo del piso, sumergido en parte, pero sólido, era una auténtica rampa; y si uno llegaba a la rampa, se había salvado. Jean Valjean subió por aquel plano inclinado y llegó al otro lado de la zanja.

Al salir del agua, tropezó con una piedra y cayó de rodillas. Le pareció que era algo justo y se quedó un rato, con el alma ensimismada a saber en qué palabras que le decía a Dios.

Se puso de pie, tiritando, muerto de frío, sucísimo, encorvado bajo aquel moribundo que llevaba a cuestas, chorreando fango, con el alma rebosante de una extraña claridad.

VII

A veces naufragamos cuando creemos desembarcar

Volvió a ponerse en marcha.

Aunque, si bien es cierto que no se había dejado la vida en el socavón, sí se había dejado las fuerzas. Ese esfuerzo supremo lo había dejado agotado. Notaba ahora un cansancio tal que, cada tres o cuatro pasos, se veía en la necesidad de recobrar el aliento y se apoyaba en la pared. En una ocasión tuvo que sentarse en el poyo para poner a Marius en otra postura, y creyó que no podría levantarse. Pero aunque se le hubiera extinguido el vigor, no se le había extinguido la energía. Se incorporó.

Anduvo con desesperación, casi deprisa; dio así alrededor de cien pasos, sin enderezar la cabeza, casi sin respirar; y de repente se dio un golpe contra la pared. Había llegado a un recodo de la alcantarilla y, al acercarse con la cabeza gacha a la esquina, se había topado con el muro. Alzó la vista y, en la punta del subterráneo, ante sí, a distancia, a mucha distancia, divisó una luz. Está vez no era la luz amedrentadora; era la luz buena y blanca. Era la claridad del día.

Jean Valjean estaba viendo la salida.

Un alma condenada que, entre las llamas del infierno, viera de pronto la salida de la gehena, sentiría lo que sintió Jean Valjean. Volaría desatinada con los muñones de las alas abrasadas hacia la puerta radiante. Jean Valjean dejó de notar el cansancio, dejó de notar el peso de Marius, recobró las pantorrillas de acero. Más que andar, corrió. Según se iba acercando a la salida, ésta se volvía cada vez más nítida. Era un arco cintrado, de menor altura que la bóveda, que iba bajando gradualmente, y menos ancho que la galería, que se iba estrechando según bajaba la bóveda. El túnel

acababa como un embudo; un estrechamiento vicioso, imitado de los portillos de los penales, lógico en una cárcel, carente de lógica en unas alcantarillas y que, más adelante, se rectificó.

Jean Valjean llegó a la salida.

Y allí se detuvo.

Era la salida, pero era imposible salir.

Una verja recia cerraba el arco; y a esa verja, cuyos goznes, como parecía deducirse de las apariencias, giraban muy de tarde en tarde, la sujetaba al marco de piedra una cerradura recia que, roja de orín, parecía un ladrillo enorme. Se veía el orificio de la llave y el grueso pestillo que se hundía hasta muy adentro en el cerradero de hierro. Estaba claro que la cerradura tenía dos vueltas de llave. Era una de esas cerraduras de fortaleza que tanto abundaban en el París antiguo.

Del otro lado de la verja, el aire libre, el río, la luz del día, la margen muy estrecha, pero suficiente para irse por ella, los muelles distantes, París, ese abismo donde es tan fácil ocultarse, el horizonte abierto, la libertad. A la derecha, río abajo, se vislumbraba el puente de Iéna y, a la izquierda, río arriba, el puente de Les Invalides; habría sido un lugar propicio para esperar a que se hiciera de noche y escapar. Era uno de los puntos más solitarios de París; la orilla que está delante de Le Gros-Caillou. Las moscas entraban y salían por entre los barrotes de la verja.

Podían ser las ocho y media de la tarde. Estaba oscureciendo.

Jean Valjean dejó a Marius pegado al muro, en la parte seca del piso; luego se acercó a la verja y crispó ambos puños en los barrotes; los sacudió frenéticamente, pero no se inmutaron. La verja no se movió. Jean Valjean agarró los barrotes uno tras otro, con la esperanza de poder arrancar el que fuera menos sólido y usarlo como palanca para levantar la puerta o para romper la cerradura. No se movió ningún barrote. No están más firmes los dientes de un tigre en sus alveolos. Sin palanca, no se podía hacer fuerza. El obstáculo era invencible. No había forma de abrir la puerta.

¿Había pues que darlo todo por acabado allí? ¿Qué hacer? ¿Por qué decidirse? Dar marcha atrás, repetir el trayecto espantoso que ya había recorrido; no tenía fuerzas para eso. Por lo demás, ¿cómo volver a cruzar aquella zanja de la que no había salido sino por milagro? Y, pasada la zanja, ¿no andaba por allí aquella ronda de la

policía a la que, desde luego, no podría hurtarse dos veces? Y, además, ¿dónde ir? ¿Qué dirección tomar? Ir cuesta abajo no era encaminarse a la meta. Aunque llegase a otra salida, se encontraría con que la obstruían una tapa o una reja. No cabía duda de que todas las salidas estaban cerradas así. La casualidad habría arrancado la reja por la que habían entrado, pero estaba claro que todas las demás bocas de alcantarilla estaban cerradas. Lo único que había conseguido era escapar para meterse en una cárcel.

Todo había acabado. Todo cuanto había hecho Jean Valjean era inútil. Dios no quería.

Estaban ambos atrapados en la oscura y gigantesca telaraña de la muerte; y Jean Valjean notaba cómo corría por esos hilos negros, en las tinieblas, la araña espantosa.

Le dio la espalda a la verja y se desplomó en el empedrado, derribado más que sentado, junto a Marius, que seguía exánime, y le cayó la cabeza en las rodillas. No había salida. Eran las heces de la angustia.

¿En quién pensaba en tan hondo desaliento? Ni en sí mismo ni en Marius. Pensaba en Cosette.

VIII

El jirón de frac

Mientras estaba sumido en ese anonadamiento, se le posó una mano en el hombro y una voz que hablaba bajo le dijo:

—¿Repartimos?

¿Había alguien entre aquellas sombras? No hay nada que se parezca tanto al sueño como la desesperación; Jean Valjean creyó que estaba soñando. No había oído pasos. ¿Era aquello posible? Alzó la vista.

Tenía a un hombre ante sí.

Aquel hombre vestía un blusón; iba descalzo; llevaba los zapatos en la mano izquierda; estaba claro que se los había quitado para poder acercarse a Jean Valjean sin que lo oyese andar.

Jean Valjean no titubeó ni por un segundo. Por muy imprevisto que fuera el encuentro, aquel hombre le resultaba conocido. Aquel hombre era Thénardier.

Aunque hubiese despertado, por decirlo de alguna manera, sobresaltado, Jean Valjean, acostumbrado a estar sobre aviso y curtido en golpes inesperados a los que hay salir al paso deprisa, recobró en el acto toda la presencia de ánimo. Además, la situación no podía ir a peor; existe determinado grado de desvalimiento que no puede ya ir en crescendo, y ni siquiera el mismísimo Thénardier podía volver más negra aquella oscuridad.

Hubo un intervalo de espera.

Thénardier hizo visera con la mano derecha, llevándosela a la frente; luego guiñó los ojos, frunciendo el entrecejo, lo que, junto con un leve fruncimiento de los labios, es característico de la atención sagaz de un hombre que quiere reconocer a otro. No lo consiguió. Jean Valjean, como acabamos de decir, estaba de

espaldas a la luz y estaba, además, tan desfigurado y tan ensangrentado que no se lo habría podido reconocer a las doce del día. En cambio, con la luz de la verja dándole en la cara, una luz de sótano, bien es verdad, lívida, pero de una lividez nítida, Thénardier, como dice esa metáfora enérgica y vulgar, se le metió a Jean Valjean en el acto por los ojos. Aquellas condiciones desiguales bastaban para concederle cierta ventaja a Jean Valjean en aquel duelo misterioso que iba a entablarse entre las dos situaciones y los dos hombres. Era un encuentro entre Jean Valjean velado y Thénardier desenmascarado.

Jean Valjean se dio cuenta enseguida de que Thénardier no lo había reconocido.

Se quedaron un momento mirándose en aquella penumbra, como para medir cuántos puntos calzaban. Thénardier fue el primero en romper el silencio.

—¿Cómo te las vas a apañar para salir?

Jean Valjean no contestó.

Thénardier siguió diciendo:

—No valen las ganzúas. Pero tienes que irte de aquí.

—Es verdad —dijo Jean Valjean.

—Bueno, pues repartimos.

—¿Qué quieres decir?

—Tú has matado a ese hombre; bien está. Yo tengo la llave.

Thénardier señalaba con el dedo a Marius. Siguió diciendo:

—No te conozco, pero quiero ayudarte. Seguro que eres un amigo.

Jean Valjean estaba empezando a entender lo que pasaba. Thénardier lo tomaba por un asesino.

Thénardier siguió diciendo:

—Mira, compañero, tú no habrás matado a ese hombre sin mirar a ver qué lleva en los bolsillos. Dame la mitad y te abro la puerta.

Y, sacando a medias una llave grande de debajo del blusón lleno de agujeros, añadió:

—¿Quieres ver cómo es la llave de la libertad? Mira.

Jean Valjean se quedó «estupefacto», como le decía Cinna a Augusto en la obra del buen Corneille, hasta el punto de dudar de que lo que estaba viendo fuese real. Era la Providencia que se presentaba con un aspecto espantoso y el ángel bueno que brotaba

del suelo con la forma de Thénardier.

Thénardier se metió el puño en un bolsillo grande que tenía debajo del blusón, sacó una cuerda y se la alargó a Jean Valjean.

—Toma —dijo—, de propina te doy la cuerda.

—¿Y para qué quiero una cuerda?

—También necesitas una piedra, pero de eso ya encontrarás fuera. Tienes ahí un montón de escombros.

—¿Y para qué quiero una piedra?

—Imbécil, ¿no vas a tirar al simple ese al río? Pues necesitas una piedra y una cuerda, porque si no flotará en el agua.

Jean Valjean cogió la cuerda. No hay nadie que no acepte así a veces las cosas, de forma automática.

Thénardier chasqueó los dedos como si se le acabase de ocurrir algo de repente.

—Por cierto, compañero, ¿cómo te las has apañado para salir de la zanja? Yo no me he atrevido con ella. ¡Puaj! No se puede decir que huelas a flores.

Tras una pausa, añadió:

—Te hago preguntas, pero haces bien en no contestarme. Es un aprendizaje para el maldito rato que se pasa con el juez de instrucción. Y además quien no habla nada no se arriesga a hablar demasiado alto. Da igual; porque no te veo la cara y porque no sé cómo te llamas no te vayas a creer que no sé quién eres y qué quieres. Está de lo más visto. Le has dado un tantarantán al señor y ahora quieres meterlo en algún sitio. Necesitas el río, el mejor remedio para las meteduras de pata. Ayudar a un buen chico en apuros me da por el gusto.

Mientras alababa a Jean Valjean por no decir nada, estaba claro que intentaba hacerlo hablar. Lo empujó por el hombro, para probar a verlo de perfil, y exclamó, aunque sin salirse de ese tono medio del que no aparentaba la voz:

—Hablando de la zanja, ¡menudo bestia estás hecho! ¿Por qué no tiraste ahí al hombre?

Jean Valjean siguió callado.

Thénardier continuó diciendo, subiéndose hasta la nuez el pingajo que le hacía las veces de corbata, ademán que es el complemento del aspecto de eficiencia de un hombre serio:

—Y eso que es posible que hayas obrado con prudencia.

Mañana, los obreros, cuando vengan a tapar el agujero, seguro que habrían encontrado al muñeco este ahí olvidado, y se habría podido, hilo a hilo y brizna a brizna, pillar el rastro y llegar hasta ti. Alguien ha pasado por las alcantarillas, ¿Quién? ¿Por dónde salió? ¿Alguien lo vio salir? La policía es de lo más ingeniosa. Las alcantarillas son traidoras y denuncian. Un hallazgo así es una rareza, llama la atención; no hay muchas personas que usen las alcantarillas para sus asuntos, mientras que el río es de todos. El río es la fosa de verdad. Al cabo de un mes, van y pescan al hombre en las redes de Saint-Cloud. ¿Y qué más da? ¡Si es una carroña! ¿Quién ha matado a este hombre? París. Y la justicia ni siquiera da parte. Has hecho bien.

Cuanto más locuaz era Thénardier, más muerto estaba Jean Valjean. Thénardier volvió a zarandearlo por el hombro.

—Y ahora vamos a cerrar el negocio. Repartamos. Has visto la llave que tengo, enséñame el dinero que llevas.

Se notaba a Thénardier desencajado, fiero, turbio, algo amenazador, pero amistoso pese a todo.

Había algo raro; Thénardier no se comportaba con sencillez, no parecía del todo a gusto; aunque no ponía expresión misteriosa, hablaba bajo; de vez en cuando se llevaba un dedo a los labios y susurraba: ¡chitón! Era difícil adivinar por qué. Allí nada más estaban ellos dos. Jean Valjean pensó que a lo mejor había otros bandidos ocultos en algún recodo, no muy lejos, y que Thénardier no tenía intención de repartir con ellos.

Thénardier añadió:

—Acabemos. ¿Cuánto llevaba el simple ese en los sonajeros?

Jean Valjean se registró los bolsillos.

Como recordaremos, tenía la costumbre de llevar siempre dinero encima. La oscura vida de apuros y expedientes a la que estaba abocado lo convertía en una necesidad. Pero en esta ocasión lo habían pillado de improviso. Al ponerse la víspera por la noche el uniforme de guardia nacional, se le había olvidado, por estar ensimismado en pensamientos tan sombríos, coger la cartera. Sólo llevaba dinero suelto en el bolsillo del chaleco. Le dio la vuelta al bolsillo, empapado de fango, y colocó en el poyo del piso un luis de oro, dos monedas de cinco francos y cinco o seis de diez céntimos.

Thénardier sacó el labio de abajo, con una torsión significativa

del cuello.

—Por bien poco lo has matado —dijo.

Empezó a palparles confianzudamente los bolsillos a Jean Valjean y a Marius. Jean Valjean, cuya mayor preocupación era seguir de espaldas a la luz, se lo consintió. Al tiempo que hurgaba en el frac de Marius, Thénardier se las ingenió, con maña de prestidigitador, para arrancarle un jirón, sin que Jean Valjean se diera cuenta, y se lo metió debajo del blusón, pensando probablemente que aquel trozo de tela podría servirle más adelante para saber quiénes eran el hombre asesinado y el asesino. Por lo demás, no encontró nada que no fueran los treinta francos.

—Pues es verdad —dijo—. En resumidas cuentas, sólo lleváis eso.

Y, olvidándose del *repartimos* de antes, se quedó con todo.

Se lo pensó un poco en lo tocante a las monedas de diez céntimos. Pero, bien pensado, las cogió también, refunfuñando:

—La verdad es que no se puede apiolar a la gente tan barato.

Dicho esto, volvió a sacar la llave de debajo del blusón.

—Y ahora, amigo, tienes que salir. Aquí pasa como en la feria, se paga a la salida. Has pagado, sal.

Y se echó a reír.

¿Albergaba, al proporcionarle a un desconocido aquella llave y dejar que saliera por aquella puerta otro que no fuera él, la intención pura y desinteresada de salvar a un asesino? Permítasenos dudarlo.

Thénardier ayudó a Jean Valjean a volver a echarse a Marius a la espalda y luego se acercó a la verja descalzo y de puntillas, haciéndole señas a Jean Valjean para que lo siguiera; miró hacia fuera; se llevó el dedo a los labios y se quedó unos pocos segundos como en suspenso; tras aquella inspección, metió la llave en la cerradura. Se abrió el pestillo y la puerta giró sobre los goznes. No hubo ni crujidos ni chirridos. Todo fue muy quedo. Estaba claro que esa puerta y esos goznes, cuidadosamente aceitados, se abrían con más frecuencia de lo que se habría podido suponer. Tanta suavidad resultaba siniestra; se intuían idas y venidas furtivas, entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos, y los pasos de lobo del crimen. No cabía duda de que las alcantarillas eran cómplices de alguna banda misteriosa. Aquella verja taciturna era una

encubridora.

Thénardier entreabrió la puerta, sólo lo imprescindible para que pudiera pasar Jean Valjean, volvió a cerrar la verja, dio dos vueltas de llave en la cerradura y se hundió de nuevo en la oscuridad sin hacer más ruido que un soplo. Parecía que pisaba con las patas de terciopelo del tigre. Momentos después, aquella repulsiva providencia ya había vuelto a internarse en lo invisible.

Jean Valjean se vio fuera.

IX

Marius le parece muerto a alguien que entiende del asunto

Dejó despacio a Marius en la orilla.

¡Estaban fuera!

Había dejado atrás los miasmas, la oscuridad, el horror. Lo inundaban el aire sano, puro, vivo, alegre, respirado con libertad. Por doquier, en torno, el silencio; pero el silencio adorable del sol que se ha puesto en el azul del cielo. Había llegado el crepúsculo; se acercaba la noche, la gran liberadora, la amiga de todos los que necesitan un manto de sombra para salir de una angustia. Se brindaba el cielo por todas partes como una gigantesca serenidad. El río le llegaba hasta los pies con un ruido de beso. Se oía el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de Les Champs-Élysées. Unas cuantas estrellas salpicaban con luz débil el azul pálido del cenit y, sólo visibles para la ensoñación, lanzaban en la inmensidad fulgures menudos e imperceptibles. La noche desplegaba por encima de la cabeza de Jean Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era esa hora indecisa y exquisita que no dice ni que sí ni que no. Había ya bastante oscuridad para poder perderse en ella a cierta distancia y bastante luz aún para que pudieran reconocerlo a uno de cerca.

Jean Valjean se quedó unos segundos irresistiblemente vencido ante toda aquella serenidad augusta y acariciadora; hay minutos de olvido así; el sufrimiento renuncia a acosar al mísero; todo se eclipsa en el pensamiento; la paz arropa al meditabundo como una oscuridad nocturna; y, bajo el crepúsculo radiante e imitando al cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas. Jean Valjean no

pudo por menos de contemplar aquella anchurosa sombra clara que había por encima de él; pensativo, tomaba en el majestuoso silencio del cielo eterno un baño de éxtasis y de oración. Luego, impulsivamente, como si le volviera el sentimiento de un deber, se inclinó hacia Marius y, cogiendo agua en la mano a medio cerrar, le echó con suavidad unas cuantas gotas en la cara. Los párpados de Marius no se alzaron; pero la boca entreabierta respiraba.

Jean Valjean iba a meter otra vez la mano en el río cuando, de pronto, notó un impreciso apuro, como cuando, sin verlo, tenemos a alguien detrás.

Ya hemos explicado en otro lugar cómo es esa impresión, que todo el mundo conoce.

Se dio la vuelta.

Y, como en aquella ocasión, tenía efectivamente a alguien detrás.

Un hombre de elevada estatura, envuelto en una larga levita, con los brazos cruzados y que llevaba en el puño derecho y a la vista una porra con una bola de plomo, estaba, de pie a pocos pasos, detrás de Jean Valjean en cuclillas junto a Marius.

Era algo así como una aparición colaboradora de la sombra. A un hombre sencillo lo habría asustado el crepúsculo; y a un hombre que se pensara las cosas, la porra.

Jean Valjean reconoció a Javert.

El lector ha adivinado sin duda que el perseguidor de Thénardier no era otro que Javert. Javert, tras su inesperada salida de la barricada, había ido a la prefectura de policía, había dado parte verbalmente al prefecto en persona durante una breve audiencia y, luego, se había reincorporado en el acto al servicio, que incluía, como recordaremos por la nota que le habían encontrado encima, determinada vigilancia en las márgenes de la orilla derecha de Les Champs-Élysées de la que, desde hacía ya una temporada, estaba pendiente la policía. Allí había divisado a Thénardier y lo había seguido. Ya estamos al tanto del resto.

Está claro también que aquella verja, que tan amablemente le había abierto a Jean Valjean Thénardier, era una treta de éste. Thénardier intuía que Javert seguía allí; el hombre al que acechan tiene un olfato que no lo engaña; tenía que tirarle un hueso al sabueso aquel. Un asesino, ¡qué oportunidad! Era, dentro de lo

malo, una de esas cosas que hay que aprovechar. Thénardier, al salir Jean Valjean en su lugar, le entregaba una presa a la policía, la apartaba de su rastro, conseguía que una empresa mayor la hiciera olvidarse de él, compensaba a Javert por la espera, lo que siempre agrada a los de la madera, ganaba treinta francos y tenía la sana intención de salir airoso del paso recurriendo a esa maniobra de diversión.

Jean Valjean había sorteado un escollo para ir dar con otro.

Era muy crudo salir de Thénardier para caer en Javert.

Javert no reconoció a Jean Valjean, quien, como ya hemos dicho, había dejado de parecerse a sí mismo. No descruzó los brazos, afianzó en el puño la porra con un gesto imperceptible y dijo con voz cortante y tranquila:

—¿Quién es usted?

—Yo.

—¿Y usted quién es?

—Jean Valjean.

Javert agarró la porra con los dientes, dobló las rodillas, inclinó el torso, le puso a Jean Valjean en los hombros las dos manos robustísimas que se encajaron en ellos como dos prensas, lo miró de cerca y lo reconoció. Las caras se tocaban casi. La mirada de Javert era terrible.

Jean Valjean se quedó inerte mientras lo atenazaba Javert, como un león que consintiera a un lince que le clavase las garras.

—Inspector Javert —dijo—, me tiene cogido. Por lo demás, me considero prisionero suyo desde esta mañana. Si le di mi dirección no fue para intentar escaparme. Préndame. Pero concédame una cosa.

Javert parecía no oírlo. Tenía clavada en Jean Valjean una mirada fija. Fruncía la barbilla, con lo que los labios le subían hacia la nariz, seña de hosco ensimismamiento. Por fin, soltó a Jean Valjean, se enderezó, volvió a empuñar la porra y, como en sueños, susurró más que dijo la siguiente pregunta:

—¿Qué hace aquí y quién es este hombre?

Seguía sin tutear a Jean Valjean.

Jean Valjean contestó, y Javert pareció despertar con el sonido de su voz:

—De él precisamente quería hablarle. Disponga de mí como

guste; pero ayúdeme a llevarlo a su casa. Es todo cuanto le pido.

A Javert se le contrajo la cara como le sucedía siempre que alguien parecía creerlo capaz de hacer una concesión. Pero no dijo que no.

Volvió a agacharse, se sacó un pañuelo del bolsillo, lo metió en el agua y le limpió a Marius la frente ensangrentada.

—Este hombre estaba en la barricada —dijo a media voz y como si hablase consigo mismo—. Era ese al que llamaban Marius.

Espía de primera calidad, lo había observado todo, lo había escuchado todo, lo había oído todo y lo había recogido todo, aunque creyera que iba a morir; había espiado incluso en la agonía y, acodado en el primer peldaño del crepúsculo, había tomado notas.

Le cogió la mano a Marius, buscando el pulso.

—Es un herido —dijo Jean Valjean.

—Es un muerto —dijo Javert.

Jean Valjean contestó:

—No, todavía no.

—¿Así que lo ha traído de la barricada aquí? —comentó Javert.

Muy honda tenía que ser su preocupación para que no insistiera en ese inquietante rescate recurriendo a las alcantarillas y que ni se fijase siquiera en el silencio de Jean Valjean que vino tras la pregunta.

Jean Valjean, por su parte, no parecía pensar sino en eso. Siguió diciendo:

—Vive en La Marais, en la calle de Les Filles-du-Calvaire, en casa de su abuelo… Se me ha olvidado cómo se llama de apellido.

Jean Valjean rebuscó en el frac de Marius, sacó el portafolio, lo abrió por la página en que Marius había garabateado unas páginas a lápiz y se lo alargó a Javert.

Flotaba aún luz bastante para que se viera a leer. Javert, además, llevaba en la mirada la fosforescencia felina de las aves nocturnas. Desentrañó las pocas líneas que había escrito Marius: Gillenormand, calle de Les Filles-du-Calvaire, 6.

Luego gritó: «Cochero».

Recordemos que había un coche de punto esperando por si acaso.

Javert se quedó con el portafolio de Marius.

Un momento después, el coche bajó por la rampa del abrevadero y llegó a la margen. Colocaron a Marius en la banqueta del fondo y Javert se sentó cerca de Jean Valjean en la banqueta delantera.

Tras cerrarse la portezuela, el coche se alejó deprisa, muelles arriba en dirección a la plaza de La Bastille.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, silueta negra en el pescante, fustigaba los caballos flacos. Silencio gélido en el coche. Daba la impresión de que Marius, inmóvil, con el torso adosado al rincón del fondo y la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando, las piernas tiesas, no estaba ya a la espera sino de un ataúd; Jean Valjean parecía hecho de sombra; y Javert, de piedra; y en aquel coche lleno de oscuridad, cuyo interior, cada vez que pasaba junto a un farol, se volvía de una lividez pálida como si lo iluminase un relámpago intermitente, el azar había reunido y parecía someter a un careo lúgubre a aquellas tres inmovilidades trágicas, el cadáver, el espectro y la estatua.

X

Vuelve a casa el hijo pródigo de su vida

Con cada bache del adoquinado le caía a Marius del pelo una gota de sangre.

Era noche cerrada cuando el coche de punto llegó ante el número 6 de la calle de Les Filles-du-Calvaire.

Javert se bajó el primero, comprobó de una ojeada el número encima de la puerta cochera y, alzando el pesado llamador de hierro forjado, recargado a la antigua usanza con los adornos de un macho cabrío y un sátiro enfrentados, dio un golpe recio. Se entornó la hoja de la puerta y Javert la empujó. Asomó en parte el portero, bostezando, despierto a medias, con una vela en la mano.

Todo dormía en la casa. En el barrio de Le Marais la gente se va a la cama temprano, sobre todo los días de algaradas. Ese barrio viejo se espanta de la revolución y se refugia en el sueño, igual que los niños, cuando oyen venir al coco, esconden enseguida la cabeza debajo de las mantas.

Entretanto, Jean Valjean y el cochero estaban sacando a Marius del coche. Jean Valjean lo sujetaba por las axilas, y el cochero, por las corvas.

Mientras cargaban así con Marius, Jean Valjean le metió la mano bajo la ropa, llena de desgarrones, le palpó el pecho y se aseguró de que el corazón le seguía latiendo. Y le latía incluso con algo más de fuerza, como si el movimiento del coche hubiera desencadenado cierta reanudación de la vida.

Javert preguntó al portero con el tono que debe tener el gobierno con el portero de un faccioso:

—¿Hay alguien aquí que se llame Gillenormand?

—Aquí es. ¿Qué le quiere usted?

—Le traemos a su hijo.
—¿A su hijo? —dijo el portero, pasmado.
—Está muerto.
Jean Valjean, que iba detrás de Javert, harapiento y sucio, y a quien el portero miraba con cierto espanto, le hizo una seña negativa con la cabeza.
El portero no pareció entender ni la palabra de Javert ni la seña de Jean Valjean.
Javert siguió diciendo:
—Fue a la barricada y aquí lo traemos.
—¡A la barricada! —exclamó el portero.
—A que lo matasen. Vaya a despertar al padre.
El portero no se movía.
—¡Vaya de una vez! —volvió a decir Javert.
Y añadió:
—Mañana habrá un entierro en esta casa.
Para Javert los incidentes que solían ocurrir en la vía pública se clasificaban de forma categórica porque por ahí empiezan la previsión y la vigilancia; y todas y cada una de las eventualidades tenían su compartimento; los hechos posibles estaban, por así decirlo, en unos cajones de los que salían, llegado el caso, en cantidades variables; por la calle andaban escándalos, algaradas, carnavales y entierros.
El portero se limitó a despertar a Basque. Basque despertó a Nicolette; Nicolette despertó a la señorita Gillenormand. Y al abuelo lo dejaron dormir, pensando que tiempo tendría de enterarse.
Subieron a Marius al primer piso, sin que nadie, por lo demás, se enterase en el resto del edificio, y lo dejaron en un sofá viejo en el recibidor de la casa del señor Gillenormand; y, mientras Basque iba a buscar un médico y Nicolette abría los armarios de ropa blanca, Jean Valjean notó que Javert le tocaba el hombro. Entendió lo que quería decirle y volvió a bajar, mientras Javert le iba pisando los talones.
El portero los vio irse igual que los había visto llegar, sumido en una somnolencia espantada.
Subieron otra vez al coche de punto y el cochero volvió al pescante.
—Inspector Javert —dijo Jean Valjean—, concédame una cosa

más.

—¿Qué es ello? —preguntó Javert con rudeza.

—Déjeme ir a mi casa un momento. Luego, haga conmigo lo que quiera.

Javert se quedó callado unos instantes, con la barbilla metida en el cuello de la levita; luego abrió la ventanilla de delante.

—Cochero —dijo—, al número 7 de la calle de L'Homme-Armé.

XI

Lo absoluto se tambalea

No volvieron a abrir la boca en todo el rato que duró el trayecto.

¿Qué quería Jean Valjean? Concluir lo que había empezado; avisar a Cosette de dónde estaba Marius; darle quizá alguna otra indicación útil; tomar, si le era dado, ciertas disposiciones supremas. En lo tocante a él, todo había acabado; Javert lo había cogido y él no se resistía; otro, en esa misma situación, se habría acordado quizá vagamente de la cuerda que le había dado Thénardier y de los barrotes del primer calabozo en que lo metieran; pero, desde los tiempos en que conoció al obispo, Jean Valjean, hemos de insistir en ello, sentía un hondo titubeo religioso ante cualquier atentado a la vida, incluso contra la propia.

El suicidio, ese misterioso ataque material a lo desconocido en que puede caber hasta cierto punto la muerte del alma, era algo de lo que no era capaz Jean Valjean.

A la entrada de la calle de L'Homme-Armé se detuvo el coche de punto por tratarse de una calle demasiado estrecha para que puedan entrar los coches. Javert y Jean Valjean se bajaron.

El cochero hizo caer humildemente en la cuenta al «señor inspector» de que le habían estropeado el terciopelo de Utrecht del coche la sangre del hombre asesinado y el barro del asesino. A esa conclusión era a la que había llegado. Añadió que le debían una indemnización. Al tiempo, sacando del bolsillo la libreta, rogó al señor inspector que tuviera la bondad de darle por escrito «alguna cosita que le valiera de certificación».

Javert rechazó la libreta que le alargaba el cochero y le dijo:

—¿Qué se te debe, incluidas la espera y la carrera?

—Me cogió hace siete horas y cuarto y la tapicería estaba nueva

—contestó el cochero—. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro napoleones y despidió el coche de punto.

Jean Valjean pensó que Javert tenía intención de llevarlo a pie al puesto de policía de la calle de Les Blancs-Manteaux o al de Les Archives, que caen muy cerca.

Entraron en la calle. Estaba desierta, como de costumbre. Javert iba detrás de Jean Valjean. Llegaron al número 7. Jean Valjean llamó. Se abrió la puerta.

—Está bien —dijo Javert—. Suba.

Añadió con una expresión rara y como si le costase trabajo decir aquello:

—Lo espero aquí.

Jean Valjean miró a Javert. Aquel comportamiento no entraba en las costumbres de Javert. No obstante, que Javert ahora se fiase de él con altanería, igual que el gato se fía y le concede al ratón una libertad que mide lo que miden sus uñas, no podía por menos de sorprender a Jean Valjean, resuelto a entregarse y acabar de una vez. Empujó la puerta, entró en la casa, le gritó al portero, que estaba acostado y había tirado del cordón desde la cama: «¡Soy yo!», y subió las escaleras.

Al llegar al primer piso, hizo un alto. En todos los vía crucis hay estaciones. La ventana del rellano, que era una ventana de guillotina, estaba abierta. Como en muchas casas antiguas, las escaleras tomaban la luz de la calle y tenían vistas a ella. El farol de la calle, que estaba enfrente precisamente, iluminaba algo los peldaños, con lo cual los vecinos podían ahorrar en luz.

Jean Valjean, ya fuera para recobrar el aliento, ya fuera de forma automática, sacó la cabeza por la ventana. Se asomó a la calle. Era corta y el farol la iluminaba de punta a cabo. Jean Valjean notó un fogonazo de asombro: ya no había nadie.

Javert se había marchado.

XII

El abuelo

Basque y el portero habían trasladado al salón a Marius, que seguía tendido y sin moverse en el sofá donde lo habían dejado al llegar. Había acudido el médico, a quien habían ido a buscar. La señorita Gillenormand se había levantado.

La señorita Gillenormand iba y venía, espantada, juntando las manos e incapaz de hacer nada que no fuera decir: «Señor, ¿será posible?». Y añadía de vez en cuando: «¡Se va a poner todo perdido de sangre!». Cuando se le pasó el primer susto, le afloró a la mente cierta filosofía de la situación cuya manifestación fue la exclamación siguiente: «¡Tenía que acabar así la cosa!». No llegó a decir ese *¡Si ya lo sabía yo!* que es de rigor en las situaciones de este tipo.

Por orden del médico, se dispuso una cama de tijera junto al sofá. El médico reconoció a Marius y, tras comprobar que tenía pulso, que el herido no tenía en el pecho ninguna herida penetrante y que la sangre de la comisura de los labios venía de las fosas nasales, mandó que lo tendieran en la cama sin almohada, con la cabeza al mismo nivel que el cuerpo e incluso más baja y el pecho al aire para facilitar la respiración. La señorita Gillenormand, al ver que desnudaban a Marius, se retiró. Se fue a su cuarto a rezar el rosario.

No había en el torso ninguna lesión interior; una bala, cuyo impacto había amortiguado el portafolio, se había desviado y trazado alrededor de las costillas un desgarrón repulsivo, pero superficial y, por consiguiente, sin peligro. La larga caminata subterránea había acabado de dislocarle la clavícula y había por esa zona muchos desórdenes. En los brazos tenía heridas de sable.

Ninguna cuchillada le desfiguraba el rostro; sin embargo, tenía la cabeza llena de cortes. ¿Qué pasaba con esas heridas de la cabeza? ¿Iban más allá del cuero cabelludo? ¿Afectaban al hueso? Aún no era posible decirlo. Un síntoma grave era que le habían hecho perder el sentido, y no siempre se despierta uno de desvanecimientos así. La hemorragia, además, había dejado agotado al herido. De cintura para abajo, la barricada había protegido esa parte del cuerpo.

Basque y Nicolette estaban haciendo tiras la ropa blanca y preparando vendas; Nicolette las cosía, Basque las enrollaba. Como no había hilas, el médico contuvo la sangre de las heridas de forma provisional con pellas de algodón. Junto a la cama, ardían tres velas encima de una mesa donde estaba abierto el maletín de cirujano. El medico le lavó la cara y el pelo a Marius con agua fría. Un cubo lleno se volvió rojo en un momento. El portero alumbraba, con la vela en la mano.

El médico parecía estar meditando melancólicamente. De vez en cuando negaba con la cabeza, como si contestase a alguna pregunta que se hacía en su fuero interno. Mala señal para el enfermo esos diálogos misteriosos del médico consigo mismo.

Cuando estaba el médico secando la cara y tocando levemente con el dedo los párpados, que seguían cerrados, se abrió una puerta al fondo del salón y apareció una cara alargada y pálida.

Era el abuelo.

Los disturbios habían tenido los dos últimos días muy inquieto, indignado y preocupado al señor Gillenormand. No había podido dormir la noche anterior y había estado con fiebre todo el día. Por la noche, se había acostado muy temprano, recomendando que cerrasen todo en la casa a cal y canto, y el cansancio lo había amodorrado.

El sueño de los ancianos es frágil; el dormitorio del señor Gillenormand era contiguo al salón y, por mucho cuidado que hubieran tenido, el ruido lo despertó. Sorprendido al ver una raja de luz en la puerta, se levantó de la cama y acudió a tientas.

Estaba en el umbral, con una mano en el picaporte de la puerta entornada, adelantando un tanto la cabeza temblona, con el cuerpo enfundado en una bata blanca, recta y sin pliegues, como un sudario, asombrado; parecía un fantasma mirando dentro de una

tumba.

Divisó la cama y, en el colchón, a aquel joven, ensangrentado, blanco con blancura de cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios pálidos, desnudo de cintura para arriba, cubierto con los cortes de unas heridas bermejas, inmóvil bajo una luz fuerte.

El abuelo notó de pies a cabeza el escalofrío que pueden notar unos miembros osificados; le veló los ojos, cuyas córneas habían amarilleado con los años, algo así como un espejeo vidrioso; le asomaron por toda la cara en un instante los ángulos terrosos de una calavera; se le quedaron colgando los brazos como si se hubiera roto un resorte y el estupor se notó en la forma en que se le separaron los dedos de ambas manos, trémulas; las rodillas puntiagudas se le doblaron y le abrieron la bata, por la que asomaron aquellas pobres piernas desnudas cubiertas de vello blanco; y susurró:

—¡Marius!

—Señor —dijo Basque—, acaban de traer al señor. Fue a la barricada y…

—¡Y está muerto! —gritó el anciano con voz terrible—. ¡Ah, el muy bandido!

Entonces, algo parecido a una transfiguración sepulcral enderezó a ese centenario, tieso como un hombre joven.

—Caballero —dijo—, es usted el médico. Empiece por decirme una cosa. Está muerto, ¿verdad?

El médico, en el colmo de la ansiedad, se quedó callado.

El señor Gillenormand se retorció las manos con una carcajada espantosa.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Ha ido a que lo matasen a las barricadas! ¡Por odio a mí! ¡Lo ha hecho en contra mía! ¡Ah, el bebedor de sangre este! ¡Así es como me vuelve! ¡Miseria de mi vida, está muerto!

Se acercó a una ventana, la abrió de par en par como si se asfixiara y de pie, de cara a la noche, empezó a hablarle a la oscuridad de la calle:

—¡Acribillado, acuchillado, degollado, exterminado, destrozado, cortado a pedazos! ¡Hay que ver! ¡Qué bergante! ¡Sabía perfectamente que lo estaba esperando y que le había mandado preparar su cuarto, y que yo me había puesto a la cabecera de la

cama su retrato de cuando era un niño pequeño! ¡Sabía perfectamente que podía volver cuando quisiera y que llevaba años llamándolo, y que me quedaba por las noches al amor de la lumbre con las manos en las rodillas, sin saber qué hacer, y que me estaba volviendo tonto! ¡Sabías perfectamente que bastaba con que volvieras y dijeses: Aquí estoy, para ser el amo de la casa, y que yo te obedecería y que harías lo que te diera la gana con este viejo imbécil de tu abuelo! Lo sabías perfectamente, y dijiste: ¡No, que es un monárquico, no iré! ¡Y te fuiste a las barricadas a que te matasen por pura maldad! ¡Para vengarte de lo que te había dicho yo del duque de Berry! ¡Menuda infamia! ¡Os podéis ir a dormir tan tranquilos! Está muerto. Éste ha sido mi despertar.

El médico, que estaba empezando a preocuparse por partida doble, dejó de atender a Marius un momento, se acercó al señor Gillenormand y lo cogió del brazo. El abuelo se volvió, lo miró con unos ojos que parecían más grandes e inyectados en sangre y le dijo con mucha calma:

—Muchas gracias, caballero. Estoy tranquilo, soy un hombre, vi la muerte de Luis XVI, sé apechar con los acontecimientos. Hay algo tremendo, y es pensar que han sido esos periódicos suyos los causantes de todo el daño. ¡Tendrán escritorzuelos, picos de oro, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de prensa, y así es como les llevarán a sus hijos a casa! ¡Ah, Marius, qué cosa tan abominable! ¡Te han matado y mueres antes que yo! ¡Una barricada! ¡Ah, el muy bandido! Doctor, ¿vive usted en el barrio, creo? Sí, si lo conozco muy bien. Veo pasar su cabriolé desde la ventana. Voy a decirle una cosa. Está en un error si cree que estoy enfadado. No se puede uno enfadar con un muerto. Sería una estupidez. Yo crié a este niño. Era ya viejo cuando él era aún muy pequeño. Jugaba en Les Tuileries con su palita y su sillita y para que los inspectores no lo riñeran yo iba tapando sobre la marcha con el bastón los agujeros que hacía en el suelo con la pala. Un día gritó: ¡Abajo Luis XVIII! Y se fue. No fue culpa mía. Era tan sonrosado y tan rubio. Su madre se murió. ¿Se ha fijado en que todos los niños pequeños son rubios? ¿De qué dependerá? Es el hijo de uno de esos bandidos del Loira, pero los hijos son inocentes de los crímenes de los padres. Me acuerdo cuando era así de pequeño. No conseguía pronunciar la *d*. Tenía

una forma de hablar tan dulce y tan incomprensible que parecía un pájaro. ¡Me acuerdo de que en una ocasión, delante del Hércules Farnesio, la gente hacía corro para asombrarse y admirarlo, de guapo que era aquel niño! Con una cara como las que se ven en los cuadros. Yo sacaba mi vozarrón y con el bastón le metía miedo, pero él sabía que era en broma. Por las mañanas, cuando entraba en mi cuarto, refunfuñaba, pero me parecía que entraba el sol. No puede uno defenderse de esos arrapiezos. Te pescan, te agarran, ya no te sueltan. ¡La verdad es que no había niño tan adorable como éste! ¿Qué dicen ahora de todos esos Lafayette y Benjamin Constant y Tirecuir de Corcelles suyos, que me lo han matado? Esto no se puede quedar así.

Se acercó a Marius, que seguía lívido e inerte, y junto a quien había regresado el médico, y volvió a retorcerse los brazos. Al anciano se le movían los labios de forma automática y dejaban pasar, como hálitos en un estertor, palabras casi indistintas que apenas se oían. «¡Ah, desnaturalizado! ¡Ah, carne de club! ¡Ah, bellaco! ¡Ah, septembrista.» Reproches en voz baja de un agonizante a un cadáver.

Poco a poco, como las erupciones interiores deben salir siempre al exterior, volvieron a encadenarse las palabras, pero el abuelo parecía no tener ya fuerzas para decirlas; tenía la voz tan sorda y apagada que parecía venir de la orilla opuesta del abismo.

—La verdad es que me da lo mismo, yo también voy a morirme. ¡Y pensar que en París no habrá ni una pícara que no hubiera sido dichosa haciendo feliz a este miserable! ¡Un pillo que, en vez de divertirse y de disfrutar de la vida, fue a pelear y a que lo ametrallasen como a un animal! ¿Y por quién? ¿Y por qué? ¡Por la República! ¡En vez de irse a bailar a La Chaumière, que es la obligación de los jóvenes! ¡Mira que no aprovechar los veinte años! ¡La República, vaya maldita tontería! ¡Pobres madres! ¿Para eso paren guapos mozos? Nada, que está muerto. Así se juntarán dos entierros en la puerta cochera. ¡Así que esto es lo que has querido que te hicieran por la cara bonita del general Lamarque! Pero ¿qué te iba ni te venía a ti el general Lamarque? ¡Un soldadote! ¡Un charlatán! ¡Ir uno a que lo maten por un muerto! ¿No es para volverse loco? ¡A ver quién puede entenderlo! ¡A los veinte años! ¡Y sin volver la cabeza para ver si se estaba dejando algo atrás! Resulta

que ahora a los viejos no les queda más remedio que morirse a solas. ¡Revienta en un rincón, búho! Bien está, por cierto, me alegro, es lo que estaba esperando, así me moriré de golpe. Soy ya demasiado viejo, tengo cien años, tengo cien mil años, hace mucho que me he ganado el derecho de estar muerto. ¡De ésta lo consigo! ¡Así que se acabó! ¡Qué gusto! ¿Para qué anda usted dándole a respirar amoniaco y todo ese montón de medicinas? ¡Qué imbécil de médico! ¡Está perdiendo el tiempo! Venga, que está muerto y bien muerto. Si lo sabré yo, que también estoy muerto. Y que no ha hecho las cosas a medias. Sí, estamos viviendo unos tiempos infames, infames, infames; y eso es lo que opino de vosotros, de vuestras ideas, de vuestros sistemas, de vuestros maestros, de vuestros oráculos, de vuestros doctores, de esos sinvergüenzas de escritores vuestros, de esos bellacos de filósofos vuestros, y de todas esas revoluciones que llevan espantando desde hace sesenta años a las bandadas de cuervos de Les Tuileries! Y ya que has sido tan despiadado que has ido a que te matasen así, no pienso ni apenarme por tu muerte, ¿te enteras, asesino?

En ese momento, Marius alzó despacio los párpados y le tropezó la mirada, que aún velaba el pasmo letárgico, con el señor Gillenormand.

—¡Marius! —gritó el anciano—. ¡Marius, Marius mío! ¡Mi niño! ¡Mi hijo queridísimo! Abres los ojos, me miras, estás vivo. ¡Gracias!

Y cayó desmayado.

Libro cuarto

Javert descarrila

Javert se había alejado con paso tardo de la calle de L'Homme-Armé.

Caminaba con la cabeza gacha por primera vez en la vida y, también por primera vez en la vida, con las manos a la espalda.

Hasta ese día, Javert sólo había usado, de las dos posturas de Napoleón, la del hombre decidido, con los brazos cruzados ante el pecho; de la del hombre indeciso, con las manos a la espalda, nada sabía. Ahora había ocurrido un cambio; toda su persona, despaciosa y sombría, rezumaba ansiedad.

Se internó en las calles silenciosas.

Pese a todo, iba en una dirección determinada.

Tiró por el camino más corto hacia el Sena, llegó al muelle de Les Ormes, anduvo a lo largo del muelle, dejó atrás la plaza de La Grève y se detuvo a poca distancia del puesto de policía de la plaza de Le Châtelet, en la esquina del puente de Notre-Dame. El Sena forma allí, entre el puente de Notre-Dame y el puente de Le Change por un lado, y, por otro, entre el muelle de La Méssigerie y el muelle de Les Fleurs, algo así como un lago cuadrado por el que cruza un rápido.

Ese tramo del Sena lo temen mucho los marineros. No hay nada más peligroso que ese rápido, que por entonces encajonaban y encrespaban los pilotes del molino del puente, derruido en la actualidad. El peligro es mayor por la proximidad de los dos puentes; el agua se apresura con mucha fuerza bajo los arcos. Pasa en ondas anchas y terribles; se acumula y se agolpa; el caudal empuja las pilastras de los puentes como si quisiera arrancarlos con gruesas maromas líquidas. Los hombres que se caen ahí no vuelven a aparecer; los mejores nadadores se ahogan.

Javert se puso de codos en el parapeto, apoyando la barbilla en ambas manos, y, mientras clavaba mecánicamente las uñas

crispadas en las pobladas patillas, reflexionó.

Una novedad, una revolución, una catástrofe acababa de acontecer en su fuero interno; había motivos para pasarle revista.

Javert sufría espantosamente.

Javert hacía dejado de ser una persona sencilla hacía unas horas. Estaba ofuscado; aquella mente, tan cristalina dentro de su ceguera, había perdido la transparencia; había una nube en aquel cristal. Javert notaba en la conciencia el deber de desdoblarse, y no podía disimulárselo a sí mismo. Al encontrarse de forma tan inesperada con Jean Valjean en las márgenes del Sena, fue en parte como el lobo que recupera la presa y en parte como el perro que recobra a su amo.

Veía ante sí dos caminos, igual de rectos ambos; pero veía dos; y le resultaba aterrador, a él que nunca había conocido en la vida sino una única línea recta. Y, qué angustia tan dolorosa, esos dos caminos eran contrarios. Una de esas dos líneas rectas excluía a la otra. ¿Cuál de las dos era la verdadera?

Estaba en una situación indecible.

Deberle la vida a un malhechor; aceptar esa deuda y pagarla; estar, a pesar suyo, en pie de igualdad con un preso reincidente y devolverle un favor con otro favor; consentir en que le dijera: «Vete» y decirle él a su vez: «Sé libre»; sacrificar por motivos personales el deber, esa obligación general, y notar en esos motivos personales algo no menos general, y quizá superior; traicionar a la sociedad para seguir siendo fiel a su conciencia; que todas esas cosas absurdas hubieran ocurrido y que se le vinieran encima todas juntas: eso era lo que lo aterraba.

Algo lo había asombrado, y era que Jean Valjean lo hubiera indultado; y algo lo había dejado de piedra, y era que él, Javert, hubiera indultado a Jean Valjean.

¿En qué punto estaba? Se buscaba y ya no se encontraba.

¿Qué hacer ahora? Entregar a Jean Valjean estaba mal; dejar en libertad a Jean Valjean estaba mal. En el primero de los casos, el servidor de la autoridad caía más bajo que el presidiario: en el segundo, un presidiario se situaba por encima de la ley y la pisoteaba. Los dos casos eran deshonrosos para él, Javert. En todos los partidos que podían tomarse, había una degradación. El destino tiene situaciones extremas que se despeñan en la impostura y más

allá de las cuales la vida no es ya sino precipicio. Javert se hallaba en una de esas situaciones extremas.

Una de las ansiedades que sentía se debía a tener que verse en la obligación de pensar. La propia violencia de todas aquellas emociones contradictorias lo obligaba a hacerlo. Pensar: algo que le resultaba inusitado y singularmente doloroso.

En el hecho de pensar hay siempre cierta dosis de rebeldía interior; y notarse eso por dentro lo irritaba.

Pensar, en general y en temas que no entrasen en el círculo limitado de sus funciones, le habría resultado en cualquier caso algo inútil y fatigoso; pero pensar en el día que acababa de transcurrir era una tortura. Sin embargo, no le quedaba más remedio que mirar en su conciencia después de conmociones como aquéllas y ser consciente de sí ante sí mismo.

Lo que acababa de hacer le daba escalofríos. A él, a Javert, le había parecido oportuno tomar la decisión, en contra de todos los reglamentos de la policía, en contra de toda la organización social y jurídica, en contra del código entero, de poner a alguien en libertad; lo había hecho por conveniencia propia; había puesto sus propios asuntos en el lugar de los asuntos públicos. ¿No era acaso algo incalificable? Cada vez que miraba cara a cara esa acción que no tenía nombre y que él había cometido se estremecía de pies a cabeza. ¿Qué decisión tomar? No le quedaba sino un recurso: volver a toda prisa a la calle de L'Homme-Armé y meter en la cárcel a Jean Valjean. Estaba claro que eso era lo que había que hacer. Y no era capaz.

Algo le cortaba el camino en esa dirección.

¿Algo? ¿Qué? ¿Existe en el mundo algo que no sean los tribunales, las sentencias ejecutorias, la policía y la autoridad? Javert estaba trastornado.

¡Un condenado intocable! ¡Un presidiario a quien no podía echarle mano la justicia! ¡Y eso por obra y gracia de Javert!

Que Javert y Jean Valjean, que el hombre hecho para castigar y el hombre hecho para recibir el castigo, que esos dos hombres, que pertenecían ambos a la ley, hubieran llegado al extremo de situarse ambos por encima de la ley, ¿no era acaso algo espantoso?

¡Cómo! ¿Podían ocurrir monstruosidades así sin castigo para nadie? ¡Jean Valjean, más poderoso que todo el orden social, iba a

quedar libre y él, Javert, seguiría comiendo el pan del gobierno!

Los pensamientos que lo tenían absorto se iban volviendo poco a poco tremendos.

Habría podido en ese ensimismamiento hacerse además algún reproche referido al insurrecto a quien habían llevado a la calle de Les Filles-du-Calvaire; pero no pensaba en él. La falta menor se diluía en la mayor. Por lo demás, estaba claro que el insurrecto aquel estaba muerto, y, según la ley, la persecución acaba con la muerte.

Jean Valjean: ése era el peso que llevaba en el ánimo.

Jean Valjean lo desconcertaba. Todos los axiomas que habían sido los puntos de apoyo de toda su existencia se desmoronaban en presencia de aquel hombre. La generosidad de Jean Valjean para con él, Javert, lo agobiaba. Otros hechos, que recordaba y tiempo atrás había considerado embustes y locuras, le volvían ahora a la memoria como realidades. El señor Madeleine volvía a aparecer detrás de Jean Valjean, y ambas personalidades se superponían para no ser sino una, venerable. Javert notaba que se le metía en el alma algo espantoso: la admiración por un presidiario. ¿Era posible respetar a un condenado? Se estremecía con esa idea, y no podía apartarla. Por mucho que se resistiera, no le quedaba más remedio que reconocer en su fuero interno que aquel miserable era sublime. Y eso era algo odioso.

¡Un malhechor que hacía el bien, un presidiario compasivo, manso, caritativo, clemente, que devolvía bien por mal, que devolvía perdón por odio, que prefería la compasión a la venganza, que prefería perderse él a perder al enemigo, que salvaba a quien lo había golpeado, arrodillado en el escalón más alto de la virtud, más cerca del ángel que del hombre! A Javert no le quedaba más remedio que reconocer que un monstruo así existía.

Aquello no podía durar.

Cierto era, y debemos insistir en ello, que no se había rendido sin resistencia ante aquel monstruo, ante aquel ángel infame, ante aquel héroe repulsivo, que casi lo indignaba tanto cuanto lo asombraba. Veinte veces había rugido en él el tigre de la legalidad cuando iba en aquel coche, cara a cara con Jean Valjean. Veinte veces había sentido la tentación de arrojarse sobre Jean Valjean, de agarrarlo y de devorarlo, es decir, detenerlo. ¿Podía haber algo más

sencillo? Gritar al ver el primer puesto de policía que hubiera estado al paso: «¡Aquí tengo a un preso evadido!». Llamar a los gendarmes y decirles: «¡Este hombre es cosa vuestra!». Y luego irse, dejar allí al condenado, desentenderse de lo demás y no meterse en nada. Ese hombre es ya para siempre un preso de la ley; la ley hará con él lo que quiera. ¿Hay algo más justo? Javert se había dicho todo eso; había querido seguir adelante, actuar, detener al hombre; y entonces, igual que ahora, no había podido; y cada vez que había alzado la mano convulsivamente hacia el cuello de la levita de Jean Valjean, la mano, como si se lo impidiera un peso enorme, había vuelto a bajar, y había oído en lo hondo del pensamiento una voz, una voz extraña, que le gritaba: «Bien está. Entrega a quien te salvó. Luego manda que te traigan la jofaina de Poncio Pilatos y lávate las garras».

Volvía luego los pensamientos hacia sí mismo y, junto a Jean Valjean, enaltecido, se veía a sí mismo, a Javert, rebajado.

¡Un presidiario, benefactor suyo!

Y el caso era que no debería haber permitido a aquel hombre que lo dejase vivir. En aquella barricada tenía derecho a que lo matasen. Debería haber invocado ese derecho. Pedir socorro a los otros insurrectos en contra de Jean Valjean, conseguir a la fuerza que lo fusilaran; más le habría valido.

Su angustia suprema era la desaparición de la certidumbre. Se sentía con las raíces al aire. El código no era ya en su mano sino un palo roto. Se las tenía que ver con escrúpulos de naturaleza desconocida. Le estaba aconteciendo una revelación sentimental completamente distinta de la aseveración legal, que había sido hasta entonces lo único por lo que había medido los hechos. Seguir con su honradez antigua ya no le bastaba. Estaba aflorando todo un orden de hechos inesperados, y lo subyugaba. Su alma presenciaba la aparición de todo un mundo nuevo: la buena obra aceptada y devuelta; la abnegación; la misericordia; la compasión violentando a la austeridad; la aceptación de personas; no más condenas definitivas; no más condenados a los infiernos; la posibilidad de una lágrima en los ojos de la justicia, una justicia no sabida, una justicia según Dios, en sentido inverso de la justicia de los hombres. Divisaba entre las tinieblas el amedrentador amanecer de un sol ético desconocido; lo espantaba y lo deslumbraba. Búho forzado a

mirar con ojos de águila.

Se decía que sí, que era cierto, que existían excepciones, que la autoridad podía quedar desconcertada, que a la norma se la podía tomar desprevenida ante un hecho, que no todo cabía en las páginas del código, que lo imprevisto imponía su autoridad, que la virtud de un presidiario podía tenderle una trampa a la virtud de un funcionario, que lo monstruoso podía ser divino, que el destino tenía emboscadas como aquélla; y pensaba, desesperado, que ni siquiera él se había librado de que lo pillase por sorpresa.

No le quedaba más remedio que reconocer que la bondad existía. Aquel presidiario había sido bueno. Y él también, Javert, cosa inaudita, acababa de ser bueno. Así que se estaba volviendo un depravado.

Se veía como un cobarde. Sentía horror por su propia persona.

El ideal de Javert no era ser humano, ser grande, ser sublime; era ser irreprochable.

Ahora bien, acababa de faltar a ese ideal.

¿Cómo había llegado a aquello? ¿Cómo habían sucedido todas esas cosas? No habría podido decírselo a sí mismo. Se agarraba la cabeza con las dos manos, pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía explicárselo.

Había tenido siempre, desde luego, la intención de entregar a Jean Valjean a la ley, una ley cuyo cautivo era ese Jean Valjean y cuyo esclavo era él, Javert. No había caído ni por un momento en la cuenta, mientras lo tenía cogido, de que pensase en dejarlo escapar. Era hasta cierto punto sin saberlo como había abierto la mano y lo había soltado.

Veía a medias toda clase de realidades enigmáticas. Se hacía preguntas y se contestaba; y las respuestas que se daba lo espantaban. Se preguntaba: «Ese presidiario, ese desesperado a quien no sólo seguí sino que perseguí y que me ha tenido puesto el pie encima, y que podía vengarse, y que, además, debía hacerlo, tanto por rencor cuanto por su propia seguridad, al dejarme vivir, al indultarme, ¿qué ha hecho? Su deber. No. Algo más. Y yo, al indultarlo a mi vez, ¿qué he hecho? Mi deber. No. Algo más. ¿Existe, pues, algo más que el deber?». Llegado aquí, se espantaba; se le desbarataba la balanza; uno de los platillos caía al abismo; el otro se remontaba hasta el cielo; y a Javert no lo atemorizaba

menos el que estaba arriba que el que estaba abajo. Sin ser ni poco ni mucho eso que se llama partidario de Voltaire, o filósofo, o incrédulo, sino respetuoso, antes bien, por instinto, con la iglesia establecida, no sabía de ella sino como fragmento augusto del conjunto social; el orden era su dogma y con él le bastaba; desde que había tenido edad para ser hombre y funcionario, casi toda su religión era la policía; era, y empleamos aquí las palabras sin la mínima ironía y en su acepción más seria, era, ya lo hemos dicho, espía como otros son sacerdotes. Tenía un superior, el señor Gisquet; nunca se había parado a pensar hasta entonces en ese otro ser superior: Dios.

Ese jefe nuevo, Dios, lo sentía de forma inopinada y era algo que lo turbaba.

Lo tenía desorientado aquella presencia inesperada; no sabía qué hacer con aquel superior, él, que estaba al tanto de que la obligación del subordinado es acatar siempre y que no debe ni desobedecer, ni censurar ni discutir y que, ante un superior que le cause excesiva extrañeza, el único recurso que le queda al inferior es dimitir.

Pero ¿cómo se dimite ante Dios?

Fuere como fuere, y a eso acababa siempre por volver, había un hecho que, para él, primaba sobre todo lo demás, y era que acababa de cometer una infracción espantosa. Acababa de hacer la vista gorda en lo tocante a un condenado reincidente y evadido. Acababa de dejar en libertad a un presidiario. Acababa de hurtarle a las leyes a un hombre que les pertenecía. Eso había hecho. No se entendía ya a sí mismo. Ya no tenía la seguridad de que ser quien era. Incluso las razones de su comportamiento se le escapaban; sólo le daban vértigo. Había vivido hasta entonces de esa fe ciega que nace de la probidad tenebrosa. La fe lo estaba abandonando; la probidad le fallaba. Todo cuanto había creído se esfumaba. Verdades no deseadas lo obsesionaban de forma inexorable. A partir de ahora tendría que ser un hombre distinto. Padecía los extraños dolores de una conciencia repentinamente operada de cataratas. Veía cosas que le repugnaba ver. Se sentía vaciado, inútil, dislocado de su vida anterior, destituido, disuelto. La autoridad había muerto en él. Se había quedado sin razón de ser.

¡Terrible situación esa de sentir emociones!

¡Ser granito y dudar! ¡Ser la estatua del castigo fundida de una pieza en el molde de la ley y darse cuenta de repente de que bajo el seno de bronce hay algo absurdo y desobediente que casi se parece a un corazón! ¡Llegar al extremo de devolver bien por bien, aunque se haya estado uno diciendo hasta ahora que ese bien era el mal! ¡Ser perro guardián y lamer! ¡Ser hielo y derretirse! ¡Ser tenaza y convertirse en mano! ¡Notarse de pronto dedos que se abren! ¡Aflojar, qué cosa tan aterradora!

¡El hombre proyectil no sabe ya la trayectoria y retrocede!

Verse en la obligación de reconocer lo siguiente: ¡la infalibilidad no es infalible; el dogma puede equivocarse; no todo queda dicho cuando ha hablado un código; la sociedad no es perfecta; en la autoridad cabe la complejidad del titubeo; puede crujir el edificio; los jueces son hombres; la ley puede equivocarse; los tribunales pueden confundirse! ¡Ver una grieta en el inmenso cristal azul del firmamento!

Lo que le estaba sucediendo a Javert era, para su conciencia rectilínea, algo semejante al descarrilamiento de trenes de Fampoux; era un alma que se salía de las vías, una probidad que se estrellaba al verse irresistiblemente proyectada en línea recta y estamparse contra Dios. ¡Era, desde luego, muy extraño que al conductor del orden, que al mecánico de la autoridad, montado en el ciego caballo de hierro de carriles rígidos, pudiera derribarlo el resplandor de un relámpago y que lo inmutable, lo directo, lo correcto, lo geométrico, lo pasivo, lo perfecto pudiese ceder! ¡Que existiera para la locomotora un camino de Damasco!

Dios, siempre interior al hombre y refractario a la falsa conciencia, él que es la conciencia verdadera, él que le prohíbe a la chispa que se apague, que le ordena al rayo que no se olvide del sol; él que intima al alma para que reconozca la verdad absoluta cuando se enfrenta al fingimiento absoluto, la humanidad imperdible, el corazón humano inadmisible, ese fenómeno espléndido, el más hermoso quizá de nuestros fenómenos interiores, ¿lo entendía Javert? ¿Ahondaba en él Javert? ¿Caía Javert en la cuenta de él? Está claro que no. Pero, con la presión de ese fenómeno incomprensible, pero que no podía negar, notaba que se le partía la cabeza.

No era tanto un ser a quien transfigurase el prodigio cuanto una

víctima de ese prodigio. Lo padecía, exasperado. No veía en todo ello sino una inmensa dificultad para existir. Le parecía que a partir de entonces nunca más podría respirar con desahogo.

Notar por encima de él lo desconocido: no estaba acostumbrado a eso.

Hasta entonces, todo cuando había estado por encima de él lo había visto como una superficie nítida, sencilla, límpida; nada que no conociera ni fuera confuso; nada que no estuviera definido, coordinado, encadenando, concreto, que no fuera exacto, circunscrito, limitado, cerrado; todo previsto; la autoridad era algo plano; ni se prestaba a caídas ni daba vértigo. Javert nunca había visto lo desconocido sino abajo. Lo irregular, lo inesperado, el hueco desordenado del caos, la caída posible a un precipicio, todo eso era cosa de las regiones inferiores, de los rebeldes, de las malas personas, de los miserables. Ahora Javert echaba hacia atrás la cabeza y, de repente, lo asustaba aquella aparición inaudita: un abismo en las esferas de arriba.

¡Cómo! ¡Tenía uno que verse desmantelado de arriba abajo! ¡Desconcertado por completo! ¿De qué fiarse? ¡Se venía abajo todo aquello de lo que uno estaba convencido!

¡Cómo! ¡Un miserable magnánimo podía atinar con el lado flaco de la sociedad! ¡Cómo! ¡Un honrado servidor de la ley podía verse atrapado de pronto entre dos crímenes, el crimen de dejar que se escapase un hombre y el crimen de detenerlo! ¡No todo era seguro en la consigna que el Estado le da al funcionario! ¡Podía el deber toparse con callejones sin salida! ¡Cómo! ¡Todo aquello estaba pasando de verdad! ¿Era cierto que un antiguo bandido, agobiado de condenas, podía enderezarse y tener razón a la postre? ¿Era posible creer algo así? ¿Había, pues, casos en que la ley tenía que retroceder ante el crimen transfigurado balbuciendo disculpas?

¡Sí, era posible! ¡Y Javert lo estaba viendo! ¡Y Javert lo estaba tocando! ¡Y no sólo no podía negarlo sino que era parte de ello! Eran realidades. Y era abominable que los hechos reales pudieran llegar a tamaña deformidad.

Si los hechos cumplieran con su deber, se limitarían a ser pruebas de la ley; los hechos los envía Dios. ¿Ahora iba a bajar de las alturas la anarquía?

Así que —y con la lente de aumento de la angustia y con la

ilusión óptica de la consternación, todo cuanto hubiera podido restringir y rectificar su impresión quedaba borrado y la sociedad y el género humano y el universo se resumían en adelante desde su punto de vista en un trazo sencillo y terrible—, así que, decíamos, las condenas, la cosa juzgada, la fuerza derivada de la legislación, las sentencias de los tribunales soberanos, la magistratura, el gobierno, la prevención y la represión, los conocimientos oficiales, la infalibilidad legal, el principio de autoridad, todos dogmas en que descansan la seguridad política y civil, la soberanía, la justicia, la lógica derivada del código, el absoluto social, la verdad pública, todo aquello no era sino escombros, montón, caos; y él, Javert, el vigía del orden, la incorruptibilidad al servicio de la policía, el dogo providencial de la sociedad, estaba vencido y derribado; y, de pie sobre todas esas ruinas, un hombre tocado con el gorro verde y con una aureola rodeándole la cabeza; a aquel desbarajuste habían llegado; tal era la visión espantosa que tenía en el alma.

¿Podía ser soportable? No.

Situación violenta donde las haya. Con sólo dos posibilidades de salir de ella. Una, ir resueltamente a buscar a Jean Valjean y devolver al calabozo al hombre del presidio. Otra…

Javert se apartó del parapeto y, con la cabeza erguida en esta ocasión, se encaminó con paso firme hacia el puesto de policía, que señalaba un farol, en una de las esquinas de la plaza de Le Châtelet.

Al llegar, vio por la ventana a un guardia y entró. Sólo por la forma de empujar la puerta de un cuerpo de guardia se reconocen entre sí los policías. Javert dio su nombre, enseñó la tarjeta al guardia y se sentó a la mesa del puesto, donde ardía una vela. Había encima de la mesa una pluma, un tintero de plomo y papel para los eventuales atestados y los informes de las rondas nocturnas.

Una mesa así, con el inevitable complemento de la silla con asiento de paja, es una institución; la hay en todos los puestos de policía; lleva el invariable aderezo de un platillo de madera de boj lleno de serrín y de una cajuela de cartón llena de obleas rojas para sellar; y es la planta inferior del estilo oficial. En ella comienza la literatura del Estado.

Javert cogió la pluma y una hoja de papel y empezó a escribir. Esto fue lo que escribió:

«UNAS CUANTAS OBSERVACIONES EN PRO DE UNAS MEJORAS DEL SERVICIO

«Primero: ruego al señor prefecto que tenga a bien leer esto.

»Segundo: a los detenidos que llegan a la instrucción les quitan los zapatos y los dejan descalzos en las baldosas mientras los cachean. Varios de ellos vuelven tosiendo a la cárcel. Este proceder acarrea gastos de enfermería.

»Tercero: los seguimientos funcionan bien con relevos de agentes de trecho en trecho, pero sería necesario que, en las ocasiones importantes, dos agentes por lo menos no se perdiesen de vista, dado que si, por un motivo cualquiera, un agente flaquea en el servicio, el otro lo vigila y lo sustituye.

»Cuarto: no tiene explicación que en el reglamento especial de la cárcel de Les Madelonnettes al preso se le prohíba tener una silla incluso si la paga.

»Quinto: en Les Madelonnettes sólo hay dos barrotes en la cantina, lo que permite que la cantinera deje que los presos le toquen la mano.

»Sexto: los presos llamados voceadores, que llaman a los otros presos para que vayan al locutorio, le piden diez céntimos al detenido para gritar su nombre con claridad. Es un robo.

»Séptimo: por un hilo corriente le quitan cincuenta céntimos al preso en el taller de los tejedores; es un abuso del contratista porque el tejido no es de peor calidad.

»Octavo: es enojoso que los visitantes de La Force tengan que cruzar por el patio de los chiquillos para ir al locutorio de Sainte-Marie-l'Égytienne.

»Noveno: está comprobado que todos los días se oye cómo algunos gendarmes cuentan en el patio de la prefectura los interrogatorios que les hacen los magistrados a los procesados. Es una falta grave contraria al orden que un gendarme, que debería ser sagrado, repita lo que ha oído en el despacho de instrucción.

»Décimo: la señora Henry es una mujer honrada; su cantina es muy decorosa; pero no está bien que una mujer se ocupe de los calabozos de los incomunicados. No es digno de una cárcel como La Conciergerie, que es la de una gran civilización.

»JAVERT
»Inspector de 1.ª clase
»En el puesto de policía de Le Châtelet.
»7 de junio de 1832, alrededor de la una de la madrugada».

Javert secó la tinta fresca de la hoja, la dobló como una carta, la selló, escribió por detrás: «Nota para la administración», la dejó encima de la mesa y salió del puesto. La puerta, acristalada y con barrotes, se cerró a sus espaldas.

Volvió a cruzar, en diagonal, la plaza de Le Châtelet; regresó al muelle y, con precisión automática, al punto exacto del que se había ido un cuarto de hora antes; se puso otra vez de codos y se halló en la misma postura y en la misma piedra del parapeto. Fue como si no se hubiera movido.

La oscuridad era completa. Era el momento sepulcral posterior a la medianoche. Un techo de nubes ocultaba las estrellas. El cielo no era sino una densidad siniestra. En las casas de la isla de La Cité no quedaba ya ni una luz; nadie pasaba; todo cuanto se veía de calles y muelles estaba desierto; Notre-Dame y las torres del Palacio de Justicia parecían trazos en la noche. Un farol teñía de rojo el borde del muelle. Las siluetas de los puentes, en hilera, se deformaban entre la bruma. El río iba crecido por las lluvias.

El lugar en que se había acodado Javert estaba, como recordaremos, exactamente encima del rápido del Sena y caía en picado sobre esa temible espiral de torbellinos que se enrosca y se desenrosca como un tornillo sin fin.

Javert asomó la cabeza y miró. Todo estaba oscuro. No se veía nada. Se oía un ruido de espuma; pero no se veía el río. A ratos, en aquellas profundidades vertiginosas, surgía una luz y serpenteaba inconcretamente, pues el agua tiene esa facultad, en la oscuridad más absoluta, de tomar la luz a saber de dónde y de convertirla en culebra. La luz se desvanecía y todo volvía a ser impreciso. Allí parecía abrirse la inmensidad. Lo que había abajo no era agua, era sima. La pared del muelle, abrupta, borrosa, mezclada con el vaho, de pronta desaparición, semejaba una escarpadura del infinito.

No se veía nada, pero se notaba el frío hostil del agua y el olor desabrido de las piedras húmedas. Un hálito hosco subía del abismo. El caudal crecido del río, que más se intuía que se divisaba,

el trágico cuchicheo de la corriente, la enormidad lúgubre de los arcos del puente, la caída imaginable a aquel vacío oscuro, toda aquella sombra rebosaba espanto.

Javert se quedó quieto unos minutos, mirando aquella oquedad de tinieblas; clavaba en lo invisible una mirada fija que parecía atenta. Sonaba el rumor del agua. De repente, se quitó el sombrero y lo dejó al filo del muelle. Un instante después, una silueta alta y negra, que algún transeúnte rezagado habría podido tomar por un fantasma, apareció de pie en el parapeto, se inclinó hacia el Sena, luego se enderezó y cayó, erguida, entre las tinieblas; hubo un chapoteo sordo; y sólo la sombra supo de las convulsiones de aquella forma oscura que había desaparecido bajo el agua.

Libro quinto

El nieto y el abuelo

I

Donde vuelve a aparecer el árbol de la venda de cinc

Poco tiempo después de los acontecimientos que acabamos de referir, el conocido por Boulatruelle se llevó un buen susto.

Boulatruelle es aquel peón caminero de Montfermeil al que vimos de pasada en las partes tenebrosas de este libro.

Es posible que el lector recuerde que Boulatruelle era un hombre que se dedicaba a asuntos turbios y diversos. Picaba piedra y malograba viajeros en el camino real. Era peón y ladrón, y había algo que lo ilusionaba: creía que había tesoros enterrados en el bosque de Montfermeil. Tenía la esperanza de dar un día con dinero enterrado al pie de un árbol; mientras tanto, los buscaba en los bolsillos de los viandantes.

No obstante, de momento se estaba portando con prudencia. Acababa de salvarse por los pelos. Como ya sabemos, lo habían detenido en la buhardilla de Jondrette con los demás bandidos. Hay vicios provechosos: se había salvado por borracho. Nunca quedó claro si estaba en aquel sitio para robar o como robado. Lo había dejado en libertad un sobreseimiento que se basaba en su probado estado de embriaguez la noche de la encerrona. Otra vez tenía no ya campo sino bosque libre. Se había vuelto a su habitual camino de Gagny a Lagny, para empedrarlo por cuenta del Estado, bajo supervisión administrativa, con la cabeza gacha, muy pensativo y un tanto desengañado del robo, que había estado a punto de perderlo, pero no menos encariñado con el vino, que acababa de salvarlo.

En cuanto al susto que se llevó poco después de haber regresado bajo el techo de césped de su choza, ocurrió como sigue:

Una mañana, Boulatruelle, según iba, como de costumbre y poco

antes de amanecer, al tajo, y quizá también al ojeo, divisó entre las ramas a un hombre a quien no vio sino de espaldas, pero cuya planta, por lo que pudo colegir con la distancia y la luz del crepúsculo matutino, no le resultaba del todo desconocida. Boulatruelle, por más que borracho, tenía una memoria correcta y lúcida, arma defensiva indispensable para cualquiera que esté un tanto indispuesto con el orden legal.

—¿Dónde demonios he visto yo a alguien que tenía un aire con ese hombre? —se preguntó.

Pero no pudo contestarse nada sino que se parecía a alguien cuya huella confusa se le había quedado en la mente.

Por lo demás, Boulatruelle, dejando de lado la identidad, con la que no conseguía dar, relacionó circunstancias y echó cuentas. Aquel hombre no era de la comarca. Acababa de llegar. A pie, por descontado. Ningún coche público pasa a esas horas por Montfermeil. Había caminado toda la noche. ¿De dónde venía? No de muy lejos. Porque no llevaba ni macuto ni paquete alguno. De París, seguramente. ¿Por qué estaba en aquel bosque? ¿Y por qué estaba a aquella hora? ¿Qué había ido a hacer allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de rebuscar en la memoria, recordó más o menos que, años antes, ya lo había puesto sobre aviso un hombre que podía ser muy bien ese mismo.

Mientras meditaba, y por el propio peso de la meditación, agachó la cabeza, cosa natural, pero de escasa habilidad. Cuando la alzó, ya no vio nada. El hombre se había desvanecido en el bosque y en la luz crepuscular.

—Por todos los demonios —dijo Boulatruelle—, que he de volver a dar con él. Ya descubriré yo la parroquia del parroquiano ese. Este paseante de culo de gato tiene un porqué y me enteraré. No hay secretos en mi bosque en los que yo no tenga que ver.

Y agarró el pico, que era muy puntiagudo.

—Esto viene bien —masculló— para rebuscar en la tierra y en un hombre.

Y, de la misma forma que se anudan dos hilos, tirando como pudo por el itinerario que había debido de seguir el hombre, echó a andar por el sotobosque.

Tras un centenar de zancadas, vino en su ayuda la luz del día, que ya empezaba a apuntar. Huellas de suelas en la arena, acá y

allá, hierbas pisadas, helechos aplastados, ramas jóvenes dobladas en los matorrales que se enderezaban con grácil lentitud, como los brazos de una mujer hermosa que se desperezа al despertar, le marcaron algo parecido a una pista. La siguió, para perderla luego. El tiempo transcurría. Se internó más en el bosque y llegó a algo así como un altozano. Un cazador madrugador pasaba lejos, por un sendero, silbando la canción *Compadre Guilleri,* con lo que se le ocurrió la idea de subirse a un árbol. Aunque viejo, era ágil. Había allí un haya de gran tamaño, digna de Títiro y de Boulatruelle. Boulatruelle se subió al haya lo más arriba que pudo.

Había sido una buena idea. Al explorar las soledades del bosque por el lado más enmarañado y hosco, Boulatruelle divisó al hombre de repente.

No bien divisarlo, lo perdió de vista.

El hombre entró, o más bien se escurrió, en un claro bastante alejado que tapaban unos árboles grandes, pero que Boulatruelle conocía bien porque le había llamado la atención, cerca de un montón grande de piedras, un castaño enfermo al que habían vendado con una tira de cinc clavada en la propia corteza. Aquel claro es ese mismo al que llamaban hace tiempo la finca Blaru. El montón de piedras, destinado no se sabe a qué cometido, que estaba allí hace treinta años seguramente sigue en el mismo sitio. Nada iguala la longevidad de un montón de piedras a no ser la de una empalizada de tablones. Está donde está de forma provisional. ¡Qué mejor razón para perdurar!

Boulatruelle, con la presteza de la alegría, más que bajar del árbol se dejó caer. Ya había dado con la guarida, ahora había que coger al animal. Allí estaba seguramente el famoso tesoro soñado.

No era cosa de poco llegar al claro. Por los senderos transitados, que hacen miles de eses molestas, se precisaba un cuarto de hora largo. En línea recta, por la maleza, que es en esa zona particularmente prieta, muy espinosa y muy agresiva, se necesitaba bastante más de media hora. En eso fue en lo que Boulatruelle cometió el error de no caer en la cuenta. Se fió de la línea recta; ilusión óptica respetable, pero que pierde a muchos hombres. La maleza, por muy intrincada que fuera, le pareció el camino mejor.

—Vamos a tirar por la calle de Rivoli de los lobos —dijo.

Boulatruelle, que solía ir por caminos torcidos, cometió la

equivocación de andar derecho.

Tuvo que vérselas con acebos, con ortigas, con espinos albares, con rosales silvestres,con cardos y con zarzas muy irascibles. Y salió con muchos arañazos.

Al llegar a la parte baja del barranco, encontró agua y tuvo que cruzarla.

Por fin llegó al claro Blaru al cabo de cuarenta minutos, sudoroso, mojado, sin resuello, arañado y feroz.

En el claro no había nadie.

Boulatruelle se acercó corriendo al montón de piedras. Estaba en su sitio. No se lo habían llevado.

En cuanto al hombre, se había esfumado en el bosque. Había escapado. ¿Adónde? ¿Hacia qué lado? ¿Entre qué maleza? Imposible adivinarlo.

Y, cosa dolorosísima, había detrás del montón de piedras, delante del árbol con la chapa de cinc, tierra recién movida, un pico olvidado o abandonado y un agujero.

El agujero estaba vacío.

—¡Ladrón! —gritó Boulatruelle amenazando el horizonte con ambos puños.

II

Tras salir de la guerra civil, Marius se prepara para la guerra doméstica

Marius estuvo mucho tiempo ni muerto ni vivo. Tuvo varias semanas fiebre acompañada de delirio y de síntomas cerebrales bastante graves fruto más de las conmociones de las heridas de la cabeza que de las heridas en sí.

Se pasó noches enteras repitiendo el nombre de Cosette con la lúgubre locuacidad de la fiebre y con la sombría testarudez de la agonía. Algunas heridas eran tan anchas que supusieron un serio peligro, pues en algunas llagas de mucha anchura siempre existe el peligro de que la supuración se reabsorba y, en consecuencia, mate al enfermo por la influencia de determinadas circunstancias atmosféricas; con cada cambio de tiempo, con la mínima tormenta, el médico se preocupaba. «Sobre todo que el enfermo no tenga ningún sobresalto», repetía. Los vendajes eran complicados y dificultosos, pues fijar aparatos y lienzos con esparadrapo no era algo que se hubiera inventado aún por entonces. A Nicolette se le fue en hilas una sábana «del tamaño de un techo», decía. No sin trabajo las lociones cloruradas y el nitrato de plata pudieron más que la gangrena. Mientras hubo peligro, el señor Gillenormand, fuera de sí junto a la cabecera de su nieto, estuvo igual que Marius: ni muerto ni vivo.

A diario y, en ocasiones, dos veces al día, un caballero de pelo blanco y muy atildado —así era como lo describía el portero— venía a saber del enfermo y dejaba, para las curas, un paquete grande de hilas.

Por fin, el 7 de septiembre, cuatro meses día por día después de la dolorosa noche en que Jean Valjean lo había llevado moribundo

a casa de su abuelo, el médico manifestó que respondía de él. Comenzó la convalecencia. Pero Marius tuvo que pasarse aún más de dos meses tendido en una otomana por los accidentes padecidos debido a la fractura de la clavícula. Siempre hay una última herida que se niega a cerrarse y hace que las curas se eternicen para mayor fastidio del enfermo.

Por lo demás, aquella enfermedad prolongada y aquella convalecencia prolongada lo salvaron de las represalias. En Francia no hay ira, ni siquiera pública, que siete meses no extingan. Los disturbios, en el estado en que se halla la sociedad, son culpa de todos hasta tal extremo que viene luego cierta necesidad de hacer la vista gorda.

Añadamos que la incalificable ordenanza de Gisquet, que intimaba a los médicos a denunciar a los heridos, indignó a la opinión pública, y no sólo a la opinión pública, sino al rey antes que a nadie, y dicha indignación amparó y protegió a los heridos; y, dejando aparte a los que cayeron presos en combate, los consejos de guerra no se atrevieron a molestar a ninguno. Así que dejaron a Marius en paz.

El señor Gillenormand empezó por padecer todas las angustias y supo luego de todos los éxtasis. Costó mucho impedirle que se pasase todas las noches junto al herido: mandó que llevaran su sillón grande al lado de la cama de Marius; exigió que su hija usara la mejor ropa blanca de la casa para hacer compresas y vendas. La señorita Gillenormand, como persona sensata y madura, halló la forma de salvar la ropa blanca buena al tiempo que dejaba creer al abuelo que lo estaban obedeciendo. El señor Gillenormand no permitió que le explicasen que para hacer hilas no es tan buena la batista como el hilo basto ni tan bueno el hilo nuevo como el hilo usado. Asistía a todas las curas de las que la señorita Gillenormand se ausentaba púdicamente. Cuando cortaban la carne muerta con tijeras, decía: ¡ay, ay! No había nada tan enternecedor como verlo alargar una taza de tisana al herido con su suave temblor senil. Agobiaba al médico a preguntas. No se daba cuenta de que volvía a hacer continuamente las mismas.

El día en que el médico le anunció que Marius estaba fuera de peligro, al buen señor le entró un delirio. Le dio tres luises de propina al portero. Por la noche, se fue a su cuarto bailando una

gavota y haciendo castañetas con el pulgar y el índice; y cantó la canción siguiente:

Jeanne es de Fougère hija.
¡Qué nido de pastoras!
Y sus sayas tan pillas
me enamoran.

Amor moras en ella
porque es en su mirada
donde pones tus flechas
tan taimadas.

Yo la canto y me gustan
más que Diana en su braña
Jeanne y sus tetas duras
de Bretaña.

Luego se arrodilló en una silla y a Basque, que lo estaba mirando por la puerta entornada, le pareció con toda seguridad que estaba rezando.

Hasta entonces no había creído en Dios.

Con cada fase de la mejoría, que iba adquiriendo gradualmente trazos más firmes, el abuelo disparataba cada vez más. Llevaba a cabo mecánicamente un sinnúmero de acciones rebosantes de júbilo; subía y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, bonita por lo demás, se quedó asombradísima una mañana cuando recibió un ramo de flores enorme: se lo enviaba el señor Gillenormand. El marido le organizó una escena de celos. El señor Gillenormand intentaba sentarse a Nicolette en las rodillas. Llamaba a Marius señor barón. Gritaba: ¡Viva la República!

Le preguntaba al médico a cada momento: «¿Verdad que ya no hay peligro?». Miraba a Marius con ojos de abuela. No le quitaba ojo cuando comía. Estaba desaforado y desenfrenado; el amo de la casa era Marius; en aquella alegría había abdicación, era el nieto de su nieto.

En aquel júbilo en que vivía, era el más vulnerable de los niños. Por temor a cansar o importunar al convaleciente, se colocaba a

espaldas suyas para sonreírle. Estaba contento, alegre, encantado, encantador, joven. El pelo blanco añadía una majestad dulce a la luz risueña que tenía en la cara. Cuando el encanto se suma a las arrugas, resulta adorable. Existe a saber qué aurora en la vejez dichosa.

En cuanto a Marius, mientras dejaba que lo vendasen y que lo cuidasen, tenía una idea fija: Cosette.

Desde que habían desaparecido la fiebre y el delirio, ya no decía aquel nombre, y habría podido creerse que no pensaba ya en ella. Callaba precisamente porque en ella tenía puesta el alma.

No sabía qué había sido de Cosette; todo lo sucedido en la calle de La Chanvrerie era como una nube en su recuerdo; le flotaban en la mente sombras casi indistintas: Éponine, Gavroche, Mabeuf, los Thénardier y todos sus amigos, lúgubremente envueltos en el humo de la barricada; el extraño paso del señor Fauchelevent por aquella aventura sangrienta le parecía un enigma en una tempestad; no entendía en absoluto por qué estaba vivo; no sabía cómo se había salvado ni quién lo había salvado, ni nadie de cuantos lo rodeaban lo sabía; todo cuanto habían podido decirle era que lo habían llevado de noche en un coche de punto a la calle de Les Filles-du-Calvaire; pasado, presente, futuro, todo no era ya en su cabeza sino la niebla de una idea vaga, pero en esa bruma había un punto fijo, una línea clara y concreta, algo que era de granito, una decisión, una voluntad: encontrar a Cosette. Para él pensar en la vida no podía separarse de pensar en Cosette; había decidido en su corazón que no aceptaría aquélla sin ésta y estaba inquebrantablemente decidido a exigir a quienquiera que pretendiese obligarlo a vivir, a su abuelo, a la suerte, al infierno, que le devolviera su edén desaparecido.

No se le ocultaban los obstáculos.

Subrayemos, llegados aquí, un detalle: ni lo habían conquistado ni lo habían enternecido gran cosa toda la solicitud y todos los mimos de su abuelo. De entrada, no estaba enterado de todos; además, en sus sueños de enfermo, aún febriles quizá, desconfiaba de esas zalamerías como de algo raro y nuevo cuya pretensión era domeñarlo. No lo enternecían. El abuelo malgastaba su pobre sonrisa de anciano. Marius se decía que duraría mientras él, Marius, no dijera nada y dejara que lo mangoneasen; pero que en cuanto se

tratase de Cosette, se toparía con otra cara diferente y a la auténtica opinión del abuelo se le caería la careta. Entonces las cosas se pondrían feas: se recrudecerían las cuestiones familiares, habría posturas enfrentadas y llegarían a un tiempo todos los sarcasmos y todas las objeciones, Fauchelevent, Coupelevent, la fortuna, la pobreza, la miseria, la piedra al cuello, el porvenir. Violenta resistencia; conclusión: negativa. Marius hacía acopio de firmeza de antemano.

Y, además, según iba volviendo a la vida, surgían de nuevo los antiguos agravios, las úlceras viejas de la memoria se le volvían a abrir, pensaba de nuevo en el pasado; volvía a hallarse el coronel Pontmercy entre el señor Gillenormand y él, Marius; se decía que no podía esperar ninguna bondad auténtica de quien había sido tan injusto y tan duro con su padre. Y, junto con la salud, le volvía algo así como una aspereza contra su abuelo. El anciano padecía por ello con dulzura.

El señor Gillenormand notaba, sin demostrarlo ni poco ni mucho por lo demás, que Marius, desde que había vuelto a casa y recobrado el conocimiento, no lo había llamado padre ni una vez. Tampoco lo llamaba señor, cierto es; pero se las apañaba para no decir ninguna de las dos cosas construyendo de cierta forma las frases.

Estaba claro que se acercaba una crisis.

Como sucede casi siempre en casos así, Marius, para probar sus fuerzas, intentó alguna escaramuza antes de reñir una batalla. Es lo que se llama tantear el terreno. Sucedió que una mañana el señor Gillenormand, a propósito de un periódico que se le puso a tiro, habló con ligereza de la Convención y se le escapó un epifonema monárquico relacionado con Danton, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres de 1793 eran unos gigantes —dijo Marius con acento severo. El anciano calló y no volvió a decir palabra en todo el día.

Marius, que siempre tenía presente al abuelo inflexible de sus primeros años, vio en ese silencio una ira hondamente reconcentrada que le hizo augurar una encarnizada lucha; e incrementó en los recovecos del pensamiento los preparativos de lucha.

Decidió que, en caso de negativa, se arrancaría los aparatos, se

dislocaría la clavícula, dejaría al aire y en carne viva cuanto de las heridas le quedaba y rechazaría todos los alimentos. Sus llagas eran sus municiones. Tener a Cosette o morir.

Esperó el momento favorable con la paciencia solapada de los enfermos. Y ese momento llegó.

III

Marius ataca

Un día, el señor Gillenormand, mientras su hija ordenaba los frascos y las tazas encima del mármol de la cómoda, se había inclinado hacia Marius y le decía con su tono más tierno:

—Mira, Marius, hijito, yo en tu lugar empezaría ahora a tomar carne, mejor que pescado. Un lenguado frito es estupendo para iniciar una convalecencia; pero, para poner de pie al enfermo, se necesita una buena chuleta.

Marius, que ya había recuperado las fuerzas casi por completo, las reunió, se sentó, apoyó los dos puños crispados en las sábanas de la cama, miró a su abuelo de frente, puso una expresión tremenda y dijo:

—Esto me lleva a decirle a usted una cosa.

—¿Qué es ello?

—Que quiero casarme.

—Ya está previsto —dijo el abuelo. Y se echó a reír.

—¿Cómo que ya está previsto?

—Sí, está previsto. Tendrás a tu chiquilla.

Marius, estupefacto, y con el agobio de un deslumbramiento, se estremeció de arriba abajo.

El señor Gillenormand siguió diciendo:

—Sí, tendrás a esa guapa niña tuya, tan bonita. Viene todos los días, en forma de un señor mayor, a saber cómo estás. Desde que te hirieron, se pasa la vida llorando y haciendo hilas. Me he informado. Viven en la calle de L'Homme-Armé, en el número 7. ¡Ah, conque hemos acertado! ¡Ah, conque la quieres para ti! Bueno, pues la tendrás. No te lo esperabas, ¿eh? Te habías organizado tu conspiracioncita; te habías dicho: Se lo voy yo a decir por las bravas

al abuelo ese, a esa momia de la regencia y del Directorio, a ese antiguo petimetre, a ese Dorante convertido en Geronte; él también tuvo sus devaneos y sus amoríos, y sus modistillas y sus Cosettes; tuvo sus frufrús, probó sus alas, comió el pan de la primavera; tendrá que recordarlo. Vamos a verlo. Batalla. ¡Ah, conque coges al abejorro por los cuernos! Pues muy bien. Te ofrezco una chuleta y me contestas: Por cierto, me quiero casar. Menuda transición. ¡Ah, conque pensabas que me iba a mosquear! No sabías que soy un viejo cobarde. ¿Y ahora qué me dices? Te da rabia, ¿eh?, encontrarte con que tu abuelo es todavía más tonto que tú. ¡Ésa no te la esperabas! Te has quedado sin poder echarme el discurso que me ibas a echar, señor abogado. Pues te chinchas. Hago lo que quieras que haga, ¿a que te has quedado de un aire, so imbécil? Mira, yo también me he informado, yo también soy un taimado; es encantadora; es formal; de lanceros, nada; ha hecho montones de hilas; es una joya; te adora. Si te hubieras muerto, ya habríamos sido tres; su caja habría acompañado a la mía. Se me había ocurrido que podía, en cuanto estuvieras mejor, plantártela por las buenas junto a la cama; pero a las muchachas sólo en las novelas se las coloca de sopetón al lado de la cama de los heridos guapos por los que sienten interés. Eso no se hace. ¿Qué habría dicho tu tía? Te pasabas desnudo casi todo el rato, muchacho. Pregúntale a Nicolette, que no se ha separado de ti ni un minuto, si era posible tener aquí a una mujer. Y, además, ¿qué habría dicho el médico? Las chicas bonitas no curan la fiebre. En fin, ya está bien, vamos a dejarlo, dicho está, hecho está, confirmado está, tuya es. Mira lo feroz que soy. ¿Sabes? Me di cuenta de que no me querías y dije: ¿Qué podría hacer yo para que este borrico me quisiera? Y dije: Hombre, tengo a esa niña a mano, voy a dársela; y entonces no le quedará más remedio que quererme un poco, o que decir por qué no me quiere. ¡Ah, conque te creías que este viejo iba a ponerse como una fiera, a sacar el vozarrón y a enarbolar el bastón contra toda esa aurora! Pues de eso nada. Cosette, pues muy bien. Amor, pues muy bien. Estoy de lo más dispuesto. Señor mío, tenga la bondad de casarse. Sé feliz, mi niño querido.

Dicho esto, el anciano rompió en sollozos.

Y le agarró la cabeza a Marius y la estrechó con ambos brazos contra el pecho, y los dos se echaron a llorar. Ésa es una de las

formas de la dicha suprema.

—¡Padre! —exclamó Marius.

—¡Ah! ¿Entonces me quieres? —dijo el anciano.

Hubo un momento inefable. Se asfixiaban y no podían hablar.

Por fin, el anciano tartamudeó:

—¡Vamos! Ya se le ha quitado el tapón. Me ha dicho: Padre.

Marius liberó la cabeza de los brazos del abuelo y le dijo con suavidad:

—Pero, padre, ahora que ya estoy bien, me parece que podría verla.

—También está previsto; la verás mañana.

—¡Padre!

—¿Qué?

—¿Por qué no hoy?

—Bueno, pues hoy. Digamos que hoy. Me has llamado tres veces «padre», así que es lo menos. Voy a ocuparme del asunto. Te la traeremos. Te digo que estaba previsto. Ya estaba puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del *Joven enfermo* de André Chenier, de André Chénier al que degollaron los bandid… los gigantes de 1793.

El señor Gillenormand creyó ver que Marius fruncía levemente el ceño, pero éste, en realidad, no podemos por menos de decirlo, ya había dejado de escucharlo, en alas del éxtasis, y pensaba mucho más en Cosette que en 1793. El abuelo, temeroso de haber sacado a relucir de forma tan inoportuna a André Chénier, añadió a toda prisa:

—Degollado no es la palabra adecuada. El hecho es que a los grandes genios revolucionarios, que no eran malos, eso no se puede negar, que eran unos héroes, ya lo creo, les pareció que André Chénier les resultaba un poco engorroso y lo mandaron guillot… Es decir, que esos grandes hombres, el siete de termidor, por el interés de la salvación pública, rogaron a André Chénier que tuviera a bien ir a…

El señor Gillenormand, a quien se le había atragantado la frase, no pudo seguir adelante; y al no poder ni concluirla ni retirarla, mientras su hija le arreglaba la almohada detrás de la espalda a Marius, trastornado por tantas emociones, el anciano se abalanzó, tan deprisa como se lo permitieron los años, fuera del dormitorio, cerró la puerta al salir y, encarnado, ahogándose, echando espuma

por la boca, con los ojos saliéndosele de las órbitas, se dio de bruces con el buen Basque, que estaba embetunando las botas en el recibidor. Agarró a Basque por las solapas y le gritó en toda la cara, furioso: «Por las cien mil comadres de Belcebú, ¡esos bandidos lo asesinaron!».

—¿A quién, señor?

—¡A André Chénier!

—Lo que diga el señor —contestó Basque, espantado.

IV

A la señorita Gillenormand acaba por no parecerle mal que el señor Fauchelevent hubiera entrado con un paquete debajo del brazo

Cosette y Marius volvieron a verse.

Renunciamos a contar lo que fue aquella entrevista. Hay cosas que no se debe intentar describir; el sol es una de ellas.

La familia en pleno, incluidos Basque y Nicolette, estaba reunida en la habitación de Marius en el momento en que entró Cosette.

Apareció en el umbral; parecía que estaba dentro de un nimbo.

En ese preciso momento el abuelo iba a sonarse; se quedó a medias, sin sacar la nariz del pañuelo, y, mirando a Cosette por encima de éste, exclamó:

—¡Adorable!

Luego se sonó ruidosamente.

Cosette estaba embriagada, encantada, asustada, en los cielos. Notaba cuánto espanto puede hacer sentir la felicidad. Balbucía, muy pálida, muy ruborizada, deseando arrojarse en brazos de Marius y no atreviéndose a hacerlo. Avergonzada de estar enamorada delante de todas aquellas personas. Somos despiadados con los enamorados felices; nos quedamos cuando más querrían estar solos. Y la verdad es que no necesitan para nada a la gente.

Con Cosette, y detrás de ella, había entrado un hombre de pelo blanco, serio, pero sonriente sin embargo, con una sonrisa inconcreta y dolorosa. Era «el señor Fauchelevent»; era Jean Valjean.

Iba *muy atildado,* como había dicho el portero, vestido de arriba abajo de negro y con ropa nueva y corbata blanca.

El portero estaba a mil leguas de reconocer en aquel burgués tan correcto, en aquel probable notario, al espantoso acarreador de cadáveres que se le había presentado en la puerta en la noche del 7 de junio, desharrapado, lleno de barro, repugnante, desencajado, con una máscara de sangre cubriéndole la cara, agarrando por debajo de los brazos a Marius desmayado; no obstante, se le había despertado el olfato de portero. Cuando el señor Fauchelevent llegó con Cosette, el portero no puedo por menos de decirle confidencialmente a su mujer, en un aparte: «No sé por qué me parece siempre que ya había visto antes esa cara».

El señor Fauchelevent, en la habitación de Marius, se había quedado como aparte, junto a la puerta. Llevaba debajo del brazo un paquete bastante parecido a un volumen in-octavo envuelto en papel. El papel del envoltorio estaba verdoso y parecía enmohecido.

—¿Este señor lleva siempre libros debajo del brazo, como ahora? —preguntó en voz baja a Nicolette la señorita Gillenormand, a quien no le gustaban los libros.

—¿Qué pasa? —contestó en el mismo tono el señor Gillenormand, que la había oído—. Es un sabio. ¿Y qué? ¿Acaso tiene él la culpa? Tampoco el señor Boulard, a quien conocí, iba nunca sin un libro y llevaba siempre uno así, apretado contra el pecho.

Y, saludando, dijo, en voz alta:

—Señor Tranchelevent…

Gillenormand no lo hizo aposta, pero no fijarse en los nombres era en él una forma de comportarse aristocrática.

—Señor Tranchelevent, tengo el honor de pedirle para mi nieto, el señor barón Marius Pontmercy, la mano de la señorita.

El «Señor Tranchelevent» accedió con una inclinación.

—Dicho queda —dijo el abuelo.

Y, volviéndose hacia Marius y Cosette, con ambos brazos extendidos y bendiciendo con ellos, gritó:

—Tenéis permiso para adoraros.

No se lo hicieron decir dos veces. ¡Aunque hubiera gente! Empezaron los gorjeos. Hablaban bajo, Marius acodado en la otomana, Cosette de pie, a su lado.

—¡Ay, Dios mío! —susurraba Cosette—. ¡Vuelvo a verlo! ¡Eres tú! ¡Es usted! ¡Mira que haber ido a pelear así! Pero ¿por qué? Es

horrible. Llevo cuatro meses muerta. ¡Ay, qué perversidad haber ido a esa batalla! ¿Qué le había hecho yo? Se lo perdono, pero no vuelva a hacerlo. Hace un rato, cuando llegaron a avisarnos para que viniéramos, volví a creer que me moría, pero era de alegría. ¡Estaba tan triste! No me paré a arreglarme, debo de meter miedo. ¿Qué va a decir su familia al verme una pechera tan arrugada? Pero ¡diga algo! Me deja que hable yo sola. Seguimos en la calle de L'Homme-Armé. Por lo visto, lo de su hombro era tremendo. Me han contado que cabía el puño dentro. Y además parece ser que le cortaban la carne con tijeras. Eso sí que es espantoso. Lo que he llorado, me he quedado sin ojos. Es curioso que pueda una sufrir tanto. ¡Su abuelo parece muy bueno! No se mueva, no se apoye en el codo, tenga cuidado no se vaya a hacer daño. ¡Ay, qué feliz soy! ¿Así que ya se acabaron las penas? Estoy como tonta. Quería decirle cosas que ya no sé. ¿Me sigue queriendo? Vivimos en la calle de L'Homme-Armé. No hay jardín. No he parado de hacer hilas; mire, caballero, mire, la culpa es suya, tengo callos en los dedos.

—¡Ángel! —decía Marius.

Ángel es la única palabra de la lengua que no puede desgastarse. Ninguna otra palabra podría soportar el uso despiadado que le dan los enamorados.

Luego, como había público, se interrumpieron y no dijeron ya ni palabra, limitándose a tocarse despacio la mano.

El señor Gillenormand se volvió hacia cuantos estaban en la habitación y exclamó:

—A ver, hablen alto. Hagan ruido de fondo. ¡Venga, un poco de barullo, qué demonios! Que estos niños puedan charlar a gusto.

Y, acercándose a Marius y a Cosette, les dijo por lo bajo:

—Tuteaos. No tengáis ningún reparo.

La tía Gillenormand presenciaba estupefacta aquella irrupción de luz en su hogar envejecido. No había agresividad alguna en ese estupor; no era ni poco ni mucho la mirada escandalizada y envidiosa que clava una lechuza en dos palomas torcaces, sino los ojos simplones de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida fallida mirando ese triunfo, el amor.

—Señorita Gillenormand —le decía su padre—, ya te había dicho yo que te iba a pasar esto.

Se quedó callado un momento y añadió:

—Mira la felicidad de los demás.

Luego se volvió hacia Cosette.

—¡Qué bonita es! ¡Qué bonita! Es un Greuze. ¡Así que te vas a quedar con todo esto para ti solo, grandísimo granuja! ¡Ay, amiguito, te has librado de buena conmigo, qué suerte tienes, si no me sobrasen a mí quince años, nos batiríamos a espada por ella! Fíjese, señorita, estoy enamorado de usted. Así de sencillo. Se lo merece. ¡Ay, qué boda tan preciosa vamos a tener! Nuestra parroquia es Saint-Denis du Saint-Sacrement, pero ya conseguiré una dispensa para que os caséis en Saint-Paul. Es mejor iglesia. La hicieron los jesuitas. Queda más coquetón. Está delante de la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la arquitectura de los jesuitas está en Namur. Se llama Saint-Loup. Tendréis que ir cuando os caséis. Vale la pena el viaje. Señorita, estoy de parte suya por completo, quiero que las muchachas se casen, es lo propio. Hay unos cuantos santos a quienes no debería nunca vestir nadie. No perder la doncellez es hermoso, pero es frío. La Biblia dice: Multiplicaos. Para salvar al pueblo, se necesita a Juana de Arco; pero para hacer el pueblo, hace falta la comadre Gigogne del teatro de marionetas. ¡Así que a casarse tocan, hermosas! No le veo la gracia a eso de quedarse soltera. Ya sé que le dan a una en esos casos una capilla aparte en la iglesia y que siempre puede hacerse de la cofradía de la Virgen; pero, ¡qué caramba, un marido guapo y buen chico y al cabo de un año un rorro bien gordito y rubio que mama como una fiera, con sus buenas roscas en los muslos y sobándole el pecho a la madre con las manitas sonrosadas, risueño como la aurora, la verdad es que es preferible con mucho a tener en la mano una vela en el rezo de vísperas y cantar *Turris eburnea!*

El abuelo hizo una pirueta con sus piernas de noventa años y siguió hablando como un resorte que se dispara:

—Así, poniendo coto a tus quimeras vanas,
dentro de poco, Alcippe, es verdad que te casas.

»Por cierto.

—¿Qué, padre?

—¿No tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—¿Qué ha sido de él?

—Ha muerto.

—Más vale así.

Se sentó junto a ellos, hizo sentar a Cosette y asió las cuatro manos con las suyas, viejas y arrugadas.

—Es deliciosa, esta chiquilla. ¡Es una obra maestra, la Cosette esta! Es muy niña y muy gran señora. Sólo va a ser baronesa, qué forma de bajar de categoría: nació marquesa. Pero ¡qué pestañas! Hijos míos, meteos bien en la cabeza que estáis en lo que hay que estar. Quereos. Quereos hasta volveros tontos. El amor es la simpleza de los hombres y el ingenio de Dios. Adoraos. Aunque —añadió, poniéndose mohíno de repente—, ¡qué desgracia! Más de la mitad de lo que tengo está en renta vitalicia; mientras yo viva, nos iremos apañando, pero dentro de unos veinte años, cuando yo me muera, ¡ay, pobres hijos míos!, os quedaréis sin un céntimo. Y esas hermosas manos blancas, señora baronesa, no podrán encender todas las luces que quieran, porque os quedaréis a dos velas.

Llegados a este punto, se oyó una voz grave y serena que decía:

—La señorita Euphrasie Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Jean Valjean.

No había dicho aún ni una palabra; nadie parecía ya acordarse siquiera de que estaba presente; y se había quedado de pie e inmóvil detrás de todas aquellas personas felices.

—¿Quién es la señorita Euphrasie Fauchelevent? —preguntó el abuelo, pasmado.

—Soy yo —contestó Cosette.

—¡Seiscientos mil francos! —repitió el señor Gillenormand.

—Menos catorce o quince mil francos quizá —dijo Jean Valjean.

Puso encima de la mesa el paquete que la señorita Gillenormand había tomado por un libro.

Jean Valjean abrió personalmente el paquete; era un fajo de billetes de banco. Los hojearon y los contaron. Había quinientos billetes de mil francos y ciento sesenta y ocho de quinientos. En total, quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—¡Éste sí que es un libro bueno! —dijo el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! —susurró la tía.

—Esto cambia mucho las cosas, y para bien, ¿verdad, señorita

Gillenormand? —añadió el abuelo—. ¡Este demonio de Marius ha sacado del nido en el árbol de los sueños a una modistilla millonaria! ¡Para que se fíen ustedes de las aventurillas de los muchachos! Los estudiantes descubren estudiantas de seiscientos mil francos. Cherubino trabaja mejor que Rothschild.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! —repetía a media voz la señorita Gillenormand—. ¡Quinientos ochenta y cuatro mil! ¡O sea: seiscientos mil, como quien dice!

En cuanto a Marius y Cosette, se estaban mirando mientras ocurría aquello; apenas si se fijaron en ese detalle.

V

Vale más depositar el dinero en un bosque que en el despacho de un notario

Al lector no le habrá costado mucho entender, seguramente, sin que hayan sido precisas muchas explicaciones, que Jean Valjean, tras el caso Champmathieu, pudo, aprovechando la primera evasión, que duró pocos días, ir a París, y sacar a tiempo de la banca Laffitte la cantidad que había ganado, en Montreuil-sur-Mer, con el nombre de señor Madeleine; y que, temeroso de que volvieran a detenerlo, cosa que sucedió efectivamente poco después, escondió y enterró esa cantidad en el bosque de Montfermeil en el lugar llamado la finca Blaru. La cantidad, seiscientos treinta mil francos, estaba toda ella en billetes de banco, que abultaban poco y cabían en una caja; aunque, para proteger la caja de la humedad, la había metido en un cofrecillo de roble lleno de virutas de castaño. En ese mismo cofrecillo puso su otro tesoro, los candeleros del obispo. Recordemos que, al salir huyendo de Montreuil-sur-Mer, se llevó esos candeleros. El hombre a quien vio una primera vez Boulatruelle era Jean Valjean. Más adelante, cada vez que Jean Valjean necesitaba dinero, iba a buscarlo al claro de Blaru. De ahí esas ausencias que hemos mencionado. Tenía un pico entre los helechos, en un escondrijo que sólo conocía él. Cuando vio que Marius ya estaba convaleciente, dándose cuenta de que se acercaba la hora en que ese dinero iba a serle de utilidad, fue a buscarlo; era también a él a quien había visto en el bosque Boulatruelle, aunque en esta ocasión por la mañana, no por la noche. Boulatruelle heredó el pico.

La cantidad real era de quinientos ochenta y cuatro mil quinientos francos. Jean Valjean se quedó con los quinientos. «Más

adelante, ya veremos», pensó.

La diferencia entre esa cantidad y los seiscientos treinta mil francos que había sacado de la banca Laffitte equivalía al gasto de diez años, de 1823 a 1833. Los cinco años que habían pasado en el convento habían salido por sólo cinco mil francos.

Jean Valjean colocó los dos candeleros de plata encima de la chimenea, donde brillaron para mayor admiración de Toussaint.

En otro orden de cosas, Jean Valjean sabía que se había librado de Javert. Habían comentado en su presencia, y él lo había comprobado en *Le Moniteur,* donde había salido publicado, que un inspector de policía llamado Javert había aparecido ahogado bajo un barco de lavanderas, entre el puente de Le Change y el Pont-Neuf, y que un escrito que había dejado aquel hombre, irreprochable, por lo demás, y muy considerado por sus jefes, hacía pensar que había tenido un ataque de enajenación mental y se había suicidado.

—Desde luego —pensó Jean Valjean—, si me tenía pillado y me dejó en libertad, es que ya estaba loco.

VI

Los dos ancianos hacen cuanto está en su mano, cada cual a su manera, para que Cosette sea feliz

Se hicieron todos los preparativos de la boda. Consultaron al médico, que dictaminó que podría celebrarse en febrero. Estaban en diciembre. Así transcurrieron unas cuantas semanas deliciosas.

El abuelo no era el menos dichoso. Se pasaba cuartos de hora enteros contemplando a Cosette.

—¡Qué admirable y qué hermosa muchacha! ¡Parece tan dulce y tan buena! Qué tesoro de mujercita, ni que decir tiene que es la muchacha más encantadora que haya visto en la vida. Y, andando el tiempo, tendrá prendas con aroma a violeta. ¡Es una bendición, vamos! Con semejante criatura sólo se puede vivir noblemente. Marius, hijo, eres barón, eres rico, déjate de abogacías, te lo ruego.

Cosette y Marius habían pasado de golpe del sepulcro al paraíso. La transición no se había andando con miramientos y los habría dejado aturdidos si no fuera porque los tenía deslumbrados.

—¿Entiendes algo de lo que está pasando? —le decía Marius a Cosette.

—No —contestaba Cosette—, pero me parece que nos está mirando Dios.

Jean Valjean se hizo cargo de todo, allanó todos los inconvenientes, lo concilió todo, lo volvió todo fácil. Lo apremiaba la felicidad de Cosette con tanto ahínco como a la propia Cosette, y, en apariencia, con alegría no menor.

Como había sido alcalde, supo resolver una cuestión delicada de la cual sólo él estaba enterado: la identidad civil de Cosette. Decir crudamente sus orígenes, ¿quién sabe?, podría haber impedido el matrimonio. Sacó a Cosette de todas las dificultades. La dotó de una

familia de personas fallecidas, lo cual era un medio seguro para no correr el riesgo de alguna reclamación. Cosette era cuanto quedaba de una familia extinguida; Cosette no era hija suya, sino la hija de otro Fauchelevent. Dos hermanos Fauchelevent habían sido jardineros en el convento de Le Petit-Picpus. Fueron a ese convento; abundaron los mejores informes y los testimonios más respetables; las buenas monjas, poco aptas para andar sondeando las cuestiones de paternidad, poco aficionadas a ello y sin malicia alguna, nunca habían sabido muy bien cuál de los dos Fauchelevent era el padre de la niña. Dijeron lo que se les pidió que dijeran, y lo dijeron con entusiasmo. Se redactó un acta de notoriedad. Cosette se convirtió ante la ley en la señorita Euphrasie Fauchelevent. Quedó declarada huérfana de padre y madre. Jean Valjean se las ingenió para que lo declarasen tutor con el apellido de Fauchelevent, y al señor Gillenormand tutor sustituto.

En cuanto a los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado que le había hecho a Cosette una persona ya difunta que deseaba que no se supiese quién era. El legado primitivo había sido de quinientos noventa y cuatro mil francos, pero se habían gastado diez mil en la educación de la señorita Euphrasie, cinco mil de los cuales se le habían pagado al propio convento. Aquel legado, encomendado a una tercera persona, debía entregarse a Cosette cuando fuera mayor de edad o en el momento en que contrajese matrimonio. Todo resultaba muy respetable en conjunto, como puede verse, sobre todo con una aportación de más de medio millón. Cierto es que había alguna singularidad que otra, pero nadie se fijó en ellas; a uno de los interesados le vendaba los ojos el amor; y a los demás, los seiscientos mil francos.

Cosette se enteró de que no era hija de aquel anciano a quien había llamado padre tanto tiempo. No era sino un pariente; su padre auténtico era otro Fauchelevent. En cualquier otro momento se había quedado consternada. Pero en aquellas horas inefables que estaba viviendo no fue sino una sombra leve, una nublado, y tenía tantos motivos de alegría que la nube pasó deprisa. Tenía a Marius. Llegaba el joven, se esfumaba el anciano; así es la vida.

Y además Cosette estaba acostumbrada hacía muchos años a verse rodeada de enigmas; todo el que haya tenido una infancia misteriosa está siempre dispuesto a renunciar a algo.

Pero, sin embargo, siguió llamando padre a Jean Valjean.

Cosette, embelesada, estaba entusiasmada con Gillenormand. Cierto que es la colmaba de madrigales y de regalos. Mientras Jean Valjean le proporcionaba a Cosette una situación de normalidad en la sociedad y una identidad firme, el señor Gillenormand se ocupaba de la canastilla de novia. Nada lo divertía tanto como mostrarse espléndido. Le había regalado a Cosette un vestido de guipur de Binche que había sido de su abuela.

—Estas modas están volviendo —decía—; las antiguallas hacen furor, y las jóvenes de mi vejez se visten como las viejas de mi infancia.

Desvalijaba las respetables cómodas triponas de laca de Coromandel que llevaban años sin abrirse.

—Confesemos a estas nobles ancianas —decía—; a ver qué tienen en la panza.

Profanaba ruidosamente cajones ventrudos llenos de atavíos de todas las mujeres de su vida, de todas sus amantes y de todas sus antepasadas. Pequines, damascos, lustrinas, muarés pintados, vestidos de brocado de Tours *flambé,* pañuelos de las Indias ribeteados con un oro que se podía lavar, cortes de droguete de seda sin revés, puntos de Génova y de Alençon, aderezos de orfebrería antigua, bomboneras de marfil decoradas con batallas microscópicas, avíos, cintas, se lo prodigaba todo a Cosette. Cosette, maravillada, trastornada de amor por Marius y loca de agradecimiento por el señor Gillenormand, soñaba con una dicha sin límites ataviada de satén y terciopelo. Le daba la impresión de que unos serafines llevaban su canastilla de novia. El alma le alzaba el vuelo por el cielo azul con alas de encaje de Malinas.

La embriaguez de los enamorados sólo era pareja, como ya hemos dicho, con el éxtasis del abuelo. Había algo así como una fanfarria en la calle de Les Filles-du-Calvaire.

Todas las mañanas llegaba una nueva ofrenda para Cosette, salida del batiburrillo del abuelo. Todos los perifollos habidos y por haber se desplegaban con esplendidez en torno a la joven.

Un día, Marius, que, aunque dichoso, gustaba de charlar de cosas serias, dijo, a propósito de algún incidente:

—Tan grandes fueron los hombres de la Revolución que gozan ya del prestigio de los siglos, igual que Catón o que Focio, y todos

parecen cabalgar a lomos de un Pegaso antiguo.

—¡Raso antiguo! —exclamó el anciano—. Gracias, Marius. Es precisamente la idea que andaba buscando.

Y al día siguiendo un espléndido vestido de raso antiguo de color té se sumaba a la canastilla de novia de Cosette.

El abuelo sacaba de aquellos trapos sabias consideraciones.

—El amor está bien; pero además necesita cosas de éstas. A la felicidad le hacen falta cosas inútiles. La felicidad es sólo lo necesario. Hay que aliñarla con grandes cantidades de cosas superfluas. Un palacio y su corazón. Su corazón y el Louvre. Su corazón y las fuentes de Versalles. Que me den a mi pastora y a ver si se la puede hacer duquesa. Que mi traigan a mi Filis coronada de acianos y que añadan cien mil libras de renta. Que me abran una bucólica que se pierda de vista bajo una columnata de mármol. Consiento en la bucólica y también en la magia del mármol y el oro. La dicha a secas es como el pan a secas. Da de comer, pero no de cenar. Quiero lo superfluo, lo inútil, lo extravagante, lo excesivo, lo que no vale para nada. Me acuerdo de haber visto en la catedral de Estrasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos, que marcaba la hora, que tenía la gentileza de marcar la hora, pero que no parecía hecho para ese menester; y que, tras haber dado las doce del mediodía, o las doce de la noche, mediodía, la hora del sol, medianoche, la hora del amor, o cualquier otra que se le ocurra a quien sea, daba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, a Febo y a Febe, y una letanía de cosas que salían de una caseta, y los doce apóstoles, y el emperador Carlos V, y Eponina y Sabin, y, de propina, un montón de hombrecillos dorados que tocaban la trompeta. Sin mencionar unos carillones deliciosos que desperdigaba por el aire a las primeras de cambio sin saber a santo de qué. ¿Vale lo mismo una mala esfera monda lironda que sólo dice qué hora es? Yo estoy de parte del reloj grandísimo de Estrasburgo y lo prefiero al cuco de la Selva Negra.

El señor Gillenormand disparataba de forma muy particular en lo referido a la boda y todos los entrepaños pintados del siglo XVIII desfilaban, revueltos, en sus ditirambos.

—No sabéis nada del arte de las fiestas. No tenéis ni idea en estos tiempos de organizar un día de celebración —exclamaba—. Este siglo XIX vuestro es un flojo. Carece de excesos. No sabe nada

de lo suntuoso, no sabe nada de lo noble. Está esquilado al rape en todo. Ese tercer estado vuestro es insípido, incoloro, inodoro e informe. ¿Con qué sueñan vuestras mujeres de la clase media que toman estado, como ellas dicen? Con un tocador bonito y recién decorado, palisandro y calicó. ¡Abran paso que se casa el señor Rácano con la señorita Agarrada! ¡Boato y esplendor! Han pegado un luis de oro a una vela. Así es esta época. Quiero escapar a los tiempos anteriores a los sármatas. ¡Ay, si ya en 1787 predije que todo estaba perdido cuando vi al duque de Rohan, príncipe de Léon, duque de Chabot, duque de Montbazon, marqués de Soubise, vizconde de Thouars y par de Francia ir a Longchamp en un mal coche de un caballo! Y ha dado sus frutos. En este siglo se hacen negocios, se juega a la Bolsa, se gana dinero y se es cicatero. La gente cuida y da lustre a lo que se ve; va hecho un brazo de mar, lavado, enjabonado, raspado, afeitado, peinado, lustrado, atusado, frotado, cepillado, aseado por fuera, irreprochable, pulimentado como un canto rodado, discreto, limpito; y, al mismo tiempo, ¡por la virtud de mi amiga!, lleva en el fondo de la conciencia unos estiércoles y unas cloacas que echarían para atrás a una vaquera de esas que se suenan con los dedos. Les doy a estos tiempos esta divisa: Limpieza sucia. Marius, no te enfades, concédeme licencia para hablar; no estoy diciendo nada malo del pueblo, ya lo ves, me hago lenguas de ese pueblo tuyo, pero permíteme que arremeta un tanto contra la burguesía, que yo pertenezco a ella. Quien bien te quiere te hará llorar. Dicho esto, afirmo sin rodeos que hoy en día la gente se casa, pero ya no sabe casarse. ¡Pues sí, echo de menos el encanto de las costumbres antiguas! Lo echo de menos todo. Aquella elegancia, aquella caballerosidad, aquellos modales corteses y bonitos, aquel lujo tan regocijante que era cosa de todo el mundo, la música que formaba parte de la boda, sinfonía por arriba, panderetas por abajo, los bailes, las caras alegres en torno a la mesa, los madrigales alambicados, las canciones, los fuegos artificiales, las risas francas, el Demonio y su cortejo, los moños de lazos con muchas cintas. Echo de menos la liga de la novia. La liga de la novia es prima del ceñidor de Venus. ¿De qué va la guerra de Troya? Pues de la liga de Helena, carape. ¿Por qué combaten, por qué Diómedes el divino le parte en la cabeza a Meriones aquel casco grande de bronce con diez puntas? ¿Por qué Aquiles y Héctor se

zurran a golpes de pica? Porque Helena dejó que Paris le quitase la liga. Con la liga de Cosette, Homero haría la Ilíada. Metería en su poema a un charlatán viejo como yo y lo llamaría Néstor. Amigos míos, en aquellos gratos tiempos de antaño, la gente se casaba sabiamente; hacían un buen contrato y, después, una buena comilona. En cuanto salía Cujas, entraba Camacho. Pero, ¡por vida de…!, es que el estómago es animal agradable que pide lo que le corresponde y también quiere lo suyo de la boda. Cenabas bien y tenías una guapa vecina de mesa sin griñón y que, aunque se tapase la espetera, se la tapaba poco. ¡Ay, qué bocazas risueñas aquellas y que alegres éramos en aquellos tiempos! La juventud era un ramo; a todo joven lo remataba una rama de lilo o un manojo de rosas; por muy guerrero que fueses, eras pastor; y si por casualidad eras capitán de dragones, te las apañabas para llamarte Florian. Había empeño en ser lindo mozo. Se usaban bordados y colorete. Un burgués parecía una flor; y un marqués, una piedra preciosa. Nada de trabillas, nada de botas. Ibas pimpante, bruñido, tornasolado, cobrizo, hecho un torbellino, primoroso, coqueto, lo cual no te impedía llevar la espada al costado. El colibrí tiene pico y uñas. Eran los tiempos de *Las Indias galantes*. Una de las caras del siglo era lo exquisito, y la otra, lo esplendoroso; ¡y por Dios que se divertían! Hoy en día se lleva eso de ser serio. Los burgueses son avaros, y la burguesía, gazmoña; vuestro siglo es infortunado. Expulsaría a las Gracias por ir demasiado escotadas. ¡Esconden, ay, la belleza como si fuese una fealdad! Desde la Revolución todo lleva pantalones, incluso las bailarinas; una danzarina tiene que ser circunspecta; vuestros rigodones son doctrinarios. Hay que ser majestuoso. ¡Qué contrariedad no llevar la barbilla metida en la corbata! El ideal de un arrapiezo de veinte años que se casa es parecerse al señor Royer-Collard. ¿Y sabéis qué se consigue con tanta majestuosidad? Ser pequeño. Enteraos de lo siguiente: la alegría no es sólo alegre; es grande. ¡Enamoraos con alegría, qué demonios, y, cuando os casáis, casaos febrilmente, aturdidos con el jaleo y el barullo de la felicidad! En la iglesia, seriedad, bien está. Pero, en cuanto acabe la misa, repámpanos, debería montarse un sueño como una tremolina alrededor de la novia. Una boda tiene que ser regia y quimérica; tiene que pasear la ceremonia de la catedral de Reims a la pagoda de Chanteloup. Me horrorizan las bodas apocadas. ¡Pardiobre!

Subid al Olimpo, al menos ese día. Sed dioses. ¡Ay, podríamos ser silfos, Juegos y Risas, argiráspidas; y somos desguiñapados! Amigos míos, todo recién casado tiene que ser el príncipe Aldobrandini. Aprovechad ese minuto único en la vida para alzar el vuelo hasta el empíreo con los cisnes y las águilas, aunque volváis a caer mañana en la burguesía de las ranas. No ahorréis en el himeneo, no le escatiméis sus esplendores; no os andéis con cicaterías en el día en que resplandecéis. La boda no es la vida doméstica. ¡Ah, si hicieran las cosas como yo quiero, sería todo de lo más galante! Se oirían violines en los árboles. Éste es mi programa: azul cielo y plata. Sumaría a la fiesta a las divinidades agrestes, convocaría a las dríadas y a las nereidas. Las bodas de Anfítrite, una nube rosa, ninfas bien peinadas y desnudas de pies a cabeza, un académico brindándole cuartetos a la diosa, un carro del que tiren monstruos marinos.

»En cabeza trotaba Tritón, y su bocina
»igualaba en belleza la voz de la lucina.

Ése sí que en un programa para una fiesta; y, si no lo es, es que yo he dejado de ser un entendido, qué caramba.

Mientras el abuelo, en plena efusión lírica, se escuchaba a sí mismo. Cosette y Marius gozaban de la embriaguez de mirarse libremente.

La señorita Gillenormand veía todo aquello con su placidez imperturbable. Había tenido en cinco o seis meses unas cuantas emociones: el regreso de Marius; Marius regresa ensangrentado; Marius regresa de una barricada; Marius muerto; a continuación, Marius vivo; Marius reconciliado; Marius prometido; Marius casándose con una pobretona; Marius casándose con una millonaria. La última sorpresa habían sido los seiscientos mil francos. Luego, había regresado a su indiferencia de niña de primera comunión. Asistía regularmente a los oficios, pasaba las cuentas del rosario, leía el devocionario, cuchicheaba avemarías en un rincón de la casa mientras en otro había quien cuchicheaba *I love you* y veía más o menos a Marius y a Cosette como dos sombras. La sombra era ella.

Existe cierto estado de ascetismo inerte que torna el alma, que el entumecimiento neutraliza, ajena a eso que podríamos llamar la

empresa de vivir; no capta, si omitimos los terremotos y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones gratas ni las impresiones ingratas. «Una devoción así —le decía Gillenormand a su hija— es el equivalente del catarro. No hueles nada de la vida. No notas malos olores, pero tampoco ninguno bueno.»

Por lo demás, los seiscientos mil francos habían acabado con las indecisiones de la solterona. Su padre había tomado la costumbre de contar tan poco con ella que no la había consultado en cuanto al consentimiento al matrimonio de Marius. Había actuado fogosamente, como solía, sin pararse a pensar, como déspota convertido en esclavo, sino en cuanto pudiera contentar a Marius. En lo tocante a la tía, que esa tía existiera y que pudiera tener una opinión ni siquiera se le había ocurrido; y la tía, por muy mansa que fuera, se había ofendido. Algo soliviantada en su fuero interno, pero impasible por fuera, se había dicho: «Mi padre decide sin mí el asunto del matrimonio; yo resolveré sin él el asunto de la herencia». Pues, efectivamente, ella era rica, y su padre, no. Así que se había reservado su decisión al respecto. Es harto probable que, si hubiese sido un matrimonio pobre, ella hubiese dejado que fuera pobre. ¡Que se aguante mi señor sobrino! Se casa con una menesterosa, que sea menesteroso. Pero el medio millón de Cosette agradó a la tía y le cambió la postura interior en lo referido a la pareja de enamorados. Seiscientos mil francos se merecen una consideración, y estaba claro que a ella no le quedaba más remedio que dejarles su fortuna a esos jóvenes en vista de que ya no la necesitaban.

Quedó dispuesto que la pareja viviría en casa del abuelo. El señor Gillenormand se empeñó resueltamente en darles su cuarto, la mejor habitación de la casa. *Me va a rejuvenecer* —afirmaba—. *Es un proyecto ya antiguo. Siempre pensé que es mejor folgar que dormir*. Amuebló la habitación con un montón de bibelots galantes. Mandó que decorasen el techo y tapizaran las paredes con una tela extraordinaria de la que tenía una pieza y que, por ser de Utrecht, tenía un fondo satinado botón de oro con flores de terciopelo de las llamadas oreja de liebre.

—De una tela así —decía— eran las cortinas de la cama de la duquesa de Anville en La Roche-Guyon.

Colocó encima de la chimenea una figurita de porcelana de

Sajonia que llevaba un manguito sobre el vientre desnudo.

La biblioteca del señor Gillenormand se convirtió en el despacho de abogado que necesitaba Marius; recordemos que el consejo de la orden exige que se cuente con un despacho.

VII

Efectos del sueño cuando se juntan con la dicha

Los enamorados se veían a diario. Cosette llegaba con el señor Fauchelevent. «Es el mundo al revés —decía la señorita Gillenormand— esto de que la novia venga así, a domicilio, a que la cortejen.» Pero la costumbre había nacido de la convalecencia de Marius; y los sillones de la calle de Les Filles-du-Calvaire, más adecuados para las charlas íntimas que las sillas de paja de la calle de L'Homme-Armé, hicieron que se arraigara. Marius y el señor Fauchelevent se veían, pero no se hablaban. Era como si se tratase de un acuerdo. Toda joven necesita una carabina. Cosette no habría podido acudir sin el señor Fauchelevent. Para Marius, el señor Fauchelevent era la condición de Cosette. La aceptaba. Cuando salían a relucir, de forma inconcreta y sin grandes precisiones, temas de política que tratasen de la mejora general de la suerte de todos, conseguían decirse algo más que sí o no. En una ocasión, hablando de la enseñanza, que Marius quería que fuera gratuita y obligatoria, incrementada en todas sus formas, dispensada a todos igual que el aire y el sol, en pocas palabras, algo que el pueblo entero pudiera respirar, estuvieron de acuerdo y llegaron casi a entablar una conversación. Marius se fijó entonces en que el señor Fauchelevent hablaba bien e incluso con cierta elevación en el lenguaje. Carecía de algo, sin embargo, no se sabía de qué. El señor Fauchelevent no llegaba a hombre de mundo; y era algo más que hombre de mundo.

Marius, en su fuero interno, y en lo hondo del pensamiento tenía cercado con toda clase de preguntas mudas a ese señor Fauchelevent que se mostraba con él benigno y frío sin más. A ratos dudaba de sus propios recuerdos. Tenía en la memoria un agujero,

un lugar oscuro, un abismo que habían ahondado cuatro meses de agonía. Había perdido muchas cosas en ese abismo. Llegaba a preguntarse si había visto de verdad al señor Fauchelevent, un hombre tan serio y tan sereno, en la barricada.

No era ése por lo demás el único asombro que le habían dejado en la mente las apariciones y desapariciones del pasado. No debemos pensar que se hubiera liberado de todas esas obsesiones de la memoria que nos obligan, incluso cuando somos felices y estamos satisfechos, a mirar atrás melancólicamente. En la cabeza que no se vuelve hacia los horizontes borrados no hay ni pensamiento ni amor. A ratos, Marius se cubría la cara con las manos y el pasado tumultuoso y borroso le cruzaba por el crepúsculo que tenía en la cabeza. Veía caer a Mabeuf; oía a Gavroche cantar bajo la lluvia de metralla; notaba en los labios la frialdad de la frente de Éponine; Enjolras, Courfeyrac, Jean Prouvaire, Combeferre, Bossuet, Grantaire, todos sus amigos se erguían ante él y se desvanecían luego. Todos esos seres queridos, doloridos, valientes, encantadores o trágicos ¿eran acaso sueños? ¿Habían existido en realidad? La sublevación se lo había llevado todo envuelto en humo. A esas grandes fiebres corresponden grandes sueños. Se hacía preguntas; se tentaba; todas aquellas realidades desvanecidas le daban vértigo. ¿Dónde estaban todos? ¿Era verdad que todo estuviera muerto? Todo había caído en las tinieblas, que se lo habían llevado todo, menos a él. Le daba la impresión de que todo había desaparecido como detrás de un telón de teatro. A veces caen telones así en la vida. Dios pasa al acto siguiente.

Y él ¿era acaso el mismo hombre? Él, el pobre, era rico; él, el abandonado, tenía una familia; él, el desesperado, se casaba con Cosette. Le parecía que había cruzado por una tumba en donde había entrado negro y de donde había salido blanco. Y en esa tumba se habían quedado los demás. Había momentos en que todas aquellas personas del pasado regresaban y estaban presentes, y hacían corro a su alrededor y le ensombrecían el ánimo; entonces pensaba en Cosette y recobraba la serenidad; pero para borrar aquella catástrofe necesitaba nada menos que esta felicidad.

El señor Fauchelevent casi ocupaba un lugar entre esas personas desvanecidas. Marius no se decidía a creer que el Fauchelevent de la barricada fuera el mismo que este Fauchelevent de carne y hueso,

sentado, tan circunspecto, junto a Cosette. Aquél debía de ser seguramente una de esas pesadillas que llegaban y volvían a irse con sus horas de delirio. Por lo demás, como los dos tenían un carácter abrupto, no había pregunta alguna que Marius pudiera hacerle al señor Fauchelevent. Ni se le habría ocurrido esa posibilidad. Ya dejamos dicho anteriormente ese detalle característico.

Dos hombres que tienen en común un secreto y, por algo así como un acuerdo tácito, no cruzan ni una palabra al respecto es algo que escasea menos de lo que se suele creerse.

Sólo una vez lo intentó Marius. Hizo que saliera en la conversación la calle de La Chanvrerie y, volviéndose hacia el señor Fauchelevent, le dijo:

—¿Conoce bien esa calle?

—¿Qué calle?

—La calle de La Chanvrerie.

—No me suena de nada el nombre de esa calle —contestó el señor Fauchelevent con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que se refería al nombre de la calle, y no a la calle en sí, le pareció a Marius más concluyente de lo que era en realidad.

«Está claro que lo soñé —pensó—. Tuve una alucinación. Fue alguien que se le parecía. El señor Fauchelevent no estaba.»

VIII

Dos hombres imposibles de localizar

Por mucho que fuera el encanto en que vivía, no le borró de la mente a Marius otras preocupaciones.

Durante los preparativos de la boda, y a la espera de la fecha fijada, encargó unas investigaciones retrospectivas difíciles y escrupulosas.

Debía agradecimientos por varios lados; los debía en nombre de su padre y los debía en nombre propio.

Estaba Thénardier; y estaba el desconocido que lo había llevado a él, a Marius, a casa del señor Gillenormand.

Marius estaba empeñado en encontrar a esos dos hombres, pues no tenía intención de casarse, de ser feliz y de olvidarlos; y temía que, si se quedaban sin pagar, esas deudas del deber proyectasen una sombra en su vida, tan luminosa a partir de ahora. Le resultaba imposible dejar todos esos atrasos pendientes a la espalda y quería, antes de entrar jubilosamente en el porvenir, que el pasado le hubiera extendido un recibo de pago.

Que Thénardier fuese un sinvergüenza no restaba nada al hecho de que hubiera salvado al coronel Pontmercy. Thénardier era un bandido para todo el mundo, menos para Marius.

Y Marius, que nada sabía de la verdadera escena del campo de batalla de Waterloo, no estaba al tanto de la particularidad de que su padre estaba con Thénardier en esa peculiar situación de deberle la vida sin deberle agradecimiento alguno.

Ninguno de los agentes diversos a los que recurrió Marius consiguió hallar el rastro de Thénardier. Por ese lado todo parecía haberse borrado por completo. La Thénardier había muerto en la cárcel durante la instrucción del juicio. Thénardier y su hija

Azelma, los dos únicos que quedaban de aquel grupo lastimoso, habían vuelto a hundirse en la sombra. La sima de lo Desconocido social había vuelto a cerrarse silenciosamente sobre esas personas. Ni siquiera se veía ya en la superficie ese estremecimiento, ese temblor, esos oscuros círculos concéntricos que anuncian que algo ha caído ahí y es posible echar una sonda.

Al haber muerto la Thénardier, al quedar exculpado Boulatruelle, al haber desaparecido Claquesous y haberse escapado de la cárcel los principales acusados, el juicio de la emboscada del caserón Gorbeau había quedado más o menos abortado. El asunto se había aclarado muy poco. El banco del tribunal de lo criminal había tenido que conformarse con dos subalternos: Panchaud, conocido por Printanier, conocido por Bigrenaille, y Demi-Liard, conocido por Deux-Milliards, a quienes condenaron, en un juicio entre partes, a diez años de presidio. A trabajos forzados a perpetuidad condenaron en rebeldía a sus cómplices. A Thénardier, el jefe y el incitador, lo condenaron, también en rebeldía, a muerte. Esta condena era lo único que quedaba de Thénardier y arrojaba sobre ese nombre enterrado su fulgor siniestro, como una vela al lado de un ataúd.

Por lo demás, al conseguir que Thénardier retrocediera hasta las profundidades más remotas por temor a que volvieran a cogerlo, esta condena incrementaba la espesura tenebrosa que cubría a aquel hombre.

En cuanto al otro hombre, el desconocido que había salvado a Marius, las investigaciones dieron al principio cierto fruto y, luego, se detuvieron en seco. Consiguieron dar con el coche de punto que había llevado a Marius a la calle de Les Filles-du-Calvaire a primera hora de la noche del 6 de junio. El cochero declaró que el 6 de junio, tras ordenárselo un agente de la policía, había estado «estacionado» desde las tres de la tarde hasta que se hizo de noche, en el muelle de Les Champs-Élysées, por encima de la salida de la Alcantarilla Mayor; que, a eso de las nueve de la noche, la verja de la alcantarilla que da a las márgenes del río se había abierto; que un hombre había salido por ella, llevando a la espalda a otro hombre que parecía muerto; que el agente que estaba apostado en aquel lugar había detenido al hombre vivo y se había hecho cargo del hombre muerto; que, por orden del agente, él, el cochero, había

dado acogida «a toda esa gente» en su coche; que, primero, habían ido a la calle de Les Filles-du-Calvaire; que allí habían dejado al hombre muerto; que el hombre muerto era el señor Marius y que él, el cochero, lo reconocía a la perfección aunque «esta vez» estuviera vivo; que, luego, los otros habían vuelto a subir al coche, que él había fustigado a los caballos, que a pocos pasos de la puerta de los Archivos le habían voceado que se parase; que allí, en la calle, le habían pagado y lo habían dejado y que el agente se había llevado al otro hombre; que no sabía nada más; que la noche estaba muy oscura.

Ya hemos dicho que Marius no recordaba nada. No tenía más recuerdo que el de una mano enérgica que lo había agarrado por detrás en el momento en que caía de espaldas en la barricada; luego, se le borraba todo. No recuperó el conocimiento hasta que estuvo ya en casa del señor Gillenormand.

Se perdía en conjeturas.

No podía dudar de su propia identidad. ¿Cómo era posible no obstante que, tras caer en la calle de La Chanvrerie, lo hubiera recogido el agente de policía en las márgenes del Sena, cerca del puente de Les Invalides? Alguien lo había llevado desde el barrio del Mercado Central hasta Les Champs-Élysées. ¿Y cómo? Por las alcantarillas. ¡Qué abnegación inaudita! ¿Alguien? ¿Quién?

Ése era el hombre al que buscaba Marius.

De ese hombre, que era su salvador, nada se sabía; ni una huella; ni el mínimo indicio.

Marius, aunque por ese lado se viera obligado a una gran reserva, siguió investigando hasta llegar a la prefectura de policía. Tampoco allí, igual que había sucedido en los demás sitios, llegaron las informaciones a proporcionarle aclaración alguna. La prefectura sabía aún menos que el cochero del coche de punto. No tenían constancia de ninguna detención llevada a cabo el 6 de junio ante la verja de la Alcantarilla Mayor; no habían recibido ningún atestado de ningún agente que tuviera que ver con ese hecho, que en la prefectura consideraban una fábula. La invención de esa fábula se la atribuían al cochero. Un cochero que busca una propina es capaz de todo, incluso de tener imaginación. No obstante, el hecho era cierto, y a Marius no podía caberle duda, a menos que dudase de su propia identidad, como acabamos de decir.

Todo, en aquel extraño enigma, era inexplicable.

Aquel hombre, aquel hombre misterioso a quien el cochero había visto salir de la verja de la Alcantarilla Mayor llevando a la espalda a Marius desmayado y a quien el agente de policía que estaba vigilando había detenido en flagrante delito de salvar a un insurrecto, ¿qué había sido de él? ¿Y qué había sido del agente? ¿Por qué ese agente no había dicho nada? ¿Había conseguido escapar el hombre? ¿Había sobornado al agente? ¿Por qué el hombre aquel no le daba señales de vida a Marius, que se lo debía todo? Tamaño desinterés no era menos prodigioso que tamaña abnegación. ¿Por qué no volvía a aparecer aquel hombre? A lo mejor estaba por encima de la recompensa, pero nadie está por encima del agradecimiento. ¿Había muerto? ¿Qué clase de hombre era? ¿Qué rostro tenía? Nadie podía decirlo. El cochero contestaba: La noche era muy oscura. Basque y Nicolette, pasmados, sólo se habían fijado en su señorito, todo ensangrentado. El portero, cuya vela había iluminado la trágica llegada de Marius, era el único que se había fijado en el hombre y éstas eran las señas que daba: «Era un hombre que metía miedo».

Con la esperanza de poder sacar partido de ella en las investigaciones, Marius conservó la ropa ensangrentada que llevaba puesta cuando lo llevaron a casa de su abuelo. Al examinar el frac, notaron que uno de los faldones tenía un rasgón raro. Faltaba un trozo.

Una noche, Marius estaba hablando, delante de Cosette y de Jean Valjean, de aquella singular aventura, de las incontables informaciones que había buscado y de la inutilidad de sus esfuerzos. La expresión fría del «señor Fauchelevent» lo impacientaba. Exclamó con una vehemencia en que casi se notaba la vibración de la ira:

—Sí, ese hombre, sea quien sea, fue sublime. ¿Sabe lo que hizo, caballero? Intervino como si fuera el arcángel. ¡Tuvo que arrojarse a la batalla, que llevarme consigo, que abrir la alcantarilla, que meterme dentro a rastras, que llevarme a cuestas! ¡Tuvo que recorrer más de una legua y media por galerías subterráneas espantosas, agachado, doblado, entre las tinieblas, por las cloacas, más de legua y media, caballero, con un cadáver a la espalda! Y ¿para qué? Sólo para salvar a un cadáver. Y ese cadáver era yo. Se

dijo: Quizá le queda todavía un fulgor de vida; ¡voy a arriesgar mi propia existencia por esa mísera chispa! ¡Y esa existencia suya no la arriesgó una vez, sino veinte! Y todos los pasos que daba eran un peligro. La prueba es que, al salir de las alcantarillas, lo detuvieron. ¿Sabe usted, caballero, que ese hombre hizo todo esto? Y sin esperar recompensa alguna. ¿Quién era yo? Un insurrecto. ¿Quién era yo? Un vencido. Ah, si los seiscientos mil francos de Cosette fueran míos…

—Son suyos —lo interrumpió Jean Valjean.

—Bien —siguió diciendo Marius—, pues ¡los daría por encontrar a ese hombre!

Jean Valjean no dijo nada.

Libro sexto

La noche en blanco

I

16 de febrero de 1833

La noche del 16 al 17 de febrero de 1833 fue una noche bendita. Por encima de la oscuridad de esa noche, el cielo estaba abierto. Fue la noche de bodas de Marius y de Cosette.

El día había sido adorable.

No había sido la fiesta azul que soñaba el abuelo, un cuento de hadas con una confusión de querubines y cupidos sobrevolando la cabeza de los novios, una boda digna de pintar en una sobrepuerta; pero sí fue dulce y risueña.

La moda, en cuestiones de bodas, no era en 1833 lo que es hoy en día. Francia no le había tomado aún prestado a Inglaterra ese refinamiento supremo de raptar a la novia, de escapar al salir de la iglesia, de ocultarse, avergonzándose de ser feliz, y de combinar los modales de alguien en bancarrota con el embeleso del *cantar de los cantares*. Aún no se había caído en la cuenta de cuán casto, exquisito y decente era llevarse a tumbos el paraíso personal en silla de posta, entreverar de clic-clacs ese misterio privado, convertir en lecho nupcial la cama de una posada y dejar, al irse, en la alcoba vulgar a tanto la noche, el más sagrado de los recuerdos junto y revuelto con la charla íntima del conductor de la diligencia y la sirvienta de la posada.

En esta segunda mitad del siglo XIX en que nos hallamos, el alcalde y su faja, el sacerdote y su casulla y la ley y Dios no bastan ya; hay que completarlos con el postillón de Longjumeau; chaqueta azul con vueltas rojas y botones de bola, placa en el brazal, calzón de cuero verde, maldiciones a los caballos normandos de cola atada, galones de mentira, sombrero de charol, pelucón empolvado, látigo enorme y botas recias. Francia no lleva aún la elegancia como hace

la *nobility* inglesa, hasta el punto de arrojarle a la calesa de posta de los novios una granizada de zapatillas desbocadas y de zapatos viejos en recuerdo de Churchill, que fue luego Marlborough, o Malbrouck, a quien asedió el día de su boda la ira de una tía suya, que le trajo suerte. Los zapatos viejos y las zapatillas no forman parte todavía de nuestras celebraciones nupciales; pero, paciencia, como la ampliación del buen gusto no para, ya llegaremos a ello.

En 1833, hace cien años, no estaba al uso la boda a trote largo.

En aquella época se pensaba aún, cosa peculiar, que una boda es un fiesta íntima y social, que un banquete patriarcal no afea una solemnidad doméstica, que el regocijo, incluso excesivo, no le resulta perjudicial a la felicidad, siempre y cuando sea decoroso, y que, por último, es venerable y bueno que la fusión de dos destinos de la que saldrá una familia empiece en el hogar y que el testigo de la vida en pareja sea a partir de entonces la cámara nupcial.

Y caían en la impudicia de casarse en casa.

Así que la boda se celebró, ateniéndose a esa moda hoy en día caduca, en casa del señor Gillenormand.

Por muy natural y corriente que sea este asunto de casarse, las amonestaciones que hay que publicar, las actas que hay que levantar, el ayuntamiento y la iglesia siempre presentan ciertas complicaciones. No fue posible tenerlo todo listo antes del 16 de febrero.

Ahora bien, queremos dejar constancia del detalle por simple prurito de exactitud: resultó que el 16 de febrero era martes de carnaval. Hubo titubeos y escrúpulos, sobre todo por parte de la señorita Gillenormand.

—¡Martes de carnaval! —exclamó el abuelo—. Mejor que mejor. Hay un refrán que dice:

»Boda en martes de carnaval:
»los hijos nunca saldrán mal.

»Adelante, pues. ¡Quedamos en que el 16! ¿Tú quieres retrasar la boda, Marius?

—Por supuesto que no —contestó el enamorado.

—A casarnos tocan —dijo el abuelo.

Así que la boca se celebró el 16, pese a la algazara pública.

Llovía el día aquel, pero siempre hay en el cielo un rinconcito azul al servicio de la felicidad, que los enamorados ven incluso aunque el resto de la creación esté metido debajo de un paraguas.

La víspera, Jean Valjean le había entregado a Marius, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Como el matrimonio se efectuaba con el régimen de comunidad de bienes, los trámites fueron sencillos.

Jean Valjean no necesitaba ya a Toussaint y Cosette la heredó y la ascendió a la categoría de doncella.

En cuanto a Jean Valjean, había en la casa de los Gillenormand una habitación muy hermosa amueblada ex profeso para él y Cosette le había dicho de forma tan irresistible: «Padre, se lo ruego», que casi le había hecho prometer que la ocuparía.

Pocos días antes del fijado para la boda, Jean Valjean tuvo un accidente; se magulló el pulgar de la mano derecha. No era nada grave, y no permitió que nadie interviniera, ni le hiciera una cura, ni viera tan siquiera el daño; Cosette, tampoco. Pero, pese a todo, tuvo que envolverse la mano en un trozo de lienzo y llevar el brazo en cabestrillo, con lo cual no pudo firmar nada. El señor Gillenormand, como tutor sustituto de Cosette, lo hizo en su lugar.

No llevaremos al lector ni al ayuntamiento ni a la iglesia. No es costumbre llegar hasta ahí en pos de los enamorados, sino que se vuelve la espalda al drama en cuanto lleva en el ojal un ramo de bodas. Nos limitaremos a dejar constancia de un incidente, que por lo demás le pasó inadvertido al cortejo, ocurrido en el trayecto entre la calle de Les Filles-du-Calvaire y la iglesia de Saint-Paul.

Estaban volviendo a empedrar por entonces el extremo norte de la calle de Saint-Louis. Estaba ésta cortada a partir de la calle de Le Parc-Royal. Los coches de la boda no podían ir directamente a Saint-Paul. No quedaba más remedio que cambiar de itinerario, y lo más sencillo era dar la vuelta por el bulevar. Uno de los invitados comentó que era martes de carnaval y que habría por esa zona un atasco de coches. «¿Por qué?», preguntó el señor Gillenormand. «Por las máscaras.» «Estupendo —dijo el abuelo—. Vamos por ahí. Esos jóvenes se casan; van a entrar en la parte seria de la vida. Ver unas cuantas máscaras les servirá de preparación.»

Tiraron por el bulevar. En la berlina de cabeza iban Cosette y la

señorita Gillenormand, el señor Gillenormand y Jean Valjean. Marius, aún separado de la novia, ateniéndose a la costumbre, iba en la de detrás. El cortejo nupcial, al salir de la calle de Les Filles-du-Calvaire, se sumó a la larga procesión de coches que iban, en una fila interminable, desde La Madeleine a la Bastille y desde la Bastille a La Madeleine.

Abundaban las máscaras en el bulevar. Aunque llovía a ratos, Pagliaccio, Pantaleone y Gilles no se desanimaban. Con el buen humor de aquel invierno de 1833, París se había disfrazado de Venecia. Ya no se ven en la actualidad martes de carnaval como aquéllos. Todo cuanto existe es un carnaval desparramado, ya no existe el carnaval.

Los paseos laterales estaban repletos de transeúntes; y las ventanas, de curiosos. Las terrazas que rematan los peristilos de los teatros rebosaban de espectadores. Además de mirar a las máscaras, se miraba ese desfile, tan propio del martes de carnaval como de Longchamp, de vehículos de todo tipo: coches de punto y otros coches de alquiler, charabanes, calesines, cabriolés, avanzaban en orden, rigurosamente pegados unos a otros por mor de las normas policiales y como metidos en unos carriles. Todo el que se halle en un vehículo así es al tiempo espectador y espectáculo. Unos guardias obligaban a permanecer en los arcenes del bulevar a esas dos filas paralelas e interminables que iban en dirección contraria, y vigilaban, para que nada estorbara su doble flujo, esos dos arroyos de coches que fluían, uno aguas arriba y otro aguas abajo, uno hacia la Chaussée d'Antin y otro hacia el barrio de Saint-Antoine. Los coches con escudos de armas de los miembros del Senado y de los embajadores circulaban por el medio de la calzada e iban y venían libremente. Algunos desfiles espléndidos y jubilosos, sobre todo el del *Buey Gordo,* disfrutaban del mismo privilegio. Entre aquella alegría parisina, Inglaterra restallaba su látigo: la silla de posta de lord Seymour, a la que perseguía un mote populachero, pasaba con gran estruendo.

En esa doble fila, a lo largo de la que los guardias municipales galopaban como perros pastores, honradas berlinas familiares, abarrotadas de abuelas y de tías abuelas, mostraban en las portezuelas lozanos grupos de niños disfrazados, pierrots de siete años, pierrettes de seis años, criaturitas deliciosas, conscientes de

que eran parte oficial del regocijo público, imbuidos de la seriedad de aquella bufonada y circunspectos como funcionarios.

De trecho en trecho se formaba algún atasco en la procesión de vehículos; una de las dos filas laterales se detenía hasta que se deshacía el enredo; que un coche tuviera un contratiempo bastaba para paralizar toda la fila. Luego se reanudaba la marcha.

Las carrozas de la boda iban en la fila que se dirigía a La Bastille, orillando el lado derecho del bulevar. A la altura de la calle de Le Pont-aux-Choux hubo un parón. Casi en el mismo momento, en el otro paseo lateral, se paró también la fila que iba hacia La Madeleine. En ese punto de la fila había un coche de máscaras.

Esos coches, o, mejor dicho, esas carretadas de máscaras las conocen bien los parisinos. Si faltasen un martes de carnaval o un tercer jueves de cuaresma, la gente andaría con la mosca detrás de la oreja y diría: *Aquí pasa algo. Seguramente va a cambiar el ministerio*. Un apiñamiento de Casandras, de Arlequines y de Colombinas, a tumbos y con los peatones a sus pies, todas las imitaciones grotescas posibles, desde el turco hasta el salvaje, unos hércules cargando con unas marquesas, unas rabaneras que moverían al propio Rabelais a taparse los oídos de la misma forma que las ménades obligaban a Aristófanes a bajar la vista, pelucas de cáñamo, mallas de color de rosa, sombreros de fanchendoso, gafas de figurero, tricornios de Janot que cosquillea una mariposa, increpaciones a los viandantes, brazos en jarras, posturas atrevidas, hombros al aire, caras con careta, impudores sin pelos en la lengua; un caos de descaros que pasea un cochero tocado con flores: en esto consiste esa institución.

Grecia necesitaba el carro de Tespis y Francia precisa el coche de alquiler de Vadé.

Todo puede parodiarse, incluso la parodia. La saturnal, esa mueca de la belleza antigua, llega, de aumento en aumento, hasta el martes de carnaval; y a la bacanal, coronada antaño de pámpanos, inundada de sol, exhibiendo senos de mármol en una semidesnudez divina, se le han aflojado ahora los harapos llegados del norte y ha acabado por llamarse chirigota.

La tradición de los coches de máscaras se remonta a los tiempos más antiguos de la monarquía. Las cuentas de Luis XI conceden al magistrado competente «veinte sueldos torneses para tres coches de

máscaras en las encrucijadas». En nuestros días, a esos hacinamientos bullangueros de individuos suele acarrearlos algún carruaje viejo en cuya imperial se agolpan; o su tumultuoso grupo sobrecarga algún landó de alquiler con la capota bajada. Van veinte en un coche de seis. En los asientos, en los transportines, en los fuelles de la capota, en la lanza. Incluso se suben a caballo en los faroles del coche. Van de pie, tumbados, sentados, doblando las rodillas, con las piernas colgando. Las mujeres se les sientan en el regazo a los hombres. Se ve de lejos, por encima del pulular de cabezas, su pirámide desaforada. Esas hornadas de gente en carroza forman, entre el barullo, montañas de regocijo. De ahí salen Collé, Panard y Piron, enriquecidos de jerga. Desde esas alturas le escupen al pueblo el catecismo de la chusma. Ese coche, que con carga tal se torna desmesurado, tiene trazas de conquista. La barahúnda va delante, y la cencerrada, detrás. Allí vociferan, hacen gorgoritos, berrean, explotan, se retuercen de dicha; allí ruge el buen humor, resplandece el sarcasmo, se expande la jovialidad como un manto de púrpura; dos caballejos tiran de una apoteosis de la farsa floreciente; es el carro triunfal de la Risa.

Risa demasiado cínica para ser sincera. Y, efectivamente, es una risa sospechosa. Esa risa tiene una misión. Corre a su cargo dar a los parisinos pruebas de que existe el carnaval.

Esos coches de chusma, en los que se nota a saber qué tinieblas, dan que pensar al filósofo. Hay en ellos un gobierno. Es palpable una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Que una suma de infamias dé un total de regocijos; que amontonar la ignominia encima del oprobio engolosine a un pueblo; que el espionaje caricaturizado de prostitución divierta a las masas yendo de frente; que a la muchedumbre le guste ver pasar encima de las cuatro ruedas de un coche de alquiler ese monstruoso montón de seres vivos alardeando de harapos, a medias basura y a medias luz, que ladra y que canta; que se aplauda a esa gloria hecha de todas las vergüenzas; que no haya fiesta que agrade al gentío si la policía no pasea por medio de él a esas especies de hidras jubilosas con veinte cabezas: todo eso es, no cabe duda, algo muy triste. Pero ¿qué puede hacerse? La risa pública insulta y amnistía a esas cargas de cieno engalanadas con lazos y flores. La risa de todos

es cómplice de la degradación universal. Hay fiestas malsanas que desintegran al pueblo y lo convierten en populacho. Y tanto los populachos cuanto los tiranos precisan de bufones. El rey tiene a Roquelaure, y el pueblo, farándula. París es la gran ciudad trastornada cuando no es la gran ciudad sublime. El carnaval es parte de la política. Debemos reconocer que París acepta de buen grado que la infamia protagonice la comedia. Sólo les pide a sus amos —cuando tiene amos— que el barro lleve la cara pintada. Roma era de la misma opinión. Quería a Nerón: Nerón era una botarga titánica.

Quiso la casualidad, como acabamos de decir, que uno de esos racimos deformes de mujeres y hombres disfrazados, que llevaba a tumbos una calesa grande, se detuviera a la izquierda del bulevar mientras el cortejo de la boda se detenía a la derecha. De un lado a otro del bulevar, el coche donde iban las máscaras vislumbró, enfrente, el coche donde iba la novia.

—¡Anda! —dijo una máscara—. ¡Una boda! ¡Qué parranda!

—Una parranda de mentira —contestó otra—. La parranda de verdad es la nuestra.

Y como la distancia era excesiva para meterse con los de la boda y, por lo demás, temían que los guardias les parasen los pies, las dos máscaras miraron hacia otro lado.

Toda la hornada de máscaras anduvo muy ocupada al cabo de un instante porque el gentío empezó a abuchearlas, que es la forma que tiene la muchedumbre de hacerles carantoñas a las mascaradas; y las dos máscaras que acababan de hablar tuvieron que plantar cara a todo el mundo, junto con sus compañeras, y no les bastó con los proyectiles del repertorio entero de los mercados de abastos para responder a las voces soeces del pueblo. Las máscaras y la multitud cruzaron entre sí espantosas metáforas.

Entretanto, otras dos máscaras del mismo coche, un español de nariz tremenda con aspecto pasado de moda y bigotazos negros y una pescadera del mercado, flaca y muy joven que llevaba un antifaz, se habían fijado también en la boda y, mientras sus acompañantes y los transeúntes se insultaban, dialogaban en voz baja.

Aquel aparte lo cubría el escándalo y se perdía en él. Las ráfagas de lluvia habían mojado el coche abierto; el viento de febrero no

tiene nada de cálido; mientras contestaba al español, la pescadera, escotada, tiritaba, reía y tosía.

Esto era lo que decían:

—Oye.

—¿Qué, bato?

—¿Ves a ese viejo?

—¿Qué viejo?

—Ése, el del primer carromato de la boda, del lado nuestro.

—¿El que lleva el brazo enganchado en una corbata negra?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Estoy seguro de que lo conozco.

—¡Ah!

—Que me corten la mocha si no tengo guipado de antes a ese compadre.

—Es que hoy en París sólo hay compadres.

—Si te asomas más, ¿puedes ver a la novia?

—No.

—¿Y al novio?

—En ese carricoche no hay novio.

—No puede ser.

—A menos que sea el otro viejo.

—Asómate más a ver si ves a la novia.

—No puedo.

—Da igual, a ese viejo con la pata mala estoy seguro de que lo conozco.

—¿Y qué más te da conocerlo o no?

—Nunca se sabe. ¡A veces vale!

—A mí los viejos me traen al fresco.

—Lo conozco.

—Pues conócelo mucho y muy seguido.

—¿Por qué demonios está en la boda?

—¿No estamos nosotros de parranda?

—¿De dónde viene esa boda?

—Y yo qué sé.

—Oye.

—¿Qué?

—Deberías hacer una cosa.

—¿Qué?

—Bajarte de nuestro carricoche y seguir a esa boda.

—¿Para qué?

—Para saber dónde va y de quién es. Venga, hija, bájate ya y corre, tú que eres joven.

—No puedo bajarme del coche.

—¿Por qué?

—Voy alquilada.

—¡Ah, caramba!

—Le debo el día de máscara a la prefectura de policía.

—Es verdad.

—Si me bajo del coche, el primer inspector que me vea me detiene. Bien lo sabes.

—Sí que lo sé.

—Hoy me tienen comprada los del bandeo.

—Pues es que ese viejo me chincha.

—¿Los viejos te chinchan? Ni que fueras una moza.

—Va en el primer coche.

—¿Y qué?

—En el carricoche de la novia.

—¿Y qué pasa?

—Que es el padre.

—¿Y a mí qué más me da?

—Te digo que es el padre.

—Como si no hubiera más padres en el mundo.

—Oye.

—¿Qué?

—Yo sólo puedo salir con máscara. Aquí estoy escondido, nadie sabe quién soy. Pero mañana se acabaron las máscaras. Es miércoles de ceniza. Me pueden echar el guante. Tengo que volverme al agujero. Tú eres libre.

—Según y cómo.

—Pero más que yo.

—¿Y qué?

—Tienes que intentar enterarte de adónde ha ido esa boda.

—¿Qué adónde va?

—Sí.

—Ya sé yo adónde va.

—¿Dónde?

—A Le Cadran Bleu.

—Pues no, porque no está por ese lado.

—Bueno, pues a La Râpée.

—O a otro sitio.

—Es libre. Las bodas son libres.

—Bueno, pero lo que te digo es que pruebes a enterarte de quién es la boda donde va ese viejo y dónde vive esa boda.

—¡Y qué más! Pues vaya murga. ¡Como si fuera fácil dar, pasados ocho días, con una boda que pasó por París el martes de carnaval! Una aguja en un pajar. ¡Como si fuera posible!

—Da igual. Tienes que probar, ¿me has oído, Azelma?

Las filas volvieron a moverse en sentido contrario, a ambos lados del bulevar, y el coche de las máscaras perdió de vista el «carromato» de la novia.

II

Jean Valjean sigue con el brazo en cabestrillo

Que se realice un sueño. ¿A quién se le concede algo así? Para esas cosas debe de haber elecciones en el cielo; todos somos candidatos, sin saberlo; los ángeles votan. Cosette y Marius habían salido elegidos.

Cosette en el ayuntamiento y en la iglesia estaba radiante y enternecedora. La había vestido Toussaint, con la ayuda de Nicolette.

Cosette llevaba, encima de una falda de tafetán blanco, el vestido de guipur de Binche, un velo de punto de Inglaterra, un collar de perlas finas y una corona de azahar; todo era blanco, y, entre toda aquella blancura, resplandecía. Era un candor exquisito que crecía y se transfiguraba en claridad. Hubiérase dicho una virgen en trance de convertirse en diosa.

Marius llevaba el hermoso pelo lustroso y perfumado; se intuía, acá y allá, bajo los abundantes bucles, unas líneas pálidas que eran las cicatrices de la barricada.

El abuelo, espléndido, con la cabeza erguida, amalgamando más que nunca en su atuendo y sus modales todas las elegancias de tiempos de Barras, acompañaba a Cosette. Sustituía a Jean Valjean, que, por tener el brazo en cabestrillo, no podía llevar la mano de la novia.

Jean Valjean, vestido de negro, iba detrás, sonriente.

—Señor Fauchelevent —le decía el abuelo—, ¡qué día tan hermoso! Voto a favor del fin de las aflicciones y de las penas. No tiene que haber ya tristeza en parte alguna a partir de ahora. ¡Por Cristo! ¡Decreto la alegría! El mal no tiene derecho a existir. Que haya hombres desdichados es, en verdad, una vergüenza para el

azul del cielo. El mal no viene del hombre, que en el fondo es bueno. Todas las miserias humanas tienen la capital y el gobierno en el infierno, es decir, en Les Tuileries del demonio. ¡Caramba, qué cosas tan demagógicas digo últimamente! En lo que a mí se refiere, no tengo ya opiniones políticas: que todos los hombres sean ricos, es decir, alegres: a eso me limito.

Cuando, tras concluir todas las ceremonias, tras haber dicho ante el alcalde y el sacerdote todos los síes habidos y por haber, tras haber firmado en el registro municipal y en el de la sacristía, tras haber intercambiado los anillos, tras haberse arrodillado codo con codo bajo el palio de moaré blanco entre el humo del incensario, llegaron Marius de negro y Cosette de blanco, cogidos de la mano mientras todos los admiraban y los envidiaban, en pos del pertiguero con charreteras de coronel que golpeaba las baldosas con su alabarda, entre dos filas de asistentes maravillados, bajo el porche de la iglesia cuya puerta estaba abierta de par en par, listos para volver a subir al coche, cuando ya estaba todo consumado, Cosette aún no podía creérselo. Miraba a Marius, miraba al gentío, miraba el cielo; parecía que tuviera miedo de despertarse. Su expresión asombrada e intranquila le daba un no sé qué encantador. Para regresar, subieron al mismo coche, Marius junto a Cosette; el señor Gillenormand y Jean Valjean se sentaron enfrente de ellos. La señorita Gillenormand había retrocedido a un segundo plano e iba en el coche siguiente. «Hijos míos —decía el abuelo—; ya sois el señor barón y la señora baronesa, con treinta mil libras de renta.» Y Cosette, arrimándose mucho a Marius, le acarició el oído con este cuchicheo angélico: «Así que es verdad. Me llamo Marius. Soy la señora Tú».

Esas dos criaturas resplandecían. Estaban en el minuto irrevocable e inigualable, en el deslumbrador punto de intersección de toda la juventud y toda la alegría. Eran la encarnación del poema de Jean Prouvaire; entre los dos sumaban menos de cuarenta años. Era la sublimación del matrimonio: esos dos niños eran dos azucenas. No se veían, se contemplaban. Cosette divisaba a Marius dentro de una aureola; Marius divisaba a Cosette en un altar. Y en ese altar y en esa aureola, mezclándose ambas apoteosis, al fondo, no muy clara, detrás de una nube para Cosette, en un resplandor de llamas para Marius, estaba el objeto ideal, el objeto real, la cita del

beso y del ensueño, la almohada nupcial.

Todos los tormentos por los que habían pasado volvían a ellos convertidos en embriaguez. Les parecía que las penas, los insomnios, las lágrimas, las angustias, los espantos, las desesperaciones, tornados en caricias y rayos de luz, convertían en aún más deliciosa la hora deliciosa que se acercaba, y que las tristezas eran otras tantas sirvientas que estaban acicalando la alegría. ¡Qué bueno era haber sufrido! Su desventura era el nimbo de su dicha. La prolongada agonía de su amor desembocaba en una ascensión.

Reinaba el mismo hechizo en las dos almas, con un toque de voluptuosidad en Marius y un toque de pudor en Cosette. Se decían muy por lo bajo: Iremos a nuestro jardincito de la calle de Plumet para volver a verlo. Los pliegues del vestido de Cosette le caían encima a Marius.

Un día así es una mezcla inefable de sueño y certidumbre. Se posee y se supone. Queda aún tiempo por delante para intuir. En ese día es una emoción indecible que sea mediodía y pensar en la medianoche. A esos dos corazones se les desbordaban los deleites, que alcanzaban a la muchedumbre y alegraban a los transeúntes.

En la calle de Saint-Antoine, delante de Saint-Paul, la gente se paraba para ver a través del cristal de la ventanilla del coche temblar las flores de azahar en la cabeza de Cosette.

Regresaron, luego, a la calle de Les Filles-du-Calvaire, a su casa. Marius, junto a Cosette, subió, triunfal y radiante, aquellas escaleras por donde lo habían subido a rastras y moribundo. Los pobres, apiñados ante la puerta y repartiéndose las bolsas, los bendecían. Había flores por todas partes. No estaba menos perfumada la casa que la iglesia; tras el incienso, las rosas. Les parecía oír voces que cantaban en el infinito; tenían a Dios en el corazón; el destino semejaba un techo de estrellas; veían por encima de las cabezas un fulgor de sol naciente. El reloj dio la hora de pronto. Marius miró el brazo encantador de Cosette, al aire, y las formas sonrosadas que se intuían vagamente tras los encajes del cuerpo del vestido; y Cosette, viendo la mirada de Marius, se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

Habían invitado a muchos amigos antiguos de la familia Gillenormand; Cosette estaba muy agasajada. A todos les faltaba tiempo para llamarla señora baronesa.

El oficial Théodule Gillenormand, ahora capitán, había venido de Chartres, donde estaba acuartelado, para asistir a la boda de su primo Pontmercy. Cosette no lo reconoció.

Él, por su parte, acostumbrado a gustar a las mujeres, no se acordó de Cosette, como no se acordaba de ninguna.

—¡Qué bien hice en no creerme la historia del lancero! —se decía Gillenormand para su coleto.

Colette nunca le había mostrado mayor ternura a Jean Valjean. Iba al unísono de Gillenormand; mientras él erigía aforismos y máximas en torno a la alegría, ella exhalaba amor y bondad como si fuera un perfume. La felicidad quiere que todos sean felices.

Recobraba, para hablarle a Jean Valjean, inflexiones de voz de cuando era niña. Lo acariciaba con la sonrisa.

Habían dispuesto un banquete en el comedor.

Una iluminación que emule la luz del día es el aderezo necesario para una gran alegría. Las personas felices no admiten la bruma y la oscuridad. No consienten en la negrura. La noche, sí; las tinieblas, no. Si no hay sol, hay que fabricarlo.

El comedor era una hoguera de objetos alegres. En el centro, en medio de la mesa blanca y resplandeciente, una araña veneciana de caras planas con toda clase de aves de colores, azules, moradas, rojas, verdes, posadas entre las velas; alrededor de la araña, candeleros; en la pared, apliques de espejos con tres y cinco brazos; espejos, cristales, cristalerías, vajillas, porcelanas, fayenzas, cerámicas, objetos de orfebrería, servicios de plata, todo lanzaba destellos y se regocijaba. Los huecos entre los candelabros los llenaban ramos de flores, de forma tal que donde no había una luz había una flor.

En el recibidor, tres violines y una flauta tocaban en sordina cuartetos de Haydn.

Jean Valjean se había sentado en una silla, en el salón, detrás de la puerta, cuya hoja estaba abierta delante de él de forma tal que casi lo ocultaba. Pocos momentos antes de que todos se sentaran a la mesa, Cosette se le acercó, como en un arrebato caprichoso, le hizo una profunda reverencia desplegando con ambas manos el vestido de novia y, con una sonrisa de tierna picardía, le preguntó:

—Padre, ¿está contento?

—Sí —dijo Jean Valjean—, estoy contento.

—Entonces ríase.

Jean Valjean se echó a reír.

Pocos momentos después, Basque anunció que la cena estaba servida.

Los comensales entraron en el comedor, siguiendo al señor Gillenormand, que le daba el brazo a Cosette, y se distribuyeron según la disposición prevista, alrededor de la mesa.

Había dos sillones grandes, a derecha e izquierda de la novia, aquél para el señor Gillenormand y éste para Jean Valjean. El señor Gillenormand se sentó. El otro sillón se quedó vacío.

Buscaron con la vista al «señor Fauchelevent».

Ya no estaba.

El señor Gillenormand le preguntó a Basque:

—¿Sabes dónde está el señor Fauchelevent?

—Señor —contestó Basque—, precisamente el señor Fauchelevent me ha pedido que le diga al señor que le dolía un poco la mano enferma y que no podía cenar con el señor barón y con la señora baronesa. Ruega que lo disculpen y dice que vendrá mañana por la mañana. Acaba de irse.

Aquel sillón vacío entibió por un momento las efusiones de la cena de bodas. Pero, aunque faltase el señor Fauchelevent, allí estaba el señor Gillenormand, y el abuelo resplandecía por dos. Aseguró que el señor Fauchelevent hacía bien en acostarse temprano si todavía no se encontraba bien, pero sólo se trataba de una «pupa». Con esta afirmación bastó. Por lo demás, ¿qué es un rincón oscuro en una inundación de alegría como aquélla? Cosette y Marius estaban en uno de esos momentos egoístas y benditos en que no se cuenta con más facultades que la de ser consciente de la felicidad. Y, además, al señor Gillenormand se le ocurrió una idea.

—Por vida de… este sillón está vacío. Ven a sentarte, Marius. Tu tía te lo permitirá, aunque tenga derecho a tu presencia. Este sillón es para ti. Es legal y resulta simpático. Fortunato junto a Fortunata.

Aplausos de toda la mesa. Marius ocupó junto a Cosette el lugar de Jean Valjean; y las cosas se solucionaron de forma tal que Cosette, triste primero por la ausencia de Jean Valjean, acabó por alegrarse de ella. Siempre que el sustituto fuera Marius, Cosette no habría echado de menos al mismísimo Dios. Puso el suave piececito calzado de satén blanco encima del pie de Marius.

Una vez ocupado el sillón, el señor Fauchelevent quedó olvidado y nada faltó ya. Cinco minutos después, la mesa entera reía de punta a cabo con todo el ingenio del olvido.

A los postres, el señor Gillenormand, de pie, con una copa de vino de champaña en la mano, llena a medias para que no se derramase el contenido con el temblor de sus noventa y dos años, brindó a la salud de los novios.

—No vais a libraros de dos sermones —exclamó—. Por la mañana habéis tenido el del cura; y esta noche vais a tener el del abuelo. Oídme; voy a daros un consejo: adoraos. No voy a andarme con tonterías, voy al grano: sed felices. No hay en la creación más seres sensatos que los tórtolos. Los filósofos dicen: Hay que moderar los goces. Yo digo: Dad rienda suelta a vuestras alegrías. Seguid enamorados como diablos. Sed recalcitrantes. Los filósofos chochean. Me gustaría hacerles tragar esa filosofía suya. ¿Puede acaso haber demasiados aromas, demasiados capullos de rosa abiertos, demasiados ruiseñores cantando, demasiadas hojas verdes, demasiada aurora en la vida? ¿Pueden acaso dos personas gustarse demasiado? ¡Ten cuidado, Estelle, que eres demasiado bonita! ¡Ten cuidado, Némorin, que eres demasiado guapo! ¡Menuda patochada! ¿Es posible acaso estar demasiado encantado con el otro, hacerse demasiados mimos, sucumbir demasiado al mutuo hechizo? ¿Es posible estar demasiado vivo? ¿Es posible ser demasiado feliz? Moderad vuestras alegrías. ¿Y qué más? Abajo los filósofos. Lo sabio es el júbilo. Sed jubilosos, seamos jubilosos. ¿Somos felices porque somos buenos o somos buenos porque somos felices? ¿El Sancy se llama el Sancy porque perteneció a Harlay de Sancy o porque pesa ciento seis quilates?[72] No tengo ni idea; la vida está llena de cuestiones como ésa; lo importante es tener el Sancy y la felicidad. Sed felices sin racaneos. Obedezcamos ciegamente al sol. ¿Qué es el sol? Es el amor. Quien dice amor dice mujer. ¡Ajajá! Ésa sí que es una omnipotencia: la mujer. Preguntadle al demagogo este de Marius si no es el esclavo de esta tiranuela de Cosette. ¡Y de muy buen grado, el muy cobarde! ¡La mujer! No hay Robespierre que valga: la mujer es reina. Yo no soy monárquico más que de esa monarquía. ¿Qué es Adán? El reino de Eva. Para Eva no hay un 1789. Hubo el cetro real que remataba una flor de lis; hubo el cetro imperial que remataba un globo; hubo el cetro de Carlomagno que

era de hierro; hubo el cetro de Luis el Grande que era de oro. La Revolución los retorció entre el pulgar y el índice, como briznas de paja de tres al cuarto; se acabó, rotos, por los suelos; ya no quedan cetros; pero ¡a ver quién es el guapo que le organiza una revolución a este pañuelito bordado que huele a pachulí! Me gustaría veros a vosotros. Probad. ¿Por qué es sólido? Porque es un trapo. ¡Ah, que sois el siglo XIX! Muy bien, ¿y qué? ¡Nosotros fuimos el siglo XVIII! Y éramos tan bobos como vosotros. No os vayáis a imaginar que habéis cambiado gran cosa en el universo porque lo que os mate sea el cólera morbo y vuestra *bourrée* se llame cachucha. En el fondo, nunca quedará otro remedio que querer a las mujeres. Os desafío a que cambiéis eso. Estas diablesas son nuestros ángeles. Sí, el amor, la mujer, el beso: es un círculo del que os desafío a que salgáis; y, en lo que a mí se refiere, bien me gustaría volver a entrar. ¿Quién de vosotros ha visto alzarse en el infinito, apaciguando todo cuanto está a sus pies, mirando las olas como una mujer, la estrella Venus, la gran coqueta del abismo, la Célimène del océano? ¡Menudo Alceste está hecho el océano! Pues, por mucho que refunfuñe, aparece Venus y no le queda más remedio que sonreír. Esa fiera se somete. Así somos todos. Ira, tempestad, rayos, espuma hasta el techo. Entra una mujer, nace una estrella; ¡todo el mundo boca abajo! Hace seis meses, Marius estaba combatiendo; hoy se casa. Bien hecho. Sí, Marius; sí, Cosette: tenéis razón. Vivid atrevidamente el uno para el otro, haceos carantoñas, matadnos de rabia por no poder hacer otro tanto, idolatraos. Coged con el pico todas las briznas menudas de felicidad que hay en la tierra y haceos con ellas un nido para toda la vida. ¡Amar y que lo amen a uno, cáspita, qué hermoso milagro cuando se es joven! No os vayáis a imaginar que es un invento vuestro. Yo también soñé; yo también pensé; yo también suspiré; yo también tuve un alma de luna llena. El amor es un niño de seis mil años. Al amor le corresponde una luenga barba blanca. Al lado de Cupido, Matusalén es un chiquillo. Desde hace sesenta siglos, el hombre y la mujer salen de apuros amando. El Diablo, que es muy listo, empezó a odiar al hombre; el hombre, que es más listo que él, empezó a amar a la mujer. Y así se hizo mayor bien a sí mismo que el daño que le hizo el Diablo. Esta astucia se le ocurrió en el paraíso terrenal. Amigos míos, el invento es viejo, pero es reciente. Disfrutad de él. Sed Dafnis y Cloe a la

espera de ser Filemón y Baucis. Apañaos para no carecer de nada cuando estéis juntos, y que Cosette sea el sol para Marius y que Marius sea el universo para Cosette. Cosette, que el buen tiempo sea la sonrisa de tu marido; Marius, que la lluvia sea las lágrimas de tu mujer. Y que no llueva nunca en vuestro hogar. Os habéis hecho con el número premiado en la lotería, el amor en el sacramento; tenéis el premio gordo, cuidadlo bien, guardadlo bajo llave, no lo despilfarréis, adoraos y que el resto os importe un bledo. Creedme esto que os estoy diciendo. Es de sentido común. Y el sentido común no puede mentir. Sed uno para otro una religión. Cada cual tiene su forma de adorar a Dios. Y, ¡qué diantre, la mejor manera de adorar a Dios es querer a la mujer de uno! ¡Te quiero! Ése es mi catecismo. Todo el que ama es ortodoxo. El reniego de Enrique IV pone la santidad entre la comilona y la borrachera. ¡Por el empeine de san Gris! No soy de la religión de ese reniego. Se olvida de la mujer. Cosa que me extraña en un reniego de Enrique IV. Amigos míos: ¡viva la mujer! Soy viejo, según dicen, y es pasmoso lo joven que me siento. Me gustaría ir a oír gaitas en el bosque. Estos niños que consiguen ser hermosos y estar contentos me embriagan. Me casaría tan ricamente si alguien me aceptase. Es imposible suponer que Dios nos haya hecho para algo que no sea idolatrar, soltar arrullos, ser un adonis, ser palomo, ser gallo, darle a su amor con el pico de la mañana a la noche, mirarse en la mujercita de uno, estar orgulloso, sentirse triunfante, sacar el buche; para eso es la vida. Y en esto era, lo queráis o no, en lo que pensábamos nosotros, en nuestros tiempos, en los tiempos en que los jóvenes éramos nosotros. ¡Cuerpo de Satanás, y qué bonitas eran las mujeres entonces! ¡Y qué caritas tenían! ¡Qué chiquillas suculentas! Yo es que hacía estragos. Así que quereos. Si los jóvenes no se quisieran, no sé yo, la verdad, para qué iba a haber una primavera; y, por lo que a mí me toca, le pediría a Dios que se guardase todas esas cosas hermosas que nos muestra, y que nos las quitase, y que volviese a poner en su cajón las flores, los pájaros y las muchachas bonitas. Hijos míos, recibid la bendición de este anciano.

La velada fue animada, alegre, grata. El buen humor soberano del abuelo fue la pauta a toda la fiesta y todos se atuvieron a esa cordialidad casi centenaria. Bailaron un poco y se rieron mucho; fue una boda campechana. Podrían haber invitado al bonachón de

Jadis. Por lo demás, allí estaba, en la persona de Gillenormand.

Hubo un alboroto. Y, luego, silencio.

Los novios se esfumaron. Poco después de la medianoche la casa de los Gillenormand se convirtió en un templo.

Aquí nos quedamos. En el umbral de las noches de bodas hay un ángel, de pie y sonriente, con un dedo en los labios. El alma entra en contemplación ante ese santuario donde transcurre la celebración del amor.

Tiene que haber resplandores encima de esas casas. La alegría que cobijan debe de brotar a través de las piedras de las paredes en forma de claridad y trazar inconcretos rayos en las tinieblas. Es imposible que esa fiesta sagrada y decisiva no envíe al infinito unos fulgores celestiales. El amor es el crisol sublime donde se funden el hombre y la mujer; surge de ahí el ser uno, el ser triple, el ser final, la trinidad humana. Este nacimiento de dos almas en una tiene que ser una emoción para la sombra. El amante es sacerdote; la virgen arrobada se espanta. Algo de esa alegría llega a Dios. Allí donde hay matrimonio de verdad, es decir, donde hay amor, hay también ideal. Un lecho nupcial es, entre las tinieblas, un rincón de aurora. Si le fuera dado a la pupila de carne vislumbrar las visiones terribles y encantadoras de la vida superior, es probable que viéramos formas de la noche, los desconocidos alados, los transeúntes azules de lo invisible, inclinarse, muchedumbre de cabezas oscuras, en torno a la casa luminosa, satisfechos, bendiciendo, señalándose unos a otros a la virgen esposa, dulcemente alarmada, y llevando el reflejo de la felicidad humana en sus rostros divinos. Si, en esa hora suprema, los esposos, a quienes deslumbra la voluptuosidad y que se creen a solas, aguzasen el oído, oirían en su cuarto un zumbido de alas confusas. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. El techo de esa alcoba pequeña y a oscuras es el cielo entero. Cuando dos bocas, que el amor ha convertido en sagradas, se arriman para crear, es imposible que por encima de ese beso inefable no haya un estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Éstas son las auténticas dichas. No hay alegría sin esas alegrías. El amor, no hay más éxtasis que ése. Todo lo demás es llanto.

Amar o haber amado, con eso basta. No pidáis nada más luego. No hay más perla que encontrar en los repliegues tenebrosos de la

vida. Amar es una consumación.

III

La inseparable

¿Qué había sido de Jean Valjean?

Nada más echarse a reír tras la cariñosa conminación de Cosette, al ver que nadie se fijaba en él, Jean Valjean se puso de pie e, inadvertido, llegó al recibidor. Era esa misma estancia donde, ocho meses antes, había entrado, negro de barro, de sangre y de pólvora, para devolverle el nieto al abuelo. Guirnaldas de hojas y flores adornaban los antiguos entrepaños de madera de las paredes; los músicos estaban sentados en el sofá donde habían colocado a Marius. Basque, con frac negro, calzón y medias y guantes blancos, colocaba coronas de rosas alrededor de todas las fuentes que iban a servir. Jean Valjean le enseñó el brazo en cabestrillo, dejó a su cargo la explicación de su ausencia y salió.

Las ventanas del comedor daban a la calle. Jean Valjean se quedó unos minutos, a pie firme e inmóvil, en la oscuridad, bajo esas ventanas radiantes. Escuchaba. Le llegaba el ruido confuso del banquete. Oía la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el tintineo de los platos y de las copas, las carcajadas; y, entre todo ese rumor alegre, oía la voz jubilosa de Cosette.

Se fue de la calle de Les Filles-du-Calvaire y se volvió a la calle de L'Homme-Armé.

Para volver tiró por la calle de Saint-Louis, la calle de Culture-Sainte-Catherine y Les Blancs-Manteaux; era un camino algo más largo, pero era el mismo por el que, desde hacía tres meses, para evitar los atascos y el barro de la calle Vieille-du-Temple, solía ir a diario con Cosette de la calle de L'Homme-Armé a la calle de Les Filles-du-Calvaire.

Aquel camino, por el que había pasado Cosette, excluía para él

cualquier otro.

Jean Valjean regresó a su casa. Encendió la vela y subió. La vivienda estaba vacía. Ni siquiera Toussaint estaba ya allí. Los pasos de Jean Valjean sonaban en las habitaciones más de lo acostumbrado. Todos los armarios estaban abiertos. Entró en el cuarto de Cosette. Ya no había sábanas en la cama. La almohada de cutí, sin funda y sin encajes, estaba encima de las mantas dobladas al pie del colchón, que tenía la funda al aire y en el que nadie volvería ya a dormir. Se habían llevado todos los menudos objetos femeninos a los que tenía apego Cosette; sólo quedaban los muebles grandes y las cuatro paredes. También la cama de Toussaint estaba sin sábanas. Sólo había una cama hecha y que pareciera estar esperando a alguien, y era la de Jean Valjean.

Jean Valjean miró las paredes, cerró las puertas de algunos armarios, anduvo de una habitación a otra.

Entró luego en su cuarto, y puso la vela encima de una mesa.

Había sacado el brazo del cabestrillo y usaba la mano derecha como si ya no le doliera.

Se acercó a su cama y clavó la vista, ¿fue por casualidad?, ¿fue intencionadamente?, en *la inseparable,* de la que había tenido celos Cosette, en la maletita de la que nunca se separaba. El 4 de junio, al llegar a la calle de L'Homme-Armé, la había dejado en un velador, junto a la cabecera de la cama. Se acercó a ese velador con cierta animación, se sacó una llave del bolsillo y abrió la maleta.

Sacó despacio la ropa con la que, diez años antes, Cosette se había ido de Montfermeil; primero, el vestidito negro, luego la pañoleta negra, luego los enternecedores zapatones de niña que Cosette habría podido casi seguir usando ahora, de tan pequeño como tenía el pie; luego la camisa de franela, bien abrigada, luego las enaguas de punto, luego el delantal con bolsillos, luego las medias de lana. Aquellas medias, que conservaban aún la forma grácil de una piernecita, no eran mucho más largas que la mano de Jean Valjean. Todo era negro. Era él quien había llevado a Montfermeil esa ropa para la niña. Según la iba sacando de la maleta, la dejaba encima de la cama. Pensaba. Recordaba. Era invierno, un mes de diciembre muy frío; la niña tiritaba, medio desnuda, vestida de harapos, con los piececitos rojos en los zuecos. Él, Jean Valjean, le mandó que se quitase aquellos andrajos y que se

pusiera la ropa de luto. La madre debía de haberse alegrado en la tumba al ver a su hija llevar luto por ella y, sobre todo, al ver que iba vestida y abrigada. Jean Valjean se acordaba del bosque de Montfermeil; lo habían cruzado juntos Cosette y él; se acordaba del tiempo que hacía, de los árboles sin hojas, del bosque sin pájaros, del cielo sin sol; pero, qué más daba, era delicioso. Ordenó las prendas pequeñas encima de la cama, la pañoleta junto a las enaguas, las medias al lado de los zapatos, la camisa junto al vestido, y las miró, una tras otra. Era una niña tan pequeña, llevaba la muñeca grande en brazos, se había metido el luis de oro en el bolsillo del delantal, se reía, iban los dos de la mano y ella sólo lo tenía a él en el mundo.

Entonces, la venerable cabeza blanca se desplomó encima de la cama, aquel viejo corazón estoico se quebró, la cara se abismó, por así decirlo, en la ropa de Cosette y, si alguien hubiera pasado por las escaleras en aquellos momentos, habría oído unos sollozos espantosos.

IV

Immortale jecur

Se reanudó la antigua lucha, tremenda, varias de cuyas fases hemos presenciado ya.

Jacob sólo luchó con el ángel una noche. Cuántas veces, ¡ay!, hemos visto a Jean Valjean a brazo partido en las tinieblas con su conciencia y luchando desesperadamente con ella.

¡Lucha inaudita! Hay momentos en que el pie resbala; en otros, se hunde el suelo. ¡Cuántas veces lo había oprimido y agobiado esa conciencia empecinada en el bien! ¡Cuántas veces le había puesto la rodilla en el pecho la verdad inexorable! ¡Cuántas veces, derribado por la luz, le había pedido clemencia a voces! ¡Cuántas veces esa luz implacable que el obispo había encendido en él y sobre él lo había alumbrado a la fuerza cuando lo que deseaba era que lo cegase! ¡Cuántas veces había vuelto a levantarse en el combate, se había aferrado a la roca, había apoyado las espaldas en el sofisma, se había arrastrado por el polvo, tan pronto derribando a su conciencia y aplastándola con su peso como cayendo derribado por ella! Cuántas veces, tras un equívoco, tras un razonamiento traidor y especioso del egoísmo oyó a su conciencia gritarle al oído: ¡Zancadilla! ¡Miserable! ¡Cuántas veces su mente, refractaria, había exhalado un estertor convulso ante la evidencia del deber! Resistencia a Dios. Sudores fúnebres. ¡Cuántas heridas secretas que sólo él notaba cómo sangraban! ¡Cuántas desolladuras en su mísera existencia! ¡Cuántas veces se había vuelto a levantar ensangrentado, magullado, postrado, más lúcido, con la desesperación en el corazón y la serenidad en el alma! Y, vencido, se sentía vencedor. Y, tras haberlo dislocado, atenazado y quebrantado, su conciencia, de pie y poniéndole el pie encima, temible, luminosa, tranquila, le

decía: ¡Y ahora ve en paz!

Pero, al salir de tan sombría lucha, qué paz, ¡ay!, tan lúgubre.

Esa noche, no obstante, Jean Valjean notó que estaba riñendo el último combate.

Tenía ante sí una pregunta cruel.

Las predestinaciones no caminan recto, no se desarrollan como una avenida rectilínea ante el predestinado; tienen callejones sin salida, intestinos ciegos, revueltas oscuras, encrucijadas inquietantes que brindan varios caminos. Jean Valjean estaba parado, en esos momentos, en la más peligrosa de esas encrucijadas.

Había llegado al cruce supremo del bien y del mal. Tenía ante la vista esa tenebrosa intersección. También en esta ocasión, como ya le había sucedido en otras peripecias dolorosas, se abrían ante él dos caminos: uno, tentador; el otro, espantoso. ¿Por cuál tirar?

El que infundía temor, ése era el que aconsejaba el misterioso dedo indicador que vemos todos cada vez que clavamos los ojos en la sombra.

Jean Valjean tenía que escoger una vez más entre el puerto aterrador y la trampa risueña.

¿Es, pues, cierto que el alma tiene cura, pero la suerte, no? ¡Qué cosa tan espantosa! ¡Un destino incurable!

Ésta era la pregunta que se le presentaba:

¿De qué forma iba a comportarse Jean Valjean en lo tocante a la dicha de Cosette y de Marius? Esa dicha, era él quien la había querido, era él quién la había forjado; se la había clavado a sí mismo hasta las entrañas; y, en el momento actual, al fijarse en ello, podía sentir esa satisfacción que sentiría un armero que reconociera su marca de fábrica en una navaja al tiempo que se la sacaba, humeante de sangre del pecho.

Cosette tenía a Marius; Marius poseía a Cosette. Lo tenían todo, incluso la riqueza. Y era obra suya.

Pero esa dicha, ahora que existía, ahora que había llegado, ¿qué iba a hacer con ella él, Jean Valjean? ¿Iba a imponer su presencia en esa dicha? ¿Iba tratarla como si le perteneciera? Cosette era de otro, no cabía duda; pero él, Jean Valjean, ¿iba a quedarse con cuanto pudiera de Cosette? ¿Iba a seguir siendo esa especie de padre, visto a medias, pero respetado, que había sido hasta entonces? ¿Iba a meterse tranquilamente en casa de Cosette? ¿Iba a

llevar, sin decir palabra, su pasado a ese porvenir? ¿Iba a presentarse como derechohabiente e iría a sentarse, velado, ante ese hogar luminoso? ¿Iba a tomar entre las suyas, trágicas, sonriéndoles, las manos de esos inocentes? ¿Iba a poner en los apacibles morillos del salón de los Gillenormand aquellos pies suyos que arrastraban en pos la sombra infamante de la ley? ¿Iba a pretender una participación en las oportunidades de Cosette y Marius? ¿Iba a volver más densa la oscuridad sobre su cabeza y la nube sobre las de ellos? ¿Iba a colocar a un tercero, su catástrofe, junto a las dos felicidades de ellos? ¿Iba a seguir callando? En pocas palabras, ¿iba a ser, junto a esos dos seres dichosos, el mudo siniestro del destino?

Hay que estar familiarizado con la fatalidad y sus encuentros para atreverse a alzar la vista cuando hay ciertas preguntas que se nos brindan en su espantosa desnudez. El bien o el mal se hallan entre esos severos signos de interrogación. ¿Qué vas a hacer?, pregunta la esfinge.

Jean Valjean estaba familiarizado con pruebas así. Clavó la mirada en la esfinge.

Pasó revista a todas las facetas del inmisericorde problema.

Cosette, aquella existencia encantadora, era la balsa de ese náufrago. ¿Qué hacer? ¿Aferrarse a ella o abrir las manos?

Si se aferraba, salía del desastre, volvía a subir a la luz del sol, dejaba que le escurriese el agua amarga de la ropa y del pelo, estaba salvado, vivía.

¿Iba a abrir las manos?

En tal caso, el abismo.

Deliberaba así, dolorosamente, con sus pensamientos. O, mejor dicho, luchaba, se abalanzaba con una rabia impetuosa por dentro, atacando ora su voluntad, ora su convencimiento.

Fue una dicha para Jean Valjean que pudiera llorar. Le aportó cierta luz. Sin embargo, los principios fueron fieros. Una tempestad, más rabiosa aún que la que, tiempo atrás, lo había empujado hacia Arras, se desencadenó en él. Le volvía el pasado y lo compulsaba con el presente; los comparaba y sollozaba. Abierta ya la compuerta de las lágrimas, el desesperado se retorcía.

Se sentía prisionero.

Por desgracia, en ese pugilato a ultranza entre nuestro egoísmo

y nuestro deber, cuando retrocedemos así, paso a paso, ante nuestro ideal inmutable, extraviados, encarnizados, exasperados si cedemos, disputando el terreno, a la espera de una escapatoria posible, buscando una salida, ¡qué resistencia tan brusca y siniestra es la pared que tenemos a la espalda, cuando estamos entre la espada y la pared!

¡Notar el obstáculo de la oscuridad sagrada!

¡Lo invisible inexorable, qué obsesión!

Nunca, pues, acabamos con la conciencia. Resígnate, Bruto; resígnate, Catón. No tiene fondo, porque es Dios. Arrojamos a ese pozo el trabajo de toda una vida, arrojamos la fortuna, arrojamos la riqueza, arrojamos el éxito, arrojamos la libertad o la patria, arrojamos el bienestar, arrojamos el reposo, arrojamos la alegría. ¡Más, más! ¡Vaciad el vaso! ¡Inclinad la urna! Al final, hay que acabar por arrojar el corazón.

Hay por algún sitio, entre la bruma de los infiernos antiguos, un tonel así.

¿No se nos puede perdonar acaso que acabemos por negarnos? ¿Puede tener algún derecho lo inagotable? ¿No están las cadenas infinitas por encima de la fortaleza humana? ¿Quién censuraría a Sísifo y a Jean Valjean si dijeran: ya basta?

El roce limita la obediencia de la materia; ¿no existe un límite para la obediencia del alma? Si el movimiento perpetuo es imposible, ¿es exigible la abnegación perpetua?

El primer paso no tiene importancia; el difícil es el último. ¿Qué había sido el caso Champmathieu comparado con la boda de Cosette y las consecuencias que traía consigo? ¿Qué es volver al presidio si se compara con volver al anonadamiento?

¡Ah, primer peldaño por bajar, qué oscuro estás! ¡Ah, segundo peldaño, qué negro eres!

¿Cómo no desviar la cara esta vez?

El martirio es una sublimación, una sublimación corrosiva. Es una tortura que equivale a una consagración y una coronación. Puede tolerarse durante la primera hora; nos sentamos en el trono de hierro al rojo, nos colocamos en la frente la corona de hierro al rojo, aceptamos el globo de hierro al rojo, cogemos el cetro de hierro al rojo; pero todavía nos queda vestir el manto de llamas; ¿y no ha de haber un momento en que la carne mísera se subleve y en

que abdiquemos del suplicio?

Por fin alcanzó Jean Valjean la calma del abatimiento.

Sopesó, meditó, examinó las alternativas de esa misteriosa balanza de luz y sombra.

Imponer el presidio, que era suyo, a esos dos niños deslumbrantes o consumar con sus propias manos su hundimiento irremediable. Por una parte, sacrificar a Cosette; por otra, sacrificarse él.

¿A qué solución se atuvo?

¿Qué determinación tomó? ¿Cuál fue, en su fuero interno, la respuesta definitiva que le dio al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta decidió abrir? ¿Qué parte de su vida tomó el partido de cerrar y condenar? De entre todas esas escarpaduras insondables que lo rodeaban, ¿con cuál se quedó? ¿Qué extremidad aceptó? ¿A cuál de esas simas asintió con la cabeza?

Aquel ensimismamiento vertiginoso duró toda la noche.

Allí se quedó, hasta que se hizo de día, en la misma postura, doblado en dos encima de aquella cama, prosternado bajo el peso de la enormidad de la suerte, aplastado, ¡ay!, quizá, con los puños crispados, los brazos estirados en ángulo recto, como un crucificado desenclavado que hubiesen arrojado al suelo boca abajo. Así estuvo doce horas, las doce horas de una larga noche de invierno, aterido, sin levantar la cabeza ni decir una palabra. Estaba inmóvil como un cadáver mientras el pensamiento se le revolcaba por los suelos y remontaba el vuelo, a ratos como la hidra y a ratos como el águila. Al verlo así, sin movimiento, hubiérase dicho un muerto; de repente, tenía un sobresalto convulso y la boca, pegada a la ropa de Cosette, la besaba; entonces se notaba que estaba vivo.

¿Quién lo notaba? ¿Quién era «se» si Jean Valjean estaba solo y no había nadie presente?

El Se que está en las tinieblas.

Libro séptimo

Las heces del cáliz

I

El séptimo círculo y el octavo cielo

La mañana siguiente a una boda es solitaria. La gente respeta el recogimiento de las personas felices. Y también, en cierto modo, respeta que duerman algo más. El barullo de las visitas y de las enhorabuenas no comienza hasta más tarde. La mañana del 17 de febrero eran algo más de las doce del mediodía cuando Basque, con el paño y el plumero debajo del brazo, ocupado en «hacer el recibidor», oyó un golpe flojo en la puerta. No habían tocado la campanilla, discreción de agradecer en un día así. Basque abrió y vio al señor Fauchelevent. Lo hizo pasar al salón, aún empantanado y revuelto y que parecía el campo de batalla de los regocijos de la víspera.

—Caramba, señor, es que nos hemos despertado tarde —comentó Basque.

—¿Está levantado el señor? —preguntó Jean Valjean.

—¿Qué tal el brazo, señor? —contestó Basque.

—Mejor. ¿Está levantado el señor?

—¿Cuál? ¿El viejo o el nuevo?

—El señor Pontmercy.

—¿El señor barón? —dijo Basque poniéndose firme.

Uno es barón sobre todo para sus criados. Algo les toca; tienen eso que un filósofo llamaría la salpicadura del título, y se sienten halagados. Marius, digámoslo de paso, republicano militante, como bien había demostrado, era ahora barón a pesar suyo. Había ocurrido en la familia, en lo referido a ese título, una revolución en pequeño. Ahora era el señor Gillenormand el que tenía empeño en que lo usara y Marius lo veía con desapego. Pero el coronel Pontmercy había dejado escrito: *Mi hijo llevará mi título.* Marius

obedecía. Y, además, Cosette, en quien empezaba a apuntar la mujer, estaba encantada de ser baronesa.

—¿El señor barón? —repitió Basque—. Voy a ver. Voy a decirle que está aquí el señor Fauchelevent.

—No. No le diga que soy yo. Dígale que alguien quiere hablar con él en privado y no le dé ningún nombre.

—¡Ah! —dijo Basque.

—Quiero darle una sorpresa.

—¡Ah! —repitió Basque, dándose a sí mismo el segundo ¡ah! como explicación del primero.

Y salió.

Jean Valjean se quedó solo.

El salón, como acabamos de decir, estaba en completo desorden. Daba la impresión de que, aguzando el oído, habría podido oírse el inconcreto rumor de la boda. Había en el suelo toda clase de flores caídas de las guirnaldas y de los peinados. Las velas, que habían ardido hasta el cabo, añadían al cristal de las arañas estalactitas de cera. No había ni un mueble en su sitio. En los rincones, tres y cuatro sillones, arrimados unos a otros y haciendo corro, parecían proseguir una charla. El conjunto era risueño. Queda aún cierto encanto en una fiesta muerta. Ha sido un suceso feliz. En ese maremágnum de sillas, entre esas flores que se marchitan, bajo esas luces apagadas, los pensamientos han sido alegres. El sol tomaba el relevo de las arañas y entraba alegremente en el salón.

Transcurrieron unos minutos. Jean Valjean estaba inmóvil en el sitio en que Basque lo había dejado. Estaba muy pálido. Tenía ojeras, y los ojos tan hundidos en las órbitas debido al insomnio que casi no se le veían. El frac negro estaba ajado, como una prenda con que se ha pasado la noche. Le manchaba de blanco los codos esa pelusilla que se queda pegada al paño cuando se roza con la ropa de casa. Jean Valjean miraba, a sus pies, el dibujo de la ventana que el sol trazaba en la tarima del suelo.

Oyó un ruido en la puerta y alzó la vista.

Marius entró con la cabeza erguida, la boca risueña, una luz indescriptible en el rostro, la frente despejada, la mirada triunfal. Tampoco él había dormido.

—¡Es usted, padre! —exclamó al ver a Jean Valjean—; ¡ese idiota de Basque me ha venido con aires misteriosos! Pero ha

madrugado demasiado. Sólo son las doce y media. Cosette todavía está durmiendo.

Esa palabra: padre, en labios de Marius y dirigida al señor Fauchelevent, equivalía a: dicha suprema. Sabido es que siempre había habido entre ambos trato escabroso, frialdad y tirantez; hielo por romper o por derretir. Marius estaba en un punto tal de embriaguez que la escabrosidad se suavizaba, el hielo se deshacía y el señor Fauchelevent era para él, igual que para Cosette, un padre.

Siguió hablando; se le desbordaban las palabras, cosa propia de esos divinos paroxismos de la alegría:

—¡Cuánto me alegro de verlo! ¡Si supiera cuánto lo echamos de menos ayer! Buenos días, padre. ¿Qué tal la mano? Mejor, ¿verdad?

Y, satisfecho con la grata respuesta que se daba a sí mismo, añadió:

—Hemos estado hablando mucho de usted los dos. ¡Cosette lo quiere tanto! Que no se le olvide que tiene aquí su habitación. No queremos volver a saber nada de la calle de L'Homme-Armé. Lo que se dice nada. ¿Cómo pudo irse a vivir a una calle así, que está enferma, que está enfurruñada, que es fea, que tiene una barrera en un extremo, en que hace frío, en donde no se puede entrar? Tiene que venirse a vivir aquí. Y hoy mismo. O tendrá que vérselas con Cosette. Está dispuesta a ponernos a todos firmes, se lo aviso. Ya ha visto usted su cuarto, está muy cerca del nuestro y da a los jardines; hemos mandado arreglar la cerradura, la cama está hecha, la habitación está lista, sólo falta que venga usted. Cosette ha colocado junto a la cama una poltrona grande, antigua, de terciopelo de Utrecht, y le ha dicho: ábrele los brazos. Todas las primaveras viene un ruiseñor al grupo de acacias que está delante de sus ventanas. Lo tendrá ahí dentro de dos meses. Tendrá su nido a la izquierda y el nuestro a la derecha. De noche, cantará el ruiseñor, y de día, hablará Cosette. Su habitación está orientada al sur. Cosette le colocará sus libros, su viaje del capitán Cook, y el otro, el de Vancouver, y todas sus cosas. Creo que hay entre ellas una maletita a la que tiene usted mucho apego; le he preparado un rincón con todos los honores. Se ha metido en el bolsillo a mi abuelo, le gusta usted. Viviremos juntos. ¿Sabe jugar al whist? Colmaría de alegría a mi abuelo si supiera jugar al whist. Los días en que tenga que ir yo al palacio de justicia, será usted quien lleve de paseo a Cosette; le

dará el brazo, ya sabe, como entonces, en Le Luxembourg. Estamos completamente decididos a ser muy felices. Y usted participará en nuestra felicidad, ¿me oye, padre? Por cierto, ¿almuerza hoy con nosotros?

—Caballero —dijo Jean Valjean—, tengo que decirle una cosa. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos audibles puede superar de la misma forma las facultades de la mente y las del oído. Esas palabras: *Soy un antiguo presidiario,* saliendo de los labios del señor Fauchelevent y entrando en los oídos de Marius, iban más allá de lo posible. Marius no las oyó. Le pareció que acababan de decir algo, pero no supo qué. Se quedó con la boca abierta.

Se dio cuenta entonces de que el hombre que le hablaba daba miedo. Lo cegaba su deslumbramiento y no se había fijado hasta entonces en aquella palidez terrible.

Jean Valjean desató la corbata negra que le sujetaba el brazo derecho, se quitó el lienzo que le envolvía la mano, dejó el pulgar al aire y se lo enseñó a Marius.

—No me pasa nada en la mano —dijo.

Marius le miró el pulgar.

—Nunca me ha pasado nada —añadió Jean Valjean.

Efectivamente, no había ni rastro de herida. Jean Valjean siguió diciendo:

—Era conveniente que yo no estuviera presente en su boda. He estado lo menos presente que he podido. Fingí esta herida para no cometer una falsificación, para no introducir un motivo de nulidad en la partida de matrimonio, para no tener que firmar.

Marius balbució:

—¿Qué quiere decir esto?

—Quiere decir —contestó Jean Valjean— que he estado en presidio.

—¡Me va a volver loco! —exclamó Marius, espantado.

—Señor Pontmercy —dijo Jean Valjean—, pasé diecinueve años en presidio. Por robo. Luego me condenaron a perpetuidad. Por robo. Por reincidencia. Ahora mismo, soy un evadido.

Por mucho que quisiera Marius retroceder ante la realidad, negar los hechos, resistirse a la evidencia, tenía que rendirse a ella. Empezaba a entender, y, como sucede siempre en tales casos,

entendió de más. Sintió el escalofrío de un repulsivo relámpago interior; una idea lo hizo estremecerse al cruzarle por la mente. Vio a medias en el porvenir un destino deforme para sí.

—¡Dígalo todo, dígalo todo! —gritó—. ¡Es usted el padre de Cosette!

Y retrocedió dos pasos con un gesto de espanto indecible.

Jean Valjean irguió la cabeza en actitud tan majestuosa que pareció crecer hasta el techo.

—Es preciso que me crea, caballero; y, aunque ante la justicia no tengan validez nuestros juramentos…

Aquí hubo un silencio; luego, con algo así como una autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando despacio y recalcando las sílabas:

—… Usted me creerá. ¡Yo, el padre de Cosette! No ante Dios, señor barón de Pontmercy; yo soy un campesino de Faverolles. Me ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, me llamo Jean Valjean. No soy nada de Cosette, puede estar tranquilo.

Marius balbució:

—¿Eso quién me lo prueba?

—Yo. Porque yo lo digo.

Marius miró a aquel hombre. Estaba sombrío y tranquilo. No podía salir ninguna mentira de aquella calma. Lo gélido es sincero. Se palpaba la verdad en aquella frialdad de tumba.

—Lo creo a usted —dijo Marius.

Jean Valjean asintió con la cabeza como para tomar constancia y siguió diciendo:

—¿Qué soy para Cosette? Un transeúnte. Hace diez años, no sabía que existía. La quiero, eso es cierto. Cuando has visto de pequeña a una niña y eres ya un viejo, la quieres. Cuando uno es viejo, se siente uno como un abuelo para todos los niños pequeños. Creo que sí puede dar usted por hecho que tengo algo que se parece a un corazón. Era huérfana. Sin padre ni madre. Me necesitaba. Por eso empecé a quererla. Son tan débiles los niños que el primero que llega, un hombre como yo, puede hacerles de protector. Cumplí ese deber con Cosette. No creo que pueda llamarse en realidad buena acción a una cosa tan pequeña; pero, si es una buena acción, digamos que sí, que la hice. Tome nota de esa circunstancia atenuante. Hoy, Cosette sale de mi vida; nuestros dos caminos se

separan. A partir de ahora no puedo ya hacer nada por ella. Es la señora Pontmercy. Ha cambiado de providencia. Y Cosette sale ganando con el cambio. Todo está bien como está. De los seiscientos mil francos, no me ha dicho usted nada, pero voy a tomar la delantera a lo que pudiera usted pensar: es un depósito. ¿Que cómo estaba en mis manos ese depósito? ¿Qué más da? Devuelvo el depósito. Ya no hay nada que pedirme. Completo esa restitución diciendo mi nombre auténtico. Eso es también cosa mía. Y yo tengo empeño en que sepa usted quién soy.

Y Jean Valjean miró a Marius a la cara.

Todo cuanto sentía Marius era tumultuoso e incoherente. Hay ráfagas de viento del destino que nos levantan olas como ésa en el alma.

Todos hemos pasado por momentos de alteración así en que todo se nos desperdiga por dentro; decimos lo primero que se nos ocurre, que no es siempre precisamente lo que habría que decir. Hay revelaciones súbitas con las que no podemos y que emborrachan como un vino funesto. Marius se había quedado estupefacto ante la situación nueva que estaba viendo, y tanto lo estaba que llegó a hablarle a aquel hombre casi como si le guardase rencor por la confesión.

—Pero ¡vamos a ver! —exclamó—. ¿Por qué me cuenta usted todo eso? ¿Quién lo obliga a ello? Podía haber guardado el secreto. Nadie lo ha denunciado, ni lo persigue, ni lo acosa. Tiene algún motivo para hacer de grado una revelación así. Concluya. Hay algo más. ¿Por qué esta confesión? ¿Por qué motivo?

—¿Por qué motivo? —contestó Jean Valjean con voz tan baja y tan sorda que hubiérase dicho que hablaba consigo mismo más que con Marius—. Efectivamente, ¿por qué motivo viene este presidiario a decir: soy un presidiario? Pues bien, sí, el motivo es raro. Es por honradez. Mire, lo malo es que llevo un hilo aquí, en el corazón, que me tiene atado. Los hilos así son resistentes sobre todo cuando eres viejo. La vida entera se va deshaciendo alrededor, y ellos aguantan. Si hubiera podido arrancarme ese hilo, romperlo, deshacer el nudo o cortarlo, irme muy lejos, estaba salvado, podría haberme ido; hay diligencias en la calle de Le Bouloy; los dos son felices y yo me voy. Intenté romper ese hilo, tiré de él, y aguantó, no se rompió, al arrancarlo me arrancaba el corazón. Entonces he

dicho: no puedo vivir más que donde vivo. Tengo que quedarme. Sí, sí, tiene usted razón, soy un imbécil; ¿por qué no quedarme, sencillamente? Usted me ofrece una habitación en esta casa, la señora Pontmercy me tiene cariño, le dice a ese sillón: ábrele los brazos; su abuelo está encantado de tenerme aquí, le gusto, viviremos todos juntos, comeremos en la misma mesa, le daré el brazo a Cosette… a la señora Pontmercy, perdón, es la costumbre, no tendremos sino un techo, una mesa, un fuego, el mismo sitio al amor de la lumbre en invierno, el mismo paseo en verano, eso es la felicidad, eso es todo. Viviremos en familia. ¡En familia!

Al decir esa palabra, Jean Valjean se puso hosco. Se cruzó de brazos, miró el suelo que pisaba como quisiera abrir una sima y, de pronto, le retumbó la voz:

—¡En familia! No. Yo no soy de ninguna familia. No soy de la de usted. No soy de la familia de los hombres. Sobro en las casas en que sus habitantes están entre sí. Hay familias, pero no son para mí. Yo soy el desventurado, estoy fuera. ¿Tuve un padre y una madre? Casi lo dudo. El día en que casé a esta niña, todo se acabó; la he visto feliz, y que estaba con el hombre al que ama, y que había un anciano bueno, un matrimonio de dos ángeles y todas las alegrías en esa casa, y que estaba bien que así fuera; me he dicho: Tú no entres. Podía mentir, es cierto, podía engañarlos a todos, seguir siendo el señor Fauchelevent. Mientras lo hacía por ella, pude mentir; pero ahora que mentiría por mí, no debo hacerlo. Bastaba con que me callase, es cierto, y todo habría seguido adelante. ¿Me pregunta qué me obliga a hablar? Una cosa peculiar: mi conciencia. Y eso que callarme era tan fácil. He pasado la noche intentando convencerme de ello; me está usted confesando, y lo que acabo de decirle es tan extraordinario que está en su derecho; pues sí, me he pasado la noche dándome razones, me he dado muy buenas razones, le aseguro que he hecho cuanto he podido. Pero hay dos cosas que no he conseguido: ni romper el hilo que me sujeta aquí por el corazón, clavado, remachado y sellado, ni lograr que se callase alguien que me habla por lo bajo cuando estoy solo. Y por eso he venido esta mañana a confesárselo todo. Todo o casi. Sería inútil contar cosas que sólo me atañen a mí; me lo guardo. Lo esencial, ya lo sabe. Así que agarré mi misterio y se lo he traído. Y he destripado mi secreto en presencia suya. No ha sido una decisión

fácil de tomar. He luchado toda la noche. ¡Ah! ¿Cree acaso que no me he dicho que éste no era el caso Champmathieu; que al ocultar cómo me llamaba no le hacía daño a nadie; que el apellido Fauchelevent me lo dio el propio Fauchelevent en agradecimiento por un favor que le había hecho; y que no había inconveniente en que me quedase con él; y que sería feliz en esa habitación que me ofrece, que no estorbaría, que me quedaría en mi rinconcito y, mientras usted tenía a Cosette, yo tendría el pensamiento de que estaba en la misma casa que ella? Todos habríamos tenido nuestra parte proporcional de dicha. Todo se arreglaba con seguir siendo el señor Fauchelevent. Sí, todo menos mi alma. La alegría me cubría por completo, pero seguía teniendo a oscuras el fondo del alma. No basta con ser feliz, hay que estar contento. De esa forma habría seguido siendo el señor Fauchelevent; de esta forma habría ocultado mi verdadero rostro; de esta forma, mientras presenciaba el florecimiento de los dos, habría habido en mí un enigma; de esta forma, entre la luz de pleno día de los dos, yo habría tenido tinieblas; de esta forma, sin previo aviso, así por las buenas, habría traído el presidio al hogar de los dos; me habría sentado a la mesa de los dos mientras pensaba que, de haberlo sabido, me habríais expulsado; habría dejado que me sirvieran unos criados que, de haberlo sabido, habrían dicho: ¡Qué espanto! Habría rozado con el codo a quienes estarían en su derecho si no quisieran ese roce; habría robado los apretones de manos. En esta casa el respeto se habría repartido entre canas venerables y canas reprobables; en las horas más íntimas, cuando todos los corazones hubieran pensado que estaban abiertos unos para otros hasta lo hondo, cuando hubiéramos estado los cuatro juntos, los dos y su abuelo de usted y yo, ¡habría habido un desconocido! Habría estado codo con codo con estas existencias sin poder pensar más que en no levantar nunca la tapa de mi tremendo pozo. Y, de esa forma, yo, un muerto, me habría impuesto a los vivos. A Cosette la habría condenado a mí a perpetuidad. ¡Usted, ella y yo habríamos sido tres cabezas dentro del gorro verde! ¿No se estremece? Ahora sólo soy el más acongojado de los hombres; habría sido el más monstruoso. ¡Y ese crimen lo habría cometido a diario! ¡Y esa mentira la habría dicho a diario! ¡Y esa cara nocturna la habría tenido puesta encima de la mía a diario! Y de este estigma mío os habría dado una parte a

diario, ¡a diario!, a vosotros, queridos míos, a vosotros, hijos míos, a vosotros, inocentes míos. ¿Callarse es poca cosa? ¿Guardar silencio es sencillo? No, no es sencillo. Existe un silencio que miente. ¡Y mi mentira, y mi fraude, y mi indignidad, y mi cobardía, y mi traición, y mi crimen, los habría bebido gota a gota, los habría escupido y los habría vuelto a beber, lo habría dejado a medianoche y lo habría reanudado a mediodía, y al decir buenos días habría mentido, y al decir buenas noches habría mentido, y habría dormido con eso y lo habría comido con el pan, y habría mirado a Cosette a la cara, y habría respondido a la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado, habría sido un embaucador abominable. ¿Par qué? Para ser feliz. ¡Para ser feliz yo! ¿Acaso tengo derecho a ser feliz? Estoy fuera de la vida, caballero.

Jean Valjean dejó de hablar. Marius escuchaba. Cadenas así, de ideas y de angustias, no pueden interrumpirse. Jean Valjean volvió a bajar la voz, pero ya no era la voz sorda, era la voz lúgubre.

—¿Me pregunta por qué hablo? Ni me han denunciado, ni me persiguen, ni me acosan, me ha dicho. ¡Sí! ¡Sí me han denunciado! ¡Sí! ¡Sí me persiguen! ¡Sí! ¡Sí me acosan! ¿Quién? ¡Yo! Yo soy quien me sale al paso, y me lleva a rastras, y me empuja, y me encarcela y me ejecuta. Y cuando es uno quien se apresa a sí mismo, está uno bien apresado.

Y, agarrándose el frac a puñados y tirando de él hacia Marius, siguió diciendo:

—Mire este puño. ¿No le parece que me tiene agarrado por el cuello del frac como si no fuera a soltarlo? Pues es que es otro puño, ¡la conciencia! Caballero, quien quiera ser feliz lo que tiene que hacer es no enterarse del deber, porque, en cuanto se entera, el deber es implacable. Parece como si nos castigase por habernos enterado; pero, no, es una recompensa; porque nos mete en un infierno en que notamos al lado a Dios. En cuanto nos rasgamos las entrañas ya estamos en paz con nosotros mismos.

Y, con una insistencia dolorosa, añadió:

—Señor Pontmercy, todo esto no tiene ni pies ni cabeza; soy un buen hombre. Degradándome ante usted es como me elevo ante mí mismo. Esto mismo me pasó ya en otra ocasión, pero era menos doloroso; no era nada. Sí, un buen hombre. No lo sería si, por mi culpa, hubiera seguido usted estimándome; ahora que me desprecia,

lo soy. Va conmigo esta fatalidad: nunca puedo tener más consideración que una robada, y es una consideración que me humilla y me agobia por dentro; y para que yo me respete, tienen que despreciarme. Entonces es cuando me enderezo. Soy un presidiario que obedece a su conciencia. Ya sé que no parece lógico, pero, ¿qué quiere usted que le haga? Así son las cosas. Tengo unos cuantos compromisos conmigo mismo, y cumplo con ellos. Hay encuentros que nos comprometen. Hay azares que desembocan en obligaciones. Ya ve, señor Pontmercy, que me ha ocurrido de todo en la vida.

Jean Valjean hizo otra pausa, tragando saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuvieran un regusto amargo, y prosiguió:

—Cuando lleva uno un espanto así a cuestas, no tiene derecho a obligar a los demás a que lo compartan sin saberlo, no tiene derecho a contagiarles la propia peste, no tiene derecho a meterlos en su propio precipicio sin que se den cuenta, no tiene derecho a echarles por encima a los demás el propio blusón rojo; uno no tiene derecho a empantanar solapadamente con la propia miseria la dicha de los demás. Y es odioso acercarse a los sanos y rozarlos, en la sombra, con la propia úlcera invisible. Por mucho que Fauchelevent me prestase su apellido, no tengo derecho a usarlo; él pudo dármelo, yo no he podido tomarlo. Un apellido es un yo. Mire, caballero, tengo algo pensado y algo leído, aunque sea un campesino; y ya ve que me expreso bien. Me doy cuenta de las cosas. Me he hecho una educación propia. Y sí, robar un apellido y meterse debajo no es honrado. Las letras del alfabeto pueden birlarse igual que una bolsa o un reloj. Ser una firma falsa de carne y hueso, ser una llave falsa viva, entrar en casa de la gente honrada haciéndole trampas en la cerradura, no mirar ya nunca de frente, sólo de reojo, ser infame por dentro: ¡no!, ¡no!, ¡no!, ¡no! Vale más sufrir, sangrar, llorar, arrancarse de la carne la piel con las uñas, pasar las noches retorciéndose de angustia, consumirse las entrañas y el alma. Y por eso he venido a contarle todo esto. De grado, como dice usted.

Respiró trabajosamente y concluyó con estas palabras:

—Hace tiempo, para vivir, robé un pan; hoy, para vivir, no quiero robar un apellido.

—Para vivir —lo interrumpió Marius—. ¿No necesita ese

apellido para vivir?

—Yo me entiendo —contestó Jean Valjean, asintiendo varias veces seguidas, despacio, con la cabeza.

Hubo un silencio. Los dos callaban, sumidos ambos en un abismo de pensamientos. Marius se había sentado junto a una mesa y apoyaba la comisura de los labios en uno de los dedos, doblado. Jean Valjean paseaba arriba y abajo. Se detuvo delante de un espejo y se quedó allí sin moverse. Luego, como si respondiera a un razonamiento interior, dijo, mirando ese espejo, en el que no se veía:

—¡Mientras que ahora siento alivio!

Siguió andando arriba y abajo por el salón. Al darse la vuelta, cayó en la cuenta de que Marius lo estaba mirando andar. Entonces le dijo, con tono inefable:

—Cojeo un poco. Ahora ya entenderá por qué.

Se volvió luego del todo hacia Marius.

—Y ahora, caballero, imagínese lo siguiente: no he dicho nada, he seguido siendo el señor Fauchelevent, he ocupado en su casa el sitio que me corresponde, soy uno de los suyos, vivo en mi habitación, por las mañanas vengo a almorzar en zapatillas, por las noches vamos al teatro los tres, acompaño a la señora Pontmercy a Les Tuileries y a la Place-Royale, estamos juntos, usted me toma por su igual; un buen día, ahí estoy, ahí está usted, charlamos, reímos; de repente oye una voz que grita este nombre: ¡Jean Valjean! ¡Y hete aquí que esa mano espantosa, la policía, sale de la sombra y me arranca de golpe la careta!

Volvió a quedarse callado; Marius se había puesto de pie, estremecido. Jean Valjean añadió:

—¿Qué le parece?

El silencio de Marius era una respuesta.

Jean Valjean siguió diciendo:

—Ya ve que tengo razón al no callarme. Mire, sea feliz, viva en el cielo, sea el ángel de un ángel, viva a pleno sol y que con eso le baste, y no se preocupe de cómo se las apaña un pobre condenado para abrirse el pecho y cumplir con su deber; tiene usted delante a un hombre bien mísero, caballero.

Marius cruzó el salón despacio y, al llegar junto a Jean Valjean, le tendió la mano.

Pero Marius tuvo que coger aquella mano que no se le brindaba. Jean Valjean se lo consintió y a Marius le pareció que estaba estrechando una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene amistades —dijo Marius—; conseguiré que lo indulten.

—Es inútil —contestó Jean Valjean—. Me dieron por muerto. A los muertos no los vigilan. Se da por supuesto que se están pudriendo tranquilamente. La muerte es lo mismo que el indulto.

Y, retirándole a Marius la mano que éste le tenía cogida, añadió, con algo así como una dignidad inexorable:

—Por lo demás, cumplir con mi deber, tal es el amigo de quien echo mano; y no necesito más indulto que el de mi conciencia.

En ese momento, en la otra punta del salón, entornaron la puerta despacio y, en el resquicio, apareció la cabeza de Cosette. Sólo se le veía el dulce rostro; iba admirablemente despeinada, tenía aún los párpados cargados de sueño. Hizo el mismo ademán de un pájaro que saca la cabeza del nido, miró primero a su marido; luego, a Jean Valjean, y les dijo, alzando la voz y riéndose, y era como ver una sonrisa en lo hondo de una rosa:

—Apuesto a que estáis hablando de política. ¡Menuda tontería! ¡En vez de estar conmigo!

Jean Valjean se sobresaltó.

—¡Cosette…! —balbució Marius. Y se quedó callado. Hubiérase dicho que eran dos culpables.

Cosette, radiante, seguía mirándolos a ambos. Tenía en los ojos vistas a un paraíso.

—Os he pillado con las manos en la masa —dijo Cosette—. Acabo de oír a través de la puerta a ese señor Fauchelevent mío decir: La conciencia… Cumplir con el deber… Eso es política. Y no quiero. No se puede hablar de política al día siguiente mismo. No es justo.

—Estás equivocada, Cosette —contestó Marius—. Estamos hablando de negocios. Hablamos de la mejor forma de invertir tus seiscientos mil francos…

—Como si no hubiera más que eso de que hablar —interrumpió Cosette—. Aquí llego. ¿Estorbo?

Y, entrando resueltamente por la puerta, se metió en el salón. Llevaba una larga bata blanca, con mil frunces y unas mangas

anchas, que desde el cuello le llegaba a los pies. Hay en los cielos de oro de los cuadros góticos antiguos bolsas así de encantadoras donde meter a los ángeles.

Se miró de pies a cabeza en un espejo grande y luego exclamó, en una explosión de éxtasis inefable:

—Había una vez un rey y una reina. ¡Ay, qué contenta estoy!

Dicho esto, les hizo una reverencia a Marius y a Jean Valjean.

—Bueno —dijo—, me voy a acomodar en un sillón aquí, con vosotros. El almuerzo es dentro de media hora; podéis decir todo lo que queráis, ya sé que los hombres tienen que hablar; me portaré muy bien.

Marius la tomó del brazo y le dijo amorosamente:

—Estamos hablando de negocios.

—Por cierto —contestó Cosette—, he abierto la ventana y acaban de llegar al jardín un montón de pardillos. Pájaros, quiero decir, no máscaras. Hoy es miércoles de ceniza, pero no para los pájaros.

—Te digo que estamos hablando de negocios. Anda, Cosette, preciosa, déjanos solos un ratito. Hablamos de números y te aburrirías.

—Te has puesto esta mañana una corbata muy bonita, Marius. Estáis muy guapo, majestad. No, no me aburriré.

—Te aseguro que te aburrirás.

—No, porque sois vosotros. No me enteraré, pero atenderé. Cuando se oyen las voces queridas, no hace falta entender qué palabras dicen. Todo cuanto quiero es que estemos aquí, juntos. ¡Me quedo con vosotros, hale!

—¡Eres mi amadísima Cosette! Imposible.

—¡Imposible!

—Sí.

—Está bien —siguió diciendo Cosette—. Os habría contado novedades. Os habría dicho que el abuelo todavía está durmiendo; que la tía de usted ha ido a misa; que la chimenea de este señor Fauchelevent mío tira mal; que Nicolette ha avisado al deshollinador; que Toussaint y Nicolette se han peleado ya; que Nicolette se ríe de Toussaint porque tartamudea. Bueno, pues os lo vais a perder. ¿Conque imposible? Ya diré yo que es imposible, caballero, cuando me toque decirlo. ¿Y quién se llevará un buen

chasco? Te lo pido por favor, Marius, tesorito, déjame que me quede aquí con los dos.

—Te juro que tenemos que estar solos.

—Muy bien. ¿Es que acaso soy yo alguien?

Jean Valjean no decía nada. Cosette se volvió hacia él:

—A ver, padre, de entrada, quiero que venga a darme un beso. ¿Qué hace usted ahí callado en vez de ponerse de mi parte? ¿Qué he hecho yo para que me tocase un padre así? Ya ve lo mal que me va en el matrimonio. Mi marido me pega. Venga, béseme ahora mismo

Jean Valjean se acercó.

Cosette se volvió hacia Marius.

—Y usted se chincha.

Luego le brindó la frente a Jean Valjean.

Jean Valjean dio un paso hacia ella.

Cosette retrocedió.

—Padre, está muy pálido. ¿Le duele el brazo?

—Ya se me ha curado —dijo Jean Valjean.

—¿Ha dormido mal?

—No.

—¿Está triste?

—No.

—Deme un beso. Si está bien de salud, si duerme bien y si está contento, no lo reñiré.

Y volvió a acercarle la frente.

Jean Valjean puso un beso en esa frente donde había un reflejo celestial.

—Sonría.

Jean Valjean sonrió. Fue la sonrisa de un espectro.

—Y ahora defiéndame de mi marido.

—¡Cosette!… —dijo Marius.

—Enfádese, padre. Dígale que me tengo que quedar. Se puede hablar delante de mí. ¿O es que os parezco muy tonta? ¿Tan sorprendente es lo que estáis diciendo? Negocios, meter dinero en un banco, vaya cosa. Los hombres enseguida se andan con misterios. Quiero quedarme. Estoy muy bonita esta mañana. Mírame, Marius.

Y con un encogimiento de hombros adorable y a saber qué

enfurruñamiento exquisito, miró a Marius. Hubo entre ellos algo así como un relámpago. Poco importaba que hubiera alguien presente.

—¡Te quiero! —dijo Marius.

—¡Te adoro! —dijo Cosette.

Y cayeron irresistiblemente en brazos uno de otro.

—Y ahora —añadió Cosette arreglándose un pliegue de la bata con un mohín triunfante— me quedo.

—Eso sí que no —contestó Marius con tono suplicante—. Tenemos que dejar terminado algo.

—¿Otra vez me dices que no?

Marius adoptó un tono de voz serio:

—Te aseguro, Cosette, que es imposible.

—Ah, conque sacando la voz de hombre, caballero. Muy bien. Ya me marcho. Usted, padre, no me ha apoyado. Mi señor marido, mi señor papá, sois dos tiranos. Se lo voy a contar al abuelo. Si os creéis que voy a volver con servilismos, estáis equivocados. Yo tengo mi orgullo. Ya me las pagaréis. Ya veréis lo que os vais a aburrir sin mí. Me marcho y os está bien empleado.

Y se fue.

Dos segundos después, la puerta volvió a abrirse, el lozano rostro encendido asomó otra vez entre las hojas y les gritó;

—Estoy muy enfadada.

Volvió a cerrarse la puerta y volvieron las tinieblas.

Fue como un rayo de sol equivocado que, sin sospecharlo, hubiese cruzado de pronto por la oscuridad.

Marius se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada.

—¡Pobre Cosette! —susurró—. Cuando lo sepa…

Al oír aquello, a Jean Valjean se le estremecieron todos los miembros. Clavó en Marius una mirada extraviada.

—¡Cosette! Ah, sí, es verdad, se lo va a decir a Cosette. Es justo. Vaya, no lo había pensado. Tiene uno fuerzas para una cosa y no las tiene para otra. Caballero, se lo imploro, se lo suplico, caballero, júreme por lo más sagrado que no se lo dirá. ¿No basta con que lo sepa usted? He podido decirlo espontáneamente, sin que nadie me obligase, se lo habría dicho al universo, al mundo entero, me daba igual. Pero ella, ella no sabe qué es eso, se quedaría espantada. Un presidiario, ¿eso qué es? No quedaría más remedio que explicárselo, que decirle: Es un hombre al que mandaron a un penal. Un día vio

pasar una cadena de presos. ¡Ah, Dios mío!

Se desplomó en un sillón y escondió el rostro en ambas manos. No se lo oía, pero por el estremecimiento de los hombros se notaba que estaba llorando. Llanto silencioso, llanto terrible.

En los sollozos hay algo asfixiante. Se adueñó de él una especie de convulsión; se echó hacia atrás, contra el respaldo del sillón, como para respirar, con los brazos colgando, y Marius pudo verle el rostro cubierto de lágrimas; y Marius le oyó susurrar, tan bajo que parecía salirle la voz de unas profundidades sin fondo:

—¡Ah, querría morirme!

—Esté tranquilo —dijo Marius—. Sólo yo estaré al tanto de este secreto.

Y, menos enternecido quizá de lo que habría debido sentirse, pero obligado desde hacía una hora a familiarizarse con una situación espantosa y desesperada, viendo cómo gradualmente un presidiario iba, ante su vista, ocupando el lugar del señor Fauchelevent, al adueñarse de él poco a poco aquella realidad lúgubre y movido por el discurrir natural de los acontecimientos a comprobar qué intervalo acababa de abrirse entre aquel hombre y él, Marius añadió:

—Me es imposible no mencionar ese depósito que tan fiel y honradamente ha entregado. Ha sido un acto de probidad. Es justo que reciba una recompensa. Fije la cantidad usted mismo y se le entregará. No tema pedir demasiado.

—Se lo agradezco, caballero —contestó Jean Valjean mansamente.

Se quedó unos instantes pensativo, pasándose mecánicamente la yema del índice por la uña del pulgar; y, luego, alzó la voz:

—Ya hemos terminado casi del todo. Me queda una última cosa…

—¿De qué se trata?

Jean Valjean, tras un titubeo supremo, sin voz, casi sin resuello, balbució más que dijo:

—Ahora que ya está al tanto, ¿cree usted, caballero, que es quien manda, que no debo volver a ver a Cosette?

—Creo que valdría más —contestó Marius con frialdad.

—No volveré a verla —susurró Jean Valjean.

Y se encaminó hacia la puerta.

Agarró el picaporte, el pestillo cedió y se entornó la puerta. Jean Valjean la abrió lo suficiente para poder salir, se quedó un momento inmóvil, luego volvió a cerrar la puerta y se volvió hacia Marius.

Ya no estaba pálido, estaba lívido. No tenía ya lágrimas en los ojos, sino algo así como una llama trágica. Su voz volvía a ser extrañamente serena.

—Mire, caballero —dijo—, si no le importa vendré a verla. Le aseguro que lo deseo ansiosamente. Si no hubiera tenido empeño en ver a Cosette, no le habría confesado lo que le he confesado, me habría ido; pero, por querer quedarme donde esté Cosette y seguir viéndola, he tenido que decírselo todo honradamente. Va siguiendo mi razonamiento, ¿verdad? Es algo fácil de entender. Verá, lleva más de nueve años conmigo. Primero vivimos en ese caserón del bulevar; luego, en el convento; luego, cerca de Le Luxembourg. Allí fue donde la vio usted por primera vez. Se acordará del sombrero de felpa azul que llevaba. Luego nos fuimos al barrio de Les Invalides, donde había una verja y un jardín. La calle de Plumet. Yo vivía en un patinillo trasero desde el que oía el piano. Ésa era mi vida. Nunca nos separábamos. Duró nueve años y unos cuantos meses. Yo era como su padre, y ella era mi hija. No sé si me entiende, señor Pontmercy, pero irme ahora, no verla más, no volver a hablarle, quedarme sin nada, me resultaría difícil. Si no le pareciera mal, vendría de vez en cuando a ver a Cosette. No vendría mucho. No me quedaría mucho rato. Puede usted decir que me hagan pasar a la salita de abajo. En la planta baja. Podría entrar por la puerta trasera, que es la de los criados, pero a lo mejor le extrañaba a alguien. Creo que vale más que entre por la puerta de todo el mundo. Se lo digo muy de verdad, caballero. Me gustaría mucho ver a Cosette por algún tiempo más. Tan pocas veces como usted disponga. Póngase en mi lugar, sólo me queda eso. Y, además, hay que ser precavido. Si dejase de venir por completo, causaría mal efecto, parecería raro. Lo que puedo hacer, por ejemplo, es venir a última hora de la tarde, cuando empiece a oscurecer.

—Vendrá usted todas las noches —dijo Marius— y Cosette lo estará esperando.

—Es usted bueno, caballero —dijo Jean Valjean.

Marius se despidió de Jean Valjean, la dicha acompañó hasta la

puerta a la desesperación y los dos hombres se separaron.

II

Las partes oscuras que puede haber en una revelación

Marius estaba trastornado.

Ahora ya tenía la explicación de aquella especie de distanciamiento que siempre había notado por el hombre junto a quien veía a Cosette. Había en aquella persona un no sé qué enigmático del que lo avisaba el instinto. Ese enigma era la más repugnante de las vergüenzas, el presidio. Aquel señor Fauchelevent era el presidiario Jean Valjean.

Toparse de pronto con semejante secreto en medio de la dicha es algo así como descubrir un escorpión en un nido de tórtolas.

¿Semejante vecindario condenaba para siempre la dicha de Marius y de Cosette? ¿Era un hecho ya decidido? ¿Aceptar a aquel hombre formaba parte de la consumación del matrimonio? ¿Ya no tenía remedio?

¿Marius se había casado también con el presidiario?

Por mucho que se vea alguien coronado de luz y alegría, por mucho que esté paladeando la magna hora purpúrea de la vida, el amor correspondido, unas conmociones como ésta forzarían a estremecerse incluso al arcángel en pleno éxtasis, incluso al semidiós en toda su gloria.

Como siempre sucede en los cambios de decorado a la vista del público, como este de ahora, Marius se preguntaba si no tendría algo que reprocharse. ¿Le había faltado intuición? ¿Había carecido de prudencia? ¿Se había aturdido voluntariamente? Un poco, quizá. ¿Había iniciado sin tomar suficientes precauciones para investigar el entorno aquella aventura amorosa que había desembocado en su boda con Cosette? Comprobaba —así, por una secuencia de

comprobaciones sucesivas acerca de nuestra propia persona es como la vida nos va enmendando poco a poco—, comprobaba, digo, la faceta quimérica o visionaria de su forma de ser, algo así como una nube interior propia de muchos caracteres y que, en los paroxismos de la pasión y del dolor, se dilata, modificando la temperatura del alma, y se adueña por entero del hombre hasta tal punto que lo convierte nada más que en una conciencia sumida en una niebla. En más de una ocasión hemos indicado ese elemento característico de la individualidad de Marius. Recordaba que, en la embriaguez de su amor, en la calle de Plumet, durante aquellas cinco o seis semanas extáticas, ni siquiera le había mencionado a Cosette el drama del caserón Gorbeau cuya víctima había adoptado una postura deliberada de silencio durante la lucha y la posterior evasión. ¿Cómo es que no le había dicho nada a Cosette? ¡Y eso que era tan reciente y tan espantoso! ¿Cómo es que ni siquiera le había mencionado a los Thénardier y, muy en particular, el día en que se había encontrado con Éponine? Casi le costaba explicarse ahora su silencio de entonces. Pero era consciente de ello. Se acordaba de lo aturdido que se había quedado, de su embriaguez por Cosette, del amor que lo absorbía todo, de aquel arrebato mutuo en lo ideal, y quizá también, como de la cantidad imperceptible de sentido común que iba mezclado con aquel estado delicioso y violento del alma, de un impreciso y sordo instinto de ocultar y proscribir de su memoria esa aventura tremenda cuyo contacto temía, en la que no quería desempeñar ningún papel, a la que se hurtaba y en la que no podía ser ni narrador ni testigo sin ser acusador. Por lo demás, aquellas pocas semanas habían sido un relámpago; no les había dado tiempo a nada, sólo a quererse. Pero, en resumidas cuentas, y bien pensado, aunque le hubiera contado la encerrona del caserón Gorbeau a Cosette, aunque le hubiera nombrado a los Thénardier, ¿qué consecuencias habría tenido, incluso aunque hubiera descubierto que Jean Valjean era un presidiario? ¿Qué habría cambiado en él, en Marius? ¿Qué habría cambiado en ella, en Cosette? ¿Habría dado Marius marcha atrás? ¿La habría adorado menos? ¿Habría dejado de casarse con ella? No. ¿Habría cambiado algo en cuanto había hecho? No. Así que no había nada de que arrepentirse, nada que reprocharse. Todo estaba bien como estaba. Hay un dios para esos borrachos a los que llamamos enamorados. Marius había escogido,

ciego, el mismo camino que habría escogido clarividente. El amor le había vendado los ojos para llevarlo ¿adónde? Al paraíso.

Pero a partir de ahora ese paraíso lo enmarañaba un vecindario infernal.

Con el antiguo distanciamiento de Marius hacia ese hombre, ese Fauchelevent que se había convertido en Jean Valjean, se mezclaba ahora cierta repulsión.

Hemos de decir que en esa repulsión había cierta compasión e, incluso, cierta sorpresa.

Aquel ladrón, aquel ladrón reincidente, había entregado un depósito. ¿Y qué depósito? Seiscientos mil francos. Sólo él estaba al tanto de ese depósito, podía quedarse con todo y lo había entregado.

Además, había revelado espontáneamente su situación. Nada lo obligaba a ello. Sabía quién era porque se lo había dicho él. Había en aquella confesión más aceptación que humillación, había aceptación del peligro. Para un condenado, una careta no es una careta, es un refugio. Había renunciado a ese refugio. Un nombre falso es la seguridad; había descartado ese nombre falso. Podía, él, un presidiario, esconderse para siempre en el seno de una familia honrada; había resistido a esa tentación. ¿Y por qué? Por escrúpulos de conciencia. Lo había explicado personalmente con el irresistible acento de la realidad. En resumidas cuentas, ese Jean Valjean, fuere quien fuere, era indudablemente una conciencia que se estaba despertando. Había allí el comienzo de a saber qué rehabilitación; y, según todas las apariencias, los escrúpulos se habían adueñado ya hacía mucho de aquel hombre. Semejantes arrebatos de justicia y de bondad no son propios de un carácter corriente. Una conciencia que se despierta es propia de un alma magnánima.

Jean Valjean era sincero. Esa sinceridad, visible, palpable, irrefragable, evidente incluso en el dolor que le causaba, volvía inútiles las informaciones y prestaba autoridad a cuanto decía aquel hombre. Llegados aquí, se invertía para Marius el orden natural de las situaciones. ¿Qué surgía del señor Fauchelevent? Desconfianza. ¿Qué se desprendía de Jean Valjean? Confianza.

Al hacer Marius, pensativo, un misterioso balance del Jean Valjean aquel, tomaba en cuenta el activo, tomaba en cuenta el pasivo y conseguía llegar a un equilibrio. Pero todo transcurría como

en una tormenta. Marius, al esforzarse por hacerse una idea clara de ese hombre y persiguiendo, por así decirlo, a Jean Valjean en lo hondo del pensamiento, lo perdía y volvía a encontrarlo envuelto en una bruma fatídica.

Aquel depósito devuelto con total honradez, la probidad de la confesión eran cosas buenas. Eran como una escampada entre nubarrones; luego los nubarrones volvían a ser negros.

Por borrosos que fueran los recuerdos de Marius, alguna sombra de ellos le volvía.

¿Qué había sido, en definitiva, aquella aventura de la buhardilla de los Jondrette? ¿Por qué, cuando llegó la policía, ese hombre escapó en vez de presentar una denuncia? Y ahora Marius encontraba la respuesta. Porque era un reincidente que se había evadido.

Otra pregunta: ¿por qué había ido el hombre aquel a la barricada? Porque ahora Marius volvía a ver con claridad ese recuerdo, que había surgido, con las emociones, igual que la tinta simpática con el calor del fuego. Ese hombre estaba en la barricada. No combatía. ¿A qué había ido? Al hacerse esa pregunta, se alzaba un espectro y le daba la respuesta. Javert. Marius recordaba a la perfección ahora la fúnebre visión de Jean Valjean llevándose de la barricada a Javert atado, y aún oía, tras la esquina de la callejuela de Montdétour, el espantoso disparo de pistola. Era muy verosímil que ese soplón y ese presidiario se aborrecieran. Uno de ellos era un estorbo para el otro. Jean Valjean había ido a la barricada para vengarse. No había llegado en los primeros momentos. Sabía probablemente que Javert estaba prisionero allí. La vendetta corsa se introdujo en algunos bajos fondos y ahora es ley; es tan sencilla que no extraña a las almas medio vueltas hacia el bien; y esos corazones son de forma tal que un criminal en vías de arrepentimiento puede tener escrúpulos a la hora de robar y no a la hora de vengarse. Jean Valjean había matado a Javert. Al menos, parecía evidente.

Última pregunta, para concluir, pero ésta no tenía respuesta. Esa pregunta, Marius la notaba como una tenaza. ¿Cómo era que la existencia de Jean Valjean había transcurrido tanto tiempo junto a la de Cosette? ¿Qué era aquel sombrío juego de la Providencia que había puesto a esa niña en contacto con este hombre? ¿Es que

también existen en las alturas cadenas de doble grillo y Dios se complace en emparejar al ángel con el demonio? ¿Pueden ser, pues, un crimen y una inocencia compañeros de dormitorio en el misterioso penal de las miserias? En ese desfile de condenados que llaman el destino humano ¿pueden caminar juntas dos cabezas, una ingenua y otra tremenda, una envuelta del todo en los divinos albores del amanecer y otra que empalidece por siempre el resplandor de un relámpago continuo? ¿Quién había podido decidir ese ayuntamiento inexplicable? ¿Cómo y por qué prodigio podía haberse constituido esa comunidad de vida entre la niña celestial y el réprobo anciano? ¿Quién había podido unir al cordero y al lobo y, cosa aún más incomprensible, apegar el lobo al cordero? Porque el lobo quería al cordero; porque aquella persona hosca y fiera adoraba a la criatura débil; porque, durante nueve años, el apoyo del ángel había sido el monstruo. A la infancia y la adolescencia de Cosette, a su acceso a la luz, a su crecimiento virginal hacia la vida y la claridad les había servido de abrigo aquella abnegación deforme. Al llegar aquí, las preguntas se exfoliaban, por así decirlo, en enigmas incontables; se abrían más abismos en el fondo de los abismos y Marius no podía ya asomarse a Jean Valjean sin sentir vértigo. ¿Quién era aquel hombre precipicio?

Los antiguos símbolos genesíacos son eternos; en la sociedad humana, tal y como existe, hasta el día en que la cambie una claridad mayor, existen para siempre dos hombres, uno superior y otro subterráneo; el que se ajusta al bien, ése es Abel; el que se ajusta al mal, ése es Caín. ¿Quién era aquel Caín tierno? ¿Quién era aquel bandido religiosamente absorto en la adoración de una virgen, velando por ella, enalteciéndola, guardándola, dignificándola y rodeándola, él, el impuro, de pureza? ¿Quién era esa cloaca que había venerado aquella inocencia tanto que no había dejado en ella ni una mancha? ¿Quién era ese Jean Valjean que había educado a Cosette? ¿Quién era esa imagen de tinieblas cuyo único cuidado había sido preservar de cualquier sombra y de cualquier nube el amanecer de un astro?

Ése era el secreto de Jean Valjean: ése era también el secreto de Dios.

Al encararse con ese doble secreto, Marius retrocedía. Hasta cierto punto uno lo tranquilizaba en lo referido al otro. En aquella

aventura Dios estaba tan a la vista como Jean Valjean. Dios tiene sus propias herramientas. Recurre a la que quiere. No tiene que darle cuentas al hombre. ¿Sabemos acaso cómo se las apaña Dios? Jean Valjean había laborado en Cosette. Era hasta cierto punto el autor de esa alma. Era innegable. ¿Qué más daba a la postre? El operario era espantoso; pero la obra era admirable. Dios hace como le parece los milagros que hace. Había fabricado a aquella deliciosa Cosette y para ello había usado a Jean Valjean. Había sido de su gusto escoger a aquel peculiar colaborador. ¿Qué cuentas tenemos que pedirle? ¿Es acaso la primera vez que el estiércol ayuda a la primavera a fabricar la rosa?

Marius se daba esas respuestas y se decía a sí mismo que eran buenas. En todos los puntos que acabamos de indicar no se había atrevido a apremiar a Jean Valjean, sin reconocer ante sí mismo que no se atrevía a hacerlo. Adoraba a Cosette, tenía a Cosette, Cosette era esplendorosamente pura. Con eso le bastaba. ¿Qué aclaración precisaba? Cosette era una luz. ¿Precisa aclaraciones la luz? Lo tenía todo; ¿qué podía desear? ¿Todo no es acaso bastante? Los asuntos personales de Jean Valjean no eran cosa suya. Y, asomándose a la oscuridad fatídica de ese hombre, se aferraba a esta declaración solemne del mísero: *No soy nada de Cosette. Hace diez años, no sabía que existía.*

Jean Valjean era un transeúnte. Él mismo lo había dicho. Bien, pues que pasase. Fuere cual fuere su cometido, ya había acabado. Ahora estaba Marius para ejercer con Cosette las funciones de la Providencia. Cosette había ido a reunirse en el azul del cielo con su igual, con su amante, con su esposo, con su varón celestial. Al remontar el vuelo, Cosette, alada y transfigurada, dejaba tras de sí, en tierra, vacía y repulsiva, su crisálida: Jean Valjean.

Discurriera por donde discurriera el pensamiento de Marius, siempre volvía a cierto horror por Jean Valjean. Horror sagrado, quizá, porque, como acabamos de decirlo, notaba en aquel hombre un *quid divinum.* Pero, fuere como fuere, y por muchas atenuaciones que pudieran buscarse, no quedaba más remedio que regresar siempre a lo siguiente: era un presidiario, es decir, el ser que ni tan siquiera tiene sitio en la escala social, pues se halla por debajo del último peldaño. Después del último de los hombres viene el presidiario. El presidiario ya no es, por así decirlo, el prójimo de los

que están vivos. La ley lo ha apeado de toda la parte humana que puede quitarle a un hombre. Marius, por más que demócrata, no había salido aún, en cuestiones penales, del sistema inexorable y compartía todas las ideas de la ley acerca de aquellos a quienes condena la ley. Aún no había progresado del todo, debemos decirlo. No había llegado todavía a distinguir entre lo que escribe el hombre y lo que escribe Dios, entre la ley y el derecho. No había examinado y sopesado ese derecho que se atribuye el hombre de disponer de lo irrevocable y lo irreparable. No se rebelaba ante la palabra *vindicta*. Le parecía sencillo que algunos quebrantamientos de la ley escrita trajeran consigo condenas eternas y aceptaba, como procedimiento civilizado, la condena social. Todavía estaba en ese punto, sin que ello excluyera la posibilidad, más adelante, de avances infalibles, pues su naturaleza era buena y, en el fondo, se componía toda ella de un progreso latente.

Dentro del ambiente de dichas ideas, Jean Valjean le parecía deforme y repulsivo. Era el réprobo. Era el presidiario. Esa palabra era para él como el sonido de la trompeta del juicio final, y, tras pasarle revista mucho rato a Jean Valjean, su gesto último era desviar la cara. *Vade retro.*

Hay que reconocer, e incluso hay que insistir en ello, que Marius, al interrogar a Jean Valjean hasta tal punto que éste le había dicho: *me está usted confesando,* no le había hecho, sin embargo, dos o tres preguntas decisivas. Y no porque no se le hubieran pasado por la cabeza, pero le había dado miedo. ¿La buhardilla de los Jondrette? ¿La barricada? ¿Javert? ¿Quién sabe hasta dónde habrían llegado las revelaciones? Jean Valjean no parecía ser de los que retroceden; ¿y quién sabe si Marius, tras haberlo empujado, no podría haber deseado refrenarlo? En algunas circunstancias supremas, ¿no nos ha sucedido a todos que, tras hacer una pregunta, nos hemos tapado los oídos para no oír la respuesta? Cuando se ama es sobre todo cuando se cae en cobardías de ésas. No es sensato hacerles preguntas a ultranza a las situaciones funestas, sobre todo cuando va fatalmente unido a ellas el aspecto indisoluble de nuestra propia vida. De las desesperadas explicaciones de Jean Valjean ¿qué espantosa luz podía salir? ¿Y quién sabe si esa claridad odiosa no habría alcanzado a Cosette? ¿Quién sabe si no le hubiera quedado a ese ángel en la frente algo

así como un fulgor infernal? La salpicadura de un relámpago no deja de ser parte del rayo. En la fatalidad se dan solidaridades así, en que a la mismísima inocencia la tiñe de crimen la sombría ley de los reflejos colorantes. En los rostros más puros puede quedar para siempre la reverberación de una vecindad terrible. Con o sin razón, Marius tuvo miedo. Ya sabía demasiado. Más buscaba aturdirse que ver claro. Despavorido, se llevaba a Cosette en brazos, cerrando los ojos para no ver a Jean Valjean.

Aquel hombre era oscuridad nocturna, oscuridad viva y terrible, ¿Cómo atreverse a buscar el fondo? Hacerle preguntas a la sombra es algo espantoso. ¿Quién sabe qué responderá? El alba podría quedar mancillada para siempre.

En semejante situación de ánimo, era para Marius una perplejidad dolorosa pensar que ese hombre pudiera tener en adelante cualquier contacto con Cosette. Esas preguntas amedrentadoras, ante las que había retrocedido, y de las que habría podido salir una decisión implacable y definitiva, casi se reprochaba ahora no haberlas hecho. Se parecía a sí mismo demasiado bueno, demasiado manso; digámoslo: demasiado débil. Aquella debilidad lo había movido a una concesión imprudente. Se había dejado enternecer. Había hecho mal. Debería haber rechazado a Jean Valjean sin más. Jean Valjean era lo que había que sacrificar; habría debido hacerlo y librar su casa de aquel hombre. Se guardaba rencor a sí mismo, le guardaba rencor a la brusquedad de aquel torbellino de emociones que lo había dejado sordo y ciego y lo había arrastrado. Estaba descontento consigo mismo.

¿Qué hacer ahora? Las visitas de Jean Valjean le producían honda repugnancia. ¿A santo de qué iba a ir ese hombre a su casa? ¿Qué hacer? Llegado a este punto, intentaba aturdirse, no quería ahondar, no quería profundizar, no quería sondearse a sí mismo. Había hecho una promesa, había consentido en que lo arrastrasen a hacer una promesa; se lo había prometido a Jean Valjean; hay que cumplir con lo que se promete, incluso a un presidario, sobre todo a un presidiario. No obstante, su primera obligación era Cosette. En pocas palabras, lo sublevaba una repulsión que dominaba todo lo demás.

Marius le daba vueltas confusamente en la cabeza a todos esos pensamientos, yendo de uno a otro, y todos lo inmutaban. De ahí

nacía una alteración profunda. No le fue fácil ocultarle esa alteración a Cosette; pero el amor es un talento, y Marius lo consiguió.

Por lo demás, le hizo, sin propósito aparente, algunas preguntas a Cosette, quien, tan cándida como blanca es una paloma, no sospechó nada; le habló de su infancia, de su juventud; y Marius se fue convenciendo cada vez más de que aquel presidiario había sido para Cosette tan bueno, paternal y responsable como puede serlo un hombre. Cuanto Marius había visto a medias y supuesto era real. Aquella ortiga funesta había querido y amparado a esta azucena.

Libro octavo

Va cayendo el crepúsculo

I

La sala de abajo

Al día siguiente, al caer la tarde, llamaba Jean Valjean a la puerta cochera de la casa de los Gillenormand. Lo recibió Basque. Estaba Basque en el patio muy a punto y como si le hubieran dado órdenes. Acontece que hay ocasiones en que se le dice a un criado: Esté pendiente de cuándo llega el señor mengano.

Basque, sin esperar a que Jean Valjean le hablase, le dijo:

—El señor barón me ha encargado que le pregunte si el señor quiere subir o quedarse abajo.

—Quedarme abajo —contestó Jean Valjean.

Basque, respetuosísimo por lo demás, abrió la puerta de la sala de abajo y dijo: «Voy a avisar a la señora».

El recinto donde entró Jean Valjean era una planta baja abovedada y húmeda que usaban a veces de bodega y despensa; daba a la calle, el suelo era de baldosines rojos y le entraba poca luz por una ventana con barrotes de hierro.

No era esa habitación de las que tienen atosigados los zorros, los escobones y las escobas. Nadie se metía con el polvo. No se organizaban persecuciones de arañas. Una telaraña de buen tamaño y bien tensa, muy negra, con adornos de moscas muertas, formaba en la ventana una rueda de pavo real. La sala, pequeña y de techo bajo, la amueblaba un montón de botellas vacías, apiladas en un rincón. La pared, enlucida en un tono ocre amarillento, tenía grandes trechos descascarillados. Había una chimenea de madera pintada de negro y con una repisa estrecha. Estaba encendida, lo cual indicaba que ya contaban con la respuesta de Jean Valjean: *Quedarme abajo.*

A ambos lados de la chimenea había dos sillones. Entre los dos

habían colocado, a modo de alfombra, una alfombrilla vieja de las que se ponen a los pies de la cama, que enseñaba más trama que lana.

La iluminación de la habitación consistía en el fuego de la chimenea y el crepúsculo de la ventana.

Jean Valjean estaba cansado. Llevaba varios días sin comer ni dormir. Se desplomó en uno de los sillones.

Volvió Basque, dejó encima de la chimenea una vela encendida y se retiró. Jean Valjean, con la cabeza caída y la barbilla pegada al pecho, no vio ni a Basque ni la vela.

De pronto, se enderezó como sobresaltado. Cosette estaba detrás de él.

No la había visto entrar, pero había notado que entraba.

Se dio la vuelta. La contempló. Estaba adorablemente hermosa. Pero lo que él miraba, con aquella mirada honda, no era la hermosura, era el alma.

—Vaya, padre —exclamó Cosette—, sabía que era usted una persona peculiar, pero esto no me lo habría esperado nunca. ¡Vaya una idea! Me dice Marius que es usted quien quiere que lo reciba aquí.

—Sí, soy yo.

—Ya me esperaba esa respuesta. Bien. Tengo que advertirle de que lo voy a reñir. Empecemos por el principio. Padre, deme un beso.

Y le acercó la mejilla.

Jean Valjean se quedó quieto.

—Tomo nota de que no se mueve. Actitud culpable. Pero da igual. Lo perdono. Jesucristo dijo: Poned la otra mejilla. Aquí está.

Y le acercó la otra mejilla.

Jean Valjean no se movió. Era como si tuviera los pies clavados al suelo.

—La cosa se pone seria —dijo Cosette—. ¿Qué le he hecho yo? Me declaro reñida con usted. Me debe una reconciliación. Cena usted con nosotros.

—Ya he cenado.

—Mentira. Le diré al señor Gillenormand que le eche una regañina. Los abuelos son para amonestar a los padres. Vamos. Suba conmigo al salón. Ahora mismo.

—Imposible.

En este punto, Cosette perdió algo de terreno. Dejó de dar órdenes y pasó a las preguntas.

—Pero ¿por qué? Y elige para verme el cuarto más feo de la casa. Esto es horroroso.

—Ya sabes…

Jean Valjean rectificó.

—Ya sabe usted, señora Pontmercy, que soy muy particular; tengo mis manías.

Cosette aplaudió.

—¡Señora!… ¡Ya sabe usted!… ¡Más novedades! Pero ¿a qué viene esto?

Jean Valjean la miró con esa sonrisa desconsoladora a la que recurría a veces.

—Quiso ser señora. Ya lo es.

—Para usted no, padre.

—Deje de llamarme padre.

—¿Cómo?

—Llámeme señor Jean. O Jean, si prefiere.

—¿Ya no se llama padre? ¿Ya no me llamo Cosette? ¿Señor Jean? ¿Qué quiere decir todo esto? Pero ¡si es una revolución! ¿Qué ha sucedido? Haga el favor de mirarme a la cara. ¡Y no quiere vivir con nosotros! ¡Y no quiere la habitación que le preparé! ¿Qué le he hecho yo? ¿Qué le he hecho yo? ¿Así que ha pasado algo?

—Nada.

—Y ¿entonces?

—Todo está como siempre.

—¿Por qué cambia de nombre?

—¿No ha cambiado de nombre usted?

Volvió a sonreír con la misma sonrisa y añadió:

—Si es usted la señora Pontmercy, bien puedo yo ser el señor Jean.

—No entiendo nada. Todo esto es una estupidez. Le pediré a mi marido permiso para que sea usted el señor Jean. Y espero que no lo conceda. Me está dando un disgusto muy grande. Bien está que tenga sus manías, pero no está bien darle disgustos a su niña. Está muy mal. Usted, que es bueno, no tiene derecho a portarse mal.

Él no contestó.

Cosette le cogió ambas manos con vehemencia y, con un ademán irresistible, llevándoselas a la cara, se las apretó contra el cuello, bajo la barbilla, que es un gesto de honda ternura.

—¡Ay! —le dijo—. ¡Pórtese bien!

Y añadió:

—Esto es lo que entiendo por portarse bien: ser bueno; venirse a vivir aquí, hay pájaros, como en la calle de Plumet; vivir con nosotros; irse de ese agujero de la calle de L'Homme-Armé; no hacernos adivinar charadas; ser como todo el mundo; cenar con nosotros; almorzar con nosotros: ser mi padre.

Él se soltó las manos.

—Ya no necesita un padre; tiene un marido.

Cosette se enfadó.

—¡Ya no necesito un padre! ¡Ante cosas así, que no tienen ni pies ni cabeza, no sabe una qué decir, la verdad!

—Si estuviera aquí Toussaint —siguió diciendo Jean Valjean, como alguien que anda buscando autoridades y se agarra a un clavo ardiendo—, sería la primera en reconocer que siempre he tenido mi forma de ser. No hay nada nuevo. Siempre me ha gustado mi agujero oscuro.

—Pero aquí hace frío. No se ve. Es abominable eso de querer ser el señor Jean. No quiero que me llame de usted.

—Hace un rato, según venía —contestó Jean Valjean—, he visto un mueble en la calle de Saint-Louis. En la tienda de un ebanista. Si yo fuera una mujer guapa, haría por tener ese mueble. Un tocador precioso; muy de ahora. De eso que llaman palo de rosa, me parece. Con incrustaciones. Un espejo bastante grande. Tiene cajones. Precioso.

—¡Muy bonito! ¡Vaya forma de hacerse el oso! —contestó Cosette.

Y, con un encanto supremo, apretando los dientes y separando los labios, le soltó un bufido a Jean Valjean. Era una Gracia imitando a una gata.

—Estoy furiosa —siguió diciendo—. Todo el mundo me hace rabiar desde ayer. Y rabio mucho. No entiendo nada. Usted no me defiende contra Marius. Marius no me apoya en contra de usted. Estoy sola. Preparo un cuarto con todo el primor. Si hubiera podido meter dentro al mismo Dios, lo habría puesto. Y me quedo con el

cuarto, porque nadie lo quiere. El inquilino me deja plantada. Le encargo a Nicolette una cena muy rica. Puede usted quedarse con su cena, señora. ¡Y mi padre, que se llama Fauchelevent, quiere que lo llame señor Jean, y que lo reciba en un sótano horroroso, viejo, feo y mohoso, donde las paredes tienen barbas y donde en vez de copas de cristal hay botellas vacías, y en vez de cortinas, telarañas! Es usted muy particular, de acuerdo, es su forma de ser; pero a las personas que se casan se les concede una tregua. No debería haber seguido siendo muy particular tan pronto. ¡Así que piensa seguir tan contento en esa abominable calle suya de L'Homme-Armé, donde estuve yo tan desesperada! ¿Qué tiene en contra de mí? ¡Me está dando un disgusto muy grande! ¡Muy mal!

Y, poniéndose seria de repente, miró con fijeza a Jean Valjean y añadió:

—¿Me guarda rencor porque soy feliz?

El candor cala a veces, sin pretenderlo, hasta muy adentro. Aquella pregunta, sencilla para Cosette, era honda para Jean Valjean. Cosette quería arañar; pero desgarraba.

Jean Valjean se puso pálido, tardó unos momentos en responder y, luego, con un tono inefable y hablando para sí, susurró:

—Su felicidad era la meta de mi vida. Ahora ya puede Dios firmar mi hoja de salida. Cosette, eres feliz; ya he cumplido mi tiempo.

—¡Ay, me ha llamado de tú! —exclamó Cosette.

Y se le arrojó en los brazos.

Jean Valjean, descompuesto, la estrechó contra el pecho como extraviado. Casi le pareció que la recuperaba.

—¡Gracias, padre! —le dijo Cosette.

Aquel arrebato se estaba volviendo muy doloroso para Jean Valjean. Se apartó con suavidad de los brazos de Cosette y cogió el sombrero.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo Cosette.

Jean Valjean contestó:

—La dejo, señora Pontmercy; la están esperando.

Y, desde el umbral de la puerta, añadió:

—La he llamado de tú. Dígale a su marido que no volverá a suceder. Perdóneme.

Jean Valjean se fue dejando a Cosette estupefacta con aquel

adiós enigmático.

II

Más retrocesos

Jean Valjean volvió al día siguiente a la misma hora.

Cosette no le hizo preguntas, no volvió a extrañarse, no volvió a protestar porque tenía frío, no volvió a mencionar el salón; evitó decir padre y señor Jean. Se dejó llamar de usted. Se dejó llamar señora. Sólo que le había mermado la alegría. Habría estado triste si le hubiese sido posible estarlo.

Es probable que hubiera tenido con Marius una de esas conversaciones en que el hombre amado dice lo que quiere, no explica nada y deja satisfecha a la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no va mucho más allá de su amor.

A la sala de abajo le habían lavado un poco la cara. Basque había suprimido las botellas, y Nicolette, las arañas.

Todos los días sucesivos trajeron a Jean Valjean a la misma hora. Vino a diario, pues no tenía fuerzas para tomar las palabras de Marius sino al pie de la letra. Marius se las arregló para no estar en casa a la hora en que iba Jean Valjean. La casa se acostumbró a la nueva forma de ser del señor Fauchelevent. Toussaint contribuyó a ello. *El señor siempre ha sido así,* repetía. El abuelo decretó: «Es un excéntrico». Y todo quedó dicho. Por lo demás, a los noventa años ya no se hacen amistades; todo es yuxtaposición; un recién llegado es un estorbo. No queda sitio; todas las costumbres están afincadas ya. Señor Fauchelevent o señor Tranchelevent, Gillenormand se quedó encantado de que lo dispensasen de la presencia de «ese señor». Y añadió: «Esos excéntricos son de lo más frecuente. Caen en montones de rarezas. Sin motivo alguno. El marqués de Canaples era aún peor. Compró un palacio para vivir en la buhardilla. Son cosas fantasiosas que hace la gente».

Nadie intuyó que hubiera algo nefasto encubierto. ¿Quién habría podido, por cierto, adivinar algo así? Hay pantanos por el estilo en la India; el agua tiene una apariencia extraordinaria, inexplicable, se estremece sin que haga viento, está agitada donde debería estar en reposo. Miramos, en la superficie, esos hervores injustificados; no vemos la hidra que se arrastra por el fondo.

Muchos hombres tienen, así, un monstruo secreto, un mal que nutren, un dragón que los roe, una desesperación que vive en su oscuridad. Un hombre así se parece a los demás, va y viene. Nadie sabe que lleva dentro un espantoso dolor parásito con mil dientes, que vive dentro de ese miserable a quien mata. Nadie sabe que ese hombre es un abismo. Estancado, pero profundo. De vez en cuando aparece en la superficie una perturbación que no se entiende. El frunce de una arruga misteriosa que se desvanece luego; y luego vuelve a aparecer; una pompa sube y estalla. Es poca cosa, es terrible. Es la respiración de la alimaña desconocida.

Algunas costumbres raras: llegar a la hora en que se van los demás; quedarse aparte mientras los demás se pavonean; no quitarse nunca eso que podríamos llamar el abrigo color tapia; buscar el paseo solitario; preferir la calle desierta; no tomar parte en las conversaciones; evitar las aglomeraciones y las fiestas; parecer persona acomodada y vivir pobremente; tener, por muy rico que uno sea, la llave en el bolsillo y la vela en la portería; entrar por la puerta pequeña; subir por la escalera hurtada, todas esas singularidades insignificantes, esas arrugas, esas pompas, esos frunces fugitivos en la superficie proceden con frecuencia de un fondo tremendo.

Transcurrieron así varias semanas. Una vida nueva se fue adueñando poco a poco de Cosette; las relaciones que nacen del matrimonio, las visitas, las tareas domésticas, las diversiones: esos asuntos mayores. Las diversiones de Cosette no eran onerosas; consistían en una sola: estar con Marius. Salir con él o quedarse en casa con él era la principal ocupación de su vida. Era para ellos una alegría siempre recién estrenada salir del brazo, a pleno sol, en plena calle, sin esconderse, delante de todo el mundo, los dos solos. Cosette tuvo una contrariedad. Toussaint no consiguió llevarse bien con Nicolette, es imposible que dos solteronas encajen, y se fue. El abuelo estaba bien de salud; Marius intervenía, acá y allá, en

algunos casos; la señorita Gillenormand llevaba apaciblemente, junto a la pareja reciente, esa vida lateral que le bastaba. Jean Valjean venía a diario.

Que hubiera desaparecido el tuteo, que la llamase señora, llamarlo señor Jean: con todo eso Cosette lo veía de forma diferente. El empeño que había puesto en distanciarla de él tenía éxito. Cosette estaba cada vez más alegre y menos afectuosa. Seguía queriéndolo mucho, no obstante, y él lo notaba. Un día, le dijo de pronto: «Era mi padre y ya no es mi padre; era mi tío y ya no es mi tío; era el señor Fauchelevent y es Jean. ¿Quién es usted entonces? No me gusta nada esto. Si no supiera que es tan bueno, le tendría miedo».

Seguía viviendo en la calle de L'Homme-Armé porque no podía decidirse a alejarse del barrio en que vivía Cosette.

Al principio, sólo se quedaba con Cosette unos minutos y, luego, se iba.

Poco a poco, se fue acostumbrando a hacer visitas menos cortas. Hubiérase dicho que aprovechaba el permiso de los días, que iban creciendo; llegó más temprano y se fue más tarde.

Un día, a Cosette se le escapó decirle: «Padre». Un relámpago de alegría le iluminó la cara vieja y sombría a Jean Valjean. La corrigió: «Diga Jean».

—Ay, es verdad —contestó ella, con una carcajada—. Señor Jean.

—Eso es —dijo él.

Y desvió la cara para que ella no le viera secarse los ojos.

III

Recuerdan el jardín de la calle de Plumet

Fue la última vez. A partir de ese último fulgor, todo se apagó por completo. No más confianzas, no más saludos con un beso, nunca más esa palabra tan hondamente dulce: ¡padre! A petición propia y siendo él cómplice, se veía sucesivamente expulsado de todo cuanto era su dicha; y con esa desventura de que, tras haber perdido a Cosette entera en un día, había que tenido luego que perderla en partes.

La vista acaba por acostumbrarse a la luz de los sótanos. En pocas palabras, le bastaba con una aparición diaria de Cosette. La vida entera se le concentraba en esa hora. Se sentaba a su lado, la miraba en silencio o le hablaba de los años pasados, del convento, de su infancia, de sus amiguitas de entonces.

Una tarde —era uno de los primeros días de abril, ya tibio, fresco aún, el momento de la alegría mayor del sol; en los jardines entorno a las ventanas de Marius y Cosette había la emoción del despertar; el espino albar estaba a punto de florecer; las viejas paredes servían de escaparate a toda una joyería de alhelíes; las bocas de dragón rosa bostezaban en las rendijas de las piedras; había en la hierba un inicio delicioso de margaritas y de botones de oro; estaban empezando las mariposas blancas del año; el viento, ese menestral de la fiesta eterna, ensayaba en los árboles las primeras notas de esta gran sinfonía auroral que los poetas antiguos llamaban el retoñar—, le dijo Marius a Cosette: «Dijimos que volveríamos a nuestro jardín de la calle de Plumet para verlo otra vez. Vamos. No hay que ser ingratos». Y salieron volando como dos golondrinas hacia la primavera. Aquel jardín de la calle de Plumet les parecía el alba. Ya tenían a la espalda, en la vida, algo que era

como la primavera de su amor. La casa de la calle de Plumet, arrendada, era todavía de Cosette. Fueron a aquel jardín y a aquella casa. Se encontraron allí consigo mismos; se les fue el santo al cielo. Al caer la tarde, a la hora habitual, llegó Jean Valjean a la calle de Les Filles-du-Calvaire.

—La señora ha salido con el señor y todavía no ha regresado —le dijo Basque.

Jean Valjean se sentó en silencio y estuvo esperando una hora. Cosette no volvió. Agachó la cabeza y se fue.

Cosette estaba tan embriagada con haber ido a pasear a «su jardín» y tan contenta de haber «vivido en su pasado un día entero» que no habló de otra cosa al día siguiente. No se dio cuenta de que no había visto a Jean Valjean.

—¿Cómo fueron? —le preguntó Jean Valjean.

—A pie.

—¿Y cómo volvieron?

—En coche de punto.

Jean Valjean llevaba una temporada fijándose en las estrecheces con que vivía el matrimonio. Era algo que lo importunaba. Marius imponía una economía severa, y Jean Valjean aplicaba esa palabra en su sentido absoluto. Se atrevió a hacer una pregunta:

—¿Por qué no tienen coche propio? Un cupé bonito sólo costaría quinientos francos mensuales. Son ricos.

—No lo sé —contestó Cosette.

—Es como eso de Toussaint —siguió diciendo Jean Valjean—. Se despidió y no ha cogido a otra en su lugar. ¿Por qué?

—Basta con Nicolette.

—Pero usted necesitaría una doncella.

—¿Es que no tengo a Marius?

—Deberían tener casa propia, criados propios, un coche, un palco en el teatro. Nada es demasiado para usted. ¿Por qué no disfrutar de que son ricos? La riqueza se suma a la felicidad.

Cosette no contestó nada.

Las visitas de Jean Valjean no se iban haciendo más cortas. Antes bien. Cuando el que resbala es el corazón, es imposible pararse a media cuesta.

Cuando Jean Valjean quería alargar la visita y que nadie se acordase de la hora, cantaba las alabanzas de Marius; le parecía

guapo, noble, valiente, ingenioso, elocuente, bueno. Cosette abundaba en esas opiniones. Jean Valjean volvía a la carga. Nunca se agotaba el tema. Marius: palabra inextinguible; en esas seis letras cabían volúmenes enteros. De esa forma conseguía Jean Valjean quedarse mucho rato. ¡Era tan dulce ver a Cosette, olvidar junto a ella! Era una cura para la herida. Varias veces tuvo Basque que ir dos veces a decir: «Me manda el señor Gillenormand a que le recuerde a la señora baronesa que está servida la cena».

Esos días Jean Valjean regresaba a su casa muy pensativo.

¿Algo cierto había, pues, en esa comparación de la crisálida que se le había venido a las mientes a Marius? ¿Era efectivamente Jean Valjean una crisálida tozuda que venía a visitar a su mariposa?

Un día se fue aún más tarde de lo que solía. Al día siguiente le llamó la atención que no estuviera encendida la chimenea. «Caramba —pensó—. No hay fuego.» Y se dio a sí mismo la siguiente explicación: «Es de lo más normal. Estamos en abril. Ya no hace frío».

—¡Dios mío, qué frío hace aquí! —exclamó Cosette al entrar.

—¡No es para tanto! —dijo Jean Valjean.

—¿Es usted quien le ha dicho a Basque que no encienda la chimenea?

—Sí. Estamos casi en mayo.

—Pero el fuego se enciende hasta el mes de junio. En este sótano hace falta todo el año.

—Me pareció que no hacía falta.

—¡Usted siempre con sus cosas! —dijo Cosette.

Al día siguiente, había fuego. Pero habían colocado los dos sillones en el otro extremo de la sala, cerca de la puerta.

—¿Qué querrá decir esto? —pensó Jean Valjean.

Fue a buscar los sillones y los volvió a colocar en el sitio de costumbre, junto a la chimenea.

Que volviese a haber fuego le dio ánimos, sin embargo. Prolongó la charla más aún de lo habitual. Cuando se estaba poniendo de pie para irse, Cosette le dijo:

—Mi marido me dijo ayer una cosa rara.

—¿Qué es ello?

—Me dijo: «Cosette, tenemos treinta mil libras de renta. Veintisiete tuyas y tres que me da mi abuelo». Le contesté: «Eso

suma treinta». Y dijo entonces: «¿Te asustaría vivir con las tres mil?». Le contesté: «No. Ni tampoco vivir con nada. Con tal de que sea contigo». Y luego le pregunté: «¿Por qué me dices eso?». Y me contestó: «Por saberlo».

Jean Valjean no fue capaz de decir nada. Cosette estaba esperando probablemente que le diera alguna explicación; él la escuchó en un silencio taciturno. Se volvió a la calle de L'Homme-Armé; estaba tan ensimismado que se equivocó de puerta y en vez de entrar en su casa entró en la de al lado. Hasta que no hubo subido casi dos pisos, no se dio cuenta del error; y volvió a bajar.

Tenía la mente atiborrada de conjeturas. Estaba claro que Marius no se fiaba de la procedencia de los seiscientos mil francos; que temía que vinieran de alguna fuente impura. ¿Quién sabe? A lo mejor había descubierto incluso que ese dinero venía de él, de Jean Valjean, titubeaba ante esa fortuna sospechosa y sentía prevención en considerarla propia, prefiriendo que él y Cosette fueran pobres antes que ser ricos con una riqueza turbia.

Además, Jean Valjean empezaba a notar, de forma imprecisa, que lo estaban despidiendo.

Al día siguiente tuvo un sobresalto al entrar en la sala de abajo. Habían desaparecido los sillones. No había ni tan siquiera una silla.

—¡Pero bueno! —exclamó Cosette, al entrar—. ¡No están los sillones! ¿Dónde han ido a parar los sillones?

—Ya no están —contestó Jean Valjean.

—¡Es el colmo!

Jean Valjean farfulló:

—Le he dicho yo a Basque que los quitase.

—¿Y por qué?

—Hoy sólo voy a quedarme unos minutos.

—Que se quede poco no es una razón para que nos quedemos de pie.

—Me parece que Basque necesitaba los sillones para el salón.

—¿Por qué?

—Seguramente reciben ustedes esta noche.

—No esperamos a nadie.

Cosette se encogió de hombros.

—¡Mandar que quiten los sillones! Y el otro día mandó apagar el fuego. ¡Qué raro es usted!

—Adiós —susurró Jean Valjean.

No dijo: «Adiós, Cosette». Pero no tuvo fuerzas para decir: «Adiós, señora Pontmercy».

Se fue, transido.

Ya lo había entendido.

Al día siguiente no fue. Cosette no cayó en la cuenta hasta la noche.

—Anda —dijo—, el señor Jean no ha venido hoy.

Se le oprimió un poco el corazón, pero apenas si lo notó porque la distrajo enseguida un beso de Marius.

Tampoco fue al otro día.

Cosette no se fijó; pasó la velada y durmió por la noche como siempre y no se acordó hasta que se despertó. ¡Era tan feliz! Envió enseguida a Nicolette a casa del señor Jean para saber si estaba enfermo y por qué no había ido la víspera. Nicolette volvió con la respuesta del señor Jean. No estaba enfermo. Estaba ocupado. Iría pronto. En cuanto pudiera. Por cierto, iba a hacer un breve viaje. Que recordase la señora que tenía por costumbre hacer viajes de cuando en cuando. Que no se preocupase. Que no estuviera pendiente de él.

Nicolette, al entrar en casa del señor Jean, le había repetido literalmente las palabras de su señora: que la señora la mandaba a preguntar por qué el señor Jean «no había ido la víspera».

—Llevo dos días sin ir —dijo Jean Valjean suavemente.

Pero a Nicolette no le llamó la atención el comentario y no se lo contó a Cosette.

IV

La atracción y la extinción

En los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, los pocos transeúntes de Le Marais, los dependientes de las tiendas y los desocupados que estaban en el umbral de las puertas se fijaban en un anciano pulcramente vestido de negro que todos los días, más o menos a la misma hora, al caer la tarde, salía de la calle de L'Homme-Armé, por la parte de la calle Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, pasaba por delante de Les Blancs-Manteaux, llegaba hasta la calle de Culture-Sainte-Catherine y, al llegar a la calle de L'Écharpe, giraba a la izquierda y entraba en la calle de Saint-Louis.

Una vez allí, andaba despacio, con la cabeza estirada hacia delante, sin ver ni oír nada, clavando la vista inmutablemente en un punto, siempre el mismo, que parecía ser para él una estrella, pero no era sino la esquina de la calle de Les Filles-du-Calvaire. Cuanto más se acercaba a esa esquina, más se le iluminaban los ojos; le encendía las pupilas algo así como una alegría, como una aurora interior; tenía una expresión fascinada y enternecida; hacía con los labios movimientos enigmáticos, como si le hablase a alguien a quien no veía; sonreía más o menos y andaba lo más despacio que podía. Hubiérase dicho que estaba deseando llegar, pero temía el momento en que estuviese ya muy cerca. Cuando ya quedaban sólo unas cuantas casas entre él y aquella calle que parecía atraerlo, refrenaba el paso tanto que a ratos podía parecer que no andaba. La oscilación de la cabeza y la fijeza de la mirada recordaban la aguja que busca el polo. Por mucho que prolongase la llegada, no le quedaba más remedio que llegar; iba a dar a la calle de Les Filles-du-Calvaire; entonces se paraba, temblando, asomaba la cabeza, con una especie de timidez lúgubre, por la esquina de la última casa y

miraba esa calle; y en aquella mirada trágica había algo que se parecía al deslumbramiento de lo imposible y a la reverberación de un paraíso clausurado. Luego, una lágrima, que se había ido formando en la comisura de los párpados, le corría por la mejilla, tras crecer lo suficiente para desprenderse, y se le detenía a veces en los labios. El anciano notaba el sabor amargo. Se quedaba así unos minutos, como si fuera de piedra; luego, volvía por el mismo camino y con el mismo paso; y, según se iba alejando, se le apagaban las pupilas.

Poco a poco, el anciano dejó de llegar hasta la esquina de la calle de Les Filles-du-Calvaire; se quedaba a medio camino, en la calle de Saint-Louis; a veces un poco más allá y a veces un poco más acá. Un día, se quedó en la esquina de la calle de Culture-Sainte-Catherine y miró de lejos la calle de Les Filles-du-Calvaire. Luego, negó despacio con la cabeza, como si no se consintiera algo, y regresó por donde había venido.

No tardó en no llegar siquiera a la calle de Saint-Louis. Iba hasta la calle Pavée, cabeceaba y se daba media vuelta; luego, no pasó de la calle de Les Trois-Pavillons; luego no fue más allá de Les Blancs-Manteaux. Hubiérase dicho un péndulo a quien nadie le da ya cuerda y cuyas oscilaciones se acortan a la espera de detenerse.

Salía todos los días de su casa a la misma hora, iniciaba el mismo trayecto, pero ya no lo remataba y, quizá sin ser consciente de ello, cada vez lo abreviaba más. Se le leía en el rostro este único pensamiento: ¿Para qué? Tenía la mirada apagada; ningún fulgor ya. También se había secado la lágrima; no se le formaba ya en la comisura de los párpados; esos ojos pensativos estaban secos. El anciano seguía estirando la cabeza hacia adelante; a ratos movía la barbilla; daba pena verle las arrugas del cuello flaco. A veces, cuando hacía malo, llevaba debajo del brazo un paraguas, que no abría nunca. Las comadres decían: Es el tonto del barrio. Los niños lo iban siguiendo entre risas.

Libro noveno

Sombra suprema, supremo amanecer

I

Compasión para los desdichados, pero indulgencia para los dichosos

¡Qué tremendo es ser dichoso! ¡Cómo nos contentamos con ello! ¡Cómo nos parece que con eso basta! ¡Cómo, al estar en posesión de la meta falsa de la vida, la dicha, nos olvidamos de la meta auténtica, el deber!

Hemos de decirlo, no obstante, sería un error acusar a Marius.

Marius, ya lo hemos explicado, antes de la boda no le preguntó nada al señor Fauchelevent; y, posteriormente, le dio miedo hacerle preguntas a Jean Valjean. Se había arrepentido de la promesa a la que había dejado que lo comprometiesen. Se había repetido muchas veces que se había equivocado al tener esa condescendencia con la desesperación. Se había limitado a alejar poco a poco a Jean Valjean de su casa y a borrarlo cuanto pudo de la mente de Cosette. Hasta cierto punto, se había interpuesto siempre entre Cosette y Jean Valjean, con la seguridad de que así ella no lo vería y no se acordaría de él. Más que irlo borrando, lo eclipsaba.

Marius hacía lo que le parecía necesario y justo. Creía tener, para apartar a Jean Valjean sin dureza, pero con firmeza, razones serias que ya hemos visto, y otras más, que veremos más adelante. Había coincidido, por casualidad, en un juicio en el que había ejercido de abogado, con un antiguo empleado de la banca Laffitte y, sin buscarlas, se había encontrado con informaciones misteriosas en que, a decir verdad, no había podido ahondar, precisamente por respetar aquel secreto que había prometido no revelar y por consideración con la situación comprometida de Jean Valjean. Creía en esa misma temporada que le correspondía un deber muy serio, la devolución de los seiscientos mil francos a alguien a quien buscaba

con la mayor discreción posible. En tanto, se abstenía de tocar ese dinero.

En cuanto a Cosette, nada sabía de ninguno de esos secretos; pero condenarla también sería obrar con dureza.

Existía entre Marius y ella un magnetismo omnipotente que la movía a hacer, instintiva y casi mecánicamente, lo que deseaba Marius. En lo referido al «señor Jean», notaba una voluntad de Marius; y se atenía a ella. Su marido no había tenido que decirle nada; Cosette acusaba la presión inconcreta, pero clara, de sus intenciones tácitas y obedecía ciegamente. En este caso, la obediencia consistía en no recordar lo que olvidase Marius. Y hacerlo no le costaba esfuerzo alguno. Sin saber por qué, y sin que podamos acusarla de ello, se le había convertido hasta tal punto el alma en el alma de su marido que lo que se cubría de sombra en el pensamiento de Marius en el de ella se volvía oscuro.

Pero no exageremos, no obstante; en lo tocante a Jean Valjean, aquel olvido y aquella desaparición no eran sino superficiales. Pecaba más bien de aturdida que de olvidadiza. En el fondo, quería mucho al hombre a quien había llamado padre tanto tiempo. Pero quería aún más a su marido. Y eso era lo que había falseado un tanto la balanza de ese corazón, inclinada sólo hacia un lado.

A veces Cosette mencionaba a Jean Valjean y se extrañaba. Entonces Marius la tranquilizaba.

—Me parece que está fuera. ¿No dijo que se iba de viaje?

«Es verdad —pensaba Cosette—. Solía desaparecer así, Pero no tanto tiempo.»

Dos o tres veces envió a Nicolette a la calle de L'Homme-Armé, para enterarse de si el señor Jean había vuelto de viaje. Jean Valjean mandó contestar que no.

Cosette no insistió, pues no tenía sino una necesidad en el mundo, y era Marius.

Hemos de decir también que, por su parte, Marius y Cosette habían estado fuera. Habían ido a Vernon. Marius había llevado a Cosette a la tumba de su padre.

Marius le había robado poco a poco a Cosette a Jean Valjean. Y Cosette lo había consentido.

Por lo demás, eso que llaman, con excesiva dureza en algunos casos, la ingratitud de los hijos no es siempre tan reprensible como

al parecer se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, ya lo hemos dicho en otra ocasión, «mira hacia adelante». La naturaleza divide a los seres vivos en los que llegan y los que se van. Los que se van están vueltos hacia la sombra; los que llegan, hacia la luz. Y de ahí nace una separación que, por parte de los viejos, es fatídica y, por parte de los jóvenes, involuntaria. Esa separación, insensible al principio, va creciendo despacio, como sucede con las ramas. Las ramitas, sin desprenderse del tronco, se alejan de él. No tienen la culpa. La juventud va hacia donde está la alegría, a las fiestas, a los resplandores fuertes, a los amores. La vejez va hacia el final. No se pierden de vista, pero ya no hay abrazo. Los jóvenes sienten que los va enfriando la vida; los ancianos notan que los enfría la tumba. No acusemos a esos pobres niños.

II

Últimos latidos de la lámpara sin aceite

Un día, Jean Valjean bajó las escaleras, dio tres pasos por la calle, se sentó en un mojón, en el mismo mojón en que se lo encontró, ensimismado, Gavroche la noche del 5 al 6 de junio; se quedó allí unos minutos y volvió a subir. Fue la última oscilación del péndulo. Al día siguiente no salió de casa. Y al otro no salió de la cama.

La portera, que le preparaba las parcas comidas, unas cuantas coles o unas patatas con algo de tocino, miró el plato de barro marrón y exclamó:

—Pero ¡si ayer no comió usted nada, hombre de Dios!

—Sí que comí —contestó Jean Valjean.

—El plato está lleno.

—Mire el jarro de agua. Está vacío.

—Eso demuestra que bebió; no demuestra que comiera.

—Bueno, ¿y si sólo tuve hambre de agua? —dijo Jean Valjean.

—Eso se llama sed; y, cuando no se come y sí se bebe, se llama fiebre.

—Comeré mañana.

—Sí, o por la Trinidad. ¿Y por qué no hoy? ¿Qué es eso de que ya comerá mañana? ¡Mira que dejarme el plato entero sin tocarlo siquiera! ¡Con lo ricas que estaban mis patatas violeta!

Jean Valjean le cogió la mano a la anciana.

—Le prometo que me las comeré —le dijo con su voz bondadosa.

—No me tiene usted nada contenta —contestó la portera.

Jean Valjean no veía a más ser humano que a aquella buena mujer. Existen en París calles por las que nadie pasa y casas a las

que no va nadie. Él vivía en una de esas calles y en una de esas casas.

De vez en cuando salía; le había comprado a un calderero, por pocos céntimos, un crucifijo pequeño de cobre y lo había colgado de un clavo enfrente de la cama. Esa herramienta de suplicio siempre viene bien no perderla de vista.

Transcurrió una semana sin que Jean Valjean anduviera ni un paso por su cuarto. No se movía de la cama. La portera le decía a su marido:

—El buen hombre de arriba ya no se levanta ni come. No va a durar mucho que digamos. Yo creo que tiene algún disgusto. Nadie me quitará de la cabeza que la hija no se ha casado bien.

El marido contestó con el acento de la soberana autoridad marital:

—Si tiene dinero, que vea a un médico. Si no tiene dinero, que no lo vea. Si no ve a un médico, se morirá.

—¿Y si lo ve?

—Se morirá —dijo el portero.

La portera se puso a raspar con un cuchillo viejo algo de hierba que crecía en lo que ella llamaba su empedrado; y, mientras arrancaba la hierba, refunfuñaba:

—¡Qué lástima! ¡Un viejo tan curiosito! Es blanco como un pollo.

Vio pasar al final de la calle a un médico del barrio; se tomó atribuciones para pedirle que subiera.

—Es en el segundo —le dijo—. Puede entrar directamente. Como el hombre no se mueve ya de la cama, siempre está la llave puesta.

El médico vio a Jean Valjean y habló con él.

Cuando bajó, la portera le preguntó:

—¿Qué hay, doctor?

—Ese enfermo suyo está muy enfermo.

—¿Qué le pasa?

—De todo y nada. Es un hombre que, por las apariencias, ha perdido a un ser querido. De eso puedo uno morirse.

—¿Qué le ha dicho?

—Me ha dicho que estaba bien.

—¿Volverá usted, doctor?

—Sí —contestó el médico—. Pero tendría que volver alguien que no soy yo.

III

El que levantaba la carreta de Fauchelevent no puede con el peso de una pluma

Un día, a última hora de la tarde, a Jean Valjean le costó incorporarse apoyándose en el codo; se cogió la mano y no se encontró el pulso; tenía el resuello corto y se le paraba a ratos; se dio cuenta de que estaba más débil que antes. Entonces, seguramente por la presión de alguna preocupación suprema, hizo un esfuerzo, se sentó en la cama y se vistió. Se puso su ropa vieja de obrero. Como ya no salía a la calle, había vuelto a vestirse así y lo prefería. Tuvo que pararse varias veces mientras se vestía; sólo con meterse las mangas de la chaqueta le chorreaba el sudor por la frente.

Desde que estaba solo, había puesto la cama en el recibidor, para vivir lo menos posible en aquel piso desierto.

Abrió la maleta y sacó el ajuar de Cosette.

Lo extendió encima de la cama.

Los candeleros del obispo estaban en su sitio, encima de la chimenea. Sacó de un cajón dos velas de cera y las puso en los candeleros. Luego, aunque aún era pleno día porque estaban en verano, las encendió. Así se ven a veces velas encendidas en pleno día en las habitaciones en que hay un muerto.

Todos los pasos que daba, para ir de un mueble a otro, lo dejaban extenuado y no le quedaba más remedio que sentarse. No era un cansancio ordinario que gasta la fuerza para renovarla; era lo que le quedaba de los movimientos posibles; era la vida consumida que se escapa gota a gota en esfuerzos extenuantes que nunca más volverán a hacerse.

Una de las sillas en que se desplomó estaba delante del espejo

que tan fatídico le había sido a él y tan providencial le había sido a Marius, en el que había leído en el secante, al revés, la carta de Cosette. Se vio en ese espejo y no se reconoció. Tenía ochenta años; antes de la boda de Marius, apenas si le hubiesen echado cincuenta; aquel año había valido por treinta. Lo que tenía en la frente no eran ya arrugas de la edad, era la marca misteriosa de la muerte. Se notaba cómo había ahondado la uña inmisericorde. Le colgaban las mejillas; el cutis tenía ahora ese color que hace pensar que ya hay tierra por encima de la cara; ambas comisuras de los labios miraban para abajo, como en esas máscaras que los antiguos esculpían en las tumbas; miraba al vacío como con expresión de reproche; hubiérase dicho uno de esos grandes personajes trágicos que tienen queja de alguien.

Estaba en la siguiente situación: la última etapa del abatimiento, en que el dolor ya no fluye; está coagulado, por decirlo de alguna manera; hay en el alma algo así como un coágulo de desesperación.

Había caído la noche. Arrastró trabajosamente una mesa y el sillón viejo hasta la chimenea y puso encima de la mesa pluma, tintero y papel.

Tras hacerlo, tuvo un desvanecimiento. Cuando recobró el conocimiento, tenía sed. Como no podía levantar el jarro de agua, se lo inclinó trabajosamente hacia la boca y bebió un trago.

Luego, sin levantarse, porque no se tenía de pie, se volvió hacia la cama; miró el vestidito negro y todas aquellas cosas que tanto quería.

Contemplaciones así duran horas que parecen minutos. De repente, tuvo un escalofrío, notó que el frío le llegaba; se acodó en la mesa, que alumbraban los candeleros del obispo, y cogió la pluma.

Como la pluma y la tinta llevaban mucho sin usarse, la punta de la pluma estaba doblada, y la tinta, seca; tuvo que levantarse y poner unas cuantas gotas de agua en la tinta, cosa que no pudo hacer sin pararse y sentarse dos o tres veces; y tuvo que escribir con el dorso de la pluma. De vez en cuando, se enjugaba la frente.

Le temblaba la mano. Escribió despacio las siguientes líneas:

«Cosette, te bendigo. Voy a explicarte las cosas. Tu marido hizo bien al darme a entender que tenía que irme; algo se equivocó, sin embrago, en las cosas que creía, pero hizo bien. Es una persona

excelente. Sigue queriéndolo mucho después de que yo me muera. Señor Pontmercy, quiera siempre a mi niña adorada. Cosette, alguien encontrará este papel y esto es lo que quiero decirte, vas a ver las cantidades si es que tengo fuerzas para recordarlas, atiende bien, ese dinero es tuyo y bien tuyo. Así fue todo el asunto. El azabache artificial blanco viene de Noruega, el azabache negro viene de Inglaterra, los abalorios de cristal negro vienen de Alemania. El azabache pesa menos, es más valioso y más caro. Se pueden fabricar en Francia imitaciones, igual que en Alemania. Hace falta un yunque pequeño, de dos pulgadas cuadradas, y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. Antes, la cera se fabricaba con resina y negro de humo, y la libra costaba cuatro francos. A mí se me ocurrió hacerla con goma laca y trementina. No cuesta más de treinta céntimos y es mucho mejor. Los pendientes se hacen con un cristal violeta que se pega con esa cera en una armadura pequeña de hierro negro. El cristal tiene que ser violeta para las joyas de hierro y negro para las joyas de oro. España lo compra mucho. Es el país del azabache…».

Al llegar aquí, se le cayó la pluma de los dedos y le llegó uno de esos sollozos desesperados que a veces le subían desde las entrañas; el pobre hombre se cogió la cabeza con ambas manos y se quedó pensando.

—¡Ay! —exclamó en su fuero interno (uno de esos gritos acongojantes que sólo Dios oye)—. Se acabó. No volveré a verla. Fue una sonrisa que me pasó por encima. Voy a adentrarme en la oscuridad sin volver a verla siquiera. ¡Ay! Un minuto, un instante, oír su voz, tocarle el vestido, mirarla, a ella, ¡al ángel!, y morir luego. Morir no es nada. Lo espantoso es morir sin verla. Me sonreiría, me diría una palabra. ¿A quién iba a perjudicar eso? No, se acabó, nunca. Me he quedado solo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! No volveré a verla.

En ese momento llamaron a la puerta.

IV

La botella de tinta que sólo consiguió limpiar

Ese mismo día, o mejor dicho, esa misma noche, al levantarse Marius de la mesa, y cuando acababa de retirarse a su despacho porque tenía que estudiar un expediente, le entregó Basque una carta, diciéndole: «La persona que ha escrito esta carta está en el recibidor».

Cosette se había cogido del brazo del abuelo y estaban dando una vuelta por el jardín.

Una carta puede, lo mismo que un hombre, tener mala facha. Papel basto, doblez torpe: hay misivas que, sólo con verlas, desagradan. La carta que había traído Basque era de ésas.

Marius la cogió. Olía a tabaco. No hay como los olores para despertar los recuerdos. Marius reconoció ese tabaco. Miró las señas: *Al señor barón Pommerci. En su residencia*. Por el tabaco reconoció la carta. Podría decirse que hay relámpagos de asombro. A Marius lo iluminó uno de esos relámpagos.

El olfato, ese misterioso recordatorio, acababa de resucitar para él todo un mundo. Era el mismo papel, la misma forma de doblarlo, el tono pálido de la tinta; era la letra conocida, y, sobre todo, era el mismo tabaco. Volvía a ver la buhardilla de los Jondrette.

Así, ¡qué curioso capricho del azar!, una de las dos pistas que había buscado tanto, aquella que tantos esfuerzos había realizado últimamente para encontrar y creía perdida para siempre, se le venía sola a las manos.

Rompió con avidez la oblea de la carta y leyó:

> «Señor barón:
>
> »Si el Ser Supremo me hubiese conzedido talento yo habría

podido ser el barón Thénard, miembro del Instituto (academia de las ciencias), pero no lo soy. Sólo me apellido igual que él y me sentiré dichoso si ese recuerdo me sirve de recomendazión para hacerme acreedor de la escelencia de sus bondades. El favor que me conceda será rezíproco. Estoy en posesión de un secreto que tiene que ver con un individuo. Ese individuo tiene que ber con usted. Tengo el secreto a su disposición y deseo tener el honor de serle hútil. Le daré una forma senzilla para espulsar de su honorable familia a ese individuo que no se la mereze por ser la señora baronesa de alta cuna. El santuario de la virtud no puede por más tiempo codearse con el crimen sin abdicar.

»Espero en el recibidor las órdenes del señor barón.

»Respetuosamente».

La carta iba firmada «THÉNARD».

No era una firma falsa. Sólo estaba un tanto abreviada.

Por lo demás, el galimatías y la ortografía remataban la revelación. El certificado de origen estaba completo. No había duda posible.

Marius notó una honda emoción. Tras el arrebato de sorpresa, tuvo un arrebato de felicidad. Si ahora encontrase al otro hombre a quien andaba buscando, ese que le había salvado la vida, no tendría ya nada que desear.

Abrió un cajón del secreter, sacó unos cuantos billetes de banco, se los metió en el bolsillo, volvió a cerrar el secreter y tocó la campanilla. Basque entornó la puerta.

—Que pase.

Basque anunció:

—El señor Thénard.

Entró un hombre.

Nueva sorpresa de Marius. El hombre que entró le era completamente desconocido.

Aquel hombre, viejo por lo demás, tenía la nariz gruesa, la barbilla hundida en la corbata, unas gafas verdes con doble visera de tafetán verde que le tapaba los ojos, el pelo planchado y pegado en la frente, al filo de las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de buena sociedad. El pelo era gris. Vestía de negro de la

cabeza a los pies, una ropa negra muy tazada, pero limpia; un puñado de dijes que le salían del bolsillo del chaleco permitía suponer que allí había un reloj. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Caminaba encorvado y la curva de la espalda era mayor por lo marcado de la reverencia.

Lo que llamaba la atención de entrada era que el frac de aquella persona, demasiado ancho, aunque cuidadosamente abotonado, no parecía confeccionado para él. Y aquí se hace necesaria una breve digresión.

Había en París por entonces, en una vivienda vieja y de mala muerte en la calle de Beautreillis, cerca de L'Arsenal, un judío ingenioso cuya profesión consistía en convertir a los bribones en hombres honrados. No por mucho tiempo, porque podría haberle resultado molesto al bribón. El cambio se hacía a la vista del público para un par de días, a razón de un franco y medio diario, mediante un traje que se pareciera lo más posible a la honradez de cualquiera. El dueño de ese negocio de alquiler de trajes se llamaba *el Cambista;* los pillos parisinos le habían puesto ese nombre, y no se le conocía otro. Tenía un vestuario bastante completo. Los trapos con que disfrazaba a las personas eran más o menos presentables. Tenía especialidades y categorías; de todos y cada uno de los clavos de su tienda colgaba, usada y arrugada, una condición social; aquí el atuendo del magistrado, allá el atuendo del cura, acullá el atuendo del banquero, en un rincón el atuendo del militar retirado, en otra parte el atuendo del literato, más allá el atuendo del hombre de Estado. Aquel personaje era el encargado de vestuario del gigantesco drama que interpretan los truhanes de París. Su antro era las candilejas de las que salía el robo y en que se metía la estafa. Un pícaro andrajoso llegaba a aquel vestuario, pagaba un franco y medio y escogía, según el papel que quisiera interpretar ese día, el atuendo conveniente; y, cuando volvía a bajar las escaleras, el pícaro era alguien. Al día siguiente, devolvía puntualmente la ropa, y al Cambista, que todo lo ponía en manos de ladrones, no le robaba nunca nada nadie. La ropa en cuestión tenía un inconveniente: no «caía bien», porque no estaba confeccionada para quienes la llevaban; a unos les quedaba ceñida y a otros les venía ancha. Y no le sentaba bien a nadie. Cualquier truhán que, por menudo o por robusto, no encajase en el promedio humano no se

encontraba a gusto con los trajes del Cambista. No había que ser ni muy gordo ni muy flaco. El Cambista sólo tenía previstos a los hombres corrientes. Le había tomado medidas al género humano en la persona de un golfo cualquiera, que no es ni grueso ni delgado, ni alto ni bajo. Eso daba lugar a adaptaciones a veces complicadas con las que los parroquianos del Cambista se apañaban como podían. ¡Peor para las excepciones! El frac de hombre de Estado, por ejemplo, negro de arriba abajo y, por consiguiente, de recibo, le habría quedado ancho a Pitt y estrecho a Castelcicala. El atavío de *hombre de Estado* constaba, tal y como vamos a copiarlo, en el catálogo del Cambista de: «Un frac de paño negro, un pantalón de cruzadillo de lana, un chaleco de seda, botas y "ropa blanca"». Al margen, ponía: *ex embajador;* y una nota que transcribimos también: «En caja aparte, una peluca muy bien rizada, unas gafas verdes, unos dijes y dos cañones de pluma cortos, de una pulgada de largo, envueltos en algodón». Todo eso era lo correspondiente al hombre de Estado, ex embajador. El atuendo entero estaba, si es que puede decirse así, extenuado: las costuras eran blanquecinas; en uno de los codos se abría a medias algo parecido un ojal; además, le faltaba un botón del pecho al frac; pero no pasaba de ser un detalle, ya que, como la mano del hombre de Estado debe hallarse siempre metida dentro del frac y encima del corazón, su cometido consistía en ocultar la ausencia del botón.

Si Marius hubiera estado familiarizado con las instituciones ocultas de París, habría reconocido en el acto, puesto en el visitante que acababa de introducir Basque, el frac de hombre de Estado tomado prestado de la prendería del cambista.

El chasco de Marius al ver entrar a otro hombre y no al que estaba esperando desfavoreció al recién llegado. Le pasó revista de pies a cabeza, mientras el personaje aquel le hacía una reverencia exagerada y le preguntó con tono brusco:

—¿Qué desea?

El hombre respondió, con una mueca amable de la que podría darnos una idea la sonrisa melosa de un cocodrilo:

—Me parece imposible no haber tenido ya el honor de coincidir en sociedad con el señor barón. Bien creo que nos vimos muy en particular, hace unos años, en casa de la princesa Bagration y en los salones de su excelencia el señor vizconde Dambray, miembro del

Senado de Francia.

Es siempre buena táctica en las artes de truhanería fingir que se reconoce a alguien a quien no se conoce.

Marius estaba muy atento a la forma de hablar de aquel hombre. Acechaba el acento y los ademanes, pero su chasco iba a más; era una pronunciación gangosa, diferente por completo del sonido de voz agrio y seco que se esperaba. Estaba completamente desconcertado.

—No conozco —dijo— ni a la señora Bagration ni al señor Dambray. Y no he pisado en mi vida la casa de ninguno de ellos.

La respuesta era ruda. El personaje, zalamero pese a todo, insistió:

—¡Será entonces en casa de Chateaubriand donde habré visto al señor! Conozco mucho a Chateaubriand. Es muy afable. Me dice a veces: Thénard, amigo mío… ¿no va a tomar algo conmigo?

El rostro de Marius era cada vez más severo:

—Nunca he tenido el honor de que me recibiera el señor de Chateaubriand. Acabemos. ¿Qué desea?

El hombre, al endurecerse más la voz de Marius, le hizo una reverencia aún más profunda.

—Señor barón, tenga a bien escucharme. Hay en América, en un país que cae por la parte del Panamá, un pueblo que se llama La Joya. Ese pueblo consta de una única casa. Una casa grande, cuadrada, de tres pisos, hecha de adobe; los lados del cuadrado miden quinientos pies de largo; las plantas van retranqueadas doce pies respecto a la planta inferior para tener delante una terraza que da la vuelta al edificio; en el centro, hay un patio interior donde están las provisiones y las municiones; no hay ventanas, sino aspilleras; no hay puerta, sino escalas, escalas para subir desde el suelo hasta la primera terraza; y de la primera, a la segunda; y de la segunda, a la tercera; escalas para bajar al patio interior; no hay puertas en las habitaciones, sino trampillas; no hay escaleras en las habitaciones, sino escalas; por la noche, cierran las trampillas, retiran las escalas, se fijan trabucos y carabinas en las aspilleras; no hay forma de entrar; una casa de día, una fortaleza de noche; ochocientos habitantes; tal es ese pueblo. ¿Por qué tantas precauciones? Porque la comarca es peligrosa, está repleta de antropófagos. Entonces, ¿por qué va la gente allí? Porque es una

comarca maravillosa: se encuentra oro.

—¿Adónde quiere ir a parar? —lo interrumpió Marius, que estaba pasando del chasco a la impaciencia.

—A lo siguiente, señor barón. Soy un antiguo diplomático cansado. Esta vieja civilización me ha dejado agotado. Quiero probar suerte con los salvajes.

—¿Y qué?

—Señor barón, el egoísmo gobierna el mundo. La campesina proletaria que trabaja de jornalera se vuelve cuando pasa la diligencia; la campesina propietaria que trabaja en su sembrado no se vuelve. El perro del pobre le ladra al rico, el perro del rico le ladra al pobre. Cada cual va a lo suyo. El interés, ésa es la meta de los hombres. El oro, ése el imán.

—¿Y qué? Concluya.

—Querría ir a afincarme en La Joya. Somos tres. Mi esposa y mi jovencita; una muchacha muy hermosa. El viaje es largo y caro. Necesito algo de dinero.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Marius.

El desconocido asomó algo el cuello fuera de la corbata, gesto propio del buitre, y contestó sonriendo a más y mejor:

—¿No ha leído mi carta el señor barón?

Algo había de eso. El hecho es que el contenido de la epístola le había resbalado a Marius. Más que la carta, había visto la letra. Apenas si la recordaba. Algo lo había alertado hacía un momento. Se había fijado en este detalle: mi esposa y mi jovencita. Clavaba en el desconocido una mirada penetrante. Un juez de instrucción no lo habría mirado con más atención. Estaba casi al acecho. Se limitó de decir:

—Vaya al grano.

El desconocido se metió ambas manos en los bolsillos del chaleco, irguió la cabeza sin enderezar la espina dorsal, pero examinando también a Marius con la mirada verde de las gafas.

—Bien está, señor barón. Voy al grano. Tengo un secreto que venderle.

—¿Un secreto?

—Un secreto.

—¿Y tiene que ver conmigo?

—Algo.

—¿Y cuál es ese secreto?

Marius se fijaba cada vez más en el hombre, al tiempo que lo escuchaba.

—Empiezo gratis —dijo el desconocido—. Ya verá lo interesante que soy.

—Hable.

—Señor barón, tiene usted en su casa a un ladrón y a un asesino.

Marius se sobresalto.

—¿En mi casa? No —dijo.

El desconocido, imperturbable, cepilló el sombrero con el codo y siguió diciendo:

—Asesino y ladrón. Fíjese bien, señor barón, de que no me estoy refiriendo a acontecimientos antiguos, atrasados, caducos, que pueden borrarse con la prescripción ante la ley y el arrepentimiento ante Dios. Me refiero a hechos recientes, a hechos actuales, a hechos que, ahora mismo, aún ignora la justicia. Prosigo. Ese hombre se ha hecho con la confianza de usted y casi se ha colado en su familia con un nombre falso. Voy a decirle su nombre auténtico. Y se lo voy a decir sin pedir nada a cambio.

—Lo escucho.

—Se llama Jean Valjean.

—Lo sé.

—También voy a decirle sin pedirle nada a cambio quién es.

—Diga.

—Es un antiguo presidiario.

—Lo sé.

—Lo sabe desde que he tenido el honor de decírselo.

—No. Ya lo sabía de antes.

El tono frío de Marius; esa doble respuesta, *lo sé,* ese laconismo refractario al diálogo despertaron en el individuo cierta ira sorda. Le lanzó a Marius a hurtadillas una mirada furiosa, que desapareció en el acto. Por muy veloz que fuera, esa mirada era de las que se reconocen cuando se las ha visto una vez; a Marius no se le escapó. Hay llamaradas que sólo pueden proceder de ciertas almas; incendian las pupilas, esos tragaluces del pensamiento; las gafas no las ocultan; ¡cualquiera le pone cristales al infierno!

El desconocido añadió, sonriendo:

—No me permito desmentir al señor barón. En cualquier caso, se

dará cuenta de que estoy informado. Lo que tengo que contarle ahora sólo yo lo sé. Tiene que ver con la fortuna de la señora baronesa. Es un secreto extraordinario. Está en venta. Empiezo por ofrecérselo a usted. Barato. Veinte mil francos.

—Sé ese secreto como sé los demás —dijo Marius.

El hombre notó la necesidad de bajar algo el precio.

—Señor barón, digamos diez mil francos y hablo.

—Le repito que no tiene usted nada que contarme. Sé eso que me quiere decir.

Otro relámpago le pasó por los ojos al hombre, que exclamó:

—Pero tendré que cenar hoy por lo menos. Le digo que es un secreto extraordinario. Señor barón, voy a hablar. Hablo. Deme veinte francos.

Marius lo miró fijamente:

—Sé ese secreto suyo tan extraordinario; como también sabía el nombre de Jean Valjean, como también sé el de usted.

—¿Mi nombre?

—Sí.

—Eso no es difícil, señor barón. Tuve el honor de escribírselo y de decírselo. Thénard.

—Dier.

—¿Cómo?

—Thénardier.

—¿Quién?

Ante el peligro, el puercoespín se eriza, el escarabajo se hace el muerto, la vieja guardia forma en cuadrado; el hombre se echó a reír.

Luego se quitó de una toba una mota de polvo de la manga del frac.

Marius siguió diciendo:

—Es también el obrero Jondrette, el cómico Fabantou, el poeta Genflot, el español don Alvarès y la señora Balizard.

—¿La señora qué?

—Y tuvo un figón en Montfermeil.

—¿Un figón? ¡En la vida!

—Y le digo que es usted Thénardier.

—Lo niego.

—Y que es usted un golfo. Tome.

Y Marius, sacándose un billete de banco del bolsillo, se lo tiró a la cara.

—¡Gracias! ¡Perdón! ¡Quinientos francos! ¡Señor barón!

Y el hombre, trastornado, haciendo reverencias, agarrando el billete, lo miró de cerca.

—¡Quinientos francos! —repitió, pasmado. Y masculló a media voz: ¡Menudo papiro!

Luego exclamó de repente:

—Bien está. Pongámonos cómodos.

Y, con agilidad simiesca, se echó el pelo hacia atrás, se quitó las gafas de un tirón, se sacó de la nariz y escondió los dos cañones de pluma que mencionamos hace un rato y a los que, por lo demás, ya hicimos referencia en otro punto de este libro; se quitó la cara como quien se quita el sombrero.

Se le encendió la mirada; la frente, desigual, accidentada, con bultos en algunos sitios y repulsivas arrugas en la parte de arriba, quedó a la vista; la nariz volvió a ser puntiaguda como un pico; volvió a aparecer el perfil feroz y sagaz del hombre de presa.

—El señor barón es infalible —dijo con voz clara, que había dejado de ser gangosa—: soy Thénardier.

Y enderezó la espalda encorvada.

Thénardier, pues era él, efectivamente, estaba sorprendido a más no poder; habría sentido turbación si eso hubiera sido posible. Había ido a ser portador de asombro y el asombrado era él. Por aquella humillación le pagaban quinientos francos y, visto lo visto, los aceptaba, pero no por ello estaba menos pasmado.

Era la primera vez que veía al barón Pontmercy aquel y, pese al disfraz, el barón Pontmercy lo había reconocido y lo conocía a fondo. Y el barón no sólo estaba al tanto de cuanto tenía que ver con Thénardier, sino que también parecía estar al tanto de cuanto tuviera que ver con Jean Valjean. ¿Quién era aquel joven casi imberbe que sabía todos esos nombres y les abría la bolsa, que maltrataba a los bribones como un juez y les pagaba como un pardillo?

Recordemos que Thénardier, aunque había sido vecino de Marius, nunca lo había visto, cosa frecuente en París; por entonces había oído más o menos hablar a sus hijas de un joven muy pobre que se llamaba Marius y vivía en aquella casa. Le escribió, sin

conocerlo, la carta que ya sabemos. Era imposible que relacionase a aquel Marius con el señor barón de Pontmercy.

En cuanto al apellido Pontmercy, recordemos que en el campo de batalla de Waterloo sólo oyó las dos últimas sílabas, por las que sintió siempre el legítimo desdén que se debe a lo que no es sino una palabra de agradecimiento[73].

Por lo demás, por su hija Azelma, a la que mandó seguir la pista de los novios del 16 de febrero, y por sus investigaciones personales había conseguido enterarse de muchas cosas y, desde lo hondo de sus tinieblas, había logrado hacerse con más de un hilo misterioso. A fuerza de industrias descubrió o, al menos, a fuerza de suposiciones adivinó quién era el hombre con el que se había topado un día en la Alcantarilla Mayor. Del hombre había llegado con facilidad al nombre. Sabía que la señora baronesa de Pontmercy era Cosette. Pero, en lo referido a eso, tenía intención de ser discreto. ¿Quién era Cosette? Él no lo sabía con certeza. Sí que intuía que pudiera ser una bastarda; la historia de Fantine siempre le había parecido poco clara; pero ¿a qué mencionarlo? ¿Para que le pagaran por callarse? Tenía, o creía tener, algo mejor que poner en venta. Y parecía probable que presentarse para hacerle al barón de Pontmercy, sin prueba alguna, la siguiente revelación: *Su mujer es una bastarda* sólo habría valido para que se encontrasen la bota del marido y la parte baja de la espalda del autor de la revelación.

En opinión de Thénardier, la conversación con Marius no había empezado todavía. Había tenido que retroceder, que modificar la estrategia, que abandonar una posición, que cambiar de frente; pero todavía no estaba comprometido nada esencial y se había metido quinientos francos en el bolsillo. Además, tenía que contar algo decisivo y se sentía fuerte incluso contra aquel barón de Pontmercy tan bien informado y tan bien armado. Para los hombres con el carácter de Thénardier cualquier diálogo es un combate. En este que iba a iniciar, ¿en qué situación estaba? No sabía con quién hablaba, pero sabía de qué hablaba. Pasó rápidamente revista, en su fuero interno, a sus propias fuerzas y, tras decirse: *Soy Thénardier,* esperó.

Marius se había quedado pensativo. Por fin tenía allí a Thénardier. Allí estaba aquel hombre al que tanto había querido encontrar. Iba, pues, a poder cumplir con la recomendación del

coronel Pontmercy. Lo humillaba que aquel héroe le debiese algo a este bandido y que la letra de cambio que su padre había librado contra él, Marius, siguiera aún protestada. También le parecía, en la situación compleja en que se hallaban sus pensamientos en el caso de Thénardier, que había motivos para vengar al coronel de la desdicha de que lo hubiera salvado un bribón como aquél. Fuere como fuere, se alegraba. Por fin iba a librar de ese acreedor indigno a la sombra del coronel y le parecía que iba a sacar de la cárcel por deudas la memoria de su padre.

Junto a ese deber, había otro: aclarar, si es que era posible, cuál podía ser el origen de la fortuna de Cosette. Parecía presentarse la ocasión. A lo mejor Thénardier sabía algo. Podía ser útil ver qué había en el fondo de ese hombre. Empezó por ahí.

El «papiro» se había esfumado dentro del bolsillo del chaleco de Thénardier; y éste miraba a Marius con una mansedumbre casi afectuosa.

Marius quebró el silencio.

—Thénardier, le he dicho cómo se llama usted. ¿Quiere que le diga ahora ese secreto suyo que venía a revelarme? Yo también tengo mis informaciones. Va a ver que sé más cosas que usted. Jean Valjean, como ha dicho, es un asesino y un ladrón. Un ladrón porque robó a un acaudalado industrial a quien llevó a la ruina, el señor Madeleine. Y un asesino porque asesinó al agente de policía Javert.

—No entiendo, señor barón —dijo Thénardier.

—Se lo voy a explicar. Atienda. Había, en un distrito de Pas-de-Calais, allá por 1822, un hombre que había tenido en tiempos pasados algo que ver con la justicia y que, con el nombre de señor Madeleine, se había regenerado y rehabilitado. Ese hombre llegó a ser un justo, en el sentido más rotundo de la palabra. Con una industria, la fabricación de abalorios de cristal negro, trajo prosperidad a una ciudad entera. Hizo también una fortuna personal, pero de forma subsidiaria y, por decirlo de alguna forma, por azar. Era el padre nutricio de los pobres. Fundaba hospitales, creaba escuelas, visitaba a los enfermos, dotaba a las muchachas, ayudaba a las viudas, adoptaba a los huérfanos; era como el tutor de la comarca. Rechazó la Legión de Honor; lo nombraron alcalde. Un presidiario liberado estaba en el secreto de una condena que

había tenido que cumplir anteriormente ese hombre; lo denunció, consiguió que lo detuvieran y aprovechó la detención para ir a París y que, falsificando una firma, le entregase la banca Laffitte —ese dato lo sé por el propio cajero— una cantidad de más de medio millón que pertenecía al señor Madeleine. En cuanto al otro hecho, tampoco tiene usted nada nuevo que contarme. Jean Valjean mató al agente Javert; lo mató de un pistoletazo. Yo estaba presente.

Thénardier miró a Marius con esa ojeada soberana del hombre derrotado a quien se le vuelve a poner a tiro la victoria y acaba de recuperar en un minuto todo el terreno que había perdido. Pero volvió a sonreír enseguida; el triunfo del inferior sobre el superior debe ser zalamero; y Thénardier se limitó a decirle a Marius:

—Señor barón, vamos por el camino equivocado.

Y recalcó esta frase haciendo un molinete expresivo con el puñado de dijes.

—¡Cómo! —respondió Marius—. ¿Lo niega usted? Son hechos.

—Son quimeras. La confianza con que me honra el señor barón me impone el deber de hacérselo saber. La verdad y la justicia ante todo. No me gusta ver cómo se acusa injustamente a las personas. Señor barón, Jean Valjean no robó al señor Madeleine y Jean Valjean no mató a Javert.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Cómo es eso?

—Por dos razones.

—¿Cuáles? Hable.

—He aquí la primera: no robó al señor Madeleine dado que él, Jean Valjean, era el señor Madeleine.

—¿Qué me está diciendo?

—Y ahora viene la segunda: no asesinó a Javert dado que quien mató a Javert fue Javert.

—¿Qué quiere decir?

—Que Javert se suicidó.

—¡Pruébalo! ¡Pruébalo! —gritó Marius fuera de sí.

Thénardier repitió, escandiendo la frase como si fuera un alejandrino antiguo:

—Al-a-gen-te-Ja-vert-lo-en-con-tra-ron-aho-ga-do-ba-jo-un-bar-co-de un-puente-que es-Le-Pont-au-Change.

—Pero ¡pruébalo!

Thénardier se sacó del bolsillo lateral un sobre grande de papel

gris donde parecía haber hojas de varios tamaños dobladas.

—Tengo mi expediente —dijo, calmoso.

Y añadió:

—Señor barón, pensando en el interés de usted he querido conocer a fondo a Jean Valjean. Digo que Jean Valjean y Madeleine son el mismo hombre; y digo que Javert no tuvo más asesino que Javert, y si lo digo es porque tengo pruebas. No pruebas manuscritas, la escritura es sospechosa, la escritura es complaciente, sino pruebas impresas.

Mientras hablaba, Thénardier iba sacando del sobre dos ejemplares de periódico amarillentos, ajados y muy impregnados de tabaco. Uno de esos dos periódicos, roto por todos los dobleces y cayéndose a pedazos de forma cuadrada, parecía muy anterior al otro.

—Dos hechos, dos pruebas —dijo Thénardier. Y le alargó a Marius ambos periódicos abiertos.

Esos dos periódicos ya los conoce el lector. Uno, el más antiguo, un número de *Le Drapeau blanc* de 25 de julio de 1823, cuyo texto pudimos ver en la página 465 de la segunda parte de este libro, dejaba establecida la identidad del señor Madeleine y de Jean Valjean. El otro, un *Moniteur* de 15 de junio de 1832, dejaba constancia del suicidio de Javert y añadía que se desprendía de un informe oral de Javert al prefecto que lo habían tenido prisionero en la barricada de la calle de La Chanvrerie y le debía la vida a la magnanimidad de uno de los insurrectos, quien, cuando lo estaba apuntando, en vez de descerrajarle un pistoletazo en la cabeza, disparó al aire.

Marius leyó. Había evidencia, fecha cierta y prueba irrefutable; esos dos periódicos no se habían imprimido ex profeso para refrendar las palabras de Thénardier; la nota que publicaba *Le Moniteur* era un comunicado administrativo de la prefectura de policía. A Marius no podía caberle duda. Las informaciones del cajero eran falsas, y él se había equivocado. Jean Valjean, magnificado de pronto, salía de la nube. Marius no pudo contener una exclamación de alegría.

—Pero ¡entonces ese desventurado es un hombre admirable! ¡Toda esa fortuna era realmente suya! ¡Es Madeleine, la providencia de toda una comarca! ¡Es Jean Valjean, el salvador de Javert! ¡Es un

héroe! ¡Es un santo!

—No es un santo y no es un héroe —dijo Thénardier—. Es un asesino y un ladrón.

Y añadió, con el tono de un hombre que empieza a notar que tiene cierta autoridad:

—Vamos a tranquilizarnos.

Ladrón, asesino, esas palabras, que Marius creía ya desaparecidas, pero volvían, le cayeron encima como una ducha helada.

—¡Otra vez! —dijo.

—Y siempre —dijo Thénardier—. Jean Valjean no robó a Madeleine, pero es un ladrón. No mató a Javert, pero es un asesino.

—¿Se está refiriendo —preguntó Marius— a ese robo insignificante de hace cuarenta años, que expió, como se desprende de esos mismos periódicos que tiene usted, con toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

—Digo asesinato y robo, señor barón. Y repito que estoy hablando de hechos actuales. Lo que tengo que revelarle no lo sabe absolutamente nadie. Es algo inédito. Y, a lo mejor, encuentra usted ahí el origen de la fortuna que hábilmente le brindó Jean Valjean a la señora baronesa. Y digo hábilmente porque, con una donación de esa categoría, colarse en una casa honrada cuya vida acomodada podrá compartirse y, al tiempo, ocultar el delito, disfrutar del robo enterrando el nombre y haciéndose con una familia, no sería nada torpe.

—En este punto podría interrumpirle —comentó Marius—, pero siga.

—Señor barón, voy a decírselo todo y encomendaré la recompensa a su generosidad. Este secreto vale oro macizo. Me dirá usted: ¿y por qué no has ido a ver a Jean Valjean? Por una razón sencillísima: sé que se ha desprendido del dinero, y que se ha desprendido a favor de usted, y me parece una combinación ingeniosa; pero ya no tiene un céntimo, me pondría delante las manos vacías; y, como yo necesito algo de dinero para el viaje a La Joya, lo prefiero a usted, que tiene de todo, que a él, que no tiene nada. Estoy un poco cansado, permítame que tome asiento.

Marius se sentó y le indicó con el ademán que se sentara.

Thénardier se acomodó en una silla tapizada en capitoné,

recogió los dos periódicos, volvió a meterlos en el sobre y susurró, dando golpecitos con la uña a *Le Drapeau blanc:* «Éste me ha costado conseguirlo». Después, cruzó las piernas y se arrellanó, postura propia de las personas seguras de lo que están diciendo; y luego entró en materia, muy serio y recalcando las palabras:

—Señor barón, el 6 de junio de 1832, hace un año más o menos, el día de los disturbios, un hombre estaba en la Alcantarilla Mayor de París, por la parte en que la alcantarilla va a dar al Sena, entre el puente de Les Invalides y el puente de Iéna.

Marius acercó bruscamente la silla a la de Thénardier. Thénardier se fijó en el movimiento y prosiguió, con la calma de un orador que ha captado la atención de interlocutor y nota que el adversario palpita con cuanto él dice:

—Ese hombre, obligado a esconderse por razones ajenas, por lo demás, a la política, se había ido a vivir a las alcantarillas y tenía una llave. Era, repito, el 6 de junio; podían ser las ocho de la tarde. El hombre oyó ruido en la alcantarilla. Muy sorprendido, se puso a buen recaudo y al acecho. Era un ruido de pasos, alguien andaba en la oscuridad, iba hacia donde estaba él. Cosa extraña: había en la alcantarilla otro hombre además de él. La verja de salida no caía lejos. Algo de luz, que entraba por ella, le permitió reconocer al recién llegado y ver que ese hombre llevaba algo echado a la espalda. Andaba encorvado. El hombre que andaba encorvado era un ex presidiario y lo que llevaba a la espalda era un cadáver. Flagrante delito de asesinato donde los haya, En cuanto el robo, eso era algo que caía por su propio peso; no se mata gratis a un hombre. Ese presidiario iba a tirar el cadáver al río. Habría que reseñar algo: antes de llegar a la verja, ese presidiario, que había recorrido mucho trecho por las alcantarillas, había tenido que encontrarse forzosamente con una zanja espantosa donde aparentemente podría haber dejado el cadáver; pero, a la mañana siguiente, al trabajar en esa zanja, los poceros habrían dado con el hombre asesinado, y eso no le convenía al asesino. Prefirió cruzar la zanja con la carga, y debió de ser un esfuerzo horroroso; no podía haberse jugado más la vida; no entiendo que saliera vivo de ella.

Marius arrimó más aún la silla. Thénardier aprovechó para respirar hondo. Siguió diciendo:

—Señor barón, una alcantarilla no es Le Champ de Mars. Ahí

carece uno de todo, e incluso de espacio. Cuando hay dos hombres en ella no les queda más remedio que encontrarse. Eso fue lo que ocurrió. El alojado y el transeúnte tuvieron que saludarse, con gran disgusto por parte de los dos. El transeúnte le dijo al alojado: *Ya ves lo que llevo a cuestas; tengo que salir; tú tienes la llave, dámela*. Ese presidiario era un hombre terrible. Imposible decirle que no. Pero, pese a todo, el que tenía la llave parlamentó, sólo para ganar tiempo. Miró al muerto, pero no pudo ver nada, sólo que era joven, bien vestido, con aspecto de rico, y muy desfigurado con la sangre. Mientras hablaban, se las apañó para rasgar y arrancar por detrás, sin que se diera cuenta el asesino, un trozo del frac del hombre asesinado. Pieza de convicción, ya me entiende; una forma de volver a encontrar el rastro de las cosas y de demostrarle el crimen al criminal. Se metió la pieza de convicción en el bolsillo. Luego, abrió la verja, dejó salir al hombre con su impedimenta a la espalda, volvió a cerrar la verja y se escabulló, porque no tenía interés alguno en tener algo que ver con la propina de la aventura ni, sobre todo, en estar presente cuando el asesino tirase al asesinado al río. Ahora lo entiende usted todo. El que llevaba el cadáver era Jean Valjean; el que tenía la llave está hablando con usted ahora mismo; y el trozo de frac…

Thénardier remató la frase sacándose del bolsillo y alzando a la altura de los ojos, sujeto entre los dos pulgares y los dos índices, un jirón de paño negro, destrozado y cubierto por completo de manchas oscuras.

Marius se había puesto de pie, pálido, casi sin aliento, clavando la vista en el trozo de paño negro y, sin decir palabra, sin quitarle ojo al harapo, retrocedía hacia la pared y, estirando hacia atrás la mano derecha, buscaba a tientas en esa pared una llave que estaba en la cerradura de una alacena, junto a la chimenea. Dio con la llave, abrió la alacena y metió el brazo sin mirar y sin apartar la mirada pasmada del trapo que Thénardier exhibía.

Entretanto, Thénardier seguía diciendo:

—Señor barón, tengo excelentes razones para creer que el joven asesinado era un opulento forastero a quien hizo caer Jean Valjean en una trampa y que llevaba consigo una cantidad elevadísima.

—¡El joven era yo, y éste es el frac! —gritó Marius. Y arrojo al suelo un frac negro viejo manchado de sangre.

Luego, arrebatándole de las manos a Thénardier el trozo de tela, se puso en cuclillas junto al frac y acercó al faldón destrozado el trozo desgarrado. El rasgón encajaba a la perfección, y el jirón completaba el frac.

Thénardier estaba petrificado. Pensó lo siguiente: «Me ha dejado de un aire».

Marius se incorporó, trémulo, desesperado, radiante.

Rebuscó en el bolsillo y se acercó, furioso, a Thénardier, enseñándole, y apoyándole casi en la cara, el puño, lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

—¡Es usted un infame! Es usted un embustero, un calumniador y un facineroso. Venía a acusar a ese hombre y lo ha justificado; quería perderlo y sólo ha conseguido glorificarlo. ¡Y el ladrón es usted! ¡Y el asesino es usted! Yo lo vi, Thénardier, Jondrette, en aquel tugurio del bulevar de L'Hôpital. Sé bastante de usted para mandarlo a presidio, e incluso más allá, si quisiera. ¡Tenga, mil francos, grandísimo pillo!

Y le tiró un billete de mil francos a Thénardier.

—¡Ah, Jondrette, villano y sinvergüenza! ¡Que esto le sirva de lección, chamarilero de secretos, comerciante en misterios, husmeador de tinieblas, miserable! ¡Coja estos quinientos francos y salga de aquí! Waterloo lo protege.

—¡Waterloo! —masculló Thénardier, guardándose en el bolsillo los quinientos francos junto con los mil.

—¡Sí, asesino! Allí le salvó la vida a un coronel…

—A un general —dijo Thénardier, alzando la cabeza.

—¡A un coronel! —repitió Marius con indignación—. Por un general no daría ni un céntimo. ¡Y viene usted aquí con infamias! Le digo que ha cometido todos los crímenes. ¡Váyase! ¡Desaparezca! Y que le vaya bien, es todo lo que deseo. ¡Ah, monstruo! Tenga otros tres mil francos. Cójalos. Se marchará mañana mismo a América con su hija; porque su mujer se murió, abominable embustero. Ya me ocuparé yo de que se vaya, bandido, y en ese momento le daré veinte mil francos. ¡Lárguese con sus fechorías a otra parte!

—Señor barón —contestó Thénardier con una reverencia hasta el suelo—, le estaré agradecido eternamente.

Y Thénardier se fue, sin entender nada, estupefacto y encantado de que lo aplastasen tan gratamente con bolsas de oro y de que le

hubiera caído en la cabeza un rayo de billetes de banco.

Lo habían fulminado, pero estaba contento; y le habría contrariado mucho contar con un pararrayos contra el rayo aquel.

Acabemos de una vez con este hombre. Dos días después de los acontecimientos que estamos refiriendo ahora mismo, salió para América, de lo que se ocupó Marius, con nombre falso y con su hija Azelma, llevando consigo un pagaré de veinte mil francos para la banca de Nueva York. La mísera catadura moral de Thénardier, el burgués frustrado, no tenía remedio; fue en América lo que había sido en Europa. El contacto con un hombre perverso basta a veces para pudrir una buena acción y conseguir que de ella salga algo malo. Con el dinero de Marius, Thénardier se hizo negrero.

No bien se hubo marchado Thénardier, Marius fue corriendo al jardín donde aún se estaba paseando Cosette.

—¡Cosette! ¡Cosette! —gritó—. ¡Ven! ¡Ven corriendo! Vámonos. ¡Basque, un coche! Ven, Cosette. ¡Ay, Dios mío! ¡Fue él quien me salvó la vida! ¡No perdamos ni un minuto! Ponte el chal.

Cosette pensó que se había vuelto loco, y obedeció.

Marius no respiraba, se ponía la mano en el corazón para contener los latidos. Iba y venía a zancadas, besaba a Cosette.

—¡Ah, Cosette! ¡Soy un desgraciado! —decía.

Marius estaba como loco. Empezaba a vislumbrar en aquel Jean Valjean a saber qué elevado y oscuro personaje. Veía una virtud inaudita, suprema y suave, humilde en su inmensidad. El presidiario se transfiguraba en Cristo. A Marius lo deslumbraba aquel prodigio. No sabía con exactitud qué estaba viendo, pero estaba viendo algo grande.

En un momento, tuvieron un coche delante de la puerta.

Marius hizo subir a Cosette y se metió él de un salto.

—Cochero —dijo—, al número 7 de la calle de L'Homme-Armé.

El coche de punto arrancó.

—¡Ay, qué felicidad! —dijo Cosette—. La calle de L'Homme-Armé. No me atrevía a decirte nada. Vamos a ver al señor Jean.

—¡A tu padre! Cosette, a tu padre más que nunca. Cosette, lo adivino. Me dijiste que nunca habías recibido la carta que te mandé con Gavroche. Caería en sus manos, Cosette, y fue a la barricada a salvarme. Como en él es una necesidad ser un ángel, de paso salvó a otros; salvó a Javert. Me salvó de ese abismo para entregarme a ti.

Me llevó a la espalda en esa alcantarilla espantosa. ¡Ay, soy un monstruo de ingratitud! Cosette, después de ser tu providencia, fue la mía. Fíjate, había una zanja espantosa, como para ahogarse cien veces, ahogarse en barro, Cosette. Y la cruzó conmigo. Yo estaba desmayado; no veía nada, no oía nada, no podía saber nada de mi propia aventura. Vamos a llevarlo a casa, a llevárnoslo, lo quiera o no, ya no volverá a separarse de nosotros. ¡Con tal de que esté en casa! ¡Con tal de que lo encontremos! Voy a pasarme el resto de mi vida venerándolo. Sí, debe de ser eso, ¿sabes, Cosette? Gavroche tuvo que darle la carta a él. Todo está claro, ¿entiendes?

Cosette no entendía ni palabra.

—Tienes razón —le dijo.

El coche proseguía su camino.

V

Postrera oscuridad tras la que viene la luz

Al oír llamar a la puerta, Jean Valjean se volvió.

—Adelante —dijo débilmente.

Se abrió la puerta. Aparecieron Cosette y Marius.

Cosette se abalanzó dentro de la habitación.

Marius se quedó en el umbral, de pie, apoyado en el marco de la puerta.

—¡Cosette! —dijo Jean Valjean; y se irguió en la silla, con los brazos abiertos y temblorosos, desencajado, lívido, espantoso de ver, con una alegría inmensa en los ojos.

Cosette, ahogándose de emoción, se abrazó a Jean Valjean.

—¡Padre! —dijo.

Jean Valjean, trastornado, balbucía:

—¡Cosette! ¡Ella! ¡Usted! ¡Señora! ¡Eres tú! ¡Ah, Dios mío!

Y, preso de los brazos de Cosette, exclamó:

—¡Eres tú! ¡Estás aquí! ¿Así que me perdonas?

Marius, entornando los párpados para impedir que le corriesen las lágrimas, dio un paso y sin aflojar los labios, que apretaba convulsivamente para detener los sollozos, susurró:

—¡Padre mío!

—¡Y usted también me perdona! —dijo Jean Valjean.

Marius no pudo dar con palabra alguna, y Jean Valjean añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó de un tirón el chal y tiró el sombrero encima de la cama.

—Me estorban —dijo.

Y, sentándosele al anciano en las rodillas, le apartó el pelo blanco con un ademán adorable y le dio un beso en la frente.

Jean Valjean se lo consentía, extraviado.

Cosette, que no entendía lo que había pasado sino de forma muy confusa, arreciaba en sus caricias, como si quisiera pagar la deuda de Marius.

Jean Valjean balbucía:

—¡Qué tonto es uno! Y yo que creía que no volvería a verla. Fíjese, señor Pontmercy, en el momento en que entró usted me estaba diciendo: Se acabó. Aquí está su vestidito, qué hombre tan mísero soy, ya no veré más a Cosette; eso decía en el preciso momento en que subían por las escaleras. ¡Qué estúpido! ¡Así de estúpido es uno! Pero es que no contamos con Dios. Dios dice: ¿Te crees que vamos a dejarte abandonado, so bobo? No. No. De eso nada. Vamos, hay ahí un pobre hombre que necesita un ángel. Y llega el ángel; ¡y uno vuelve a ver a su Cosette! ¡Ah, qué desdichado era!

Estuvo un momento sin poder hablar; luego, siguió diciendo:

—De verdad que necesitaba ver a Cosette un poquito de vez en cuando. Un corazón precisa un hueso que roer. Pero notaba perfectamente que estaba de más. Me hacía los cargos: No te necesitan, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho a eternizarse. ¡Ah. Dios bendito, vuelvo a verla! ¿Sabes, Cosette, que tienes un marido muy guapo? ¡Ay, qué cuello bordado tan bonito llevas! ¡Cuánto me alegro! Me gusta ese dibujo. Te lo ha escogido tu marido, ¿verdad? Y además vas a necesitar casimires. Señor Pontmercy, déjeme que la llame de tú. Será por poco tiempo.

Y Cosette volvía a hablar:

—¡Qué malo ha sido dejándonos como nos dejó! ¿Dónde estuvo? ¿Por qué tardó tanto en volver? Antes los viajes que hacía no duraban más de tres o cuatro días. Le dije a Nicolette que viniera; y siempre le contestaban: Está fuera. ¿Cuánto hace que ha vuelto? ¿Por qué no nos lo dijo? ¿Sabe que está muy cambiado? ¡Ay, qué padre tan malo! ¡Ha estado enfermo y no nos hemos enterado! ¡Mira, Marius, tócale la mano, mira qué fría la tiene!

—¡Así que está usted aquí! ¡Me perdona, señor Pontmercy! —repitió Jean Valjean.

Al volver a oír esa frase que acababa de repetir Jean Valjean, todo cuanto le llenaba a rebosar el corazón a Marius halló salida. Estalló:

—Cosette, ¿lo oyes? ¡A esto hemos llegado! Me pide perdón. ¿Y sabes qué me hizo, Cosette? Me salvó la vida. Hizo más. Te entregó a mí. Y, después de haberme salvado, y después de haberte entregado a mí, Cosette, ¿qué hizo por sí mismo? Se sacrificó. Así es él. ¡Y a mí, al ingrato, a mí, al olvidadizo, a mí, al despiadado, a mí, al culpable, me da las gracias! Cosette, aunque me pase la vida a los pies de este hombre, no bastará, será demasiado poco. Aquella barricada, aquellas alcantarillas, aquel horno, aquella cloaca, ¡todo lo cruzó por mí, y por ti, Cosette! Me llevó a cuestas entre todas esas muertes que apartaba de mí y que aceptaba para él. ¡Todos los corajes, todas las virtudes, todos los heroísmos, todas las santidades, lo tiene todo! Cosette, ¡este hombre es el ángel!

—¡Chsss! ¡Chsss! —dijo bajito Jean Valjean—. ¿Para qué decir todo eso?

—Pero, ¿usted por qué no lo dijo? —exclamó Marius con una ira donde había veneración—. ¡Tiene usted mucha culpa! ¡Le salva la vida a la gente y se lo oculta! Y va aún más allá, so pretexto de quitarse la máscara, se calumnia. Está espantosamente mal.

—Dije la verdad —respondió Jean Valjean.

—No —siguió diciendo Marius—, la verdad es toda la verdad. Y usted no la dijo. Usted era el señor Madeleine, ¿por qué no lo dijo? Salvó usted a Javert, ¿por qué no lo dijo? Yo le debía la vida, ¿por qué no lo dijo?

—Porque estaba de acuerdo con usted. Me parecía que usted tenía razón. Tenía que irme. Si hubiera sabido lo de las alcantarillas, me habría obligado a quedarme. Así que tenía que callar. Si hubiera hablado, habría sido un estorbo para todo.

—¿Un estorbo para qué? ¿Un estorbo para quién? —contestó Marius—. No creerá que va a quedarse aquí. Nos lo llevamos. ¡Ah, Dios mío, cuando pienso que me he enterado de todas estas cosas por casualidad! Nos lo llevamos. Es usted parte de nosotros. Es el padre de ella y el mío. No pasará en esta casa espantosa ni un día más. No piense que va a estar aquí mañana.

—Mañana —dijo Jean Valjean— no estaré aquí, pero tampoco estaré en su casa.

—¿Qué quiere decir? —replicó Marius—. Desde luego que no vamos a volver a consentirle más viajes. No volverá a separarse de nosotros. Nos pertenece. Y no lo vamos a soltar.

—Y esta vez va en serio —añadió Cosette—. Tenemos un coche abajo. Lo rapto. Si es necesario, recurriré a la fuerza.

Y, riendo, hizo el ademán de levantar en vilo al anciano.

—Sigue teniendo su cuarto en casa —siguió diciendo—. ¡Si supiera qué bonito está el jardín ahora mismo! Las azaleas se están dando muy bien. Hemos enarenado los paseos con arena de río; hay unas conchitas de color morado. Comerá mis fresas. Las riego yo. Y se acabó eso de señora Pontmercy y de señor Jean. Esto es una república, todo el mundo se llama de tú, ¿verdad, Marius? Ha habido un cambio de programa. ¿Sabe, padre? He tenido un disgusto; un petirrojo había anidado en un agujero de la tapia y un gato horrible me lo ha comido. ¡Pobrecito mi petirrojo bonito que asomaba la cabeza por su ventana y me miraba! Me costó una llantina. ¡Habría matado al gato! Pero ahora ya no llora nadie. Todo el mundo se ríe y todo el mundo es feliz. Va usted a venirse con nosotros. ¡Lo que se va a alegrar el abuelo! Tendrá su propio cuadro en el jardín y plantará cosas y ya veremos si sus fresas son tan hermosas como las mías. Y, además, haré todo lo que usted quiera; y además usted me obedecerá como es debido.

Jean Valjean la oía sin enterarse de qué decía. Oía la música de la voz más que el sentido de las palabras; uno de esos lagrimones que son las perlas oscuras del alma se le iba formando lentamente en los ojos, Susurró:

—La prueba de que Dios es bueno es que está ella aquí.

—¡Padre! —dijo Cosette.

Jean Valjean siguió hablando:

—Es muy cierto que sería delicioso vivir juntos. Tienen árboles llenos de pájaros. Me pasearía con Cosette. Ser personas que viven, que se dan los buenos días, que se llaman en el jardín, ¡qué dulzura! Se ven desde por la mañana. Cada uno cultivaría su rinconcito. Ella me daría de comer sus fresas; y yo le haría cortar mis rosas. Sería delicioso, pero…

Se interrumpió y dijo muy por lo bajo:

—Qué lástima…

La lágrima no rodó, se metió para dentro, y Jean Valjean la sustituyó por una sonrisa.

Cosette le cogió al anciano ambas manos con las suyas.

—¡Dios mío! —dijo—. Tiene las manos más frías que antes.

¿Está enfermo? ¿Le duele algo?

—¿A mí? No —contestó Jean Valjean—, estoy estupendamente. Sólo que…

Se detuvo.

—¿Solo que..?

—Me voy a morir dentro de un rato.

Cosette y Marius se estremecieron.

—¡Morirse! —exclamó Marius.

—Sí, pero no es nada —dijo Jean Valjean.

Suspiró, sonrió y añadió:

—Cosette, me estabas hablando; sigue, sigue hablando. Así que se te murió el petirrojo, ¡habla, para que te oiga la voz!

Marius, petrificado, miraba al anciano.

Cosette soltó un grito desgarrador.

—¡Padre! ¡Padre mío! ¡Vivirá! Va a vivir. Quiero que viva, ¿me oye?

—¡Ay, sí! Prohíbeme que me muera, ¿Quién sabe? A lo mejor te obedezco. Me estaba muriendo cuando habéis llegado. Y dejé de morirme, me pareció que renacía.

—Está lleno de fuerza y de vida —exclamó Marius—. ¿Cree usted que es tan fácil morirse? Ha estado apenado; ya no volverá a estarlo. Yo soy quien le pide perdón, ¡y de rodillas, además! Va a vivir, y a vivir con nosotros, y a vivir muchos años. Nos lo volvemos a llevar. Aquí nos tiene a los dos, que en adelante no pensaremos más que en una cosa, en su felicidad.

—Ya lo ve —añadió Cosette, llorando a mares—: Marius dice que no se va a morir.

Jean Valjean seguía sonriendo.

—Aunque me volvieran a llevar a su casa, señor Pontmercy, ¿iba a ser yo otro del que soy? No; Dios ha opinado como usted y como yo, y no cambia de opinión; es provechoso que me vaya. La muerte es una buena solución. Dios sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. Sed felices; que el señor Pontmercy tenga a Cosette; que la juventud se despose con la mañana; que tengáis en torno, hijos míos, lilas y ruiseñores; que vuestra vida sea un hermoso prado de césped soleado; que todas las delicias del cielo os colmen el alma; y que muera ahora yo, que no valgo para nada. No cabe duda de que todo esto está bien. Vamos, seamos sensatos, ahora ya

no hay nada posible, noto perfectamente que se acabó. Hace una hora me desmayé. Y, además, esta noche, me bebí todo ese jarro de agua. ¡Qué bueno es tu marido, Cosette! Estás mucho mejor con él que conmigo.

Se oyó un ruido en la puerta. Era el médico que entraba.

—Hola y adiós, doctor —dijo Jean Valjean—. Éstos son mis pobres hijos.

Marius se acercó al médico. No le dijo sino la siguiente palabra: «¿Caballero?…», pero en la forma de decirlo había toda una pregunta.

El médico respondió a la pregunta con una ojeada expresiva.

—Que las cosas no agraden —dijo Jean Valjean— no es motivo para ser injusto con Dios.

Hubo un silencio. Todos tenían una opresión en el pecho.

Jean Valjean se volvió hacia Cosette. Empezó a contemplarla como si quisiera llevarse cuanto pudiera de ella para la eternidad. En la profundidad de sombra a la que había llegado ya todavía le resultaba posible el éxtasis cuando miraba a Cosette. La reverberación de aquel dulce rostro le iluminaba la cara pálida. El sepulcro puede deslumbrarse.

El médico le tomó el pulso.

—¡Ah, era a ustedes a quienes necesitaba! —susurró, mirando a Cosette y a Marius.

Y, arrimándose al oído de Marius añadió muy por lo bajo:

—Demasiado tarde.

Jean Valjean, casi sin dejar de mirar a Cosette, miró también a Marius y al médico con serenidad. Oyeron que le salía de los labios esta frase, apenas articulada:

—Morir no es nada; no vivir es espantoso.

De repente, se puso de pie. Esos episodios en que se recobra la fuerza son a veces el síntoma de la agonía. Fue con paso firme hacia la pared, apartó a Marius y al médico, que quería ayudarlo, quitó de la pared el crucifijo pequeño de cobre que estaba clavado en ella, volvió a su asiento con toda la libertad de movimientos de la salud y dijo en voz alta, dejando el crucifijo encima de la mesa:

—Éste es el gran mártir.

Luego se le desplomó el torso, la cabeza se le tambaleó, como si se adueñase de él la embriaguez de la tumba, y con ambas manos,

colocadas en las rodillas, empezó a socavar con las uñas le tela de los pantalones.

Cosette lo sujetaba por los hombros y sollozaba, e intentaba hablarle sin conseguirlo. Se oían a medias, entre las palabras mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña a las lágrimas, frases como éstas:

—¡Padre! No nos deje. ¿Será posible que no lo hayamos vuelto a encontrar sino para perderlo?

Puede decirse que la agonía avanza haciendo eses. Va y viene, se acerca al sepulcro y regresa hacia la vida. Para morirse se anda en parte a tientas.

Jean Valjean, después de ese síncope a medias, recobró fuerzas, sacudió la cabeza como para desprenderse de las tinieblas y recuperó casi por completo la lucidez. Agarró en parte la manga de Cosette y la besó.

—¡Está volviendo! ¡Doctor! ¡Está volviendo! —gritó Marius.

—Qué buenos sois los dos —dijo Jean Valjean—. Voy a deciros qué me disgustó. Lo que me disgustó, señor Pontmercy, fue que no quisiera tocar ese dinero. Ese dinero es de su mujer, y bien suyo. Os lo voy a explicar, hijos míos, e incluso es por eso por lo que me alegro de veros. El azabache negro viene de Inglaterra, el azabache artificial blanco viene de Noruega. Todo esto lo pone en este papel, que ya leeréis. Para las pulseras, inventé la sustitución de los eslabones de chapa soldada por eslabones de chapa ajustada. Es más bonito, de mejor calidad y más barato. Ya os daréis cuenta de cuánto dinero se puede ganar. Así que la fortuna de Cosette es suya y bien suya. Os doy esos detalles para que os quedéis tranquilos del todo.

La portera había subido y miraba por la puerta entornada. El médico la despidió, pero no pudo impedir que, antes de irse, la buena mujer, muy servicial, le dijera a voces al moribundo:

—¿Quiere un sacerdote?

—Ya tengo uno —contestó Jean Valjean.

Y parecía señalar con el dedo un punto, por encima de la cabeza, donde hubiérase dicho que veía a alguien.

Es probable, efectivamente, que el obispo asistiera a esa agonía.

Cosette le metió con cuidado una almohada detrás de la espalda.

Jean Valjean siguió diciendo:

—Señor Pontmercy, no tema, se lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. ¡Si no disfrutan de ellos habré tirado mi vida! Habíamos llegado a fabricar muy bien esos abalorios de cristal. Competíamos con esos otros que llaman joyas de Berlín. Claro que lo que no se puede igualar es el cristal negro de Alemania. Una gruesa, donde entran mil doscientos abalorios muy bien tallados, sólo cuesta tres francos.

Cuando va a morir un ser querido, lo miramos con unos ojos que se aferran a él y que querrían retenerlo. Mudos de angustia los dos, sin saber qué decirle a la muerte, desesperados y trémulos estaban ante él los dos, y Cosette le daba la mano a Marius.

Jean Valjean iba decayendo por momentos; se acercaba al horizonte sombrío; la respiración se le había vuelto intermitente y la entrecortaba a ratos un estertor. Le costaba mover el antebrazo, los pies habían perdido el movimiento y, al tiempo que crecían la miseria de los miembros y el abatimiento del cuerpo, se alzaba toda la majestad del alma y se le extendía por la cara. La luz del mundo desconocido se le veía ya en las pupilas.

El rostro se le iba poniendo lívido, y sonreía. Ya no estaba allí la vida; había otra cosa. El aliento bajaba, la mirada crecía. Era un cadáver en que se intuían alas.

Le hizo una seña a Cosette para que se acercase; y luego otra a Marius; estaba claro que era el último minuto de la última hora; y empezó a hablarles con voz tan débil que parecía llegar de lejos, y hubiérase dicho que ahora había una muralla entre ellos y él.

—Acércate, acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Ah, qué bueno es morir así! Tú también me quieres, Cosette mía. Bien sabía yo que le seguías teniendo cariño a este viejo. ¡Qué buena eres por haberme puesto este almohadón detrás de la espalda! Me llorarás un poco, ¿verdad? Pero no demasiado. No quiero que tengas penas de verdad. Tenéis que divertiros mucho, hijos míos. Se me había olvidado deciros que con los pendientes sin clavillo se ganaba más todavía que con todo lo demás. La gruesa, las doce docenas, salía por diez francos y se vendía a sesenta. Era de verdad un buen negocio. Así que no tienen que extrañarle los seiscientos mil francos, señor Pontmercy. Es dinero honrado. Podéis ser ricos con toda tranquilidad. Tenéis que tener coche, de vez en cuando un palco en el teatro, vestidos de baile bonitos para mi Cosette; y,

además, convidar a buenas cenas a los amigos y ser muy felices. Hace un rato le estaba escribiendo a Cosette. Ya encontrará mi carta. Le dejo a ella los dos candeleros que están encima de la chimenea. Son de plata; pero para mí son de oro, son de brillantes; convierten en cirios las velas que se les ponen. No sé si el que me los dio está contento de mí, allá arriba. Hice lo que pude. Hijos míos, que no se os olvide que soy un pobre, que me entierren en cualquier rincón, debajo de una losa para señalar el sitio. Ésa es mi voluntad. Nada de nombres en la piedra. Si Cosette quiere pasarse de vez en cuando por allí, me gustará. Usted también, señor Pontmercy. Tengo que confesarle que no siempre le tuve cariño; le pido perdón. Ahora ella y usted ya no son para mí sino una única persona. Le estoy muy agradecido. Noto que hace feliz a Cosette. Si usted supiera, señor Pontmercy, aquellas mejillas sonrosadas que tenía eran mi alegría; cuando la veía un poco pálida me ponía triste. Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. No lo he tocado. Es para los pobres. Cosette, ¿ves ese vestidito que está encima de la cama? ¿Te acuerdas de él? Es de hace sólo diez años. ¡Cómo pasa el tiempo! Fuimos muy felices. Se acabó. No lloréis, hijos míos, que no me voy muy lejos. Os veré desde allí. Bastará con que miréis cuando sea de noche y me veréis sonreír. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque; tenías mucho miedo; ¿te acuerdas de cuando te cogí el asa del cubo de agua? Fue la primera vez que toqué esa pobre manita. ¡La tenías tan fría! ¡Ah, por entonces tenía usted las manos encarnadas, señorita, y ahora las tiene bien blancas! Y la muñeca grande, ¿te acuerdas? La llamabas Catherine. ¡La echabas de menos porque no te la llevaste al convento! ¡Cuánto me hiciste reír a veces, ángel mío! Cuando había llovido, echabas a los arroyos briznas de paja y mirabas cómo se iban. Un día te di una raqueta de mimbre y un volante con plumas amarillas, azules y verdes. A ti se te ha olvidado ya. ¡Eras tan traviesa de pequeñita! Jugabas. Te ponías pendientes de cerezas. Son cosas del pasado. Los bosques por los que ha pasado uno con su niña, los árboles por los que nos paseamos, los conventos donde nos escondimos, los juegos, las risas tan buenas de la infancia, ahora son sombra. Me había imaginado que todo eso me pertenecía. En eso era un necio. Los Thénardier fueron malos. Hay que perdonarlos. Cosette, ha llegado la hora de que te diga el nombre de

tu madre. Se llamaba Fantine. Que no se te olvide ese nombre: Fantine. Arrodíllate siempre que lo digas. Sufrió mucho. Y te quiso mucho. Le tocó tanta desdicha como felicidad a ti. Son los repartos de Dios. Está allá arriba y nos ve a todos y sabe lo que hace en medio de esas estrellas suyas, tan grandes. Así que me voy, hijos míos. Quereos siempre. Solo eso importa en el mundo: quererse. Os acordaréis de vez en cuando de este pobre viejo que se ha muerto aquí. ¡Ay, Cosette mía! De verdad que no tuve yo la culpa si me he pasado todo este tiempo sin verte; se me partía el corazón; iba todos los días a la esquina de la calle; debía de parecerle muy raro a la gente que me veía pasar; estaba como loco; una vez salí sin sombrero. Hijos míos, empiezo a ver turbio; todavía me quedaban cosas por deciros, pero da igual. Acordaos un poco de mí. Sois unas criaturas benditas. No sé qué me pasa, veo luz. Acercaos más. Muero dichoso. Acercadme vuestras cabezas amadísimas, para que les ponga las manos encima.

Cosette y Marius cayeron de rodillas, fuera de sí, ahogados en llanto, cada uno arrimado a una de las manos de Jean Valjean. Esas manos augustas habían dejado de moverse.

Estaba caído hacia atrás; lo alumbraba la luz de los dos candeleros; el rostro blanco miraba al cielo, dejaba que Cosette y Marius le cubrieran las manos de besos; estaba muerto.

Era una noche sin estrellas y profundamente oscura. Sin duda en la sombra estaba de pie un ángel inmenso, con las alas desplegadas, esperando al alma.

VI

La hierba tapa y la lluvia borra

Hay, en el cementerio de Le Père-Lachaise, en las inmediaciones de la fosa común, alejada del barrio elegante de esa ciudad de sepulcros, lejos de todas las tumbas fantasiosas que exhiben en presencia de la eternidad las repulsivas modas de la muerte, en una esquina desierta, pegada a una tapia vieja, debajo de un tejo alto por el que trepan las campanillas, entre la grama y el musgo, una piedra. Esta piedra no se libra más que las otras de la lepra del tiempo, del moho, del liquen ni de los excrementos de los pájaros. El agua la pone verde; y el aire, negra. No cae cerca de ningún camino, y a nadie le gusta ir por esa parte porque la hierba es alta y enseguida se le mojan a uno los pies. Cuando sale un rato el sol, vienen los lagartos. En torno hay un temblor de bromos. En primavera, cantan las currucas en el árbol.

Es una piedra desnuda. Nadie pensó al tallarla más que en lo que le fuera indispensable a la tumba, y no cuidó más que de hacerla lo sufrientemente larga y estrecha para cubrir a un hombre.

No se lee nombre alguno en ella.

Únicamente, hace ya muchos años de esto, una mano escribió a lápiz estos cuatro versos que, poco a poco, la lluvia y el polvo fueron dejando ilegibles y que probablemente hoy en día se han borrado ya:

> Duerme. Y, aunque el destino le dio andadura extraña,
> vivía. Y se murió cuando perdió a su ángel;
> sin más, sencillamente, le sucedió ese trance,
> como llega la noche cuando el día se marcha.

Notas

[1] Dialecto de los Alpes franceses: gato ladrón *(Nota del autor)*. <<

[2] Ahí viene Jean *(N. de la T.)*. < <

[3] Breve novela de Victor Hugo, escrita en 1834, que es un alegato contra la pena de muerte *(N. de la T.)*. < <

[4] Parodia del verso de Antoine-Marie Lemierre *Al ave, aunque camine, se le notan las alas,* en la que Hugo aprovechó el parecido entre *l'oison* —el pollito de la oca— y el apellido Loyson *(N. de la T.).* < <

[5] Patata *(N. de la T.)*. <<

[6] Quince de agosto *(N. de la T.)*. <<

[7] En español en el original y *sic.* Nos parecería imperdonable alterar la letra de la canción tal y como la cita Victor Hugo *(N. de la T.).* <<

[8] Durante los Cien Días, Luis XVIII buscó refugio en Gante. Sus partidarios, para burlar a la censura, recurrían a la letra de una canción, que se cantaba con la música de una canción popular anterior, con la homofonía entre *Rendez-nous notre père de Gand* y *Rendez-nous notre paire de gants* (Devolvednos nuestro par de guantes) *(N. de la T.).* <<

[9] El título del marqués de Montcalm, que da pie a «ese juego de palabras tan malo», se pronuncia lo mismo que *mon calme:* mi calma *(N. de la T.)*. <<

[10] En español en el original *(N. de la T.)*. <<

[11] En español en el original *(N. de la T.)*. <<

[12] El nombre de la ciudad es Liège. Y la palabra francesa para el corcho es *liège* (del latín *levius*, de *levis*, ligero). En cuanto a Pau, la ciudad, su nombre se pronuncia como la palabra *peau:* piel, cuero *(N. de la T.)*. < <

[13] El paréntesis es de Jean Valjean *(Nota del autor)*. <<

[14] Trabajos forzados a perpetuidad *(N. de la T.)*. < <

[15] Walter Scott, Lamartine, Vaulabelle, Charras, Quinet, Thiers *(Nota del autor)*. < <

[16] Ésta es la inscripción:

DOM

CY A ÉTÉ ÉCRASÉ

PAR MALHEUR

SOUS UN CHARIOT

MONSIEUR BERNARD

DE BRYE MARCHAND

A BRUXELLE LE (ILEGIBLE)

FEBVRIER 1637. < <

[17] Textualmente: *Splendid! (Nota del autor)*. < <

[18] «Una batalla concluida, un día ya acabado, medidas equivocadas remediadas, éxitos mayores asegurados para el día de mañana, todo se perdió por un momento de terror pánico.»

(Napoleón, *Dictées de Sainte-Hélène.)* < <

[19] En castellano en el original *(N. de la T.)*. < <

[20] En español en el original *(N. de la T.)*. < <

[21] Cuervo y zorro *(N. de la T.).* < <

[22] Por el parecido con *preneur*, de *prendre* = coger, quedarse con… *(N. de la T.)*. < <

[23] Martín de Vargas *(N. de la T.)*. <<

[24] 1 De Agathe y clés: llaves *(N. de la T.)* < <

[25] De *vacarme,* escándalo *(N. de la T.)*. <<

[26] Las zarzarrosas. *(N. de la T.)* < <

[27] Agustín Castillejo *(N. de la T.)* <<

[28] Bárbara Blomberg *(N. de la T.)* <<

[29] *Coing*, «membrillo», y *coin*, «esquina», se pronuncian igual. *Au Bon Coing,* al oírlo, puede ser *Al rico membrillo* o bien *Au Bon Coin, La esquina amena (N. de la T.).* < <

[30] Sede de la Banca General de John Law, que fue, más adelante, el Banco de Francia *(N. de la T.)* <<

[31] *Sabran* se pronuncia igual que *sabrant,* del verbo *sabrer,* «herir a golpes de sable». Podía entenderse: *Damas sabrant Gouvion Saint-Cyr,* «Damas dando sablazos de Gouvion Saint-Cyr» *(N. de la T.)* < <

[32] *Sic.* En realidad es Lamotte-Valois *(N. de la T.)* < <

[33] A B C, dicho en voz alta, da, en francés, la palabra *abaissé:* «rebajado» *(N. de la T.)*. < <

[34] En español en el original *(N. de la T.)* <<

[35] El águila de Meaux es el apelativo con que se conoce a Jacques Bénigne Bossuet, obispo de Meaux en 1681. En cuanto al apodo del mozo de traílla, Lesgueules, *gueule* es el nombre de la boca del perro, entre otros animales *(N. de la T.)* < <

[36] Por lo que gastaban en queridas los reyes de Francia, que dieron nombre a la moneda. Una moneda de un luis valía veinte francos *(N. de la T.)* <<

[37] *Grantaire* se pronuncia como *grand R* = R mayúscula *(N. de la T.)* < <

[38] En español en el original. *(N. de la T.)* < <

[39] «Nada en absoluto». *(N. de la T.)* <<

[40] La calabaza; ese nombre de la calabaza es privativo de la zona de Provenza *(N. de la T.)*. < <

[41] *Musc* quiere decir almizcle *(N. de la T.).* < <

[42] El patíbulo *(Nota del autor)*. <<

[43] ¡Qué buena noche para una evasión! (Victor Hugo aclara algunas de las frases en jerga o de las palabras de jerga en notas a pie de página, decisión que hemos respetado). <<

[44] Vámonos. ¿Qué estamos haciendo aquí? <<

[45] Llueve mucho. Y además van a pasar los guardias. Hay un centinela. ¿Nos van a detener aquí? < <

[46] ¿Qué dices? El posadero no ha podido escaparse. ¡Que no tiene práctica! Para hacer tiras la camisa y la sábana, para hacer una cuerda y agujeros en las puertas, tener papeles y llaves falsos, abrir los grillos, echar la cuerda, esconderse, camuflarse, hay que ser astuto. El viejo no habrá podido. No está enterado. < <

[47] Al de la fonda lo han pillado. Hay que ser muy listo. Y él es un novato. Lo habrá engañado un soplón, e incluso un chivato, que le habrá parecido de fiar. ¿No oyes esos gritos en la cárcel, Montparnasse? Ya has visto cuántas luces. ¡Te digo que lo han cogido! Tendrá que cumplir la condena entera. Yo no tengo miedo, no soy cobarde, ya se sabe, pero no podemos seguir remoloneando porque lo pagaremos caro. No te enfades y ven con nosotros. Y nos bebemos una botella de vino bueno. < <

[48] Te digo yo que lo han cogido. A estas horas, el de la fonda no tiene ya nada que hacer. No podemos remediarlo. Vámonos, que tengo continuamente la impresión de que un guardia me va a echar el guante. <<

[49] Cuerda (jerga de Le Temple). <<

[50] Cuerda (jerga de los portillos). <<

[51] Hombre. <<

[52] Niño (jerga de Le Temple). < <

[53] Niño (jerga de los portillos). < <

[54] ¡Vaya labia que tiene el niño! < <

[55] La pared. < <

[56] Ventana. <<

[57] Tonta. < <

[58] *El último día de un condenado a muerte* (Nota del autor). < <

[59] Hay que fijarse, no obstante, en que *mac* en celta quiere decir «hijo» *(Nota del autor)*. < <

[60] Cupido. < <

[61] Enciendo la vela; Langleviel La Beaumelle se merece cien bofetadas *(N. de la T.)*. < <

[62] No se entiende cómo Dios, el padre de los hombres, puede atormentar así a sus criaturas y oírlas padecer sin padecer él también. < <

[63] Perro. < <

[64] Pegando masilla al cristal de una ventana, al romperlo no se caen los cristales y no hacen ruido *(Nota del autor)*. <<

[65] Así no hará ruido al serrarla y dará menos trabajo. < <

[66] París *(Nota del autor)*. <<

[67] Los *verdetes* eran los partidarios del conde de Artois, que llevaban una banda verde en el brazo. Los *cadenetes* eran jóvenes que proclamaban su adhesión al antiguo régimen con un peinado militar, propio de húsares o coraceros, que consistía en una trenza en la nuca *(N. de la T.)*. < <

[68] Hoy Asuán *(N. de la T.)*. <<

[69] *Pot-aux-roses*, en sentido literal «el tiesto con rosas», «el jarrón con rosas», e incluso «el pomo con esencia de rosas» (y, en una frase hecha, *lo que no se dice —découvrir le pot-aux-roses* = descubrir el pastel), se pronuncia lo mismo que *poteau rose* = poste rosa *(N. de la T.)*. < <

[70] Los contrastes de algunas monedas napoleónicas consistían en una cabeza de animal bastante fantástico, pero que presentaba cierta semejanza con la de un tigre *(N. de la T.).* < <

[71] *El oso y el jardinero,* fábula de La Fontaine en la que un oso arroja a la cara de su amo un adoquín para espantarle una mosca *(N. de la T.).* <<

[72] Sancy se pronuncia casi igual que *cent six* = ciento seis *(N. de la T.)* < <

[73] Las dos últimas sílabas de Pontmercy son «merci», es decir, *gracias (N. de la T.).* < <